



EUDISTAS  
Provincia de Colombia

# EL CORAZÓN ADMIRABLE DE LA SAGRADA MADRE DE DIOS

TOMO VI, VII, VIII



# **EL CORAZÓN ADMIRABLE**

**Al dignísimo Corazón  
de la sacrosanta Madre de Dios**

**SAN JUAN EUDES**



**EL CORAZÓN ADMIRABLE**  
**Al dignísimo Corazón**  
**de la sacrosanta Madre de Dios**

Algunos eudistas de la provincia de Colombia me han dicho: ¿por qué no se le mide al Corazón Admirable de la Madre de Dios? Esta obra de san Juan Eudes, en cuya elaboración san Juan Eudes invirtió años de su laboriosa vida y terminada veinte días antes de su muerte, cubre 1454 páginas de las obras completas (Tomos 6º, 7º y mitad del 8º). Está dividida en 12 libros y nunca ha sido traducida completamente al español. Han aparecido algunos trozos importantes debidos a la laboriosidad del P. Carlos Triana, entre ellos el comentario riquísimo que hace del Magnificat. El libro doce también fue traducido por el P. Hipólito Arias y publicado en las Obras Escogidas.

Hoy quiero enviarles la traducción de los dos primeros libros. Soy consciente de que apenas me faltan nueve, palabra de optimista, y espero avanzar hasta donde me sea posible.

Entre otros beneficios nos permite conocer mejor a san Juan Eudes, hijo de su tiempo en aspectos de religiosidad popular, cauto cuando cita en temas controvertidos muchas



autoridades, pero anota su voz sensata en un momento dado. Conocemos su amor grande a María, sus dotes de orador, sus consideraciones fervientes y entusiastas, pródigas en calificativos y superlativos.

Entrego estos dos primeros libros al amor de los hijos de san Juan Eudes al Corazón Admirable. La traducción aligera en ocasiones el texto denso de san Juan Eudes.

*Fraternalmente, Álvaro Torres Fajardo, cjm.*



## **Introducción-Corazón admirable**

El *Corazón admirable* es la obra más considerable del Padre Eudes. En ella explica de manera más completa la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María tal como la comprendía. Por su importancia la estudiaremos más ampliamente que sus demás obras. Seguimos nuestro plan ordinario y tratamos sucesivamente: 1) Su ocasión y publicación; 2) El contenido; 3) La doctrina; 4, Sus fuentes; 5) Importancia y valor del Corazón *admirable*.

### **I – Ocasión y publicación del *Corazón admirable***

En el Prefacio del *Corazón admirable* el mismo Padre Eudes indica la razón que lo llevó a escribir este libro. “La tierra está llena de santos libros compuestos en alabanza de la Madre admirable. Un excelente autor calcula que son más de cinco mil. Pero no encuentro alguno que haya sido escrito sobre su muy amable Corazón. Sin embargo, este Corazón es lo más digno, noble y admirable de esta divina Virgen. Es la fuente y origen de todas sus grandezas como lo demostraremos claramente. Creí por ello prestar servicio a Nuestro Señor y a su santísima Madre. Me sentí deudor de los que hacen profesión de honrarla y amarla como a su Soberana y su auténtica Madre publicar este libro para



despertar en los corazones de los que lo lean veneración y devoción particular a su muy amable Corazón”.

El *Corazón admirable* es por tanto fruto de la devoción singular del Padre Eudes al santo Corazón de María. Esta devoción remonta a su muy tierna infancia. Desde ese momento había “consagrado” al Corazón de María “su corazón, su cuerpo, su alma” y todas las dependencias y pertenencias de su ser y de su vida, por tiempo y eternidad. Sin embargo, antes de 1643 el Padre Eudes habla escasamente del Corazón de María. A nuestro parecer solo entendía bajo esa denominación el Corazón espiritual de la santa Virgen.

Puede afirmarse otro tanto respecto de la devoción al Corazón de Jesús. Es tan antigua como la devoción al Corazón de María. Al estudiar el *Reino de Jesús* vimos que desde primera hora había hecho de Jesús el centro de su pensamiento y de sus afectos; y que lo que honraba primeramente en Nuestro Señor era su espíritu, su vida interior, y sobre todo su ardiente amor a su Padre y a nosotros, en una palabra, lo que llamó más tarde el Corazón espiritual del Hombre-Dios.

Poco a poco la devoción del Padre Eudes se fijó de manera habitual en los Sagrados Corazones de Jesús y María; se extendió a la vez a su Corazón corporal y a su Corazón espiritual. Hubo varios motivos para ello. Sus reflexiones y los atractivos de la gracia influyeron mucho. Los escritos de santa Gertrudis y sobre todo los de santa Matilde y santa Brígida contribuyeron también. Sus biógrafos lo anotaron expresamente. Y el uso que hizo de



las revelaciones de dichas santas es ya prueba que convence. Es posible también que haya recibido de manera sobrenatural la misión de establecer el culto de los Sagrados Corazones. Al respecto, en sus obras y en sus biógrafos solo encontramos indicaciones bastante vagas que no nos permiten afirmar algo seguro.

También es difícil decir con precisión en qué época el Padre Eudes empezó a rendir culto especial a los Sagrados Corazones. Es cierto sin embargo que desde que soñó fundar la Orden de Nuestra Señora de Caridad le vino el pensamiento de dedicarla al santo Corazón de María, y sabemos que los comienzos de esa fundación remontan a 1641.

Dos años más tarde el Padre Eudes fundó la Congregación de Jesús y María. Le dio por patronos los Sagrados Corazones de Jesús y de María cuyo culto empezó ya a organizar. De ese momento, en efecto, hizo recitar a diario, en sus dos institutos, una salutación en su honor, el *Ave Cor sanctissimum*. Quiso además que en su Congregación se terminaran todas las actividades de la comunidad por el *Benedictum sit Cor amantissimum*. No tardó además en establecer, en honor del Corazón de María, una fiesta solemne, fijada inicialmente para el 20 de octubre y luego, a partir de 1647, el 8 de febrero, según estudios del Padre Ángel le Doré. Para esta fiesta compuso una misa y un oficio propios. Los hizo imprimir con aprobación del Ordinario y añadió misa y oficio en honor del santo Nombre, y dos cortas noticias sobre las saluciones, *Ave Cor sanctissimum* y *Ave Maria, Filia Dei Patris*. La fiesta



del Corazón de María fue celebrada solemnemente en la catedral de Autun en 1648.

Entusiasmada por estos logros el Padre Eudes solicitó y obtuvo para su libro y sus oficios nuevas aprobaciones y logró hacer aceptar el texto del Corazón de María en varias comunidades religiosas y en algunas diócesis.

El opúsculo publicado en Autun se agotó rápidamente. El Padre Eudes lo reeditó en Caen en 1650 y en 1663 añadiendo algunas consideraciones sobre la devoción al santo Corazón de María, una novena de letanías y algunas otras oraciones que había compuesto en su honor. Era por el momento solo un ensayo en la edición de 1663 el autor anunciaba ya una obra más considerable que trataría a fondo su amada devoción.

En una palabra al lector decía: “Si amas de veras al muy amable Corazón de la Madre del amor hermoso gozarás al saber que lo que va escrito aquí no es sino una muestra de una obra mayor, partecita de un libro mucho más amplio que este; lo tengo en obra hace cierto tiempo y tengo gran deseo de acabarlo, si place a Dios”. Se trata de la obra *El Corazón admirable*. Se ve que en 1663 ya la había comenzado y ardía en deseos de terminarla.

Proyectaba también el establecimiento de una fiesta en honor del Corazón de Jesús. Con ese fin compuso un oficio y una misa que hizo aprobar por los obispos que le habían confiado sus seminarios y, en 1672, dirigió a sus hijos una circular triunfante en la que los invitaba a celebrar solemnemente, el 20 de octubre, la fiesta del divino



Corazón de Jesús. Les pedía encarecidamente que convocaran al pueblo y predicaran en ella.

Desde 1670 sometió a la aprobación de los doctores Le Goux, de Blanger y Trousseville un tratado de la *Devoción al Corazón adorable de Jesús* que hasta ahora no ha sido posible encontrar. Su pérdida, por otra parte, no es lamentable sino desde el punto de vista histórico porque reprodujo, en el libro doce del *Corazón admirable*, todas las ideas que había expuesto en ese pequeño tratado.

Sin embargo, el santo misionero trabajaba con perseverancia en la composición de su gran obra. En *la Infancia admirable* que apareció, como es sabido, en 1676, pedía a María que le alcanzara la gracia de acabarla antes de morir.

Tres años antes, el 20 de mayo de 1673, obtuvo para la publicación de, *El Memorial de la vida eclesiástica* un privilegio real que se extendió al *Corazón admirable*. Sin embargo esta obra estaba lejos de ser terminada. El Padre Eudes solo pudo darle fin algunas semanas antes de su muerte. El 25 de julio de 1680 le puso la última mano. El mismo así lo expresó en esta frase que termina su *Memorial de los beneficios de Dios*: “Hoy, 25 de julio de 1680, Dios me hizo la gracia de acabar mi libro del *Corazón admirable de la muy sagrada Madre de Dios*.”

La conclusión del libro respira las circunstancias en que fue escrito. Parece un testamento. El Padre Eudes agradece en ella a María las gracias que Dios le ha dado por su intercesión. Le recomienda sus hijos espirituales y le pide le obtenga una buena muerte. Menos de un mes después, el



19 de agosto, murió en el seminario de Caen, a la edad de 79 años.

Su sucesor, el padre Blouet de Camilly se ocupó sin dilación de la publicación del *Corazón admirable*. La impresión fue confiada a Juan Poisson, impresor de Caen, y en su imprenta apareció el 28 de abril de 1681 bajo el título de

***EL CORAZÓN ADMIRABLE DE LA MUY  
SAGRADA MADRE DE DIOS***

*O la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María. Contiene doce libros. Por el R. P. JUAN EUDES, sacerdote de la Congregación de Jesús y María. Caen. Poisson, impresor y librero, calle Notre-Dame. MCDLXXXI. Con aprobación y privilegio del rey.*

Es un volumen en 4º, de 774 páginas, sin contar las dedicatorias, el prefacio y los índices que siguen paginación especial o no están paginados.

La obra está dedicada al santo Corazón de María; pero el Padre Eudes quería también rendir homenaje a su Alteza real, Madame de Guisse, que le había dado doce mil libras para la construcción de la capilla del seminario de Caen, y a los miembros de la Congregación de Jesús y María que



debían encontrar en esa obra la explicación de la devoción que les había legado su piadoso fundador.

La primera edición del *Corazón admirable* fue hecha muy cuidadosamente, tanto por su corrección como por su belleza y hace honor al impresor Poisson. Al comienzo de cada libro hay grandes viñetas; buen número de ellas representan el escudo de la Congregación. Esos escudos están asimismo reproducidos en el fin de los capítulos de diversos tamaños al fin de varios libros y en ese caso son completados por la adición de dos ramas de laurel, que brotan al pie de la cruz plantada en el centro del corazón.

*Elo Corazón admirable* no fue reimpresso en curso del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Llegó a ser tan escaso que solo se encontraba en las bibliotecas religiosas. En 1834 el Padre de la Morinière lo reeditó en París en dos volúmenes en 8º de 383 y 424 páginas. Lo imprimió Poussielgue y apareció en la librería Delossy. Esta edición tiene el defecto de presentar un texto muy compacto de difícil lectura. En general es correcto y fuera de la ortografía del todo conforme a la primera edición.

El editor suprimió la carta dedicatoria a la duquesa de Guise. Es mala decisión pues fuera del interés histórico que representa esta carta testimonia la profunda gratitud del Padre Eudes con sus benefactores y por eso solo merecía ser conservada.

Añadamos que en el segundo volumen el orden de los libros es modificado; los últimos seis libros, en lugar de ser contados de seis a doce, llevan el número de 1 a 6, sin que



se pueda explicar esa extraña anomalía solo atribuida a descuido del impresor.

## **II. Contenido del *Corazón admirable***

El tema del *Corazón admirable*, como lo indica el título, es el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. El Padre Eudes trata también, es cierto, y de manera amplia, el divino Corazón de Jesús que no quería separar del Corazón de María. Solo lo trata accidentalmente de modo que el verdadero tema de su obra es el Corazón de María.

El autor dividió su obra en doce libros en memoria de las doce estrellas que San Juan contempla un día alrededor de la frente de la santa Virgen. Esta división en doce vuelve en otros lugares: doce oráculos, doce Padres, doce jesuitas, doce cualidades del amor a Dios y doce de la caridad al prójimo.

El primer libro está consagrado a determinar el objeto de la devoción al santo Corazón de María. Luego de indicar los diversos sentidos de la palabra *corazón* en la Escritura, distingue en María, como en Jesús, tres corazones: corazón corporal; corazón espiritual como la parte superior de su alma y sobre todo su amor a Dios y a los hombres; y finalmente corazón divino del que hablaremos más adelante. A pesar de ser distintos, estos tres corazones están íntimamente unidos, y entran todos tres, si bien de manera diferente, en la devoción al santo Corazón de María. Este libro por tanto tiene importancia capital y habrá



que volver a él si se quiere tener idea justa de la devoción del Padre Eudes a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

En el 2º y 3er libro el Padre Eudes describe las perfecciones del Corazón de María al estudiar doce cuadros en los que Dios se ha complacido esbozar figuras de ese Corazón. Seis cuadros son tomados del mundo físico y los otros seis de la ley mosaica. Son el cielo, el sol, la tierra, la fuente maravillosa de que habla el capítulo dos de Génesis, el mar, el paraíso terrenal. Los otros: la zarza ardiente, el arpa de David, el trono de Salomón, el templo de Jerusalén, el horno de Babilonia y la montaña del Calvario. Entre esas figuras y el Corazón de María el Padre Eudes descubre analogías que se complace en desarrollar. Las páginas que les dedica están llenas de doctrina y suavidad. No debemos tomar los cuadros que nos presenta como simple invención de su espíritu, El mundo físico que le sirve de soporte no es sino pálida figura, y en cuanto a la ley mosaica san Pablo nos dice que lo que allí está es figurativo (1 Cor 10, 11). Muy a menudo el Padre Eudes se poya en la enseñanza de los Padres o en textos bíblicos que los comentadores o la Iglesia misma aplican a la santa Virgen. De todos modos el mundo físico y la ley mosaica en lo que tienen de más excelente nos dan solo una débil idea de las perfecciones del Corazón de María. A parte del divino Corazón de Jesús no hay nada en la creación que el Corazón de María no supere casi infinitamente en grandeza y hermosura.

En los libros 4º y 5º del *Corazón admirable* el Padre Eudes levanta nuestra mirada hasta las profundidades



divinas que inicialmente nos invita a contemplar en sí mismas, para mostrarnos en seguida cómo se reflejan en el Corazón de María. No se detiene largamente en lo que se llama los atributos metafísicos de Dios, unidad, simplicidad, infinitud, inmensidad, eternidad. Trabaja distinto los atributos morales, santidad, poder, justicia, celo, soberanía, paz. Por la complacencia con que habla de ello se siente que gustaba buscar en la contemplación de esas divinas perfecciones alimento para su piedad. Su gran felicidad era hacer admirar su “perfecta imagen” en el Corazón de la bienaventurada Virgen.

No solo los atributos divinos se reflejan en el Corazón de María. El ojo de fe descubre además una participación muy notable en las propiedades de cada una de las personas de la santa Trinidad. María participa de manera notable en la paternidad del Padre pues engendró en el tiempo al que él engendra en la eternidad y continúa a engendrarlo místicamente en el corazón de los fieles. Asociada a la primogenitura del Verbo encarnado concurrió a la obra de la redención y a la efusión del Espíritu Santo en el mundo; en cierto modo puede ser considerada con su divino Hijo como la fuente de todos los bienes que proceden de la encarnación.

Si se reflexiona que entre las puras criaturas es la obra maestra del amor eterno y que ella misma es todo amor, que sirve de vínculo entre Jesucristo y los miembros de su cuerpo místico, es, a su manera, el principio de cuanto hay de sobrenatural en la tierra y en el cielo. ¿Cómo no ver en ella la imagen viviente del Espíritu Santo? El Padre Eudes



subraya estas consideraciones y concluye que en cierto modo puede decirse que el santo Corazón de María es, como dice Hesiquio, obispo de Jerusalén, el complemento de la Trinidad.

La creación y la ley mosaica son atribuidas ordinariamente a Dios, el Padre. También el Padre Eudes le atribuye los símbolos y figuras del Corazón de María de que habla en los libros dos y tres del *Corazón admirable*. Reporta al Hijo, esplendor del Padre y figura de su sustancia, perfecta reproducción en el Corazón de María de las perfecciones divinas de que habla en los libros cuatro y cinco. El Padre y el Hijo son los primeros autores, o, como dice el Padre Eudes, los primeros fundamentos de la devoción al santo Corazón de la bienaventurada Virgen. A su turno la santa Iglesia, que inspiró la Escritura y la dirige, se hizo promotora de los oráculos de la Escritura, de la enseñanza de los Padres y teólogos, de la autoridad de las príncipes de la Iglesia y de la práctica de los santos. El Padre Eudes consagra a esto tres libros enteros, 6º, 7º y 8º.

El libro sexto contiene doce oráculos de la Escritura. El primero está tomado de Ezequiel, el segundo y el tercero del Salmo 45, el último de Lucas; los demás vienen del Cantar que el Padre Eudes llama el “libro del Corazón virginal y de los celestes amores de la Madre del amor hermoso”. Se basa en graves e ilustres autores que aplican todo ese libro a la santa Virgen. Explica esos oráculos con mucha ciencia y piedad y sus explicaciones son tanto más preciosas cuanto que ayudan a comprender su oficio del santo Corazón de María, inspirado a menudo en el Cantar.



El texto de Lucas que comenta es: *María conservaba todas estas cosas meditándolas en su Corazón* (Lc 2, 19). A sus ojos tiene importancia particular porque demuestra que la devoción al santo Corazón de María tiene su origen y fundamento en el Evangelio. ¿Por qué, en efecto, el Espíritu Santo nos presenta el santo Corazón de María como depositario y guardián de los misterios de Jesús, sino porque a su imitación, honramos un Corazón tan augusto y digno de veneración? Este pasaje le sirvió como evangelio de la misa del Corazón de María. Asimismo, es el evangelio del misal romano en el propio de algunos lugares.

A los oráculos bíblicos siguen los de la tradición y autoridad eclesiástica. El Padre Eudes los reúne en los libros 7º y 8º. El 7º contiene lo más hermoso escrito por los Padres y escritores modernos a la gloria del Corazón de María. El 8º contiene las aprobaciones oficiales entregadas al Padre Eudes en favor de su querida devoción, por Clemente X, el cardenal de Vendôme, legado a la latere de la Santa Sede, y por gran número de arzobispos, obispos, y doctores en teología. El Padre Eudes añadió ejemplos de los santos y de órdenes religiosas que habían adoptado su fiesta en honor del Corazón de María. Desde el punto de vista histórico estos libros son preciosos pues en ellos se encuentran, con la historia del culto privado del santo Corazón de María, los documentos relativos a la institución del culto público.

El libro 9º trata de las “excelencias” del Corazón espiritual de María. Ya el padre Eudes había hablado de ellas extensamente en los libros precedentes. Sin ello no



hubiera podido explicar ni las figuras del Corazón de María ni su participación en las perfecciones divinas ni en los oráculos que cantan su gloria. Sin embargo, puesto que las excelencias intrínsecas del Corazón de la santa Virgen son el principal fundamento del culto que se le tributa, el Padre Eudes debía considerarlas en sí mismas y tratarlas *ex professo*. Lo hace en el libro 9º que llega a ser por su objeto y no solo por el puesto que ocupa el centro de la obra. Por esa circunstancia tiene una extensión excepcional.

La belleza moral del corazón humano consiste esencialmente en la exención del pecado y la posesión de la gracia santificante. Encuentra su complemento en el magnífico cortejo de virtudes y dones que acompañan siempre la gracia santificante en el corazón del justo. El Padre Eudes recuerda estos principios y comienza por hacernos admirar la pureza del Corazón inmaculado de María y la plenitud de gracia de que estuvo siempre colmado. Gozó al mostrar el grado supereminente con el que el Corazón de María poseyó todas las virtudes cristianas. El temor de agrandar demasiado su obra lo llevó a atenerse a las principales. Solo trata del amor del Corazón de María a Dios y de su caridad con los hombres, de su humildad, su mansedumbre y de su sumisión a la voluntad divina. Son las virtudes que le merecían la mayor estima y que recomendaba especialmente en todos sus escritos. Sobra decir que escribe con tanta ciencia como piedad. Pero obsérvese que nunca termina la exposición de María sin invitar imitarla y sin indicar los medios de hacerlo.



En los últimos capítulos del 9º libro muestra en el Corazón de la Madre de Dios el depósito sagrado de las gracias gratuitas, un tesoro inagotable de toda clase de bienes, el santuario, el sacerdote, la víctima del altar y del amor divino, el centro de la cruz y el rey de los mártires. Concluye el estudio de las excelencias del Corazón de María al mostrar que es un mundo de maravillas.

El libro 10º contiene la explicación del *Magnificat*. No está fuera de foco. El *Magnificat* es, como dice el Padre Eudes, el cántico del Corazón de María. La santa Virgen hace que broten los sentimientos que colman su alma, su Corazón espiritual, a partir del feliz momento de la encarnación del Verbo; su Corazón corporal contribuyó, a su manera, a la explosión de este canto de amor; ¿Se lo inspiró su Corazón, divino, el Espíritu Santo?

El libro 11º es práctico. El Padre Eudes resume las razones que deben llevar a honrar el Corazón de la santísima Virgen e indica los medios de hacerlo. Su principal interés son las meditaciones para la fiesta y la octava. Son muy bellas, y en su brevedad, encierran en sustancia toda su doctrina sobre esta querida devoción.

El Corazón de Jesús está unido al Corazón de María por lazos demasiado estrechos y los hace imposible de separar. El Padre Eudes, luego de haber “hablado ampliamente” del Corazón de María creyó deber decir algo del Corazón de Jesús. En el cuerpo de su obra había hablado ya de él a propósito del Corazón de María. Pero quiso tratarlo aparte y le consagró el libro 12º.



En el reducido marco en que debía mantenerse no podía hablar de todas las cuestiones relativas a la devoción al Corazón de Jesús. En vano buscaríamos allí la historia del culto privado al Sagrado Corazón o las aprobaciones que había obtenido para inaugurar un culto público. Tampoco vamos a encontrar un estudio completo de las perfecciones del Corazón del divino Maestro. Semejante estudio hubiera pedido largos desarrollos y lo hubiera obligado a repetir mucho de lo escrito sobre el Corazón de María. En lo que pudiera llamarse la parte dogmática de este libro 12º trata del amor del Corazón de Jesús a su Padre, a su Madre y sobre todo a los hombres. Trata esta cuestión ampliamente y con profundidad no superada hasta ahora por quienes han escrito sobre este tema.

Como consecuencia de este estudio dogmático se encuentran algunas citas tomadas de Lanspergio, de san Buenaventura, de santa Gertrudis y de la hermana Margarita de Beaume. Luego vienen dos series de meditaciones para la fiesta del Corazón de Jesús y para los ocho días de la octava. Se encuentran allí, aplicados al Corazón del divino Maestro, puntos de vista largamente desarrollados en el cuerpo de la obra a propósito del Corazón de María. No hay por qué extrañarse porque de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, siendo perfecta imagen uno de otro, lo que se dice de uno, de ordinario, guardada toda proporción, se dice del otro.

A pesar de haber sido incorporado al *Corazón admirable*, el libro doce no es menos un verdadero tratado de la devoción al Corazón de Jesús. Se añaden, como debió



hacerse, las nociones expuestas en el libro primero, en lo que tienen de esencial, la teoría y la práctica de la devoción al Sagrado Corazón. Es el primer tratado que se haya escrito sobre la materia pues es diez años anterior al libro del padre Croiset (1691) y diez y ocho años anterior al del padre Froment (1699). Según el parecer de escritores imparciales como el cardenal Pitra y más recientemente el padre Bainvel (*Devoción al Sagrado Corazón. París, 1906*) se asegura al Padre Eudes el honor de haber sido el primer teólogo del Sagrado Corazón como fue también su primer apóstol y su primer cantor.

### **III. La doctrina del *Corazón admirable***

Se entiende bien una devoción cuando se conoce su objeto y su práctica. Son dos puntos de vista que deben estudiarse de la doctrina del Padre Eudes sobre los Sagrados Corazones. Para hacerlo ordenada y completamente vamos a estudiar: 1) el objeto de su devoción al Corazón de María; 2) el objeto de su devoción al Sagrado Corazón de Jesús; 3) la unión de los Sagrados Corazones de Jesús y de María en la devoción eudista; 4) la práctica de la devoción a los Sagrados Corazones según él la concibe. Para terminar comparamos la doctrina del Padre Eudes y la de la beata Margarita-María en torno a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

#### **-1. *El objeto de la devoción al santo Corazón de María***



Las devociones referentes a la santa Virgen tienen de común que terminan en toda su persona. En efecto, como observa santo Tomás, solo se honra a las personas (Suma, 3, q. 25, ad 1). Incluso cuando celebramos la bondad de uno de nuestros semejantes o les besamos las manos por respeto, no es la bondad ni las manos en sí, que honramos sino a la persona toda entera se dirigen nuestros homenajes. Las devociones a María tienen un objeto común. Solo una de ella tiene como mira en María una o varias perfecciones especiales es la razón de darle un culto particular y allí se diferencia y constituye su objeto propio.

El objeto que el Padre Eudes nos invita a considerar en la devoción al santo Corazón de María es bien entendido su Corazón. Nos explica en sus obras lo que entiende por el Corazón de María. Vimos que distingue en María tres corazones: su corazón corporal que palpita en su pecho virginal; su corazón espiritual que es la parte superior de su alma; y su corazón divino que es Jesús. Por diversos motivos estos tres corazones son objeto de la devoción al santo Corazón de María como le concibe el Padre Eudes; solo los dos primeros son su objeto propio.

### *El Corazón corporal de María*

Tomado en sí mismo el Corazón corporal de la santa Virgen merecería ya nuestros homenajes pero no está en el espíritu de la Iglesia honrar con culto especial un objeto propiamente sensible. Todas las devociones que aprueba reúnen en la complejidad de su objeto un elemento sensible



y un elemento espiritual, y en este último nos invita fijar nuestra atención. Por ello en la devoción al santo Corazón de María el Padre Eudes propone a nuestra veneración no el Corazón corporal o el Corazón espiritual de la bienaventurada Virgen tomados aisladamente sino la reunión de uno y otro en la unidad de un solo objeto. Como en toda devoción el elemento sensible se encuentra en el primer plano y en él se fija primero nuestro pensamiento; en él y por él llegamos a su Corazón espiritual; por eso siempre él da su nombre a la devoción.

En virtud de la unión hipostática todas las partes de la humanidad de Jesús pertenecen a la persona del Verbo y por ello son dignas de adoración. La maternidad divina encierra todo lo que pertenece a la persona de María, todas sus facultades de su alma, todos los miembros de su cuerpo; y puesto que el culto se termina igualmente en la persona y es proporcional a su dignidad es evidente que todos los miembros de su cuerpo, todas las facultades de su alma, merecen culto de hiperdulía, Sin embargo no se puede pensar en hacer de cada uno de ellos objeto de devoción y sobre todo de una fiesta especial. Por tanto si el Padre Eudes propone honrar con culto particular el Corazón corporal de María es porque goza de prerrogativas especiales que no poseen los demás miembros de su cuerpo; puede ser por consiguiente objeto de culto especial a diferencia de su cabeza y de sus manos por ejemplo. Se anticipa a responder a una objeción que se hizo en las instancias de la corte de Roma cuando se quiso obtener una



concesión de una fiesta en honor del sagrado Corazón de Jesús.

Las prerrogativas del Corazón corporal de María derivan evidentemente del papel del corazón en la vida humana. El Padre Eudes lo considera no solo como la parte más noble del cuerpo humano sino como principio de la vida de que goza. Pensaba que la sangre que lleva vida a todo el organismo se forma en el corazón o, al menos, recibe en él su última perfección hasta el punto de que antes de haber pasado por él no es apta para nutrir el cuerpo ni para concurrir al cumplimiento de las funciones vitales. Como todos los de su época se equivocaba. Pero es cierto que el corazón es el principio de la vida e influye en el organismo al proyectarle la sangre. “Del corazón parte todo movimiento vital, dice Claudio Bernard, y así es principio de vida. Continúa vigilante cuando los demás órganos se silencian en su derredor. Jamás reposa; mientras todo duerme él palpita. Mientras palpita la vida se puede restablecer, Cuando cesa de palpar la vida se acaba irrevocablemente, Así como su primer movimiento fue el signo cierto de la vida, su última palpitación es signo cierto de la muerte”. La primera prerrogativa del Corazón de María es haber sido y ser el principio vital de su vida corporal y sensible, vida toda santa y digna por siempre de veneración de los ángeles y de los hombres.

El Padre Eudes deriva de la maternidad divina tres prerrogativas del Corazón corporal de la santa Virgen: la *primera*, haber proporcionado de manera más o menos mediata, la sangre de que fue formado el cuerpo de Jesús;



de modo que el Verbo encarnado es fruto del Corazón de María como lo es de su vientre. La *segunda* es que el Corazón de María fue, en cierta medida, el principio de la vida de Jesús todo el tiempo que residió dentro de las entrañas de su divina Madre. La *tercera* es que el Corazón de la santa Virgen fue a menudo el lecho de reposo del divino Maestro pues María, como sucede con todas las madres, tuvo ocasión de llevar a su Hijo entre sus brazos y más aún tuvo el gozo de apretarlo contra su Corazón.

El Padre Eudes se apoya en las relaciones del corazón con las pasiones para poner en claro una última prerrogativa del Corazón corporal de la santa Virgen. Tuvo estrecha relación entre el corazón y los afectos sensibles. “Sentimos que nuestro corazón está interesado en nuestros estados afectivos e incluso en nuestras disposiciones dice justamente el padre Bainvel; los sentimos ligados con ciertos estados y movimientos de nuestro corazón. Lo decimos no solo por metáfora; nuestro corazón palpita fuertemente; tengo el corazón hinchado; me aprieta el corazón; mi corazón se dilata, son expresiones que traducen una realidad fisiológica al tiempo que una realidad psíquica (op. c. 183).

La relación del corazón con las emociones sensibles se explica diversamente. Según los fisiólogos modernos el corazón no haría sino afectarse por la repercusión de los afectos sensibles cuyo origen está en el cerebro y el sistema nervioso; en tiempos del Padre Eudes en cambio se consideraba el corazón como el órgano del amor y de otros afectos pasionales. Era opinión dominante todavía en el



siglo XVIII y el padre Gallifet alegaba esto para legitimar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús cuya institución pedía. Todavía en nuestra época esta opinión tiene seguidores. Hace unos treinta años fue defendida calurosamente por el padre Ramière contra los ataques de Riche; y muy recientemente

El padre Billot, profesor de teología dogmática en la universidad Gregoriana, escribía con atrevimiento estas palabras que suelen citarse: “El corazón no es solo el símbolo del amor sensible; es también su órgano y en cierto modo su simbología pues es su órgano”. En esto el Padre Eudes seguía sus contemporáneos. En el *Corazón admirable* se contenta solo con decir repetidamente que es “sede de las pasiones”. Tomada literalmente esta expresión es incompatible con la teoría moderna. Porque el corazón sufre los embates de las pasiones, aunque no sea su órgano, está relacionado con ellas. Las explicaciones que el Padre Eudes da no dejan lugar a duda sobre el fondo de su pensamiento. Para él el corazón es la sede del amor y como dice: “fue hecho para amar”, y “el amor sensible procede de él”. Equivale a decir que es su órgano.

Las pasiones son parte de la naturaleza humana. La santa Virgen no fue exenta de ellas. Solo que mientras nosotros como consecuencia del pecado original, las pasiones son rebeldes contra la razón, ella vivía bajo la dependencia absoluta de la voluntad y del amor divino. “El espíritu del hombre nuevo, que reinaba profundamente en el Corazón de María, dominaba tan absolutamente en sus pasiones que no tenían ningún movimiento que no viniera



de su orden. De modo que nunca hizo uso algo que no fuera bajo la conducta del Espíritu de Dios y para la sola gloria de su divina Majestad. Solo amó a Dios; no deseó, ni pretendió, ni esperó nada sino agradarle siempre y temer desagradarle; no emprendió nada grande y difícil que no fuera para gloria y servicio de Dios. Esto fue el único objeto de su gozo, como la única causa de su tristeza fue la injuria y el deshonor que le causa el pecado; este fue el único objeto de su aversión, odio y cólera. Sus pasiones no tuvieron otro uso ni sentimiento sino que estuvieron muertas y anonadadas al mundo y a todas sus cosas; no tuvieron vida ni movimiento sino para el agrado o desagrado del que las poseía, las animaba y las gobernaba en todo”.

La contemplación de estas maravillas embelesaba al Padre Eudes y le hacía inmolta comparar el Corazón de María a un altar donde, entre otras víctimas, el amor divino de continuo a Dios las once pasiones del apetito sensitivo. En ocasiones también, con punto de vista un poco diferente, veía en las pasiones los “guardias” que no se cansan de proteger el amor divino en el Corazón de María. A causa de todas estas prerrogativas no vacilaba en afirmar que considerado en sí mismo, el Corazón corporal de la bienaventurada Virgen era ya digno de toda veneración.

### *El Corazón espiritual de María*

El Padre Eudes no nos pide, dijimos ya, hacer del Corazón corporal de María objeto de culto particular. Quiere que unamos a su Corazón corporal su “Corazón



espiritual”. En sentido amplio lo entiende como la parte superior de su alma con todas las perfecciones que le pertenecen, y en sentido más estricto su amor a Dios y a nosotros.

Para explicar su pensamiento el Padre Eudes recuerda que el alma humana e nosotros, sea en sí misma, sea con el cuerpo que ella informa, es en nosotros principio de una triple vida, la vegetativa que nos es común con las plantas; vida sensitiva que nos asemeja a los animales, y la vida razonable que bajo la acción dl Espíritu Santo se hace vida cristiana. Por tanto hay tres partes en el alma humana: el alma vegetativa, el alma sensitiva y el alma razonable. Por analogía llama a esta última el corazón del alma. Es en efecto la parte más excelente como el corazón es el órgano más noble del cuerpo. Es además el principio de la vida intelectual y moral, que es la vida propia del alma humana, como el corazón es el principio de la vida del cuerpo. Finalmente, como el corazón, según el Padre Eudes, es la sede y órgano del amor y de los afectos sensibles, la parte intelectual del alma es también, por razón de la voluntad que encierra, el principio del amor y de los afectos espirituales del hombre. Es por tanto el corazón del alma y por consiguiente el corazón espiritual del hombre” (Libro 1, cap. 4).

El Corazón espiritual de María es por tanto, en sentido amplio, la parte superior de su alma, con todo los afectos naturales y sobrenaturales, que ella encierra, o sea. Sus facultades naturales: memoria, inteligencia y voluntad, y la plenitud de gracia y virtudes de que está colmada, y la vida



admirable de que es principio. Por ello en el *Corazón admirable* el Padre Eudes trata de la pureza del Corazón de María, de su santidad, su ciencia, su sabiduría, y en general de todas las virtudes y perfecciones intelectuales y morales.

¿Hace entrar el Padre Eudes muchas cosas en el objeto de su devoción? Puede extrañar que haya de tener en cuenta por ejemplo la memoria, la inteligencia y todas las virtudes incluso intelectuales. Se apoyaba el Padre Eudes en la Escritura que es su guía para atribuir al corazón espiritual del hombre los actos de la inteligencia, de la memoria y también los de la voluntad. Por otra parte, los teólogos que tratan de la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María amplían su objeto tanto como él. Según el padre de Gallifet, que es autoridad en la materia, el elemento espiritual que, unido al Corazón de carne del Hombre-Dios, constituye el objeto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no es solo su amor sino también su alma santa, con los dones y gracias que encierra, y las virtudes y afectos de que es sede y principio. El ilustre teólogo no hace excepción de las virtudes intelectuales, ni tampoco de la inteligencia. Por el contrario, las comprende positivamente en el objeto de la devoción al invitarnos a ver en el Corazón de Jesús “lleno de vida, de inteligencia, de sentimiento”. Resume así su doctrina al respecto: “Que se considere este compuesto admirable que resulta del corazón de Jesús: el alma y la divinidad que le van unidas, los dones y gracias que conlleva, las virtudes y afectos de que es principio y sede, los dolores interiores de que es centro, la herida que recibió



en la cruz. Todo ello es el objeto completo que se propone a la adoración y al amor de los fieles”.

La liturgia de la Iglesia da a la palabra corazón un sentido tan amplio como el Padre Eudes y de Gallifet. Pueden citarse como prueba las letanías del Sagrado Corazón de Jesús aprobadas por León XIII. Se presenta en ellas al Sagrado Corazón como “abismo de todas las virtudes” y como “el que contiene todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”. Como al presente se trata es del Corazón de María tomemos el oficio que la Iglesia aprobó para celebrar su fiesta el domingo dentro de la octava de la Asunción. Allí el Corazón de María es el alma de la santísima Virgen, es su espíritu, su inteligencia, su memoria, su voluntad, en una palabra toda su interioridad.

Por lo demás lo que el Padre Eudes considera principalmente en el Corazón de María, lo que a sus ojos es propiamente el Corazón espiritual de la bienaventurada Virgen, es su voluntad y su amor.

Lo declara muy claramente en su libro la *Devoción al santísimo Corazón de María*. Dice: “Sobre todo, por nombre de Corazón de María, entendemos y deseamos venerar y honrar primera y principalmente esta facultad y capacidad de amar, tanto natural como sobrenatural, que hay en esta Madre de amor; las empleó en amar a Dios y al prójimo, o mejor, todo el amor y toda la caridad de la Madre del Salvador respecto de Dios y del nosotros... Si el corazón representa todo el interior, significa sin embargo principalmente el amor... De modo que cuando el celeste Esposo dice a su divina Esposa, la purísima Virgen: Ponme



como un sello en tu corazón y como sello en tu brazo, equivale a decir: Graba en mí una imagen perfecta del amor que me tengo a mí mismo y que tengo a ti, y un vivo retrato de la caridad que tengo a los hombres. Ámame como yo me amo a mi mismo... ama a tu prójimo como yo lo amo. Que tu Corazón arda interiormente con el fuego sagrado del amor que me tengo a mí mismo y de la caridad que tengo a mis criaturas y que las llamas de ese fuego se manifiesten exteriormente en tus palabras y obras.

“No ha habido ni habrá alguien que haya cumplido este mandato del divino Esposo de las almas fieles como la fidelísima Virgen. Por eso es llamada *Madre del amor hermoso, Madre de amor y caridad*.

“Por tanto contemplamos y veneramos en nuestra queridísima Madre y muy honrada Dama, este amor incomparable y esta caridad inefable. Es lo que principalmente por su santísimo Corazón. Bajo esta calidad y bajo este glorioso título de Madre del amor hermoso, Madre de amor y caridad, deseamos honrar y alabar singularmente a esta Virgen amabilísima y a esta Madre admirable”.

En el *Corazón admirable* el Padre Eudes no es menos explícito en cuanto al objeto de su devoción. Expone así en una meditación las razones para honrar el santo Corazón de María: “o honramos a esta sacrosanta Virgen no solo en uno de sus misterios o de sus acciones, o en alguna de sus cualidades, ni siquiera en su muy digna persona sino que la honramos *primera y principalmente* en la fuente y origen de todos sus misterios y acciones, de todas sus cualidades y de



su persona misma, es decir, su amor y su caridad puesto que el amor y la caridad son la medida del merito y el principio de toda santidad. Este amor y caridad santificaron los pensamientos., palabras, acciones y sufrimientos de la muy santa Madre del Salvador... Honraron toda su vida interior y exterior con maravillosa santidad que contiene en sí en grado soberano todas las virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo”.

El Padre Eudes vuelve a menudo a esta idea: todas las grandezas y glorias de María tienen su principio en su corazón y da como razón que el corazón es la sede de amor y que el amor es la fuente de toda virtud y todo mérito. Es tan cierto que para él el Corazón de María es ante todo su amor.

Citamos algunos textos que dan plena claridad a su pensamiento. “La bondad espiritual e interior de María deriva su origen de su divino Corazón pues el Corazón virginal es la sede del amor de que está colmada, amor que es la raíz y origen de todas las virtudes, santidades, perfecciones y hermosuras de que su alma está adornada”.

“El Corazón de María es la fuente de todas las grandezas, excelencias, prerrogativas de que está adornada, de todas las cualidades supereminentes que la elevan por encima de todas las criaturas, de todas las gracias que Dios le ha prodigado, de todo el uso santo que hizo de ellas, de toda la santidad de sus pensamientos, palabras, obras, sufrimientos, de todos los misterios de su vida”

“¿Por qué su corazón es la fuente de todas estas cosas? La razón es esta: ¿No sabes que el corazón es la sede del



amor y de la caridad, que el amor y la caridad son el principio, la norma y la medida de toda la santidad que hay en la tierra, y por tanto de toda la gloria que hay en el cielo? Por ello la verdad eterna nos anuncia en su santo evangelio que como el corazón del hombre es el origen de todo mal, es también la fuente de toda clase de bienes. Del corazón, dice el Hijo de Dios, que proceden los malos pensamientos, los homicidios, las blasfemias; el corazón del hombre de bien, continúa el Salvador, es buen tesoro de dónde saca todas las cosas buenas. Concluye por tanto que el Corazón de la sacrosanta Madre de Dios es la fuente de todo lo hay de grande, santo, santo, glorioso y admirable en ella”.

“Haz de saber que el amor divino posee, llena y penetra de tal modo el Corazón y el alma y todas las facultades de esta Virgen Madre que era en verdad el alma de su alma, la vida de su vida, el espíritu de su espíritu, y el corazón de su Corazón. De modo que el amor era todo y hacía todo en ella y por ella”.

Es evidente que el amor de que se trata aquí es el amor de Dios. Él es el principio y la fuente de todas las grandezas de María. Su ternura maternal con nosotros viene de él como todas las demás virtudes, no son sino el eco en nosotros de su amor a Dios. Es muy natural que sea el objeto principal de nuestra devoción y a ello nos invita el Padre Eudes.

Como en nosotros en María el amor de Dios y el amor de los hombres no son separables pues proceden de una sola virtud que es la caridad. El Padre Eudes lo repite varias veces y cuando define el objeto de la devoción al santo



Corazón de María, o expone sus motivos, siempre nos presenta al mismo tiempo su amor a Dios y su amor a los hombres. Los unía tan estrechamente en su pensamiento que cuando se presenta la ocasión de hablar del primero aprovecha la oportunidad para hablar del segundo. Por ejemplo, cuando compara el Corazón de María con un océano cuya amplitud representa la inmensidad de su amor a Dios añade que esa amplitud abarca la extensión de su caridad a los hombres. Cuando lo compara con el Arca de la alianza, recubierta de oro muy por dentro y por fuera, ve en el oro de dentro la figura de María a Dios y en el oro de afuera su caridad con nosotros. Cuando usa el ejemplo de la hoguera, las llamas que nos invita a contemplar son llamas de amor a nosotros al tiempo que de amor a Dios. Y así de los demás ejemplos.

Cuando habla de las amabilidades del Corazón de María sucede a menudo al Padre Eudes hablar a la vez de su amor y de su caridad. En él esas dos expresiones no son un pleonismo. Entiende ordinario con “amor” del amor de Dios y reserva la “caridad” para designar el amor al prójimo. Cuando reúne esas dos expresiones, a menos que el contexto indique lo contrario, cada una de ellas tiene un sentido particular. Las usa ambas para expresar el doble amor de que el Corazón de María está encendido.

El Padre Eudes no cesa de hablar de uno y otro, y lo hace con profundo sentimiento de admiración y entusiasmo. Se complace en analizar la perfección del amor de María a Dios cuya intensidad exalta, lo mismo su continuidad y pureza. Para dar una idea más cautivadora



recurre a imágenes muy variadas y grandiosas. Gusta de comparar el Corazón de María con una hoguera destinada a encender el universo. Y en cuanto al amor de María a nosotros vuelve de nuevo con más insistencia y sabe que el amor llama al amor e inspira la confianza. Entre todas las virtudes del Corazón de María la que más desea imitar es su caridad al prójimo. A cada momento exalta la bondad de María, su paciencia, clemencia, mansedumbre, misericordia y celo por la salvación de las almas. Siempre lo hace con los más vivos sentimientos de admiración y gozo.

Conocemos ya los dos elementos que constituyen el objeto propio de la devoción al santo Corazón de María tal como la concibe el Padre Eudes. En cuanto a las relaciones que hay entre uno y otro y que permiten que sean objeto de una y sola devoción, las presenta con analogías impactantes que analiza cuidadosamente, y que ya indicamos. Ellas hacen del Corazón corporal de María el símbolo de su Corazón espiritual y esto basaría para los reunamos en nuestro culto.

Pero entre los dos hay más que analogías. Hay relaciones muy estrechas entre los afectos sensibles y el órgano cardíaco. Si no proceden de él como se enseñaba antes al menos no se puede negar que lo afectan más que los demás órganos. Lo impresionan tan fuertemente, en los grandes dolores, pueden bastar para detener su palpar y causar la muerte. Ahora bien, como consecuencia de la unidad de la naturaleza humana los actos de la vida espiritual, incluso los de orden sobrenatural, reaccionan a menudo en la parte sensible de nuestro ser y a su vez



sufren su influencia. Pasa sobre todo con los afectos de la voluntad. Tienen su repercusión en el apetito sensitivo y por medio de las pasiones, dejan sentir su acción en el corazón. Los actos de caridad, por perfectos que sean, no escapan a esta ley.

La vida de los santos, por ejemplo san Pablo de la Cruz, nos ofrece ejemplos admirables. En María la dependencia de las pasiones respecto de la voluntad era más estrecha todavía, pues en ella, según vimos, el amor divino dirigía la actividad de las pasiones e inspiraba todos sus actos. Esto hizo decir al Padre Eudes, respecto del Corazón corporal de María que “es del todo espiritual” y “todo encendido en la divina caridad”, así como su Corazón espiritual es “del todo divinizado por la acción del Espíritu Santo”. También pudo afirmar que el Corazón espiritual de la santa Virgen es “el alma y el espíritu de su Corazón corporal”. Y puesto que esos dos Corazones están tan estrechamente unidos que participan el uno del otro, aunque de forma diferente, de toda la vida íntima de María, es claro que hay un motivo más para reunirlos en un culto común. En esto, más que en simbolismo del corazón corporal, se apoya el Padre Eudes para hacerlo.

### *El Corazón divino de María*

El Padre Eudes no se limitaba a considerar en el Corazón de María las perfecciones y virtudes que Dios le había dispensado; percibió también en él las tres divinas personas de la Santísima Trinidad que residen en ese



Corazón con complacencia y le comunican en sobreabundancia la vida divina de que está colmado, al tiempo que son el objeto único de todos sus pensamientos y afectos. Nada nos debe causar sorpresa. Cuando habla de la vida cristiana o de la vida sacerdotal nunca deja de apoyarse en las relaciones estrechas que ellas establecen, una y otra, entre nosotros y las tres divinas personas. Como ellas viven y reinan de manera admirable en el Corazón de María, el Padre Eudes nos invita a contemplar este espectáculo y nos exhorta a hacerlas vivir y reinar también en nosotros, en nuestro propio corazón. Lo hace a menudo en el *Corazón admirable* y también en su oficio del santo Corazón de María cuyos himnos terminan con la doxología:

Trinidad sacrosanta,  
eres la vida eterna de los corazones,  
la santidad del Corazón de María,  
reina en el corazón de todos

Sin embargo el Padre Eudes insiste de manera especial en las relaciones del Corazón de María con el Verbo encarnado y con el Espíritu Santo; llega incluso a darles al uno y al otro, el nombre de Corazón divino de María, y quiere que los homenajes que rendimos al Corazón de la bienaventurada Virgen suban a ellos.

Ya en el *Reino de Jesús* daba al divino Maestro el nombre de Corazón de María, y quería que fuera honrado en tal calidad: “Oh Jesús, dice en una de sus elevaciones, te contemplo y adoro como a quien vive y reina en tu



santísima Madre y como quien eres y haces todo en ella; Tú eres su vida, su alma, su *Corazón* (5ª parte, mediación del sábado).

¿Por qué el Padre Eudes daba a Jesús el nombre de Corazón de María? Porque vive y reina en su divina Madre que es todo y hace todo en ella; es el alma de su alma y la vida de su vida: Aplicaba a la devoción a la santa Virgen su concepción de la vida cristiana. La concebía como la vida de Jesús en los miembros de su cuerpo místico. Jesús, en efecto, vive en nosotros porque, por una parte, es el objeto de nuestros pensamientos y afectos en la medida en que son cristianos, y, por otra, es el principio de la vida sobrenatural de que gozamos y obra en nosotros y por nosotros cuanto hacemos de bueno.

¿Quién no ve que sea como objeto amado, sea como principio de vida, Jesús puede ser llamado el corazón del cristiano? Damos el nombre de corazón a las personas que amamos. ¿No lo hace la madre con sus hijos? Y dado que el corazón es el principio de la vida del cuerpo y que Jesús se da a nosotros para ser el principio de todo lo que hay en nosotros de vida sobrenatural ¿por qué no, por analogía, darle el nombre de corazón? En este último sentido en el *Reino de Jesús*, el Padre Eudes daba a Jesús el nombre de Corazón de María y en ese sentido se lo da muy a menudo en las obras que compuso para propagar la devoción al Corazón de la bienaventurada Virgen.

¿No es el corazón el principio de la vida, escribe en el *Corazón admirable*? ¿Y qué es el Hijo de Dios en su divina Madre, donde está y estará por siempre, sino el espíritu de



su espíritu, el alma de su alma, el corazón de su corazón, el solo principio de todos los movimientos, usos y funciones de su santísima vida? ¿No escuchas a san Pablo quien nos asegura que no es él quien vive sino que Jesucristo vive en él, y que es la vida de todos los cristianos? ¿Quién puede dudar de que viva en su preciosísima Madre y que no sea la vida de su vida, el corazón de su corazón? ¿Quién podrá pensar de qué manera y con qué abundancia y perfección comunica su vida divina a aquella de quien recibió una vida humanamente divina y divinamente humana, pues engendró y dio a luz a un Hombre-Dios? Él vive en su alma y en su cuerpo; él vive todo en ella, o sea, que todo lo que hay en Jesús vive en María... Así Jesús es el principio de la vida en su santísima Madre. Así es el corazón de su corazón, la vida de su vida. Por eso podemos decir que tiene un Corazón del todo divino. Está claro. Jesús es el Corazón divino de María porque de él procede la vida divina de que ella goza.

Es cierto que ordinariamente expresamos las relaciones del Verbo encarnado con los miembros de su cuerpo místico diciendo más bien que él es su cabeza. Pero nada impide que le demos también el nombre de corazón. Quizás es el que mejor le conviene cuando queremos expresar la acción que él ejerce inmediatamente en las almas puesto que es íntima y oculta como la del corazón en el organismo. Cuando sobre todo se vincula toda la vida cristiana con el amor, como lo hace constantemente el Padre Eudes, ¿no es acaso el nombre de corazón el que conviene mejor para expresar el principio de donde se



origina? Añado que es difícil usar otro para hablar de la acción vivificante de Jesús en el Corazón de su santa Madre. Si es natural decir, con el Padre Eudes, que Jesús es el Corazón de su Corazón como dice que es el alma de su alma y la vida de su vida, se vería difícil decir lo mismo el término cabeza.

Tenia fundamento el Padre Eudes para considerar a Jesús como el Corazón divino de su Madre. Como estaba habituado a ver a Jesús en todo y lo veía como la gloria y el esplendor del Corazón de María, hubiera juzgado no ser del agrado de esta buena Madre no entrever la belleza arrebatadora de su Corazón, al separarlo de Jesús para contemplarlo únicamente en sus perfecciones intrínsecas.

Es claro que no se participa de la vida de Jesús sino en cuanto se está animado de su espíritu. Dice san Pablo que si alguno no tiene el espíritu de Jesucristo no es cristiano (Ro 8, 9). Ahora bien, el espíritu de Jesucristo son las disposiciones de intenciones de su Corazón adorable; pero es también y principalmente el Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu Santo es el espíritu de Jesús pues es el amor sustancial del Padre y del Hijo, y procede del uno y del otro. Lo es además porque la santa humanidad de Jesús estuvo siempre llena de este divino Espíritu, y siguió en todo siempre sus inspiraciones. Por este doble título podemos considerarlo como el Corazón divino de Jesús y veremos que el Padre Eudes no se privó de hacerlo.

Para iniciarnos en su vida divina Jesús no se comentó con participarnos las disposiciones y virtudes de su Corazón; quiso darnos el que es a la vez su Espíritu y su Corazón para



ser nuestro espíritu y nuestro corazón. Por ello el Espíritu viene a habitar en nuestra alma y la Iglesia lo llama el Espíritu vivificante. El Padre Eudes vuelve a menudo a este pensamiento. Se encuentra en todas sus obras y podemos considerar que ocupa puesto importante en su enseñanza sobre la vida espiritual. En un pasaje de su *Manual* lo expone con admirable precisión: “Adoremos y amemos a Jesús. Como principio del Espíritu Santo con su Padre y que nos mereció con su sangre; nos lo dio para ser en cierta manera nuestro espíritu y corazón... Démosle gracias. Pidamos perdón del poco uso que hemos hecho de tan gran don”.

No hay que imaginar que esta doctrina sea nueva. Llena las cartas de san Pablo y se encuentra en pasajes del evangelio de Juan. Incluso se da en el Antiguo Testamento. Así lo entiende el Padre Eudes en el pasaje de Ezequiel (36, 26-27) donde Dios promete dar a su pueblo, en la nueva alianza, un espíritu y un corazón nuevo al enviarles su propio Espíritu. Esta interpretación es conforme, al menos en sustancia, con la hermenéutica tradicional.

Por tanto, al comunicarnos su Espíritu, Jesús nos hace vivir de su vida, y así este Espíritu divino puede ser llamado también, lo mismo que Jesús, el corazón del cristiano. Santo Tomás declara incluso que este nombre le conviene de manera especial porque su acción es siempre oculta (Suma 3ª, q. 8, a 1, ad 3). El Padre Eudes no se aparta ni de la enseñanza, ni incluso del lenguaje tradicional, al dar al Espíritu Santo el nombre de Corazón divino de María. Sin embargo, ya que consideraba al Espíritu Santo



preferentemente como el espíritu de Jesús más que como una persona aparte, principalmente da el nombre de Corazón de María; lo aplica al Espíritu Santo por vía de consecuencia y por su unión con el Verbo encarnado de quien es el espíritu.

Queda claro por tanto que el Corazón divino de María, si bien está estrechamente unido a su Corazón espiritual, e incluso, en cierto sentido, a su Corazón corporal, es sin embargo extrínseco a su persona. Ciertamente el Padre Eudes insiste en la unión de esos tres Corazones, y se entiende bien, porque los quiere hacer entrar, por títulos diversos, en el objeto de su devoción. “Veamos, dice, lo que se entiende por el Corazón de la sacratísima Virgen. En ella hay tres Corazones: su Corazón, corporal, su Corazón espiritual y su Corazón divino. Esos tres Corazones hacen un solo Corazón en la Madre del amor, como nuestro cuerpo y nuestra alma no hacen sino uno, pues su Corazón espiritual es el alma y el espíritu de su Corazón corporal, y su Corazón divino es el corazón, el alma y el espíritu de su Corazón corporal y espiritual” (Libro 1, cap. 5). No teme afirmar que entre esos tres Corazones hay una unión tan perfecta como no lo ha habido, excepción hecha de la unión hipostática.

Sin embargo no se debe desnaturalizar el pensamiento del Padre Eudes. Importa recordar que por estrecha que se pretenda la unión de Jesús con su santa Madre, no va hasta suprimir la distinción de las personas. Al venir al Corazón de su Madre, Jesús toma posesión de él, vive y reina en él hasta el punto que toda la vida de María depende de él como de su principio y es en verdad su vida, más o menos



como la vida del cuerpo depende del alma que la vivifica, pero con la diferencia de que el cuerpo y el alma se unen en la unidad de una naturaleza y de una persona, unidad que no puede existir entre Jesús y su divina Madre. Cosa distinta pasa entre el Corazón corporal y el Corazón espiritual de María. La unión entre ellos no consiste solo en comunidad de operación y de vida. Se da en la unidad de la persona, e incluso, si bajo el nombre de Corazón espiritual de María se entiende la parte superior de su alma con sus perfecciones naturales, se llega hasta la unidad de naturaleza.

Esta observación nos va a ayudar a comprender en qué sentido Jesús, y con él el Espíritu Santo, puede entrar en la devoción al santo Corazón de María. Es evidente que en lo que respecta a María esta devoción no puede tener objeto distinto que su persona. Se detiene en el Corazón corporal y el Corazón espiritual de la bienaventurada Virgen que tomados conjuntamente constituyen su objeto propio. Hay que considerarlos ambos en sus relaciones con el Verbo encarnado bajo pena de no descubrir toda su excelencia. En cuanto a la persona de Jesús no es posible por ningún título hacer de él el objeto inmediato de la devoción al santo Corazón de María.

Solo, y es preciso subrayarlo, la devoción a la santa Virgen y a los santos, cuando es bien comprendida, no se queda en sus personas; sube a Dios que es el autor de su santidad y que no es menos adorable en lo que es y hace en los santos como lo que es en sí mismo. Sin esto, la devoción a los santos no sería un acto de religión porque la religión se refiere a Dios, y si en ocasiones los actos que inspira se



dirigen a las criaturas es por su relación con la divinidad. La devoción que tenemos a los santos, dice santo Tomás, no termina en ellos sino que los sobrepasa para subir a Dios, pues en los ministros de Dios es a él a quien veneramos (Suma 2ª 2ae, q 82, a, 2, ad 3)

En sus controversias con los protestantes que rechazan como idolátrico el culto a la santa Virgen y a los santos, Bossuet recuerda este principio: “La Iglesia enseña, dice en su *Exposición de la fe católica*, que todo culto religioso debe terminar en Dios como en su fin necesario; el honor que se rinde a la sana Virgen y a los santos puede ser llamado religioso porque se refiere necesariamente a Dios”.

“Nadie niega, dice en otra parte, que existan criaturas que tienen una relación particular al objeto de la religión, es decir, a Dios. El honor que rinde a sus criaturas no es religioso en sí mismo, pues no son Dios. Pero nadie puede negar que no se mezcle algo de religioso pues son honrados por amor a Dios, o mejor, es a Dios a quien se honra en ellos”.

No sería sano concluir que el culto que tributamos a la santa Virgen es relativo como el de las imágenes. Veneramos las imágenes a causa de la persona que representan y a ella sola se dirige el culto que se les rinde. No pasa así con los santos. Si bien el culto de que son objeto no se limita a su persona, se dirige sin embargo a ellos, y se funda en la excelencia de sus virtudes y de sus méritos, solo que, como en definitiva todo lo que hay de virtud en ellos viene de Dios, el culto que les damos no es legítimo y no puede agradarles sino en cuanto se mezcla en él , como dice



Bossuet, un homenaje dirigido a Dios mismo. Por ello el Padre Eudes que hacía de Jesucristo el centro de la religión pretendía que los homenajes que se le tributan se dirijan igualmente al Padre y al Espíritu Santo, y recomienda a menudo honrarlo en María y en los demás santos.

El Padre Eudes estaba justamente convencido de que todo el honor que se tributa a la santa Virgen y a los santos en la Iglesia católica, encierra implícitamente un homenaje a la persona de Jesús. Se ve claro en las siguientes palabras dirigidas a los fieles en el *Corazón admirable*, para decidirlos a recurrir al Corazón de María: “Apresúrense. ¿Qué esperan? ¿Por qué lo difieren un momento? ¿Acaso temen agraviar a la bondad incomparable del muy adorable Corazón de Jesús si se dirigen a la caridad del Corazón de su Madre? No saben que María es nada, nada tiene y nada puede, sino de Jesús, por Jesús y en Jesús, y que Jesús lo es todo, lo puede todo y hace todo en ella? ¿No saben que Jesús hizo el Corazón de María tal como es, que quiso que fuera fuente de luces, de consuelo, y de toda clase de gracias para todos los que acuden a ella en sus necesidades? No saben que Jesús no solo reside y permanece de continuo en su Corazón sino que él mismo es el Corazón de María, el Corazón de su Corazón, el alma de su alma? ¿Qué ir al Corazón de María es ir al Corazón de Jesús, honrar el Corazón de María es honrar a Jesús, invocar el Corazón de María es invocar a Jesús”? (Libro 2, cap. 5).

El Padre Eudes deseaba que los fieles, en especial los que aspiran a la verdadera piedad, se habituasen a considerar y honrar con culto explícito a Jesús que vive y



reina en el Corazón de su divina Madre. Ya lo había hecho en el *Reino de Jesús* y cuando en trata de la devoción a la santa Virgen. Es notable que haga preceder su elevación a María de una elevación a Jesús para honrarlo por lo que es y hace en su divina Madre. Más tarde cuando atribuyó a María puesto más destacado en su devoción, lo hace con mayor insistencia. En todas sus obras sobre el Corazón de María, al celebrar con complacencia las perfecciones y virtudes de la santa Virgen nos invita a levantar la mirada a la persona adorable de Jesús, que es su autor, y por ese título tiene derecho especial a nuestras alabanzas y a nuestro amor: *A Jesús, que vive y reina en el Corazón de María, vengan y lo adoramos.*

Sería demasiado poco decir que nada hay de más legítimo. Es imposible, creemos, no ver allí una magnífica aplicación de la doctrina católica más acendrada y elevada.

### *El objeto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*

El Padre Eudes concibió la devoción al Sagrado Corazón de Jesús de la misma manera que la devoción al sano Corazón de María. Vamos a encontrar, por tanto, en el objeto de la devoción al Corazón de Jesús, los mismos elementos de la devoción al Corazón de María. Desde los comienzos del *Corazón admirable*, el autor distingue en Jesús, como en su divina Madre, tres Corazones que no hacen sino uno, y que ofrece a nuestra adoración bajo el nombre de Corazón de Jesús. “En el Hombre-Dios, dice, adoramos tres Corazones que hacen un solo Corazón. El



primero es su Corazón corporal, deificado como las demás partes de su sagrado cuerpo por la unión hipostática que tiene con la persona del Verbo eterno. El segundo es su Corazón espiritual, es decir, la parte superior de su alma santa que comprende su memoria, entendimiento y voluntad, particularmente deificada por la misma unión hipostática. El tercero es su Corazón divino que es el Espíritu Santo, por el cual su humanidad adorable estuvo siempre más animada y vivificada que su alma propia y su propio corazón. Tres Corazones en este admirable Hombre-Dios que son un solo Corazón, porque su Corazón divino, siendo el alma, el Corazón y la vida de su Corazón espiritual y de su Corazón corporal, establecidos en tan perfecta unidad con él que esos tres Corazones no son sino un Corazón muy único, lleno de amor infinito a la santísima Trinidad y de caridad inconcebible a los hombres” (Libro 1, cap. 2).

Con el deseo de encontrar una diferencia entre la devoción al Sagrado Corazón, tal como la predicó el Padre Eudes, y la beata Margarita María, dos escritores modernos, los padres Haussherre y Letierce, jesuitas, han pretendido que la devoción del Padre Eudes no tenía por objeto sino el Corazón espiritual de Jesús, o sea, su amor con exclusión de su Corazón de carne. Es claro que esta afirmación es errónea. Dichos padres no la hubieran emitido si se hubieran dado el trabajo de estudiar, sea el Oficio del Sagrado Corazón, compuesto por el Padre Eudes, sea el libro del *Corazón admirable*.



En el oficio, en efecto, las lecturas del segundo nocturno, tanto las de la fiesta como de la octava, giran casi todas a la herida hecha al Corazón de Jesús por la lanza del soldado romano. Tiene por tanto por objeto el Corazón de carne del Hombre-Dios.

En cuanto al *Corazón admirable*, es cierto que no trata en capítulo aparte del Corazón de Jesús pues es obra que tiene por tema el Corazón de María. Se dedica a poner de relieve la extensión de su amor al Padre y a nosotros. Sin embargo, en el libro 12, hay pasajes que se refieren al Corazón de carne del Verbo encarnado. Cuando, por ejemplo, nos dice, hablando del Corazón de Jesús, que fue hecho con la sangre virginal de María; también cuando hace de él la sede y el órgano de las pasiones deificadas del Salvador (Libro 12, ap. 1); cuando nos lo muestra en el árbol de la cruz roto y destrozado por el exceso del dolor y del amor; cuando nos lo presenta herido por la lanza de Longino, derrama su sangre hasta la última gota por nuestra redención; cuando, con el biógrafo de la madre Margarita del Santísimo Sacramento nos habla de su decaimiento, abatimiento y palpitaciones, o, con Lanspergio, nos recomienda tener una imagen suya en nuestras casas; el corazón de que habla en todos esos casos es evidentemente el Corazón corporal del Hombre-Dios.

En las meditaciones del libro 12 hay una, que desde el punto de vista que nos ocupa, tiene importancia especial porque gira en torno justamente al objeto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En esta meditación, y en el pasaje del libro que citamos, el Padre Eudes distingue en



Jesús tres Corazones que hacen un solo corazón: su Corazón divino, su Corazón espiritual y el “santísimo Corazón de su cuerpo deificado, que es una hoguera de amor divino a nosotros, amor incomparable. “Es suficientemente claro, luego de textos tan claros, ¿cómo es posible sostener que la devoción del Padre Eudes al Sagrado Corazón no tiene por objeto sino el amor de Jesús, con exclusión de su Corazón de carne”?

Si el libro 12 hay pasajes que no pueden entenderse sino del Corazón espiritual o del Corazón divino del Hombre-Dios hay otros que solo se aplican al Corazón corporal. El conjunto del libro considera los tres Corazones pues los tres pertenecen a la misma persona. Entre ellos hay una dependencia y una armonía tan perfecta que los tres palpitan al unísono. Así cuando el Padre Eudes nos presenta el Corazón de Jesús como una “hoguera de amor”, y lo hace a todo lo largo del libro, no entiende hablar solo del Corazón espiritual o del Corazón divino, como erróneamente pensó el padre Letierce; su pensamiento va más lejos y llega al Corazón corporal. El pasaje citado es prueba evidente. En él el Padre Eudes da expresamente “al Corazón del cuerpo deificado” de Jesús el nombre de “hoguera de amor”. Y es muy legítimo porque si, como ya vimos, el corazón se encuentra asociado a toda la vida afectiva del hombre hasta el punto que sus afectos más espirituales tienen en él una repercusión profunda, los ardores del amor de Jesús a su Padre y a nosotros, no se quedan encerrados en el recinto de su alma sino que se comunican a su Corazón de carne y constituyen juntamente



una “hoguera de amor”. Por eso Nuestro decía a la beata Margarita-María, al mostrar su Corazón de carne: *Este es el Corazón que ha amado tanto a los hombres*, uniendo en el objeto que presentaba a su contemplación, su corazón corporal y su amor a nosotros. Por ese motivo en repetidas ocasiones el Corazón de Jesús apareció a la beata precisamente bajo la forma de una hoguera de amor.

Al tratar de la devoción al santo Corazón de María el Padre Eudes se había dedicado a poner en claro las prerrogativas que dan al corazón importancia excepcional en el organismo humano. Lo mostró como el órgano más noble del cuerpo, el principio de la vida que circula en los miembros y sobre todo como sede, e incluso, lo vimos, el órgano del amor y demás afectos sensibles. Apoyado en esas prerrogativas reclama culto especial en honor del Corazón de la bienaventurada Virgen.

El culto del Corazón corporal del Verbo encarnado reposa en los mismos principios. Sola, la unión hipostática no podría bastar para explicarlo. Ella se extiende a todas las partes de la humanidad del Salvador y no se puede pensar en hacer de cada una de ellas objeto de un culto especial. Si se concede este honor al Corazón de Jesús es por títulos particulares que hay que buscar en la excelencia que le es propia, en la naturaleza de sus funciones y sobre todo en su participación íntima en toda la vida afectiva del Señor Jesús. El Padre Eudes se hubiera entregado a desarrollar estos pensamientos si escribiera un tratado completo de la devoción al Sagrado Corazón. En el *Corazón admirable* pensó que no debía hacerlo pues trataba solo



accidentalmente del Corazón de Jesús, y además en el primer libro, si bien se ocupaba directamente del Corazón de María, aplicó al Salvador los principios que ponía.

Sin embargo no deja escapar la ocasión de apoyar, en la parte que tuvo el Corazón corporal del Hombre-Dios en su amor al Padre y a nosotros, así como en los dolores de que estuvo agobiado durante la pasión. Vuelve siempre sobre las heridas recibidas por Jesús en su corazón.

Los amantes del Sagrado Corazón contemplaron siempre con complacencia la herida hecha al Corazón de Jesús por la lanza del soldado romano. Al parecer la consideración de la herida del sagrado costado llevó a los místicos de la edad media a la contemplación y al amor del Sagrado Corazón. En todo caso, vieron en la herida material hecha al Corazón inanimado del Salvador, el símbolo de su amor y de sus dolores, al tiempo que una apertura que les daba acceso a este divino Corazón y les permitía encontrar en él asilo y hogar de amor. El Padre Eudes conocía lo que los autores de la edad media habían escrito sobre esta herida y se inspiró a menudo en ella. Incluso tomó de ellos todas las lecturas del segundo nocturno del oficio que compuso para la fiesta del Sagrado Corazón y para su octava.

Sin embargo, santa Brígida, santa Gertrudis y Louis Bail, contemporáneo del Padre Eudes, hicieron mención de otra herida que llamó su atención, y que no se cansa de recordar con profundo sentimiento de admiración y amor cuando se ocupa del Sagrado Corazón.



En efecto se lee en las *Revelaciones* de santa Brígida que estando en la cruz el divino Salvador sufrió por nuestro amor dolores tan vivos y penetrantes que su Corazón se rompió y se destrozó, lo que fue la causa próxima de su muerte. El Padre Eudes anota que Jesús murió de dolor y de amor por cada uno de nosotros y podemos decir de su Corazón adorable que fue víctima de dolor y de amor, según el himno de primeras vísperas de la fiesta del divino Corazón.

Se comprende que el Padre Eudes se haya detenido a considerar esta herida que destrozó el Corazón de Jesús, de preferencia a la que más tarde recibió del soldado romano. Esta, en efecto, si bien es misteriosa y adorable, tiene solo una relación exterior, si es posible decir así, con el amor del divino Maestro. Es su figura, singularmente expresiva sin duda, pero no es sino la figura y la sufrió luego de que su Corazón cesó de palpar. Es distinta de la herida de que habla santa Brígida. No es solo un símbolo. Es el exceso de amor y de dolor de que estuvo colmado el Corazón de Jesús en el árbol de la cruz, un efecto que el Padre Eudes dice: “está por encima de todas las otras”. Solo que esta herida solo nos es conocida por revelaciones privadas. La Escritura no habla de ella ni aparece en las manifestaciones de la beata Margarita-María. Por ello quizás, entre los teólogos del sagrado Corazón. solo el Padre Eudes se ocupó de ella.



## *El Corazón espiritual de Jesús*

El Corazón corporal del Salvador no constituye sino parcialmente el objeto de la devoción al Sagrado Corazón. Es solo su elemento sensible. Hay que unir a él el elemento espiritual para formar el objeto total de la devoción. Es lo que el Padre Eudes llama el “Corazón espiritual” del Hombre-Dios.

En sentido amplio se refiere a la parte superior de su alma santa que comprende la memoria, el entendimiento y la voluntad, y además, entiéndase bien, las perfecciones y virtudes de que es objeto.

En sentido estricto, el Corazón espiritual de Jesús es, al decir del Padre Eudes, “la voluntad de su alma santa que es facultad puramente espiritual, por la que se ama todo lo amable, y se detesta todo lo detestable”. Es por tanto su amor considerado, no en alguna de sus manifestaciones sino en su principio y su hogar.

En su oficio del Sagrado Corazón y en el libro 12 del *Corazón admirable* el Padre Eudes se refiere casi siempre a este sentido estricto. Si hubiera escrito un tratado completo de la devoción al Corazón de Jesús, creo que no habría omitido hacernos admirar en detalle, no digo todas las perfecciones y virtudes de este divino Corazón, lo que sería imposible, sino hubiera presentado aquellas cuya contemplación puede contribuir a hacernos conocer y amar al divino Maestro y a darnos las lecciones morales que necesitamos. Hubiera procurado reunir las todas en el amor del que son, en Jesús y en nosotros, su amplio desarrollo.



Pero como en el *Corazón admirable* lo que tiene en miras es el Corazón de María solo quiso ver allí el Corazón de Jesús como hoguera de amor.

El objeto de este amor es múltiple. Si Jesús nos ha amado hasta sacrificarse por nosotros tuvo amor mayor a su santa Madre y sobre todo a su divino Padre. En la devoción al Sagrado Corazón el Padre Eudes nos invita a honrar el Corazón de Jesús tal como es, con todo el amor de que está colmado. Por ello en el *Corazón admirable* antes de tratar del amor Jesús a nosotros se ocupa de su amor a su Padre y a su divina Madre.

Con todo, en la mente del Padre Eudes, la devoción al Sagrado Corazón tiene sobre todo como objeto el amor de Jesús a los hombres; su amor al Padre ocupa solo lugar secundario. La razón es que como Jesús Dios como su Padre bajo el velo de su divinidad pide nuestra adoración y nuestro amor, pero lo que propiamente nos determina a amarlo y servirle es la consideración de su amor a nosotros. El Padre Eudes tomó como tema de su oficio al Sagrado Corazón ese amor y apenas menciona su amor al Padre. Es cierto que en el *Corazón admirable* consagra todo un capítulo del libro 12 al amor al Padre pero ese es un capítulo corto y tiende menos a que honremos el amor de Jesús por su Padre. En el resto del libro el Padre Eudes se ocupa del amor de Jesús al hombre. Para él, como para los discípulos de la beata Margarita-María, este amor del Corazón corporal del Hombre-Dios constituye el objeto propio de la devoción al Sagrado Corazón.



El Padre Eudes estudia este amor del Corazón de Jesús con complacencia. Ve en él la fuente de todos los misterios del Verbo encarnado, de todos los estados de su vida, de cuanto pensó, hizo y sufrió para salvarnos. Concluye de ello que si es legítimo celebrar una fiesta en honor del Santísimo Sacramento y de los principales misterios de la vida del Salvador, es igualmente justo hacerlo en honor de su Sagrado Corazón.

Incluso piensa que esta fiesta debería estar por encima de las demás fiestas. “Es, dice, la fiesta de las fiestas en cierto modo, pues es la fiesta del Corazón admirable de Jesús, que es el principio de todos los misterios que se contienen en las demás fiestas que se celebran en la Iglesia, y la fuente de cuanto hay de más grande, santo y venerable en las demás fiestas”.

Para darnos una idea del amor del Corazón de Jesús, el Padre Eudes nos recuerda los beneficios inapreciables con que nos ha gratificado al liberarnos del pecado y al merecernos la beatitud del cielo. Nos detalla las liberalidades con que nos colmado el divino Maestro al darnos a su Iglesia para ser nuestra madre espiritual, sus sacramentos para obrar nuestra santificación, sus santos como abogados, sus ángeles como nuestros protectores, su Madre para ser nuestra segunda Madre, su Padre para ser nuestro Padre, su Espíritu Santo para ser nuestra luz y nuestro guía, finalmente su Corazón, origen y principio de los demás dones, para ser el mismo tiempo nuestro amor, refugio, oráculo, tesoro, modelo e incluso, en cierta manera, nuestro corazón (Libro 12, meditaciones).



Sin embargo, el Padre Eudes llama nuestra atención sobre dos misterios en que reluce el amor de Jesús a nosotros. El primero, el misterio de la Eucaristía. Jesús se encierra en ella para ser el compañero de nuestro exilio, para adorar y glorificar a su Padre en nuestro nombre, para inmolarse cada día por nosotros y darse a nosotros como alimento del alma, y en cambio de tanto amor, lo abrevamos de ingratitudes de toda clase.

El segundo es el misterio de la Pasión en que Jesús sufrió tanto por nosotros y donde su Corazón fue cubierto de infinidad de heridas muy sangrientas y dolorosas. Esas heridas eran de dos clases nos dice el Padre Eudes. Unas provenían de los innumerables pecados del mundo. Jesús considera en ellos la injuria que hacen a su Padre y la desgracia espantosa con que afectan a las almas, al precipitarlas en el infierno; a la vista de tantos males su Corazón, lleno de amor a su Padre y a nosotros, era presa de inconcebibles dolores. Las otras heridas del Corazón de Jesús eran las penas y sufrimientos de sus hijos, en especial los tormentos de los mártires. El divino Maestro fue el primero en saborear su amargura; la sintió desde el momento de su entrada al mundo, y el dolor que sintió hubiera bastado para causarle la muerte, si su omnipotencia no hubiera moderado los efectos. En el día de la pasión todas esas torturas físicas que tuvo que padecer de sus verdugos, y bajo su presión, si creemos a santa Brígida, su Corazón de carne se reventó y hubiera sido presa al momento de la muerte.



Se ve entonces incluso en este punto, que el padre Letierce ignora extrañamente la devoción eudista al oponer la del Padre Eudes a la de la beata Margarita-María. Dice que una, la del Padre Eudes, habla de un Corazón *amante* y la otra de un Corazón *amante y sufriente*, siempre sacrificado y crucificado de nuevo en una pasión sin cesar renaciente. De ninguna manera. El Padre Eudes no se contentó con contemplar el amor del Corazón de Jesús; como la beata Margarita-María meditó sus dolores; los compartió con toda la fuerza de su corazón, se esforzó, movido por el ardor de su caridad, por reparar las ingratitudes que fueron su causa e invita a sus discípulos a hacer otro tanto.

### *El Corazón divino de Jesús*

La devoción al Sagrado Corazón, como la predicó el Padre Eudes, tiene como objeto inicialmente el Corazón corporal y el Corazón espiritual del Hombre-Dios; pero no se queda allí; se eleva hasta lo que llama “el Corazón divino”.

En sentido verdadero se podría llamar también divinos también al Corazón corporal y al Corazón espiritual del Salvador pues ambos están deificados por la unión hipostática. De hecho así son llamados cuando se habla de ellos, separados o reunidos, como *divino Corazón de Jesús*; lo hizo en más de una ocasión el mismo Padre Eudes. Pero cuando habla del Corazón divino del Salvador, con el adjetivo después del sustantivo, tiene en mira un Corazón



que en sí mismo es divino, por propia naturaleza y no por razón de la persona de que se habla.

Bajo la denominación Corazón divino de Jesús el Padre Eudes designa a veces al Espíritu Santo. Lo hace sobre todo cuando trata del Corazón de María al relacionarlo con el Corazón de Jesús. En ese caso, para que haya relación completa, distingue, en Jesús como en María, tres corazones que en cierto modo son un solo Corazón: Corazón corporal, Corazón espiritual y Corazón divino que es el Espíritu santo. Al principio del *Corazón admirable* dice: “En el Hombre-Dios adoramos tres Corazones que forman un solo Corazón”. Y luego de haber hablado del Corazón corporal y del Corazón espiritual añade: “El tercer Corazón del Hombre Dios es su Corazón divino que es el Espíritu Santo que anima y vivifica su humanidad adorable, más que de su alma propia y de su propio corazón”.

Por el texto citado, cuando hace del Espíritu Santo el Corazón divino de Jesús, el Padre Eudes piensa habitualmente al Salvador en su naturaleza humana. Bajo ese punto de vista el Espíritu Santo es el Corazón divino de Jesús como es el Corazón divino de María, pues es principio de cuanto hay de gracia y de vida sobrenatural en el Hijo y también en la Madre. Tiene por tanto derecho a nuestro culto, pero no es posible hacerlo entrar en el objeto propio de la devoción al Sagrado Corazón que, directamente, se dirige al Verbo encarnado. Es solo el objeto final, como es con el Padre y el Hijo, el objeto final de la devoción al santo Corazón de María, pues como dice León XIII en la encíclica *Divinum illud*: el culto que tributamos al Verbo encarnado,



como también el de la santa Virgen y el de los santos va finalmente a la Trinidad.

Olvidó esto Baruteil cuando escribió, sin distinción ni explicación, que, según el Padre Eudes, la devoción al Sagrado Corazón comprende dos personas, la de Nuestro Señor y la del Espíritu Santo. No es así. La devoción al Sagrado Corazón, como la entiende el Padre Eudes, no comprende dos personas al menos inmediatamente. Se dirige solo a la persona del Verbo encarnado, y el Espíritu Santo no tiene parte sino en cuanto es, con las otras dos personas de la santa Trinidad, el objeto final en el que necesariamente termina el culo del Hombre-Dios.

Cuando trata *ex professo* de la devoción al Sagrado Corazón, el Padre Eudes no considera solo el Verbo encarnado en su naturaleza humana. Lo contempla igualmente en su naturaleza divina y entonces, encuentra en Jesús, sin hacer intervenir el Espíritu Santo, lo que llama el Corazón divino del Salvador.

En Jesús, en efecto, dado que hay dos naturalezas, hay también dos operaciones y por consiguiente dos amores: un amor humano que procede de su voluntad humana, creado y finito, como todo lo humano; y un amor divino que se identifica con la esencia divina y es, como ella, increado e infinito. El Padre Eudes designa de ordinario este amor increado e infinito con el nombre de Corazón divino de Jesús.

Para comprender en todos sus detalles la doctrina del Padre Eudes en ese punto es necesario recordar que el amor divino e increado del Verbo encarnado puede ser visto



desde dos puntos de vista diferentes. Es posible considerarlo primero como el amor que posee en común con el Padre y por el cual es, con él, el principio del Espíritu Santo; es entonces el amor *nocional* o *espiración activa*. Se puede considerar en segundo término como uno de los atributos de la esencia divina y es entonces el amor *esencial*, común a las tres personas de la santa Trinidad, pero que no cesa de ser por ello amor de cada una de ellas (Cf. Suma 1ª, q. 37, a. 2).

A veces el Padre Eudes llama Corazón divino de Jesús al amor nocional. Escribe en una de sus meditaciones: “El primer Corazón de nuestro Salvador es su Corazón divino que tiene desde toda eternidad en el seno adorable de su Padre, que es un solo Corazón y un solo amor con el Corazón y el amor de su Padre, y que, con el Corazón y el amor de su Padre es el principio del Espíritu Santo. Por ello al darnos su Corazón nos da también el de su Padre y el de su adorable Espíritu”. En el mismo sentido, en su oficio del Sagrado Corazón dice del Corazón de Jesús es el origen del espíritu Santo: *Origen de la sagrada Llama* dice en un himno. Este pensamiento, en el oficio y en el *Corazón admirable* esto aparece muy raramente. No nos detengamos en esto. Es en una palabra un detalle dentro de la teoría de la devoción al Sagrado Corazón como él la concebía. De ordinario el piadoso autor designa bajo el nombre de Corazón divino de Jesús el amor esencial que se identifica con la esencia divina y tiene todas sus perfecciones. Este amor, común a las tres divinas personas, pero visto en la persona del Verbo encarnado, hace, con el



amor creado del Salvador, el tema del libro 12 del *Corazón admirable*. Muy a menudo el Padre Eudes habla de uno y otro a la vez, sin distinguir la parte que corresponde a cada uno en los favores de que nos ha colmado el Corazón de Jesús.

También a menudo atribuye al amor del divino Maestro actos o perfecciones que no pueden entenderse sino del amor increado. Por ejemplo, explica reiteradamente que el amor con que Jesús nos ama es el mismo amor con que es amado por el Padre, amor, en todo rigor, eterno, inmenso, infinito, siempre activo, y que llevó al Hijo de Dios a revestirse de nuestra naturaleza, que lo llevó a hacer el Purgatorio para purificar las almas santas de las faltas no expiadas que por siempre las excluirían del Paraíso; que le hizo crear el fuego del infierno para encender en nosotros el fuego del amor divino. Es evidente que tales consideraciones solo se pueden decir del amor increado de Jesús. Este amor increado es, junto con el amor creado, la razón especial, o como se dice, el objeto propio de la devoción al Sagrado Corazón.

Que el amor increado pertenece en cierta manera a esta devoción no podría negarse. Al menos es el objeto final. Añadamos que toda devoción que se dirige, cualquiera sea su objeto propio, a la persona entera, todo lo que constituye esta persona, e incluso lo que le está unido personalmente, se beneficia de los homenajes que se le rinden; por esta razón el amor divino participa necesariamente del culto que rendimos a Jesús en la devoción al Sagrado Corazón. Sin embargo, no todos



aceptan que sea su objeto propio. Un teólogo belga actual, Vermeesch, jesuita, lo ha negado formalmente, bajo pretexto de que el Corazón de carne del Salvador no puede simbolizar directamente sino su amor creado, único de cual sufre una repercusión (Études, 1906). Parece con todo, como observa Bainvel, que la devoción de los fieles abarca juntamente los dos amores y encuentra en el Corazón corporal de Jesús el símbolo de ambos. Entre los documentos eclesiásticos referentes a la devoción al Sagrado Corazón varios hacen entrar el amor increado en el objeto de la devoción, y ninguno lo excluye.

Sea lo que sea, el pensamiento del Padre Eudes al respecto no encierra dudas. Para él el objeto propio de la devoción al Sagrado Corazón, es, con el Corazón corporal del Salvador, todo su amor a nosotros, amor creado e increado. El Padre Eudes los distinguía pero no los separaba. Al contrario, se empeñó en unirlos en su pensamiento y su culto, a causa de su unión con el Verbo encarnado y también a causa de la perfecta conformidad y dependencia total en la que el amor creado permaneció siempre respecto del amor increado que era su moderador y principio. Al darse a sí mismo esta prolongación creada hacía sentir su acción hasta en el Corazón corporal del Salvador y regulaba todas sus palpitaciones. El Padre Eudes expresaba este pensamiento al decir que los tres Corazones del Salvador, corporal, espiritual y divino no hacían sino un solo Corazón, pues su Corazón divino es el alma y la vida de su Corazón espiritual, y éste, a su vez, es el alma y la vida de su Corazón corporal.



### **III. La unión de los Corazones de Jesús y de María en la devoción del Padre Eudes**

En el *Reino de Jesús*, el Padre Eudes recomendaba a los fieles no separar a Jesús y María sino hacerlos objeto de sus prácticas de piedad. “No debemos, decía, separar lo que Dios ha unido tan perfectamente. Jesús y María están tan estrechamente vinculados que quien ve a Jesús ve a María, quien ama a Jesús ama a María, quien tiene devoción a Jesús, tiene devoción a María. Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes de todas las bendiciones, los dos referentes de nuestra devoción, los dos objetos que debemos contemplar en todas nuestras acciones (Vida y Reino 3ª parte, No. 11).

La devoción al Corazón de María es una de las formas de la devoción a la santa Virgen, como la devoción al Corazón de Jesús es una forma de la devoción al Verbo encarnado. No es sorprendente que a partir del momento en que los Sagrados Corazones llegan a ser objeto ordinario de la devoción, el Padre Eudes se haya complacido en reunirlos en su culto. La costumbre que tenía de no separar a la Madre del Hijo, ni al Hijo de la Madre lo condujo a ello naturalmente. Para comprender mejor la mente del Padre Eudes no se debe conocer solo su doctrina sobre los Sagrados Corazones; es necesario además examinar qué idea se hacía de su unión y en qué medida entendía que fueran objeto de un culto común.



## -1. *La unión de los Sagrados Corazones y de María según el Padre Eudes*

Complacía al Padre Eudes caracterizar las relaciones de los Sagrados Corazones de Jesús y de María al decir que son un solo Corazón. Sin embargo para no desorientar con el sentido de sus palabras tomaba a menudo la precaución de añadir una suavización o explicación, y decía que son solo uno “en cierta manera”, “en unidad de espíritu, de afecto y de voluntad”.

La doctrina del Padre Eudes está toda entera en algunas líneas que se leen en su primera obra sobre la *Devoción al santo Corazón de María* y que reproduce textualmente en el *Corazón admirable*: “El Corazón de Jesús es diferente del de María y lo sobrepasa infinitamente en excelencia y santidad, pero Dios ha unido tan estrechamente esos dos Corazones que puede decirse con verdad que no son sino un Corazón, pues siempre estuvieron animados por un mismo espíritu y llenos de los mismos sentimientos y afectos” (Hoy en OC 8).

Los Sagrados Corazones de Jesús y de María son por tanto dos Corazones físicamente distintos de los que uno sobrepasa infinitamente al otro en excelencia y santidad. Pero entre ellos hubo siempre tal comunidad de espíritu, de afecto y de voluntad que moralmente no forman sino un Corazón. Esa es en pocas palabras la doctrina del Padre Eudes al respecto. No contiene nada de singular ni de nuevo. Es doctrina que la Iglesia católica siempre profesó.



Al estudiar la cuestión más detenidamente es fácil comprobar que la unión moral de los Sagrados Corazones de Jesús y de María se resume en los tres vínculos de dependencia, conformidad y amor que unen los corazones de los fieles al de Jesús y al de su divina Madre. La perfección de esos vínculos da a María su dignidad de Madre de Dios.

Esto dice el Padre Eudes: la dependencia que existe entre el Corazón de Jesús y el de María varía según el punto de vista que se tome. Desde el punto de vista natural Jesús quiso depender de la santa Virgen. En su seno se encarnó y de ella recibió el cuerpo que revistió. Se sigue de ahí, a la decir de san Agustín que la carne de Jesús es la carne de María. El Corazón de Jesús es también, en un sentido, el Corazón de María, pues del Corazón de María, recibió de manera más o menos mediata los elementos que constituyen lo y la vida que lo anima. No dejó de observarlo el Padre Eudes. Sin embargo no insiste mucho en esta dependencia; insiste más en la de orden sobrenatural que vincula el Corazón de María al de Jesús.

En ese aspecto los papeles se encuentran invertidos y en lugar de comunicar la vida al Corazón de Jesús, es María quien recibe de él, pues ella hace parte del Cuerpo místico cuya cabeza es Cristo. “El Corazón de Jesús, dice el Padre Eudes, es el principio de la vida de la Madre de Dios, pues mientras ella llevaba al Hijo muy amado en sus benditas entrañas, como su Corazón virginal era el principio de la vida corporal y natural de su divino Hijo, el Corazón de ese Niño adorable era también el principio de la vida espiritual y



sobrenatural de su dignísima Madre, y consiguientemente ese Corazón deificado del Hijo único de María era el principio de todos los piadosos pensamientos y afectos de su bienaventurada Madre, de todas las santas palabras que decía, de todas las buenas acciones que practicaba y de todas las penas y dolores que sufría santamente para cooperar con su Hijo en la obra de nuestra salvación” (Libro 12, meditaciones). Lo que dice de la influencia del Corazón de Jesús en la vida sobrenatural de María, durante los nueve meses que lo llevó en su seno, se debe extender a todas las etapas de su vida de la santa Virgen. En el orden sobrenatural, en efecto, “María es nada, nada tiene, nada puede sin Jesús y en él y por él lo tiene todo. Jesús es todo, puede todo y hace todo en ella” (Libro 2, cap. 5). Cuando quiere mostrar que el Corazón de María hace uno con el Corazón de Jesús recurre siempre a este principio.

Así en su opúsculo la *Devoción al Corazón de María*, luego de señalar la conformidad de espíritu y de sentimiento que existió siempre entre la Madre y el Hijo añade: “Porque Jesús de tal modo vive y reina en María es en verdad el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón; Hablando propiamente el Corazón de María es Jesús. Y por tanto, honrar y glorificar al Corazón de María es honrar y glorificar a Jesús” (Libro 11, meditaciones”).

La perfección de la vida mística de Jesús en nosotros se mide, por una parte, en la acción que ejerce en nosotros el Santo Espíritu que Jesús nos da para ser, en cierta manera, nuestro espíritu y nuestro corazón, y por otra parte, en la



docilidad con que nos dejemos conducir por este divino Espíritu. Ahora bien, no existe nadie a quien haya comunicado su Espíritu con tanta plenitud como en Santa Virgen. Fue colmada de él desde su concepción en medida proporcionada a su dignidad; por otra parte desde ese momento se dejó conducir por él con docilidad perfecta y jamás opuso la menor resistencia a su acción. Para expresar el abandono completo del Corazón de María al Espíritu Santo, el Padre Eudes repite a menudo que Jesús vive en todas las almas que poseen la gracia santificante y solo reina en las que han muerto a sí mismas y en todo se dejan conducir por el Espíritu Santo. Es raro que los cristianos lleguen allí pero algunos alcanzan esa meta en esta vida. La santa Virgen, por el contrario, se elevó de primer golpe a esa perfección pues jamás, dice el Padre Eudes, su Corazón virginal tuvo inclinaciones distintas ni otros movimientos que los que recibió de aquel que reinaba absolutamente en él (Libro 3, cap. 3).

El Padre Eudes expresó este pensamiento de manera muy graciosa en un pasaje del *Corazón admirable* en que compara el Corazón de María con el arpa de David. “El arpa del santo rey David, dice, representa excelentemente al Corazón de María el cual es la verdadera arpa de David, es decir, Nuestro Señor Jesucristo. Él la hizo con sus propias manos. Solo él la posee y la ha poseído siempre. Jamás estuvo en manos distintas de las suyas. Jamás nadie la ha tocado pues este Corazón virginal jamás tuvo otros sentimientos ni afectos, ni movimientos que los que le dio el Espíritu Santo.



Las cuerdas de esta arpa son todas las virtudes del Corazón de María, en especial su fe, su esperanza, su amor a Dios, su caridad al prójimo, su religión, su humildad, su pureza, su obediencia, su paciencia, su odio al pecado, su amor a la cruz y su misericordia. Doce cuerdas con las que el divino Espíritu hizo resonar a los oídos del Padre eterno tan maravillosa armonía, cánticos de amor tan melodiosos, que quedó encantado, olvidó sus cóleras contra los pecadores, botó los rayos de que estaba armado y les dio su propio Hijo para salvarlos” (Cap. 2). Continúa esa graciosa imagen y describe el uso que el Hijo de Dios hizo de esa arpa y los cánticos admirables que le hizo cantar.

La abundante comunicación que Jesús hizo a María del divino Espíritu que la animaba, unida a la docilidad que aportó por su parte para dejarse conducir por él, dio como resultado establecer entre el Corazón del Hijo y el de la Madre admirable conformidad. Los pensamientos, afectos, virtudes, gozos, dolores del Corazón de Jesús fueron los del Corazón de María, hasta el punto de que esos dos Corazones jamás tuvieron sino sola y misma vida.

El Padre Eudes expresó este pensamiento de diversas maneras. A veces dice simplemente que María se conformaba en todo con la divina voluntad de su Hijo. “Por no tener sino un solo Corazón, un alma, un espíritu y una voluntad con Jesús, escribe, María quería todo lo que él quería, hacía y sufría en cierto modo todo lo que él hacía y sufría. De modo que cuando se inmoló en la cruz para nuestra salvación, ella lo sacrificaba también con él para el mismo fin” (Libro 2, cap. 4).



En otra parte nos muestra el Corazón de María “totalmente transformado en el Corazón de Jesús” (Libro 12, meditaciones). En ocasiones, para expresar mejor su pensamiento recurre a imágenes variadas, y el Corazón de María nos es presentado como un espejo en el que su Hijo amado trazó y representó de manera muy excelente, todas las virtudes que reinan en el divino Corazón. De modo que quienes pudieran ver el Corazón de la Reina de los ángeles como lo contemplan los ángeles, lo ven y lo veían como imagen viviente y perfecta del amor, caridad, humildad, obediencia, paciencia, pureza, desprecio del mundo, aversión al pecado y demás virtudes del adorable Corazón de Jesús” (Libro 11, meditaciones).

“Entre varios grandes milagros que el Salvador hace en el Calvario, el más señalado, según piensa san Agustín, es el milagro de bondad y caridad que hace en favor de los que lo crucifican al pedir al Padre que los perdone. Al tiempo que hace ese milagro está en el Corazón de su santa Madre y le comunica la misma caridad de la que el suyo está lleno respecto de esos desdichados y la anima a hacer lo mismo que él hace. Me parece escuchar su benigna voz que habla al Padre: *Padre mío, perdónales porque no saben lo que hacen*. Escucho también esa misma voz que hace eco en el Corazón de su divina Madre y le hace repetir esas mismas palabras: *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen*.

“Es en el Calvario donde el Hijo único de María, en exceso de bondad incomprensible, nos hace un don inestimable cuando hablando a cada uno de nosotros nos



dice en la persona de san Juan: *Esta es tu Madre*. Allí mismo esta Madre de Jesús, que tiene un mismo sentimiento y una misma voluntad con su Hijo, se da a nosotros con un mismo Corazón y con amor semejante, para ser nuestra verdadera Madre; al recibir esas palabras de su Hijo en su Corazón maternal, ellas hacen otro y las pronuncia de nuevo; dice a cada uno de nosotros en particular: *Esta es tu Madre*. Así Jesús nos dice: *Aquí está tu Madre*, y María nos dice también: *Aquí está tu Madre*” (Libro , cap. 6).

“Nuestro adorable David, nos dice el Padre Eudes refiriéndose al Verbo encarnado, tiene varias arpas que su Padre eterno le ha dado... Su primera y soberana arpa es su propio Corazón... En esta arpa ha cantado continuamente durante su vida mortal en la tierra, y cantará eternamente en la gloria del cielo, mil y mil cánticos de amor, alabanza y acción de gracias a su Padre... Pero con tono infinitamente más elevado, con canto infinitamente más santo, dulce y encantador que los que ha cantado y que cantará en su segunda arpa que es el Corazón de su digna Madre.

Sin embargo las dos arpas están estrechamente unidas entre sí. En cierto sentido son una sola arpa que tienen un solo sonido y un solo cántico. Cuando la primera canta un canto de amor, la segunda un canto de amor. Si canta un canto de alabanza la primera, lo mismo hace a segunda. Si el Corazón de Jesús ama a su Padre, el Corazón de María lo ama con él. Todo lo que ama el Corazón de Jesús lo ama el Corazón de María. Lo que aborrece el Corazón de Jesús es aborrecido por el Corazón de María. Lo que regocija al Corazón de Jesús regocija el Corazón de la Madre. Lo que



crucifica el Corazón del Hijo, crucifica el Corazón de la Madre. Dice san Agustín: *eran dos cítaras místicas que cuando una suena la otra resuena, sin que nadie la toque.* (Libro 3, cap. 2).

La santa Virgen fue asociada a todos los misterios de la vida del Salvador pero de manera especial participó en el misterio de la santa Pasión. “¿Quién podrá narrar, dice el Padre Eudes, los dolores muy violentos, y todas las llagas sangrientas con que el Corazón de la Madre de Jesús fue lacerado durante su vida, y especialmente en el tiempo de la Pasión de su Hijo? Dice san Lorenzo Justiniano: *El Corazón de la bienaventurada Virgen fue convertido en espejo muy claro de la Pasión de su Hijo Jesús y en imagen perfecta de su muerte*”.

En el *Corazón admirable* se detiene varias veces en la compasión de María y se hace eco de lo que los Padres escribieron de más conmovedor al respecto. Resume sus enseñanzas para mostrar en el Corazón de María la imagen del Calvario, un mar inmenso de amargura y sufrimientos, el centro de la cruz y al rey de los mártires (Libro 9, cap. 12).

“La bienaventurada Virgen, dice, más llena del espíritu, de los sentimientos y del amor de su Hijo que todos los santos, amó más la cruz que todos ellos juntos. Tanto la amó que podemos decir con verdad que mientras pasó en la tierra, su Corazón era el centro de la cruz pues las cruces venían copiosas de todas partes a su Corazón como a su centro” (Ib).

Para justificar el título de rey de los mártires que da al Corazón de María el Padre Eudes establece que el martirio



de la santa Virgen al pie de la cruz fue sin comparación más doloroso que el de todos los otros mártires, pues el martirio que tuvo que sufrir fue el de su divino Hijo. “Esta divina Madre, dice, al ver a su Hijo amado sumergido en un abismo de dolores y suplicios muy atroces, sufría en su Corazón todos los tormentos que padecía su cuerpo y los sufría con tanto dolor como tenía de amor a él, por tanto con un dolor en cierta forma infinito. De modo que el dolor que consolaba a los demás mártires crucificaba la santa Virgen, y hacía que los tormentos de su Hijo le fueran más sensibles como si ella misma los había padecido. Hubiera preferido sufrir todos los suplicios de todos los mártires antes que ver a su muy amado Hijo abandonado, como estaba, al furor de los judíos...El martirio de Jesús era el martirio de María. *Cuantas lesiones hubo en el Corazón del Hijo fueron otras tantas heridas en el Corazón de la Madre*, dice san Jerónimo. Y san Bernado dice: *Las heridas de Cristo que murient eran heridas de la Madre doliente*. Si alguno hubiera podido ver el Corazón de la Madre del Salvador al pie de la cruz hubiera visto en él un retrato perfecto de Jesús crucificado. *En el cuerpo el Hijo era crucificado, en el Corazón la Madre estaba crucificada*.

Se tendría una idea muy imperfecta de la compasión de María si solo se viera en ella una participación material, por decirlo así, en la Pasión de Jesús. El drama del Calvario es profundamente misterioso. Fue un sacrificio en el que el soberano sacerdote, Jesús, se ofreció a su Padre para expiación del pecado y redención del género humano. Este sacrificio, lleno de humillaciones y sufrimientos, fue



ofrecido por Jesús con tales sentimientos de amor a su Padre y a nosotros que el día de su Pasión fue para su Corazón día de gozo.

María había recibido comprensión de este misterio. Sabía que el verbo se había encarnado para expiación de los pecados del mundo, y mucho antes, entrando en sus sentimientos de sacerdote y de hostia, ella lo ofreció a Dios en el secreto de su Corazón y se ofreció también ella misma con él, para satisfacer la divina justicia. Cuando llegó la hora suprema quiso estar al pie de la cruz para consumir allí, en medio de inexpresables dolores, el sacrificio de su Hijo, y el suyo, y cooperar así, en cierto modo, en la obra de la redención. En toda su vida, y en especial cuando la Pasión, María hizo de su Corazón un altar en el que sacrificó a su Hijo muy amado y no cesó de inmolarse con él. “En ese altar, dice el Padre Eudes, la santa Virgen sacrificó a Dios todas las cosas de este mundo... En él sacrificó su ser, su vida, su cuerpo, su alma... y en general cuanto era, tenía y podía. En ese altar ofreció a su divina majestad el mismo sacrificio que su Hijo Jesús le ofreció en el Calvario. Ese Salvador no se sacrificó sino una vez a su Padre en el altar de la cruz pero su santa Madre lo inmoló miles de veces en el altar de su Corazón, y ese mismo Corazón fue como el sacerdote que lo inmoló y se inmoló con él. De modo que es posible decir que este Corazón admirable hizo oficio de sacerdote en este sacrificio y fue víctima y altar. ¡Qué honor se debe a este santo sacerdote! ¡Cuánto respeto a esta



preciosa víctima! Cuánta veneración a este sagrado altar (Libro 3, cap. 4, sección5).

Este papel casi sacerdotal que cumple María al pie de la cruz es bien conocido. Los Padres y los doctores católicos se han complacido en destacarlo, y le ha valido a la santa Virgen el título de Corredentora del género humano que le dan a menudo y el de Madre de los cristianos que Jesús mismo le discernió, al menos en la interpretación común, cuando le dijo, hablando de a san Juan, y él al pueblo cristiano que representaba: *Mujer, este es tu hijo*.

El Padre Eudes gustaba de recordar esta doctrina que pone en poderoso relieve la conformidad y unión del Corazón de María con el de Jesús. Cuando lo hace no es raro que cite el texto de santa Brígida en que el divino Maestro declara que su Madre y él tuvieron *un solo Corazón* para obrar, en el Calvario, el rescate de la humanidad, “Los Padre proclaman, dice el Padre Eudes, que la Madre del Salvador cooperó con él de manera muy particular en la gran obra de la redención. Por ello este adorable redentor dijo a santa Brígida que él y su santa Madre habían trabajado unánimemente, *uno Corde*, en la salvación del género humano” (Libro 12, mediaciones, 1ª serie, 9ª meditación).

Si los vínculos de dependencia y de conformidad de que acabamos de hablar unían estrechamente los Sagrados Corazones de Jesús y de María, el amor que los unía entre sí creaba entre ellos un vínculo todavía más fuerte. El amor, en efecto, tiende a la unión, explican los filósofos, y los Sagrados Corazones de Jesús y de María estuvieron siempre encendidos el uno por el otro con un amor cuya intensidad



sobrepasa nuestra inteligencia. Pensemos entonces en su unión.

En el *Corazón admirable* se habla muy a menudo del amor de Jesús por María. Viéndolo bien todo el libro gira en torno a esto pues el amor de Jesús enriqueció al Corazón de María con todas las perfecciones que le dieron su maravillosa hermosura. Sin embargo el Padre Eudes quiso tratarlo a parte en el libro 12. En él consagra varios capítulos a mostrar que el Corazón de Jesús es hoguera de amor a María. “Las gracias inexplicables e inconcebibles con que nuestro Salvador colmó a su bienaventurada Madre, hacen ver manifiestamente, dice, que su amor a ella que es sin medida y sin límites; que, después de su divino Padre, ella es el primer y más digno objeto de su amor; que él la ama más, a ella sola, incomparablemente más que a todos sus ángeles, sus santos , sus criaturas conjuntamente” (Libro 12, caP. 3). Para justificar esta afirmación, el Padre Eudes pasa en revista los principales privilegios que Jesús se dignó conceder a su santa Madre.

No aporta menor complacencia a exaltar el amor de María a Jesús. En el libro 6 ensaya diversos términos para exponer su idea: “El amor de la Madre de nuestro redentor era en cierto modo infinito. Como el Padre eterno la escogió para asociarla con él a su divina Paternidad y para hacerla Madre del mismo Hijo del que él es el Padre; le comunicó también el amor inconcebible que tiene a ese mismo Hijo, y un amor conforme a la dignidad infinita de su divina maternidad. ¡Oh cómo debe ser el amor de tal Madre para tal Hijo! Es Madre que desempeña el papel de padre y de



madre con su Hijo y que por consiguiente lleva en su Corazón un amor de padre y de madre a él. Madre que ama tanto a su Hijo que si el amor de todos los padres y las madres que ha habido, hay y habrá, se reuniera en el corazón de una sola madre, sería apenas una chispa de la ardentísima hoguera de amor que arde en el Corazón de la Madre del Salvador a su queridísimo Hijo. Es Hijo único y únicamente amado por su Madre. Hijo infinitamente amable, que ama infinitamente, y en cierto modo infinitamente amado. Hijo que encierra en sí cuanto hay de más bello, rico, deseable, admirable y amable en tiempo y eternidad. Hijo que es todo para su Madre pues es su hijo, su tesoro, su gloria, su amor, sus delicia, su gozo, su alma, su corazón, su vida, su Dios, su Creador, su redentor y su todo. Piensa por tanto cuál es el amor de tal Madre para tal Hijo” (Libro 6, cap. 4)

El piadoso autor analiza la perfección de este amor y luego de haber celebrado la continuidad, intensidad y ternura, señala los efectos. Uno de los principales es el que os ocupa: la unión del Corazón de María al Corazón de Jesús. “Este amor ardentísimo del Corazón de María, dice, lo une con su Hijo Jesús con unión tan fuerte y maravillosa que la muerte, que rompió la unión estrechísima del alma santa y del cuerpo adorable de Jesús, no pudo en forma alguna atentar contra la unión inviolable que hay entre este divino Salvador y su santísima Madre. Cuando la lanza cruel del soldado inhumano perforó el costado y el Corazón de Jesús cuando estaba en la cruz no causó ningún dolor a su alma porque la muerte los había separado, pero traspasó el alma



de la bienaventurada Madre y la hirió con llaga muy sangrienta y dolorosa, porque su amor la tenía unida al cuerpo y al Corazón de Jesús. ¡Cómo es de cierto que el amor es más fuerte que la muerte pues la muerte pudo separar el alma de Jesús de su cuerpo pero no puede separar lo que el amor unió tan íntimamente, el Corazón y el alma de María de su Hijo Jesús.

Así entiende el Padre Eudes la unión de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y por ello repite a menudo que esos dos Corazones no hacen sino un Corazón. Su doctrina, grande y bella, desafía toda crítica.

Es común decir, en efecto, que dos personas unidas por mutuo afecto tienen entre ellas un corazón y un alma. Es manera de hablar usada en todas las lenguas. San Lucas la utilizó para afirmar la caridad que hubo entre los primeros cristianos (Hch 4, 32). San Bernardo no encontró nada mejor para señalar su unión con Jesucristo. Cómo admirarse que la haya empleado el Padre Eudes para expresar la unión del Corazón de María con el de su divino Hijo. Jamás dos corazones estuvieron de tal forma unidos.

Es bueno observar que el lenguaje del Padre Eudes es equivalente del de Nuestro Señor mismo. En la oración que siguió a la cena, el divino Maestro pidió a su Padre que hiciera reinar entre sus discípulos una unión tan perfecta que fuera imagen de la que los unía mutuamente. *Que sean uno*, repetía insistentemente. Y se presentaba como el vínculo que debía unirlos entre sí y con Dios. Unidos a Jesús no tendrían sino un solo corazón, una sola alma y una sola vida, y llegarían así a la unión perfecta con Dios mismo: Yo



*en ellos y tú en mí para que se consuman en uno* (Jn 17, 21-23). Esta unión perfecta de los cristianos entre sí y con Jesucristo es, a los ojos del Padre Eudes, el fruto principal de la devoción a los Sagrados Corazones. Encuentra su modelo en la unión del Corazón de María con el de Jesús y por eso le complace en celebrar su perfección. Y por ello repite que esos dos Corazones, por diferentes que sean, no hacen sin embargo moralmente un solo Corazón. Es esto no es sino el eco del divino Maestro.

Hubiera podido acogerse al ejemplo de san Francisco de Sales. En su *Tratado del amor de Dios* se expresa así: “Si se dijo de los primeros cristianos que no tenían sino un corazón y un alma, a causa de su perfecta y mutua dilección, oh Dios verdadero cuanto más es cierto que la santa Virgen no tiene sino un alma, un Corazón y una vida con su Hijo. No era solo unión sino unidad de corazón, de alma y d vida entre la Madre y el Hijo” (Libro 1, cap. 13). Es notoria la energía de estas palabras. El Padre Eudes fue impactado por ellas. Las cita en el *Corazón admirable* y estoy convencido de que lo inspiraron cuando escribía en su libro de la *Devoción al santo Corazón de María*: “Si se dijo de los primeros cristianos que solo tenían un corazón y un alma, por la muy estrecha unión y caridad mutua que reinaba entre ellos, con cuanta mayor razón se puede decir de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre de Jesús, que no tienen sino un alma y un Corazón por la muy perfecta unión y conformidad de espíritu, de voluntad, de sentimiento y de inclinación que hay entre tal Hijo y tal Madre”. Las repite literalmente en el *Corazón admirable* (Libro 11, meditación



para la octava). Comparadas con las del obispo de Ginebra se comprueba que el pensamiento, la factura de la frase e incluso las expresiones son idénticas o casi.

## **2. La expresión “Corazón de Jesús y de María.”**

### **Cómo la usa el Padre Eudes**

#### **Su alcance y su origen**

El Padre Eudes no se limitó a decir que los Sagrados Corazones de Jesús y de María no hacen sino uno. Para expresar mejor su unión gusta decir hablando de ambos: *El santo Corazón de Jesús y de María* en lugar de decir como lo hacemos ahora *los santos Corazones de Jesús y de María*. No se sirve exclusivamente de esta expresión como pretende el padre Letierce en su *Estudio sobre el Sagrado Corazón*. También usaba la segunda e incluso podía reunir las dos en un mismo texto. Creo que usa la primera en el *Corazón admirable* ordinariamente, y en la obra consagrada al santo Corazón de María usa de preferencia la segunda.

En el pensamiento del Padre Eudes las dos expresiones son sinónimas. Sin embargo, que una pone en relieve la distinción de los dos Corazones y la otra acentúa su unión moral. El matiz que los separa es bastante ligero porque el solo hecho de reunir los Sagrados Corazones en una misma expresión indica que nunca se consideran independientes uno de otro, sino que se destaca la relación que los une. Cuando se dice *El Corazón de Jesús y María*, la pluralidad de personas revela claramente la distinción de los dos Corazones.



Actualmente la fórmula preferida del Padre Eudes no se usa. Para no parecer extraños mejor decir *Los Sagrados Corazones de Jesús y María*. Muchos, incluso instruidos, encuentran extraño otro modo. Pero es corriente decir: el corazón de los fieles...

No era así en tiempos del Padre Eudes. Me sorprende que sus contemporáneos se hubieran extrañado al oír hablar del *Corazón de Jesús y de María*. Los teólogos que dieron su aprobación a estas obas y al Oficio no hicieron ningún reproche. Tampoco lo hizo Clemente X. Por el contrario en cierto modo lo consagró al aprobar la fundación de las Cofradías en honor del *Corazón de Jesús y María*, y darles indulgencias. No se oponía al lenguaje de su época. Solo el uso de las dos expresiones corriente en ese momento de *El santo nombre o los santos nombres de Jesús de María* bastan como prueba. “El sello de todos los monasterios. Dice santa Juana de Chantal, tendrá grabado un corazón el corazón, en medio del cual habrá *el santo Nombre de Jesús y de María* juntos”. En la célebre boleta en que san Francisco de Sales proponía a la madre Chantal el escudo, del cual este sello es solo la reproducción, el santo dice: “los sagrados Nombres de Jesús y de María”. Un contemporáneo del Padre Eudes, Pablo de Barry, jesuita, emplea de corrido las dos expresiones. En su *Filagia*, alaba al padre Binans, mínimo, por haber grabado en su pecho el “Nombre de Jesús y de María” y tres páginas más adelante habla de una japonesa convertida que repetía miles de veces al día “los sagrados Nombres de Jesús y de María”.



“El Nombre de Jesús y de María” es por tanto una expresión corriente en tiempos del Padre Eudes. Hacía tiempo estaba en uso y se encuentra ya en una oración latina, indulgenciada por Clemente IV, a petición de san Luis, cuyo texto dice: “Bendito sea el dulcísimo Nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosísima Virgen María, su Madre, por siempre jamás”. Esta oración agradó al padre Eudes y la hizo recitar en su Congregación, juntando la mención: “Corazón” al lado de “Nombre”.

Observemos que el Padre Eudes hablaba de *Corazón de Jesús y de María* mucho antes de pensar en rendir a los Sagrados Corazones un culto especial. No parece que haya tenido esa idea antes de 1641, pero desde 1637 escribía en *Vida y Reino de Jesús* que los ángeles y los santos del cielo y de la tierra no tienen juntos sino un solo corazón con el *santísimo Corazón de Jesús y María* (4ª parte). Esta es la fórmula que más tarde el Padre Eudes repetirá complacidamente e introducirá en sus oraciones, e incluso en sus oficios en honor de los Sagrados Corazones. La empleó accidentalmente y de paso, y no pensó en dar alguna explicación de ella ni justificarla; esto indica que le era familiar y que no producía ninguna extrañeza a sus lectores.

De hecho esta expresión no era nueva. Antes de él san Francisco de Sales la había usado. No sé si fue el primero en usarla. Pero si no es su autor contribuyó a acreditarla. Encuentro la prueba en la boleta mencionada. El santo obispo la dirigió a la madre de Chantal el 10 de junio de 1611. Dice así: “Buenos días, mi queridísima madre... Dios



me inspiró esa noche el pensamiento de que nuestra casa de la Visitación es, por su gracia, lo bastante noble y considerada para merecer escudo y blasón, una divisa y un grito de armas. Pensé entonces, mi querida madre, si usted está de acuerdo, que debemos tomar como escudo un Corazón único, atravesado con dos flechas, encerrado en una corona de espinas; ese pobre corazón servirá de enclavamiento a una cruz que estará por encima y donde estarán grabados los Nombres de Jesús y María. Hija mía, cuando nos veamos próximamente, le comunicaré mil pequeñas ideas que me han venido al respecto, pues de veras, nuestra pequeña Congregación es obra del *Corazón de Jesús y María*. El Salvador al morir nos hizo nacer por la apertura de su Sagrado Corazón”.

Este mensaje se volvió famoso. Fue escrito el viernes siguiente a la octava del Santísimo Sacramento, y su contenido como su fecha parecen presagiar el papel reservado a la Visitación en el establecimiento de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. En la época del Padre Eudes esas misteriosas coincidencias escapaban a todos. El Padre Eudes no podía sospecharlas. De modos fue vivamente impactado por este breve mensaje del obispo de Ginebra y parece que se inspiró en él, al menos en parte, para la idea de un escudo que dio un poco más tarde a la Congregación de Jesús y María. Allí también, a nuestro parecer, encontró la expresión que se hizo de su frecuente uso: *El Corazón de Jesús y de María*. En ocasiones repite la preposición “de” antes de María. Pero en el nombre de la Congregación la



suprimió ante María. Es un detalle que nada añade a la doctrina.

No parece que sea el único que haya tenido en cuenta la expresión de san Francisco de Sales. Ofrezco dos citas al respecto, una de la beata Margarita-María y otra del padre de la Colombière. “Soy toda suya, dice la beata, en una carta a la madre de Saumaise, con el más tierno afecto de mi corazón, en el amor del *Jesús y de María*”. Y el padre de la Colombière: “Oh Corazones verdaderamente dignos de poseer todos los corazones, sean en delante la norma y en ocasiones semejantes me esforzaré por seguir sus sentimientos. Quiero que mi corazón no esté en adelante sino en *el de Jesús y de María*; que *el de Jesús y de María esté en el mío para comunicarle sus movimientos y que no se agite ni se conmueva sino conforme a la impresión que reciba de esos dos Corazones*”.

### **3. El culto “unido” y el culto “separado” de los Sagrados Corazones**

El Padre Eudes no se contentó con proclamar la unión de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Tuvo complacencia, sobre todo en los inicios de su apostolado, de tributarles un culto común. Su primera atracción fue el Corazón de María. Pero él no iba a María sino para llegar a Jesús por un camino suave y segua no tardó en asociar el Corazón del Hijo a los honores que rendía al de la Madre. Las primeras oraciones que compuso en honor del Corazón de María fueron el *Benedictum sit* y el *Ave Cor*



*sanctissimum*. Se dirigen ambas también al Corazón de Jesús como también al Corazón de su Madre. Solo que al honrarlos “juntos” no pretendía que se les rindiera un culto idéntico. Aunque están expresados por una misma fórmula los actos de adoración, alabanza, reconocimiento, amor y otros, dirigidos al Corazón del Hijo y al de la Madre no tienen el mismo alcance. Con su precisión habitual él mismo lo declara con esta explicación que da al *Te adoramus* del *Ave Cor sanctissimum*. “Por lo demás, mi querido lector, cuando en esta salutación que se dirige al Corazón adorable del Salvador y al Corazón venerable de su Madre, encuentres estas palabras: *Te adoramus* no te sorprendas. Sabes bien que hay tres clases de adoración: la adoración de *latría*, honor soberano debido solo a Dios; la adoración de *hiperdulía*, veneración especial que pertenece a la Madre de Dios, quien no tiene por encima de sí sino solo a Dios, y debajo de ella todo lo que no es Dios; y la adoración de *dulía*, honor y respeto que debe ser tributado a los servidores de Dios. No creas que al decir estas palabras: *Te adoramus* se quiera adorar al Corazón del Hijo de Dios y al de su santa Madre con la misma adoración. Nada de eso, por Dios. mi querido hermano; se quiere rendir al Corazón divino del Hijo de María una adoración soberana y al Corazón sagrado de la Madre de Jesús una veneración singular”. Este texto viene de un opúsculo que el padre Eudes publicó en 1666, llamado: *La devoción al santísimo Corazón de la muy preciosa Virgen María Madre de Dios*.



Es explicación muy clara. Precia admirablemente el sentido del *Ave Cor sanctissimum*. Es salutación dirigida conjuntamente al Corazón de Jesús y al Corazón de María, dos Corazones diferentes pero estrechamente unidos que moralmente son solo uno; y los actos que contienen son de latría para el primero, y de hiperdulía al segundo.

Cuando el Padre Eudes instituyó la fiesta del santo Corazón de María, su intención, una vez más, fue honrar el Corazón del Hijo, “conjuntamente” con el de la Madre. “Aunque hasta ahora, escribe en la circular de 1672, no hayamos celebrado una fiesta propia y particular del Corazón adorable de Jesús, jamás tuvimos la intención de separar dos cosas que Dios ha unido tan estrechamente como son el Corazón muy augusto del Hijo de Dios y el de su muy bendita Madre. Por el contrario, nuestro designio ha sido siempre, desde el comienzo de nuestra Congregación, mirar y honrar esos dos Corazones como un mismo Corazón en unidad de espíritu, de sentimiento, de voluntad y de afecto como aparece muy bien en la salutación que decimos diariamente al divino Corazón de Jesús y de María, como también en la oración, y en otros pasajes, del oficio y de la misa que celebramos en la fiesta del Corazón sagrado de la misma Virgen”. En el texto primitivo del oficio del santo Corazón de María, las lecturas del segundo nocturno se refieren al Corazón de Jesús. El autor las había sacado del tratado de la *Viña mística* que él atribuía a san Bernardo y que parece ser de san Buenaventura. Más tarde las pasó al oficio del Corazón de Jesús.



Llegó el día en que se decidió rendir culto propio al Corazón de Jesús. Compuso en su honor letanías donde solo hace mención una vez del Corazón de la bienaventurada Virgen y eliminó lo que se refería al Corazón de Jesús. Al mismo tiempo compuso en honor de este último un oficio y una misa. Terminado su trabajo y obtenidas las aprobaciones requeridas se dirigió a todas las casas de su Congregación para pedirles por circular del 29 de julio de 1672, celebrar cada año, el 20 de octubre, la fiesta del Corazón de Jesús.

Poco a poco, su devoción se desdobló. Primero se dirigió al Corazón de María y en segundo lugar al Corazón de Jesús que con él hace un solo Corazón. Más tarde, sin renunciar del todo a tributar a los Sagrados Corazones un culto común el Padre Eudes, asignó a cada uno fiesta, misa, oficio, letanías y otras oraciones absolutamente propios. Es cierto que encontramos pasajes que se refieren conjuntamente a los Sagrados Corazones, o como decía él, al sagrado Corazón de Jesús y de María. Son raros en el oficio del Corazón de Jesús, son un poco más numerosos en las letanías y el oficio del Corazón de María, quizás porque el Corazón de Jesús es el ejemplar y la fuente de toda perfección, en tanto que el Corazón de María tiene las excelencias que le vienen de su estrecha unión con el Corazón del divino Maestro. A pesar de estos pasajes, que tienen por objeto “el Corazón de Jesús y de María”, baste dar una mirada, así sea superficial, a los oficios del Padre Eudes para reconocer que cada una de sus fiestas tienen su



objeto propio y distinto, una el Corazón de Jesús y la otra el santo Corazón de María.

El padre Letierce no opina lo mismo. “El Padre Eudes, dice, no tenía inicialmente para su devoción sino un solo oficio y una sola misa en que el Corazón de María tenía el primer puesto; pero en esa primera redacción del oficio, el Corazón de Jesús entraba bastante visiblemente para que se pueda, en cierto modo, considerar el oficio como el del Corazón de Jesús y de María. Más tarde instituye dos fiestas y compone dos oficios consagrados más especialmente al Corazón de María y otro al Corazón de Jesús... pero la pluralidad es del todo exterior. En el fondo hay dos fiestas y dos oficios para un solo Corazón”..

Dos fiestas para un solo Corazón, el Corazón de Jesús y el de María, pero una lleva el título de fiesta del Santísimo Corazón de María y la otra el de fiesta del divino Corazón de Jesús. Es una afirmación que a primera vista parece muy extraña. Así fuera deseo del padre Letierce de no remontar el culto público del Corazón de Jesús antes de las revelaciones de Paray-le-Monial, no la hubiera emitido esta afirmación, creemos, si hubiera tenido cuidado de comparar los dos oficios de que habla, o solamente las dos series de Meditaciones que el padre Eudes puso al fin del libro XI y del libro XII del *Corazón admirable*, para ayudar a sus hijos a celebrar como es debido la fiesta del Corazón de María y la fiesta del Corazón de Jesús.



#### IV. Práctica d la devoción a los Sagrados Corazones

Desde su juventud el Padre Eudes se había hecho alta idea de la devoción al Verbo encarnado. Quería que el divino Maestro fuera todo para los cristianos y en *Vida y Reino de Jesús* se había esforzado por enseñarles a concentrar en él todos sus pensamientos y afectos, a regular su vida con la suya, a dejarse conducir por él, y a ofrecer a Dios sus actos y sus méritos para suplir a lo que en ellos hace. Guardadas las proporciones quería que se comportaran así respecto con la santa Virgen, que con su divino Hijo debe ser el objeto constante de su devoción La devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María no era, en una palabra, sino una forma de la devoción al verbo encarnado y a su santa Madre. Para explicar la práctica de manera a la vez muy completa y muy bella no tenía sino que aplicar a la nueva devoción lo que había expuesto en *Vida y Reino de Jesús* y es lo que hizo. En el estudio de su doctrina en este punto podemos, por tano, a nuestro turno, seguir el mismo plan que en nuestra introducción a *Vida y Reino*. Este método tiene la ventaja de captar mejor la doctrina que se observa en las obras del Padre Eudes. Veamos lo que enseña sobre el amor a los Sagrados Corazones, sobre la conformidad que debemos tener con ellos, sobre la dependencia en que debemos vivir respecto de ellos, y finalmente en el uso que podemos hacer.



## **-1. El amor de los Sagrados Corazones**

El culto que debemos dar a los Sagrados corazones es bastante complejo. Todos los actos que entran en la devoción a Jesús y María deben encontrar puesto allí.

El primero es evidentemente un acto de profundo respeto. Los Sagrados Corazones se lo merecen por razón de su excelencia y de sus eminentes perfecciones. Ese respeto debe ir hasta la adoración propiamente dicha cuando se trata del Corazón de Jesús pues des el Corazón de un Dios. Respecto del Corazón de María debe ser de hiperdulía.

A la veneración se añade la alabanza. Nada hay en el mundo más grande, hermoso y admirable que los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Debe ser para nosotros gozo al tiempo que deber glorificarlos con toda nuestra posibilidad. Dichosos si pudiéramos hacerlo en todas las lenguas del universo como lo quería el Padre Eudes.

Viene en seguida la acción de gracias para agradecer a los Sagrados Corazones la gloria que procuran a Dios y los beneficios incontables con que no cesan de colmarnos; reparación sincera por los ultrajes que nuestros pecados les han inferido; y finalmente el amor, amor ardiente y generoso que responda en cuanto posible al amor a nosotros que arde en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.



En el *Corazón admirable* el Padre Eudes no se cansa de recomendarnos estos actos cada vez que se presente la ocasión. En una de sus meditaciones sobre el Corazón de Jesús los recuerda todos y aduce la razón de ser de cada uno de ellos.

Pregunta él en esta mediación, “¿Cuál es el propósito y la intención con que el Rey de los corazones nos ha dado esta fiesta de su amable Corazón? Hay cuatro principales: Primero es adorarlo. Adorémoslo de todo corazón y todas nuestras fuerzas pues es infinitamente digno de adoración pues el Corazón de un Dios. Adorémoslo en el nombre y de parte de todas las criaturas que deberían adorarlo. Ofrezcámosle todas las adoraciones que se le han tributado siempre y que le serán tributadas eternamente en la tierra y en el cielo. Salvador mío, que todo el universo se convierta en adoración a tu divino Corazón.

“El segundo deber es alabar, bendecir, glorificar y agradecer a este Corazón, infinitamente bondadoso por todo el amor que ha tenido y tendrá por siempre a su Padre eterno, a su santísima Madre, a todos los santos, a todas las criaturas y a nosotros especialmente. Hagámoslo por todos los dones, favores y bendiciones que han brotado de este mar inmenso de gracias y que se han difundido sobre todas las cosas creadas y sobre nosotros en particular. ¡Oh Corazón magnífico de Jesús, te ofrezco todas las alabanzas, glorias y acciones de gracias que te han sido dadas y te serán dadas en el cielo y en la tierra, en tiempo y eternidad! ¡Que todos los corazones te alaben y te bendigan eternamente!



“El tercer deber es pedir perdón a este bondadoso Corazón por todos los dolores, tristezas y martirios muy cruentos que ha sufrido a causa de nuestros pecados. En reparación, ofrecerle todos los contenidos y gozos que le han sido dados por el Padre eterno, por su santa Madre y por todos los corazones que lo aman ardiente y fielmente. Aceptar por su amor todos los fastidios, tristezas y aflicciones que nos lleguen.

“El cuarto deber es amar cordial y fervidamente este Corazón muy amable, amarlo en nombre de quienes no lo aman y ofrecerle todo el amor de todos los corazones que le pertenecen. ¿Oh Corazón amable sin medida y todo amor, cuándo será que te ame como es debido? Tengo infinitas obligaciones de amarte pero infortunadamente puedo decir que no he empezado todavía a amarte como debe ser. Haz, te ruego, que comience ahora mismo, destruye en mi corazón cuanto te desagrada y establece en él perfectamente el reino de tu santo amor” (Libro 12, meditaciones, 1ª serie).

De estos actos evidentemente el principal es el amor. En el culto de los Sagrados Corazones lo que honramos sobre todo es el amor de Jesús y de María. La mejor manera de responder al amor es ciertamente amar. Es el acto dominante, o como se dice hoy, el acto propio de la devoción a los Sagrados Corazones. Va unido al respeto y a la adoración para mitigar su austeridad. En lo que respecta a la alabanza, a la acción de gracias y a la reparación hace más que estar presente en esos actos. Él los inspira y son más fervorosos cuanto más ardiente sea.



Así lo entiende el Padre Eudes y por ello cuando habla del Corazón de Jesús, no se cansa de repetir que es *muy bueno, caritativo, benigno, generoso; que es del todo amable y todo amor*, y que por tanto debemos ser *todo amor a él*. Para conocer su pensamiento en este punto basta ir a la meditación que propone para la fiesta del divino Corazón de Jesús. El día que le asigna implica su importancia. Allí se empeñó por explicar más claramente la práctica y el objeto de su devoción. Léela y verás que gira toda en el amor del Corazón de Jesús a nosotros y del amor que espera de nuestra parte.

“Considera, dice, a nuestro muy amable Salvador en el exceso de su bondad y en el derroche de su amor a nosotros... Nos da el ser y la vida con todo lo ventajoso que encierran. Nos da este mundo grande, lleno de multitud de cosas para nuestro uso y necesidades e incluso para nuestro solaz. Nos da sus ángeles como nuestros protectores. Nos da todos los santos como intercesores ante su divina Majestad. Nos da su santísima Madre para que sea nuestra Madre amada. Nos da su Iglesia como nuestra segunda Madre. Nos da los sacramentos y los misterios de su Iglesia para nuestra salvación y santificación. Nos da su eterno Padre como nuestro verdadero Padre. Nos da su Espíritu Santo como nuestra luz y guía. Nos da todos sus pensamientos, acciones, misterios, sufrimientos, toda su vida que emplea y sacrifica por entero en favor nuestro.

“Además nos da su muy amable Corazón, que es el principio y origen de todos sus demás dones. Su divino Corazón lo hizo salir del sen adorable de su Padre y lo hizo



venir a la tierra para concedernos todas estas gracias. Su Corazón, divinamente humano y humanamente divino nos lo ha merecido... por todos los dolores y angustias que soportó mientras estuvo en este mundo.

“Después de todo esto ¿qué vamos a dar a este benignísimo redentor? Démosle amor por amor, corazón por corazón. Ofrezcámosle y démosle nuestro corazón como él nos dio el suyo. Nos lo dio enteramente, démosle el nuestro enteramente y sin reserva; nos dio el suyo para siempre, démosle el nuestro por siempre e irrevocablemente. Con amor infinito nos dio su Corazón, démosle el nuestro unido a ese amor infinito. No se contenta con darnos su Corazón; nos da también el Corazón de su eterno Padre, el Corazón de su santísima Madre, todos los corazones de los ángeles y de los santos... Ofrezcámosle y démosle en acción de gracias en Corazón de su eterno Padre, el Corazón de su santísima Madre y el corazón de todos los ángeles y los santos.

En el libro XII del *Corazón admirable* el Padre Eudes vuelve constantemente al pensamiento de dar a *Jesús amor por amor y corazón por corazón*. A menudo incluso, uniendo el ejemplo al precepto, deja escapar de su corazón arranques de amor y de ardor admirable.

“Abramos el oído, dice, a la voz, o mejor a las voces de nuestro Salvador. Digo *las voces* porque todos los malos de que nos liberó y todos los bienes que nos dispensó son otras tantas voces que nos gritan: *Así nos amó Jesús*. Amemos por tanto a quien tanto nos ama... Salvador mío, no sé si ya comencé a amarte como debo. *Dixi, nunc coepi*, Ahora



quiero amarte con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas... Te entrego mi corazón; toma de él plena y entera posesión; destruye en él cuanto te desagrada y aniquílalo para que no tengas que tolerar que no te ame; ¿pero darte un corazón de nada es darte algo? Si tuviera tantos corazones de serafines como pudieras crear con qué gozo los consagraría a tu amor. Te ofrezco el de tu dignísima Madre que tiene mayor por ti que todos los seres, Madre de Jesús, ama a tu adorable Hijo en mi lugar. Ciudadanos todos de a Jerusalén celestial, amen a Jesús y a María por mí y asóciénme al amor que le profesan y le profesarán eternamente” (Libro 1, cap. 2).

En otro lugar añade: “¿Quieres dar inmensa alegría a tu Salvador y hacer que tu corazón esté siempre gozoso y contento y que empieces tu paraíso en la tierra? Ama a tu amabilísimo Salvador por encima de toda cosa, ama a tu prójimo como a ti mismo. Eso es todo... ¿Creador mío, te debo mi cuerpo y mi alma pues me diste tu cuerpo y tu alma, tu vida y tú mismo. Te ofrezco todas las capacidades de mi alma, todos los sentimientos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas. Me sacrifico todo a tu adorable voluntad a fin de que haga de mí lo que le plazca”.

El Padre Eudes recogía en el amor toda la devoción al Corazón de Jesús y quiso que ese amor estuviera lleno de confianza y de generosidad. Ya en *Vida y Reino de Jesús* insistía en la confianza que debemos tener en el Divino Maestro. Le dedicó dos capítulos de su libro. Para hacer nacer la confianza en el corazón de sus lectores proclamaba que Jesús es todo amor. Todo bondad, todo misericordia



hacia nosotros Citaba Basantes textos de la Escritura y añadía esta bondadosa palabra que Nuestro Señor dirigió a santa Gertrudis: “Aquel que tiene confianza segura en mí de que puedo, sé y quiero asistirlo fielmente en todo me traspasa el Corazón con un dardo de amor; esa confianza hace violencia a mi compasión de modo que no puedo abandonarlo”. Al presentar a nuestra veneración al divino Corazón de Jesús y el amor inmenso de que arde a nosotros, ¿cómo el Padre Eudes hubiera dejado de invitarnos a poner en él toda nuestra confianza? Con ese propósito insertó en su oficio del Sagrado Corazón parte de los textos que había citado en *Vida y Reino de Jesús* y en repetidas ocasiones en el *Corazón admirable*. Complacido a hacerse eco de las palabras del Señor a santa Gertrudis. Conocemos la manera que nos aconseja de amar el Corazón de Jesús en ese arranque de amor y de confianza con que termina el capítulo consagrado a este tema.: “Jesús, haz de mí lo que quieras pues por mí hiciste más de lo que yo hubiera querido o deseado. Me pongo entre las manos de mi Dios que quiere mi bien más que yo mismo, que solo lo sabe conocer y que solo lo puede procurar”.

Cuando trata del amor debido al Corazón de Jesús insiste sobre todo en su generosidad. No se contentó con un amor solo sentimental, sin influencia seria en la marcha de la vida como se suele considerar hoy la devoción al Corazón de Jesús. Pedía por el contrario un amor fuerte y valeroso, que se traduzca en actos, que no retroceda ante el sacrificio para agradar el divino Maestro. Jesús nos amor con amor excesivo que nos sume en el estupor. Podríamos



nosotros, al hacer de su amor el objeto ordinario de nuestros pensamientos y de nuestro culto, escatimarle las pruebas de amor. No lo podía entender el Padre Eudes y por eso, como la beata Margarita-María, hacía consistir la devoción al sagrado Corazón en el don completo de sí mismo y en el sacrificio total de su persona y de su vida al servicio de Nuestro Señor. “Oh Jesús, amor mío, proclamaba, que ya no viva, o que viva solo para amarte, alabarte y glorificarte incesantemente. Que mas bien muera de mil muertes antes que hacer voluntariamente lo que desagrada”.

No solo en el libro 12 del *Corazón admirable* el Padre Eudes predica así el amor del Corazón de Jesús. Lo hace a todo lo largo de la obra cuyo tema principal es, como es sabido, el Corazón de María. Es sin embargo, muy lógico pues todas las perfecciones del Corazón de María vienen del Corazón de Jesús. Es por tanto muy justo que reciba la mejor parte del culto que damos a su divina Madre. El mejor medio de agradar a María es amar a Jesús que para ella lo es todo como debe serlo también para nosotros.

Guardada toda proporción, el Padre Eudes nos invita a tener al Corazón de María el mismo amor que al Corazón de Jesús. Siendo el Corazón de nuestra Madre “todo fuego y amor” a nosotros, quería que a nuestra vez seamos “todo fuego y todo amor” a nosotros a él. No omitió nada para ayudarnos a alcanzar esa meta. Veremos con qué insistencia apoya en el *Corazón admirable* la bondad del Corazón de María a todos los hombres, sobre todo a quienes se muestran como verdaderos hijos sirviéndola lo mejor



posible. Con tierna solicitud lo describe así: “Su Corazón maternal tiene cuidado y providencia muy singular de quienes la sirven y no aparta de ellos su mirada; los conserva y protege como a la niña de sus ojos; toma el gobierno y la conducta de su vida y de sus actos; los lleva de su mano en todos sus caminos; remueve de sus sendas los obstáculos e impedimentos que pueden hacer tropezar y caer; les procura los medios pueden que los fortalecen y hacen avanzar; en los pasos peligrosos los lleva en sus brazos y en su seno virginal; finalmente los asiste muy cuidadosamente en el peligroso tránsito de esta vida a la otra; los defiende poderosamente de las insidias y esfuerzos de los enemigos de su salvación; recibe sus almas en sus bondadosas y benignas manos a la salida d su cuerpo; los aloja amorosamente en su benigno Corazón; los lleva con gozo indecible al cielo y los presenta con bondad increíble a su Hijo muy amado. Oh Madre admirable, ¿quién puede narrar todos los efectos maravillosos de la bondad y de la providencia de tu muy admirable Corazón con los que te honran y aman como a su Madre? Sería más fácil contar todas las estrellas del cielo, todas las gotas del mar y todas las briznas de hierba d la tierra (Libro 4, cap. 7).

Así presentaba el Padre Eudes la solicitud de María con sus hijos. Esperaba a su vez que el amor de los que la tienen por su Madre del cielo estuviera impregnado de ternura y confianza del todo filiales. El Padre Eudes hubiera sido feliz de llenar el corazón de los cristianos, incluso los más endurecidos, con confianza en María, pues estaba convencido que era medio seguro de salvación. Lo



recomienda insistentemente en el *Corazón admirable* y trae sin descanso, para radicarlo en las almas, consideraciones persuasivas y prodigios maravillosos. El Corazón de María es, a sus ojos, asilo abierto a todos los cristianos, refugio donde es posible abrigarse siempre, torre inexpugnable, fuente de leche y miel, origen de todo consuelo, principio de todos los bienes, hoguera ardiente a la que es imposible acercarse sin sentir las llamas del amor divino.

Por lo demás, aquí como en la devoción al Corazón de Jesús, la confianza no podría sin la generosidad. La verdadera manera de amar a María es servirle y se le sirve con obediencia a su divino Hijo. Encabeza los medios para honrar al Corazón de María con la práctica de las virtudes cristianas. “Si deseas, escribe, dar gran contento a este Corazón virginal haz lo que el Señor pide en estas palabras: *Hijo, entrégame tu corazón* y estas otras: *Conviértanse a mí de todo corazón*. Para ello toma firme resolución de cumplir la promesa que hiciste a Dios en tu bautismo de renunciar por entero a Satanás, a sus obras que son el pecado, y a sus pompas que son el mundo; y seguir a Nuestro Señor en su doctrina, sus costumbres y virtudes. Y para convertirte a Dios, no solo de corazón sino con todo tu corazón, formula el gran deseo de dirigir todas las pasiones de tu corazón a su divina Majestad, haciendo que sirvan a su gloria (Libro 11, cap. 2).

Así el primer medio de agradar a María es dar a Dios, no solo de corazón sino “de todo su corazón”, y para usar otra expresión suya que le era familiar, hacer de tu corazón un “holocausto” al Padre eterno, unido al sacrificio que le



haces de ti mismo a los Sagrados corazones de Jesús y de María.

## **2. Imitación de los Sagrados Corazones**

Se ha observado desde hace tiempo que el amor, sobre todo cuando va a Nuestro Señor y a su santísima Madre, conduce a la imitación. Conocemos esta fórmula de san Agustín citada mas de una vez en el *Corazón admirable*: “La perfecta devoción consiste en imitar lo que se quiere honrar”. Así la imitación podría entrar en el culto de los Sagrados Corazones pues es una consecuencia del amor. Insiste tanto en esto el padre Eudes, en el *Corazón admirable* que nos ha parecido necesario dedicarle un artículo aparte.

Uno de los pensamientos dominantes del *Corazón admirable* es que los Sagrados Corazones de Jesús y de María deben ser norma viviente, al tiempo que el objeto de todos nuestros pensamientos y afectos. “El Corazón de María, dice el Padre Eudes, es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones; y todo el honor, la perfección y la gloria de nuestros corazones consiste en hacer de modo que sean imágenes vivas del Corazón de María como este santo Corazón es retrato perfecto del Corazón adorable de Jesús” (Libro 11, cap. 11).

Esta enseñanza se encuentra por doquier en el *Corazón admirable*. Empieza a verse en la dedicatoria que abre la obra; y en el cuerpo mismo del escrito se encuentra tan a menudo que es imposible perderla de vista.



Cuando el Padre Eudes pone ante nuestros ojos los cuadros del Corazón de María que descubre, sea en la naturaleza, sea en la ley mosaica, se empeña en mostrarnos en ellos un modelo de la perfección a que debemos tender. Cuando, por ejemplo, nos muestra en el Corazón de María el paraíso del Hijo de Dios, el arpa del verdadero David, el trono del verdadero Salomón, un altar más santo que el del templo de Jerusalén, un libro vivo más admirable y más instructivo que las tablas de la ley, añade que Jesús quiere también hacer de nuestro corazón un paraíso de delicias, un arpa armoniosa que pulsará para cantar las alabanzas de su Padre, el trono de su amor, el altar donde debemos sacrificar nuestras pasiones y vicios, un libro vivo en el que podemos leer la ley evangélica.

Vuelve al mismo pensamiento cuando nos muestra el Corazón de María todo transformado en Dios por admirable participación en sus diversas perfecciones. “¿Quieres, dice, honrar el Corazón de tu divina Madre? Entra conscientemente en el propósito de imitarla. Todas las divinas perfecciones y las tres Personas eternas se han dibujado a sí mismas en su Corazón, y de tal manera lo han llenado, poseído y penetrado que lo han transformado e sí mismas. La divina Majestad tiene el designio de imprimir en ti una imagen perfecta de sus adorables perfecciones pues para eso te creó a su imagen; y por ser tu Padre y tú su hijo debes parecerte a él. Él declara que debes ser perfecto como él es perfecto como él es perfecto, misericordioso como él es misericordioso, y santo como él es santo” (Libro 5, cap. 13).



El Padre Eudes corrobora este punto en sus meditaciones sobre el santo Corazón de María: “Considera, dice, que nuestro soberano legislador te ha dado el Corazón augusto de su gloriosa Madre como una santa regla que te hará santo si la observas fielmente; regla de la vida celeste que debes practicar; regla de costumbres y cualidades santas que debes revestir; regla de todas las máximas evangélicas que debes seguir; regla de las santas disposiciones con que debes hacer todas tus acciones; regla de los sentimientos y afectos que debe haber en tu corazón; regla de todos los pensamientos, palabras y obras, en una palabra, regla de tu vida interior y exterior. Da gracias a este adorable legislador por haberte dado una regla tan santa, amable, dulce y fácil pues es todo amor. Pon tu gozo y tus delicias en observarla pues esa regla no es otra cosa que el Corazón amable y lleno de amor de tu buena Madre; ella te alcanzará de Dios todas las gracias convenientes para su fiel observancia. Es necesario de tu parte que pongas tus ojos a menudo en esta divina regla, que la estudies cuidadosamente a fin de practicarla exactamente” (Libro 11, Meditaciones).

Lo que el Padre Eudes repite a menudo al hablar del Corazón de María lo enseña igualmente del Corazón de Jesús en cada ocasión que se presenta. En el libro 12 consagra una meditación entera para mostrar en ese divino Corazón el modelo y la regla de nuestra vida. “Jesús, dice, me dio su Corazón para ser mi refugio y asilo, mi oráculo y mi tesoro, pero también me lo dio como modelo y norma de mi vida y de mis acciones. Quiero observarla y mirarla



continuamente a fin de seguirla fielmente. Quiero considerar atentamente lo que el Corazón de mi Jesús aborrece y ama, para aborrecer lo que aborrece y amar lo que ama. Solo aborrece y odia una cosa, el pecado. ¿Acaso tuvo resentimiento alguno contra los desdichados judíos que lo trataron cruelmente? De ningún modo. Por el contrario, los excusó ante su Padre por el más terrible de todos los crímenes cometidos y pidió que los perdonara. Es la conducta que quiero seguir por tu amor, Salvador mío. Nada quiero odiar sino solo el pecado; nada quiero amar sino lo que tú amas, y quiero amar incluso a los que me odian y hacer todo el bien que me sea posible, mediante tu gracia, a quien me hace mal.

Los textos citados nos muestran que el Padre Eudes no se limita en recomendar en general la imitación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Las circunstancias en que lo hace lo llevan a menudo a indicar con mucha precisión en qué y cómo debemos imitarlos. Como trata en detalle de las perfecciones y virtudes del Corazón de María sería fácil sacar del *Corazón admirable* un tratado bastante completo de la vida y de las virtudes cristianas.

Sin embargo, en varias ocasiones, el Padre Eudes redujo la imitación de los Sagrados Corazones a algunos puntos fundamentales que es bueno señalar. En el libro 11 del *Corazón admirable* nos invita a desarrollar en nuestro corazón los sentimientos que animan el Corazón de María. Menciona cinco principales que son:

a. “Gran sentimiento de horror y abominación del pecado.



- b. “Gran sentimiento de odio y desprecio del mundo y de cuanto le pertenece.
- c. “Profundo sentimiento de muy baja estima, e incluso de desprecio y abominación de sí mismo.
- e. “Muy profundo sentimiento de respeto y amor respecto de Dios y de la Iglesia.
- f. “Gran sentimiento de veneración y afecto respecto de la cruz, o sea, de las privaciones, humillaciones, mortificaciones y sufrimientos que son uno de los más ricos tesoros de un alma cristiana en ese mundo (Libro 11, cap. 2).

En la meditación donde nos propone el Corazón de Jesús como regla de nuestra vida, el Padre Eudes indica igualmente los principales sentimientos que importa desarrollar en nosotros para asemejarnos al divino Maestro. Son casi los mismos que hace poco nos proponía y nos los hace contemplar en el Corazón de María. Recojamos sus propias palabras: “Escucho mi regla que me dice: *Tengan dentro de ustedes los mismos sentimientos que hay en Cristo Jesús*. O sea los que hay en su Corazón. ¿Cuáles son? Presenta seis.

a. Los sentimientos de amor que Jesús tiene a su Padre y a su divina voluntad. Ama tanto a su Padre que se sacrificó, y está dispuesto a hacerlo un millón de veces, por su gloria. Tiene tanto amor a su divina voluntad que durante todo el curso de su vida, jamás hizo la suya propia, ni siquiera una vez, sino que puso todo su contento en el cumplimiento de la de su Padre.



- b. Los sentimientos de horror y abominación al pecado. Lo aborrece de tal modo que se entregó a la rabia de sus enemigos y a los suplicios de la cruz para aplastar ese monstruo infernal.
- c. Los sentimientos de estima y afecto que tiene a la cruz y a los sufrimientos; los ama tanto que el Espíritu Santo, hablando del día de su Pasión lo llama el día de los gozos de su Corazón.
- d. Los sentimientos de amor que tiene a santísima Madre; la ama más a ella sola que todos los ángeles y santos juntos.
- e. Los sentimientos de caridad que tiene a nosotros; nos ama tan apasionadamente que parece, al decir de san Buenaventura, que se aborrece a sí mismo por nosotros.
- f. Los sentimientos de desprecio y abominación contra el mundo al que odia tanto que lo trata como a un maldito y un excomulgado cuando declara que no ora por el mundo y dice de sus discípulos que no son del mundo como él no es del mundo.

### **3. La dependencia respecto de los Sagrados Corazones**

En el orden moral como en el fisiológico la vida procede del corazón. Por tanto en el Corazón de Jesús hay que buscar el principio de la vida del divino Maestro, de sus pensamientos y afectos, de sus obras y misterios, de sus gozos y sus sufrimientos.

Hasta él hay que ir para encontrar el principio de la plenitud de vida divina que admiramos en el Corazón de



María. Lo vimos al tratar del Corazón divino de la bienaventurada Virgen.

El Padre Eudes añade que el Corazón de Jesús es también el principio de cuanto poseemos de vida sobrenatural, de modo no es sino una prolongación y como una derivación de la suya.

“El Corazón de Jesús, dice, es el principio de la vida de los hijos de Dios. Como él es el principio de la vida de la Cabeza es también el principio de la vida de sus miembros. Como es el principio de la vida del Padre y de la Madre es también el principio de la vida de los hijos.

Le complacía considerar a los cristianos como hijos de Jesús y de María y decir que no deben tener vida distinta de la de su Padre y su Madre, y que de él reciben esta vida.

Pero le complacía más considera a los cristianos como los miembros del Cuerpo místico del que Jesús es la Cabeza. Hizo de este pensamiento la base de su doctrina espiritual y compuso *Vida y Reino de Jesús* para ayudar a los fieles a llevarla a la práctica en el detalle de la vida. Al adherir a la devoción a los Sagrados Corazones no modificó sus puntos de vista sobre la vida cristiana. Se limitó a aplicar al Corazón de Jesús y al Corazón de María lo que había dicho antes de sus personas. En el *Corazón admirable* y en *Vida y Reino de Jesús* repite que Cristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros y que por tanto debemos estar animados de su espíritu y vivir de su vida. El medio que indica para llegar allí es dejarnos conducir por el divino Maestro como los miembros se dejan conducir por su Cabeza. Como la vida de Jesús tiene su principio en su Corazón adorable por



consiguiente este divino Corazón debe conducirnos en todo. Es preciso que viva y reine en nosotros, que sea el alma de nuestra alma y el corazón de nuestro corazón, como es el alma y el corazón de su divina Madre.

“Les diré, escribe al final del libro primero del *Corazón admirable*, que ese mismo Jesús que quiso ser el Corazón de la vida de su preciosísima Madre quiere también ser el Corazón y la vida de ustedes. Que al concederles la gracia de ser uno de sus miembros debe vivir dentro de ustedes de modo que puedan decir con el apóstol: *Cristo vive en mí*. Quiere establecer su vida no solo en su alma sino también en su cuerpo: *Para que la vida de Jesús se manifieste en sus cuerpos*. Quiere que todo lo que hay en él viva dentro de ustedes, que su alma viva en su alma, su Corazón en su corazón, su Espíritu en su espíritu y que todas las facultades de su alma y de su cuerpo vivan y reinen en las facultades de su alma y d su cuerpo” (Libro 1, cap. 5).

De nuevo viene a este punto: “Les ruego que consideren nuevamente, dice, que Jesucristo Nuestro Señor es su verdadera Cabeza y ustedes sus miembros. Que son para él como los miembros son de su Cabeza; por eso él desea ardientemente usar todo lo que hay en ustedes para servicio y gloria de su Padre, como algo que le pertenecen.

“Que no solo es de ustedes sino que quiere vivir en ustedes; quiere vivir y reinar en ustedes como la cabeza vive y reina en sus miembros; quiere que todo lo que hay en él viva y reine en su espíritu; que su Corazón viva y reine en su corazón... a fin de que la vida de Jesús sea visible incluso en su carne y en su exterior.



“Que no solo son del Hijo de Dios sino que deben estar en él como los miembros en su cabeza; que cuanto hay en ustedes debe estar incorporado en él y recibir de él solo vida y conducta; que no hay verdadera vida para ustedes sino en él solo ; que es la única fuente de verdadera vida; que sea el principio de todos los miembros, usos y funciones de su vida y que finalmente deben vivir solo de él, de él y para él” (Libro 1, cap. 5).

El Padre Eudes nos enseña además que Jesús quiere darnos un corazón nuevo y que ese corazón que quiere darnos como el principio de una vida nueva en todo conforme a la suya, no es otro que su propio Nuestro Corazón. Cita el pasaje de Ezequiel ya conocido: “Nuestro adorable Salvador formó el designio de enriquecernos con el tesoro de los tesoros que es su Corazón adorable y consiguientemente el Corazón incomparable de su divina Madre. Nos hizo la promesa, tiempo hace, por boca de Ezequiel: Les daré un Corazón nuevo; les arrancaré su corazón de piedra, es decir, ese corazón duro e insensible para lo divino y eterno, y les *daré un corazón de carne*, es decir un corazón dócil , tratable, flexible a mis inspiraciones y voluntades, Quiso darnos a conocer mejor en qué consiste ese corazón nuevo que nos quiere dar, y añadió: *Pondré en medio de ustedes mi Espíritu*, es decir, pondré mi Corazón en medio de su pecho, pues espíritu y Corazón son la misma cosa” (Libro 6, cap. 1).

Nuestro Señor asoció a su divina Madre a lo que hizo y sigue haciendo para nuestra salvación. En el Cuerpo místico de Jesucristo la santa Virgen ocupa puesto especial. Es su



“cuello” decía Pío X en su primea encíclica. Es, en efecto, nuestra mediadora ante Jesús, y, según la enseñanza común, todas las gracias que nos vienen del Corazón de Jesús pasan por el Corazón de María para llegar a nosotros. El Corazón de María concurre con el Corazón de Jesús a llenarnos del divino espíritu de nuestro Maestro y a hacernos vivir de su vida. En este sentido podemos afirmar del Corazón de María, como del Corazón de Jesús, que debe ser el alma de nuestra alma y el Corazón de nuestro corazón.

El Hijo de Dios, dice el Padre Eudes, es con el Padre principio del Espíritu Santo. La Virgen sagrada es la fuente y el principio, con Dios, del nuevo espíritu de gracia y de amor que es dado a la tierra por el misterio de la encarnación. Si san Crisóstomo, hablando del corazón apostólico de san Pablo, dice que es el principio del espíritu de vida que ha sido derramado en todos los miembros de Jesucristo, ¿con cuánta mayor razón es esto verdadero del Corazón virginal de la Reina de los apóstoles? Porque el Hijo de Dios derrama continuamente su divino Espíritu en la Iglesia y en el corazón de los fieles que no ponen obstáculo, asoció también el Corazón muy generoso de su bienaventurada Madre con el suyo en esa divina efusión que hace sin cesar de su adorable Espíritu” (Libro 5, cap. 10).

Las consecuencias prácticas de esta doctrina son simples. El Padre Eudes las había propuesto ya en *Vida y Reino de Jesús*. En repetidas ocasiones las expone de nuevo con mayor precisión en el *Corazón admirable*. Se pueden reducir a dos: el renunciamiento a nosotros mismos, sobre



todo a nuestro espíritu y a la propia voluntad, y la entrega de nuestro corazón a Jesús y a María para que dispongan de ellos según su beneplácito. El Padre Eudes añade a menudo la aplicación a practicar las virtudes, lo que no es, en el fondo, sino la cooperación a la acción de Jesús a nosotros.

“Para que Jesús viva en ustedes, dice, haz tres cosas: la primera, empeñate en hacer morir en todas las facultades de tu alma y de tu cuerpo todo lo que desagrade a Dios según dice san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos*. La segunda, llenar esas mismas facultades con todas las virtudes cristianas. La tercera, darte a menudo al Hijo de Dios para rogarle que se digne emplear el poder de su brazo para destruir en ti todo lo que le es contrario y establecer la vida y el reino de todas las facultades de su alma y de su cuerpo” (Libro 1, cap. 5).

Morir a sí mismo y dejarse conducir en todo por el espíritu de Jesús es en fondo el quehacer de la vida cristiana. Para lograrlo debemos aportar toda la energía de nuestra voluntad. Pero el éxito de ese trabajo depende más de Jesús que de nosotros. Que él nos despoje de nosotros mismos y nos llene de las disposiciones de su Corazón adorable. En el *Corazón admirable* encuentras gran número de súplicas ardientes dirigidas al divino Maestro para rogarle que lo haga. “Oh Jesús, proclama el Padre Eudes, destrúyenos en nosotros mismos para establecernos en ti, o mejor, para establecerte tú en nosotros, pues somos indignos de poseer el ser y la vida por haber merecido perderlos tantas veces por nuestros pecados, y pues solo tú



eres digno de ser y de vivir, haz que seamos nada y que tú seas todo en nosotros. Sé nuestro ser, nuestra vida, nuestro espíritu y nuestra luz, nuestro corazón y nuestro amor, nuestra fuerza y tesoro, nuestra dicha y nuestra gloria, nuestro todo, para que tu Padre eterno, que solo quiere verte y amarte a ti, ponga su mirada en nosotros y solo vea en nosotros a ti, Jesús, objeto único de su mirada, de su amor y complacencia” (Libro 1, cap. 2).

Al pensar en el obstáculo que nuestra depravación original opone a la acción de la gracia en nosotros añade: “Oh Jesús, de corazón renunciamos a nuestro primer padre. No ha sido nuestro verdadero primer padre pues nos dio la muerte en lugar de darnos la vida. Tú eres nuestro padre verdadero pues sufriste la muerte para darnos la vida. Queremos ser tus hijos. Pero no podemos ser tus verdaderos hijos si no cesamos d ser hijos de Adán y no dejaremos de serlo si él no muerte en nosotros. Oh Jesús, eres el Querubín puesto por Dios en la puerta del segundo Paraíso. Tú eres el que blande en la mano la espada llameante. Golpea, golpea con esa espada a ese hombre viejo, hombre de pecado, de perdición, todo contrario a ti, y por tanto verdadero anticristo. Si éste no muere en nosotros tú no podrás vivir allí. Podrás vivir en nosotros a medida que ese anticristo muera allí. Mátao totalmente dentro de nosotros para que vivas perfectamente en nosotros y podamos decir con el apóstol: *Vivo, no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí*”.

El Padre Eudes comparaba los Sagrados Corazones de Jesús y de María con una hoguera y su deseo ardiente era



sumergirse en ella y hundir en ella el corazón de todos sus hijos espirituales e incluso de todos los cristianos, para que fueran consumidos por el fuego del amor divino. En una de sus meditaciones explica la acción de esta hoguera en los que se le acercan: “El muy amable Corazón de nuestro benigno Salvador es una hoguera ardiente de purísimo amor a nosotros. Hoguera de amor que purifica, de amor que ilumina, de amor que santifica, de amor que transforma, de amor que deifica. De amor que purifica pues en ella los corazones de los santos amantes son purificados más perfectamente que el oro en el fuego. De amor que ilumina pues disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra y los hace entrar en las admirables claridades del cielo: *Nos llamó de las tinieblas a su admirable luz.* De amor que santifica pues destruye el pecado en las almas y establece en ellas el reino de la gracia. De amor que transforma pues nos cambia de serpientes en palomas, de lobos en corderos, de bestias en ángeles, de hijos del diablo en hijos de Dios...De amor que deifica pues hace dioses a los hombres: *Yo dije, ustedes so dioses,* partícipes de la santidad de Dios, de su misericordia, su paciencia, su bondad, su amor, su caridad y demás perfecciones, *Partícipes de la naturaleza divina.* Oh divino amor de mi Jesús, me doy a ti: purifícame, ilumíname, santifícame, transfórmame en ti a fin de que sea todo amor para mi Dios (Libro 12, meditaciones).

Cuando este trabajo de purificación y santificación alcanza su perfección, Jesús no solo vive en el alma cristiana sino que reina en ella como dueño absoluto. Su sueño es



reinar en todos los corazones pero la resistencia que encuentra en la mayoría le impide hacerlo. Se dolía de ello el Padre Eudes e invitaba a todos los cristianos a llevar hasta los últimos límites la práctica del renunciamento y de la docilidad a Jesús para que el divino Maestro pueda establecer en los corazones el reino de su amor. “Jesús, decía, quiere darte la gracia de establecer su trono en tu corazón. Escúchalo decir al alma cristiana: *Ven, mi elegida y pondré en ti mi trono*. Ven, mi elegida, deja por entero el campo del pecado, del mundo, de ti misma, y pondré mi trono y estableceré mi reino dentro de ti. Jesús es rey, rey de reyes y señor de señores. Es tu rey y el rey de todos los corazones creados por él y rescatados con el precio de su sangre” (Meditaciones).

“Buen Jesús, decía, reina en mí por la fuerza de tu Espíritu. por el poder de tu amor y por la efusión de tu bondad. Reina en mi corazón, en mi cuerpo, en todas las facultades de mi alma, en todos mis sentidos interiores y exteriores, en toda mis pasiones y pensamientos, en mis designios y en mis afectos, en mis palabras y mis actos, en todas las pertenencias y dependencias de mi ser y de mi vida. Que en él reinen tu poder, tu sabiduría, tu bondad y tu misericordia, tu santidad y todas tus divinas perfecciones. Reinen en él tu humildad, pureza, obediencia, paciencia, tu odio al pecado y al mundo, tu amor a la cruz, tu caridad con el hombre, tu celo por la salvación de las almas, tu amor a tu Iglesia, tu dilección a tu santa Madre, tu amor al Padre eterno y todas tus demás virtudes. Reina en todo lo que hay



en mí y me pertenece, absoluta, única y eternamente, de a forma que más te agrade” (libro 12,meditaiones).

Sobra decir que cuando el Señor toma posesión de un corazón, también toma posesión de él su santa Madre. El Padre Eudes se complacía en proclamar la realeza del Corazón de Jesús y la de Corazón de María. Lo que pedía más ahincadamente a esta buena Madre era justamente que tomara entera posesión de su corazón para reinar en él con su Hijo. “Oh Reina de mi corazón, proclamaba en el *Corazón admirable*, te ofrezco mi mísero corazón y te conjuro, por todas las bondades del tuyo, que uses de todo el poder que Dios e ha dado para borrar y destruir en él, al precio que sea, totalmente, cuanto desagrada a tu Hijo; implanta en él perfectamente el soberano imperio de su Corazón y del tuyo, a fin de que esos dos Corazones, que no forman sino uno, reinen incesante, soberana y eternamente en mi corazón para tu pura gloria y para el solo contento de la santa Trinidad” (Libro 1, cap. 5).

#### **4. Uso de los Sagrados Corazones**

El divino Maestro, por ser nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, nuestro corazón le pertenece, y él quiere usarlo para continuar en él, y en cierto sentido, perfeccionar en él, para gloria de Dios y ventaja personal nuestra, la vida que posee en sí mismo. Por tanto debemos hacerle entrega de nuestro corazón y permitirle que lo use conforme a su beneplácito, al dejarnos conducir por su divino Espíritu. Guardadas las proporciones María tiene los mismos



derechos. Eso implica obligaciones para nosotros. Por otra parte, los Sagrados Corazones de Jesús y María nos pertenecen y por tanto tenemos derecho de usarlos.

“Te ruego que considees, nos dice el Padre Eudes, que Jesucristo es tu verdadera Cabeza y que eres uno de sus miembros; es para ti como la Cabeza respecto de los miembros; que cuanto es suyo te pertenece, su Espíritu, su Corazón, su cuerpo, su alma y todas las facultades de su alma y de su cuerpo, que debes hacer uso de todo ello como de lo que es tuyo, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios” (Libro 1, ap. 5).

“Ciertamente, dice en otro pasaje, el Corazón de Jesús es tuyo, el Corazón de María es tuyo, todos los corazones de los ángeles y de los santos son tuyos. Lo prueba diciendo: “El Corazón de Jesús es tuyo porque el Padre eterno al darte a su Hijo, te dio su Corazón; ese mismo Hijo te dio su Corazón al darse a ti y quiso ser tu Cabeza y todo lo que pertenece a la Cabeza pertenece a los miembros. El Corazón de María, Madre de Jesús, es tuyo pues Jesús te la dio para ser Madre tuya, y lo que es de la Madre pertenece a sus hijos. Además, el Corazón de María es tuyo y también los corazones de los ángeles y de los santos, porque tú y ellos son miembros de un mismo cuerpo, y lo que es de uno de los miembros del cuerpo lo es de todos los demás; finalmente el Padre eterno, al darte a su Hijo, con él te lo ha dado todo.

“¡Oh, qué motivo de gozo! Clama el Padre Eudes. El Corazón del Hombre-Dios es nuestro. El Corazón de la Madre de Dios es nuestro. Todos los corazones de los



ángeles y de los santos son nuestros. Todos los tesoros contenidos en todos esos corazones son nuestros. ¡Cuánto motivo de alegría! Poseemos el Corazón del Rey y de la Reina del cielo, y el de todos los príncipes de su corte. ¡Cuánto regocijo! Tenemos derecho de ofrecer a Dios todos esos corazones, con todo el amor y las alabanzas que le tributan como algo nuestro. Podemos amarlo y glorificarlo con todos esos Corazones que son solo un Corazón, con un corazón que es nuestro”.

Si Jesús nos ha dado su Corazón es para que nos sirvamos de él para cumplir nuestras obligaciones, en especial para dar a Dios un culto digno de él. “El Hijo de Dios nos ha dado su Corazón para ser nuestro corazón, dice el Padre Eudes, a fin de que con este Corazón inmenso, infinito y eterno podamos dar a Dios todos nuestros deberes y satisfacer nuestras obligaciones con su divina Majestad de manera digna de sus perfecciones infinitas. Tenemos con Dios cinco grandes deberes: Primero, adorarlo por sus divinas grandezas; segundo, darle gracias por los beneficios incontables que hemos recibido y recibiremos continuamente de su divina bondad; tercero, satisfacer la divina justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias; cuarto, amarlo por sus bondades incomprensibles; quinto, rogarle para alcanzar de su divina largueza lo que necesitamos tanto para el alma como para el cuerpo.

“¿Cómo cumplir estos deberes de manera digna de Dios? Nos es imposible aunque tuviéramos todos los espíritus, corazones y fuerzas de todos los ángeles y de



todos los hombres y los empleáramos para adorar, dar gracias y amar a Dios dignamente y para satisfacer perfectamente su divina justicia, todo eso sería nada frente a nuestras obligaciones infinitas. Pero nuestro muy buen Salvador nos ha dado el medio de cumplir entera y perfectamente todos esos deberes. ¿Cuál? Su adorable Corazón. Nos lo dio para que hagamos uso de él como de algo propio, para adorar Dios tanto como es adorable, para amarlo como merece y para satisfacer nuestras obligaciones de manera que sea digna de su Majestad suprema” (Libro 12, mediaciones).

Sobra decir que podemos igualmente usar el Corazón de María y todos los corazones de los ángeles y de los santos. El Corazón de María es, como el de Jesús, tesoro de inmensa riqueza de donde podemos sacar a manos llenas. “Si queremos gozar de bienes inconcebibles que hay para nosotros en ese precioso tesoro, dice el Padre Eudes, vamos a él con respeto y confianza en nuestras necesidades. Encontraremos cómo pagar nuestras deudas, como cumplir nuestras obligaciones, cómo practicar todas las virtudes cristianas, cómo hacer santamente nuestras obras y con ellas honrar y amar a Dios dignamente”.

Veamos cómo el Padre Eudes volvía prácticos los consejos que daba. “Oh mi amadísimo Jesús, ¿qué te daré por tantos favores que recibo incesantemente de tu infinita bondad y de la caridad incomparable de tu sacratísima Madre? Te ofrezco mi corazón. Él te pertenece por infinitad de títulos. ¿Pero no es el corazón de una nada? Te ofrezco todos los corazones de los ángeles y de los santos. Pero es



todavía poca cosa frente al tesoro inmenso que me diste al otorgarme el Corazón de tu santísima Madre. Te ofrezco ese Corazón que te es más agradable que todos los corazones del universo. Pero no es bastante todavía para satisfacer enteramente mis obligaciones. Te ofrezco tu adorable Corazón, encendido en amor infinito e inmenso a ti y a tu divino Padre. Oh Reina de mi corazón, te ofrezco también ese Corazón del todo amable y todo el amor de tu Hijo, en acción de gracias por el tesoro inestimable que me diste al darme tu Corazón maternal”.

Pero el Padre Eudes no se contentaba con decir que podemos usar los Sagrados Corazones de Jesús y de María como de un bien propio. Iba más allá al decir que lo debemos si queremos cumplir en toda su perfección el mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón. “Jesús, dice, al darnos su Corazón con el Corazón de su bienaventurada Madre y todos los corazones de sus santos, todos juntos son un solo Corazón, no solamente podemos sino que debemos hacer uso de él para amar a Dios pues ese Corazón es de veras nuestro, y poder decir así que amamos a Dios con todo nuestro corazón” (Libro 3, ccap. 2).

Luego indica dos medios para hacer uso de los esos Sagrados Corazones: el primero es ofrecer a Dios, para suplir lo que de defectuoso e insuficiente hay en los honores que le debemos, las adoraciones y homenajes que recibe del Corazón de Jesús y del Corazón de María. Era práctica familiar a santa Gertrudis quien la había aprendido del mismo divino Maestro. “Una vez que salmodiando el oficio se esforzaba por proferir cada palabra, cada nota, con



intención que no podía lograr, debido a la debilidad de la naturaleza... el Señor le presentó en sus propias manos su divino Corazón bajo la forma de una lámpara ardiente y le decía: Pongo ante los ojos de tu alma mi muy dulce Corazón, el órgano de la adorable Trinidad; tú me lo entregarás con confianza para que supla lo que no puedes cumplir perfectamente por ti misma; de esa manera mis ojos no verán nada en ti que no sea perfecto. De la misma manera que un fiel servidor está atento siempre a la voluntad de su amo, así mi Corazón estará siempre dispuesto a reparar todas tus negligencias”.

En una visión célebre, Nuestro Señor dio igualmente su Corazón a la beata Margarita-María para que se sirviera de él para cumplir sus obligaciones. “Te constituyo, le dijo, heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros, en tiempo y eternidad. Te permito usarlo según tus deseos; te prometo que no te faltará mi ayuda sino cuando mi Corazón falte de poder... Él reparará y suplirá tus defectos y cumplirá tus obligaciones” (*Vida y obras, tomo 1, p. 129*).

El otro medio indicado por el Padre Eudes consiste en obrar con las disposiciones de los Sagrados Corazones de Jesús y de María haciéndolas propias mediante un acto de unión a ellos. En una de las meditaciones al Corazón de Jesús dice: “¿Qué hacer para emplear el gran Corazón que Dios nos ha dado para dar cumplimiento a todas esas obligaciones? Dos cosas: la primera, cuando hay que adorar a Dios, alabarle, darle gracias, amarlo, practicar alguna virtud o hacer en su servicio alguna acción, renunciar a sí mismo y al propio corazón, emponzoñado por el pecado y el



amor propio. Segundo, darnos a Jesús para unirnos en lo que vamos a hacer a su divino Corazón, al amor, a la caridad, a la humildad y a todas las santas disposiciones de ese mismo Corazón a fin de adorar, alabar, servir y glorificar con el Corazón de un Dios”.

La idea que el Padre Eudes se había hecho de la práctica de la devoción a los Sagrados Corazones es grande y bella. La concebía como la unión perfecta con ambos, unión de amor y conformidad, de dependencia y de sociedad. Consideraba esto como excelente medio de llegar a la perfecta unión con Dios que es el fin de la creación y de la redención. Pedía Jesús mismo esa gracia para nosotros cuando dijo: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad”*.

Al recordar estas palabras del Señor decía: “Oh Jesús pides a tu Padre que no seamos sino uno contigo y con él, como él y tú no son sino uno. Por consiguiente, quieres que no tengamos sino un corazón contigo y con tu Padre adorable. Quieres ser nuestra Cabeza y que seamos tus miembros y por tanto que no tengamos sino un corazón y un espíritu contigo... Oh Corazón del todo amable y todo amor de mi Salvador, sé el Corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida y el único principio de todos mis pensamientos, palabras y obras”.



## **V. La devoción del Padre Eudes al sagrado Corazón de Jesús la bata Margarita-María**

El Padre Eudes inauguró el culto público al Sagrado Corazón de Jesús por tarde en 1672 y empleó el resto de su vida y empleó en promoverlo toda la actividad de su celo. El año siguiente Nuestro Señor comenzó a revelar a la beata Margarita-María “los secretos inexplicables” de su divino Corazón, y el 16 de junio de 1675 le pidió hacer celebrar una fiesta en su honor el primer viernes siguiente a la octava del Santísimo Sacramento. El Padre Eudes no conoció estos hechos. Solo después de su muerte el secreto de las revelaciones de Paray-le-Monial empezó a transpirar. Si hubiera tenido la fortuna de ser informado de esto de seguro hubiera saltado de gozo al ver su apostolado confirmado de forma tan esplendorosa y se hubiera apresurado a añadir en su fiesta del 20 de octubre que es la fiesta del amor, la fiesta de reparación pedida por el Señor. Con mucha dicha hubiera insertado en el *Corazón admirable* las comunicaciones y promesas hechas por el divino Maestro a la humilde visita. Precisamente había tenido cuidado de espigar todo lo que concierne al Sagrado Corazón en los escritos de santa Gertrudis, de san Buenaventura, de Lanspergio y en la vida de la venerable Margarita, carmelita de Beaune.

La beata Margarita-María parece haber ignorado el apostolado del Padre Eudes en favor del Sagrado Corazón.



La feísta que la Padre Eudes había instituido en honor del Corazón de María no le era desconocida. Seguro la encontró celebrada en el monasterio de Paray-le-Monial pues fechó una de sus revelaciones en la fiesta del Corazón de la bienaventurada Virgen, y es verosímil que esta fecha se refiera a una fiesta que se hubiera celebrado en el convento. La manera como concebía la devoción al Corazón de María recuerda por otra parte los puntos de vista del Padre Eudes. Lo atestigua este *reto* que daba a sus novicias para el adviento de 1685: “Oh divino Corazón de Jesús, que vives en el Corazón de María, te conjuro que vivas y reines en todos los corazones y los consumas en tu puro amor” (*Vida y obras* tomo 2, p. 442). En cuanto a la fiesta instituida por el Padre Eudes en honor del Corazón de Jesús la beata la ignoró siempre así como ignoró las páginas tan fuertes y suaves que el piadoso autor había escrito sobre el Sagrado Corazón. Se puede decir entonces que la devoción del Padre Eudes y la de la beata son totalmente independientes una de otra.

No habría que concluir que se trata de dos devociones diferentes. Incluso en un estudio somero se percibe rápidamente que entre ellas no hay diferencia esencial ni en cuanto al objeto ni en cuanto a la práctica de la devoción.

Para el Padre Eudes y para la beata Margarita-María el objeto de la devoción es el Corazón de carne del divino Maestro y la inmensidad de su amor a nosotros. Repetidamente el Sagrado Corazón aparece a la beata bajo la forma de una hoguera de amor que arroja llamas hacia todas partes; por su parte el Padre Eudes, en el libro 12 del



*Corazón admirable* no hace más que comentar el hermoso pensamiento de san Bernardino de Siena que el Corazón de Jesús es una hoguera de amor llamada a encender el universo (Sermón 51). Uno y otra nos presentan para nuestra veneración esta hoguera.

Sin confrontar la identidad de las dos devociones el padre Bainvel afirma que la del Padre Eudes “funda y confunde en la amplitud de su objeto más cosas que lo que abarca la de la beata Margarita-María. “Es posible, que a primera vista la devoción de la beata aparezca un poco más simple. Pero cuando se estudia la exposición que hacen sus seguidores, por el ejemplo el padre de Gallifet o el padre Bainvel, no aparece que tenga un objeto menos complejo que el del Padre Eudes.

El Padre Eudes hace entrar en la devoción al Sagrado Corazón todo el amor del Corazón de Jesús, su amor sensible como su amor de voluntad, su amor al Padre celeste y el de su santa Madre, al tiempo que su amor a nosotros, su amor increado y también su amor creado. ¿Entre los elementos hay uno solo que el padre de Gallifet o el padre Bainvel excluyan de la devoción al Sagrado Corazón?

Si bien no habla sino del amor del Corazón de Jesús en el libro 12 del *Corazón admirable* y en su oficio del Sagrado Corazón, el Padre Eudes considera en él toda la vida íntima del Hombre-Dios, todos sus afectos y virtudes, todos sus gozos y dolores. Creo que hacen lo mismo los padres Gallifet y Bainvel.



En cuanto a la persona del Espíritu Santo dijimos ya que el Padre Eudes no la comprende en el objeto de su devoción. Muestra en él el principio de la vida y de las virtudes del Corazón de Jesús y como consecuencia el principio de la vida que nos comunica el Salvador. Por esto el Espíritu Santo merece todos nuestros homenajes, y los honores que rendimos al Corazón de Jesús llegan igualmente a él, en unión del Padre y del Hijo de los que es el Espíritu. ¿No admite esto todo el mundo? Mejor que ningún otro el padre Eudes puso esto en claro; ¿Se sigue de ahí que haya complicaciones o confusiones en el objeto de la devoción?

En cuanto a la práctica tampoco hay desacuerdo. Es cierto que por petición de Nuestro Señor la beata adoptó algunas prácticas particulares que el Padre Eudes no conoció. Quedan en la práctica de los fieles, entre otras la práctica de la hora santa y sobre todo la de la comunión de los primeros viernes del mes. Esas prácticas entran bien en el espíritu del Padre Eudes. También él pedía asociarse a los dolores con que nuestros pecados abrevaron el Corazón de Jesús en su pasión, y recomendaba la santa comunión como una de las mejores prácticas que pueden emplearse para honrar al divino Corazón.

Cierto que la reparación ocupa más lugar en la fiesta del viernes que sigue a la octava del Santísimo Sacramento que en la del Padre Eudes. Pero aquí también no está él tan alejado de la beata pues enumera expresamente la reparación entre los deberes que tenemos para rendir al Corazón de Jesús cuando celebramos su fiesta. ¿Por lo



demás el amor no es ya una reparación? “Si extraños ofenden a la madre, dijo un día Nuestro Señor a una hija del Padre Eudes, la madre María del divino Corazón, y el hijo la ama tiernamente y no cesa de manifestarle su amor, acaso, sin hablarle del mal que le han inferido, su amor es para el corazón de su madre amplia reparación. ¿No olvida ante el amor de su hijo las ofensas de los demás? Así tu amor es para mi Corazón amplia reparación por los pecados de los otros por quienes quisieras poder ofrecer reparación honorable sin que lo hagas formalmente”.

Por lo demás, por excelentes que sean las prácticas de que acabamos de hablar no son lo esencial en la práctica de la devoción al Corazón de Jesús. Lo dice muy bien el padre Bainvel a propósito de la beata Margarita-María: “La devoción al Sagrado Corazón se presenta en la beata con una serie de prácticas determinadas. Pero la *práctica* sobrepasa *la prácticas*. En sus escritos como en su vida su querida devoción es el alma de todo. Es un espíritu de amor, de renunciamento y de reparación por amor que lo penetra y domina todo. La devoción al Sagrado Corazón, como ella lo entiende, es una fórmula admirable de vida cristiana y perfecta, toda para Jesús, toda en Jesús, toda de Jesús. El amor de Jesús invade el alma con todos sus pensamientos, afectos y actos, de modo que ya no somos nosotros los que bien sino que Jesucristo vive en nosotros”.

Esta es la verdadera devoción al Sagrado Corazón. Así la concebía también la beata Margarita-María. Su vida y sus escritos lo manifiestan. Pero ya vimos que el Padre Eudes no la concebía de otra manera. Para ambos la devoción al



Sagrado Corazón debía penetrar toda la vida de manera que fuera una vida de amor e inmolación completa al servicio del Corazón de Jesús y en unión a él. Ambos aconsejaban a los fieles entregarse a esa vida de renunciamento y de amor mediante una consagración total de su persona al Sagrado Corazón. En los manuales de uso de las cofradías fundadas por el Padre Eudes una muy hermosa consagración al Corazón de Jesús, y no podemos dudar que sea él el autor pues es de su espíritu y su estilo. Hay otra más corta pero muy clara y enérgica en las palabras que terminan el *Ave Cor sanctissimum*, oración diaria en la familia eudista. “Te ofrecemos nuestro corazón, te lo entregamos, te lo consagramos, te lo inmolamos. Recíbelo y poséelo por eterno; purifícalo, ilumínalo, santifícalo, para que en él vivas y reines ahora y por siempre jamás”.

Sería bueno estudiar en detalle las relaciones de la devoción de la beata Margarita-María y del Padre Eudes. Mostraría que ambas devociones son una misma. Lo que hemos visto basta para demostrar que no hay entre ellas diferencia esencial. Los primeros discípulos de la beata no tenían dificultad en convenirlo. El Padre Le Doré en su escrito sobre los Sagrados Corazones aporta pruebas. Estas son unas: En carta de 1693, dirigida al padre Villete, jesuita de Paray, el padre Croiset refiere que las benedictinas de San Pedro en Lyon gustaban enormemente de la devoción al Sagrado Corazón y que conocieron con gozo que en la Orden había habido antes “una misa y un oficio en honor del Sagrado Corazón”. Dios había permitido que encontraran, añade, en París este oficio de nueve lecturas



con una misa bien compuesta en honor del Sagrado Corazón, aprobada en Roma; con permiso de la Orden de San Benito celebraban cada años esa fiesta. Se trata evidentemente de la misa del Padre Eudes. El padre Croiset la encontraban “muy bien compuesta”. La consideraba por tanto en completa armonía con la devoción de Paray-le-Monial.

Boudon tampoco veía diferencias entre las dos devociones. Fue uno de los primeros en acoger la devoción del Padre Eudes y cuando más tarde conoció las revelaciones de la beata Margarita-María escribió a uno de sus amigos: “Por experiencia conocí lo que se ha señalado, que Nuestro Señor hará grandes gracias a los que tengan devoción a su Sagrado Corazón”. Bainvel cita del mismo pasajes en los que cree advertir la influencia de la beata visitandina; creemos reconocer allí también la influencia del Padre Eudes. El hecho de que ambas influencias sean percibidas es prueba de la identidad de las dos devociones. Con razón escribe Bainvel: “En el alma del padre Boudon la devoción de Paray se fundió con la del Padre Eudes como una misma y sola cosa. Y porque no las distingue pensó en vincularlas”.

Monseñor Languet cuando publicó *Loa vida de la hermana Margarita-María*, no conocía la devoción del Padre Eudes. Desde que el padre Lemoine, asistente del general de los eudistas, se la hizo conocer, hizo insertar en su libro una nota en que reconoce la perfecta conformidad con la de Paray. “La devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Señor, escribía, estaba ya aprobada en algunas



diócesis antes de que fuera conocida en el monasterio de Paray, y que la madre Margarita hubiera comenzado a recibir las luces y gracias que se narran en su vida. Por obra del célebre Padre Eudes esta devoción se difundió desde mediados del siglo pasado y su fiesta fue celebrada, con aprobación de los obispos, en varios seminarios de Normandía”. Y añadía: “Las religiosas de la Visitación se estiman felices por haber conocido esta devoción por autoridades respetables. Muy lejos de desear en esa materia la gloria de la invención y de la novedad ellas temen por el contrario esta gloria peligrosa y están contentas con practicar con seguridad lo que ha sido consagrado por el fervor de Santos y autorizado por tantos prelados”.

Las mismas visitandinas estaban de tal modo convencidas de que la devoción del Padre Eudes no difería de la suya que largo tiempo se sirvieron de su oficio y su misa para celebrar la fiesta del Corazón de Jesús. “Cuando las religiosas de la Visitación obtuvieron del papa y de los obispos el permiso de celebrar la fiesta del Corazón de Jesús, dice el padre Le Beurrier, y que algunas iglesias obtuvieron la de celebrar la fiesta del Corazón de María, sabiendo que esas fiestas se celebraban en los seminarios eudistas, y en los conventos de Nuestra Señora de Caridad, tomaron ese oficio y esa misa y se sirvieron de ellos largo tiempo y están en uso todavía en varios lugares. Actualmente en algunas iglesias de la Visitación la fiesta del Corazón de Jesús se dice con otros textos, pero ese cambio no tiene más de treinta años. Hasta entonces fueron



utilizados el oficio y la misa, con prosas, secretas, himnos, antífonas, de las oraciones compuestas por el Padre Eudes.

Estos hechos si bien conocidos. El padre Bainvel alude a ellos en su libro la *Devoción al Corazón de Jesús*. “Los primeros apóstoles de la devoción, dice, Margarita-María, Croiset, Gallifet, Languet, etc., rastreaban los indicios de su querida devoción en el pasado. “Y añade: “La tendencia ha sido la de distinguirlas para reivindicar la independencia y la originalidad del movimiento surgido en Paray”. Actualmente, en efecto, la tendencia es no solo distinguir sino oponer las dos devociones. Esta tendencia no es general. Incluso en nuestros días, escritores, y no los menos competentes, continúan a acercar las dos devociones sin percibir en ellas diferencias esenciales.

Por ejemplo, el cardenal Pitra, a propósito del apostolado del Padre Eudes, adelantó el siguiente juicio. “Es difícil hablar en Francia del Corazón de Jesús sin mencionar al Padre Eudes. Fue el primero, y lo hizo a todo lo largo de su vida, en propagar el nuevo culto, le consagró la Congregación de que es fundador, inauguró su fiestas, redactó sus oficios, imprimió manuales, construyó en su honor capillas e iglesias, fundó numerosas cofradías y dio impulso a un movimiento que terminó por envolver a la Iglesia entera”.

El doctor J. Thomas rindió al Padre Eudes un elogio parecido: “Si la acción, que a finales del siglo XVII partió del monasterio de Paray-le-Monial fue determinante, y si gracias a ella el culto privado se convirtió en público, no es sin embargo la primera en el orden de las fechas. Cuando



Margarita María enarboló su estandarte, los eudistas habían desplegado el suyo desde unos cuarenta años antes. No solo el culto privado estaba establecido en sus casas sino que el Padre Eudes había organizado toda una campaña en favor del culto público, y lo que es más notable, lo hizo con aprobación de los obispos y de la Santa Sede”.

Podríamos invocar la autoridad de otros escritores, por ejemplo, los más recientes Sauvé y Baruteil. Por los textos que acabamos de citar bastan para mostrar que la tendencia a distinguir, y sobre todo a oponer, las dos devociones está lejos de ser general. Esta tendencia se manifiesta en algunos escritores de la Compañía de Jesús, en cuya cabeza hay que señalar a los padres Haussherr y Letierce. Es último ha hecho lo posible por establecer que la devoción del Padre Eudes y la beata Margarita-María no tienen en mismo objeto. Sus argumentos principales son: Primero, que el Padre Eudes no reconoce dos Corazones sino un solo Corazón de Jesús y de María, y que este Corazón único es que él canta en sus oficios y presenta a la veneración de los fieles.

Segundo, que bajo el nombre de Corazón de Jesús no honra sino el amor del divino Maestro con exclusión de su Corazón de carne a penas nombrado en el libro 12 del *Corazón admirable*.

Tercero, que considera el Corazón de Jesús desde un punto de vista distinto del de la beata Margarita-María, puesto que no ve en él sino un Corazón amante, en tanto que la beata ve un Corazón amante y sufriente.



Cuarto, que el Padre Eudes entiende la práctica de la devoción de forma distinta de la virgen de Paray y la prueba es que pide a los fieles rendir al Corazón de Jesús amor por amor mientras que la beata les pide satisfacción honorable y actos reparadores.

En esta introducción hemos respondido suficientemente a estos argumentos y no creemos necesario volver al ellos. Vienen de un conocimiento insuficiente de la doctrina del Padre Eudes y de la voluntad muy firme de reservar a todo precio a la beata Margarita-María y el padre Claudio de la Colombière el honor de haber sido los primeros en propagar en el mundo la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.

Para nosotros, es un deber u un gozo reconocer que otros miembros de la Compañía de Jesús han hecho justicia al Padre Eudes. Entre otros está el padre Nilles cuya autoridad en la materia es incontestable. En una obra muy sabia, *De rationibus festorum SS. Cordis Jesu et Cordis Mariae* no tiene dificultad alguna en acordar al Padre Eudes el rítul de *primer apóstol del Corazón de Jesús*. Incluso da el nombre de los obispos que por petición del Padre Eudes fueron los primeros en aprobar el oficio y la misa del Sagrado Corazón, a fin de que, dice, la posteridad les rinda las alabanzas a que tienen derecho.

Muy recientemente la Sagrada Congregación de Ritos se acaba de pronunciar en el mismo sentido. Al estudiar la causa de beatificación del Padre Eudes manifestó su aprecio a su apostolado en favor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y la prueba de que no percibió diferencia



esencial entre la devoción al Sagrado Corazón que al que la Iglesia católica rinde hoy honor y la del Padre Eudes, en el decreto en que reconoció la heroicidad de sus virtudes le discernió el título glorioso de *Autor del culto litúrgico de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*. Dio así su apoyo a las reivindicaciones de los hijos del Padre Eudes y pensamos que en adelante nadie va a controvertir lo bien fundado de su posición. Al aclarar el papel desempeñado por el Padre Eudes en el establecimiento del culto público del Corazón de Jesús jamás hemos querido disminuir la gloria de la beata Margarita-María ni la del Padre de La Colombière en quien ella encontró un guía esclarecido y un auxiliar muy dedicado. En el siglo XVIII el padre Le Beurrier anotaba, hablando del Padre Eudes: “A este digno sacerdote se debe la gloria de haber puesto los primeros fundamentos de la devoción al Corazón de Jesús. Sin embargo, para dar a cada uno lo que le es propio es necesario reconocer que esta devoción debe sus progresos a la virtuosa hermana Margarita de Paray, pues la obra del Padre Eudes se redujo a Normandía y Bretaña, y en algunas iglesias de París, ella se difundió, a partir de las revelaciones de esta venerable religiosa en casi todas las partes del mundo” *Vida manuscrita del P. Eudes* Por Martine-Lecointe, tomo 2, p. 497).

#### **IV. Las fuentes del *Corazón admirable***

En el *Prefacio* del *Corazón admirable*, el Padre Eudes indica las principales fuentes de donde ha sacado las



enseñanzas contenidas en su libro. Señala tres: la Sagrada Escritura, los santos Padres y algunos autores místicos de quienes se había inspirado ya en la *Infancia admirable*.

La Sagrada Escritura fue la que más le sirvió para la composición del *Corazón admirable*. Tres de los 12 libros que componen su obra, el 3º, el 6º y el 10º, no son sino una amplio y hermoso comentario de algunos pasajes de la Biblia. El 3º contiene la explicación de los principales cuadros en los que Dios se complació en figurar el *Corazón* de María, desde Moisés hasta la muerte de Jesucristo. En el 6º explica doce oráculos de la Escritura que nos revelan las grandezas y amabilidades de ese *Corazón*. El 9º es el comentario del *Magnificat*. En los demás libros la presentación es más libre y personal pero su lectura nos deja la impresión de que están llenos de la doctrina de textos de la Sagrada Escritura.

En el *Corazón admirable* el Padre Eudes se propuso exponer la teoría de la devoción a los Sagrados Corazones. Era una teoría que había que crear. El autor busca en la Biblia el material. Estudió cuidadosamente los sentidos que la Palabra de Dios da a la palabra *Corazón*. Vimos que su investigación lo lleva a distinguir en Jesús y María tres Corazones, un Corazón corporal, un Corazón espiritual y un Corazón divino. Los hace entrar, de maneras diferentes, en el objeto de su devoción. Es estudio propio del primer libro del *Corazón admirable*. En ese estudio no avanza nada que no encuentre fundamento en la Escritura.

Además se apoya en la Biblia para comprender, bajo la denominación de Corazón espiritual, toda la vida íntima de Jesús y de María, cuidando sin embargo de concentrarla por



entero en el amor que es su principio. Si pasamos del objeto a la práctica encontramos de nuevo la Biblia como base de sus enseñanzas. En las relaciones de amor, conformidad, dependencia y uso que deben existir entre nuestros corazones y los Sagrados Corazones de Jesús y María no habla de nada que no se encuentre en términos formales en los Libros Santos o que al menos no tenga en ellos fundamento. Como siempre es san Pablo sobre todo que le sirve de fuente. En su doctrina se apoya para decir que el Corazón de Jesús quiere vivir y reinar en nosotros, que debemos hacer nuestros sus sentimientos, que podemos usar de él a nuestro agrado así como el Corazón de María y de todos los corazones de los ángeles y de los santos.

Cuando trata del Corazón de Jesús se inspira también en el discurso de nuestro Señor después de la cena. Sacó de él algunos de los más hermosos puntos de vista sobre el amor que Dios nos ha tenido y sobre la unión que debe establecerse entre nuestro corazón y el del divino Maestro para llegar a la unión perfecta de nuestros corazones entre sí.

También el Padre Eudes es deudor de los Padres de la Iglesia y de los doctores de la edad media. A la luz de sus escritos estudia y comenta la Sagrada Escritura, si bien se sirve dada la ocasión de comentarios modernos que en ocasiones solo reproducen condensan las enseñanzas de los Padres.

No trataremos de establecer la lista de los Padres y doctores que cita en su obra. Sería demasiado larga. En el libro 7º indica doce a quienes considera como los



principales apóstoles de la devoción al Corazón de María. Son: Agustín, León el Grande, Juan Crisóstomo, Anselmo, Pedro Crisólogo, Juan Damasceno, Bernardo, Buenaventura, Bernardino de Siena, Lorenzo Justiniano, Ricardo de San Lorenzo y Luis de Granada.

Entre estos hay unos sobre los que es justo llamar la atención a causa del partido que sacó de sus escritos. El primer que señalamos es Juan Crisóstomo. Su amor por san Pablo le hizo decir cosas admirables relativas al corazón del apóstol. Nos lo presenta como un cielo de arrebatadora pureza, como un mar de extensión y profundidad insondables, como el corazón del universo, como el principio de nuestra salvación, como fuente de toda clase de bienes, como mesa del Espíritu Santo y libro de la caridad, en fin como si hiciera uno con el Corazón de Jesucristo: *Cor Pauli cor Christi*. Toma una por una todas estas aserciones y las aplica al Corazón de María, al que corresponden mejor que al corazón de Pablo. El segundo libro del *Corazón admirable* es dedicado casi por entero a comentar esas ideas.

Tomó de san Agustín y san León entre otras cosas ese pensamiento que trajo en varios pasajes de su libro y que hizo entrar en su oficio del Corazón de María: María concibió a Jesús en su Corazón antes de concebirlo en su seno.

Del autor de la *Viña mística*, que atribuía a san Bernardo pero que parece ser de san Buenaventura, tomó las lecturas del segundo nocturno de su oficio del Corazón de Jesús. Luego de él la Iglesia hizo lo mismo en el oficio de



la fiesta del viernes siguiente a la octava del Santísimo Sacramento, cortando sin embargo el texto de maneja un poco diferente. Gustaba sobre todo en este texto las palabras donde encontraba sus ideas sobre la unión de nuestros corazones con el de Jesús: “Lo digo con atrevimiento: el Corazón de Jesús me pertenece. Si Jesucristo es mi Cabeza, ¿cómo no va a ser que todo lo suyo no sea mío?. Así como los ojos de mi cabeza corporal son míos, así mismo el corazón de mi Cabeza espiritual es verdad mi corazón. Puedo decir por tanto con seguridad que no tengo sino un corazón con el de Jesús”.

San Bernardino de Siena merece especial mención igualmente. Nos dejó sobre el Corazón de la Virgen María magníficas consideraciones que inspiraron el *Corazón admirable*. Las introdujo en el oficio del Corazón de María. De él viene asimismo el bello pensamiento de que el Corazón de Jesús es una hoguera ardiente de caridad destinada a abrasar el universo. Se esforzó por desarrollar este pensamiento especialmente en el libro 12.

Las místicas cuyos escritos utilizó el Padre Eudes en la composición del *Corazón admirable* son las santas Brígida, Gertrudis y Matilde. En el prefacio de su libro añadió el nombre de santa Teresa aunque no hizo uso de las obras de la ilustre carmelita. Y para no admirarse de esta contribución insiste en que han sido aprobadas por los concilios de Constanza y Basilea y por los papas Bonifacio IX, Martín V y Urbano VI. Respeto de las santas Gertrudis y Matilde fueron citadas por gran número de doctores y



teólogos, entre otros Suárez y Luis de Blois, quien leyó hasta doce veces en un solo año los libros de santa Gertrudis.

El Padre Eudes no se sirvió igualmente de esas diversas revelaciones. Las citas de santa Matilde y sobre todo de santa Gertrudis son poco numerosas. Las dos escribieron páginas admirables sobre el Corazón de Jesús, y aunque parezca singular, no las citó en el libro 12 del *Corazón admirable*. Allí cita un ejercicio de amor tomado de la *Preparación a la muerte* de santa Gertrudis y un texto donde la santa enseña, como santa Brígida, que bajo el exceso del dolor y del amor el Corazón de Jesús se rompió en el árbol de la cruz. Eso es todo. Cita poco también a santa Matilde en el libro 12 del *Corazón admirable*. Es explicable pues ese libro no es un tratado completo sobre esta devoción sino un bosquejo, rico y precioso.

En el resto de la obra se encuentran algunas veces a santa Gertrudis y a santa Matilde. En ocasiones comenta sus palabras. Cita notablemente una hermosa página donde ella cuenta cómo Nuestro Señor le enseñó a saludar el Corazón de la divina Madre. Debe más a santa Brígida. De ella tomó numerosos detalles relativos a la persona o a la vida de la santísima Virgen. Lo que más le impactó fueron las enseñanzas de la santa con relación a la ruptura del Corazón de Jesús en la cruz y a la unión muy estrecha que asoció el Corazón de María a la de su divino Hijo en la obra de la redención.

## **V. Importancia y valor del *Corazón admirable***



El *Corazón admirable* es la primera obra de fondo que haya sido publicada sobre los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Por ese motivo se impone al estudio de quien quiera remontar a los orígenes de la devoción a los Sagrados Corazones y, en nuestros días, todos los escritores que han querido tratar de manera completa no solo de la devoción al Corazón de María sino también la devoción al Corazón de Jesús han recurrido a ella. Que lo digan los doctores Thomas, Nilles, Granger, Bainvel y Baruteil.

Este libro es también notable desde el punto de vista doctrina. Todos los interrogantes que han surgido sobre la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María son abordados en él y han sido resueltos con seguridad y precisión.

El objeto de la devoción está determinado con tal exactitud que luego de dos siglos de discusiones los teólogos no encuentran nada que deba ser reexaminado o que deba añadirse. Empezó por asignar a los dos elementos, que reunidos forman el objeto propio de la devoción, el puesto que les conviene y habla de ellos como hoy lo hacemos. Insistió sin embargo de manera particular en el elemento espiritual y se empeñó por mostrar su belleza y sus amabilidades. Nadie ha estudiado más a fondo las perfecciones del Corazón de María y tampoco habló de ello con tanto entusiasmo y unción. En cuanto al Corazón de Jesús el Padre Eudes lo ha tratado de manera menos compleja cierto, pero las páginas que le consagra para describir el amor inmenso de que arde por nosotros, son



tan plenas y ardientes, no comparables con lo que sobre ello se ha descrito después.

La práctica de la devoción no se expone con menos exactitud y fortuna. Se entiende ampliamente y abarca toda la vida cristiana para hacer de ella una vida de unión con los Sagrados Corazones por imitación y amor. El Padre Eudes no se ciñe, como otros lo han hecho, a la aridez de una exposición didáctica y erudita. Supo impregnar las páginas de su libro con la ternura y la vivacidad de su piedad a los Sagrados Corazones, piedad tan ardorosa y comunicativa que es imposible, a su lectura, no sentir una bienhechora influencia. Añadió a sus enseñanzas, con himnos y oraciones, numerosas meditaciones sobre los Sagrados Corazones con el único fin de alimentar la piedad.

Estos méritos no son los únicos que dan valor a *Corazón admirable*. El plan de la obra es grandioso, el estilo lleno de imágenes y viveza, el lenguaje sencillo y popular, en ocasiones, incluso, como en las meditaciones que terminan los libros 11 y 12, de admirable precisión. A lo largo de su obra el autor hizo prueba de erudición que no deja de admirar.

Es preciso reconocer que la obra adolece de defectos. El plan escogido lo lleva a numerosas repeticiones. A menudo incorpora a su textos parrafadas oratorias que parecen fuera de contexto. Se extiende más de la medida en los cuadros del santo Corazón de María. A veces el estilo es difuso y su frase recargada de expresiones que parecen simples redundancias.



Estos defectos no han impedido que la obra recoja, cuando apareció e incluso hoy, elogios merecidos por tantos títulos. Cuando el padre Blouet de Camilly terminó la impresión la envió como presente a diversas notabilidades entre otros a monseñor de Montmorency-Laval, obispo de Quebec, y al padre Jolly, superior general de los Lazaristas. Manifestaron su agradecimiento en cartas que Costil nos conservó. El obispo de Quebec escribió: “Recibí el libro que me envió sobre el Corazón de la santísima Virgen, como muestra de afecto. Es un presente que me agrada mucho, tanto por el tema tratado como por la persona que lo compuso, de feliz memoria. Espero que ese Corazón admirable, cuya peculiaridad es unir en sí todos los corazones, sea el vínculo de los nuestros de manera particular, y nuestro seminario no tendrá mayor gozo que verse unido a su Congregación de Jesús y María”. Esta carta lleva como fecha el 12 de noviembre de 1682.

La carta del padre Jolly está fechada el 4 de mayo del mismo año. Dice así: “Le doy humildes gracias, padre, por el devoto presente que ha tenido a bien enviarme del libro del *Corazón admirable de la santísima Virgen*. Este libro de una persona tan célebre y tan devota de la Madre de Dios como lo fue el R. P. Eudes, no puede no ser recibido sino con respeto por todos los que conocieron a ese gran servidor de Dios, y se sienten dichosos por ser servidores de la misma santa Virgen. Deseo que sepamos aprovecharlo y que sea la ocasión de testimoniarle con cuanto respeto y reconocimiento soy *in Christo*”...



Los biógrafos del Padre Eudes hablan poco del *Corazón admirable*, seguro porque terminan su relato con su muerte y este libro todavía no había aparecido. Hérambourg, sin embargo, lo elogia en estos términos: “La obra más considerable del Padre Eudes se llama *El Corazón admirable de la santísima Madre de Dios...* Sin hacer aquí el elogio de este libro podemos afirmar que no obstante defectos de estilo es uno de los más piadosos y sóidos que se hayan escrito sea sobre el santo Corazón de la bienaventurada Virgen, sea sobre el sagrado Corazón de su Hijo”...

El padre Le Doré apreció el *Corazón admirable* como Hérambourg: “Es una de las obras más eruditas y más piadosas que se hayan consagrado a los Sagrados Corazones de Jesús y María. El Padre Eudes hace prueba de conocimientos profundos y de vasta erudición en materia eclesiástica. Su exposición de los atributos de Dios y de las virtudes del Corazón de María denota un estudio serio de los autores escolásticos y en particular de santo Tomás de quien toma mucho de sus pensamientos. Se muestra asimismo versado en las ciencias de la Sagrada Escritura; da interpretaciones preciosas y variadas de multitud de textos; su comentario del *Magnificat* en particular y el de los doce oráculos del libro 6º son pruebas dignas de consideración...

“Los Padres griegos y latinos le son bastante familiares. Los cita apropiadamente dando pruebas de una ciencia garantizada. Puede decirse lo mismo de los autores místicos y de los maestros de la vida espiritual. En cada página encontramos algún punto de doctrina escolástica y ascética;



como siempre, a las arideces de la escuela, el apóstol sabe mezclar el fuego de su celo y de su unción piadosa.

“A pesar de sus defectos este libro es excelente, piadoso y sólido. Es mina fecunda donde se puede explotar, en lo referente a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, una doctrina segura y abundante. Creemos poder afirmar que entre las obras que tratan de la santa Virgen y de sus grandezas representa un rico tesoro donde se acumulan la ciencia y la piedad”.

A comienzos del siglo XIX, un sacerdote distinguido del clero de París, el padre Lange, cura de Mont-rouge, apreciaba así esta obra del Padre Eudes: “En ese admirable monumento levantado en honor del admirable Corazón de María encontramos con gozo y consolación casi todo lo cuanto se ha dicho sobre este hermoso tema; y lo encontramos con mayor ciencia, claridad, precisión y unción que en ninguna otra arte. Se siente el ferviente amor que ardía en el corazón del sacerdote al purísimo Corazón de María. Todo le inspiraba incomparables perfecciones, le sugería imágenes para hacerlas contemplar y lenguas para hablar de ellas. Nada falta; además del cuerpo de la obra hay bellas meditaciones sobre el Sagrado Corazón e Jesús y sobre el purísimo Corazón de María; hay himnos y cánticos... Y todo esto pasó antes de las visiones y revelaciones que tuvo Margarita María Alacoque”. (Texto manuscrito en un ejemplar del seminario de Caen).

En su erudita obra: *De rationibus festorum SS. Cordium Jesu et Mariae*, el padre Nilles hace el siguiente elogio: “Es una obra notable, compacta, dividida en 12 libros. Allí se



reúne, con incomparable erudición, con mucho método y claridad, cuanto los santos Padres y doctores de la Iglesia escribieron en alabanza de la santa Virgen.

Por su parte el padre Baruteil se ocupó del apostolado del Padre Eudes en su libro *Génesis del culto del Sagrado Corazón de Jesús*. Su juicio va evidentemente al *Corazón admirable*, pues en él se trata del Sagrado Corazón: “El Padre Eudes, para precisar el objeto de su devoción, se elevó a puntos de vista dignos de gran místico y al tiempo de gran teólogo. Escrutó en la luz del Espíritu Santo los insondables misterios de la caridad en Dios, en la Trinidad, y en especial en el Corazón del Hijo de Dios, como Dios y como hombre.”

Citemos finalmente la apreciación del padre Enrique Joly, miembro del instituto: “Estamos hoy muy familiarizados en la Iglesia con el culto, ya fijado, del Sagrado Corazón. No lo estaba en la época que estudiamos y muchas propuestas aceptadas hoy en el lenguaje corriente, entonces eran atrevidas. ¡Eran novedades? Los eruditos de la piedad que han investigado, en la tradición y sobre todo en las opiniones de los santos, los orígenes de esta devoción demuestran que ella, y en ninguna otra parte, nada había de nuevo. Lo que había era una organización razonada de la antigua creencia... En el *Corazón admirable*, el principio de esta organización está maravillosamente formulado. <El Corazón corporal del Hombre-Dios es deificado, como las demás partes de su cuerpo, sagrado, y lo une a él por la unión hipostática con la persona del Verbo...El Verbo eterno está en este Corazón real, y lo une a



él con la unión más íntima que es posible imaginar, es decir, la unión hipostática que hace adorable a este Corazón con la misma adoración debida a Dios... El Sagrado Corazón está unido hipostáticamente a la persona del Verbo y arde de amor a nosotros>.

“Muchas controversias surgieron entonces y se han renovado varias veces, para saber en qué medida esta invocación al Corazón de Jesús era simbólica y solo simbólica. Y si en realidad los fieles no estaban obligados a adorar sino al puro amor del todo divino, y por consiguiente incomprensible, del Redentor. En esto el Padre Eudes es de una claridad a la que nada se puede añadir. <Tenemos para adorar en el Sagrado Corazón tres corazones que sin embargo no forman sino un solo Corazón por la unión muy estrecha que tienen entre sí, a saber su Corazón corporal, la más noble porción de su cuerpo sagrado, su Corazón espiritual, parte superior de su alma, y su Corazón divino que es el Corazón de su corazón>.

“Se adelantaba así a los teólogos de nuestro tiempo, que pasados dos siglos de reflexiones y de discusiones han dicho, casi en los mismos términos que él: el objeto por excelencia de la devoción es el inmenso amor del Hijo de Dios; pero como la debilidad humana tiene necesidad de un objeto que le recuerde su propia naturaleza para elevarse de lo visible a lo invisible, no se puede encontrar, para despertar el amor de Dios en las almas, un objeto sensible más y más digno que su Corazón”.



Y concluye este erudito autor: “El Padre Eudes elevó el Corazón a la santa Virgen un monumento que lleva su marca y digno, por sí solo, de perpetuar su memoria”.

Esto podrán concluir quienes se den el trabajo de leer, con la atención que merece la obra del Padre Eudes.

## **DEDICATORIA**

A tu Corazón sacratísimo, Madre del amor hermoso, me atrevo a presentar y consagrar, con todo el respeto de que soy capaz, esta obrita, solo concebida para su gloria y por su amor. Ella pertenece, por infinidad de títulos, a tu Corazón amabilísimo:

A tu Corazón, imagen viviente, semejanza perfecta, primer fruto e hijo mayor del Corazón divino de la santa Trinidad, y por tanto su heredero, que tiene derecho de tomar posesión de cuanto le pertenece.

A tu Corazón, pues el Padre eterno te dio todo, al darte su propio Corazón que es su Hijo muy amado.

A tu Corazón, al que el Hijo de Dios se entregó totalmente al darse a ti.

A tu Corazón, a cuyo amor el Amor esencial, que es el Espíritu Santo, dio todas las obras de su infinita bondad, pues el amor da todo al amor, especialmente a un amor tal como el del Corazón virginal de su santa Esposa.



A tu Corazón, que por vínculo muy estrecho de amor y caridad, no forma sino un mismo Corazón con el Corazón del todo amable Jesús. Por ello cuanto hay en cielo y tierra está sometido a su señorío.

A tu Corazón, libro de vida, libro viviente e inmortal, el primero de todos los libros, en el que la vida admirable del Salvador del mundo está escrita con letras de oro por la mano del Espíritu Santo, y así todos los demás libros están bajo su dependencia y le pertenecen.

A tu Corazón, el más puro, hermoso, rico, noble, generoso, dichoso, sabio, poderoso, benigno, bondadoso, misericordioso, dadivoso, caritativo, amable, amoroso y el más amado, el más excelente de todos los corazones; todos ellos deben referir y ofrecer todos los buenos frutos que con la ayuda de Dios pueden producir.

A tu Corazón, rey soberano de todos los corazones, que es, con todo derecho, el Rey y Señor absoluto de cuanto existe en el universo.

A tu Corazón, finalmente, al que la divina misericordia me concedió la gracia de dar y consagrar, desde mi infancia, mi corazón, mi cuerpo, mi alma, mi tiempo, mi eternidad, y todo cuanto de mi ser y de mi vida depende y pertenece.

Recibe, pues, dignísimo Corazón de mi venerada Señora y de mi amadísima Madre, la ofrenda que te hago de este libro en honor de cuanto eres y en acción de gracias



por todos los favores que he recibido de mi Dios por tu mediación. Dígnate bendecirlo y llenarlo de tu espíritu y de tu poder para que anuncie por doquier tus maravillosas perfecciones e invite vigorosamente y atraiga eficazmente los corazones de cuantos lo lean, a amarte, venerarte e imitar todas las virtudes que han hecho de él su trono y su reino.

Recíbelo, por favor, no solo como un libro sino como un ánfora en la que te presento mi corazón con todos los corazones de mis Hermanos y Hermanas; te suplico humildemente que los ofrezcas y entregues irrevocablemente a la divina majestad; suplícale que destruya y aniquile en ellos cuanto le desagrada; que los arranque enteramente del mundo y de todo lo terrenal; que los una perfectamente por el vínculo sagrado de verdadera caridad; que estén llenos, animados y poseídos del mismo espíritu que te anima y te posee; que los una contigo a su adorable Corazón con lazos eternos e inseparables; que los transforme en ese mismo Corazón; y que les conceda ser dignos de ser otras tantas hostias vivientes, santas y agradables a Dios; que estén inflamados y consumidos en la hoguera de amor que está dentro de ti y que por este medio se inmolen contigo para la gloria de aquel que es todo corazón y todo amor hacia nosotros.



Mira este libro, te lo ruego, oh Corazón bondadoso, todas sus palabras, sílabas y letras, como otras tantas lenguas y voces de mi corazón, que te gritan continuamente por sí y por todos los corazones de mis Hermanos y Hermanas que renuncian absoluta y perennemente a todo cuanto te desagrada; que quieren pertenecer por entero a ti y por tu mediación a su Creador y a su Dios; que desean que todos sus movimientos tengan los mismos propósitos que tú tienes; que quieren despreciar y aborrecer lo que tú desprecias y aborreces, estimar y amar lo que es de tu estima y amor; que solo les cause tristeza lo que a ti te entristece; que se gocen con lo que a ti regocija; que no tengan jamás sentimientos, inclinaciones e intenciones distintos de los tuyos; que pongan todo su gozo y felicidad donde tú los tienes, en seguir en todo y por doquier la voluntad adorable de Dios, para que *nuestros corazones estén donde están las verdaderas alegrías*; es imposible encontrarlas sino en una perfecta sumisión y abandono total de nosotros mismos y de todo lo nuestro a la voluntad divina.

Finalmente, que sea de tu agrado, oh mi soberana Señora y mi divina Madre, que te dirija las palabras que uno de los hijos muy amados de tu Corazón, san Juan Damasceno, que te repita lo que te dijo, en un discurso que hizo sobre tu Nacimiento: *Oh María, hija de Joaquín y Ana,*



*es un pecador el que tiene la audacia de hablar de ti, de tu Corazón santo, que es lo más santo y admirable que hay en ti; proviene de un pecador que te ama ardorosamente y te venera soberanamente; que te reconoce y te reverencia como a la sola causa, después de Dios, de su dicha y su felicidad, como a la Reina de su corazón, como a la norma y regente de su vida, y como a la firme esperanza de su salvación<sup>1</sup>.*

Acepta, por favor, todos los discursos que hay en este libro en honor de tu divino Corazón; ofrécelos al Corazón adorable de tu Hijo, y ruégale que los bendiga; que derrame en ellos la divina unción de su espíritu y que se sirva de ellos para incremento de su gloria y aumento del honor y del gozo de ese Corazón maternal que tanto ama, del que fue siempre tan amado, y por el que será eternamente más amado que por los coros angélicos y los santos juntamente.

### **A todos los auténticos hijos de la Congregación de Jesús y María**

Mis muy queridos y muy amados Hermanos,

Pues plugo a la divina bondad llamarlos a la Congregación de Jesús y María, dedicada y consagrada muy especialmente al muy santo y amable Corazón del Hijo y de

---

<sup>1</sup> Orat. I, de Nativ. B. Vir



la Madre, que contempla y honra a ese Corazón sacratísimo como a su primer y principal patrono, como a su modelo y su regla primigenia, como a su rica herencia, y su precioso tesoro, y como uno de los más santos y venerables objetos de su devoción, es justo que tengan algún conocimiento de las excelencias maravillosas de este rey de los corazones. Podrán empeñarse así en rendirle los honores y homenajes que le deben y en imprimir en sus corazones una imagen viviente y semejanza perfecta de sus virtudes muy eminentes, y por este medio hacerse dignos de ser contados en el rango de los hijos de este muy noble Corazón.

Pongo este libro en sus manos. Él pondrá ante sus ojos las grandezas admirables que la omnipotente mano de Dios ha encerrado en ese tesoro inmenso de toda clase de bienes. Reciban este regalo, mis queridísimos Hermanos, no de manos del último de los hombres y del primero de los pecadores sino de parte de su Padre celestial. Puesto que él les concedió, con inefable bondad, el Corazón admirable de su muy amado Hijo Jesús y de su santísima Hija María desea comunicarles, por este medio, las luces que necesitan para conocer el precio y el valor del inapreciable don que les ha hecho. Cuiden de aprovecharlo lo más que les sea posible.

Lean este libro atenta y cuidadosamente. Nunca lo lean sin entregar antes su espíritu al Espíritu Santo, al comienzo



y al fin de su lectura. Suplíquenle que grave en lo íntimo de ustedes las verdades que van a leer en él y que les otorgue la gracia de sacar el fruto necesario para la gloria de Dios y la santificación de sus almas.

Ojalá, aquel que en las divinas Escrituras es llamado *fuego devorador* (Dt 4, 24) haga que todas las palabras que hay en este libro sean otras tantas ascuas que abrasen los corazones de los que las lean con el fuego divino que arde en la hoguera encendida del amabilísimo Corazón de Jesús y María.

VIVA JESÚS Y MARÍA

## P R E F A C I O

Su lectura es necesaria

Quien dice una Madre de Dios dice un abismo sin fondo de gracia y santidad. Habla de un océano sin playas de excelencias y perfecciones, mundo inmenso de grandezas y maravillas. En efecto, la dignidad de Madre de Dios, por ser infinita, comprende infinidad de realidades grandes y maravillosas.

Por esta razón la tierra entera está llena de libros compuestos para alabanza de esta Madre admirable. Su cantidad es tal que un autor competente reporta cinco mil,



sin hablar de los que no alcanzó a conocer. La sola Compañía de Jesús aporta más de trescientos, escritos por piadosos y doctos jesuitas que consagraron su pluma a la gloria de la reina del cielo. Gruesos volúmenes se han publicado sobre el *Magnificat*, el cántico de esta santa Virgen. Muchos santos Padres y otros sabios autores escribieron sobre su Concepción inmaculada y sobre todos los demás misterios de su santa vida, sobre sus virtudes muy eminentes, sobre sus asombrosas cualidades, sobre las singulares perfecciones de su cuerpo virginal, sobre las bellezas cautivantes de su alma santa y sobre los privilegios y prerrogativas incomparables que acompañan su dignidad sublime de Madre de Dios. Sin embargo no encuentro algún libro que haya tratado sobre su amabilísimo Corazón. Con todo, es lo más digno, noble y admirable que hay en esta divina Virgen. Es la fuente y el origen de todas sus grandezas como claramente lo demostraremos luego.

He creído prestar un servicio a Nuestro Señor y a su santísima Madre ayudar a los que se esmeran por honrarlos y amarlos como a su Soberano y como a su verdadera Madre, al publicar este libro para encender en los corazones de los que lo lean veneración y devoción especial a su amabilísimo Corazón. Esta devoción es fuente inagotable de toda clase de bendiciones, según testimonio del gran san Ignacio de Loyola, quien a partir de su conversión hasta el



último día de su vida, llevó continuamente en su corazón una imagen del sagrado Corazón de la Madre de Dios, y aseguraba que por este medio había recibido gran número de gracias y favores de la divina bondad.

Esta obra está dividida en doce libros. En los índices que siguen a cada volumen pueden conocer su contenido.

Todas las verdades contenidas en estos doce libros se inspiran en las divinas Escrituras, en la doctrina de los santos Padres y en buenas y sólidas razones.

Oirán también al que es la verdad misma, Nuestro Señor Jesucristo y a su divina Madre que en algunos lugares hablan a santa Brígida, a santa Gertrudis, a santa Matilde, a santa Teresa sobre los efectos maravillosos de la bondad inefable de su benignísimo Corazón. Han de saber que dos concilios generales, el de Constanza y el de Basilea, y tres grandes papas, Bonifacio IX, Martín V y Urbano VI autorizaron los libros de santa Brígida, luego de haberlos hecho examinar diligentemente por varios grandes doctores. Y la Iglesia misma, les dio su aprobación al decir en la oración de la fiesta de esta santa: *Oh Dios, que revelaste secretos celestiales a santa Brígida por tu Hijo único.*

Sepan además que los libros de santa Gertrudis y santa Matilde han sido aprobados por numerosos santos doctores y sabios teólogos, entre los que se cuenta el muy



renombrado y piadoso jesuita Francisco Suárez, quien era un prodigio de ciencia. Él, el 15 de julio de 1603, en Salamanca, dio aprobación muy amplia a los libros de santa Gertrudis traducidos a la lengua castellana.

El santo sacerdote Blossio, tan estimado por los teólogos, tanto escolásticos como místicos, luego de haber leído doce veces en un año el libro *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, la cita a menudo en sus libros, con elogios que denotan la muy alta estima que le tenía.

“Si no tuviéramos más libros de nuestra creencia, dice este santo y docto autor, que los de santa Gertrudis, de santa Matilde, de santa Hildegarda, de santa Brígida y otras semejantes, a quienes Dios manifestó sus secretos, conforme a las palabras del profeta Joel<sup>2</sup>, bastaría para confundir a todos los herejes y para poner un fundamento inmovible a las verdades de la fe católica”<sup>3</sup>.

No solo numerosos doctores, ilustres por su ciencia y piedad, han aprobado estos libros. Lo han hecho también varias célebres universidades, en especial las de Alcalá y Salamanca, luego de haberlos hecho examinar cuidadosamente por varios teólogos.

Todos gustan y desean naturalmente ver cosas extraordinarias y milagrosas que sobrepasan las fuerzas de la naturaleza. Fuera de la divina Palabra, no existe nada tan

---

<sup>2</sup> Derramaré mi espíritu sobre toda carne y vuestros hijos e hijas profetizarán (Joel 2, 28)

<sup>3</sup> Epístola a Florentino.



poderoso para vencer el espíritu y para conmover el corazón. Un solo milagro, verdadero y comprobado, tendrá más fuerza para convencernos que muchas razones. Los argumentos se combaten y destruyen con otros argumentos. Pero un hecho milagroso tiene tal poder de impresionar fuertemente la mente que obliga a rendirse. Por eso el espíritu de mentira, enemigo mortal de la verdad, se ha esforzado siempre por desacreditar los milagros. Es lo que ha querido hacer la impiedad de Lutero y Calvino. Pero como han sido un don dado por Dios desde los orígenes y que dará siempre a su Iglesia, la malicia de la herejía jamás podrá arrebatárselo, a menos que se perdieran todas las Escrituras, todos los Anales de Historias eclesiásticas y todas las historias de los santos, llenas todas de narraciones milagrosas. En este libro encontrarán algunas de ellas; pero ninguna que no sea muy auténtica, conforme a la fe y a la razón, referida por autores célebres y dignos de fe.

Finalmente, si se encuentra algo bueno en este libro, sea totalmente para la gloria de Dios, principio único de todo bien. Si hay algo malo que venga a mí la confusión, pues soy fuente de todo mal: *Sé que en mí no habita el bien* (Ro 7, 18). Lo someto de todo corazón a la corrección de aquella que, pues está guiada por el Espíritu de la verdad, es la columna y el firmamento de verdad. Oh Dios de gracia y



de verdad, *que te vea a ti en todos los bienes, que me vea a mí en todos los males.*

## **LIBRO PRIMERO**

Muestra que se entiende por Corazón de la santa Virgen

### **CAPÍTULO I**

***El Corazón de María es llamado justamente Corazón admirable, pues es abismo de maravillas, solo conocido perfectamente por su Hijo Jesús, el único que puede hablar dignamente de él.***

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, al escoger, entre todas las criaturas, a esta incomparable Virgen para ser su Madre, su nodriza y su gobernante; y pues su infinita bondad nos la dio como Madre y refugio en todas las necesidad, quiere que la veneremos, la honremos y la amemos como él la ama.

La exaltó y honró por encima de todos los hombres y los ángeles; quiere igualmente que le rindamos más respeto y veneración que a todos los ángeles y que a todos los hombres. Pues él es nuestra Cabeza y 2nosotros sus miembros, animados por su espíritu, debemos seguir sus inclinaciones, caminar por sus sendas, continuar su vida en la tierra y practicar las virtudes que practicó, quiere que



nuestra devoción a su divina Madre sea continuación de la suya. Es decir, que tengamos los sentimientos de honor, de sumisión y de amor que él I tuvo acá abajo y que le tiene eternamente en el cielo. Ella ocupó y ocupará por siempre el primer puesto en su corazón. Ella fue siempre y será por toda la eternidad el primer objeto de su amor, después de su Padre eterno. Quiere él asimismo que, después de Dios, sea el principal punto de nuestras devociones y el primero de nuestra veneración. Por eso, después de los servicios que debemos a su divina Majestad, no podemos hacerle mayores y más agradables, que servir y honrar a su dignísima Madre.

Nuestra inteligencia no puede llegar a estimar y a amar algo sin conocer lo que lo hace digno de ser estimado y amado. Por esta razón, el amor infinito de que este Hijo único de María está abrasado por los intereses de su querida Madre lo ha llevado a manifestarnos muy cuidadosamente, por boca de los santos Padres y por los oráculos de las divinas Escrituras, incluso en este valle de tinieblas, una partecita de las excelencias incomparables de que la ha enriquecido, y se reserva la joya, que sobrepasa infinitamente la muestra, para el país de las luces que es el cielo.

Entre estos divinos oráculos encuentro uno en el capítulo doce del Apocalipsis que es como un resumen de



cuanto se puede decir y pensar de más grande y portentoso sobre esta maravillosa Princesa. Estás contenido en las siguientes palabras: *Un signo grande apareció en el cielo.* “Signo grande, prodigio asombroso, milagro prodigioso apareció en el cielo. Una mujer revestida del sol con la luna bajo sus pies, que tenía en su cabeza una corona de doce estrellas”. ¿Qué prodigio es éste? ¿Quién es esta mujer milagrosa? San Epifanio, san Agustín, san Bernardo, y otros santos doctores son concordes en que es la Reina de las mujeres, soberana de los hombres y los ángeles, Virgen de vírgenes, la mujer que llevó en sus entrañas virginales un hombre perfecto, un Hombre-Dios, *Mujer que rodeaba a un varón* (Jer 31, 22).

Aparece en el cielo porque vino del cielo. Es la más ilustre de las obras maestras del cielo. Es la emperatriz del cielo, gloria y delicias del cielo. Nada hay en ella que no sea celeste. Mientras tuvo su morada en la tierra, según su condición corporal, era totalmente espíritu, pensamiento, corazón y amor en el cielo.

La reviste el sol eterno de la divinidad. La enriquecen las perfecciones de la esencia divina que la rodea hasta el punto que está del todo transformada en luz y sabiduría, en poder y bondad, en la santidad de Dios y en las demás grandezas, como lo veremos más adelante.



La luna está bajo sus pies, como si todo el mundo estuviera debajo de ella. Solo Dios está por encima de ella y goza de poder absoluto sobre todas las criaturas.

Está coronada de doce estrellas porque todas las virtudes que brillan en ella soberanamente, todos los misterios de su vida, son otros tantos astros, más luminosos que todas las luminarias del cielo. Todos los privilegios y prerrogativas que Dios le ha otorgado sobrepasan incomparablemente lo que hay de más brillante en el firmamento. Todos los santos del cielo y de la tierra son su corona y su gloria, con mejor título que los filipenses son para san Pablo su gozo y su corona (Fp 4, 1).

¿Por qué el Espíritu Santo le asigna la calidad de “*Gran milagro*”? Para que conozcamos que es todo milagrosa. Quiere anunciar por doquier las maravillas de que está colmada. La quiere poner ante los ojos de todos los habitantes del cielo y de la tierra como una portento digno de admiración. Quiere que sea objeto de embeleso para ángeles y hombres.

Con este mismo propósito el Espíritu divino hace que en todo el universo se cante este glorioso elogio: *Madre admirable*. Con toda razón es llamada con este nombre. En verdad, eres admirable en todo y de todas las maneras.

Admirable por la belleza angélica y la pureza seráfica de tu cuerpo virginal. Admirable por la santidad



eminentísima de tu alma bienaventurada. Admirable por todas las facultades de ambos de las que hiciste siempre santísimo uso para gloria del Santo de los santos.

Admirable en todos tus pensamientos, tus palabras, tus acciones. En tus pensamientos en los que solo tuviste como única intención agradar solo a Dios. En tus palabras que fueron siempre como palabras de Dios conforme al precepto divino: *Si alguien habla que sus palabras sean como palabras de Dios* (1 P 4, 11). En tus acciones, consagradas todas a la divina Majestad.

Admirable en tus sufrimientos que te hicieron digna de ser asociada con el Salvador a la obra de la redención del mundo.

Admirable en todos los estados y misterios de tu vida, todos ellos, abismos de maravillas.

Admirable en su Concepción inmaculada, colmada de milagros.

Admirable en su santo nacimiento, fuente indecible de gozo eterno para todo el universo.

Admirable por su nombre sagrado de María, tesoro de grandezas y maravillas.

Admirable por su Presentación en el templo a los tres años de edad, luego de dejar, en edad tan tierna, la casa de un padre y de una madre tan santos y luego de renunciar



por entero a sí misma y a todo para consagrarse totalmente a Dios en su templo santo.

Admirable por las santa ocupaciones realizadas durante todo el tiempo que permaneciste allí, en compañía de las santas vírgenes y viudas, y por todos los extraordinarios ejemplos que les diste en la práctica de toda clase de virtudes.

Admirable por tu angelical y divino matrimonio con san José.

Admirable en tu celeste coloquio con el arcángel san Gabriel cuando te anunció el misterio inefable de la Encarnación.

Admirable en todo lo que pasó en ti, en el momento feliz en que este misterio incomparable se realizó.

Admirable en todos los instantes de los nueve meses durante los cuales el Verbo encarnado permaneció en calidad de Hijo único en tus benditas entrañas.

Admirable en todos los pasos de tu viaje para visitar a tu prima Isabel.

Admirable en todas las palabras contenidas en el cántico divino que pronunciaste luego de saludarla.

Admirable por los efectos milagrosos de luz, de gracia y santificación que obraste en el alma del pequeño Juan Bautista y en el alma de sus padres, durante los tres meses que permaneciste con ellos en su casa.



Admirable por todos los pasos que diste en tu viaje de Nazaret a Belén para dar a luz allí al Salvador del mundo. De todo mi corazón, con todo el respeto que me es posible, reverencio todos esos pasos, besando en espíritu la tierra que pisaste y las huellas de tus pies sagrados que quedaron allí.

Admirable en todos los milagros sucedidos en tu divino alumbramiento.

Admirable en la cruenta y dolorosa circuncisión de tu Hijo.

Admirable al imponerle el santo nombre de Jesús que con san José le diste, según el mandato que recibieron de parte del Padre eterno por mediación de san Gabriel.

Admirable en el misterio de su Epifanía que es su manifestación a los santos reyes que encontraron al Niño en Belén, con María, su dignísima Madre, y que con ella lo adoraron,

Admirable en la humildad prodigiosa y en la obediencia maravillosa por la que aceptaste la ley de la purificación y en la increíble caridad con la que ofreciste en el templo a tu Hijo único y amadísimo al eterno Padre, para un día fuera inmolado en la cruz en expiación de los crímenes de todos los hombres.

Admirable en los sucesos extraordinarios que pasaron durante el viaje que hiciste, con tu adorable Niño y con tu



esposo san José de Nazaret a Egipto y de Egipto a Nazaret, pasa salvar al Salvador del mundo, preservándolo del furor de Herodes, que lo buscaba para perderlo.

Admirable en el provecho santo que hiciste, Madre de Jesús, del dolor muy sensible y del gozo indecible de que tu Corazón se llenó cuando el Niño se extravió en el templo de Jerusalén, al que con san José encontraste en medio de los doctores.

Admirable en la santa y dichosa convivencia que tuviste con tu Hijo amadísimo, en especial durante los primeros treinta años de su vida, tiempo que él para santificarte crecidamente. ¡Quién podría decir o pensar los hechos grandes e incomprensibles que pasaron durante tan largo tiempo entre el Hijo de María y la Madre de Jesús!

Admirable en el provecho santísimo que sacaste, Divina Madre, al verte privada de la presencia de este mismo Hijo durante los cuarenta días de su retiro en el desierto y de la soledad semejante a la suya que soportaste durante esa cuarentena.

Admirable en la caridad inigualable que tuviste en el primer milagro que él hizo en las bodas de Caná.

Admirable en el grandísimo fruto obtenido de sus santas predicaciones y en el honor muy especial que tributaste a todos los misterios que él obró durante el tiempo de su vida de convivencia entre los hombres.



Admirable en la participación especialísima que te hizo de su cruz y sus sufrimientos.

Admirable en el sacrificio que hiciste de él mismo al pie de la cruz, con de tantísimo dolor y amor, por el género humano y por quienes lo crucificaron.

Admirable por tus oraciones fervorosas para su gloriosa Resurrección.

Admirable por todo lo que ocurrió de forma extraordinaria entre tu Hijo y tú misma cuando resucitado te visitó en primer lugar.

Admirable por la parte privilegiada que tuviste en su triunfante Ascensión.

Admirable en las divinas disposiciones con las que recibiste el Espíritu Santo el día de Pentecostés y en los efectos prodigiosos que obró en tu alma.

Admirable en el celo ardentísimo y en la caridad incomparable que ejerciste en la Iglesia naciente, mientras estuviste en la tierra, después de la Ascensión de tu Hijo.

Admirable en todos los momentos de tu vida, plenos de prodigios, empleados en el servicio y el amor del Rey de los siglos.

Admirable en tu santa muerte, mejor llamada vida que muerte.

Admirable en tu milagrosa resurrección, en tu gloriosa Asunción, en tu maravillosa entronización a la derecha de tu



Hijo y en tu augusta coronación como Reina eterna del cielo y soberana Emperatriz del universo.

Admirable en el poder absoluto que tu Hijo te ha dado sobre todos los seres corporales y espirituales, temporales y eternos, que dependen de él.

Admirable en la parte infinita que tienes en el Santísimo Sacramentos del altar. ¿Por qué digo parte, si lo tienes todo allí?

Admirable en la caridad incomprensible con la que continuaste a darnos, con tu Hijo, por este divino sacramento, los inmensos tesoros que diste a todos los hombres en general por el misterio de la encarnación.

Admirable en la vida soberanamente gloriosa e infinitamente dichosa que tienes en el cielo desde que estás allí y que tendrás por toda la eternidad.

Admirable por todas las virtudes que practicaste en este mundo, en el grado más alto que es dable pensar. Admirable en tu vivísima fe en Dios, en tu perfecta caridad a los hombres, en tu profunda humildad y en tu obediencia exacta, en tu invencible paciencia y en todas las demás virtudes cristianas.

Admirable en todas las calidades muy eminentes con que Dios te enriqueció: en la calidad de Hija mayor e infinitamente amada del Padre eterno, de Madre del Dios Hijo, de esposa del Espíritu Santo, de santuario de la



santísima Trinidad, de tesorera y dispensadora de las gracias divinas, de reina de los ángeles y de los hombres, de Madre de los cristianos, de consoladora de los afligidos, de abogada de los pecadores, de refugio de los infortunados, de señora, soberana y universal, de todas las criaturas.

Admirable finalmente por todos los privilegios muy singulares y las prerrogativas exclusivas, con que Dios te honró.

Es algo singularmente admirable y admirablemente singular, ver a una criatura que hace nacer a quien la creó, y que da el ser al que es, y la vida a aquel de quien ella la recibió. Ver una estrella que produce un sol, una virgen que da a luz y que es Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, y que es la hermana y la esposa, la hija y la madre, al mismo tiempo, de su Padre.

¿No es prodigio extraordinario ver a una hija de Adán pecador que engendra al Santo de los santos, que engendra a un Dios, que es Madre del mismo Hijo del que Dios es Padre, y puede decir: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?* (Heb 5, 5).

¿No está por encima de toda ponderación ver a una criatura mortal y pasible hacer lo que el mismo Dios no puede hacer? ¿Acaso no es cierto que Dios no puede, por sí mismo, y por su propio y natural poder, engendrar un Hijo que sea Dios como él y que sea hombre como nosotros:



Dios infinito, inmenso, inmortal, inmutable, eterno, invisible, impasible, y también hombre mortal, visible y pasible? Ciertamente es imposible a Dios hacer esto. Y sin embargo ¿no es cierto que nuestra admirable María, al engendrar a este mismo Hijo, engendra al mismo tiempo un Dios y un hombre: Dios, igual a su Padre en grandeza, poder y majestad, y un hombre semejante a nosotros en fragilidad, indigencia y debilidad?

Contemplar a una Virgen, de quince años, que encierra en su vientre a quien los cielos de los cielos no pueden contener debe sumir en arrobamiento eterno al cielo y a la tierra. Que con su leche virginal nutra y alimente a quien es la vida eterna y el principio de toda vida; que haga reposar en su regazo a quien es el poder de Dios y que reposa desde toda eternidad en el seno adorable de su Padre; que lleve en sus brazos a quien sostiene todo por su poder y su palabra; que conserve, gobierne y conduzca a quien es el creador, conservador y gobernante del universo; que tenga poder y autoridad de Madre sobre el Hijo único de Dios, Dios como su Padre, que por una eternidad ha estado sin ninguna dependencia de su Padre; que desde su encarnación, está sometido a su Padre como lo está a su Madre, según estas palabras evangélicas: *Les estaba sumiso* (Lc 2, 51). Por él, el Padre divino asumió sobre él una autoridad que antes no tenía pues ella le dio lo que hizo



posible que se sometiera a él. ¡Cuántos prodigios, milagros y grandezas sorprendentes!

Ciertamente, no sin motivo el Espíritu Santo llama a María: *Signo grande* (Ap 12, 1). Y no sin razón los santos Padres le dan diversas calidades como éstas.

San Ignacio mártir la llama: *Prodigio celestial, espectáculo sacratísimo*, digno de los ojos de Dios y de la admiración de hombres y de ángeles<sup>4</sup>. San Germán, patriarca de Constantinopla, le habla en los siguientes términos: *En ti todo es grande, oh Madre de Dios, todo admirable. Tus maravillas sobrepasan todo lo que es posible decir y pensar*<sup>5</sup>.

Escucha a san Juan Crisóstomo que proclama, con fuerte voz, que esta divina María, ha sido siempre y eternamente será *Milagro grande*. Y san Epifanio nos anuncia que ella es *Misterio milagroso del cielo y de la tierra y prodigioso milagro*. Y añade; *Oh Virgen sacratísima, pusiste en éxtasis todos los ejércitos de los ángeles porque contemplar en el cielo una mujer revestida del sol es prodigio que sumerge en arrobamiento a todos los habitantes del cielo; contemplar en la tierra a una mujer que lleva un sol en sus brazos, es maravilla que debe asombrar todo el universo*.

---

<sup>4</sup> Epist. Ad Joan.

<sup>5</sup> Orat. De Zona B. Virg.



Oye también a san Basilio, obispo de Seleucia, que así se expresa: *Se ha visto en la tierra un prodigio sin igual: un hijo que es el padre de su madre y un hijo que es infinitamente más antiguo que la madre que lo engendró.*

Oigo a san Juan Damasceno que nos dice que la madre del Salvador es *el milagro de los milagros, tesoro y fuente de los milagros, abismo de portentos*, que el divino poder hizo obras grandiosas antes de la bienaventurada Virgen, pero que era apenas minúsculos ensayos, si es dable decirlo, solo preparaciones para llegar al milagro de los milagros que hizo en esta divina María; era preciso pasar por todos estos prodigios para llegar a la maravilla de las maravillas.

Finalmente, san Andrés, obispo de Candia, nos asegura que después de Dios, ella es la fuente de todas las maravillas que se han obrado en el universo; que Dios ha hecho en ella tan grandes prodigios, y en tantísimo número, que solo él es capaz de conocerlos perfectamente y de alabarlos dignamente.

Entre todas esas maravillas hay una que las sobrepasa a todas: es el Corazón incomparable de esta gran reina; es lo más admirable que hay en ella: mundo de maravillas, océano de prodigios, abismo de milagros, principio y fuente de todo lo excepcional y extraordinario que hay en esta gloriosa princesa. *Toda la gloria de la hija del rey está en su interior* (Sal 44, 14). Pues por la humildad, la pureza y el



amor de su santísimo Corazón llegó a la sublime dignidad de Madre de Dios y se hizo digna por consiguiente de todas las gracias, favores y privilegios de que Dios la colmó en la tierra; y de todas las glorias, felicidades y grandezas de que la colmó en el cielo; y de todo lo grande y maravilloso que obró y obrará eternamente en ella y por ella.

No me sorprende lo que varios grandes autores relatan de un santo religioso de la Compañía de Jesús, fervoroso servidor de la Madre de Dios, que habiéndole rogado que le hiciera conocer cuál era la calidad que era más de su agrado, entre todas las que la santa Iglesia le da en las letanías que canta en su honor diariamente, le declaró que era la de *Madre admirable*. Tampoco se extrañen, por tanto, de que yo afirme que el Corazón virginal de esta Madre de amor es un Corazón admirable. Ciertamente que ella es admirable en su maternidad porque ser Madre de Dios es el *milagro de los milagros* al decir de san Bernardo. Y cierto que su Corazón muy augusto es un Corazón admirable por ser el principio de su dignísima maternidad y de todas las maravillas que la acompañan. ¿Oh Corazón admirable de la Madre incomparable, acaso todas las criaturas del universo no son otros tantos corazones que te admiran, te aman y te glorifican eternamente?

De esto Corazón admirable trataremos en este libro. Sería preciso ser todo corazón para hablar y escribir



debidamente del Corazón todo divino de la Madre de un Dios. Habría que poseer las mentes y los corazones de los querubines y de los serafines para conocer perfectamente las perfecciones y para anunciar dignamente las excelencias del nobilísimo Corazón de la reina de los ángeles. Lo que digo no es suficiente. Sería necesario tener el mente, el corazón, la lengua y la mano de Jesús, rey de los corazones, para poder comprender, honrar, anunciar y poner por escrito las maravillas inefables que se encierran en este sacratísimo Corazón, el más digno, real, y más maravilloso de todos los corazones luego del Corazón adorable del Salvador.

No soy tan temerario como para pretender encerrar en este libro los tesoros inmensos y los milagros innumerables que se contienen en este Corazón incomparable, que es y será por siempre el objeto cautivador de todos los habitantes del cielo.

Si los ángeles al mirar a su reina, que es también la nuestra, en el momento de su Concepción Inmaculada, y verla llena de gracia, de hermosura y de majestad, se quedan del todo fascinados y llenos de asombro dicen: *Quién es ésta que aparece y que se levanta como aurora del día, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército en orden de batalla?* (Cantar 6, 9). Les dejo pensar cuáles serían sus embelesos y éxtasis al contemplar en el



cielo tantas maravillas que se dan en su Corazón virginal, a partir del primer instante de su vida en la tierra hasta el último.

Si el Dios de los ángeles, al mirar la marcha y los pasos de esa gran princesa, los encuentra tan santos y agradables a los ojos de su divina majestad que habla de ellos con admiración: *¡Oh, que tu andar es hermoso, hija del soberano príncipe!* (Cantar 7, 1) y si él anima a su Iglesia, militante y triunfante, a celebrar a lo largo de varios siglos en la tierra, y por toda la eternidad en el cielo, los pasos que dio para ir a visitar a su prima santa Isabel, juzguen de qué manera admira y honra y cuánto quiere que admiremos y honremos con él todos los santos movimientos y todas las manifestaciones admirables de su amabilísimo Corazón.

Si la menor de las acciones de esta divina Virgen, representada por uno de sus cabellos, es tan agradable a Dios que lo hace exclamar que le ha herido su Corazón, y que se lo embelesado con un cabello de su cuello (Cantar 7, 9), que diríamos de los millones de actos de amor que, como otras tantas llamas sagradas, brotaban continuamente de la hoguera ardiente de su Corazón virginal, inflamado por entero de amor divino, y que se lanzaba sin cesar hacia el cielo, y hacia el Corazón adorable de la santísima Trinidad



Si la santa Iglesia, guiada en todo por el Espíritu Santo, celebra desde hace mucho en la tierra y eternamente celebrará en el cielo, varias fiestas en honor de acciones especiales, muy pasajeras, de la Madre de Dios, como su Presentación, para honrar el hecho de presentarse a Dios en el templo de Jerusalén; la de la Purificación en honor del momento en que, obediente, cumplió una ley que no le concernía; o la fiesta de nuestra Señora de las Nieves, en memoria de la dedicación del primer templo, que en su honor y por su deseo, se levantó; y si algunas Iglesias solemnizan fiestas, como lo veremos más adelante, para venerar algunos vestidos que sirvieron a su cuerpo, qué loores, alabanzas y solemnidades merece su divino Corazón, que durante setenta y dos, o al menos sesenta y tres años, produjo, tantísimos actos de fe, de esperanza y de amor a Dios y de caridad a los hombres, de humildad, de obediencia y de toda clase virtudes, y que fue principio y fuente de todos los santos pensamientos, afectos, palabras y obras de toda su vida. ¿Qué inteligencia sería capaz de comprender, qué lengua podría expresar las riquezas inestimables y los arcanos prodigiosos que se encerraron en este Corazón sin igual, rey de todos los corazones consagrados a Jesús.

Tu Hijo Jesús hizo, divina Madre, este océano inmenso. Solo él conoce los tesoros sin cuento que en él se



encierran. Sólo él encendió el fuego que arde en esta hoguera. Sólo él mide la altura de las llamas que brotan de él. Sólo él puede calcular las perfecciones inmensas con que enriqueció esta obra maestra de su omnipotente bondad. Sólo él puede enumerar las gracias incontables que derramó en esta abismo de gracia: *Él creó, vio, contó y midió* (Sir 1, 9). Sólo él puede hablar de él dignamente.

Entrégame, Virgen santa, a tu Hijo amadísimo para que yo no me ufane de los discursos que voy a escribir ni que sea mi voz la que allí se escuche. Te suplico, por tu Corazón, y por el honor de ese mismo Corazón, que le pidas me anonade y se establezca en mi nada. Que sea él el autor de este libro; que yo sólo sea el instrumento de su amor incomprensible a ti y del celo ardentísimo que lo devora por tu dignísimo Corazón; que me sugiera cuanto él desea que se contenga en él; que me inspire los términos y el modo como quiere que sean expresados; que derrame generosamente su santa bendición sobre quienes lo leerán; que cambie todas las palabras que hay en él en ascuas ardientes y brillantes, que purifiquen, iluminen e inflamen sus corazones con el sagrado fuego de su amor y se hagan dignos de ser según el corazón de Dios y de ser contados en el rango de los hijos del Corazón maternal de la Madre de Dios.



## CAPÍTULO II

### ***Qué se entiende por Corazón de la sagrada Virgen***

Antes de hablar de las excelencias prodigiosas y de las maravillas incomparables del Corazón admirable de la santísima Madre de Dios, según las luces que tenga a bien darme aquel que es la luz esencial y la fuente de toda iluminación, mediante las divinas Escrituras y los santos Padre, me propongo decir en primer lugar que la palabra Corazón tiene diversos significados en la Sagrada Escritura:

1. Significa el corazón material y corporal que llevamos en el pecho, la parte más noble del cuerpo humano, principio de la vida, primero en vivir y último en morir, sede del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de la demás pasiones del alma. De este corazón habla el Espíritu Santo cuando dice: *Cuida con esmero tu corazón pues de él procede la vida* (Prov 4, 23). Es como si dijera: ten sumo cuidado de dominar y encauzar las pasiones de tu corazón; si están bajo control de la razón y del espíritu de Dios, vivirás larga y tranquila vida según el cuerpo y vida santa y honorable según el alma. Pero si por el contrario son ellas las dueñas y rectoras de tu corazón,



según les parezca, te causarán muerte temporal y eterna por su descarrío.

2. La palabra corazón es empleada en la Sagrada Escritura para designar la memoria. En este sentido la usa Nuestro Señor cuando dice a sus apóstoles: *Pongan en sus corazones no premeditar las respuestas que van a dar* (Lc 21, 14). O sea, acuérdense de que cuando sean conducidos, por mi causa, ante reyes y jueces, no deben inquietarse por lo que deben responder.

3. Significa también el entendimiento mediante el cual nos ejercitamos en la meditación cuando reflexionamos y discurrimos mentalmente sobre Dios y sus obras. Así nos persuadimos y convencemos de las verdades cristianas. De este corazón se habla con estos términos: *La meditación de mi corazón está siempre en tu presencia* (Sal 19, 25). “Mi corazón”, es decir, mi entendimiento se ocupa siempre en meditar y considerar tus grandezas, misterios y obras.

4. Significa igualmente la voluntad libre de la parte superior y razonable del alma, que es la más noble de sus potencias, reina de las demás facultades, raíz del bien y del mal, madre de los vicios y virtudes. A este corazón alude Nuestro Señor cuando dice: *El hombre bueno del tesoro bueno de su corazón saca lo bueno, y el hombre malo del mal tesoro saca lo malo* (Lc 6, 45). Un buen corazón, es decir, la buena voluntad del hombre justo es rico tesoro del



cual solo puede salir toda clase de bien; pero de un corazón perverso, o sea, la mala voluntad de un hombre malo, es fuente de toda clase de mal.

5. Se llama también corazón la parte suprema del alma que los teólogos llaman *la punta del Espíritu*, en la cual se verifica la contemplación que consiste en una muy única mirada y muy simple visión de Dios, sin discurso ni razonamiento, ni multiplicidad de pensamientos. Los santos Padres hablan de esta parte al aplicar a la santa Virgen estas palabras de la Escritura: *Yo duermo pero mi corazón está en vela* (Cantar 5, 2). El reposo y el sueño de su cuerpo no impedían, dicen san Bernardino de Siena y otros varios, que su Corazón, es decir, la parte superior de su espíritu no estuviera siempre unido a Dios por altísima contemplación<sup>6</sup>.

6. Da a conocer asimismo, en algunas ocasiones, todo el interior del hombre, o sea, lo que se refiere al alma y a la vida interior y espiritual, conforme a estas palabras de Dios al alma fiel: *Ponme como un sello en tu corazón, como una marca en tu brazo* (Cantar 8, 6). Es como decir, imprime, por perfecta imitación, la imagen de mi vida interior y exterior en tu interior y en tu exterior, en tu alma y en tu cuerpo.

7. Significa también el Espíritu divino que es el Corazón del Padre y del Hijo. Ellos nos lo quieren dar para que sea

---

<sup>6</sup> Serm 51, art. 1, c. 2.



nuestro espíritu y nuestro corazón: *Les daré un corazón nuevo e infundiré en ustedes un espíritu nuevo* (Ez 36, 26).

8. El Hijo de Dios es llamado el Corazón del Padre eterno en las santas Escrituras. En efecto, de este Corazón habla el Padre Dios a su divina Esposa, la purísima Virgen, cuando le dice: *Heriste mi corazón, mi hermana y mi esposa* (Cantar 4, 9), o según los Setenta: *Has sido el embeleso de mi corazón*. En las mismas Escrituras este Hijo de Dios es llamado *Espíritu de nuestros labios* (Lam 4, 20), es decir, nuestro espíritu, alma de nuestra alma, corazón de nuestro corazón.

Todos estos corazones se encuentran en la Madre de amor y en ella hacen un solo Corazón, porque todas las facultades de la parte superior e interior de su alma han estado siempre perfectamente unidas y porque Jesús, que es el Corazón del Padre, y el Espíritu divino, que es el Corazón del Padre y del Hijo, le fueron dados para ser el espíritu de su espíritu, el alma de su alma y el Corazón de su Corazón.

Para conocer mejor lo que se entiende por Corazón de la bienaventurada Virgen, es preciso saber que, como en Dios adoramos tres Corazones que son, sin embargo, un solo Corazón; y como en el Hombre-Dios, adoramos tres Corazones que son un solo Corazón; así mismo honramos en la Madre de Dios tres Corazones que son un solo Corazón.



El primer Corazón que hay en la santísima Trinidad es el Hijo de Dios que es el Corazón de su Padre, como se dijo arriba. El segundo es el Espíritu Santo que es el Corazón del Padre y del Hijo. El tercero es el Amor divino, uno de los atributos adorables de la esencia divina, que es el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estos tres corazones son un único y sencillo Corazón. Con él las tres divinas Personas se aman mutuamente con amor tan infinito como el que se merecen, y con él nos aman con caridad incomparable.

El primer Corazón del Hombre-Dios es su Corazón corporal, deificado como las demás partes de su cuerpo por la unión hipostática que tienen con la persona divina del Verbo eterno. El segundo es su Corazón espiritual, es decir, la parte superior de su alma santa. Comprende su memoria, su entendimiento y su voluntad, muy especialmente deificado por la misma unión hipostática. El tercero es su Corazón divino que es el Espíritu Santo. De él ha estado siempre animada y vivificada su humanidad adorable más que de su propio Corazón. Tres Corazones en ese admirable Hombre-Dios que no son sino un solo Corazón puesto que su Corazón divino, siendo el alma, el corazón y la vida de su Corazón espiritual y de su Corazón corporal, los establece en una unidad tan perfecta que esos tres Corazones no forman sino un único Corazón, colmado de un amor infinito



a la santísima Trinidad y de una caridad inconcebible a los hombres.

El primer Corazón de la Madre de Dios es el Corazón corporal que palpita en su pecho virginal. El segundo es su Corazón espiritual, Corazón de su alma, designado por estas palabras del Espíritu Santo: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene del interior* (Sal 45, 14), es decir, del corazón y de lo más íntimo de su alma. Se tratará más ampliamente luego. El tercer Corazón de la divina Virgen es aquel de que ella misma habla: *Duermo pero mi Corazón está en vela* (Cantar 5, 2). Según explican varios santos doctores, mientras concedo al cuerpo el reposo que le es necesario, mi Hijo Jesús, que es mi Corazón y al que amo como a mi Corazón, está siempre en vela en mí y por mí.

El primero de estos tres Corazones es corporal, pero enteramente espiritualizado por el espíritu de gracia y por el Espíritu de Dios del que está completamente colmado.

El segundo es espiritual pero divinizado, no por unión hipostática como lo es el corazón espiritual de Jesús de que acabamos de hablar, sino por eminente participación de sus divinas perfecciones, como se verá a lo largo de esta obra.

El tercero es divino y Dios mismo pues es el Hijo de Dios.

Estos tres Corazones de la Madre de Dios no forman sino un solo Corazón, por la más santa y estrecha unión que



haya jamás existido, exceptuando la unión hipostática. De estos tres Corazones, o mejor, de este único Corazón, el Espíritu Santo pronunció en dos ocasiones estas palabras: *María conservaba todas estas cosas en su Corazón* (Lc 2, 19.51)

Conservaba, primeramente, todos los misterios y maravillas de la vida de su Hijo, en su Corazón sensible y corporal, principio de la vida y sede del amor y de las demás pasiones, pues todos los movimientos y palpitaciones de este Corazón virginal, las funciones de la vida sensible que proceden de él, todos los usos de las referidas pasiones y todo cuanto se pasaba en él lo empleó Jesús así: el amor para amarla, el odio para detestar cuanto le era contrario, es decir, el pecado; el gozo para regocijarse de su gloria y sus grandezas; la tristeza para dolerse de sus trabajos y sufrimientos, y así de las demás pasiones.

En segundo lugar, las conservaba en su Corazón, o sea, en la parte más noble de su alma, en lo más íntimo de su espíritu. Porque todas las facultades de la parte superior de su alma se ocupaban sin cesar en contemplar y adorar cuanto pasaba en la vida de su Hijo, incluso en los mínimos detalles.

En tercer lugar, las conservaba en su Corazón, o sea, en su Hijo Jesús que era el espíritu de su espíritu, el Corazón de su Corazón. Él se encargaba de conservarlas para ella, pues



se las sugería y traía a su memoria, en momento oportuno, para que le sirvieran de alimento de su alma en la contemplación, para que ella le tributara los honores y adoraciones que le eran debidos y para que un día las contara a los apóstoles y discípulos a fin de que ellos las predicaran a los fieles.

Esto es lo que se entiende por el Corazón admirable de la muy amada de Dios; es imagen perfecta del Corazón adorable de Dios y del Hombre-Dios, como lo veremos más adelante.

Es el tema de que me ocuparé en este libro. Los tres capítulos que siguen les harán considerar especialmente lo que es el Corazón corporal de la Madre del Salvador, lo que es su corazón espiritual y lo que es su corazón divino. En el resto de la obra encontrarán varios puntos que tocan a su Corazón corporal, otros que convienen a su Corazón espiritual, otros que se refieren solo a su Corazón divino, y otros que hablan de los tres corazones. Todo será de mucho beneficio para sus almas si lo leen después de haber dado su espíritu al Espíritu de Dios con la intención de hacer buen uso de todo esto.

Durante esta lectura procura elevar de tanto en tanto tu corazón a Dios para alabarlo por la gloria que él se ha dado y se dará eternamente en esta maravillosa obra maestra de su divino amor; para bendecirlo por los favores



inenarrables con que enriqueció este Corazón augusto; para agradecerle los favores incontables que ha hecho por su medio a los hombres; y para hacerle ofrenda de tu corazón y suplicarle que lo modele conforme a su Corazón destruyendo en él cuanto le desagrada y gravando allí una imagen del santísimo Corazón de la Madre del Santo de los santos; los exhorto igualmente a que hagas entrega a ella de tu corazón con la misma intención.

Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ves que trabajo en una obra que sobrepasa infinitamente mi capacidad. La he emprendido por tu amor y por el amor de tu dignísima Madre, apoyado en la confianza que tengo en el Hijo y en la caridad de la Madre. Tú sabes, Salvador mío, que solo pretendo agradarte y rendir a ti y a tu divina Madre un pequeño tributo de gratitud por las misericordias que he recibido de tu Corazón paternal, por intermediación de su benignísimo Corazón. Ves igualmente que de mí mismo solo soy un abismo de indignidad, de incapacidad, de tinieblas, de ignorancia y de pecado. Por ello, renuncio de todo corazón a todo lo mío; me doy a tu divino espíritu y a tu santa luz; me entrego al amor inmenso que profesas a tu amadísima Madre; me doy al celo ardentísimo que tienes por su gloria y su honor. Toma posesión de mi entendimiento y anímallo; ilumina mis tinieblas; enciende mi corazón; conduce mi mano; dirige mi pluma; bendice mi



trabajo y que te plazca servirte de él para el acrecentamiento de tu gloria y del honor de tu bendiga Madre; imprime finalmente en los corazones de los que van a leer este libro verdadera devoción a su amabilísimo Corazón.

### **CAPÍTULO III**

#### ***El Corazón corporal de la santísima Madre de Dios***

Para que puedas conocer mejor el Corazón sensible y corporal de la bienaventurada Virgen te es menester considerar algo de las excelencias de su santo cuerpo del que el corazón es la parte principal. Te diré que así como no hay nada que no sea admirable y grande en Jesús, asimismo nada hay en la Madre de Jesús que no esté lleno de grandezas y maravillas. Cuanto hay en la humanidad sagrada de Jesús es deificado y elevado a dignidad infinita por su unión a la divinidad. Cuanto hay en María está ennoblecido y santificado hasta un punto inconcebible por su divina maternidad. No existe en el cuerpo sagrado del Hombre-Dios parte alguna que no sea digna de eterna admiración de parte de los hombres y los ángeles. Nada hay en el cuerpo virginal de la Madre de Dios que no merezca las alabanzas inmortales de todas las criaturas.



Es cierto lo que afirma san Pablo que *no somos deudores en forma alguna de la carne y de la sangre* (Ro 7, 12); *que quienes viven según los sentimientos de la carne y de la sangre perecerán y morirán de muerte eterna* (Ro 8, 13); *que la prudencia de la carne es la peste y la muerte del alma* (Ro 8, 6); *que la sabiduría de la carne es enemiga de Dios* (Ro 8, 7); *que los hijos de la carne no son hijos de Dios* (Ro 9, 8); *que la carne y la sangre jamás poseerán el reino de Dios* (1 Co 15, 50); *que no existe en nuestro cuerpo bien alguno sino toda clase de mal; que es un cuerpo de muerte* (Ro 7, 24); *y carne de pecado* (Ro 8, 3); *y que cuantos pertenecen a Jesús crucificaron su carne con todos sus vicios y todas sus inclinaciones perversas* (Ga 5, 24).

Entre más debemos menospreciar y mortificar este cuerpo de muerte y esta carne de pecado, cloaca inmunda, masa corrupta, basurero hediondo e infierno abominable, tanto más debemos respetar y honrar el purísimo y santo cuerpo de la Madre del Redentor por las excelentes maravillas de que está dotado, entre las que destaco cinco principales que son y serán eternamente objeto de la veneración de los espíritus bienaventurados.

La primera es el haber sido formado en las benditas entrañas de santa Ana no por las vías naturales de la naturaleza sino por intervención poderosa de Dios, puesto que la concepción inmaculada de la santísima Virgen no se



hizo, ni en el orden de la naturaleza ni en el de la gracia, sino por especial milagro. Es posible, en efecto decir, que ha sido obra de la mano del Espíritu Santo y es fruto del Altísimo. De donde se sigue que, con excepción del cuerpo deificado de Jesucristo Nuestro Señor, no ha habido ni habrá nunca en la tierra ningún cuerpo que esté dotado de toda clase de cualidades ventajosas como le es el cuerpo sagrado de su purísima Madre. Puesto que habiéndolo formado Dios por su propia mano y para los más altos designios de su eterno consejo, ¿quién podría dudar que no estuviera adornado de las cualidades adecuadas al fin nobilísimo al que estaba destinado y a las funciones divinísimas en las que sería empleado? ¿Quieres considerar algo de las singulares perfecciones de este santo cuerpo de la Virgen de vírgenes? Escucha lo que dicen los santos Padres y los historiadores eclesiásticos. San Epifanio, Nicéforo Calixto y varios otros lo describen así:

En su cuerpo estaba dotada de las cualidades requeridas para una soberana belleza. Su estatura no era ni demasiado alta ni demasiado pequeña, sino mediana, o mejor, rica, al decir de algunos. De rostro hermoso y de porte agradable; su frente tersa y refinada; de tamaño mediano y proporcionado; su color blanco y rosado, tirando un poco a pardo; su rostro más largo que redondo; sus cabellos rubios con tendencia a opacos; sus ojos zarcos y



brillantes; sus cejas negras y suavemente redondeadas; su nariz recta y bien proporcionada; sus labios rosados y llenos, los inferiores un poco más elevados que los superiores; su boca llena de dulzura y afabilidad; sus dientes blancos, nítidos, derechos e iguales; su mentón gracioso, con un hoyuelo en medio; su mirada dulce, humilde y benigna; su faz sin afeites, llena de sencillez, de pudor y bondad; sus manos sueltas y bien formadas; su andar modesto y mesurado, acompañado de recato, con la cabeza un poco inclinada al caminar, como virgen humilde y pudorosa; su voz argentina, dulce, casta y graciosa. Toda su compostura exterior estaba llena de majestuosa benignidad. En una palabra, era imagen viviente de pudor, humildad, mortificación, modestia y demás virtudes. Su vestido limpio y aseado, siempre modesto, sin ostentación, con solo el color de la lana; su manto de color celeste. Sus costumbres eran muy santas y su conversación mezclada de dulzura y seriedad, de humildad y caridad, lo que le atraía amor y respeto de parte de cuantos la trataban; amaba el silencio, hablaba poco y raramente, y no se dejaba llevar nunca de movimientos de cólera ni impaciencia, sin risas inmoderadas; jamás pronunciaba palabras ociosas.

Nicéforo en su Historia describe así a la bienaventurada Virgen. San Epifanio, sacerdote de Jerusalén, afirma, que luego de haber investigado cuidadosamente en todos los



autores griegos antiguos, que se ocuparon de la vida y de las costumbres de la Madre de Dios, retiene lo que les pareció más cierto.

Oigamos ahora a otros santos Padres: “Eres del todo hermosa, Virgen de vírgenes, dice san Agustín; eres del todo encantadora, inmaculada, luminosa, gloriosa, adornada de toda perfección, enriquecida con toda santidad, eres santa y pura, *incluido tu cuerpo*, por encima de todas las Virtudes angélicas”.

San Jorge, arzobispo de Nicodemia, proclama: “Oh soberana belleza entre todas las bellezas, oh Madre de Dios, eres el ornato y la corona de cuanto hay de hermoso y de resplandeciente en el universo”.

Y san Anselmo exclama: “Virgen santa, eres tan soberanamente bella y tan perfectamente admirable que embrujas los ojos y arrebatas los corazones de cuanto te contemplan”.

La segunda excelencia del cuerpo virginal de la Reina del cielo consiste en que fue formado expresamente por Nuestro Señor Jesucristo, y que solo él lo hizo. El cielo fue hecho para ser morada de los ángeles y de los santos; pero el cuerpo bienaventurado de María es un cielo hecho solo para ser morada del Rey de los ángeles y del Santo de los santos. Tu sangre purísima, oh divina Virgen, fue hecha solo para ser la materia del Corazón admirable de Jesús; tu



sagrado vientre para que lo albergara por nueve meses; tus pechos benditos para alimentarlo; tus brazos santos para llevarlo; tu seno y tu pecho virginal para que en él reposara; tus ojos para mirarlo y para regarlo con tus lágrimas de amor y de dolor; tus oídos para escuchar sus divinas palabras; tu cerebro para dedicarse a la contemplación de su vida y de sus misterios; tus pies para acompañarlo en Egipto, en Nazaret, en Jerusalén, en el calvario y en los lugares donde estuvo; tu Corazón divino para amarlo y para amar todo lo que él ama.

La tercera excelencia del sagrado cuerpo de la Madre admirable está en que es animado por el alma más santa que ha existido, aparte el alma adorable de Jesús. Es dable afirmar, en efecto, que los órganos de este santo cuerpo sirvieron para las más santas y excelentes funciones que puede haber, después de las del alma deificada del Hijo de Dios.

Escucho al gran apóstol san Pablo que afirma que, por su vida o por su muerte, Jesucristo será siempre glorificado en su cuerpo (Fp 1, 20). Si Jesucristo es glorificado en el cuerpo de un apóstol, que confiesa ser cuerpo pecador y mortal, con cuanta mayor razón recibe gloria en el cuerpo de su divina Madre, que es fuente de vida inmortal, en el que el pecado jamás ha tenido parte, pues fue santificado en el momento de su inmaculada Concepción. Por eso es



llamado por el apóstol Santiago, llamado hermano del Señor, en su liturgia: *Virgen santísima e inmaculada, siempre bienaventurada y totalmente irrepreensible.*

La cuarta excelencia del sagrado cuerpo de la Madre del Santo de los santos consiste en que cumplió perfectamente el mandato que Dios da a su apóstol con estas palabras: *Glorifiquen y lleven siempre a Dios en su cuerpo* (1 Co 6, 20), mandato que empezó a cumplir antes que estas palabras fueran pronunciadas.

El Espíritu Santo, queriendo hacer conocer a todos los cristianos que la voluntad de Dios es que sean santos, no solo en sus almas sino también en sus cuerpos, en los que lo deben llevar y glorificar, les anuncia por san Pablo:

“Que deben ser, de cuerpo y alma, vasos de honor y de santidad, útiles para el servicio del soberano Señor de todo, y dispuestos para toda obra buena (2 Tm 2, 21).

“Que sus miembros deben ser armas de justicia y santidad en la mano de Dios, de los que ´le puede servirse para combatir y vencer a su adversario que es el pecado, y para santificarlos (Ro 6, 19).

“Que sus cuerpo deben ser hostias vivas, santas y agradables a Dios, dignas de ser inmoladas a la gloria de la divina majestad (Ro 12, 1).

“Que dichos cuerpos deben ser templos del Dios vivo (2 Co 6, 16).



“Que son miembros de Jesucristo, huesos de sus huesos, carne de su carne, porción de él mismo y como sus santas reliquias; por tanto deben estar animados de su espíritu, vivientes de su vida y revestidos de su santidad; el Hijo de Dios no solo debe vivir en sus almas sino también en sus cuerpos; su vida debe ser vista en nuestra carne mortal, según la divina palabra” (2 Co 6, 15; 4, 10-11).

Por consiguiente, si un cuerpo mortal y una carne pecadora, como son los nuestros, están obligados a llevar todas sus cualidades y a estar adornados de tan gran santidad, ¿quién puede dudar que el cuerpo virginal de la Madre de Dios no las haya poseído en sublime perfección y haya gozado de sus efectos en altísimo grado?

¿No es verdad que este bienaventurado cuerpo es el vaso más puro y útil para la gloria de quien lo hizo; y el más colmado de buenas obras que jamás ha existido?

¿No es cierto que, aparte la víctima adorable inmolada en la cruz, nunca se ha ofrecido a Dios nada más santo que el purísimo cuerpo de la Reina de los santos?

¿No es verdad que es el más augusto y digno de todos los templos de la divinidad, después del cuerpo sacratísimo del Hijo de Dios?

¿No es cierto que es el primero y más noble de los miembros del cuerpo místico de Jesús?



¿Quién podrá decir cuánto lustre y ornato recibe la casa de Dios de este precioso y admirable vaso? ¿Quién puede pensar cuánta gloria recibe la santísima Trinidad de este santo templo y del sacrificio de esta hostia incomparable?

¿Quién puede dudar que el espíritu de Jesús no esté plenamente viviente en todas las partes del cuerpo de su divina Madre, con la vida más noble y perfecta de todas las vidas, como en el más noble y excelente de todos sus miembros? ¿Quién puede poner en duda que este sagrado cuerpo no esté más animado, poseído y conducido por ese mismo espíritu que por su propia alma? ¿Quién no afirmará que Dios reciba más honra en este cuerpo de la Virgen Madre que en todos los cuerpos y espíritus de los mayores santos que hay en cielo y tierra? ¿Finalmente, quién duda que esta Virgen fidelísima no haya glorificado a Dios en su cuerpo en todas las formas posibles?

Lo glorificó con la práctica de lo que dice san Pablo, mucho antes de que él lo escribiera: *Mortifiquen sus miembros* (Col 3, 5). Los mortificó con sus ayunos, abstinencias y otras penitencias, y por total privación de los deleites de la naturaleza. Jamás bebió, ni comió, ni durmió, ni tomó algún pasatiempo para satisfacción de sus sentidos sino por necesidad, y para obedecer a la divina voluntad



que reinaba perfectamente en su alma y en su cuerpo y la conducía en todo.

Lo glorificó por el uso santo que hizo de sus miembros y sentimientos. Sólo los empleó para gloria de Dios y conforme a su santa voluntad. Lo glorificó por el ejercicio continuo de toda clase de virtudes que reinaban no solamente en su alma sino también en los sentidos y los miembros de su cuerpo.

“La hubieras visto, siempre gozosa en los sufrimientos, dice san Ignacio mártir, fuerte en las aflicciones, feliz en la pobreza, dispuesta a servir a todos, incluso a quienes la afligían, sin manifestarles jamás alguna frialdad. Era moderada en la prosperidad, siempre tranquila y ecuánime. Estaba llena de compasión con los afligidos, valiente para oponerse a los vicios, constante en sus tareas, infatigable en sus labores, invencible en la defensa de la religión”.

San Juan Damasceno comenta: “¿Qué lenguaje podría usar para ponderar el decoro de su andar, la honestidad de su vestir, el encanto de su rostro? Tu vestido, Virgen santa, era muy modesto, tu andar discreto y recatado, muy alejado de toda ligereza; tu conversación era dulcemente prudente y prudentemente dulce; te alejabas por entero de frecuentar hombres; eras muy obediente y humilde, no obstante tus altas contemplaciones; en una palabra fuiste siempre morada de la Divinidad”.



Así la bienaventurada Virgen llevó y glorificó a Dios en su cuerpo; que sea alabada y glorificada por siempre por todos los cuerpos y los espíritus que pueblan el universo.

La quinta excelencia de este nobilísimo cuerpo está expresada en estas divinas palabras que la Iglesia venera hasta el punto que jamás las pronuncia sin hincar la rodilla en el suelo; palabras que colman de gozo el cielo, de consuelo la tierra y de horror el infierno; palabras que son fundamento de nuestra religión y fuente de nuestra salvación eterna: *El Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14). ¿Cuál es esa carne de que aquí se habla con tantísimo respeto? Es la purísima carne de la Virgen Madre, hasta tal punto honrada por el Verbo eterno que se unió personalmente a ella y la hizo su propia carne; es posible decir con san Agustín que la carne de María es la carne de Jesús, y que la carne de Jesús es la carne de María<sup>7</sup>. ¡Oh dignidad incompresible de la carne de de María, oh excelencia admirable de su cuero virginal! ¿Qué veneración se debe a un cuerpo dotado de tan extraordinarias perfecciones; qué honor merece un cuerpo que Dios ha honrado tanto?

---

<sup>7</sup> Sermón de la Asunción



## Sección I

*Alabanzas que el Espíritu Santo, el Hijo de Dios y diversos santos tributan a los santos miembros del sagrado cuerpo de la bienaventurada Virgen.*

Ciertamente es preciso decir que el cuerpo venerable de la Madre de Dios es maravillosamente digno y elevado, y que nada hay en ella que no sea digno de gran honor. El mismo Espíritu Santo se encarga de hacer en el Cantar de los cantares el panegírico, no solo de las perfecciones de su alma, sino de las excelencias de las diversas partes de su cuerpo: de su cabeza, de sus cabellos y sus ojos; de su nariz, de su boca de su lengua y de sus labios; de sus mejillas y su cuello; de sus senos y de sus pies; se ocupa incluso de mínimos detalles como son sus cabellos, su cuello dando a cada uno particular alabanza.

Sé muy bien que estas alabanzas se dirigen en especial a las perfecciones del alma de la preciosa Virgen, escondidas en su interior. Pero también se dirigen a las de su cuerpo, visibles en el exterior; éstas son solo figura de aquellas. Sé asimismo que esto no impide que las externas y corporales merecen dichos elogios dados por el Espíritu Santo, por las razones aducidas en el la sección precedente.



No debemos perder las huellas de este adorable Espíritu que nos ha sido enviado desde el cielo para ser nuestra luz y nuestro guía. Varios santos Padre y señalados doctores, entrando en este campo, escribieron y publicaron, con elevadas palabras, las alabanzas del sagrado cuerpo de la Madre del Salvador, y de sus miembros.

Escuchamos ya a san Juan Damasceno. Oigamos ahora a un excelente autor que es tan sabio como santo. Se trata de Ricardo de San Lorenzo, penitenciario de la célebre iglesia de Ruan, floreciente hace cuatro siglos. En el libro segundo, de los doce tomos que escribió en alabanza de la bienaventurada Virgen nos hace ver que estamos obligados de honrar de modo especial todos los miembros y sentimientos de su cuerpo virginal pues fueron empleados en servir a nuestro adorable Salvador en su paso por este mundo. Cooperó así en la obra de nuestra redención. Este santo doctor dice bellos elogios sobre este punto, que pueden leerse en su libro.

Pero nada más bello que lo que el Doctor de los doctores y el Santo de los santos, Jesucristo Señor nuestro, dijo al respecto. Es propio del Hijo único de María elogiar dignamente a su bendita Madre, por todos los miembros sagrados de su purísimo cuerpo y por todas las perfecciones de su alma santa, resaltadas por las excelencias de su cuerpo, como vamos a ver en las palabras de santa Brígida,



aprobadas por los Papas Urbano VI, Bonifacio IX y Martín V, y por dos concilios generales, el de Constancia y el de Basilea. Estas son sus palabras:

“Llevo la corona de Rey por mi divinidad sin comienzo ni fin. Esa corona sin principio ni fin significa mi poder que no ha tenido comienzo ni fin jamás. Pero tengo otra corona que contemplo en mí y yo mismo soy esta corona. Es la corona preparada para quien me ame de todo corazón. Eres tú, mi dulcísima Madre, quien te has atraído esta divina corona por justicia y amor. Todos los ángeles y los santos rinden testimonio de que tu amor ha sido más ardiente hacia mí y que tu castidad ha sido más pura que todo otro amor y castidad.

“Tu preciosa cabeza ha sido oro puro y brillante y tus cabellos rayos de sol, pues tu purísima virginidad, que en ti es la reina de todas las demás virtudes, ha ahogado todos los desvíos de la sensualidad, y unida a una muy profunda humildad, ha fulgurado maravillosamente ante mí, y ha sido de todo mi agrado. Con todo derecho eres llamada Reina y ciñes una corona que te confiere autoridad soberana sobre todas las criaturas. Tu incomparable pureza te da la calidad de Reina y tu eminente dignidad ciñe tu cabeza con corona imperial.

“Tu angélica frente estaba adornada de blancura sin igual. Significaba el pudor de tu alma santa que lleva en sí la



plenitud de la más alta ciencia y la dulzura de la más profunda sabiduría.

“Tus púdicos ojos eran tan luminosos ante mi Padre que se miraba en ellos como en un espejo. Leía en los ojos de tu alma que solo lo querías a él y que nada deseabas sino su adorable voluntad.

“Tus benditos oídos eran puros y santos, sobre todo cuando los abriste a la voz del arcángel Gabriel, cuando te declaró mis designios, y que yo, que soy Dios, me hice carne en ti.

“Tus castísimas mejillas eran embellecidas de un tinte hermosísimo, blanco y rosado; tus acciones loables y la hermosura luminosa de tus santas costumbres me dieron contento indecible. Mi Padre recibía tanto resplandor de tu actuar que jamás apartó su mirada de ti; y por el amor que te tenía y que tú le tenías, su amor y sus gracias se derramaron sobre todos.

“Tu divina boca ha sido siempre lámpara ardiente y brillante en el interior y resplandeciente al exterior pues tus palabras y afectos fueron ardientes en el interior y resplandecientes al exterior por la muy loable disposición de tus acciones exteriores y por la hermosa integración de todas tus virtudes. En verdad, mi amadísima Madre, la palabra de tu boca atrajo hacia ti mi divinidad y el fervor de



tu divina dulzura no me permitía separarme de ti, pues tus palabras son más dulces que la miel.

“Tu cuello sagrado es recto y elevado en forma muy noble y bella. La justicia y la santidad de tu alma la mantiene siempre dirigida hacia mí de modo que jamás se ha inclinado a mal alguno. Y como el cuello no ejecuta ningún movimiento si no lo recibe de la cabeza, así todas tus intenciones y acciones no se movían sino de acuerdo a mi divina voluntad.

“Tu bienaventurado pecho ha estado colmado de todas las virtudes de modo que no hay ningún bien en mí que no esté en ti; atrajiste hacia ti toda clase de bien por la dulzura de tus costumbres, cuando tuve a bien que entrara en ti, y que mi humanidad hiciera morada en ti y se alimentara en tu santo seno.

“Tus santos brazos estuvieron adornados de excelente belleza por el resplandor de tu obediencia y por el sufrimiento de tus trabajos. Por eso, tus manos fueron dignas de acariciar mi divina humanidad, y yo, que soy Dios, reposé entre tus brazos.

“Tu vientre virginal fue purísimo, como marfil y vaso enriquecido de piedras preciosas, porque la fuerza de tu conciencia y el fervor de tu fe jamás se debilitó ni se entibió ni siquiera en medio de las mayores tribulaciones. Los muros de este vientre sagrado, es decir, de tu fe, fueron oro



brillantísimo, como lo manifiestan la excelencia de tu prudencia, de tu justicia, de tu fortaleza, de tu templanza y de las demás virtudes que recibieron su perfección de tu eminente caridad.

“Tus sagrados pies eran purísimos, embalsamados del dulce aroma de variadas yerbas fragantes. Tu esperanza y todos los afectos de tu alma eran intachables ante mí, que soy tu Dios, y emanaban aroma agradabilísimo por tu buen ejemplo, capaz de atraer a todo el mundo a tu imitación.

“Finalmente, tus entrañas purísimas me fueron tan agradables y las virtudes de tu alma tan encañadoras, que habiendo descendido de lo más alto del cielo, no solo no te desdeñé sino que encontré mi mayor contento en hacer mi morada en ti. Por eso, Madre amadísima, esta corona, que soy yo mismo, tu Dios, deseoso de hacerme hombre, no puede ser puesta en cabeza distinta de la tuya pues eres en verdad Virgen y Madre, emperatriz soberana de todos los reinos”.

Estos son los maravillosos elogios que Nuestro Señor rinde a los sentidos y a los miembros sagrados del cuerpo virginal de su preciosísima Madre, para enseñarnos que nada hay en ella que no sea digno de la veneración de todas las criaturas, pues el mismo Creador la exaltó de tal manera.



## Sección II

El Hijo de Dios no se contenta con cantar él mismo las alabanzas de los sagrados miembros del santo cuerpo de su gloriosa Madre sino que ha inspirado esta devoción a sus santos, como lo hemos visto en las dos secciones anteriores y como lo veremos todavía en seguida.

Este era uno de los ejercicios piadosos del bienaventurado Herman de la Orden de san Domingo, uno de sus primeros hijos y compañero de san Jacinto. Todos ellos mostraban ternuras extraordinarias a su divina Madre. Escuchemos las alabanzas que daban diariamente a los benditos miembros de la Madre de toda bendición.

“Bendito sea tu vientre virginal, Virgen gloriosa, en el que toda la gloria y grandeza del cielo estuvo alojado por espacio de nueve meses.

“Bendito sea tu Corazón amabilísimo, santuario de todos los misterios de nuestra santa religión.

“Benditos sean tus castos senos que alimentaron al que todo alimenta.

“Benditas sean tus manos santas que tantas veces vistieron al Creador del universo.

“Benditos tus brazos sagrados que sostuvieron a quien todo lo sustenta por su divino poder.



“Bendito tu regazo virginal en el que descansó el que es el reposo eterno de los bienaventurados.

“Bendita tu divina boca que tuvo a menudo la dicha de tocar los adorables labios en los que reposa la Divinidad.

“Benditos sean los demás miembros de tu santo cuerpo por el cual la maldición fue aniquilada y nos vino la bendición.

Entre estas bendiciones, este divino niño de la Madre del amor hermoso tenía especial contento y se regocijaba con ella por los gozos que ella había recibido en cada una de las acciones señaladas en las dichas bendiciones; luego él pasaba a las virtudes interiores que ella había practicado en esas mismas acciones.

“Bendita sea, decía él, Virgen santa, tu divina fe; bendita tu admirable confianza; bendita tu ardiente caridad; bendita tu profundísima humildad; bendita tu inmaculada pureza; bendita tu modestia angelical; bendita sea tu fortaleza invencible”.

De esta manera bendecía las demás virtudes de la Madre de las virtudes y se regocijaba porque las poseía todas en eminente grado y por haber dado gloria soberana y contento inefable a la Trinidad santa por practicarlas perfectamente.

A cada bendición añadía la salutación angélica y terminaba con estas devotas palabras: *Jesús*



*bondadosísimo, dignate concederme que con mis palabras alabe, con mi corazón admire y con mi imitación siga a tu santísima madre que es también madre mía, hermosa por encima de todas las criaturas*

Este piadoso ejercicio del venerable Herman dirigido a la reina del cielo le atrajo de la Madre de gracia que lo colmara de favores imposibles de expresar. Entre ellos, el don de anunciar la palabra de Dios con mucha eficacia habiéndolo curado milagrosamente de un habla torpe y tartamudeante y habiéndole abierto el entendimiento para entender las Sagradas Escrituras; es difícil ponderar los frutos que obtuvo con sus predicaciones fervorosas en Alemania, su patria, y en Polonia a donde fue enviado con san Jacinto por su bienaventurado padre santo Domingo.

Este beato Herman, muy amado de la Madre de Dios, no es el único que Nuestro Señor ha invitado a alabar y bendecir los santos miembros de su venerable cuerpo. Añado otras bendiciones semejantes, contenidas en la siguiente oración inspirada por él a santa Brígida. Figura en sus libros impresos en latín y encabezan el último libro de sus obras.



### Sección III

*Oración inspirada divinamente a santa Brígida. En ella todos los santos miembros del cuerpo sagrado de la Madre Virgen y los usos santos que hizo de ellos son alabados y honrados de excelente manera.*

“Mi muy venerada Señora y vida mía amadísima, Reina del cielo y Madre de mi Dios, a pesar de que estoy segura de que todos los habitantes del cielo se ocupan en cantar incesantemente, con maravillosa alegría, las alabanzas de tu cuerpo glorioso y de que sé que soy indigna de pensar en ti, deseo sin embargo con todo mi corazón, alabar y bendecir en cuanto me es posible todos tus preciosos miembros.

“Para empezar, sacratísima Virgen María, mi Señora muy venerada, bendita sea por siempre tu sagrada cabeza, coronada de gloria inmortal, infinitamente más brillante que el sol; bendita sea tu cabellera hermosa de rayos lucientes como los rayos del sol, pues representan tus divinas virtudes, imposibles de contar como los cabellos de tu cabeza.

“Virgen santa, mi muy venerada Señora, bendito sea tu rostro lleno de modestia, más blanco y más resplandeciente que la luna; jamás tus fieles te han contemplado, en este mundo tenebroso, sin sentir inmenso consuelo espiritual.



“Sacratísima Virgen María, mi amadísima Matrona, benditas tus cejas, benditos tus párpados, más relucientes que los rayos del sol.

“Benditos tus ojos pudorosos que jamás ambicionaron lo transitorio que vieron en este mundo. Por el contrario, cuando los levantabas al cielo, tus miradas superaban la claridad de las estrellas ante la corte celestial.

“Sacratísima Virgen María, mi Dama soberana, benditas tus bienaventuradas mejillas, más blancas y rosadas que la aurora. Como ella se adorna al despertar de un blanco y de un rosado espléndidos, así, mientras pasaste por este mundo, tus castísimas mejillas, adornadas de maravillosa belleza, brillaban a los ojos de Dios y de los ángeles, pues ni la vanagloria ni las galas mundanas las adornaron.

“María amabilísima, mi queridísima Matrona, tus purísimos oídos sean benditos y honrados eternamente pues estuvieron cerrados a toda palabra mundana que pudiera profanarlos.

“Virgen santa, divina María, mi soberana Señora, sea bendita y glorificada por siempre tu nariz; todas sus respiraciones estuvieron acompañadas de otros tantos suspiros de tu Corazón y de elevaciones de tu espíritu hacia Dios, incluso mientras dormías. Que tu olfato santos esté lleno de suavísimo aroma de toda clase de alabanzas y



bendiciones mayores que las yerbas más perfumadas y las más agradables fragancias.

“Virgen sagrada, divina María, mi santísima Señora, alabada sea infinitas veces tu bendita lengua, infinitamente más agradable a Dios y a los ángeles que todos los árboles frutales. Jamás pronunció palabra que hiriera a alguien y todas las que profirió trajeron bien a su prójimo. Todas sus palabras estaban sazonadas con gran dulzura y sabiduría, deliciosas al gusto y placenteras al oído.

“Virgen preciosísima y divina María, mi Reina y soberana, bendita sea por siempre tu digna boca junto con sus labios, más bellos que todas las rosas y flores gratas a la vista; especialmente por aquella bendita y humilde palabra que salió de ellos para responder al ángel que te fue enviado de parte del cielo cuando Dios quiso cumplir por tu medio en el mundo el designio del misterio de la encarnación, predicho mucho antes por los profetas. En virtud de esta santa palabra redujiste el poder de los demonios en el infierno y reparaste los coros angélicos en el cielo.

“María, Virgen de las vírgenes, mi Reina y mi único consuelo después de Dios, que tu sagrado cuello, tus hombros y tus castos riñones sean honrados y alabados por siempre, más blancos que todos los lirios, pues jamás hiciste uso de estos santos miembros que no fuera para el honor



de Dios y la caridad del prójimo. Así como el lirio se mece al soplo del viento tus sagrados miembros se movían y obraban por el impulso y la guía de Espíritu Santo.

“Princesa mía, mi fortaleza y mis delicias, de todo corazón bendigo tus santos brazos, tus sagrados dedos y tus purísimas manos, adornados con tantas piedras preciosas como acciones hicieron; como atrajiste fuertemente hacia ti al Hijo de Dios por la santidad de tus obras así tus brazos y tus manos lo abrazaron estrechamente por encima de lo imaginable, con corazón y amor de Madre ardentísima.

“Reina de mi corazón y luz de mis ojos, bendigo y glorifico con todo mi afecto tus sagrados senos, fuentes de agua viva, o mejor, de leche y miel, que alimentaron y dieron vida al Creador y a las criaturas, y que nos proporcionan continuamente los remedios convenientes para nuestros males y nos refrescan en nuestras aflicciones.

“María, Virgen bienaventurada, gloriosísima Reina mía, bendito sea tu sagrado pecho, más puro que oro fino, pues oprimido en el lagar de los dolores acerbísimos que padeciste cuando estabas en el Calvario y escuchabas los golpes de martillo que los verdugos daban a los clavos para enterrarlos en las manos y los pies de tu hijo amadísimo. Pero, a pesar de que lo amabas ardientemente, preferiste sin embargo que sufriera este suplicio y verlo morir para la salvación de las almas, en lugar de que fuera eximido de los



tormentos y verlo vivir, mientras las almas quedaban en la muerte y en la perdición eterna. Permaneciste firme y constante en medio de los tormentos y en total conformidad con la voluntad divina.

“Virgen incomparable, María amabilísima, vida y gozo de mi corazón, reverencio, amo y glorifico, con todas las facultades de mi alma, tu dignísimo Corazón, inflamado en el celo ardentísimo de la gloria de Dios; las llamas celestes de tu amor que subían hasta el Corazón del Padre eterno atraieron a su Hijo único, con el fuego del Espíritu Santo, a tus purísimas entrañas, permaneciendo siempre sin embargo en el seno de su Padre.

“María, mi muy honorable Señora, Virgen purísima y fecunda al tiempo, honor y bendición eterna se den a tus bienaventuradas entrañas que dieron un fruto admirable, que da gloria infinita a Dios, gozo increíble a los ángeles y vida eterna a los hombres.

“Virgen prudente, mi soberana Señora, alabanza eterna a tus pies sagrados que llevaron al Hijo de Dios y Rey de la gloria mientras estuvo encerrado en tu vientre virginal. Qué hermoso contemplar la modestia, majestad y santidad con que caminabas en la tierra. No dabas un paso que no diera contento singular al Rey del cielo y no llenara de gozo a toda la corte celeste.



“Admirable María, Virgen divina, Madre amadísima, adoro, alabo y glorifico contigo, en cuanto me es posible, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en su majestad incomprensible, por todos los favores que ha dispensado a tu santo cuerpo que fue grata morada de quien es alabado por los ángeles en el cielo y por la iglesia en la tierra.

“Honor eterno, alabanza perpetua, bendición, gloria y acción de gracias, a ti, mi Señor, mi Rey y mi Dios, que creaste esta noble y purísima Virgen y la hiciste digna de ser tu Madre; por los gozos de que has colmado por su medio a los ángeles y santos que habitan el cielo; por las gracias que derramaste sobre los hombres en la tierra y por los consuelos que has dado a las almas que sufren en el purgatorio”.

De esta manera Nuestro Señor Jesucristo honra por sí mismo y por sus santos todas las facultades, no solo del alma sino también del cuerpo, de su gloriosa Madre. Derivo una consecuencia muy importante y provechosa respecto del Corazón augusta de esta Madre de amor. Será tema de la sección siguiente, luego de haber tenido en cuenta, querido lector, que vas a encontrar más adelante diversos elogios y bendiciones como las precedentes en honor de los miembros sagrados de todos los sentidos interiores y exteriores de la Reina del Cielo.



## Sección IV

*El Corazón corporal de la bienaventurada Virgen merece honor particular como la más noble parte de su santo cuerpo.*

¿Qué razón tienes para pensar, querido lector, que me he extendido mucho en la consideración de las excelencias de los santos miembros del cuerpo virginal de la Madre de Dios y sobre la veneración que les es debida? Lo he hecho para imprimir alta estima en tu espíritu y devoción especial en tu corazón, al divino Corazón de nuestra Madre admirable como consecuencia ineludible de todo lo dicho. En efecto, ya que el Espíritu Santo, el Hijo de Dios y sus santos celebran tan altamente las alabanzas de los miembros sagrados del santo cuerpo de la Madre del Salvador, ¿no se sigue como consecuencia infalible que su bienaventurado Corazón, la primera y más digna porción de su cuerpo, merece veneración muy particular? ¿No debemos entrar en los sentimientos de nuestra Cabeza Jesús y seguir el ejemplo que nos da? Si el Hijo mayor de María, que ha querido ser nuestra Cabeza y nuestro hermano, demuestra tanto celo en honrar los mínimos detalles que hay en lo exterior de su dignísima Madre de amor, ¿quién tendrá por inapropiado que los demás hijos de esta Madre de amor, siguiendo el espíritu de su Cabeza e



imitando el ejemplo de su hermano mayor, rindan honor especial a su Corazón maternal y celebren fiesta especial con la autorización de la santa Iglesia?

¿Dirías que si se celebra esta fiesta, se debería hacer lo mismo con su cabeza, sus ojos, sus manos y sus pies? Con todo no es consecuencia lógica.

Dime, te ruego, ¿no es cierto que todas las llagas que nuestro Redentor recibió en su santo cuerpo en el tiempo de su Pasión son adorables y merecen ser adoradas incesantemente por todos los habitantes de la tierra y del cielo? Sin embargo la devoción de los fieles se detienen principalmente en las cinco llagas de sus manos, de sus pies y de su costado y la Iglesia celebra fiesta en diversos lugares en honor de estas y no de las otras.

¿No es cierto que todos los pensamientos, palabras, acciones, mortificaciones de este divino Salvador, y todos los santos usos que hizo de todas las partes de su cuerpo y de su alma son de mérito infinito y son dignos de otras tantas solemnidades continuas y eternas? Sin embargo la Iglesia no solemniza sino un pequeño número de sus más señaladas acciones y misterios de su vida.

¿No sabes que todos los santos miembros de su cuerpo místico que están en el cielo, cuyo número es incalculable, son dignos de tal veneración que no hay ni siquiera uno que no mereciera que se le hiciera acá en la tierra una fiesta



especial para su alabanza, y que sin embargo solo de los principales y más destacados se celebra solemnemente su memoria?

¿Ignoras que la gloriosa Reina del cielo hizo innumerables y santas acciones durante su vida mortal, que son motivo de alabanza de los ángeles y los santos y serían dignas de tener en la tierra días especiales consagrados a su honor, y sin embargo solo de algunas más notables, como su presentación en el templo, su visita a santa Isabel y su purificación, se celebra memoria especial?

Ten en cuenta que no hay nada que no sea digno de consideración en esta gran Princesa, tanto interna como externamente. Debes saber que todo en ella es muy señalado y digno por tanto de honor, merecedor de que el cielo y la tierra lo celebren solemnemente, pues la dignidad de Madre de Dios, en cierto modo infinita, da excelencia infinita a todo lo que le pertenece.

Por tanto, su Corazón virginal, incluido su corazón corporal, merece especialísima veneración por las sublimes excelencias de que está dotado, y por otras consideraciones que voy a hacer luego. Celebrar, pues, fiesta especial en su honor no quiere decir que las otras partes de su cuerpo no lo merezcan.

Si el Hijo de Dios aprecia hasta los mínimos detalles de sus servidores y les asegura que los cabellos de su cabeza



están contados y ni uno solo perece, y coronará de gloria inmortal las mínimas acciones que hagan en su servicio, ¿cuánto honor y gloria quiere él que se rinda al Corazón incomparable de su preciosísima Madre?

## **Sección V**

### *Otras prerrogativas del Corazón corporal de la santa Virgen dignas de particular veneración*

Cinco prerrogativas del Corazón corporal de nuestra Madre admirable que la hacen digna de veneración de los ángeles y de los hombres;

La primera consiste en que es el principio de la vida de esta Madre divina. Es principio de todas las funciones de su vida corporal y sensible, vida del todo santa en sí misma y en sus usos. De la vida de aquella que dio nacimiento al Hijo de Dios; de la vida de la Reina del cielo y de la tierra; de la vida de la mujer por quien Dios dio la vida a todos los hijos de Adán, sumidos en el abismo de la muerte eterna; de vida tan noble, digna y santa, la más preciosa a los ojos de Dios que todas las vidas de los hombres y de los ángeles.

La segunda prerrogativa de esta santo Corazón es que preparó y dio la sangre virginal de la que el sagrado cuerpo del Hombre-Dios fue formado en las entrañas de su preciosa Madre. Observa, por favor, que no digo que



Nuestro Señor Jesús haya sido formado, al encarnarse, en el Corazón de su Madre. Es un error mencionado por el cardenal Cayetano, como surgido en su tiempo, y que fue muy pronto condenado y sofocado como perniciosa herejía, directamente contraria a las palabras del ángel: *Concebirás en tu vientre* (Lc 1, 31). Esta opinión destruía la divina maternidad de nuestra Reina pues si ella no hubiera concebido al Hijo de Dios en su vientre virginal no sería verdaderamente su Madre. Lo que afirmo es que su Corazón preparó y proporcionó la sangre de que fue formado su cuerpo.

Así lo piensan varios conocidos doctores al decir que inicialmente la bienaventurada Virgen se turbó y fue sobrecogida de temor por las alabanzas pronunciadas por el ángel al saludarla. La sangre, como de ordinario sucede en estas ocasiones, afluyó de inmediato abundante al Corazón para fortalecerla. En seguida, san Gabriel la tranquilizó diciéndole las maravillas que Dios quería hacer en ella. Su Corazón se llenó entonces de tanta alegría, que abriéndose y dilatándose como hermosa rosa, brotó sangre que corrió a sus benditas entrañas de las que el Espíritu Santo se sirvió para formar el sagrado cuerpo del Salvador y la unió con la sangre virginal de esas mismas entrañas, apta para el cumplimiento del misterio de la encarnación.



Para mejor inteligencia de esto observa, en primer lugar, que los santos Padres, incluso del sexto Concilio general de Constantinopla, aseguran que la materia que la bienaventurada Virgen dio para formar un cuerpo al Verbo eterno fue su purísima sangre.

En segundo lugar, varios excelente doctores afirman hoy, al tratar de la filosofía del cuerpo humano, fundados en Aristóteles, que el corazón es el primer origen de la sangre, y basados en varias razones y experiencias, defienden que se origina primeramente en el corazón; que hay dos concavidades, con pequeños orificios por donde pasa para comunicarse a las demás partes del cuerpo. Sé muy bien que otros doctores, antiguos y modernos, afirman que es el hígado el primer principio de la sangre. Sea lo que sea sobre el lugar de la primera producción de la sangre, todos están de acuerdo en que toda la sangre del cuerpo humano pasa por el corazón, que en él recibe su perfección, que no tiene ningún uso y no es apta para el alimento del cuerpo ni para la generación y la conservación de la vida, ni para ninguna otra función, sino después de haber recibido su última perfección en el corazón.

Siendo esto así, puede decirse: o que la purísima sangre de la que el cuerpo adorable de Jesús fue formado en el sagrado vientre de María salió directa e inmediatamente del Corazón maternal de esta divina Virgen



en el momento mismo que el Hijo de Dios se encarnó en ella; o que, si no salió de inmediato, que se originó en él y que este Corazón virginal es la primera fuente; o que, si no tomó origen allí, que, al menos, pasó por él y allí recibió las calidades y las disposiciones necesarias y adecuadas para que fuera utilizado en la generación inefable y en el nacimiento admirable de un Niño-Dios, en la beatas entrañas de una Madre de Dios.

Siendo la primera de estas tres hipótesis la más rica para el divino Corazón de nuestra gloriosa Reina y, estando apoyada en la autoridad de varios grandes doctores, la prefiero gustosamente a las otras; pero de la manera como lo explica Carthagena diciendo que el Espíritu Santo, habiendo tomado una pequeña cantidad de la purísima sangre de la bienaventurada Virgen, que brotó o que estaba todavía en el interior de su santísimo Corazón, y habiéndola unido a la sangre virginal de sus benditas entrañas, apropiada para la realización del misterio de la encarnación, se sirvió de ella para la formación del cuerpo adorable del Niño-Dios<sup>8</sup>.

Todo lo que se ve en el orden de la naturaleza no es más que una sombra y un bosquejo de lo que pasa en el orden de la gracia. Así encuentro una pequeña maravilla en el mundo de lo visible y natural que en algún modo nos

---

<sup>8</sup> Carthagena, *De B. Virgine*, lib 3, hom. 14



representa este gran milagro del mundo invisible y sobrenatural de que trato. Según el príncipe de la filosofía natural<sup>9</sup>, y de otros autores, hay un pájaro maravilloso en Arabia, llamado por algunos *ormomegia* o *ormontella*, conocido como *avis regia*, “ave real”, que no produce sus polluelos a la manera común de las demás aves sino de forma extraordinaria. Su corazón envía una porción de su sangre a la parte del cuerpo donde los demás pájaros forman sus huevos. Allí, por el calor natural y en virtud de los rayos del sol, concibe y produce otro pajarito real.

¿No te parece, querido lector, que ese prodigioso pájaro es una graciosa figura de la Madre del Rey de reyes? Se llama pájaro real, y en esta Princesa del Cielo nada hay que no sea real. La *ormomegia* concibe su fruto de manera virginal, así como María es Virgen y Madre al tiempo. La *ormontella* forma su polluelo con sangre de su corazón, así la Reina de los ángeles produce al Monarca del universo con la purísima sangre de su Corazón. Esa ave real concibe sus polluelos por virtud del sol, y la Reina de las vírgenes produce por virtud del Espíritu Santo un Hijo que es el Padre de su Madre.

Oh Jesús, Hijo de María, oh Dios de mi corazón, el amor incomprensible de tu Padre eterno te hizo salir del seno de tu Padre para venir al seno de tu Madre y al seno de

---

<sup>9</sup> Aristóteles, *Hist. Animal*, lib. 5



nuestras almas. Por virtud del amor personal, el Espíritu Santo, fuiste formado en las entrañas virginales. Convenía por consiguiente, Dios de amor, que la materia de que fue formado tu cuerpo santo, fuera tomada del Corazón, inflamado en caridad de la Madre de amor, para que fueras en verdad el fruto del vientre y del corazón de tu Madre como eres el fruto del seno de tu Padre, bendito sea él por siempre, alabado y glorificado contigo y con el Espíritu Santo.

La tercera prerrogativa del Corazón corporal de la bienaventurada Virgen radica en que ella es el principio de la vida humana y sensible del Niño Jesús, mientras habitó en las dichas entrañas de María. Mientras el niño está en el vientre de su madre el corazón de la madre es la fuente de la vida del hijo y también de su propia vida. La vida del niño depende de la vida misma de la madre. Oh Corazón regio de la Madre de amor, de ti el Rey de los vivientes y de los muertos quiso que su vida dependiera de él por espacio de nueve meses. Oh Corazón incomparable que no tuviste sino una misma vida con el que es la vida del Padre eterno y la fuente de toda vida. Oh Corazón admirable, eres el principio de dos vidas nobles y preciosas: principio de la vida santísima de la Madre de Dios y principio de la vida humanamente divina y divinamente humana del Hombre-Dios.



No solo este Corazón maravilloso fue el principio de la vida de Jesús, durante los nueve meses que permaneció en el vientre virginal, sino que aún más contribuyó, durante varios años, a la conservación de esta vida tan digna e importante, pues por su calor natural, formó y produjo en los sagrados senos de la Virgen Madre la purísima leche de la que este Hijo se nutrió.

La cuarta prerrogativa de este amabilísimo Corazón es la se expresa en estas palabras de la santa Esposa a su divino Esposo, o sea de María a Jesús, que su Hijo y su Padre, su Hermano y Esposo justamente: *Nuestro lecho está florido* (Cantar 1, 15). Nuestro lecho está cubierto y embalsamado de flores. ¿De qué lecho se trata sino del Corazón purísimo de la santa Virgen en el que el Niño Jesús reposó suavemente?

Privilegio muy ventajoso del discípulo amado de Jesús fue haber reposado una vez en su pecho adorable y haber bebido en él luces y secretos maravillosos. Pero ¡cuántas veces este divino Salvador tomó su descanso en el seno y en el Corazón de su queridísima Madre! ¡Qué abundancia de luces, de gracias y bendiciones este Sol eterno, fuente de luces y gracias, derramó en el Corazón maternal en el que reposó cientos de veces; Corazón en el que jamás hubo impedimentos a la gracia divina; Corazón perfectamente dispuesto siempre a recibirlas; Corazón que él amaba más



que a los demás corazones y por el que era más amado que de todos los corazones de los serafines! ¡Qué uniones y comunicaciones, que intercambios, qué fuegos hubo entre esos dos Corazones y esas dos hoguera de amor que el soplo divino del Espíritu Santo inflamaba sin cesar!

Oh Salvador mío, escucho tu voz que dice a toda alma fiel que la grabas como sello en tu corazón (Cantar 8, 6). Fue lo que tu santa Madre hizo excelentemente imprimiendo en su corazón una imagen viviente de tu vida, de tus costumbres y virtudes. Pero no te bastó. Quisiste tú mismo ponerte como sello en su Corazón para cerrarlo a todo lo que no es tuyo y para ser el único soberano y el Señor absoluto. Te imprimiste en ese Corazón maternal de manera digna del amor de tal Hijo al Corazón de tal Madre. Que todos los corazones y todos los espíritus de la tierra y del cielo te amen y bendigan eternamente por los favores sin cuento de que colmaste este Corazón adorable.

## **Sección VI**

### *Continuación del mismo tema*

La quinta prerrogativa de este divino Corazón consiste en que es el altar santo en el que se celebra grande y continuo sacrificio, muy grato a Dios, de todas las pasiones naturales que anidan en el corazón. Allí reside la parte



concupiscible del alma dotada de la fuerza irascible que Dios dio al hombre y a los demás animales para incitarlos y ayudarles a odiar, temer, huir, combatir y destruir todo lo que les es contrario y nocivo; a amar, desear, esperar, apetecer y perseguir lo que les es conveniente y ventajoso. Estas dos partes y estas dos pasiones capitales encierran once que son otros tantos soldados que combaten bajo órdenes de estos dos capitanes, o si prefieres, armas e instrumentos de que se sirven para esos dos fines anotados.

Cinco son de la parte irascible: esperanza, desconfianza, audacia, temor y cólera. Seis del concupiscible: amor, odio, deseo, huida, alegría y tristeza.

A partir del momento en que el hombre se rebeló contra los mandamiento de su Dios, todas sus pasiones se insubordinaron contra él, y cayeron en tal desorden que en lugar de estar del todo sometidas a la voluntad, reina de todas las facultades del alma, la convirtieron a menudo en su esclava; y en lugar de ser guardianas del corazón, en el cual tienen su morada donde deben reposar y encontrar tranquilidad, de ordinario se tornan en verdugos que lo destrozan y lo llenan de confusión y de guerra.

No pasa así en el Corazón de la Reina de los ángeles. Sus pasiones estaban siempre sumisas a la razón y a la divina Voluntad, la cual reinaba soberanamente en todas las partes de su alma y de su cuerpo.



Así como estas pasiones fueron deificadas en el Corazón divino de Nuestro Señor Jesucristo, fueron también santificadas de manera muy excelente en el santo Corazón de su preciosísima Madre. El fuego sagrado del amor divino que ardía noche y día en la hoguera encendida de este Corazón virginal las purificó, consumió y transformó. Este ardor celestial no tenía objeto distinto de solo Dios hacia el cual se abalanzaba con fuerza e impetuosidad sin igual; esas mismas pasiones estaban siempre dirigidas hacia Dios y solo se empleaban en su servicio, dirigidas únicamente por el movimiento y la guía del amor de Dios, que las poseía, animaba y abrasaba de manera maravillosa, y hacía de ellas continuo y admirable sacrificio a la santísima Trinidad.

Contemplo el purísimo cuerpo de la Madre de Dios como templo sagrado, el más augusto que jamás ha existido en la tierra, después del templo de la humanidad santa de Jesús. Contemplo que su Corazón virginal es el altar santo de este templo. Considero el amor divino como el gran sacerdote que ofrece a Dios sacrificios continuos en este templo y en este altar, sacrificios agradables a su divina Majestad. Contemplo la divina Voluntad que le trae víctimas que sean sacrificadas en ese altar. Entre ellas percibo las once pasiones naturales, muertas por la espada llameante que este gran sacerdote blande en su mano, la espada del divino amor. Esas pasiones son consumidas y



transformadas por el fuego celeste que arde en este altar. Son inmoladas a la santísima Trinidad como sacrificio de alabanza, gloria y amor.

Todo amor humano es consumido y transformado allí en amor divino, cuyo único objeto es solo Dios.

Todo odio humano y natural hacia las criaturas es destruido y transformado en odio sobrenatural y divino dirigido exclusivamente al pecado y a todo lo que lleva a él.

Toda aversión a cuanto el amor propio, la sensualidad y el orgullo del hombre rechazan como las mortificaciones, las privaciones de comodidades de la vida presente, los desprecios y humillaciones es aniquilada allí y transformada en santa aversión y en huida cuidadosa de toda ocasión de desagradar a Dios, de honores, alabanzas, satisfacciones sensibles y de cuanto puede contentar la ambición, el amor propio y la voluntad propia.

Toda fementida alegría de lo caduco y perecedero y de éxitos conformes a las inclinaciones humanas encuentra allí muerte y se transforma en santa alegría de todo lo que es grato a Dios.

Toda tristeza proveniente de lo que es contrario a la naturaleza y a los sentidos se ahoga y es cambiada en tristeza saludable, nacida de lo que es ofensa a Dios.

Toda esperanza y pretensión de riquezas, placeres y honores terrenos, toda confianza en sí mismo o en lo



creado, allí se apaga y se transforma en la sola esperanza de los bienes eternos y en solo confianza en la divina bondad.

Toda desconfianza del poder de Dios, de su bondad, de la verdad de sus palabras y de la fidelidad a sus promesas es aniquilada allí y se cambia en gran desconfianza de sí mismo y de todo lo que no es Dios, como hizo la Virgen fidelísima que no se apoyó nunca en sí misma ni en nada creado sino en el solo poder y misericordia de Dios. Cumplió muy bien la Escritura que dice: *Desgraciados los que entregan su corazón al desaliento y a la flojedad, y no se apoyan ni confían en Dios, haciéndose indignos de su protección* (Sir 2, 15).

Toda audacia o coraje para emprender proyectos que conciernen al mundo, incluso en cosas buenas, pero sin vocación de Dios, y sin haberlo consultado y no haberse dejado guiar por su espíritu es, destruido allí y convertido en fuerza divina que le hace combatir generosamente y vencer gloriosamente las dificultades y obstáculos que se oponen al cumplimiento de lo que Dios le pide.

El temor a la pobreza, al dolor, al desprecio, a la muerte y otros males temporales que los hombres de carne y hueso suelen temer; y también todo temor de Dios, servil y mercenario, allí es ahogado y se cambia en temor amoroso y filial de desagradarle, incluso en poco, o en dejar de hacer algo para agradarle más.



La cólera e indignación frente a cualquier criatura y por el motivo que sea allí es apagada y se transforma en justísima y divina cólera contra todo pecado y la dispone a convertirse en polvo y a ser sacrificada mil veces para destruir el menor pecado si así lo quisiera Dios.

El amor divino, como sumo sacerdote, sacrifica a la adorabilísima Trinidad en el altar del Corazón de María, todas las pasiones, inclinaciones y sentimientos de amor, de odio, de deseo, de huida o aversión, de alegría, de tristeza, de esperanza, de desconfianza, de audacia, de temor y de cólera.

Este sacrificio se realiza desde el primer instante en que este Corazón santo empezó a palpar en su pecho virginal, o sea, desde el primer momento de la vida de esta Virgen inmaculada. Y lo hará siempre hasta su último suspiro, cada vez con más amor y santidad. ¡Oh grande y admirable sacrificio, maravillosamente digno del agrado del Dios de los corazones! ¡Oh bienaventurado Corazón de la Madre de amor que sirvió de altar para este divino sacrificio!

¡Corazón bienhadado, nada tuviste ni deseaste que no fuera el que es único digno de amor y deseo! ¡Dichoso Corazón, pusiste tu íntegro gozo y contento en amar y honrar al que es solo capaz de satisfacer el corazón humano; no experimentaste tristeza que no fuera la



causada por las ofensas que se hacen contra su divina Majestad!

¡Bienaventurado Corazón, solo odiaste, huiste, temiste lo que pudiera menoscabar los intereses de tu Bienamado; solo experimentaste cólera ante todo lo que se opone a su gloria!

¡Corazón dichoso, estuviste cerrado a todas las pretensiones terrenas y egoístas que jamás tuvieron cabida en ti; jamás desconfiaste de Dios y más bien desconfiaste de ti mismo; estuviste armado de firme esperanza en la bondad divina y de santa generosidad, y jamás cediste a las dificultades y obstáculos que el infierno y el mundo levantaron para impedirte avanzar en las vías del amor sagrado; siempre los venciste con invencible fuerza e infatigable constancia!

¡Sean dichosos los corazones de los verdaderos hijos de María, que se esfuerzan por conformarse con el santísimo Corazón de su muy buena Madre! ¡Afortunados los corazones que son otros tantos altares en los que el amor divino sacrifica de continuo las pasiones, consumándolas en su fuego y transformándolas en las de Jesús y María; ellos hacen que esos corazones sepan amar y odiar, desear y huir, regocijarse y entristecerse, desconfiar de sí mismos y confiarse, ser audaces y temerosos, tener indignación y cólera no como los hombres mundanos y



comunes sino a la manera del Hijo de Dios, de la Madre de Dios y sus auténticos hijos! Concédenos, Jesús, esta gracia; te lo suplico por el amabilísimo Corazón de tu digna Madre y por todas las bondades de tu corazón adorable.

Estas son algunas de las prerrogativas maravillosas Del Corazón admirable que palpita en el pecho sagrado de la Madre de Dios. ¿Qué dices al respecto, hermano querido? Te ruego me digas si no es cierto que ya este Corazón corporal y sensible de por sí sería merecedor de todo honor y veneración?

¡Cuánto honor se debe a este Corazón, la parte más noble de su cuerpo virginal, que dio cuerpo al Verbo eterno que será por siempre objeto de las adoraciones de todos los espíritus celeste y bienaventurados!

¡Cuánto honor es debido a este Corazón que dispuso y dio la purísima sangre de la que el cuerpo adorable del Hijo de Dios fue formado en las entrañas de su Madre!

¡Cuánto honor merece este Corazón que es principio de la vida de una Madre de Dios y de un Hombre-Dios!

¡Qué alabanzas deben darse a este Corazón que contribuyó a formar la leche que sirvió para nutrir y conservar la vida del Salvador del mundo!

¡Cuántos honores deben rendirse a este Corazón en el cual un Niño-Dios reposó tantas veces y al que colmó de innumerables favores!



¡Cuánta veneración merece este Corazón que jamás tuvo objeto distinto de su amor, de sus deseos, de sus temores, de sus esperanzas, de sus gozos que no fuera solo Dios; que jamás sintió tristeza sino por lo que desagradaba a Dios; que estuvo lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en Dios y que empleó todas sus aversiones, rechazos, indignaciones y su valor contra todo lo que es ofensa de su divina Majestad!

Finalmente qué veneración merece este Corazón que Dios ama y glorifica más altamente; y que honra y ama a Dios más perfectamente que todos los corazones del cielo y de la tierra!

Ciertamente, si todas las criaturas del universo se cambiaran en otros tantos corazones y lenguas de Serafines, y que todos esos corazones y lenguas se emplearan en celebrar eternamente las alabanzas de este divino Corazón, nunca le darían todo el honor que le es debido.

Oh Corazón incomparable, ¿quién no te admirará? ¿Quién no te rendirá honor? ¡Quién no usará todos los afectos de su corazón para bendecirte, publicar tus perfecciones e invitar a todos los corazones del cielo y de la tierra a cantar sin descanso: que viva el Corazón sagrado de María! ¡Que viva el Corazón regio de la Reina del cielo! ¡Que viva el Rey de los corazones! Que todos los corazones de los



hombres y de los ángeles te alaben y glorifiquen eternamente.

## **CAPÍTULO IV**

### ***El Corazón espiritual de María***

El Espíritu Santo, que acostumbra decir mucho en pocas palabras, al describir rica y honorablemente las principales facultades del cuerpo y del alma de su divina Esposa, la bendita Virgen, y al hacer el panegírico de su Corazón emplea pocas palabras pero de contenido infinito. Dime, por favor, ¿qué dice? ¿Qué loores rinde a este Rey de los corazones? Solo tres palabras: *Quod intrinsecus latet*<sup>10</sup>. Estas pocas palabras encierran todo lo que se puede decir y pensar de más grande y admirable respecto de este Corazón real. Nos expresan que es tesoro escondido a los ojos más perspicaces de la tierra y del cielo, lleno de tantas riquezas celestiales, solo conocidas perfectamente por Dios.

El Espíritu Santo no solo pronuncia estas palabras una vez sino que las repite en el mismo capítulo, como si quisiera grabarlas hondo en nuestra mente y obligarnos a considerarlas atentamente. Con ellas se refiere no solo al Corazón corporal de la Reina del cielo, de que acabamos de

---

<sup>10</sup> Cantar 4, 3: *Lo que se oculta interiormente.*



hablar, sino también a su corazón espiritual de que vamos a hablar ahora.

¿Qué se entiende por corazón espiritual? Para que lo entiendas debes saber que tenemos solo un alma pero que puede ser considerada en tres estados diferentes.

El primero e inferior es el estado de alma vegetativa. Tiene conformidad con la naturaleza de las plantas. En ese estado el alma solo nutre y mantiene el cuerpo.

El segundo es el estado de alma sensible, que nos es común con los animales. En este estado hay dos partes principales: sensitiva y afectiva. Esta última contiene todos los afectos y pasiones naturales.

La sensitiva comprende los cinco sentidos exteriores bien conocidos, y los cuatro interiores: el sentido común, la imaginativa, la estimativa o cogitativa y la memoria sensitiva.

Las *pasiones y afecciones* se ordenan a amar, desear y buscar lo que nos es conveniente, y a temer, huir y combatir lo que nos es nocivo. Residen en el corazón, como dijimos antes. Los *sentidos exteriores e interiores*, que sirven para conocer y discernir, tienen su sede en el cerebro.

El *sentido común* reside en la parte anterior del cerebro, donde nacen los nervios que sirven para las funciones de los sentidos exteriores: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Mediante esos nervios el cerebro envía a esos



cinco sentidos los impulsos animales que necesitan para cumplir sus funciones: ver, oír, oler, gustar y tocar. Por esos mismos nervios, estos cinco sentidos remiten al sentido común las especies o imágenes de lo que ven, escuchan, huelen, gustan y tocan para que discierna su diversidad y la juzgue.

La *imaginativa* tiene su sede y receptáculo un poco delante en el cerebro, cercano al sentido común. Este le envía las imágenes que recibe de cuanto es objeto de los sentidos exteriores, a fin de conservarlo. Para este fin reside en una parte más firme y capaz de retenerlo mejor que el sentido común que es más blando y tierno. Igualmente para que se sirva de ello para representarse por su medio el objeto percibido cuando sea necesario.

Luego de la imaginativa hay, un poco más adelante, en el mismo cerebro, otro seno o ventrílocuo que contiene la *estimativa* o *cogitativa*. Se llama estimativa en los animales y cogitativa en el hombre por ser más desarrollada en el hombre que en los animales. Se diferencia de la imaginativa en que la imaginativa no puede representarse sino cosas sensibles, materiales y corporales; la estimativa o cogitativa en cambio concibe objetos más espirituales y abstraídos de la materia, carentes de cuerpo y figura. Por ejemplo, la oveja concibe por su estimativa la agresividad del lobo que la quiere devorar; el cordero se representa el amor de la



oveja que lo engendró; el perro la benevolencia de su dueño que lo alimenta; todo eso no es corporal sino espiritual.

La *memoria sensitiva* tiene asiento en la parte posterior del cerebro. Su oficio es conservar las imágenes de los objetos percibidos por los sentidos exteriores e interiores para recordarlos en el momento oportuno. Esta memoria difiere de la memoria intelectual que está en la parte superior del alma pues aquella se encuentra en los animales, mientras que ésta es propia del hombre. Aquella no retiene las imágenes captadas por los sentidos exteriores e interiores; ésta conserva las especies de las cosas intelectuales; aquella no razona para recordar lo que ha pasado; ésta se ayuda con este fin del razonamiento intelectual.

Así obran los cuatro sentidos interiores que bien podrían ser cinco, como los exteriores. Puesto que los cinco sentidos exteriores envían las imágenes de lo que ven, oyen, huelen, gustan o tocan al sentido común y por su medio a la imaginación, es evidente que hay cierto poder y particularidad en el sentido común y en la imaginación, que tiene correspondencia y conformidad con el dinamismo particular de los cinco sentidos exteriores y por tanto hay vista, escucha, olor, gusto y tacto interiores. Estos son los



primeros estados de nuestra alma: el primero nos es común con las plantas y el segundo con los animales.

El tercer estado del alma es la parte intelectual. Ella es una sustancia espiritual, como la angélica, que no depende de ningún órgano corporal como los sentidos y las pasiones. Comprende la memoria intelectual, el entendimiento y la voluntad, con la parte suprema del espíritu, que los teólogos llaman, la punta, cima o eminencia del espíritu, la cual no se guía por la luz del discurso y del razonamiento sino por simple mirada del entendimiento y por un simple sentimiento de la voluntad por los cuales el espíritu se somete a la verdad y a la voluntad de Dios.

Esta tercera parte del alma que se llama espíritu, porción mental, parte superior del alma, que nos hace semejantes a los ángeles, y que lleva en sí, en su estado natural, la imagen de Dios, y en el estado de gracia, su divina semejanza.

Esta parte intelectual es el corazón y la parte más noble del alma. En primer lugar, es el principio de la vida natural del alma razonable que consiste en el conocimiento que puede alcanzar de la Verdad suprema, por la fuerza de la luz natural de su entendimiento, y en el amor natural que tiene a la soberana Bondad. Siendo animada por el espíritu de la fe y de la gracia es, con él, principio de la vida sobrenatural del alma que consiste en conocer y amar a



Dios por una iluminación celeste y por un amor sobrenatural: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero* (Jn 17, 3).

En segundo lugar, esta parte intelectual es el corazón del alma. En ella se encuentra la facultad y la capacidad de amar, de forma mucho más espiritual, noble y elevada, con un amor incomparablemente más excelente, vivo, activo, sólido y durable que el que procede del corazón corporal y sensible.

La voluntad, iluminada por el entendimiento y por la luz de la fe, es el principio de este amor. Cuando se guía solo por la luz de la razón humana y actúa por impulso natural, solo produce amor natural y humano, incapaz de unir al alma con su Dios; pero cuando actúa movida por impulso de la gracia es fuente de amor sobrenatural y divino que hace al alma digna de Dios.

En tercer lugar, la teología nos enseña que, si bien la gracia, la fe, la esperanza y la caridad derraman sus celestes influencias y sus divinos movimientos sobre las demás facultades de la parte inferior del alma, sin embargo, tienen especial habitación y particular morada en la parte superior. Como consecuencia, esta misma parte es el verdadero corazón del alma cristiana pues la divina caridad no puede tener morada distinta que no sea el corazón del alma que la



posee, según dice san Pablo: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones* (Ro 5, 5).

En cuarto lugar, escucha a este mismo apóstol que clama a los cristianos: *Porque son hijos de Dios envió el Espíritu de su Hijo a sus corazones* (Ga 4, 6). Les asegura además que dobla su rodilla ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo para alcanzar de él que su Hijo more en su corazón (Ef 3, 14-17). Pues bien, este corazón es la parte superior de su alma pues el Dios de gracia y de amor solo habita en un alma cristiana donde la gracia y la caridad tengan su morada.

Todo esto muestra claramente que el verdadero y propio corazón del alma razonable es la parte intelectual que se llama espíritu, porción mental, parte superior.

Queda claro que el Corazón espiritual de la bienaventurada Virgen es esta parte intelectual de su alma que comprende su memoria, su entendimiento, su voluntad y la punta superior de su espíritu. De este corazón habla en las primeras palabras de su admirable cántico; *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador* (Lc 1, 46). Pertenece al espíritu, la primera y más noble parte del alma, primera y principalmente, glorificar a Dios y regocijarse en él.

Tengo grandes cosas que decir de este Corazón maravilloso, al decir de san Pablo. Pero todo cuanto el



lenguaje humano y angélico pueda expresar de él estará siempre por debajo de sus perfecciones: *de esto tenemos mucho que decir, y es difícil expresarlo* (Heb 5, 11).

### **Sección única**

#### ***Maravillas del Corazón espiritual de la gloriosa Virgen***

Si el Corazón virginal que palpita en el pecho de la Virgen de vírgenes, y es la más excelente parte de su santo cuerpo, es tan admirable, como acabamos de demostrarlo, ¿cuáles son las maravillas de su Corazón espiritual, que es la parte más noble de su alma? De ellas nos vamos a ocupar ahora. ¿No es cierto que entre más elevada es la condición del alma respecto del cuerpo tanto más elevado es su corazón espiritual sobre su corazón corporal? Vimos las singularidades y prerrogativas del corazón corporal, pero ¿quién podría comprender y expresar los dones incomparables y los tesoros inestimables de que su Corazón espiritual está colmado? Son inconcebibles e inefables.

Solo pondré ante tus ojos un pequeño resumen. Con él quiero invitarte a bendecir a quien es la fuente de tantas maravillas, a alabar a aquella que se digna de semejantes gracias y a venerar su sacratísimo Corazón que tan celosamente las guardó, e hizo de ellas tan perfecto uso.



Primeramente, la bondad divina preservó milagrosamente este Corazón de la Madre del Salvador de la mancha del pecado, del que jamás hizo parte. Dios la colmó de gracia desde el momento de su creación. La revistió de tanta pureza que no es imaginable otra semejante, aparte la de Dios. Su divina majestad la poseyó tan perfectamente, desde ese instante, que no hubo momento en que no fuera toda para él, ni dejó de amarlo más que todos los santos corazones del cielo y de la tierra. Así lo piensan grandes teólogos.

Segundo, el Padre de las luces llenó este hermoso sol con los más brillantes fulgores de la naturaleza y de la gracia. Si se trata de luces naturales, el Padre de los espíritus dio, a la que escogió para ser esposa de su Espíritu divino, un espíritu natural más claro, vivo, fuerte, sólido, profundo, elevado, amplio y perfecto, en todos los aspectos, que todo otro espíritu; un espíritu digno de una Madre de Dios; digno de quien debía guiar a la sabiduría eterna; digno de quien debía ser guía de la Iglesia y reina regente del universo; digno de quien debía compartir familiarmente en la tierra con los ángeles del cielo, y lo que es más, con el rey de los ángeles, por espacio de treinta y cuatro años; digno finalmente de muy sublime contemplación y de las altísimas funciones de que iba a ocuparse.



Si hablamos de luces sobrenaturales, el Corazón luminoso de la sapientísima Virgen fue tan colmado que el doctor Alberto Magno, nutrido en la escuela de la Madre de Dios, proclama, con otros santos doctores, que nada ignoró y que tuvo toda clase de ciencias infusas, y en grado más eminente que todos los espíritus doctos que hubo jamás. Esos Padres aseguran:

1. Que tuvo perfecto conocimiento de la divina esencia, de las perfecciones divinas y del misterio inefable de la santísima Trinidad, que incluso vio a Dios en su esencia y en sus personas divinas en el instante de su Concepción inmaculada y de la encarnación del Hijo de Dios en ella. No hay que extrañarse de que la reina de los santos haya gozado de este privilegio, pues, según san Agustín y otros varios, fue concedido a Moisés y a san Pablo.
2. Que conoció perfectamente el misterio de la encarnación.
3. Que tuvo conocimiento de las gracias infinitas que Dios le concedió, incluso de su predestinación eterna. Si a san Francisco y otros santos se les aseguró su salvación por divina revelación cuanto más se hizo a la que es la Madre del Salvador; si el Hijo de Dios no hace favor a ningún santo sin comunicárselo, con mayor razón lo hace a su santísima Madre.



4. Que tuvo conocimiento y visión de las almas y de los ángeles en su propia esencia. Si vio la esencia de Dios ¿qué dificultad habría para que viera también la de las almas y de los ángeles? Si san Pablo en su éxtasis al tercer cielo contempló las jerarquías celestes, y lo comunicó a su discípulo san Dionisio Areopagita, ¿qué obstáculo hay para que la reina del cielo y soberana de los ángeles haya sido privada de ese favor?
5. Qué nada ignoró de cuanto concierne la vida presente y puede ayudar a perfeccionarla, sea mediante la acción, sea por vía de la contemplación.
6. Que Dios le dio a conocer cuanto iba a sucederle. Puesto que él ha hecho esta gracia a algunos de sus servidores ¿cómo no lo haría con su preciosísima Madre?
7. Que por revelación Dios le hizo ver todo lo que atañe al estado de la vida gloriosa y beatífica de la que gozan los habitantes del cielo.
8. Que tuvo una ciencia infusa que le hizo conocer todas las cosas naturales que hay en el universo. Si esta luz fue dada al primer hombre en tan gran cantidad que le permitió conocer las propiedades de todos los animales que hay en la tierra, de todos los pájaros que hay en el aire, de todos los peces que hay en el mar, y así dio nombre adecuado a todos los animales; si el conocimiento de todas las obras de Dios, celestes y terrestres, desde el hisopo hasta los cedros del



Líbano, fue dada a Salomón por ciencia infusa, ¿sería concebible que la Madre del que es la luz eterna y que contiene en sí todos los tesoros de la ciencia y la sabiduría de Dios, se hubiera visto privada de estos dones y luces, precisamente ella, repito, en la que la divina bondad concentró todos los favores que repartió a las otras criaturas?

9. Que no ignoró lo que pertenece a las artes, tanto mecánicas como liberales. Ella las sabía pues le eran necesarias y convenientes, para ella y para el prójimo, con miras a sus tareas y para la contemplación.

10. Que tuvo revelaciones muy altas y casi continuas como nunca las hubo. Por ello san Andrés de Candia la llama fuente inagotable de iluminaciones divinas<sup>11</sup>; y san Lorenzo Justiniano afirma que sus revelaciones debían sobrepasar las de los demás santos y las gracias que recibió sobresalían por encima de las que les habían sido comunicadas<sup>12</sup>.

11. Que según san Agustín, san Ambrosio y san Gregorio de Nisa, su ocupación ordinaria, fuera de la oración, era la lectura de la Sagrada Escritura que entendía perfectamente por iluminación infusa del Espíritu Santo.

12. Finalmente que conocía muy bien la teología y todos los misterios que ella estudia.

---

<sup>11</sup> *Orat. 2 sobre la Asunción.*

<sup>12</sup> *Sermón de la Asunción.*



En seguida expongo doce luces de que su Corazón estaba lleno.

Quien podría decir el santo uso que hizo de sus conocimientos. Es cierto, lo dice san Pablo, que la ciencia es madre de la vanidad y del orgullo cuando no va unida con la piedad y la humildad. Pero también es cierto que es fuente de muchas virtudes cuando está penetrada del espíritu de Dios, sobre todo si Dios mismo la da infusamente. En ese caso él le quita el veneno que podría mezclarse en ella, y concede la gracia de usarla santamente.

Tal era la ciencia de la santísima Virgen. Hizo de ella uso santo pues solo la empleó para llenarse de ardiente amor a Dios y procurar la salvación de las almas con mucho fervor; odió el pecado vigorosamente, se humilló profundamente, desdeñó lo que el mundo estima y estimó y abrazó lo que aborrece, es decir, la pobreza, la abyección y el sufrimiento. Nunca puso la mínima complacencia en las luces que Dios le dio, no se apegó a ellas, jamás se prefirió por esta causa a otra persona, sino que las consagró a Dios tan puras como puras salieron de su fuente.

Te hablaré de las doce luces que brillan en el Corazón de la reina del cielo. Puedo hacerte ver cómo está adornada de doce clases de gracias en grado eminentísimo; sin embargo lo dejo para el libro noveno donde se verá cómo es abismo de inmensidad de gracias y bendiciones.



¿Qué diremos del amor ardentísimo a Dios que enciende e inflama este Corazón y de su incomparable caridad hacia el hombre? Infinidad de cosas se pueden decir al respecto. Las reservo para el final del libro tercero. Allí se dirá que es hoguera de amor divino sin igual.

Ahora digo que es el vivo retrato de los divinos atributos; que es imagen viviente de la santa Trinidad; que es un cielo de gloria, un paraíso de delicias para la divinidad; que es el trono más elevado del amor eterno; que es libro viviente escrito por la mano del Espíritu Santo, que contiene la vida de Nuestro Señor Jesucristo y los nombres de todos los predestinados; que es tesoro infinito que encierra en sí todos los secretos de Dios, todos los misterios del cielo y todas las riquezas del universo; que está dotado de varias otras calidades maravillosas y de excelencias muy señaladas.

Finalmente, querido lector, ¿quieres saber qué es el Corazón espiritual de la Madre de Jesús?

Es el Corazón de la Madre del amor hermoso que atrajo hacia él, por la fuerza de su humildad y de su amor, el Corazón del Padre eterno, o sea, su Hijo amadísimo, para ser el Corazón de su Corazón.

Este Corazón es fuente inagotable de dones, favores y bendiciones para todos los que aman sinceramente a esta Madre de amor; los que honran con dilección su Corazón



amabilísimo, como el mismo Espíritu Santo le hace decir: *Amo a los que me aman* (Prov 8, 17).

Hacia este Corazón, regio y maternal, de nuestra reina y nuestra Madre tenemos deberes infinitas.

Es el Corazón que ha amado y glorificado a Dios más que todos los corazones de los hombres y de los ángeles. Por esa razón nunca lo honraremos como se merece. ¡Qué honor merecen tantas cosas grandes y admirables! ¡Qué honor se debe a este Corazón, la parte más noble del alma santa de la Madre de un Dios! ¡Qué alabanzas merecen las facultades de este divino Corazón de la Madre Virgen, a saber, su memoria, su entendimiento, su voluntad, la más íntima parte de su espíritu; jamás estuvieron al servicio de nadie distinto de Dios, por la fuerza de su Espíritu Santo! ¡Qué respeto se debe a su santa memoria ocupada solamente en repasar los favores indecibles que recibió de la divina liberalidad y de las gracias derramadas incesantemente sobre todas las criaturas para agradecerle continuamente!

¡Qué veneración se debe a su entendimiento, siempre ocupado en considerar y meditar los misterios de Dios y sus divinas perfecciones, para honrarlas e imitarlas! ¡Qué veneración se debe a su voluntad, perpetuamente sumergida en el amor de su Dios! ¡Qué honor merece la parte superior de su espíritu, noche y día aplicado en



contemplar y glorificar a su divina Majestad de manera excelentísima!

Finalmente, de qué alabanzas es digno este Corazón maravilloso de la Madre del Salvador. Nunca tuvo algo que le fuera desagradable a su Señor; estaba lleno de luz y colmado de gracia; poseía en perfección todas las virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo y todas las bienaventuranzas evangélicas, adornado de tantas otras excelencias.

Debes confesar, querido lector, que, aunque el cielo y la tierra y todo el universo se emplearan eternamente y con todas sus fuerzas en cantar las alabanzas de este Corazón admirable y en dar gracias a Dios por haberlo colmado de tantas maravillas, nunca podrían hacerlo suficiente y dignamente.

## **CAPÍTULO V**

### ***El Corazón divino de la Madre de Dios***

Para saber qué es el Corazón divino de la sagrada Madre de Dios se requieren dos datos:

El primero es recordar lo dicho: que hay tres Corazones en Nuestro Señor Jesucristo, que sin embargo no forman sino un solo Corazón. Son su Corazón corporal, la parte más noble de su sagrado cuerpo; su Corazón espiritual, la parte



superior de su alma santa; y su Corazón divino que es el Espíritu Santo, Corazón de su Corazón. Tres Corazones divinos pero de distintas maneras.

El segundo es saber que el Hijo de Dios es el Corazón de su Padre eterno. Así lo piensa un antiguo Padre de la Iglesia, san Clemente de Alejandría<sup>13</sup>. Pero lo que es infinitamente más, es el lenguaje de este Padre divino, es el nombre que dio a su Hijo, pues de él habla a la santa Virgen al decirle que ha herido, o según el texto hebreo y Los Setenta, que ha embelesado su Corazón arrebatándolo de su seno paternal a su seno virginal (Cantar 4, 9).

Con esta suposición, puedo decirte que, en primer lugar, el Corazón corporal de Jesús es el Corazón de María, pues, siendo la carne de Jesús carne de María, como dice san Agustín: *Caro Christi est caro Mariae*, se deduce necesariamente que el Corazón corporal de Jesús es el Corazón de María.

Te digo, en segundo lugar, que el Corazón espiritual de Jesús es también el Corazón de María por su muy íntima unión de espíritu y de voluntad. Si se dijo de los primeros cristianos *que no tenían sino un solo corazón y una sola*

---

<sup>13</sup> “Ni el Padre es sin el Hijo; juntamente con él lo que el Padre es, es ser Padre del Hijo. El Hijo verdadero es maestro que viene del Padre. Y para que alguno crea al Hijo es preciso conocer al Padre, al que se refiere también el Hijo. Y de nuevo, para que primero conozcamos al Padre, hay que creer al Hijo como enseña el Hijo de Dios”. *Stromata*, lib. 5. El P. Eudes anota que la cita es *subosbcure* (muy oscuramente) para expresar quizás que la expresión *Cor Patris* (Corazón del Padre) no aparece, como tampoco en el texto griego.



*alma* (Hech 4, 32), cuanto más es cierto decirlo del Hijo único de María y de su sacratísima Madre.

Si san Bernardo se toma la audacia de decir que siendo Jesús su cabeza, el Corazón de Jesús es su Corazón y que no tiene sino un solo Corazón con Jesús: *Ciertamente yo tengo con Jesús un solo Corazón*<sup>14</sup>, con cuanta mayor razón la Madre del Salvador puede decir: *“El Corazón de mi Cabeza y de mi Hijo es mi Corazón y no tengo sino un solo mismo Corazón con él”*. Lo dijo ella misma a santa Brígida, cuyas Revelaciones han sido aprobadas. Estas son sus palabras: *“Yo, que soy Dios e Hijo de Dios desde toda la eternidad, fui hecho hombre en la Virgen, cuyo Corazón era como mi Corazón. Puedo decir entonces que mi Madre y yo hemos obrado la salvación del hombre, en cierto modo, con un mismo Corazón, quasi cum uno Corde. Yo con los sufrimientos que padecí en mi Corazón y en mi cuerpo, ella por los dolores y por el amor de su Corazón”*.

En tercer lugar, puedo decir que el Corazón divino de Jesús, que es su Espíritu Santo, es el Corazón de María. Si este Espíritu divino ha sido dado por Dios a todos los verdaderos cristianos, para ser su espíritu y su corazón, según la promesa que la divina bondad les hizo por el profeta Ezequiel<sup>15</sup> con mayor razón lo hizo a la reina y la madre de los cristianos.

---

<sup>14</sup> *Tratados de la Pasión del Señor, cap. 3*

<sup>15</sup> Ez 36, 26



Son, pues, tres Corazones en Jesús que no son sino un Corazón, Corazón del todo divino, del que puede decirse con verdad que es el Corazón de la santísima Virgen.

“Ten por cierto, dice la Madre de Dios a santa Brígida, que amé a mi Hijo tan ardientemente y que él me amó con tanta ternura, que él y yo, no éramos sino como un Corazón: *quasi Cor unum ambo fuimus*”<sup>16</sup>.

Añado además, que este mismo Jesús, que es el Corazón del Padre eterno, es igualmente el Corazón de su divina Madre.

¿No es el Corazón el principio de la vida? ¿Y qué es el Hijo de Dios en su divina Madre, donde ha estado y estará eternamente, sino el Espíritu de su espíritu, el alma de su alma, el Corazón de su corazón, principio único de todos los movimientos, acciones y funciones de su santísima vida? ¿No escuchas a san Pablo que nos asegura que no es él el que vive sino que es Jesucristo quien vive en él (Ga 2, 20) y que él es la vida de todos los cristianos verdaderos: *Christus vita vestra?* (Col 3, 4). ¿Quién puede poner en duda que Cristo viva en su preciosa Madre y que en ella sea la vida de su vida, el Corazón de su corazón, de manera incomparablemente más excelente que en san Pablo y en todos los fieles?

---

<sup>16</sup> Rev. Lib. 1, cap. 8.



Esto dijo a santa Brígida: “Mi Hijo era en verdad como mi corazón. Cuando salió de mis entrañas al nacer en el mundo me pareció como si la mitad de mi corazón saliera de mí. Cuando él sufría yo sentía el dolor como si mi Corazón hubiera padecido las mismas penas y experimentado los mismos tormentos que padecía. Cuando mi Hijo fue flagelado y destrozado a golpes de fuste, mi Corazón era flagelado y destrozado con él. Cuando me miró desde la cruz y yo lo miraba, brotaban dos arroyos de lágrimas de mis ojos; cuando me vio oprimida por el dolor, él sentía angustia tan violenta a la vista de mi desolación que el dolor de sus llagas parecía que se calmara. Me atrevo a decir que su dolor era mi dolor pues su Corazón era mi Corazón. Como Adán y Eva vendieron el mundo por una manzana, mi Hijo querido quiso también que yo cooperara con él para rescatarlo con un mismo Corazón *Quasi cum uno Corde*”<sup>17</sup>.

Percibes, mi querido lector, cómo el Hijo de Dios es el Corazón y la vida de su divina Madre, de la manera más perfecta que es dable pensar. Si según el lenguaje del Espíritu Santo, por boca de san Pablo, ese adorable Salvador debe vivir de tal manera en sus servidores que incluso su vida se manifieste en sus cuerpos: *Que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal* (2 Cor 4, 11), quién pude

---

<sup>17</sup> Revel. Lib I, cap. 35.



pensar de qué manera y con qué abundancia y perfección él comunica su vida divina a aquella de la que recibió una vida humanamente divina y divinamente humana, pues engendró y dio a luz a un Hombre-Dios? Vive en su alma y en su cuerpo, y en todas las facultades de su alma y de su cuerpo; vive totalmente en ella, o sea, que todo lo que es de Jesús vive en María. Su Corazón vive en su Corazón; su alma en su alma; su espíritu en su espíritu; la memoria, el entendimiento, la voluntad de Jesús están vivos en la memoria, el entendimiento y la voluntad de María; sus sentidos interiores y exteriores viven en sus sentidos interiores y exteriores; sus pasiones en sus pasiones; sus virtudes, sus misterios, sus divinos atributos viven en su Corazón. ¿Qué quiero decir cuando digo viven? Todas estas cosas han estado siempre allí, están y estarán vivientes y reinantes soberanamente, obrando en ella efectos maravillosos e inconcebibles, e imprimiendo en ella viviente imagen.

Es así como Jesús es principio de vida en su santísima Madre. Así él es el Corazón de su Corazón y la vida de su vida. Podemos afirmar entonces con plena seguridad que tiene un Corazón del todo divino. Lo entendió así santa Brígida al decir: “Todas las alabanzas que se rinden a mi Hijo son mis alabanzas; quien lo deshonor,



a mí me deshonra; lo he amado siempre tan ardientemente y él me ha amado siempre tan perfectamente que él y yo hemos sido siempre como un mismo Corazón: *Quasi unum Cor ambo fuimus*".

## **Sección I**

### *Conclusión de este primer libro*

Por todo lo dicho, mi querido lector, comprendes lo que se entiende por el Corazón de la sagrada Virgen. Distingues en ella tres corazones: su Corazón corporal, su Corazón espiritual y su Corazón divino. Te das cuenta de que estos tres Corazones son solo uno en la Madre de amor, como nuestro cuerpo y nuestro espíritu son solo una realidad, pues su Corazón espiritual es el alma y el espíritu de su Corazón corporal, y su Corazón divino es el Corazón, el alma y el espíritu de su corazón corporal y espiritual.

Este Corazón admirable es el objeto de nuestros respetos y alabanzas y debe serlo también de la veneración de los cristianos. Honrar este sagrado Corazón es honrar infinitud de realidades santas y divinas, merecedoras de los honores eternos de hombres y ángeles.

Es honrar todas las funciones de la vida corporal y sensible de la Reina del cielo de las cuales el Corazón es el principio, vida santísima en sí misma y en todos sus usos;



honrar las pasiones que tienen su sede en el Corazón; honrar el perfecto uso que hizo de su memoria, de su entendimiento, de su voluntad y de la parte superior de su espíritu.

Es honrar infinidad de misterios inefables que pasaron en la parte superior de su alma y en su vida interior y espiritual.

Es honrar el grandísimo amor y la caridad ardentísima de esta Madre del amor hermoso para Dios y para los hombres; y los efectos que este amor y caridad produjeron en sus pensamientos, palabras, oraciones, acciones, sufrimientos y en el ejercicio de toda suerte de virtudes.

Es rendir honor al Corazón corporal, al Corazón espiritual y al Corazón divino de Jesús, que son también los Corazones, mejor el Corazón, de María. Es rendir gloria al mismo Jesús que es el Corazón de su eterno Padre y que quiso ser el Corazón de su divina Madre.

Es honrar y glorificar los efectos de luz, gracia y santidad que este divino Corazón de María, que es Jesús, ha obrado en ella, y las funciones y movimientos de la vida santa y celeste de la que fue principio en su alma; asimismo la fidelidad que mantuvo para cooperar con él en todas las divinas operaciones que hizo continuamente en su Corazón durante tantos años. ¡Oh Dios, qué lengua sería capaz de declarar, qué inteligencia podría concebir, qué corazón podría honrar dignamente tantas realidades grandes y admirables



Si la Iglesia celebra cada año fiesta en honor de las cadenas con que estuvo atado el príncipe de los apóstoles, qué solemnidad merece este Corazón augustísimo de la Reina de los apóstoles.

Si el santo Nombre de María merece gran veneración de parte de los fieles; si los oráculos del Espíritu Santo, que son los Padres y Doctores de la Iglesia, como san Germán, patriarca de Constantinopla, san Anselmo, san Bernardo, san Buenaventura y otros cuantos dijeron maravillas; si uno de ellos<sup>18</sup> asegura” que después del Nombre adorable de Jesús, el de María es un Nombre que está por encima de todo nombre; que todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los infiernos deben doblar las rodillas para darle sus homenajes; y que toda lengua debe proclamar la santidad, la gloria y la virtud del santo Nombre de María”; si la Iglesia celebra su fiesta en varios lugares, como en España, en Madrid, en toda la diócesis de Toledo, y en la de Sevilla y en el Orden de la Redención de Cautivos, ¿que decir y pensar del Corazón maravilloso de esta divina María? ¿Qué hacer para honrarlo? ¿No sería justo que todos los corazones, todas las plumas, todas las lenguas se emplearan en reverenciarlo, en escribir y predicar sus perfecciones y que todo el universo celebrara fiesta continua en su honor?

En la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén, que se encuentra en Roma, y en la catedral de Autun, en Borgoña, se conservan con sumo cuidado, como rico tesoro, y se veneran con mucha devoción, como preciosas reliquias, los velos que cubrieron la cabeza de esta gran Princesa; en la

---

<sup>18</sup> Raimundo Jordán. *Contempl. B. Virg.* Part. IV, Contempl. 1



ciudad de Tréveris su peineta que fue obsequiada por la emperatriz santa Helena; en la catedral de Chartres su blusa, conservada en relicario cubierto de oro y piedras preciosas; en Semur, en Borgoña, su anillo de matrimonio con san José; en Reims, en la catedral, una parte de su leche virginal, que cada año se expone en una capilla llamada de la Santa Leche, para ser venerada por los fieles; en Soisson, en la iglesia de las religiosas de San Benito uno de sus zapatos, por el que Dios ha obrado innumerables curaciones milagrosas de toda clase de enfermedades. Se le llamaba en otra época *el médico de Soissons*. En Santa María la Mayor de Roma una pequeña porción de su cabellera.

En Constantinopla, la emperatriz Pulqueria, según cuenta Nicéforo, hizo construir tres hermosas iglesias en honor de la santísima Virgen: una llamada Nuestra Señora de la Guía, en la que se conservaba un huso que había servido a la Madre de Dios, y unos mantos del Salvador que su cuñada Eudoxia le había enviado, o más bien a Teodosio el Joven, su marido, y hermano de santa Pulqueria. La otra llamada de *Las Blaguernas*, en el puerto de Constantinopla. En ella depositó los sagrados sudarios que cubrieron el cuerpo de la bienaventurada Virgen. Le habían sido dados por san Juvenal, obispo de Jerusalén. La tercera en la plaza mayor de Los Fundidores donde depositó un cinturón de Nuestra Señora que recibió de su padre Arcadio, quien lo había hecho engastar ricamente y era guardado allí con tanta veneración que cada año se celebraba gran solemnidad en honor de esta santa reliquia. Se onservan



sermones completos de san Germán, patriarca de Constantinopla, en la fiesta de la Veneración de este sagrado Cinturón de la Reina de los ángeles.

Si la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, honra hasta las mínimas pertenencias de la Madre de Dios y celebra fiestas en honor de un Cinturón llevado por ella en su vestido, ¿de qué manera debemos celebrar las alabanzas de su dignísimo y honorable Corazón?

Al concluir este primer libro, debo decirte, mi querido lector, Jesús, Corazón de su Padre eterno, quiso ser el Corazón de la vida de su preciosísima Madre; así quiere ser también tu Corazón y tu vida: *Christus vita vestra* (Col 3, 4). Al hacerte por su gracia uno de sus miembros, Jesús debe vivir en ti de tal manera que puedas decir con su apóstol: *Cristo vive en mí* (Ga 2, 20). Este es su designio y su ardentísimo deseo. Quiere ser el Corazón de tu corazón y el Espíritu de tu espíritu. Quiere establecer su vida, no solo en tu alma sino también en tu cuerpo: *Para que la vida de Jesús se manifieste en tu cuerpo* (2 Cor 4, 10). Quiere que cuanto hay en él viva en ti; que su Alma viva en tu alma, su Corazón en tu Corazón, su Espíritu en tu espíritu, sus pasiones en tus pasiones, sus sentidos exteriores e interiores en tus sentidos interiores y exteriores; que su memoria, su entendimiento y su voluntad vivan en tu memoria, tu entendimiento y tu voluntad, y que finalmente todas las facultades de su alma y de su cuerpo estén vivas y reinantes en las facultades de tu alma y de tu cuerpo.

Para que esto suceda debes cooperar en tres puntos:



1. Empéñate en hacer morir en todas las potencias de tu alma y de tu cuerpo, cuanto no es del agrado de Dios, según las palabras de san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos* (2 Cor 4, 10).
2. Adorna esas potencias con todas las virtudes cristianas.
3. Entrégate a menudo al Hijo de Dios y ruégale se digne emplear él mismo el poder de su brazo para destruir en ti cuanto le es contrario y establezca en ti la vida y el reino de todas las facultades de su alma divina y de su santo cuerpo.

Te presento una oración muy piadosa de san Agustín. Puedes usarla con este fin en todo tiempo pero especialmente después de recibir en ti a Nuestro Señor, en el santo sacrificio de la misa o por la santa comunión. Al hablar al alma santa de Jesús, a su cuerpo sagrado, a su Corazón divino los contemplas en ti donde están real y verdaderamente. Entonces dirás esta oración con mayor fervor y recibirás mayor bendición.



## Sección II

*Oración de san Agustín para pedir a Nuestro Señor  
Jesucristo  
que haga vivir y reinar todas las facultades de su cuerpo,  
de su Corazón y de su alma en nuestros cuerpos,  
en nuestros corazones y en nuestras almas<sup>19</sup>*

Alma de Jesús, santifícame.  
Cuerpo de Jesús, sálvame.  
Corazón de Jesús, embriágame.  
Agua del costado de Jesús, lávame.  
Pasión de Jesús, confórtame.  
Oh buen Jesús, óyeme.  
Dentro de tus llagas, escóndeme.  
No permitas que me separe de ti.  
Del enemigo malo defiéndeme.  
En la hora de mi muerte llámame.  
Mándame ir a ti:  
Para que con tus ángeles te alabe,  
Por los siglos de los siglos. Amén.

---

<sup>19</sup> **Nota del editor.** No se sabe por qué el P. Eudes atribuye esta oración a san Agustín. Algunos la atribuyen a san Ignacio de Loyola pues la usó al comienzo de *Los Ejercicios*. Se dice hoy que no es de su autoría. El P. Bartoli, biógrafo de san Ignacio, afirma haberla leído impresa en 1499, cuando san Ignacio tenía 8 años.



## Sección III

### *Explicación de esta oración*

*Alma de Jesús, santifícame.* Puedes decir estas palabras solo una vez. Al recitarlas entrega tu alma, con todas sus facultades, al alma divina del Hijo de Dios para que ella las santifique uniéndolas a las suyas, y haga el mismo uso que él hizo de las suyas. Puesto que todo lo que hay en ti pertenece a Nuestro Señor Jesucristo por infinidad de títulos, tiene derecho de hacer uso de ellas, según su santa voluntad, para gloria de su Padre como de algo que le pertenece totalmente. Si le pones impedimento le infieres atroz injuria al privarlo de un derecho que le es muy amado, pues lo adquirió con el precio de su sangre.

Puedes también, y es mejor, repetir varias veces *Alma de Jesús, santifícame*. Aplica estas palabras a tu alma primeramente y luego a cada una de sus facultades: a tu memoria, a tu entendimiento, a tu voluntad, a la parte superior de tu espíritu, a tus sentidos interiores y exteriores y a tus pasiones.

Al decir por primera vez, en voz alta, *Alma de Jesús, santifícame*, entrega de corazón tu alma al alma divina de Jesús, que está en ti mismo, para que la santifique uniéndola a sí, destruyendo en ella lo que desagrada a Dios, imprimiendo en ella una imagen de su vida, de sus sentimientos, de sus disposiciones y de sus virtudes.

La decirlas la segunda vez, entrega tu memoria al alma santa de Jesús, para que la santifique, uniéndola a su



memoria, y para que haga el mismo uso que ella hizo de su memoria.

Al decirlas por tercera vez, entrega tu entendimiento al alma santa de Jesús para que lo santifique, uniéndolo a su entendimiento y para que haga en él el mismo uso que ella hizo de su entendimiento.

Al decirlas por cuarta vez, entrega tu voluntad al alma deificada de Jesús para que la aniquile y establezca en ti la vida y el reino de la adorabilísima voluntad de Dios.

Al decirlas por quinta vez, entrega la parte suprema de tu espíritu al alma bendita de Jesús para que la santifique, uniéndola a su espíritu y para que ella de ella el mismo uso que ella hizo de la misma parte de su espíritu.

Al decirlas por sexta vez, entrega tus sentidos interiores al alma preciosa de Jesús para que los santifique, uniéndolos a los suyos y los use como ella lo hizo con los suyos.

Al decirlas por séptima vez, entrega tus sentidos exteriores al alma santa de Jesús para que los santifique, uniéndolos a los suyos y haga con ellos los mismos usos que practicó con los suyos.

Al decirlas por octava vez, entrega tus pasiones al alma sagrada de Jesús que las santifique, uniéndolas a las suyas y para que haga de ellas el mismo uso que hizo de las suyas.

Puedes hacer otro tanto con cada uno de tus sentidos, en especial de aquellos que te causan más dificultad; también con tus pasiones especialmente las que te presentan mayor resistencia como el amor desordenado de ti mismos y de las criaturas, o el odio y la cólera.



Continúa la oración y di: *Cuerpo de Cristo, sálvame.*

Al decir estas palabras entrega tu cuerpo al cuerpo adorable de Jesús para que él destruya en él cuanto disgusta a Dios y para que imprima en él una imagen viviente de sus santas cualidades y de sus excelentes virtudes.

Puedes repetirlas varias veces, aplicándolas a los diferentes miembros de tu cuerpo, en particular a la lengua, las manos y los pies.

*Corazón de Jesús, purifícame, ilumíname, enciéndeme.*  
Al decir estas palabras entrega tu corazón al Corazón divino de Jesús que palpita en tu pecho, para que lo purifique, lo ilumine y lo encienda con el fuego sagrado de la hoguera ardiente que arde siempre en él, y que establezca su vida y su reino en él por siempre.

*Sangre de Jesús, embriágame* con el vino celeste del amor infinito que ha embriagado a mi Salvador y que hizo salir de sus venas hasta la última gota, para que me olvide de mí mismo y de todo y me pierda enteramente en mi Dios.

*Agua del costado de Jesús, lávame*, brotaste de la llaga sagrada del costado de Jesús. Lávame tan perfectamente que no quede nada en mí que desagrade a la vista de mi amabilísimo Redentor.

*Pasión de Jesús, confórtame* en mis penas, en mis debilidades, y contra toda tentación.

*Oh buen Jesús, escúchame*, por tu infinita bondad y por el amor inmenso por el que te diste a mí.



En este momento puedes pedir a Nuestro Señor todo cuanto deseas obtener de él, sea para ti o para otros.

*Entre tus llagas escóndeme*, en especial en la llaga de tu costado santo, de tu Corazón divino.

*No permitas que me separe de ti jamás*, de ti que eres mi alma, mi vida, mi espíritu, mi gozo, mi gloria, mi tesoro, mi corazón y mi todo.

*Del enemigo malo defiéndeme*, de su malignidad, del demonio, del mundo, de la carne, de mi amor propio, de mi propio espíritu, de mi orgullo, mi vanidad, mi voluntad propia.

*En la hora de mi muerte llámame; mándame ir a t* que eres mi principio, mi fin último, mi centro y mi soberano bien.

*Para que con tus ángeles te alabe por los siglos de los siglos. Amén.* Para que te ame, te alabe, te glorifique, con todos los ángeles y los santos, y con mi santísima Madre por siempre jamás. Amén.

Puedes decir todo esto vocalmente y de corazón al tiempo, o solo de corazón. Toma esta oración como materia de tu oración mental. Puedes usarla en todo tiempo, pero te digo y te exhorto de todo corazón que lo hagas sobre todo después de haber dicho la santa misa o de haber comulgado. Pues te ruego considerar repetidamente que Jesucristo Nuestro Señor es tu verdadera Cabeza y tú eres uno de sus miembros. De ahí se derivan cinco grandes verdades:

-1. Que se relaciona contigo como la cabeza con sus miembros. Que todo lo que es de él, también es tuyo: su



espíritu, su Corazón, su cuerpo, su alma, todas las facultades de su cuerpo y de su alma; que debes hacer uso de todo ello como si fuera tuyo, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios.

2. Que le pertenesces como los miembros a su cabeza. Por eso desea ardientemente hace uso de cuanto hay en ti para el servicio y la gloria de su Padre, como algo suyo.

3. Que no solamente él te pertenece sino que quiere habitar en ti; quiere vivir y reinar en ti como la cabeza vive y reina en sus miembros; quiere que todo lo que hay en él viva y reine en ti: que su Espíritu viva y reine en tu espíritu; que su Corazón viva y reine en tu corazón; que todas las potencias de su alma, sus sentidos exteriores e interiores, sus pasiones, vivan y reinen en las facultades de tu alma, en tus sentidos interiores y exteriores, en tus pasiones para que se cumplan sus palabras: *Glorifiquen y lleven a Dios en su cuerpo* (1 Cor 6, 20), y que la vida de Jesús se manifieste incluso en tu carne y en tu exterior (2 Cor 4 10).

4. No solo pertenesces al Hijo de Dios. Debes estar en él como los miembros está unidos a su cabeza. Cuanto hay en ti debe estar incorporado en él y recibir vida y guía de él. Solo en él puedes encontrar vida verdadera; él es la única fuente de la vida verdadera y fuera de él solo encuentras muerte y perdición. Que él sea el principio de todas las actividades, tareas y funciones de tu vida; y, finalmente, no debes vivir sino de él, en él y por él, según la divina Palabra: *Ninguno de nosotros vive para sí y nadie muere para sí. Porque, sea que vivamos, vivimos para el Señor, sea que muramos, morimos para el Señor; sea que vivamos sea que*



*muramos somos del Señor porque Jesucristo murió y resucitó a fin de reinar sobre muertos y vivos (Ro 14, 7-9).*

5. Con Jesús haces uno, como los miembros son uno con su cabeza. Por consiguiente solo debes tener un espíritu, un alma, una misma vida, una voluntad, un sentimiento, un corazón tanto corporal como espiritual con él; él mismo debe ser tu espíritu, tu corazón, tu amor, tu vida y tu todo.

Todo esto empieza en un cristiano por su Bautismo. Se acrecienta y fortalece con la Confirmación, y por el buen uso de las otras gracias que Dios le comunica. Recibe soberana perfección por la santa Eucaristía si aportamos las santas disposiciones que preceden, acompañan y siguen a la recepción de este gran sacramento. Si reflexionas en el contenido de la oración citada de san Agustín comprenderás por qué es aconsejable recitarla después de la santa comunión.

Vuelvo a ti, Madre admirable, para decir que en ti todas estas maravillas se cumplieron perfectamente y de manera eminente, sin comparación con nadie. De ti se puede afirmar verdaderamente que tu Hijo Jesús es todo en ti y que tú eres todo en él; que eres uno con él, y todo de forma excelentísima. Por tanto, su espíritu es tu espíritu, su Corazón, sea corporal o espiritual o divino, es tu Corazón; que él mismo es el espíritu de tu espíritu, el alma de tu alma, la vida de tu vida, y el Corazón de tu Corazón. Las criaturas todas del universo lo bendigan, alaben y glorifiquen eternamente, por todas las gracias que te ha concedido y por todos los poderes de su humanidad y de su divinidad.







## **LIBRO SEGUNDO**

**El Corazón del eterno Padre es el primer fundamento de la  
devoción al Corazón admirable  
de la santa Madre de Dios.  
Doce hermosos cuadros para contemplar  
este Corazón virginal.**

### **CAPÍTULO I**

#### ***Origen y fundamento de la devoción al Corazón de la santa Virgen***

Lo expuesto hasta ahora sería suficiente para demostrar que después de Dios nada hay en el universo que merezca tanto honor y veneración como el Corazón sagrado de la santa Madre de Dios, y que la devoción a este dignísimo Corazón es muy santa y agradable a su divina Majestad, y muy útil a todos los cristianos. Para acrecentarla y fortalecerla en los corazones donde ya existe y tratar de establecerla donde todavía no ha encontrado lugar, es mi deseo demostrar ampliamente que esta devoción no carece de fundamento y razón sino que tiene bases sólidas y firmes, de forma que todos los poderes de la tierra y del infierno son incapaces de hacerla tambalear.



El primer fundamento y la primera fuente de la devoción al santísimo Corazón de la santa Virgen es el Corazón adorable del eterno Padre y el amor incomprensible de que este Corazón está colmado a la amabilísima Madre de su Hijo amadísimo. Ese amor lo ha llevado a darnos varias imágenes bellas, y excelente cuadros del dignísimo Corazón de esta divina Madre.

Este Padre omnipotente, a quien se atribuye la creación del mundo y el establecimiento de la Ley antigua, tuvo a bien figurarnos y expresarnos por doquier en el universo y en los misterios, sacrificios y ceremonias de la antigua Ley, a aquel por el cual hizo todo y por el cual quiso rehacer y repararlo todo pues es el fin y la perfección de toda la Ley. En efecto, ha querido que en las Escrituras sea presentado con el nombre y las calidades de sol, de lluvia y rocío, de fuente, de río y mar, de tierra, de águila y león, de cordero, de piedra, de lirio, de viña, de vino y de trigo, y de muchos otros semejantes. Todo esto es bosquejo y figura de este Hombre-Dios y de sus atributos y perfecciones. El maná, el cordero pascual, las víctimas y todo el contenido de la Ley mosaica eran igualmente sombras de él mismo y de los misterios que iba a obrar en la tierra.

El Padre Dios, con gran complacencia, diseñó a la que había escogido desde la eternidad para ser la Madre de este



adorable Reparador, tanto en el estado de este mundo visible como en el de la Ley de Moisés. *Anunciada por los profetas*, dice san Jerónimo, *figurada por los patriarcas, con enigmas prefigurada, exhibida y mostrada por los evangelistas*<sup>20</sup>. La predijeron los profetas desde mucho tiempo antes de su nacimiento; los patriarcas la designaron bajo diversas figuras y los evangelistas nos la anunciaron. San Ildefonso afirma que en ella se realizan las predicciones de los profetas y los enigmas de las Escrituras<sup>21</sup>. Y él mismo añade que el Espíritu la predijo por los profetas, la anunció mediante diversos oráculos, la manifestó bajo figuras, la predijo en todo lo que la precedió, y la confirmó por lo que la siguió<sup>22</sup>.

San Juan Damasceno dice que el paraíso terrenal, el arca de Noé, la zarza ardiente, las tablas de la ley, el arca de la alianza, el vaso de oro en que se conservó el maná, el candelero de oro que reposaba en el tabernáculo, la mesa de los panes de la proposición, la vara de Aarón, la hoguera de Babilonia eran figuras de esta incomparable Virgen.

Hugo de san Víctor abunda al respecto diciendo: “Ciertamente, cuanto hay de loable y excelente en las Escrituras y en todas las criaturas puede ser empleado en la

---

<sup>20</sup> *Sermón de la Asunción*

<sup>21</sup> *Sermón 1.*

<sup>22</sup> *Libro de la virginidad de María.*



alabanza de María, la Madre de Dios. Ella es aurora que previene la salida del sol, flor hermosa, rayo de miel y dulzura, violeta humilde, rosa de caridad, lirio de pureza, viña que llena la tierra y fruto delicioso que deleita el cielo, perfume hecho con todos los aromas cuyo suave olor se difunde por el universo, fortaleza imposible de asaltar, torre y muralla inexpugnables, escudo impenetrable, columna inconmovible, esposa de fidelidad invencible, amiga de amor sin par, Madre de fecundidad del todo divina, Virgen íntegra e inmaculada, dama digna y poderosa, reina majestuosa, oveja inocente, cordero de candor y pureza, paloma sencilla, tórtola castísima”<sup>23</sup>.

San Bernardo va más allá. “La dama soberana de todo no es solo un cielo y un firmamento más sólido que todos los firmamentos sino que tiene otros nombres y es significada por otras realidades: es el tabernáculo de Dios, su templo, su casa, su alcoba, su lecho nupcial, el arca del diluvio, la paloma portadora de la rama de la paz, arca de la alianza, bastón milagroso de Moisés, vaso de oro lleno de maná, el maná mismo, la vara florida de Aarón; es el vellón de Gedeón, la puerta de Ezequiel, la estrella de la mañana, aurora que anuncia la salida del sol, lámpara ardiente y brillante, trompeta que anima a los soldados de Jesucristo para el combate y aterroriza a los enemigos; montaña

---

<sup>23</sup> *Sermón 34,*



mayor que todas las montañas, hontanar de los jardines, desierto lleno de misterios y prodigios, columna de nube y fuego, tierra prometida que mana leche y miel. Estrella del mar, navío enviado por Dios para atravesar seguros el mar proceloso del mundo, vía que debe seguirse para llegar felizmente al puerto, divina red que usa Dios para atrapar las almas, viña del Señor, su campo y su granja.

“Es el establo sagrado de Belén, el pesebre santo del Niño Jesús. Es el palacio del gran rey, su sala de despacho, su fortaleza y su ejército, su pueblo, su reino, su sacerdocio. Es la amadísima oveja del soberano Pastor, la madre y la nodriza de las demás ovejas. Es el verdadero paraíso terrenal, el árbol que da el fruto de la vida. Es el bello y precioso ropaje del que Dios se revistió, la perla de valor inestimable, el candelero de oro de la casa de Dios, la mesa de los panes de la proposición. Es la corona del rey eterno, su cetro, el pan que nutre a sus hijos, el vino que llena de alegría sus corazones, el aceite que los hermosea, los alimenta y fortalece. Es el cedro del Líbano, el ciprés del monte Sion, la palma de Cadés, la rosa de Jericó, bello olivar de sus campos, árbol plantado al borde de las aguas, canela y bálsamo de suavísimo aroma, mirra exquisita y escogida, cuya fragancia es agradable, incienso que perfuma el entorno. Es nardo, zafrán, azúcar que menciona el Espíritu



Santo en el Cantar. Es hermana esposa, hija y madre al tiempo.

“En una palabra, de ella, por ella y para ella las Escrituras se hicieron y todo el mundo fue creado. Dios la colmó de su gracia; por su medio el mundo fue rescatado, el Verbo se hizo carne; Dios se humilló hasta lo infinito, el hombre fue exaltado hasta lo posible”. Estos son los sentimientos de san Bernardo.

Ricardo de San Lorenzo, se extiende mucho más. Nos presenta más de cuatrocientos datos sacados de las Escrituras y de otras fuentes para delinear la persona de la sacratísima Madre de Dios, en sus misterios, calidades y virtudes<sup>24</sup>.

Observa, te ruego, que así como el Padre eterno no se contentó con presentar la persona de su Hijo Jesús con rasgos de Abel, Noé, Melquisedec, Isaac, Jacob, José, Moisés, Aarón, Josué, Sansón, Job, David y muchos otros santos que precedieron su venida a la tierra no temió ir más allá y nos dio hermosos cuadros de sus misterios, como el de su desposorio con la naturaleza humana por el misterio de la encarnación, de la pasión, muerte, resurrección y ascensión. Igualmente no le bastó figurarnos y representarnos la persona de la queridísima Madre de su amado Hijo, en María, la hermana de Moisés, en la profetisa

---

<sup>24</sup> *De laudib. Mariae*, lib 1 y siguientes.



Débora, de la ponderada Abigaíl, la prudente Tecuita, la casta y generosa Judit, la bella y santa Ester y de otras semejantes. Pero fue más allá y nos dio imágenes y retratos de sus misterios, cualidades, virtudes, e incluso de las más nobles facultades de su cuerpo virginal. Así aparece en las Sagradas Escrituras, en especial en el capítulo 24 del Eclesiástico y en el libro del Cantar. Allí su concepción inmaculada es representada con el lirio que crece en medio de espinas sin recibir heridas (Cantar 2, 2); su nacimiento con la aurora, fin de la noche y nacimiento del día (Cantar 6, 9); su ascensión al cielo con el arca de la alianza que san Juan vio en el cielo (Ap 11, 19); la cima de su dignidad, de su poder y santidad con la altura de los cedros del Líbano (Sir 24, 13); su caridad con la rosa, su humildad con el nardo, su paciencia con la palma, su misericordia con el olivo, su virginidad con la puerta cerrada del templo que Dios mostró a Ezequiel, su cabeza con el monte Carmelo, su cabellera con la púrpura del rey, sus ojos con los de la paloma y las piscinas de Hesebon, sus mejillas con las de la tórtola, su cuello con una torre de marfil<sup>25</sup>

El Padre celestial ha querido poner ante nuestros ojos varias figuras hermosas y cuadros maravillosos de este santísimo Corazón. Quiere que veamos cómo le es amado y precioso y que sus privilegios, perfecciones y maravillas son

---

<sup>25</sup> Sir 39, 17; 24, 18.19; 44, 2; Cantar 1, 9. 11; 11, 5; 7, 4.5; 7, 4; Ez 44, 2



tan innumerables que no pueden ser pintados y representados sino mediante cantidad de figuras y cuadros.

¿Dónde están estas figuras y estos cuadros del Corazón admirable de la Madre del amor hermoso? Entre muchos otros descubro doce muy excelentes: seis en las partes principales del mundo, es decir, en el cielo, en el sol, en la tierra, en la fuente que regaba toda la tierra de que se habla en el capítulo segundo del Génesis; en el mar y en el paraíso terrenal. Las seis restantes en seis realidades muy considerables que se ven en este mundo, desde Moisés hasta la muerte de Jesucristo, esto es, desde la zarza ardiente que vio Moisés en el monte Horeb, en el arpa misteriosa del rey David de que se habla en varios lugares de las divinas Escrituras, en el trono magnífico de Salomón, en el templo suntuoso de Jerusalén, en la hoguera prodigiosa de que habla Daniel, capítulo 3º, y en la montaña santa del Calvario.

Estos son los doce hermosos cuadros que representan el Corazón augusto de la reina del cielo. Los vamos a estudiar uno por uno para movernos a alabar y bendecir la mano del divino pintor que los hizo; a reverenciar y admirar las singulares perfecciones del prototipo del cual son solo imágenes, y a concebir alta estima de la devoción a este sagrado Corazón de la Madre de Dios; es devoción muy sólida y bien fundamentada cuyo primer fundamento y



primer origen es el Corazón adorable del eterno Padre que nos ha regalado estos retratos.

## CAPÍTULO II

### ***Primer cuadro: el Corazón de María es un Cielo***

El primer cuadro que el Padre celestial nos ha dado del Corazón incomparable de su Hija muy amada de su Corazón es el Cielo. Este Corazón purísimo es un auténtico cielo. Los cielos que nos cubren no son más que sombra y figura de él. Es Cielo elevado sobre todos los cielos. De él habla el Espíritu Santo cuando dice que el Salvador del mundo sale de un cielo más excelente que los otros cielos: *Sale del sumo cielo* (Sal 19, 7) para venir a realizar en la tierra la salvación universal. Al formarlo en su Corazón esta Madre admirable, antes de concebirlo en sus entrañas, lo tuvo oculto en ese mismo Corazón, como lo estuvo desde toda la eternidad en el seno del Padre. De allí salió para manifestarse a los hombres. Salió del cielo y del seno de su Padre, sin abandonarlo, *Excessit, non recessit*, dice Tertuliano, así salió del Corazón de su Madre, que es un cielo del que salió, permaneciendo sin embargo siempre



<sup>26</sup>en él con permanencia eterna: *Oh Dios, tu Verbo permanece en el cielo* (Sal 109, 89).

San Juan Crisóstomo al hacer el elogio del corazón del apóstol san Pablo, no temer decir que es un cielo, con cuanta mayor razón se puede dar este calificativo al Corazón celeste de la reina de los apóstoles.

El cielo puede llamarse obra de las manos divinas: *Los cielos son obra de tus manos* (Sal 102, 26). El Corazón de la divina María es obra maestra incomparable de su omnipotencia, de su sabiduría incomprensible y de su bondad infinita.

Dios hizo el cielo para morada de su divina majestad: *El Señor preparó en el cielo su sede* (Sal 103, 19). El llena el cielo y la tierra con su divinidad: *Lleno el cielo y la tierra* (Jer 23, 24), pero más el cielo que la tierra pues allí puso la plenitud de su grandeza, de su poder y de su magnificencia divina: *Tu magnificencia se eleva sobre los cielos* (Sal 8, 2). Puede decirse entonces que el Corazón de la sacratísima Madre de Dios es el verdadero cielo de la Divinidad, de los divinos atributos, de la santísima Trinidad, en el que la divina esencia, con todas sus perfecciones, y las tres eternas Personas han hecho siempre su morada de manera admirable.

---

<sup>2626</sup> Hom 55 al cap. 28 de Hechos.



Escucho a un soberano Pontífice decir que la plenitud de la Divinidad ha hecho su morada en el cuerpo sagrado y en las benditas entrañas de esta Virgen Madre: *En ella habitó corporalmente la plenitud de la Divinidad*<sup>27</sup>. Escucho también que usa parecido lenguaje: *María, como si fuera un cielo, mereció ser sagrario de la plenitud de la Divinidad*<sup>28</sup>. Hizo morada en el cuerpo adorable de Jesucristo, y por consiguiente en el cuerpo virginal de su divina Madre, en su residencia de nueve meses en ella. ¿Quién dudaría que la plenitud de la Divinidad no haya hecho igualmente morada antes en su Corazón? Imposible dudar que la plenitud de la Divinidad haya morado en este Corazón admirable como en su cielo, no solo por espacio de nueve meses sino siempre, después como antes, pues Jesús al salir de las entrañas de María siguió morando en su Corazón y allí permanecerá eternamente.

Escúchalo que dice: *Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos* (El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) *a él y haremos nuestra habitación en él* (Jn 14, 23), o sea, en su corazón y en su alma. Jamás nadie ha amado tanto a Jesús como María ni nadie ha seguido más fielmente sus palabras. Reconoce entonces que su Corazón es un cielo en el que la santa Trinidad tiene

---

<sup>27</sup> Inocencio III, -ser. 2 de la

<sup>28</sup> San Pedro Damiano, *Serm. 3 de ativ. Mariae*.



residencia de manera más digna y excelente que en cualesquiera otros corazones que aman a Dios.

Todo ese universo es casa de Dios. Es el primer templo que él mismo se construyó para ser adorado, alabado y glorificado en él por todas sus criaturas. *Oh Israel, qué grande es la casa de Dios y espacioso el lugar de su posesión* (Bar 3, 24). La parte más santa de esta casa de Dios y el lugar más sagrado es el cielo, que es su santuario: *Mira desde tu santuario y del excelso habitáculo de los cielos* (Dt 26, 25). Por eso las divinas Escrituras lo llaman *el lugar santo de Dios* (Sal 68, 6).

Me atrevo a decir que el Corazón de la santa Virgen es un cielo más santo, y que en él Dios hace su morada más santamente que en el primer cielo. En efecto, la divina Palabra me enseña que los cielos no son puros a los ojos de Dios: *Los cielos no son puros en su presencia* (Job 15, 15). Atrevidamente digo con san Anselmo que “el Corazón de la reina de los ángeles es tan puro que, aparte la pureza divina, no se puede concebir otra mayor”<sup>29</sup>. Los cielos fueron manchados por la soberbia de Lucifer y de los ángeles réprobos, pero, ningún pecado, ni original ni actual, entró en el Corazón inmaculado de la muy humilde María.

Aunque Dios sea el soberano Monarca del cielo y de la tierra, solo reina absoluta y perfectamente en el cielo. *El*

---

<sup>29</sup> *De concept. Vir. Cap. 18*



*cielo es el trono de Dios* (Mt 5, 34) dice el Hijo de Dios. Según la divina Palabra el cielo es llamado *el Reino de Dios* (Lc 6, 20), *Reino de los cielos* (Mt 5, 20). Todo porque allí Dios reina soberanamente.

Nadie puede dudar que reine con mayor magnificencia en el Corazón de la reina del cielo. En el cielo no ha podido reinar siempre perfectamente, pues la rebelión de los ángeles apóstatas se lo impidió; en cambio en el Corazón virginal de María ha ejercido su imperio sin obstáculo alguno. Para su divina Majestad ha sido más glorioso reinar en el Corazón de la soberana emperatriz del universo, que sobrepasa en dignidad, santidad y poder cuanto hay de grande y santo en el mundo, que hacerlo en los corazones de los hombres y los ángeles.

En la Iglesia se escucha resonar todos los días el divino cántico de alabanza a la Trinidad santa: *Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria*. Con todo, esta gloria no resplandece y no se manifiesta tanto en la tierra como sí en el cielo, pues allí Dios ostenta claramente su gloria y sus grandezas: *Su gloria cubrió los cielos* (Hab 3, 3)

Proclamo con todas las fuerzas que el Corazón de la Madre de amor es un cielo más lleno de la majestad de la gloria de Dios que todos los cielos. Ciertamente es un cielo en el que Dios ha sido, es y será eternamente adorado,



alabado y glorificado más santa y perfectamente que en todas las criaturas que existen en la tierra y en el cielo. Esta preciosa Virgen lo ha adorado, alabado y glorificado siempre con toda la capacidad de gracia de su alma y de su Corazón. La gracia que le fue dada desde el momento de su Concepción fue más excelente, al decir de varios grandes doctores, que toda otra gracia que haya sido jamás comunicada a ángel alguno en el cielo o a hombre alguno en la tierra.

Es cierto que la divina Majestad hizo maravillas en la parte más alta y noble del mundo, que es el cielo, y en cuantos lo habitan. Pero ¿quién podrá comprender los efectos admirables de luz, de gracia, de amor y santidad que los divinos atributos y las Personas eternas han obrado en el Corazón de la Madre de Dios?

Escucho decir a la divina Palabra que el Espíritu de Dios ha adornado el cielo con magníficos ornamentos: *Su espíritu adornó los cielos* (Job 26, 13), con el sol, la luna y las estrellas. Pero enriqueció y adornó nuestro nuevo cielo, el Corazón de nuestra reina, con un sol infinitamente más esplendoroso que es el amor divino; con una luna incomparablemente más luminosa que es la fe; con un ejército de estrellas mucho más brillantes que son todas las virtudes.



Lo que dice san Bernardo sobre la Virgen puede decirse de su Corazón virginal: que es un cielo y un firmamento en el que Dios ha puesto el verdadero sol, la luna verdadera y las estrellas auténticas, es decir, Jesucristo que habita de continuo en ella; la Iglesia que también está allí con su cabeza bajo formas diversas; está en ella más santamente que en el corazón de san Pablo, quien asegura a los fieles que los lleva en su corazón: *Los llevo en mi corazón* (Fp 1, 7), junto con innumerables gracias y prerrogativas: *En este firmamento puso Dios el sol, la luna, Cristo y la Iglesia, y las estrellas, prerrogativas numerosas de gracias*<sup>30</sup>.

Las divinas Escrituras llaman al sol *el muy rico tesoro de Dios* (Dt28, 12). Mostraré por otra parte que el Corazón de la Reina del cielo es el tesoro de los tesoros de la Majestad divina, en que ha encerrado riquezas sin cuento.

Este Corazón admirable es cielo empíreo, o sea, cielo de fuego y llamas por entero, pues estuvo siempre abrasado de fuegos y llamas de un amor del todo celeste y de un amor más ardiente y santo que el amor de los serafines y de los mayores santos que habitan el cielo empíreo.

Es el cielo de los cielos, hecho para solo Dios, herencia preciosa y rica heredad del Señor que la ha poseído siempre

---

<sup>30</sup> San Bernardo, *Sermón 3 sobre la Salve*



perfectamente (Sal 114, 16). Y lo es por tres grandes razones:

Primero, ¿no es cierto que su Hijo Jesús es el verdadero cielo de la santísima Trinidad, pues el Espíritu Santo nos asegura que la plenitud de la divinidad mora en él (Col 2, 9)? ¿No vimos ya que Jesús ha habitado y habitará por siempre en el bienaventurado Corazón de su dignísima Madre? Y no es de admirar pues según la Palabra de Dios él habita desde esta vida en los corazones de los que creen en él con fe viva y perfecta (Ef 3, 17). En consecuencia, puesto que este amable Salvador es un cielo y dado que no tiene morada más gloriosa y feliz, después del seno adorable de su Padre eterno, que el Corazón de su divina Madre, que es otro cielo, es un cielo que habita en otro cielo. Por tanto el Corazón de la Madre de Jesús es el cielo del cielo.

Segundo, es el cielo del cielo pues la preciosa Virgen, considerada en su persona, es un verdadero cielo. Así la llama el Espíritu Santo, según interpreta un sabio y piadoso autor: *Desde el cielo Dios miró a la tierra* (Sal 102, 20), es decir, el Señor, que ha fijado su morada en la santa Virgen como en un cielo, ha puesto sus ojos misericordiosos en la tierra, en los pecadores. Esa Virgen maravillosa es un cielo porque como todo lo que vive bajo el cielo, en el orden de la naturaleza, recibe la vida por influencia de los cielos, así la Iglesia nos dice que la vida de la gracia nos es concedida



por la bienaventurada Virgen. Esta incomparable Virgen es un cielo, y cielo nuestro en el mundo de la gracia, porque después de Dios ella es fuente de nuestra vida sobrenatural, y por tanto se puede decir que su Corazón es el cielo del cielo, por ser el principio tanto de su vida corporal como de la espiritual, de que gozó en la tierra como de la eterna, según veremos.

Tercero, este Corazón maravilloso es el cielo del cielo, porque, según san Bernardo, contiene en sí toda la Iglesia, que la Escritura llama Reino de los cielos, y todos los hijos de la Iglesia, como dijimos, reciben por su medio la vida de la gracia. Si san Pablo asegura a los cristianos de su tiempo que están alojados en sus entrañas (2 Cor 7, 3) ¿quién se atrevería a desmentir a san Bernardino de Siena<sup>31</sup> cuando dice que la preciosa Virgen lleva en su Corazón a todos sus hijos como buena Madre? ¿Quién me contradice si digo que, como consecuencia, ella llevará eternamente a todos los habitantes del cielo en su Corazón, que es, por tanto, el cielo del cielo, verdadero paraíso de los bienaventurados, lleno de gozo y delicias para ellos, a causa del amor inconcebible de que este Corazón maternal está encendido hacia ellos? Por eso éste será su canto eterno: “Oh santa Madre de Dios, tu amor sin límites ha ensanchado tu corazón hasta tal punto que es como ciudad inmensa, o

---

<sup>31</sup> Tom. 3. Serm. 6. Art. 22, cap. 2



mejor como un cielo ilimite, todo lleno de consuelos inefables y de gozos inenarrables para tus hijos amadísimos, cuya mansión serás para siempre”.

De esta manera el Corazón amabilísimo de nuestra divina Madre es un cielo, un cielo empíreo, y el cielo del cielo. ¡Oh cielo, más elevado, dilatado y amplio que todos los cielos! ¡Oh cielo que lleva en sí a quien los cielos de los cielos no pueden contener! ¡Oh cielo más colmado de alabanzas, de gloria y amor por Dios que ese cielo admirable, morada de la eterna beatitud! ¡Oh cielo, en el que el Rey de los cielos reina más perfectamente que en el resto de los cielos! ¡Oh cielo en el que la santa Trinidad mora más dignamente y obra cosas mayores que en el cielo empíreo! ¡Oh cielo en el que la divina misericordia ha establecido su trono y dispone todos sus tesoros para dar audiencia a todos los míseros y socorrerlos en sus necesidades! (Sal 26, 6). Vamos, acudamos confiados, visitemos este trono de gracia para presentar a su muy benigno Corazón las gracias que necesitamos para ser gratos a la divina Majestad.

¡Oh cielo donde están escritos los nombres de todos los verdaderos hijos de la Madre de amor! ¡Alégrense, salten de gozo todos ustedes que tienen la fortuna de ser contados entre los hijos de esta santa, buena y muy amable Madre! Sus nombres están escritos en el cielo de su



Corazón maternal. Levanten a menudo los ojos y el corazón hacia ese hermoso cielo. De él deben esperar luz, fortaleza, auxilios que necesitan para no caer en las trampas peligrosas que sus enemigos tienden por doquier; para deshacerse de lazos terrenos; para combatir y vencer el amor del mundo y de sí mismos que le enfrentan dura guerra; y para hacer generosa y fielmente el objetivo por el que los creó y rescató: para amar fuerte, pura y únicamente a su Creador y Redentor, y para ser también ustedes un cielo a imitación del cielo del cielo; para ser lugar santo, elevado por encima de todo lo terreno, donde el Santo de los santos more continuamente y donde sea adorado, alabado, glorificado sin cesar, y donde el amor, la caridad, la santidad, la misericordia y todas las demás virtudes reinen perfectamente.

### **CAPÍTULO III**

#### ***Segundo cuadro: El Corazón de la Virgen es un Sol***

El segundo cuadro que el Creador del cielo y de la tierra nos ha dado del divino Corazón de la reina de la tierra y del cielo es el sol. No solo hizo este maravilloso astro para ser la luminaria de este mundo; lo hizo también para ser el retrato de las perfecciones excelentes del Corazón luminoso



de la soberana Señora del universo. Tú sabes que la infinita omnipotencia compuso este gran universo dividido en tres estados u órdenes diferentes: la naturaleza, la gracia y la gloria. Su divina sabiduría estableció relación, vínculo y semejanza perfecta entre estos tres estados, y entre todo lo que ellos encierran, de forma que todo lo que se da en el orden de la naturaleza es imagen de lo que se da en el orden de la gracia, y todo lo que se da en la naturaleza y la gracia es figura de lo que se da en la gloria. De donde se concluye que el sol, que es como el corazón de este mundo visible, la más bella y esplendorosa obra de la naturaleza, no es, sin embargo, con todas sus brillantes luces, sino oscura sombra de nuestro divino sol que es el Corazón de la Madre de Jesús.

¡Qué hermoso cáliz es el sol! Dice la divina Palabra: obra es del Soberano. Grande es el Señor que lo hizo: *Vaso admirable, obra del Excelso, grande es el Señor que lo hizo* (Sir 43, 2.5). Digamos del muy excelente Corazón de la Madre de Dios: obra maestra, incomparable, de la mano omnipotente del Altísimo; compendio de cuantas maravillas hizo en las criaturas, objeto eterno de la admiración y asombro de hombres y ángeles; grande, y muy grande es el que lo hizo pues su divina magnificencia se manifiesta más en este Corazón admirable que en todo cuanto hay de maravilloso en la naturaleza, la gracia y la gloria.



El sol que ilumina el mundo visible, que es como su corazón, es todo luminoso, todo luz y hontanar de todas las luces de los demás astros del firmamento. El Corazón de María está totalmente rodeado, rebosante, penetrado de luz, pero de un brillo incomparablemente más luminoso y excelente que todas las luces del firmamento. Es todo él luz y, después de Dios, la fuente primera de todas las luces que iluminan el cielo de la Iglesia. *Yo hice en lo cielos que se originara una luz indeficiente* (Sir 24, 6). Sol admirable, en el que descubro doce luces diferentes. Escucho a san Alberto el Grande decir que, no sin razón, María quiere decir iluminada, iluminadora e iluminante, revestida del sol eterno, con la luna a sus pies, llena de diez clases de luces<sup>32</sup>.

1. Las luces adquiridas por el uso de la razón, muy purificada en ella, jamás entenebrecida por el pecado.
2. Las luces recibidas por la lectura de los santos Libros.
3. Las luces recibidas en su espíritu por la muy sublime contemplación.
- 4 Las luces de que su Corazón fue lleno por el trato que tuvo con los santos ángeles.
5. Las que recibió de Dios inmediatamente.
6. Las luces que recibió por el gusto y la continua experiencia de las cosas divinas.

---

<sup>32</sup> Coment. al cap. de Lucas.



7. Las luces derramadas en ella por el saludo y las palabras del ángel san Gabriel.
8. Las que recibió por la venida del Espíritu Santo a ella en el momento de la encarnación.
9. Las maravillosas claridades con las que el Padre de las luces llenó su Corazón cuando la revistió de su divino poder para formar en sus sagradas entrañas al que es la luz eterna.
10. Las luces inconcebibles de que fue colmada cuando la plenitud de la divinidad hizo morada en su cuerpo por espacio de nueve meses y en su Corazón por siempre.

A estas añado dos más: una undécima, aquella con que su espíritu fue iluminado por la comunicación ininterrumpida que tuvo con su Hijo amadísimo durante todo el curso de su vida mortal en la tierra y desde su resurrección hasta su ascensión al cielo. Y una duodécima que comprende las luces inefables de que fue colmada cuando la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, incomprensibles a todo otro entendimiento, e indecibles en toda lengua.

El sol es el principio de la vida vegetativa, sensitiva y animal del mundo visible. El Corazón de la santa Virgen es fuente de vida de tres grandes mundos. En primer lugar lo vimos como fuente de la vida de la Madre de Dios, que es



mundo lleno de cosas grandes y maravillosas, ajenas a este mundo que contemplan nuestros ojos.

Añado que él es la fuente de tres vidas diferentes que se encuentran en esta divina Madre: de la vida humana y natural en su cuerpo durante su paso en la tierra; de la vida espiritual y sobrenatural que su alma poseía entonces; y de la vida gloriosa y eterna de que su alma y su cuerpo gozan en el cielo. Porque, como todo el mundo lo piensa, si el corazón es el principio de la vida del cuerpo, es preciso aceptar que es origen de la vida del alma tanto en la tierra como en el cielo, siendo como es la fuente del amor y la caridad que son la verdadera vida del alma cristiana en tiempo y eternidad.

En segundo lugar, el Corazón de la Madre de Dios es principio de la vida de otro mundo más admirable que el precedente. ¿De qué mundo se trata? Es el Hombre-Dios, colmado de infinidad de singularidades y maravillas. Este Hombre-Dios es hijo de María, y por tanto el Corazón de María es fuente de su vida puesto que el corazón de la madre es principio de la vida del niño y de la madre.

En tercer lugar, el Corazón de la Madre del Salvador es origen de la vida de un tercer mundo, compuesto de todos los verdaderos hijos de Dios, que viven en la tierra animados de la vida de la gracia, y, en el cielo, de la vida de la gloria. Después de Dios, reciben ambas vidas de la Madre



de aquel que es su cabeza y del que son miembros; por ellos son deudores de su santísimo Corazón que por su profunda humildad, por su pureza virginal y por su amor ardentísimo la hizo digna de ser la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios.

San Juan Crisóstomo dice con razón que el corazón de san Pablo es *el corazón de todo el mundo* pues “por medio de este corazón apostólico el Espíritu de la vida verdadera se derramó sobre todas las cosas y fue dado a los miembros de Jesucristo”.<sup>33</sup> Con cuanta mayor razón cabría decir lo mismo del muy caritativo Corazón de la reina de los apóstoles. Muy cierto es que es el corazón de todo el universo, corazón del cielo y de la tierra, corazón de la Iglesia peregrinante, sufriente y triunfante, pues el Espíritu Santo nos hace cantar: “Naciones todas redimidas por la sangre preciosa de Jesús, regocíjense, alaben a su Redentor y a su gloriosa Madre. Estaban condenados a muerte eterna pero el Hijo de María los rescató y la Madre de Jesús les devolvió la vida, vida eterna, al darles a su Hijo que es la vida esencial y fuente de toda vida”.

Madre de vida, tu divino Esposo, el Espíritu Santo pronunció, por uno de sus más señalados servidores, san Juan Damasceno, que tu eres *tesoro de vida*<sup>34</sup>. Este elogio se dirige primera y principalmente a tu dignísimo Corazón. Es

---

<sup>33</sup> Hom. 23, sobre el cap. 16 de la carta a los Romanos.

<sup>34</sup> *Sermón de la Asunción*



el tesoro de toda clase de vida. Es tesoro de la vida de un Hombre-Dios. Tesoro de la vida de una Madre de Dios, de su vida corporal, de la espiritual y de la eterna; es tesoro de la vida de los hijos de Dios, de la vida santa de sus almas mientras están en la tierra y de la vida bienaventurada de sus almas y de sus cuerpos cuando estén en el cielo una vez resucitados. ¡Oh cómo es cierto que el sol, brillante y esplendoroso de luz y belleza es solo una sombra muy oscura del Corazón de la reina del cielo. Aquel es solo principio de vida terrestre, animal y mortal; éste es fuente de vida celestial, divina e inmortal.

El sol está en perpetuo movimiento desde la creación y su curso es tan rápido que según suponen los matemáticos en cada hora recorre más de un millón de leguas. El Corazón de la Madre del amor hermoso, desde el momento de su inmaculada concepción, ha estado en movimiento continuo de amor a Dios y de caridad al prójimo. Mientras este Sol estuvo en la tierra, corrió, mejor voló, con tal rapidez en el camino de la santidad que la velocidad del sol material no es sino sombra y figura de aquella. Nuestro divino Sol hizo, sin comparación, más camino en la carrera mística y sobrenatural en el mundo de la gracia, que el que hace el sol al girar en torno a este mundo visible.

La divina Palabra nos enseña que el sol es el tabernáculo de Dios: *Puso en el cielo su tabernáculo* (Sal 19,



6). Esto es mucho más verdadero dicho del Corazón de la preciosa Virgen. San Ambrosio le aplica así estas palabras, especialmente a su Corazón: “En él Dios ha hecho su morada más gloriosamente y obra prodigios mayores que en el sol”. Escucho al Padre eterno que dice que el trono de su Hijo es como un sol en su presencia (Sal 89, 38). ¿Cuál es ese trono del Hijo de Dios sino el Corazón de su Madre amadísima? El es ese Sol que brilla sin cesar ante la faz del Padre de las luces.

El sol material derrama su luz, calor e influencias sobre todo lo que hay en la tierra. Este Sol místico difunde sus luces santas, sus divinos calores, y sus celestes influencias por doquier, en el cielo y en la tierra, sobre hombres y ángeles: *No hay quien escape a su calor* (Sal 19, 6). Con su aspecto regocija a todos los habitantes de este mundo elemental; pero beatifica todo el universo con su grande e inmensa caridad de que rebosa hacia todas las criaturas de Dios: *Anuncia gozo al universo entero*. Es consuelo de las almas que penan en el purgatorio; alegría de los fieles que habitan la tierra; júbilo de los ángeles y los santos que viven en el cielo.; complacencia y delicia de la Trinidad santa; gozo universal de todo el mundo, al decir de san Germán de Constantinopla<sup>35</sup>; océano inagotable de felicidad según san Juan Damasceno<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup> Homilía en la Natividad de María.;

<sup>36</sup> Oración 2 en la Dormición de la Madre de Dios.



Quiten el sol que ilumina el mundo sensible, dice san Bernardo, *¿Qué sería del día? ¿Supriman a María, estrella del mar,* (o bien supriman el Corazón de María, sol verdadero del mundo cristiano), *qué pasará sino que quedaremos sumergidos en horribles tinieblas y sepultados en sombras de muerte*<sup>37</sup>?

Se cuenta de un célebre astrólogo, tan apasionado del sol, que hizo de él el principal objeto de su estudio y de su ciencia. Quería mirarlo siempre y sintió placer en arriesgar su vista para contemplarlo. Se tuvo por afortunado al haber perdido sus ojos por esa causa. Ojalá todos los cristianos tuvieran tanta pasión por este maravilloso Sol, como el de ese sabio por el astro que vemos al igual que lo ven los animales.

¡Oh bondadoso Corazón de mi reina, mi amabilísimo Sol, qué afortunados son los corazones que te aman! ¡Cuán dichosos son los entendimientos que estudian tus excelencias y las lenguas que las predicán y las cantan! ¡Dichosos los ojos que te contemplan! Entre más te contemplan más desean contemplarte y reciben más luz y fortaleza para hacerlo. Es cierto que los encegueces pero solo para no ver lo terrenal y los haces más clarividentes ante lo celestial y eterno. Bienaventurada ceguera que hace decir con san Pablo: *No tenemos ojos para lo visible sino*

---

<sup>37</sup> Sermón del acueducto en la Natividad de María



*solo para lo invisible: lo que se ve con los ojos corporales es transitorio pero lo que se ve con los ojos de la fe es eterno y permanente (2 Cor 4, 18).*

¡Oh Sol admirable, oh dignísimo Corazón de mi muy venerada Madre, me regocija infinitamente verte tan luminosa y brillante en toda clase de perfecciones! Gracias eternas se tributen por todos los corazones y lenguas de hombres y ángeles al que es el Sol por esencia e increado, por haberte hecho partícipe en tan alto grado de sus divinas calidades. Sol hermoso, ilumina nuestras tinieblas, calienta nuestras frialdades, disipa las nubes y oscuridades de nuestras mentes, enciende nuestros corazones en fuegos sagrados, derrama sin cesar tus suaves efluvios en nuestras almas para que en ellas florezcan todas las virtudes y sean fecundas y fértiles en buenas obras. Por tu mediación ante la divina bondad, haz que vivamos en la tierra de la vida del cielo, y que no busquemos otra felicidad que la propia de los hijos de Dios que no quieren cosa distinta de agradar a su amabilísimo Padre y seguir siempre su divina voluntad.

Sol divino, concede que nuestro corazón sea espejo terso y claro; complácete en fijarte e imprimirte tú mismo en él para que sea imagen perfecta de tu humildad, pureza y sumisión a la divina Voluntad; de tu caridad, amor, santidad y de todas las demás virtudes y perfecciones. Que sea todo para la sola gloria de quien la hizo solo para él.



## CAPÍTULO IV

***Tercer cuadro: representa el Corazón de la santísima  
Virgen  
como EL MEDIO DE LA TIERRA  
en el que Dios obra nuestra salvación***

El tercer cuadro del nobilísimo Corazón de la reina del cielo se expresa con estas palabras: *Dios, nuestro Rey, obró la salvación en MEDIO DE LA TIERRA* (Sal 74, 12). ¿De qué se trata y cuál es el medio de esta tierra? Es admitido que no puede tratarse de esta tierra en que caminamos. Si es considerada como se presenta, pues como es redonda en su superficie, el único medio que tiene es su centro. Pero según el parecer común de los teólogos allí se encuentra el infierno y la perdición. No es posible por tanto afirmar que Dios haya obrado allí la salvación del mundo. Debemos por consiguiente entender estas palabras como referidas a otra tierra.

Encuentro varios sentidos de tierra en la Sagrada Escritura. Primero, la tierra que Dios hizo al comenzar el mundo. La que dio al primer hombre y a sus hijos: *Dio la tierra a los hijos de los hombres* (Sal 114, 16). Segundo, la tierra que hizo para el hombre nuevo, Jesucristo Nuestro



Señor, según se le dijo: *Bendijiste, Señor, tu tierra* (Sal 83, 2).

La primera fue tierra maldecida por la boca de Dios por causa del pecado del primer hombre: *Maldita será la tierra con tu trabajo* (Gn 3, 17). Tierra de tinieblas, de desorden, de muerte, de horror y de horror eterno (Job 10, 22).

La segunda tierra es tierra de bendición, de gracia, de luz, de vida y de vida eterna. Tierra más noble y augusta, más luminosa y santa que los mismos cielos. ¿De qué tierra se trata? Es la sacratísima Virgen. La primera tierra, considerada en el estado en que fue hecha por Dios antes de la maldición del pecado, es apenas sombra, esbozo, muy imperfecto.

De esta tierra habla el Espíritu Santo al decir: *Que se abra la tierra y brote el Salvador* (Is 45, 8). Es la verdadera tierra prometida, dice san Agustín, mucho tiempo antes prometida por la voz profética, en la que nació el Hijo de Dios: *la Verdad nació de la tierra* (Sal 85, 12).

En medio de esta tierra se obró nuestra salvación (Sal 74, 12). San Jerónimo y san Bernardo aplican estas palabras a la bienaventurada Virgen. Observa bien, sin embargo, que el Espíritu Santo que las pronunció por boca del profeta rey, no solo afirma que Dios obró la salvación del universo en esta tierra sino *in medio terrae* o según otra versión *intimo terrae*, como si dijera “en el medio, en el corazón de



la tierra”, es decir, en el Corazón, en el seno de esta Virgen incomparable. Ciertamente, fue en el corazón de esta *buena tierra*, para decirlo mejor, en este bueno, bonísimo Corazón de María, Madre de Jesús. En su *bueno y óptimo Corazón* (Lc 8, 15), la palabra increada y eterna, al salir del seno de Dios para venir a salvar a los hombres acá abajo, fue recibida y conservada cuidadosamente. *El trigo de los elegidos* (Zac 9, 17) fue sembrado abundantemente y produjo fruto al céntuplo y al mil veces por céntuplo.

Es lo que anuncia el salmo 72, 16, divina profecía en la que el Espíritu Santo encierra grandes y admirables misterios, traducida por uno de los más célebres poetas<sup>38</sup>, con alabanza y aprobación de grandes doctores y teólogos de la facultad de París:

Puñado rico de trigo aventado  
en montes y cimas altaneras  
crecerá tan largamente dilatado,  
que sacudidos por vientos impetuosos  
sus frutos ondulantes semejarán  
verdeantes bosques del Libano.

¿Qué significa ese trigo lanzado a puñados generosos sino el Hijo único de Dios, trigo verdadero de los

---

<sup>38</sup> Felipe des Portes



elegidos, pan de Dios, vida y fuerza para el corazón el hombre? *Pan que fortalece el corazón del hombre* (Sal 104, 15) –llamado por ello *firmamentum*- que el Padre eterno ha derramado y derrama diariamente, a manos llenas, al darnoslo con tanto amor en el misterio de la encarnación, y bondadosamente en la santa Eucaristía. ¿Qué significan esos montes de cimas altaneras sino su dignísima Madre, que el Espíritu Santo pone ante nuestros ojos, bajo el nombre y la figura, no de una sino de muchas montañas, pues contiene en eminencia todas las montañas, es decir, todos los santos que la Palabra de Dios llama *montañas santas* (Sal 87, 1), *montañas de Dios, montañas eternas* (sal 76, 5)? Esas cimas muy altas son las prerrogativas y las perfecciones sublimes de esta Dama soberana del universo.

Sobre esos montes de cimas altaneras, en medio de esta tierra santa, en el bondadoso Corazón de la muy buena María, este trigo adorable ha sido sembrado y esparcido primeramente, pues ella lo recibió en su Corazón antes de recibirlo en sus entrañas. De ahí se extendió por todo el universo llevado por la voz alada de los predicadores apostólicos, animados por el Espíritu Santo y se multiplicó infinitamente en los corazones de los verdaderos cristianos.

Con verdad puede decirse que Jesús es fruto no solo del vientre sino del Corazón de María; y también puede afirmarse que los fieles son frutos de ese mismo Corazón.



En un discurso que san Benito pronunció ante sus religiosos sobre el martirio de san Plácido y sus compañeros, que eran sus hijos espirituales, los llama frutos de su corazón. Decía: *He deseado siempre ofrecer al Dios poderoso un sacrificio que sea fruto de mi corazón*<sup>39</sup>, con cuánta mayor razón se puede decir que los verdaderos cristianos son fruto del Corazón de su divina Madre.

La fe, la humildad, la pureza, el amor y la caridad de su Corazón la hicieron digna de ser la Madre del Hijo de Dios. Esas mismas virtudes de su Corazón la han hecho Madre de los hijos de Dios. El Padre eterno le dio la capacidad, cubriéndola con su divino poder, el mismo poder con que él da nacimiento a su Hijo desde toda la eternidad en su seno adorable, de concebir ese mismo Hijo en su Corazón y en su seno virginal, *el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc 1, 35); así le dio el poder, al mismo tiempo, de formarlo y hacerlo nacer en el corazón de los hijos de Adán y por ese medio hacerlos miembros de Jesucristo e hijos de Dios. Así como ella concibió y llevó y llevará eternamente a su Hijo en su Corazón, concibió de igual manera, ha llevado y llevará por siempre en ese mismo Corazón a todos los santos miembros de esa Cabeza, como a hijos amadísimos, frutos de su Corazón maternal, para ofrecerlos de continuo, como perpetuo sacrificio, a la divina Majestad.

---

<sup>39</sup> Surius en *La vida de san Plácido*



Esta *tierra buena* hizo fructificar el grano de trigo que cayó en ella, mortificado y como aniquilado, para no permanecer solo sino para producir otros granos incontables (Jn 12, 24-25). Este Corazón bueno ha producido fruto mil veces centuplicado. Así el Rey de reyes y el Dios de los dioses ha hecho la obra de nuestra salvación en medio de esta tierra.

## Sección I

### *Cómo el Corazón de la sagrada Virgen ha cooperado en el comienzo y el progreso de nuestra salvación*

Lo que hemos dicho hasta ahora encierra alta consideración y provecho para el Corazón sagrado de la Madre de Jesús. Pero hay mucho más. Esta maravillosa obra maestra de la salvación del género humano fue hecha, no solo en el Corazón, sino, en cierto modo, por el Corazón de esta Madre admirable.

Luego de lo afirmado por san Juan Crisóstomo, respecto del corazón de san Pablo, al que considera principio y comienzo (después de Dios, se entiende) de nuestra salvación: *Principio y elemento primario de nuestra salvación*<sup>40</sup>, ¿quién tomaría por desatinado si se da este

---

<sup>40</sup> Hom. 23, del cap. 16 de la carta a Romanos



mismo elogio al sagrado Corazón de la Madre de Dios? Ciertamente y no sin razón ni fundamento. En efecto, no solo recibió, ella la primera, en su Corazón al Salvador del mundo, cuando salió del Corazón de su Padre para venir a trabajar en la tierra la obra de la Redención, sino que lo conservó y por siempre lo conservará en él; y además este Corazón sin igual, encendido en amor a Dios y en caridad al hombre, cooperó siempre con él en esta obra, en su comienzo, en su progreso y en su acabamiento.

Colaboró en el comienzo: hace más de cuatrocientos años, un hombre muy piadoso y sabio dijo que los dos primeros hechos que dieron comienzo a nuestra salvación proceden de su sacratísimo Corazón: la fe y asentimiento que ella dio a la Palabra del ángel<sup>41</sup>. Dios no quiso cumplir el misterio de la encarnación sino a partir del asentimiento del corazón divino de María, misterio que es el fundamento de nuestra salvación, principio de los demás misterios obrados por Nuestro Señor para la redención, y fuente primera de las gracias que nos adquirió para liberarnos de la esclavitud del pecado y del infierno, y para conducirnos al cielo.

Colaboró en el progreso: veamos de qué manera este caritativo Corazón de la Madre del amor hermoso cooperó

---

<sup>41</sup> Ricardo de San Lorenzo, *De laud. B.M.V.* lib.2, partit. 2, p. 104.



en el progreso de esta obra. Descubro cinco maneras principales y muy señaladas.

Primero, por los cuidados, premuras y afanes continuos que el amor y la caridad de que estaba lleno su Corazón hicieron que esta divina Madre tuviera, para conservar, alimentar y educar un Salvador.

Segundo, por las oraciones fervientes que dirigía sin cesar a Dios con todo su Corazón para el cumplimiento de los designios que este adorable Redentor albergaba para realizar la salvación del mundo.

Tercero, por las mortificaciones, humillaciones y sufrimientos que padeció. Todo lo ofreció al Padre eterno con amor muy ardiente y caridad increíble, en unión de lo que su Hijo padeció, y por las mismas intenciones que él tuvo: la destrucción del pecado y la salvación de las almas.

Cuarto, por la unión estrechísima que tenía con su Hijo con el que tenía un solo Corazón, un alma, un espíritu y una voluntad. Quería lo que él quería; hacía y sufría, con él y en él, lo que él hacía y sufría. Cuando él se inmoló en la cruz por nuestra salvación, se sacrificaba unida a él por la misma causa. ¡Oh María, dice san Bernardo, qué rica eres! Lo eres más que todas las criaturas del cielo y de la tierra; eres lo bastante rica para enriquecerlas a todas, pues esa porción de tu sustancia que diste a nuestro Salvador, cuando quiso



ser tu Hijo, es suficiente para pagar todas las deudas del mundo<sup>42</sup>.

Quinto, el Corazón de esta gloriosa María contribuyó a la obra de nuestra redención, porque Jesús, que es al mismo tiempo, hostia sacrificada por nuestra salvación y sacerdote que la inmola, es fruto del Corazón de esta bienaventurada Virgen. Este Corazón es, al mismo tiempo, el sacrificador que ofreció esta divina hostia y el altar en el que fue ofrecida, y no solo una vez sino mil y mil veces, en el fuego sagrado que ardía sin cesar en ese altar. La sangre de esta adorable víctima, derramada como precio de nuestro rescate, es parte de la sangre virginal de la Madre del Redentor. Ella la dio con tanto amor que estaba dispuesta a dar hasta la última gota para este fin. San Bernardo añade: “El Padre, queriendo rescatar el mundo, puso todo el precio del rescate entre las manos y el Corazón de María”<sup>43</sup>.

De esta manera este buen Corazón cooperó en la obra de nuestra redención. Nos queda por ver lo que hizo y continúa haciendo en el acabamiento de esta obra.

---

<sup>42</sup> Citado por Ricardo de San Lorenzo, ib. Lib. 3

<sup>4343</sup> *Serm. In signum magnum.*



## Sección II

### *Cómo el Corazón de la bienaventurada Virgen cooperó en el acabamiento de nuestra salvación*

El Hijo de Dios vino a este mundo, nació en un establo y murió crucificado. Vino para dar cumplimiento a la obra que el Padre había puesto en sus manos: hacer morir el pecado; liberar las almas de su tiranía para santificarlas; para nacer, vivir y reinar en ellas; y para que en ellas su Padre reinara y fuera glorificado. Esta obra se cumple cuando una a una estas etapas se realizan. Como él tiene el deseo incomprensible de que esta obra se lleve a término, desea infinitamente la destrucción del pecado; la salvación de las almas; verse él mismo vivo y reinante en ellas; y consolidar en ellas el reino de su Padre. Por ello, está atento y trabaja sin descanso, tanto personalmente como a través de su Iglesia, que es su Cuerpo místico. Además presenta sin cesar ante su Padre las oraciones e intercesiones de la Iglesia triunfante; el cuidado y atención de la Iglesia peregrinante; la práctica de los sacramentos que estableció en ella; todos los ministerios eclesiásticos que se verifican en ella; las buenas obras, la vigilia, ayunos y mortificaciones que se hacen de continuo en ella; los sudores y trabajos de los obreros evangélicos que cooperan



con él en la salvación de las almas. La Palabra de Dios los llama, en efecto, *Cooperadores de Dios* (1 Cor 3, 9) y *Cooperadores de la verdad* (3 Jn 8). Así, pues, los ángeles y los santos del cielo, y todos los cristianos verdaderos que hay en la tierra cooperan con el Salvador, cada uno, en la medida de su gracia y del uso que hace de ella, en la realización de su obra. Por eso, cada uno puede decir, a su manera, con san Pablo, que cumple lo que falta a la pasión y a los misterios del Redentor; falta en efecto que su fruto y sus efectos sean aplicados a las almas.

Pero el Corazón de la dignísima Madre de Jesús coopera, él solo, más eficaz y provechosamente, a la culminación de su obra, que todos los santos juntos del cielo y de la tierra. En la tierra cooperó de cinco maneras principales como vimos; y en el cielo coopera también de cinco formas principales:

Primero, por la aversión inconcebible que tiene contra el pecado, la caridad indecible que abraza hacia las almas y el amor ardentísimo que la inflama hacia el Padre eterno y a su Hijo Jesús, que animan e impulsan a esta divina Madre a orar incesantemente para que la tiranía del infierno sea derribada, para liberar las almas que él tiene cautivas y para implantar el reino de Dios en ellas.

Segundo, por el santo ejercicio de esa misma caridad, que abraza su Corazón hacia las almas, y la impulsa a hacer uso



de varios grandes poderes y de privilegios señalados que Dios le ha concedido para ayudarles eficazmente en su salvación, de maneras extraordinarias que solo conoceremos en el cielo.

Tercero, por la oblación perpetua que hace, de todo corazón, al Padre eterno, unida a su Hijo Jesús, de los sufrimientos, la muerte, y todos los estados y misterios de ese mismo Jesús, como de algo que es suyo, pues Jesús es todo para ella y ella es uno con él de espíritu, de corazón, de voluntad, de manera mucho más perfecta que cuando vivió con él en la tierra.

Cuarto, por el uso que hace con amor increíble del poder que tiene de formar y hacer nacer y hacer vivir a su Hijo Jesús en los corazones de los fieles; formación, nacimiento y vida que es el fruto principal de su pasión y de su muerte, cumplimiento de sus designios y plenitud de su obra.

Oh santa Madre de Dios, cómo es de cierto que el Todopoderoso hizo y al presente hace, todos los días, maravillas en ti y por ti; que te ha concedido poderes y privilegios grandes y señalados que no hay entendimiento que los pueda concebir ni expresar debidamente con su palabra: ¿Quién podrá decir los poderes maravillosos de la admirable María y quién tendrá la suficiente elocuencia



para publicarlos con fuerza suficiente y hacer que el universo entero escuche las alabanzas que ella se merece?

Quinto, su Corazón caritativo coopera con su Hijo Jesús en la consumación de su obra distribuyendo a los hombres con gran caridad los frutos de la vida, la pasión y la muerte de su Hijo. Son las gracias y bendiciones que él les mereció durante el curso de su vida mortal y pasible, de las que su Corazón maternal es depositario y guardián vigilante. En ese gran Corazón ella conservó los misterios que su Hijo obró acá abajo por nuestra redención. *María conservaba todas estas palabras en su Corazón* (Lc 2, 19). Este adorable Redentor depositó en el Corazón de su queridísima Madre todas las riquezas que adquirió y los bienes eternos de que hizo acopio durante los treinta y cuatro años de su paso por la tierra. San Bernardo escribe: El Salvador derramó a manos llenas, sin medida ni límites, todos los tesoros, en su seno<sup>44</sup>. La constituyó tesorera de sus dones y gracias y decidió no dar algo de ellos a quien quiera sea sino por su mediación; que nada pase sino por sus manos. Y añade: Dios no quiso darnos algo que no pasara por sus manos<sup>45</sup>.

Sí, Madre de gracia, eres la tesorera de la santa Trinidad. Tú conservas en tu seno y en tu Corazón los<sup>46</sup>tesoros de Dios para distribuirlos a los pobres, es decir, a

---

<sup>44</sup> *In deprecatione ad Vir. Mar*

<sup>45</sup> *Serm. 3 de vigil. Nat. Domni.*

<sup>46</sup> *Orat. 1, de dormit. B. Virginis*



los pecadores. Lo haces con liberalidad digna de tu magnificencia real, según el querer de la divina Providencia y según norma de la santa Voluntad de Dios. Ella reina tan perfectamente en ti que eres transformada del todo en ella queriendo lo que ella quiere en tiempo y eternidad y como ella lo desea. Se diría con toda propiedad que la divina Voluntad guarda en ti todos los tesoros de Dios y en ti los distribuye a quien le place, como le place, según la disposición de nuestras almas.

Vemos así claramente cómo el amabilísimo Corazón de la Madre del Salvador ha cooperado con él, bajo diversas formas, en el inicio y en el progreso de la obra de nuestra salvación y cómo igualmente, de diversas maneras, coopera en su acabamiento. Por eso san Juan Damasceno dice, hablando del vientre sagrado de la Virgen de las vírgenes lo que podría decirse con mejor título de su Corazón: “Comienzo, mitad y fin de toda clase de bienes”.

Se deduce de aquí que los santos Agustín, Jerónimo, Juan Damasceno, Efrén, Germán, patriarca de Constantinopla, Bernardo, y otros santos Padres y señalados doctores la llamen auxiliante y cooperadora, con su Hijo, de nuestra redención, fuente de nuestra salvación, esperanza de los pecadores, mediadora de nuestra reconciliación y de nuestra paz con Dios, redención de los cautivos, gozo y salvación del mundo. Aseguran que en ella, de ella y por ella



Dios ha rehecho y reparado todo; que nadie se salva sin su mediación, y que Dios no hace gracia a nadie sino por ella. Escuchémoslos:

San Agustín: “La madre del género humano llenó el mundo de dolor y miseria; la Madre de Nuestro Señor nos trajo la salvación del mundo. Eva es fuente y madre del pecado, María es fuente y Madre de la gracia. Eva nos causó la muerte; María nos dio la vida. Aquella nos hirió; ésta nos sanó”<sup>47</sup>.

Él mismo: “Tú eres, después de Dios claro está, la única esperanza de los pecadores, pues por ti, Virgen muy dichosa, esperamos alcanzar de Dios el perdón de los pecados. Por ti esperamos recibir de Dios los dones y favores de su divina bondad”<sup>48</sup>.

San Jerónimo: “Veneremos a quien es autora de salvación”<sup>49</sup>.

San Juan Damasceno: “”Viniste a la vida, Virgen santa, para trabajar y cooperar con tu Hijo en la salvación del universo”<sup>50</sup>.

San Efrén: “Por ti fuimos reconciliados con Dios. Tú eres redención de los cautivos, salvación de todos. Te saludo, gloriosísima mediadora”<sup>51</sup>.

---

<sup>47</sup> *Serm. 18 de sant.*

<sup>48</sup> *Ib. paulo infra.*

<sup>49</sup> *In epist. De Virg. Assumpt.*

<sup>50</sup> *Orat. 1 de Nativitate*

<sup>51</sup> *Orat. Ad B. Virg.*



San Germán, patriarca de Constantinopla: “Nadie se salva sin ti; nadie es protegido de peligros sin ti, Virgen María; Nadie, amadísima de Dios, recibe nada de su mano que no pase por las tuyas”<sup>52</sup>.

El beato Amadeo: “Como todos murieron en Eva, todos serán vivificados en María; como el crimen de Eva fue perdición del mundo, la fe de María lo reparó”<sup>53</sup>.

San Bernardo: “Merecidamente todas las criaturas vuelven sus ojos a ti, porque en ti, de ti, por ti la bondadosa mano del Omnipotente ha rehecho y reparado lo que el pecado había arruinado”<sup>54</sup>. Y él mismo continúa: “Inventora de la gracia, Mediadora de la salvación, Restauradora de los tiempos”<sup>55</sup>.

El Papa Inocencio III: “Lo que Eva perjudicó, María lo salvó”<sup>56</sup>.

Ricardo de san Víctor: “María deseó, buscó y alcanzó la salvación de todos; aún más, por ella fue hecha la salvación de todos; por eso es llamada Salvación del mundo”<sup>57</sup>.

San Bernardo de nuevo: No es que el Salvador no fuera suficiente para hacer él solo la obra de nuestra salvación sino que “como el hombre y la mujer habían sido causa de

---

<sup>52</sup> *Orat. de dormit. B. Mariae Virg.*

<sup>53</sup> *De laudib. Virginis*, homil. 7.

<sup>54</sup> *Serm. 2 de Pentecost.*

<sup>55</sup> *Epist. 174 ad canon. Lugdun.*

<sup>56</sup> *Serm. 2 de Assumpt.*

<sup>57</sup> *Cap. 26 In Cant.*



nuestra ruina, era conveniente que el hombre y la mujer cooperasen en nuestra reparación”<sup>58</sup>.

**Esto se hizo sin embargo de forma muy diferente: el Hombre- Dios obró nuestra redención como causa primera y soberana y por sus propios méritos. Su santa Madre cooperó en ella, como causa segunda, dependiente de la primera, y por los méritos de su Hijo, en la manera dicha**<sup>59</sup>.

Pudiera dar la palabra a varios otros santos Padres e ilustres doctores sobre este punto. Baste lo dicho para hacer ver cómo obró Dios nuestra salvación no solo *in medio terrae*, en medio de esta tierra santa de que aquí se habla, es decir, en el sagrado Corazón de María, la Madre de Jesús, sino también por ese mismo Corazón, que cooperó con su divina bondad en todas las formas aducidas, pues recibió tal plenitud de gracia, dice el doctor Angélico, santo Tomás<sup>60</sup>, que bastó para cooperar en la salvación de los hombres. San Buenaventura anota: “De su Corazón brotó toda la salvación”<sup>61</sup>.

¡Cuán agradecidos debemos estar con el caritativo Corazón de nuestra misericordiosa Madre! ¿Qué reconocimientos debemos tributarle, qué alabanzas

---

<sup>58</sup> Serm. De verb. Apoc. *Signum magnum*

<sup>59</sup> Este texto no está en negrilla en el original. Se resalta para conocer el pensamiento de san Juan Eudes en este punto. Es claro y da luz en ese punto controvertido. Nota del Traductor.

<sup>60</sup> “Es grande en algún santo que tenga tanta gracia, suficiente para la salvación de muchos; pero cuando tenga para la salvación de todos los hombres del mundo es lo máximo; es lo que en Cristo y en María”. *Opusc. 8*

<sup>61</sup> *In Psalt. B. Virg. Sal. 80.*



dirigirle, cuántas fiestas celebrar en su honor, que sean dignos de su excesiva caridad con nosotros, y por tantos favores que por su mediación hemos recibido de la divina misericordia!

¿Cuál debe ser nuestra mirada sobre esta gran obra de nuestra salvación en la que este amable Corazón ha estado y está sin cesar implicado con tanto amor y bondad? Es por excelencia la obra de Dios: *Oh Señor, es tu obra* (Hab 3, 1). En ella él pone en acción sus divinos atributos, sus tres Personas eternas, sus pensamientos, designios y afectos; sus preocupaciones y palabras; sus acciones, cuanto él es, cuanto tiene, todo su poder. Es la obra del Hombre-Dios. A ella consagró sus vigias, sudores y trabajos; sus sufrimientos y toda su vida; su cuerpo, su sangre, su alma; su divinidad y todo lo que él es. Es la obra de la Madre de Dios. Por ella lo hizo todo, lo sufrió todo, lo abandonó todo, lo dio todo. Es obra que ocupa a los ángeles y santos del cielo; a la Iglesia triunfante, peregrinante y sufriente. La obra máxima, lo *único necesario*, la mayor de nuestras tareas, en verdad la única; en ella está empeñada nuestra suerte: ganar o perder un imperio eterno, todas las glorias y felicidades que hay en Dios o perderlas todas definitivamente, y ser sumergidos en el abismo de tormentos espantosos e inacabables.



¿Qué valoración debemos hacer de obra tan importante? ¿Qué cuidado debemos prestar a esta obra por la que nuestro Salvador y su santa Madre tanto hicieron y sufrieron? Sin embargo la mayoría de los mortales no le prestan atención y la consideran como cosa sin importancia. ¡Qué locura, qué ceguera, qué crueldad del hombre consigo mismo! No hagamos lo mismo. Entremos en los sentimientos que el santísimo Corazón de Jesús y María tienen respecto de ella. Llenemos nuestro corazón del espíritu de amor, caridad y celo que animan y encienden este divino Corazón para dar cumplimiento a esta obra, a fin de cooperar con él, mediante nuestra oración fervorosa, con la santidad de nuestras obras y en todo lo que nos sea posible, a la salvación de las almas, que le son tan amadas, y en particular a la salvación y santificación de la nuestra. Nada omitamos de cuanto podamos aportar con diligencia para que sea del agrado de la divina Majestad. Imitaremos entonces el caritativo Corazón de nuestra santa Madre, en el que y por el que la mano todopoderosa de Dios ha realizado nuestra salvación. En verdad, *Dios, nuestro Rey, hizo la salvación en medio de la tierra* (Sal 74,12).



### Sección III

#### *Cómo el Corazón de la santa Virgen cooperó en nuestra salvación*

El Padre eterno concibió el designio de enviar a su Hijo a este mundo y de que se hiciera hombre no solo para salvar a los hombres sino para hacerlos dioses. Hubiera podido no hacerlo nacer de una madre al darle en el momento de la encarnación un cuerpo tan perfecto como el que dio al primer hombre en la creación, y unir ese cuerpo hipostáticamente a la persona de su Hijo. Pero el deseo infinito que tiene de mostrarnos las maravillas de su amor hizo que no se contentara con que su Hijo fuera hombre sino que tuviera una Madre sin padre en la plenitud de los tiempos como tiene un Padre sin madre en la eternidad. Quiere no solo elevar la naturaleza humana al más alto trono de la gloria, uniéndolo a la naturaleza divina con unión tan perfecta que sea posible decir que Dios es hombre y que el hombre es Dios; la quiere enriquecer además con dos tesoros incomprensibles dándole un Hombre-Dios y una Madre de Dios. Quiere con bondad



inconcebible que tengamos por padre a un Dios, un Hombre-Dios por hermano y una Madre de Dios por madre.

Con ese fin escogió una virgen, del todo inmaculada y santa, de la raza de Adán, llamada María, hija de Joaquín y Ana, para asociarla con él a su divina paternidad, y hacerla Madre del mismo Hijo del que él es Padre. La hizo partícipe de su mismo poder: *el poder del Altísimo te cubrirá con su nombre* (Lc 1, 35). Ese poder engendró desde toda la eternidad ese Hijo en su seno adorable y ahora hace posible que ese Hijo nazca del seno virginal en forma tan maravillosa y verdadera, que como un día dijo de él su Padre: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* (Heb 5, 5), esta Madre puede decirle también en su encarnación: Tú eres mi Hijo, hoy te he dado nacimiento en mí. Tu Padre adorable te hace nacer de su divina sustancia en tu generación eterna, yo te he hecho nacer de mi propia sustancia en tu generación temporal. Nada tienes en tu divinidad que no hayas recibido de tu Padre, y nada tienes en tu humanidad según el cuerpo que no lo hayas recibido de mí. Toda tu divinidad la debes al Padre, toda tu humanidad según la carne me la debes a mí.

Ciertamente, dice san Agustín: *La carne de Cristo es carne de María*<sup>62</sup>. ¿Qué se sigue de ahí? Escucha las siguientes consecuencias:

---

<sup>62</sup> Sermón de la Asunción de María, c. 6



Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que los santos ojos de Jesús son los ojos de María y que los torrentes de lágrimas que esos divinos ojos derramaron para llorar nuestros pecados y alcanzarnos el perdón son los ojos y las lágrimas de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que los sagrados oídos de Jesús que escucharon injurias, blasfemias y maldiciones para liberarnos de maldiciones eternas son los oídos de María?

Si la carne de Jesús es carne de María ¿no es cierto que los labios adorable de Jesús, abrevados de hiel y amargura para preservarnos de la hiel y la amargura del infierno son los labios de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿no es cierto que la lengua divina de Jesús, que nos enseñó la ciencia de la salvación y nos dirigió palabras de vida y de vida eterna, es la lengua de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que las manos y los pies sagrados de Jesús, traspasados por gruesos clavos, que padecieron dolores extremos y derramaron ríos de sangre para liberarnos de tormentos eternos, son las manos y los pies de María?

Si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que la llaga que causó la lanza al traspasar el costado sagrado y el Corazón divino de Jesús, para extraer de él



hasta la última gota de su sangre para rescatarnos y testimoniarnos los excesos de su amor, es llaga del Corazón de María?

Finalmente, si la carne de Jesús es carne de María, ¿quién puede negar que las llagas que cubrieron esta carne santa, de la cabeza a los pies, los dolores que sufrió, la sangre que derramó y la muerte cruel que padeció, son las llagas, los dolores, la sangre y la muerte de María? ¿Quién pondrá en duda que esta divina Madre, que tiene con su Hijo un solo Corazón y una misma voluntad, ofreció unida a él todo esto a Dios por los mismos fines con que él lo ofreció, por nuestra redención, y que así cooperó de manera excelente en la obra de nuestra salvación?

Ciertamente, los méritos infinitos de las lágrimas, acciones, llagas, dolores, sangre y muerte del Salvador, con los que él satisfizo a Dios, con justicia rigurosa, por nuestros pecados, y nos conquistó delicias inmortales, sacaron su precio y su valor de la unión hipostática de su divina carne con su adorable persona. Es igualmente cierto, que no solo esta santa Virgen nos dio esta santísima carne, formada de su sustancia virginal, sino que, en opinión de varios grandes teólogos, cooperó con las tres divinas Personas en la unión muy íntima que se hizo de esta misma



carne con la Persona del Verbo en el momento de la encarnación<sup>63</sup>.

No te extrañe entonces que la santa Iglesia haga resonar en todo el universo estas palabras dirigidas a Dios en el nacimiento del Salvador: *¡Oh Dios, por la fecunda virginidad de santa María, diste al género humano las glorias y felicidades de la salvación eterna!*

No te extrañe que yo atribuya principalmente al amabilísimo Corazón de esta Madre admirable su cooperación en el comienzo, el progreso y la consumación de la obra de nuestra salvación eterna pues ella hizo todo lo que he señalado, con Corazón colmado de amor a Dios y pleno de caridad a nosotros, como no lo ha habido ni lo habrá jamás en los corazones humanos y angélicos.

¿Corazón incomparable de nuestra divina Madre, qué entendimiento podrá concebir las obligaciones indecibles que tenemos contigo por tu ardentísima caridad? ¿Qué lengua podrá agradecerte digna y suficientemente? ¿Qué corazón podrá estar a la altura del amor y la veneración que te debemos? Solo el Corazón de un Dios podría hacerlo perfectamente. Que el espíritu, la lengua, el Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te alaben, te bendigan y te amen como lo mereces. Y ellos hagan que seas

---

<sup>63</sup> Granada, *De incarnat. Tr. 4*; Hurtado, salmantino, *De Incarnat.* Disp 23; Suárez, *De Incarnat.* Dial.19, sec- 1; Bernal, *De Incarnat.* Disp. 19, n. 29; Vega, *Theologia Mariana*, n,1543.



bendecida, alabada, venerada y amada por todas las criaturas del universo.

## Sección IV

### *El Corazón sagrado de la santa Virgen es centro del mundo cristiano*

Hemos visto en las secciones precedentes que el Corazón maravilloso de la Madre de Dios nos es presentado por el Espíritu Santo con estas palabras del salmo 74, 12: *Dios, nuestro Rey, obró la salvación in medio terrae*, en el medio de la tierra, pero de una tierra santísima y más santa que los cielos. En ella y por ella Dios obró nuestra salvación. Quiero terminar este capítulo descubriendo otro misterio que encuentro en estas palabras: EN EL MEDIO DE LA TIERRA; y que es gloria y alabanza del amabilísimo Corazón de la reina del cielo. Es el siguiente:

Quien dice *el medio de tierra* está diciendo *el centro de la tierra*. La santa Virgen, identificada con esa *tierra*, según lo ya dicho, es la tierra santa del mundo santo, del mundo cristiano, del mundo del hombre nuevo, del mundo del amor divino y de la caridad santa. ¿No cabe decir que el medio de esta preciosa tierra, que es su Corazón, es el



centro de este mundo nuevo? Ciertamente, y por tres razones:

Primero, ¿no es cierto que cada ser considera que su centro es el lugar de su salvación, de su conservación y de su reposo? ¿Si la salvación de los hombres se hizo en el Corazón de María, los cristianos no estarían llamados entonces a considerarlo como la fuente de su vida, después de Dios, como la causa de su gozo y como el centro de su felicidad?

Es el sentir de algunos santos Padres. San Bernardo, hablando directamente de la persona de la santa Virgen, dice estas palabras que bien pueden aplicarse a su Corazón. “Muy atinadamente María es llamada el medio de la tierra, pues los habitantes del cielo y los del infierno, los que nos precedieron y los que nos seguirán, los hijos de sus hijos y toda su posteridad, la consideran, después de su Hijo, como mediadora entre Dios y los hombres, entre la Cabeza y los miembros, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre el cielo y la tierra, entre la justicia y la misericordia; es como el medio y el centro del mundo. La miran como al Arca de Dios, arca de alianza y de paz entre Dios y su pueblo, como a la causa de todo lo bueno, como a la obra y el compromiso de todo el tiempo pasado y por venir. Quienes habitan el cielo, los ángeles, la tienen por aquella por quien las ruinas que el pecado les causó fueron reparadas; los que



están en el infierno, es decir, en el purgatorio la miran como su intercesora para su liberación; los que se nos han anticipado la tienen como aquella en quien se cumplieron las antiguas profecías; los que vendrán luego la considerarán como aquella por cuyo medio podrán gozar un día de gloria inmortal”.

Estas palabras de san Bernardo no solo pueden aplicarse al Corazón de la Madre de Dios sino que le convienen mejor que a su persona. La causa, en efecto, es más noble que sus efectos. Y así su Corazón, lleno de humildad, es causa y fuente de todas las cualidades de que está dotada y la hacen digna de ser el objeto, el refugio y como el centro de todas las criaturas que ha habido y que hoy pueblan el universo. De donde concluyo que este maravilloso Corazón es el medio y el centro del mundo del hombre nuevo.

Segundo, afirmo que es el centro del mundo nuevo que es el mundo del amor divino y de la caridad santa, mundo que es todo corazón y amor, que no conoce ley distinta que la caridad porque todos los amores santos y las divinas caridades que hay en los corazones de los ángeles y de los hombres, que aman a Dios por sí mismo, y aman al prójimo en Dios y por él, se encuentran reunidos en el Corazón de la Madre del amor hermoso, como los rayos del sol vienen a



reunirse en el fondo de un hermoso espejo, lo bastante grande para acogerlos a todos.

Tercero, recuerda lo dicho al comienzo de este libro: que la humilde y purísima Virgen, habiendo cautivado y atraído a sí el Corazón adorable del Padre eterno que es su Hijo, se constituyó en el Corazón de su Corazón, de modo que Jesús es el verdadero Corazón de María. ¿No es acaso este amadísimo Jesús el amor y las delicias del cielo y de la tierra? Y por consiguiente ¿no es ya seguro que el verdadero Corazón de María, que es Jesús, es el centro de los corazones de los ángeles y de los hombres, hacia el cual todos se dirigen para contemplarlo sin descanso, para aspirar hacia él de continuo y para tender a él sin cesar? El es, en efecto, el lugar de su perfecto reposo y de su máxima felicidad. Fuera de él el hombre no encuentra sino turbación, inquietud, angustia, muerte e infierno.

¡Oh Jesús, Corazón verdadero de María, arrebatada y embelesada nuestros corazones. Haz que no amen, anhelan, busquen, se deleiten sino a ti y en ti; que no encuentren reposo ni complacencia sino solo en ti; que hagan morada perpetua en ti, que se consuman en la hoguera ardiente de tu divino Corazón, y que por siempre se transformen en él!



## CAPÍTULO V

### ***Cuarto cuadro: representa el Corazón de la Madre de Dios como hontanar y fuente inagotable de infinidad de bienes***

El cuarto cuadro del Corazón de la santa Virgen es la fuente maravillosa que Dios hizo brotar de la tierra en el comienzo del mundo. De ella se habla en el Génesis: *De la tierra surgía una fuente que irrigaba toda la superficie de la tierra* (Gn 2, 6). San Buenaventura nos dice que “esta fuente figuraba a la santísima Virgen”<sup>64</sup>. Podemos añadir con razón que es figura de su Corazón. Él es, en efecto, fuente viva cuyas aguas irrigan no solo toda la tierra sino cuantos seres creados hay en cielo y tierra.

San Juan Crisóstomo compara el corazón de san Pablo con esta fuente creada por Dios en la creación del mundo y afirma que el corazón del divino apóstol era fuente de agua viva que regaba no solo la superficie de la tierra sino los hombres que la habitan<sup>65</sup>. Que de ese mismo corazón “brotaban fuentes de lágrimas que corrían día y noche por la salvación de los pecadores”. Finalmente habla así de ese corazón apostólico: “Quien diga que el corazón de san Pablo era fuente y nacimiento de innumerables bienes, no anda errado”.

Si este “Pico de oro” habla así del corazón de un apóstol “qué no decir o pensar del Corazón de la dignísima

---

<sup>64</sup> *In opusc. Inscripto Laus Virg.*

<sup>65</sup> *In cap. 16, epist. ad rom. Hom 23.*



Madre del Rey de los apóstoles? Digamos audazmente, y con sobrada razón, que es fuente y origen de infinidad de bienes.

Es la fuente sellada de la Esposa santa que su divino Esposo llama: *fons signatus* (Cantar 4, 12). En efecto, estuvo siempre sellada no solo al mundo, al demonio y a toda especie de pecado, sino incluso a querubines y serafines, en lo que se refiere al conocimiento de variados tesoros inestimables y secretos maravillosos que Dios ocultó en este Corazón y en esta fuente, solo conocidos por él.

El corazón humano es perverso e inescrutable, dice la Palabra de Dios, *¿Quién podrá conocerlo?* (Jer 17, 9). Pero al hablar del Corazón de la reina de los santos debemos usar otro lenguaje: *Santo e inescrutable es el Corazón de María, ¿quién podrá conocerlo?* Solo Dios, pues al guardar en él sus tesoros puso en él un sello no solo para que no entre en él algo que no sea de su agrado sino para mostrarnos que contiene riquezas tan grandes que solo pertenecen a él, a saber, su cantidad, calidad y precio. *Dios lo creó mediante su divino Espíritu y solo él vio, numeró y midió* (Sir 1, 9). Son gracias guardadas por él en esta fuente sellada que podemos llamar fuente de luz, de agua bendita y santa, de agua viva y vivificante, fuente de leche y miel, fuente divina, que da origen a grandes ríos, cuatro ríos maravillosos, fuente, finalmente, de infinidad de bienes.

1. *Fuente de luz.* Una sombra y figura de ella tenemos en la reina Ester, a quien el Espíritu Santo nos describe en las divinas Escrituras como *fuentecita que se convierte en gran*



*luz, transformada en un sol* (Est 10, 6). Es la *fuentes del sol* de que habla el libro de Josué<sup>66</sup>.

Ciertamente, el Corazón de María. Su nombre, que significa iluminada e iluminadora y estrella del mar, es fuente de luz. La Iglesia la contempla y honra como la puerta resplandeciente de la verdadera luz: *Tu, porta lucis fulgida*; y la saluda como la puerta por la que la luz divina entró en el mundo: *Salve, porta, ex qua mundo lux est orta*. El Corazón de María es la fuente del sol pues ella es la Madre del Sol de justicia y este divino Sol es el fruto del Corazón de María.

¡Oh prodigio inaudito, milagro inconcebible! ¿Quién hubiera podido imaginarse que un sol pudiera nacer de una estrella y que una fuente se convirtiera en fuente del sol? El Corazón virginal es, pues, fuente de luz.

2. Es *fuentes de agua*, pero de *agua bendita, santa y preciosa*. Me refiero al agua de tantas y tantas lágrimas brotadas de esta sagrada fuente para unirse a las lágrimas del Redentor y cooperar por este medio con él en nuestra redención. ¡Cuántos arroyos de lágrimas corrieron de tus ojos de paloma, Virgen sagrada, de los que tu Corazón amoroso, caritativo, devoto y apiadado ha sido fuente! ¡Lágrimas de amor, lágrimas de caridad, lágrimas de devoción, lágrimas de gozo, lágrimas de dolor y compasión! ¡Cuántas veces el amor que ardía en tu Corazón por un Dios tan amable te hizo derramar arroyos de lágrimas, al verlo no solo poco amado, sino odiado, ultrajado, deshonrado por la mayoría de los hombres, sin embargo llenos de motivos de

---

<sup>66</sup> Josué 15,5; 18, 17



servirlo! ¡Cuántas veces tu caridad, inflamada por las almas creadas a imagen de Dios y rescatadas con la sangre preciosa de tu Hijo, te hizo derramar copioso llanto viendo que las almas se pierden por millones por su pura malicia a pesar de todo cuanto hizo y sufrió por salvarlas! ¡Cuántas veces los ángeles han visto correr por tus sagradas mejillas lágrimas santas de sincera devoción en tus encuentros místicos con la divina Majestad: el don de lágrimas concedido a tantos santos no pudo faltar a quien poseyó en plenitud los dones y gracias comunicadas a todos los santos.

¿No es acaso cierto también, Madre de Jesús, que la dicha, de que tu Corazón estuvo colmado en diversas ocasiones, mientras estuviste en la tierra en compañía de tu amadísimo Hijo, hizo brotar de tus ojos una suave lluvia de lágrimas, lágrimas de gozo y consolación? Sucedió cuando se encarnó en tus benditas entrañas; cuando en seguida visitaste a tu prima Isabel; cuando lo viste nacer en Belén; cuando recibiste con él a los reyes que vinieron a adorarlo; cuando lo encontraste en el templo en medio de los doctores después de esos tres días de extravío; cuando después de su resurrección te visitó y cuando lo viste subir triunfante al cielo.

Pero infortunadamente, los consuelos que tuviste durante esta vida son poca cosa en comparación de las angustias que sufriste. También es cierto que si los gozos de tu Corazón hicieron manar algunas lágrimas de tus ojos, los sufrimientos muy amargos que padeció hicieron brotar de él arroyos y torrentes, en cantidad de ocasiones, particularmente durante la pasión y muerte de tu muy



amado Hijo. Entonces experimentaste la verdad de estas palabras: *Lloren noche y día; que sus lágrimas sean un torrente; no se den reposo y que la pupila de sus ojos no enmudezca, sino que hable sin cesar mediante su llanto y sus lágrimas* (Lam 2, 18).

Todas esas lágrimas, lágrimas de amor y caridad, de devoción y de dicha, de dolor y compasión, son aguas benditas que nacen de la fuente bendecida del muy buen Corazón de la Madre de Jesús. No sin razón afirmamos que este Corazón sagrado es fuente de agua bendita, santa y preciosa.

¿No seríamos irracionales, más crueles en contra de nosotros mismos que los tigres, si tal Hijo y tal Madre, que gimieron y lloraron tanto con ocasión nuestra, no despertaran en nosotros ningún sentimiento frente a sus sollozos, no reconociéramos que somos causa de ellos y no uniéramos nuestras lágrimas a sus lágrimas? Llorar, pues, corazón mío; lloren ojos míos, pero que no sea el mundo ni motivos vanos y frívolos los que los hacen llorar.

Lloremos con Jesús y María. Lloremos como ellos lloraron, por amor y caridad, por piedad y compasión. Lloremos por los motivos que causaron sus lágrimas; merecen ellos un mar de lágrimas y un mar de lágrimas de sangre. Lloremos porque un Dios tan grande, bueno, adorable, digno de ser servido y amado, no es ya conocido ni honrado en la tierra; incluso es conculcado por casi todos los hombres; porque no habiendo nadie tan amable no solo no sea tan amado sino que no hay nadie tan despreciado.



Lloremos porque nuestro Señor Jesús está muerto en gran parte de las almas cristianas.

Lloremos por sus muchos trabajos, por los sudores y lágrimas que derramó; oró tanto; hizo sin número de ayunos y mortificaciones; sufrió ignominias y suplicios; derramó tanta sangre y padeció muerte crudelísima; su Corazón y el Corazón de su santísima Madre, que forman un solo Corazón, se colmó y embriagó, durante treinta y cuatro años, de hiel y absintio; de tristezas, dolores y angustias; todo esto lo hizo para salvar a los hombres.

Sin embargo, esto ha llegado a ser inútil no solo para paganos, judíos y herejes sino también para la mayor parte de los cristianos; no se han servido de ello, y parece que más bien los ha llevado a sumergirlos en un abismo de perdición. Lloremos por semejante ceguera, por tan monstruosa ingratitud, por tan increíble endurecimiento. Lloremos por tantísimas almas que a diario se precipitan en la muerte eterna.

Finalmente, tenemos infinidad de motivos para fundirnos en lágrimas y obedecer esta voz venida del cielo: *Lloren noche y día; que sus lágrimas sean torrenciales. Benditos los que lloran pues serán consolados* (Mt 5, 5). Su tristeza se trocará en gozo eterno que nadie les podrá arrebatarse. Si lloramos así, nuestro corazón imitará al Corazón de nuestra divina Madre, como fuente de agua santa y bendita.

3. Es también *fuentes de agua viva*, fuente no solo de luz sino también de gracia. No se extrañen de esto pues hace mucho, por boca de un arcángel, la Madre del Salvador fue



declarada llena de gracia: *Gratia plena*; y por la voz de la Iglesia es llamada *Madre de gracia, madre de la divina gracia*. Tan colmada de gracia que el doctor angélico, Tomás de Aquino, afirma que tiene suficiente para regarla en todos los hombres<sup>67</sup>.

Sí, su Corazón muy generoso es fuente de agua viva que derrama sus aguas saludables hacia todos los costados, no solo en tierras buenas sino incluso en tierras estériles a imitación del muy bueno y misericordioso del Padre de los cielos que hace llover sobre justos e injustos. Con razón este Corazón caritativo de la Madre de misericordia es llamada en un lugar, por el Espíritu Santo *fuelle de los jardines* (Cantar 4, 15). En otro lugar dice que es *fuelle que irriga el torrente de espinas* (Joel 3, 18). ¿Qué significan esos jardines y ese torrente de espinas que reciben el riego de esta hermosa fuente?

Esos jardines son las santas Órdenes de la Iglesia donde se lleva vida verdaderamente cristiana y santa. Son jardines deliciosos para el Hijo de Dios, llenos de flores y frutos pedidos por la santa Esposa cuando dice: *Apóyenme en flores, rodéenme de frutos porque languidezco de amor* ([Cantar 2, 5). Esos jardines son igualmente las almas santas de cualquier estado y condición en las que el divino Esposo encuentra sus delicias, entre flores hermosas de santos pensamientos, deseos y afectos de que están llenas y en medio de frutos agradables de la práctica de virtudes y buenas obras.

---

<sup>67</sup> *Opusc. 8*



Estos jardines son irrigados de continuo por las aguas de esta fuente que el Espíritu Santo llama *f fuente de los jardines*, según opinión de varios santos doctores que aplican estas palabras a la gloriosa Virgen. No hay que pensar que le atribuyan algo que sea exclusivo de Dios. Es cierto que él es la primera y soberana fuente de todas las gracias; pero esto no impide que existan otras fuentes de gracia según el testimonio de la divina Palabra. Si no fuera así, en vano el Espíritu Santo, por boca de un profeta, nos diría que hemos bebido con gozo de las aguas de la gracia en las fuentes del Salvador. No habla de fuente sino de fuentes. *Sacarán aguas con gozo de las fuentes del Salvador* (Is 12, 3). ¿Cuáles son las fuentes del Salvador? Son los profetas, los pastores, los sacerdotes de su Iglesia, y cuantos él ha establecido en ella como dispensadores de diversas gracias (1P 4, 10). Son fuentes inferiores, que salen de la fuente soberana de la que toman y reciben sus aguas para irrigar los jardines, o sea, las almas dispuestas a recibirlas. Las comunican no como causas primeras ni como causas físicas y eficientes o meritorias, en especial respecto de las gracias justificantes y santificantes que son exclusivas de Dios y del Hombre-Dios. Son causas segundas que actúan bajo dependencia de la primera; causas morales que no obran física sino moralmente; causas instrumentales movidas por la mano de Dios, pero como instrumentos vivos y libres que libremente cooperan con él en la salvación de las almas, sea por sus oraciones y lágrimas, sea por sus enseñanzas y consejos, sea por el ejemplo de su vida o de cualquier otra manera.



Entre estas fuentes, el Corazón de la Madre de gracia es la primera y principal, con ventajas y privilegios superiores a las otras. Primero, porque recibió en sí, en plenitud, todas las aguas de la gracia. En segundo lugar, porque Dios le ha concedido poderes singulares, solo propios del Corazón de una Madre de Dios, para comunicar y distribuir por vías extraordinarias, solo conocidas por quien ha querido honrarla con estas prerrogativas. Sabemos, y lo escuchamos en la voz de los santos Padres, que su divina bondad no ha dispensado y no dispensará jamás gracia alguna a nadie que no pase por las manos y por el Corazón de la que es la tesorera y dispensadora de todos sus dones. De ahí que un Padre antiguo le dirija estas palabras: *Tú eres fuente riquísima de toda santidad*<sup>68</sup>. Conviene muy bien esta palabra a su santísimo Corazón, que por este motivo es llamado fuente de los jardines (Cantar 4, 15).

No solo es la fuente de los jardines cuyas aguas irrigan las almas justas y santas. Es también *la fuente del torrente de espinas*. Esta fuente de la que habla un profeta, Joel, y que san Jerónimo aplica a la santa Madre de Dios<sup>69</sup>; “Saldrá una fuente de la casa del Señor y regará el torrente de las espinas”. ¿De qué espinas y de qué torrente se trata? Las espinas son los hombres malvados cuya vida está erizada toda ella de las espinas de sus pecados. El torrente es el mundo, torrente impetuoso, lleno de basuras y hediondez, que hace mucho ruido pero que pasa prontamente: *E/*

---

<sup>68</sup> San Metodio, ob. De Tiro. *Orat. In Hypap. Dom.*

<sup>69</sup> ADv. Jovinianum, *Apolog. Ad Palmachum*



*mundo pasa y su concupiscencia* (1 Jn 2, 17). Ese torrente arrastra cantidad de hombres hacia el abismo de la perdición.

El Corazón de la Madre de misericordia está colmado de bondad. Hace sentir sus efectos en el torrente de espinas, o mejor, en las espinas que arrastra ese torrente hacia la hoguera del infierno para que allí ardan eternamente. Las aguas maravillosas de esa fuente sagrada vienen a regar esas espinas muertas e infructuosas que solo sirven para ser quemadas en el fuego eterno. Resucita algunas e incluso las transforma en árboles hermosos que producen luego buenos frutos, dignos de servirse en la mesa del Rey eterno. Así las divinas aguas de esta fuente no solo son vivas sino que son vivificantes. Es, pues, fuente de vida y de vida eterna.

Escucha a Nuestro Señor que dice que cuando el agua de su gracia llega a un alma la convierte en fuente de vida y de vida eterna (Jn 4, 14). Y añade que de las entrañas de los que creen en él manarán ríos de agua viva (Jn 7, 38). Si es posible decir esto de todas las almas y corazones que poseen la fe y la gracia del Salvador, ¿qué decir del Corazón de la divina Madre, lleno de fe, gracia y amor por encima de todos los corazones de los fieles en su totalidad? Es fuente de agua viva y vivificante cuyo poder es tan admirable que no solo conserva la vida en los que ya la tienen, los preserva de la muerte y los hace inmortales sino que fortalece a los débiles y vacilantes, no solo devuelve la salud a los enfermos, sino que resucita a los muertos. Es propio de la naturaleza de estas aguas milagrosas, de este torrente del



que habla el profeta Ezequiel, que da vida a todo lo que la toca: *A cuantos llegue este torrente vivirán (Ez 47, 9)*

4. Pero no basta dar la vida. Es necesario proporcionar el alimento necesario para nutrirla y mantenerla. Así este Corazón no solo es fuente de agua viva y vivificante sino que *es fuente de leche, miel, aceite y vino.*

De leche y miel, pues el divino esposo le habla así: *Esposa mía, tus labios destilan miel, bajo tu lengua se esconde leche y miel (Cantar 4, 11).* O sea, tus palabras están llenas de dulzura y suavidad y por tanto ellas desbordan de tu Corazón. Pues si su Corazón y su lengua están siempre concordes y hay perfecta conformidad entre sus palabras y sentimientos, si tiene leche y miel en la boca, también las tiene en su Corazón. Bajo su lengua y sus labios se esconden pues su corazón reboza de ellas.

Escúchale decir a ella misma: *Mi espíritu es más dulce que la miel y la herencia de mi Corazón es mansedumbre y suavidad superiores a la miel (Sir 24, 27 vlg).* Su Corazón es, por tanto, verdadera fuente de leche y miel. Sus arroyos corren sin cesar y se derraman en los corazones de sus verdaderos hijos para hacer verdaderas estas divinas palabras del Espíritu Santo: *Serán llevados en los senos y serán acariciados en las rodillas como la madre acaricia a su pequeño (Is 66, 12).* Dichosos los que no pongan obstáculo a estas palabras. Dichosos los que cierran sus oídos a la voz de esta dulcísima Madre que de continuo exclama: *Como niños recién nacidos, apetezcan sencillamente la leche para que crezcan en su salvación (1 Pe 2, 2).* Vengan, hijos muy amados, vengan a comer mi miel y a beber mi leche para



que gusten y comprueben cómo es suave y delicioso servir a quien me ha hecho tan amable y dulce para sus hijos y cómo mi Corazón está colmado de ternura, y suavidad hacia los que me aman. *Yo amo a los que me aman* (Prov. 8, 17).

Entiendan entonces cómo el Corazón de esta Madre del amor hermoso es fuente de leche y de miel para sus hijos, en especial, para los que son todavía débiles, tiernos y delicados, y no pueden tomar alimento sólido.

5. Es también fuente de aceite, esto es, de misericordia para los desdichados. También de vino para dar vigor y fuerza a quienes los necesitan; para consolar a los tristes y afligidos, según la divina Palabra: *Da vino a los que sufren amargura en el alma* (Prov 31, 6). Vino que regocija a quienes consuelan a los demás por espíritu de caridad y sobre todo para embriagar con el vino del amor sagrado a quienes trabajan en la salvación del prójimo. A todos ellos esta Madre caritativa, encendida en celo por la salvación de las almas, les proclama vigorosamente: Vengan, hijos míos, vengan amados de mi Corazón, vengan a beber en la fuente del Corazón de su Madre el vino celeste del amor divino; tómelo a grandes sorbos; nunca caerán en excesos. *Beban y embriáguese, amadísimos* (Cantar 5, 1) con este vino puro que es padre de la virginidad y de las santas vírgenes: *Vino que hace germinar vírgenes* (Zac 9, 17); vino del que los serafines están embriagados; vino que embriagó a los apóstoles de mi Hijo; vino que lo embriagó santamente cuando en el exceso de su amor se olvidó de las grandezas de su divinidad y se redujo a aniquilarse en las penurias de un pesebre y en las ignominias de la cruz. Embriáguese con



este vino delicioso para olvidar y menospreciar lo que ama y estima el mundo, para amar y estimar solo a Dios y para dedicarse con todas las fuerzas a implantar en las almas el reino de su amor y de su gloria. Así serán los hijos muy amados de su Corazón y del mío.

Por todo lo dicho puedes ver que no sin razón Dios mismo, al hablar a la bienaventurada Virgen en el salmo 87, que la Iglesia le aplica íntegramente, le dice, según interpretación del último versículo que san Jerónimo hace: *Todas mis fuentes están en ti*, pues este Corazón admirable contiene en sí una fuente de agua viva, fuente de vida, de leche, de miel, de aceite y de vino. Sus arroyos lo inundan todo y benefician a buenos y pecadores, a débiles y fuertes, a afligidos y a quienes los consuelan, de los que se pierden y de los que trabajan en salvarlos, y en general a toda clase de personas.

Todos los cristianos deben, por tanto, manifestar veneración particular a este augusto Corazón y esforzarse por honrarlo según Dios, de todas las formas posible.

Recogí en la vida de la venerable María Villant, fundadora del monasterio de Santa María del divino Amor, en Nápoles, algo digno de consideración: Un día Dios le hizo ver, en un éxtasis, el Corazón admirable de la reina del cielo, como el jardín de delicias del soberano Monarca. En él manaba una fuente muy clara y fresca. Escuchó a la reina de los ángeles que invitaba a sus devotos a beber de las aguas de esa fuente: *Ustedes, todos los sedientos, vengan a beber de las aguas de mi fuente; ustedes, los que no tienen dinero, vengan a beber de mi vino y de mi leche gratuitamente* (Is



55, 1). ¡Oh vino, gritó entonces esta santa joven, que me embriagas de amor divino! ¡Oh leche que por tu celeste santidad me purificas! ¡Cuándo se me dará sumergirme en tu amable fuente y no solo embriagarme de ella, sino perderme y ahogarme en ella felizmente! Así suspiraba ella cuando la santa Virgen la invitó a calmar su sed en esta clarísima fuente. Entonces vio una multitud innumerable de hombres y mujeres que traían sus vasos y los llenaban con estas aguas claras. Quién tomaba más, quién menos según la capacidad de sus recipientes. Vio algunos que por más que porfiaban por llenar sus vasos, perforados y rotos, trabajaban en vano. Vio que toda el agua que echaban salía de inmediato. Los ángeles la recogían en seguida y la distribuían en los que tenían sus recipientes sanos.

Se acercó ella a la fuente cristalina y encontró entre sus manos un vaso rico, de oro, lleno hasta los bordes de esas hermosas aguas. Se le explicó la visión. Los que iban a sacar agua de esa fuente eran los devotos de María, que es el canal por donde nos vienen las aguas de las gracias divinas y de los favores y consuelos celestes. Los que se esforzaban en vano por llenar sus recipientes rotos, incapaces de retener el agua, a pesar de que la fuente inagotable se la brindaba copiosa, eran los pecadores que, fingiéndose devotos de la Madre de misericordia, vienen con sus almas y sus corazones rotos por sus pecados, a sacar el agua de las gracias celestiales, pero, a pesar de que les son dispensadas siempre, no pueden recibirlas pues se escapan por las rupturas de sus corazones.



Esas aguas sin embargo no se perdían en la tierra. Eran recogidas por los ángeles y distribuidas a otras personas pues la santa Virgen está bien atenta a que los que estén en gracia rueguen por los que están en pecado, y así se aferren a su devoción y levantándose de su pecado se salven.

### **Sección única**

#### *Continúa la explicación del cuarto cuadro*

Es muy consolador para los cristianos saber que tienen una misma Madre con su adorable cabeza, Jesús; que esta divina Madre goza de pleno poder en el cielo y en la tierra; y que es tan bondadosa que su Corazón maternal es para ellos fuente de luz, de agua viva, de vida eterna, de leche, de miel, de vino y de un vino celestial y angélico.

Pero hay todavía algo grande y muy digno de admiración y de maravilloso provecho en esta milagrosa fuente. Ella da origen a un gran río que se divide en cuatro ríos que se derraman por todo el universo para regarlo con sus aguas vivas y saludables. Es lo que está figurado en esta fuente que Dios hace brotar de la tierra al crear el mundo, fuente de un río que produce otros cuatro.

¿Cuál es este río que nace de esa divina fuente que es el Corazón de María? ¿No es su Hijo Jesús? Sí, ciertamente. Él es el fruto de su Corazón, como ya dijimos. Pero podemos avanzar. Este río que nace de esta fuente es la abundante caridad de este Corazón generoso, que se divide en cuatro ríos que irrigan todo el mundo: el primero es río de



consuelo; el segundo, río de santificación; el tercero, río de compasión y justificación; el cuarto, río de gozo y glorificación.

El primero es para las almas de la Iglesia sufriente. A ellas la caridad increíble del Corazón apiadado de la Madre de Dios procura diversos consuelos y alivios, e incluso liberación; y solo pueden dejar sus penas por su medio.

El segundo es para todas las almas justas y fieles de la Iglesia peregrinante, que por medio de la caridad del Corazón de su muy buena Madre reciben infinitad de luces, gracias y bendiciones de parte de la bondad divina, para su santificación.

El tercero es para todas las almas infieles que están en estado de perdición. Comprende todas las almas de paganos, judíos, herejes y malos católicos para los cuales este Corazón bondadosísimo está lleno de misericordia inconcebible y hace oficio de mediadora ante su Hijo para pedir sin cesar su conversión e impetrar de él gracias para este fin y obtener efectivamente la salvación de unos cuantos.

El cuarto río es para los habitantes de la Iglesia triunfante. De él se dijo: *Hay un río copioso cuyas aguas regocijan la ciudad santa de Dios* (Sal 46, 5). Si la Iglesia peregrinante canta diariamente , en alabanza de nuestra buena Madre, que es causa de su alegría cuanto más la triunfante tiene motivos para cantar lo mismo. Además de lo que veremos en seguida, que el Corazón de la reina del cielo es, después de Dios, la fuente de toda las glorias y felicidades de los santos que están allí, gozan del amor



inexplicable con el que este Corazón de su dulcísima Madre los abraza a todos en general y a cada uno en particular, los colma y los cubre de gozo incomprensible para toda mente e inefable en toda lengua, en especial los que tuvieron respeto y devoción singulares a este Corazón, mientras estuvieron acá abajo.

Dos de los más señalados servidores de esta gran princesa, san Bernardo y san Anselmo, han cantado en especial esta fuente admirable que irriga todo el universo con sus aguas, mediante esos cuatro ríos.

Dice bien san Bernardo que todas las generaciones te dicen bienaventurada, a ti que engendras la vida y la gloria de todas las generaciones. Los ángeles encontraron en ti el gozo para siempre; los justos, la gracia; los pecadores el perdón<sup>70</sup>.

San Anselmo se expresa así: Señora del universo, por tu virginal fecundidad el pecador es justificado, el excluido es llamado; el cielo, los astros, la tierra, las flores, los ríos, el día, la noche, y todas las criaturas que están bajo el poder del hombre, y fueron creadas para su servicio se regocijan pues por ti, en cierto modo, han resucitado y han sido dotadas de inefable y nueva gracia.

¡Oh Dios de maravillas! ¡Oh Corazón admirable! Grandes cosas deben pensarse y decirse de ti. ¡Oh fuente de luz, de gracia, de agua viva y vivificante; fuente de leche, miel y vino; fuente que das nacimiento a un grande, más aún a cuatro grandes ríos; fuente que das origen a cuanto hay de extraordinario y precioso, de deseable y amable, en

---

<sup>70</sup> *Serm. 2 en Pentecostés.*



la Madre de Dios, en la casa de Dios, que es su Iglesia, y en el Hombre-Dios que es Nuestro Señor Jesucristo! ¡Qué honor, qué veneración, qué devoción son debidos a un Corazón, abismo de gracia de santidad y milagros!

¡Cuántas alabanzas y acciones de gracias debemos tributar al Corazón adorable de la santísima Trinidad, primer Rey de todos los corazones y paradigma de este santo Corazón, principio de todas las perfecciones que lo adornan, por haberlo hecho tan noble y regio, tan bueno y magnífico, y por habérselo dado como fuente inagotable de consuelo, fortaleza, santificación y de todos los bienes! ¡Todos los espíritus y todos los corazones de los hombre y los ángeles te den gracias infinitas, Corazón infinitamente amable de mi Dios. Por desgracia, la mayoría de los cristianos no toman conciencia de este grandísimo don y de este inconcebible favor.

En tu santo evangelio, leo, Jesús mío, que un día, durante tu permanencia visible en este mundo, ibas a pie de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo para llevar a todos los pueblos la divina palabra de tu Padre. Te sentiste cansado y fatigado por la dureza del camino, te sentaste al lado de una fuente llamada pozo de Jacob. Te encontraste allí con una pobre mujer venida a sacar agua del aljibe. Aprovechaste la ocasión para catequizarla y, entre las santas enseñanzas que le diste, le dijiste que tú tenías un agua viva para darle, que quien bebiera de esa agua jamás volvería a sentir sed, o sea, no volvería a tener sed de las aguas envenenadas que el mundo sirve a los que lo siguen.



En otra lugar del mismo evangelio encuentro además que tu bondad infinita hacia el hombre encendió en tu Corazón un deseo infinito de darles de esa agua viva. Estando un día en el templo de Jerusalén, en medio de gran multitud, clamaste a plena voz: *Si alguno tiene sed que venga a mí y que beba* (Jn 7, 37).

Lo que entonces hiciste, cada día lo haces de nuevo. Te veo, no ya en la fuente de Jacob, sino en medio de esta divina fuente de que hablamos aquí; te escucho gritar sin descanso: *Si alguno tiene sed que venga a mí y beba*. Vengan a mí todos los recargados, fatigados y sedientos que van por los caminos del mundo, llenos de trabajos y miserias; vengan a mí aquí, es decir, a esta fuente, no ya de Jacob sino del Corazón de mi dignísima Madre. Allí me encuentran porque allí habito para siempre. Yo hice esa hermosa fuente con más amor por mis hijos que el que tuve cuando al principio hice una para los hijos de Adán.

La hice para ustedes. Para ustedes la llené de infinitud de bienes. Allí me encuentro para ustedes; para mostrarles y distribuirles los tesoros inmensos que tengo guardados en ella. Aquí estoy para refrescarlos y fortalecerlos; para darles nueva vida mediante las aguas vivas de que rebosa. Estoy allí para alimentarlos con la leche y miel; para embriagarlos con el vino que mana de ella. Vengan a mí.

Hace mucho tiempo, Salvador mío, clamabas así. Pero pocos abren sus oídos para escucharte. Si el mundo no escucha al Señor no escuchará tampoco al servidor. No importa, permíteme gritar yo también, para que tu siervo imite a su Señor.



Quien me diera voz tan vigorosa para ser escuchado en las cuatros esquinas del universo. Para gritar al oído de todos: *Todos los sedientos vengan a las aguas; apresúrense los que no tienen dinero; vengan, compren sin dinero vino y leche* (Is 55, 1). Vengan a beber las bellas y buenas aguas de esta milagrosa fuente, no le hace que no tengan dinero; dense prisa, vengan.

Los sedientos de falsos honores de este mundo vengan al venerado Corazón de la reina del cielo. A ejemplo de ese Corazón, encendido únicamente en sed ardentísima de la gloria de su Dios, aprendan que solo hay honor auténtico en seguir a su divina Majestad; *Gloria grande es seguir al Señor* (Sir 23, 38). Todo otro honor es humo, vanidad e ilusión.

Los que buscan riquezas de la tierra, vengan y encontrarán aquí tesoros incomparables. Los ávidos de placeres mundanos vengan y encontrarán contentos angélicos, delicias divinas, paz y gozo de hijos de Dios y de la Madre de Dios, según la divina promesa dirigida a cada uno: *Haré correr para él ríos de paz y lo inundaré con torrentes de gloria* (Is 66, 12).

Salgan, abandonen ese sucio y horrible torrente del mundo, torrente de espinas que los arrastra al abismo de la perdición y vengan a perderse santamente en las aguas dulces de este río de paz y de este torrente de delicias. Apresúrense, ¿qué esperan? ¿Por qué tardan un solo momento? ¿Temen perjudicar la bondad sin igual del adorabilísimo Corazón de Jesús, su Dios y redentor, si se dirigen a la caridad del Corazón de su Madre? ¿No saben acaso que María es nada y nada tiene ni puede sino de



Jesús, y por él y en él; y que es Jesús quien es todo, puede todo y hace todo en ella? ¿No saben que Jesús hizo el Corazón de María tal como es, y que quiso hacer de él fuente de luz, de consuelo y de todas las gracias para los que recurren a él en sus necesidades? ¿Ignoran acaso que no solo Jesús reside y mora continuamente en el Corazón de María sino que él es el Corazón de María, el Corazón de su Corazón, el alma de su alma y que por tanto venir al Corazón de María es venir a Jesús; honrar el Corazón de María es honrar a Jesús; invocar el Corazón de María es invocar a Jesús?

¿Por qué temen? ¿Piensan que esta Madre de gracia y de amor los va a desconocer por sus pecados, infidelidades e ingratitudes continuas hacia su Hijo y hacia ella? ¿Olvidan que tantos Padres anuncian que jamás ha rechazado a nadie? ¿No la escuchas decirte, con su Hijo: *Al que venga a mí no lo echaré afuera?* (Jn 6, 37). Nunca, nunca ha rechazado a nadie; no temas, no empezará por ti.

Solo te pide una cosa. Que si deseas gustar las dulzuras de leche y miel y experimentar el espíritu del vino que manan de la fuente de su Corazón, tienes que renunciar por entero a la mesa del infierno y a no beber nunca la copa del demonio. Beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios al tiempo es imposible. Comer en la mesa de Dios y en la mesa del diablo no es posible (1 Cor 10, 21) ¡Escojan! ¡Cómo es de fácil hacerlo!

¡Qué cosa bien extraña! El mundo solo te ofrece migajas y gotas de su mesa, es decir, sus honores, riquezas y deleites. Te vende esas migajas y esas gotas por alto precio,



es decir, a precio de mil penas, inquietudes, amarguras, angustias y a menudo al precio de tu sangre y de tu vida. Por eso el Espíritu Santo te grita: *¿Por qué compras tan caro y con tanto trabajo algo que no va saciar tu hambre ni a quitarte la sed?* (Is 55, 2).

Hay más. Todo lo que el mundo te vende a precio tan alto son solo aguas turbias y ponzoñosas. No solo son incapaces de quitarte la sed sino que te envenenan y te causan muerte eterna. *¿Qué buscas en esas aguas turbias y sucias de Egipto?* (Jer 2, 18). ¿Qué satisfacción te pueden brindar? El Hijo de Dios e Hijo de María quiere *embriagarte con las delicias inenarrables de su casa y sumergirte en el torrente de sus gozos eternos* (Sal 36, 9) Te ofrece todos los tesoros que posee y las coronas gloriosas de un imperio eterno. Y a pesar de todo, le vuelves la espalda, menosprecias dones tan grandes que con tanta bondad te da gratis. Prefieres la mesa del diablo a la de Dios, la copa del Anticristo a la copa de Jesucristo.

¡Qué ceguera! ¡Qué locura! Algo extraordinario que debe aterrorizar cielo y tierra y que asombra incluso a Dios y le hace decir: *Cielos, pásmense de lo que voy a decir y horrorícense con espanto: dos males hizo mi pueblo; me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua* (Jer 2, 12-13).

Señor Jesús, apiádate de tantas miserias, te lo suplico, por el Corazón sagrado de tu santa Madre. Danos el agua viva de que rebosa esta fuente. Apaga por entero en nuestros corazones la sed maligna de lo de este mundo.



Enciende en ellos una sed ardentísima de agradarte, amarte y poner todas nuestras delicias y nuestro máximo bien en seguir en todo y por doquier tu adorable voluntad a imitación de este divino Corazón que jamás tuvo otro contento que agradarte, ni otra gloria que glorificarte, ni otro paraíso que cumplir en todo y perfectamente tus santas voluntades.

## CAPÍTULO VI

### ***Quinto cuadro: representa el Corazón de la Madre de Dios como un mar***

El Corazón admirable de la preciosísima Virgen no es solo una fuente sino que es un *mar*, del que el océano que Dios hizo en el tercer día de la creación del mundo es bella figura.

San Juan Crisóstomo dice que el corazón de san Pablo es un mar<sup>71</sup>. El Espíritu Santo, empero, da este nombre a la madre de Dios y por tanto a su Corazón, al cual conviene mejor que a otra persona puesto que, como diremos en seguida, este Corazón es el principio de todas las calidades de que está adornado.

Ciertamente, el Espíritu Santo nos declara que María, su dignísima Esposa, es un mar. Dicho sabio y humilde autor, cuando nos comparte las hermosas luces de su espíritu en sus excelentes comentarios de los Salmos, nos

---

<sup>71</sup> Hom. 55 al cap. 28 de Hechos.



ha querido ocultar el mérito de su nombre y su persona<sup>72</sup>; nos enseña que esta gloriosa Virgen lleva el nombre de *Mar*, en las sagradas Escrituras. En efecto, dice, es un mar puro, dilatado, útil. Puro y dilatado como diremos adelante. Útil pues como el mar, dice este santo doctor, no deja que las tierras que le son aledañas sean estériles, así todos los que se acercan a la Madre de Dios como verdaderos devotos, producen abundancia de frutos de bendición por las gracias que les comunica generosamente. Digamos entonces que su Corazón es un mar lleno de infinitud de grandes portentos.

El mar es una de las asombrosas maravillas de la omnipotencia divina en el orden de la naturaleza: *Admirables las grandezas del mar* (Sal 43, 4). Y Dios que es admirable en todo, por excelencia lo es en el mar: *Admirable el Señor en la hondura del mar*. El Corazón de la divina María es océano de prodigios y abismo de milagros. Es obra maestra del amor esencial e increado en el que los efectos de su poder sabiduría y bondad infinitas resplandecen más que en todos los corazones de los hombres y los ángeles.

¿Qué es el mar? Reunión de aguas, dice la santa Palabra, o si prefieres, lugar donde confluyen todas las aguas: *Que se congreguen las aguas que hay bajo el cielo en un lugar* (Gn 1, 6). Y *llamó mares la acumulación de las aguas*, continúa el texto. ¿Y el Corazón de nuestra augusta María qué es? Es el lugar en que las aguas vivas de todas las gracias brotadas del Corazón de Dios, como de su fuente original, son congregadas y reunidas. Escucha a san

---

<sup>72</sup> *Incognitus*, al Sal. 72.



Jerónimo que dice: *La gracia está repartida entre los otros santos pero María posee la plenitud de la santidad*<sup>73</sup>. Y por ello san Pedro Crisólogo<sup>74</sup> la llama *Collegium sanctitatis*, es decir, lugar donde la gracia y la santidad está reunida y recogida. Y san Bernardo<sup>75</sup>: *Mar prodigioso de aguas*.

*Todos los ríos de la tierra desembocan en el mar y sin embargo el mar no se rebosa* (Qoh 1, 7). Asimismo todos los arroyos y torrentes, todos los ríos de gracias celestiales van al Corazón de la Madre de gracias y todos encuentran puesto en él.

Todas las gracias del cielo y de la tierra (Sir 24, 25), las gracias de los ángeles y de los hombres, las de los serafines y querubines, de los tronos dominaciones y virtudes, de los potestades y los principados, las de los arcángeles y ángeles, las de los patriarcas y profetas, de los apóstoles y evangelistas, de los santos discípulos de Jesús, de los mártires, sacerdotes y levitas, de los confesores y ermitaños, de la vírgenes y viudas, de los santos inocentes y de todos los bienaventurados que hay en el cielo, vienen a derramarse en este gran mar del Corazón de la Madre del Santo de los santos; no rebosa, nunca tiene demasiado; es digno de recibir todos los dones y todas las liberalidades de la bondad infinita de Dios y capaz y disponible para recibirlos y hacer de ellos el uso que debe hacerse para gloria de su divina Majestad.

---

<sup>73</sup> *Serm. Assump. Virginis.*

<sup>74</sup> *Serm.I, 46*

<sup>75</sup> *Serm. Sobre la Virgen*



San Juan Damasceno llama el cuerpo de la gloriosa Virgen, depositado en la tumba, *abismo de gracia*<sup>76</sup>. Si este cuerpo, separado de su alma, es abismo de gracia, ¿qué decir de su Corazón viviente y animado por el Espíritu Santo que es fuente de todas las gracias? Oigamos a san Bernardino de Sena: todos los dones y gracias del Espíritu Santo descendieron al alma y al Corazón de la divina Virgen en tan copiosa plenitud, en especial al concebir al Hijo de Dios en sus purísimas entrañas, que es mar y abismo de gracias impenetrables e incomprensibles para toda mente humana y angélica. Solo el entendimiento divino, el de su Hijo Jesús y el suyo, tiene la capacidad de conocer plenamente su abundancia y perfección<sup>77</sup>.

El mar no se manifiesta avaro con sus aguas. Por el contrario, las comunica de muy buena gana a la tierra por medio de los ríos, que no salen del océano sino para volver a él, y entran para salir de él nuevamente, a irrigar la tierra con sus aguas y fecundarla con toda clase de frutos: *Al lugar de donde salieron los ríos regresan para salir nuevamente* (Qoh 1, 7). El Corazón de nuestra magnífica reina no retiene nada de todas las gracias que recibe de la mano generosa de Dios. Las envía nuevamente a su primera fuente y de allí se derraman, en cuanto sea conveniente y necesario, sobre las tierras secas de nuestros corazones para que fructifiquen para Dios y para la eternidad (Ro 7, 4).

Piensa estas hermosas palabras de san Bernardo: *María se hizo toda para todos. Su muy abundante caridad*

---

<sup>76</sup> *Orat.* 2, de dormit. Deip.

<sup>77</sup> *Serm.* 5 en la Nativ. B. Virg.



*hizo que se sintiera deudora a toda clase de personas. Abrió el seno de su misericordia y de su generoso Corazón a todos; que de él el cautivo recibiera redención, el enfermo sanación, el triste y afligido consuelo, el pecador perdón, el justo incremento de gracia, el ángel crecimiento de su gozo, el Hijo de Dios la sustancia de la carne humana, y finalmente la santa Trinidad gloria y alabanza eternas. Es así como el Creador y todas las criaturas sintieron el amor y la caridad de su Corazón<sup>78</sup>.*

Si se tomaran al pie de la letra las palabras del profeta David al decir que fundó la redondez de la tierra con todos sus habitantes sobre las aguas del mar: *Super maria fundavit eum* (Sal24, 2) sería fácil entenderlas. Porque qué otro medio habría de entender, dadas la inseguridad e inestabilidad de las aguas del mar en perpetuo movimiento, fueran el fundamento de la tierra y de todos sus habitantes, pues el mismo profeta afirma en otro lugar que Dios fundó la tierra en su propia estabilidad y firmeza (Sal 104, 5). En un sentido más elevado y espiritual es fácil entender que el mar de que trata es el que venimos mencionando, es decir, el Corazón augusto de nuestra gran reina. Solo de este mar se puede afirmar con verdad que Dios lo ha escogido para ser, después de su Hijo Jesús, el primer fundamento del mundo cristiano y de cuantos lo habitan, ya que nuestra salvación se ha hecho en este Corazón y por este Corazón, pues es fundamento estable, sólido e inmóvil del cristianismo del que no podemos prescindir so pena de incurrir en perdición y ruina eterna.

---

<sup>78</sup> *Serm. Sobre Apoc. Signum magnum:*



Quita uno de los fundamentos principales de una casa, ¿qué sería de ella? Suprime a María de la Iglesia, que es casa de Dios y morada de los hijos de Dios, ¿qué se hará con todos los que moran en ella? ¿Qué haríamos nosotros, indigentes que somos, dice muy bien san Buenaventura, qué haríamos en medio de la noche tenebrosa de este mundo si nos vemos privados de esta columna luminosa<sup>79</sup>?

Son desgraciados los herejes y cuantos no tienen la devoción y la confianza que los verdaderos cristianos deben tener en esta buena y poderosa reina. ¿Qué pueden hacer ellos en medio de las vicisitudes e inconstancias de este mundo, y en medio de las debilidades y fragilidades humanas, sin tener en que apoyarse, sin esta firme columna y sin este fundamento inconmovible? ¿Qué haríamos sin el bondadoso Corazón de nuestra muy buena Madre? ¿Cómo subsistiríamos sin el socorro y la asistencia continuas que recibimos de este Corazón maternal, encendido en celo, cuidado y vigilancia por nosotros, y que mueve sin cesar a esta muy benigna Madre a rogar por nosotros? El venerable Beda dice que hace mucho tiempo el mundo hubiera sido destruido si las oraciones de María no lo sustentaran, y san Fulgencio añade: hace mucho tiempo que el cielo y la tierra serían aniquilados si las intercesiones de la divina Madre no hubieran sido su apoyo y fundamento<sup>80</sup>.

El Corazón de nuestra admirable María es un mar, y este mar, después de Jesucristo, es el fundamento del mundo cristiano. Mar de caridad, de amor, pero de amor

---

<sup>79</sup> *De Speculo B. Mariae Virg.*

<sup>80</sup> *Sermón de santa María.*



fuerte, constante e invariable. Mar más sólido que el que sustentaba a san Pedro que caminaban sobre él a pie enjuto; mar más firme que el firmamento; mar del que habla san Juan en los capítulos cuarto y decimoquinto del Apocalipsis, mar de aguas claras, limpias y lucientes como si fueran de cristal y llameantes como fuego; mar que estaba ante el tono de Dios; mar que sostenía a los santos, que estaban de pie sobre sus olas, cantando las alabanzas de Dios, como veremos en seguida.

## Sección I

*El Corazón de la Madre del Salvador es un mar  
de aguas cristalinas mezcladas con fuego*

Vi en el cielo, dice san Juan, un trono magnífico, y *ese trono que vi era un mar de vidrio semejante al cristal* (Ap 4, 6). Quiere decir, un mar de aguas claras como el vidrio y el cristal. Y más adelante dice: *Vi un prodigio grande y admirable en el cielo: un mar de vidrio mezclado don fuego* (Ap 15,2), o sea, un mar cuyas aguas claras como el cristal estaban mezcladas con fuego.

¿Qué quiere decir esto? ¿Cuál es ese mar prodigioso sino aquel de que venimos hablando, a saber, el Corazón maravilloso de la reina del cielo? Hemos visto que es un océano de gracias, al cual convergen todos los ríos de la gracia, y que difunde sus aguas saludables en todo el universo. El mundo nuevo, el mundo santo y cristiano se



fundamenta y establece sobre este mar. Veamos ahora por qué el Espíritu Santo, que hizo ver este prodigio a san Juan, compara las aguas de este maravilloso mar al vidrio y al cristal y cuál es el fuego al que se mezclan.

Si consideramos esto atentamente, encontramos antes que nada que como el vidrio es producto de un fuego temporal y fruto maravilloso de una hoguera ardiente en la que tomó origen y recibió su perfeccionamiento, así el Corazón de la Madre de amor es, entre todas las criaturas, la más excelente obra de este fuego divino del que se dice: *Tu Dios es un fuego devorador* (Dt 4, 24). Ese fuego se formó en la hoguera ardiente del Corazón adorable de la santa Trinidad, que es el Espíritu Santo; durante el curso de esta vida fue acrisolado como el oro y perfeccionado en la hoguera de las tribulaciones; y finalmente fue consumido, como hostia santa, en el fuego del amor celeste de la caridad divina, que lo transformó en ella. Es así todo fuego y todo llama de amor a Dios y de caridad a los hijos de Dios.

El vidrio y el cristal tienen tres propiedades notables que representan tres cualidades de este Corazón virginal.

Primero, un cristal hermoso es sin tacha. Es de pureza inmaculada como es el Corazón de María que jamás fue manchado por el menor de los pecados. Es mar sin suciedad ni corrupción que rechaza y aleja toda clase de inmundicia.

Segundo, el vidrio y el cristal son transparentes, totalmente expuestos a todas las miradas. Esto denota sencillez y sinceridad, propias de quien no sabe de sutilezas ni fingimientos, que no se disfraza ni usa de artificios, que desconoce duplicidad e hipocresías; es una de las más



loables cualidades de un corazón fuerte y generoso. Solo el corazón flojo y débil disimula y engaña; un corazón lleno de fortaleza y generosidad es siempre sencillo, franco y sincero. Así es el Corazón de la gloriosa Virgen que puede repetir mejor que san Pablo: *Nuestra seguridad se basa en el testimonio de nuestra conciencia que nos atestigua que actuamos en este mundo con sencillez de corazón y en sinceridad ante Dios* (1 Cor 1, 12).

Tercero, el vidrio y el cristal no solo no se oponen a los rayos del sol y no los repelen como lo hacen los objetos materiales sino que los reciben en sí mismos y se dejan penetrar totalmente de modo que llegan a ser del todo luminosos y transformados en luz. El sol se dibuja y se imprime perfectamente en ellos y llegan a ser como otro sol; incluso transmiten y comunican la luz que reciben en plenitud del sol a los lugares y objetos que están cercanos. Así es el Corazón de la Madre de Dios: Estuvo siempre abierto a las luces celestiales; estuvo colmada y penetrada por ella en forma maravillosa e inexplicable.

Ha sido y será por siempre como un hermoso espejo de cristal en el cual el Sol de justicia ha reflejado la imagen perfecta de sí mismo. Por eso san Juan lo contempló como un mar de vidrio semejante al cristal *que está ante el trono de Dios* (Ap 4, 6), continuamente expuesto ante la faz y la vista de su divina Majestad. Ella tiene de continuo sus ojos clavados en ese gran espejo, traza e imprime en él sin cesar una imagen perfecta de sí misma y de todas sus divinas perfecciones.



No solo este divino Sol imprime su imagen en este purísimo cristal sino que lo transforma en sí. Para captar bien esta verdad, figúrate un gran corazón de cristal, en el que el sol está encerrado. ¿No te parece que está de tal manera lleno y penetrado, en todo lo que es, del sol, de la luz del sol, del calor del sol, de la fuerza del sol y de las demás excelentes cualidades del sol? Se hizo del todo luminoso, luz total, transformado por completo en sol, todo sol, capaz de comunicar y difundir por doquier la luz, el calor, la fuerza y las influencias del sol.

Y todo esto es solo sombra del Corazón de la Madre del Sol eterno. ¿Qué es este Corazón? Es la casa de este divino Sol que ha sido siempre y será eternamente habitante de este Corazón. Él lo llena, lo anima, lo posee, lo transforma en sí tan perfectamente que hace del otro sol, en cierto modo, un mismo sol con él, capaz de derramar incesantemente sus rayos, su luz y su calor en todo el universo.

San Juan nos dice además que vio algo prodigioso en este mar de vidrio semejante al cristal, que está ante el trono de Dios. Ese mar está *lleno de fuego mezclado con sus puras aguas* (Ap 15, 2). Portento grande contemplar fuego en medio de un mar, mezclado con sus aguas sin apagarse. Maravilla ver el agua y el fuego llevársela juntos.

¿Qué significa esto? Escucha al Espíritu Santo que te dice en alabanza de su amadísima Esposa: Un diluvio de aguas no pudo extinguir el fuego del amor y de la caridad de su Corazón (Cantar 8, 7). ¿De qué aguas se trata? Son las de las grandes tribulaciones en las cuales se vio sumergido, en



especial durante la pasión de su Hijo. Se pudo decir entonces con toda verdad: *Tu aflicción es grande como un mar, Madre dolorosa* (Lm 2, 13). Tu Corazón está abismado en un mar de penas, amarguras y angustias.

Pero todas las aguas de este mar no solo no fueron capaces de apagar el fuego ardentísimo del amor divino que arde en el Corazón de María sino que, por el contrario, provocaron un incendio todavía mayor.

Finalmente san Juan ve a los santos que en pie permanecen en este mar de vidrio semejante al cristal (Ap 15, 2). Ellos le confirman la enseñanza que nos dio a través del santo profeta David, que después de Jesucristo, el mundo cristiano está fundado y establecido en este gran mar: *Lo estableció sobre los mares* (Sal24, 2).

Conozco bien lo que se dice en otra parte: *es imposible poner un fundamento distinto del que ha sido puesto, es decir Jesucristo* (1 Cor 3, 11). Tampoco ignoro que esto quiere decir que Jesucristo es el primero y principal fundamento y la piedra angular, y que no puede ponerse otro en su lugar, o sea, en el primer puesto y en el sitio de este primer fundamento. Esto no impide que haya otros fundamentos que dependen de él. ¿Acaso los profetas y los apóstoles no ostenta también esta calidad en las Escrituras? (Ef 2, 20). ¿Quién puede encontrar errado que se atribuya al Corazón de la reina de los apóstoles, quien contribuyó ella sola más a la fundación y establecimiento de la Iglesia, por su fe, su humildad, su amor, su caridad, su celo y de todos los modos que dijimos, que todos los apóstoles y profetas y todos los santos tomados en conjunto?



Por ello san Juan ve a los santos en este mar de cristal, que representa este mismo Corazón. Allí tienen ellos su lugar y allí hacen su morada, junto con su adorable cabeza, el Hijo amadísimo de María, quien eternamente permanecerá en el Corazón de su amabilísima Madre. Allí ellos cantan, dice san Juan, el cántico del Cordero y el cántico de Moisés, servidor de Dios y figura del Cordero, por su gran mansedumbre, cántico lleno de amor, suavidad y gozo: *Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios omnipotente, justos y verdaderos tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no temerá y magnificará tu nombre, Señor? Porque solo tú solo eres santo; porque todos los pueblos vendrán a adorarte, y tus juicios se pondrán de manifiesto* (Ap 15, 3-4).

Oh Jesús, concédenos que cantemos contigo, con tu digna Madre y con todos los santos ese misterioso cántico para alabanza del adorabilísimo Corazón de la santa Trinidad, fuente de todas las maravillas que hay en el mar del Corazón de tu sacratísima Madre. Él es otro mar de amor infinitamente más dilatado, rico y admirable que este, el que solo es una gota de rocío en la inmensidad del primer y vasto océano.

A este divino mar dirijo ahora mi voz y mi súplica: ¡Escucha, escucha, oh inmenso mar de amor! Una diminuta gota de agua, el más pequeño y el último de todos los corazones, pide abismarse en tus ondas para perderse en ellas enteramente y no ser encontrado jamás de nuevo. Oh María, reina de todos los corazones consagrados a Jesús, aquí está esta gotita de agua, indigno corazón, que se



presenta y se entrega a ti para ser sumergido con el tuyo en el océano de amor, de caridad y para perderse allí por siempre. Infortunadamente, tú ves, Madre piadosa, que estamos aquí dentro de un mar tormentoso de tribulaciones y tentaciones, que nos asedian por doquier. ¿Quién podrá subsistir entre tan furiosas tormentas, tantos escollos, tantos peligros sin naufragar? Pon tus ojos misericordiosos en nosotros y que tu compasivo Corazón se compadezca de nosotros; que sea nuestra estrella y guía; nuestra protección y defensa; nuestro apoyo y fortaleza para que podamos entonar este otro cántico:

Divino Corazón, tú eres mi luz,  
mi alcázar de todos los días.  
¿Qué podrá causarme temor?  
Tú bondad me sostiene;  
eres el firme sostén de mi vida,  
nada puede perturbar mi corazón.

## Sección II

*Otras excelencias del mar del Corazón de María;  
su profundidad y altura, su longitud y anchura*

Cuando san Juan Crisóstomo hace el elogio del corazón de san Pablo lo compara con el mar. Afirma que es mar en el que se puede navegar, no de ciudad a ciudad, sino de la



tierra al cielo; mar en el que el viento es siempre favorable pues lo produce el hálito del Espíritu Santo; mar sin escollos, ni tempestades, ni monstruos ni naufragios; mar más sereno y seguro que el mismo puerto; mar en el que nada hay salado y amargo sino todo dulzura y suavidad; mar colmado de inmensos tesoros y grandes riquezas; quien quiera entrarse en él va a encontrar bienes que constituyen el Reino de los cielos; podrá ser rey y poseer el mundo<sup>81</sup>.

Con mayor razón puedo afirmar todo esto del Corazón augusto de la emperatriz del universo. Todas estas cualidades le pertenecen con mayor derecho y excelencia; él supera de todas formas e infinitamente cuanto hay de grande y maravilloso en los corazones de apóstoles y santos. Añadiré aún dos que van a constituir materia de este capítulo.

La primera es que aunque es cierto que el benigno Corazón de la Madre del amor hermoso jamás gustó la amargura del pecado y lo tuvo rebosante de la gracia y suavidad de la caridad, es sin embargo cierto que este corazón sintió la embriaguez de la hiel y del absintio por la infinidad de aflicciones que sufrió y de las que hablaremos en su momento.

Aún más, este Corazón es un Mar Rojo lleno de amargura para los egipcios, o sea, para los demonios. En el Mar Rojo el rey de Egipto pereció ahogado con todo su ejército. En el Mar Rojo del Corazón de María, enardecido de amor a Dios y de caridad al los hombres, el enemigo de Dios y de los hombres, el príncipe del infiernos, con todos

---

<sup>81</sup> Homilía 55 sobre Hechos de los Apóstoles.



sus poderes infernales, fue sumergido, pues mediante este mismo Corazón, el Hijo de María nos libró de su tiranía como ya dijimos.

De él se habla en el salmo 74, en el pasaje en que el profeta rey dice que Dios obró nuestra salvación en medio de la tierra, o sea, del Corazón de la santísima Virgen, como dijimos; y añade de inmediato estas palabras que dirige a su divina Majestad y que pueden aplicarse muy bien a la misma Virgen, pues el Espíritu Santo la llama a veces tierra y a veces mar: *Asentaste con tu poder el mar; sumergiste en las aguas las cabezas de los dragones* (Sal 74, 13).

San Buenaventura, el Seráfico, dice: María es un mar muy amargo para el diablo y sus ángeles que en él fueron subyugados; como el mar Rojo fue amargo para los egipcios, que en él perecieron; mar amargo y temible para los egipcios, así es amarga y pavorosa esta Madre para los demonios<sup>82</sup>.

A nadie temen más que a esta generala de los ejércitos del gran Dios: *Terrible como avanzada de los ejércitos* (Cantar 6, 3.9). Ella les es más terrible como poderoso ejército para enemigos débiles. Nada temen tanto como a esta Madre admirable y a los verdaderos hijos de su Corazón. Ella los aloja, los lleva y los conserva en el interior de su Corazón como en fortaleza inexpugnable. Con amor incomparablemente mayor que el de san Pablo les dice: *Ustedes están en nuestro corazón para vida y para muerte* (2 Cor 7, 3). Y ellos le responden: “Tu Corazón, oh María, Madre nuestra bondadosísima, es baluarte fortísimo. Si el

---

<sup>82</sup> *In Spec. B. Virg.* -3.



demonio, el mundo y la carne nos atacan, estaremos a salvo en esta fortaleza donde encontraremos seguridad. Si todos los ejércitos infernales se unen para combatirnos nuestro corazón no los teme. Guárdanos en tu Corazón maternal, Madre amabilísima; y si todos los poderes de la tierra y del infierno se armen para asaltarnos nos burlaremos de ellos”.

La segunda es que el Corazón de la Madre de Dios es un mar de profundidad, altura, longitud y anchura inmensas.

¿Cuál es su profundidad, su altura, su longitud, su anchura? Podría decir que su profundidad es su sabiduría y su ciencia; su altura es su fortaleza y su poder; su longitud es la caridad universal hacia buenos y malos, amigos y enemigos; su anchura es su gratitud por los beneficios recibidos de la bondad divina y su perseverancia en su amor, pues estas dos cualidades tomadas juntamente, es decir, la memoria y el reconocimiento de los favores recibidos de quien la amó desde toda eternidad, y la perseverancia para amarlo eternamente representan dimensiones sin límites.

¿Ha existido acaso un Corazón entre las puras criaturas que haya estado tan lleno de la ciencia de los santos, de la sabiduría de Dios y que haya penetrado tan profundamente en sus inefables misterios, en sus incomprensibles perfecciones, en sus obras maravillosas y en los secretos más ocultos de su Corazón como el Corazón de la que es la Madre de la Sabiduría eterna? Tanto más que estuvo siempre colmado, poseído, animado, iluminado por esta



Sabiduría increada que, siendo Hijo de Dios, quiso ser el Hijo de María y el fruto de su Corazón inmaculado.

¿No es cierto que no ha existido fuerza ni constancia semejante a la que este Corazón generoso manifestó en medio de dolores sin par y de tormentos inauditos que soportó durante la pasión del Salvador? ¿Es posible imaginar más elevada fortaleza que la del Corazón que es todopoderoso ante el Corazón del Omnipotente y al que la omnipotencia misma, si es posible decirlo, nada puede rehusar?

¿Qué anchura más vasta y dilatada es posible figurarse que la de un Corazón cuya caridad abarca todo cuanto puede decirse de la caridad inmensa del corazón de Dios?

¿Qué corazón ha existido que haya tenido tanta gratitud no solo por los dones recibidos de la mano generosa de Dios sino por todas las gracias que su infinita bondad ha derramado sobre todas las demás criaturas, y que haya tenido cumplida perseverancia y fidelidad total en el servicio y amor de su divina Majestad?

Es lo que inicialmente puedo decir sobre la profundidad, altura, longitud y anchura de este grande y maravilloso océano de que hablo. Añado todavía cuatro puntos importantes sobre esta materia.

1. Digo primeramente que la *profundidad* de este mar es la humildad incomparable del Corazón de la reina de los ángeles; humildad tan profunda, que, aunque es la primera, mayor y más elevada en gracia, gloria, poder y dignidad entre las criaturas, y aunque conocía muy bien las gracias eminentes que Dios le hizo, la hizo rebajarse sin embargo



por debajo de todas las criaturas y mirarse y se considerarse como lo último, más ruin y abyecto de todo lo creado.

Por ello conservaba siempre en su Corazón tres disposiciones características de la verdadera humildad, a saber, baja estima de sí misma, aversión grande a honores y alabanzas, y mucho amor al desprecio y la abyección. Abrazaba todo esto como algo que le era debido y dirigía siempre a Dios todo honor y toda gloria al único a quien pertenecen.

El fundamento y origen de estas tres disposiciones, fuertemente impresas en su Corazón, era el perfecto conocimiento que tenía de sí misma. Sabía muy que por sí misma nada era, nada tenía, nada podía. Se sabía hija de Adán y que, por tanto, si no hubiera sido preservada en el momento de su concepción inmaculada por milagro de la divina bondad, hubiera caído en el abismo del pecado original como toda hija de Adán, y en consecuencia, llevaba en sí misma la fuente de todos los crímenes de la tierra y del infierno, o sea, la corrupción de ese pecado de origen, por el que hubiera sido capaz de toda suerte de desórdenes inimaginables

Ante esta mirada y estas luces, mayores y más vivas como nunca las tuvo algún santo, mientras estuvo en la tierra, se humillaba aún más que ninguno de ellos lo hizo. Por su humildad glorificaba a Dios como nadie lo hizo jamás. En efecto, todo el que se ensoberbece rebaja a Dios; y por el contrario quien se rebaja exalta y glorifica a su Dios. *Ingresa el hombre al corazón alto, o como dice el hebreo, al corazón profundo y Dios es glorificado* (Sal 74, 7, Vulgata).



“Cuando el corazón del hombre desciende por verdadera humildad a lo profundo del abismo de su nada, entonces Dios es glorificado y magnificado en él”. Es lo que hizo el Corazón de la reina del universo más que toda otra criatura. Atrajo a sí gracias y bendiciones mayores que las de los hombres y de los ángeles. Por eso es llamada *Pozo de aguas vivas* (Cantar 4, 15). Así la llama el Espíritu Santo tanto por la profundísima humildad de su Corazón como por la profundidad del abismo impenetrable de gracias, dones y tesoros celestiales de Dios, quien, nada limitado con un corazón humilde, derramó a manos llenas en el humilísimo Corazón de María.

No solo atrajo a sí, por su humildad, todas las gracias del cielo sino la fuente misma: al autor de la gracia. Hemos dicho algo que puede merecer no ser entendido; escuchemos entonces las palabras del gran san Agustín quien pondera así la humildad de la santa Virgen:

“Dime, te ruego, santa Madre de todos los santos, ¿cómo hiciste nacer en el seno de la Iglesia esta hermosa flor, más blanca que la nieve, este hermoso lirio de los valles? Dime, te suplico, Madre única, ¿por qué mano o por cuál poder de la divinidad, este Hijo único, que se precia de no tener otro Padre que Dios, se formó en tus purísimas entrañas? Dime, te conjuro, por aquel que te hizo digna de merecer que naciera en ti, ¿qué bien hiciste? ¿Qué presente ofreciste? ¿Qué poder empleaste? ¿De qué intercesores te serviste? ¿Qué sufragios y favores te precedieron? ¿Qué pensamientos y qué designios te inspiró tu mente para llenarte de la felicidad de que aquel que es el poder y la



sabiduría del Padre, el que cubre poderoso de un extremo al otro, el que dispone todo con tal suavidad y el que está totalmente en todo lugar, haya venido a tu vientre virginal? ¿Que haya permanecido en él y haya salido de él sin sufrir cambio alguno en sí mismo y que en nada haya alterado tu virginidad? Dime, pues, te ruego, por qué medio llegaste a algo tan grande?

“Responde ella, me preguntas ¿qué presente ofrecí para llegar a ser la Madre de mi Creador? Ese presente fue la virginidad de mi cuerpo y la humildad de mi Corazón. Por eso mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi Salvador porque miró la humildad de su sierva, porque no se detuvo en un magnífico ropaje, no en pomposos ornatos de brillante oro y piedras preciosas, no en aretes de altísimo precio, sino en la humildad de su sierva. Vino este buen Señor a la pequeñez de su esclava, y él que es humilde y bondadoso no desdeñó hacer morada y tomar reposo en el Corazón humilde y bondadoso de la que quiso escoger como su Madre”<sup>83</sup>.

Nada tengo que añadir a estas maravillosas palabras de san Agustín. Esa es la profundidad del mar prodigioso del Corazón de la Madre del Salvador.

2. Hablemos ahora de su *altura*, no menos admirable por su elevación como lo fue en su humildad: *Admirable en la agitación del mar* (Sal 93, 4 vlg.). ¿De qué altura se trata? Es su contemplación sublime. ¿Y de qué contemplación hablas? Los teólogos de la mística nos enseñan que la hay

---

<sup>83</sup> San Agustín, *Serm. 2 de Nativ. Mariae*. Citado por Cartagena –lib. 5, hom. 13. De ahí pudo tomar san Juan Eudes esta cita que en vano hemos buscado en las Obras del santo. Nota del editor.



de varias clases. Voy a referirme a la que es la más pura, excelente y agradable a Dios. Consiste en contemplar y mirar siempre fijamente, en todo tiempo y lugar, en todo lo que sucede, su adorabilísima voluntad para seguirla en todo y por doquier.

En esta contemplación el Corazón de la santa Virgen se ocupaba de continuo. Era su dedicación, preocupación y aplicación perpetua. No tenía inclinaciones diferentes, ni otras intenciones en sus pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos y en todo lo demás, que agradar a su divina Majestad y cumplir su voluntad DE GRAN CORAZÓN Y ÁNIMO DECIDIDO (2 Mc 1, 3). Es acertado añadir estas palabras del Espíritu Santo: *Se acerca el hombre al corazón alto y Dios es exaltado* (Sal 64, 7). Esta palabra *cor altum* significa un corazón profundo en su humildad y también un corazón elevado por la contemplación y el amor de la divina voluntad. Puede muy bien explicarse así: cuando el hombre se llegue a un corazón profundo y elevado, o sea, a un corazón que se abaja hasta el más profundo abismo de su nada, y a un corazón elevado y atado inseparablemente a la santísima voluntad de su Dios, entonces estará en disposición de rendir mucho honor y gloria a su divina Majestad. Estos son los mejores medios para complacerla y glorificarla.

Si se habla de otra clase de contemplación celeste y divina, sea la que sea, san Bernardino de Siena nos asegura que María fue más elevada y perfecta en este santo ejercicio, desde el vientre de su madre, que los más altos y santos contemplativos en la perfección de su edad. Y más



aún, que fue más iluminada y más unida a Dios por su contemplación, mientras dormía, que los otros mientras estaban despiertos según el testimonio del Espíritu Santo con estas palabras que le hace pronunciar: *Duermo pero mi corazón está en vela*<sup>84</sup>.

3. Trato ahora de la *anchura* de nuestro océano. Consiste en el amor casi inmenso del Corazón de la Madre del amor hermoso a Dios. Ese amor la llevaba a amar muy ardiente y castamente su infinita bondad en todo lugar y en todo tiempo, en todo y por encima de todo. Ese amor la hacía dispuesta a hacer todo, a sufrir todo, a renunciar a todo y a darlo todo para su gloria. Podía muy bien decir: *Preparado está mi Corazón, oh Dios, preparado está mi corazón* (Sal 57, 8).

Y ¿qué fue lo que no hizo? ¿Qué fue lo que no padeció? ¿A qué no renunció? ¿Qué fue lo que no entregó? Y ni hablar de su disposición a hacer, sufrir, renunciar, darlo todo por amor de su Dios. ¿Hizo algo, desde lo más grande hasta lo mínimo, dijo alguna palabra, tuvo algún pensamiento, hizo algún uso de las facultades de su alma y de los sentimientos de su cuerpo, que no consagrara a su sola gloria? ¿Es posible añadir algo a sus padecimientos con este fin? ¿Si hubiera renunciado a cien millones, más, a infinitad de mundos, solo hubiera abandonado una pura nada en comparación con el renunciamiento que practicó, al privarse por la gloria de Dios, de un tesoro infinito que valía infinitamente más que todos los mundos que Dios pudiera crear durante toda la eternidad, cuando se privó de

---

<sup>84</sup> *Serm. 13 de Exalt. B. Virg. In gloria, cap. 13.*



su Hijo Jesús para inmolarlo a la gloria de su Padre. Finalmente, ¿qué podría dar de más grande, rico y precioso que darle un Dios, igual a él en grandeza y majestad, y darlo en sacrificio total a su amor? ¿Podría un amor totalmente inmenso hacer más?

Si eres capaz, mide la extensión, en cierto modo infinita, de ese Corazón virginal, o más bien, confiesa que la longitud de este mar de amor es sin playas ni límites. Aunque sea verdadero, según el testimonio de la divina Palabra, que Dios dio a Salomón un corazón tan amplio y dilatado en sabiduría y prudencia como la arena que hay en el mar (1 Reyes 4, 29), es sin embargo más cierto que el corazón de ese príncipe no era más que un grano de arena en lo que mira al amor, comparado con el Corazón inmensurable de nuestra soberana Princesa.

4. Piensas que la *longitud* de este mar es menor que su anchura? De ningún modo según vas a verlo. ¿De qué longitud se trata? Es su caridad hacia todos los hombres que ha habido, hay y habrá en el tiempo pasado, presente y futuro. Su caridad se extiende de un extremo al otro, desde el principio del tiempo hasta su final, incluso, y me sirvo de la Escrituras, *de una eternidad a otra eternidad* (Sal 103, 17). En efecto, esta caridad infinita impulsó a la Madre del Redentor, cuando se encontraba al pie de la cruz, a ofrecer e inmolar su Hijo por todos los hombres que ha habido desde el comienzo de los tiempos y por cuantos habrá hasta la consumación de los siglos. Si hubiera habido hombres desde toda la eternidad, necesitados de redención, ella lo habría ofrecido por ellos también como por los otros. Si



hubiera permanecido para siempre en este mundo, y hubiera sido necesario, para salvación de las almas, hacer este sacrificio eternamente, ella lo hubiera hecho eternamente. Esta caridad no conoce términos ni límites y la longitud de su Corazón no es menor que su anchura. Esa anchura es su amor a Dios y su longitud es la caridad con los hombres. Ese amor y esta caridad son una sola realidad en el Corazón de la Madre de amor pues ella solo ama a Dios en sus criaturas y no ama a las criaturas sino por el amor que tiene a su Creador.

Escucho a san Pablo que grita movido por el ardor de su caridad y su celo por las almas: *Nuestro corazón se ha dilatado* (2 Cor 6, 11). “Mi corazón se ha dilatado y extendido para acoger a todos ustedes, Corintios. Y comenta san Crisóstomo: no hay nada tan dilatado como el corazón de san Pablo. Y no hay por qué maravillarse que tuviera un corazón así por sus fieles pues su caridad se extendía también a infieles y a todo el mundo. Ese corazón era de capacidad tan grande que contenía en él ciudades, pueblos y naciones enteras”<sup>85</sup>. Sería faltar al respeto que este divino Apóstol profesaba a la Madre de Dios comparar su caridad con la suya, pues la caridad de su Corazón maternal sobrepasa la de todos los corazones de ángeles y de santos, como su dignidad de Madre de Dios es en cierto modo infinita; es proporcional a la de los santos y sobresale por encima de todas las dignidades de la tierra y del cielo. No comparemos lo infinito con lo finito.

---

<sup>85</sup> *In Rom.* Cap. 16, hom. 32.



Tales son la profundidad, altura, longitud y anchura del mar inmenso del Corazón admirable de la reina del cielo; son su humildad profunda, su altísima contemplación, su caridad ilimite al hombre y su muy grande amor a Dios.

Démonos de todo corazón al Espíritu divino, que con estas virtudes ha dotado el Corazón sagrado de nuestra venerada Madre, de manera excelente para que las imitemos en cuanto nos es posible con la gracia de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, y por su santa intercesión. Dichosos los que lo hagan; dichosos los que se pierdan en este mar de amor, caridad, humildad y abandono de si mismos a la divina Voluntad.

Corazón humilde de María, que por tu ejemplo yo aprenda a conocerme a mí mismo, a menospreciarme, a contar por nada, a tener desdén de mí como de pecador y como a fuente del pecado y del infierno, y por tanto como a objeto de la ira de Dios y de todas sus criaturas; que ame los desprecios, la ignominia y la confusión como algo que me pertenece; que tema la estima y las alabanzas como la peste de la humildad y refiera siempre a Dios todo honor y toda gloria como al único al que son debidos.

Corazón sagrado de mi Soberana, trono augusto de la divina Voluntad, que por tu intercesión mi propia voluntad sea del todo aniquilada y que la adorable voluntad de mi Dios reine perfectamente y por siempre en mi corazón.

Corazón caritativo de mi reina, cuya caridad no conoce límites, que a tu imitación me vea colmado de caridad sin fronteras; que sea católico, o sea, universal; que abarque de un extremo al otro del mundo; que ame todo lo que Dios



ama y como él lo ama; y que deteste solo lo que él detesta, el pecado.

Corazón amable de mi muy venerada Madre, dilatado y extendido por el amor divino hasta lo infinito, que por tu intercesión ese mismo amor tome absoluta posesión de mi corazón; que lo dilate de tal forma que yo corra dichosamente el camino de los mandamientos de mi Dios; que me haga amar, fuerte, pura y únicamente, en todo lugar y tiempo, en todo y por encima de todo, y tan ardorosamente, que esté dispuesto siempre a hacer y a sufrirlo todo por su amor; a darle y sacrificarle todo, para que él pueda decir con verdad; *Mi corazón está dispuesto, Dios de mi corazón*, para todo y sin reservas ni excepción por tu sola gloria y por tu puro amor.

## CAPÍTULO VII

### ***Sexto cuadro: el Corazón de la Virgen es el paraíso terrenal***

Una de las más acertadas imágenes que la poderosa y sabia mano del Padre eterno nos haya trazado del Corazón beatífico de su amadísima Hija, la Virgen preciosa, es el *Paraíso terrenal* que nos describe el Génesis. Es cuadro maravilloso que su infinita bondad nos ha dado de este bondadoso Corazón. Es paraíso que representa perfectamente otro paraíso. Es el paraíso del primer



hombre que nos expresa excelentemente el paraíso del segundo hombre.

Para contemplar este hermoso cuadro en su día consideremos atentamente siete puntos que representan siete aspectos que se encuentran en su prototipo, muy señalados y fructuosos. El primero es el nombre que las Escrituras asignan al primer paraíso; el segundo, quién lo hizo; el tercero, su forma y disposición; el cuarto, su contenido principal; el quinto, el encargado de cuidarlo y cultivarlo; el sexto, lo que allí sucede; el séptimo, el querubín a quien Dios encarga vigilar la puerta una vez expulsados Adán y Eva. Consideremos cuidadosamente estos puntos; nos van a revelar maravillas conjuntas del verdadero paraíso terrenal y celeste que es el Corazón de nuestra Madre admirable.

Empecemos por el nombre. Si consultamos el oráculo divino conoceremos que ese primer paraíso se llama *Paradisus voluptatis* (Gn 2, 3.10); *locus voluptatis* (Gn 3, 23.24): Paraíso de deleites, lugar de placer, jardín de delicias. Este nombre conviene perfectamente al Corazón sagrado de la Madre de Dios, verdadero paraíso del hombre nuevo que es Jesús: jardín del Amadísimo, cerrado y doblemente cerrado, jardín de delicias. Esos tres nombres se los da el Espíritu Santo al Corazón de su sana Esposa, llenos de sentido.

En primer lugar, es el *jardín del Amadísimo*. Escucha cómo este Espíritu divino hace que ella hable de la siguiente manera: *Venga mi amado a mi jardín* (Cantar 5, 1). ¿Quién es el Amadísimo? Su Hijo Jesús, objeto único de su amor. ¿A



qué jardín lo invita a venir si no es a su Corazón virginal, según expresión de un hombre sabio?<sup>86</sup> A ese jardín lo atrajo por su amor y su humildad. El jardín del Amadísimo es, pues, el Corazón de la Amadísima; el Corazón de María es el jardín de Jesús.

En segundo lugar, es un *jardín cerrado*: *jardín cerrado es mi hermana esposa, huerto cerrado* (Cantar 4, 12), dice su celeste Esposo. ¿Por qué repite dos veces que es jardín cerrado? Es misterioso. Quiere enseñarnos que el Corazón de su queridísima Esposa está absolutamente cerrado a dos realidades: cerrado al pecado que jamás entró en ella, como también a la serpiente, autora del pecado. Cerrado igualmente al mundo y a todo lo del mundo y a todo lo que no es de Dios. En efecto, Dios fue su ocupación perpetua y jamás hubo sitio para algo distinto.

También nos da a conocer que siempre estuvo cerrado doblemente al pecado, con doble muralla; y cerrado al mundo y a todo lo que no es de Dios, igualmente por doble muralla inexpugnable.

¿Cuáles son las dos murallas que lo cerraron al pecado? Es la gracia extraordinaria que se dio a esta santísima Virgen en el momento de su concepción inmaculada. Ella cerró la entrada de su Corazón y de su alma al pecado original; y es la aversión grande al pecado de la que estuvo colmado este Corazón, que lo protegió de toda clase de pecado actual.

¿Cuáles son las otras dos murallas que lo cierran al mundo y a todo lo creado? El primero es el perfecto amor de Dios del que siempre ha estado tan colmado que no deja

---

<sup>86</sup> Balinghém, *In locis com. Sac. Script.* En la palabra *Corazón*, V, 1.



lugar al amor de cualquier criatura. La segunda es el perfecto conocimiento que esta divina María tenía siempre de sí misma y de todo lo creado. Como sabía bien que por sí misma era nada, nada tenía y nada merecía, no se apropiaba de nada estimándose indigna de todo. Y pues conocía muy claramente que cuanto hay en el mundo es nada, no le daba cabida en su Corazón, pues sabía que había sido creado no para la nada sino para aquel que lo es todo. Estas son las razones por las que el Espíritu Santo afirma por dos veces que es un jardín cerrado.

El tercer nombre que le da, al fijarse en su figura que es el primer paraíso, es el de *jardín de delicias, lugar de deleites*. Es el jardín de delicias del Hijo de Dios, y de sus mayores delicias, después de las que de toda eternidad goza en el seno y en el Corazón de su Padre.

Si tú mismo, Jesús, nos aseguras que tus delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31), aunque estén llenos de pecados, ingratitudes e infidelidades, ¿cuántas delicias tuviste siempre en el Corazón amable de tu sagrada Madre? Nunca percibiste en él algo desagradable y allí fuiste siempre alabado, glorificado y amado más perfectamente que en el paraíso de los querubines y los serafines. Ciertamente es posible decir que luego del seno adorable de tu Padre eterno, nunca hubo ni habrá jamás lugar tan santo y digno de tu grandeza, llena de gloria y satisfacción para ti, que el Corazón virginal de tu santa Madre.

De allí viene, Salvador mío, que luego de haberte invitado a venir a su Jardín, o sea, a su Corazón, te dijo:



*Venga mi Amado a su jardín*, le respondiste: *Vine a mi jardín, Hermana mía, Esposa mía; recogí mirra y bálsamo, comí miel de mi panal; bebí vino con leche* (Cantar 5, 1). Es decir: recogí todas las mortificaciones y angustias de tu Corazón, todos los actos de virtud que practicaste por amor de mí, para conservarlos en mi Corazón y poner allí mi gozo y mi gloria para siempre. La miel, el vino y la leche son las innumerables delicias de este jardín que me dio mi Padre celestial. Me parece haber tenido allí un festín continuo, festín de miel, vino y leche.

¿Sabes quién hizo el paraíso terrenal? La divina Palabra dice: *Desde el principio, plantó el Señor Dios un paraíso de delicias* (Gn 2, 8). Su bondad infinita con el primer Adán lo llevó a hacer el primer paraíso para él y su posteridad para hacerlo pasar, si hubiera sido obediente, de un paraíso terrestre y temporal a otro celestial y eterno.

También el amor incomprensible del Padre eterno al segundo Adán, su Hijo Jesús, le hizo hacer este segundo paraíso para él y para todos sus verdaderos hijos que eternamente lo habitarán con su bondadoso Padre. Desde ahora los hace y los hará eternamente partícipes de las santas y divinas delicias que allí tiene. Por eso, luego de decir a su dignísima Madre que vino a su jardín para comer miel y beber vino y leche se dirige a esos mismos hijos y les dice: *Coman, beban, embriáguense, amigos amadísimos* (Cantar 5, 1).

Por lo que respecta a la forma y disposición del paraíso terrenal no encuentro nada en las Escrituras santas. Pero, por haber sido hecho por la divina mano de tan admirable



obrero no podemos dudar de que allí nada faltó de lo necesario para la belleza y el ornato de un jardín delicioso. Podemos imaginar que hubo hermosas avenidas. Dios acostumbró caminar, e incluso, para usar los términos de la Biblia, *pasearse por el jardín* pues Adán y Eva escucharon sus pasos (Gn 3, 8).

Sea que haya habido avenidas o no en ese primer jardín, encuentro en el segundo, el jardín de Jesús, cuatro agradables y maravillosas.

La primera es una gran avenida que rodea el jardín, sembrada de violetas. Las tres otras del jardín, están igualmente cubiertas de violetas, pero de violeta doble, más bella y aromática, que la de la primera avenida. La divina Misericordia se pasea por la primera avenida y las tres divinas Personas de la santa Trinidad se pasean por las otras tres avenidas. Esta misma Misericordia y estas tres adorables Personas encuentran gran felicidad en caminar sobre las violetas que cubren las avenidas. Entre más las pisan con sus sagrados pies, más se levantan y se hacen brillantes y perfumadas.

¿Qué quiere decir todo esto? La primera avenida que rodea el jardín y que es su límite externo, representa los sentidos interiores y exteriores de la santa Virgen, y son como el exterior y el rostro de su Corazón. No solo nuestros sentidos pertenecen a nuestro corazón, como al principio de su vida y de sus movimientos, sino que son nuestro rostro y exterior, pues revelan y manifiestan nuestras inclinaciones, sentimientos y disposiciones. La violeta que cubre integralmente esta avenida significa la humildad que



la humildísima María practicó siempre en todo el uso que hizo de sus sentidos.

Las otras tres avenidas del jardín son las tres facultades de su alma santa: memoria, entendimiento y voluntad. Esas tres facultades están encerradas en el recinto del corazón, como se dijo en el libro primero. La violeta de que están llenas representa la humildad, practicada en todas sus funciones. Esa violeta es doble, más agradable en su belleza y su perfume que la de la primera avenida, pues lo que ha podido verse al exterior de esta preciosísima Virgen es mucho menos que lo que esconde su interior. Nos lo quiere dar a entender el Espíritu Santo al decir: *Tu hermosura es maravillosa, Amadísima mía, tu hermosura es arrebatadora*. Se manifiesta externamente en la modestia, la humildad, y la sencillez de tus ojos como de una paloma. Pero esta humildad que se ve de fuera es poco en comparación de la humildad que se esconde dentro de tu corazón (Cantar 4, 1). Así explican estas palabras varios grandes doctores<sup>87</sup>.

¿Qué significa que la divina Majestad se pasee en la primera avenida? Quiere decir que mientras la Madre de toda bondad estaba en este mundo, la Misericordia divina, que la poseía y la animaba enteramente, imprimía no solo en el interior sino también en el exterior de su Corazón, o sea, en todos sus sentidos, compasión muy sensible hacia todas las angustias corporales y espirituales del género humano; la estimulaba a usar sus ojos, su oído, sus labios, sus manos, sus pies, y todo su poder para consolar a los

---

<sup>87</sup> Martín del Río, *in Cant*, y Ghisler.



necesitados y a ofrecer a Dios por ese fin las mortificaciones y sufrimientos que padecía en sus sentidos interiores y exteriores.

¿Qué significan los pasos de las tres Personas eternas en las tres otras avenidas? El Padre se pasea en la primera, o sea, la memoria, para urgir a su amadísima Hija a recordarse no solo de todas las gracias que recibió de su bondad sino también de todos los bienes que hizo a todas sus criaturas, para bendecirlo y agradecerle sin descanso. El Hijo se pasea en la segunda avenida, esto es, el entendimiento, para iluminarla con sus celestes luces y para dar a conocer su adorable voluntad a su santísima Madre para que la siga en todo y por doquier. El Espíritu Santo se pasea en la tercera avenida, a saber, la voluntad, para animarla a amar incesantemente a Dios y a usar de caridad con las criaturas de Dios.

Los pasos de las tres adorables Personas en nuestro verdadero paraíso terreno y celeste juntamente, es decir, en el Corazón de nuestra incomparable María, representan las impresiones y comunicaciones que hicieron, en altísimo grado, de sus divinas perfecciones a este Corazón: el Padre, de su poder; el Hijo, de su sabiduría; el Espíritu Santo, de su bondad. Así el Corazón de nuestra venerada Madre tiene todo poder de ayudar, favorecer y colmar a sus verdaderos hijos con toda suerte de bienes, mediante alta participación del poder del Padre; conoce infinidad de medios y recursos para hacerlo, por comunicación abundante de la sabiduría del Hijo; y está lleno de caridad y benignidad para quererlo



hacer por impresión muy poderosa de la bondad del Espíritu Santo.

Finalmente, la divina Misericordia y las tres Personas de la muy santa Trinidad gozan inmensamente caminando sobre la violeta que cubre las cuatro avenidas pues nada agrada más a la divina Majestad que la humildad, y sobre todo la humildad del Corazón de la más digna y alta de todas sus criaturas.

Cuando Dios camina sobre esas violetas, se abajan y luego se levantan, para que veamos que entre más Dios ha conferido gracias a este mismo Corazón por la impresión y comunicación de sus divinas perfecciones tanto más él se ha rebajado por su humildad a la vista de su nada. Luego se levanta por su amor a Dios contemplando su bondad. Y así se ha hecho más del agrado de su divina Majestad. Es sublime, en verdad, para nuestra humildísima María ser Virgen; pero es más grande aún ser Virgen y Madre al tiempo; Virgen y Madre de un Dios. Pero lo que es de admirar por encima de todo es que, a pesar de su grandeza y de estar y elevada en cierto modo infinitamente por encima de todo lo creado por su dignidad, podría decirse infinita, de Madre de Dios, siempre se rebajó por debajo de todas las criaturas, considerándose la más pequeña y última de todas.

¡Oh maravillosa humildad del Corazón de María!  
¡Humildad santa, quién podría decir cuán agradable eres al que ama los corazones humildes y rechaza a los soberbios!  
¡Tú, oh divina humildad, ofreciste un paraíso de delicias a mi Jesús, en el Corazón de su sagrada Madre. Tú hiciste que



habitara y tomara sus delicias en los corazones en verdad humildes. Por el contrario, el demonio habita en los corazones soberbios.

Sí, querido hermano que lees estas páginas, haz de saber que si la verdadera humildad está en tu corazón, para Jesús es un paraíso donde él hace gustosa morada. Pero si el orgullo te habita vives un infierno lleno de horror y maldición, habitado por los diablos. Por consiguiente, teme, detesta, huye la vanidad y la arrogancia. Ama, desea, practica la humildad de todas las formas posibles y graba estas palabras del Espíritu Santo en tu corazón: *Humíllate en todo y encontrarás gracia ante Dios pues los humildes lo honran* (Sir 3, 20).

## Sección I

### *Cuatro cosas principales que se dan en el paraíso terrenal*

Luego de haber visto el nombre, el autor y algo de la forma y disposición del paraíso hecho para el primer hombre y cómo esto figura en el paraíso del segundo hombre, veamos ahora lo que contenía este jardín de delicias y lo que esto representa en el jardín de Jesús. Veo cuatro realidades en el jardín del primer Adán.



1 Veo en primer término el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Están plantados en el centro y hay otros árboles que dan frutos agradables a la vista y son deleitables al paladar. En el segundo jardín vemos también otros árboles mejores sin comparación, de los que aquellos son solo una sombra.

Descubramos allí el verdadero *Árbol de vida*, que es Jesús, Hijo único de Dios, plantado por el Padre en este divino Paraíso, o sea, en el Corazón virginal de la santa Madre, cuando el ángel le dijo: *el Señor está contigo*. San Agustín lo explica así: “El Señor está contigo para primero morar en tu Corazón, luego para estar en tu vientre virginal, para llenar el seno de tu alma, y finalmente para llenar tus purísimas entrañas”<sup>88</sup>.

¿No es este fruto del árbol de vida que nos devolvió la vida, la vida eterna, que habíamos perdido por comer de otro fruto que nos dio de comer otra mujer que se llamó Eva? ¿Y no fueron las manos de otra mujer del todo divina llamada María que nos dio el fruto de vida? Escucha a san Bernardo: *¿Qué dijiste Adán? La mujer que me diste me dio del fruto del árbol, y comí. “Estas palabras perversas solo hacen acrecentar tu falta, y no la aminoran. Cambia tu excusa inicua por una palabra de acción de gracias y di: La mujer que me diste me dio del árbol de la vida, comí, y mi boca lo encontró más dulce que la miel pues me diste la vida por este precioso fruto... Este mismo santo afirma en seguida: ¡Virgen maravillosa y dignísima de todo honor! ¡Mujer merecedora de especial veneración! ¡Mujer*

---

<sup>88</sup> De Sanctis, serm. 13.



*incomparable por encima de todas las mujeres, que reparaste la falta de tus antepasados y diste la vida a los de tu raza que vendrán después de ti*<sup>89</sup>.

Este es el primer árbol que vemos en nuestro segundo paraíso más celeste que terrestre.

Vemos también el *árbol de la ciencia del bien y del mal*, en el hecho de que el Corazón luminoso y radiante de la Madre de Dios, que es la casa del sol como vimos, llevó siempre en sí a aquel en quien todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría están ocultos; ese Corazón está colmado de la ciencia y de la sabiduría del Santo de los santos. Él le hizo conocer perfectamente al soberano Bien que es Dios y le concedió clarísimo conocimiento del soberano mal que es el pecado.

Ella no conoció el pecado como Adán y Eva lo conocieron al desobedecer el mandato divino; lo conoció en la luz de Dios y como Dios lo conoce. Lo detesta como Dios lo detesta. El fruto de ese árbol no le fue funesto y mortal como lo fue el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, plantado en el primer paraíso, para el primer hombre y la primera mujer. Adán y Eva se perdieron y perdieron toda su posteridad al comer de ese fruto contra la voluntad divina. Pero nuestra verdadera Eva, verdadera Madre de los vivientes, se santificó y contribuyó a la santificación de sus hijos, comiendo del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal que Dios había sembrado en su Corazón. Comió de él a la manera como lo hace Dios y como Dios quería que lo hiciera, o sea, haciendo el mismo uso de

---

<sup>89</sup> Homil. 3, sobre Missus test.



su ciencia como el que hace Dios de la suya, no empleándola sino para amar a Dios como Dios se ama a sí mismo, y a detestar el pecado como Dios lo detesta.

Al igual que Dios dijo a Adán luego de su pecado pero en sentido que provocaba su confusión y condenación: *Ahí está Adán que ha llegado a ser uno de entre nosotros, sabedor del bien y del mal* (Gn 3, 22). Otro tanto puede decir de nuestra preciosísima Virgen pero en sentido que va a su alabanza y gloria: *Ahí está María, que llega a ser semejante a nosotros, que conoce el bien y el mal como lo conocemos nosotros, que hace uso de él como lo hacemos nosotros y por ese medio se hace santa y perfecta como nosotros somos santos y perfectos.*

Contemplamos otros árboles en este nuevo jardín, el Corazón de nuestra divina María, cargados de excelente frutos, muy agradables a la vista y deliciosos al gusto del que los plantó. ¿No habla ella de este árbol cuando se dirige a su Amadísimo: *Venga mi amado a mi jardín y coma el fruto de sus pomares* (Cantar 5, 1). ¿Su fe, su esperanza, caridad y sumisión a la divina Voluntad, son otros tantos árboles plantados en su Corazón que producen infinitud de hermosos frutos? ¿No es su pureza virginal un árbol celeste que produjo el fruto de los frutos, el Rey de las vírgenes, y luego a millones de santas Vírgenes que ha habido, hay y habrá en la Iglesia de Dios? Su celo ardentísimo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas no es árbol divino que ha producido tantos frutos como hay de almas en cuya salvación cooperó? De esos frutos, que también llama flores, habla cuando dice, en los excesos y arrebatos de su amor a las



almas: *Sosténganme con flores, rodéenme de manzanas, porque desfallezco de amor* (Cantar 2, 5). Por flores entiende las almas recién convertidas, que comienzan a servir a Dios; y por frutos, las que han hecho ya un progreso y son más firmes.

Estos son los árboles del primero y del segundo jardín.

2. ¿No hay *flores* en el jardín? La Sagrada Escritura no dice que las hubiera habido en el primer jardín; pero ¿quién puede dudar de que un jardín de delicias carezca de ellas? Sea lo que sea, consta que el jardín de Jesús rebosa de brillantes flores celestes, las más perfumadas que es posible imaginar. El Corazón de su santa Madre es una era celestial en la que están sembradas, en todo tiempo, las santas flores de todas las virtudes cristianas, flores inmortales que jamás se marchitan y conservan siempre su encantadora belleza y su agradable aroma; flores que difunden su suave perfume en el universo entero y son regocijo de ángeles y hombres e incluso del mismo Dios; flores que al tiempo son flores y frutos; *Mis flores son frutos de honor y honestidad* (Sir 24, 23).

Estas flores adornan la mansión del Rey eterno que se sirve de ellas para atraer hacia él corazones innumerables. Son frutos con los que hace honrosos y exquisitos manjares para saborearlos él mismo y para alimentar a sus hijos. Él nos asegura que encuentra reposo y agrado en las obras de misericordia, la cual es una de las primeras flores de su jardín: *Ahora descanso, dejen reposar al fatigado; este es mi refrigerio* (Is 28, 12). Él hace sus comidas, festines, delicias con las virtudes que nacen de los corazones buenos y sobre



todo el óptimo Corazón de su gloriosa Madre y con ellas nutre las almas de sus hijos.

Esto les quiso dar a entender cuando le oyeron decir que vino a su jardín y que allí comió miel y bebió vino y leche, y que luego invitó a sus amigos y a sus hijos a comer y a beber y a embelesarse con él (Cantar 5, 1).

Entre las flores de este jardín del divino Esposo de María, san Bernardo admira en especial el aroma de las violetas, la blancura de los lirios y el esplendor de las rosas. Estas son sus palabras: “Eres, oh Madre de Dios, jardín cerrado. En él recogemos toda clase de flores, en especial tres que cautivan nuestra admiración: las violetas, los lirios y las rosas. Ellas saturan toda la casa de Dios con su suave aroma. ¡Oh María, violeta de humildad, lirio de castidad, rosa de caridad”!<sup>90</sup>. Yo añado: ¡Oh María, clavel de misericordia, clavel doble, porque tu Corazón está colmado de misericordia y compasión no solo por nuestras desgracias corporales sino con mayor razón por las espirituales, que son más numerosas e infinitamente mayores que las corporales. ¡Madre de misericordia, apiádate de los desdichados, en especial compadécete de tantos infortunados que no se apiadan de sí mismos!

3. No sé cómo hablar ahora de la hermosa *fuentes* a que se alude en el capítulo segundo del Génesis pues la Sagrada Escritura no dice que se hallara en el paraíso terrenal. Sin embargo es cierto que hay asomo de que estuviera allí aunque el texto no lo dice expresamente. Ya hablé de ella ampliamente pues está llena de misterios y nos proveyó el

---

<sup>90</sup> *In deprecatur et laude ad B. Virg.*



material para el cuarto cuadro del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen.

4. Paso a otro punto que veo en el paraíso terrenal. Dios, como nos refiere el capítulo segundo del Génesis, una vez creados los animales y los pájaros, se los trajo al primer hombre para que les impusiera nombres adecuados como signo de su dominio sobre ellos y de que le estarían sometidos. Según el parecer de algunos doctores el hombre seguramente ofreció algunos en sacrificio a la divina Majestad.

Pero ¿qué puede haber en el nobilísimo Corazón de la reina del cielo que haya sido bosquejado con colores tan imperfectos y representado en seres tan inferiores como son animales y pájaros? Pues así es y no se admiren por ello, pues su Hijo, que es Hijo de Dios, ha querido ser figurado por bueyes, ovejas, corderos y otros animales y pájaros que eran sacrificados a Dios en la antigua Ley.

¿Qué representan esos animales y pájaros, sometidos por Dios a la autoridad de Adán en el paraíso? Representan las pasiones naturales que tienen su sede en el corazón sensible y corporal del hombre. Subrayo dos clases: unas más terrestres y animales como la cólera, el odio, el temor, la tristeza, la aversión, la desconfianza. Estas están significadas por los animales. Las otras, son más espirituales: el amor, el deseo, la esperanza, la audacia y el gozo. Estas son significadas por las aves.

Unas y otras, según vimos antes, estuvieron en el Corazón de la santísima Virgen como lo están en todos los hijos de Adán. Pero ella llevaba ventaja pues estaban



sometidas por entero a su razón, como los animales más feroces estaban bajo la plena dependencia de Adán en el paraíso terrenal. El espíritu del hombre nuevo, que reinaba perfectamente en el Corazón de María, dominaba por entero sobre todas sus pasiones. Ellas solo obedecían a sus órdenes. Nunca hizo uso de ellas sino por moción del Espíritu de Dios y solo para gloria de la divina Majestad. Nunca amó algo distinto de Dios; nada deseó ni pretendió, ni esperó sino agradarle; solo temió desagradarle; no emprendió cosa alguna, grande o difícil, que no fuera servirlo y glorificarlo; la gloria de Dios fue el único objeto de sus alegrías; y la sola causa de su tristeza fueron las injurias y el deshonor que recibe Dios por el pecado. Éste fue el único objeto de su aversión, de su rechazo y de su cólera. Todas sus pasiones nunca tuvieron uso o sentimiento distinto, y parecían muertas y aniquiladas respecto del mundo y de todo lo que es del mundo, respecto de sí misma y de su interés propio; y en general respecto de todo lo creado; y no tuvieron vida ni movimiento sino para complacerlo, o para no desagradar a aquel que era su dueño, que las animaba y las conducía en todo.

Así pues, el Corazón de la sagrada Virgen era un verdadero paraíso terrenal. En él no había guerra ni perturbación, ni desorden alguno, solo paz, tranquilidad y orden maravilloso, en continuo ejercicio de adoración, alabanza y bendición hacia aquel que había establecido su trono en este paraíso. En él todas las pasiones estaban totalmente sometidas a la razón y al espíritu de Dios; en perfecta armonía entre ellas, bendecían y alababan sin



cesar, con admirable concierto en la variedad de sus diversos movimientos, usos y funciones, dirigidos todos por el mismo espíritu; todos con un único fin: glorificar a su divina Majestad.

Vimos antes que este Corazón era como un altar sagrado, en el que la digna Madre del soberano sacerdote inmolaba sin cesar sus pasiones como víctimas santas; ellas las hacía morir y aniquilar respecto de cuanto no fuera Dios; las quemaba y consumía en el fuego del amor divino de que este Corazón ardía sin cesar; las sacrificaba de continuo a la gloria y al amor de su Dios.

Debemos usar de nuestras pasiones a imitación de nuestra santa Madre. Quiera la caridad incomparable de su Corazón maternal obtenernos de su Hijo la gracia de imitar este mismo Corazón en esta y en todas sus demás virtudes para que el corazón de los hijos sea imagen viviente del Corazón perfectísimo de su amadísima Madre.

## **Sección II**

### *El Jardinero del primero y del segundo jardín y lo admirable que allí pasa*

Si deseas saber ahora quién era el jardinero de este jardín de delicias, hecho por Dios al comienzo del mundo, escucha la divina Palabra y te dirá que habiendo creado al hombre, lo tomó y lo puso en esta jardín *para trabajarlo y*



*cuidarlo* (Gn 2, 15). El jardinero fue por tanto el primer hombre. Pero en lugar de cuidarlo lo vendió a su enemigo. Es decir, a la serpiente, en cuanto le fue posible. Se lo vendió a bajísimo precio, por un trozo de manzana, y para una muy breve satisfacción. Lo perdió y perdió al mismo tiempo la gracia de su Dios, e incurrió en maldición para él y para toda su posteridad. En lugar de cultivar este jardín lo llenó de espinas y cardos en cuanto pudo; aún más, así como Lucifer prefirió el paraíso del cielo al infierno, también Adán quiso hacer de su paraíso un infierno, introduciendo en él el pecado, pues donde está el pecado, ahí está el infierno. ¡Oh guardián desleal, qué pernicioso jardinero!

¿No hay mejor jardinero para nuestro segundo jardín? Ciertamente lo hay, sensato, más atento y fiel. ¿Quién es? Es la Sabiduría eterna que tomó plena y absoluta posesión de este jardín, desde el primer momento de su existencia; lo ha conservado desde entonces e hizo y hará de él lugar de sus amadas delicias. Lo ha cultivado tan divinamente que ha estado siempre y estará por siempre pleno de flores perfumadas y de frutos exquisitos. La tierra de este jardín ha producido siempre frutos al céntuplo y al mil veces céntuplo.

Este divino Jardinero tenía tres excelentes obreros para ayudarle en el cultivo de su Jardín: el amor, la gracia y la paciencia divina. El amor divino cavaba y removía la tierra para disponerla a recibir la semilla del cielo; la gracia divina sembraba y la paciencia divina lo abonaba. El amor la removía invitando al espíritu y a los sentidos a desear proezas grandes por Dios; es máxima del amor que quien



ama mucho realiza maravillas con poco trabajo. La gracia la sembraba inspirando lo que debía hacerse en cada caso y ayudando a realizarlo; la paciencia lo abonaba disponiéndolo a realizar todo, sufrir todo y a dar fruto mediante la perseverancia.

Pasemos a lo que aconteció en el paraíso terrenal. Destaco cuatro sucesos principales:

El primero es el matrimonio entre el primer hombre y la primera mujer. Matrimonio entre vírgenes, presidido por el mismo Dios, celebrado en un paraíso, matrimonio santo y misterioso, matrimonio que representa la divina alianza de la Persona del Verbo eterno con la naturaleza humana, y de Nuestro Señor Jesucristo con su Iglesia; contrato celebrado en el Jardín del divino del Esposo, esto es, en el Corazón de su divina Madre. Allí, al decir de un notable prelado del que hablaremos luego, se realizó secreto y admirable comercio entre el Padre eterno y la bienaventurada Virgen respecto del misterio de la encarnación. Allí, apunta otro doctor que citaremos después, la misericordia y la justicia divinas se dieron el beso de la paz. Allí, finalmente, esta amadísima de Dios ofreció una esposa al Hijo de Dios a quien ella urgió que lo aceptara y consintiera en matrimonio, a quien ella atrajo hacia sí misma, aún más, cautivó y la arrebató del seno de su Padre, como ya vimos, para que contrajera inefable alianza por la que entró en nuestra humanidad; es el divino matrimonio entre él y su Iglesia.

El segundo suceso que aconteció en el paraíso terrenal es que el hombre, una vez quebrantado el mandamiento que Dios le había impuesto, se vio reducido a estado tal,



que habiéndolo buscado y no encontrándolo, Dios se vio obligado a preguntar: *¿Dónde estás?* El pecado lo había ocultado a los ojos de Dios y lo había reducido a nada. Lo que la cruel malicia humana hizo al hombre en el primer jardín, la bondad sobreabundante de Dios lo hizo al mismo Dios con miras a la salvación del hombre en el segundo Jardín. Veo al hombre anonadado en el primer paraíso y veo a Dios también anonadado en el segundo paraíso: *Se anonadó a sí mismo* (Fp 2, 7); de tal manera anonadado que tres reyes que lo buscan deben preguntar: *¿Dónde está?* Pero son dos anonadamientos muy diferentes. El pecado causó el primero y el amor produjo el segundo. Ciertamente el amor incomprensible que el Hijo único de Dios tiene por nosotros lo obligó a anonadare a sí mismo para sacarnos del abismo espantoso de la nada del pecado y para restablecernos en él mismo y darnos nueva vida y nuevo ser en él, más nobles y provechosos sin comparación que la primeros. ¡Oh bondad admirable! ¡Oh caridad inefable! Dios de amor, Dios de mi corazón, seas bendito, adorado y amado eternamente por todas tus criaturas.

Jesús, líbranos de la horrible y espantosa nada del pecado. Haz que contigo entremos en tu divino y amable anonadamiento. Anonádanos para que seamos establecidos en ti, o mejor para que tú te establezcas en nosotros pues somos indignos de poseer el ser y la vida. Innumerables veces merecimos perderlos por nuestros pecados. Bien sabemos que tú eres el único digno de existir y vivir. Haz que nos convirtamos en nada y que en cambio tú lo seas todo en nosotros. Sé nuestro ser, nuestra vida, nuestro



espíritu, luz y corazón; nuestra fortaleza y tesoro; nuestro gozo y gloria; en una palabra, nuestro todo para que nuestro Padre eterno, que no quiere ni ver ni amar cosa distinta de ti, nos mire y solo perciba en nosotros a Jesús, objeto único de su mirada, de su amor y de su complacencia.

El tercer suceso que aconteció en el paraíso terrenal es la sentencia pronunciada por Dios en contra de la serpiente: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su linaje y el suyo, ella te herirá la cabeza* (Gn 3, 15). Este decreto fue pronunciado en el primer paraíso pero fue ejecutado en el segundo, en el Corazón de esta divina mujer llamada María, de dos maneras: primero aquí fue quebrantada la cabeza de la serpiente que es el pecado original. En segundo lugar, porque en el Corazón de la Madre del Salvador la sentencia de condenación y muerte, pronunciada contra nosotros, fue cancelada. *En el paraíso del nuevo Adán la condenación fue abolida*, dice san Juan Damasceno<sup>91</sup> cuando fue hecha la salación del mundo como vimos en el tercer cuadro.

El cuarto suceso del paraíso primero es que el hombre que había sido puesto en él, una vez que se rebeló contra su Creador, fue indigno de permanecer en ese lugar de delicias. Fue expulsado y arrojado para siempre de allí, él y toda su posteridad. A un querubín se le encomendó la puerta, con una espada llameante en la mano, para impedir que él y sus hijos entraran en él. Así quien quiera encontrar puesto en el verdadero Paraíso terrestre, o sea, en el

---

<sup>91</sup> Orat 2 de Dormit. B. Mariae.



Paraíso del segundo Adán, que es el Corazón de su dignísima Madre, debe salir de la raza y genealogía de su primer padre, para entrar en la del segundo; es preciso que deje de ser hijo de Adán para ser hijo de Jesús; debe morir a la vida corrupta y depravada del hombre viejo, a su espíritu maligno y perverso, a sus inclinaciones desarregladas y a todo lo que es suyo, pues está viciado y envenenado, y es opuesto a Dios; debe vivir de la vida santa y celeste del hombre nuevo, para ser animado de su espíritu y para conducirse según sus sentimientos e inclinaciones: *Tengan en ustedes los sentimientos de Cristo Jesús* (Fp 5, 2).

Muerte espantosa, espada llameante en la mano del querubín, todo parece terrible; y no lo es tanto en realidad; solo en apariencia. Es espada de amor; es la espada que lo hirió y dio muerte a todos los que aman de veras a Jesús, es decir, a los santos. Los hirió para sanarlos; les dio muerte para hacerlos vivir. Los hizo morir al pecado, al mundo, a sí mismos, a cuanto no es de Dios para que vivieran de la vida de Dios. Los golpeó con muerte deseable y preciosa: *Es preciosa ante el Señor la muerte de sus santos* (Sal 116, 15). Muerte que no es muerte sino vida, fuente de vida y de vida eterna.

Jesús, de todo corazón renunciamos a ese primer padre, que no fue verdadero padre pues nos dio muerte en vez de darnos vida. Jesús, tú eres nuestro Padre, sufriste para darnos la vida. Queremos ser tus hijos. Pero no podemos ser tus hijos si no dejamos de ser hijos de Adán. Y no dejaremos de ser hijos de Adán si él no muere en nosotros. Jesús, tú eres el querubín que el Padre puso en la



puerta del segundo Paraíso. Tú eres el que llevas en la mano la espada llameante. Golpea, golpea con esa espada al hombre viejo, hombre de pecado y perdición; hombre que te es contrario en todo, anticristo verdadero. Si este anticristo no muere en nosotros tú no podrás vivir en nuestra vida, y solo vivirás ahí si él muere. Mátaalo por entero en nuestro interior para que vivas allí perfectamente y podamos decir con tu apóstol: *Vivo, no yo, sino Jesucristo en mí* (Ga 2, 20). Que vivamos en ti, por ti y contigo, en el Corazón de tu santísima Madre, también Madre nuestra, por siempre.

Como conclusión de este capítulo, luego de haber puesto ante tus ojos el Corazón bienaventurado de la Madre de Dios, como el paraíso de las delicias del Hombre-Dios, te digo, hermano querido, que es necesario que tu corazón sea o un infierno de suplicios para ti, o un paraíso de delicias para ti y para Jesús.

Si destierras el pecado, el amor propio, el amor del mundo, la vanidad, la soberbia y demás vicios y abres la puerta a la gracia, ella entrará con todo su cortejo, es decir, con todas las virtudes, y más aún, con Jesús, Rey de las virtudes. Él tendrá allí su lugar de paz y reposo: *Su lugar se hizo en la paz* (Sal 76, 3), y un paraíso de delicias para él y para ti. Escucha al Espíritu Santo que te dice que una conciencia segura y tranquila es un continuado festín: *Mente segura es perpetuo festín* (Prov 15, 15), y que la gloria, el honor y la paz son la herencia de quien hace el bien (Ro 2, 10).



Pero si expulsas la gracia con toda su corte para alojar el pecado ten por cierto que los demonios se acomodarán ahí y harán de ti su casa: *Volveré a mi casa* (Mt 12, 44); harán allí su morada: *habitarán allí*. Y entonces, tu corazón, siendo habitación de los diablos, será para ti verdadero infierno lleno de torturas y suplicios. Oye la voz del cielo que grita desde siempre: *Los impíos son mar agitado que no encuentra reposo* (Is 57, 20). Y el Señor Dios dice: *No hay paz para los perversos; y El alma del hombre que hace el mal está llena de tribulaciones y angustias*<sup>92</sup>.

Escoge, hermano mío. Está en tu libertad hacer de tu corazón un paraíso o un infierno. Si quieres que no sea un infierno sino un paraíso, sigue estos tres consejos:

1. Expulsa de tu corazón la serpiente y hombre viejo, es decir, todos los enemigos de Dios.
2. Contempla el Corazón virginal de tu venerada Madre como el primer paraíso de delicias de Jesús, y como modelo y ejemplar de otros paraísos que quiere tener en el corazón de sus verdaderos hijos, en especial en el tuyo. Considera, por tanto, con sumo cuidado, la forma y el estado de ese sagrado Jardín para laborar uno semejante en tu corazón. Vuelve a leer y a estudiar lo que se ha dicho aquí sobre lo que esta santísima Virgen hizo de las tres potencias de su alma, de los sentidos interiores y exteriores y de sus pasiones, para que hagas lo mismo de los tuyos, en cuanto puedas, con la gracia de su Hijo; planta en medio de tu jardín el árbol de la vida que es Jesús y haz que por la fidelidad y la perseverancia arraigue tan profundamente

---

<sup>92</sup> Ro 2, 9



que jamás pueda ser separado de ti; planta también el árbol de la ciencia del bien y del mal por el ejercicio del conocimiento de Dios, para disponerte a amarlo, y por el conocimiento del pecado para detestarlo; planta además los árboles de la fe de la esperanza y de la caridad, de la sumisión a la voluntad de Dios, del celo por su gloria y por la salvación de las almas. Son árboles que producen en abundancia frutos de buenas obras: planta también las flores de todas las virtudes, en especial, el cuidado del temor de Dios; ese temor es capaz, él solo, de cambiar tu corazón en un paraíso de bendición según estas divinas palabras: *El Temor de Dios es paraíso de bendiciones* (Sir 40, 28): la violeta de la humildad, el lirio de la pureza, la rosa de la caridad, y el clavel de la misericordia: *La gracia es paraíso de bendiciones* (Sir 40, 17). El Espíritu Santo dice que la gracia, es decir, la misericordia y la compasión de los infortunios del prójimo, son paraíso de bendiciones para los que las practican. No olvides regar esos árboles y esas flores con las aguas vivas de la gracia y de la devoción que debes sacar de la fuente de los santos sacramentos, de la oración, de la lectura de libros de piedad.

3. Dios mismo te dice: *Con todo esmero y diligencia posibles guarda tu corazón porque es el principio de la vida* (Prov. 4, 23). Ponlo confiadamente entre las manos de Dios. Si lo mantienes entre las tuyas lo perderás seguramente. Suplícale que ponga en la puerta de este paraíso un querubín, armado de espada llameante en la mano, esto es, de la ciencia y del conocimiento de ti mismo, que son madre propia de la humildad que vigila todos los tesoros del cielo



en un corazón; armado con el verdadero amor de Dios que es espada cortante por ambos lados, para que corte la cabeza del amor propio y del amor del mundo que son fuentes envenenadas de aguas pestilentes del infierno que dan muerte a todos los árboles y las flores de tu jardín, si entran en él.

Si te propones seguir estos consejos, fáciles de practicar con la gracia de Dios, gracia que él no rehúsa a quienes se la pidan, tu corazón será paraíso delicioso para Jesús. Él nos asegura que sus delicias consisten en estar con los hijos de los hombres; y para ti será paraíso de paz, descanso y dulzura inconcebibles.

Estos son los seis primeros cuadros que el Padre eterno nos ha dado del divino Corazón de la preciosa Madre de su Hijo en las seis primeras partes del mundo creado por él. Veremos otros seis sacados de seis realidades presentes en la tierra, desde la muerte de Moisés hasta la muerte del Hijo de Dios. Todo cuanto ha acontecido durante ese tiempo ha sido ordenado por la divina Providencia para predecir, anunciar y figurar a Jesucristo Nuestro Señor y a su santísima Madre, en sus diversos estados y misterios y en todo lo que a ellos pertenece.



## LIBRO TERCERO

### *Seis otros cuadros del Corazón virginal de la Reina del cielo*

#### CAPÍTULO I

##### ***Séptimo cuadro del Corazón de la Madre de Dios: La zarza ardiente vista por Moisés en el Horeb***

Orígenes, san Gregorio de Niza, san Bernardo y varios otros santos Padres están de acuerdo en que esta *Zarza ardiente*, de que habla el capítulo tercero del Éxodo, es figura de la santísima Virgen. Ella, al decir de san Germán, patriarca de Constantinopla, *llevó en su naturaleza mortal y corruptible, el fuego devorante de la Divinidad sin ser consumida por él*<sup>93</sup>.

El muy docto y piadoso Juan Gerson, canciller de la célebre universidad de París y uno de los más ilustres doctores de esa famosa academia de ciencias divinas y humanas, cuando escribe sobre el cántico de la bienaventurada Virgen, en referencia a su Corazón, dice *que era figurado por esa misma zarza ardiente que Moisés vio en la montaña de Horeb*<sup>94</sup>. No sin razón se expresa así pues ese prodigio extraordinario de una zarza que arde en medio de ardentísimo fuego y no se consume es figura elocuente

---

<sup>93</sup> *Orat. In Adorat. Crucis.*

<sup>94</sup> *Tract, 0, super Magnif. Part. 1*



de ese mismo Corazón, que allí se representa en varios aspectos.

1. Primero, si consideramos que la montaña donde estaba la zarza se llama en la Escritura *Montaña de Dios* (Ex 3, 1), y Moisés oye decir: *el lugar en que estás es tierra santa* (Ex 3, 5), no nos es difícil persuadirnos de que designa a la sacratísima Virgen, verdadera montaña de Dios, montaña de santidad, de la que podemos decir con el gran san Gregorio<sup>95</sup>: *Montaña, cumbre de las demás montañas*, según lo predijo Isaías (2, 2). Las otras montañas le sirven de fundamento (Sal 87,1). Fue Dios quien la elevó en dignidad, santidad y poderío por encima de los primeros serafines y los mayores santos.

2. Segundo, no debemos menospreciar esa zarza diciendo que es simplemente una zarza, arbusto debilucho, el menor entre los matorrales. Más bien, debemos respetarlo pues Dios lo honró al escogerlo, preferido a los altos cedros del Líbano, para hacer brillar en él el esplendor de su gloria, en medio del fuego y las llamas, de que estuvo abrasado. ¿Quieres saber porqué? Escucha al Espíritu Santo: *El Señor, aunque altísimo y sobresaliente por encima de todo se congracia sin embargo en mirar de cerca, y con ojos benignos y amorosos lo pequeño y despreciable* (Sal 138, 6). Lo grande y soberbio lo conoce de lejos como si quisiera desdeñarlo y menospreciarlo.

Por eso miró la humildad de su sierva (Lc 1, 48); profunda humildad del Corazón de María que hace decir a san Bernardo: Con toda razón, la que de espíritu y de

---

<sup>95</sup> En 1 Sm 1.



corazón era la última de todas las criaturas fue elevada a primera, pues no obstante que de hecho fuera la primera se tenía sin embargo por la última<sup>96</sup>. Esta humildad del Corazón de la reina del cielo está representada en la pequeñez de la zarza misteriosa del monte Horeb.

3. Tercero, no debemos tener ni aversión ni horror por esa zarza a causa de sus espinas punzantes de que está enteramente armada interior y exteriormente. Por el contrario por esa misma razón debemos amarla. Es evidente que Dios ama a todas sus criaturas y no tiene en menos nada de cuanto ha hecho según se dijo: *Amas todo lo que existe y nada detestas de cuanto hiciste* (Sb 11, 25). El tiene especial amor hacia este arbusto y su Corazón está en él. Se complace en él pues lo escogió expresamente para fijar allí su trono, para manifestar su gloria a su servidor Moisés, para hablarle allí y darle a conocer sus secretos, a fin de que conociera las bondades que reserva a su pueblo y revelarles los designios que tiene de liberarlo de la esclavitud de Egipto.

¿Te preguntas quizás por qué Dios ama una criatura tan insignificante? Te digo dos causas ya dichas que miran a la pequeñez y la humildad.

La primera, el Corazón de Dios está allí donde hay odio al pecado y el Corazón de Dios ama los corazones que detestan el pecado. El Corazón de Dios se complace en todo corazón al que desagrade la iniquidad pues se hace semejante a él al detestar lo que él detesta infinitamente. Por eso este Corazón adorable profesa mayor dilección al

---

<sup>96</sup> *In Assumpt.* Sermón 5: Signum magnum.



Corazón amable de la bienaventurada Virgen que a los corazones de los hombres y de los ángeles pues jamás hubo corazón que amara tanto a Dios ni hubo otro corazón que tuviera tanto horror a cuanto es contrario a Dios. Esa es la razón por la que Dios ama esta zarza ardiente pues así como el fuego ardiente representa el fuego del amor divino del que el Corazón de María está abrasado, así las espinas de que está lleno significa la aversión casi infinita de la que este Corazón está lleno hacia el pecado.

La segunda, esas espinas representan los dolores muy agudos y las aflicciones lacerantes de que el Corazón de la preciosísima Virgen fue mil y mil veces herido, traspasado y destrozado. Lo sufrió todo con grandísimo amor a Dios y ardentísima caridad a los hombres. Por ello Dios puso en él sus complacencias y estableció allí el trono de su gloria pues nada hay que le sea más agradable ni por lo que no sea más glorificado que un corazón lleno de angustias y tribulaciones y de las que hace el uso debido. *Si sufres alguna injuria*, dice el príncipe de los apóstoles, *y lo sufres en nombre de Jesucristo*, o sea, en su espíritu y como él lo sufrió, *serás muy dichoso porque el honor, la gloria, el poder y el espíritu de Dios reposan en ti* (1 Pe 4, 14).

Cuarto, como Dios descendió del cielo a la zarza de la montaña del Horeb y se manifestó a Moisés *en la llama de fuego*, para revelarles su amor y caridad a su pueblo, y le habló de *en medio de la zarza*, o según otra lectura, *desde el corazón de la zarza*, para darle a conocer su designio de liberar a sus hijos de la cautividad de Faraón y servirse de él con ese propósito, así el Hijo de Dios descendió, movido de



excesivo amor, del seno de su Padre, al Corazón de su Madre. Lo hizo abrasado por entero de amor a Dios y encendido en caridad a los hombres para obrar nuestra redención y para asociar ese Corazón a esta gran obra, según dijimos arriba en el cuadro tercero.

Dios permaneció en esa zarza poco tiempo. Pero ha estado y estará eternamente en el Corazón de nuestra divina Virgen: *Dios no se moverá de su en medio*, o como dice otra lectura: *Dios no será removido de su intimidad* (Sal 46, 6). Dios está en lo más íntimo de su Corazón y de allí no saldrá jamás.

Debemos considerar sobre todo en esta zarza lo que nos dicen estas palabras: *Me acercaré y veré esta gran visión, por qué la zarza no se consume* (Ex 3, 3). El texto anota que Moisés veía que la zarza estaba dentro de un fuego ardentísimo y sin embargo no se consumía: la zarza ardía y no se consumía.

Gran prodigio, en verdad, que sin embargo no es sino pálida imagen de un milagro mayor que acontece en el Corazón de nuestra Madre admirable, abismo de toda clase de maravillas, entre las que se destaca la siguiente: mientras esta Madre de amor estuvo en este mundo, su corazón ardía tantísimo, abrasado de amor a su Dios, que las llamas de este fuego sagrado habrían agotado su vida corporal si no hubiera sido conservada milagrosamente en medio de estos celestiales incendios. Era milagro inmenso verla subsistir en medio de estas divinas llamaradas sin verse aniquilada. Milagro mayor que el de la zarza que vio



Moisés y el de los tres jóvenes en el horno de Babilonia, de los que hablaremos luego.

Puedes darte cuenta de que la zarza ardiente de la montaña de Horeb no es el menor de los cuadros representativos del santísimo Corazón de la Madre de amor.

Sabes bien, queridísimo hermano, que tu corazón puede arder en el fuego que abrasa este Corazón virginal, fuego del que el Hijo de Dios afirmó que había venido para hacerlo arder por doquier (Lc 12, 49), o arder en el fuego eterno que fue preparado para el diablo y sus ángeles. ¡Oh Dios, cómo son diferentes esos dos fuegos! ¡Cómo es posible durar por siempre en medio de esos fuegos devorantes, de esos incendios eternos de los que Dios clama a todos los hombres: *¿Quién de ustedes puede hacer su morada en medio de fuego devorante? ¿Quién podrá permanecer en los ardores eternos?* ¡De cuántas dulzuras, alegrías y arrobamientos gozan los que arden por siempre, con los serafines y con todos los celestiales amantes del amable Jesús, en los fuegos deliciosos de su divino amor! ¡Qué no daríamos para escapar de semejante infortunio y poseer en cambio tan ambicionable felicidad!

Regocíjate tú que lees y entiendes todo esto. Da gracias a Dios porque está aún en tu poder, mientras estés en este mundo, e incluso, te es más fácil, ser del número de quienes pueden embriagarse eternamente de las delicias inconcebibles del amor eterno; que puedes evitar perderte con los que sufrirán por siempre los horribles suplicios y fuegos del infierno. Si quieres evitar éste y gozar de aquel



trabaja por extinguir enteramente en tu corazón el fuego del amor del mundo y de ti mismo, el fuego infernal de la concupiscencia, el fuego de la ambición, la cólera y la envidia. Entrega tu corazón a Jesús y suplícale que inflame en él este fuego que vino a encender en la tierra, y repítele a menudo con san Agustín: “¡Oh fuego que ardes siempre y jamás te apagas; oh amor siempre ferviente que jamás se enfría, quémame, abrásame, enciéndeme totalmente; que me convierta totalmente en fuego y en llamas de amor a ti”!

## CAPÍTULO II

### ***Octavo cuadro: el Corazón de la santa Virgen es Arpa celeste y divina***

El octavo cuadro del divino Corazón de la gloriosa Virgen es el *Arpa* sagrada de David, mencionada en las divinas Escrituras. Ella representa excelentemente este Corazón. Él es la verdadera Arpa del auténtico David, Nuestro Señor Jesucristo. Él la fabricó con sus propias manos; sólo él es su dueño y lo será por siempre; jamás ha estado en manos distintas de las suyas; jamás otros dedos la han pulsado pues jamás este Corazón virginal tuvo sentimientos, afectos y movimientos distintos de los que el Espíritu le inspiró.

Las cuerdas de esta Arpa son todas las virtudes del Corazón de María, en especial su fe, su esperanza, su amor



a Dios, su caridad al prójimo, su religión, su humildad, su pureza, su obediencia, su paciencia, su aversión al pecado, su amor a la cruz y su misericordia. Son doce cuerdas en las que el Espíritu hace resonar a los oídos del Padre eterno maravillosa armonía de cánticos de amor tan melodiosos que se siente embelesado y olvida sus cóleras contra los pecadores, deja a un lado las centellas de que se había armado para perderlos y les ha dado a su propio Hijo para salvarlos.

Leo en las Sagradas Escrituras que el rey David usó su arpa en cuatro grandes momentos, y descubro igualmente que el Hijo de David, que es Jesús, empleó la suya en otros cuatro momentos incomparablemente mayores.

Primero, este hombre de Dios expulsó varias veces, por el sonido de su arpa, el espíritu maligno que se había apoderado de Saúl. ¿Y no vimos antes, en el tercer cuadro, que la salvación del mundo se obró en el Corazón de la Madre del Salvador, y que por tanto el género humano, que estaba bajo el cautiverio de Satán, fue liberado por el sonido maravillosa de esta arpa?

Segundo, el profeta David utilizó su arpa para cantar salmos y otros cantos en honor de Dios y para su gloria. Asimismo nuestro verdadero David cantó en su arpa cinco clases de cánticos para gloria de la santísima Trinidad. *En primer lugar*, cánticos de amor, del más fuerte, puro y perfecto amor como no lo ha habido nunca. *En segundo lugar*, cánticos de alabanza y acción de gracias por los beneficios que la divina bondad ha prodigado a todas las criaturas, pues la sagrada Virgen no se contentaba con



agradecer a Dios por los favores infinitos que ella había recibido de su mano sino que lo alababa sin cesar por todas las gracias otorgadas a toda la creación. *En tercer lugar*, cánticos de amarguras, gemidos y lamentaciones en el momento de los sufrimientos y muerte de su amadísimo Hijo. *En cuarto lugar*, cánticos de triunfo por las victorias que esta Generala de los ejércitos del gran Rey obtuvo sobre los enemigos y sobre sí misma si es posible hablar así; muchas veces desarmó la venganza divina, lista a fulminar el mundo a causa de sus innumerables crímenes. *En quinto lugar*, cánticos proféticos para anunciarnos las proezas que Dios quiere hacer en el futuro. Ya ella predijo una en ese maravilloso cántico que compuso para saludar a su prima santa Isabel. Además de ser canto de amor, alabanza y acción de gracias, lleno de palabras colmadas todas de misterios, contiene igualmente profecías muy señaladas como la que expresan estas palabras: *me llamarán bienaventurada todas las generaciones* (Lc 1, 48). Es la gran profecía de la Madre de Dios pues encierra infinidad de grandes y admirables acciones que su poder ha obrado y obrará en ella y por ella hasta el fin de los siglos y por toda la eternidad.

Tercero, David no solo se sirvió de su arpa para alabar a Dios sino también para sentir el gozo de su música. El segundo David no solo invitó al Corazón de su santa Madre a dar toda clase de alabanzas y bendiciones a su divina Majestad, sino que además que la llevó a poner toda su alegría y contento no solo en sus divinas alabanzas sino en todo cuanto pudiera ser de su servicio y gloria.



Cuarto, además David se sirvió también de su arpa para invitar y estimular a los otros a alabar y glorificar a Dios como él lo hacía, inundado su corazón de gozo y alegría. El Rey Jesús atrae multitud de almas al amor y a la alabanza de su Padre eterno por el timbre agradabilísimo de su preciosa Harpa, es decir, por intermedio del bienaventurado Corazón de su gloriosa Madre. Sus extraordinarias virtudes resuenan tan fuerte y melodiosamente en toda la Iglesia cristiana que infinidad de personas de toda clase y condición, animadas de especial devoción a este divino Corazón, se sienten impulsadas a imitar las perfecciones de que está adornado. Por este medio comienzan a hacer en la tierra lo que los ángeles y los santos hacen en el cielo: poner toda su dicha y felicidad en cuanto mira al servicio, el amor y la gloria de su soberano Monarca del cielo y de la tierra.

Todavía hay algo muy señalado. Nuestro adorable David tiene varias otras arpas que su Padre eterno le ha dado para satisfacer el deseo infinito que tiene de alabarlo en todo tiempo y lugar, en cuanto existe y de varias maneras.

Su primera y soberana arpa es su propio Corazón. A ella alude cuando dice: *Oh Dios, el Santo de Israel, con mi arpa cantaré tu gloria* (Sal 71, 22). Acompañado de esta arpa cantó sin cesar durante su vida mortal en la tierra, y cantará eternamente en la gloria miles de cantos de amor, alabanza y acción de gracias al Padre, en su nombre y en nombre de todos sus miembros y de todo cuanto Dios ha hecho. Lo hará con un tono infinitamente más elevado y con un cantar infinitamente más santo, dulce y encantador



que los que cantó y canta con su segunda arpa que es el Corazón de su dignísima Madre.

Estos dos Corazones y estas dos arpas están tan estrechamente unidas que en cierto modo son solo una arpa, que tiene un mismo sonido y un mismo canto, y canta los mismos cantos. Cuando la primera entona un canto de amor la segunda ejecuta un canto de amor; cuando la primera canta un canto de alabanza la segunda canta cántico de alabanza. Si el Corazón de Jesús ama a Dios, su Padre, el Corazón de María lo ama igualmente; si el Corazón de Jesús se desfoga en acción de gracias ala santa Trinidad el Corazón de María se desahoga en acción de gracias a la santa Trinidad. Todo cuanto ama el Corazón de Jesús es amado por el Corazón de María. Lo que el Corazón de Jesús detesta el Corazón de María lo abomina. Lo que regocija al Corazón de Jesús es regocijo del Corazón de María. Lo que crucifica al Corazón de Jesús crucifica al Corazón de María. *Jesús y María eran, dice san Agustín, dos arpas místicas; sonaba la una, sonaba la otra lo mismo sin que nadie las pulsara; padece Jesús, María padece también; crucificado Jesús, María con él en cruz*<sup>97</sup>.

El Padre dio además a su Hijo otras arpas innumerables; son los corazones de los ángeles y los santos; con ellos alabó y glorificó a su Padre en este mundo mientras permanecieron en él y con ellos lo alabará y

---

<sup>97</sup> *Sermón de la Pasión.*



glorificará por siempre en la eternidad bienaventurada. Todo el honor, la gloria y las alabanzas que se han tributado, se tributan y por siempre se tributarán, en cielo y tierra, le fueron, lo son y le serán dados por siempre por su Hijo Jesús: *Por él, con él y en él a ti, Dios Padre todopoderoso, todo honor y gloria.*

El Apocalipsis menciona estas arpas en varios lugares. San Juan nos asegura que Dios le hizo ver a los santos, cada uno con su arpa con la cual cantaban cantos diversos para alabanza del Santo de los santos<sup>98</sup>. Un sabio dice<sup>99</sup> en sus comentarios sobre el Apocalipsis, que hay diferencias entre estas arpas y el arpa de la Madre de Dios. Aquellas, mientras estuvieron en este mundo, no siempre estuvieron concordes por causa de la debilidad y fragilidad humanas, e incluso en ocasiones dejaron de alabar a Dios. Fue necesario, de tanto en tanto, hacerlas avivar para que hicieran lo que debían hacer. De allí que el profeta rey decía, para animarlas e impulsar su alma y su corazón a bendecir a Dios; *Bendice, alma mía, al Señor* (Sal 103, 1-2).

Esto no es todo, mi querido hermano. El Padre de Jesús dio además a su Hijo Jesús otra arpa que es tu corazón. El le entregó los corazones de todos los cristianos para que haga de ellos arpas para cantar las alabanzas de su santo nombre. Pero cuídate bien de hacer lo de tantos cristianos

---

<sup>98</sup> Ap 5, 8; 14, 2; 15, 2

<sup>99</sup> Viegas, *In Aapoc.*



que le arrebatan lo que el Padre le dio y lo que él mismo adquirió con su sangre para darlo a Satán, su enemigo, quien al mismo tiempo tomará posesión de ellos. Esos corazones estarán necesariamente en posesión o de la mano de Dios: *Los justos están en la mano de Dios* (Sab 3, 1), o en manos del diablo. Son o arpas de Jesús o arpas del demonio. Si es una de las arpas de Jesús unirá estas arpas a la suya, a la de su divina Madre y a las de los santos y cantará con ellas los mismos cánticos que cantó acá abajo y cantará con ellas arriba por siempre. Si en cambio tu corazón es arpa de Satán, él cantará durante esta vida, con esta arpa infame y maldita, canciones abominables y malditas del mundo, del pecado y de la carne para deshonor de Dios y para tu condenación, y en la otra vida hará resonar eternamente las canciones lúgubres y aterradoras del infierno, es decir, la rabia el desespero y las blasfemias de los condenados.

Si quieres que tu corazón sea arpa del verdadero David haz lo que sigue: primero, arráncale todas las cuerdas diabólicas que son los vicios. Segundo, ponle las cuerdas del Hijo de Dios que son las virtudes cristianas. Tercero, une tu arpa a las arpas de tus hermanos, o sea, únela a los corazones de los hombres. Si careces de esta unión, tu arpa no emitirá ningún sonido ni armonía que sea del agrado de quien es todo caridad y ama la caridad por encima de todo.



Une tu arpa a las arpas de los ángeles y los santos del cielo, y sobre todo al arpa del Rey y de la Reina de todos los santos, para alabar y magnificar a Dios en sociedad y unión de espíritu, de corazón y de amor, *cantando unánimes*, con el soberano Salmista, con su preciosa Madre y con todos los santos del cielo y de la tierra: *Con quienes, dice la Iglesia, se unan y asocien, con unánime voz filial, nuestras voces y nuestros corazones, para cantar a una voz este cántico divino: Santo, santo, santo el Señor, Dios del universo; los cielos y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria.*

No solo puedes unir tu arpa a esas arpas, tu corazón a esos corazones. Si eres de verdad cristiano puedes apropiártelos y usarlos como algo tuyo. Sí, el Corazón de Jesús te pertenece. El Corazón de María es tuyo, lo mismo que todos los corazones de los ángeles y los santos.

El Corazón de Jesús es tuyo porque el Padre eterno, al darte a su Hijo, te dio el Corazón de su Hijo. Ese mismo Hijo te lo dio al entregarse a sí mismo a ti. Ha querido ser tu cabeza y cuanto es de la cabeza es propiedad de los miembros. Dice san Bernardo: “si Jesucristo<sup>100</sup> es mi cabeza, ¿no es mío todo lo suyo? Como los ojos de mi cabeza son mis ojos, de igual manera el Corazón de mi cabeza espiritual es mi corazón. ¡Gran felicidad mía la de tener con Jesús un solo corazón! Y no es de maravillar pues lo primeros

---

<sup>100</sup> *In tract, de Pass. Dom. Cap. 3*



cristianos, y lo eran en gran número, tenían entre sí un solo corazón y una sola alma”.

El Corazón de María, Madre de Jesús, es tuyo. Jesús mismo te la dio para ser tu Madre, y lo que es de la Madre lo es también de los hijos.

El Corazón de María es tuyo lo mismo que los corazones de los ángeles y de los santos. Ellos y tú son miembros de un solo cuerpo: *Ustedes son miembros unos de otros* (Ef 4, 25). Y lo que es de un miembro lo es del otro. El Padre eterno, al darte a su Hijo, con él te dio todas las cosas (Ro 8, 32). Y el Hijo de Dios, al darse a ti, te dio cuanto es suyo. Y bien, todo le pertenece pues el Padre le entregó todo: *Todo me ha sido dado por mi Padre* (Lc 10, 22). Por eso san Pablo te proclama: *Todo es de ustedes, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea el mundo, o la vida o la muerte, o lo presente o lo por venir: todo les pertenece* (1 Cor 3, 22).

¡Oh bondad excesiva de mi Dios! Tu amor a nosotros es admirable. Eres infinitamente digno de ser amado, alabado y glorificado. Pero como no tenemos ni corazón ni espíritu que sea digno o capaz de cumplir debidamente estas obligaciones, tu incomprensible sabiduría nos ha sorprendido y tu bondad sin medida nos ha dado un medio admirable para hacerlo cumplida y perfectamente; nos diste, en efecto, el Espíritu y el Corazón de tu Hijo, que es tu Espíritu y tu propio Corazón; nos lo diste para ser nuestro



espíritu y corazón según la promesa que nos hiciste por boca de tu profeta: *Les daré un corazón nuevo; pondré un espíritu nuevo en su interior* (Ez 36, 26-27). Para que supiéramos qué corazón y qué espíritu nos prometías, añadiste: *Pondré mi espíritu en medio de ustedes*; o sea, mi Espíritu que es mi Corazón. Solo un Espíritu y un Corazón de un Dios son dignos de amar y alabar a Dios, y son capaces de bendecirlo y amarlo como lo merece. Por esta razón, Señor nuestro, nos has dado tu Corazón, que es el Corazón de tu Hijo Jesús, y también el Corazón de su divina Madre, y los corazones todos de los ángeles y los santos, que todos juntos no forman sino un solo Corazón: *un solo Corazón y una sola alma* (Hch 4, 32), así como la cabeza y sus miembros forman un solo cuerpo.

¡Qué inmensa caridad la de nuestra Padre del cielo! ¡Qué grande es el don que nos ha hecho! ¡Qué tesoro nos ha dado al entregarnos este gran Corazón, este Corazón infinito, que contiene en sí el Corazón de la santísima Trinidad, el Corazón de Jesús y María, los corazones de los ángeles y de los santos! ¡Oh cristiano, qué rico eres, cuántas ventajas maravillosas posees, si las conocieras y si supieras servirte de ellas debidamente! *Si supieras el don de Dios* (Jo 4, 10).

Pero ¡qué desgracia, qué ingratitud, qué estupidez, de la mayoría de los cristianos que no toman conciencia de



este talento infinitamente rico y hacen inútil este tesoro inestimable, que no utilizan este regalo precioso, e incluso lo desconocen.

No obres así, tú que lees o escuchas estas enseñanzas. Reconoce qué gratitud debes a la divina bondad por haberte dado este gran Corazón. Agradécele cuanto puedas. Pídele perdón del poco uso que has hecho de él hasta ahora. Toma la resolución de, en adelante, sacar de él todo el provecho posible. Graba bien en tu mente que este Corazón te ha sido dado *para rendir culto a Dios y hacer su voluntad con todo el corazón y con ánimo decidido* (2 Mc 1, 3). Así podrás servir y honrar a Dios y hacer su voluntad con corazón grande y con gran amor, con corazón y amor dignos de su grandeza infinita.

Con este fin, renuncia a tu propio corazón, es decir, a tu propio espíritu, a tu propia voluntad y a tu amor propio. Entrégate a Jesús para hundirte en la inmensidad de su gran Corazón que contiene el Corazón de su santa Madre y de todos sus santos. Arrójate en este abismo de amor y caridad, de misericordia y humildad, de pureza y paciencia, de sumisión y santidad. *Qué bueno y qué gozoso es habitar en el Corazón de Jesús*, dice san Bernardo<sup>101</sup>. Con el mismo santo dile: *Corazón amabilísimo de Jesús, sumérgeme totalmente, absórbeme por entero en tu Corazón, a fin de*

---

<sup>101</sup> Sermón de la Pasión del Señor. Cap. 3.



*que haga mi morada, todos los días de mi vida, en este mismo Corazón y pueda conocer siempre y cumplir todas tus voluntades*<sup>102</sup>.

Jesús desea hacer en ti y en todos los verdaderos cristianos, lo que hizo en santa Catalina de Siena, al arrancarle su corazón para darle en su lugar el suyo. Así vivirás de la vida de su Corazón y este Corazón será el principio de tu vida, de tus movimientos y de tus acciones. Te conducirás por el espíritu que lo posee y serás colmado y animado de sus sentimientos. Haz todo lo que realizas con estas disposiciones.

Recuerda que el verdadero David te dio su arpa, junto con la de su divina Madre y las de todos los santos. Todas ellas forman una sola arpa. Quiero decir que puesto que Jesús, te dio su Corazón, con el Corazón de su santa Madre y con los de todos los santos, como si todos fueran un solo Corazón, no solo puedes sino que debes servirte de él para amar y alabar a Dios y para darle todos los demás deberes. Puesto que ese Corazón es verdaderamente tu corazón estás obligado a amar a Dios con todo tu corazón y usar de cuanto hay en ti por su amor y para su gloria.

No te contentes con amar a un Dios infinitamente amable con toda la capacidad de este pequeño corazón humano, sea corporal sea espiritual, que palpita en tu

---

<sup>102</sup> San Bernado, *ibid.*



pecho y en tu alma. Es poca cosa, es nada. Ámalo *Corde magno et animo volenti*, con tu gran Corazón, ámalo con todo el amor de tu gran Corazón. Si te preguntan si lo amas responde: “Sí, lo quiero, con todo mi gran Corazón, y para ello me entrego a él”. Si te preguntan si quieres hacer o sufrir algo por él, responder: “Si, lo quiero, y con todo mi gran Corazón me entrego para ello a él”. Si amas a tu prójimo y tienes que hacer un acto de caridad por él, ámalo y realiza lo que debes hacer, con la caridad de tu gran Corazón. Si aborreces y detestas el pecado, que sea con la inquina y detestación que tu gran Corazón tiene al pecado. Si debes humillarte, que sea con el espíritu de humildad de tu gran Corazón. Si se trata de obedecer, que sea con el espíritu de obediencia de tu gran Corazón. Si es preciso sufrir algo, que sea con la humildad, paciencia, sumisión y amor de tu gran Corazón. Si haces penitencia, que sea con el espíritu de humillación y de contrición de tu gran Corazón. Si practicas alguna donación, oblación o sacrificio a Dios, de ti mismo o de algo tuyo, que sea con el espíritu de amor y celo de tu gran Corazón. Si oras a Dios y le pides algún favor que sea con el espíritu de humildad, confianza y aceptación de tu gran Corazón. Si adoras, alabas, das gracias a Dios que sea en unión de las adoraciones, alabanzas y acciones de gracias que le han sido, le son y le serán dadas por tu gran Corazón y en unión de todas las santas



disposiciones con las que este mismo Corazón lo adora, alaba y bendice incesantemente. Al pronunciar estas santas palabras: *Te alabaré. Señor, de todo mi corazón* (Sal 111, 1)) tu intención sea hablar desde tu gran Corazón. Finalmente en todo lo que haces, que todo se realice con el espíritu y las disposiciones de tu gran Corazón, renunciando al tuyo y dándote a Jesús para obrar en el espíritu anima el suyo.

Ahí tienes, querido hermano, cómo hay que servirse del gran Corazón que Dios te ha dado. Es el uso que debes hacer del arpa divina de Jesús, el Hijo de David, ha puesto en tus manos. Aplica a esta arpa lo que se entiende al decir: *¡Oh Dios, que eres mi Dios, con mi arpa cantaré las alabanzas de tu santo Nombre y las grandezas de tu divina Majestad* (Sal 43, 4). Puedes añadir con audacia: *¿Por qué estás triste, alma mía, por qué te me turbas?* Qué motivo tenemos para entristecernos pues ningún mal puede sobrevenir a los que aman a Dios, pues su divina palabra nos asegura que todo se convierte en bien para ellos (Ro 8, 28), y nos dio un Corazón con el que podemos amarlo perfectamente.

No hay campo para la tristeza. Por el contrario tenemos sobrados motivos para alegrarnos. Podríamos incluso morir de felicidad. ¡Qué inmenso gozo! Tenemos un Corazón que es la alegría de la santísima Trinidad, delicia de los ángeles, contento de todo el paraíso y fuente de



inagotable regocijo. El Corazón de Dios nos pertenece. El Corazón del Hombre-Dios es nuestro. El Corazón de María es nuestra pertenencia. Los corazones de los ángeles y de los santos son nuestros. Los tesoros que se encierran en todos estos Corazones nos pertenecen. Qué inmenso motivo de alegría! Poseemos en Corazón del Rey y de la Reina del cielo, y el de todos los príncipes de su corte. ¡Qué motivo grande para el júbilo! Con derecho ofrecemos todos estos Corazones a Dios, con el amor, la gloria y las alabanzas que ellos le dan como algo que nos pertenece. Podemos amarlo y glorificarlo con todos esos Corazones que no forman más que un solo Corazón, como con un Corazón que es nuestro. ¡Qué motivo de júbilo y de arrobamiento! Si queremos vivir como cristianos, amaremos, bendeciremos, glorificaremos en el cielo eternamente a nuestro Dios, nuestro creador y redentor, nuestro Padre y nuestro gran Todo con la dilección y la santidad de todos esos Corazones. Cantaremos por siempre con esta arpa miles y millares de cantos de alabanza, de acción de gracias, de triunfo y amor a nuestro amadísimo Jesús, y a la divina María, su queridísima Madre que es también nuestra Madre.



## CAPÍTULO III

### ***Cuadro noveno: el Trono real de Salomón***

Entre diversas, bellas y excelentes cualidades que el Espíritu Santo atribuye a la santa Virgen te presento una muy considerable. Está contenida en estas palabras del salmo que varios santos doctores e incluso la Iglesia aplica a esta misma Virgen: *Cosas gloriosas se dicen de ti, Ciudad de Dios* (Sal 87, 3).

Sí, es la grande y gloriosa ciudad de Dios, la ciudad santa, Jerusalén, ciudad de paz, ciudad regia, *Ciudad del gran Rey* (Sal 48, 3). El Rey de reyes la construyó con sus propias manos, la hizo libre por entero del infame tributo del pecado; la honró con grandes y extraordinarios privilegios; la enriqueció con infinidad de dones y tesoros inestimables; la hizo para establecer en ella su primera y más gloriosa morada y para hacer brillar allí maravillas sin par de su poder y de su magnificencia real. ¡Oh santa ciudad de Dios, elogios altos y admirables deben decirse y pensarse de ti!.

Tú no solo eres la ciudad del gran Rey, Virgen incomparable. Tú eres su regio y eterno palacio. Lo dice san



Buenaventura: *Sagrado palacio de Dios*<sup>103</sup>. Si es el palacio del Rey de los reyes, ¿qué decir de su Corazón que es el *Trono imperial* del mismo Dios?

Este magnífico trono está perfectamente figurado en el trono del rey Salomón, en excelente cuadro que la Escritura pone ante nuestros ojos (1 Ry 10, 18-20). Se nos dice allí que ese gran Rey se hizo fabricar un trono de marfil en su casa del Líbano, totalmente cubierto de oro brillantísimo; tenía seis gradas para subir a él; su parte posterior era redonda; su silla estaba sostenida por dos manos de un lado y otro; dos leones se apostaban cabe esas dos manos; doce leoncitos estaban en las gradas, seis de cada lado; nunca se hizo algo semejante en todo el universo.

El Espíritu Santo que inspiró la Sagrada Escritura no consigna en ella nada inútil. Todo lo que contiene está lleno de misterios. Jamás se hubiera dado el trabajo de describir minuciosamente todas las partes del trono del rey Salomón si no hubiera tenido la intención de figurar otro trono más elevado y magnífico, el trono de nuestro verdadero Salomón que es el Corazón de su Madre santísima. En él ha reinado y reinará perfectamente por siempre.

Veamos en detalle lo que todo esto representa:

---

<sup>103</sup> *In Carminibus super Salve Regina*



Este trono se asienta en el monte Líbano que es la santa Virgen. Ella afirma de sí misma: *Soy semejante al Líbano* (Sir 24, 21).

El marfil de que está hecho este trono representa la blancura de la inocencia y de la pureza inmaculada de su santísimo Corazón. El oro fulgurante es su amor ardentísimo e inflamado: *su trono son llamas de fuego* (Dn 7, 9). Las seis gradas son seis virtudes de ese mismo Corazón, por las que nuestro divino Salomón ascendió a su trono, a saber: la fe, la esperanza, la abnegación de sí misma, la modestia, la paciencia y la obediencia.

¿Qué representa ese ápice, *summitas throni*, (1 Ry 10, 19) del trono del rey Salomón y por qué esa cúspide es redonda en su parte posterior? Para entenderlo, observa, en primer lugar, que lo alto del trono es lo más eminente, elevado y excelente del trono. En segundo lugar, que la figura redonda es la más más capaz y amplia de todas las figuras<sup>104</sup>. Es por ello símbolo de perfección y, pues no tiene ni fin ni comienzo, designa igualmente la eternidad. En tercer lugar, como lo alto de la parte anterior del trono significa la duración de esta vida presente, durante la cual el amor divino debe reinar en nuestros corazones, también la parte posterior que es redonda representa la eternidad que

---

<sup>104</sup> Está demostrado, en efecto, que entre todas las figuras de superficie igual, la esfera es la que encierra el mayor volumen.



sucedirá al tiempo, durante la cual Dios quiere establecer el reino de su amor en esos mismos corazones.

En consecuencia afirmo que la parte alta del trono del rey Salomón significa la pureza, la santidad, el amor y la caridad del Corazón real de la Madre de Dios. Es lo más excelente y sublime que hay en este divino Corazón. Es lo que lo hace más cercano a Dios. Lo que lo une más estrechamente a Él. Lo que lo hace más semejante al Corazón adorable de su divina Majestad. Su pureza lo separa de todo lo que está por debajo de Dios. Quien dice pureza dice lo que no se mezcla con todo lo que le es inferior. Quien dice oro puro afirma del oro que no está aleado con otros metales. Quien dice vino puro señala el vino que no está mezclado con otros licores. Quien habla de un corazón puro habla de un corazón no solo desprendido del pecado y de cuanto lleva a él, sino incluso de cuanto es inferior a él, o sea de todo lo terrestre y temporal, de todo lo creado, en una palabra de todo lo que no es Dios. El corazón humano es de una naturaleza tan noble y excelente que lo eleva por encima de toda criatura pues ha sido creado solo para Dios, para poseer a Dios y ser poseído por Él. Nada de lo creado puede contentarlo y solo Dios puede saciarlo. "Puede estar ocupado por otros seres, pero no es posible colmarlo".



Por tanto la pureza del Corazón de la Virgen inmaculada lo separa y aleja de cuanto es inferior a Dios. Su pureza lo hace además muy cercano a Él: *La incorrupción hace cercanos de Dios* (Sab 6,20). Su santidad lo une a Dios muy íntimamente. Su amor y caridad lo transforman en Dios, en cierto modo deifican y asemejan al Corazón de Dios, que es el amor y la caridad esenciales.

Digo además que la parte superior del trono de Salomón es redondo para significar la capacidad, la amplitud casi inmensa, y también la eternidad, inmutabilidad y firmeza del amor y de la caridad del Corazón de la Madre de Jesús.

Añado que puesto que la parte superior del trono significa el amor y la caridad que reinaban en sumo grado en el Corazón de la Madre de Dios, mientras permaneció en este mundo, también lo alto de la parte posterior, que es redondo, representa el amor y la caridad que reinarán eterna y soberanamente en el Corazón admirable.

¿Qué significan las otras partes del trono de Salomón? Las dos manos que lo sostienen significan la humildad y el temor filial.

Los dos leones apostados junto a estas manos, a los dos lados del trono, como para cuidarlo, son los dos apetitos de la parte sensitiva, a saber, el irascible y el concupiscible, que son como dos esforzados capitanes, que



han hecho guardia fiel y continua al Corazón de la reina del cielo. El oficio del irascible era impedir que ingresara en él algo desagradable a Dios, lo que ejecutó exactamente. El oficio del concupiscible era impulsarlo sin descanso a buscar asiduamente y sin pausa, todos los medios adecuados para complacer a su divina Majestad. Lo cumplió también perfectamente.

¿Qué significan los doce leoncitos que se encuentran en las seis gradas, seis de una parte y seis de la otra? Los seis primeros, ubicados al lado derecho, significan primeramente el amor ardentísimo del bienaventurado Corazón de la sagrada Virgen a la amabilísima voluntad de Dios. Segundo, su amor inconcebible al Hombre-Dios. Tercero, su sin igual amor a la cruz. Cuarto, su amor y su celo encendido por la salvación de todo el género humano. Quinto, su amor especial a los enemigos de su Hijo y de los suyos. Sexto, su amor maternal y cordial a sus hijos y a sus amigos, que son los verdaderos cristianos.

Los seis otros leoncitos, que están al otro lado, son, primero, la aversión incomprensible del santísimo Corazón de la Madre de gracia hacia el pecado en general. Segundo, su enemistad especial e indecible contra el orgullo y la vanidad. Tercero, su desprecio grande hacia el honor mundano, que es fuente de soberbia y ambición. Cuarto, su aborrecimiento infinito de cuanto es contrario a la pureza.



Quinto, su antipatía implacable contra el mundo excomulgado por su Hijo y por el cual que no oraba. Sexto, su menosprecio santo que su Corazón tuvo de sí mismo, según palabras de su Hijo: *quien no se tiene en menos a sí mismo no puede ser mi discípulo* (Lc 14, 26). Imitó a su Hijo que se trató a sí mismo como si se hubiera menospreciado hasta el extremo.

Estos doce leoncitos reciben este apelativo porque son hijos del león de la tribu de Judá (Ap 5, 5). Son los sentimientos de su Corazón, frutos de su sangre y de su muerte, dados generosamente al Corazón de su santa Madre. Son leoncitos que dio a este divino Corazón para que fueran su guardia, defensa y fortaleza; para cuidarla y preservarla de cuanto pudiera empañar, así fuera poco, su perfecta santidad; para fortalecerla contra toda debilidad y fragilidad humana durante las grandes tribulaciones por las que debía pasar, y para comprometerla a producir ocasionalmente actos heroicos que fueran dignos del Corazón de la Madre de Dios y de la emperatriz del universo.

Estos leones hacen que el corazón de que son guardianes sea terrible y pavoroso para todos los poderes infernales. El Corazón generoso de la soberana Señora del mundo, protegido y fortificado por esta poderosa guardia, infundió siempre terror a todas las tropas del infierno, y



estuvo siempre presto como ejército grande y poderoso enfilado contra enemigos pocos y débiles.

Finalmente, jamás se fabricó obra en todos los reinos del universo, dice la Sagrada Escritura, semejante al trono de Salomón (1 Ry 10, 20). Podemos decir por tanto del Corazón de la Madre de Jesús que, después del Corazón de su Hijo, no hubo ni habrá jamás otro semejante a él, rico de toda suerte de perfecciones. Nunca, la mano omnipotente de Dios hizo ni hará otro corazón tan admirable y digno de amor.

Hay otro trono del rey Salomón que representa excelentemente este Corazón. Nos lo describe así el Cantar: *Salomón se hizo un trono portátil con madera del Líbano. Sus columnas eran de plata, su espaldar de oro, su asiento de púrpura. Su interior tapizado con amor para las hijas de Jerusalén* (Cantar 3,9-10).

Inmediatamente antes se menciona el lecho de Salomón en estos términos: *El lecho de Salomón escoltado por sesenta valientes, flor de los esforzados de Israel, diestros con la espada, adiestrados para la guerra, cada uno con la espada al cinto, por las alarmas de la noche* (Cantar 3, 7-8).

¿Qué quiere decir todo esto? Entendámoslo así: el lecho y el trono representan lo mismo, es decir, el Corazón de la reina del universo; el lecho lo presenta en la



contemplación y el trono portátil en la acción. Son el lecho y el trono del verdadero Salomón. El lecho donde reposa en la dulzura y la serenidad de la contemplación. Es un trono portátil donde es llevado a diversos lugares por el amor y la querida que tienen morada en ese trono. Allí lo hacen reinar para dar realidad a las obras que conciernen a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Son sabias palabras de un ilustre autor<sup>105</sup>.

¿Quiénes los valientes que rodean el lecho de Salomón, bien armados y muy avezados en el oficio de la guerra?

Son los ángeles, dice san Bernardo y con él otros renombrados doctores<sup>106</sup>. Y los más fuertes de los ángeles como son los serafines. Armados del poder de Dios y muy diestros para el combate en contra de los enemigos, hicieron guardia permanente, durante la noche de esta vida, en torno al Corazón más que seráfico de su emperatriz, a causa de los temores nocturnos, es decir, para impedir a los poderes de las tinieblas acercarse y perturbar, por nada del mundo, el reposo que el divino Salomón tomaba en ese santo lecho.

---

<sup>105</sup> Hugo de San Víctor. *Erudit. Theolog.* Libro I, Tit. 61.

<sup>106</sup> San Bernardo, *De deprecatione ad Virginem*, y Honorio t Augustodun



## Sección I

### *Continúa el mismo argumento*

Vuelvo al trono portátil de Salomón. Fue hecho por él mismo, igual que su casa del Líbano: *Fecit sibi*, hizo para él. Igualmente nuestro adorable Salomón es el autor de esta incomparable obra maestra de que se trata aquí. Él mismo se preparó en el Corazón augusto de su gloriosa Madre, un trono digno de su grandeza infinita y de su majestad eterna.

No sin fundamento decimos que ese trono portátil del rey Salomón es imagen del trono del Rey de reyes, es decir, del Corazón de la divina Madre de este gran Rey. Viene en mi apoyo san Gregorio al asegurar que este trono del rey Salomón es *figura del corazón de cada fiel*<sup>107</sup>; y el célebre doctor Hugo de San Víctor dice *que el corazón del verdadero cristiano es el trono portátil del Hijo de Dios pues va a donde la voluntad de quien está sentado en él lo desea y no a otra parte*. Esto se cumple mucho más perfectamente en el corazón de la sacratísima Virgen que en más santos corazones de las simples criaturas, pues ese Corazón virginal no tuvo jamás otras inclinaciones ni otros atractivos que los que recibió de aquel que reinaba absolutamente en él.

Este trono de Salomón está hecho de madera de los cedros del Líbano, madera incorruptible, para mostrar que

---

<sup>107</sup> Homil. 7



el Corazón inmaculado de la Madre de Dios no solo jamás sufrió ni la más leve incorrupción del pecado, sino más bien, por la sobreabundancia de las gracias celestiales de que estaba colmado, era impecable por gracia como lo es Dios por naturaleza.

Las cuatro columnas del trono de Salomón son las cuatro virtudes cardinales: justicia, prudencia, fortaleza y templanza, que sostuvieron el trono del verdadero Salomón. Son de plata pues conservan, en la blancura de la inocencia, el corazón los que ellas poseen. Y esto hicieron de manera más eminente con el Corazón purísimo y muy inocente de la reina de las virtudes.

El respaldar dorado representa una voluntad del todo transformada por amor en la amabilísima voluntad de Dios, siempre sosegada y pasible, para decir con el profeta rey: *Pase lo que pase, mi alma descansa en el Señor, humilde y sumisa a su querer. De él me llega la salvación, mi Dios, mi baluarte, mi roca viva. Nada me puede perturbar* (Sal 62).

Toda voluntad que se expresa así es el respaldar del trono de Jesús. De manera muy perfecta obró así la voluntad de su bienaventurada Madre. Por ello san Pedro Damiani la llama: *Triclinio de oro, el único en que solamente Dios, luego de los terribles desórdenes y los tumultos azarosos con que los pecados de los ángeles y de los*



*hombres han perturbado el universo, ha podido encontrar reposo*<sup>108</sup>.

El espaldar de púrpura son sus ardentísimos deseos de la gloria de Dios: ver que su nombre es santificado, restablecido su reino, su voluntad cumplida por todas partes, en la tierra como en el cielo; anhelos de hacer y sufrir cosas grandes con este fin. El amor divino inflamaba continuamente el Corazón muy ardoroso de la Madre de amor.

Finalmente nuestro muy amado Salomón llenó su trono de caridad hacia las hijas de Jerusalén, es decir, hacia todas las almas cristianas y sobre todo por las que son las hijas amadísimas del Corazón de su santísima Madre, es decir, las que son humildes, puras, caritativas; las que tienen especial devoción a su Corazón maternal. Ciertamente este amable Salomón llenó este Corazón virginal de caridad a nosotros, pues todo lo que hace es por nosotros como dice su apóstol: *Todo es por ustedes* (2 Cor 4, 15). Si crea un mundo es por nosotros; si se hace hombre es por nosotros; si nace en un establo es por nosotros; si permanece treinta y cuatro años en la tierra es por nosotros; si hace obras extraordinarias, si sufre penas sin par es por nosotros; si derrama su sangre hasta la última gota es por nosotros; si muere en la cruz es por nosotros; si

---

<sup>108</sup> *Sermón de la Annunt.*



sube al cielo es por nosotros; si establece en la tierra su Iglesia es por nosotros; si en ella crea los sacramentos es por nosotros, entre ellos el santísimo Sacramento del altar, en el que él se encierra a sí mismo, es por nosotros; *Omnia propter vos*. Si quiere tener una Madre en la tierra es por nosotros; si la hace tan buena, sabia, poderosa; si la llena de privilegios y poderes extraordinarios es para que ella quiera, sepa y pueda protegernos, asistirnos y favorecernos en todas nuestras necesidades. Si la dotó de un Corazón tan colmado de caridad, benignidad, celo, preocupación y atención con nosotros es para que sintiéramos sus efectos y acudamos a ellas en nuestras dificultades con total confianza. Si pone su trono en su Corazón es para tres fines que nos son útiles y de mucho provecho: es para que tengamos un trono de honor y gloria; de gracia y misericordia; de justicia y sensatez.

Primero, es *trono de honor y gloria*. En él quiere Jesús ser más honrado y glorificado que en los coros de los ángeles y de los santos, que son otros tantos tronos gloriosos que su Padre le dio: *el alma del justo es sede de la sabiduría*. En este trono los habitantes del cielo lo adoran y glorifican sin pausa. De este trono habla la Iglesia al decir: *Vi un hombre* (es Jesús mismo) *sentado en un trono alto, rodeado de multitud de ángeles que lo adoran y alaban sin descanso, unánimes, con un solo corazón y un solo espíritu*.



*Su imperio es eterno y su trono inconmovible*<sup>109</sup>. Ten presente que en la octava de la fiesta de la Epifanía, la santa Iglesia, animada por el Espíritu, pronuncia y canta estas divinas palabras cuando los santos Reyes, que buscaban este Hombre-Dios, ese Dios niño, ese Rey de reyes, lo encontraron en los brazos, en el regazo y en el Corazón de su dignísima Madre como en trono real (Mt 2, 11). Si hubieran tenido los ojos de los ángeles no lo hubieran visto y adorado menos dentro de su Corazón que en su Corazón. En este trono él quiere recibir nuestros homenajes y nuestros deberes. Allí los hijos de la Iglesia peregrinante deben adorarlo y glorificarlo con los de la triunfante. Es su gloria y su provecho.

Segundo, es *trono de gracia y misericordia*. En él confiere el perdón a cuantos criminales acuden a encontrar, con espíritu de humildad y penitencia; en él derrama abundantemente sus favores y gracias a los que le piden y aprueba, con bondad extraordinaria, las peticiones que le son presentadas por los que le rinden el honor que desea le sea dado en el Corazón de su muy venerada Madre. Si él quiere ser alabado y glorificado en los corazones y los cuerpos de sus santos, según dice el profeta-rey: *Alaben al Señor en sus santos* (Sal 150, 1) y según estas de su apóstol: *Glorifiquen y lleven a Dios en su cuerpo* (1 Cor 6, 20) con

---

<sup>109</sup> *Introito del domingo octava de Epifanía*



cuánta mayor razón debe ser honrado y magnificado en el Corazón de su divina Madre.

Acerquémonos con respeto, humildad y confianza a este trono de gracia y misericordia y todo lo que pidamos al Hijo, por el santísimo Corazón de su santa Madre, nos lo concederá: *Vayamos con confianza al trono de la gracia para alcanzar misericordia y encontrar gracia* (Heb 4, 16).

Tercero, es *trono de justicia y de juicio*. Preparó para el *juicio su trono* (Sal 14, 8). El que está sentado en este trono ejerce terrible justicia y juicios temibles, no solo contra los impíos y los herejes que no aceptan los honores que la Iglesia le rinde en su sacratísima Madre, sino contra otros que se dicen católicos pero no piensan como tales. Me refiero a gentes que en materia de piedad, blasfeman lo que ignoran, condenan lo que no conviene a sus caprichos, reprueban las devociones que no practican, y se asemejan a ciegos que quieren juzgar al sol y lo condenan a ser desterrado del cielo porque dicen que no ilumina<sup>110</sup>.

Lo digo contra los corazones soberbios e impuros contra los corazones que aman el mundo y cuanto pertenece al mundo, contra los corazones llenos de odio, venganza y envidia contra el prójimo, y en general contra todos los corazones, que en lugar de ser tronos de Jesucristo son tronos del anticristo que es el pecado. Contra

---

<sup>110</sup> Alude san Juan Eudes a adversarios de la devoción al Corazón de María como los jansenistas, entre ellos un benedictino de la abadía de Barbery y Carlos Dufour, canónigo de Ruan.



todos ellos digo que el soberano juez, sentado en el trono del muy justo Corazón de la reina del cielo ejerce rigurosa justicia y pronuncia terribles condenas contra esos corazones, y contra otras personas de que hablé antes. Porque la dignidad, santidad, humildad, pureza y odio del mundo, caridad y demás perfecciones y virtudes de este santísimo Corazón, y todos los actos de esas virtudes que él practicó son otras tantas voces que acusan a los que se dicen hijos de la Madre de Dios, pero que en lugar de hacerse semejantes a su Madre prefieren imitar los demonios, y en lugar de imprimir una imagen de su Corazón en el suyo graban en él la semejanza del corazón de Lucifer. No solo son voces que los acusan sino también truenos espantosos que deben hacerlos temblar. Son rayos aterradores que los aplastarán el día del juicio y en la hora de la muerte. De esas voces, truenos y centellas se habla en estas palabras: *Del trono salían rayos, voces y truenos* (Ap 4, 5). San Bernardo dice que ese trono es María, Madre de Dios<sup>111</sup>. El Corazón de esta divina María es, pues, trono de misericordia y justicia al mismo tiempo, trono de amor y de cólera, trono de misericordia y amor a los buenos, trono de justicia y cólera para los depravados: *Su trono son llamas de fuego* (Dn 7, 5). Es trono hecho totalmente de caridad para

---

<sup>111</sup> *Sermón de santa María.*



los verdaderos hijos de la divina caridad y trono, todo fuego y llamas de cólera, contra los hijos de la iniquidad.

Por todo esto ves que el Corazón sagrado de esta Madre admirable es el trono del verdadero Salomón que es Jesús. Él ha reinado perfectamente y siempre en él, y que ha hecho reinar con él sus divinas perfecciones y sus santas virtudes.

## Sección II

### *Continúa el mismo tema*

Querido hermano, debo decirte que Jesús quiere hacerte la gracia de establecer su trono en tu corazón. Escúchalo decirte lo que dice a todos los cristianos: *Ven, mi elegida y pondré en ti mi trono*<sup>112</sup>. Abandona por entero el bando del pecado, del mundo y de ti mismo, y ven a mí que soy Rey, tu Rey. Pondré mi trono y estableceré mi reino dentro de ti.

Sí, Jesús es Rey, Rey de reyes y Señor de señores que él ha creado y ha rescatado a precio de su sangre. Infortunadamente él es Rey de la mayoría de esos corazones solo de nombre y no en realidad. ¿Dónde están ahora los corazones en los que pueda decirse con verdad

---

<sup>112</sup> Antífona del común de vírgenes



que reina en ellos efectivamente? De cierto vive en muchos, en los que su gracia reside; pero no vive sino en los que el pecado, el mundo y la vanidad han muerto y donde el amor propio, el espíritu propio, la voluntad propia han sido aniquilados; o en los que al menos están tan debilitados que no logran impedir que él sea el dueño, que tenga las llaves de la casa, que su divina voluntad sea obedecida en todo, y no disponen todo como a él le agrada. El número de estos es escaso.

Lo que es mucho más deplorable es que la gran parte de los cristianos no quieren de ninguna manera que él viva y reine en sus corazones. Lo hacen morir en su corazón por el pecado y en cuanto les es posible le arrebatan su corona de la cabeza y su cetro de su mano. Lo despojan de su realeza y del poder señorial que tiene sobre ellos; proclaman alta y frenteramente que no lo quieren por su Rey ni ser sus vasallos. Sus malos pensamientos, designios, afectos, palabras y acciones son otras tantas voces que claman con los judíos: *No queremos que éste reine en nosotros* (Lc 19, 14). No queremos otro rey que el demonio. Prefieren ser esclavos del diablo y vivir sometidos a la soberbia abominable, a la asquerosa voluptuosidad, a la avaricia infame, y a todos los demás monstruos infernales que son otros tantos tiranos crudelísimos que ejercen en ellos horrorosa e insoportable tiranía.



No seas del número de esos insensatos rebeldes. Reconoce a Jesús por tu Rey. Adóralo como a tu soberano. Dale gracias por el favor que te hace de querer reinar en ti. Pídele perdón por los obstáculos que hasta hoy le has interpuesto. Dile que quieres con plena conciencia que reine absolutamente en tu corazón y que cuanto es tuyo esté del todo sometido a su imperio. Ruégale que use del poder de su brazo para destruir en tu corazón cuanto le es contrario y para establecer en él su trono. Como lo hicieron los fieles vasallos de Saúl Proclama generosamente: *¿Quién es ése que afirma: Saúl no reinará sobre nosotros? Llama a unos valientes para acabarlos* (1 Sm, 11, 12). ¿Quién es ése que se atreve a decir que Jesús no será nuestro Rey? Díganos quienes son los que se le oponen y los reduciremos.

¿Quieres lo contrario? Es el pecado, el espíritu del mundo, el orgullo, la vanidad, el amor propio, tus pasiones incontroladas, tus inclinaciones perversas. Trae a sus pies a todos esos enemigos suyos. Dile: *Señor, reina en medio de tus adversarios* (Sal 110, 2). Haz que vean que tú eres el Señor y Soberano. No dejes que te impidan reinar del todo en tus súbditos. Acábalos, destrúyelos. Que no quede uno solo. Lo desea él ardientemente. Pero quiere también que echés mano de la espada de su divino amor para combatir a su lado, para derrotarlos y hacerlos desaparecer.



Si lo haces con generosa fidelidad cumplirá contigo la maravillosa promesa hecha a sus soldados: *Al vencedor lo haré sentar en mi trono, así como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono* (Ap 3, 21). Al que venza a mis enemigos y a los suyos, lo haré sentar conmigo en mi trono, como yo los vencí y estoy sentado con mi Padre en su trono. Observa que no dice solamente que hará sentar al que venza en el trono de un querubín o un serafín, sino en su propio trono y en el trono de su Padre que es también el suyo. ¡Qué asombrosas palabras! ¡Qué promesa admirable! ¡Oh bondad inefable! No olvides, querido hermano, que quien hace esta promesa se llama *Fiel y veraz* (Ap 19, 11). Si permaneces fiel a él, cumplirá fielmente lo que ha prometido. Si en verdad es desde ya tu Rey, si tu corazón es su trono, si lo haces reinar en él, te hará rey en el cielo, te revestirá de su divina realeza, te establecerá en su trono y te hará entrar en posesión del mismo reino que su Padre eterno le dio: *Les preparo un reino, como me lo preparó mi Padre* (Lc 23, 29).

Pero si tu corazón no es ese trono, ¿qué sucederá? Será trono de Satán. Necesariamente el corazón humano es o trono de Jesús o sede de Satán. Escucha al Hijo de Dios que llama a las almas perversas la sede y el trono de Satán. *Sé dónde habitas, dónde Satán tiene su sede* (Ap 2, 13). Así habla al obispo de la Iglesia de Pérgamo. O sea, entre



hombres malvados. Un santo doctor dice que como un corazón fiel es el trono del verdadero Salomón, por el contrario un corazón depravado es el carro del Faraón: *El corazón bueno es el carruaje de Salomón, el mal es carro del Faraón*<sup>113</sup>. ¿Cuál será la suerte de ese maldito carruaje? Escucha al mismo doctor: *Como Faraón fue hundido con todos sus carros en lo hondo del mar Rojo, así este infortunado carro será sumergido, como masa de plomo, con el diablo sentado en él, en lo profundo del infierno.*

Nada puede impedir que el Rey soberano de cielo y tierra disfrute en plenitud de sus derechos que nadie le puede quitar. Es Rey universal. Tiene derecho a reinar por doquier y en todo. Si en este mundo y en el venidero, no reina en ti por su gracia y su amor, reinará eternamente por su ira castigadora. Si no reina en ti voluntariamente, reinará luego en ti a pesar tuyo. Si su misericordia no establece su trono en ti, su justicia establecerá en ti el suyo: *justicia y derecho sostienen su trono* (Sal 89, 15). Si no eres objeto de su bondad lo serás de su furor. Lo declaran las siguientes terribles palabras: *Juro por mi vida, dice el Señor Dios, que reinaré sobre ustedes con la fuerza de mi mano, con brazo extendido y con efusión de mi furor* (Ez 20, 33).

Jesús bueno, protégenos, te lo rogamos, de tan espantosa desgracia. Reina en nosotros con la virtud de tu

---

<sup>113</sup> Hugo de San Víctor, *Erudit. Theolog. Lib. 1; tit, 61*



espíritu, con la fuerza de tu amor, y con la efusión de tu bondad. Lo queremos con todo el corazón y te lo rogamos con todas las veras del alma. Reina en nuestros cuerpos y corazones; en las potencias de nuestra alma y en nuestros sentidos interiores y exteriores; en nuestras pasiones y pensamientos; en nuestros designios y afectos; en nuestras palabras y acciones; en nuestras pertenencias y dependencias; en nuestro ser y nuestra vida. Haz que en nuestro corazón reinen la humildad, la paciencia y la obediencia; la paciencia, la aversión al pecado y al mundo; el amor a la cruz y la caridad a todos los hombres; el celo por la salvación de las almas y el amor a la Iglesia; tu dilección a tu santa Madre y tu amor al Padre eterno; y todas las demás virtudes. Reina, Señor, en todo lo que hay en nosotros y en cuanto nos pertenece, absoluta, única y eternamente, y de la que manera que mejor te plazca; haz que nuestro corazón sea el trono eterno de tu adorable voluntad, y que *el trono de tan grande y santo Rey no sea jamás ensuciado con la basura del pecado, sino que esté siempre adornado y brillante con el oro puro de tu divino amor* (Orígenes).



## CAPÍTULO IV

### ***Décimo cuadro: el Templo maravilloso de Jerusalén***

Una de las mayores maravillas que han existido en este mundo, durante el tiempo de la Ley mosaica, fue el Templo de Salomón, obra admirable en todos los aspectos:

Admirable por la prodigiosa multitud de obreros que fueron ocupados para edificarlo. La Escritura los hace subir a ochenta y tres mil trescientos. Añade que tres mil trescientos hombres vigilaban las obras y mandaban a los obreros; que treinta mil estaban destinados a cortar madera del Líbano y setenta mil a transportarla; que hubo ochenta mil talladores de piedra (1 Ry 5, 15-16).

Admirable por los materiales de que fue hecho. La madera y la piedra comunes fueron descartadas. Había solamente cedro, mármol, pórfido, jaspe y otras piedras preciosas usadas en la obra.

Admirable por la forma y disposición de la construcción. Todo estaba dispuesto con tal orden, con tan perfecta simetría, y con relación tan atractiva entre todas las partes, que el artista sobrepasaba con mucho al material.

Admirable en sus riquezas. Todo estaba cubierto con oro, incluso el pavimento. Hacer y terminar este templo



costó, según cálculos de entendidos, basados en la misma Sagrada Escritura, tres mil millones de oro, o sea, treinta veces cien millones de oro (1 Ry 4, 22).

Admirable por la cantidad de vasos de oro y plata. Eran al menos cuatrocientos mil utensilios: copas, platos, incensarios, mesas, trompetas y otros, todos de oro fino; y un millón cincuenta mil de plata.

Pero este templo tan admirable no era sino figura y sombra de varios templos que hay en la religión cristiana. Era figura de la humanidad sagrada del Hijo de Dios: *Destruyan este templo*, decía a los judíos hablando de su cuerpo, *y yo lo reedificaré en tres días* (Jn 2, 19). Era figura de la santa Iglesia. Era figura de cada cristiano. Era figura de nuestros templos materiales.

Era figura y representación de otro templo más santo y augusto que todos los precedentes, si exceptuás el primero. ¿Qué templo es éste? Es el Corazón de la santísima Madre de Dios, psues lo que la Iglesia dice de su persona al llamarla *templo del Señor, agrario del Espíritu Santo* puede aplicarse con mayor razón a su Corazón. Como lo mostramos ya este Corazón es la fuente de todas las cualidades y excelencias de que ella está adornada. Y si a tenor de la divina Palabra el corazón de un cristiano es templo de Dios (1 Cor 6, 19), ¿quién podría disputar esta calidad al dignísimo Corazón de la Madre de todos los cristianos?



Afirmo entonces que este santo Corazón es el verdadero templo de la Divinidad, el sagrario del Espíritu Santo, el santuario de la santa Trinidad.

Es templo construido no por multitud de obreros, como el de Salomón, sino por la omnipotente mano de Dios que puede hacer obras infinitamente más grandes en un momento, que lo que pueden hacer los poderes del cielo y de la tierra en una eternidad.

Es templo jamás profanado por el pecado. Es templo adornado de toda suerte de gracias ordinarias y extraordinarias, y de todas las virtudes cristianas en grado supremo.

Es templo no solo cubierto de oro sino hecho del más fino y puro oro, infinitamente más precioso que todo el oro material que se encuentra en el universo. Este Corazón amabilísimo de la Madre del amor hermoso está colmado de amor a Dios y de caridad a nosotros, transformado en amor y caridad, todo amor y caridad, amor perfecto y caridad perfecta, amor más encendido, divino y puro y caridad más encendida, santa y excelente que el amor y la caridad de todos los serafines.

Es templo que contiene en sí todas las riquezas de Dios, y todos los tesoros del cielo y de la tierra pues encierra todos los misterios de la vida del Hijo de Dios: *Conservaba todos estos acontecimientos en su Corazón* (Lc 2, 51). Posee



al Hijo de Dios, tesoro del Padre eterno; comprende en sí cuanto hay de rico y precioso en la santísima Trinidad.

Es templo en el que el soberano Sacerdote ofreció su primer sacrificio en el momento de la Encarnación.

Es templo donde el Doctor de los doctores y el Predicador de los predicadores, Jesús, que enseñó y predicó repetidas veces en el templo de Jerusalén, ahora, en este Corazón virginal, nos imparte santas instrucciones y divinas predicaciones, enseñándonos la práctica de todas las virtudes.

Es templo donde Dios es adorado más santamente, alabado más dignamente, glorificado más perfectamente, haciendo aparte el templo de la humanidad sagrada de Jesús, que en los demás tempos materiales y espirituales que ha habido, hay y habrá en cielo y tierra. En efecto, los mínimos actos de virtud e incluso los piadosos pensamientos de este santo Corazón agradan más a su divina Majestad y le tributan mayor honor y gloria que las mayores acciones de los primeros santos. Nos lo da a entender el Espíritu Santo cuando habla de esta incomparable Virgen en la manera que vas a ver, que, sin embargo, aunque llena de misterios sublimes parece mezquina a los sentidos humanos. Porque, como Dios se complace en ocultar sus tesoros en nuestros sacramentos, bajo un poco de agua, bajo algunas gotas de aceite y bajo la



apariencia de un poco de pan y vino, así se complace a menudo en exponernos altísimos misterios y verdades muy sublimes bajo expresiones populares y comparaciones caseras, para confundir el orgullo y la vanidad del espíritu humano, que es grande y magnífico en palabras pero débil y endeble en efectos.

Aquí tienes cómo este divino Espíritu habla a su divina Esposa: *tus cabellos son como rebaño de cabras que subieron de las sierras de Galaad* (Cantar 4, 1). ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué significa la montaña de Galaad? Es la Iglesia al decir de san Gregorio de Nisa, pues Galaad significa montón o pila de testimonios; la Iglesia tiene gran abundancia de testimonios de la verdad. ¿Qué significan esas cabras que ascienden de las lomas de Galaad? Son los santos que subieron de la Iglesia militante y triunfante y los santos que sobresalen en santidad, que amaron a Dios tan apasionadamente mientras estuvieron en este mundo, que se diría que volaban más que caminaban por los caminos de los divinos mandatos. Por ello son comparados con cabras cuya carrera es en extremo veloz y ligera. ¿Qué son los cabellos de la santa Virgen? Son los piadosos pensamientos de su Corazón, pues del corazón brotan los buenos y los malos pensamientos según Mateo 15, 18. Los mínimos actos de virtud que practicó, representados por los cabellos que son uno de los más pequeños objetos que pueden



verse. Es como si el Espíritu Santo le dijera: los santos pensamientos de tu Corazón, amadísima Esposa, y los más insignificantes actos de virtud que de él proceden, igualan, aún más, sobrepasan en perfección las mayores obras de los primeros santos, y por tanto, dan más gloria a Dios de cuanto hay de más santo en ellos. Es la explicación que varios excelentes doctores dan de estas palabras<sup>114</sup>.

El Corazón de nuestra divina María es un templo, colmado de asombros y maravillas. Dios entregó al rey David la descripción de todas las partes del templo de Jerusalén, escrita de su propia mano: *Todo me llegó escrito por la propia mano del Señor* (1 Cro 28, 19). Quiso él que allí hubiera cosas muy dignas de ser notadas para figurar y representar varios grandes y maravillosos misterios encerrados en este Corazón admirable. Voy a destacar siete principales contenidos en este décimo cuadro.

El primero es el candelero de oro; el segundo, la mesa de los panes de la proposición; el tercero, el altar de los perfumes; el cuarto el arca de la alianza; el quinto las tablas de la ley que estaban en el arca y el libro de la Ley depositado al lado del arca; el sexto, el propiciatorio y el oráculo que estaban dentro del arca; el séptimo, el altar de los holocaustos. En las siguientes secciones vamos a ver

---

<sup>114</sup> Guilelm. *In Cant.* Citado por Balinghem, su voce *Maria*, cap. 5, s. 1



cómo estos siete elementos representan el Corazón muy augusto de la reina del cielo.

## Sección I

### *El candelero de oro, la mesa de los panes de la proposición y el altar de los perfumes*

El primer objeto que señalo en el templo de Salomón es el *candelero de oro*. Moisés lo mandó elaborar siguiendo el mandato que Dios le dio (Ex 25, 31). No debía ser fundido sino hecho a golpes de martillo, para servir primero en el tabernáculo y para ser utilizado mucho después en el templo de Salomón. Este candelero en el que había siete lámparas representa varios tópicos muy sublimes. San Gregorio el Grande nos declara<sup>115</sup> que es un bosquejo de Nuestro Señor Jesucristo. San Isidoro asegura<sup>116</sup> que es imagen del Espíritu Santo y de sus siete dones. El abad Absalón dice<sup>117</sup> que representa la santa Iglesia, que el tronco de este candelero es Nuestro Señor Jesucristo y que sus brazos son los prelados, pastores y sacerdotes de la

---

<sup>115</sup> Homilía 6 sobre Ezeq.

<sup>116</sup> In Exodo, cap. 44

<sup>117</sup> Sermón 30, Treno 4.



Iglesia que hacen con el Hijo de Dios un solo pastor y sacerdote, los cuales deben ser totalmente de oro como él.

Pero san Epifanio, san Juan Damasceno y otros santos doctores nos anuncian que es figura de la sacrosanta Madre de Dios que, después de su Hijo Jesús, es el candelero más luminoso y la antorcha más brillante de la casa de Dios. Estas son las palabras de san Epifanio: *¡Oh candelero virginal que ha hecho ver la luz a los que estaban en las sombras de la noche! ¡Oh candelero virginal que disipa las tinieblas del infierno y hace resplandecer en nuestras almas la luz del cielo! ¡Oh candelero virginal siempre lleno del Aceite de la gracia y sin cesar enardecido en el fuego del amor divino, con el que ha iluminado nuestras mentes e inflamado nuestros corazones! ¡Oh candelero virginal que ha irradiado sus divinos resplandores por toda la tierra!*

Ciertamente, sagrada Virgen, tú eres el verdadero Candelero de oro del verdadero templo de Dios que es su Iglesia. Con sobrada razón ella te saluda y reconoce como la puerta por la que la luz entró en el mundo: *Salve puerta, de la cual vino la luz*. Pero esto conviene propia y especialmente a tu santísimo Corazón, en particular a tu Corazón espiritual que comprende las tres facultades de la parte superior de tu alma. En efecto, este Corazón es la sede de la luz: de la luz de la razón, de la luz de la fe, de la luz de la gracia. Es el trono del Sol eterno, e incluso es un sol



que inunda el cielo y la tierra con sus resplandores. En ese sol el Espíritu Santo puso su tabernáculo y desde él difundió sus dones en plenitud: don de sabiduría y de entendimiento, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y el don del temor del Señor. En este candelero estableció esas siete lámparas ardientes y brillantes. Candelero de oro puro que significa la excelencia incomparable del amor y de la caridad del Corazón de la Madre de Dios. Candelero hecho a golpes de martillo para mostrar que este Corazón virginal ha sido moldeado y perfeccionado con los martillos de mil y mil tribulaciones. Finalmente, candelero admirable que ilumina divinamente y regocija asombrosamente a cuantos habitan en la casa de Dios.

Alabanza eterna al que hizo este candelero y a quien nos lo dio. ¡Oh divino candelero, disipa nuestras tinieblas, alumbrá nuestras mentes, difunde tu luz por todo el universo a fin de que Dios sea conocido y amado por todos los hombres.

El segundo utensilio que había en el templo de Salomón era la Mesa descrita en el Éxodo (25, 23-30). Elaborada por orden divina, de madera de acacia, especie de cedro no común ni ordinario, raro y del todo incorruptible, según los Setenta. Esta mesa estaba cubierta totalmente con laminilla de oro; una cornisa, hecha igualmente de lámina de oro la bordeaba en forma de



corona; además la mesa estaba enriquecida con otras dos coronas de oro. En ella se depositaban los panes de la proposición que los sacerdotes ofrecían diariamente a Dios. Se llamaban así porque eran presentados o expuestos ante su divina Majestad como sacrificio perpetuo. En seguida los sacerdotes los comían.

Los santos Padres están de acuerdo en que esos panes eran figura de Nuestro Señor Jesucristo, pan bajado del cielo, pan de ángeles, pan de Dios, pan de los hijos de Dios, pan que es alimento de la vida de los cristianos, llamados todos sacerdotes en las Escrituras santas: *Nos hiciste sacerdotes para nuestro Dios*; unos por oficio que imprime en ellos carácter especial; otros por participación; pan finalmente formado de la carne inmaculada y de la purísima sangre de la Virgen Madre y del Verbo eterno, que es espíritu y vida de este pan vivo y vivificante.

¿Pero cuál es la mesa en que se ofrece este pan divino y que estaba figurada por esta mesa en que estaban los panes de la proposición? San Germán, patriarca de Constantinopla, responde que es la bienaventurada Virgen<sup>118</sup>; san Epifanio afirma lo mismo *María, dice, es la mesa espiritual de los fieles que nos ha dado el pan de vida*<sup>119</sup>; *mesa virginal, abundante siempre en alimentos exquisitos y excelentes*. Porque así como la mesa expone y

---

<sup>118</sup> *Orat. In Nativit. B. Virg.*

<sup>119</sup> *In Serm. De laud. Virg.*



da, en cierto modo, el pan y los alimentos de que está provista, e incluso invita y atrae a comerlos, así la Madre del Salvador, ha producido y nos ha dado el verdadero pan de vida, y no llama e invita a comerlo: *Vengan, coman de mi pan* (Prov 9, 5).

Si, por esta razón, está representada por la mesa de los panes de proposición, es posible decir igualmente que esta misma mesa era figura de su sagrado Corazón y que este admirable Corazón es la verdadera mesa de la casa de Dios: Mesa que la Madre de amor ha preparado para todos sus hijos: *Preparó su mesa* (Prov 9, 2). Mesa hecha con madera del todo incorruptible para señalar que esta Madre de gracia, no solo nunca sufrió la corrupción, sino que era enteramente incapaz de sufrirla, debido a la muy grande abundancia de gracia de que estaba colmada; Mesa completamente revestida de laminilla de oro purísimo, es decir, de divinas perfecciones, según veremos luego; Mesa que ciñe tres coronas de oro que son amor purísimo a Dios, dilección muy perfecta al prójimo; y caridad muy desinteresada para consigo misma.

¿Toda mesa no está hecha para recibir el pan que se deposita en ella, para sustentarlo y para ponerlo en la mano y en la boca de los que lo comen? ¿No es cierto que el Corazón de la Madre de Jesús es el primero que lo recibió al salir del Corazón de su Padre, y que lo recibió para



dárnoslo? ¿No es cierto que así como el Padre adorable lo tiene desde toda eternidad en su Corazón, también la Santa Virgen lo tendrá por siempre en su Corazón? ¿No es cierto, como nos lo declara este Padre adorable, que su Corazón paternal nos fue dado en la encarnación y nos lo da a diario en la Eucaristía, a él, su Verbo y su Hijo amadísimo? *Brotó*, o como dice otra versión, *derramó mi Corazón una Palabra buena* (Sal 45, 2); también esta misma Virgen nos afirma lo mismo hablando de su Corazón maternal, pues la Iglesia nos la presenta a menudo profiriendo estas mismas Palabras con su Padre eterno: *Brotó de mi Corazón una Palabra buena*. Por ende, el Espíritu Santo la hace hablar así: *Con él estaba disponiendo y ordenando todo* (Prov 8, 30), y según dice el texto hebreo: *Estaba con él y junto a él como nodriza*, para ser Madre y nodriza de los hombres. Estaba muy estrechamente unida con él de voluntad, de espíritu y de Corazón; tenía con él una misma voluntad, un mismo espíritu y un solo Corazón, del todo abrasado de amor a los hombres. Es el amor que la impulsó a entregarles a su Hijo único y amadísimo; amor que me llevó a darles este mismo Hijo, que es mi verdadero y propio Hijo, como su verdadero y propio Hijo; y a darles este Hijo que es fruto de su Corazón y del mío, para ser el pan de sus almas y la vida de sus corazones.



Los panes de proposición se cocían en vasijas de oro. El Corazón de María es vaso sagrado de purísimo oro en el que este pan divino ha sido asado y preparado por el fuego de su amor y de su caridad. Por eso san Epifanio lo llama: *Fuego celeste y espiritual que nos proporcionó el pan de vida*<sup>120</sup>.

Este Corazón santo es el altar en el que el Pan del cielo ha sido ofrecido y presentado a Dios. Y este mismo Corazón es la mesa celestial en la que nos es servido en alimento. Salió una vez del Corazón y del seno de su Padre para entrar al Corazón y al seno de María; y todos los días y en toda hora, sale, sin abandonarlos, del Corazón de su Padre y del Corazón de su Madre, para venir a nuestros corazones, cuerpos y almas en la Eucaristía.

Así, pues, el Corazón sagrado de nuestra caritativa Madre es mesa santa en la que se sirve el pan de los ángeles, siempre dispuesta para nosotros en magnífico festín, con los manjares prodigiosos de la carne adorable y la sangre preciosa de su Hijo, que son porciones de su carne inmaculada y de su purísima sangre.

El santo cardenal Pedro Damián proclama: *Yo les encarezco que consideren atentamente cómo somos deudores de esta felicísima Madre de Dios y qué acciones de gracias debemos rendirle, después de Dios. El cuerpo*

---

<sup>120</sup> *Serm. De laudib. Virg.*



*adorable que recibimos en la santa Eucaristía es el mismo que la dichosísima Virgen formó en sus entrañas. Ella lo llevó en su seno y lo alimentó cuidadosamente. Esa sangre preciosa que bebemos en el sacramento de nuestra redención es porción de su sangre. ¿Qué lengua podría alabar dignamente tal Madre, que alimenta a sus hijos con la carne inmaculada de sus entrañas, o sea, aquel que dijo hablando de sí mismo: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo?*<sup>121</sup>

Y continúa el mismo autor: *Por esta divina María comemos diariamente este pan celestial pues por sus oraciones Dios nos urge a recibirlo dignamente. Así como Eva impulsó al hombre a comer el fruto prohibido que le dio muerte, era conveniente que María nos apremiara a comer el pan de vida. Eva nos hizo gustar un fruto que nos privó de las celestes delicias del festín eterno en la casa de Dios; María nos dio un alimento que nos abrió las puertas del cielo y nos hizo dignos de sentarnos a la mesa del Rey de los ángeles (ib).*

¡Oh! Sea por siempre bendita y venerada en la tierra y en el cielo esta muy buena María, tan caritativa con estas pobres criaturas tan indignas de ella. Que por siempre sea alabada y glorificada en toda la tierra su benignísimo Corazón, tan lleno de amor por estos hijos tan ingratos.

---

<sup>121</sup> Sermón 2 de Nativitate B. Virg.



El tercer utensilio digno de consideración que observo en el templo de Salomón es el célebre *Altar de los perfumes* o de inciensos de que habla el Éxodo y que san Pablo llama *incensario de oro*<sup>122</sup>. Por orden de Dios estaba confeccionado de madera de acacia como la mesa de los panes de proposición, revestido de laminilla de oro, con una corona de oro que lo rodeaba enteramente, y en la superficie una rejilla o lámina de cobre dorado, perforada para hacer pasar hacia abajo la ceniza y retener los carbones. No estaba en el Santo de los santos, como piensan algunos, pero José, santo Tomás<sup>123</sup>, y otros varios dicen que estaba en el Santo donde los sacerdotes entraban cada día, entre el candelero de oro y la mesa de los panes de proposición, ante el arca y propiciatorio.

Cada día, por la mañana y por la tarde, en este altar se ofrecía a Dios el sacrificio del *Timiama sempiterno* (Ex 30, 8). Era un perfume excelente compuesto, por mandato divino, de cuatro especies de aromas: el primero llamado *stacte*, especie de mirra de la mejor calidad que hubiera, producida por el árbol espontáneamente y sin incisiones; el segundo se llama *ónix*, especie de caracola o concha muy perfumada producida por un pez; el tercero se llama *galvano*, especie de yerba odorífera que se llama *ferura*,

---

<sup>122</sup> Exodo 30, 1-10; Heb 9, 4

<sup>123</sup> 1ª 2ae, q 102, art 4, ad 6



conocida en Siria de la que Plinio y Dioscórides dicen que su olor ahuyenta las serpientes; el cuarto es incienso purísimo.

Encuentro varios santos intérpretes de las divinas Escrituras que dicen que este altar del incienso representa los corazones de los fieles, que son otros tantos altares en los que se debe ofrecer a Dios sacrificio perpetuo de alabanza y oración. Si los corazones de los hijos estaban figurados por este altar cuánto más el Corazón de la Madre, que luego del Corazón de Jesús, es el primero y el más santo de todos los altares. Es *el altar que está ante el trono de Dios* (Ap 8, 3). En este altar la Madre del salvador ofreció a Dios un sacrificio de amor, adoración, alabanza, acción de gracias, y oraciones de mayor agrado de su divina Majestad, que todos los sacrificios que se hayan ofrecido jamás en todos los altares.

Es altar de madera de *acacia*, porque este santísimo Corazón estuvo siempre del todo incorruptible a cuanto, por nada del mundo, podía impedir el fervor que siempre la animaba en este divino ejercicio.

¿Qué representan las *laminillas de oro* de que este santo altar está revestido? Son la pureza, santidad, constancia, fidelidad, amor, caridad, atención y demás santas disposiciones con las que ese Corazón virginal estaba continuamente ocupado en alabar, bendecir, adorar, glorificar y orar a Dios.



¿Y esa *corona de oro* que circunda el altar de los perfumes que significa? La alabanza perpetua y eterna que este divino Corazón tributó siempre, día y noche, sin fin ni descanso, en todo tiempo y lugar, en todo y por todo, y tributará eternamente, con purísimo amor, a la santísima Trinidad.

¿Y esa *rejilla* o lámina de cobre dorado que es la superficie del altar, horadada de manera tal que deja pasar la ceniza y retiene los carbones? ¿No te das cuenta de que muestra que el Corazón de la Madre del amor hermoso nunca sufrió cosa distinta del fuego del amor divino? Todo lo que entraba mundano en este Corazón sagrado, era como leña que servía para encender más y más el fuego del amor divino que ardía incesantemente en él, y para aumentar el fervor con el que alababa a Dios sin descanso. Pero nada bajo ni terrestre quedaba en él; todo era transformado en fuego celestial y divino.

¿Porqué este altar ocupa puesto entre el candelero de oro y la mesa de los panes de proposición, ante el arca y el propiciatorio, donde Dios había establecido su trono y su residencia? Quiere darnos a entender que las luces y dones del Espíritu Santo que colmaron e iluminaron siempre el Corazón de la divina Esposa, y el pan del cielo del que siempre se alimentó y nutrió, le comunicaban vigor y fervor maravillosos para mantenerse de continuo en la presencia,



ante la faz de Dios, a fin de hacerlo propicio a los hombres, mediante el ejercicio infatigable d sus adoraciones, alabanzas y oraciones.

¿Qué significan los cuatro aromas de los que el timiama perpetuo está compuesto? Es la práctica eminente de las cuatro virtudes principales, siempre presentes en grado soberano en el Corazón de la reina de las virtudes. Por el ejercicio continuo de ellas ofreció a Dios sacrificio perpetuo de alabanza, honor gloria, que le fue infinitamente agradable.

La primera de esas cuatro virtudes es la fe, muy vívida y perfecta, significada, al decir de Orígenes mediante la concha y la coquilla que emiten agradabilísimo olor. La coquilla tiene la forma de un escudo que en las sagradas Escrituras la fe es el verdadero escudo de nuestras almas. Ella las cubre y defiende de las flechas emponzoñadas de los enemigos de su salvación. Y también porque la fe, donde quiere se encuentre, exhala el buen olor de Jesucristo.

La segunda es la pureza y la fuerza de su oración representada por el incienso.

La tercera, su incomparable misericordia y su caridad inestimable, señaladas por el galvano, que la impulsó a darnos a su Hijo único para ser nuestra redención.

La cuarta, su mortificación muy sensible y dolorosa, figurada por la primera mirra, con la cual ofreció este



mismo Hijo en sacrificio a su Padre eterno para nuestra salvación.

Este es el timiama perpetuo y el sacrificio continuo que la Madre del salvador ofreció durante todo el curso de su vida en el altar de su Corazón, con tanto amor y caridad, que mereció ser asociada con su Hijo al gran sacrificio que hizo de sí mismo para salvación del universo.

“¡Oh gloriosa Virgen, eres todo fuego de amor y caridad”, dice san Amadeo, obispo de Lausana, que vivió siglos atrás. “Hiciste sacrificio agradable a Dios de cuanto eres y tenías. Fénix admirable, reuniste toda clase de árboles aromáticos (se entiende, la práctica de las más especiales virtudes). Luego les prendiste fuego de amor divino y llenaste el cielo y todos los habitantes del cielo de maravilloso perfume. Es el suavísimo aroma del excelente timiama que mana del incensario del Corazón de María y que sobrepasa incomparablemente las más exquisitas fragancias. Entre las manos del soberano Sacerdote, este incensario no solo hace subir su incienso hasta lo más alto de los cielos sino que él mismo fue elevado al trono del Rey eterno”<sup>124</sup>.

Mi querido hermano, es importante para ti que te hagas partícipe de los frutos del sacrificio del Hijo y de la Madre. Si no lo haces no tendrás parte con ellos. Si quieres

---

<sup>124</sup> *Homilía 6, de Laud. B. Virg.*



participar haz de tu corazón un altar y ofrece, en ese altar, un sacrificio semejante al sacrificio de tu Padre y de tu Madre, mediante imitación atenta y fiel de su amor, fidelidad, caridad, paciencia, humildad y sus demás virtudes.

¡Oh Madre de Jesús, te hago entrega de mi corazón! Úsalo como tuyo. Haz de él un altar como hiciste con el tuyo. Adórnalo con todos las galas que sabes le convienen. Ofrece en este altar el mismo sacrificio que ofreciste a la santísima Trinidad en el altar de tu Corazón.

## Sección II

### *El Arca de la alianza representa el Corazón de la Virgen María*

El cuarto utensilio muy señalado que considero en el templo de Salomón es el *Arca de la alianza*, célebre e ilustre. Los israelitas le brindaban gran veneración. Moisés, por mandato divino, la hizo fabricar. Estaba hecha de madera de *setim*, circundada de oro en su parte superior. Por dentro y por fuera estaba cubierta de laminilla de oro. Tenía cuatro argollas de oro en la parte inferior de la corona por donde pasaban dos barrotes de la misma madera de *setim* cubiertos de oro, para transportarla. Según san Pablo



había en su interior un vaso de oro que contenía mana, y además la vara de Moisés y las tablas de la Ley<sup>125</sup>.

Si preguntamos a los santos Padres, san Ambrosio y otros varios nos dirán que el arca es figura de la bienaventurada Virgen y por tanto de su santo Corazón, la primera y más noble parte de ella misma. El doctor seráfico san Buenaventura dice: Sí, el arca de Moisés no era más que una sombra del Corazón de la Virgen. Él es la verdadera arca que guarda los secretos de las divinas Palabras y los tesoros de la ley de Dios<sup>126</sup>. Y un santo Abad de Císter añade que ella encierra en sí lo que la mano de Dios escribió. Es el arca santa de la alianza mediante la cual Dios nos reconcilió con él y selló alianza con nosotros<sup>127</sup>.

Querido lector, sabes ya que la incorruptible madera de setim de que estaba hecha el arca de Moisés nos hace ver que la impecabilidad y la virginidad fijaron su trono en el santo Corazón y en el sagrado cuerpo de la purísima Virgen.

No ignoras que la corona de oro que ceñía el arca nos da a conocer que el amor y la caridad del Corazón de nuestra reina son sin término ni fin. ¿Pero sabes por qué el arca del testamento estaba cubierta de oro purísimo por dentro y por fuera? Para que lo entiendas bien observa en primer término que lo de dentro y el interior de esta arca

---

<sup>125</sup> Heb 10, 4

<sup>126</sup> *In exposit.* Cap. 2 de Lucas

<sup>127</sup> *Antidotario animae.*



denotan los afectos interiores del purísimo amor del que el Corazón de la Madre el amor hermoso estaba colmado hacia Dios; que la parte fuera y el exterior de la misma arca designan los efectos exteriores de su caridad hacia el prójimo. O bien que el interior del arca marca la vida interior de la Madre de Dios, lo que se oculta en su Corazón: *lo íntimamente oculto* (Cantar 4, 1.3). Lo que solo los ojos de Dios pueden ver. Que el exterior del arca significa su vida exterior pues la vida exterior del hombre es como lo de fuera y lo exterior de su corazón pues el corazón se revela y se manifiesta hacia el exterior en los sentidos exteriores, en el rostro, los ojos, las palabras y las acciones.

En segundo lugar observa que el oro, en opinión de los intérpretes sagrados de la Escritura santa, representa tres cosas: primero, el amor y la caridad; segundo, la perfección y excelencia de todo ser pues es el más excelente y noble de los metales; tercero, la sabiduría divina e incluso la misma divinidad.

Partiendo de esta enseñanza, haz de saber ahora que el Corazón admirable de la reina del cielo está totalmente cubierto de oro por dentro y por fuera. Primero, porque ese Corazón sagrado está colmado y circundado de amor a Dios y de caridad a los hombres y toda la vida interna y externa de la reina de los corazones está íntegramente transformada en amor y caridad. Segundo, porque nada



hay, en su interior y exterior, que no sea enteramente de oro, es decir, perfecta y excelente, o sea, que no esté brillante y radiante de las luces de la divina sabiduría, y llena, poseída y penetrada de la divinidad misma y transformada del todo en sus divinas perfecciones.

Las cuatro *argollas de oro* que estaban a los dos costados del arca, por debajo de la corona, representan cuatro virtudes del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen, a saber: primero, la mortificación de Jesús, pues nunca hubo corazón que practicara tan perfectamente estas palabras del Espíritu Santo: *llevamos la mortificación de Jesús a fin de que la vida de Jesús se manifieste en nosotros* (2 Cor 4, 10). Segundo, la contemplación; tercero, la desconfianza de sí misma; cuarto, la confianza en Dios. Y los dos *barrotes* dorados que pasaban por las cuatro argollas significan la humildad y el temor de Dios, es decir, el temor filial. Como esas cuatro argollas y esos dos barrotes servían para transportar el arca de un sitio a otro, así el Espíritu Santo se sirvió de esas seis virtudes para sostener y llevar el Corazón sagrado de su divina Esposa por los caminos de Dios y para trasladarla de la tierra al cielo.

Si quieres saber el significado de ese *vaso de oro*, que había en el arca y que contenía una porción del maná que Dios hizo descender del cielo para alimentar a su pueblo en el desierto, escucha a san Fulberto, obispo de Chartres, que



dice que es el Corazón precioso de la reina de los ángeles, colmado del verdadero maná del cielo, es decir, de la gracia divina y del autor mismo de la gracia. Lo que es opinión de otros santos Padres, en particular san Epifanio<sup>128</sup>, san Efrén<sup>129</sup>, san Germán, patriarca de Constantinopla<sup>130</sup> y de Andrés, obispo de Jerusalén.

¿Qué relación puede darse entre la *vara* de Moisés y de Aarón, guardada también en arca, y el Corazón de la Madre de Dios? La hay y mucha, pues esta vara representa la fuerza y el poder de este divino Corazón mediante el cual Dios ha obrado grandes milagros y más numerosos que los realizados por la vara de Moisés.

¡Qué portento! El Corazón de una Virgen cautiva el Corazón del Padre eterno, es decir, a su Hijo único y amadísimo, lo saca de su seno adorable, lo hace descender a sus entrañas virginales y lo entrega a la humanidad, al decir san Bernardo: *¡Qué poder. Arrancó al Hijo del seno del Padre y lo dio a los hombres!*<sup>131</sup>

¡Qué milagro es ver el Corazón de una Virgen que no solamente enamora el Corazón de Dios y lo entrega a los hombres, sino que a ese Hijo de Dios, que es Dios, lo hace Hijo del hombre! ¡Del verbo eterno hacer un niño efímero;

---

<sup>128</sup> *In serm. De laud. Deip.*

<sup>129</sup> *Orati. De laud. B. Virg.*

<sup>130</sup> *Orat. De Nativit. Virg.*

<sup>131</sup> *Serm. De Cons. Virg.*



de un Dios, inmortal, impasible, inmenso, infinito, todopoderoso hacerlo hombre mortal, pasible, finito, débil!

¡Qué portento es ver el Corazón de una Virgen, que forma, hace nacer, y lleva en sí a aquel que nace, vive y reside desde toda eternidad en el seno de Dios!

¡Qué prodigio es ver el Corazón de la hija de Joaquín y Ana, que da a un Hijo de Dios y a un Rey a los ángeles; un redentor a los hombres; un Padre a los cristianos; un restaurador a todas las criaturas; y un tesoro inmenso al cielo y a la tierra!

¡Qué maravilla de bondad y caridad es ver el Corazón de una Madre que sacrifica a su Hijo único, al que ama infinitamente más que a sí misma, que lo sacrifica en una cruz, en medio de tormentos infinitos, no solo por la salvación de sus amigos, sino, incluso para redimir a los que lo crucifican!

¡Qué prodigio de valor es ver el Corazón de una joven que sufre tormentos que sobrepasan los suplicios de todos los mártires, y tales que serían capaces de sofocar la vida de un millón de corazones, y sufrirlos sin embargo con constancia invencible y sin perder nada de su paz y su tranquilidad!

¡Qué portento de valor es ver el Corazón de una Madre, y tal Madre, que después de haber visto a su Hijo sufrir, agonizar y morir en la cruz, verlo resucitado,



triunfante, glorioso, y no romperse ni estallar en pedazos por la fuerza vehemente de su felicidad!

¡Qué milagro, finalmente, es contemplar este Corazón virginal que permanece perpetuamente sin consumirse en medio de fuegos y llamas devorantes de una hoguera de amor divino, la más ardiente y llameante que se pueda imaginar!

Todas esas maravillas son propias de la fuerza y del poder real del Corazón de la todopoderosa Madre de Dios, el cual, después de Dios, es su primera fuente y su autor principal. Son efectos de la fuerza de la humildad, la fe y la caridad de este Corazón admirable. ¿No es asombroso que los prodigios hechos por la vara de Moisés y de Aarón son nada comparados con estos?

Sabes, querido hermano, que por ti, para tu provecho, este Corazón admirable de tu muy buena Madre obró innumerables milagros. Repite de todo corazón: *Que todos los efectos de la bondad del Corazón de María y todas las maravillas que ha realizado a favor de los hijos de los hombres lo alaben, bendigan y glorifiquen eternamente.*

¿Qué más podemos decir del arca de Moisés? Podemos afirmar, viendo en ella un bosquejo del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen que como esta arca era el tesoro, la gloria y la felicidad del pueblo judío, el principal misterio de su religión, su baluarte y defensa



contra los adversarios, el terror de sus enemigos, así el Corazón venerable de nuestra reina es gloria, tesoro y dicha del cristianismo. Es el primer objeto que debemos mirar, después de Dios, en nuestras devociones. Es fortaleza inexpugnable para todos los verdaderos hijos de esta divina Madre: *El Corazón de María es torre fortísima*. Bien dotada de armas defensivas y ofensivas, no solo los soldados que combaten bajo los estandartes de esta Generala de los ejércitos del gran Dios encuentran en ellas fuerte defensa contra los asaltos del infierno sino que es más formidable para sus enemigos que ejército en orden de batalla: *Imponente como batallón dispuesto para la batalla* (Cantar 6, 3 Vulgata). Recojámonos en esta invencible fortaleza, encerrémonos en esta torre inexpugnable; quedémonos allí por siempre y nunca salgamos de ella.

Recuerda sin embargo que es *torre de marfil* (Cantar 7, 4). Nada ha experimentado que no sea puro y limpio de toda mancha. *Torre de David* (Cantar 4, 4) abierta solo a los que siguen la mansedumbre del verdadero David, que es Jesús. Torre construida y adornada con toda suerte de piedras preciosas: *las torres de Jerusalén serán construidas con gemas preciosas*, o sea, con toda clase de perfecciones. Quien hace en ella su morada debe renunciar a toda especie de pecados e imperfecciones y abrazar de todo corazón todas las virtudes cristianas.



### Sección III

*Cómo las Tablas de la Ley que estaban en el arca  
y el Libro de la Ley, cercano del arca,  
representan el santo Corazón de María*

El quinto utensilio que encuentro en el templo de Salomón, entre los más notables, son las *Tablas de la Ley*. Contenían los Diez Mandamientos de Dios, escritos por su propia mano en las tablas de piedra que su divina Majestad puso en manos de Moisés, con el mandato de guardarlas en el arca de la alianza. Le encargó además que escribiera en un libro todas las leyes que dio a su pueblo. Moisés mandó que dicho libro se pusiera en la santuario al lado del arca (Dt 4, 13; 10,5; 31, 9.26).

Escucho la voz de Dios, por boca del profeta Jeremías. Habla del tiempo en el que va a dar una nueva ley a los hombres, la ley evangélica, no ya mediante Moisés sino por su propio Hijo. Nos promete escribirla él mismo en nuestras entrañas y en nuestros corazones: *Escribiré mi ley en sus corazones* (Jer 31, 33). Y san Pablo dice a los cristianos de Corinto que “sus corazones son tablas no ya de piedra sino de carne en las que la ley de Jesucristo está escrita no con tinta sino por el espíritu del Dios que vive” (2 Cor 3, 3). Y san



Gregorio de Nisa asegura<sup>132</sup> que las tablas de la ley mosaica que reposaban en el templo de Salomón eran figura de los corazones de los santos. Esto lleva a san Juan Crisóstomo a decir que el corazón de san Pablo es la tabla del Espíritu y el libro de la caridad, es decir, un libro viviente en el que la divina caridad escribió con letras de oro la ley evangélica, ley de amor y caridad<sup>133</sup>.

Así pues, si los corazones de los santos son las verdaderas tablas de la ley evangélica, de la que las tablas de Moisés no eran más que una fiura, ¿qué habrá que decir del sacratísimo Corazón de la reina de los santos y de la Madre del Santo de los santos? Este dignísimo Corazón es la primera y más santa tabla de la ley cristiana. Tabla que no es de piedra sino de oro, o mejor de diamante. No muerta sino viva; no frágil como la de Moisés sino inviolable. En ella el dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, escribió y grabó en letras de oro, no solo todas las voluntades divinas y todas las leyes sino también los consejos, máximas y verdades evangélicas, tan profunda y fuertemente que, aunque todas las potencias de la tierra y del infierno se unieran en un solo bloque y emplearan todo su poder para borrar una sola *iota* de esa maravillosa tabla, no lograrían hacerlo. Les sería más fácil arrancar el sol del cielo y destruir todo el mundo,

---

<sup>132</sup> *Homilia 14*

<sup>133</sup> *In cap. 16 de epist. ad Rom.*



que borrar un solo punto de la esta ley. Ni siquiera podrían opacar ni en lo más mínimo su lustre y su brillantez.

Este Corazón incomparable no es solo la verdadera tabla de la ley de Dios sino también un *Libro* viviente y admirable. El Espíritu Santo ha impreso en él los misterios de la Divinidad, los secretos de la eternidad, las leyes cristianas, las máximas evangélica y todas las verdades que el Hijo de Dios bebió en el Corazón de su Padre y derramó con abundancia en el Corazón de su Madre. Si san Agustín asegura<sup>134</sup> que los libros de que habla el capítulo 21 de Apocalipsis son los corazones de los santos, en los que las leyes y voluntades de Dios están escritas cuanto más es verdadero aplicarlo al Corazón de la Madre de aquel que es la santidad misma. Tienes razón, san Crisóstomo, al llamar el corazón de san Pablo *el libro de la caridad*<sup>135</sup>. Hablas bien, san Jerónimo, cuando dices que el pecho y el corazón de tu amigo Nepociano eran la biblioteca de Jesucristo, debido a que la lectura y la meditación de los santos Libros eran su ocupación continua. Pero, qué dirían ustedes del Corazón de la Madre del Salvador que no solo leía y meditaba, día y noche, la santa Ley de Dios en las divinas Escrituras, sino que su Corazón es un libro viviente en el que las verdades y maravillas del cielo están impresas más santa y nítidamente que como lo están en los Libros sagrados pues

---

<sup>134</sup> *De civitate Dei*, lib. 10; cap. 14

<sup>135</sup> *Epístola 3*, a Heliodoro



están escritas con el dedo de Dios y con los rayos del Sol eterno. ¿Qué dicen entonces, eximios santos, de ese Corazón virginal?

Quizás dices con el santo abad Ruperto, uno de los favoritos de la reina del cielo, que su Corazón es el *cofre reservado de todas las Escrituras santas*. Recinto propio del Rey eterno, que contiene los santos contratos y otras divinas Escrituras, que su infinita bondad ha hecho a favor del género humano.

Dices con el piadoso Ricardo de San Lorenzo, quien consagró su pluma dignamente a la alabanza de la Madre del Redentor, que su Corazón es *lugar donde se guardan las Escrituras*. Sala de las Escrituras celestiales y biblioteca del cielo que conserva los títulos sagrados de la antigua y de la nueva alianza.

Con el sapientísimo Orígenes afirmas que es *Tesoro de la verdad*<sup>136</sup>, verdades que brotaron del Corazón de aquel es el principio de toda verdad. Con san Andrés de Candia confiesas que es *suma de los oráculos divinos*<sup>137</sup>, resumen de todos ellos. Con san Antonino repites que es *la sagrada Escritura viva*, la santa Escritura en persona, viviente y animada por el Espíritu de Dios. Afirmas que es el *Evangelio eterno* y el *Libro de la vida* de que habla el Apocalipsis (14, 6; 20,15).

---

<sup>136</sup> Libro 12 *in laudibus B. Virg.*

<sup>137</sup> Libro 10, *de laudibus B. Virg.* Homilía tomada de varios lugares.



Con san Epifanio dices que es *libro inagotable que el Verbo del Padre presentó al mundo para ser leído*<sup>138</sup>. Pide el Verbo que sea leído y conocido por quienes son dignos de leer este santo libro; libro inmenso, que comprende el Incomprensible, y en el que se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios que son infinitos.

¡Oh libro prodigioso! ¡Oh Corazón admirable! ¿Oh! ¡Que por siempre sea bendito, alabado y glorificado el adorable autor de este libro, el que lo compuso y el que nos lo dio. *Dichoso quien lee o escucha leer como es debido lo que hay en este libro sagrado* (Ap 1, 3).

En él aprende la ciencia de la salvación, ciencia de los santos, ciencia de Dios. Desdichados los que profanan sus ojos consagrados a Dios por el santo Bautismo en la lectura perniciosa de libros del mundo de Satán. Infortunados pues solo aprenden la ciencia de la perdición, ciencia de réprobos, ciencia del diablo. Infelices pues mientras estén cautivos de estos libros peligrosos, el libro santo del Corazón de la Madre de Dios les estará siempre cerrado y no habrá nadie, en tierra y cielo, que se lo abra. No solo se hacen indignos de leer, de conocer y gustar lo escrito en este libro celeste sino que ni siquiera son dignos de mirarlo.

Por lo demás, mi querido lector, debes saber que todos los corazones de los hombres son otros tantos libros. Pero

---

<sup>138</sup> *In sermonem de laud. B. Virg,*



hay diferencias entre esos libros pues están repartidos en dos bibliotecas: la biblioteca del cielo y la del infierno. La de Jesucristo y la del Anticristo.

¿Cuáles son los libros del cielo y de Jesucristo? Son los corazones en los que el Espíritu Santo ha escrito las verdades del cielo, las máximas de la sabiduría cristiana, las leyes evangélicas, los sentimientos, las costumbres y las virtudes de Jesucristo.

¿Cuáles son los libros del infierno y del Anticristo? Son los corazones en los que el espíritu maligno ha escrito los errores, falsedades e ilusiones del mundo ennegrecido y engañoso; las máximas perniciosas de la sabiduría mundana, de la prudencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de vida; y las inclinaciones perversas del amor propio y de la propia voluntad.

Examina tu corazón para ver qué hay escrito en él. Busca conocer a cuál de esas dos bibliotecas pertenece. Si infortunadamente encuentras que es de la biblioteca de Satán, sácalo pronto de ahí mediante verdadera penitencia y entera conversión. Pero como por ti mismo nada puedes, entrégalo a la reina de los corazones y suplícale con instancia que lo dé al Espíritu Santo, y que le ruegue borre lo que el espíritu maligno escribió en él; y que escriba en él lo que escribió en el suyo a fin de que el corazón del hijo tenga la semejanza con el Corazón de Madre.



¡Oh misericordiosa Madre, te doy mi corazón y los corazones de mis hermanos con esta intención.

#### **Sección IV**

##### *Cómo el Propiciatorio es figura del Corazón de la santa Virgen*

El sexto utensilio que considero en el templo de Salomón es el *Propiciatorio*. Era éste una lámina de oro purísimo, un poco elevada por encima del Arca. La cubría pues era de la misma longitud y anchura de ella. En las dos extremidades de esa lámina de oro, es decir, del Propiciatorio, había dos querubines de oro fino con el rostro vuelto hacia el Propiciatorio. Se miraban el uno al otro y con las alas extendidas lo cubrían enteramente.

Era el elemento más santo y notable que había en el templo. Era algo así como la sede de Dios, el cielo de su gloria, el tribunal de su Majestad, el trono de su misericordia, el oráculo de su sabiduría y su verdad. Allí se hacía presente a su pueblo y se mostraba en una nube prodigiosa (Lv 16, 2). Allí manifestaba la gloria y grandeza de su Majestad (Nm 11, 43). De allí viene que el Propiciatorio lleve también en la Escritura el nombre de Cielo, según una versión. Allí era adorado principalmente, allí recibía los honores y respetos que le eran debidos, allí hacía conocer



sus voluntades, allí daba sus órdenes y mandatos (Nm 7, 89). Allí se hacía propicio a su pueblo y le daba muestras sensibles de su bondad y su misericordia. Allí era consultado por los sacerdotes en las dudas y las dificultades que se presentaban, y allí su divina sabiduría y su adorable verdad daban sus respuestas, por lo cual el Propiciatorio se llamaba también *Oráculo* (Ex 37, 6; Nm 7, 89; Lv 16, 13).

San Germán, patriarca de Constantinopla<sup>139</sup>, san Ildefonso<sup>140</sup>, San Andrés de Candia<sup>141</sup>, el santo y sabio Idiot<sup>142</sup>, Ricardo de San Lorenzo<sup>143</sup>, san Antonino<sup>144</sup> y varios otros santos doctores dicen que el Propiciatorio era figura de la gloriosa Virgen; que por ella la ira de Dios inflamada contra los pecadores fue apagada; que su divina Majestad se hizo propicio a los hombres; y que su infinita misericordia tiene compasión de nuestras miserias. Por ello san Ildefonso llama a esta Madre de la gracia: *Propiciación de la salvación humana*<sup>145</sup>; y san Andrés de Candia la denomina *Propiciatorio común del mundo universo*; y san Epifanio la designa: *Propiciatorio admirable*<sup>146</sup>.

Esta calidad pertenece a su Corazón misericordioso propia y principalmente. Su benignísimo Corazón es

---

<sup>139</sup> Orat. De Nativit. Virginis.

<sup>140</sup> Sermón I, de Ass.

<sup>141</sup> -de dormitione Virg.

<sup>142</sup> In prologo de Contemplatione B. Virg.

<sup>143</sup> Libro 12 de laudibus B. Virg.

<sup>144</sup> Parte 4, título 15, cap. 14, 3.4

<sup>145</sup> Serm. I, de Ass.

<sup>146</sup> De dormit. Virg.



propiciatorio admirable. Si ella tiene compasión con los pecadores, esta compasión procede de su Corazón espléndido en misericordia. Si ella se convierte en su abogada ante el trono de la divina justicia, ¿qué la conduce a hacerlo? Solo la benignidad de su Corazón. Si ella sacrifica a su propio Hijo por la salvación del mundo, ¿quién la obliga a hacerlo sino la caridad excesiva de su Corazón.

¿No es acaso este Corazón de oro purísimo como era el propiciatorio, o sea, totalmente transformado en purísimo amor a Dios y en perfecta caridad hacia los hombres? ¿No es lo más sagrado e ilustre que hay en el templo del verdadero Salomón, es decir, en la Iglesia de Jesucristo? ¿No es un cielo pleno de gloria y de alabanza a la santísima Trinidad? ¿No es la más digna sede de la Divinidad? ¿No es oráculo celestial por el que la Sabiduría eterna proclamó tan grandes y maravillosos misterios, como veremos más adelante?

Si los dos querubines de oro que había en el propiciatorio y lo cubrían con sus alas representan la caridad, la sabiduría, la ciencia, según interpretan algunos santos doctores, ¿el Corazón de la reina de los ángeles no está por entero cubierto y lleno de caridad, de ciencia y de sabiduría de Dios?



Si estos dos querubines representan, en opinión de Ricardo de San Lorenzo<sup>147</sup>, la maternidad y la virginidad, no es acaso para designar la unión milagrosa de estas dos ilustres cualidades en el Corazón de la Virgen Madre, quien aceptó la divina maternidad sino manteniendo la voluntad de conservar la santa virginidad. Prefirió la blancura inocente de esta a la gloria infinita de aquella, según palabras de san Gregorio de Misa: *Juzgó anteponer la integridad a la demostración angelical*<sup>148</sup>. El ángel le anuncia que concebirá y dará a luz al Hijo de Dios y que así sería Madre de un Dios. Pero al darle esa respuesta: *¿y cómo podrá realizarse pues estoy decidida a no tener jamás comercio carnal con un hombre?* Declara entonces que prefiere permanecer Virgen y no ser Madre de Dios, que a ser Madre de Dios no siendo Virgen.

Si, según otros doctores, estos dos querubines son figura de la santa Virgen y de san José, ¿no será para denotar que en su matrimonio angelical no tuvieron sino un solo Corazón, un mismo espíritu y una misma voluntad?

Si estos dos querubines, que mantenían su rostro dirigido al propiciatorio y lo cubrían con sus alas desplegadas y extendidas, figuraban el Verbo divino y el Espíritu Santo, según opinión de Orígenes, ¿no será para hacernos ver que, entre los corazones de las puras criaturas,

---

<sup>147</sup> Libro 12 *de laud. B. Vir.*

<sup>148</sup> K Homilia de Nativit. Dni.



el Corazón de la Madre del Verbo eterno y de la Esposa del Espíritu Santo fue siempre el primero y continuo objeto de su amor y de su miradas, y que siempre estuvo bajo la sombra especialísima de su poder, su sabiduría, de su bondad y santidad? Y esas dos alas, desplegadas y extendidas, ¿no significaban acaso una efusión total de sus muy extraordinarios favores y una comunicación muy abundante de sus divinas perfecciones respecto de ese dignísimo Corazón?

Puedes ver entonces que el propiciatorio, con todo lo que le pertenecía, es hermosa representación del Corazón benigno de la Madre de misericordia.

¿Quieres, mi querido hermano, que ese mismo Corazón sea de verdad tu propiciatorio ante Dios? Haz que tu corazón sea verdadero propiciatorio respecto de tu prójimo; quiero decir, que esté colmado de compasión hacia las angustias espirituales y corporales del prójimo; que sea totalmente de oro en bondad y caridad; que sea el trono de la misericordia. Empléate gustoso en consolar a los afligidos y en socorrer a los menesterosos, en cuanto esté en tu poder; que seas sede de benignidad y te haga afable, bondadoso para todos; que sea el cielo de la caridad que haga poner toda tu alegría en hacer el bien a todos; que sea el oráculo de la verdad que te haga detestar toda mentira y engaño, y te haga veraz, sincero y fiel en tus palabras y



promesas; que sea paraíso de pureza que te haga amar esta virtud angélica por encima de todas las grandezas del cielo, y huyas, con horror, de todo lo que le es contrario; que tengas especial devoción a san José; y que finalmente tu corazón sea imagen viva de la bondad y mansedumbre del Corazón compasivo de la Madre de amor; por este medio sentirás los efectos de la misericordia incomparable y de la benignidad inefable de este buenísimo Corazón.

## **Sección V**

*El Altar de los holocaustos  
representa el Corazón de la santa Virgen*

El séptimo elemento notable que veo en el templo de Salomón es el *Altar de los holocaustos* que sin embargo no estaba en el interior del templo sino cerca del portal. Tenía tres codos de alto y un cuadrado de cinco codos. Cuatro cuernos salían por las cuatro esquinas. No era sólido y macizo sino vacío por dentro. En ese altar se ofrecían no solo sacrificios de holocaustos, que le daban el nombre. Esos sacrificios eran los más nobles. También se celebraban sacrificios pacíficos, ofrecidos unos en acción de gracias, otros por los pecados y todos los demás (Ex 27, 1.8).



San Agustín<sup>149</sup>, san Gregorio el Grande<sup>150</sup> y varios otros santos Padres dicen que este altar era figura de los corazones de los santos, que son verdaderos altares en los que él es honrado por los sacrificios espirituales que allí se ofrecen noche y día a su divina Majestad.

Si esto es cierto, dicho de los corazones de los santos, cuánto más puede aplicarse al sagrado Corazón de la Madre del Santo de los santos, Ese es el verdadero altar de los holocaustos, dice el ilustre Gerson<sup>151</sup>. En él el fuego sagrado del amor divino ha estado perpetuamente encendido, noche y día.

El altar de los holocaustos del templo de Jerusalén era cuadrado, de tres codos de altura y con cuatro cuernos que salían de sus cuatro esquinas, para significar la firmeza y estabilidad inquebrantable del Corazón de la preciosísima Virgen en el estado de gracia y santidad. Se designan así las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, mediante las cuales este santísimo Corazón estuvo siempre separado de la tierra y elevado hacia el cielo; se designan también las cuatro virtudes cardinales, justicia, fortaleza, prudencia y templanza, de que estaba adornado. Y se da a entender también su incomparable bondad que se extiende a todas las partes del universo.

---

<sup>149</sup> *Sermón 255*

<sup>150</sup> *Homilía 22 en Ezeq.*

<sup>151</sup> *Trat. 9 sobre el Magnificat. Part. 1*



El altar era vacío por dentro y abierto por encima, cubierto con una reja de cobre para hacer conocer que el Corazón de la Madre de Jesús estuvo siempre vacío de todo amor propio y de todo lo terreno; que en él no hay cabida sino para el fuego del santo amor y para la leña de las verdades divinas cuya meditación sirve para mantener encendido el fuego de manera creciente. Ese Corazón estuvo siempre abierto al lado del cielo, para todo lo celeste y eterno.

San Agustín observa que, puesto que había dos altares en el templo de Salomón, uno en el interior del templo, el altar de los perfumes, y otro en el exterior, el de los holocaustos, igualmente hay dos altares en nuestro interior, el altar de nuestro cuerpo y el altar de nuestro corazón, ambos enteramente consagrados a Dios; que debemos ofrecerle dos clases de sacrificios en estos dos altares, el sacrificio de la pureza del cuerpo, el sacrificio de la pureza de espíritu; el sacrificio de las buenas obras y el sacrificio de los santos pensamientos<sup>152</sup>.

Podemos decir entonces que esos dos altares del templo de Jerusalén eran figura de dos altares que hay en el más augusto templo que haya existido jamás, después del de la humanidad sagrada del Hijo de Dios, es decir, en la santísima Virgen. ¿De qué altares se trata? Del Corazón de

---

<sup>152</sup> Sermón 225 de Tempore



su alma y del Corazón de su cuerpo, del que ya hablamos en el libro I.

Esos dos altares, con todos sus accesorios y dependencias, o sea, con todos los sentidos interiores y exteriores del cuerpo y con todas las facultades de la parte superior e inferior del alma, estuvieron siempre consagrados a Dios, con la consagración más santa que se pueda imaginar, aparte la de la humanidad deificada del Salvador.

En esos dos altares, o mejor, en ese altar (pues esos dos Corazones no forman sino un solo Corazón y un solo altar), la Madre del soberano Sacerdote ofreció incesantemente a Dios sacrificios de amor, de alabanza, de acción de gracias, de holocaustos, de expiación por los pecados del mundo, y además todas las otras formas de sacrificios.

En ese altar sacrificó a Dios todas las cosas de este mundo y todas las criaturas que hay en el universo, como otras tantas víctimas diferentes. En ese altar hizo sacrificio a Dios de su ser, su vida, su cuerpo, su alma, todos sus pensamientos, palabras y acciones, el uso de sus sentidos y potencias, y generalmente cuanto era, cuanto tenía y cuanto podía. En ese altar ofreció a su divina Majestad el mismo sacrificio que su Hijo Jesús le ofreció en el Calvario. Este adorable Salvador se sacrificó una sola vez a su Padre



en el altar de la cruz. En cambio su santa Madre lo inmoló diez mil veces en el altar de su Corazón, y ese mismo Corazón fue como el sacerdote que lo inmoló y se inmoló también con él. Es posible, pues, decir que ese Corazón admirable hizo oficio sacerdotal en este sacrificio y se desempeñó como víctima y altar. ¡Qué honor debe tributarse a este santo sacerdote! ¡Qué respeto a esta preciosa víctima! ¡Qué veneración a este sagrado altar! Bendito seas, Dios de mi corazón, por haber consagrado este dignísimo altar para gloria de tu adorable Majestad. Haz, por favor, que nuestros corazones sean otros tantos altares en los que te ofrezcamos continuo sacrificio de alabanza y amor.

Es lo que ese Corazón desea infinitamente, querido hermano, lo que seguramente hará, con tal que no te opongas, esto sería el mayor mal que pueda llegarte. Si te opones tu corazón se convertirá en altar del demonio. Escucha a san Agustín: “El corazón de cada hombre será o altar de Dios o altar del diablo. Vine a la tierra, dice el Hijo de Dios, para encender fuego en ella y mi máximo anhelo es que arda en todos los corazones. Hay dos clases de fuego: el de la concupiscencia y el de la caridad. El primero consume todo lo bueno que hay en las almas. El segundo devora todo lo malo que encuentra en ellas. De esa manera hace al diablo un sacrificio muy de su agrado. El corazón de los



santos es altar santo en el que la llama de la caridad consume todos los males que puedan darse en ellos. Hace así a Dios un sacrificio que es muy de su agrado”<sup>153</sup>.

Escoge, pues, hermano querido, o que tu corazón sea altar de Dios o que sea altar del diablo. Si tu deseo es que lo sea de Dios, “no permitas que la inmundicia del pecado lo manche. Empéñate más bien en adornarle con las preciosas galas de las virtudes cristianas”, en hermosas palabras de Orígenes. Esmérate en extinguir el fuego de la concupiscencia. Quitale la leña que pudiera mantenerlo vivo. Quiero decir lo terrenal y mundano. Enciende más bien en él el fuego de la caridad. No ceses de avivarlo siempre, más y más, mediante la meditación de las verdades celestes y divinas: *Con mi meditación el fuego se enardece* (Sal 39, 4). A ejemplo de la sacratísima Virgen, ofrece a Dios en este altar los mismos sacrificios que le ofrece ella en el altar de su Corazón. Ruégale que haga por ti todo esto para sola gloria de su divina Majestad.

Por todo lo anterior te das cuenta de que el templo de Salomón, con todos sus accesorios, es magnífico cuadro del Corazón santo de la Madre de Dios. Es auténtico templo del verdadero Salomón; es candelero de oro que ilumina a toda la iglesia; es la mesa de la casa de Dios que tiene y ofrece pan de vida a sus hijos; es el altar de los perfumes que

---

<sup>153</sup> Sermón 255, de Tempo.



exhala sin cesar ante el trono de la santísima Trinidad celestiales fragancias de alabanza; es el arca de la alianza en contiene el verdadero maná del cielo, la auténtica vara de Moisés y las tablas sagradas de la ley nueva; es libro viviente en el que el Espíritu Santo ha escrito con letras de oro todos los misterios y todas las verdades evangélicas; que es el verdadero propiciatorio y el más alto trono de la divina misericordia; y es el altar santo de los holocaustos en el que el fuego del cielo ha estado siempre y estará eternamente encendido, inflamado y abrasador de manera inefable e incomprensible.

Solo me queda un punto para decirte. Recuerda, querido hermano, que el Espíritu Santo te dice y repite insistentemente por boca de san Pablo que tu cuerpo y tu corazón son el templo del Dios vivo; considera que este templo está consagrado a la santísima Trinidad, con una consagración mucho más excelente y santa que la consagración de los templos materiales (1 Cor 6, 19; 2 Cor 6, 16). Dice san Agustín: *Aunque los templos, hechos de piedra y madera por manos humanas, son santos; en cambio, los templos de nuestros corazones son contruidos por la misma mano de Dios y son más preciosos y santos ante Dios*<sup>154</sup>. Aquellos son consagrados mediante oraciones y ceremonias solamente; estos por grandes sacramentos: el Bautismo, la

---

<sup>154</sup> kSermón 255, de Temp.



Confirmación, la Eucaristía, y si eres eclesiástico, por el Orden. Por ello no está permitido emplear cosa alguna que pertenezca a los templos materiales en uso distinto del que mira al honor de Dios; quien lo haga se hace, en cierto modo, culpable de sacrilegio. Mucho menos puedes, sin hacerte igualmente culpable, emplear los pensamientos o afectos de tu corazón que no sea para el servicio y la gloria de aquel que está consagrado en calidad de templo.

Graba estas verdades en lo más hondo de tu alma. Que ellas te lleven a conservar este templo en la pureza y santidad propias de la casa de Dios; adórnala con las ricas tapicerías de las gracias divinas; que santos y bellos cuadros de fe, esperanza, caridad, humildad, obediencia, paciencia, mansedumbre y demás virtudes lo engalanen; empeñate en que el templo de tu corazón, y cuanto le pertenece y depende de él, o sea, los sentidos exteriores e interiores de tu cuerpo y las facultades de tu alma, sean empleados en honrar a aquel que lo ha hecho y consagrado por sí mismo para gloria de su divina Majestad.



## CAPÍTULO V

### ***Undécimo cuadro representativo del Corazón de la santa Virgen: el horno de los tres jóvenes israelitas***

El undécimo cuadro del Corazón de la santísima Madre de Dios es ese *Horno* milagroso que el capítulo tercero de la profecía de Daniel. San Juan Damasceno y varios otros doctores aseguran que es figura de la bienaventurada Virgen y de su Corazón virginal. Que el fuego que ardía en ese horno es solo sombra y pintura del fuego celeste que ha abrasado siempre el pecho sagrado de esta Madre de amor. Así se expresa él: *¿No es cierto que este horno, encendido en fuego quemante y al tiempo refrescante, te representaba verdaderamente y que era excelente figura del fuego divino y eterno que escogió tu Corazón para establecer en él su casa y su morada*<sup>155</sup>?

Alguien podría decirme ¿qué presentación tiene que algo tan noble y santo como el Corazón de la reina del cielo sea figurado por este horno de Babilonia, obra de la impiedad y crueldad de Nabucodonosor? ¿Ignoras que los tres jóvenes, Sidrach, Misach y Abdénago, que fueron arrojados en este horno para que se allí fueran reducidos a

---

<sup>155</sup> *Oratio* 1 de Dormit. B. Virg.



cenizas, eran del pueblo de Israel y que cuanto acontecía a los Israelitas eran sombras y figuras de realidades mayores y maravillosas que deberían darse en el cristianismo y en el Padre y la Madre de los cristianos (1 Cor 10, 11)? Desconoces que san Agustín<sup>156</sup> y san Gregorio el Grande<sup>157</sup> afirman que las Sagradas Escrituras hacen mención de realidades profanas y malas que sin embargo figuran y representan realidades buenas y santas? ¿Qué más profano que un cordero maloliente y una serpiente llena de veneno? Y sin embargo el Espíritu Santo los emplea para representar el Cordero de Dios cargado con los pecados del mundo (Lev 16, 7-8). ¿Qué hay de más perverso y condenable que el amor sensual y desordenado del rey Salomón hacia mujeres extranjeras, y la alianza criminal que concertó con ellas, con desprecio de la ley de Dios que se lo prohibía? Y con todo el Espíritu Santo hizo de él figura de los amores adorables del rey de los ángeles hacia las almas pecadoras y de las nupcias divinas que su bondad infinita quiso hacer con ellas. ¿Qué diferencia a una mujer egipcia, negra como una egipcia, según confiesa ella misma; *Nigra sum* (Cantar 1, 4), nacida en pueblo bárbaro e idólatra, esposa de un rey que confesaba los desórdenes de su vida desbordada y confiesa ser el más estúpido de los hombres (Prov 30, 2), qué semejanza, digo, hay entre esa egipcia y la reina de

---

<sup>156</sup> *Contra Faustum*, lib. 22, cap. 83.

<sup>157</sup> *Moral lib 3, cap. 21*



todas las mujeres, bella como la luna, favorita como el sol, nacida del pueblo de Dios, hija del santo rey David, esposa del Rey de reyes y Madre del Dios de los dioses? Y sin embargo, el libro sagrado del Cantar, cuyo autor es Dios, nos presenta ante los ojos a la egipcia como imagen y retrato de la Viren Madre (Cantar 6, 9).

Un esposo enamorado de su esposa se goza escribiendo su nombre y trazando su figura dondequiera se encuentre, no solo en papel, pergamino, y tela, sino en los árboles, las piedras, las rocas y por doquiera. Así es el amor incomprensible del que es el Dios, el Padre y el Esposo de la toda perfecta y amable María. Pone su contento en escribir las excelencias y en pintar su divino Corazón, no solo en el cielo, en el sol, en la tierra, en el mar, en el paraíso terrenal, en la zarza ardiente de la montaña de Horeb, en el arpa de David, en el trono de Salomón, en el templo de Jerusalén, en el candelero de oro, en la mesa de los panes de proposición, en el altar de los perfumes, en el arca de la alianza, en el vaso de oro que contenía una porción del maná, en la vara de Moisés, en las tablas de la ley, en el altar de los holocaustos e incluso en el horno de Babilonia.

Es cierto que ese horno era efecto de la crueldad y furor de Nabucodonosor, pero el designio de la divina providencia, sin cuyo mandato y el permiso nada es posible, era que allí se manifestaran la grandeza de su poder y las



maravillas de su bondad, para protección milagrosa de sus amigos; como igualmente darnos en este horno un hermoso cuadro del Corazón muy augusto de la reina del cielo, verdadero horno de amor y caridad.

¿Qué relación hay entre estos dos hornos? Varias, notorias y muy considerables.

El horno de Daniel fue construido por orden de un rey terreno. El horno del Corazón sagrado de la Madre del Salvador fue hecho por la mano misma del Rey del cielo. Aquel fue preparado para quemar a quienes no adoraran los ídolos de Nabucodonosor. Éste fue hecho para arder eternamente en los fuegos sagrados del divino amor a los que no hincaron la rodilla ante los ídolos de Babilonia, que son las vanidades que el mundo adora.

Los ministros del rey de Babilonia encendieron el fuego terrestre y material en aquel. Pero el que dijo, al venir a la tierra, que llegaba para encender el fuego del cielo por doquier, fue el primero en prender en éste fuego celeste y espiritual. A partir de entonces dos clases de personas han contribuido a inflamarlo en forma creciente. Primero, los ángeles mediante pensamientos santos, inspiraciones celestiales y movimientos divinos que sin cesar encendían en el Corazón de la reina, para atizar continuamente las llamas del amor sagrado. Segundo, todos cuantos han afligido y angustiado este Corazón virginal en diversos



modos. Todos los dolores y tribulaciones de que a menudo estuvo lleno, fueron leña seca que sirvió a acrecentar ese fuego divino.

En el primer horno contemplo un fuego que se eleva cuarenta y nueve codos por encima de ese horno. En el segundo veo otro fuego que sube hasta el cielo: fuego que llega a los tronos de los corazones de los más altos serafines y los inflama de más en más: *¡Horno donde arden los serafines*<sup>158</sup>, aclama un santo abad del Císter, hablando del Corazón de la preciosísima Virgen. Ese fuego maravilloso va todavía más adelante. Se lanza hasta el Corazón del Padre eterno, que es su Hijo amadísimo, lo arranca de su seno y lo atrae al seno de una Madre para salvación del universo. Es fuego de amor y caridad, en cierto modo infinitamente más ardoroso y fuerte que el amor y la caridad que arden en los corazones de todos los ángeles y los santos. *¡Oh piadosa, magna y amabilísima María! Es imposible incluso pronunciar tu nombre sin sentir los divinos reflejos del fuego celeste del amor sagrado*, dice san Bernardo<sup>159</sup>. ¡Si el solo nombre de María enciende los corazones cuánto más su Corazón, verdadera hoguera de amor sagrado!

San Bernardino de Siena proclama esta calidad cuando afirma que todas las palabras que la Madre del Verbo divino pronunció, recogidas en el santo evangelio, son llamas de

---

<sup>158</sup> Nicolás Saliceto en *Antidotario animae*.

<sup>159</sup> *In deprecatione ad B. Virg.*



amor que brotan de esta hoguera de amor<sup>160</sup>. “Habló, dice él, siete veces: primero, con el arcángel san Gabriel cuando dijo *¿Cómo puede suceder, que sea Madre de un Hijo estando decidida a vivir y morir virgen?* (Lc 1, 34). Segundo, con el mismo arcángel cuando declaró su aceptación de la voluntad de Dios al decir: *Soy la esclava del Señor. Que se cumpla tu palabra* (Lc 1, 38). Tercero, al saludar a santa Isabel. Cuarto, con la misma santa, cuando alabando a Dios pronunció el maravilloso cantico: *Mi alma glorifica al Señor*, etc. (Lc 1, 46). Quinto, con su Hijo Jesús al encontrarlo en el templo luego de tres días de búsqueda: *Hijo mío, ¿por qué te has portado así? Tu padre y yo te buscábamos llenos de angustia* (Lc 48). Sexto, con su Hijo, al presentarle el apuro de los que celebraban el festín de bodas en Caná de Galilea. Le dijo entonces: *No tienen vino* (Jn 2, 3). Séptimo, cuando se dirigió a los que servían en ese banquete y les dijo: *Hagan lo que él le diga* (Jn 2, 5).

“Esas siete palabras son siete llamas, siete llamas de amor, salidas de la hoguera del Corazón de la Madre de Jesús.

“La primera es llama de amor que separa. Porque el amor que arde en el Corazón de la Virgen por la perfecta pureza de cuerpo y de espíritu, lo separa enteramente de

---

<sup>160</sup> *Sermón 9 de la Visitación*. San Juan Eudes tomó todo ese texto en el Oficio del Corazón de María.



todo lo creado para unirlo estrechamente y consagrarlo totalmente a quien es la pureza esencial.

“La segunda es llama de amor transformante que obró maravillosa transformación de la voluntad de nuestra gloriosa virgen en la adorabilísima voluntad de Dios.

“La tercera es llama de amor comunicante que impulsa a la Madre del Salvador a visitar a la Madre del precursor de su Hijo para derramar su corazón en el suyo, comunicandole y compartiendo con ella lo que oyó del ángel, y para hacer a la madre y al hijo partícipes de la plenitud de Espíritu y de gracia de que estaba llena; el poder de su voz, la bendición de las palabras que dijo al saludarla y la convivencia que tuvo con ella durante tres meses trajeron gracia al niño de Isabel.

“La cuarta es llama de amor jubiloso que colma el Corazón de la Madre de Dios con un regocijo inconcebible a la vista de las cosas grandes que Dios hizo en ella y que le hicieron pronunciar esas divinas palabras; *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se inunda de gozo en Dios mi Salvador.*

“La quinta, es una llama de amor que se regocija. Imagina una madre que no tiene sino un hijo al que ama infinitamente. Habiéndolo perdido lo busca con dolor por espacio de tres días. Al encontrarlo le hace ver, con un reproche amoroso, el sufrimiento que le trajo su ausencia. Se llena entonces de gozo grato e inefable por la



recuperación de su amadísimo tesoro, tanto más sensible cuanto ha sido dolorosa la angustia de la privación que ha padecido.

“La sexta es llama de amor que compadece la necesidad y las urgencias del prójimo.

“La séptima es llama de amor que consume. Porque hacer exactamente y de corazón lo que le dice el Hijo único de María es la perfección de la consumación de la soberana felicidad”.

Santa Catalina de Siena, sintiendo su corazón enardecido en el amor divino, exclamaba: *“¡Oh! Si pudiera decir lo que pasa en mi corazón. Siento que interiormente ardo y me consumo. Si solo una gota muy pequeña del amor que arde en mi corazón pudiera caer en el infierno, cambiaría ese infierno en paraíso, los diablos serían ángeles y las penas serían consuelos”*. Si el fuego del amor divino ha provocado semejante incendio en el corazón de esta santa, juzguen lo que ha realizado en el Corazón de la reina de todos los santos.

Veo en la hoguera de Babilonia grandes maravillas obradas en ella por el poder divino. Maravilloso contemplar una hoguera llena de fuegos y de llamas, en medio de la cual sopla un viento refrescante como suave rocío: *el ángel hizo soplar en medio de la hoguera un viento como rocío* (Dn 3, 50). Asombroso ver una hoguera ardiente cuyas llamas



conservan a quienes están en medio de ellas, y en cambio consumen a los que están fuera. Qué prodigio ver un fuego que consuela y recrea a quienes están en su interior y quema y devora a los que están lejos de él. Qué maravilla ver a tres jóvenes en medio de una hoguera de llamas de cuarenta codos de altura, que no solo no sufren incomodidad alguna sino que se pasean y gozan como en lugar de delicias; cantan jubilosos las alabanzas de Dios como en un paraíso; salen de allí más fuertes y vigorosos que cuando entraron, sin que el fuego hubiera quemado una hebra de sus vestidos. ¡Grandes prodigios los de esta hoguera de Babilonia! Pero son solo sombra de los milagros que se ven en la hoguera del Corazón sagrado de la reina de los ángeles.

¿No es prodigio grande ver el fuego y el agua convivir juntos, en medio de los ardores de esta hoguera, sin que el fuego disminuya en nada el frescor del agua, ni que la frescura del agua desvanezca en algo el ardor del fuego? ¿Qué clase de fuego es éste? ¿Y esta agua? Es el agua de las tribulaciones de que su Corazón a menudo estuvo colmado. Las aguas de las aflicciones no fueron capaces, no digo de extinguir, sino de suavizar un poco los divinos ardores de este fuego celestial: *Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad* (Cantar 8, 7). Por el contrario, la profusión del amor atrajo la abundancia de las aflicciones y las aguas de



las tribulaciones sirvieron de leña para mantener y atizar más el fuego del amor.

¿No es milagro ver un fuego, que tiene las propiedades del fuego, y las cualidades del agua, conjuntamente: fuego para encender sin cesar el Corazón purísimo de la Virgen Madre con sus llamas sagradas, y agua para extinguir por entero el fuego del amor propio y del apego a todo lo caduco y perecedero?

¿No es prodigio inmenso ver un fuego que refresca, que consuela y que colma de dicha a los hijos de la Madre de Dios, pero que ataca, calcina y devora a sus enemigos? Porque este Corazón virginal, que es todo fuego y llamas de amor para sus hijos, es todo fuego y llamas de cólera para quienes los afligen.

Solo entraron en la hoguera de Babilonia tres jóvenes hebreos. En cambio todos los hijos de la Madre de Dios tienen su morada en la hoguera de su Corazón, como en paraíso de delicias. Allí alaban y glorifican a Dios continuamente unidos a su divina Madre. Con sus corazones llenos de gozo y consuelo dicen: *Santa Madre de Dios, la moradas de todos los pequeños está en tu Corazón* (Sal 87, 7 Vlg.).

Aunque solo tres jóvenes israelitas fueron encerrados en la primera hoguera, se ven allí cuatro, y el cuarto semejaba al Hijo de Dios: *Su apariencia era semejante al*



*Hijo de Dios* (Dn 3, 92). Según el testimonio de la Escritura, era solo un ángel que representaba al Hijo único de Dios. Pero ese mismo Hijo de Dios reside y habita en el Corazón de su santa madre. Porque, siendo todo fuego y llama de amor y caridad: *Dios es fuego que devora* (Dt 4, 24), como se sienta en trono de fuego: *su trono es de llama de fuego* (Dn 7, 9), y carro de fuego (2 Ry 2, 11), quiere tener también él una casa de fuego y llamas, el Corazón de su dignísima Madre. Estas palabras señalan esa casa: *La casa de Jacob es fuego y la casa de José llamas* (Abd 18). O sea, la casa de Jesús, figurada por la de Jacob y José, será casa de fuego y llamas.

Los que son arrojados a la primera hoguera van atados y encadenados pero apenas entran en ella sus ataduras son consumidas por el fuego y quedan en libertad. Vengan, vengan, pobres esclavos; vengan, esclavos del pecado; vengan esclavos del mundo; vengan esclavos de sus pasiones: vengan esclavos del amor propio; esclavos de la propia voluntad, encadenados y amarrados por lazos y cadenas de Babilonia. Vengan, entren audazmente en esta sagrada hoguera. No teman. Esos fuegos no les darán daño alguno. Por el contrario, quemarán sus ataduras y los establecerán en la santa libertad de los hijos de Dios y de la Madre de Dios. Incendiarán sus corazón con fuego de amor celestial; los transformarán en fuego divino; los cambiarán



en santas hogueras, llenas de los fuegos y llamas de que el Corazón de su divina Madre está abrasado. Es necesario que su corazón sea una hoguera de amor eterno o que se vea reducido al rango de los corazones miserables de aquellos contra los que ha sido pronunciado este decreto espantoso: *Los pones como horno quemante en el tiempo de tu rostro* (Sal 21, 30 Vlg.). ¿Qué harás, Señor con esos ingratos que creaste para que te amaran y que tienen infinidad de motivos para amarte? ¿Que han amado todo menos a ti, y en cambio te han colmado de injurias y ultrajes? Harás de ellos otras tantas hogueras de tu ira en el tiempo de tus terribles venganzas. Los enviarás al fuego eterno, preparado para el diablo y sus secuaces. Allí estarán rodeados, llenos y penetrados de llamas infernales, pues no han querido experimentar las suaves y placenteras llamas de tu santo amor. Serán entregados, en cambio, a los ardores eternos de los fuegos devorantes del infierno.

¿Quieres, querido hermano, evitar esta desgracia, la mayor de todas? Entrega tu corazón a la reina de los corazones y suplícale que te dé a su Hijo. Ruégale que encienda en ti este fuego que él vino a traer a la tierra, según su infinito deseo. Y para corresponder de tu parte, arranca de tu corazón cuanto pueda poner obstáculo. Si ese fuego ya arde en tu corazón esfuérzate por avivarlo más y más mediante la meditación de las verdades evangélicas,



por la práctica de las virtudes cristianas y especialmente por el ejercicio del divino amor y de la caridad.

No te contentes solo con esto. Anhela, con el Hijo de Dios, que todo el mundo sea abrasado con este fuego celestial. Trabaja con él para prenderlo por doquier. Será muy del agrado de su divina Majestad. Todos cuantos desean complacerle que se empleen plenamente en esto, sobre todo aquellos que ha escogido especialmente para ser sus cooperadores en la obra de la salvación de las almas. Toma una antorcha en la mano y mete ese fuego divino en todo el mundo si te es posible<sup>161</sup>.

Si me preguntas de qué antorcha se trata te respondo que tú mismo debes ser esa antorcha. Escucha al Espíritu Santo que dice del profeta Elías que se levantó como fuego, que su palabra era ardiente como antorcha (Sir 48, 1). Escucha al Hijo de Dios que dice que Juan Bautista era antorcha ardiente y fulgurante (Jn 5, 35). ¿Ignoras que Dios, por boca de un profeta y aludiendo al tiempo en que promete hacer prodigios en su Iglesia y en todo el universo,

---

<sup>161</sup> En la imagen de Nuestra Señora de los corazones que el P. Eudes distribuía entre la gente imprimió estas estrofas compuestas por él en el oficio del Corazón de Jesús:

Está abierta la hoguera;  
traigan a estos fuegos sagrados,  
traigan los corazones. Esta hoguera amada.  
se alimenta de corazones

Estos son los corazones que arden  
en el fuego de esta admirable hoguera.  
Las ráfagas de este Corazón amable  
devoren los polos y la tierra.

Una reproducción de esa imagen está en la carátula del tomo sexto de las Obras Completas.



dice que los duques de Judá, o sea los apóstoles, y todos los hombres apostólicos que ha escogido para cooperar con él en la realización de su deseo ardentísimo de encender fuego del cielo en la tierra, serán como hoguera de fuego y como antorcha ardiente; que quemarán y devorarán todos los pueblos, a diestra y siniestra, como el fuego devora leña y heno, (Zac 12, 6); quiere decir que encenderán fuego por doquier y que cambiarán los hombres de terrestres y carnales en espirituales y celestes, ardorosos por su amor a Dios y por su caridad con el prójimo.

Es esto lo que debes ser, especialmente si perteneces a una profesión que obliga en particular a trabajar en la salvación de las almas. Debes ser todo fuego, como Elías, y todo llama como Juan Bautista. Debes ser hoguera llameante y antorcha ardiente y luminosa; ardiente interiormente y luminosa al exterior; ardiente ante Dios y luminosa ante los hombres; ardiente en la oración y luminosa en la acción; ardiente por el amor debes tener a Dios, luminosa por la caridad que debes manifestar al prójimo.

¿Dónde vas a encender esa antorcha y dónde vas a tomar el fuego que debes prender en los corazones de los hombres? En el Corazón divino de la Madre de amor. Acércate a menudo, con respeto y veneración, a esta sagrada hoguera; considera atentamente los divinos



ardores de que está incendiada; imita el amor y la caridad que la inflaman; suplica humildemente a esta caritativa Madre que envíe a tu corazón algunas chispas de ese fuego celestial que arde en su Corazón.

Cuando tu antorcha arda vigorosamente, podrás prender fuego por doquier, a izquierda y derecha; lo encenderás en los corazones de los buenos y lo harás brillaren los corazones de los malos, por el santo ejemplo de tus acciones, por el fervor de tus oraciones y por la luz de tus enseñanzas.

¡Oh divino fuego que ardes en el Corazón nobilísimo de nuestra gloriosa Madre, ven al corazón de todos los hombres! Extingue en ellos todo otro fuego. Consume en ellos todo lo que te es contrario. Quémalos, inflámalos, abrásalos, transfórmalos en ti mismo, para que sean todo fuego y todo llama de amor a aquel que los creó para amarlos. Haz que podamos repetir con san Agustín, con las disposiciones con que dijo: *¡Fuego santo, son tus ardores suaves y agradables; tus claridades íntimas y penetrantes! ¿Cómo son de deseables y amables tus ascuas! ¡Infortunio para los que tú no iluminas; desgracia a los que nos quema! ¡Pero dichosos los iluminados con tus luces; bienaventurados los que arden en tus llamas*<sup>162</sup>!

---

<sup>162</sup> Soliloquios, cap. 34.



Vengan, vengan, pues, fuegos sagrados. Vengan, llamas celestiales. Vengan, brasas santas. Vengan, divinas hogueras. Vengan, torrentes. Vengan diluvios del adorable fuego del amor eterno. Vengan a fundirse en nosotros y en todas las criaturas razonables que hay en el universo. Quemen todo, abrasen todo, consumen todo, devoren todo, para que todo sea cambiado en fuego eterno de amor y de caridad hacia el que es todo amor y caridad para nosotros. Como clama san Agustín: *¡Oh fuego que ardes siempre y jamás te extingués! ¡Oh amor, siempre encendido que jamás pierdes tu vigor, enciéndeme por entero, a fin de que yo sea todo fuego y llama para mi Dios.*

### **Sección única**

*Un niño conservado por la santa Virgen  
en una hoguera ardiente*

Antes de concluir este capítulo en el que hemos visto a tres jóvenes salir indemnes de una hoguera ardiente, deseo mostrarte un niño que permanece largo tiempo en una hoguera ardiente sin sufrir incomodidad alguna por protección maravillosa de la bondad incomparable del muy caritativo Corazón de la Madre de Dios.



En tiempos del emperador Justiniano aconteció un hecho extraordinario en la ciudad de Constantinopla. Nicéforo Calixto<sup>163</sup>, san Gregorio de Tours<sup>164</sup>, y Evagrio<sup>165</sup> lo reportan como sucedido en su época. Pero antes es preciso que sepas que en esos tiempos era costumbre en la Iglesia dar a los niños cristianos de mejor conducta las partículas sobrantes de las hostias consagradas de manera que así pudieran comulgar.

En esos días había en esa gran ciudad un judío vidriero que tenía un pequeño muy educado y modesto. Habiéndose encontrado este niño con otros niños cristianos que iban a la iglesia a asistir a la santa misa y a comulgar, el niño también asistió a la misa y comulgó como ellos. De vuelta a casa le preguntó su padre de donde venía y le respondió con toda sencillez donde había estado y qué había hecho. Entonces aquel pérfido judío, lleno de ira, toma a ese pobre pequeño inocente, lo arroja y lo encierra en su horno que estaba distante de la casa donde vivía, muy encendido como los hornos en los que se fabrica el vidrio. La madre que estaba ausente, al no encontrar a su hijo cuando regresó a casa, lo busca por todas partes; no hallándolo llora y se lamenta con dolor inexpressable. Al tercer día, estaba cerca de la puerta del

---

<sup>163</sup> Lib. 17, cap. 25.

<sup>164</sup> *Lib. de Glor. Mart.* Cap 3

<sup>165</sup> Lib. 4, cap. 36.



horno, llamando a su hijo con lágrimas y lamentos; el niño, habiendo escuchado la voz de su madre, le respondió: “Aquí estoy, mamá”. Entonces, derribando la puerta, quedó atónita al ver a su hijo sano y salvo en medio de la hoguera. Al salir de ella se arroja en brazos de su madre que lo recibe con gozo inconcebible. ¡Milagro y doble milagro! El de un fuego que no quema, y el de una madre que en semejante encuentro no muere de gozo allí mismo.

Lo sucedido se difundió por toda la ciudad y llegó a oídos del emperador Justiniano quien llamó a la madre y al niño y los exhortó a renunciar al judaísmo y a abrazar la religión cristiana lo que hicieron muy gustosos. Pidió asimismo que hicieran venir al padre desalmado y se esforzó por pedirle que hiciera otro tanto. Pero en vano pues persistió en su perfidia. A raíz de ello el emperador ordenó que fuera sometido a juicio. Se hizo pronto. Y fue condenado a la crucifixión en la que murió en su endurecimiento.

Volvamos al niño que fue preservado milagrosamente en medio de esa hoguera ardiente. Se le preguntó si el fuego no lo había quemado. Absolutamente nada, respondió. ¿Pero sentiste algún malestar? Ninguno, dijo. ¿Cómo fuiste preservado? Por una excelente Dama, parecida a la imagen que vi en la iglesia donde comulgué. Ella me cubrió con su manto e impidió que las llamas me



hicieran daño. Aun más, me trajo alimento cuando tuve necesidad de él. ¡Dama santa! ¡Reina del cielo! ¡Qué admirables son las bondades de tu Corazón! Ese niño no era cristiano. Era hijo de un hombre, enemigo jurado de tu Hijo y de ti mismo por consiguiente. Ese niño no te conocía ni te invocaba. Nadie te hablaba de él. Y sin embargo la bondad incomparable de tu Corazón benignísimo te obliga a descender del cielo y a entrar en la hoguera, para protegerlo y liberarlo no solo de la muerte temporal sino también de la eterna que le eran inevitables pues hubiera muerto sin bautismo.

Virgen maravillosa, ¿si tienes tanta caridad con tus enemigos qué no harías por tus amigos? Si estás dispuesta a socorrer a los que no te conocen ¿cuánto pueden esperar de tu benignidad los que están llenos de aflicciones por tu servicio? Si haces tales gracias a quienes no te las piden ¿con cuántos favores no vas a colmar a quienes te llaman en su auxilio en sus necesidades? Tu corazón rebosa de misericordia por los hijos de los que hicieron crueldades inimaginables contra tu Hijo amadísimo y contra ti, y está encendido en amor por los que se esfuerzas por honrar al Hijo y a la Madre de todas las formas posibles.

Honremos, pues, este amable Corazón con todas las potencias de nuestras almas. Acudamos a él en todas las



necesidades y sentiremos los efectos de sus bondades incomparables.

## CAPÍTULO VI

### *El Calvario*

#### *Duodécimo cuadro del Corazón de María*

*El Calvario* es el duodécimo cuadro del sagrado Corazón de la muy preciosa Virgen. Nos pone ante los ojos el doloroso Corazón crucificado de la Madre del Salvador durante la pasión de su Hijo.

¿Qué es el Calvario? Una montaña, la más considerable y digna de la Tierra santa. ¿Y qué es el Corazón de la Madre de Dios? ¿No es acaso una montaña, y la más ilustre, de esta tierra de bendición marcada por estas palabras: *Bendijiste, Señor, tu tierra* (Sal 85, 2), pues ella es la Virgen bendita, la parte más noble y elevada de su cuerpo y de su alma?

¿Qué es el Calvario? La montaña de Moria, en la que Dios ordenó a Abrahán que inmolará a su hijo. En efecto, en el lugar donde, según la lectura común del capítulo 22 de Génesis Dios dijo a Abrahán: *Dirígete al monte de la visión*, el texto hebreo dice: *Dirígete al monte Moria*. Es también el lugar donde el rey David levantó un altar y ofreció sacrificios



a Dios para detener el curso de la peste que hacía estragos en su pueblo. Es el lugar donde Salomón construyó el templo de Jerusalén, pues el monte Sion donde este templo fue construido y la montaña de Moria, son lo mismo. Vimos ya cómo el verdadero Salomón construyó su primer templo y su más santo altar en el Corazón dignísimo de la hija de Abrahán y de David. En ese templo y en esa montaña fue donde ella inmoló, no solo de voluntad como Abrahán, sino efectivamente a su querido y adorado Isaac.

¿Qué es el Calvario? El lugar donde la cruz de Jesús fue plantada. ¿No fue plantada antes y más santamente en el Corazón sagrado de María? Encuentro en la vida de santa Clara de Monte-Falco, localidad de Italia donde ella nació, en el valle de Spoleto, que como tenía devoción especial a la santa pasión de de Nuestro Señor, un día se le apareció él llevando la cruz y le dijo que buscaba un lugar seguro donde plantar su cruz; que había encontrado su corazón y quería ponerla allí. A partir de ese momento las señales de Jesús crucificado se imprimieron en su corazón y le causaban grandes dolores. Cuando murió y una vez puesto en el sepulcro su cadáver, el vicario general de Spoleto, previo permiso del Papa, que era entonces Clemente V, vino con tres médicos a la tumba. Le abrieron el pecho y encontraron grabadas en su corazón, que era de gran tamaño, las marcas de la pasión de nuestro Salvador: un crucifijo con tres



clavos, la lanza, la esponja, el hisopo de un lado, y del otro los azotes, cada uno con cinco cordones, la columna y la corona de espinas. Estas marcas de la pasión del Hijo de Dios eran como nervios pequeños, que tenían el color y la dureza de la madera, del hierro y de otras cosas que representaban. Son visibles todavía junto con el corazón, no sin admiración, en Monte-Falco, en Umbría, provincia de Italia. El 17 de agosto, fecha de su defunción en 1308, se celebra allí, con mucha solemnidad, la fiesta de la santa

Si el Hijo de María imprimió en el corazón de su sierva una imagen de su pasión, ¿con cuánta mayor razón no la grabaría en el Corazón de su santísima Madre

¿Qué es el Calvario? Un lugar regado con la sangre de Jesús. ¿Pero el Corazón de María la recibió acaso más bien en su interior por amor y compasión? Se llenó de ella, fue más penetrado y regado por ella que la tierra del Calvario. Así habla un excelente autor<sup>166</sup> al explicar estas palabras del Cantar que el Espíritu Santo dirige a su divina Esposa, la santa Virgen: *Los cabellos de tu cabeza son púrpura del rey.* (Cant. 7, 5).

“¿Qué son esos cabellos de la cabeza sagrada de la Madre del Salvador? Son, al decir de este santo doctor, los pensamientos y los sentimientos dolorosos de que su Corazón rebosaba cuando su hijo estaba clavado en la cruz.

---

<sup>166</sup> Guillermo el pequeño, citado por Balinghem, sub voce *Maria*, cap.5, 9.



¿Qué es esa púrpura del rey? Es la carne adorable del redentor, que en ese momento estaba por entero enrojecida de su sangre. ¿En qué se parecen esos cabellos de la reina del cielo a la púrpura regia del Rey de reyes? En que, así como el cuerpo del Hijo estuvo bañado en su propia sangre, así el Corazón de la Madre estuvo sumergido en la misma sangre por la compasión muy dolorosa que ella experimentaba por su amadísimo Hijo: *la carne del Hijo estaba enrojecida por la sangre de la pasión; el espíritu de la Madre estaba enrojecido con la sangre de la compasión.*

Contemplo en el Calvario las espinas que laceraron la cabeza adorable de mi salvador, los clavos que traspasaron sus manos y sus pies, la lanza que se hundió en su costado, los lazos que lo ataron, la hiel y el vinagre de que fue abrevado, las llagas de que se cubrió su cuerpo de pies a cabeza. Y contemplo todo esto asimismo en el Corazón maternal de su divina Madre. *La cruz y los clavos fueron del Hijo y de la Madre*, dice san Agustín<sup>167</sup>. Cruz y clavos que crucificaron el cuerpo del Hijo y crucificaron el Corazón de la Madre. Y al decir de san Jerónimo<sup>168</sup>, o mejor del santo patriarca de Jerusalén, Sofronio: *Cuantas heridas hubo en el cuerpo de Cristo, otras tantas hubo en el Corazón de la Madre; cuántas espinas punzantes, cuántos clavos transverberantes, cuántos golpes agobiantes, cuántas*

---

<sup>167</sup> Sermón de la Pasión del Señor.

<sup>168</sup> Epístola a Paula y Eustroquia.



*espadas hirientes destrozaron el Corazón de María. Todos los golpes que Jesús recibía en su cuerpo hacían penetrante eco en el Corazón de María.*

“Reina mía, dice san Buenaventura a la reina del cielo, no solo estás cerca de la cruz de tu Hijo; estás clavada con él en esa cruz; sufres con él; estás crucificada con él. Solo hay una diferencia, que él sufre en su cuerpo y tú en tu Corazón. Las llagas que lleva en su cuerpo, están reunidas en tu Corazón, pues la espada dolorosa atravesó tu alma. Tu Corazón virginal, Soberana mía, está herido por la lanza, atravesado por los clavos y las espinas, cargado de oprobios, ignominias y maldiciones, embriagado de hiel y vinagre. Dama a quien venero, ¿por qué quieres inmolarte por nosotros? ¿No fue suficiente la pasión del Salvador para darnos la salvación? ¿Es preciso que también la Madre sea crucificada con su Hijo? Amabilísimo Corazón, que eres todo amor, ¿es preciso que seas transformado en dolor? Contemplo tu Corazón, mi amadísima Señora, pero ya no veo tu Corazón, solo veo amarga hiel; solo veo mirra y absintio. Busco a la Madre de Dios y solo encuentro espinas, clavos, lanza, esponja y vinagre. Busco a María en la en la cruz y encuentro salivazos, ultrajes, azotes y llagas, pues ella fue cambiada en todo esto”.

Veo a mi Redentor crucificado, sufriente, agonizante, muriente y muerto en el Calvario. Contemplo todos sus



dolores, sufrimientos, su agonía, y su muerte en la Corazón de su preciosa Madre. “Mientras su Hijo vive, ella vive con él; cuando él muere en la cruz, ella muere con él en la misma cruz” dice un santo abad de la Orden de Predicadores<sup>169</sup>. “El Hijo y la Madre fueron crucificados, el Hijo en su cuerpo y la Madre en su Corazón” dice el santo patriarca de Constantinopla<sup>170</sup>. Y san Bernardo apunta: ¿No podía morir María en su Corazón como Jesús murió en su cuerpo<sup>171</sup>?

Según san Agustín, entre varios grandes milagros que el Salvador hace en el Calvario el más sobresaliente es el milagro de bondad y caridad que hace a favor de quienes lo crucifican, al rogar a su Padre que los perdone. Al mismo tiempo que hace este milagro está en el Corazón de su santa madre al comunicare la misma caridad de que rebosa su corazón hacia los menesterosos y la anima a hacer lo mismo que él hizo por ellos. Escucho su benigna voz que intercede por ellos ante su Padre: *Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 31). Al tiempo escucho también esta misma voz que hace eco en el Corazón de su divina Madre y le hace repetir las mismas palabras: *Padre mío, perdónales porque no saben lo hacen*.

---

<sup>169</sup> Felipe, abad de la Buena Esperanza, en Epist. 14 a Radulfo.

<sup>170</sup> Lorenzo Justiniano, lib. *De triumphanti agone Christi*, ca' 21.

<sup>171</sup> *Sermo*, de Signo Magno



En el Calvario el Hijo único de María, en exceso de su bondad incomprensible, nos hace un don inestimable, cuando al hablar a cada uno de nosotros en la persona de san Juan y al dirigirse a su santa Madre nos dice: *Ahí tienes a tu Madre* (Jn 19, 27). Allí mismo la Madre de Jesús, que con su Hijo tiene un mismo sentimiento y una misma voluntad, se da a nosotros con un mismo Corazón, con sin igual amor, para ser nuestra verdadera Madre. Habiendo recibido estas palabras de su Hijo en su Corazón maternal, se hace eco de ellas; las pronuncia de nuevo y dice a cada uno de nosotros en particular: *Ahí tienes a tu Madre*. De modo que Jesús nos dice: “Ahí tienes a tu Madre” y María repite; “Aquí está tu Madre”. Y cada uno de nosotros dice al unísono con Jesús a esta buena Madre: *Ahí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26), que desea honrarte, amarte e imitarte como a su Madre. Mírame, te ruego, amabilísima Madre mía. Ámame, trátame, protégeme, guíame como a tu hijo, aunque infinitamente indigno de esta condición.

Veo además en el Calvario al autor de la vida en el estado de la muerte y en las tinieblas de un sepulcro, pues el jardín de José de Arimatea donde se encuentra el sepulcro, hace parte de la montaña del Calvario. Pero veo además que él es sepultado más en el Corazón de su sacratísima Madre que en ese sepulcro. Ese Corazón maravilloso es una tumba viva y vivificante, pues como este



santísimo Corazón cooperó en la encarnación del Hijo de Dios por el ardor de su amor, por el fervor de sus deseos y por el poder de sus oraciones, contribuyó también a su resurrección como vamos a explicar en otra parte. Jesús resucitó en el sepulcro pero salió de él en el mismo instante. Resucitó en el Corazón de María y permaneció en él por siempre y eternamente. Por eso puede decirse de esa tumba que viva, que no es tumba de muerte. *Su sepultura será gloriosa* (Is 11, 10). Sepulcro glorioso y venerable para hombres y ángeles en tiempo y eternidad.

Finalmente en el Calvario nuestro Redentor obró y perfeccionó nuestra salvación, y vimos ya cómo el Corazón de su bienaventurada Madre cooperó de múltiples maneras en el cumplimiento de esa gran obra.

Has visto, querido lector, cómo el Calvario es excelente cuadro del Corazón sagrado de la Madre del Salvador. ¿Quieres que tu corazón se parezca en algo al Corazón de tu divina Madre? Planta en él, en todo el centro, la cruz de su Hijo Jesús, o mejor, ruégale que él mismo la plante e imprima en él gran amor a la cruz. Que ese amor te haga abrazar, amar y sufrir las cruces que te lleguen, con espíritu de humildad, paciencia, sumisión a la divina voluntad y con las demás disposiciones santas con las que el Hijo de María y la Madre de Jesús llevaron su pesada cruz.



Por lo demás has de saber que, como el Corazón de la bienaventurada Virgen sufrió infinidad de angustias y tribulaciones, está lleno de caridad y compasión hacia los corazones afligidos. Y Dios mismo le dio poder especial para consolarlos. Acude a él en todas sus penalidades con humildad y confianza y sentirás los efectos de la bondad incomparable y del poder maravilloso del benignísimo Corazón de tu muy caritativa Madre.

Aquí tienes un ejemplo señalado, sacado de la historia de Cedrenus, del Ritual de los Griegos y de sus Anales escritos por Teófanos. Mientras la ciudad de Constantinopla, llamada en otro tiempo la ciudad de la bienaventurada Virgen, que había sido consagrada por el Emperador Constantino, en presencia de todos los Padres del Concilio de Nicea, permaneció en la fe y la comunión con la Iglesia, experimentó, en varias ocasiones, los efectos maravillosos del sin igual amor a sus hijos de que rebosa el Corazón maternal de esta divina Virgen.

En el año 625, mientras el emperador Heraclio andaba ocupado en la guerra contra los persas, su ciudad real se vio sitiada por dos terribles ejércitos. Uno era dirigido por Sarbano, lugarteniente de Cosroes, rey de los persas; el otro por Chagano general de los escitas y los misios. Esos dos ejércitos eran tan numerosos y valientes que apenas había un griego para enfrentar a diez bárbaros. Atacan con furia la



ciudad y la derrotan con tanta violencia que pronto sus habitantes son presa de la rabia de esas bestias feroces.

El patriarca Sergio los exhortó a invocar el auxilio de la reina del cielo. Llevaron su imagen a todo lo largo de las murallas junto con varias de las santas reliquias conservadas en la iglesia de Nuestra Señora de la Guida. La bondad incomparable de su Corazón bondadoso no pudo tolerar por largo tiempo tan terrible desgracia. Cedrenus afirma que se apareció visiblemente saliendo de la iglesia de las Blaguernes, situada en el puerto de Constantinopla, y que pasó a través del campo enemigo, acompañada de dos eunucos solamente. Los bárbaros creyeron que era la Emperatriz que iba al encuentro de su general para negociar con él, en ausencia del emperador, y la dejaron pasar. Pero viendo que iba más allá, quisieron perseguirla y pero desapareció ante sus ojos. Esto causó gran terror en sus corazones y, por extraña confusión de sus espíritus, volvieron sus armas unos contra otros; se despedazaron e hicieron tal carnicería en su ejército que la mayor parte pereció en el lugar. Los demás, según consigna el Ritual de los Griegos, quisieron huir pero fueron rechazados hacia el puerto ante la iglesia de Nuestra Señora. Pero como estaban presa de temor y desconcierto no sabían de qué lado correr. Los habitantes de Constantinopla, incluso mujeres y niños, cayeron sobre ellos y los mataron. Solo



quedó un resto que atestiguó las maravillas de la Emperatriz del universo.

¡Dichosos los que se acogen a la protección de esta admirable princesa! ¡Dichosos los que, después de Dios, ponen su confianza en la bondad inconcebible de su Corazón maternal! El cielo y la tierra se derrumbarían antes que ella faltara en venir en socorro de los que la invocan de todo corazón en sus aflicciones.

## **CAPÍTULO VII**

### ***Conclusión general de los doce cuadros que representan el Corazón santo de María***

Estas son las doce representaciones del Corazón sacratísimo de nuestra Madre admirable. Has conocido los efectos prodigiosos del amor infinito del Corazón adorable del Padre eterno hacia el Corazón amabilísimo de la Madre de su Hijo. Él ha querido pintar este Corazón augusto en el cielo, en el sol, en la tierra, en la fuente maravillosa de que habla el capítulo segundo del Génesis, en el mar, en el paraíso terrenal, en la zarza ardiente que vio Moisés en la montaña de Horeb, en el arpa misteriosa de David, en el magnífico trono de Salomón, en el templo de Jerusalén, en el horno de Babilonia y en la montaña del Calvario.



El Corazón divino del Padre eterno es el primer fundamento de la devoción al Corazón virginal de su amadísima Hija. Ha querido poner ante nuestros ojos una extraordinaria pintura de las maravillas inefables que su omnipotente bondad obró en este Corazón admirable y de las excelencias sin par de que estuvo adornado para encender en nuestros corazones una veneración y devoción singulares a este dignísimo y santísimo Corazón.

Luego de todo esto, ¿quién no admirará un Corazón tan lleno de maravillas? ¿Quién no honrará un Corazón tan rebosante de perfecciones? ¿Quién no amará un Corazón tan bueno y amable? ¿Quién no alabará a Dios con todas las fuerzas de su corazón por todos los favores que concedió a este Corazón incomparable?

¡Seas bendito, divino Pintor, por estos magníficos cuadros que nos diste del Corazón sagrado de nuestra gloriosa Madre! Dignate con agrado, por favor, añadir una decimotercera pintura que te rogamos hagas en nuestros corazones. Pinta en ellos la semejanza perfecta del amor, la caridad, la humildad, la pureza y demás virtudes de este santísimo Corazón, a fin de que los corazones de los hijos sean semejantes al Corazón de su Madre, y que así te amen y glorifiquen unánimes por siempre jamás.



## **LIBRO CUARTO**

### ***El Corazón de Jesús, segundo fundamento de la devoción al Corazón de María***

#### **CAPÍTULO I**

##### ***El Corazón de Jesús es uno de los fundamentos de la devoción al Corazón de María***

Con sólida razón debemos considerar el Corazón admirable de nuestro benigno Redentor como el segundo fundamento de la devoción al precioso Corazón de su digna Madre. En efecto, el amor muy ardiente que el Corazón adorable de Jesús profesa al Corazón de su querida Madre lo lleva a predicarnos esta devoción, y nos la predica de dos maneras vigorosas, mediante sus palabras y mediante su ejemplo.

¿Quieres saber cómo el Hijo único de Dios e Hijo único de María nos exhorta a venerar el admirable Corazón de su gloriosa Madre primero con sus palabras? Escucha lo que dijo un día a santa Matilde, muy ilustre hija de san Benito, que vivió hacia el año 1300. Sus libros recibieron aprobación



de muchos santos doctores. Vas a ver cómo este divino Salvador ha querido ser el primer predicador del santísimo Corazón de la bienaventurada Madre y cómo dio a santa Matilde las primeras lecciones sobre la manera de saludarla y honrarla. Un día, durante el adviento, como esta santa ardía en deseo de saludar a la Madre de Dios de la manera que le fuera más agradable, su Hijo amado le dio esta hermosa instrucción<sup>172</sup>:

“Saludarás el Corazón virginal de mi santa Madre como un mar lleno de gracias celestes y como tesoro colmado de toda suerte de bienes para los hombres.

“Lo saludarás como el más puro que jamás haya existido después del mío, pues fue la primera en hacer voto de virginidad.

“Lo saludarás como el más humilde todos los corazones de las puras criaturas pues por su humildad me sacó del seno de mi Padre y mereció concebirme en sus entrañas por obra del Espíritu Santo.

“Lo saludarás como el más devoto y anhelante del deseo de mi encarnación y de mi nacimiento en la tierra, pues el fervor de sus deseos y de sus sollozos me atrajo hacia ella y fue ocasión de la salvación de los hombres.

“Lo saludarás como el más ardiente en el amor a Dios y al prójimo.

---

<sup>172</sup> *Lib. Spec. Gratiae, lib. 1, cap. 2*



“Lo saludarás como el más sensato y prudente pues conservó en su Corazón cuanto sucedió en mi infancia, en mi juventud y en mi edad adulta, e hizo de ese conocimiento uso santo.

“Lo saludarás como el más paciente pues fue atravesado por mil golpes de dolor en el tiempo de mi santa pasión y luego por el recuerdo perpetuo que tuvo de mis sufrimientos.

“Lo saludarás como el más fiel pues no solo consintió que yo, su Hijo único, fuera inmolado sino que me ofreció en sacrificio a mi eterno Padre por la redención del mundo.

“Lo saludarás como el más cuidadoso, el más atento y el más comprometido con mi Iglesia naciente, pues la preocupación que tenía de orar por ella sin tregua no puede ser desatendida ni desconocida.

“Lo saludarás como el más asiduo y elevado en la contemplación pues es imposible decir cuántas gracias y favores ha impetrado a favor de los hombres por el valimiento de su oración”.

Esto fue lo que el Señor dijo a santa Matilde. Deja bien en claro cómo es del agrado de su divina Majestad la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Madre, y cómo es de provechosa para quienes la practican.

Encontrarás al final del libro undécimo una fórmula para saludar al divino Corazón de la santa Virgen en una salutación que empieza así: *Ave, Cor sanctissimum*.

Pero si prestamos oídos a la voz del gran predicador del Corazón augusto de la divina María nos dará otras enseñanzas muy consoladoras. Escuchémoslo.



Solo yo, dice, puedo predicar dignamente la devoción que los corazones que me aman deben tener al amabilísimo Corazón de mi divina Madre. Solo yo, en efecto, soy el principio y la fuente de cuanto hay de grande y maravilloso en este abismo de milagros y por consiguiente tengo conocimiento perfecto de sus muy eminentes perfecciones.

Soy el Hijo mayor de este Corazón maternal y por tanto mi corazón está lleno de amor tierno y filial hacia él.

Siendo yo el primer fruto del Corazón adorable de mi Padre eterno, soy igualmente el Hijo primogénito del Corazón incomparable de mi dignísima Madre. Esta Madre admirable me formó y me llevó antes en su Corazón, más santa y prolongadamente, que en su vientre. Porque la santidad de sus benditas entrañas toma su origen de la caridad y de la pureza de su santísimo Corazón; y no se hizo digna de formarme y llevarme en su vientre sino porque me formó y me llevó primero en su Corazón por la excelencia de la humildad, pureza y amor de ese mismo Corazón.

Me llevó en su vientre sólo durante nueve meses; en cambio me llevó y me llevará eternamente en su Corazón. En cierto modo, soy más el fruto de su Corazón que de su vientre. ¡Oh prodigio sin igual! Este Corazón incomparable es, entre las puras criaturas, la obra más excelente de mi omnipotente bondad. Por milagro incomprensible soy también la obra maestra de su humildad, por la que ella me



sacó del seno adorable de mi Padre, en el que nací desde toda la eternidad, para hacerme nacer en el seno virginal de mi Madre en la plenitud de los tiempos.

He sido y seré eternamente el único objeto de todos los afectos de este sacratísimo Corazón. Y recíprocamente, después de mi Padre eterno, él ha sido y será por siempre el primer objeto de mi amor.

Por consiguiente, quienes me aman de verdad deben tener celo particular en honrar y hacer honrar, en cuanto les sea posible, un Corazón que me ama y me tributa más gloria que todos los corazones de los hombres y de los ángeles.

Por estos motivos, he querido ser yo mismo el predicador de la devoción a este muy venerable Corazón. La han tenido en siglos pasados varios de mis santos, y todavía hoy se practica en muchas iglesias.

Yo mismo di las primeras lecciones de esta devoción a santa Matilde, una de las más ilustres hijas del glorioso patriarca san Benito. Yo mismo, mis hijos queridos, he renovado los sentimientos en los corazones de quienes tienen especial devoción a este digno Corazón. Yo mismo he impreso en los corazones de ustedes los deseos ardentísimos que tienen de darle todos los honores que deseo le sean tributados.

Conozco bien que es el primer objeto de mi Corazón, después de mi Padre eterno, y es asimismo, después de



Dios, el primer objeto de los más tiernos y santos afectos de ustedes. Les he dado este Corazón para que esté en ustedes como fuente inagotable de bendiciones.

Lo he dado como divino Sol que ilumine las tinieblas de la tierra, para calentarlos en los fríos del invierno de esta vida mortal, para regocijarlos y consolarlos en las tristezas, sufrimientos y angustias de este mundo y para vivificarlos y fortalecerlos en los decaimientos y debilidades propios de la fragilidad humana.

En mi Corazón les he dado un hermoso Espejo que a menudo deben mirar, para descubrir las manchas del alma que es preciso borrar, y para engalanarla con los ornamentos adecuados para que sea del agrado de la divina Majestad.

Les he dado una Torre imbatible y una fortaleza inexpugnable; en ella pueden refugiarse para ponerse a salvo de los enemigos de su salvación.

Les he dado una Hoguera ardiente del amor divino; arrójense en ella, piérdanse en ella, para ser consumidos y transformados en fuego y llamas de amor hacia aquel que es todo fuego y llamas de amor a nosotros.

Les he dado un Ejemplar perfecto del respeto, amor y obediencia que deben tener a los que ocupan el puesto de Dios en la tierra.



Les he dado una Fuente de vino, leche y miel de la que pueden sacar la caridad, bondad y mansedumbre con las que es necesario alternar con los demás.

Les he dado un Libro del cielo, libro de vida, que deben estudiar sin descanso para aprender a conocer perfectamente y a amar ardientemente la hermosura cautivante de las virtudes cristianas que es preciso practicar en la vida. Estudien sobre todo en ese libro las excelencias maravillosas de la santa humildad junto con los medios de practicarla para aplastar enteramente en sus corazones la maldita serpiente del orgullo y la vanidad que hace aterrador estrago no solo en los hijos de perdición sino incluso en los corazones de mis propios hijos.

Les he dado una Regla santa que los hará santos si la observan fielmente. Regla de vida celestial que deben llevar. Regla de las costumbres y observancias santas de que deben revestirse. Regla de las máximas evangélicas que deben seguir. Reglas de las disposiciones con las que deben realizar todas sus acciones. Regla de los sentimientos y afectos que deben tener en sus corazones: amor y aversión; alegría y tristeza; deseos y temores que deben tener para agradarme y para santificarse.

Les he dado un Mar inmenso de toda suerte de gracias, del que deben sacar todas las gracias que necesitan en todo instante y en toda hora, en todo lugar y ocasión para no



caer en infinidad de trampas que les tiende Satán y de las que la tierra entera está cubierta, y para servir a Dios en santidad y justicia ante él todos los días de su vida.

Les he dado un Vaso precioso lleno del maná del cielo y del néctar del paraíso, para que alimenten sus corazones con manjar de ángeles y para embriagarlos con vino del cielo, que les hará olvidar todo lo terrestre y pasajero y poner toda su felicidad en lo celeste y eterno. Tales han sido siempre la vida y los afectos del Corazón sagrado de mi santa Madre que es también el de ustedes. Pongan su empeño en imitarlo y ella los amará como a su Corazón.

Les he dado también el Corazón real de la Reina para que sea el Rey de sus corazones; que los dirija y gobierne según la adorable voluntad del Padre y sean así del todo conformes a su Corazón.

Les he dado además ese Corazón admirable de mi dignísima Madre, que es uno solo con el mío, para que sea su verdadero corazón. De este modo los hijos tendrán un solo Corazón con su Madre, y los miembros un solo Corazón con su Cabeza. Así podrán servir, adorar y amar a Dios con un Corazón digno de su grandeza infinita: *Corde magno et animo volenti*; con un Corazón inmenso e infinito, Corazón puro y santo; así cantarán sus divinas alabanzas y harán todas sus acciones con el espíritu, el amor, la humildad y las demás disposiciones santas de ese mismo Corazón. Para



que esto sea posible, es necesario que renuncien por entero a su propio corazón, es decir, al propio espíritu, al amor propio, a la propia voluntad. Busquen deshacerse de ese corazón terrenal, maligno y depravado, y se harán a un corazón celeste, del todo santo y divino.

Finalmente les di ese Corazón maravilloso como Tesoro inestimable de toda clase de bienes. Toca a ustedes, mis queridos hijos, imprimir en sus corazones altísima estima, respeto profundo y afecto singular por este rico tesoro y conservarlo preciosamente para mantener y aun más acrecentar la veneración que tienen por Corazón tan santo y amable.

Para animarlos a esta tarea les he dicho todo esto. Pónganlo en su corazón y practíqueno fielmente. Así serán hijos verdaderos del Corazón de mi santa Madre y serán conformes a mi Corazón. Mis ojos y mi Corazón estarán de continuo fijos en sus necesidades. Los llevaré siempre en lo más íntimo de mi Corazón. Aún más, ustedes serán mi Corazón, mi gozo, mis delicias. Los amaré como a mi Corazón. Les prepararé gloriosa mansión eterna en mi Corazón y en el Corazón de mi bendita Madre, que es uno con el mío. Permanecerán para siempre en nuestro Corazón. Vivirán de la vida de nuestro Corazón. Poseerán todos los tesoros encerrados en nuestro Corazón. Se sumergirán y se abismarán en los gozos de nuestro Corazón.



Nuestro Corazón será el paraíso de su corazón. En el amor de este Corazón amarán, bendecirán, glorificarán eternamente con nosotros al soberano Monarca de todos los corazones que es el Corazón adorable de la santísima Trinidad, que sea por siempre alabado, adorado y amado por todos los corazones de los hombres y los ángeles.

Gracias infinitas, amadísimo Jesús, por tu predicación. Imprime en nuestro corazón lo que nos has predicado y concédenos la gracia de sacar el santo provecho que debemos.

## **CAPÍTULO II**

### ***El ejemplo del amor ardiente del Corazón de Jesús al Corazón virginal de su santa Madre nos predica la devoción a este Corazón***

Luego de escuchar las divinas palabras de nuestro Salvador que nos animan a amar y honrar al amabilísimo Corazón de su santa Madre, veamos ahora los afectos de su Corazón adorable hacia ese Corazón maternal. Mediante ellos nos predica más elocuentemente aún que por sus palabras. ¡Oh! ¿Quién podrá expresar la mínima chispa de



esta hoguera de amor del divino Corazón de Jesús al amabilísimo corazón de su dignísima Madre?

Tanto amó y honró este Corazón maternal que lo exaltó por encima de todos los corazones del universo. Lo amó y honró tanto que lo escogió para establecer en él el augusto imperio de su gloria y el glorioso triunfo de su amor. Lo amó y honró tanto que hizo de él cielo más elevado y brillante que todos los cielos, en el cual es más glorificado y amado que en el cielo empíreo.

Lo amó y honró tanto que desde el primer instante en que dio el ser a este bienaventurado Corazón obró en él señalados milagros como lo veremos luego.

Lo amó y honró tanto que lo hizo el más digno, noble, perfecto, poderoso, santo, justo, misericordioso, generoso, rico, dichoso, glorioso, amable y admirable de todos los corazones por comunicación abundantísima de sus divinas perfecciones.

Para que lo entiendas recuerda que san Dionisio Areopagita<sup>173</sup> nos enseña que el amor divino pinta, de forma diferente, en los corazones de los ángeles, como en hermosos espejos, los atributos divinos, según la variedad de los Órdenes de los bienaventurados Espíritus.

Este adorable amor se pinta a sí mismo primero en los corazones inflamados y encendidos de los Serafines. Al

---

<sup>173</sup> *De coelesti Hierarchia*, cap. 3, 1. Todo el capítulo.



decir de san Dionisio, el nombre que llevan estos espíritus celestiales indican las cualidades y perfecciones que les son propias, por las que se asemejan a Dios. En efecto, como afirma este mismo santo, serafín significa el que arde e inflama.

En los corazones de los Querubines imprime bella imagen de la ciencia y sabiduría divinas, pues el nombre de querubín significa plenitud de ciencia y abundancia de sabiduría.

En los corazones de los Tronos establece la semejanza, el trono y el imperio de la muy sublime y altísima majestad de Dios y de su firmeza incommovible. Según el lenguaje de san Dionisio los Tronos son espíritus muy elevados que tienen su puesto muy cerca del que la Escritura llama el Altísimo. Ante él permanecen con constancia y firmeza imperturbables. Son como los tronos y las sedes en los que Dios se asienta y tienen capacidad fuerte, abierta y extendida, siempre dispuestos a recibir en sí la divinidad que en ellos reposa.

En los corazones de las santas Dominaciones hace excelente retrato de la soberanía y dominación supremas del gran Dios.

En los corazones de las santas Virtudes diseña viva semejanza de la virtud y fortaleza divinas. Este nombre,



dice san Dionisio<sup>174</sup>, denota fuerza varonil, vigorosa e indomable, de la que estos bienaventurados espíritus están dotados y muestran en todas las manifestaciones de su oficio, pues son imágenes cabales de esta Virtud primitiva y original, fuente de toda virtud que contemplan y glorifican perpetuamente.

En los corazones de las santas Potestades hace perfecta expresión del poder adorable de que es llamado el Omnipotente.

En los corazones de los Principados graba imagen viviente del principado divino. Pues su nombre, al decir de san Dionisio, muestra que, a imitación de Dios, son dignos de regir y gobernar con esmerado orden; que están siempre atentos a contemplar y adorar el soberano principado del que son semejanza, y que hacen brillar la soberana autoridad que él tiene sobre toda criatura.

En los corazones de los santos Arcángeles establece el trono de su divina voluntad. Ellos la contemplan sin cesar para recibir en sí mismos luces e impresiones divinas, y para llevar sus órdenes y mandatos no solo a los ángeles que les son inferiores sino también a los hombres en especial a los que están a su servicio en las principales y más importantes funciones de la Iglesia.

---

<sup>174</sup> *Ibidem*



En los corazones de los santos Ángeles imprime imagen viviente de su divina Providencia. Dado que esta divina Providencia, al decir de san Dionisio, gobierna todo y provee generalmente al bien y a la salvación de todos los hijos de Adán, igualmente, y a su imitación, los santos ángeles tienen la dirección y el gobierno de los hombres y se ocupan en guardarlos y conducirlos por los caminos del cielo.

El amor divino dibuja así e imprime los atributos divinos en los corazones de los espíritus bienaventurados. Cada orden de los ángeles es consagrado a alguna de dichas perfecciones y debe dedicarse y emplearse en adorarla, glorificarla e imitarla dentro de lo posible, e igualmente en animar a los demás al amor y a la adoración de ese divino objeto.

Lo que el amor divino hace en los corazones de los ángeles, el Hijo único de María, que es todo corazón y todo amor a su queridísima Madre, lo realiza también en el sagrado Corazón de esta Madre admirable pero de manera más excelente. Él reúne todas estas perfecciones de su divinidad, que están como dispersas en los diversos órdenes de los ángeles, pues, al haberla escogido como Madre y al darse a ella para ser su Hijo, debe haber semejanza perfecta entre tal Hijo y tal Madre. Se concluye que como esta digna Madre lo hizo semejante a sí misma según su humanidad, este divino Hijo quiere asimismo hacerla semejante a él



según su divinidad. Como el Padre eterno le comunica sin cesar todos los divinos atributos con tanta perfección que es llamado figura e impronta de la sustancia e imagen del Dios invisible, así hace también partícipe al Corazón virginal de su divina Madre de las mismas perfecciones que recibe de su Padre, y con tal plenitud que este santísimo Corazón lleva en sí mismo maravillosa semejanza de todas las excelencias de este admirable Salvador.

Este Corazón incomparable de la Madre del Redentor es de veras claro y precioso espejo en el que el Sol de la eternidad, Jesús, se refleja perfectamente con toda su belleza y perfección como lo veremos luego. El hace este Corazón tan admirable, amable y digno de honor que, luego del Hombre-Dios, es el primer objeto de la veneración del cielo y debe ser también el principal objeto de nuestras devociones en la tierra.



### CAPÍTULO III

***El Corazón de María es viva semejanza del Amor divino,  
de la Unidad de Dios, de su adorable Simplicidad, de su  
Infinidad, Incomprensibilidad, Inmensidad, Inmutabilidad,  
Eternidad y Plenitud***

Entre infinidad de elogios con los que el Espíritu Santo honra a su divina Esposa, la purísima Virgen, uno de los más gloriosos es el que le da cuando la muestra revestida del Sol: *Mujer vestida del Sol* (Ap 12, 1). ¿De qué Sol se trata? Es el sol de la divinidad y de las perfecciones divinas, según explican varios santos Padres. Es el Sol de la que no solo está revestida y rodeada, sino tan colmada y penetrada que está del todo transformada en él. San Andrés de Candia nos da este maravilloso elogio de la incomparable Virgen del que es muy digna. La llama: *Síntesis de las incomprensibles perfecciones divinas*<sup>175</sup>.

Pero oigámosla a ella misma hablar al respecto. Dijo un día a santa Brígida, según se relata en el libro primero de sus Revelaciones<sup>176</sup>, aprobadas por tres Papas: Urbano VI, Bonifacio IX, Martín V, y por dos concilios: Constancia y Basilea.

---

<sup>175</sup> *Oratio 2 de Assumptione*

<sup>176</sup> Libro 1, cap. 42



“Dios me dotó de tres virtudes que me han hecho agradable a mi Hijo. La primera, la humildad, más profunda en mi Corazón como no ha existido en ninguna criatura, humana o angélica. La segunda, la obediencia pues me empeñé siempre en obedecer a mi Dios en todo. La tercera, la caridad que poseí en grado soberano. Por ello, mi Hijo me exaltó de tres maneras.

“Primero, porque me rebajé por debajo de todo, me hizo más gloriosa que todos los ángeles y los hombres juntos. Es el Creador de todo y yo soy la criatura a la que ha regalado su gracia en grado mucho más eminente que a las demás. Es el principio de todo bien y la fuente de toda suerte de perfecciones. Y no hay ninguna excelencia en su divinidad que no brille en mí por soberana participación.

“Segundo, por la obediencia que practiqué, me ha conferido gran poder de forma que no hay pecador alguno, así sea el más odioso, al que yo no haya alcanzado perdón, si viene a mí con voluntad cierta de convertirse a Dios.

“Tercero, la caridad ardentísima que abrasa mi corazón me ha unido tan estrechamente con Dios que quien ve a Dios me ve en Dios y ve a Dios en mí; y quien me ve puede ver en mí, como en hermoso espejo, la divinidad y la humanidad de mi Hijo. En efecto, estoy tan encerrada y abismada en la divinidad, y Dios me ha rodeado y llenado de sus divinas virtudes en forma tal que todas esas excelencias



se ven en mí como en un compendio. Me dio un cuerpo y un alma más puros que el sol, más límpidos que un espejo. La pureza con que adornó mi cuerpo y mi alma es tan grande y brillante que al recibir en mí, como en clarísimo espejo, los rayos de sus divinas perfecciones, yo las reflejo tan perfectamente como es posible que lo haga una simple criatura”.

Estas son las palabras de la santísima Virgen, conformes a las que el Espíritu Santo nos dijo: *Mujer vestida de Sol*; y las de los santos Padres. San Andrés de Jerusalén, obispo de Candia, acaba de decirnos que esta maravillosa Virgen es compendio de las incomprensibles perfecciones de Dios; escúchalo todavía un momento y te dirá que es *manifestación y expresión de los secretos admirables y de las maravillas ocultas en los abismos de la divina incomprensibilidad*. Ella, en efecto, las expresa y representa, en su vida y en sus costumbres, como en hermoso espejo o en cuadro viviente.

Si todo esto es cierto dicho de la sagrada persona de la bienaventurada Virgen ¿cómo no pregonarlo con mayor razón de su Corazón, la parte más noble de sí misma, origen y sede de estas tres santas virtudes: humildad, obediencia y caridad, mediante las cuales alcanzó, como lo dice ella misma a santa Brígida, un estado tan sublime y divino. Este Corazón, rodeado, colmado y penetrado del Sol de la



Divinidad, es transformado en este adorable Sol. Este corazón es expresión perfecta y compendio maravilloso de todos los atributos de la divina esencia. Este Corazón es precioso espejo en el que el ardentísimo amor de Jesús a su amable Madre dibuja todas las perfecciones de su divinidad y de su humanidad de manera excelentísima.

Lo primero que hace el divino *amor* del Salvador es pintarse a sí mismo en ese amable Corazón de manera perfectísima. Después del amor infinito que arde en la hoguera inmensa del Corazón adorable de Jesús no ha habido ni habrá nunca amor tan fuerte, elevado, abierto, ardiente y puro como el que poseyó siempre, llenó y encendió el Corazón virginal de la Madre del Redentor. Este amor todopoderoso hace lo mismo con cada uno de los atributos divinos al imprimir semejanza perfecta de ellos en ese mismo Corazón.

Así, este admirable Corazón es imagen viviente, primero, de la divina *Unidad*. Como Dios es solo y único en la eminencia infinita de todas sus grandezas, solo poderoso, solo bueno, solo misericordioso, solo justo, solo inmortal, solo bienaventurado, solo Señor, solo Altísimo, así mismo, solo existe un Corazón de Madre de Dios en todo el universo<sup>177</sup>. Ese Corazón divino es único en su orden y en la excelencia de sus perfecciones, y sobrepasa en poder,

---

<sup>177</sup> 1 Tm 6,15; Lc 18, 19; Ro 16, 27; Ap 15, 4; 2 MC 1, 25; 1 Tm 6, 15-16



sabiduría, bondad, misericordia, piedad, amor, caridad y en toda suerte de virtudes y prerrogativas eminentes los corazones más perfectos de los hombres y los ángeles.

Solo el Corazón de María, Madre de Jesús y de todos los miembros de Jesús, ama a Dios con amor sin igual y ama a los hijos de Dios con caridad incomparable. Y este corazón, único en su especie, es amado por Dios y por el Hombre-Dios con amor incomparable. Merece ser venerado y honrado por todas las criaturas por encima de todos los corazones del cielo y de la tierra, después del Corazón adorable de Jesús.

Este Corazón nunca tuvo amor distinto que el purísimo amor de Dios. Jamás sufrió la multiplicidad de pensamientos superfluos, de deseos inútiles y de afecciones vanas que pueblan y dividen de ordinario los mezquinos corazones de los hijos de Adán. Siempre tuvo un pensamiento, un designio, una voluntad, un afecto: la intención y el solo deseo de agradar a Dios y hacer en todo y por doquier su adorabilísima voluntad. Por este medio este divino Corazón sedujo, cautivó y poseyó por entero el Corazón de su adorable Esposo como lo declara él mismo con estas palabras: *Heriste mi Corazón, hermana y esposa mía, heriste mi Corazón con una mirada y un cadejo de tu cabello* (Cantar4, 9). Esto es, tuvo como único amor y única mirada en todo, y no albergó en su Corazón sino el pensamiento, la



búsqueda y el afecto de mi persona; e hizo siempre y en todas partes lo que es de mi total agrado.

Gracia, paz y bendición a todos los corazones que se esfuercen por imitar en esto el santísimo Corazón de la Madre del amor hermoso. Herirán, cautivarán y se apropiarán por este medio del Corazón del soberano Monarca del universo y se harán dignos de ser puestos en el rango de los hijos del Corazón de la Emperatriz del cielo y de la tierra.

## **Sección I**

### *La imagen de la Sencillez divina*

El Corazón admirable de nuestra gran reina lleva en sí la auténtica imagen de la divina Sencillez. Toda duplicidad, disfraz, farsa, mentira, curiosidad, rareza, o sabiduría del mundo, o la prudencia de la carne, el amor propio que nos hacen dar rodeos y son del todo contrarios a la divina sencillez, jamás anidaron en el Corazón de nuestra divina Paloma, siempre colmada, poseída y animada del espíritu de verdad, de sinceridad, inocencia y sencillez, tan recomendado por su Hijo con estas palabras: *Sean sencillos como palomas* (Mt 19, 16).



Dichosos los que se conducen según este espíritu y pueden decir con san Pablo: *Nuestra gloria consiste en el testimonio de nuestra consciencia pues hemos compartido la vida en este mundo con sencillez de corazón y en la sinceridad de Dios, y no según la sabiduría carnal* (2 Cor 1, 12). Dichosos los que se ajustan a esta voz del Espíritu Santo: *Tengan de Dios buenos y religiosos pensamientos y búsquenlo con sencillez de corazón* (Sab 1, 1). Esos son los que lo encuentran y a quienes se revela claramente. Con ellos comparte familiarmente y les comunica sus secretos como a sus amigos: *Con los sencillos tiene sus coloquios* (Prov 3, 32). Esos llevan la marca de los verdaderos hijos de Dios y son irreprochables ante él y ante los hombres, en cuanto es posible serlo en este mundo, según estas divinas palabras: *sean sencillos e irreprochables hijos de Dios* (Fp 2, 15); y estas otras: *Si tus ojos son sencillos todo tu cuerpo será luminoso* (Mt 6, 22).



## Sección II

### *La imagen de la Infinidad, Incomprehensibilidad e Inmensidad de Dios*

El Corazón incomparable de la Madre de Dios lleva en sí maravillosa participación d la Infinidad e Incomprehensibilidad de Dios. En efecto, la dignidad cuasi infinita de la Madre de Dios ennoblece y exalta en cierto modo infinitamente todo cuanto hay en ella hasta lo mínimo, y especialmente su dignísimo Corazón, fuente de incontable número de bienes, principio de cuanto hay de grande en ella, colmado de infinidad de dones y gracias celestiales. Para hacerla Madre de Dios fue necesario, dice san Bernardino de Siena<sup>178</sup>: *ser elevada a esta dignidad de cierto modo infinita que la hace semejante a Dios, la hace Madre del mismo Hijo del que es Padre, por cierta infinidad, si es posible decirlo, de gracias y perfecciones tan excelentes y elevadas que solo Dios conoce perfectamente.*

¡Oh divina Señora, mi corazón se estremece de gozo al ver que el tuyo es tan noble, digno, santo y lleno de perfecciones! Gracias infinitas y eternas se den a quien lo ha hecho tan grande, excelente y amable.

---

<sup>178</sup> Sermón 5 en la Natividad de María, cap. 12 y sermón 4 de la Concepción de María, art. 1 y 31



Este Corazón admirable encierra en sí comunicación abundante y expresión singular de la Inmensidad de Dios. ¿Cómo? Escuchemos al doctor seráfico san Buenaventura<sup>179</sup>: *Oh María, contemplo en ti una grandeza y capacidad inmensa e inmensísima. Tú, María, eres inmensísima. Descubro en ti tres clases de inmensidades: la primera es la inmensidad de tus dichosas entrañas que encerraron en sí a quien es inmenso e infinito, y a quien ni los cielos ni todo el universo son capaces de contener. La segunda, la inmensidad de tu espíritu y de tu Corazón, pues si tu vientre sagrado es inmenso cuánto más lo es tu Corazón virginal. La tercera es la inmensidad de tu gracia y de tu caridad, pues tu corazón, siendo inmenso y estando pleno de gracia y caridad, es necesario que la gracia y la caridad que todo lo colma sea inmensa.*

Sí, Madre amorosa, tu caridad no tiene límites ni medida; se extiende no solo por los siglos, por todos los lugares del mundo y por todo lo creado por Dios, sino que es tan grande y amplia que se difundiría en infinitud de mundos, si existieran.

Finalmente, la grandeza inefable del Corazón de María es tal que puede decirse que es en cierto modo la medida y grandeza infinita del Corazón y de la caridad de Dios. Si no conoces el Corazón maravilloso y la caridad inestimable de

---

<sup>179</sup> *In Speculo*, cap. 5



la Madre de Dios no puedes conocer la inmensidad del Corazón y de la caridad de quien la hizo incomparable obra maestra y la formó sobre el divino modelo de su Corazón adorable. Si fuera posible medir el Corazón de la divinidad podría medirse también la grandeza y amplitud del Corazón de la reina del cielo. No soy yo quien así habla sino san Pedro Crisólogo: *“La grandeza excesiva del espíritu y del Corazón de esta Madre Virgen es tan prodigiosa”* que es objeto de admiración extática de quienes la contemplan; y *“quienquiera mire este Corazón admirable y no se sienta embelesado da a entender que no conoce lo suficiente a aquel que lo creó”*, y de quien de ella es imagen viviente y perfecta de su Corazón divino.

Oh Dios de mi Corazón, seas por siempre bendito amado y glorificado. Oh Corazón incomparable de la Madre de Dios que a todos llegas con tu caridad, haz que participemos de esa misma caridad, y alcánzanos de quien es todo caridad, amor universal hacia todo lo que él ama, y que ella nos haga amar como quiere que amemos.



### Sección III

#### *Imagen de la Estabilidad e Inmutabilidad divinas*

El Corazón muy constante de la reina de los ángeles representa además en sí mismo, de forma excelente, la divina Estabilidad e Inmutabilidad, por haberse mantenido siempre constante, firme, invariable e inconmovible en su amor perfecto a Dios y en todas las santas disposiciones que hacen un corazón del todo conforme al corazón de Dios.

Oh mi Jesús, te ruego, por el amor invariable que este sacratísimo Corazón te ha tenido siempre y eternamente te tendrá, establezcas y afirmes de tal modo nuestros corazones en tu santo amor que podamos decir con tu apóstol: *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Será la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o la espada? No, no, porque en todo esto vencemos. Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios que está en Jesucristo Nuestro Señor (Ro 8, 35.38-39).*



## Sección IV

### *Imagen de la Eternidad de Dios*

El Corazón divino de nuestra gran princesa es una hermosa representación de la *Eternidad* de Dios, tanto porque todos sus afectos estuvieron siempre del todo desprendidos de lo temporal y muy estrechamente ligados a lo eterno como porque estuvo colmado del espíritu de profecía que es participación de la Eternidad de Dios, que todo lo hace presente a los ojos de su divina Majestad. En efecto, si Dios comunicó esta divina perfección a muchos santos ¿quién puede dudar que la reina de todos los santos, no haya sido partícipe de él, en grado altísimo? Ella poseyó con preeminencia a todos, las gracias que Dios hizo a los demás santos. “Todos los que amamos a la amabilísima Madre de Dios, dice Alberto el Grande, debemos tener como regla infalible que cuanto hay de bueno y hermoso en los demás santos existe en ella en grado mucho más elevado”<sup>180</sup>. El Espíritu Santo le dio el nombre de *profetisa* con estas palabras: *Me llegué a la profetisa* (Is 8, 3); san Basilio<sup>181</sup> y otros santos opinan lo mismo.

---

<sup>180</sup> In *Bibliis B. María*, ad cap 1 *Cantici canticorum*

<sup>181</sup> In cap. 8 *Isa*.



Oh divina Profetisa, tu espíritu y tu Corazón estuvieron siempre colmados de años eternos, de forma más excelente que aquel que afirmó: *En la mente tuve años eternos* (Sal 77, 6). Te doy mi corazón con los corazones de todos mis hermanos para que los entregues, si así te place, a la divina Eternidad.

Oh adorable Eternidad, toma posesión de todos esos corazones. Despréndelos por entero de todo lo efímero y temporal. Átalos fuertemente a lo permanente y eterno. Imprime en ellos profundo desprecio, disgusto y aversión a este mundo que es del todo pasajero: *El mundo pasa* (1 Jn 2, 17). Que todo lo vano y perecedero que hay en él se desvanezca como sombra y como ilusión de sombra: *Pasa la figura de este mundo* (1 Cor 7, 31). Graba en ellos altísima estima y afecto por los bienes eternos que Dios prepara los que lo aman, en su reino eterno.

Oh Eternidad admirable, para tus mirada nada hay ausente, nada pasado ni por venir, sino que todo está presente. No te pedimos el don de profecía que hace ver a los profetas lo ausente, en lugar o tiempo, como si estuviera presente. Te pedimos, más bien, que hagas que muchas cosas, muy alejadas de nosotros por la distancia, en lugares o tiempos, se hagan presentes a nosotros a fin de que su presencia y su vista nos obliguen a vivir como Dios quiere que vivamos.



Haz que tengamos ante los ojos de nuestro espíritu la nada de que fuimos sacados, el pecado en el que nacimos, origen de todas las abominaciones inimaginables, y los demás pecados, ofensas y negligencias innumerables de nuestra vida, para incitarnos a humillarnos, y a amar y bendecir al que por exceso de amor incomprensible se quiso cargar de nuestros crímenes y derramar su sangre hasta la última gota para borrarlos.

Concédenos que nunca perdamos de vista las maravillas infinitas que la divina bondad ha obrado por nosotros en la creación, conservación y redención del mundo, a fin de que estemos dispuestos a alabar, servir y glorificar, como es debido, a nuestro adorabilísimo Creador, Conservador y Redentor.

Haz que los males y bienes venideros, quiero decir, los males terribles que la ira de Dios hará sufrir eternamente a los malvados, y los bienes inconcebibles con que la bondad divina colmará a los buenos eternamente, estén a menudo ante nuestros ojos, para aplicarnos a temer aquellos y a desear estos; e igualmente a amar y agradecer a quien se despojó de todos los gozos del cielo, por espacio de treinta y cuatro años, para que los poseyéramos, y sufrió los horribles tormentos de la cruz para librarnos de los espantosos suplicios del infierno.



Estos efectos y sentimientos obró la divina Eternidad en el Corazón de la Madre del Rey eterno.

## Sección V

### *Excelente imagen de la divina Plenitud*

El bienaventurado Corazón de la reina del cielo revela una imagen perfecta de la Plenitud y de la Suficiencia de Dios, por las que él lleva el nombre de Shaddai, es decir, que se basta a sí mismo y de nada tiene necesidad, por estar colmado de infinidad de bienes. Razón por la cual el Hijo de Dios habla así a su Padre: *Digo al Señor, tú eres mi Dios pues de nada careces* (Sal 16, 2). El Corazón virginal de la Madre de Dios habiendo amado siempre y únicamente a Dios y habiendo estado siempre vacía y despejada de cuanto no es Dios, estuvo siempre llena de él mucho más que aquellos de que san Pablo escribe que doblega las rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo para rogarle que sean colmados de toda la plenitud de Dios (Ef 3, 19).

De aquí se deduce que este bienaventurado Corazón jamás deseó ni buscó, ni puso su complacencia o satisfacción fuera de Dios; que siempre gozó de reposo y paz serenísima pues toda su capacidad fue llena de la plenitud de Dios. Así estuvo por siempre plenamente



rebosante y sin comparación más contenta y satisfecha que el corazón de un hombre que poseyera cien mil mundos.

Oh corazón humano, ¿nunca aprenderás esta importante verdad salida del espíritu de Dios por boca de los santos, que tu corazón, que no es hecho sino para Dios, puede sin embargo ocuparse y atiborrarse de cosas distintas de Dios incapaces de llenarlo y satisfacerlo: *puede ocuparse en cosas humanas pero no puede ser colmado por ellas*, al decir de san Agustín. Dios lo creó para gozar de su divinidad y lo dotó de capacidad sin límites que no puede ser colmada sino por un bien infinito. Haz de saber entonces que la posesión de cien mil mundos no puede contentarte plenamente ni siquiera un instante. Solo Dios te puede hacer feliz y dichoso. “¡Hombre insensato, por qué vas rodando por el mundo de un lado para otro ansioso de dar a tus sentidos y a tus pasiones animales placeres que no te puede satisfacer? Así hablaba san Anselmo. Y de nuevo san Agustín<sup>182</sup>: “Tú que fuiste hecho para ser heredero de Dios y coheredero de Jesucristo y, por tanto, llamado a poseer los mismos bienes que ellos poseen, ¿por qué insistes en hacerte compañero de los animales”? ¿Será que solo quieres tener felicidad en sensualidades comunes con ellos?

¿No vas a abrir nunca el oído a la voz de tu Dios que te clama desde hace mucho tiempo, lo mismo que a tus

---

<sup>182</sup> Coment. Al salmo 102.



semejantes: *¿Hijos de los hombres, hasta cuando serán pesados de oído?* Tienen corazón de tierra, corazón de piedra, corazón de hierro y bronce, corazón endurecido, insensible y inflexible, corazón que tiende siempre a lo terreno, que solo mira la tierra y los falsos placeres de la tierra, sus falaces honores, sus bienes engañosos. *¿Por qué aman la vanidad?* ¿Por qué se apasionan tanto por bagatelas y fantasías, quimeras y necedades? *¿Hasta cuándo, varones ilustres, se entregarán a la frivolidad?* ¿Ustedes, nacidos de noble cuna y de condición ilustre, pues nacieron de Dios: *Nacidos de Dios?* (Jn 1, 13). Ustedes viven preocupados solo por apegos y necedades. Y otro añade: *¿Mortales, hasta cuándo, dejando de lado mi grandeza, perseguirán lo fugaz?* Desprecian los bienes incomprensibles que hay en mí y que deseo darles, para correr tras estupideces. *¿Para qué buscan la mentira?* Con ardor apetecen lo vano, frívolo y mentiroso; corren tras lo que nada tiene de sólido y verdadero, en pos de falsedad, seducción e ilusión. Escuchen la voz del Espíritu: *Dichoso el hombre que deposita en Dios su esperanza y no repara en vanidades e insanias falaces*<sup>183</sup>. Bendito el que no tiene ojos, ni corazón, ni estima, ni afecto por vanidades, falsías, engañosos encantos y locuras mundanas.

---

<sup>183</sup> Sal 40, 5 vlg.



Escuchemos y hagamos caso de los santos que acaban de hablarnos. San Agustín dice: “Levanten sus esperanzas, eleven sus corazones, *sursum corda*, hacia quien es el soberano bien y la fuente de los verdaderos bienes”. Y san Anselmo: “Solo existe un único y soberano bien que contiene en sí inmensidad de bienes: búscalos y lo hallarás, y colmará tus deseos”. ¿Qué más podrías desear todavía sino poseer a Dios y todos los bienes que él posee? ¿Dios, que se basta a sí mismo, no bastaría para llenar tus deseos? San Agustín dice: “Demasiado avaro es a quien Dios no le basta”. Y san Cipriano añade: “Te baste Dios”. Te creó para él, a pesar de que tiene infinitud de bienes y es suficiente para sí mismo; no tiene que hacer de ti, pero sin embargo, por exceso de bondad por ti, te busca sin tregua y con tanto afecto, como si tú le fueras necesario. Y cuando te das a él y él te ha encontrado, se contenta contigo, aunque seas nada; conténtate tú también con él y podrás decir con David: *¿Qué quiero en el cielo, qué deseo en la tierra sino a ti, Dios mío?* Sí, Señor mío, tú eres el Dios de mi corazón y mi única herencia. Repite con el seráfico san Francisco: *Mi Dios y mi todo*.

Nada tengo y lo tengo todo,  
Dios es mi todo, sin él todo me sobra.  
Quítenme todo, denme este solo bien



y lo tendré todo, no teniendo nada.

## CAPÍTULO IV

### ***El Corazón de la santa Virgen es imagen viviente de la pureza y santidad divinas***

Vimos en el capítulo precedente cómo el Corazón de la bienaventurada Virgen presenta en sí, viva semejanza del amor divino, de la adorable unidad de Dios, de su perfecta sencillez, de su incomprensible infinitud, de su santa inmutabilidad, de su maravillosa eternidad y de su divina plenitud. Nos resta ver cómo es imagen viviente de la pureza y santidad de Dios, de su fortaleza y poder, de su sabiduría y verdad, de su bondad y divina providencia. En el libro siguiente veremos cómo es expresión perfecta de su misericordia, su P

paciencia, su clemencia, su mansedumbre, su justicia, del celo que tiene por su gloria y por la salvación de las almas, de su vigilancia, de su soberanía, de su vida, de su paz, de su gloria, de su Ffelicidad, y de las tres Personas eternas de la santísima Trinidad; y cómo, finalmente, es absorbida y transformada en todas las divinas perfecciones.

Pero para hacer capítulos más breves y menos pesados, me contentaré con hablar en este de la *pureza* y



*santidad* divinas. Diré al respecto que este purísimo y santo Corazón lleva en sí una imagen viviente de estas dos adorables perfecciones que son una misma realidad, pues la santidad es pureza perfecta, dice san Dionisio Areopagita<sup>184</sup>.

Quien dice que algo es puro, como oro puro, como vino puro, afirma que no tiene mezcla alguna sino que posee en plena pureza toda la perfección de su naturaleza, sin deterioro causado por mixtura de algo menos noble y excelente. La santidad infinita de Dios hace que esté infinitamente separado y alejado de toda suerte de imperfecciones y de todo lo no es él. Posee en máximo grado todas las virtudes y perfecciones posibles. Está retirado en sí mismo, del todo consagrado y unido a sí mismo. Si Dios siguiera las inclinaciones de su adorable santidad y solo mirara su divina esencia, no amaría ni miraría nada más que su divina esencia. Solo amaría sus incomprensibles perfecciones y estaría por entero alejado de lo que no es él, totalmente retirado de sí mismo y únicamente aplicado a sí mismo. Todo otro objeto es infinitamente indigno de su pensamiento, de su mirada y su búsqueda.

*Dios es llamado el Santo de los santos, dice san Dionisio<sup>185</sup>, por ser la fuente abundante de toda santidad y poseer una supremacía separada de todo, y elevada por*

---

<sup>184</sup> *De divinis Nominibus*, cap. 12, 2

<sup>185</sup> *Ibidem* 4



*encima de todo.* Por eso Nuestro Señor Jesucristo, clavado en la cruz se dirige a su Padre en cuanto hombre, y le dice: *Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?* Anota de inmediato dos causas de su desamparo, la primera: *Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos* (Sal 22, 2), como si dijera: Mi salvación corporal o mi liberación de la muerte corporal no pueden subsistir con los pecados de los hombres que yo he asumido como míos. La segunda, son estas otras palabras tuyas: *Tú habitas en cambio en lo santo*, como si diera: es cierto que si los pecados de que estoy cargado no fueran causa de este abandono, si tú tuvieras en cuenta tu santidad, si tú me trataras según las inclinaciones de tu santidad, no deberías pensar en mí, ni mirar mi humanidad.

Pero como la santidad de Dios lo separa y lo aleja infinitamente de todo lo que no es él, su bondad lo acerca y lo inclina, con profusión inconcebible, a infinidad de seres que están fuera de él. Su santidad lo ha tenido oculto y retirado en sí mismo durante toda una eternidad. Su bondad ha hecho que saliera de su divina soledad y comunicara por siempre su ser y sus perfecciones a número infinito de criaturas. Lo hace sin embargo sin perjuicio ni deterioro de su purísima santidad. Los rayos del sol caen todos los días sobre el barro y la inmundicia sin mezclarse ni aferrarse a ellos, ni perder algo de su claridad y limpieza.



Así, aunque Dios llene el cielo, la tierra e incluso el mismo infierno, y todas las criaturas que hay en el universo, y se entregue al gobierno y régimen de todo, lo hace sin mezcla ni compromiso, y sin disminución de su excelentísima pureza y de su perfecta santidad. Permanece libre y desprendido de todo lo que no es él y aplicado y unido a sí mismo, como si solo existiera él solo y como lo estaba antes de la creación del mundo. En esto consisten la pureza y la santidad divinas y esas dos divinas perfecciones son idénticas.

Afirmo que el sacratísimo Corazón de la Madre del Santo de los santos lleva en sí una imagen excelentísima de esta divina pureza y santidad. No solamente este puro y santo corazón estuvo siempre alejado de todo pecado sino que estuvo siempre desprendido de toda cosa creada, y adherida a Dios íntimamente por el puro y santo amor que le tuvo y por la práctica muy eminente de todas las demás virtudes las que poseyó en altísimo grado. Por esta razón esta reina de virtudes es llamada por san Juan Damasceno *Morada de todas las virtudes* <sup>186</sup>. Aunque permaneció tantos años en este mundo lleno de inmundicias y abominaciones y emponzoñado del veneno del pecado, en medio de judíos llenos de perfidia y malignidad, su santísimo Corazón no solo jamás contrajo alguna lacra o mancha, ni se

---

<sup>186</sup> *De fide othodoxa*, lib. 4. Cap. 15.



comprometió nunca en la mínima afección desordenada a nada de lo creado, e incluso jamás se apegó a los dones y gracias de Dios, sino que siempre estuvo unida a Dios muy estrechamente, tan pura y únicamente como si solo Dios y ella hubieran existido en el mundo. Y así estas divinas palabras tuvieron cumplimiento excelente respecto de su divino Corazón: *que mi Corazón esté inmaculado en tu divina justicia y santidad* (Sal 119, 80). Es decir, en cuanto a la unión y la adherencia que quiero tenga a tus divinas voluntades que justifican, santifican e incluso deifican los corazones de quienes las aman y siguen perfectamente.

Por este medio el Corazón santo de la reina de todos los santos fue siempre inmaculado, se conservó en muy eminente pureza y santidad, fue colmado y penetrado de la pureza y santidad de Dios, se mantuvo anonadado, absorto y transformado en esa divina pureza y santidad, y mereció, dice san Anselmo, la reparación del mundo. Estas son sus palabras: *La muy pura santidad y la santa pureza del purísimo Corazón de María sobrepasan incomparablemente la pureza y santidad de todas las criaturas. Mereció por la admirable pureza de su Corazón virginal ser la dignísima Reparadora del mundo, que se perdía abismado en profunda perdición*<sup>187</sup>.

---

<sup>187</sup> De Excel. B. Virg. Cap 9.



¿Quieres, querido hermano, encontrar puesto en este divino santuario? ¿Quieres tener parte en el purísimo y santo Corazón de la reina del cielo? Trabaja en purificar y santificar tu corazón. Es lo que Dios quiere que hagas. Escucha al Espíritu Santo que te dice por boca de su apóstol: *La voluntad de Dios es que trabajes en tu santificación* (1 Ts 4, 3).

Me dirás que eso está bueno para los que están retirados en los claustros y en los monasterios. Te respondo que es cierto que los religiosos deben ser santos, y ejemplares de santidad pues están en una profesión del todo santa y gozan de medios para su santificación. Pero todo bautizado está obligado a ser santo por cantidad de razones:

Santo por el nombre que lleva, a saber, el nombre de cristiano que es santísimo;

Santo porque es hijo del que es la santidad esencial y principio de toda santidad;

Santo porque por su bautismo recibió en sí la gracia divina que es participación de la santidad de Dios, y hace que todos los bautizados y los que conservan en sus almas esta santa gracia, sean *partícipes de la naturaleza divina* (2 Pt 1, 4);

Santo porque por el bautismo es miembro de una cabeza que es el Santo de los santos y de un cuerpo



santísimo, a saber, miembro de Jesucristo y de su cuerpo místico que es la santa Iglesia;

Santo porque debe estar animado del espíritu de su Cabeza que es el Espíritu Santo. Por ello san Pablo clama: *Quien no tiene el espíritu de Cristo no es de los suyos* (Ro 8, 9).

Santo por estar revestido del mismo Jesucristo, es decir, de su santidad y demás virtudes: *Los que fueron bautizados se revistieron de Cristo* (Ga 3, 27);

Santo porque se alimenta de santísimo y divino alimento que es la carne deificada y la sangre preciosísima del Hijo de Dios;

Santo pues es hijo de la reina de todos los santos;

Santo porque es asimismo hijo de los santos, es decir, de los santos patriarcas, de los santos profetas, de los santos apóstoles y de otros santos que contribuyeron a su nacimiento espiritual: *Somos hijos de los santos* (Tobías 2, 18);

Santo porque es enseñado en una escuela santa que hace profesión de seguir una Ley muy santa;

Santo porque *Dios nos eligió en su Hijo desde antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados ante él*;

Santo porque el Hijo de Dios *nos rescató a fin de que sirvamos a Dios en santidad y justicia ante sus ojos todos los*



*días de nuestra vida* (Lc 1, 68. 74-75); y porque nos reconcilió por su muerte con el Padre, para *hacernos santos, inmaculados e irrepreensibles ante él* (Col 1, 22).

Estas consideraciones te obligan a ser santo de cualquier condición que seas, sobre todo si estás honrado de la dignidad sacerdotal o estás comprometido en la profesión religiosa. ¿Quién debe ser más santo que quien está consagrado por el tres veces Santo y es la santidad misma esencial y eterna, por un sacramento tan santo y divino como el sacramento del Orden?

¿Quién debe ser más santo que quien, en palabras de san Dionisio, es Dios por gracia y participación, hijo de dioses, es decir, de los obispos, y padre de dioses, o sea, de los cristianos que llevan ese nombre en las divinas Escrituras: *Yo dije, ustedes son dioses* (Jn 10, 34).

¿Quién debe ser más santo que quien ocupa el puesto de Dios en la tierra, representa su persona y actúa en su nombre, que está revestido de su autoridad y de su poder y que, por consiguiente, debe estar lleno de su espíritu y revestido de su pureza y santidad?

¿Quién debe ser más santo que el que está asociado con el Santo de los santos en sus más dignas y santas operaciones, que ha recibido el poder de perdonar los pecados en las almas y establecer en ellas la gracia del autor mismo de la gracia, librarlas del infierno y de la cautividad



de Satán, reconciliarlas con Dios y abrirles el cielo que les estaba cerrado, hacer a los hombres dioses e hijos de Dios, producir a Jesucristo en la santa Eucaristía y formarlo en los corazones de los cristianos, ofrecerlo en sacrificio a su Padre y darlo a los fieles y dárselo a sí mismo?

¿Quién debe ser más santo que el que el Salvador del mundo ha puesto en su lugar para continuar y cumplir la gran obra de la salvación de las almas, por el poder que le dio de continuar el ejercicio de los mismas funciones sacerdotales que él mismo ejerció con esa finalidad, y aplicar a las almas el fruto de sus trabajos, de su sangre y de su muerte; por ello está obligado a continuar la santísima vida que él llevó en la tierra y las virtudes que practicó?

¿Quién debe ser más santo que aquel a quien el soberano Sacerdote comunicó sus más santas y divinas calidades, a saber: su calidad de mediador entre Dios y los hombres, su calidad de juez y su calidad de Salvador; la primera se ejerce por los sacerdotes en especial cuando ofrecen a Dios el santo Sacrificio del altar; la segunda en el tribunal de la penitencia; y la tercera cuando, por su ejemplo, sus oraciones y las acciones de su oficio cooperan con Dios en la salvación de las almas?

¿Quién debe ser más santo que quien está casi siempre en los lugares santos y ocupado en las más santas funciones que puedan hacerse: dispensar los santos y sagrados



misterios, administrar los santos sacramentos, anunciar la santa palabra de Dios y hacer en la tierra lo que los ángeles y los santos hacen de continuo en el cielo, por el sacrificio de alabanza que ofrece a Dios en la celebración o recitación del Oficio divino?

¿Quién debe ser más santo de corazón y de entendimiento, que quien recibe todos los días, en su cuerpo, en su corazón y en su alma, el muy sagrado cuerpo, el purísimo Corazón, el alma santísima, la preciosísima sangre del Hijo de Dios, en la plenitud de su divinidad y toda la santísima Trinidad, fuente inagotable de toda santidad?

¿Cuál debe ser la pureza y santidad de los ojos, cuya vista y miradas se honran diariamente con la vista de los santos y temibles misterios que las potestades del cielo miran con temblor? ¿Cuál debe ser la pureza y santidad de las manos que tocan a diario el objeto de las adoraciones continuas de los serafines? ¿Qué pureza y santidad de los labios y la lengua que se impregnan cada día con la preciosa sangre del Cordero inmaculado?

Finalmente ¿quién debe ser más santo que quien está obligado a ser fuente de gracias y bendiciones, a tener todas las virtudes en altísimo grado de modo que sea ejemplar de perfección para todos los fieles, a poseer la santidad en plenitud, es decir, estar de tal modo colmado de ella que rebose, se riegue y se comuniquen a los demás;



en una palabra, ser tan santo, capaz de santificar a los demás?

¡Oh sacerdotes! ¡Oh eclesiásticos! ¡Qué obligados están a ser santos! ¡Cómo deben ser de santas su vida y sus costumbres! ¡Santos exterior e interiormente, santos en sus pensamientos, palabras y acciones; santos en el trato con el prójimo, santos en todo y por doquier!

¡Cuán agradable a Dios es un sacerdote santo! ¡Qué tesoro inmenso para la Iglesia! ¡Es alegría para los ángeles y los santos! ¡Cuántas almas llevan al paraíso! ¡Grandes y elevados serán en el cielo y tributarán a Dios gloria sempiterna!

¡Dios mío, un sacerdote profano y disoluto es horrible a los ojos de tu divina Majestad! ¡Tu ira se desfoga horriblemente contra él! ¡Es pernicioso para tu Iglesia! ¡Cuántas almas arrastra con él a los infiernos! Más quizás que los mismos demonios. ¡La muerte para él debe ser aterradora! ¡Ah, el rostro del divino juez le será severo y pavoroso cuanto tenga que comparecer ante su tribunal al salir de este mundo! ¡Su juicio será terrible! ¡Su condenación espantosa! ¡Oh, qué espectáculo ver a un sacerdote condenado en el gran día del juicio! ¡Oh, será un monstruo repugnante y espantoso entre los demás réprobos! ¡Qué infierno se le tiene preparado! ¡Qué suplicios le esperan en los infiernos! ¡Cuántos verdugos



serán empleados en atormentarlo y torturarlo! Además, los demonios, sus crímenes innumerables y todas las almas a cuya perdición contribuyó por su negligencia o por su mal ejemplo, o de cualquier otra manera, serán otros tantos verdugos que le harán sufrir penas inexplicables. ¡Ah, qué rabia y desespero, qué crujir de dientes al verse sumergido en lo más profundo de los abismos y arrastrado en una vorágine de angustias, dolores y tormentos inenarrables! ¡Jamás recibirá alivio alguno, por insignificante que sea, y nunca llegará a conocer su final!

Insisto en este tema. El Espíritu Santo, por boca del príncipe de los apóstoles, dice a los que han sido bautizados, cualquiera sea su condición: *Según el que los llamó, que es santo, sean santos en todo lo que hacen porque está escrito: sean santos porque yo soy santo* (1 Pe 1, 15-16). Es decir: sean santos en todo tiempo y lugar, y en todo lo que hacen. Ustedes son criaturas de un Creador que es santo; fueron hechos por un Dios y para un Dios que es santo; fueron hechos según la imagen y semejanza de un Dios que es santo; fueron rescatados y llamados de las tinieblas a la luz, del pecado a la gracia, de morir para el infierno al paraíso por un Redentor que es santo; son hijos de un Padre que es santo, y la santidad misma; por eso deben ser santos como él es santo. Piensa estas palabras y date cuenta, querido hermano, que el Espíritu Santo no solo



dice: sean santos como los ángeles son santos, como los serafines son santos, sino sean santos como Dios es santo. Contempla la santidad de Dios como el ejemplar al que debes conformarte, como la regla que debes seguir.

Me preguntas quizás cómo es posible que una simple criatura, frágil, débil y mezquina como es el hombre, pueda ser santa como Dios es santo. Te respondo que, si bien es imposible para la debilidad humana, es sin embargo posible e incluso fácil con la gracia de Dios que a nadie es negada, cuando se pide con corazón sincero: *Da a todos con abundancia* (Sant 1, 5). Y añado con cierta osadía: con esta gracia divina, es mucho más fácil ser santo e imitar la santidad de Dios que seguir la corrupción del mundo y la malignidad de Satán. Escucha la Palabra de Dios que te indica que no es difícil caminar por la vía de los mandamientos divinos para seguir a Dios: *Sus mandamientos no son pesados* (1 Jn 5, 3). Escucha además la Verdad misma que te asegura que su yugo es suave y su carga liviana (Mt 11, 30). Haz la experiencia y podrás testimoniar y confesar, con innumerables santos, que pasaron por este mundo como tú, rodeados de fragilidad y debilidad, que es más fácil llevar una vida santa y celeste que una vida perversa y malvada.

¿Qué se debe hacer para lograrlo? Solo una cosa por cierto dulce y deliciosa. ¿Qué hay más dulce y fácil que



amar? ¿Qué existe más delicioso y placentero que amar a quien es infinitamente bueno, perfecto y amable, que es todo bondad, belleza, y perfección; que jamás te hace mal alguno, que te ha llenado de infinitud de favores, y que es todo corazón, caridad, amor para ti? Ama a este Dios bondadosísimo y amable y serás santo.

¿No sabes que el amor transforma al amante en la cosa amada? Si amas lo terrenal, dice san Agustín, te harás terreno; si amas lo celestial te harás del todo celeste; si amas lo divino te harás todo divino. Ama por tanto al Santo de los santos y llegarás a ser santo; ama a Dios y serás Dios por participación y semejanza.

Pero si amas a Dios, detesta todo lo que él aborrece (Sal 97, 10). Es decir, el pecado, único objeto de su abominación. Si amas a Dios, ama lo que él ama, es decir, las virtudes, en especial la humildad, la caridad, la pureza de alma y cuerpo. Si amas a Dios desapega tu corazón y tus afectos de todo lo creado para darlo por entero a quien se dio del todo a ti. Si amas a Dios, haz todo lo que le place, siguiendo sus divinas voluntades, que te son conocidas por los santos mandamientos, por las reglas y obligaciones de tu estado y profesión, y por las órdenes de tus superiores: *Quien observa mis preceptos, ése me ama* (Jn 14, 21). Finalmente si amas a Dios, ama lo que es grato y precioso a sus ojos y por lo que él es amado y glorificado. Por tanto,



ten veneración y devoción muy en particular al santísimo Corazón de la sagrada Madre de Dios, que él quiere y estima por encima de cuanto hay de extraordinario y amable en cielo y tierra, entre las puras criaturas, y del cual es amado y honrado más que de todos los corazones humanos y angélicos.

## CAPÍTULO V

### ***El Corazón de María es imagen de la fuerza y el poder de Dios***

Uno de los principales y frecuentes nombres que Dios recibe en las Escrituras es el de *fuerte y poderoso*. *Yo soy un Dios fortísimo*, dice de sí mismo (Gn 46, 3). Y también: *Yo soy todopoderoso* (Gn 35, 11).

Si me preguntas por la diferencia entre estos apelativos te respondo que en Dios fuerza y poder son la misma perfección. Sin embargo, en sus efectos se da cierta diferencia. Lo propio de la omnipotencia son las obras grandes y admirables; lo propio de la fuerza es obrar con facilidad, sin demasiado trabajo.

En efecto, de la omnipotencia de Dios viene crear mundos, conservarlos, gobernarlos, sacarlos de la nada en



un instante, con un simple *hágase, fiat*, e incluso con un mero acto de su voluntad; y puede crear infinidad de mundos y puede reducirlos a la nada en un momento.

Los efectos de la fuerza son hacer todas esas obras mediante un poder que no se fatiga y trabajar continuamente en producir, conservar y regir inmensidad e infinidad de seres sin fatigarse y sin perder nada del más perfecto reposo que sea dable imaginar.

Los efectos de esta misma omnipotencia, considerada en el Hombre-Dios, son el misterio inefable de su encarnación, de su nacimiento, de todos los demás misterios y milagros que obró en la tierra, como la institución del santísimo Sacramento, el establecimiento de la Iglesia y de los prodigios que en ella ha obrado por los santos.

Los efectos de la fuerza son todas las acciones que hizo por nuestra salvación, durante el curso de su vida en la tierra, con energía y vigor infatigables según estas divinas palabras: *Exultó como gigante*, y como traduce san Jerónimo: *como fuerte para recorrer su camino* (Sal 19, 6). Es decir: hizo su carrera con corazón y poderío de gigante. Hay que citar también aquí los sufrimientos casi infinitos que soportó con constancia admirable. Son, finalmente, las victorias que ha conseguido sobre el pecado, el mundo, el infierno y sobre sus enemigos y los nuestros.



En esto consisten el poder y la fuerza divina, y la diferencia que hay entre los efectos de estas adorables perfecciones. Veamos lo que hacen en el Corazón augusto de nuestra reina. Compruebo que imprimen su imagen de manera perfecta. ¿Pues de qué poder puede carecer el Corazón de la Madre del Todopoderoso sobre el Corazón del que ha querido someterse a ella como a su Madre? *Y les estaba sumiso* (Lc 2, 51). Le concedió autoridad y poder maternal sobre él, jamás separable de su divina maternidad, pues como el Hijo de María no se privará jamás de lo que tomó de su Madre amadísima en sus benditas entrañas, así él no le quitará jamás lo que le dio una vez.

Si todo es posible al corazón fiel que cree en Jesucristo según su santa Palabra: *Todo es posible para el que cree* (Mc 9, 22), ¿qué será imposible al Corazón maternal de la que lo engendró; a ella que lo llevó nueve meses en su vientre sagrado, que lo dio a luz, que lo alimentó con su pecho, que lo nutrió y educó, que lo acompañó en sus trabajos y sufrimientos y que lo amó más que todos los corazones del cielo y de la tierra? *Si todo es posible al que cree cuánto más lo es al que ama*, dice Gerson; *cuánto más a la que lo engendró*, añade san Bernardino.

Si el apóstol san Pablo nos declara que lo puede todo en aquel que lo conforta (Fp 4, 13), ¿de qué no será capaz el Corazón de la reina de los apóstoles, que lleva y llevará



eternamente en sí a quien las divinas Escrituras llaman la fuerza misma de Dios: *Cristo, fuerza de Dios* (1 Cor 1, 24) y que por tanto está lleno y animado de la fuerza y del poder del Altísimo? ¿No es posible afirmar con verdad que este Corazón virginal es todopoderoso en aquel que, siendo su alma y su espíritu, es también su poder y su fuerza?

Salomón habla del Corazón de esta mujer fuerte, animado de un poder enérgico y vigoroso, que le hizo hacer todas sus acciones con soberana perfección y sin ningún defecto.

Es el Corazón de aquella mujer fuerte que sufrió las más apremiantes angustias y los más agudos dolores que es posible imaginar, con constancia maravillosa y firmeza inconmovible.

Es el Corazón de esta mujer fuerte que cortó la cabeza del cruel Holofernes, es decir, del pecado, y destrozó la del dragón infernal. Todos los poderes del infierno le temen como a ejército en orden de batalla (Cantar 6, 3), porque combatió generosamente y venció gloriosamente a todos los enemigos de Dios.

Y todavía más, ella venció al Todopoderoso, si es posible hablar así. Escucho un ángel que dice al patriarca Jacob: *Ya no te llamarás Jacob sino que te llamarás Israel*, es decir, según interpretación de san Jerónimo y de los Setenta: *Dominador de Dios, vencedor de Dios*, lo que es



conforme a la explicación del ángel que después de decir: *te llamarás Israel*, añade, *porque si contra Dios fuiste fuerte cuánto más vencerás a los hombres* (Gn 32, 28). Y porque Jacob solo había vencido a ese ángel que representaba a Dios le dice que venció al mismo Dios.

Pero, en cierto modo, la santa Hija de Jacob y la digna Madre de Jesús ha prevalecido sobre el mismo Dios. En efecto, innumerables veces, por su oración y sus méritos, y por la fuerza de su amor ha vencido la ira de Dios y ha detenido los torrentes de su indignación que hubieran inundado y perdido todo el mundo por causa de sus incontables perversiones. Cuántas veces desarmó las venganzas divinas y las centellas que estaba presto a lanzar sobre las cabezas de los criminales. Cuántas veces la caridad incomparable de que su Corazón rebosa hacia los hombres ha atado las manos de la terrible justicia de Dios para impedirle castigarlos como lo merecían. *Cuán poderoso es su amor*, dice Ricardo de San Víctor<sup>188</sup>. ¡Oh, que el amor y la caridad del Corazón de María son poderosos pues han vencido al Todopoderoso!

¡Oh, bien puede muy decirse, gran Princesa, y con mayor razón que a Jacob: *Si fuiste fuerte contra Dios, cuánto más prevalecerás contra los humanos*. Si le has ganado a Dios, cuánto más vencerás no solo a los hombres sino

---

<sup>188</sup> *De gradibus charitatis.*



también a los demonios y a todos los enemigos de Dios y de nosotros. Ya los has vencido no solo por ti misma miles de veces, armada del poder divino, sino además por tu Hijo Jesús, las mismas veces que él los ha vencido pues eres una sola cosa con él, pues la madre y el hijo están estrechamente unidos. También venciste por los ángeles y santos del cielo y por todos los fieles de la tierra, cuantas veces ellos los han vencido, por la gracia que recibieron de la bondad de Dios por tu mediación pues él no concede ninguna que no pase por tus manos. Y además por virtud de la sangre del divino Cordero como dice el Apocalipsis 12, 11.

San Agustín no teme decir que la carne de Jesús es la carne de María<sup>189</sup>. Puede decirse igualmente que la sangre de Jesús es la sangre de María y que por tanto ellos vencieron en virtud de tu propia sangre. Por tanto, todas las victorias de tu Hijo, las de los ángeles y los mártires, las de todos los santos que hay en cielo y tierra son en cierto modos tus propias victorias, generosa Princesa, tanto por la razones aducidas como porque las obtienes como Generala de los ejércitos del gran Dios. Las victorias ganadas por un ejército son atribuidas más al general que a los soldados y consiguientemente toda la gloria y todas las coronas, son, en cierto modo, tu gloria y tus coronas sempiternas.

---

<sup>189</sup> *Sermón de la Asunción de María*, cap. 5



¡Cuántas victorias! ¡Cuántos triunfos! ¿Cuántas coronas gloriosas e inmortales! ¡Oh reina del cielo, que me goce al verte victoriosa y triunfante y coronada de gloria esplendorosa! ¡Sea bendito por siempre el Rey de gloria que por ti ha batido a nuestros enemigos y que te ha hecho tan poderosa y admirable! ¡Oh, cómo podemos decirte, y con mayor razón, lo que el sumo sacerdote de Jerusalén dijo a la generosa Judit, que no era sino sombra tuya, luego de la victoria que obtuvo sobre el ejército asirio al cortar la cabeza de Holofernes, su general: *Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el gozo de Israel, tú el honor de nuestro pueblo* (Jt 15, 10). Tú eres la gloria de la Jerusalén verdadera, que es la santa Iglesia, tú eres el gozo del cristianismo, tú eres el honor de los cristianos, *porque te portaste como heroína y tu Corazón se llenó de fortaleza, pues amaste la castidad y la mano del Señor te fortaleció; por tanto serás bendita por siempre*<sup>190</sup>. *El Señor ha ensalzado de tal forma tu nombre que tu alabanza nunca cesará en la boca de los hombres.*

¡Oh gloriosa reina del mundo (así te llama el Espíritu Santo por boca de la Iglesia), ves cómo estamos asediados por doquier de innumerables y crueles enemigos que solo piensan, día y noche, en perdernos. Sabes que somos muy débiles, que solos no podremos resistir ni al menor de sus asaltos. Compadécete de nosotros, y usa del poder que

---

<sup>190</sup> Jt 13, 25.



Dios te dio para preservarnos de sus emboscadas y sostennos contra sus esfuerzos. Concédenos el favor, Virgen sagrada, de ponernos bajo tu amparo y protección, y podremos desafiar audazmente todos los poderes malignos de la tierra y del infierno; y cuando veamos todos los ejércitos infernales acampados frente a nosotros para combatirnos, no temeremos. Danos poder contra tus enemigos. Nuestros verdaderos enemigos son los tuyos y los de tu Hijo. Danos poder para combatirlos y vencerlos. No tolere que se gloríen de haber vencido a quienes combaten bajo tus banderas.

Alcánzanos participar de la virtud divina con que Dios fortaleció tu santo Corazón para que hagamos todas las acciones que debemos hacer para gloria de tu Hijo, con entusiasmo que destierre de nosotros toda apatía y las haga del todo agradables a su divina Majestad. Que llevemos todas las penas y aflicciones que nos lleguen con constancia y firmeza dignas de quienes tienen el honor de pertenecerte. Y concede que tus soldados combatan generosamente a tus enemigos y alcancen tantas victorias como tengan de asaltos y combates. Serás tú, gran Princesa, quien combata en ellos y venza por ellos. Tus triunfos y victorias se multiplicarán día a día y recibirás gloria eterna, que tú referirás a tu Hijo, como a aquel que es el soberano poder, principio de toda fuerza, que en ti lo es todo y lo



hace todo. Que todas las potestades del universo y todas las virtudes de su divinidad y de su humanidad lo bendigan por ello, lo exalten y glorifiquen por siempre jamás (Dn 3, 61).

### **Sección única**

#### *Efectos notables del poder admirable de la santa Virgen*

Miguel Colona, nacido en Alcalá de Henares, arquidiócesis de Toledo, combatía en Thunes en África contra los mahometanos, el mismo día de san Juan Bautista de 1535. Recibió varias heridas mortales de parte de los enemigos y entre otras, tres flechazos de los cuales uno le perforó el vientre, otro el estómago y otro la mano derecha. Y como si fuera poco, el brazo izquierdo le fue tronchado casi del todo. Viéndose herido mortalmente y sin poder recibir auxilio humano, recurrió a la santa Virgen e invocó su ayuda con la mayor devoción que le fue posible. Apenas terminada su oración, sintió que recibía ayuda. La Virgen lo liberó de sus enemigos, más de ochocientos turcos. Les quitó poder para herirlo más y hacerle mayor mal. Así escapó de sus manos por la asistencia y protección de la reina del cielo. Poco tiempo después, del todo recuperado, se fue dichoso a Monserrate dando gracias a Dios y a su



liberadora. Hizo público su milagro que está consignado en las historias de Nuestra Señora de Monserrate<sup>191</sup>.

Un autor célebre, el Padre Mariana, relata otro milagro. El año 1212, Mohamed, rey de los sarracenos, enemigo jurado del nombre cristiano, invadió el reino de Granada con un ejército temible con el cual pretendía exterminar a todos los cristianos. El rey Alfonso VIII, de sobrenombre Bueno, obtenidas del Papa Inocencio III amplias indulgencias se unió con los reyes de Aragón y de Navarra, y marchó hacia Baeza, en Granada, por caminos desviados y difíciles, guiado por un campesino que luego se creyó había sido un ángel, pues nunca más fue visto luego de ponerlos a salvo. El 16 de julio guerrearon contra el enemigo, una vez que los soldados fueron provistos de las armas cristianas de los Sacramentos y de la santa Misa celebrada en presencia de todo el ejército. La cruz iba delante. En medio del estandarte real iba pintada la Madre de Dios con su Hijo en los brazos. Su sola vista regocijaba a los combatientes y les infundía valor. El combate duró largo tiempo sin que se diera un vencedor. Incluso, inicialmente los cristianos fueron obligados a retroceder. Pero de pronto la Generala de los ejércitos los llenó de ánimo y sembró el pánico entre los enemigos. Doscientos mil quedaron

---

<sup>191</sup> Milagro 105.



tendidos en el lugar y los cristianos solo tuvieron veinticinco a treinta bajas.

El rey Alfonso envió personalmente el relato de esta jornada al Papa Inocencio, y Roderico Jiménez, arzobispo de Toledo, que había sido como el alma del combate, escribió la historia de este hecho. Allí se añade que el portacruz, habiéndose arrojado en medio de los sarracenos con el signo de nuestra salvación, no recibió herida alguna aunque el asta de la cruz que llevaba estaba erizada de flechas, y él mismo cubierto de ellas.

Por toda España se celebra el 26 de julio una fiesta doble, bajo el nombre de la Santa Cruz, para perpetuar la memoria de esta gran victoria, que, después de Dios, debe atribuirse al poder admirable de la Generala de los ejércitos del gran Dios y a la bondad increíble de su Corazón maternal, rebotante de amor a los cristianos que son sus hijos.

Admiremos este otro, conservado en la historia de Nuestra Señora de Chartres. Uno de nuestros cristianísimos reyes, Felipe IV, el Hermoso, nieto de san Luis, en la guerra que sostuvo contra los Flamencos, inopinadamente fue asaltado por ellos en su propio campo, con tal furor, que habiendo roto inicialmente las compañías que hacían guardia, penetraron hasta el pabellón donde estaba el rey, con gran peligro para su vida. Vio morir a sus pies la



compañía de élite de los burgueses de París que según costumbre de entonces, se mantenían al lado de la persona de nuestros reyes.

Este príncipe, al verse en esta emergencia, levantó los ojos y el corazón al cielo e invocó el socorro de la Madre de Dios para él y para su ejército. Hizo voto de peregrinar a Chartres, si salía de este aprieto, para darle gracias. Apenas hecha esta promesa se vio al punto rodeado de numerosos nobles, que, seguidos por el resto del ejército y con el favor de la protección celestial, pusieron en derrota al enemigo, tan ventajosamente, que treinta y seis mil quedaron tendidos en el sitio.

Felipe VI de Valois<sup>192</sup> se encontró en un peligro similar, en otra guerra que sostuvo por cerca de veinticinco años, contra los mismos flamencos. Habiendo sido atacados sorpresivamente en su propio fortín recurrió a la que siempre fue reconocida como el más seguro asilo de los franceses. En medio de tan azarosa confusión, en la que la sangre de sus más fieles servidores lo salpicaba, la invocó, y ella se mostró con él tan favorable que en escaso tiempo se vio no solo libre de semejante peligro, sino victorioso de sus enemigos. Al decir de Froissard, ni uno solo escapó.

---

<sup>192</sup> Anota san Juan Eudes: *Este rey está representado a caballo en la iglesia de Nuestra Señora de París, cerca del coro, a la derecha, contra el primer pilar.*



Así pues, la reina del cielo no falta nunca en las necesidades de quienes la honran y la invocan confiadamente.

¡Oh gran princesa, danos fuerza y poder en contra de tus enemigos y usa de tu poder para destruir en nosotros lo que desagrada a tu Hijo y establecer perfectamente el reino de su gloria y de su amor!

## **CAPÍTULO VI**

### ***El Corazón de la gloriosa Virgen es maravillosa expresión de la sabiduría y la verdad de Dios***

La *sabiduría* y la *verdad* divinas no se comunican menos al Corazón de la santísima Virgen que el poder y la fuerza. Para entenderlo es necesario saber primero qué se entiende por sabiduría y ciencia de Dios y qué no es la verdad divina.

Sabiduría y ciencia en Dios son lo mismo. Esta sabiduría es luz divina, sustancial, infinita, inmensa, eterna por la que Dios se conoce perfectamente y conoce sus divinas perfecciones. Es luz mediante la cual él ve, y conoce desde toda eternidad todo lo que ha existido, existe y existirá: su esencia, su naturaleza, sus propiedades y acciones; llega a lo



más profundo de su ser y las conoce mejor que lo que ellas mismas se conocen. Las conoce en la primera y soberana causa que es la causa eficiente, final, ejemplar fundamental de todo. En ella toda realidad creada existe mejor que en sí misma. Así como la obra de un excelente artista existe más noblemente en su espíritu que en sí misma. Así lo dice san Agustín al explicar el dicho de San Juan: *Lo que fue hecho, en él tenía la vida*. Todo lo que fue creado estaba en Dios desde toda eternidad, no solo como viviente sino como vida en Dios, no siendo sino una cosa con él es la vida esencial y eterna.

Esta divina Luz es la esencia misma de Dios. Dios es totalmente luz, ciencia y sabiduría. Dice san Dionisio<sup>193</sup>: “Esta divina Sabiduría es la causa del entendimiento y de la razón, de toda sabiduría e inteligencia. A ella pertenece todo consejo. De ella proceden todo conocimiento y toda prudencia. En ella está encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”.

Y añade<sup>194</sup> “Es luz fontal y original, efusión de luz que se difunde por doquier y que de su plenitud ilumina todo espíritu. Luz que disipa toda ignorancia y todo error en las almas donde entra. Purifica y limpia la vista de su entendimiento de las brumas de la ignorancia; las despierta y les abre los ojos y les comunica inicialmente un ligero

---

<sup>193</sup> *De divinis nominibus*, cap. 7, 1

<sup>194</sup> *Ibidem*, cap. 4, Nos. 5, y 6



resplandor y luego, cuando han gustado la luz y vienen a desearla fuertemente, la acrece en ellas. Y cuando la han amado mucho las ilumina abundantemente”.

Pero infortunadamente la mayoría de los hombres desprecian esta preciosa luz, cierran ante ella sus ojos; llegan a detestarla y prefieren las tinieblas a la luz (Jn 3, 19), la ignorancia a la ciencia, la locura a la sabiduría. De ahí viene que el mundo esté lleno de número incalculable de locos e insensatos, según las palabras del Espíritu Santo: *el número de los insensatos es infinito* (Sir 1, 15). Toman asiento en las tinieblas y en la sombra de muerte, dice san Agustín. Aman y justifican las tinieblas y pasan de tinieblas a tinieblas cada vez más espesas. Y lo más deplorable es que siendo locos y ciegos se imaginan ser sabios y clarividentes (Ro 1, 22). No conocen, en efecto, otra sabiduría que la del mundo que es locura total, como dice la Escritura: *La sabiduría de este mundo es estulticia ante Dios* (1 Cor 3, 19). La verdadera sabiduría no anida en su corazón.

Escuchemos una vez más a san Dionisio: “Es una luz que es principio de toda luz y de cuanto es luminoso; recoge y reúne en unidad todo lo intelectual y razonable, lo que hace que esté estrechamente unido. Lo propio de la ignorancia es dividir y separar los espíritus que están en el error; así lo propio de la luz divina es recoger y reunir por su presencia lo que ella ilumina para perfeccionarlo y



convertirlo a quien es su primer origen, alejándolo de varias opiniones, y recogiendo sus enfoques dispersos y perdidos en varios objetos, o, para decirlo mejor, sus imaginaciones y fantasías distraídas y vagabundas en uno solo, verdadero, puro y uniforme conocimiento; lo colma de una luz que es una y que tiene el poder de dar unidad a todo lo que ella se comunica”. Esta es la sabiduría divina.

Para conocer la verdad divina hay que distinguir en Dios cuatro clases de verdades.

La primera, la verdad de su divina esencia señalada por estas palabras del Hijo de Dios a su discípulo amado: *Esto dice el santo y el verdadero* (Ap 3, 7). Dios se llama así porque él es todo verdad, pues su esencia divina es la verdad en su plenitud, primera y soberana verdad, principio, fin, regla, ejemplar y fundamento de toda verdad. *Yo soy la verdad*, dice Nuestro Señor Jesucristo hablando como Dios. Ciertamente Dios es la verdad esencial pues es la verdadera esencia, la verdadera naturaleza, el verdadero ser que un Dios debe tener, es decir, infinito, inmenso, inmutable, eterno, omnipotente, sabio, bueno, lleno de infinitud de otras perfecciones todas ilimitadas. Ser que es el principio y el fin de todo ser y de toda perfección, infinitamente elevado por encima de todo cuanto existe y de cuanto es posible imaginar de grande y perfecto.



La segunda verdad que hay en Dios es la verdad de su divino conocimiento que es su infinita sabiduría de que acabamos de hablar. Por ella él se conoce perfectamente en sí mismo en toda la extensión sin límites de sus grandezas eternas y por ella ve todo en su divina esencia y lo conoce tal como es. *Todo está manifiesto y abierto ante sus ojos* (Heb 5, 13). Es imposible ocultar algo a su incomprensible sabiduría, y él lo penetra todo hasta lo más íntimo de su esencia.

La tercera verdad que hay en Dios es la verdad de sus divinas acciones. *Todos sus caminos son verdad* (Sal 119, 151). ¿Cuáles son los caminos de Dios? Son sus acciones, acciones de poder, sabiduría, bondad, amor, caridad, misericordia, justicia y de todas las demás que son llamadas *caminos* de Dios. Por ellas viene a nosotros y por ellas nos atrae y nos hace ir hacia él. Estas divinas acciones están llenas de verdad pues son infinitamente perfectas y santas: *Santo en todas sus obras* (Sal 145,13). Son todas concordes con la verdad de su divina esencia.

La cuarta verdad que hay en Dios es la verdad y la fidelidad de sus palabras y promesas: *El principio de tus palabras es la verdad, dice el Espíritu Santo* (Sal 119, 160). La verdad misma pronuncia todas sus palabras: *Fiel es Dios en todas sus palabras* (Sal 145, 13). *La verdad del Señor permanece para siempre* (Sal 117, 2). Promesas estables,



permanentes, inmutables, eternas. *Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24, 35). Tendrán cumplimiento hasta en su última *jota*. Se llama a sí mismo *fiel y veraz* (Ap 19, 11).

Estas son las cuatro verdades que hay en Dios. Son una sola verdad expresada en estas sagradas palabras: *Señor, Dios poderoso, ¿quién hay semejante a ti? Eres poderoso y tu verdad te rodea* (Sal 89, 9). Es decir, en ti no hay más que verdad. Solo contemplamos en ti la verdad. Eres todo verdad. Verdad en tu esencia, verdad en tu conocimiento, verdad en tus acciones, verdad en tus promesas y en todas tus palabras.

Esta verdad soberana e increada es el principio de cuatro otras verdades que hay en las criaturas.

La primera es la verdad del ser natural o sobrenatural de cada cosa, o sea, del ser de naturaleza o del ser de gracia. Esta verdad consiste en la conformidad que cada cosa debe tener con su primera regla y su causa ejemplar, que es la idea y la concepción que Dios se formó de cada ser desde la eternidad mediante su divina sabiduría. De suerte que una cosa es verdadera cuando es tal como Dios tuvo el designio desde siempre al hacerla. Por ejemplo, el verdadero oro es el que es conforme con la idea que la divina sabiduría concibió cuando tuvo el designio de hacer verdadero oro. Si es algo distinto es oro falso. Lo mismo



puede afirmarse de todas las demás cosas que Dios hizo en el orden de la naturaleza o en el de la gracia. Las que son tales como Dios tuvo el designio de hacerlas son verdaderas pero las que no son conformes con ese designio son falsas, vanas y mentirosas.

De allí viene que Nuestro Señor dice del ángel malo, que es el diablo, que no permaneció en la verdad (Jn 8, 44). Y el Espíritu Santo nos declara que el hombre no es más que vanidad: *Todo hombre viviente es todo vanidad* (Sal 39, 6), es decir, que la verdad no está en él, solo tiene mentira, falsedad y engaño. A menudo en la Escritura la palabra *vano* equivale a *falso y mentiroso* y la palabra *vanidad* es lo opuesto a la verdad, o sea, es mentira y falsedad. El Espíritu Santo habla así del hombre porque no permaneció en la verdad de su naturaleza y en el estado de rectitud, de pureza, e inocencia en que fue creado por Dios. Dios hizo un hombre justo, santo, capaz de conducirse por la recta razón y por la divina voluntad, pero se pervirtió y cayó en tal depravación que se hizo semejante a las bestias: *Comparable a jumentos irracionales y semejante a ellos* (Sal 49, 13).

Parece entonces que podría afirmarse que hay pocos hombres que puedan llamarse tales. La tierra parece estar poblada por hombres que lo son solo en apariencia, falsos hombres y verdaderos irracionales. Este mundo semeja un



auténtico desierto en el que hay cantidad de bestias y muy pocos hombres. *Quedan pocos hombres* (Is 24, 6). Solo se ven allí cerdos entre el fango y el barro, envueltos en la suciedad y que se alimentan solo de inmundicia y fetidez; perros llenos de envidia y rabia; zorras llenas de astucia y marrullería; lobos depredadores y devorantes; leones que solo respiran furor y matanza; tigres llenos de venganza y crueldad.

La segunda verdad que hay en la criaturas es la verdad del conocimiento, sea natural o sobrenatural, el que procede de la luz natural de la razón o de la ciencia, adquirido mediante el uso de la inteligencia humana; y el que procede de la luz sobrenatural de la fe y de las verdades cristianas que aprendimos. Esta verdad consiste en la conformidad existente entre nuestro conocimiento y la verdad de los conocimientos de la divina sabiduría; con ella nos conformamos cuando conocemos la realidad como Dios la conoce, o sea, conocerla tal como es, si bien no podemos conocerla con la claridad y perfección del conocimiento divino. Esto se logra solo con la luz de la fe, pues para conocer la realidad como es en sí, es necesario juzgarla como Dios lo hace; hay que considerarla en la verdad de Dios y con sus ojos, es decir, con los ojos de la fe, la cual es participación de los ojos de Dios, de la luz de Dios, de la verdad de Dios; esto se llama en la divina Escritura *caminar*



*por la senda de la verdad* (Sal 109. 30), o sea, escoger el camino de la verdad. Es verdad que la fe no nos hace ver la realidad tan clara y manifiestamente como Dios la ve, pero nos la hace ver cierta e infaliblemente como Dios la ve. Es luz verdadera que jamás miente. Toda otra luz de este mundo es incierta y puede engañarse y de hecho así acontece a menudo.

De donde se deduce que hay poca verdad en los conocimientos de los hombres y que de ordinario están llenos de error, mentira y falsedad, pues la mayor parte de los hombres se dejan llevar de sus movimientos, pasiones y sentidos como los irracionales; algunos solo con las luces de la razón humana que son cortas, débiles y oscuras sobre todo a partir de que el hombre fue marcado por el pecado; pero hay muy pocos que se conducen por la ciencia y la verdad de Dios, es decir, por las luces de la fe y de las verdades cristianas. Dice el Espíritu Santo: *La verdad y la ciencia de Dios no existen en la tierra* (Os 4, 1), y por tanto, *Toda la tierra está sumergida en un diluvio de maldiciones, mentiras, fraudes, engaños, falsedades, perjurios, disensiones, enemistades, guerras, asesinatos, robos, adulterios y toda suerte de crímenes*, amontonados sin cesar por el hombre (Os 4, 2).

En efecto, si la verdad y la ciencia de Dios estuvieran en ellos conocerían a Dios, y si conocieran las grandezas



incomprensibles de su majestad, su justicia y su bondad, lo honrarían, le temerían, lo amarían. Si siguieran las luces de la fe conocerían la fealdad infinita y el horror espantoso del pecado. Lo aborrecerían y huirían de él. Conocerían la bajeza, vaciedad y nada de todo lo que el mundo estima y lo menospreciarían. Se conocerían a sí mismos y se humillarían y podrían decir con el profeta rey: *Con tu verdad me humillaste* (Sap 119, 5).

Pero, puesto que la verdad y la ciencia de Dios no iluminan sus mentes, se sigue necesariamente que están llenos de ignorancia, oscuridades y vanidad, es decir, de mentira, falsedad e ilusiones en sus conocimientos y juicios. *Vanos son todos los hombres en los que no habita la ciencia de Dios* (Sab 13, 1). Son tan ciegos que toman el bien por el mal, las tinieblas por luz, y hacen pasar el vicio por virtud y la virtud por vicio.

Contra ellos Dios lanza esta amonestación: *Infortunio para ustedes, los que llaman bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno; que dan a las tinieblas el nombre de luz y a la luz la llaman tinieblas; que hacen pasar lo amargo por dulce y agradable y lo que es dulce por lo amargo y repugnante* (Is 5, 20). Y añade: *Infortunio a ustedes, los que imaginan estar llenos de claridad, sabiduría y prudencia y en cambio están repletos de tinieblas y ceguera, y de la más alta locura que pueda imaginarse* (Is 5, 21).



La verdad de las acciones, tercera verdad de las criaturas. Consiste en que las acciones concuerden con la divina voluntad, norma soberana y suprema verdad. *Tu ley es la verdad*, ella debe guiarnos en todo lo que hacemos. Todas las acciones conformes con esta ley eterna y esta verdad esencial son verdaderas. Todas las acciones no conformes con ella son vanas o sea, falsas y mentirosas. Y entonces, hacer las acciones santas y vivir santamente se llama en lenguaje de Dios, en las divinas Escrituras, *hacer la verdad* (Ez 18, 9), y *caminar en la verdad* (3 Jn 3), Por el contrario, realizar acciones malas y vivir mal se llama *salirse del camino de la verdad* (Sab 5, 6). Esto se llama *hacer la mentira* (Jer 8, 10), *pecar y mentir contra Dios* (Is 49, 13). Siendo todos los hombres pecadores, el Espíritu Santo nos declara que *todos los hombres son mentirosos* (Sal 116, 11). Concluimos entonces que el hombre no miente solo de boca sino también por sus obras.

Se puede decir con el profeta rey que las verdades son escasas entre los hijos de los hombres: *Han escaseado las verdades entre los hijos de los hombres* (Sal 12, 2). No solo en sus conocimientos sino también en sus acciones y palabras y, con otro profeta, que ya no se sabe lo que es la verdad y *ha desaparecido casi del todo de la memoria de los hombres* (Is 49, 15). Así toda la tierra está ha llena de mentira y falsedad.



La verdad de las palabras es la cuarta verdad de los hombres, y no es menos rara que la precedente, incluso entre los cristianos que son hijos de un Padre y miembros de una cabeza que se llama *fiel y veraz* (Ap 19, 11). La mayoría merece llamarse más bien infieles pues no hay fe, ni fidelidad ni verdad en sus palabras y en sus promesas.

Hace mucho tiempo se pronunció esta profecía de Daniel: *la verdad será arrojada al suelo y pisoteada con los pies* (Dn 8, 12). Mucho hace que se contempla el efecto de esta palabra de Isaías: *La verdad cayó muerta en la plaza de la gran ciudad de Jerusalén* (Is 49, 14). Es decir, cayó muerta pública y visiblemente entre los cristianos pues no solo murió en algunos sino en la mayoría de ellos, y no solo en sus palabras sino en sus conocimientos y acciones. ¿Y quién le dio muerte? El pecado, el anticristo, que dieron muerte a los dos testigos de la verdad, o sea, los profetas y el Evangelio, y mataron la verdad en todos los cristianos.

¿Señor, no es acaso la verdad tu hija primogénita? ¿Hasta cuándo vas a permitir que la mentira se asiente en el trono y que esta princesa del cielo esté bajo sus pies? ¿Cuándo la vas a liberar de ese oprobio? ¿Cuándo la resucitarás? Pero ¿cuándo, Padre santo, resucitarás a tu Hijo, que es la verdad eterna, que ha muerto en los corazones de la mayoría de los cristianos? ¿Cuándo esta verdad increada por la que has creado y reparado todo, será



conocida por los que tienen tanta obligación de conocerla, adorarla y amarla? ¿Date prisa, Dios mío, para que veamos el cumplimiento de las divinas palabras que tu boca adorable pronunció hace tanto tiempo: *Me conocerán todos, desde el mayor al menor* (Jer31, 3).

Pero nos hemos alejado no poco de nuestro divino objeto, es decir, del bienaventurado Corazón de nuestra divina Madre. Volvamos a este agradable paraíso, y luego de haber considerado las excelencias de la sabiduría y de la verdad de Dios, veamos los efectos maravillosos que esos dos divinos atributos obran en este admirable Corazón y cómo están impresos en él.

Si el Espíritu Santo nos asegura que el alma del justo es la sede de la sabiduría divina puede decirse que el Corazón de María, Madre de Jesús, es el trono de esta misma sabiduría y el más elevado y rico trono que jamás haya tenido y que tendrá por siempre, en tierra y cielo. No es solo su trono. Es su imagen viviente, pues es el Corazón de la Madre de aquel que las sagradas Escrituras llaman la *sabiduría de Dios* (1 Cor 1, 21.24). En él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia divinas. Seguramente la compartió sin comparación más con la que le dio la vida como no lo hizo nunca con Salomón ni con los sabios antiguos del universo.



Jamás ni la prudencia de la carne ni la sabiduría del mundo tuvieron acceso alguno a este sagrado Corazón. Es tesoro inagotable y abismo sin fondo de prudencia angélica, de ciencia santa, de luz celestial y de divina sabiduría, pues este Corazón luminoso fue y será siempre la casa del Sol eterno de la sabiduría increada, pues tuvo siempre y por siempre tendrá en él su morada eterna. De él habla Isaías en estos términos: *Se llamará ciudad del sol* (Is 19, 18).

San Bernardino de Siena clama que fue llena de la luz de la divina sabiduría, desde el vientre de su madre y que tuvo desde entonces perfecto conocimiento del Creador y de todas las criaturas irracionales, racionales e intelectuales, al menos en general. *La Virgen fue ilustrada con tanta luz de la divina sabiduría, desde el vientre materno, que no solo fue llena del uso pleno de la razón sino también de altísima contemplación. En dicha luz penetró en el conocimiento de cuádruple naturaleza creada, al menos en general. Primero, de la naturaleza creada irracional; segundo, de la naturaleza creada racional; tercero, de la naturaleza creada espiritual; cuarto, de la naturaleza increada divina*<sup>195</sup>. Conoció en Dios todo, como en su causa primera y universal. Dios era, en efecto, el objeto único de su mirada y su amor. Solo en Dios contemplaba todo. Nada veía sino en Dios. Descubría a Dios en todas las criaturas

---

<sup>195</sup> Serm. 13. De xalt. B.V. in gloria



como su principio, su fin, su centro, su ejemplar, autor y conservador de todo ser creado. Veía todas las criaturas en Dios como otras tantas participaciones de su ser soberano y de sus divinas perfecciones. Y así como *Dios ama todo lo que existe y nada aborrece de cuanto hizo* (Sab 11, 29), así el Corazón de la Madre de Dios estuvo siempre lleno de amor e incluso de respeto hacia todas las criaturas racionales e intelectuales, como imágenes y semejanzas; las irracionales e insensibles como vestigios y trazas; y todas en conjunto como ejemplares y participaciones de la Divinidad.

Si el Corazón de la Madre del Sol eterno se vio colmado de sus divinos resplandores, desde el comienzo de su vida, juzguen cómo sería en el progreso y en el final. De instante en instante iba creciendo en gracia y amor y adelantaba igualmente en luz y sabiduría. Dice san Bernardo: *Muy acertadamente María se nos presenta revestida del sol pues penetró en lo profundo del abismo de la sabiduría divina por encima de cuanto es posible pensar y creer. De manera que, en cuanto es posible a la condición de criatura realizarlo por fuera de la unión personal con Dios, parece que hubiera sido sumergida y como abismada en dicha luz inaccesible*<sup>196</sup>.

Desde que esta Madre incomparable está en el cielo, totalmente absorbida en el océano de la sabiduría eterna, su Corazón es mar de ciencia y abismo de de sabiduría. Dios

---

<sup>196</sup> *Sermo in signum magnum.*



la asoció a su imperio, la hizo participante de su divina raleza, la constituyó reina y emperatriz del cielo y de la tierra y le comunicó poder sobre todas las criaturas que hay en el universo. Colmó también su Corazón de las luces de su adorable sabiduría a fin de que conociera todo cuanto depende de su autoridad y lo rija y gobernara todo de acuerdo a sus necesidades y siguiendo las órdenes de su divina voluntad.

Ella conoce en especial a los que le profesan devoción especial; sabe de los designios de Dios sobre ellos, de las sendas por las que él quiere que marchen para ir a él; del estado y disposiciones de sus almas, de los accidentes que les ocurren; de los peligros que encuentran; de las penas que sufren, interiores y exteriores; de las tentaciones que los asedian, de todas las malas intenciones que sus enemigos tienen en su contra, y en general de todas sus necesidades corporales y espirituales. En todo les presta ayuda, los favorece y defiende,; los fortalece y les alcanza de su Hijo los auxilios que les son necesarios y convenientes. Obra en ellos las bondades de una verdadera Madre. Juzguen qué felicidad y provecho el de los que se esfuerzan por hacerse dignos de ser contados en el rango de los verdaderos hijos de su Corazón.



Estos son algunos de los efectos que la divina sabiduría realiza en este Corazón admirable. Veamos ahora la obra de la divina verdad en ella.

### **Sección única**

#### *Imagen de la divina verdad en el Corazón de la santa Virgen*

La divina verdad imprime su imagen de forma muy excelente en el Corazón de la santa Virgen. En efecto, si, Dios es todo verdad, por eso es llamado el *santo y el veraz* (Ap 3, 7), así el Corazón de la Madre de Dios estuvo siempre pleno de verdad. Y entre los corazones de las puras criaturas que han existido en la tierra, solo el Corazón de la Madre del Creador puede decirse que ha estado siempre colmado de verdad, pues este Corazón se mantuvo siempre perfectamente acorde a su regla y ejemplar, esto es, al Corazón adorable de la Divinidad. Denme todos los corazones de los hijos de Adán, cualesquiera sean, les diré con el Espíritu Santo que hubo un tiempo en que fue verdadero decir: *Su corazón fue vanidad* (Sal 5, 10). Es decir, corazón vacío de verdad porque no ha existido nunca uno solo que haya sido siempre perfectamente verdadero y fiel a Dios. Solo hay el Corazón de la Madre del que es la verdad increada y esencial, del que haya podido decirse desde el



primer momento de su vida hasta el último, *es Corazón santo y verdadero* pues estuvo siempre del todo adherido a los designios que Dios tuvo siempre sobre él desde toda la eternidad, pues fue siempre santo y perfecto como lo Dios lo quería. *Todo lo que pasó en ella es por entero pureza y sencillez, santidad y verdad*, al decir de san Jerónimo<sup>197</sup>.

Además, Dios es infalible en sus juicios y conocimientos, pues es imposible que llegue a engañarse, dado que todo lo juzga con su verdad (Sal 96, 13). Asimismo, la bienaventurada Virgen jamás cayó en engaño a los suyos pues su Corazón estuvo siempre lleno y poseído del espíritu de verdad que la conducía en todo por las luces infalibles de la fe, que es participación de la divina Verdad.

Si todas las acciones y palabras de Dios están llenas de verdad e incluso son la verdad misma, de igual manera todas las acciones y palabras de la Madre de Dios fueron siempre verdaderas, es decir, conformes a la santidad, perfección y verdad de las acciones y palabras de Dios. Provenían, en efecto, de un Corazón santísimo, perfecto y verdadero pues según testimonio del Hijo de Dios el corazón del hombre es el principio de todos sus pensamientos, palabras y acciones, buenos y malos (Lc 6, 45). Por todo esto consideramos que el Corazón de la

---

<sup>197</sup> *Sermón de la Asunción de la Virgen María*



preciosa Virgen es vivo retrato de la sabiduría y de la verdad de Dios.

¿Quieres, querido hermano, que esta verdadera sabiduría y esta sapientísima verdad establezcan su trono en tu corazón? Concibe ante todo gran deseo de alcanzarlo; fíjate la resolución de hacer todo lo que puedas para disponerte a ello. Y para ese fin, haz profesión de renunciar enteramente a la sabiduría del mundo y a la prudencia de la carne y no te dejes gobernar jamás por sus máximas. Guárdate de los errores y falsedades de que el mundo está inundado.

Cuídate de tu propio espíritu más que de los espíritus malignos del infierno. Considéralo como a un seductor, peligroso y astuto, que trata de seducirte. Desconfía mucho y no sigas sus sutiles ilusiones.

Acostúmbrate a sopesar y juzgar todo y no sigas opiniones meramente humanas ni los pensamientos de tu entendimiento sino las luces y verdades de la fe, a fin de que seas del número de los que habla san Juan: *No hay nada que me dé más contento que cuando conozco que mis hijos caminan por el camino de la verdad* (3 Jn 4).

A menudo repite algunas de las siguientes oraciones, en particular cuando tengas que hacer alguna acción que te pide luces especiales.



*“Oh mi Dios, líbrame del hombre inicuo y engañoso”, es decir, de mí mismo, de mi amor propio y de mi propia voluntad, de mi propio espíritu, lleno de malignidad y engaño (Sal 43, 1). “Líbrame de mí mismo y consérvame en ti. Destruye lo que he hecho y toma posesión de la obra de tus manos; nunca me perteneceré tanto como cuando más te pertenezco”<sup>198</sup>.*

*“Envíame, oh Dios, tu divina sabiduría desde tu santo cielo y del trono de tu grandeza, a fin de que esté siempre conmigo y me guíe en mis caminos, que trabaje conmigo y me dirija en mis pensamientos, palabras y obras y me haga conocer siempre y por doquier lo que te es más agradable” (Sab 9, 10). Oh Madre de la sabiduría eterna, me doy a ti, entrégame a ella, por favor.*

*“Señor, hazme ver los caminos que debo seguir para ir a ti; revélame las sendas por donde debo caminar” (Sal 25, 49) para agradarte. No permitas que me conduzca según las condenables máximas de la sabiduría del mundo y de la prudencia de la carne. Que no me deje seducir por las ilusiones del padre de la mentira, del mundo falaz y de mi propio espíritu, sino “dirígeme según tu verdad; haz que marche por los caminos de los hijos de la luz y de la verdad y que me guíes en todo siguiendo las luces de la fe, pues tú eres mi Dios y salvador”.*

---

<sup>198</sup> Casiodoro. Lib de anima, cap. 20



*“Envíame tu luz y tu verdad: que ellas me conduzcan y lleven (o según san Jerónimo: ellas me conduzcan e introduzcan) en tu monte santo y en tus tabernáculos (o según el texto hebreo: en el monte del santuario y en la escuela de la casa de tu divinidad”)* (Sal 43, 3). Ese santuario y esa escuela es el Corazón de Jesús y su sagrada Madre, que son los más santos tabernáculos de tu divinidad, y la más divina escuela de tu adorable sabiduría y de tu eterna verdad. Dos tabernáculos que son uno solo; dos escuelas que forman una sola escuela. Dos Corazones que son un solo Corazón, la más alta y sublime montaña y el más venerable santuario de tu divina Majestad.

Que tu celeste luz, Dios mío, y tu divina verdad me conduzcan a esta santa montaña y me abran la puerta de este augusto santuario y de esta sapientísima escuela, para que pueda contemplar y honrar los efectos maravillosos que tus divinos atributos obran allí, y así seas alabado y glorificado por siempre. Que yo aprenda allí la ciencia y la sabiduría de los santos y estudie las máximas de tu admirable sabiduría, las lecciones de tu luminosa verdad y lo que debo hacer para formar y modelar mi corazón según el modelo de este amabilísimo Corazón de Jesús y María que es ejemplar y regla de todos los corazones que desean amarte y complacerte.



## CAPÍTULO VII

### ***El Corazón de la Madre de Jesús es imagen de la bondad de Dios y de su divina providencia***

La divina teología reconoce y adora en Dios tres clases de *bondad* que son una sola bondad: la bondad natural, la bondad moral y la bondad de benevolencia o de beneficencia llamada por algunos benignidad.

La bondad natural es la perfección y belleza de la naturaleza que encierra todas las excelencias infinitas de la divinidad. Representate una potencia infinita, una sabiduría infinita, una luz infinita, una felicidad infinita, una gloria infinita, una santidad infinita, una majestad infinita y una inmensidad y otras perfecciones todas infinitas. Todo esto se encuentra en la bondad natural de Dios, mar inmenso de infinidad de bienes.

La bondad moral comprende todas las virtudes morales que Dios posee en grado eminente y en perfección infinitamente elevada, por encima de cuanto los espíritus creados puedan decir o pensar.

La bondad de benevolencia y beneficencia es la inclinación sin límites que Dios tiene de comunicarse. Procede de su bondad natural. Como un vaso pleno de licor precioso lo comunica con efusión así lo que rebosa de



perfección tiene inclinación natural a comunicarla. Por eso Dios, como es océano inmenso, lleno, colmado y rebosante de infinidad de bienes y perfecciones tiene la propensión indecible e incomprensible de comunicarlas y difundirlas con efusión y generosidad dignas de la divina magnificencia. Lo hace de dos maneras: en sí mismo y fuera de sí. En sí mismo por comunicación natural y afortunadamente necesaria mediante la cual el Padre comunica su naturaleza divina y todas las maravillas que ella contiene a su Hijo amadísimo, y el Padre y el Hijo al Espíritu Santo. Y hacia fuera de sí, mediante comunicación libre y no necesaria por la que Dios comunica, no ya su naturaleza y su esencia, sino su imagen y semejanza, su sombra y sus huellas, a todas las criaturas que existen en el orden de la naturaleza, en el orden de la gracia y en el orden de la gloria.

En el orden de la naturaleza comunica su ser a todas las criaturas que existen: su vida a todo lo que vive, sea en la vida racional sea en la vida sensitiva o vegetativa; su poder a lo poderoso; su sabiduría a los seres intelectuales; su bondad a las cosas buenas; su belleza a lo bello; su luz a lo luminoso; su estabilidad y firmeza a lo que es estable y firme; su inmortalidad a los seres inmortales; su dicha y felicidad a los que gozan de contento y alegría, no solamente a quienes solo tienen el ser sino también el



bienestar, o sea que poseen deleite y satisfacción natural. Generalmente se comunica él mismo y sus divinas perfecciones a cuanto se encierra en el orden de la naturaleza, por la creación, la conservación y el gobierno y dirección de todo ser natural.

En el orden de la gracia se comunica con mayor abundancia a las criaturas racionales e intelectuales, por el misterio adorable de la encarnación, por los demás misterios de la vida de su hijo Jesucristo, nuestro redentor, por los santos sacramentos que estableció en su Iglesia, en especial por la santísima Eucaristía y por varios otros medios por los que difunde sus gracias en nuestras almas si no interponemos obstáculo.

En el orden de la gloria se comunica plena y perfectamente a los bienaventurados; los reviste de su gloria y los colma de felicidad; los embriaga de sus goces haciendo que disfruten de los bienes que posee.

Finalmente, como dice san Dionisio<sup>199</sup>, como el sol alumbr a cuanto puede participar de su luz, maravillosamente difundida y propagada, desplegando por todo el mundo, hacia arriba y hacia abajo, sus rayos brillantes de manera que nada de lo visible escape a la grandeza sin límites de su claridad, así la divina esencia extiende su bondad a todos los seres como su principio, su conservación y su fin, y como causa universal y bien general

---

<sup>199</sup> *De divinis nominibus*, cap. 4,4



e infinito. De él todo recibe ser y bienestar y en él todo tiene consistencia. Y en él están encerrados todos y conservados como en un fondo que abarca y comprende todo.

Esta amabilísima bondad comunica sus divinas inclinaciones y sus admirables cualidades con mayor efusión y plenitud al santísimo Corazón de la muy buena y amable María que a todas las criaturas juntas que hay en el universo. Después del Corazón de Dios no hubo ni habrá un corazón tan bueno, generoso, bienhechor, magnífico y tan pleno de benignidad que este Corazón admirable.

Corazón tan lleno de bondad como el Corazón de María, la Madre de Jesús, no lo hay. Así se expresa san Bernardo<sup>200</sup>: *¿Por qué temes, fragilidad humana, acercarte a María? No hay en ella severidad, nada que infunda temor. Es toda amabilidad. Hojeen cuidadosamente toda la historia evangélica y si encuentran en ella la mínima señal de rigor y severidad, el menor indicio de indignación, teman presentarse ante ella. Pero si, por el contrario, encuentran en esta Virgen (como de seguro lo van a encontrar) un Corazón lleno de amor, de piedad, de dulzura y bondad den gracias al que por su gran benignidad les ha dado tal Mediadora.*

Tiene ella un Corazón tan lleno de bondad que jamás rechaza a quien acude a ella con humildad y confianza. *Encontrada María, se encuentra todo bien*, dice el sabio Idiota, autor antiguo del año novecientos<sup>201</sup>. “Quien encuentre a María encontró un tesoro inagotable de toda

---

<sup>200</sup> Sermón sobre el Signum magnum del Apocalipsis

<sup>201</sup> Raimundo Jourdain, por humildad se hizo llamar El Idiota. Escribió *Contemplatio de B. Virg.* Prólogo



clase de bienes, pues ella ama a quienes la aman, incluso sirve a quienes le sirven. Tiene gran poder para apaciguar la cólera de su Hijo y para reconciliar a quienes se afeccionan a servirla. Su benignidad es tal que todos pueden abordarla sin temor pues jamás rechaza a alguien. Nadie es desechado por ella”. ¿No es esto lo que le decimos en esa hermosa oración que algunos atribuyen a san Bernardo y otros a san Agustín?: “Acuérdate, piadosísima Virgen María, que desde que el mundo es mundo, jamás se oyó decir que ninguno que haya acudido a tu protección, implorado tu auxilio, o pedido el favor de tu intercesión, haya sido desatendido por ti”.

María tiene un Corazón tan lleno de bondad que todo lo que se le pida de buen corazón lo concede; Oh bienaventurada María, el que te ama honra a Dios; el que te sirve complace a Dios; el que invoca tu nombre con limpio corazón obtiene infaliblemente lo que te pide, dice san Bernardo<sup>202</sup>. Y el papa Inocencio III<sup>203</sup>: ¿Quién la ha invocado con corazón sincero y no ha sido escuchado?; Blosio anota: A nadie rechaza y se muestra benigna y acogedora con todos. El cielo y la tierra perecerán antes que ella niegue su socorro a quien la invoca seria y afectuosamente. Y san Bernardo<sup>204</sup> una vez más dice: Que jamás hable de tus misericordias, Virgen santa, quien habiéndote invocado en necesidad se acuerde de que le hayas fallado en sus premuras.

Tiene un Corazón tan bueno y bondadoso que usa de sus bondades no solo con los buenos sino incluso con los malvados; no solo con los fieles sino también con los infieles.

---

<sup>202</sup> Citado por Pelbarto, lib. 4, part.1, art. 2.

<sup>203</sup> Sermón de la Asunción

<sup>204</sup> Sermón de la Asunción.



*Eres compasiva en esta vida con buenos y malos, dice el venerable religioso Raimundo Jourdain, abad de Celles, que por humildad singular tomó el nombre de Idiota. Ayudas a justos y a pecadores; a los justos conservándolos en estado de gracia por cuya razón la Iglesia la llama madre de la gracia, y a los pecadores encaminándolos nuevamente hacia la divina misericordia y por eso la Iglesia la llama Madre de Misericordia*<sup>205</sup>.

Quienes han residido en la ciudad de Constantinopla, bajo las manos de los Turcos actualmente, nos aseguran que hay una imagen de la Virgen santa por la que Dios hace muchos milagros no solo para favorecer a los cristianos del país sino también a los infieles, que hacen novenas por ellos y por sus hijos cuando están enfermos; muchos reciben sanación por mediación de esta muy bondadosa y poderosa Virgen.

Tiene un Corazón tan lleno de benignidad que no solo socorre a quienes imploran su ayuda sino también a quienes no la invocan. Escucha a san Bernardo<sup>206</sup>: *De maravillarse cuando compasiva acude a quienes la invocan, y aún más cuando presta su auxilio a quienes no le suplican.*

Escuchemos una vez más al santo abad Bloisio<sup>207</sup>: *A nadie desdeña, nunca rehúsa su asistencia a alguien; consuela y conforta a cuantos imploran su ayuda; abre su Corazón lleno de benignidad a cuantos le ruegan; está siempre dispuesta a socorrer a cuantos recurren a ella; incluso por exceso de su bondad se anticipa a menudo a*

---

<sup>205</sup> Contemplación de B. M. Part. 5r, cont. 2

<sup>206</sup> Sermón de la Asunción:

<sup>207</sup> *In Paradiso animae*, cap. 18



*quienes no piensan y no abrigan sentimiento alguno de compasión; los atrae suave y eficazmente a Dios mediante las gracias que les alcanza; así es ella y así la ha hecho la divina bondad que nos la ha dado para que todos puedan dirigirse a ella sin temor alguno y con entera confianza.*

Tiene un Corazón tan lleno de bondad que ama incluso a quienes la rechazan y paga con bien a quienes le hacen mal; sacrificó a su propio Hijo por aquellos que lo crucificaron.

Finalmente, su Corazón está tan colmado de bondad y benignidad que sus efectos se sienten por doquier, en todo tiempo, en toda clase personas y en toda clase de necesidades espirituales y corporales. La caridad de los demás santos es universal, mas sin embargo la ejercen con preferencia en los lugares y con las personas de quienes son patronos particulares; su poder y su auxilio están de ordinario vinculados a ciertos lugares y a ciertas necesidades. Pero como la sagrada Madre de Dios es Madre de todos los cristianos, reina de todos los hombres, patrona y abogada de todos los hijos de Adán, emperatriz del cielo y de la tierra, Señora soberana de todas las criaturas, así su bondad y sus cuidados se extienden por todas partes y sobre todas las cosas. Dice san Bernardo: *Se ha hecho toda para todos; abre a todos su Corazón lleno de bondad a fin de que todos reciban de su plenitud*<sup>208</sup>.

*Es la reina de todas las criaturas*, al decir de san Efrén<sup>209</sup>, muy santo y antiguo autor: *única esperanza de los*

---

<sup>208</sup> *Sermón sobre el Signum magnum.*

<sup>209</sup> *Homilía de laudibus B. M-V-*



*patriarcas, gloria de los profetas, alabanza de los apóstoles, honor de los mártires; luz, gozo y corona de todos los santos; honor de Aarón, esplendor de Moisés, tablas de la ley universal, verdadera arca de la alianza, libro de la vida, estrella del cielo, paraíso de delicias, jardín de inmortalidad y de toda belleza, árbol de vida, santo propiciatorio, ciudad de refugio, trono del Altísimo, escala y puerta de los cielos, abogada de los pecadores, puerto de los extraviados, refugio de los huérfanos, redención de los cautivos, gozo de los enfermos, consuelo de los afligidos, salvación y vida de todos.*

Muchos otros santos Padres usan el mismo lenguaje y nos aseguran que la benignidad inmensa del bondadoso Corazón de la Madre de amor se extiende generalmente a todos los lugares y tiempos, y sobre todos los seres, por comunicación abundantísima y participación eminente de la infinita bondad de Dios y fruto de la divina providencia.

Como la adorable *providencia* se aplica al gobierno y la dirección general y singular de todo lo creado, de lo más grande a lo más pequeño, así la poderosa y buena Madre de Dios, reina y gobernadora del universo, difunde los afectos y preocupaciones de su Corazón real por todo el universo, sobre todo lo que cae bajo el recinto de su estado y gobierno, para encaminarlo al fin último para el que fue creado que es la gloria de su divina majestad. Atiende especialmente a las criaturas racionales y en especial a los cristianos, sobre todo a los verdaderos hijos que se empeñan por honrarlo, servirlo e imitarlo.



Su Corazón maternal les ofrece cuidado y providencia singulares y mantiene su mirada fija en ellos; los conserva y protege como a las niñas de sus ojos; asume la guía y conducción de su vida y de sus acciones; los lleva de la mano por sus caminos; remueve a su paso obstáculos e impedimentos que puedan hacerlos tropezar, caer, o retardar; les procura las ayudas que puedan fortalecerlos y hacerlos avanzar; incluso los lleva en sus brazos y en su regazo virginal, en los pasos peligrosos donde acecha el riesgo; finalmente los asiste muy cuidadosa en el azaroso paso de esta vida a la otra; los defiende con su poder de las acechanzas y esfuerzos del enemigo de su salvación; recibe sus almas entre sus cariñosas y benignas manos a su salida del cuerpo; con gozo indecible los lleva al cielo y los presenta con bondad increíble a su Hijo amadísimo.

Oh Madre admirable, ¿quién podría contar los efectos maravillosos de la bondad y de la providencia de tu caritativo Corazón hacia los que te honran y aman como a su Madre? Sería como contar las estrellas del cielo y las gotas d agua del mar, y todas las briznas de hierba que hay en la tierra. Si este Corazón magnífico tiene tanta bondad para los que no lo buscan y para los que no le prestan ningún servicio, hacia los infieles que no lo conocen y hacia los pérfidos judíos que le causaron tantos dolores, hacia los soberbios herejes que lo menosprecian y de los cuales conviertes gran número ¿de cuánto amor y ternura rebosa tu Corazón para los que te veneran, te aman y ponen su contento en pensar en ti, hablar de ti y publicar tus alabanzas, en dar gracias a Dios por los favores que de ti reciben, y te sirven y honran en



todas las maneras y hacen que los demás te honren y sirvan?

¡Honor, gloria y alabanza eterna a la infinita bondad de Dios y a su admirable providencia, por haber comunicado tan generosamente sus divinas inclinaciones a tu santísimo Corazón! ¡Gracia, paz, bendición y felicidad inmortal a los corazones de los que se esfuerzan por grabar en ellos una imagen y semejanza de la benignidad de tu divino Corazón! Destierra enteramente de su corazón toda clase de amargura, acritud y aversión hacia tus hermanos; conserva cuidadosamente en ti la caridad, ternura, y bondad; que tus fieles se abstengan de juzgar y condenar a nadie temerariamente; que se guarden de contristar o incomodar a quienquiera que sea; que prefieran los intereses y satisfacciones de los demás a los intereses y satisfacciones propios; que huyan los conflictos como del enemigo de la paz y la bondad; que se esmeren en complacer a su prójimo para su edificación, según estas palabras: *Cada uno complazca a su prójimo en cuanto al bien y la edificación* (Ro 15, 2); que piensen, juzguen, hablen bien de todos; que sean siempre disponibles, acogedores, afables, generosos y serviciales en la medida de lo posible; que los asistan pronta y alegremente en sus necesidades corporales y espirituales, especialmente a los pobres, las viudas, los huérfanos, los afligidos y los extranjeros, pues todos estos nos han sido especialmente recomendados por la boca de Dios en las Escrituras; que hagan profesión de amar a los que los odian, de bendecir a los que los maldigan y de hacer el bien a quienes les hacen el mal a fin de vencer la malevolencia a



fuerza de bondad; finalmente, que se esfuercen en hacer todo el bien que les sea posible. Todo esto por amor de su bondadosísimo Salvador de quien se dijo: *pasó haciendo el bien* (Hch 10, 38). Recorrió los caminos de este mundo en el ejercicio de su bondad por todos.

¡Oh Madre de bondad, te ofrecemos nuestros corazones. Imprime en ellos, por favor, una imagen perfecta de la benignidad incomparable de tu caritativo Corazón y destruye por entero en ella cuanto le es contrario!

### **Sección única**

#### *Bondad admirable del Corazón de la santa Virgen con dos Padres capuchinos*

Leí lo que sigue en los Anales de los Reverendos Padre Capuchinos del año 1630. Se refiere allí, en la vida del hermano Benito de Gasoldo, de la provincia de Venecia, la devoción muy particular que tenía dicho Hermano a la Madre de Dios. Pidió permiso a sus superiores para ir a visitar la casa de Loreto. Obtenido el permiso se puso en camino acompañado de un hermano capuchino, también devoto ferviente de la Virgen María. Después de haber hecho camino tres o cuatro días, sorprendidos por la noche y no encontrando casa donde pudieran refugiarse, vieron de pronto dos pajes, cada uno con una antorcha en la mano, que los invitaron de parte de una gran Dama, su señora, a entrar en su palacio que se encontraba próximo. Habiendo aceptado, los dos pajes los hicieron entrar en una habitación



donde encontraron una Dama de majestad y belleza extraordinarias, vestida muy modestamente, pero de un porte y un aire del todo celestial y divino. Estaba sentada al lado de una mesita, con un libro en la mano, en el que recitaba salmos con gran atención. Le hicieron profunda inclinación y ella los recibió con mucha caridad y afabilidad singular. Dio orden de que fueran conducidos a una habitación donde encontraron fuego, mesa lista para la cena y dos lechos para el descanso.

Después de haber cenado y haber reposado muy bien, al amanecer intentaron continuar su camino. Pidieron que se les permitiera ir a la habitación de la gran Señora para agradecerle por la gran caridad que les había dispensado. Fue entonces cuando, luego de mirarla atentamente, observaron una modestia del todo angelical, y bondad y distinción del todo divinas. Su rostro era resplandeciente y sus palabras eran oráculos. Estaban tan embelesados y llenos de consuelo que no se cansaban de contemplar imagen tan cautivadora. Luego de haber querido tener noticia de algunos de los religiosos que le tenían especial devoción, cada uno por su nombre, les dio una carta y les pidió la llevaran consigo. Se despidieron y caminados unos cincuenta pasos, se detuvieron para mirar a quien se dirigía la carta. Viendo que no tenía ninguna inscripción y que no estaba sellada, creyeron que la buena Señora había olvidado ese detalle. Y como no sabían a quien debían entregarla regresaron prontamente. Pero luego de buscar por largo tiempo no encontraron el palacio donde habían pasado la noche. Reconocieron entonces que los dos pajes que los



habían conducido al castillo eran dos ángeles y que la Dama que los había recibido no era otra que la reina de los ángeles. Abrieron la carta que les había dado y encontraron las siguientes palabras escritas en letras de oro, en la lengua del país donde estaban: *Cristo, el Señor, y María sean su esperanza y de nada carecerán.*

Encontré además en el *Calendario histórico de la Madre de Dios*, el dos de diciembre, lo siguiente, sacado, según el autor, de la correspondencia de los Padres capuchinos. Es en sustancia la misma historia. Solo que al final se añade que el hermano Benito, cerca de morir, puso la carta de la bendita Virgen entre las manos de su Guardián<sup>210</sup>. Fue enviada luego al Padre provincial de la provincia de Venecia, y después, con autorización del Padre general de los Capuchinos, fue obsequiada a la duquesa de Camerin, benefactora de dicha Orden. Dice que Dios ha hecho varios milagros por esta carta y que todo esto sucedió en tiempos en que el Padre Clemente de Noto era General de la orden, de 1618 a 1625.

¡Oh Virgen divina, qué excesivas son las bondades de tu Corazón benignísimo! ¡Oh! ¿Si fueran conocidas quién no podría amarte? ¿Quién no te serviría? ¿Quién sería capaz de no consagrar por entero a tu amor y servicio todos los corazones y todas las vidas de un millón de mundos si los tuviera? No aparece en este relato que aquellos dos religiosos hubieran implorado tu socorro cuando hiciste a su favor tantos milagros. ¿Qué no harías entonces por aquellos que te invoquen en sus necesidades con humildad y confianza?

---

<sup>210</sup> Este título llevaba antiguamente el superior en las órdenes franciscanas (Nota del Traductor).



FIN



## LIBRO QUINTO

***El Corazón de la Madre de Dios es imagen viviente  
de otras divinas perfecciones,  
y de las tres divinas Personas de la Trinidad***

### CAPÍTULO I

***El Corazón de María es imagen viviente de la divina  
misericordia***

La divina *misericordia* es amor dirigido a las angustias de las criaturas para aliviarlas e, incluso, liberarlas, cuando es para su provecho según lo disponga la divina providencia que realiza todo con número, peso y medida.

Esta admirable misericordia, lo mismo que la bondad, alcanza a todas las obras de Dios (Sal 145, 9), las de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

Las de la naturaleza, pues han sido sacadas de la nada. Todo lo que se contiene en el orden de la naturaleza, desde toda la eternidad estaba sumido en la nada que es abismo de infinidad de imperfecciones y fuente de inmensas desdichas.

Las de la gracia, pues habiendo caído el hombre en el pecado, abismo de males infinitamente más espantosos que los precedentes, la divina misericordia no solo lo ha retirado de allí sino que lo ha restablecido en estado de gracia tan



noble y divino que de miembro de Satán como era por sus crímenes, lo hizo miembro de Jesucristo, y de hijo del diablo lo hizo hijo de Dios, y por consiguiente heredero de Dios y coheredero del Hijo único de Dios.

Las de la gloria, pues no contento con haber elevado al hombre al estado sobrenatural y sublime de la gracia cristiana, que lo hace partícipe de la naturaleza divina, quiso sacarlo de la bajezas, miserias, imperfecciones y peligros de que está rodeado, mientras vive en la tierra, y exaltarlo hasta el cielo, al trono de Dios, como partícipe de su gloria inmortal y al goce de la felicidad eterna y de todos los bienes que posee.

Por tanto, todo lo que hay en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, es efecto de la divina misericordia. Puede decirse con verdad que no solo la tierra está llena de la misericordia del Señor (Sal 119, 64) sino que el cielo, la tierra y todo el universo están colmados de ella; se encuentra incluso en el infierno pues los condenados, según piensan santo Tomás y otros teólogos, no son castigados a la medida de lo que merecen, pues la divina misericordia se extiende a todas las obras de Dios.

Entre sus efectos hay tres principales que encierran infinidad de otros. El primero es el Hombre-Dios; el segundo el cuerpo místico del Hombre-Dios que es la santa Iglesia, y el tercero la sagrada Virgen, divina Madre de este Hombre-Dios. Son tres obras maestras de la divina misericordia.

Para librarnos del más profundo abismo de miseria y maldición que es posible imaginar, en el que estábamos por desgracia precipitados, y para elevarnos al máximo grado de



felicidad y grandeza que pueda pensarse, quiso que el Hijo de Dios se hiciera hombre como nosotros, mortal y pasible; que haya venido a la tierra y haya habitado entre nosotros; que haya compartido nuestra vida; que con sus mismos labios nos haya enseñado una doctrina del todo celeste y divina; que nos haya dado una regla muy santa y excelente; que con su ejemplo nos haya enseñado la manera de seguirlo; que haya realizado obras grandes y haya sufrido penas inconcebibles por amor nuestro, mientras estuvo en nuestro mundo; que haya muerto en cruz; que haya sido sepultado y haya resucitado al tercer día, que haya permanecido luego en la tierra por espacio de cuarenta días; que haya dado nacimiento a la Iglesia y en ella haya instituido un sacerdocio maravilloso, un sacrificio admirable y varios divinos sacramentos; que luego haya subido al cielo y nos haya enviado el Espíritu Santo para estar siempre en su Iglesia y gobernarla y dirigirla en todo.

Todos los estados y misterios de la vida del Hombre-Dios; los pensamientos que tuvo para nuestra salvación; las palabras que pronunció con este fin; las acciones que hizo; los sufrimientos que padeció; las gotas de sangre que derramó; los sacrificios que ofreció y ofrece aún hoy diariamente y a toda hora en su Iglesia; los sacramentos que estableció; todos los efectos de luz y santificación que ha obrado siempre, tanto en la antigua como en la nueva ley, por virtud de sus misterios, sacrificios, sacramentos y de todas las demás gracias que comunicó a los hombres por mil otros medios; todo esto, repito, son otros tantos efectos de la divina misericordia.



Además, ella quiso que Dios no solo se hiciera hombre para hacer dioses a los hombres sino que el Hijo único de Dios fuera Hijo del hombre para hacernos hijos de Dios. Quiso que viniera al mundo por vía de nacimiento, que naciera de la raza de Adán y de una hija de Adán para que tuviéramos no solo un Hombre-Dios como hermano y una Madre de Dios como madre; que teniendo un mismo Padre con el Hijo de Dios tuviéramos igualmente una misma madre con él, y fuéramos así hermanos de padre y madre; que así como es nuestro mediador entre su Padre y nosotros, esta divina Madre sea igualmente nuestra mediadora entre él y nosotros.

Y para que esta Madre admirable fuera capaz de ejercer con mucho poder y provecho para nosotros, su oficio de madre y mediadora, para protegernos, favorecernos y asistirnos eficazmente en toda necesidad, la divina misericordia la hizo primero santísima y del todo agradable a Dios, y luego le concedió poder absoluto sobre todo lo que hay en cielo y tierra; finalmente le dio un Corazón benigno, amable y compasivo como no lo hubo ni lo habrá jamás, al que comunicó en abundancia sus muy misericordiosos propósitos y estableció en él su trono y su reino más gloriosamente que en todos los corazones de las puras criaturas.

La divina misericordia reina tan perfectamente en el Corazón de María, madre del salvador, que recibe el nombre de reina y madre de misericordia. Esa compasiva María de tal modo se ganó el Corazón de la divina misericordia que le fueron dadas las llaves de todos los tesoros y fue constituida



dueña de ellos. Al respecto así habla san Bernardo: *Se llama reina de misericordia porque ella abre los abismos y tesoros de la divina misericordia a quien quiere, cuando quiere y en la forma que quiere*<sup>211</sup>.

La divina misericordia reina tan plenamente en su Corazón y lo colma de tan grande compasión a los pecadores y necesitados que san Agustín le habla así: *Tú eres la única esperanza de los pecadores*<sup>212</sup>, se entiende, después de Dios. Y san Bernardo añade: *Hijitos míos queridos, por esta escalera los pecadores suben al cielo; ella es mi gran confianza, es el objeto de mi esperanza*<sup>213</sup>. Otro Padre antiguo, que vivía hace más de setecientos años, declara: *Buena y misericordiosa Virgen, pon los ojos de tu benignidad en tus pobres servidores; tú en quien, después de Dios, hemos puesto toda nuestra esperanza; tú que eres, después de Dios, nuestra vida, nuestra gloria y en cierto modo nuestro ser y nuestra subsistencia*<sup>214</sup>.

Con esta advocación la santa Iglesia, animada y conducida por el Espíritu Santo, nos inculca saludarla e invocarla así: *Salve Reina, madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, salve*. Y el mismo Espíritu, en los oficios de la Iglesia, la hace expresarse así: *En mí (después de Dios) los que deseen vivir de la vida verdadera y poseer la virtud y santidad auténtica deben poner toda su esperanza de alcanzarla: In me omnis spes vitae et virtutis* (Sir 24, 25). San Juan Damasceno nos enseña que ella es el

---

<sup>211</sup> Sermón sobre la Salve.

<sup>212</sup> Sermón 18 de los Santos.

<sup>213</sup> Sermón del Acueducto.

<sup>214</sup> Eutimio Monje en *Adoratione venerandae Zonae Deip*. Cap. 8



*único alivio de los afligidos y la soberana consoladora de los corazones angustiados*<sup>215</sup>. San Juan Crisóstomo anota que es ancho mar de misericordia<sup>216</sup>.

¿Quieres saber de qué manera la divina misericordia vive y reina en el Corazón de la madre de misericordia? Escuchemos a san Buenaventura: *Grande ha sido la misericordia de María hacia los menesterosos mientras vivía en este destierro; pero mayor aún es la misericordia de María hacia los necesitados ahora que reina felizmente en el cielo. Ella manifiesta esta gran misericordia hacia los hombres con beneficios innumerables pues conoce más claramente las miserias sin número que afligen a los hombres. Ella no va en búsqueda de méritos pasados. Por pura caridad escucha las oraciones de cada uno y abre a todos el seno de su clemencia. Alivia las necesidades y urgencias de todos con el afecto y ternura de su corazón incomparable*<sup>217</sup>.

Este Corazón benigno rebosa de tanta misericordia que se desborda hacia todas partes y se difunde en el cielo, en la tierra e incluso en el infierno. ¿Quieres que san Bernardo nos atestigüe esta verdad? Escúchalo: *¿Quién podrá entender, Virgen bendita, la duración, anchura, altura y profundidad de tu misericordia? Su duración se extiende hasta el último día de la vida de cuantos la invocan; su anchura llena toda la redondez de la tierra; su altura se eleva hasta el cielo para reparar las ruinas de la Jerusalén celestial; y su profundidad*

---

<sup>215</sup> *Orato. 2 de dorm. Deip.*

<sup>216</sup> *In Horto ani.*

<sup>217</sup> *In Spec. B. V. lect. 10.*



*penetra hasta los infiernos, para alcanzar remisión de los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte*<sup>218</sup>.

El Corazón virginal de la Madre de gracia está tan colmado de misericordia que ella no solo la usa en bien de los pecadores deseosos de convertirse, sino que lo hace con los que no se preocupan por su salvación. Para ellos obtiene de su Hijo que les conceda santas inspiraciones; despierta en sus corazones movimientos de temor de Dios y de terror por sus juicios, temerosos de ser castigados de diversas maneras; suscita en medio de ellos personas de vida santa y ejemplar para atraerlos por la fuerza del testimonio; les envía predicadores y emplea otros medios para convertirlos, o al menos, si no quieren cambiar de vida, para impedir que multipliquen sus pecados a fin de que su condenación sea menos rigurosa.

Esta Madre de bondad tiene un Corazón tan lleno de misericordia que declaró un día a santa Brígida, según se lee en sus libros<sup>219</sup>, que “si los pecadores llegan tal grado ceguera y endurecimiento y quieren permanecer hasta el final en sus crímenes, y merecen ser entregados y abandonados, de alma y cuerpo, al poder y rabia del espíritu maligno, él, como ministro de la justicia divina, tiene el derecho de hacerlos sufrir desde esta vida, grandes suplicios en sus cuerpos, y aun, hacerlos morir entre tormentos atroces; desea entonces que su vida se prolongue largo tiempo a fin de que, añadiendo pecados a pecados, acrecienten sin cesar las penas que habrán de sufrir

---

<sup>218</sup> Sermón 4 de *Assumt. B- V-*

<sup>219</sup> *Revel. Extrav*, cap. 80



eternamente. Pero, por exceso de misericordia hacia esos desdichados endurecidos, esta muy buena Virgen, impide que el demonio ejerza su furor desde este mundo en sus cuerpos como lo hará un día en los infiernos; ella acorta sus vidas a fin de poner término a sus pecados y disminuir así, por este medio, los suplicios aterradores que les están preparados en el infierno”.

Pero lo que es mayor aun, el Corazón de María rebosa de misericordia de tal forma que a menudo, en virtud de privilegios extraordinarios que Dios le ha concedido y que solo ella tiene, por su incomparable benignidad libra de la perdición eterna a almas que según el curso ordinario de la divina justicia deberían ser sumergidas en los abismos. Así lo afirma aquel excelente autor que nos ocultó su nombre pero no nos privó de su doctrina y santidad: *A menudo la misericordia de la Madre libra a los que la justicia del Hijo puede condenar*<sup>220</sup>.

Ofrezco otros textos de sumo consuelo para los afligidos. Los trae un santo religioso de la Orden de santo Domingo, el bienaventurado Enrique Suso: “Cuando estamos en urgente necesidad, aflicción, angustia u otras penas, y no encontramos manera de salir de ellas, nos queda un consuelo, el de poder levantar los ojos hacia la santísima Virgen e implorar el socorro de su misericordia”<sup>221</sup>.

San Germán, patriarca de Constantinopla, nos sugiere estas bellas palabras<sup>222</sup>: “Purísima, bondadosa y misericordiosa Señora, que tu apoyo y tu consuelo a los

---

<sup>220</sup> Idiota, *Contempl. B. V.* Prólogo.

<sup>221</sup> B. Henr. Suso, en *Consol. pusillan*.

<sup>222</sup> *Orat en la Dormición de la B. V.*



fieles, bálsamo poderosísimo para los afligidos, refugio asegurado para los pecadores no nos falten nunca; mantennos siempre bajo tu amparo. ¿Si nos abandonas a quién acudiremos? ¿Qué será de nosotros sin ti, sacratísima Madre de Dios, que eres la vida y el espíritu de los cristianos? Como la respiración es signo infalible de vida corporal, así cuando tu nombre santo está en nuestros labios, cuando encontramos gozo singular en hablar de ti en todo tiempo y lugar, y de múltiples maneras (quiero decir, sea hablando de tus méritos y virtudes, sea predicando y publicando tus excelencias, sea cantando o recitando tus alabanzas), es signo evidente de que nuestras almas viven de la vida de la gracia y que nuestros corazones poseen la verdadera felicidad. Tenemos entonces la fortuna de estar bajo tu protección y esta devoción especial a ti, Virgen santísima, nos procura gran provecho”.

De esta manera la divina misericordia comunica toda esta generosidad al sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen. Si quieres, hermano querido, sentir los efectos de la misericordia sin par que reina en este Corazón benignísimo, empieza por reconocer que eres abismo de carencias, que tienes necesidad inmensa del socorro de esta Madre de misericordia y que eres infinitamente indigno de él.

En segundo lugar invócalo muy confiadamente en tus necesidades.

En tercer lugar, si quieres que tenga un Corazón lleno de compasión hacia ti, ten tú mismo un corazón lleno de benignidad a tus hermanos; dedícate gustosamente, según



el poder que Dios te dé, a las obras de misericordia que son siete corporales y siete espirituales.

Las siete corporales son: dar de comer a los que padecen hambre; dar de beber a los que sufren sed; vestir a los que están desnudos; liberar cautivos y prisioneros; visitar a los enfermos; dar posada a peregrinos y extranjeros; enterrar a los muertos.

Las obras espirituales son: dar buenos y saludables consejos a los que lo necesitan; enseñar a los ignorantes; corregir a los que hacen cosas reprensibles; consolar a los afligidos; llevar con paciencia los defectos e imperfecciones del prójimo; rogar por los vivos y los difuntos.

Si no estás en capacidad de hacer todo esto, ten al menos la voluntad de practicarlo y ora a Dios que la dé a los que pueden hacerlo. Testimonia a tu prójimo que sufres de corazón por no poder asistirlo en sus necesidades como lo quisieras hacer si estuvieras en capacidad de hacerlo. No rechaces nunca a nadie; no rehúses asistencia a los que buscan tu ayuda: obra con misericordia con todos los que acuden a ti; da limosna a los pobres que te la pidan, de una manera u otra: si no das dinero, da algunas palabras de consuelo e instrucción, o bien, di al punto un *Ave María*, por ellos y levanta tu corazón hacia la Madre de misericordia y dile por este afligido y por los demás; *Consuelo de los afligidos, ruega por nosotros*.

No te contentes con hacer obras de misericordia sino practícalas bien, con pureza de intención, es decir, para agradar a Dios y para su sola gloria; hazlo con disposiciones santas: bondad, afabilidad, dulzura, alegría y presteza. *Dios*



*ama al que da con alegría, dice la santa Palabra (2 Cor 9, 7). El que da prontamente da dos veces. Y también: No demores la ayuda al angustiado (Sir 4, 3). Si Dios te da facultad de hacer el bien hoy a quien te pide no lo retardes para mañana (Prov 3, 28).*

No esperes que te pidan. Adelántate a las necesidades de los hermanos, así como Dios toma a menudo la iniciativa y te concede gracias diversas que no le habías pedido y que no esperabas.

Exhórtense y anímense mutuamente en las ocasiones de practicar todo esto. Finalmente, no olvides que habrá juicio sin misericordia para el que no tiene misericordia. Y por el contrario hay misericordia para los que aman y practican la misericordia. Y por tanto, *Sean misericordiosos como tu Padre y tu Madre son misericordiosos.*

Madre de misericordia, alcánzanos por favor esta gracia e imprime en nuestros corazones una participación en los sentimientos benignísimos de la increíble misericordia de que estás colmada.

## **Sección única**

*Ejemplos de cómo la misericordia hecha al prójimo  
agrada a Dios y a su santa Madre*

Es cosa cierta que Dios da el céntuplo a quien, por su amor, socorre a los pobres. La vida de san Juan, el



Limosnero, y la de varios otros santos, nos ofrecen muchas pruebas de ello. Te escribo una muy notable narrada en la historia de este santo patriarca de Alejandría.

Cierto joven quedó extremadamente abatido porque su padre, al morir, dejó todos sus bienes para los pobres y se limitó a recomendar su hijo a la santísima Virgen para que ella cuidara de él. Esto no satisfizo al joven. El santo prelado, para consolarlo, ordenó hacer un escrito en el que se decía que ese joven era pariente suyo próximo, y lo hizo pasar por sobrino. En adelante cuidó de él con singular solicitud y lo unió en matrimonio a una honesta familia muy rica. Esto demuestra que la santa Virgen es poderosa protectora y que sabe muy bien devolver al céntuplo la misericordia que se ejerce con los pobres, por amor de ella y de su Hijo.

En la vida del mismo santo patriarca se relata otro ejemplo de que en la caridad con el prójimo no hay que perder y sí mucho que ganar. Un día que el santo se dirigía a la iglesia, un hombre, a quien unos ladrones habían despojado de cuantiosos bienes, le pidió una ayuda para recuperarse. El patriarca hizo señas a su secretario para que le diera algunas monedas de oro, pero éste, queriendo no gastar el depósito de su dueño solo le dio cinco. Al salir de la iglesia una dama presentó al obispo una letra para darle, como pensaba ella, mil quinientas libras, pero solo encontraron escritas en la letra quinientas, pues la secreta mano de Dios había borrado mil, en castigo de lo hecho por el secretario al frustrar la limosna de un pobre.



Añadamos un tercer ejemplo. Varios pobres se presentaron ante san Germán, obispo de Auxerre, según se cuenta en su vida; el obispo ordenó a su arcediano darles tres escudos que tenía, pero él solo les dio dos. Poco después, este santo prelado, habiendo sanado a un hombre muy rico, llamado Leporio, recibió de él doscientos escudos para que hiciera limosnas. El santo, partiendo de esta ocasión de la providencia prodigiosa, dijo al arcediano que si él hubiera dado los tres escudos a los pobres, Leporio le hubiera enviado trescientos escudos, pues el Señor recompensa al céntuplo lo que se da en su nombre.

## CAPÍTULO II

### ***El Corazón de la santa Virgen es imagen hermosa de la mansedumbre, paciencia y clemencia de Dios***

*La mansedumbre, la paciencia y la clemencia* de Dios son tres perfecciones divinas que se unen a la misericordia, incluso forman con ella una sola realidad, pero son diversas por sus efectos.

La misericordia se extiende a toda miseria de las criaturas en general para aliviarlas y liberarlas, como ya dijimos. La primera y principal de las miserias, fuente de todas las demás, es el pecado. Cuando el hombre tiene la desgracia de ofender a Dios mortalmente se hace de inmediato objeto de la ira de Dios que quisiera fulminarlo al instante de cometer el pecado pues se hace infinitamente



merecedor de ello. Pero la divina misericordia se opone y detiene el torrente del justísimo enojo de Dios, presto a desbordarse sobre él. Si persevera en sus crímenes merece ser entregado a la divina venganza, pero la paciencia divina se opone y hace que Dios lo tolere y lo atraiga a la penitencia con bondades admirables.

De una parte Dios considera los bienes incontables que sin cesar hace a los hombres en general y a cada uno en particular, en todo tiempo y lugar, y de diversas maneras; de otra parte, ve que ellos no le devuelven sino ofensa y ultrajes sin cuento, en todo tiempo, lugar y de maneras sin límite. Ve que la tierra entera está sumergida en abismos y diluvios de impiedades, blasfemias, sacrilegios, asesinatos, perjurios, asaltos, injusticias, abominaciones y toda clase de crímenes que los hombres cometen contra su divina Majestad, por pensamientos, palabras, obras y de muchos modos. Contempla un ejército innumerable de paganos, mahometanos, judíos, herejes, cismáticos, ateos que le hacen guerra cruenta y perpetua. Ve que los cristianos a quienes ha hecho, sin comparación, más favores que a todos los demás hombres se muestran con él ingratos y lo ultrajan infinitamente más que todos los seres humanos.

Mientras su Hijo amadísimo estuvo en la tierra, enviado por él para colmar a la humanidad de infinidad de favores, comprobó de qué manera era tratado por los hombres; supo de desprecios, injurias, calumnias, oprobios; se dio cuenta de las indecencias y crueldades que ejercían contra él, y de los tormentos espantosos con que lo hicieron sufrir durante su pasión.



Actualmente ve que no hacen caso de cuanto hizo y sufrió por amor de ellos; no tienen cuenta de las gracias que les conquistó con tantos trabajos; desprecian su divina doctrina y deshonran sus misterios; profanan sus sacramentos; pisotean la preciosa sangre que derramó por ellos; hacen vanos e inútiles en sus vidas sus sufrimientos, su muerte y cuanto padeció por su salvación.

Considera todas esas ingratitudes y ofensas con perfecta claridad porque se hacen en su presencia, ante sus ojos y delante de su faz. Y aunque ahora no puede padecer, los siente viva e infinitamente como injurias muy atroces que se hacen a su divina Majestad, digna de todo honor, servicio y obediencia; quienes se los infieren son criaturas insignificantes que tienen con él deudas infinitas de gratitud.

Su muy divina y justa venganza lo llena de movimientos incomprensibles, y hace que, si es posible decirlo, en su Corazón se llene de esfuerzos infinitamente poderosos que lo inciten a castigar esos rebeldes. Hacerlo sería muy fácil para él pues en un instante es capaz de reducir a la nada todos estos mundos.

Su divina paciencia lo retiene, le ata sus manos armadas de mil centellas y lo inclina a esperar con paciencia a los pecadores. ¿Cuánto tiempo toleraría sus rebeldías? Hace miles de años usa de paciencia con el mundo, su enemigo principal, al que hubiera podido aniquilar ininidad de veces.

Ha sufrido a los pérfidos judíos luego de que masacraron a su Hijo por espacio de cuarenta años. Tolera



a un pecador veinte, treinta, sesenta, ochenta años. Y no solo les tiene paciencia sino que los colma de infinidad de bienes, incluso a los más execrables y endurecidos, haciendo que cuanto hay en la naturaleza, en cielo y tierra, sirva para sus necesidades e incluso para su bienestar y sus pasatiempos.

No se contenta con tener paciencia a los pecadores, sino que los llama a penitencia; va en su búsqueda, él que está infinitamente por encima de ellos y que no los necesita; los invita a reconciliarse con él; los anima a abandonar sus pecados y a convertirse a él mediante sus inspiraciones, por la voz de los predicadores y de otras maneras. ¡Oh paciencia admirable! ¡Qué prodigiosa mansedumbre! ¡Cuánta misericordia sin igual! *Que tus misericordias te alaben y bendigan por siempre; que las maravillas de tu incomprensible paciencia y de su indecible benignidad hacia los hijos de los hombres te glorifiquen eternamente* (Sal 107, 8).

Vimos los efectos de la mansedumbre y la paciencia divinas; veamos ahora los de la clemencia; es propio de ella la remisión, total o parcial, de la pena por los pecados.

Quien se encuentra en pecado mortal merece los suplicios eternos del infierno. Pero la divina clemencia envía a menudo aflicciones temporales a los que están en este infeliz estado para obligarlos a salir de él y librarlos así de las penas eternas. Si desean convertirse, en el instante mismo en que entran en sentimientos de verdadera penitencia, la divina misericordia les borra la culpa del pecado. Sería muy justo que para obtener el perdón de sus



crímenes permanecieran en la contrición al menos el mismo tiempo que pasaron en su rebeldía contra Dios, y que por veinte, cuarenta o sesenta años en el pecado, pasaran veinte, cuarenta o sesenta años en dolor y lágrimas. Pero la misericordia de Dios es tan excesiva que se contenta con un momento de verdadera penitencia. ¡Oh admirable benignidad! Por un instante de verdadera contrición, por una lágrima derramada con verdadero arrepentimiento, por un solo sollozo que nace de un corazón contrito y humillado, Dios perdona cincuenta, sesenta años de pecado y millares de crímenes de toda especie; acoge al pecador en su gracia y lo restablece en el número de sus hijos y herederos, con el derecho de poseer un día todos sus bienes.

Es cierto que aunque la culpa quede borrada, la justicia divina no cesa de perseguir al pecador para quedar pagada y satisfecha de la pena debida por las ofensas. La divina clemencia cambia entonces, en primer lugar, las penas eternas merecidas, por una pena temporal; es esto una gracia infinitamente mayor que la que un rico haría a un hacendado que le debiera mil bultos de trigo y se contentara con recibir paja; o si un gran rey, a un criminal de lesa majestad, que hubiera merecido la rueda o el fuego, solo lo condenara a pagar cinco centavos.

Además, esta maravillosa clemencia, queriendo liberar al pecador de la pena temporal, o al menos disminuirla, le envía algunas otras aflicciones para que satisfaga mediante ellas a la justicia divina, experimente la amargura de sus faltas pasadas y le infunda disgusto y aversión a ellas. Así



mortifica, debilita y destruye en él las raíces del pecado que son su amor propio, su propia voluntad, su orgullo, sus malos hábitos y sus inclinaciones depravadas; y le advierte del temor de recaer en el futuro en los mismos desórdenes.

Esta suave clemencia le sugiere otros medios para cumplir su deuda con la divina justicia, por ejemplo, con jubileos e indulgencias; lo invita a asistir devotamente al santo sacrificio de la misa que es medio muy excelente de pagar a Dios todas nuestras deudas; lo anima a recibir frecuente y santamente la divina eucaristía y a practicar obras buenas.

En efecto, toda buena obra, hecha en gracia y con los sentimientos de Jesucristo, tiene cinco efectos: primero, honra y glorifica a Dios; segundo, acrecienta la gracia de Dios en el alma de quien la practica; tercero, tiene fuerza de oración para impetrar de Dios lo que se le pide; de aquí se desprende que cuando deseamos obtener algo de su divina Majestad, es necesario añadir obras buenas a las oraciones; cuarto, con ellas nos vienen paz y consuelos, según dice la Palabra: *Paz para todo aquel que hace el bien* (Ro 2, 10); quinto, satisface a la justicia divina por parte de la pena debida por nuestros pecados en proporción de la gracia y de la caridad divinas con las que se hace.

Si el pecador sale de este mundo sin haber satisfecho del todo su deuda y con el alma no perfectamente inmaculada, es enviado al purgatorio para que allí termine de pagar y de purificarse; es efecto de la divina misericordia. Si por desgracia no hubiera purgatorio, ¿quién podría entrar al cielo? Allí nadie entra manchado y se



precisa ser más puro que el sol para ver el rostro de Dios. Debemos por tanto mirar el purgatorio como obra de la divina misericordia y agradecerle que lo haya hecho.

Es cierto que las penas que se sufren allí son mucho mayores de lo que es dable decir o pensar. Pero la divina clemencia ha encontrado varios medios para suavizarlas, acortarlas y disminuirlas, como la aplicación de indulgencias, o mediante oraciones, ayunos, limosnas y sacrificios ofrecidos a Dios por los fieles que están todavía en este mundo como también mediante sufragios de los santos que están ya en el cielo.

Estos son, pues, algunos efectos de la mansedumbre, paciencia y clemencia de Dios. Estas tres divinas perfecciones viven y reinan en el sagrado Corazón de la madre de misericordia. Le comunican sus divinas inclinaciones pues, después del Corazón de Dios, jamás ha habido ni habrá corazón tan lleno de mansedumbre, paciencia y clemencia que el Corazón de la divina Madre.

A su paso por la tierra la vio del todo cubierta de ídolos y de idólatras, y comprobó que en general toda la humanidad, con excepción de un número reducido, se armaba contra Dios para derrocarlo de su trono, si eso fuera posible, y ponerlo a sus pies. Pretendía aniquilarlo por entero y poner en su lugar a sus enemigos para tributarles adoraciones y honores, solo propios de la divinidad. Y como esta santa Virgen amaba a Dios con amor casi infinito sentía como propias todas las ofensas cometidas contra la divina Majestad.



¿Quién podría pensar con cuánto dolor recibía las injurias atroces que veía hacer a su Hijo amadísimo por parte de los pérfidos judíos? Sabía que es Hijo de Dios, Dios como su Padre, digno de los mismos honores y adoraciones debidos a su Padre, y lo veía tratado como el último de los hombres, colmado de ignominias y crueldades imaginables.

Sabía de las bondades incomprensibles que había hecho a los judíos y las gracias sin cuento que les había otorgado y les otorgaba de continuo, pero los veía llenos de envidia, odio y furor en su contra y cómo lo trataban como a su peor enemigo.

Conocía que era la inocencia y santidad mismas, pero lo veía perseguido y atormentado como si se tratara del mayor de los criminales. Lo veía atado y encadenado como ladrón, arrastrado por las calles de Jerusalén, como un bandido; golpeado, abofeteado, torturado, burlado, palmeado, escupido, vestido con blanco traje de loco, entregado a las burlas, oprobios y ultrajes de una soldadesca insolente, pospuesto a Barrabas, flagelado y destrozado a golpes de fuetes de pies a cabeza, coronado de espinas, expuesto a las miradas de una multitud enfurecida que gritaba contra él: *¡fuera, fuera, crucifícalo, crucifícalo!* (Jn 19, 15); condenado a cruenta muerte y a llevar pesada cruz, instrumento de su suplicio, desvestido, del todo desnudo, clavado en la cruz con gruesos clavos, que le taladraron manos y pies; sus labios adorables y sedientos abrevados con hiel y vinagre; sus oídos sagrados heridos con blasfemias y maldiciones; todos sus santos miembros dislocados, de modo que era fácil contar sus



huesos (Sal 22, 18); todo su cuerpo deificado cubierto de heridas y sangre, víctima de dolores inconcebibles, su alma bendita colmada de angustias y tormentos, finalmente lo vio morir con la muerte más bárbara y vergonzosa de todas las muertes.

¿Y qué hacía esta tierna Oveja al ver que así se despedazaba, se degollaba a su amadísimo y muy inocente Cordero, al que amaba con amor que jamás tuvo igual? ¿Gritaba contra los verdugos que lo masacraban tan implacablemente? ¿Se quejó del error y de la injusticia que se le infería? ¿Pidió justicia al Padre eterno? Nada de eso. Permaneció en silencio. No se le escuchó ni una palabra ni una queja salida de sus labios. Solo eran audibles sus suspiros, solo visibles sus lágrimas. Su benigno Corazón no se deja llevar de ningún resentimiento, ni de arrebatos alguno de impaciencia, de amargura, de aversión hacia los que le hacían sufrir tantos suplicios; por el contrario, permanece siempre lleno de mansedumbre, paciencia y clemencia; a imitación de su Jesús; excusa a los que le arrancan el alma del cuerpo, poseídos de ira; decía de corazón por ellos, las mismas palabras que él dijo de boca y corazón juntamente: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34); ofrecía por la salvación de ellos la sangre preciosa que hacían verter de sus venas, los sufrimientos que le hacían padecer, la muerte que le hicieron sufrir; estaba dispuesta a sacrificarse también ella misma, unida a su Hijo, por esos desdichados, si hubiera sido necesario.



¡Oh cristiano que tienes la dicha de ser miembro de Jesucristo y por tanto de tener una misma Madre con él, qué vergüenza para ti ser tan diferente de tal Madre! Tiene ella un Corazón y un espíritu que es solo miel y dulzura (Sir 24, 27), en cambio, tu corazón en ocasiones rebosa hiel y acritud a tu prójimo. Ella es solo paciencia y benignidad, tú no puedes tolerar algo de los demás; por la menor acción te ofendes, por la menor palabra de encrespas, murmuras, te quejas, gritas, te sales de casillas, te dejas llevar de sentimientos de aversión, de inquina y venganza; o dejas de llamar madre a esta dulce Virgen: *Muestra que eres Madre*, o tomas fuerte resolución de imitarla en su misericordia, mansedumbre, paciencia, clemencia, y de practicar estas divinas palabras: *Sean amables unos con otros, muestren a todos mansedumbre* (Ef 4, 32; Tito 3, 2).

Eso no es todo. Desde que la gloriosa Virgen entró al cielo, contempla con más claridad la multitud incontable y la enormidad espantosa de las ofensas que se hacen a Dios en la tierra que cuando habitaba en ella. Comprueba que la tierra, que debiera ser un paraíso desde que el Dios del cielo la honró con su presencia y su morada durante tantos años, es, sin embargo, auténtico infierno lleno de pecados, habitado por demonios, colmado de anticristos y de enemigos de Dios que sin cesar blasfeman y deshonran a su Señor, mucho más que los diablos y condenados del infierno. Estos están privados de libertad y no cometen nuevos pecados, en cambio aquellos sin cesar añaden crimen a crimen, impiedad a impiedad, asesinato a



asesinato, abominación a abominación: *Sangre que tapa sangre* (Os 4, 2).

Ella ve que el Hijo de Dios y el suyo vino a este mundo para salvar a todos los hombres; que le costó grandísimo trabajo, ignominias, lágrimas y sangre librarlo de la esclavitud del demonio y del infierno y reconciliar la humanidad con su Padre; que sin embargo la mayor parte de los hombres vuelven la espalda a Dios, lo reniegan y abandonan para adherir al partido de Satán y precipitarse lastimosamente en los infiernos. Contempla número sin cuento de paganos e infieles que se esfuerzan por exterminar en la tierra la santa Iglesia que su Hijo Jesús estableció en ella con la efusión de su sangre hasta la última gota y hacen despreciable, odioso y abominable su nombre sagrado en todo el universo (Sal 88, 9). Comprueba que los pérfidos judíos continúan empecinados en su ceguera y en su rabia contra él. Ve que los cristianos que tanto le deben lo tratan incluso más indigna y cruelmente que como nunca lo hicieron los mismos judíos. Estos, en efecto, no lo conocían como dice san Pablo: *Si lo hubieran conocido nunca lo hubieran crucificado* (1 Cor 2, 8). Aquellos en cambio lo conocen como su Dios y su redentor, y, con todo, lo pisotean, profanan su sangre, deshonoran su Espíritu, abusan de sus gracias, se burlan de sus misterios, reducen a cero el fruto de su encarnación, de su vida, de sus trabajos durante treinta y cuatro años, de su pasión y de su muerte.

Esta divina Madre contempla tales indignidades y crímenes con mucha claridad, y como tiene amor inconcebible a Dios y a su Hijo Jesús, aunque es incapaz de



padecer, los siente sin embargo más de lo que es posible imaginar, y como es la reina del cielo y de la tierra y como Dios le ha dado todo poder sobre cuanto hay en el universo ella no carece de potestad, si la quisiera usar, para tomar justo desquite de tantas atroces injurias que los hombres infieren a su Dios y su salvador. Pero no se siente obligada a hacerlo y por el contrario su Corazón paciente y bondadoso la impele a oponerse de continuo por el poder de sus méritos e intercesiones al justo poder de la justicia divina; detiene el torrente de la ira de Dios, presta a caer sobre esas cabezas criminales para perderlas sin remedio, y obtiene de su divina majestad que las castigue, no como a enemigos sino como a hijos, no como justo juez sino como Padre misericordioso, no para exterminarlos sino para corregirlos y convertirlos.

Es cierto que esta preciosa Virgen no tiene los mismos sentimientos ni se comporta de la misma manera con todos los pecadores. Distingue entre los que están en el infierno y los mira como a enemigos irreconciliables de Dios, y los que todavía están en la tierra y sabe que están en posibilidad de reconciliarse con su divina Majestad. Respecto de los desdichados ya condenados, su Corazón se llena de justa indignación. Estando perfectamente unido a Dios está revestido y animado de sus adorables inclinaciones. Ama lo que Dios ama, detesta lo que él detesta, aprueba lo que aprueba, condena lo que condena. Como los condenados serán por siempre objeto de la ira de Dios, según la Palabra: *Se llamarán pueblo con el que Dios está eternamente airado* (Mal 1, 4); así serán también objeto del enojo de la Madre



de Dios. Y como ella sola tiene más amor y caridad a Dios y a todos los amigos de Dios, que todos los ángeles y los hombres juntos, así ella sola tiene más odio y cólera contra sus enemigos irreconciliables que todos los habitantes del cielo.

Pero con los pecadores todavía peregrinos en la tierra, que es lugar de misericordia, y donde ella ha establecido el trono y el imperio de su misericordia y su clemencia, su Corazón, rebotante de bondad y benignidad, obra diversamente. El venerable Blois declara que *“que no existe en el mundo pecador, por execrable que parezca, al que esta compasiva Virgen no esté dispuesta a tender sus brazos llenos de clemencia y a abrir plenamente su Corazón misericordioso, con tal que recurra a su protección, y al que ella no pueda o no quiera reconciliar con su Hijo<sup>223</sup>”*. Y añade: *“que mientras dure el tiempo de gracia, esta Madre de misericordia no sabría apartar sus ojos de los desdichados pecadores que la invocan movidos del deseo de convertirse. Que con Corazón de Madre y de hermana ofrece a Dios continuas preces por ellos y cuida especialmente de su salvación; que finalmente es imposible que perezca para siempre quien honre e invoque a esta Madre de gracia devota y perseverantemente”*.

Oh Virgen bondadosa y compasiva, vuelve tus ojos hacia tantos hijos miserables, enfermos y angustiados que pueblan la tierra. Contempla con tus ojos benignos tantas miserias y tantos miserables, tantos pobres, viudas, huérfanos, enfermos, prisioneros; tantos hombres

---

<sup>223</sup> In Sacell. nimarum, cap. 51



golpeados y perseguidos por la malicia humana, tantos indefensos, aplastados por la violencia de los que ejercen poder sobre ellos, tantos viajeros y peregrinos rodeados de peligros en tierra y mar; tantos obreros evangélicos expuestos a mil riesgos para salvar las almas que se pierden; tantos espíritus afligidos y tantos corazones angustiados, tantos hermanos atormentados por diversas tentaciones, tantas almas que padecen las espantosas penas del purgatorio. Contempla, sobre todo, tantas almas victimas del pecado y en estado de perdición, que es la más espantosa de todas las tribulaciones; tantos infieles, judíos y herejes; tantos cismáticos y falsos católicos que gimen bajo la tiranía y esclavitud del infierno.

Mira, en fin, oh Virgen bondadosa, el número casi infinito de desventurados del universo cuyas miserias son voces innumerables con las que claman: Oh Madre de misericordia, consoladora de los afligidos, refugio de los pecadores, contempla, con tus ojos clementes, nuestra desolación. Abre los oídos de tu misericordia y escucha nuestras súplicas. *A ti clamamos, hijos de Eva desterrados, a ti clamamos con gemidos y llanto en este valle de lágrimas.* Somos los desterrados hijos de Eva, expulsados de la casa de su Padre celestial, que gimen y lloran en este valle de lágrimas, y recurren a tu incomparable bondad. Escucha nuestros suspiros y clamores y mira nuestro llanto. Muéstranos que eres poderosa y bondadosa abogada, que en verdad eres la Madre de misericordia. Vuelve a nosotros



tus ojos de tu maternal compasión, y haz, te rogamos, que no seamos desdichados en este mundo y en el otro; que después de este destierro deplorable tengamos la felicidad de ver el rostro de tu adorable Padre, que es Jesús, fruto bendito de tu seno virginal. Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Haz que sintamos, misericordiosa María, las señales de tu clemencia. Oh compasiva María, ten compasión de nosotros, y permítenos saborear la dulzura inefable de tu Corazón amabilísimo.

### **Sección única**

#### *Clemencia incomparable de la santa Virgen en la conversión de dos esclavos turcos*

Encontré el siguiente relato en un libro compuesto por el reverendo Padre Honorato Nicquet, jesuita, sobre las imágenes sagradas de la divina Virgen, titulado: *Iconología mariana*, impreso en Ruan, por Juan Tieucelin, en 1667. El autor, gran servidor de la Madre de Dios, asegura que refiere fielmente lo que conoció en correspondencia de Padres de la misma Compañía.

En 1648, en la gran ciudad de Nápoles, había mucha devoción a la santa Virgen; en ella se podían contar unas setenta iglesias consagradas a su honor; su imagen estaba impresa en muchas entradas de las principales casas con una lámpara que alumbraba toda la noche. En esa ciudad



había dos turcos, fanáticos de la secta impía de Mahoma. Eran esclavos de uno de los principales señores de la ciudad, llamado *Octavio Mónaco de Aragón*; los dos llevaban vida muy depravada, uno más que el otro. Este último tenía algo de bueno; del dinero que recibía por su trabajo reservaba parte para comprar aceite para una lámpara que ardía toda la noche ante una imagen de la Madre de Dios, pintada en el muro, a la entrada del palacio de su señor. Algunos domésticos que lo veían hacer esa práctica se burlaban de él, pero él les respondía que aquella a la que rendía ese pequeño servicio lo recompensaría y asistiría cuando estuviera en necesidad.

Ella no se hizo esperar. El veinte de julio del mismo año, estando él reposando durante la noche en una carroza abandonada, lugar donde residía, escuchó una voz que lo llamaba por su nombre y que lo despertó. Al despertar vio, espléndidamente iluminado, el lugar donde estaba. En medio se veía una dama de gran majestad, vestida de blanco, y a su izquierda había un anciano venerable. Estupefacto y seguro de haber cerrado bien la puerta antes de acostarse, preguntó a la dama y al anciano cómo habían entrado. No te sorprendas, dijo esta princesa del cielo. Soy María, Madre del salvador del mundo y el que ves a mi lado es José, mi esposo. Entramos donde queremos, aunque las puertas estén trancadas. Estoy aquí para reconocer el servicio que has prestado sin pausa, desde cinco años, al alimentar de aceite la lámpara que arde en esta casa, toda la noche, ante mi imagen.



Al escuchar esto, el pobre esclavo, salta del lecho y se prosterna a los pies de la que le hablaba para rendirle homenajes. “La gratitud que quiero manifestarte, le dice la Madre de gracia, es invitarte a abrazar la religión cristiana, y a que lleves en adelante el nombre de mi esposo José”. “Sí, le responde, eso es lo que quiero. Pero como no tengo memoria no sé cómo voy a aprender lo que hay que saber para ser cristiano, y las oraciones que dicen los cristianos”. “No te preocupes por eso, dice la Madre de misericordia. Me ocuparé de ello”.

Se acercó y lo golpeó suavemente en el hombro. El hombre se sintió interiormente transformado en otro hombre y gritó con todo su corazón: “Quiero ser cristiano, pero no tengo retentiva. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer”? La Madre de bondad lo tomó de la mano, le hizo hacer la señal de la cruz: *En el nombre del Padre, etc.* En seguida le pidió que se presentara ante el Padre de la congregación de los esclavos, donde los Jesuitas, quien le diría lo que debía saber para ser cristiano. “Ánimo, le dijo, aprenderás pronto y fácilmente lo que hay que saber para ser bautizado”.

Luego, como ella empezó a desaparecer, el esclavo, loco de alegría, la asió por el borde de su vestido y le suplicó que volviera a visitarlo especialmente cuando se sintiera afligido de alma o cuerpo. Le prometió que lo haría; y al punto lo roció con agua que san José llevaba en un vaso. “De esta manera, le dijo, serás lavado con el agua del bautismo, que te purificará de tus pecados y tu alma se volverá más blanca que la nieve”.



Entonces desapareció. El esclavo se levantó de inmediato y fue a buscar a su compañero. Le contó lo que había pasado. Este se conmovió de tal forma que tomó la resolución de hacerse cristiano.

Fueron ambos a buscar al Padre de la congregación de los esclavos. Al oír lo que había sucedido, los instruyó plenamente sobre los misterios de nuestra religión. Fijado el día del bautismo y como el eco de este milagro se había regado por toda la ciudad, acudió mucha gente venida de todas partes; fueron bautizados muy solemnemente el 11 de agosto con increíble gozo de todo el mundo. Hubo en ellos un cambio maravilloso pues de lobos como eran se transformaron en corderos; eran dos demonios que se volvieron ángeles y comenzaron a vivir como auténticos cristianos.

En adelante la Madre de bondad no faltó a la promesa que hizo al nuevo José. Cuando él caía en tristeza de su corazón de la que no lograba salir o sufría algún mal corporal que no podía vencer, llamaba a su divina María con estas palabras: *Es bueno que vengas en este momento, mi buena María, para librarme en esta necesidad.* Al punto la muy benigna Virgen aparecía visiblemente y le decía estas tres palabras: *José, ten paciencia.* Y estas tres palabras, pronunciadas por los labios de la Madre de Dios, eran remedio infalible para los males de este pobre esclavo. Ella enjugaba las penas de su alma y sanaba sus males de su cuerpo.

Madre clemente y misericordiosa, si tu Corazón rebosa de bondad con los turcos, ¿qué no harás por los cristianos



si quisieran estar a tu servicio? Si haces tales milagros a un mahometano, incluso cuando está aun en el partido de Satán, y es enemigo de tu Hijo, ¿cuántos milagros no harás a quienes te profesan amor y veneración como a su buena y amada Madre?

### **CAPÍTULO III**

#### ***El Corazón de María es imagen perfecta de la justicia divina Ejemplos terribles de esta justicia***

La misericordia y la justicia son como dos hermanas que van siempre de la mano y jamás se separan. Donde está la misericordia, allí también se encuentra la justicia. Dondequiera se encuentre la justicia, la misericordia le hace compañía. Por esa razón el rey David decía: *Te cantaré, Señor, alabanzas por tu misericordia y por tus juicios* (Sal 101, 1) sin jamás separarlos.

Vimos como la divina misericordia reina y triunfa en el Corazón benigno de la Madre de la gracia. Veamos ahora cómo la divina justicia también ha establecido en él, el trono de su gloria. El docto y piadoso Ricardo de San Lorenzo dice: *En este Corazón pacífico la misericordia y la justicia se dieron el beso de la paz*<sup>224</sup>.

Hay en Dios dos clases de justicia: la distributiva y la vindicativa, en ese orden.

---

<sup>224</sup> *De ladudibus B. M.* Lib. 2, part. 2, p. 104



*La justicia distributiva*, dice san Dionisio<sup>225</sup>, da a cada uno lo que le corresponde de acuerdo a su rango y mérito. Asigna y reparte a cada uno proporción, belleza, arreglo, orden hermoso, y lo demás que le es propio, sin límites ni fronteras, según lo justo y equitativo. Ordena y determina todo sin mezcla, sin enredos ni confusiones y conserva todo en el orden conveniente.

Es propio de la *justicia vindicativa* odiar el pecado y destruirlo en las almas para liberarlas de su tiranía. Tiene tal aversión contra este enemigo jurado de Dios y de los hombres, que llevó al Padre eterno a entregar a su propio Hijo a la muerte, y a muerte en cruz, para aniquilarlo. Por este medio y también mediante los castigos que aplica a los pecadores en este mundo y en el otro, se hace fuente de infinidad de bienes al destruir e impedir infinidad de males, y hace que se ejecuten infinidad de buenas acciones. Ambas justicias han reinado siempre, soberanamente, en el Corazón muy justo de la preciosísima Virgen.

En efecto, en primer lugar, rindió siempre a Dios fiel y perfectamente lo que debía a él y a todas sus criaturas. A Dios, temor, adoración, dependencia, gratitud, honor, gloria, alabanza, amor y sacrificio de cuanto tenía y le pertenecía. A todas las leyes de Moisés gran veneración y sometimiento puntual. A sus padres, Joaquín y Ana, a quienes la guiaban durante su permanencia en el templo de Jerusalén, a san José, su dignísimo esposo, respeto, honor y sumisión. Incluso a los edictos del emperador

---

<sup>225</sup> *De divinis nominibus*, cap,8, 7



Augusto, aunque idólatra y pagano, obediencia muy exacta. A sí misma, al tenerse como criatura sacada de la nada y como hija de Adán que hubiera debido incurrir en la misma maldición que sus demás hijos, si Dios no la hubiera preservado, baja estima, menosprecio y continuo anonadamiento. Finalmente, practicó perfectamente estas palabras del Espíritu Santo, antes que san Pablo las hubiera pronunciado: *Den a cada uno lo que le es debido; a quien tributo, tributo; a quien impuesto, impuesto; a quien temor, temor; a quien honor, honor. Obren de suerte que no deban nada a nadie, sino solo en lo que atañe a la caridad mutua* (Ro 13, 7-8). Esta es deuda que nunca se termina de pagar.

En segundo lugar, la divina justicia imprimió en su Corazón tal aversión al pecado que esta santísima Virgen estuvo siempre dispuesta a sufrir tantos infiernos como la omnipotencia divina pudiera hacer, antes que cometer el mínimo pecado venial. Pero aún más, no teniendo sino un mismo Corazón y un mismo espíritu con el Padre eterno, según está escrito: *Quien adhiere al Señor es un espíritu* (1 Cor 6, 17), se adhirió a su voluntad sobre la pasión de su Hijo y consintió que muriera en infinidad de tormentos atroces para que el pecado fuera destruido. Esto demuestra un odio al pecado mayor que si hubiera sufrido todos los infiernos imaginables para cooperar a su destrucción pues es muy cierto que si hubiera estado en su libre albedrío ella hubiera preferido sufrirlos antes que ver tratar a su Hijo amadísimo de la manera como fue tratado en el tiempo de su dolorosa e ignominiosa pasión.



Oh divina Virgen, a ti están dirigidas estas palabras: *Amaste la justicia con amor incomparable, y odiaste la iniquidad con odio inconcebible*, (Sal 45, 8), por eso Dios, que es tu Dios de forma extraordinaria, habiendo querido darse a ti en calidad de Hijo, colmó tu corazón de un gozo que supera el de todos los ángeles y los santos.

Quien quiera compartir los gozos inenarrables del santísimo Corazón de la Madre de Dios, que se empeñe en hacerse partícipe de los sentimientos de justicia de que está lleno; que se esfuerce por imitarla en su odio al pecado; que se aplique a dar a cada uno lo que le es debido: a Dios, respeto, sumisión y obediencia; y a toda clase de personas, los mismos servicios y deberes que hubiera deseado les sean rendidos por los demás; y a sí mismo, mirándose como nada y pecador, baja estima, aversión, abnegación, juicio, condenación, mortificación y persecución implacable.

Si el Corazón sagrado de esta divina Virgen está lleno de tan terrible odio al pecado que al ver a su Hijo único y amadísimo cargado con los pecados ajenos consintió en la crudelísima muerte que padeció, e incluso lo sacrificó a la divina justicia para aplastar ese enemigo mortal de Dios y de los hombres. ¿Quién podrá dudar de que no cese de odiar infinitamente ese monstruo infernal dondequiera se encuentre y que lo odie hasta unirse a menudo a la divina venganza para destruirlo en las almas, en especial en las que son enemigas de sí mismas, para tomar su partido y para oponerse a su destrucción? ¿Se diría que fuerza a menudo a esta Madre amable a dejar de lado la ternura de



su amor maternal para entrar en la verdad de la divina justicia para castigar la dureza y rebeldía de un alma empedernida en su malicia? Te doy unos ejemplos:

En 820, según cuentan Cedreno, Zonare y Baronio, el emperador León V, el Armenio, encarnizado perseguidor de los cristianos y enemigo jurado de las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de su divina Madre y de los santos, terminó su detestable vida, el 9 de febrero, con muerte funesta y trágica. Esta final había sido anunciado dese antes a su madre por la santa Madre de Dios de la siguiente manera.

Un día, esta mujer, madre del emperador, habiendo hecho viaje a Nuestra Señora de Blaguernes, en Constantinopla, una vez que hubo entrado en la iglesia, le pareció que estaba bañada en sangre, y al tiempo vio entrar a la santa Virgen, en compañía de gran número de santos, vestidos todos de blanco. Ordenó ella a uno de ellos llenar de sangre hasta el borde una vasija de tierra, y que la llevara a la madre de León para que bebiera. Como hubiera rehusado tomarla, la Madre del salvador, le habló así: *¿Por qué rehúsas beber la sangre que tu hijo no cesa de derramar? Con esta crueldad irrita a mi Hijo y a mí; pero se está preparando males.* Poco después este príncipe fue vilmente asesinado. Es un final deplorable. Pero escucha otro peor:

Se trata del desdichado Anatolio. Está narrado por varios autores en la historia eclesiástica. Había nacido en la ciudad de Antioquía, de baja condición, pero con astucia y maquinaciones llegó a las primeras dignidades de la



ciudad. Era cristiano solo de apariencia, pero en su corazón era enemigo de nuestro salvador y de su santa Madre. Habiendo apostatado de la fe ofrecía secretamente sacrificios al demonio, cometía diversas abominaciones y se oponía solapadamente a los buenos designios de las personas virtuosas. Sucedió que un día, fue sorprendido y puesto a órdenes de la justicia por sus prácticas criminales. El emperador Tiberio, fuerte defensor de la fe, habiendo sabido que los jueces lo favorecían, ordenó que fuera llevado prisionero a Constantinopla para juzgarlo personalmente. Lo supo este impío y temiendo la justicia del emperador y ante la enormidad de sus crímenes, fue sobrecogido del horror de la muerte y de los suplicios merecidos. Y presa de pánico, como los soldados lo urgían a que saliera, corrió a caer de rodillas ante una imagen de la Madre de Dios que había en la prisión. Pero, cosa extraña que hizo temblar de espanto a los asistentes, esta imagen desvió sus ojos y su rostro ante este apóstata, poniendo de manifiesto por este prodigio el horror que tenía de sus crímenes. El hecho fue visto y atestiguado por varios de los presentes.

Anatolio fue conducido ante el emperador y condenado por jueces designados por él a ser entregado a las bestias salvajes que lo destrozaron en parte; para mayor ignominia fue suspendido en el patíbulo, fuera de la ciudad, donde murió. Quiso la divina justicia que las mismas fieras acabaran en su cuerpo infame la ejecución de sus venganzas. Varios lobos, habiendo caído con gran furor sobre sus despojos lo echaron por tierra y se dieron a



destrozarlo y a devorar la carroña de este impío, hasta que en la tierra no quedó vestigio de él.

Cuando el emperador se enteró de todo, uno de los más distinguidos de su corte, mayordomo de su palacio, confesó ingenuamente que, compadecido de ese desdichado, quiso procurar su liberación. Pero la Virgen se le apareció de noche, y, con mirada severa, le dijo: *¿Hasta cuándo vas a tomar le protección y defensa del que se declaró enemigo de mi Hijo y no cesa de injuriarme y deshonrarme?*

Por estos efectos horrendos, ¿no es clara la aversión del santísimo Corazón de Madre de Dios contra el pecado? ¿No es manifiesta la terrible cólera de la Paloma? *Intolerabilis ira Columbae?*

¿Quieres ver la justa indignación del Corazón augusto de nuestra divina Paloma con los que profanan los días y los lugares santos? Escucha lo que refiere un célebre autor de la Compañía de Jesús<sup>226</sup>.

En el monasterio llamado Monte de la Virgen, cerca de Nápoles, cuando se celebraba la consagración del templo, el 21 de mayo de 1611, por coincidir esta fecha con la de Pentecostés, se encontraban desde la víspera varios miles de personas. No todos venían atraídos por la devoción. La mayoría afluían para entregarse a toda suerte de desórdenes y pasaban la noche en borracheras, comilonas, juegos, canciones lúbricas y danzas, incluso en el interior de la Iglesia. Se cometían así infinidad de insolencias escandalosas. La santísima Virgen, justamente irritada, no

---

<sup>226</sup> Spnilellus. *Tractatus de exemplis et miraculis Deip.* No. 58



toleró que ese santo día y ese lugar sagrado, que le pertenecían, fueran por más tiempo profanados y deshonrados por el horror de tantos sacrilegios.

Una hora antes de que el sol se ocultara, se vio correr un prodigioso sudor de su imagen que está en Salerno, a siete leguas de ahí. Algunas gotas cayeron de su frente como presagio de su justa cólera que hizo estallar en seguida sobre la montaña donde su iglesia había sido difamada. Hacia las cuatro de la mañana, se vio caer sobre esta iglesia un cometa sangriento que afectó los albergues donde esos monstruos de embriaguez y de disolución estaban retirados. De ese cometa salió un fuego que provocó un incendio tan espantoso que más de cuatrocientas personas, además de la pérdida y el daño que los demás recibieron, fueron consumidas por las llamas o ahogadas por el humo o pisoteadas por los pies de los que trataban de huir para evitar el fuego. En medio de ellos la santa Virgen hizo aparecer el cuidado que tiene por los que la aman de veras. Viendo en medio de las llamas a un joven que le era muy devoto y que ayunaba en su honor dos veces por semana, lo tomó de la mano y lo sacó completamente ileso.

Los religiosos del monasterio del Monte de la Virgen, viendo este incendio furioso muy cercano de su iglesia, trajeron el Santísimo Sacramento del altar para oponerlo a la vehemencia del fuego. Las llamas, de inmediato, fueron dominadas por un viento contrario que las orientó hacia otro lado del convento. La santa Virgen fue vista regresar luego, tras de los religiosos, al monasterio.



Oh Virgen sagrada, como con tu Hijo tienes un mismo Corazón y un mismo espíritu, y no tienes sentimientos distintos de los suyos, amas lo que él ama y detestas lo que él detesta. Como él tiene odio infinito contra el pecado, tú lo detestas igualmente con aversión tal que no es posible decir ni pensar otra mayor. Tu odio a ese monstruo es igual al amor que tienes a Dios.

Como en tu Corazón hay casi infinitamente más amor a su divina Majestad que el de los corazones de los ángeles y de los santos, y hay igualmente más odio contra ese enemigo, el pecado, que en los corazones juntos de todos los ciudadanos del cielo, haz, Oh divina Virgen, que seamos partícipes de este amor y de esa aversión a fin de que amemos a nuestro creador y a nuestro salvador como tú lo amas y odiemos el pecado como tú lo abominas.



## CAPÍTULO IV

### ***El Corazón de la santa Virgen lleva en sí viva semejanza del celo que Dios tiene por su gloria y por la salvación de las almas***

Cuanto hay en la naturaleza, la gracia y la gloria; todos los efectos del poder, la sabiduría, la bondad, la misericordia y la justicia de Dios; todos los misterios, acciones y sufrimientos del Hombre-Dios; todos los sacrificios, sacramentos y funciones de la Iglesia de Dios; y en general todo lo que hay en el cielo, en la tierra, e incluso en el infierno, son otras tantas voces que nos anuncian el *Celo* ardentísimo que Dios tiene por su gloria y por la salvación de las almas.

En primer lugar, Dios hace todas sus obras para sí mismo y para gloria de su divina Majestad: *Dios hizo todo para sí mismo* (Prov 16, 4). Siendo principio y fin absolutos de todo es imposible que actúe de otra manera. El celo que tiene por su gloria lo lleva a detestar infinitamente cuanto le es contrario, esto es, toda clase de pecado, en especial la vanidad, la presunción y el orgullo. Los humildes le tributan honor y gloria en todo, pero los soberbios son ladrones que le roban su gloria y honor para apropiárselos. El celo por su honor lo lleva a sacar gloria de todo, incluso de los mayores males que puedan perpetrarse. No los permitiría jamás si no fuera porque es bastante poderoso para sacar gloria de ellos. Por ese motivo san Agustín dice: *Juzgó que*



*era mejor sacar bien del mal que impedir los males que suceden*<sup>227</sup>. Finalmente, el celo que el Hijo tiene por el honor de su Padre lo obligó a encarnarse, a nacer en un establo, a permanecer treinta y cuatro años en la tierra, en medio de muchos trabajos y sufrimientos, y morir en cruz para reparar las injurias hechas a Dios, su Padre, por los pecadores, y para tributarle gloria digna de la grandeza infinita de su divina Majestad.

En segundo lugar, la bondad inefable del amor inmenso que Dios tiene por las almas creadas a su imagen y semejanza, enciende en su Corazón celo ardentísimo por su salvación. Dicho celo hace que emplee su esencia divina, su poder, bondad y sabiduría, su amor y caridad, su misericordia y su justicia, sus demás perfecciones, sus tres divinas Personas, sus pensamientos, palabras y acciones; la vida, pasión, muerte y sangre de su Hijo; todos los ángeles y santos, la Iglesia y los sacramentos que ella tiene, y en general todas sus obras, cuanto es y hace, para procurar la salvación de las almas, es decir, para librarlas de los suplicios eternos y hacerlas dignas de participar de su felicidad inmortal.

Este celo divino que enciende fuego tan grande y ardiente en el Corazón de Dios, inflama igualmente el Corazón virginal de la Madre de Dios de manera inexplicable. Porque el Corazón sagrado de esta gloriosa Virgen estuvo siempre tan abrasado del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas que no solo jamás toleró en sí mismo nada que fuera contrario al honor de su

---

<sup>227</sup> *In Enchiridio*, cap. 26 y 27



divina Majestad; no solo hizo siempre todas sus acciones con perfección soberana buscando su sola gloria; no solo usó de todas las capacidades de su alma y de su cuerpo para servirlo y honrarlo, sino que, incluso, estuvo siempre dispuesto a sacrificar con este fin su ser y su vida, más aún, cuantos seres y vidas pueda crear Dios, si los hubiera poseído, y listo a sufrir todos los tormentos imaginables.

Y lo que es infinitamente más, inmoló a su Hijo amadísimo, al que amaba incomparablemente más que a sí mismo, que le era infinitamente más precioso que todos los mundos que la omnipotencia divina pudiera crear. ¿Y por qué lo inmoló? Para gloria de Dios y salvación de las almas; para aniquilar cuanto se opone al honor de su divina Majestad y a la salvación eterna de los hombres; para dar a Dios, mediante este sacrificio, gloria digna de su grandeza infinita; para reparar el deshonor que recibe de todos los pecados de los hijos de Adán; para liberar las almas de la tiranía del infierno, y para ponerlas en estado de glorificar a Dios eternamente en el cielo.

San Juan Crisóstomo, Teofilacto, Ecumenio, san Bernardo, Ruperto, explican estas palabras de Moisés, traídas en el capítulo treinta y dos del Éxodo: *Perdónales esta falta o bórrame del libro de la vida*, afirmando que este santo profeta, enardecido del celo por la salvación de sus hermanos israelitas, pedía a Dios verse privado de la bienandanza eterna y sufrir eterna pena, con tal de librarlos de ella.

El mismo Crisóstomo, al igual que otros doctores, explica estas palabras de san Pablo: *Deseaba yo mismo ser*



*rechazado por Cristo a favor de sus hermanos (Ro 11, 3). Dicen que debe entenderse de las penas eternas, separándolas del pecado, o sea, que el celo de este divino apóstol por la salvación de sus hermanos era tan ardiente, que expresaba el deseo de sufrir eternamente los suplicios del infierno, sin pecado de su parte, a fin de preservarlos. “Desea perecer eternamente, a fin de que algunos, mejor todos, amaran y glorificaran a Jesucristo”. Casiano añade: Desea sufrir los tormentos eternos. Estando tan lejos nosotros de tal caridad, dice el mismo Crisóstomo, se nos hace difícil entender estas palabras. Dice Orígenes,. Maravilla, el servidor quiso ser maldito por sus hermanos, pero el Maestro quiso ser él mismo maldición por sus servidores (Ga 3, 13)<sup>228</sup>.*

Cornelio a Lapide, en su comentario de Éxodo 32, refiere que el venerable Jacob, de la Orden de san Francisco, tenía deseos ardentísimos de sufrir en este mundo todas las penas, aflicciones, dolores y angustias que es posible imaginar, y que luego de esta vida, fuera arrojado al infierno y padecer allí suplicios eternos por amor de Nuestro Señor, en reparación de sus pecados y para expiar los crímenes de todos los hombres, incluidos los condenados y demonios si fuera posible<sup>229</sup>.

En el capítulo décimo de la vida de santa Magdalena de Pazzi, carmelita, se lee que Dios le hizo contemplar un lugar llamado el Lago de los Leones, en el que vio infinidad de demonios de aspecto espantoso. Le fue dicho que debía

---

<sup>228</sup> San Juan Eudes consulta en estos pasajes a Cornelio a Lapide.

<sup>229</sup> Cornelio a Lapide, l.c.



entrar y permanecer allí cinco años; que era preciso que padeciera penas aterradoras para ayudar a la salvación de muchas almas. Ella aceptó decididamente. Entró, pues, en el Lago de los Leones, que era auténtico infierno, donde padeció grandes tormentos por la malicia y rabia de los demonios, tanto interior como exteriormente, por espacio de cinco años.

Estos, anhelos, sufrimientos y oraciones de Moisés, de san Pablo, del venerable Jacob y de santa Magdalena de Pazzi son pruebas seguras de ardentísimo amor de Dios y de muy excelente caridad hacia el prójimo. ¿Pero qué son en comparación con el celo sin igual del que el Corazón muy caritativo de la sagrada Madre de Dios estuvo siempre abrasado? Son apenas una chispa de fuego comparada con una ardentísima hoguera. No siendo este celo otra cosa que el ardor del divino amor, o el amor divino en su ardor, se desprende que la medida de este santo amor es la medida del celo, y que en cuanto más amor de Dios hay en un corazón, hay otro tanto de celo. Es claro que el Corazón de la Madre de Jesús estuvo siempre más colmado de amor a Dios y de caridad al prójimo que los profetas y los patriarcas, los apóstoles y mártires, y demás santos, y que por consiguiente estuvo abrasado de mayor celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas que la totalidad de todos los santos.

Seguramente ella puede decir, con el santo profeta David y con otros santos, pero con mayor verdad y perfección que David y que todos los santos: *el celo que tuve siempre por tu honor me hizo muy a menudo*



*desfallecer de dolor, romper de angustia y derramar lágrimas al ver cómo se menosprecian y conculcan tus santas leyes* (Sal 119, 136.139). *Me devoró el celo de tu casa* (Sal 69, 10). Entiéndase el celo de la salvación de las almas que creaste para hacer allí tu morada eterna.

Además es muy cierto que esta Madre de amor hizo más por la salvación de las almas y para gloria de Dios, al sacrificarle su Hijo cuando se mantuvo al pie de la cruz, que todos los santos en conjunto jamás hicieron; y hubieran podido sufrir con esta finalidad, cada uno en particular, todos los suplicios del infierno.

Me atrevo a decir que ella testimonió más celo por Dios y por la almas, en el sacrificio que hizo y en los dolores inconcebibles que lo acompañaron, que si hubiera padecido los tormentos de mil infiernos. Para entenderlo mejor, imagina que luego de que la santa Virgen dio a luz, alimentó y acompañó en su crecimiento a su Hijo Jesús, el Padre eterno le hubiera enviado al arcángel Gabriel para decirle: Sagrada Madre de Dios, he sido enviado a ti de parte del Padre Dios para decirte que su divina bondad tiene el propósito de salvar al hombre perdido por su pecado. Entre infinidad de medios que hay en los tesoros de su inmensa sabiduría y de los cuales puede servirse para cumplir su voluntad, hay dos, y quieres que tú escojas uno. En efecto él quiere asociarte a esta gran obra.

El primero es que su Hijo y el tuyo sea entregado a manos de crueles enemigos; que sea abandonado a su rabia y al poder de las tinieblas; que sea atado y maltratado como ladrón; que sea tratado como el peor de todos los



malhechores; que se burlen de él, que lo escupan y desgarran su cuerpo con azotes; que sea colmado de oprobios, calumnias y blasfemias, coronado de espinas, pospuesto a un asesino, condenado a muerte, crucificado entre dos ladrones y que finalmente muera con muerte ignominiosa y crudelísima; que de este modo sea sacrificado a su divina justicia para expiación de los pecados del género humano y para retirar de los hombres la perdición eterna; que no solo tú estés presente a este funesto y sangriento sacrificio, sino que incluso tú lo ofrezcas con él a su divina Majestad.

El segundo es que tú sufras no solo todas las penas que puedan sufrirse en la tierra sino incluso todos los suplicios del infierno durante cierto tiempo, separados del pecado, para liberar a los pecadores por una eternidad. Escoge uno de esos dos medios, el que quieras pues es beneplácito de su divina Majestad que hagas esa opción.

¿Qué responderás a este ángel, Reina de los ángeles y de los hombres? Pregúntate qué va a responder ella, o mejor qué hubiera respondido, si efectivamente esta solicitud de escoger le hubiera sido hecha de parte de Dios. ¿Quién puede dudar de que hubiera escogido el segundo en lugar del primero y que hubiera preferido sufrir no solo todos los tormentos del infierno, incluso de cien mil infiernos, antes que ver a su Hijo amadísimo sumergido en un abismo de dolores e ignominias y morir crucificado? Por eso afirmo que testimonió más celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas por el sacrificio muy doloroso que



hizo de su Hijo amadísimo que si hubiera padecido los suplicios de cien mil infernos.

Considera entonces la obligación que tenemos de honrar el Corazón maternal de esta Madre admirable tan comprometida y acuciosa en nuestros intereses. No me digas que tienes devoción a esta divina Virgen si tu corazón no hace tuyas las inclinaciones de su Corazón; si no amas lo que ella ama; si no detestas lo que ella abomina. Ella ama muy ardientemente lo que contribuye a honrar a Dios y a salvar las almas y detesta infinitamente cuanto se le opone. Haz tuyos esos sentimientos, y dedícate de espíritu, corazón y pensamiento, de afecto, palabra y obra, y de toda otra manera, a servir y glorificar a su divina Majestad, y a procurar la salvación de las almas, primeramente la tuya propia, y considera esto como la preocupación más grande y única de Dios, del Hombre-Dios, de la Madre de Dios, de los ángeles y santos y de toda la Iglesia.

### **Sección única**

*La santa Virgen manifiesta su gran preocupación  
por la salvación de una alma*

Vicente de Beauvais, autor renombrado y muy creíble, escribe en el libro VII capítulo 35, de su *Espejo histórico*, que un día, varios peregrinos acudían de todas partes a celebrar la fiesta de san Miguel, en Normandía, a tres leguas de la ciudad de Avranches, en el monte llamado Saint-



Michel, rodeado de las aguas del mar. Entre los peregrinos se encontraba una pobre mujer encinta, próxima al parto. Encontrándose todavía en la playa cerca del monte, el mar se precipitó rugiente y atemorizante, fortísimo. La mujer presa de temor se paralizó sin poder dar paso ni adelante ni atrás. Al mismo tiempo fue sobrecoyida de los dolores de parto. La pobre llenó el aire con sus gritos pero en vano. Cada uno pensaba solo en salvarse del peligro. Viéndose sola en medio de la playa que se cubría de agua imploró de todo corazón la asistencia de la que es llamada Estrella del mar. Ella desciende inmediatamente del cielo y se sitúa al lado de la mujer. Con bondad incomparable extiende su manto sobre ella, la cubre tan bien que el mar que la rodeaba por todas partes no tocó ni el borde de su vestido. Permaneció en el lugar sin temor alguno como si hubiera estado en una casa de seguridad. Dio a luz un hijo que luego se llevó ileso consigo una vez que el mar se retiró. Esto causó gran admiración a todos a la vista de semejante milagro.

¡Qué maravillosa bondad! ¡Qué milagro del celo ardentísimo que arde en el Corazón virginal de la Madre del salvador! Ese celo divino, Madre de gracia, te hizo descender del cielo a las aguas del mar, no solo para liberar a esa pobre mujer que clamaba tu socorro, sino también para salvar el alma de su hijo que iba a caer en eterna perdición. ¡Cuántos otros salva esta Madre de misericordia que nos son desconocidos! Leí en un gran autor<sup>230</sup> aconsejar a las mujeres encintas que rueguen a Nuestro Señor que si

---

<sup>230</sup> Juan Gerson, *Sobre el Magnificat*



él prevé que su hijo no recibirá las aguas del bautismo de la Iglesia les aplique la gracia de su poder y su bondad extraordinaria; y que pidan este favor por intercesión de la santa Madre; y esperan confiadas que les hará dar a luz felizmente pues tal Hijo nada puede rehusar a tal Madre.

## CAPÍTULO V

### ***El Corazón de la Madre de Dios es imagen viva de la divina soberanía***

Entre los diversos nombres que los Libros santos dan a Dios, ninguno tan frecuente como el nombre de *Señor*. Es el nombre que su divina Majestad se da así mismo incesantemente en las santas Escrituras cuando se dirige a los hombres y les dice y repite sin cesar: *Yo, el Señor*. Yo soy el Señor, el dueño, el soberano. Quiere así imprimir profundamente en nuestra mente y en nuestro corazón altísima estima, profundísimo respeto y entera sumisión a la autoridad suprema de su adorable *soberanía*.

¿En qué consiste esta divina *soberanía*? Por esta perfección Dios tiene poder absoluto e infinito sobre todas las obras de sus manos. Nos da vida y muerte cuando bien le place, en el lugar y la manera que escoge. Puede enviarnos al abismo de la nada y sacarnos de él. Puede enviarnos al infierno y sacarnos de allí. *Da muerte y vida, manda al infierno y saca de el* (1 Re 2, 6). En una palabra, dispone según su querer, de todas sus criaturas, de la más



pequeña a la más grande, sin que nadie pueda decirle: ¿Por qué obras así?

¿Ves un jarro en las manos del alfarero que lo ha hecho? ¿No puede tirarlo contra el muro y despedazarlo? ¿O hacer de él lo que le plazca sin que deba dar cuentas a nadie? Es solo sombra del poder soberano que Dios tiene sobre las obras de sus manos.

Mira el poder que tienes sobre una hormiga o un gusano que está bajo tus pies. ¿No puedes aplastarlo o hacer de él lo que quieras sin que nadie tenga autoridad para preguntarte por qué procedes así? ¿Cuál poder tienes sobre un gusano o sobre criaturas parecidas? Es mínima participación de la soberanía de Dios que él comunica al hombre como también otras participaciones de sus divinas perfecciones por haber sido hecho según la imagen divina.

Como él ha escogido a la reina de los hombres y de los ángeles para hacer de ella la más noble imagen y la perfecta semejanza de sus divinos atributos le concedió también participar de su adorable soberanía en grado sublime.

El se llama *Señor* y quiere que ella se llame *Señora*. El es Señor universal de todo y él quiere que ella sea la *Señora* del universo. Él es el Rey de reyes y el Señor de señores (A) 19, 16); ella es la Reina de las reinas, Soberana de soberanos y soberanas. El tiene el poder de hacer lo que quiera; y el Padre dio a ella autoridad sobre su Hijo, que es Dios como él; consiguientemente le dio un poder maravilloso sobre cuanto hay bajo el rango de su Hijo. En resumen, Dios tiene poder divino sobre todo lo que ha creado para hacer lo que a bien tenga; y María tiene poder



de Madre de Dios sobre todo lo que depende de su Hijo para disponer como a él le plazca.

Oigo al Hijo de María que dice: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra* (Mt 28, 18). Y escucho a la Madre de Jesús que dice: *En Jerusalén está mi poder* (Sir 24, 13). Poder sobre toda la gran ciudad de Jerusalén y sobre sus barriadas, pueblos y aledaños, o sea, sobre toda la Iglesia triunfante, militante y sufriente, y sobre las demás partes del mundo que son como barriadas, pueblos y aledaños de esa maravillosa ciudad. *Tuve autoridad sobre todo pueblo y todos sus habitantes* (Sir 24,9-10). Todos los pueblos y naciones están bajo las leyes de mi imperio.

¿No te das cuenta, infortunado, decía un día Nuestro Señor al demonio, en presencia de santa Brígida, que mi Madre tiene todo poder en mi reino y que dispone allí como bien le place?

Escucha ahora palabras de los santos Padres, que son palabras del Espíritu Santo que habla por ellos:

San Juan Damasceno<sup>231</sup>: *María por ser hecha Madre del Creador fue establecida Señora soberana de todas las criaturas*. Y añade: *El Hijo de María sometió todo al imperio de su divina Madre*<sup>232</sup>.

El piadoso sabio Eusebio Emiseno<sup>233</sup>: *Al hacerla Madre de su Hijo Dios la constituyó reina de los ángeles y de los hombres y le concedió soberana autoridad, después de él, sobre cielo y tierra*.

---

<sup>231</sup> *De fide orthodoxa*, lib. 4, cap. 15

<sup>232</sup> Oración 2ª de la Asunción.

<sup>233</sup> Homilía de Adviento



San Anselmo: *Virgen sagrada, Dios todopoderoso ha hecho que con él todo te sea posible* (De Excel. Virg. Cap. 12)

San Gregorio, arzobispo de Nicodemia: *Nada hay que pueda oponerse a tu poder, nada que te resista. Todo obedece a tus mandatos, todo acata tus órdenes, todo está al servicio de tu soberanía* (Orat. De la Presentación de María en el templo).

San Bernardo: *Dios le ha concedido poder absoluto en cielo y tierra; entre sus manos ha entregado nuestra vida y nuestra muerte* (Comentario a la Salve).

Hay otros que afirman que su poder es sin límites cuando se trata de venir en auxilio de quienes la invocan de todo corazón. Su intercesión ante su Hijo tiene una eficacia que produce siempre efecto. El cardenal Pedro Damián dice que *cuando ella se presenta ante el tribunal respetable de su divina Majestad, su Hijo la contempla, no como a sierva sino como a su Madre que tiene autoridad sobre él*. Por ese motivo acoge sus peticiones no como súplicas sino, en cierto modo, como mandatos. Y este santo hombre añade: *el que salió de sus entrañas, aunque todopoderoso, no puede resistir al poder maternal que le fue dado sobre él*. Teófilo apunta: *Con gozo sin igual el Hijo de María, cuando su santa Madre le pide algo para nosotros, por su mediación nos concede cuanto quiere darnos, y se muestra dichoso cuando tiene ocasión de agradecerle por ese medio lo que recibió de ella en su encarnación*. San Buenaventura: *su nombre mismo, después del de Dios, es todopoderoso*<sup>234</sup>.

---

<sup>234</sup> In cantico, 4



Y no es de admirarse, pues desde que el arcángel san Gabriel ha dicho a nuestra divina Madre estas palabras; *El Señor está contigo ella entró en nueva alianza con el Hijo de Dios que llegó a ser su Hijo, y en tan estrecha unión que el Hijo y la Madre no tienen sino una sola carne, un mismo espíritu, una misma voluntad y un mismo poder. El Hijo de María es Señor absoluto de cielo y tierra; la Madre de Jesús es Señora soberana de cielo y tierra y su soberanía lo cobija todo. Quien se prosterna ante el Hijo para adorarlo, dobla la rodilla ante la Madre para venerarla y para pedir su intercesión.* Así se expresa el devoto Arnolfo de Chartres, párroco de Bonneval, que vivió en tiempos de san Bernardo y fue su amigo y discípulo<sup>235</sup>.

Escuchemos de nuevo al cardenal Pedro Damián: *El que por soberana autoridad lo gobierna todo se redujo a la autoridad de una Madre; una mujer sencilla manda al que todos obedecen*<sup>236</sup>.

San Bernardino de Sena: *Todas las criaturas, incluida la Virgen Madre, están bajo la autoridad del todopoderoso. Todo, e incluso Dios mismo, está bajo las leyes del imperio de María, pues se dijo de su Hijo que estaba sumiso a su autoridad (Lc 2, 51).*

San Bernardo: *Miren dos prodigios grandes que deben llenar el cielo y la tierra de admiración. Uno y otro causan estupor y ambos son milagro. Es prodigioso ver la majestad suprema de un Dios que se rebaja y humilla hasta verse sometido a la obediencia de una mujer; humildad prodigiosa*

---

<sup>235</sup> Tract. De laudibus B. Virg.

<sup>236</sup> Sermón 61.



*que no tiene par. Y admirable ver a una mujer elevada a tanta grandeza que tiene derecho de mandar a Dios. Dignidad prodigiosa y sin igual*<sup>237</sup>.

Nuevamente el santo cardenal Pedro Damián: *Toda criatura debe entrar en profundo y respetuoso silencio y estremecerse a la vista de algo tan maravilloso, y ni se atreva a levantar la mirada para contemplar la altura sublime de tal dignidad y la inmensidad de tal poder*<sup>238</sup>.

Querido lector, por todos estos oráculos del Espíritu Santo ves que tenemos una Reina y una Madre, que, después de Dios, es todopoderosa en su persona, por su nombre y por sus plegarias. Está revestida de la omnipotencia de su Hijo, gobierna como generala suprema sobre todas las criaturas y goza de un maravilloso poder incluso sobre su creador.

El soberano Señor de todo lo creado comunica su adorable soberanía a esta gran reina del universo, y por tanto a su corazón real. Si ella es reina, su corazón es rey. Si es soberana, su Corazón es soberano. Si goza de todo poder en cielo y tierra, su Corazón tiene todo poder en tierra y cielo. Siendo su Corazón la parte más noble de sí misma participa muy noblemente de la divina soberanía, por cinco motivos muy dignos de consideración.

Primero, ¿no sabes que lo que un rey es para sus súbditos, lo es el corazón del hombre para lo que constituye al hombre? En efecto, el Corazón de María es el rey de todas las facultades de su alma y de su cuerpo. Es el rey de

---

<sup>237</sup> Sermón 61.

<sup>238</sup> Sermón 2 de la Natividad



la reina, el soberano de la soberana, y por tanto el rey y la soberana del cielo y de la tierra.

Segundo, escucha al Espíritu Santo que te declara que toda la gloria de la hija del gran rey, es decir, todo su poder y sus demás excelencias brotan de su Corazón: *Toda la gloria de la hija del rey viene de su interior* (Sal 45, 14). ¿Qué podemos inferir de esto sino que su Corazón, por ser el principio de su soberanía, y pues la ha merecido por su humildad y sus demás virtudes, la debe poseer en grado soberano?

Tercero, ¿no es cierto que un corazón que puede cuanto quiere es todopoderoso? Por ello san Anselmo<sup>239</sup> dice que los bienaventurados del cielo son todopoderosos, pues, como Dios puede por sí mismo cuanto quiere, también, como ellos no quieren nada distinto de lo que Dios quiere, pueden por él todo lo que quieren. Si esto es cierto dicho de los santos con cuánta mayor razón se dice del santísimo Corazón de la reina de los santos, pues no tiene otra voluntad que la de Dios. Es evidente por tanto que puede con Dios todo lo que quiere. San Buenaventura dice de su nombre que es todopoderoso después de Dios<sup>240</sup>, se puede decir entonces de su Corazón que es poderosísimo después de Dios.

Cuarto, ¿no es cierto que un corazón que puede todo sobre el Corazón de un Dios tiene poder soberano? ¿Y quién puede dudar que el Corazón de la Madre de Jesús no tenga todo poder sobre el Corazón del que quiso ser su Hijo y

---

<sup>239</sup> *Prologio*, cap. 25

<sup>240</sup> *In cantcum*, 4



decidió darle sobre sí mismo toda la autoridad que una madre tiene sobre su Hijo? ¿Le quitaría lo que le dio con tanto amor? Jamás. Jesús será eternamente el Hijo de María y María por siempre la Madre de Jesús. El Corazón sagrado de esta divina Madre tendrá eternamente poder maternal sobre el Corazón de su Hijo.

Quinto, este Corazón admirable de la Madre del salvador está de tal manera sumergido y absorto en la adorable soberanía de Dios que está totalmente transformado en ella y no forma sino uno con ella. De manera que el imperio del Corazón real de María no conoce más límites que los del soberano monarca del universo. Es el dueño de todos los amantes celestiales; es el rey de todos los corazones; es el soberano de todas las criaturas que dependen de su divina soberanía: *abatí con poder el corazón de todo lo excelente y sublime.*

¡Oh Corazón admirable de mi reina, cuánto honor es debido a tu altísima dignidad! ¡Cuánta alabanza merece tu profundísima humildad por la cual Dios te ha elevado tan alto! ¡Te abajaste por debajo de todo y Dios no solo te ha exaltado por encima de todo cuanto no es él, sino que incluso te ha dado maravilloso poder sobre sí mismo! ¡Sea él eternamente bendito!

¡Oh Corazón amabilísimo, me estremezco de gozo y doy infinitas gracias a Dios por haberte comunicado con tal plenitud su divina soberanía y haberte hecho el rey de los corazones! Me causa dolor indecible ver que en lugar de que los corazones de los hijos de Adán deberían hacerte reinar en ellos, la mayoría prefiere verse esclavizada por la



horrible tiranía de Satán. ¿Qué acarrea semejante desgracia? El pecado es su causa. La ingratitud prodigiosa y la malignidad detestable del corazón humano que grita por la voz de sus crímenes que no quiere que tú reines en él. ¡Oh pecado abominable, es preciso decir que tu malicia es espantosa para resistir a la omnipotencia del divino Corazón de la soberana del universo!

¿Oh hombre, es posible que habiéndote dado la bondad infinita de tu Dios, una reina tan amable y una Madre tan bondadosa, quieras privar su Corazón regio y maternal de los derechos que tiene sobre ti, para darlos a sus enemigos y a los tuyos? ¿Es posible que quieras desterrar de tu corazón el amor, respeto y gratitud que debes a tan buena Madre para hacer anidar en él al más aterrador de los monstruos que es el pecado? ¿Es posible que quieras destruir en tu corazón un paraíso de paz, de gozo y de delicias celestiales que acompañan la gracia divina donde ella esté, para poner allí un infierno de desasosiego, inquietud y zozobra, consecuencia del pecado donde quiera se encuentre? Debes saber que mientras tu alma aloja monstruo tan abominable es morada de los demonios. ¿Cómo es posible que vivas un momento siquiera en estado tan lamentable? ¡Oh ceguera, oh estupidez, oh dureza, oh crueldad del corazón humano para consigo mismo!

¡Oh Madre de misericordia, apiádate de tanta miseria! ¡Qué lástima! Contempla hoy toda la tierra llena de corazones menesterosos esclavizados por Satán, no conscientes ni dolidos de la desgracia extrema en la que están sumergidos. ¡Oh Madre de gracia, te presento todos



esos esclavos del infierno. Compadécete de ellos, te lo suplico, por tu bondadoso Corazón; rompe sus cadenas y ruega a tu amadísimo Hijo, venido al mundo para iluminar a todos los hombres, que dé vista a esos ciegos, que les arranque el corazón de piedra que el pecado les ha dado y que les dé otro que no resista a las inspiraciones del su Espíritu.

¡Oh Madre de amor, te ofrezco igualmente los corazones de tus hijos que te aman y honran a su Madre! Consérvalos y aumenta en ellos el tesoro precioso que poseen a fin de que te amen siempre y cada vez más; que se hagan dignos de ser verdaderos hijos de tu Corazón.

¡Oh reina de mi corazón, recibe con agrado que yo mismo te ofrezca mi miserable corazón; te suplico, por las inefables bondades del tuyo, que emplees todo el poder que Dios te ha concedido para aplastar en él, al precio que sea, y aniquilar totalmente en él cuanto desagrada a tu Hijo! Establece en él perfectamente el soberano imperio de su Corazón y del tuyo, a fin de que esos dos Corazones, que son un solo Corazón, reinen incesante, soberana y eternamente en mi corazón para la pura gloria y el solo agrado de la santísima Trinidad.



## Sección única

### *Efectos admirables del poder soberano de la reina del cielo*

Según cuenta el cardenal Baronio, en 971, el emperador Juan Zemiscez, habiendo sido elevado al trono imperial, encontró la situación pública en alarmante pobreza a causa de la negligencia y descuido de su predecesor Focas.

Un temible ejército de escitas, rusos, búlgaros, turcos y otros pueblos bárbaros, de más de trescientos mil combatientes, invadió el terreno del imperio, sometió todo a espantoso saqueo y pasó todo a sangre y fuego. El emperador Zemiscez, viendo tal desolación, acudió primeramente a Dios por mediación de la santísima Virgen a la que veneraba con especial devoción, y de san Teodoro, al que había hecho su patrono pues era de igual profesión. Luego hizo acopio de todas sus fuerzas y marchó valerosamente al encuentro del enemigo. Libró contra él varios combates muy peligrosos. La situación lo obligó a invocar el auxilio de la Madre de Dios y ella le alcanzó una victoria muy señalada. En el último combate en el que se jugaba la pérdida de su imperio, un furioso ventarrón se levantó cubriendo el rostro de los enemigos, de modo que lanzaban flechas contra sí mismos. Al mismo tiempo vio a san Teodoro, enviado desde el cielo por la reina de los ángeles, en socorro del príncipe. Se le vio montado en caballo blanco; combatía a la cabeza del ejército imperial con tal vigor que puso en desorden todos los batallones



enemigos. Al fin de la batalla desapareció y no se supo más de él.

Por este medio el emperador obtuvo muy ventajosa victoria pues todas las fuerzas enemigas fueron abatidas a sus pies, las ciudades de Bulgaria le entregaron sus llaves, y el rey en persona, con su mujer y sus hijos, se constituyó en prisionero de guerra. Reconoció el emperador que esta fortuna le vino por intercesión de la Madre de Dios y de su patrono san Teodoro. Queriendo testimoniar su gratitud a esta divina Madre se hizo traer su imagen y la instaló en su carro triunfal, con los despojos enemigos a sus pies en forma de trofeo. Por este medio quiso referir a ella el honor del triunfo y reconocer que alcanzaba todas sus victorias por su favor.

Un espectáculo llenó el cielo y la tierra de gozo increíble al ver la imagen de la Madre del salvador, llevada en carro de triunfo por las calles de la ciudad de Constantinopla, seguida del emperador, modestamente en un caballo, y considerándose muy honrado al aparecer como uno de los oficiales de esta reina del cielo. Todo el pueblo sin embargo hacia resonar los aires con aclamaciones de alabanzas en honor de su poderosísima protectora.

Esta manifestación de piedad, al decir del mismo cardenal Baronio, fue luego imitada por el emperador Juan Comenio, en 1123, pues habiéndose visto obligado a dar batalla contra los escitas y viéndose muy presionado por dichos bárbaros, y su ejército en gran peligro, puso pie en tierra y se prosternó ante una imagen de la santa Virgen



que de costumbre llevaba consigo en sus combates. Le imploró con lágrimas su auxilio en esa extrema necesidad y sintió de inmediato en sí mismo nuevo valor que le venía del cielo. Montó de nuevo en el caballo y se arrojó, acompañado de sus escuderos, a lo más reñido de la lucha, lo que llenó de ánimos a sus soldados, y el enemigo fue rechazado vigorosamente. Luego de un tenaz combate, no pudiendo resistir, fue enteramente puesto en derrota.

A su regreso a Constantinopla este príncipe, para memoria de este hecho, hizo fabricar un carro magnífico, íntegramente revestido de oro y piedras preciosas. Queriendo encarecer la piedad de Zemiscez en el día de su triunfo; hizo colocar la imagen de la Madre de Dios en ese carro, tirado por cuatro caballos, blancos como nieve, conducidos, riendas en mano, por cuatro de los principales príncipes de la corte. Él mismo quiso marchar a pie delante de ese carro triunfal llevando en la mano una cruz en lugar de cetro. Con este cortejo se encaminó a la iglesia de Santa Sofía donde encontró al patriarca, junto con todo su clero, que lo esperaba, hermosamente alineados. Pronunció solemnemente sus acciones de gracias a Dios por los favores recibidos de su divina Majestad por mediación de la Generala de los ejércitos.

¡Oh soberana mía, eres temible para todas las fuerzas del infierno como poderoso ejército en orden de batalla, superior a la pequeña tropa de tus débiles enemigos! Contempla cómo estamos asediados por todas partes de ejércitos infernales. No nos abandones, por favor. Socórrenos y batalla a favor nuestro. Haz que sintamos los



efectos del soberano poder que Dios te ha dado a fin de que las victorias y triunfos de tus soldados sean victorias y triunfos de su gloriosa Emperatriz.

## CAPÍTULO VI

### ***El Corazón de la gloriosa Virgen es expresión perfecta y compendio maravilloso de la vida de Dios***

La vista y la vida de un alma cristiana no son sino una misma realidad. Ver y vivir en el cristianismo, en lenguaje de Dios, se identifican, pues la fe, que es la luz y la vista del justo, es también su vida según estas palabras divinas: *El justo vive de la fe* (Ro 1, 17). La vida eterna consiste en conocer a Dios como nos lo enseña Jesús, cuando hablando de su Padre nos dice: *Conocerte a ti, solo Dios verdadero, es la vida eterna* (Jn 17, 3). En efecto, la vida de Dios está en el conocimiento de sí mismo y de sus divinas perfecciones y en el amor que se tiene a sí mismo; así la vida de los hijos de Dios consiste en conocer y amar a Dios. Los que conocen a Dios por la luz de la fe y lo aman con amor sobrenatural, viven de la vida de Dios y Dios está viviente en ellos. Él es la vida de sus corazones y de sus almas. “Lo que el alma es para nuestro cuerpo lo es Dios para nuestra alma; la vida de nuestro cuerpo es nuestra alma y la vida de nuestra alma es Dios”.



Dios vive siempre en el Corazón de la santa Virgen y este Corazón vive siempre en Dios y de la vida de Dios, de manera más excelente que en todos los demás corazones.

La vida de Dios consiste en el muy sublime y claro conocimiento que tiene de sí mismo mediante su ilimitada sabiduría, y en el amor infinito que se profesa a sí mismo. El Corazón de la preciosísima Virgen está más lleno de la sabiduría y del amor de Dios que los demás corazones. Por consiguiente expresa y representa con mayor perfección en sí la vida de Dios que los demás corazones.

Hay dos clases de vidas: la interior solo conocida de sí mismo, y otra vida exterior y visible que tiene en la humanidad de su Hijo, en sus santos, especialmente mientras están en la tierra, y en todas las criaturas vivientes. Así tiene dos clases de vida en el Corazón de la Madre de Dios. Una interior y del todo oculta en Dios, solo visible a los ojos de Dios. Otra exterior y visible que apareció en su cuerpo y en sus acciones exteriores, originada en su Corazón. Estas dos vidas son del todo santas y divinas y dignas de honor eterno.

Añadamos a esto que Dios no es solamente vida sino fuente de vida, y de todas las vidas naturales y sobrenaturales de todo lo que vive. Así el Corazón de la Madre de vida no solo ha vivido siempre de la vida de Dios por participación en grado eminentísimo que no tiene parangón sino que además es principio de vida y de varias vidas muy excelentes como ya lo dijimos<sup>241</sup>. Así pues este

---

<sup>241</sup> Lib. I, cap. 3, sec. 5; lib 2, cap. 3.



Corazón admirable es expresión perfecta y compendio maravilloso de la vida de Dios.

¡Oh mi santa Madre, mi corazón se goza al ver el tuyo siempre viviente de vida tan noble, santa y divina; de vida que jamás ha sentido el mínimo tinte de la muerte del pecado; de vida que es una, en cierta y admirable manera, con la vida del adorabilísimo Corazón de tu Hijo Jesús! ¡Oh! ¡Quién me diera que todos los corazones y las lenguas gritaran conmigo: viva Jesús y María! ¡Viva el amabilísimo Corazón de Jesús y de María! ¡Que vivan todos los corazones que aman y honran este Corazón admirable por siglos sempiternos! ¡Oh Madre de mi vida, que mi corazón muera a toda otra vida y que viva de tu vida; que esté siempre animado de tu espíritu; que se encienda en tu amor; para bendecir, amar y glorificar por siempre, con el tuyo, a aquel que es la vida esencial, primer y soberano principio de toda vida, y que tiene deseo infinito de comunicarla a todos los hombres!

¿Qué deseo es ése que le hace clamar incesantemente: *¿Quién es el hombre que quiera la vida y ambicione vivir días buenos?* (Sal 34, 13). ¿Dónde están los que aman tanto la vida y desean una vida buena y dichosa? Todo el que teme la muerte y desea la vida que venga a mí; yo lo haré vivir de la vida verdadera, de vida bienaventurada e inmortal, de vida exenta de todo mal y colmada de toda suerte de bienes.

¿Quieres, querido lector, vivir esa vida? Esfuérzate con esmero por conocer y amar a Dios y a su Hijo Jesucristo Nuestro Señor. Ella consiste en ese conocimiento y en ese



amor. Si tienes mucho conocimiento y amor de Dios, tienes mucha vida; si en ti son escasos, tienes poca vida; si careces totalmente de ella, estás muerto. Por ello toda la tierra está cubierta de muertos que parecen vivos; a cada uno se le puede decir: *Aparentas vivir pero estás muerto* (Ap 3, 1). Los infieles, los judíos, los herejes, los cristianos que se entregan al pecado están muertos: quien peca mortalmente y no conoce a Dios: *Quien dice conocer a Dios y no guarda sus mandamientos es mentiroso y la verdad no está en él* (1 Jn 2, 4). Hay numerosos hombres que están en la tierra desde hace cuarenta, cincuenta y sesenta años y aun no han comenzado a vivir. Y hay cantidad que salen de este mundo después de haber vivido en él muchos años y sin embargo no han vivido un día, ni una hora y ni siquiera un momento.

Has de saber que las divinas Escrituras, a propósito de Saúl, dicen que sólo reinó dos años en el pueblo de Dios. Sin embargo ocupó el trono de la realeza durante cuarenta años. Era un rey muerto sentado en ese trono y no un rey vivo. Solo estuvo dos años en calidad de viviente. San Gregorio el Grande comenta que desde su elección a la realeza solo vivió dos años en el temor de Dios y en la obediencia a sus divinos mandatos.

Haz también tus cuentas, querido lector. ¿Cuántos años tienes ante Dios? Mira cuanto tiempo has empleado en servir y amar a su divina Majestad. Si has consumido en ello muchos años, has vivido muchos años; si poco tiempo, has vivido poco tiempo. Eres quizás de esos que el Espíritu Santo llama: *Niños de cien años* (Is 65, 20). Quizás ante el mundo cuentas cincuenta, sesenta o más años pero ante



Dios no eres más que un niño, quizás solo de un día o de una hora. Apareces en la tierra desde hace varios años, como hombre que vive, pero solo vives en apariencia. De modo que puedes aplicarte estas palabras que el Espíritu Santo dirige a un hombre que estaba muerto ante Dios, aunque a los ojos de los hombres pareciera vivo: *¿Qué haces aquí, donde crees que estás, y donde solo estás en apariencia?* (Is 22, 16). Eres de los que san Pablo dice: *alejados y privados de la vida de Dios*, (Ef 4, 18), vida que está viva en los corazones que lo aman.

Él está vivo allí per con vidas diversas en grados de perfección. Vive en los que lo aman fríamente y lo sirven con apatía y dejadez, pero su vida allí es imperfecta, débil y próxima a la muerte. Vive en los que lo aman con ardor y lo sirven con fervor; es vida más noble, vigorosa y perfecta; estos corazones, si se mantienen firmes y estables en las vías del divino amor, serán contados entre aquellos de que se dijo: *Sus corazones vivirán por siglos infinitos* (Sal 22, 27).

Hay otros en los que él no solo está vivo sino que vive y reina en ellos. ¿De qué corazones se trata? Son los que han hecho morir en sí mismos el amor propio y la propia voluntad, y solo buscan en este mundo y en el otro agradar a Dios y que esté contento de todo lo que hacen, y ponen su entera satisfacción y su gozo en seguir en todo y por doquier su adorabilísima voluntad.

Así es el Corazón virginal de la reina del cielo. En él Dios ha vivido y reinado soberanamente y ha establecido perfecta semejanza y maravilloso comprendió de su vida, por lo que sea bendito y glorificado eternamente.



## CAPÍTULO VII

### ***El Corazón de la Madre de Dios lleva en sí semejanza excelente de la paz de Dios***

Esta es otra divina perfección, de perfecta semejanza en grado soberano, en el Corazón admirable de la santísima Madre de Dios. Pero antes de mirar el retrato, detengámonos en el original. Consideremos esta adorable perfección de la *paz de Dios* en sí mismo y veamos en qué consiste.

¿Qué es la paz de Dios? Es una divina perfección que, según la teología de san Dionisio, consiste en la unión inefable que Dios tiene consigo mismo.

Primero, por el amor incomprensible que se tiene a sí mismo y que lo une con él de manera indecible.

Segundo, por su infinita santidad que lo eleva del todo por encima de cuanto lo que podría comprometer su paz, si fuera posible, y que refiere todo a sí mismo.

Tercero, por su simplicidad infinita por la que todas sus perfecciones son una sola perfección y una sola realidad con su divina esencia.

Cuarto, por la unidad de sus personas eternas que no tienen entre sí sino un espíritu, un corazón, una voluntad, un designio, un poder, una sabiduría, una bondad y una misma esencia, eterna, impasible e invariable. Por lo que no existe nada que pueda acontecer ni en el cielo, ni en la



tierra, ni en el infierno, que pueda alterar en lo más mínimo su paz. La paz de Dios es Dios mismo siempre tranquilo e inmutable, principio único y soberano de toda paz, que tiene horror increíble a toda discordia y división, que ha enviado al Príncipe de la paz, a su Hijo, a este mundo para *extinguir todas nuestras enemistades con su sangre* (Ef 2, 16) y para reconciliarnos con su Padre; para congregarnos íntima y totalmente, y para *ser él mismo nuestra paz* (Ef 2, 14) para destruir el pecado, fuente única de divisiones, *pacificando todo, en la tierra y en el cielo, por la sangre de su cruz* (Col 1, 20). Esta es la paz de Dios que san Justo, citado por san Dionisio en el mismo lugar, llamaba el silencio de Dios<sup>242</sup>.

Esta admirable paz ha impreso su semejanza en el Corazón de la Madre de la paz de manera excelente. Primero, porque el pecado, enemigo único de la paz y la sola causa de toda perturbación, jamás ha afectado a este santísimo Corazón.

Segundo, la divina gracia que ha reinado en él perfectamente, hizo vivir siempre todas sus pasiones, sentidos y demás facultades del cuerpo y del alma de la Madre de gracia, bajo el imperio de la razón y bajo las leyes del Espíritu de Dios.

Tercero, la humildad profundísima del Corazón de María le hizo amar apasionadamente los menosprecios y humillaciones. Lo sufrió todo en paz.

---

<sup>242</sup> Obras de san Dionisio Areopagita, p. 286.



Cuarto, El amor particular de que este Corazón estuvo colmado a la santa pobreza, lo llevó a soportar con tranquilidad las penas e incomodidades que la acompañan.

Quinto, el amor ardentísimo de que estuvo abrasado a la cruz le hizo vivir en tranquilidad en medio de trabajos y sufrimientos.

Sexto, la paciencia invencible de que siempre estuvo armado en medio de las perturbaciones, cambios y tempestades de esta vida llena de penalidades, la mantuvo en posesión de profunda paz.

Séptimo, la caridad inconcebible de que este Corazón bondadoso estuvo lleno hacia el hombre, no solo no impidió que en él anidara algún sentimiento de aversión o frialdad hacia los que traicionaron, vendieron o crucificaron a su Hijo amadísimo, sino que ella lo ofreció en sacrificio al Padre eterno para expiación de los crímenes y para el restablecimiento de paz eterna entre Dios y los hombres. Por eso el Espíritu Santo le hace decir que encontró el precioso tesoro de la paz que el hombre perdió por el pecado: *Estuve ante él como quien recobra la paz* (Cantar 8, 10).

Octavo, como este Corazón virginal no tuvo jamás voluntad distinta de la de Dios, poseyó siempre la paz de Dios en grado eminente.

Finalmente esta paz divina llenó e impregnó de tal modo este Corazón pacífico que hizo de él asilo de paz y fuente de tranquilidad y reposo para cuanto están agitados y trabajados en medio de las tempestades, aflicciones, o tumultos de sus pasiones, o de las sacudidas y tentaciones;



y con humildad y confianza recurren a su inmensa benignidad para recibir la asistencia que necesitan.

Conoces bien, querido hermano, que el más rico tesoro que puedes poseer en la tierra es la paz del corazón. Es tesoro que el rey de la paz nos trajo del cielo. Es herencia que nos mereció con su sangre. Es el legado que nos dejó en testamento cuando regresó al cielo: *la paz les dejo, la paz les doy* (Jn 14, 27). Nos manda que la amemos, busquemos y conservemos: *amen la paz* (Za 8, 19); *busca la paz y mantenla* (Sal 24, 15); *tengan paz* (2 Cor 13, 11).

¿Quieres guardar en tu corazón este precioso tesoro? ¿Quieres gustar de sus dulzuras inefables? Entrégate ahora mismo a Dios para practicar lo que sigue:

Primero, arroja por entero de tu alma el pecado, enemigo jurado de la paz.

Segundo, trabaja muy conscientemente en mortificar y destruir en ti los apoyos de este horrible monstruo: tu amor propio, tu propio espíritu, tu propia voluntad, tus sentidos inmortificados y tus pasiones desordenadas, en especial las que, de ordinario, te arrebatan la tranquilidad de tu alma.

Tercero, nunca admitas en tu corazón la mínima aversión ni la menor frialdad hacia tu prójimo; en cambio, aporta por ti mismo la diligencia posible para vivir en paz con todo el mundo para obedecer esta voz del cielo: *En cuanto dependa de ustedes, mantengan la paz con todos los hombres* (Ro 12, 18).

Cuarto, escucha y graba en tu corazón este oráculo divino pronunciado por un ángel en el nacimiento del Dios de la paz: *Paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14). Te



pregunto: ¿Qué se entiende por hombre de buena voluntad? Es aquel cuya voluntad está del todo desprendida de la malicia del pecado. Aquel cuya voluntad, movida por la gracia divina, emplea todas sus energías para controlar todas las facultades de su alma y de su cuerpo según las reglas de esa gran princesa. Es aquel cuya voluntad solo respira bondad, suavidad, benignidad hacia el prójimo. Es aquel cuya voluntad se empeña en imitar la humildad, la paciencia, el amor de la pobreza y de la cruz que colmaron siempre el Corazón de la Madre de la paz. Finalmente es aquel que hace profesión de tratar su propia voluntad como su gran enemiga e investiga sin cesar la muy adorable voluntad de Dios para adorarla y amarla en todo, y abraza todas sus órdenes dichosamente.

Este es el llamado hombre de buena voluntad. Él posee la verdadera paz. ¿Cómo él, quieres, hermano querido, poseerla y ser como él hombre de buena voluntad? Si lo quieres, la paz de Dios colmará tu corazón de gozo inenarrable: *Que la paz de Cristo exulte en sus corazones* (Col 3, 15). Experimentarás que la tranquilidad y el reposo de una conciencia en paz no pueden ser imaginadas por ningún pensamiento ni expresadas por palabra humana. En efecto *sobrepasa todo sentir* (Fp 4, 7). Esta santa paz cambiará tu corazón en paraíso pues lo convertirá en morada de Dios pues donde está la paz está Dios, como dice la palabra: *su lugar está en la paz* (Sal 76, 3).

En cambio, el corazón que carece de paz es morada del demonio e infierno verdadero. Así es el corazón de los impíos, o sea, de quienes no tienen respeto ni amor a Dios:



*Dice el Señor: no hay paz para el impío (Is 48, 22). ¡Oh reina de la paz, guárdanos de caer en este estado deplorable; haz que nuestros corazones lleven en sí una imagen de la paz divina que reina en tu corazón!*

## **CAPÍTULO VIII**

### ***El Corazón de la gloriosa Virgen lleva en sí imagen viviente de la gloria y felicidad de Dios***

La *gloria* de Dios es una perfección que consiste en el muy claro conocimiento de sus divinas perfecciones. Toda ellas juntas, perfectamente conocidas por su divina inteligencia, hacen la gloria esencial de su adorable Majestad. Gloria tan grande, amplia, sublime y refulgente de que Dios goza en sus grandezas incomparables y excelentes. Como sus perfecciones son sin límites, infinitas, eternas, inefables e incomprensibles, las contempla por su inmensa luz en toda la altura, profundidad y amplitud de su belleza, de su excelencia y su fulgor. Él posee también una gloria perenne, inmensa, inconcebible, infinitamente por encima de todo pensamiento, de toda palabra y de todo encomio de parte de todos los espíritus angélicos y humanos.

Solo tú, Dios mío, puedes comprender lo incomprensible de la gloria de tus adorables perfecciones. Solo tú eres capaz de darles las alabanzas que merecen. Es la ocupación continua de tus divinas Personas, que durante



todos los espacios de la eternidad están sin cesar en acción de alabar, bendecir glorificar tus admirables grandezas. A nosotros solo nos queda cantar con tu santa Iglesia: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria que llena cielos y tierra. Por esta gloria que es fuente de toda otra gloria. Por esta gloria que no puede ser oscurecida ni aminorada por las injurias que te infieren tus enemigos. Por esta gloria, finalmente, que no puede ser ensalzada perfecta ni dignamente sino por ti mismo. Lo dicho es algo de la gloria de Dios; poco en realidad frente a lo que ella es.

Hablemos también de la divina *felicidad*. Es otra perfección que consiste, en parte en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo. Es preciso añadir también el amor que él se profesa. Amor y felicidad juntos hacen la beatitud de su divina Majestad, incomprensible e inefable. La luz por la que él se conoce es infinita y sus perfecciones son igualmente infinitas en cantidad y calidad le permite descubrir en sí mismo un océano inmenso de maravillas, abismo insondable de grandezas y tesoros inagotables de toda clase de bienes. Su posesión le es permanente y eterna y no es posible que alguien se la impugne ni se la amenace; ni disminuye por los crímenes de los hombres y los demonios. Todos estos conocimientos, unidos al amor infinito que se tiene a sí mismo, lo llenan de inmensa complacencia, de santa alegría y de felicidad admirable, inmensa, infinita, inconcebible, inmutable y eterna, fuente



de todas las delicias y gozos de los bienaventurados y del contento de toda las criaturas del universo, capaces de disfrutar de alguna satisfacción. Su divina bondad es tan inmensa que nada queda excluido de su adorable felicidad, en la medida en que sea capaz de ella.

Añade a esto que su divina eternidad, que ignora pasado y futuro pues tiene todo presente, hace que Dios posea siempre y en cada momento, todas las grandezas, glorias, gozos, delicias que posee desde toda eternidad y que poseerá por siempre jamás.

Oh mi Dios, mi corazón rebosa de alegría por verte lleno de todas esas glorias y felicidades, y de infinidad de otras que sobrepasan por entero mi lenguaje y razón. ¿Cómo podré, Señor mío, manifestarte el contento indecible que experimento? Permíteme decirte con tu fiel servidor san Agustín, y concédeme la gracia de decírtelo con su espíritu: si por imposible no poseyeras todas las grandezas y beatitudes que tienes y yo en cambio las poseyera, ¡ah! Dios de mi corazón a quien debo y quiero amarte más infinitamente que a mí mismo, me despojaría gustoso de todo ello para entregártelo. Pero, si me ocurre a menudo equivocarme en mis pensamientos y tengo motivos para desconfiar de mis sentimientos, si tus divinos ojos, que descubren en nuestros corazones lo que en ellos se nos esconde, ven que esta disposición no está en el mío, como deseo que esté, ponla en él tú mismo, te ruego, o si ya está allí, robustécela y perfecciónala de más en más para sola gloria de su santo nombre. Esta es apenas una brizna de la inmensa gloria y de la felicidad inefable de Dios.



Descubro ahora no solo semejanza de estos divinos atributos en el Corazón Virgen Madre sino que contemplo esta maravillosa gloria e incomparable felicidad, tal como están, en cierto modo, en el interior de Dios.

Para penetrar esta idea, es preciso saber que es propio del amor, especialmente del amor sobrenatural y divino, transformar al amante en la cosa amada, como el fuego cambia el hierro en fuego, dejándole su naturaleza y esencia de hierro, y lo reviste de las propiedades y perfecciones del hierro. Es cierto que nunca hubo ni habrá jamás amor semejante al que ardió siempre en el Corazón virginal de María. Este amor divino la transformó en Dios desde este mundo pues mientras estuvo en él no tuvo sino un espíritu, un corazón, una voluntad y un amor con Dios. Amó solo lo que él ama, aborreció solo lo que él abomina; no tenía otros intereses que sus intereses; ni otra gloria y honor que su honor y su gloria; ni otros contentos que los suyos; ni otra felicidad que la suya. Así su gloria y su felicidad estuvieron siempre en su Corazón.

Todas las ignominias y dolores que padeció en la tierra, en especial durante la pasión de su Hijo, no pudieron arrebatarse esa gloria y felicidad. Por el contrario se las acrecentaron. ¿Ignoras que el Espíritu Santo, hablando del día de la pasión del Hijo de Dios, dice que es *el día de la felicidad de su Corazón?* (Cant 3, 11). Y él mismo, refiriéndose a su pasión la llama su gloria y la gloria de su Padre, según la explicación que los santos Ambrosio, Hilario, Agustín y otros varios dan a este pasaje. Dijo a su Padre en vísperas de su pasión: *Padre glorifica a tu Hijo para que tu*



*Hijo te glorifique* (Jn 17, 1). En efecto la pasión del salvador es la máxima gloria de Dios pues por ella todo el deshonor dado a Dios por los pecados del mundo es reparado ventajosamente y Dios es glorificado con gloria digna de su grandeza infinita. De esta, y también de la gloria esencial de Dios, de la que acabamos de hablar, dice la Iglesia dirigiéndose a su divina Majestad: *Te damos gracia por tu inmensa gloria*, es decir, por la Pasión de tu Hijo.

Haz de saber que la Madre de Jesús no tenía sentimientos distintos de los de su Hijo. Además ella conocía muy bien que nada hay en el mundo que dé más gloria y contento a Dios que los sufrimientos y humillaciones soportados por su amor. Como su Hijo llama a su afrentosa y cruel pasión su gloria y su felicidad, y como ella ponía su honor y delicia en lo que honra y agrada a Dios, su mayor gloria y su perfecta alegría estaban en las mayores ignominias y en las más angustiantes aflicciones.

No te imagines que el contento que ella experimentaba le impedía sufrir. De ninguna manera. Es cierto, que después de su Hijo amadísimo, no ha existido en la tierra alguien que haya sufrido más que ella. Pero los gozos y los dolores iban juntos, de manera que en Jesús, los gozos poseían la parte superior de su alma, y los dolores la parte inferior, sin que los unos impidieran a los otros. De igual modo, cuando la Madre de Jesús estaba crucificada y zaherida como su Hijo, las angustias muy amargas y los tormentos inconcebibles que soportaba en sus sentidos y en la parte inferior de su alma no impedían que ella no se regocijara en su espíritu y en su Corazón con paz profunda y



contento indecible. Sabía bien que tal era la voluntad y el beneplácito de Dios.

Así pues la gloria y la felicidad de Dios hacían morada en el bienaventurado Corazón de la gloriosa Virgen mientras estuvo en la tierra. Pero desde que está en el cielo, este Corazón incomparable está de tal forma abismado y absorto en la gloria infinita y en el gozo inmenso de su divina Majestad, que está por entero transformado en felicidad divina y en gloria inmortal, y es más dichoso y glorioso que todos los corazones de los ángeles y de los santos juntos.

Santa Madre mía, mi corazón se transporta de gozo al contemplar el tuyo tan colmado de grandezas y delicias inenarrables e inacabables. Me atrevo a decir, con la gracia de tu Hijo, que si este Corazón amabilísimo no poseyera todas esas alegrías y glorias y mi corazón gozara de ellas, querría, si me fuera posible, quitárselas para dártelas al tuyo. Incluso preferiría verme anonadado para siempre antes que tu Corazón fuera privado de todos esos tesoros con los que la bondad divina lo ha enriquecido con profusión inefable.

Por lo demás, mi querido lector, ¿quieres poseer las auténticas gloria y felicidad? Ten en cuenta que es preciso renunciar por entero a la gloria fantasiosa y a los falsos placeres del mundo y no querer honor distinto del honor de Dios, ni otro contento que su contento, y poner toda tu gloria y felicidad en servirlo y amarlo perfectamente. Si lo amas de veras de todo corazón y más que a ti mismo, como debes hacerlo, el divino amor te transformará en Dios, pues no tendrás otra voluntad que la voluntad de Dios, ni otros



intereses que los suyos, ni otra gloria que su gloria, ni otras satisfacciones que las tuyas. ¡Oh, cuán bienaventurada es el alma que puede decir con la santa reina Ester: *Tú sabes, Señor, que la gloria del mundo me es abominable y que nunca he puesto mi dicha sino en ti solo!* (Est14, 15.18)

### *La divina voluntad*

Después de haber demostrado que las divinas perfecciones de que hemos hablado en este libro y en el precedente, imprimieron su semejanza de forma excelentísima en el Corazón perfectísimo de la reina del cielo y que ellas viven y reinan en él de manera admirable. ¿Qué diremos de la adorabilísima *voluntad de Dios*? ¿No tiene parte ella en este divino Corazón? No solo es partícipe sino que lo tiene todo en él, lo es todo para él, lo hace todo allí. Pero para no hacer demasiado largo este libro, reservamos este tema para el libro 9º donde veremos las excelencias maravillosas del Corazón virginal de la Madre de Dios.

Nos vamos a sumergir ahora en otro abismo de maravillas que será el final de este libro. Se trata de la santísima Trinidad, de la que veremos cómo las tres Personas eternas dejan su imagen admirable en el Corazón real de nuestra gran reina.



## CAPÍTULO IX

### ***El Corazón de la santa Virgen es semejanza maravillosa de la santísima Trinidad y en primer lugar de la persona adorable del Padre***

Es la mayor de las maravillas, el abismo de los abismos, el misterio de los misterios. Obra efectos admirables en el divino Corazón de la sacrosanta Madre de Dios.

Leo en la vida de la bienaventurada santa Clara de Montefalco<sup>243</sup>, muy devota del misterio de la santísima Trinidad, que Dios quiso hacer ver a todo el mundo, por señales sensibles y extraordinarias, cómo le era de agradable esta devoción. En efecto el cuerpo de esta santa religiosa fue abierto luego de su muerte, por orden del mismo soberano Pontífice Clemente V, presentes el vicario general, el obispo de Spoleto y tres médicos. Se encontraron en su pecho tres bolitas, duras y sólidas, de materia desconocida, del tamaño de tres avellanas, del mismo color y tamaño, y de igual peso. Una sola pesaba lo que las otras dos, y las dos restantes, incluso, las tres pesaban lo mismo que una sola y estaban dispuestas en forma de triángulo. Pueden verse todavía hoy, con admiración de los habitantes de Montefalco en Umbría, en Italia, con otro milagro de su corazón que tiene que ver con la pasión de nuestro Señor. Ya hablamos de ellos en el capítulo sexto del tercer libro.

---

<sup>243</sup> Religiosa de la orden de san Agustín (1275-1308)



No pongas en duda, querido lector, que el Corazón de la reina de todos los santos no hubiera tenido más respeto y amor al misterio de la adorable Trinidad que los de esta santa. Vas a ver milagros mayores que ella obró en este Corazón maravilloso. Verás cómo las tres Personas divinas se imprimieron en él con sus mayores perfecciones, y en primer lugar el Padre eterno.

Este Padre divino es *fuelle de divinidad* para usar el lenguaje de san Dionisio<sup>244</sup>. El Corazón de María es también fuente de divinidad pues concibió e hizo nacer en sí, como lo vamos a ver, a aquel que lleva en sí la plenitud de la divinidad.

Este Padre de las luces es luz eterna, primitiva y original, y es fuente de otra Luz que le es coligual, coeterna y consustancial: *Luz de luz*. El Corazón de la Madre de Jesús rebosa de la luz divina y es todo transformado en luz. Es fuente que se difunde hacia todos los lados, en cielo y tierra, sobre ángeles y hombres.

El Padre amabilísimo es todo amor y todo caridad: *el Padre es amor* (2 Cor 13, 13). Es el principio de la caridad eterna y del amor personal que es el Espíritu Santo. El Corazón de la Madre del amor hermoso está de tal manera inflamado en amor que sus llamas se propagan a todas partes y son capaces de encender el fuego de la caridad divina en todos los corazones del universo si los hielos horribles del pecado de que están poseídos no se lo impiden.

---

<sup>244</sup> *De divinis nominibus* cap. 2



Este Padre adorable da nacimiento en su Corazón, desde toda eternidad, a su Hijo único y amadísimo, que es Dios como él, igual a él en todo. El Corazón de la Virgen Madre concibe y da nacimiento en sí a este mismo Hijo en la plenitud de los tiempos, Hijo único de María como es Hijo único de Dios, pero que es el Padre y el Dios de su Madre. *Ella lo concibió en su Corazón*, dice el gran san León, *antes de formarlo en su vientre*<sup>245</sup>.

El ángel habla a la Virgen, dice san Agustín, cuando le anuncia que la ha escogido para ser Madre de su Hijo, y *María prepara su Corazón por la fe para recibirlo en él y concebirlo en él*<sup>246</sup>. Y añade: *De nada hubiera servido a María ser la Madre de Jesucristo según la carne si ella no lo hubiera llevado primero más dichosamente en su Corazón que en sus entrañas*<sup>247</sup>.

El Padre todopoderoso no solo hace nacer a su Hijo en su seno adorable sino que le añade otros tres nacimientos: el primero en el seno de la Virgen Madre en el momento de la encarnación; el segundo, en el sepulcro, en el momento de la resurrección; el tercero, en las almas cristianas en el santo bautismo que lo hace nacer y vivir en nuestros corazones y por el sacramento de la penitencia que lo resucita y lo hace renacer cuando allí está muerto por el pecado.

Todos los teólogos están de acuerdo en que la bienaventurada Virgen ocupa lugar privilegiado en el primero de esos nacimientos. Mostraremos en seguida que

---

<sup>245</sup> *Serm. 1 de Nativitate Domini.*

<sup>246</sup> *Symbo. ad catechum. Libro 4*

<sup>247</sup> *Liber de sancta Virginitate, cap. 3*



coopera mucho en el tercero. Podemos afirmar que contribuyó al segundo con sus lágrimas y oraciones. Porque como aseguran varios santos Padres que, por sus méritos y plegarias, ella obtuvo de Dios el anticipo del misterio de la encarnación, hay igualmente excelentes doctores que aseguran que impetró al Padre eterno, por el fervor de sus oraciones y por la abundancia de sus lágrimas, que el tiempo de permanencia de su Hijo en el sepulcro fuera abreviado y que la hora de la resurrección fuera avanzada.

¡Oh bondadosa Virgen, cómo estamos de obligados contigo! En ti nació nuestro salvador en la hora de la encarnación para que naciéramos para bienaventurada eternidad. De ti nació en el establo de Belén para que reinemos con los ángeles en el cielo. ¿De qué nos servirían esos dos primeros nacimientos si no tuviéramos un tercero en el sepulcro? En los dos primeros nacimientos no tuviste sufrimiento. Pero el tercero fue precedido por cruento martirio en tu Corazón maternal. ¿De cuántas espadas y penalidades fue traspasado? ¿Cuántas lágrimas derramaste? ¿Cuántos sollozos doloridos y oraciones fervientes lanzaste al cielo para alcanzar del Padre adorable de Jesús que retirara lo más pronto posible a su Hijo amadísimo de las tinieblas del sepulcro y de la sombra de muerte y darle nuevo nacimiento a una vida inmortal y gloriosa?

Puede decirse, Virgen divina, que diste a luz dos veces a tu hijo Jesús: primero, en el establo de Belén y luego, por tus oraciones y lágrimas, en el sepulcro. Pero hay diferencia entre esos dos nacimientos. El primero fue sin dolor y el



segundo fue precedido de grandes angustias. En el primero, Jesús nació para morir en una cruz; en el segundo, nació para vivir y reinar eternamente en el seno y el trono de su Padre. Es lo que se revela en el capítulo doce del Apocalipsis que pone ante nuestros ojos una mujer revestida de sol, la santísima Virgen. Ella, en medio de dolores violentos, da a luz un Hijo que de inmediato es llevado al trono de Dios.

De este modo, Madre admirable, contribuiste, con tus lágrimas y oraciones, a la Resurrección de nuestro salvador. Tu divina maternidad recibió nuevo esplendor de gloria. Eras Madre de un Hombre-Dios, mortal y pasible, y ahora eres Madre de un Hombre-Dios, impasible e inmortal. El Padre eterno recibió las oraciones que le dirigiste para adelantar la resurrección de su Hijo y su nacimiento en el sepulcro. Ahora recibe las que le haces diariamente para pedirle que lo haga nacer en los corazones de los hombres, donde está muerto por el pecado. Ellas le son agradables y obran maravillosos efectos.

El tercer nacimiento tiene lugar en las almas regeneradas por el bautismo y en las que, muertas por el pecado, por el sacramento de penitencia han resucitado y renacido. En este nacimiento la Madre de gracia y de misericordia no tiene menos parte que en los precedentes, por sus oraciones e intercesiones.

El docto y piadoso Gerson dice que un alma fiel a la gracia de Dios forma y hace nacer en sí al Hijo de Dios, según está dicho: *Que Cristo sea formado en sus corazones* (Ga 4, 19). Ella se hace madre de Dios, según dice nuestro salvador, cuando nos asegura que el que hace la voluntad



de su Padre es su hermano y su hermana y su madre (Mt 12, 50), Y así después de la comunión el alma le puede decir: *Tú eres mi pan y mi alimento, hoy te he comido*. Y cuando ha hecho la voluntad de Dios le puede decir también: *Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado* (Sal 2, 7). Pero no puede decir que haya hecho sola semejante maravilla. Por la comunicación que el Padre de Jesús le ha hecho de su divina fecundidad y con la cooperación de las oraciones de su gloriosa Madre, que este Padre santo asocia a él, de esta manera, hace nacer y vivir a Jesús en el corazón de los hombres.

Si Dios dio al sol el poder de contribuir con sus influencia secreta e imperceptible, aunque muy alejado de la tierra, a la generación corporal de todos los hombres y de todo lo que vive en la tierra, no es infortunado creer que dio poder a la que escogió como Madre de su Hijo, para hacerlo nacer en su Corazón, y le otorgó también poder especial de hacerlo vivir en todos los corazones de los hombres que no ponen impedimento por sus pecados.

De suerte que como el Padre eterno da nacimiento a su Hijo desde toda eternidad en su seno y en su adorable Corazón, lo hace hacer también en el Corazón y en el seno de la Virgen. Y como él lo forma y lo produce en los corazones de los fieles, así la Madre admirable hace vivir ese mismo Hijo en su Corazón virginal; ella le da nacimiento en sus benditas entrañas y lo hace vivir en los corazones de los cristianos. Y como este Padre divino es Padre de dos hijos: Padre de un hombre que es Dios personalmente, es decir, de su Hijo Jesús, hombre y Dios al tiempo; y Padre de



un hombre que es Dios por participación, es decir, el hombre cristiano. Así mismo, la Madre Virgen es Madre de dos hombres según las palabras del salmista real: *un hombre y un hombre han nacido en ella* (Sal 87, 3 vlg). San Ambrosio y san Agustín aplican estas palabras a la bienaventurada Virgen, palabras que contienen varios misterios y diversas significaciones, por ejemplo: esta preciosa Virgen hizo nacer al Hombre-Dios de dos maneras y en dos clases de nacimientos. Primero, lo hizo nacer en sí misma, en su Corazón y en seno. Y luego lo hizo nacer a diario, por sus oraciones, en los corazones de los fieles.

Otro significado: el Hombre-Dios y el hombre cristiano tomaron nacimiento en ella, y que es Madre del uno y del otro se infiere de que al ser Madre de la Cabeza lo es también de sus miembros.

De este modo esta maravillosa Madre lleva en sí perfecta semejanza de la primera Persona de la santísima Trinidad. Esta adorable Persona le comunica en grado muy eminente su máxima perfección que es su divina Paternidad. Ella le es más gloriosa, amada y preciosa que los nombres de Dios, creador, gobernador, rey y juez del universo. Estos atributos lo ponen en relación con las criaturas que son nada en realidad; pero su divina Paternidad le causa relación a una persona que es Dios como él.

¿Cuál es la finalidad de este largo discurso en un libro que tiene como objetivo hablar del santísimo Corazón de la Madre de Dios? ¿Qué parte ocupa este sagrado Corazón en todo esto? No solo una parte sino todo.



Primero, la humildad, pureza, caridad y demás virtudes de este Corazón de María lo elevaron a altísimo estado.

Segundo, dado que su Corazón es la más noble parte de su cuerpo y de su alma, él obra en ella las grandezas que ocurrieron en ella. Decir entonces que la santa Virgen está asociada con el Padre eterno para hacer nacer a su Hijo en su seno virginal, en el establo de Belén, en el sepulcro y en el corazón de los fieles equivale a decir que el Corazón de la Madre del salvador hace todas esas maravillas. Decir que la santa Virgen es imagen viviente y muy exacta del Padre de Jesús y que está revestida de su adorable fecundidad, de su divino poder, de su admirable paternidad en declarar muy alto que su Corazón sagrado lleva en sí excelente semejanza de las mismas perfecciones del Padre de Jesús. Como él comunica con excelencia su paternidad eterna al Corazón maternal de la preciosísima Virgen, le comunica también el amor infinito que profesa a su Hijo y el celo indecible que tiene por su gloria. Como esta Madre incomparable produce a su Hijo por virtud del Altísimo lo ama igualmente por su amor. Juzga entonces cuál es el amor de María a Jesús y contempla cómo el Corazón de esta bienaventurada María lleva en sí milagrosa semejanza del Padre eterno. Te ofrezco otro aspecto muy valioso que perfecciona esta semejanza.

Escucho a mi salvador que pronuncia este oráculo lleno de consuelo para los hijos de Adán: *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo único* (Jn 3, 16). Puedo decir algo parecido acerca de la gloriosa Virgen: el Corazón de



María rebosa tanto de caridad por el mundo que le ha dado a su Hijo único.

El Padre de Jesús nos ha dado a su Hijo de diversas maneras y calidades: *Se hizo para nosotros sabiduría de Dios, justicia y santificación y redención* (1 Cor 1, 30). Nos lo dio por el misterio de la encarnación para ser nuestro hermano y maestro, y nuestra luz, para enseñarnos la verdadera sabiduría por sus palabras y por el ejemplo de sus acciones. Nos lo dio en su Pasión y en su muerte para ser nuestro redentor y nuestra redención. Nos lo dio por su resurrección para ser nuestra justificación: *resucitó por nuestra justificación* (Ro 4, 25) Nos lo dio en la Eucaristía para ser nuestra vida y santificación. Asimismo el Corazón caritativo de la Madre de amor, del todo transformado en la caridad del Padre eterno, nos ha dado a este mismo Jesús en todas estas maneras. Le debemos por ello gracias infinitas. Debemos alabarlo y agradecerle sin cesar, pero especialmente después de haberlo recibido en el Santísimo Sacramento. A ella, después de Dios, le debemos gratitud por este tesoro inmenso que poseemos tan a menudo como queramos. Gracias infinitas y eternas se rindan a la Madre de Jesús, a la caridad sin límites de su divino Corazón.

Bueno, pues, mi querido lector, ¿no te parece que este Corazón es maravillosa semejanza del Corazón adorable de la primera Persona de la santísima Trinidad? Un poco más adelante, en el libro sexto, escucharemos a un sabio prelado que nos hará ver que el Corazón de la Madre de Dios no solo es imagen perfecta del Corazón del Padre eterno sino



que ese mismo Padre divino y esta santa Madre tienen, en cierto modo, un mismo Corazón.

Pasemos en seguida a la segunda Persona de la santísima Trinidad. Pero antes, detente un instante, mi querido lector, para elevar tu corazón al Padre eterno y para agradecerle infinitamente por la gran gloria que se dio a sí mismo en ese Corazón virginal colmado de veneración y amor a él: *Te damos gracias por tu inmensa gloria*. Y también por los favores inenarrables de que lo ha llenado y de todas las gracias que nos concede por su intercesión: *Gracias a Dios por sus dones inenarrables* (2Cor 9, 15). Ya que es tu Padre, pídele que imprima su semejanza en tu corazón y destruya en él cuanto se le oponga.

## CAPÍTULO X

### ***El Corazón de la santísima Virgen lleva en sí semejanza perfecta de la segunda Persona de la santísima Trinidad***

Vimos cómo el Corazón de la bienaventurada Virgen es vivo retrato del Padre eterno. Veamos ahora cómo lleva en sí excelente semejanza de la segunda Persona de la santísima Trinidad.

El Hijo de Dios es la primera obra de la eternidad, el primer fruto, si es posible hablar así, de la divinidad. También, entre las puras criaturas, el primer fruto en excelencia, la primera obra en perfección que brota del



Corazón infinitamente bueno y de la mano omnipotente de Dios, es el Corazón admirable de la soberana del universo.

El Hijo de Dios, en la generación eterna, va agotando, si se me permite hablar así, todas las grandezas y riquezas infinitas que hay en su Padre. El Corazón de la Madre de Dios va agotando y atrayendo a sí todas las gracias y todos los tesoros de santidad que se encierran en los designios de Dios pues contiene en sí la plenitud de la gracia que, desde toda eternidad, Dios quiso comunicar fuera de sí a las puras criaturas.

El Hijo de Dios es el fruto del Corazón adorable del Padre eterno, según entiende san Agustín estas divinas palabras que él atribuye a ese Corazón divino y al Verbo eterno de quien proceden: *Brotó de mi Corazón un Verbo bueno* (Sal 45, 3). Un piadoso y santo doctor<sup>248</sup> explica así estas palabras del cántico de la reina de los ángeles: *Dispersó a los soberbios y doblegó el orgullo de los soberbios por el pensamiento de su Corazón*, o sea, por su Hijo al que antes llamó su brazo: *Hizo obras grande mediante su brazo*. Ese mismo Hijo, que es el Hijo del Corazón de su Padre es también el Hijo del Corazón de la Madre pues ella lo concibió primero en su Corazón que en sus entrañas. La Iglesia le hace decir a menudo las mismas palabras que dice el Padre eterno: *Mi corazón pronunció un Verbo bueno*.

El Hijo de Dios recibe y da vida, de continuo en la divinidad: la recibe de su Padre y la da al Espíritu Santo y a todo cuanto vive. El Corazón de la preciosísima Virgen, en el

---

<sup>248</sup> José de Lacerda en: *María, efigie de la S. Trin.* Acad. 15, sect. 4. N. 38.



tiempo e incluso en la eternidad, perpetuamente recibe y da vida; la recibe de Dios y la da a los verdaderos hijos de Dios, en la manera ya dicha.

En la santísima Trinidad el Hijo de Dios sin cesar se refiere y se da a su Padre. El Corazón de su divina Madre, desde el primer momento de su vida, siempre estuvo, y estará eternamente, en continuo estado de mirada y relación de sí misma a Dios.

El Hijo de Dios habita y vive siempre en su Padre, y su Padre reside siempre y vive en él con vida totalmente divina: *Yo en mi Padre y el Padre en mí* (Jn 14, 10). La caridad eminentísima del Corazón de María hizo que jamás tuviera morada y vida que no fuera en Dios. Y Dios moró, vivió y reinó en él de manera muy sublime, según estas palabras: *Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él* (1 Jn 4, 10).

El Hijo de Dios es el primero, aún más el único objeto del amor y de la complacencia de su Padre pues este Padre santo no mira ni ama nada que no sea su Hijo y cuanto pertenece al Hijo: *Este es mi Hijo amadísimo en quien me complazco enteramente* (Mt 17, 5). El Corazón de la Madre del amor hermoso es el primer objeto del amor y de la complacencia del Padre eterno entre todos los que se consagran al amor de su Hijo Jesús.

El Hijo de Dios es el principio, juntamente con el Padre, del Espíritu Santo. La sagrada Virgen es la fuente y principio. Junto con Dios, del nuevo espíritu de gracia y de amor que fue dado a la tierra por el misterio de la encarnación. Si al hablar del corazón apostólico de san



Pablo san Juan Crisóstomo dice que es el principio del espíritu y de la vida que fue difundida por todas partes en los miembros de Jesucristo: *Principio del espíritu de vida que abundó para todo, y fue dado a los miembros de Cristo*<sup>249</sup>, con cuanta más razón esta afirmación es cierta en el Corazón virginal de la reina de los apóstoles. Como el Hijo de Dios derrama continuamente su divino Espíritu en su Iglesia y en los corazones de los fieles que no le ponen obstáculo, también asocia el Corazón muy generoso de su bienaventurada Madre con el suyo en esa divina efusión que sin cesar hace de este adorable Espíritu. Si concedió poder a sus apóstoles, y a sus sucesores, de comunicar este mismo espíritu a los verdaderos cristianos mediante la imposición de sus manos y en virtud de sus palabras: *Al hablar Pedro, sobrevino el Espíritu santo sobre todos los que escuchaban la palabra* (Hch 10, 44), ¿quién pondrá en duda que lo haya dado a su dignísima Madre en grado mucho más eminente no solo desde que está en el cielo sino incluso desde que vivía en este mundo? ¿No fue acaso por la voz de esta Madre de gracia, al saludar a su prima santa Isabel, que el niño que llevaba en su vientre se llenó, junto con su madre, del Espíritu Santo?

Virgen santa, llena nuestros corazones de este divino Espíritu del que el tuyo estaba colmado. Haz que recibamos de tu plenitud; que nuestro propio espíritu sea anonadado en nosotros y que el Espíritu de tu Hijo se establezca en ellos perfectamente; que no vivamos, ni hablemos, ni

---

<sup>249</sup> In cap. 16 ad Rom. Hom. 32



actuemos sino movidos y conducidos por el Espíritu de Jesús.

## CAPÍTULO XI

### ***El Corazón de María es fuente, con el Hijo de Dios, de los bienes que proceden del misterio de la encarnación***

Esto no es todo. Querido lector, ¿quieres ver además la relación muy señalada entre el Hijo de Dios y el Corazón maravilloso de su dignísima Madre? Escúchala.

El amor incomprensible que el Hijo de Dios nos tiene lo hizo salir del seno de su Padre para venir a este mundo y darse a nosotros: *Salí del Padre y vine al mundo* (Jn 16, 28). La humildad y la caridad del Corazón de María lo atrajeron desde ese seno adorable a este Corazón virginal, en primer lugar, y luego a las entrañas de la bienaventurada Virgen para entregarlo en seguida a los hombres. En esas benditas entrañas cumplió el designio que desde la eternidad tenía de encarnarse en él. Al mismo tiempo, unió el Corazón de su santísima Madre con el suyo en la realización de este inefable misterio. En efecto, por las santas disposiciones de su Corazón se hizo digna de ser Madre de un Hombre-Dios, de formarlo en sus entrañas y de dárnoslo. Se puede decir, por tanto, con verdad, que este Corazón admirable es la fuente, junto con el Hijo de Dios, de todos los bienes que proceden del misterio de la encarnación y que, al darnos al



que contiene en sí todos los tesoros de Dios, con él nos lo dio todo: *Nos dio todo con él* (Ro 8, 22).

Se deduce de allí que los santos Padres, al considerar la unión muy íntima y la sociedad inefable que ella tiene con su Hijo en este misterio y en los demás misterios de su vida, le atribuyen los bienes que derivan de allí en tierra y cielo, y hablan de ella como de una persona por la cual Dios nos ha dado todo y que hace uno con su Hijo: *Con él lo arreglaba todo* (Prov 8, 30). Y no solo por su intercesión sino por el poder que su Hijo le da, que en realidad no es sino participación y dependencia del suyo.

¿Te gustaría oír a los santos Padres expresarse sobre este tema? Aquí tienes a san Agustín: “Oh dama soberana del universo, nos dices que Dios hizo maravillas en ti. ¿Cuáles son esas maravillas por las que eres llamada dichosa por todas las generaciones? Hizo que una criatura diera a luz al creador; que la sierva fuera Madre de su Señor para que Dios rescatara el mundo por ti; que por ti lo iluminara y por ti lo resucitara”<sup>250</sup>.

Y ahora san Bernardo: “Y puesto que tú eras indigno de que Dios se diera a ti, él se dio a María para que tú, por su medio, recibieras todo lo que debieras recibir. En efecto, Dios dictó un decreto en su consejo eterno: no dar jamás nada a nadie que no pase por sus manos”<sup>251</sup>.

El santo y sabio Idiota: “Con ella, en ella, de ella el mundo posee el soberano bien y la fuente de todo bien”<sup>252</sup>. Pero nada comparable con lo que dice san Cirilo, obispo de

---

<sup>250</sup> Sermón 208 de la Asunción B. V.

<sup>251</sup> Sermón 3, in vigil. Nat.

<sup>252</sup> *De contempl. B. V. M.* in prologo.



Alejandría, en un sermón durante el concilio de Éfeso<sup>253</sup>, en presencia de toda la Iglesia reunida en ese concilio, en el que había más de doscientos obispos que rindieron aprobación a su discurso. Estas son sus palabras:

“Te saludo, María, Madre de Dios. Tú eres el tesoro de todo el universo. Te saludo a ti que contuviste en tu vientre virginal a quien todo el mundo no puede contener. Tú por quien la santa Trinidad es adorada y glorificada en todo el mundo. Tú por quien la cruz preciosa es venerada y adorada en toda la tierra. Tú por quien el cielo se llena de felicidad. Tú por quien ángeles y arcángeles rebosan de alegría. Tú por quien los demonios son puestos en fuga y por quien Satán fue arrojado del cielo. Tú por quien el hombre, expulsado del paraíso, fue restablecido de nuevo en él. Tú por quien el mundo, seducido antes por la vanidad de los ídolos, alcanzó el conocimiento de la verdad. Tú por quien el santo bautismo es administrado a los creyentes. Tú por quien el Espíritu Santo les es comunicado con el óleo de la exultación, es decir, en el sacramento de la confirmación. Tú por quien las iglesias se levantan en toda la redondez de la tierra. Tú por quien las naciones son llevadas a la penitencia. Tú por quien el Hijo de Dios vino a iluminar a los que yacían en tinieblas y sombras de muerte. Tú por quien los profetas anunciaron la verdad antes de que sucediera. Tú por quien los apóstoles predicaron la salvación a los gentiles. Tú por quien los muertos son resucitados. Tú que haces reinar a los reyes por la santa Trinidad”.

---

<sup>253</sup> *Homilía contra Nestorium*



Nota, mi querido lector, cómo por las palabras de este gran santo, y por las que leíste antes de la suyas, los santos Padres han reconocido y nos han invitado a reconocer que la muy sagrada Madre del salvador es con él la fuente de todas las gracias y de todos los bienes que brotaron y brotarán de su mano generosa, en el cielo y en la tierra, en Antiguo y Nuevo Testamento. Esos bienes se originan en el misterio de la encarnación, a cuya realización el Hijo de Dios la unió y asoció con él de manera muy sublime, por razón de su humildad muy profunda y por su pureza del todo divina del amor ardentísimo de su Corazón virginal. Se puede decir que, después del Corazón de Jesús, somos deudores de la caridad indecible del Corazón de María, por todos los favores que hemos recibido siempre de la divina bondad.

Por eso, luego de agradecer a Dios por las gracias generales y particulares que nos hace sin cesar, sea preservándonos o librándonos de todo mal, o concediéndonos algún favor, jamás olvidemos dirigirnos a la muy buena Virgen para manifestarle nuestro reconocimiento.

Considera las maravillosas relaciones que hay entre el Hijo de Dios y el Corazón de la su dignísima Madre, y cómo el santísimo Corazón de la Madre es portador de una viva semejanza de su Hijo.

Veremos además en seguida cómo el Espíritu Santo ha impreso de manera muy excelente todos los estados y misterios de la vida del salvador en este Corazón admirable.



Finalmente, nada hay en el Hijo de Dios que no sea santo y divino. Igualmente nada hay en el Corazón de la santísima Madre que no sea santo y sagrado.

¡Oh divina Virgen, haz que nuestros corazones sean, unidos al tuyos, imágenes vivientes de todas las virtudes de tu Hijo amadísimo! ¡Oh salvador mío, escucho a tu apóstol que nos dice que así como llevamos la imagen del hombre terrestre debemos llevar también la del hombre celestial! (1Cor 15, 49). Es decir del hombre que se llama Jesús. Destruye en nosotros por tu infinita misericordia, y por intercesión del sagrado Corazón de tu gloriosa Madre, todo cuanto ponga obstáculo e imprime en nosotros tu divina semejanza para la sola gloria de la santísima Trinidad.

## **CAPÍTULO XII**

### ***El Corazón de la bienaventurada Virgen lleva en sí perfecta semejanza de la tercera Persona de la Trinidad***

Luego de haber visto cómo el Corazón de María lleva en sí vivo retrato del Hijo de Dios, nos queda por considerar cómo este mismo Corazón es perfecta semejanza del Espíritu Santo. Te diré en primer término que como el Espíritu Santo es el primero y más noble fruto, si se me permite hablar así, del amor infinito del Padre y del Hijo, también el Corazón de la Madre del amor hermoso es, entre las puras criaturas, la más digna y excelente obra maestra



del amor eterno. El Espíritu Santo es todo amor; el Corazón de María es transformado en amor.

El Espíritu Santo es el vínculo adorable que une al Padre con el Hijo, y que nos une juntamente con Dios. Por mediación del Corazón de la Madre del amor nuestros corazones se unen a Dios y entre ellos. Como el salvador, según san Pablo, se ofreció en sacrificio al Padre en la cruz por el Espíritu Santo (Heb 9, 14) así mismo fue ofrecido e inmolado por el amor ardentísimo del Corazón de su santísima Madre.

El Espíritu Santo es vida y fuente de vida. La Iglesia lo llama *Espíritu vivificante*. El Corazón, al que la Iglesia llama *nuestra vida*, es vida y fuente de vida natural y sobrenatural, temporal y eterna, pues por nuestros pecados habíamos merecido ser privados de ella y por intermediación del Corazón muy misericordioso de la Madre de gracia, nos fue devuelta, sin hablar de la vida de un hombre-Dios y de la vida de una Madre de Dios, cuyo Corazón es su principio como ya dijimos.

El Espíritu Santo es el principio de la santidad, la gracia y la gloria que existen en cielo y tierra. El Corazón de la reina de los ángeles es el origen de todos los tesoros que se encierran en el orden de la gracia y de la gloria como vimos en la sección precedente.

El Espíritu Santo es la consumación y cumplimiento del misterio adorable de la santísima Trinidad. El Corazón de la Madre de Dios es consumación, compendio y perfección de todas las obras de la santísima Trinidad que hay en el orden puramente creado pues contiene en sí, en grado eminente,



todo lo que hay de grande y extraordinario en todas las puras criaturas. Por ello es posible decir con Hesiquio, obispo de Jerusalén, que es *cumplimiento de la Trinidad*<sup>254</sup>. Además porque, como dije antes, contribuyó con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a producir al Hombre-Dios en el misterio de la encarnación. Para llevarlo a cabo, el poder, la sabiduría, la bondad y todas las demás perfecciones de la divinidad se emplearon hasta agotarse, pues Dios no pudo hacer nada más sublime.

El Espíritu Santo fue enviado a este mundo para esclarecer las tinieblas, para encender el juego del amor divino en nuestros corazones y para dar cumplimiento a lo que falta a los trabajos y sufrimientos, a la pasión del Hijo de Dios, y a todos sus demás misterios. ¿Y qué falta? Falta que su fruto sea aplicado a las almas. El Corazón de la Madre del redentor es sol que irradia sus luces y sus fuegos en todo el mundo. Y el deseo ardentísimo que tiene de que el Hijo de Dios no vea frustrados sus designios y que todo lo que sufrió no sea vano e inútil, lo obliga a emplearse sin descanso en procurar, por todos los medios posibles, que su fruto se aplique a las almas.

Todo cuanto hemos dicho en los tres últimos capítulos pone claramente de manifiesto que las tres Personas eternas imprimieron su imagen y semejanza, en forma excelentísima, en el Corazón de la bienaventurada Virgen y que está unida tan estrechamente con estas diversas Personas que el santo cardenal Pedro Damián no teme decir que ella no tiene otro trono en el cielo que el del Padre, del

---

<sup>254</sup> *Sermo* de laudibus B. Mariae



Hijo y del Espíritu Santo: *Esta Virgen regia es elevada al trono del Padre y está sentada en la sede de la santísima Trinidad*<sup>255</sup>. Y santo Tomás añade: *Tiene con Dios el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo, la más estrecha, alta y admirable alianza que pueda imaginarse*<sup>256</sup>.

No solo está unida sino que, para usar la expresión del Hijo de Dios, está consumada en unidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu. ¿Si los verdaderos cristianos no son sino uno con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, según la oración que ese mismo Hijo hizo a su Padre: *que sean uno como nosotros somos uno* (Jn 17, 22) y si deben fundirse en unidad con estas divinas Personas según estas palabras del salvador: *que sean consumados en uno*, con cuánta mayor razón debe ser cierto respecto de la Madre de Dios?

No alcanzo a ver claramente cuál es el sentimiento de san Pedro Crisólogo cuando dijo, refiriéndose al santo precursor del Hijo de Dios, que está en el *medio de toda la Trinidad*<sup>257</sup>. Pero sé bien que este oráculo puede decirse con mayor razón de la sagrada Madre de Dios que del Bautista. Sí, ciertamente esta Madre admirable está en *medio de toda la Trinidad*. Esta divina mujer, está circundada y revestida del sol de la divinidad y sumergida y absorbida en sus luces, fuegos, bellezas y todas sus maravillosas excelencias. *En medio de toda la Trinidad*: está en el medio, es decir, en lo más íntimo del Corazón adorable de la santísima Trinidad, que la lleva y conserva en su seno, como su más rico y precioso tesoro, después de la divina

---

<sup>255</sup> *Sermón de la Asunción*

<sup>256</sup> 2<sup>a</sup>, 2ae, q. 13, art. 4, ad secundum

<sup>257</sup> Sermón 127



humanidad del salvador. Ella es como el medio, es decir, como el Corazón, el amor y las delicias del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. *Totius media Trinitatis*: las tres divinas personas la rodean por todas partes y la contemplan, la aman y tratan como la más admirable de las obras maestras de su poder, su sabiduría y su bondad, realizadas entre las puras criaturas. Como la más perfecta imagen de la divina Majestad; como el más digno objeto de su amor y de su complacencia; y como la que él escogió para obrar en ella sus mayores maravillas; para hacerla partícipe en grado soberano de sus más sublimes perfecciones y para asociarla con ellas, de manera inefable, a sus divinas operaciones.

Cuídate, querido lector, de pensar que al decir esto se quiera igualar a la bienaventurada Virgen con las tres Personas eternas. Sabemos, en efecto, que ella está infinitamente, e infinitas veces, infinitamente por debajo de ellas. Que la heriríamos en la pupila de sus ojos y la ofenderíamos infinitamente si creyéramos que hubiera algo en ella que fuera solo de ella, y que no fuera de aquel que es todo en ella y en todo, del cual recibe todo cuanto posee generalmente por gracia, participación y dependencia.

Todo cuanto se ha dicho no puede en forma alguna menoscabar la grandeza suprema de las Personas divinas. Por el contrario, es gloria de la santísima Trinidad haber creado una persona tan llena de maravillas. Es gloria del Padre tener una Hija que se le parezca tan perfectamente. Es gloria del Hijo tener una Madre tan admirable. Es gloria del Espíritu Santo tener tan digna Esposa. Es honor y gozo del cielo y de la tierra tener una reina cuyo Corazón rebosa



de amor al creador y a todas las criaturas, y que lleva en sí una semejanza tan preclara de las tres Personas de la santísima Trinidad y de sus adorables perfecciones.

Un día dijo a santa Matilde: “Haz de saber, querida hija mía, que la santísima Trinidad me amó tanto desde toda la eternidad, que tuvo particular complacencia en pensar en mí. Como excelente obrero, que concibe una obra extraordinaria, imagina en su espíritu una bella imagen y se complace en contemplarla largo tiempo, así la santísima Trinidad gozaba grandemente pensando en mí. Su designio era encerrar en mí todas sus perfecciones imaginables y hacer brillar los efectos prodigiosos de su divino poder, los secretos maravillosos de su profunda sabiduría y los excesos indecibles de su inmensa bondad”<sup>258</sup>.

## CAPÍTULO XIII

### ***El Corazón de María está del todo transformado en Dios y en sus divinas perfecciones***

No solo el Corazón admirable de la Madre de Jesús lleva en sí perfecta semejanza del amor, unidad, simplicidad, infinidad, inmensidad, inmutabilidad, eternidad, plenitud, poder, sabiduría, verdad y fidelidad, bondad, providencia, misericordia, mansedumbre, vigilancia, soberanía, vida, paz, gloria y felicidad de Dios y de las tres Personas eternas de la santísima Trinidad, sino

---

<sup>258</sup> Lib. Spec. Grat. Part. 1, cap. 29



que además este Corazón virginal está totalmente abismado, absorbido, y del todo transformado en Dios y en sus divinas perfecciones.

Sé bien que todos los santos que hay en el cielo, también son transformados en Dios, es decir, revestidos y penetrados de sus divinas perfecciones, así como el hierro que está en el horno se reviste y compenetra de las calidades del fuego. Pero la reina de los santos, y todo cuanto hay en ella, en especial la parte más noble de sí misma, su Corazón, es del todo deificado y transformado en Dios y en grado tan elevado que la Iglesia le atribuye nombres y calidades que solo pertenecen a Dios, lo que no hace con ninguno de los santos. En efecto, la llama *vida, dulzura y esperanza nuestra*. Y el Espíritu Santo, haciéndola hablar por boca de la Iglesia, en las misas de la Navidad y del común de la Virgen, le hace decir lo que la sabiduría eterna dice de sí misma, según el sentido literal de las siguientes palabras: *Fui mandada desde toda la eternidad antes que hiciera criatura alguna. Fui creada desde el comienzo y antes de todos los siglos* (Prov 8, 22-23; 24, 14).

Por ello san Dionisio Areopagita, en la carta que escribe a san Pablo, cuando por medio de san Juan Evangelista, tuvo la dicha de ver a esta divina Virgen, la contempló revestida de una gloria tan brillante, llena de majestad tan augusta y adornada de tantas perfecciones, que si la fe no le hubiera enseñado que solo hay un Dios, la hubiera adorado como a la divinidad<sup>259</sup>. Y san Andrés de Candia asegura que *es compendio de las incomprensibles perfecciones de*

---

<sup>259</sup> *Summa aurea*, tomo 2, col. 639 y tomo 13, col. 594



*Dios*<sup>260</sup>. San Agustín, o mejor san Fulberto, obispo de Chartres<sup>261</sup> y san Ildefonso<sup>262</sup> la llaman *Forma de Dios*, y san Dionisio *Deiforme*<sup>263</sup>, para designar su perfecta transformación en la divinidad.

Por consiguiente, a esta reina del cielo, enteramente transformada en Dios, y a su Corazón real, del todo divinizado, ¿será posible rendirle el debido honor y la justa veneración? ¿Es posible escribir lo bastante y hablar cumplidamente de las maravillas que contiene en sí? ¿Es posible proclamar y publicar en demasía sus excelencias? ¿Es posible enardecer los corazones de los fieles como debe ser para alabar, honrar y amar este Corazón incomparable? ¡Oh, que todos los corazones lo amen y veneren; que todos los espíritus lo alaben y glorifiquen; que todas las plumas se empleen en escribir las grandes maravillas que Dios ha obrado en este abismo de prodigios; que todas las lenguas bendigan por siempre su divina Majestad!

¿Sabes, querido lector, que, según san Agustín, la devoción de las devociones es imitar las cosas que deseamos honrar? ¿Quieres entonces honrar el Corazón de tu divina Madre, muy digno de veneración? Acoge conscientemente el propósito de imitarlo.

Todas las divinas perfecciones y las tres divinas Personas eternas dejaron su huella en su Corazón y de tal modo lo han llenado, poseído, y penetrado que lo configuraron totalmente en si mismas. Pero has de saber

---

<sup>260</sup> *Oración 2 de la Asunción*

<sup>261</sup> Sermón 35 de Sanct.

<sup>262</sup> *Sermón 3 de la Asunción*

<sup>263</sup> *In epist ad B. Paulum*



que no han obrado en él estas maravillas, sin él, es decir, sin la cooperación continua que aportó de su parte, mediante el perfecto uso que hizo de las luces y gracias que Dios le comunicó. Su divina Majestad tiene el designio de imprimir en ti una imagen viviente de sus adorables perfecciones pues por eso te creó a su imagen y semejanza. Siendo él tu Padre y tú su hijo debes parecerte a él. Te declara que debes ser perfecto como él es perfecto; misericordioso, como él es misericordioso; santo como él es santo; y puesto que no es sino uno con su Hijo, como los miembros lo son con su cabeza, debes revestir sus santas y divinas calidades,. Pero no quiere hacer esta gran obra en ti sin ti, Quiere asociarte con él en las maravillosas operaciones de su gracia en tu alma, por la fidelidad que debes aportar y por la parte que debes cumplir.

Si me preguntas qué debes hacer entonces, te diré cinco maneras: Primero, concebir gran deseo de ser del número de los verdaderos hijos del Padre celestial, y por consiguiente hacerte semejante a él por la imitación de su adorable santidad.

Segundo, humillarte a la vista de tu infinita incapacidad para todo bien, y en seguida confiar mucho en su divina misericordia.

Tercero, meditar conscientemente en las perfecciones de su divina Majestad para encenderte en su adoración y amor; detestar y combatir en ti y en los demás los vicios que le son contrarios.

Cuarto, entregarte de corazón a la práctica de las virtudes cristianas que son hijas de sus divinos atributos, y



busca poner en práctica estas palabras del Espíritu Santo: *Como elegidos de Dios, como santos de Dios y como amadísimos de Dios, revístanse de sentimientos de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia y sobre todo de la caridad* (Col 3, 12-14).

Quinto, pedir mucho a Dios estas virtudes y las otras, e invocar a menudo con este fin los méritos e intercesiones de todos los santos, en especial de la santísima Virgen y de su adorable Corazón.

Reina de mi corazón, aquí lo tienes, lo pongo entre tus manos, te lo abandono por entero y para siempre. Haz, te ruego y suplico, por la bondad de tus entrañas maternas, que sea copia fiel y perfecta expresión de tu santísimo Corazón, para sola gloria y para único contento del creador, redentor y rey eterno de todos los corazones. Aunque muy indigno, únelo, por favor, con el tuyo, y asócialo a todo el amor y la gloria que rendirá eternamente a todos los divinos atributos y a las tres Personas eternas de la muy adorable Trinidad.



## CAPÍTULO XIV

### ***Se confirma todo lo anterior***

No sin causa, Alberto el Grande, el sabio y piadoso Hugo y varios otros santos doctores aplican a la bienaventurada Virgen estas palabras: *Maravillas se han dicho de ti, ciudad de Dios* (Sal 87, 3). Ciudad admirable del gran Dios, la más santa, digna y agradable morada de su divina Majestad, cuántas grandes y gloriosas maravillas deben decirse de ti. ¡Cuántos prodigios en tu divina maternidad y en las otras maravillosas calidades de que te ornó la poderosa bondad de Dios! ¡Qué portentos gloriosos en todas las virtudes que reinan en tu Corazón en grado sublime! ¡Qué maravillas en todos los misterios de tu santa vida! ¡Qué prodigios gloriosos en el primer momento de tu vida terrenal! En ese instante tuvieron cumplimiento las palabras del Espíritu Santo: *Su fundamento está en las montañas santas* (Sal 87, 1). Las primeras gracias que Dios infundió en tu alma, en el primer momento de tu vida, para dar fundamento a tu altísima dignidad de Madre de Dios, a la que él tenía el designio de elevarte, sobrepasan las más altas perfecciones de los mayores santos. *Ama el Señor las puertas de Sion más que los tabernáculos de Jacob* (Sal 87, 2). Las puertas, por las que el Hijo de Dios, al salir del seno de su Padre, hizo su entrada en tu seno virginal, es decir, la humildad, pureza, caridad y demás virtudes de tu divino Corazón, son más apreciadas, estimadas y amadas por su



divina Majestad que todo cuanto hay de rico, precioso y brillante en todos los tabernáculos de Jacob. O sea, que están por encima de todas las virtudes y santidades de los santos patriarcas, profetas, apóstoles, mártires y demás santos que salieron de la casa de Jacob.

No sin razón los santos doctores aplican estas divinas palabras a la sacratísima Madre de Dios. Pone así ante nuestros ojos los prodigios que Dios hizo en ella y para ella desde el primer momento de su vida. En efecto, si su Hijo amadísimo se inmoló a sí mismo y derramó su sangre hasta la última gota por sus enemigos que lo crucificaban con tanta crueldad y le arrancaban el alma del cuerpo a fuerza de tormentos, ¿qué no ha hecho él por su amadísima Madre que le dio la vida? ¿Cuántas maravillas obró en ella, por ella y para ella, durante los nueve meses que lo llevó en sus entrañas y durante los años que habitó y trató familiarmente con ella como Hijo muy bueno con su queridísima Madre?

Pon ante tus ojos las admirables maravillas que la poderosísima bondad de Dios hizo desde que el mundo es mundo hasta el presente, y que hará eternamente. Representate la creación, conservación y gobierno de este gran universo. Considera la encarnación del Hijo de Dios en las benditas entrañas de una virgen Madre, su nacimiento en un establo, su vida laboriosa y penitente en la tierra, su trato con los pecadores, sus divinas predicaciones, su amarguísima pasión, su muy dolorosa e ignominiosa muerte, su gloriosa resurrección y su triunfante ascensión, la institución del divino sacrificio y del sacramento



admirable del altar, e infinidad de otras obras que son objeto de la admiración y asombro de los ángeles.

¿Para quién, piénsalo, el Hijo de Dios hizo tantas maravillas? ¿Acaso para los ángeles o para quienes lo aman de todo corazón? No solo para ellos. Lo hizo para los buenos y los malos, para los predestinados y los réprobos, para sus amigos y sus enemigos. Si nuestro amabilísimo redentor hizo tantos prodigios a favor de sus más crueles enemigos y para los desdichados réprobos que blasfeman contra él eternamente, qué no hizo para su dignísima y amada Madre, que lo ama y lo glorifica mucho más ella sola que todos los hombres, los ángeles y los santos juntos, y para quien él tiene recíprocamente más amor que por todas las criaturas que ha habido, hay y habrá por siempre.

Este muy buen salvador elevó a los sacerdotes a un grado de honor que remonta casi al infinito, cuando concedió a cada uno un poder tal que los monarcas de la tierra y las potestades del cielo jamás han tenido ni tendrán. Es la facultad de producir su cuerpo y su sangre en la santa eucaristía por acción tan eficaz y poder tan admirable que obra su efecto no solo sobre el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios para hacerlos presentes en ese maravilloso sacramento, sino también sobre su alma, sobre la unión hipostática que une su cuerpo y su alma a la persona del Verbo eterno, sobre la gloria y la felicidad de que su cuerpo y su alma gozan por la visión beatífica y sobre las demás calidades, dones, virtudes y excelencias naturales y sobrenaturales que hay en su alma y en su cuerpo y así establecer y encerrar todo eso en este mismo sacramento.



Lo que es aún más maravilloso es lo que, según el sentir de varios grandes doctores<sup>264</sup>, esta misma acción tiene una virtud tan prodigiosa que si el cuerpo del salvador no estuviera aun en el existir, sea porque no hubiera existido nunca, sea que hubiera sido aniquilado, lo sacaría de la nada y lo produciría. Por eso Tertuliano, san Ambrosio, san Cipriano, san Juan Damasceno<sup>265</sup> afirman que el cuerpo de Nuestro Señor es hecho, formado, creado en el santa eucaristía. Este es el poder que Dios dio a los sacerdotes, y no solo a los sacerdotes buenos sino también a los malos e indignos, a los sacrílegos e impíos, a los homicidas y blasfemadores, a los cismáticos y herejes, a los réprobos y a los que son como Judas.

Si tales hombres recibieron de Dios semejante favor y tan gran poder, que estará siempre en ellos radicalmente y jamás les será quitado, como tampoco su carácter sacerdotal, ¿es posible dudar que el Hijo único de María, que tiene tanto amor por tal Madre, no la haya favorecido y glorificado por encima de todo lo que es posible imaginar? ¿No se le concedió el poder de producirlo y formarlo, no solo entre sus manos, como los sacerdotes, sino en su seno virginal y en sus benditas entrañas, y no de manera ajena sino de su propia sustancia, que fue unida a la persona del Verbo de Dios de manera tan íntima? Será siempre verdadero decir, con san Agustín, la carne de Jesús es la carne de María, y que la carne de María es carne de Jesús; y que la carne de María que está en Jesús, es adorable con la

---

<sup>264</sup> Gabriel en Conon. Lect. 40 y 46; Scoto, en 4 D. 10, q. 4; Lessius en De Misericordia Dei, cap 16, No 121

<sup>265</sup> En orden: Contra Marción, lib. 4; Lib. De iis que Mysteriis initiantur, cap. 9 ; Sermón en la Cena del Señor. De fide orthodoxa, lib. 4, cap. 14.



misma adoración debida a Dios, y será por siempre objeto de las adoraciones y alabanzas de los habitantes del cielo.

Escucho al gran apóstol san Pablo proclamar: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano concibió lo que Dios ha preparado para los que lo aman* (1 Cor 2, 9). Si Dios hace tales bienes a los que lo aman, ¿qué favores no dispensará a la que lo ama más ella sola que todos los hombres y ángeles juntos? ¿Si es tan generoso con sus servidores, de cuánta magnificencia no usará con su dignísima y muy amada Madre? Si usa de tanta bondad con criaturas ingratas que solo le retribuyen injurias y ofensas por tantos beneficios que reciben de él, qué hay que esperar del amor incomprensible que tiene a la que jamás hizo, ni dijo, ni pensó algo que le hubiera desagradado en lo más mínimo? En cambio ella empleó todos los momentos de su vida en servirlo, honrarlo y amarlo con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

Finalmente, Dios hizo obras grandes a esta divina Madre y solo él puede comprenderlo. No te extrañes, querido lector, al considerar la sublimidad y altura infinita de la dignidad de la Madre de Dios. Todos los portentos que contemplamos en esta divina Madre están ciertamente en ella pero no son de ella. Pertenecen al que lo es todo y hace todo en ella. Solo los tiene ella por la indecible bondad de su divina Majestad. Si prestas la debida atención a estas virtudes no te sorprenderás de cuanto hemos dicho y diremos más adelante sobre esta Madre admirable y sobre su Corazón incomparable. Confesarás que los santos Padres tuvieron razón cuando dijeron que las lenguas más



elocuentes no hacen más que balbucear cuando hablan de sus excelencias. Cuanto es posible decir y pensar de más elevado es nada ante lo que ella es. Merece más que todas las alabanzas que podemos tributarle. Por tanto no debemos temer herir la verdad ni caer en el error cuando predicamos de ellas las grandezas más ilustres y gloriosas. Todos los elogios que podemos referirle jamás pueden igualar la altura inaccesible de su dignidad inefable. San Basilio de Seleucia afirma que *quien diga acerca de la Virgen lo más ilustre y glorioso nunca errará la meta de la verdad pues jamás igualará la magnitud de su dignidad*<sup>266</sup>. Y san Pedro Damiani añade que como ella sobrepasa incomparablemente todos los méritos de los ángeles y los santos, está también infinitamente por encima de todos los títulos de honor y gloria que todas las lenguas angélicas y humanas le puedan conferir<sup>267</sup>.

La santa Iglesia, animada y conducida por el Espíritu Santo proclama así, maravillada y extasiada, a la vista de las maravillas inenarrables que descubre en esta admirable princesa: “¡Oh santa e inmaculada virginidad, oh Virgen y Madre juntamente, qué diré y qué haré para alabarte y glorificarte dignamente! ¿A dónde iré a buscar alabanzas que sean dignas de ti? Debo confesar que no las encuentro ni en la tierra ni en el cielo, ni en libros ni en la boca de mis predicadores, ni entre los hombres y los ángeles. Como solo el espíritu de Dios conoce las grandes maravillas que obró

---

<sup>266</sup> Sermón de la Encarnación del Verbo.

<sup>267</sup> Sermón de la Asunción.



en ti, por ti y para ti, no hay boca distinta de la de Dios que pueda alabarte y exaltarte como lo mereces”.

Querido lector, luego de todo lo dicho ¿qué pensaremos y diremos acerca del amabilísimo Corazón de nuestra gran reina? ¿Qué honor y veneración le debemos tributar pues él es fuente y origen, como lo dije antes, de todo cuanto hay de grande y santo, de precioso y admirable, en esta princesa incomparable: *Toda la gloria de la hija del Rey viene de su interior* (Sal 45, 14).

¡Oh que los ángeles y santos y todas las criaturas bendigan y glorifiquen eternamente a la muy adorable Trinidad por haberla hecho tal como es y por haber almacenado en su Corazón inmensidad de tesoros inestimables! ¡Oh mi queridísima Madre, mi corazón desborda de gozo al contemplar en ti tantas maravillas. Ciertamente, si, por imposible, no existieran y yo las poseyera, me despojaría de ellas de todo corazón para dártelas! Y no solamente eso, preferiría verme aniquilado para siempre antes que tú no fueras como eres, llena de gloria y de grandeza.



## CAPÍTULO XV

### ***Exhortación tierna y poderosa de nuestro salvador a todas las almas cristianas para invitarlas a la devoción y veneración del santísimo Corazón de la divina Madre***

Para cierre de este quinto libro en el que el Hijo de Dios nos predica la devoción al santísimo corazón de su divina Madre, escuchémosle hablar al respecto. El beato Juan Lanspergio, religioso de la Cartuja de Colonia, nos lo presenta, y pone en sus labios las siguientes palabras:

“Las exhorto, almas fieles, a tener veneración y devoción muy particular a mi santa Madre; a honrarla a menudo con férvidas y santas jaculatorias, y a imitar cuidadosamente la santidad de su vida y de sus virtudes. La entregué al mundo para que sea ejemplo, modelo y norma de inocencia, pureza y santidad; para que sea refugio y auxilio en todo; para protección y salvaguardia; para asilo y abrigo de los que andan atribulados y desolados; es asilo al que todo el mundo puede acogerse sin temor alguno, pues nada tiene de difícil ni rechaza a nadie, sino lleno de bondad y benignidad. Le di para ello un Corazón rebosante de compasión, de misericordia, de clemencia y bondad; jamás desatiende a nadie y a ninguno rehúsa su asistencia; el seno de su compasión está siempre abierto a todos y no tolera que quien se dirija a ella se vuelva triste y sin consuelo.

“La hice graciosa, amable, caritativa, bondadosa y llena acogida a los pecadores, aún los más desesperados y



endurecidos; me sirvo de ella como de anzuelo y carnada muy apta para atrapar toda clase de almas. Atraigo a mí los grandes pecadores y los corazones más duros que rompen de ordinario otras redes y resisten a todos los otros medios de su salvación; por la veneración y devoción de mi santísima Madre, a quien hago bondadosa y amable a sus corazones, los exhorto a honrarla e invocarla con confianza a fin de disponerlos por este medio a recibir grandes luces y gracias abundantes hasta que lleguen a verdadera conversión y a mejor vida.

“Encomiéndense a ella todos los días a fin de que por este medio se hagan cada vez más dignos de mi gracia y mi amistad. Cuando yo le he encomendé y le entregué a todos mis hijos en la persona de san Juan, en especial a los pecadores, para que sean sus hijos, puse entre sus manos los tesoros de mis gracias y misericordias a fin de repartírselos. Ella lo sabe muy bien. De ahí que aporta preocupación insomne y máxima diligencia en su oficio de Madre con ellos. No deja que perezcan y no omite ninguno de los medios que puede emplear para reconciliarlos conmigo.

“Ciertamente no podía escoger yo persona más idónea, poderosa y caritativa para asunto de tanta importancia. No, todos los que están en aflicción y desolación; los que gimen bajo la tiranía del pecado, no hubieran podido encontrar una mediadora mejor que los recibiera con tanta benignidad para presentármelos; y que me hablara más eficazmente, que la muy buena Virgen cuyo Corazón rebosa de humildad, misericordia, mansedumbre, amor,



compasión, y bondad inconcebibles y que siendo mi queridísima Madre es de toda mi complacencia, y es todopoderosa ante mí.

“¡Qué dolor y lástima! ¡En qué abismo de error, ¿en qué precipicio de desdicha y perdición, caen los que menosprecian a esta tesorera de mis gracias y no la quieren reconocer como su abogada ante mí, como yo soy el abogado de los hombres ante mi Padre? ¿Es posible que se hagan dignos de precipitarse en lo más hondo del infierno al rechazar los auxilios de la que con sus oraciones ha detenido varias veces el torrente de mi ira, pronta a desbordarse sobre el mundo? ¿No deben considerar que si no tienen a alguien que se interponga en su favor y contenga mi brazo airado, él los golpeará mucho más fuerte y terriblemente? ¿Qué mayor castigo puedo aplicarles que no sea corregirlos temporalmente en este mundo como a mis hijos, y no tratarlos como mis enemigos, abandonándolos a un sentido reprobado y a un enceguecimiento funesto, que les impida ver su extravío y los haga caminar de tiniebla en tiniebla hasta que se encuentren sumergidos en los suplicios eternos del infierno?

“Les digo esto, almas cristianas, para que se cuiden de apartarse de la doctrina y de las verdades que mi divino Espíritu dio a mi Iglesia y se dejen engañar de aquellos a quienes infortunadamente seduce el espíritu maligno”.

Buen salvador mío, te damos gracias infinitas por esta santa y poderosa exhortación que deseamos seguir perfectamente y de todo corazón. Alabanzas infinitas y



eternas se te den igualmente por todas las criaturas y por todas las potestades de tu divinidad y de tu humanidad por habernos dado a tu divina Madre para ser nuestra madre y por haberle dado un Corazón tan lleno de amor, caridad, misericordia y benignidad hacia nosotros. Colma también nuestros corazones, te suplico, de todo el amor, devoción y veneración que debemos tener a tal Madre y a su amabilísimo Corazón.

*Invocación del mismo Lanspergio a la bienaventurada  
Virgen*

“Tantas cuantas son las gotas de agua del mar, las estrellas en el cielo, los espíritus bienaventurados en los ejércitos incontables de los ángeles, las hojas en los árboles, las briznas de hierba en la tierra, otras tantas veces, desde lo más hondo de mi corazón, te saludo, oh nobilísima, preciosa, hermosa, gloriosa y dignísima Madre de Dios, poderosísima reina del cielo, amabilísima y dulce María, Señora soberana del universo. Te saludo en unión del amor del Corazón de tu Hijo amadísimo y de todos los que te aman. Y en honor de este amor incomparable por el que el Hijo de Dios te escogió, amó y honró como a su dignísima Madre, y se dio a ti para ser tu Hijo único, permíteme mirarte, reverenciarte y quererte como a mi bondadosísima Madre. Me ofrezco y consagro a ti para estar en el rango de tus hijos, aunque infinitamente indigno. Te suplico, sacratísima Madre de Dios, me recibas en calidad de tal; haz



de suerte ante Dios que yo sea totalmente tuyo, mi dulce y fidelísima Madre, mi gozo y mi corona”.



## LIBRO SEXTO

Con fraternal afecto les ofrezco la traducción del LIBRO SEXTO de la obra de san Juan Eudes sobre el Corazón de María. Hice un pequeño cambio pues el autor anuncia el primer capítulo pero no hay segundo capítulo. Preferí escribir CAPÍTULO ÚNICO.

El contenido se centra en la relación del Corazón de María con las tres divinas Personas de la Trinidad: el Padre, el Verbo, el Espíritu Santo. El estilo es siempre enfático, un tanto oratorio y muy cálido. El recurso a numerosos escritores místicos nos revela algo de lo que pudo ser la biblioteca del Padre Eudes.

Les transcribo un párrafo elocuente que nos atestigua el amor y también la coherencia y profundidad del pensamiento de san Juan Eudes.

“Por esta razón pide a los cristianos: *Grábame como un sello en tu Corazón, grábame como un sello en tu brazo. Imprimeme en tu interior y en tu exterior como una imagen viviente de mi vida interior y de mi vida exterior, porque el amor es fuerte como la muerte, la pasión más fuerte que el abismo.* Quiere decir que como el amor que tengo por ti me hizo morir con muerte cruelísima, si tú me amas, tú también debes morir al pecado, a ti mismo, al mundo, a todo, para vivir en mí y para mí. Como el amor infinito que te tengo me hubiera hecho sufrir los mayores suplicios que es posible imaginar, si hubiera sido necesario, para preservarte del infierno, si me amas, debes estar dispuesto a preferir



padecer todos los tomentos del infierno antes que ofenderme. Esta es la consigna del Hijo de Dios a todo fiel. Fuera de la bienaventurada Virgen nadie la ha cumplido cabalmente”.

*Álvaro Torres Fajardo, eudista*



***El divino Corazón del Espíritu Santo,  
tercer fundamento de la devoción  
al sagrado Corazón de la Madre de Dios***

**CAPÍTULO ÚNICO**

***El Espíritu Santo, fundamento  
de la devoción al Corazón de María***

Vimos ya los dos primeros fundamentos de la devoción al divino Corazón de la Madre de Dios. Son el Corazón adorable del eterno Padre y el Corazón amable del Hijo de Dios. Veremos ahora el tercer fundamento que es el *Corazón admirable del Espíritu Santo*, encendido por entero en amor a su dignísima esposa, la divina María.

El infinito amor que le profesa nos inclina a descubrir los tesoros inestimables ocultos en su maravilloso Corazón y a publicarlos con gran voz de varias maneras: 1) Por los oráculos de las divinas Escrituras. 2) Por la voz de los sagrados labios de la Iglesia que son los santos Padres. 3) Por los escritos de eminentes teólogos. 4) Por los soberanos Pontífices y otros prelados de la santa Iglesia, representantes de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra y órganos de su divino Espíritu. 5) Por el ejemplo de copioso número de santos que han recomendado encarecidamente esta devoción.



## **Primer oráculo de las divinas Escrituras**

### *Promesa de Nuestro Señor de darnos su Corazón y el Corazón de su santa Madre*

Las infinitas bondades hacia nosotros de que rebosa nuestro muy benigno Salvador despiertan en él deseos insaciables de enriquecernos con sus dones y de honrarnos con sus favores. Como sus gracias son infinitamente preciosas y estimables por haberlas adquirido a precio de su propia sangre y porque nos concede, así sea la mínima gracia, con el mismo amor con el que nos da las de valor infinito, desea igualmente que tomemos conciencia de ello y aportemos de nuestra parte las disposiciones requeridas para recibirlas.

Cuando quiere concedernos algún don acostumbra anunciárnoslo de antemano por sus profetas, y, en ocasiones con mucha anticipación, para que nos preparemos a recibirlo. Así ha obrado siempre con todos los favores señalados con que ha tenido a bien honrarnos.

El Padre de las misericordias, al concebir el deseo de darnos a su Hijo, como nuestro hermano, pastor, médico, adalid y redentor nos lo predijo de múltiples maneras desde el comienzo del mundo.

Nuestro adorable salvador decidió darnos un día su propia carne y su propia sangre para alimento y vida de nuestras almas y nos dio también su palabra mediante sus divinos mensajeros, los santos profetas: *Hizo memoria de sus maravillas* (Sal 111, 4).



Su incomprensible amor a nosotros, habiendo concebido el designio de enriquecernos con el tesoro de los tesoros, su Corazón adorable, y también con el Corazón incomparable de su divina Madre, nos prometió, largo tiempo antes, por labios del profeta Ezequiel, (Ex 36, 26): *Les daré un corazón nuevo; les arrancaré el corazón de piedra*, es decir, el corazón duro e insensible a lo divino y eterno, *y les daré un corazón de carne*, esto es, un corazón dócil y moldeable, abierto a mis inspiraciones y a mis voluntades. Y queriendo darnos a conocer con mayor claridad de qué corazón nuevo se trata, el que quiere darnos, añade: *pondré mi espíritu en medio de ustedes*, es decir, pondré mi Corazón dentro de ustedes, o sea, pondré mi espíritu en su pecho, pues su espíritu y su corazón son la misma realidad.

Ahí tienes la promesa que nuestro salvador nos hizo de darnos su divino Corazón, y por consiguiente el Corazón sagrado de su santa Madre. En efecto, los Corazones de Jesús y María están tan perfectamente unidos que son inseparables. *Donde está tu tesoro*, dice el Hijo de Dios, *allí está tu corazón*. Pues bien, el tesoro de la Madre de Jesús es el Corazón de Jesús y por tanto el Corazón de María está encerrado en el Corazón de Jesús. Añade que el Corazón del Hijo y de la Madre no son sino un Corazón por unidad de sentimiento, afecto y voluntad. Así pues, la promesa que nuestro Señor nos ha hecho de darnos su Corazón comprende también el Corazón de su gloriosa Madre.

¿Cuánto hace que Nuestro Señor nos dio esta promesa por boca de su profeta? Lo hizo seiscientos años antes de su



encarnación. ¿Cuántas veces lo hizo? Cuenta todos los momentos que se han sucedido durante todo ese tiempo y podrás contar las veces que nos repitió estas palabras: *Les daré mi Corazón*. Están escritas en los Libros Sagrados que son los Libros de Dios. El Hijo de Dios habla en ellos y lo hace para siempre. Esas palabras no son pasajeras como son las palabras de los hombres; son estables y permanentes. Sí, miles de veces el Hijo de Dios nos hizo esta promesa.

¿Y por qué, Dios mío, tantas veces? Lo hizo para preparar a los hombres para creer, esperar, desear el cumplimiento de esa promesa. El don que encierra es tan asombroso que si la hubiera prometido una o dos veces, ellos, *tardos como son para creer* (Lc 24, 25), no la hubieran creído. ¿Quién, respóndeme, hubiera podido esperar semejante gracia? ¿Quién hubiera podido pretender semejante favor como es el de tener un solo corazón con Dios?

¡Qué grande y admirable promesa! ¡Qué bondad inefable! ¡Qué amor sin igual! Jesús mío, ¿no es suficiente que tú nos declararas que nos amas como tu Padre te ama; que tú nos amas con el mismo amor y con el mismo corazón con el que te ama, *como el Padre me amó así yo los he amado* (Jn 15, 9)? Nos debería bastar. Pero para tu bondad excesiva no es suficiente. Tú deseas darnos tu Corazón, y consiguientemente el Corazón del Padre que tiene contigo un solo Corazón, como también el Corazón de tu divina Madre que es inseparable del tuyo.



Dios mío, ¿qué es el hombre para que lo ames tanto? No sabes que la mayoría de los seres humanos no hacen caso de tus dones y tienen poca estima de tus gracias? ¿Qué solo te responden con ingratitudes y ultrajes? ¿Olvidas, Señor mío, lo que eres, la grandeza infinita de tu divina Majestad, y te rebajas hasta dar tu Corazón adorable a los hombres, gusanos de la tierra, miserables pecadores, indignos del menor de tus pensamientos?

Salvador mío, estás siempre dispuesto a cumplir esta promesa dirigida a todos los hombres y a cada uno en particular si no ponen impedimento. La cumpliste en tu amada esposa santa Catalina de Siena cuando le quitaste su corazón y le diste el tuyo<sup>268</sup>. Esto me enseña que para disponerme a llevar los efectos de tu promesa debo obedecer a tu voz que me dice: *hijo, dame tu corazón* (Prov 23, 26). Dios mío, hace mucho tiempo tu voz golpea de continuo mis oídos. Tú me urges que cumpla tu petición. Sin embargo no lo he hecho debidamente. Pero ha llegado el momento, mi buen Jesús, en que quiero darte este corazón por entero y sin reserva. Suplico a tu santa Madre, a tus ángeles y santos, que lo presenten ante ti y te lo den conmigo irrevocablemente y para siempre. Usa del poder de tu brazo para arrebatármelo del todo y pon el tuyo en su lugar, y que así no tenga yo sino un corazón contigo y con tu bienaventurada Madre; que yo viva de la vida de tu

---

<sup>268</sup> “Una vez que hacía oración a su Esposo y le suplicaba quitarle su corazón y su propia voluntad le pareció que Jesús venía y le abría el costado izquierdo; le sacó el corazón y se lo llevó consigo... Cierta tiempo después, la santa, al salir de una iglesia de Santo Domingo, Jesucristo se le apareció del todo resplandeciente. Traía en su mano un corazón bermejo y le dijo: *Catalina, hija mía, te doy mi corazón en cambio del tuyo*. Luego le cerró el costado... Antes solía decir en su oración: *Señor mío, te encomiendo mi corazón*; a partir de entonces decía: *Esposo mío, te encomiendo tu Corazón*”. Ribadeneira, en 30 de abril. Cf. *Vida de la santa* por Raimundo de Capua, Cornelio a Lapide, en *Cant. IV, 9*.



Corazón; que yo esté del todo encendido en tu amor; que los sentimientos de tu Corazón me muevan y que jamás tenga inclinaciones distintas de las tuyas.

## Oráculo II

*El Corazón admirable de la bienaventurada Virgen  
es eco maravilloso e imagen viva del adorable  
Corazón del Padre eterno*

*Brotó de mi corazón una palabra buena.* Son las primeras palabras del salmo 45, breves pero que contienen misterios grandes y admirables como jamás los hubo, ni los habrá nunca en cielo y tierra, en tiempo y eternidad.

¿Quién habla? Dos personas. La primera, el Padre adorable de Jesús, la segunda, su divina Madre. Esas dos amables personas ponen ante nuestros ojos los misterios inefables de la generación y del nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno adorable de su Padre, y el misterio inefable de su generación y nacimiento temporal en el seno virginal de su Madre. Dos misterios que encierran infinidad de maravillas. Dos misterios que el santo Evangelio nos proclama continuamente con estas palabras: *En el principio existía el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios* (Jn 1, 1). Y con estas otras: *El Verbo se hizo carne* (Jn 1, 14). Dos misterios que son principio y fuente de nuestra salvación y de nuestra felicidad eterna; dos misterios que la santa Iglesia nos ofrece a diario en su sagrado Símbolo en



estos términos: *Nacido del Padre antes de todos los siglos; se encarnó por el Espíritu Santo en María Virgen, y se hizo hombre*. Dos misterios que son objeto de nuestra fe y de nuestras adoraciones en la tierra, y serán objeto de nuestras contemplaciones y alabanzas en el cielo; dos misterios que nacen juntos en el Corazón divino del Padre de Jesús, y el segundo en el Corazón sagrado de su bienaventurada Madre; dos misterios, finalmente, que este Padre de misericordia y esta Madre del amor hermoso nos anuncian con estas palabras : *Brotó de mi Corazón una palabra buena* para que tomemos conciencia de las obligaciones infinitas que tenemos de honrar y alabar el Corazón adorable de nuestro divino Padre y el Corazón muy amable de nuestra buena Madre por el don incomprensible que esos dos Corazones, que no son sino un solo Corazón; nos dieron a su Hijo amadísimo para ser nuestro redentor, nuestra vida, nuestro corazón, nuestra alma y nuestro todo.

Consideremos en primer lugar al Padre de este divino Salvador que pronuncia estas palabras: *Brotó*, o según el texto árabe: *Produjo y dio a luz mi Corazón una palabra buena*. ¿De qué palabra se trata? Es el Verbo de que habla san Juan al comienzo de su evangelio: *En el principio existía el Verbo*. De este Verbo habla este divino Padre cuando dijo en el Tabor y en el río Jordán : *Este es mi Hijo amado* (Mt 3, 17).

¿Por qué lo llama Verbo o Palabra? Para entenderlo observa que cuando pensamos en algo formamos en nuestro entendimiento una imagen de lo que pensamos. Si piensas en el sol, te haces en tu mente una imagen del sol.



Si piensas en ti mismo, te haces en tu mente una imagen de ti mismo y como un otro tú mismo. No solo el pensamiento que produces en tu mente es imagen de lo que piensas sino también es una palabra interior por la cual tú te hablas a ti mismo, y te hace conocer lo que piensas.

El Padre eterno, contemplando su divina esencia y las perfecciones infinitas de que está colmado, produce en su divino entendimiento una imagen viva y perfectísima de sí mismo. Y siendo como es todo espíritu e intelecto, emplea todas las virtudes y luces de su espíritu en contemplar sus inmensas perfecciones. Esta imagen de sí mismo es por tanto infinitamente perfecta y contiene en sí todas las perfecciones de la divinidad. Esta imagen o retrato de este Padre santo está formado de su divina sustancia, *Figura substantiae ejus* (Heb 1, 3); lleva por consiguiente en sí su perfecta semejanza y es llamado con justicia el Hijo de Dios. Y pues por este pensamiento del entendimiento del Padre o por esta adorable impronta de su sustancia, él se habla y se da a conocer todas las maravillas comprendidas en su ser adorable, se llama el Verbo o la Palabra de Dios. Y pues cuanto existe en Dios es Dios, este Verbo divino por el que el Padre eterno se habla a sí mismo es Dios como él y es un mismo Dios con él.

Este es el *Verbo bueno* que el Padre de las bondades nos predica con estas palabras: *Brotó de mi Corazón un Verbo bueno*. Mi Corazón produce y da a luz un Verbo bueno. ¡Oh Verbo bueno, eres imagen perfectísima de todas las bondades, bellezas y grandezas de tu divino Padre: *Imagen del Dios invisible!* (Col 1, 15). ¡Oh Verbo bueno, con



el Padre eterno eres el principio de la caridad increada, del amor de Dios y del Corazón de la divinidad, que es el Espíritu Santo! ¡Oh Verbo bueno y buena Palabra, que nunca has cesado de hablar de nosotros y por nosotros al Padre de las misericordias, exponiéndole sin cesar nuestras desdichas y necesidades para obtenernos gracias y bendiciones! Oh Verbo bueno, seas por siempre, por todo ello, bendito, alabado, amado y glorificado!

Si por ventura, surge alguna dificultad sobre lo que toda la teología nos enseña acerca de la generación eterna del Verbo divino, ella viene por vía de entendimiento. Sin embargo queda firme lo que nos dice aquí cómo nació en su Corazón: *Brotó de mi Corazón un Verbo bueno*. Escucha al respecto dos razones:

Primera, el entendimiento, el seno y el Corazón de este Padre adorable son una y misma cosa. *¿De dónde profiere Dios el Verbo*, dice san Agustín, *sino de su Corazón y de su intimidad?*<sup>269</sup>

Segunda, si el Hijo de Dios, en su nacimiento eterno, es fruto del divino entendimiento de su Padre, su Corazón, sin embargo, quiero decir su amor y su bondad, tienen buena parte en la producción de este muy buen fruto. En efecto, el Amor infinito que inflama el Corazón adorable del Padre de las bondades es tan ardiente y la bondad incomprensible de que está lleno y poseído es tan abundante que afortunadamente está necesitado de comunicar su ser, su vida y sus perfecciones a su Hijo y de hacer plena y entera

---

<sup>269</sup> Comentario al salmo 45.



profusión de todas sus grandezas y tesoros en el seno de su bienamado Hijo.

Si se trata del nacimiento temporal de este Hijo en el seno virginal de María, en el momento de la encarnación este Padre adorable puede decirle con razón: *Brotó de mi corazón un Verbo bueno*: mi Corazón, o sea mi amor, ha producido y dado a luz un Verbo bueno. Este Verbo encarnado es la mayor obra maestra de mi amor. En efecto el amor lo ha hecho salir del seno de su Padre y lo hizo descender a las puras entrañas de su Madre, para sacarnos del abismo de males inenarrables y para darnos posesión de inmensidad de bienes que durarán tanto cuanto dure la eternidad.

¡Oh Verbo bueno, eres todo bondad y todo caridad con los hombres; y los hombres solo tiene ingratitudes y desdenes, irreverencias y ultrajes hacia ti! ¡Oh, perdón, perdón, por favor! ¡Oh, que todos los espíritus te conozcan y todos los corazones te amén!

Luego de escuchar a la primera persona, el eterno Padre, que profiere estas palabras: *Brotó de mi corazón un Verbo bueno*, escuchemos ahora a la segunda persona, a la bienaventurada Virgen, que las repite después de él. En todas las misas que la Iglesia celebra en honor de esta gloriosa Virgen le hace decir esas mismas palabras en el canto de entrada: *brotó de mi Corazón un Verbo bueno*, o como se lee en el texto árabe, como ya dije: *derramó mi Corazón un Verbo bueno*. Es la misma palabra que la Iglesia emplea para expresar el divino alumbramiento de la Madre



del salvador en el establo de Belén: *derramó sobre el mundo una luz eterna.*

Así, pues, la sagrada Virgen dice: mi Corazón produjo y dio a luz un Verbo bueno, una Palabra buena, el Verbo eterno y la Palabra sustancial del Padre. En efecto, el Verbo increado y encarnado es el Hijo y el fruto del Corazón de María antes de ser el fruto de su vientre, ya que *primero lo concibió en el Corazón que en el vientre*, como dice san León. Este Verbo admirable quiere que su santa Madre lo produzca por generación espiritual antes de producirlo por generación corporal. Que lo forme en su Corazón conforme a estas divinas palabras: *que Cristo sea formado en ustedes* (Ga 4, 19), antes de formarlo en el vientre, para que su generación temporal tenga más relación y conformidad con su generación eterna, y que la bienaventurada Madre tenga mayor parecido con su divino Padre, y el Corazón de la Madre sea imagen viviente y eco santo del Corazón del Padre. Ricardo de san Lorenzo afirma: *Brotó un Verbo bueno, que saliendo del seno del Padre, ingresó al seno de la Virgen Madre.*

Lo expresa esta estrofa del segundo himno del oficio del Corazón santo de esta misma Virgen:

El Corazón sagrado de nuestra Madre,  
imagen perfecta del Corazón de Dios,  
nos hizo nacer un Dios Niño,  
que solo reconoce a Dios como su Padre.



Este Padre adorable comparte el origen del Espíritu Santo con su Hijo pero no quiere compartir la generación temporal de este mismo Hijo sino con el Corazón virginal de María.

Escuchemos al respecto las hermosas palabras de san Bernardo<sup>270</sup>: *Esta Virgen madre recibió en su Corazón al Verbo divino que salía del Corazón de su Padre. El día origina y envía al Verbo al día*, es decir, el rey de días y siglos envía su Verbo adorable a la Madre del día, porque el Padre eterno es el Padre de las luces y el Día de los días; y la hija de este día divino es también hermoso día. Este mismo santo añade algo sobre lo mismo: *El día origina y envía el Verbo al día*, es decir, el día de la divinidad envía su Verbo al día de la virginidad. Sale del seno adorable de la divina Paternidad y viene a entrar en el seno maternal de la santa virginidad.

Así, pues, el Corazón sagrado de la Virgen Madre es excelente imagen y eco santo del Corazón adorable del Padre eterno. Este Padre santo proclama: *Brotó de mi corazón un Verbo bueno*. Y esa voz repercute y resuena en el Corazón de María, que responde: *Brotó de mi corazón un Verbo bueno*.

¡Oh Verbo bueno, cómo son de excesivas tus bondades! Te haces hombre para hacernos dioses. Quieres ser hijo del hombre para que seamos hijos de Dios. Quieres tener una Madre en la tierra como tienes un Padre en el cielo para hacerte hermano nuestro, y para tener un mismo Padre y una misma Madre contigo. ¡Oh Verbo increado en

---

<sup>270</sup> Sermón de la Natividad de la Virgen y sermón del Acueducto



el seno de tu Padre! ¡Oh Verbo encarnado en el seno de tu Madre! Te haces todo para nosotros, en tiempo y eternidad! Eres todo Corazón y todo amor para nosotros. Se diría que no es de maravillar pues naces y sales del Corazón adorable de tu Padre y pasas al corazón totalmente amable de tu dignísima Madre. ¡Oh, que yo sea todo corazón y todo amor a ti! ¡Oh, que todos los corazones del universo se transformen en corazones de serafines para amarte, alabarte y glorificarte continua y eternamente!

### **Oráculo III**

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es fuente de infinidad de bienes*

*Toda la gloria de la Hija del Rey viene de su interior* (Sal 45, 14). Así habla el Espíritu Santo. Con estas palabras nos comunica que el Corazón admirable de la muy sagrada Madre de Dios es fuente de número incontable de toda suerte de bienes.

Para que lo entiendas mejor, escucha estas tres verdades, gloriosas para el Corazón magnífico de nuestra gran princesa y fundadas en estas divinas palabras: *Toda la gloria de la Hija del Rey procede de su interior y de su Corazón.*

¿De qué Hija del Rey se trata? Comprendes bien que se trata de la reina del cielo y de la tierra, de la Hija del Rey de reyes. ¿Y qué quiere decir que toda su gloria procede de su Corazón? Quiere decir que su Corazón es fuente y principio



de las grandezas, excelencias, prerrogativas de que está adornada, de las calidades supereminentes que la elevan por encima de las demás criaturas, como son su calidad de Hija primera del Padre eterno, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de templo de la santísima Trinidad, de reina de los ángeles y de los hombres, de Madre de los cristianos, de emperatriz del universo. Vale decir que este santísimo Corazón es fuente de las gracias que acompañan estas calidades que Dios le ha otorgado, del santo uso que hizo de estos dones, de la santidad de sus pensamientos, palabras y acciones, de sus sufrimientos y de todos los misterios de su vida. Además que este Corazón es fuente de las prácticas de las virtudes que ejercitó, del santo uso que hizo de las potencias de su alma, de los sentimientos de su cuerpo y de las glorias y gozos que posee en el cielo.

¿Y por qué su Corazón es fuente de todas estas gracias? Escucha la razón: ¿No sabes que la humildad, pureza, amor y caridad de su Corazón la hicieron digna de ser la Madre de Dios y por ende de poseer los privilegios y ventajas que van unidos a tan altísima dignidad? ¿No entiendes que el corazón es la sede del amor y la caridad, que el amor y la caridad son principio, regla y medida de cuanta santidad existe en la tierra y por tanto de toda la gloria que hay en el cielo? Por ello la verdad eterna nos anuncia en su santo evangelio que como el corazón del hombre es origen de todo mal, es también fuente de toda suerte de bienes. Del corazón, asegura el Hijo de Dios, proceden los malos pensamientos, los homicidios y blasfemias (Mt 25, 19). El corazón del hombre de bien,



añade nuestro salvador, es buen tesoro de donde él saca todo lo bueno; y el corazón del malvado es tesoro perverso de donde procede todo lo malo (Lc 6, 46). Concluye entonces que el bonísimo Corazón de la sacrosanta Madre de Dios es fuente de todo cuanto en ella hay de grande, santo, glorioso y admirable.

Te digo ahora la segunda de las tres verdades que te prometí. Ese mismo Corazón es la fuente, después de Dios, de las excelencias, santidades, glorias, felicidades y de todo cuanto hay de grande precioso, maravilloso en la Iglesia, militante, sufriente y triunfante.

¿Cómo es posible todo esto? El motivo es claro. ¿No estás de acuerdo en que todo lo que la Iglesia tiene de gracias, bendiciones, tesoros de luz, de santidad y la gloria que posee, así en la tierra como en el cielo, lo tiene por intercesión de la bienaventurada Virgen? Todas las gracias, dice el piadoso abad Ruperto, todos los dones que el mundo ha recibido del cielo son arroyos que manan de esa sagrada fuente, y frutos debidos a este santo árbol<sup>271</sup>. Dios ha decretado en su eterno consejo, dice san Bernardo, no dar nunca nada a alguien que no pase por manos de María. Mediante ella ha querido darnos toda suerte de bienes, añade el mismo santo<sup>272</sup>. Ciertamente, pues quiso darnos por ella al que es su soberano principio, es decir, Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo hizo para hacerse tan santa y agradable a su divina Majestad, de modo que la escogiera para darnos la

---

<sup>271</sup> *In illa verba Cant.* Emissiones tuae paradisus.

<sup>272</sup> *Sermo de Aquaeductu.*



dádiva infinita que es principio de todos los demás dones que ha hecho y hará a su Iglesia, si no es por la santidad de su muy humilde y caritativo Corazón?

Reconoce que este mismo Corazón es origen de cuanto hay de noble, rico, precioso en todas las almas santas de la Iglesia universal, tanto en la tierra como en el cielo. Podemos entonces decir con sobrada razón de este Corazón maravilloso, lo que san Crisóstomo afirmó del corazón de san Pablo: *Era fuente de infinidad de bienes*.

¿Me detengo aquí? No, ciertamente. Avanzo para anunciarte la tercera verdad que te ofrecí. El Corazón de la Madre del salvador es, en cierto modo, fuente y manantial de cuanto hay de santo, divino y admirable en la vida, en los estados y misterios de nuestro redentor.

¿No es acaso aquel río del que habla el capítulo segundo del Génesis, que nacía en aquella fuente que Dios hizo brotar de la tierra cuando creó el mundo? ¿Acaso no vimos ya<sup>273</sup> cómo esta fuente es figura del sagrado Corazón de María, Madre de Jesús? ¿Y cómo Jesús, Hijo de María, es designado por el río que mana de la fuente, pues, según se dijo, Jesús es fruto del Corazón de María, que lo concibió y formó en su Corazón antes de concebirlo y formarlo en su vientre? ¿Que por las santas disposiciones de su Corazón, se hizo digna de hacerlo nacer en sus entrañas? ¿No escuchas la sabiduría divina, es decir, el Hijo de Dios, que dice: “Salí del paraíso”<sup>274</sup>, o sea, del Corazón virginal que es el verdadero paraíso del nuevo Adán, según vimos antes,

---

<sup>273</sup> Libro 3, cap. 5, sección 1

<sup>274</sup> Eclesiástico 24, 41



“como el canal del río”, esto es, como el río que salía del paraíso terrenal.

Aceptemos, pues, que este Corazón admirable, fuente de la que brotó el gran río, es, en cierto modo, fuente de todos los tesoros inestimables y de las maravillas inenarrables que se encierran en ese divino río. Es fuerza concluir por tanto que es fuente y principio de inmensidad de bienes. ¿No dice san Ireneo que el misterio de la encarnación no se realiza sin el consentimiento de María? El Hijo de Dios quiere que el Corazón de su divina Madre sea fuente y origen de todos los frutos y bienes que proceden de la encarnación y la acompañarán siempre pues él no ha querido encarnarse sin el asentimiento de su Corazón. *Fuente perenne de todos los bienes*<sup>275</sup>, dice san Andrés de Candia.

¡Oh Corazón amabilísimo, abismo de milagros! ¿Quién podrá cantar las maravillas inconcebibles que Dios ha obrado en ti y por ti? ¡Oh mar sin playas y sin fondo! Solo Dios conoce las riquezas inestimables que encerró en ti. ¡Oh divino Corazón! Eres el Cielo del cielo, pues, después del Corazón del Padre eterno, eres la insuperable y gloriosa habitación de Jesús que es el soberano Cielo. *Coelum coeli Domino*. Después del Corazón de Jesús eres el más alto trono de las glorias y grandezas de la santísima Trinidad. ¡Oh, cuántos honores y alabanzas se te deben tributar! ¡Oh, que todos los corazones de los hombres y de los ángeles te reconozcan y honren como a su rey y soberano, después del corazón adorable del salvador.

---

<sup>275</sup> Sermón de la Dormición de la Virgen



Mi amadísimo Jesús, cuánto debemos a tu infinita bondad por habernos dado tu divina Madre para ser nuestra Madre, Por haberle dado un Corazón de Madre, pleno de amor y ternura hacia sus indignos hijos. Haz, salvador mío, que tengamos corazón de verdaderos hijos hacia tan buena Madre. Que el corazón de sus hijos lleve en sí la imagen y semejanza del amor, la caridad, la humildad y demás virtudes que reinan en el Corazón de su amabilísima Madre.

#### **Oráculo IV**

*El Corazón maternal de la Madre del salvador  
es Mar lleno de amargura y sufrimiento*

*Mi Bienamado es ramo de mirra que reposa en mi regazo* (Cant 1, 12). Tomo estas palabras del libro del Cantar de los Cantares, libro que varios ponderados e ilustres autores aplican del todo a la bienaventurada Virgen. Es el libro del Corazón virginal y de los celestes amores de la Madre del amor hermoso. Libro lleno de oráculos que nos anuncian que este Corazón incomparable está del todo encendido en el amor a Dios y colmado de caridad hacia nosotros. De todos estos oráculos voy a escoger nueve solamente que, con los tres precedentes, sumarán los doce que les quiero presentar. Aquí está el primero.

*Mi Bienamado es ramo de mirra que reposa en mi regazo.* ¿Quién habla aquí? La santísima Virgen. ¿Quién es



el Bienamado de que se habla? Es su Hijo único y únicamente amado. Por qué lo llama *ramo de mirra*? Porque lo contempla crucificado, sumergido en un océano de desprecios, injurias, ignominias, angustias, amarguras y suplicios atroces. Su Corazón maternal también está lleno de un mar de amarguras, dolores y sufrimientos. Es posible decir con entera verdad que este Corazón desolado es un mar de angustias y tribulaciones, según estas palabras que se aplican a Jesús y a María: *Grande es como el mar tu sufrimiento* (Cantar 2, 13). Mar inmenso, sin fondo ni orillas. Tus dolores, oh Madre de Jesús, son tan excesivos que así como las aguas de las fuentes y los ríos no son más que una gota en comparación con las del mar, así tus aflicciones y desolaciones, las que se han sufrido y se sufrirán por siempre en el mundo, son nada si se comparan con las tuyas.

Para profundizar en esta verdad, sería preciso comprender la inmensidad del amor ardentísimo de que este Corazón inefable de la Madre del Salvador está encendido hacia su Hijo. Cuanto hay de amor en el corazón de una madre para su hijo, hay tanto de dolor en él cuando lo ve sufriendo. El amor de la Madre de nuestro redentor era, en cierto modo, infinito pues el Padre eterno la había escogido para asociarla con él en su divina paternidad; para hacerla Madre del mismo Hijo del que es Padre, le comunicó igualmente el amor inconcebible que él tiene hacia ese mismo Hijo, amor conforme a la dignidad infinita de su divina maternidad.



¡Oh, cuánto debe ser el amor de tal Madre para semejante Hijo! Es Madre que hace las veces de padre y de madre hacia su Hijo y llena su Corazón del amor paternal y maternal; ama tanto a su Hijo que si el amor de todos los padres y madres que ha habido, hay y serán se concentrara en el corazón de una sola madre, sería solo una chispa del la ardentísima hoguera que arde en el Corazón de la Madre del salvador para su amado hijo. Él es Hijo único y únicamente amado de su madre. Es Hijo infinitamente amable, infinitamente amante y en cierto modo infinitamente amado. Es Hijo que encierra en sí cuanto hay de hermoso, rico, deseable, admirable, amable, en tiempo y eternidad. Hijo que lo es todo para su Madre, pues es su Hijo, su hermano, su padre, su esposo, su tesoro, su gloria, su amor, sus delicias, su felicidad, su alma, su corazón, su vida, su Dios, su creador su redentor, su todo.

Juzga entonces cuál es el amor de tal Madre para tal Hijo. Por tanto cómo fue de cruel y doloroso el martirio de su Corazón maternal cuando lo vio bañado en su sangre, todo cubierto de heridas de los pies a la cabeza, colmado de dolores en su cuerpo y en su alma. El Espíritu Santo, hablando por la boca de un profeta lo llamó *Hombre de dolores* (Is 53, 5). Hombre transformado totalmente en dolor.

No te extrañes de que san Anselmo se dirija a la Madre de dolor con estas palabras: *Todos los tormentos de los mártires son nada, oh bienaventurada Virgen, comparados con tus sufrimientos. Su inmensidad traspasó tus entrañas y*



*lo más íntimo de tu Corazón benignísimo*<sup>276</sup>. Y san Buenaventura exclama: *Dulcísimo Corazón de María, Corazón del todo transformado en amor, has sido transformada en un corazón de dolores, abrevado de hiel, mirra y absintio. Y añade: ¡Oh portento y prodigio admirable! De espíritu y de corazón, Virgen santa, has sido sumergida en las llagas de tu Hijo Jesús, y tu Jesús crucificado está alojado en lo más íntimo de tu Corazón*<sup>277</sup>.

San Bernardino va más allá pues no teme decir que los dolores extremos que la Madre del salvador sufrió en su Corazón en el tiempo de su pasión, fueron tan excesivos que si hubieran sido compartidos por todas las criaturas capaces de sufrir hubieran muerto en el instante<sup>278</sup>

No es de extrañar lo que fue revelado a santa Brígida: que la bienaventurada Virgen hubiera muerto de dolor en la pasión de su Hijo, si no hubiera sido preservada milagrosamente<sup>279</sup>. *Lo digo osadamente*, dice la Virgen hablando a la misma santa *que el dolor de mi Hijo era mi dolor pues su Corazón era mi Corazón*<sup>280</sup>. Y san Buenaventura dice: *¡Reina mía, no solo estás cerca de la cruz de tu Hijo sino que sufres con él en la cruz. Él sufrió en su cuerpo, tú, en tu Corazón. Y las llagas que tuvo en su cuerpo se reunieron en tu Corazón*<sup>281</sup>.

Como el amor del Corazón maternal de la divina María para su Hijo Jesús está por encima de toda ponderación, el

---

<sup>276</sup> De excekk, Virg. Cap. 5

<sup>277</sup> Stim. Amoris, cap. 3

<sup>278</sup> Sermón 61, art. 3, cap. 2

<sup>279</sup> Sermón angélico, cap. 18

<sup>280</sup> Revelaciones, libro 1, cap 35

<sup>281</sup> Stimulum amoris, cap. 3



martirio doloroso de este amable Corazón no puede expresarse con palabra alguna ni caber en pensamiento alguno.

Ningún dolor más cruel,  
porque nunca hubo hijo más amado.  
Ningún amor más tierno,  
ni tristeza más amarga.

Amor inefable que traspasa este Corazón incomparable con siete afiladas y penetrantes espadas de dolor. Por eso, se representa de ordinario a esta Madre desolada con siete espadas clavadas en medio de su pecho. ¿De qué espadas se trata? Aquí las tienes.

La primera espada de dolor que se hundió en su Corazón vino cuando su Hijo amadísimo le dijo su último y doloroso adiós, estando presto para ir a la cruz y a la muerte. ¡Qué triste y lastimero adiós de tal Hijo para tal Madre! No hubo ni habrá jamás algo semejante.

La segunda espada de dolor sucedió cuando se trajo a esta Madre desolada la triste noticia del comienzo de la pasión de su querido Hijo, y cuando se le dijo: Pobre María, tu Hijo ha sido entregado a las manos de los judíos llenos de furor contra él. Uno de sus discípulos lo ha negado, otro lo ha vendido, traicionado y entregado a sus enemigos; los demás lo abandonaron a la rabia de sus adversarios y emprendieron la huida. ¡Oh, qué dolor para la Madre del Salvador!

La tercera espada de dolor sucedió cuando esta dolorosa Madre, presente en la cruel flagelación de su Hijo,



según lo reveló a santa Brígida<sup>282</sup>, lo contempló rodeado de verdugos que descargaron en su santo cuerpo golpes de fuste, como lluvia de granizo. Fue tal su furor que se bañó en su sangre y se cubrió de heridas de pies a cabeza, más sensibles al Corazón de la Madre que al cuerpo del Hijo.

La cuarta espada de dolor sucedió cuando esta Madre afligida vio a su Hijo amadísimo revestido de un viejo manto de púrpura para hacerlo objeto de burlas. Por chacota tenía en la mano una caña en lugar de cetro. Llevaba cruel corona de espinas que se hundían en su cabeza por todos los lados; su sangre preciosa corría por todas partes, por sus ojos, sus oídos, su boca. Vio a Pilatos que lo mostraba al pueblo en lastimoso estado y dijo: *Aquí está el hombre* (Jn 19, 5). Escuchó infinidad de voces de multitud innumerable de judíos que gritaban enfurecidos: *Quítalo, quítalo, crucifícalo*. Voces execrables que eran otros tantos golpes de puñal en el Corazón de la Madre de Jesús.

La quinta espada de dolor sucedió cuando esta afligida Madre se encontró a su Hijo cargado de larga y pesada cruz camino del Calvario. Se llenó de dolor tan penetrante y violento que cayó en el lugar desmayada y casi muerta. En memoria de lo sucedido se construyó allí una capilla que recibió el nombre de El Desmayo de la Virgen cuyos vestigios son todavía visibles. ¡Qué inconcebible desolación!

La sexta espada de dolor sucedió cuando la reina del cielo vio a su Hijo amadísimo, rey de cielo y tierra, clavado en la cruz, sus manos y sus pies traspasados con grandes clavos que hacían manar de su cuerpo hilos de

---

<sup>282</sup> Revel. Libro 1, cap. 10



sangre, y torrentes de lágrimas de los ojos de su adolorida madre (Lam 2, 18). Lo veía sufrir, desfallecer, agonizar y morir sin poderle prestar ningún alivio. ¡Máxima desolación!

La séptima espada de dolor sucedió cuando lo bajaron de la cruz. Lo recibió ella en sus brazos. Contempló con sus ojos y tocó con sus manos sus heridas todavía sangrantes. ¡Reina de los mártires, cómo fue posible que no hubieras muerto de dolor mil y mil veces! ¡Oh, hubieras podido decir al Padre eterno: *Mira, oh Dios, cómo estoy de atribulada, colmada de amargura* (Lam 1, 20). Estoy, Padre Dios, en el extremo de mi tribulación; observa la perturbación y angustia de mis entrañas; considera los padecimientos, amargos y violentos en extremo, que se abaten sobre mi corazón y lo afligen. Mi corazón se ha convertido en mar de hiel y de absintio. *Por fuera la espada mata, y en casa reina la muerte* (Lm 1, 20). Si miro fuera de mí, sólo veo cuerdas, fuetes, espinas, clavos, lanzas, cruces, patíbulo. Con ellos mi Hijo único, al que amo infinitamente más que a mí misma, es atado, flagelado, amarrado, destrozado, traspasado, clavado, crucificado, con las crueldades más horribles del mundo. Son otras tantas espadas de dolor que traspasan mi alma. Si recorro con mis ojos lo que pasa dentro de mí siento mi Corazón lacerado de miles de heridas mortales, la menor de las cuales puede causar la muerte. *Oh, ustedes los que pasan por el camino, reparen y vean si existe dolor semejante al mío* (Lm 1, 12).

Estas son las siete espadas de dolor que han traspasado el Corazón de la Madre de Jesús durante su pasión.



*Bella, Madre, fuente de amor,  
haz que contigo llore  
y sienta el ímpetu del dolor.*

No hablo de infinidad de otras aflicciones que esta divina Madre soportó en el transcurso de su vida. Pongo lo siguiente ante tus ojos:

La dolorosa circuncisión de su adorable niño.

La triste y sorprendente profecía del santo anciano Simeón de que su Hijo amadísimo sería objeto y blanco de dardos envenenados que la malicia y las persecuciones del mundo y del infierno lanzarían contra él. Ellos traspasaron su alma como espada de dolor.

La cruel persecución del detestable Herodes que buscaba al salvador de los hombres para perderlo y masacrarlo. Para cumplir tan execrable designio hizo degollar varios miles de inocentes. La Madre de Jesús tuvo que huir a Egipto para salvar a su Hijo del furor del tirano.

La aflicción indecible que sufrió, cuando Jesús se extravió por tres días durante los que permaneció en Jerusalén, en medio de los doctores. Ella lo buscaba por todas partes con indecible dolor (Lc 2, 21).

La privación que sufrió de su amada compañía durante los cuarenta días de su vida solitaria y penitente en el desierto.

Las amarguras de su Corazón causadas por las injurias atroces que su Hijo sufrió de parte de los judíos en el



espacio de su vida de convivencia con los hombres. Anoto aquí algunas:

Cuando empezó su predicación vinieron a detenerlo diciendo que se había trastornado y que estaba furioso (Mc 3, 21). ¡Qué ultraje para quien es la Sabiduría eterna!

Un día en que predicaba contra los vicios que reinaban entre ellos recogieron piedras para lapidarlo; y otro día repitieron lo mismo. ¡Qué impiedad abominable!

En otra ocasión los habitantes de Nazaret, a quienes había honrado con el misterio inefable de su encarnación, muertos de rabia por las verdades que les predicaba, lo agarraron y llevaron a lo alto de la montaña en la que su pueblo estaba construido para tirarlo abajo y aplastarlo como si se tratara del más horrendo criminal. ¡Que detestable crueldad!

Si hace milagros, los atribuyen al príncipe de los demonios. Si les anuncia en sus divinas predicaciones la doctrina celestial que él había bebido en el seno de su Padre, lo escuchan con ánimo de sorprenderlo en sus palabras y encontrar oportunidad de calumniarlo como rebelde al César y como infractor de la ley de Moisés.

Finalmente se ocupan en contradecir y censurar todas sus acciones. Ni qué decir ni pensar de los dolores agudísimos que el Corazón maternal de su bienaventurada Madre sufrió por causa de todos esos ultrajes que esos impíos hicieron padecer a su querido Hijo.

No hago mención de todos los sufrimientos que soportó en este mundo desde la resurrección y ascensión de su Hijo hasta su gloriosa asunción.



¡Qué dolor para su Corazón benignísimo al ver que los pérfidos judíos se esforzaban por ahogar enteramente la fe en la resurrección para impedir los frutos que proceden de ella para la gloria de Dios y la salvación de las almas!

¡Qué dolor a la vista de las persecuciones y tribulaciones de la Iglesia naciente!

¡Qué martirio para este Corazón todo encendido en caridad hacia las almas rescatadas con la preciosa sangre de su Hijo al contemplar el número incontable de ellas que van a parar al infierno mientras están todavía en la tierra; y que por su enceguecimiento y dureza hacen vanos e inútiles para ellas los trabajos, la muerte y los suplicios de su salvador.

Este es el ramo de mirra que esta Virgen Madre ha llevado durante su vida en su divino Corazón y en sus senos virginales que son todo amor y caridad. Su incomparable amor a su Hijo y su ardentísima caridad a nosotros pusieron este ramo de mirra, es decir, su Jesús crucificado en medio de su Corazón maternal y de sus santos senos; ellos transformaron este Corazón amabilísimo en mar de hiel, de absintio y de dolores inenarrables.

Somos nosotros la causa de todos los sufrimientos de esta Madre afligida. Busquemos los medios de reparar los males que le hemos causado. Te presento cuatro principales:

El primero, aceptar de corazón las aflicciones que plazca a Dios enviarnos y ofrecerlas a Nuestro Señor y a su santa Madre en honor y acción de gracias por sus sufrimientos.



El segundo, consolar y asistir al Hijo y a la Madre en las angustias y aflicciones que sufren en sus hijos.

El tercero, detestar y aborrecer a aquel que dio muerte a Jesús, Hijo único de María, es decir, al pecado. Hacerlo morir enteramente en nuestras almas y resucitar a este mismo Jesús, en cuanto podamos, en las almas en las que está muerto.

El cuarto, decir todos los días siete veces el *Ave María* en honor de los siete principales dolores de la bienaventurada Virgen de los que hicimos mención. Al decirlas entrar en una sensible compasión de esos mismos dolores. Esto es muy del agrado del Hijo de Dios y de su santa Madre como lo vamos a ver.

### **Sección única**

*Conversión de un gran pecador, fruto de la compasión que tenía de los dolores del sagrado Corazón de la santa Virgen*

En el capítulo 97 del libro sexto de las obras de santa Brígida, aprobadas por la Iglesia según hemos dichos varias veces, se lee que cierto señor que vivía en tiempos de esta santa llevaba una vida de perdición; no recibía jamás los sacramentos y había abandonado el cuidado de su salvación, e incluso tenía comunicación con el demonio. Cayó enfermo con el mal del que iba a morir. Lo supo santa Brígida y se puso a orar por él. Nuestro Señor se le apareció



y le dijo que le enviara su confesor para exhortarlo a confesarse. Hecho esto, dijo que no tenía necesidad de confesión. Al día siguiente este divino salvador ordenó a santa Brígida que enviara de nuevo al mismo confesor donde el enfermo para hacerle la misma exhortación. Lo hizo así pero no escuchó respuesta distinta de la primera. El tercer día, este benignísimo redentor dijo a santa Brígida que enviara su confesor a este endurecido y que le dijera de su parte:

“Escucha lo que te ordena Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Es algo que tiene poder absoluto sobre el demonio. Tienes dentro de ti siete diablos. El primero ha fijado su asiento en tu corazón. Lo endurece y le impide tener contrición de tus pecados. El segundo se aloja en tus ojos. Los llena de tinieblas para que no veas lo que es útil a tu alma. El tercero esta en tu boca. La cierra a las palabras que miran al honor de Dios y a tu salvación. El cuarto vive en tus partes inferiores y te lleva a amar la impureza. El quinto lo tienes entre tus manos y tus pies y te excita a apoderarte de los bienes ajenos y a ultrajar y matar a los hombres. El sexto, alojado en tus entrañas, es autor de tu gula y tu embriaguez. El séptimo ha fijado su trono en tu alma que debería ser el trono de Dios y que en este momento es trono del diablo su enemigo. Si quieres entrar en los sentimientos de penitencia todavía tienes tiempo y Dios te tratará con misericordia”.

Estas palabras conmueven a dicho señor hasta las lágrimas y dice: ¿Cómo puedo esperar el perdón de tantos y tantos crímenes horribles de que soy culpable?



Te prometo y te juro, responde el confesor, que aunque hubieras cometido mil veces más, si pides perdón a Dios desde el fondo de tu corazón y con verdadera contrición, él los lavará en la sangre preciosa de su Hijo”.

Este pobre pecador, derramando lágrimas, comenzó a decir: ¡Lastima! Había perdido toda esperanza de salvación de mi alma pues hice promesa al diablo que me habló repetidas veces. Y aunque tengo ahora 60 años, jamás me he confesado ni he comulgado, pues cuando los demás se confesaban y comulgaban yo fingía tener asuntos inaplazables. Ahora deseo hacerlo de inmediato.

Ese día se confesó cuatro veces. Al día siguiente, luego de confesarse una vez más, recibió el santo viático con mucha devoción y contrición. Pasados seis días murió. Luego el Señor habló así a santa Brígida:

“Ciertamente este hombre era pertenencia de Satán. A él le había hecho don de su vida. La contrición que tuvo al final de sus días lo liberó. Ahora está en el purgatorio. Si me preguntan ahora por qué medio alcanzó la gracia de la contrición este hombre que se había visto envuelto en gran número de enormes pecados, les respondo que fue, en primer lugar, por el amor infinito que tengo por todos los hombres, amor que me obliga a esperar su penitencia hasta su último suspiro. En segundo lugar, por los méritos de mi santísima Madre. Aunque este hombre no le profesaba mucho afecto, sin embargo cuando oía hablar de los dolores que sufrió en el tiempo de mi pasión, se conmovía con hondo sentimiento de compasión”.



¿Oh Salvador mío, si tu divina misericordia hizo tan gran milagro para la conversión y salvación de este gran pecador, gracias a que los sufrimientos de tu santa Madre le daban compasión, qué no haces a favor de los que tienen veneración especial por esta divina Madre y honran particularmente su amabilísimo Corazón, lacerado con mil heridas y mil heridas sangrientas por el dolor y la compasión de tus sufrimientos? ¡Oh Jesús mío, cómo somos deudores de tu infinita bondad por habernos dado una mediadora ante ti, llena de caridad, y poderosa ante la divina Majestad! Nada le es rehusado. ¡Oh, todos aquellos que caen en la perdición y corren la desdicha de perderse, conozcan que tú has dado a todos los hombres un medio tan poderoso y amable, y tan fácil para salvarse!

Ten cuidado sin embargo, tú que lees u oyes leer esto, de no abusar de esta extrema bondad del Hijo de Dios y de su santa Madre al darte licencia de llevar una vida desarreglada, persuadido de que basta tener gran devoción a la Madre de Dios para alcanzar el paraíso. Es cierto que la devoción a la bienaventurada Virgen es medio para llegar al cielo; pero cuando se tiene verdadera devoción. Esta supone fuerte resolución de renunciar al pecado y de convertirse a Dios. Es preciso no considerar conversiones semejantes a esta de que se habla como ejemplos que puedan imitarse sino como milagros que llegan muy raramente. *Milagros y no ejemplos*, dice san Jerónimo, quien asegura que hablando de lo que sucede ordinariamente, de diez mil hombres que han vivido relajadamente apenas se encuentra uno que muera bien. Es



cierto que el Espíritu Santo hace decir estas palabras a la Madre de misericordia: *El que me encuentra, encuentra el camino* (Prov 8, 35) y además la vida eterna. Pero antes le había hecho decir: *Dichosos los que siguen mis caminos* (Prov 8, 32), aquellos por los que yo caminé, e imitan las virtudes que practiqué.

## Oráculo V

*Nos presenta al Corazón de la Madre de Dios  
abrumado y herido de amor*

*Apóyenme con flores, rodéenme de manzanas porque desfallezco de amor*, o según los Setenta, *porque la caridad me ha herido* (Cantar 2, 5). El Espíritu Santo pone estas palabras en labios de la Madre del amor hermoso. Contienen tres verdades que voy a considerar. La primera es este amor tierno en el Corazón de la bienaventurada Virgen y esa herida, o para decir mejor, esas llagas y esas heridas de que este Corazón está afectado. La segunda son las causas de este desfallecimiento y de sus heridas. La tercera son los remedios necesarios para su sanación, contenidos en estas palabras: *Apóyenme con flores y rodéenme de manzanas*.

¿Qué son este desfallecimiento y estas heridas del Corazón de la reina de los corazones? Son efecto del amor extraordinario expresado en estas palabras: *Desfallezco de amor, la caridad me ha herido*. El Corazón admirable de



nuestra divina Madre arde de un amor tan alto, a Dios y a nosotros, que jamás ha habido y nunca habrá otro parecido, en todos los corazones juntos, de todas las criaturas.

¿Qué Corazón hubo alguna vez en la tierra que haya comenzado a amar a Dios desde el primer momento en que recibió el ser? Es privilegio que solo pertenece a la divina María. Se trata de este Corazón que jamás ha dejado de amar a Dios, siempre y con todas las fuerzas de un amor muy ardiente y puro. Corazón, que según opinión de varios teólogos muy sabios<sup>283</sup>, desde el primer instante de su vida hasta el último, en todo tiempo y lugar, en vela o en reposo, bebiendo o comiendo, estuvo, en ejercicio continuo, de un acto perpetuo de amor, sin interrupción alguna. Es, pues, posible decir que la Madre del Salvador practicó solo un acto de amor, acto de amor que duró todo el curso de su vida. ¿Oh, quién podría decir cuál era el ardor y la fuerza de este amor? Si santa Teresa murió de amor, ¿quién puede dudar que el divino amor que ardía en el sagrado Corazón de la Madre de Dios, y que era incomparablemente más ardiente que el de santa Teresa y de todos los santos juntos, no la hubiera hecho morir mil y mil veces si su vida no hubiera sido conservada milagrosamente?

Esta Madre de amor obraba siempre en todo movida por purísimo amor de Dios. Este divino fuego no encontraba jamás el menor obstáculo en su Corazón virginal que pudiera debilitar, en lo más mínimo, la virtud de su actividad devorante.

---

<sup>283</sup> Vásquez, disp.. 118; Salazar *in Prov. Cap. 31*



Escuchemos lo que dio a santa Brígida cuyas Revelaciones son aprobadas, según hemos dicho, por dos concilios generales y por tres papas.

“Soy, dice, la que Dios ha amado y llevado en su Corazón desde toda la eternidad, (es decir, de manera extraordinaria), y con ella el Espíritu Santo estuvo desde mi infancia. Estuve siempre llena del Espíritu Santo cuando pequeña, y a medida que avanzaba en edad y que mi cuerpo crecía, el Espíritu Santo me colmaba de más en más, con plenitud tan abundante que no dejó en mí ningún vacío y ningún lugar para el pecado. Por ello soy la que jamás cometió algún pecado, ni mortal ni venial. Estaba de tal manera inflamada en el amor de mi Dios que nada del mundo me infundía placer y solo me complacía en el cumplimiento de su santísima voluntad. En efecto, Dios que me creó por su poder y me lleno del poder del Espíritu Santo, era todo fuego y llama de amor a mí, y mi Corazón igualmente estuvo siempre abrasado de las llamas y fuegos de su divino amor”.

Estas palabras de la gloriosa Virgen ponen de manifiesto el amor ardentísimo de que su Corazón virginal está abrasado hacia Dios.

Todo esto contribuye a inflamar más y más, y sin cesar, esos divinos braseros entre los que señalo quince principales que contienen cantidad de otros. Son antorchas luminosas que arden en este Corazón santo con fuego más devorador que el que arde en los corazones de los serafines.

1. Los favores extraordinarios y sin número con que la infinita bondad de Dios honró de continuo a la



bienaventurada Virgen, desde el primer instante de su vida hasta el último. Eran otras tantas palabras incandescentes que ardían de continuo en su Corazón agradecido lleno de amor muy vivo hacia el que la colmaba incesantemente de tantos bienes.

2. El conocimiento claro que tenía de las perfecciones incomprensibles y las hermosuras inefables de su divina Majestad, por las divinas luces de que el Espíritu Santo la colmaba y por el ejercicio continuo de la contemplación que la ocupaba día y noche, haciendo de su Corazón una hoguera de amor que jamás ha tenido otro igual.

3. ¡Qué fuegos y qué llamas de amor divino se encendían en la morada continua del Hijo de Dios en esta sagrada Virgen, como en la que debía ser su Madre. Iluminaba él su Corazón virginal, desde el momento de su concepción inmaculada alta el fin de su vida!

4. Si para san Agustín cuanto hay en cielo y tierra eran voces que le anunciaban sin cesar el amor de su Dios como lo declara él al decir: *El cielo y la tierra y cuanto contienen no cesan de decirme que ame a mi Dios*. De cierto puede decirse que todas las criaturas del universo eran para el Corazón más que seráfico de la reina del cielo en la tierra no solo voces sino antorchas ardientes que la inflamaban de continuo con fuego sagrado de este divino amor.

5. Si la Sagrada Escritura es el Corazón de Dios, como afirman san Agustín y san Gregorio, y por tanto hoguera de amor a la cual no se puede entrar, ni siquiera acercarse, sin sentir el ardor de las llamas, a menos de poner obstáculo,



imagina qué obraba en el Corazón de la divina María la lectura frecuente de los Libros Sagrados.

6. Todos los favores inenarrables de la liberalidad de Dios y los milagros de su misericordia hacia el pueblo judío, y en especial hacia los santos antepasados de nuestra divina Virgen, Abrahán, Isaac, Jacob, David y varios otros, eran otras tantas llamas celestes para su buen Corazón.

7. Los santos ejemplos y las divinas enseñanzas en casa de sus padres Joaquín y Ana y en el templo de Jerusalén ¿no eran motivos muy poderosos para llevarla a amar a aquel que le había dado padres tan santos y que la había puesto en una escuela llena de virtud y piedad?

8. Su matrimonio angelical con un serafín visible, como era san José, ¿no era fruto singular del amor de Dios a ella, la reina de las vírgenes, que la estimulaba a un amor recíproco a su divina Majestad?

9. ¿Quién podría dudar de que ella no hubiera cumplido perfectamente lo que el Espíritu Santo recomendó a todos los fieles en estas divinas palabras pronunciadas por boca de san Pablo: *Sea que coman, sea que beban o practiquen cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios.* Ciertamente, esta sacratísima Virgen no pensaba, ni decía ni hacía cosa alguna que no fuera motivada por agradar a su Dios. De modo que todos sus pensamientos, palabras y acciones y los usos de las potencias de su alma y de sus sentidos exteriores e interiores no tenían objeto distinto que la gloria de su creador.

10. ¿Qué fuegos de amor encendió en el Corazón de la Madre de amor el misterio adorable de la encarnación,



milagro de los milagros del amor divino? San Bernardino se atreve a decir<sup>284</sup> que solo el asentimiento que ella dio a este misterio agradó más a Dios y le mereció mayores gracias que todos los actos de virtud que por siempre han hecho los ángeles y los santos.

11. Si un solo momento, en el que este misterio se cumplió en ella, la colmó de tantos favores y la comprometió en obligaciones infinitas de amor al que la había escogido para ser su digna Madre, ¿qué habría que decir y pensar de tantas maravillas que él obró en ella y por ella durante los nueve meses de su residencia en sus bendita entrañas? Al respecto escuchemos a san Agustín<sup>285</sup>: *¿Quién podría dudar que el Corazón y las entrañas en las que la caridad misma, que es Dios, permaneció y reposó durante los nueve meses no fueron transformados en amor y caridad?* Y san Ildefonso añade: *Como el fuego transforma en fuego al hierro, así el Espíritu Santo ha inflamado y abrasado de tal manera a la Madre de Dios que solo se ven en ella fuegos y llamas de amor divino.*

12. Es lo que piensa san Bernardo y varios otros santos Padres. Que mientras la Madre del salvador estuvo en la tierra vivió siempre rodeada de multitud de ángeles, querubines y serafines que eran a modo de botafuegos celestes que atizaban sin pausa, más y más, el fuego del santo amor en su corazón.

13. Aunque nuestro salvador vino a la tierra por todos los hombres, es cierto sin embargo, que teniendo más amor

---

<sup>284</sup> Sermón de la Concepción de santa María, art. 3, cap. 1

<sup>285</sup> Citado por san Buenaventura, In Spec. Cap. 14



por su amabilísima Madre que por el resto del mundo, vino al mundo más por ella que por el resto de los hijos de Adán. Gastó tres años en la convivencia con los hombres para predicarles y enseñarles, pero el resto de su vida lo dedicó a su santísima Madre, es decir, los primeros treinta años que pasó con ella como si no hubiera estado en el mundo sino solo para ella. Por su parte ella se entregó a considerar el ejemplo maravilloso de la santidad de sus acciones y de la excelencia de sus virtudes a fin de imitarlas.

¡Oh, qué santa y admirable cercanía la de tal Hijo con tal Madre! ¡Oh, con qué atención y veneración los ojos y el Corazón de la divina Madre estaban de continuo fijos y atentos a todos los gestos, pasos, y hasta a las mínimas acciones de su Hijo Jesús! ¡Oh, qué efectos prodigiosos de luz y de amor obraba este adorable salvador en el alma y el Corazón de su amadísima Madre! Es algo que los evangelios no refieren. Otras muchas cosas, que conocemos solo por tradiciones, fueron dichas por este divino redentor cuando se relacionó acá abajo con los hombres, como ésta: *Quien se acerca a mí se acerca al fuego*. Y dijiste también, Señor mío, y lo hiciste escribir en tu santo evangelio, que habías venido a la tierra para traer fuego y que tu máximo deseo era que incendiara todos los corazones (Lc 12, 49). En el Corazón de tu santa Madre, antes que en otro alguno, pusiste ese fuego divino. Sí, sacratísima Virgen, tu amable Corazón fue el primero en que este fuego celestial fue prendido. ¡Oh, qué llamas, que incendios provocó este divino fuego en tu Corazón virginal durante los treinta años que estuviste tan cerca de él.



13. ¿Y qué decir del consuelo indecible que esta divina Madre recibió cuando su Hijo bienamado, una vez resucitado, la visitó antes que a nadie? ¿Este detalle sin par no encendió en su Corazón nuevas llamas hacia él, por encima de toda ponderación?

15. Añadamos el santo sacrificio del altar al cual ella asistió, con fervor inconcebible, todos los días, desde la ascensión de su Hijo, y todas las santas comuniones que hacía a diario en las que su Hijo Jesús se daba a ella como se da todos los fieles, pero con amor extraordinario, que inflamaba de más en más su Corazón con sus divinas llamas.

### **Sección única**

#### *Continúa el mismo tema*

Además de estos favores, con los que el Hijo único de María honró a su dignísima Madre, debes conocer además infinidad de otras gracias muy señaladas que recibió de su Hijo amadísimo durante el curso de su vida terrena. Son otras tantas llamas celestes que encendían de continuo su Corazón en el amor de su Dios y de su salvador, y otras tantas flechas que la vulneraban con heridas amorosas. Por ello decía: *Desfallezco de amor. He sido herida por la caridad.* Mi Corazón está lacerado, herido y traspasado por flechas de su divino amor.



¿Qué remedio, oh Madre de amor, podemos darte para tus desfallecimientos y heridas? La Palabra dice: *Fortalézcanme con flores.*

¿De qué flores se trata? Para entenderlo recuerda que nuestro salvador es llamado en sus Escrituras, la *flor del campo, el lirio de los valles* (Cantar 2, 1). Su divina Madre está enriquecida también con estas cualidades. Es llamada: *Lirio entre espinas, rosa mística*. Por ello los verdaderos hijos de Jesús y María, o sea, los auténticos cristianos son flores celestes, rosas, lirios y violetas. Rosas por su caridad; lirios por su pureza y por la blancura de sus costumbres inocentes: violetas por su humildad. La Iglesia llama a los santos Inocentes las flores de los mártires y rosas que despuntan. Es fácil comprobar entonces qué flores nos pide la bienaventurada Virgen, cuando nos dice: *Fortalézcanme con flores porque desfallezco de amor*. Pide a las almas santas que aman a su Hijo con todo su corazón, que se esfuercen por servirlo y glorificarlo con la ferviente imitación de su caridad, pureza, humildad y demás virtudes. Es como si le dijera: el amor de que mi Corazón está encendido y por el que desfallezco por mi Hijo y por todas las almas creadas a su imagen y semejanza, rescatadas con su sangre, me hizo desear ardorosamente y pedir a Dios de continuo, que sus sufrimientos y su muerte no sean inútiles para ellas sino que obtengan el fruto que él desea para su salvación y santificación, a fin de que gocen de los bienes infinitos que les ha merecido y adquirido con su sangre preciosa. Que en ellas sea alabado, amado y glorificado eternamente.



Observa que en esas palabras, *Fulcite me floribus*, el texto hebreo trae, según antiguos rabinos,  *fortalézcanme con fuegos y llamas*, es decir, denme almas seráficas que sean todo fuego y llamas de amor a mi Hijo como él es todo fuego y llamas de amor a los hombres.

Estos son las flores y los fuegos que pide la reina del cielo. Y pide además frutos: *Rodéenme de manzanas*, o según el texto hebreo: *Aliméntenme con manzanas*. ¿Qué quiere decir? Que así como mi Hijo les dio todos los frutos de su vida y de su sangre, todo cuanto hizo y sufrió en la tierra, esfuércense también por practicar, por su amor, todas las virtudes; hagan además toda clase de obras buenas, corporales y espirituales, y también abracen de todo corazón todas las cruces que les lleguen. Estas son las manzanas y los frutos que él desea y pide de ustedes y de mí también. Con todos ellos, él y yo, preparamos nuestros festines y delicias. Son los remedios que busco para los languores y llagas de mi Corazón.

¡Oh Corazón amabilísimo de nuestra divina Madre, cuánta obligación tenemos de satisfacer tus justísimos y caritativos deseos! Todas las gemidos y llagas de tu Corazón proceden del amor ardentísimo de que estás abrasado, hacia nuestro amable salvador y hacia nosotros.

¡Corazón bueno, te ofrecemos nuestro corazón. Te rogamos que tomes plena posesión de él y lo unas perfectamente al tuyo. Enciéndelo con tus fuegos divinos, transfórmalo en ti mismo, a fin de que sea todo fuego y llama de amor a Jesús y María, y que estas santas palabras



de la Madre de Jesús se cumplan en nuestro corazón:  
*Denme fuegos para mi apoyo, mi reposo y mis delicias.*

## Oráculo VI

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el lugar y las delicias de la sabiduría eterna*

*“El lecho pequeño de Salomón estaba rodeado de sesenta guardias, escogidos entre los más vigorosos y valientes de Israel. Todos avezados en el oficio de la guerra. Empuñan todos la espada y se la ciñen al cinto por temor de ataques nocturnos” (Cantar 3, 7-8).*

¿Quién habla así? El Espíritu Santo que tiene algo importante para decirnos. Cuando él habla en las divinas Escrituras y empieza por estas palabras: *He aquí*, nos quiere indicar que algo muy especial, grande y extraordinario quiere manifestar. Escuchemos lo que quiere decir:

*Mira el lecho pequeño de Salomón.* Habla del verdadero Salomón que es la Sabiduría eterna, de la que el rey Salomón, hijo del rey David, es solo una figura.

¿Qué es este lecho de nuestro verdadero Salomón? Es el Hijo único de Dios, el Hijo único de María. Las explicaciones de los sagrados intérpretes se dividen. Yo acojo de todo mi corazón el sentir de los que aplican todo esto a la bienaventurada Virgen, así como la totalidad del libro del Cantar. Dicen que esa lecho de Salomón es el seno virginal y el Corazón sagrado de la misma Virgen, en el que el Verbo increado y encarnado, que desde toda eternidad



reposa en el seno, o sea, en el Corazón de su Padre, quiere también reposar por toda la eternidad.

¿Por qué el Espíritu Santo llama a este Corazón admirable de la reina del cielo *lecho de Salomón*? Para hacernos entender que este Verbo admirable tiene dos lechos diferentes. El primero es designado por estas palabras. *Mientras el rey estaba en su diván* (Cantar 1, 12). El segundo es el que está señalado con esta palabra: *Esta es la lecho pequeño de Salomón*. Es llamado así para distinguirlo del primero, infinitamente más grande, amplio, rico y refulgente. Sin embargo no sugiere notables relaciones ni semejanza maravillosa entre el divino Corazón del Padre adorable de Jesús y el santísimo Corazón de la gloriosa Madre, como vimos ya.

Veamos ahora las calidades y disposiciones del sagrado Corazón de la bienaventurada Madre que le hacen encontrar su reposo y gozar de las delicias de ese Corazón divino, como en lecho digno del Hijo único del soberano monarca del universo.

El corazón de un cristiano necesita cinco calidades para que el rey de los corazones haga morada en él y tomen allí su reposo.

1. Fe viva y perfecta, animada por la caridad y acompañada de las demás virtudes cristianas. En efecto, cuando esta fe reina en un corazón ahuyenta las tinieblas y la vanidad de la inteligencia y de la ciencia humana, que no tienen nada de seguro y de sólido, y en él prepara lecho y reposo tranquilo y muy del agrado de Nuestro Señor I. Es lo que el apóstol desea: *Que Cristo habite por la fe en sus*



*corazones* (Col 3, 17), El corazón que no es guiado por la divina Sabiduría es semejante a las ruedas y al eje de un carro, que siempre inestables, y en movimiento.

2. Profunda humildad. Jesús, rey de los humildes, tiene horror infinito a la ambición y a la soberbia y pone en la humildad sus delicias. Resiste a los soberbios y concede su gracia a los humildes.

3. Perfecta pureza. Todo lo que es contrario a esta virtud angélica es abominable para el rey de las vírgenes Él ama la pureza como a su corazón.

4. Entera sumisión y resignación a la divina voluntad, que vencen la voluntad propia, enemiga mortal de la paz y del reposo, y causa de perturbaciones y guerras. Solo hay verdadera paz para los hombres de buena voluntad, los que han renunciado totalmente a su propia voluntad y solo siguen la muy buena voluntad de Dios.

5. Grande y cordial amor a la cruz y la mortificación, como nuestro amabilísimo crucificado puso su gozo y contento en los sufrimientos aceptados por el amor de su Padre y por amor a nosotros. Por ello el Espíritu Santo llama el día de su pasión y de sus tormentos el día del gozo de su corazón. Él disfruta de reposo y delicias en los corazones que gozan de esos mismos sentimientos.

Todas estas calidades y disposiciones estuvieron siempre presentes en el muy augusto Corazón de la Madre de Dios pues, en primer lugar, la fe reinó en él soberanamente del primero al último instante de su vida.

En segundo lugar, lo profundo de su humildad es inconcebible, ya que Nuestro Señor dijo que el que se



humilla es exaltado y el que se abaja más en la tierra es más exaltado en el cielo (Mt 18, 4). De donde se sigue que como la humildad es la medida de la elevación, la misma elevación es la medida de la humildad. Por tanto, para conocer la profundidad de la humildad de un alma cristiana sería menester conocer el grado de su exaltación. ¿Quieres penetrar en lo profundo de la humildad de la gloriosa Virgen? Contempla, si te es posible, la altura infinita de la gloria inefable con que Dios la ha coronado. Entiende que como la supereminencia de esta gloria es inaccesible a toda mente humana y angélica, su humildad es también incomprensible a todo entendimiento que no sea el de Dios.

En tercer lugar, el amor inconcebible que tuvo siempre por la pureza no ha tenido igual. Tuvo más afecto en su Corazón por esta amable virtud que el que han tenido los corazones angélicos y seráficos. Es la reina de las vírgenes y la Madre del rey de las vírgenes. Desde el comienzo de su vida hizo voto de virginidad perpetua.

En cuarto lugar, jamás tuvo en su vida voluntad distinta de la de Dios. Estaba tan unida a ella que hubiera estado dispuesta a crucificar e inmolar a su Hijo con sus propias manos si Dios así lo hubiera querido. ¿Quién puede dudar de que su sumisión a la voluntad de Dios fue más perfecta que la de Abrahán, que levantó su mano para sacrificar a su hijo Isaac?

En quinto lugar, después de nuestro salvador jamás ha existido alguien que haya tenido tanto amor a la cruz como su divina Madre. Su sed de cruces y mortificaciones era insaciable. Reveló a san Gregorio de Tours, que desde su



entrada en el templo de Jerusalén, donde a la edad de tres años se consagró del todo al servicio de Dios, llevó siempre en su carne virginal un cilicio muy tosco, que no tuvo nunca lecho para reposar su santo cuerpo. Dijo también a santa Brígida que tenía un deseo ardiente de sufrir todos los tormentos y suplicios del mundo.

Estas son las santas disposiciones del santísimo Corazón de la divina María. La hicieron digna de ser el sagrado lecho de Jesús en el que encontró agradable y suave reposo. Es el lecho pequeño al que hace mención cuando dice: *Nuestro lecho florido* (Cantar 1, 16), lecho, sembrado y aromado con toda suerte de flores, adornado y embellecido con toda clase de virtudes. En el libro *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, aprobado por gran número de ilustres doctores, leo que en la fiesta de Navidad esta santa vio al amabilísimo Niño Jesús, Hijo único de Dios e Hijo único de María, que se refugiaba en el Corazón de su queridísima Madre. Para comprenderlo imagínate que estás rodeado de gran número de enemigos que te persiguen y afligen de diversas maneras, pero que tienes una Madre muy buena, que te ama tierna y ardientemente. Cuando tu corazón está oprimido de angustias causadas por las persecuciones que sufres y que para consolarte piensas en el amor y la ternura que te tiene tu bondadosa madre, encuentras en ese momento refugio y consuelo en su corazón. Así, tu salvador, al venir al mundo y al contemplar toda la tierra inundada de innumerables enemigos, armados para hacerle cruenta



guerra, se refugia en el sagrado Corazón de su amabilísima Madre, pues conoce el grandísimo amor que le profesa.

Haz de saber, amado lector, que lo que pasaba entonces pasa también ahora en el mundo. Toda la tierra rebosa de Herodes y judíos, de turcos e infieles, de herejes y falsos cristianos que persiguen a nuestro redentor de mil maneras. ¿Quieres proporcionarle un lugar de refugio que sea de su agrado? Dale tu corazón. Es lo que desea cuando te dice: *Hijo, dame tu corazón* (Prov 23, 26).

Limpia, pues, tu corazón de cuanto le desagrada y haz que esté adornado de verdadera fe, de humildad profunda, de pureza perfecta, de caridad ardiente, de entera sumisión a todas sus voluntades y de inmenso amor a la cruz. Entonces tendrá en él su reposo y sus delicias, y lo colmará de infinitud de bienes.

Vengamos ahora a lo que continúa diciéndonos la palabra del Espíritu Santo: *Este es el lecho pequeño de Salomón. Lo rodean sesenta esforzados guardias de Israel, tomados de los más valientes.* ¿Quiénes son esos sesenta guardias? Primero anoto que el número de sesenta es una cifra precisa por una incierta. Significa multitud grande. Luego opino que esos valientes soldados son los ángeles a quienes Dios encomendó la guardia de la bienaventurada Virgen. Es cierto, afirman san Bernardo y otros santos padres, que Dios le asignó, mientras permaneció en la tierra, un ejército incontable de espíritus celestes para acompañarla, servirla y seguirla por doquier como a su reina.



*Los más vigorosos de Israel:* Son parte del ejército del gran Dios. Potestades, Dominaciones, Querubines, Serafines, muy conocedores y experimentados en el arte de la guerra pues están perpetuamente empeñados en el combate contra los ángeles apóstatas, como secuela de la gran batalla que se desarrolló en el cielo al comienzo del mundo entre los ángeles santos y los espíritus malignos.

Habiendo creado Dios a los ángeles, les manifestó el designio que tenía de unir al Verbo con la naturaleza humana mediante el misterio de la encarnación y darle una Virgen por Madre. Les pidió mirar y honrar a este Hombre-Dios y a esta Madre de Dios, como a su salvador y su soberana, y tributarles sus respetos y homenajes. San Miguel y todos los ángeles buenos obedecieron prontamente y de todo corazón. Pero la detestable soberbia y la maldita envidia de Lucifer y de todos los ángeles malos no aceptaron que la naturaleza humana fuera preferida a la naturaleza angélica y los impulsaron a revelarse contra el designio de su Creador. San Miguel y todos los ángeles santos se armaron de inmediato para combatir a esos revoltosos. Los vencieron en un momento, los expulsaron del cielo y los precipitaron al infierno. Desde entonces se desarrolla sin descanso cruel guerra entre los ejércitos del príncipe del cielo, san Miguel, y el príncipe de las tinieblas, Lucifer. La victoria es siempre de aquellos sobre estos. Por eso los soldados de san Miguel están siempre empuñando la espada, es decir, están siempre armados de grande y ardentísimo celo de honrar y defender los intereses de su rey y de su reina.



Además, cada uno lleva la espada ceñida al cinto para mostrar que son soldados de aquel de quien se escribieron estas palabras: *Rey de reyes, Señor de señores* (Ap 19, 16). Llevan también su espada empuñada y al cinto *a causa de temores nocturnos*. Entendemos que durante la permanencia de la reina del cielo en la noche y en las tinieblas de la tierra, el amor inconcebible que ella tenía a Dios le infundía gran temor de la mínimas faltas, y la tenía en un perpetuo temor, totalmente filial, de no hacer ni decir ni pensar lo más mínimo que pudiera desagradar a la divina Majestad. Por ello los espíritus que la rodeaban por todas partes tenían siempre empuñada la espada en el cinto para sacarla pronto en caso de necesidad para defender a esta divina Virgen de las emboscadas y ataques de los demonios y para mantenerlos fuertemente alejados. Dice san Bernardino de Siena que no se atrevían a acercársele ni siquiera a mirarla. Nada podía entrar en su corazón que pudiera perturbar por nada del mundo el dulcísimo y delicioso reposo de nuestro adorable Salomón.

A partir de esto, debes saber, muy amado lector, que este divino Salomón ha creado y rescatado tu corazón para establecer allí su santo lecho y tomar en él su reposo y que es necesario que sea o el lecho de Jesús o la madriguera de dragones infernales. Escoge.

Si abres la puerta de tu corazón a la venganza, la impureza o cualquier otro vicio, la estás abriendo al demonio que hará allí su morada y la cambiará en infierno lleno de serpientes y dragones. *Los corazones de los infieles son cubiles de dragones*, dice un santo Padre. Y san



Bernardo anota: *Donde hay soberbia, impureza e iniquidad el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza.* No puede tomar reposo en el lecho de tu corazón, dice el mismo santo, si en lugar de adornarlo con flores de santa obediencia, lo llenas de de cicuta y ortigas de desobediencia. Pero si abres la puerta de tu corazón a tu redentor vendrá y tomará allí reposo y alimento y lo cambiará en paraíso.

Escúchalo hablar: *Estoy a la puerta y llamo. Si uno escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo* (Ap 3, 20). ¡Oh bondad incomparable! ¡Qué maravillosas palabras! ¡Oh corazón humano, qué estúpido eres si estas palabras de tu Dios y de tu salvador son incapaces de ablandarlo e inflamarlo en su amor!

¡Oh Madre de Jesús, te entrego mi corazón con todos los corazones de mis hermanos y hermanas. Entrégalos a tu Hijo y destruye en ellos cuanto le desagrada, y ruégale que establezca en ellos el reino de su divino amor!



## Oráculo VII

*El Corazón augusto de la reina del cielo  
es tesoro escondido de las más cautivadoras bellezas  
y de las más ardientes caridades*

*¡Cómo es de arrebatadora tu belleza, amiga mía, qué hermosa eres! Tienes ojos de paloma sin hablar de lo que se oculta en tu interior. Tu belleza es maravillosa, amadísima mía, tu gracia encantadora en tus delicias* (Cantar 4, 1).

¿Quién habla así? El rey del cielo dirige estas palabras a la bienaventurada Virgen, reina de todos los santos y la muy santa esposa de la su divina Majestad. Con admiración le habla de tres clases de bellezas: su belleza corporal, su belleza espiritual y su belleza divina. ¡Oh, cómo son de admirables estas bellezas! Son objeto de la admiración de un Dios y le causan éxtasis y arrobamiento. Con profundísimo respeto consideremos estas tres bellezas inefables de nuestra gloriosa princesa.

Ya dije algo de su belleza corporal<sup>286</sup>. Diré solo ahora que hay relación muy particular y semejanza maravillosa entre la belleza inconcebible del cuerpo adorable de Jesús y la belleza inefable del cuerpo virginal de María. Los santos Buenaventura y Antonín, el docto y piadoso Suárez y demás teólogos son concordes que como Jesús era el más hermoso de los hombres; *De hermosa figura entre los hijos de los hombres* (Sal 45,3), María era la más bella de todas las mujeres. ¿No fue acaso revelado a santa Brígida que el Hijo

---

<sup>286</sup> Capítulo tercero del primer libro.



y la Madre se asemejaban tan perfectamente según su figura, los rasgos y el tinte de su tez, la forma y tamaño y composición del cuerpo, que quien veía a uno veía al otro?<sup>287</sup>.

El purísimo cuerpo de la Madre de Jesús es obra de la mano del Espíritu Santo, quien, según opinan san Jerónimo, san Epifanio, san Gregorio de Nisa y san Juan Damasceno, lo formó milagrosamente en las benditas entrañas de santa Ana. ¿Quién podrá dudar que este cuerpo virginal sea obra suya, en el que la belleza eterna y esencial debía encarnarse, tuviera una belleza milagrosa y sin igual? ¿Este santo cuerpo, unido a la más hermosa de todas las almas, no debía estar adornado de belleza conforme a la de tan hermosa alma?

Tu belleza, Virgen Santa, sobrepasa todas las bellezas, dice la santa Iglesia, *super omnes speciosa*. Belleza admirable que será eternamente objeto de las admiraciones de todos los habitantes del cielo: *Vale, o valde decora. Salve, oh la muy hermosa*.

Esta sagrada Virgen es del todo bella, dice Ricardo de San Victor: bella de rostro, bella de cuerpo, y muy bella de espíritu, muy temible para el príncipe de las tinieblas<sup>288</sup>. Y el mismo añade: su rostro es enteramente angélico lo mismo que su alma<sup>289</sup>.

Toda la naturaleza se presentó al Espíritu Santo, dice el sabio y piadoso Gerson<sup>290</sup>, en el momento de la concepción

---

<sup>287</sup> Revelaciones, lib. 1, cap. 51

<sup>288</sup> Lib. 2 de El Emmanuel.

<sup>289</sup> In Cant. Cap. 26

<sup>290</sup> Serm. De concept. B. M. V.



de María, para recoger todas las bellezas, dispersas en todas las criaturas y reunir las en la reina del universo. Las virtudes se ofrecieron para hacer de esta niña un mundo de santidad. La sabiduría se ofreció para organizar su cuerpo; la pureza para revestirla de ella; la gracia para fortalecerla; la prudencia para disponer el cerebro; la caridad para poner su trono en el corazón; el pudor para cubrir su frente; la dulzura para fijar su puesto en los labios; la honestidad para alojarse en sus mejillas; la virginidad para adornar todo el cuerpo con santidad incomparable.

Dionisio el Cartujo<sup>291</sup> dice: Cierta resplandor se irradiaba de su rostro que la hacía al tiempo admirable y amable; era tan luminoso que fue necesario que Dios lo temperara para que pudiera tratar con la gente. Y no es para extrañarse pues el rostro de Moisés, luego de su encuentro con Dios en la montaña, aparecía tan brillante que el pueblo no podía resistir su resplandor y se vio obligado a usar un velo.

San Ignacio mártir<sup>292</sup> asegura que mientras esta admirable Virgen vivió en la tierra los cristianos venían de todas partes para contemplar este maravilloso prodigio de belleza y santidad. Y en las revelaciones de santa Brígida<sup>293</sup> leo que durante la permanencia de esta divina Virgen en el mundo cuantos la contemplaban recibían consuelo, pues su exterior estaba lleno de gracia y bendición.

---

<sup>291</sup> De laudi B. V. M. lib. 1, art. 26

An et epist 2 ad eundem<sup>292</sup> Epist. 1, ad Jo

<sup>293</sup> Oración 4



Escuchemos al santo sacerdote Epifanio de Jerusalén<sup>294</sup> quien nos comparte lo que conoció por los escritos de varios antiguos autores griegos que trataron sobre la bienaventurada Virgen: “Nada existía más agradable de ver que la bella armonía de dulzura y gravedad que se veía en esta joven. Atraía el amor de todos e imprimía profundo respeto en los corazones de los que la veían. Sus oídos estaban siempre abiertos para escuchar lo bueno; sus labios de ordinario permanecían cerrados menos cuando se trataba de las alabanzas de Dios o de algo que fuera útil al prójimo. Y aunque se volvía afable con todos y de un trato muy agradable actuaba sin embargo con honestidad llena de pudor. Fácilmente se descubría, por el color de su rostro, la disposición interior de su alma. Estaba extremadamente alejada de todo fasto y de todo espíritu de ligereza, lo que era evidente por su comportamiento y su exterior. Su vestido era sencillo, bien limpio y sin tintes distintos de los de la lana de que se vestía. Dirías que su ropaje era la modestia misma.

Digo además en torno a esta belleza exterior y corporal de la Madre Virgen lo que el Espíritu Santo habla con admiración de todo lo que aparecía en su exterior: *Qué hermosos son tus senos* (Cantar 4, 10). Bellezas de santidad, ¡oh Madre admirable! Ellos alimentaron y conservaron al redentor de los hombres; esos benditos pechos glorificaron más a Dios al dar su sagrada leche a tu divino Hijo que los santos mártires al derramar su sangre por la fe cristiana, pues el amor con que hiciste esta acción sobrepasaba la de

---

<sup>294</sup> De institutione, vita et moribus Mariae.



esos santos mártires. Senos sagrados que vertieron en las venas del salvador la preciosa sangre que debía derramar por nuestra salvación. Senos virginales, en cuya alabanza la santa Iglesia hace resonar en todo el universo estas divinas palabras: *Bienaventurado el pecho que alimentó a Cristo, el Señor.*

*¡Qué hermosos son tus pasos, hija del príncipe!* (Cantar 7, 1). Una vez más el Espíritu Santo habla de lo que puede llamarse el exterior de esta Virgen incomparable. ¡Oh, bellos y cautivadores son tus andares! ¡Bellos y santos pasos diste desde la edad de tres años para ir al templo a ofrecerte y consagrarte a Dios en el templo de Jerusalén! ¡Oh, hermosos y caritativos pasos para visitar a tu prima Isabel, para santificar al niño que llevaba en su vientre y para llenar a su padre y su madre del Espíritu Santo! ¡Oh bellos y divinos pasos diste desde Nazaret a Belén para hacernos nacer un redentor! ¡Qué hermosos y santos pasos diste de Belén a Jerusalén para presentar a Dios tu divino niño como santísima víctima que un día sería inmolada por nuestros pecados! ¡Qué bellos y santos pasos diste de regreso a Nazaret y cuando fuiste de Nazaret a Egipto y al regresar de Egipto a Nazaret, y llevabas en brazos y en tu regazo virginal a tu adorable Jesús que te llevaba también él en su Corazón! ¡Oh con cuánta complacencia el Padre eterno miraba esas tres maravillosas personas, Jesús, María y José, que le tributaban infinitamente más gloria que todos los habitantes del cielo y todas las criaturas del universo!

¡Oh con cuánta veneración y admiración los ángeles contemplaban esta admirable Trinidad, Jesús, María y José!



¿Oh san José, no estabas en éxtasis continuo? ¡Oh Madre de mi Dios, quién me diera besar, aunque infinitamente indigno de hacerlo, la tierra que pisaste y todos los pasos que diste! ¡Oh qué bellos y agradables pasos hiciste, Madre de Jesús, siguiendo por doquier a tu amadísimo Hijo, dondequiera iba a predicar su santo Evangelio! ¡Oh bellos y también dolorosos pasos diste al seguirlo hasta el Calvario, a la cruz y a la muerte! ¡Oh bellos y gozosos andares hiciste al ir al monte de los Olivos para contemplar la gloria y el triunfo de tu queridísimo Hijo, cuando subió al cielo! ¡Oh bellos y piadosos pasos diste cuando después de su ascensión, fuiste a visitar a menudo los santos lugares donde derramó su sangre y sufrió tantos tormentos por amor nuestro, a fin de agradecerle y orar por su Iglesia naciente, por los pecadores e incluso por quienes lo crucificaron! ¡Oh que todos los ángeles, los santos y todas las criatura alaben y bendigan por siempre tu Corazón maternal, encendido de amor a tu Hijo y lleno de caridad a nosotros, que te llevó a hacer todo esto por la gloria de ese mío Hijo, y para cooperar con él en la obra de nuestra redención!

Es algo referente a la primera belleza de la reina de los ángeles, en cuanto a su belleza exterior y corporal.



## Sección I

### *Continúa el mismo tema*

Vengamos ahora la segunda belleza de nuestra gloriosa princesa puesta ante nuestros ojos por estas palabras: *¡Qué hermosa eres!*

¿De qué belleza se trata ahora? Es la belleza interior y espiritual del alma santa de la reina de los ángeles, belleza que es resplandor maravilloso que procede de todas sus gracias y virtudes, de todos los dones y frutos del Espíritu Santo, de todas las bienaventuranzas evangélicas que brillan en su alma dichosa, y la hacen más bella y luminosa, y de mayor brillo de cuanto hay de hermoso, precioso y glorioso en el cielo y en la tierra.

Por esta belleza disfrutó de sociedad y unión estrechísima y de semejanza perfectísima con el que es la belleza esencial. En efecto, el Espíritu Santo que es fuente inagotable de gracia y océano inmenso de santidad, al abrir sus tesoros y difundir las riquezas de sus gracias sin medida ni reserva en el alma de su divina esposa, la revistió y adornó de belleza incomparable, y la hizo imagen acabada y semejanza excelente de la divina Belleza, que es y será objeto de las admiraciones no solo de los ciudadanos celestes sino incluso del soberano Monarca del cielo y de la tierra. Todo esto se contiene en esta palabra pronunciada por la boca de un Dios: *¡Que tu belleza es admirable!*

Entre las gracias del Espíritu Santo que constituyen la belleza espiritual e interior de la reina del cielo te ofrezco



una muy considerable, señalada por las palabras que siguen en el texto: *Tus ojos son ojos de paloma*. ¿Qué significa esto? ¿Cuáles son esos ojos de paloma de la Madre de Dios? Son las purísimas y muy santas intenciones con las que hacía todas sus acciones. Solo buscaba y miraba a Dios en todo. Solo quería agradarle y realizar en todo y por doquier su adorabilísima voluntad, y de la forma que fuera más de su agrado.

Dichosos quienes se esfuerzan por imitar a la Madre del salvador, sirviendo a Dios no por temor de sus castigos ni por deseo de sus consuelos y recompensas, sino solo por su amor y porque merece ser servido por el amor de sí mismo. Decía san Bernardo. Si preguntas por qué motivo y con qué fin amo a Dios, te responderé: *Amo porque amo, amo para amar*.

La historia de san Luis, rey de Francia, cuenta que estando en Tierra Santa, apareció una mujer que sostenía una antorcha en una mano y en la otra un vaso lleno de agua, y gritaba en voz alta que con esa antorcha iba a incendiar el paraíso y con esa agua quería extinguir el fuego del infierno, y decía que no sirvieran a Dios por consideración de los gozos del paraíso ni por temor de las penas del infierno sino por su puro amor y su sola gloria.

Te escribo maravilloso ejemplo que está consignado en la historia de los Padres del desierto. Dos solitarios habitaban juntos, uno anciano, joven el otro. La vida de ambos se pasaba en continuo ejercicio de mortificaciones, ayunos y oraciones. El demonio, rabioso por ver a ese joven novicio marchar a grandes pasos por el camino del cielo, se



dirigió al anciano, disfrazado de ángel de luz, y le dijo que era enviado de Dios, por efecto de su misericordia, para decirle que advirtiera a su novicio de no mortificarse tanto como lo venía haciendo, pues tendría bastante que sufrir en el otro mundo, pues era del número de los réprobos. El anciano, habiendo creído demasiado a la ligera este engaño del espíritu maligno, dio esta perniciosa advertencia al novicio. ¿Qué hizo él y qué dijo? “¡Ah, padre mío, no sirvo a Dios por temor del infierno ni por la esperanza del paraíso. Si soy tan desgraciado de no estar en la lista de los que amen a Dios en la bienaventurada eternidad, voy a esforzarme por amarlo cuanto me sea posible durante el curso de esta vida”. ¿Qué pasó luego? Dios envió un verdadero ángel de luz que advirtió al anciano que el demonio lo había engañado y que él lo había permitido para dar ocasión al novicio de hacer esta bella y santa confesión de querer amar y servir a Dios toda su vida como si paraíso e infierno no existieran, y sin ningún otra pretensión que la de agradar a su divina Majestad; que había glorificado más a Dios y había hecho mayor progreso en la vía del cielo en un momento y por este solo acto, que no lo hubiera hecho en muchos años y por gran número de penitencias y buenas obras, si las hubiera hecho por motivo menos puro y menos desinteresado.

Querido lector, un diamante hermoso vale más que cien fruslerías deslumbrantes de burdas piedras; una gota de medicina bien preparada obra más eficazmente para restablecer la salud en un cuerpo que una docena de copiosas medicinas muy amargas. Así, una sola acción



hecha por el solo motivo de agradar a Dios es más del agrado de su divina Majestad y más provechosa para el alma del que la hace que mil otras hechas motivadas por intereses egoístas, incluso espirituales. tomemos entonces la resolución de imitar los ojos de paloma de nuestra santa Madre.

Vuelvo a su belleza incomparable para resaltar que es más esplendorosa que todas las bellezas de todas las criaturas que ha habido, hay y habrá en tiempo y eternidad. Es tan admirable que el santo cardenal Pedro Damián, luego de confesar que sentía gozo singular cuando pensaba en esta gloriosa Virgen o que sentía el deber de hablar de ella, proclama: *¡Oh reina de los ángeles y de los hombres, Madre de nuestro Padre, fuente purísima del que es llamado la Fuente de la vida, origen del príncipe, soberano de los soberanos, tan caritativa como poderosa, Virgen incomparable que ama tiernamente a los pecadores, ilustrísima princesa cuya gloria sobrepasa infinitamente la de todos santos y de todos los ángeles, digna Madre del creador del universo, confieso que su excelente belleza está por encima de todos los elogios y alabanzas que puedan dársele, y que es tan brillante y extraordinaria que parece opacar el resplandor del sol y arrojar manchas en la blancura de la luna”!*

San Agustín resume en una sola palabra cuanto puede decirse y pensarse acerca de esta belleza inefable: ¡Oh santísima Virgen cuando digo de ti que eres el retrato e



incluso el rostro de Dios, *formam Dei*, no creo que pueda decirse más pues eres digna de este nombre<sup>295</sup>.

Si la belleza de la Madre de Dios era tan maravillosa mientras vivía en este valle de lágrimas ¿qué puede decirse de la belleza y majestad que brillan en esta gloriosa princesa desde que reina en el cielo? Se diría que como el sol hace desaparecer todas las estrellas del firmamento así la Madre del Sol eterno borra todas las bellezas de los ciudadanos del cielo. Si todos los granos de arena que hay en el mar, dice un gran servidor de María, si todas las briznas de yerba que hay en la tierra, si todos los átomos que hay en el aire, se cambiaran en otros tantos soles tendrían menos luz y resplandor que los que la Madre del salvador tiene en su morada de la gloria.

Algunos autores dignos de credibilidad cuentan que un eclesiástico muy adicto al servicio de la reina de los ángeles, habiendo tenido gran deseo de verla, y habiendo suplicado largo tiempo se le concediera este favor, ella le envió un ángel para advertirle que pronto le haría el honor de visitarlo. Pero debía resolverse a perder la vista una vez que la hubiera visto. Él se sometió de muy buen grado a esta condición estimando que sería muy dichoso de perder sus ojos luego de haber tenido la dicha de contemplar la mayor maravilla del cielo y de la tierra. Pero, habiendo pensado luego sobre la desdicha de perder sus ojos tomó la resolución de abrir solamente un ojo para contemplar a la bienaventurada Virgen cuando se le apareciera. Y efectivamente así lo hizo. Cuando vino a presentársele puso

---

<sup>295</sup> Sermón de la Asunción



la mano sobre uno de sus ojos y solo abrió uno para mirarla. Luego, cuando la Virgen lo dejó, perdió el ojo con el que la había contemplado. Pero fue tan sensible el dolor que experimentó por no haber abierto sus dos ojos para contemplar imagen tan encantadora y admirable, que se sintió obligado a pedir perdón a esta gloriosa Virgen y le suplicó concederle de nuevo este favor afirmando que si tuviera tantos ojos como estrellas hay en el cielo los abriría todos para contemplar belleza tan arrebatadora que será eternamente objeto de los embelesos del rey del cielo, y de todos los ciudadanos de la Jerusalén celestial. Que muy gustoso perdería los dos ojos e incluso la vida. La muy buena Virgen, que nada rehúsa a sus verdaderos servidores los visitó nuevamente y se le mostró más brillante que mil y mil veces el sol, pero en lugar de quitarle el ojo que le quedaba se lo conservó y le devolvió el otro, pues esta Virgen sacratísima es tan llena de bondad que no puede hacer ningún mal a nadie y está siempre dispuesta a hacer el bien a los que tienen entera confianza en ella.

Ahí tienes lo que mira a la belleza espiritual e interior de la Madre de Dios. Tiene su origen en su divino Corazón pues este Corazón virginal es la sede del amor de que está colmada, amor que es raíz y principio de las virtudes y santidades, de las perfecciones y bellezas de que su alma está adornada.



## Sección II

### *Continúa el mismo tema*

Tratemos ahora de la belleza divina de la Madre del redentor. Esa belleza es la gracia de Madre de Dios, gracia de las gracias. Encierra todas las gracias y las sobrepasa casi hasta el infinito pues es gracia correspondiente y proporcionada a la dignidad infinita de Madre de Dios. Cuando Dios llama a alguien a un estado u oficio, le da una gracia conforme a ese estado y a ese oficio, para que pueda desempeñar santamente las funciones. ¿Cuál es la vocación de la santísima Virgen? ¿A qué fue llamada? Fue escogida y llamada a ser Madre de Dios, a ser nutricia y gobernante de un Dios, a tener sobre Dios el poder, la autoridad y los derechos que una madre tiene sobre su hijo; y además a ser Madre de todos los hijos de Dios, a ser reina el cielo y de la tierra, señora absoluta de hombres y ángeles, y soberana emperatriz del universo.

Medita entonces cuál debe ser la gracia para tan alta vocación. Ciertamente, como la dignidad de Madre de Dios, con todos los privilegios que la siguen, tiene una elevación infinita, podemos concluir que la gracia de Madre de Dios asciende hasta un grado en cierto modo infinito. Así lo piensa san Bernardino de Siena<sup>296</sup>: No es de maravillar que un Dios produzca un Dios, pero que una mujer produzca y dé a luz a un Hombre-Dios es el milagro de los milagros. Fue preciso, si es posible decir, que esta mujer haya sido

---

<sup>296</sup> Sermón de la Natividad de la Virgen, *cap.* 22



elevada, en algún modo, a cierta igualdad con Dios, mediante infinidad de gracias y perfecciones; esto es impenetrable e incomprensible a toda inteligencia distinta de la de Dios: *Él la creó, la numeró y la midió* (Sir 1, 9). Solo Dios es autor y padre de esta gracia; él solo la conoce perfectamente, solo él conoce su peso y medida”.

El adorado Padre Dios, habiendo escogido a esta Virgen incomparable para darle la más encumbrada de todas las dignidades, cual es la dignidad de Madre de Dios, y hacerla Madre del más hermoso de los hijos de los hombres y del que es la belleza esencial y eterna, la adornó con belleza acorde a tan admirable maternidad, y a la bondad infinita de aquel de quien es Madre, mediante la gracia muy sublime y esplendorosa de Madre de Dios, que ni ha tenido ni tendrá igual jamás: *Ni antes se vio algo similar, ni tendrá algo semejante después.*

Tesoro inestimable de su bondad infinita es el que el Padre divino escondió en el interior y en el Corazón de su amadísima Hija. Lo dicen estas palabras: *Lo que internamente está oculto.* De esta gracia y belleza habla el adorable esposo de María dirigiéndose a su divina esposa, en el libro del Cantar. Por dos veces repite: *¡Qué hermosa eres!* ¡Belleza singular de tu cuerpo y de tu espíritu! Y por tercera vez clama: *¡Qué hermosa eres!* Pero cuando quiere hablar de otra belleza más excelente que las otras dos., añade: *¡Qué hermosa y agraciada eres, amadísima, en tus delicias!* ¡Que tu belleza es cautivante, que tu hermosura es asombrosa, mi queridísima, mi amadísima, en tus delicias! Llamo belleza divina esta tercera belleza de la Madre de



Dios pues procede de la gracia que es propia y particular de la divina Maternidad.

Avanzo más. Digo, hablando absolutamente y sin restricción, que nuestra gloriosa princesa tiene una belleza del todo divina. ¿De qué belleza divina se trata? De su Hijo amadísimo. Me atrevo a afirmar que como Jesús es la gloria, el esplendor y la belleza de su Padre, es igualmente la gloria, el ornamento y la belleza de su Madre. Como esta Madre incomparable tiene un Corazón corporal, un Corazón espiritual y un Corazón divino, que es su Hijo Jesús, como ya dijimos, ella tiene también una belleza corporal, una belleza espiritual y una belleza divina que es el mismo Jesús. Es el divino tesoro que lleva oculto en su interior y en su Corazón: *lo que internamente está oculto*. Belleza admirable, gran embeleso, objeto de las admiraciones y divinas complacencias de la Madre de Jesús, que se expresa en estas palabras que sus labios adorables hacen resonar por todo el universo para alabanza de su gloriosísima Hija: *¡Qué hermosa y agraciada eres, amadísima, en tus delicias!* Mejor como dicen el texto hebreo y los LXX: *¡Qué hermosa y agraciada eres, caridad o amor, en las delicias!* Mi queridísima y amadísima, corazón mío y amor mío, tu belleza es maravillosa y eres llena de gracia, de dulzura y encanto en tus delicias, pues eres por entero transformada en Dios de amor y caridad, esto es, en mi Hijo Jesús.

¿No te parece que estas palabras del Padre de Jesús a la bienaventurada Virgen, llenas de ternura y amor, nos demuestran que él la mira como totalmente transformada en amor y caridad hacia su Hijo, que vive y reina en lo más



íntimo de su interior y en lo más secreto de su Corazón? Él la reviste de su belleza, de su bondad y santidad, y de sus más luminosas perfecciones. La une tan estrechamente con él que con ella no es sino uno con él, como el hijo y la madre no son sino uno. Y así la belleza del Hijo es la belleza de la Madre o, por decirlo mejor, el Hijo es él mismo la belleza, la perfección, la santidad, el ornamento y la gloria de la Madre?

¿Qué significan esas palabras: *en tus delicias*? Mejor sería decir con el texto hebreo: *Hija de delicias*. Respondo con cuatro razones:

Primero, que la reina del cielo es llamada con justísima razón la Hija de las delicias del Corazón adorable del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Si Dios pone su gloria y complacencia en todas las obras que hizo en la creación del mundo: *Se alegrará el Señor en sus obras* (Sal 104, 21), con cuanta mayor razón en esta Virgen admirable que le es más querida que todas las criaturas juntas, y de la que recibe más amor, gloria y contento que de todo lo creado? ]Escucho al Padre eterno decir de su Hijo Jesús: *Este es mi Hijo bienamado en el que he puesto mi complacencia* (Mt 3, 17). Dice otro tanto proporcionalmente de su queridísima hija María.

Segundo, estas palabras significan que su divina Majestad llenó y colmó a esta amable María con sus divinas delicias desde que estaba en este mundo. ¿Quién podrá comprender las delicias santas de que su Corazón maternal fue colmado en el momento de su concepción inmaculada; en el instante de la encarnación de su Hijo; mientras lo llevó



en su benditas entrañas; cuando lo dio a luz en el establo de Belén; cuando lo ofreció a Dios en el templo; cuando lo encontró en medio de los doctores después de haberlo tenido perdido durante tres días; mientras convivió y trató familiarmente con él como muy buena Madre con un muy buen Hijo; mientras escuchó sus divinas predicaciones, cuando habiendo resucitado él la visitó antes que a ningún otro; cuando lo vio subir al cielo glorioso y triunfador; cuando recibió el Espíritu Santo en el día de Pentecostés; cuando ella fue transportada en cuerpo y alma al cielo; y cuando fue sentada a la derecha de su Hijo y coronada como reina de ángeles y hombres, soberana emperatriz del universo?

Tercero, diré además en torno a estas palabras: *en tus delicias*, que mientras la bienaventurada Virgen estaba en este mundo, ponía su gozo y sus delicias al considerar todas las santas acciones de su muy querido Hijo, al escuchar sus divinas palabras, al imitar sus admirables virtudes, al servirlo en todas sus necesidades, al seguir en todo y por doquier sus adorables voluntades. Escucho a la reina Ester que habla así a Dios: *Conoces bien, Señor, que tu sierva jamás ha puesto su felicidad y satisfacción fuera de ti solo* (Est 14,18). Otro tanto puede decir la reina del cielo pero de forma infinitamente más excelente y perfecta.

Cuarto, digo sobre estas palabras también que la Madre de Jesús, que es también nuestra Madre, tiene singular contento y pone sus más amadas delicias en dirigir, proteger, alimentar, asistir, favorecer, consolar, regocijar y colmar con toda suerte de bienes a sus verdaderos hijos.



Dice como su Hijo; *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* (Prov 8, 31). Ella repite lo mismo: mis delicias están únicamente en procurar toda clase de beneficios a los que me aman, e igualmente en extender mis misericordias y solicitudes sobre los que me persiguen.

¡Oh Madre de amor, no me extraña si la belleza del amor y de la caridad de tu Corazón hacia Dios y hacia nosotros es tan admirable que hace caer en éxtasis y arrobamiento eternamente a todos los habitantes del cielo, e incluso al mismo rey de los cielos, pues no solo has amado siempre a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y jamás has tenido intención distinta de agradarle. Jamás pusiste contento en algo distinto de servirlo amarlo y glorificarlo con toda la perfección posible. No solo nos amas más que todas las madres del mundo han amado a sus hijos. Aunque somos muy indignos de esta calidad y no te devolvemos más que ingratitudes y ofensas, pones sin embargo tu gozo y tus delicias en colmarnos de toda suerte de bienes corporales y espirituales, temporales y eternos. Lo atestigua así uno de los hijos de tu Corazón, san Bernardo, cuando te dice: *no desprecias al pecador, ni lo desdeñas, aunque esté del todo apestoso y fétido por todos sus vicios, si recurre a ti y si dirige a ti gemidos de un corazón contrito y humillado*<sup>297</sup>. Estas son tus delicias, oh Madre de misericordia. Por ellas la santa Iglesia te dice: *Has sido hecha hermosa en tus delicias, santa Madre de Dios*. En estas delicias las hermosuras de tu caridad resplandecen de manera asombrosa.

---

<sup>297</sup> *In deprecatione, ad Mariam Virginem*



Quiera Dios que quienes hoy no te aman, te declaren guerra sangrienta y quieren arrebatarnos las más queridas y bellas calidades que te han sido dadas, como ser esperanza, refugio y abogada de pecadores, dulce consuelo de los afligidos, nuestra muy caritativa mediadora ante tu Hijo, generosa tesorera de sus gracias, intendente general de todos sus estados, benignísima dispensadora de sus favores y poderosa protectora de cuantos acuden a tu bondad, quiera Dios, digo, que esos pobres descarriados quieran acudir a tu dignidad infinita de Madre de Dios, y de Madre de todos los hijos de Dios. Que gocen de la herencia de tan alta calidad, que te hace muy cercana a la divinidad, *cercana de Dios*. dice el Doctor angélico, y que te pone en alianza tan estrecha y maravillosa con la santísima Trinidad. Ciertamente no se admirarían de todos los elogios que te son debidos por boca de la santa Iglesia y por los oráculos del Espíritu Santo que son los santos Padres.

Dejemos a esos ciegos que quieren hacer proceso al sol y pretenden que hay que quitarlo del cielo, pues alegan como causa que es solo tinieblas y no alumbra. ¿Quién es ese sol? Es nuestra gloriosa María, *escogida como el sol*, como canta la santa Iglesia. ¿Qué haríamos, desdichados de nosotros, dice san Buenaventura, en medio de la noche y de las tinieblas de este mundo si no fuéramos iluminados por esta divina antorcha? ¿Qué sería del mundo si no tuviera sol y en cambio horrible y eterna noche? ¿Qué sería de esta vida si no tuviéramos a la divina María, estrella hermosa del



mar, que nos dio al Sol eterno, sino caos de tinieblas y de horror?<sup>298</sup>

¡Pobres ciegos! ¿No se dan cuenta de que el sol es siempre sol, pero que no ilumina sino a los que tienen ojos y no a los ciegos? Si no contemplan las celestes claridades, las cautivantes bellezas, las excelencias inefables y las maravillas inconcebibles que los ojos buenos de la Iglesia, que son los santos doctores, han visto siempre en este admirable sol, no condenen al sol, condenen más bien su ceguera.

¡Oh hermosísimo y benigno Sol, da vista a esos ciegos para que cesen de perseguirte. Haz que a imitación tuya pongamos todo nuestro contento, alegría y delicias en glorificar y amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas! Que te sirvamos y honremos como debemos. Que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Que bendigamos a los que nos maldicen y hagamos el bien a los que nos hacen mal. Que oremos por los que nos persiguen.

## Oráculo VIII

*El Corazón sagrado de la bienaventurada Virgen  
hiere y cautiva el Corazón adorable del Padre eterno*

*“Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía. Heriste  
mi corazón con una de tus miradas y con uno de los cabellos*

---

<sup>298</sup> San Buenaventura citado por D. Bernardo



*de tu cabeza”* (Cantar 4, 9). Los LXX dicen: *Me arrebataste el corazón.*

¿Quién habla aquí? El Padre eterno. ¿A quién dirige estas palabras? A la bienaventurada Virgen. La llama su hermana y su esposa para testimoniarle la ternura, el ardor, la cordialidad y la santidad de su muy puro y divino amor. Le manifiesta que ha herido su Corazón para expresar el amor muy ardiente y en cierto modo infinito del que el Corazón de la divina María está encendido hacia este Padre adorable, y el amor incomprensible que tiene él a su Hija única y amadísima.

La llamo Hija única porque las demás almas, así sean muy santas y perfectas, no son sino servidoras en comparación de su Hija María. Hija única, porque es la única en quien el pecado no ha tenido cabida. Única, porque es la única que lo ha amado desde el primero momento de su vida y no ha dejado pasar un instante sin amarlo. Única, en cuanto ella sola tiene más amor a su buen Padre que todos los ángeles y hombres juntos y a quien él ama más que a todas la criaturas. Hija única porque es la sola que es Virgen y Madre al tiempo. Hija única, porque es la única sin cuyo consentimiento no ha querido salvar al mundo, pues no ha querido realizar el misterio de la encarnación ni darnos un salvador sin su consentimiento. Hija única, porque es la única que ha cooperado con su Hijo Jesús a la gran obra de la redención del mundo al entregarlo en sacrificio a Dios con este fin, en medio de dolores que, después de los de nuestro Salvador, no han existido ni existirán jamás semejantes. Hija única, en fin, porque es la única a la que



este Padre divino ha dado imperio universal y poder absoluto sobre cielo y tierra, sobre el infierno, sobre ángeles y hombres y sobre todo lo creado.

Padre santo, no sin razón dices a este Hija única que hirió tu Corazón y dos veces le repites esas palabras: *Heriste mi Corazón*. Lo ha herido miles de veces, más aún infinidad de veces, como son los instantes de todo el curso de su vida en la tierra pues no dejó pasar ningún momento sin amarte, y con amor más ardiente que el de los serafines y el de todos los corazones que te aman.

¿Por qué le repites dos veces: *Heriste mi Corazón*? Quieres subrayar que hay dos momentos en la vida de esta santísima Virgen, en los que ella hirió tu divino Corazón con dos flechas extraordinariamente ardientes e inflamadas. El primero de esos momentos fue el instante de su concepción inmaculada en el que ella te amó con amor que jamás ha existido ni nunca existirá otro que sea igual en todos los corazones de los hijos de Adán. El segundo fue el instante en que concibió a tu Hijo Jesús, Hijo suyo también, en sus benditas entrañas, momento en el que ella te amó como todos los corazones de los hombres y de los ángeles no lo han hecho ni lo harán en todos los siglos pasados y por venir.

Quieres además, oh divino Padre, poner ante nuestros ojos, con estas palabras que repites dos veces: *Heriste mi Corazón*, el amor ardentísimo que esta bienaventurada Virgen tiene por ti y el amor muy excelente que tiene por tus hijos. Dos amores que laceran igualmente tu Corazón porque en ti, por ti y para ti ella ama todo lo que tú amas.



Sí, muy caritativa Virgen, tu buen Corazón ha estado siempre de tal manera poseído y lleno de la divina caridad que en él jamás entró ningún sentimiento ni pensamiento alguno que fuera, en lo más mínimo, contrario a esta santa virtud. Amó tanto a tus más crueles enemigos que por ellos sacrificaste a tu Hijo único, y en la misma hora en que lo masacraban horriblemente traspasaron tu Corazón maternal con mil espadas de dolor. Tienes tanto amor por tus amadísimos hijos que si el amor de todos los padres y las madres se reunieran en un solo corazón apenas sería una chispa de esta hoguera del amor que abrasa tu Corazón hacia ellos.

Esta Virgen gloriosa tenía tanto amor a las almas y tanta preocupación por su salvación, que un día dijo a una de sus amadas hijas, santa Isabel, religiosa muy virtuosa, quien por la gran caridad que tenía a los pecadores deseaba ardientemente, mientras estuvo en este mundo, morir por ellos y sufrir toda suerte de tormentos para librarlos de los suplicios eternos. Y no contenta con esto, no temía decir que hubiera padecido muy de corazón los tormentos del infierno para ayudar a salvar siquiera un alma. Si Moisés, san Pablo, santa Catalina de Siena, el venerable Jacobon de la orden de san Francisco y varias otras almas estuvieron en la misma disposición, cuanto más la reina del cielo, que tiene ella sola más caridad por las almas que todos los santos juntos.

Avancemos y veamos lo que significan estas palabras: *con una de tus miradas*. Quien habla es el Padre eterno. Repite siempre a la bienaventurada Virgen: *Heriste mi*



*Corazón, hermana mía, esposa mía, con una de tus miradas.* ¿Qué quiere decir? Por el gran amor que de tu Corazón está inflamado hacia mí, pues los afectos del corazón se manifiestan en los ojos.

¿Y qué significa esa sola palabra: *una sola*? Nos quiere dar a entender que él fue siempre el único amor en el Corazón de esta Madre del amor hermoso, pues el amor propio y el amor por todas las cosas del mundo jamás tuvieron lugar en él. Nos quiere señalar además que ella solo hizo una manifestación de amor, continua y sin interrupción, desde el primer instante de su vida hasta el final.

¿Y qué quieren decir estas otras palabras de este Padre adorable, *heriste mi corazón con un solo cabello de tu cabeza*? Para entenderlo hay que saber que este cabello de la cabeza de la reina del cielo tiene tres sentidos según opinión de varios santos doctores: 1. El pensamiento de la mente. 2. La humildad de corazón. 3. La insignificancia de las acciones pequeñas que hacemos. Esto sentado, supongamos ahora que cuando el Padre eterno dice a la bienaventurada Virgen que hirió su Corazón con uno de los cabellos de su cabeza es como si dijera: estás tan llena de amor a mí que nunca has tenido pensamiento distinto ni designio otro que el de agradarme en todo; tu mente estuvo siempre ocupada en mi divina Majestad, y noche y día solo pensabas en buscar todos los medios posibles de honrarme y glorificarme. O bien, es como si dijera: heriste mi Corazón por la profunda humildad de tu Corazón. O bien: heriste mi Corazón por tu exacta y puntual fidelidad en



hacer bien todas tus acciones, hasta las mínimas, para satisfacer a tus más menudas obligaciones por amor de mí.

Añadamos un punto de mucho consuelo que Nuestro Señor dijo a santa Gertrudis, de la orden de san Benito, cuyos libros han sido aprobados por numerosos santos e ilustres doctores. Nuestro muy benigno salvador dijo en una ocasión a esta gran santa que si un alma se encontrara combatida y casi vencida por una tentación humana y recurriera con confianza a su divina protección sería del número de las que él podía afirmar: *Mi queridísima y única paloma, que he escogido entre mil otras, de tal manera ha herido su Corazón divino con una de sus miradas que si yo supiera que no podría socorrerla en sus necesidades, mi Corazón sufriría tal desolación que todas las delicias del cielo no serían capaces de disminuir*<sup>299</sup>. Es como si dijera que su Corazón se tendría en cierto modo desdichado en su felicidad si le faltara a un alma que se abandonara a su divina protección. En consecuencia, dice un poco después: *si un alma, al confiar en su infinita misericordia, cree firmemente que puede, sabe y quiere asistirle en sus necesidades, hiere su Corazón por esta confianza que es esa mirada de que se habla en estas palabras. Ese en una de tus miradas: hace violencia a su bondad y la obliga, si es posible hablar así, a concederle su ayuda*<sup>300</sup>.

Añado otro punto digno de consideración. En lugar de esas palabras: *Heriste mi Corazón*, los LXX traen: *Arrebataste mi Corazón*. Recuerda que es el Padre eterno

---

<sup>299</sup> Legat. Div. Piet. Lib. 3, cap. 7

<sup>300</sup> Ibidem



quien habla. ¿Sabes a qué Corazón se refiere? A su Hijo amadísimo. Lo llama su Corazón por ser el principio de la vida que este Padre divino tiene en sus hijos.

De ese Corazón que es su Hijo y de este Hijo que es su Corazón habla el Espíritu Santo cuando hace decir a la bienaventurada Virgen las siguientes palabras: *Mientras el Rey estaba en su lecho mi nardo exhaló su aroma* (Cantar 1, 12). ¿Qué nos quiere enseñar este divino Espíritu con estas palabras? Que la humildad y la caridad del Corazón de su divina Esposa, representadas por el nardo que es una yerba perfumada, muy pequeña y cálida, exhalaban un aroma tan fuerte y suave, que habiendo llegado hasta el Hijo de Dios, que desde toda la eternidad reposa en el seno de su Padre, lo hicieron salir de él y lo hicieron venir a su Corazón y a su seno virginal, de modo que no solo lo recibió en sí sino que atrajo a este adorable salvador por la humildad y la caridad de su Corazón, y lo hizo salir del seno de su Padre para venir a visitar y salvar a los pecadores. Así explica san Bernardo estas palabras.

No solo lo atrajo sino que lo cautivó. Sí, Virgen santa, es una queja amorosa que el Padre eterno hace de ti. ¿No le escuchas decir: *Arrebataste mi Corazón, hermana mía, esposa mía*. Me arrebataste el Corazón con una de tus miradas y con un cabello de tu cabeza. Sabes que su Hijo amadísimo es su Corazón y tú se lo sustrajiste por la humildad de tu Corazón, significada por ese cabello de tu cabeza; y por el purísimo, sencillo y único amor de ese mismo Corazón designado por una de tus miradas.



Que no se diga ya que una mujer hebrea trajo la confusión a la casa del rey Nabucodonosor. Pero que se diga y se proclame a voz en cuello, y que se publique por doquier, que una Virgen hebrea invadió la casa del Rey eterno, y que por los dulces y poderosos atractivos de su humildad profundísima y de su amor ardentísimo encantó, si se me permite decir, hirió, cautivó y enamoró su Corazón y su divina Sabiduría. Así se expresa uno de tus favoritos: *¡Oh reina del cielo! Una mujer hebrea invadió la casa del Rey eterno; una joven, no sé con qué encantos, ignoro con qué sortilegios, engañó, si puedo decirlo, hirió y sedujo el Corazón divino y la Sabiduría divina*<sup>301</sup>.

Esta divina Sabiduría es el Hijo de Dios y el tuyo. Él igualmente te dirige una queja. Algunos intérpretes sagrados de estas palabras me aleccionan que no solo se atribuyen al Padre sino también a su Hijo, y que él te habla aquí de esta manera junto con el Padre. Amorosamente se lamentan al decir, conforme a otra versión: *Excordasti me*, o bien, *stupefecisti me*: me dejaste atónito y alelado. Tu amor incomparable y tu muy profunda humildad me transportan de tal modo que me hacen perder el sentido y la razón. Me reducen a un estado de locura a los ojos de los hombres, a mí que soy la Sabiduría eterna, al obligarme a despojarme de la grandeza y de la gloria de mi divina Majestad, para revestirme de las bajezas y miserias de la naturaleza humana hasta hacerme niño, nacer en un establo y morir en una cruz, lo que para los entendidos del mundo es locura.

---

<sup>301</sup> San Bernardino de Siena.. *Sermón 5 de la Natividad de la Virgen María*, Cap. 4.



El Corazón de la Madre de Jesús ha cautivado el Corazón adorable del Padre eterno que es su Hijo, como igualmente el divino Corazón de este mismo Hijo, con la fuerza de su humildad y de su amor. De este modo ha cooperado en la obra de nuestra salvación habiendo hecho adelantar el tiempo en el que debería cumplirse el misterio de la encarnación, que es la fuente y el comienzo de nuestra redención. En efecto, el sentimiento de un sabio y piadoso doctor<sup>302</sup> es que estas palabras del eterno Padre a la santísima Virgen: *Me arrebataste mi Corazón*, significan: me lo sacaste antes de tiempo; abreviaste los años, las semanas y los días que, según el curso de mi providencia, debían preceder a su venida a la tierra. Tu humildad prodigiosa y tu amor milagroso hicieron poderosa presión y tan delicada violencia a mi Corazón, que haciéndome abandonar mi senda ordinaria, me llevaron a manifestar un amor extraordinario a ti, y en consideración de ti, a todo el género humano. Ese amor, en cierto modo arrebató y arrancó a mi Hijo de mi seno para llevarlo, más prontamente, a tu Corazón y tu seno maternal, para comenzar allí contigo la obra de la redención de todos los hombres.

Oh divina María, cautivaste el Corazón del Padre eterno; enamoraste el Corazón del Hijo de Dios. Cautivas y arrobas el corazón y los espíritus de los ángeles y los santos del paraíso, que están y estarán eternamente en perpetuo éxtasis a la vista de tu gloria inefable y de tus admirables grandezas. Cautivas los corazones de todos los que, entre

---

<sup>302</sup> Ghisler, in *Cant. in exposit.* V. 91, cap. 41



los habitantes de la tierra, tienen la dicha de conocerte y contemplar los prodigios que Dios ha obrado en ti. Fascinaste los espíritus de todos los santos profetas y patriarcas de la antigua Ley aunque solo de muy lejos te contemplaron, como en espejo o pintura, donde percibieron tus rasgos y tu sombra. Extasiaste los corazones y los afectos de todos los santos Padres de la Iglesia que hubo en la tierra desde su nacimiento hasta hoy. Uno de los primeros fue san Dionisio, apóstol y patriarca de la Iglesia de Francia. Él confiesa que cuando Dios le hizo la gracia de verte estando tú todavía en esta vida mortal, se sintió tan sorprendido y asombrado ante el aspecto de la majestad y el resplandor de tu rostro que si la fe no le hubiera hecho ver que no existe sino un Dios, te hubiera adorado como a la divinidad.

Todos los demás, en sus libros, hablan de ti extasiados y llenos de asombro. No encuentran palabras suficientemente gloriosas ni elogios lo bastante altos, ni palabras muy enérgicas, para ponderar las excelencias incomparables de que Dios te ha adornado y para darnos a entender la altísima estima y la veneración muy singular que tienen por tu soberana dignidad de Madre de Dios y por todos los dones extraordinarios, las virtudes muy eminentes y los privilegios inenarrables que los acompañan.

Por eso su discurso referente a ti está lleno de exclamaciones y de términos de asombro y admiración. Afirman que estás muy por encima de todas las alabanzas y de todos los títulos de honor que te han podido asignar. Reconocen que si todas las estrellas que hay en el cielo, las



briznas de hierba que hay en la tierra, los granos de arena y las gotas de agua que hay en el mar y en los ríos, y todas las criaturas que ha habido, hay y habrá en el universo se cambiaran en otras tantas lenguas elocuentísimas y que esas lenguas se emplearan durante toda la eternidad en predicar y publicar tus alabanzas no podrían jamás alabarte y honrarte cuanto lo merece una Madre de Dios, tan sabia y santa, tan poderosa y buena, tan perfecta como tú eres. Confiesen que no existe mente humana ni angélica que pueda comprender las maravillas que el Todopoderoso ha obrado en ti y por ti y que solo Dios puede conocer enteramente las excelencias muy sublimes de que estás adornada y las gracias innumerables con que has sido enriquecida.

Pero lo que sobrepasa infinitamente todo esto es que tus divinas hermosuras son tan maravillosas y tus celeste perfecciones son tan cautivantes que son incluso, y es de mucha admiración, objeto de embeleso de un Dios, a quien pone, si es posible decirlo, en estado de éxtasis, en su arrobamiento, como lo testimonian estas palabras que te dirige: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!* (Cantar 4, 1).

Amadísima de mi corazón, la belleza de tu alma es encantadora. Todas las perfecciones con que mi divino favor te ha embellecido y enriquecido interior y exteriormente son cautivadoras.

De esta manera, oh Madre admirable, arrebatas las mentes y los corazones del cielo y de la tierra, de la criaturas y del creador. ¡Oh, qué bien te llama tu san



Bernardo, *Raptadora*<sup>303</sup> de corazones. Tú raptas y te llevas los corazones. No te diré lo que te dice ese gran santo en un arrebató de su devoción: *Dama soberana, que te robas los corazones de los hombres. Te robaste mi corazón, ¿cuándo me lo devolverás?* Yo te diré en cambio: *Tú que has cautivado y cautivas tantos corazones, ¿cuándo llegará el día feliz en que tú te lleves contigo totalmente el mío?* ¿Cuándo me lo separarás por entero de mí mismo y de todo lo vano y perecedero de este mundo y de todo cuanto no es de Dios para tomar entera posesión de él, y para unirlo tan íntimamente con el tuyo que yo pueda decir con el mismo san Bernardo, que no tengo sino un corazón con el tuyo?

Oh Madre de Jesús, sabes bien que todos los corazones pertenecen a tu Hijo por infinidad de títulos y a ti misma por tanto. Ves, sin embargo, que el príncipe del infierno te arrebató gran parte de ellos para hacerlos sus esclavos. ¿Hasta cuándo vas a tolerar este horrible atentado y esta cruel tiranía? ¿Lástima grande! Madre de misericordia apiádate de estos desdichados corazones. Rompe, rompe las cadenas de su cautividad. Arranca, arrebató, llévate lo que es tuyo, de las manos sacrílegas de ese monstruo infernal; toma posesión de tu preciosa herencia; pon entre las manos de tu Hijo lo que adquirió con el precio de su sangre; por tu intercesión haz que esos corazones, creados para amar a su creador y redentor, sean hechos dignos de amarlo y bendecirlo por siempre y estar unidos al tuyo en el amor y las alabanzas que eternamente le tributará.

---

<sup>303</sup> *Meditación sobre la Salve*



Reina de los corazones, que cautivas  
el corazón y el alma de tus hijos,  
llévatelos al cielo y une nuestros corazones  
al Corazón que los enardece.

### **Oráculo IX**

*El Corazón augusto de la bienaventurada Virgen  
reposa santamente y vela divinamente*

*Yo duermo pero mi Corazón vela* (Cantar 5, 2). Quien habla es la gloriosa Virgen, mejor, el Espíritu que pronuncia estas palabras por su boca virginal. Con ellas nos revela cinco grandes misterios.

El primero es la preciosa muerte de este admirable Corazón a todo cuanto no es Dios, y está significado con estas palabras: *Yo duermo*. El dormir y el sueño son imagen de la muerte. Este santo Corazón estaba muerto por entero a todo cuanto el mundo estima y ama. Muerte a las satisfacciones de los sentidos exteriores e interiores; muerte a las inclinaciones del amor propio y de la voluntad propia; muerte en fin a todas las criaturas. Solo tuvo vida, sentimiento, inclinación, reposo y complacencia en Dios y para Dios.

El segundo, contenido también en estas palabras: *Yo duermo*. Es la contemplación admirable de este bienaventurado Corazón. Admirable por tres motivos:



\* porque, además de la luz de la fe, más luminosa en este divino Corazón como no estuvo ni estará en ningún otro corazón del cristianismo. Una luz infusa y extraordinaria, como nunca la ha habido, lo colmaba;

\* los santos Ambrosio, Antonio, Alberto el Grande, Bernardino, el docto y piadoso Suárez y varios otros santos doctores defienden que esta contemplación era tan maravillosa que jamás fue interrumpida por el sueño ni por ninguna otra necesidad corporal. San Ambrosio dice: *Mientras el cuerpo reposaba el alma estaba alerta*<sup>304</sup>;

\* san Bernardino de Siena no teme afirmar que esta Virgen incomparable estaba elevada a altísimo grado de contemplación, incluso cuando dormía, como los más grandes santos nunca lo estuvieron mientras velaban.

El tercer misterio se contiene en esta palabra: *Yo duermo*. Es la más íntima y perfecta unión del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen con la adorabilísima voluntad de Dios. Bajo sus órdenes tenía un amor tan ardiente que no solo quería todo lo que ella quería y rechazaba todo lo que no era de su agrado, sino que hallaba su reposo, contento, felicidad y gozo en ese querer y no querer de su Dios.

Dichosos los corazones que se esfuerzan en imitar esta perfecta y entera resignación del sagrado Corazón de la Madre de Dios a su divina voluntad, pues esta adorable

---

<sup>304</sup> Ambrosio: Libro de las Vírgenes; Bernardino: Tom. 2, sermón 51, art. 1, cap. 2; Suárez. Parte 3; q. 37, art. 14, disp. 18, sect. 2.



voluntad es nuestro fin, nuestro centro y nuestro soberano bien. Cuantos la siguen con todo su corazón, nunca dejan de encontrar paz, reposo, felicidad para su alma, y verdadero paraíso. Fuera de ella solo se encuentran inquietudes, zozobras, molestias y torturas de verdadero infierno.

El cuarto misterio designado con estas palabras: *mi Corazón está alerta* contiene una verdad muy provechosa para la Madre del salvador, a saber, que su Hijo Jesús es su verdadero Corazón. En efecto, a él se refiere cuando dice: *mi Corazón está alerta*, como si dijera: mientras yo me entrego a la contemplación y amor de las grandezas de mi Dios y a sus adorables misterios, y satisfago todos los deberes y obligaciones que me son impuestos por una maternidad totalmente divina, mi Hijo Jesús, que es mi Corazón, está siempre atento y cuidadoso de cuanto me concierne tanto en el cuerpo como en el alma. El amor infinito que tiene por mí le hace tomar cuidado continuo de protegerme contra las asechanzas y ataques de los enemigos de mi alma; de iluminarme por doquier con divinas luces y conducir todos mis pasos por los caminos del cielo, de llenarme de todas las gracias de que tengo necesidad para vivir la vida de una Madre de Dios, y de encenderme sin cesar en las llamas sagradas de su divino amor.

El quinto misterio está señalado en estas palabras: *Mi Corazón está alerta*. Se refiere a la atención del santísimo Corazón de la santa Virgen. ¿De qué atención se trata? Si la consideramos primero en Dios antes que mirarla en este Corazón maravilloso veremos que se trata de una divina



perfección que es como la virtud y el vigor de su divinidad que lo lleva a no sufrir jamás ningún cansancio o debilitamiento. Es como la antorcha de su divina esencia a cuya luz se contempla continuamente a sí mismo. Es como el ojo de su divina providencia, de su misericordia, de su justicia, de su celo y de todas las demás divinas perfecciones. Escucha al profeta rey que nos anuncia los cuidados y premuras de la divina bondad cuando afirma: *No duerme ni reposa el guardián de Israel* (Sal 121, 4); está siempre atento y cuidadoso para proteger a su pueblo.

¿No escuchas la voz de Dios que habla al profeta Jeremías: *Que ves Jeremías? Veo una vara que vigila siempre*. ¿Qué quiere decir esto? Esa vara es la divina verdad lista a cumplir sus palabras. En efecto, Dios añade: *Lo que has visto es verdadero. Estaré atento y dispuesto a cumplir las palabras que han pronunciado mis labios* (Jer 1, 11-12). En otro pasaje habla así: *Estaré atento a ellos*, es decir a los malvados, *no en bien sino en mal*, o sea para castigarlos.

Esta es la vigilancia de la justicia. Veamos ahora la de la misericordia: *Como estuve atento a los malos para arrancar, demoler, disipar, destruir, afligir así me mantendré atento a los buenos para edificar y plantar* (Jer 31, 28).

De este modo el poder, la sabiduría, el celo de Dios, y sus demás perfecciones están perpetuamente dispuestos y atentos para cumplir las obras que les son propias para la gloria de su divina Majestad.

Ahora bien, esta adorable vigilancia ha establecido su trono y su reino en el nobilísimo Corazón de la Madre de



Dios de manera muy notable. Considera lo que el Espíritu Santo le hace decir al respecto: *Duermo pero mi Corazón está alerta.*

Estas palabras nos enseñan que, incluso cuando su cuerpo virginal se entregaba al sueño y al reposo necesarios, su Corazón no dormía nunca. Estaba siempre en vela. Su Corazón totalmente colmado de amor a Dios velaba día y noche para penetrarse de sus adorables voluntades y cumplirlas perfectamente. Su Corazón, lleno de amor tierno a su Hijo Jesús, estaba siempre atento a todas sus necesidades y urgencias para proveer a ellas de inmediato y no omitir ninguno de los cuidados de una buena madre hacia su Hijo. Su Corazón rebotante de estima y veneración sin igual respecto de cuanto pasaba en la vida admirable del redentor, estaba siempre pendiente de sus estados y misterios, de todas sus acciones y sufrimientos, de sus palabras y procedimientos, para rendirle las adoraciones, alabanzas y acciones de gracias debidas en nombre del todo el género humano, y para conservar todo en sí misma, como tesoros infinitamente preciosos que un día debían enriquecer a la Iglesia y colmar a sus verdaderos hijos de infinidad de bienes.

Su Corazón encendido en caridad al prójimo estaba de continuo atento a las obligaciones de esta reina de virtudes y no dejaba pasar ocasión de practicarla con toda clase de personas.

Finalmente el Corazón de esta santa Virgen permanecía siempre alerta a todos sus pensamientos, palabras y acciones, a sus pasiones e inclinaciones, a sus



sentidos interiores y exteriores, a todas las potencias de su alma, para alejar de ella todo cuando pudiera desagradar a Dios y para hacer de todo ello el más perfecto y santo uso posible. Al respecto escuchemos a santa Brígida:

“Tuve el conocimiento de Dios muy al comienzo de mi vida. Empecé a temer mucho todo lo que fuera contrario a su honor y a mi salvación y a cumplir cuidadosamente todos mis deberes hacia su divina Majestad. Sabiendo que era mi creador y juez soberano de todas mis acciones le consagré desde entonces todo mi Corazón y mis afectos y concebí gran deseo de estar muy atenta a mí misma para evitar en mis acciones y palabras todo cuanto pudiera desagradarle. Conociendo que había dado su ley y sus mandatos a su pueblo y había obrado tantas maravillas a su favor, mi Corazón se sintió encendido de ardiente deseo de no amarlo sino a él. Consiguientemente todo cuanto era mundano fue para mí causa de amarguras. Y habiendo conocido que debía rescatar el mundo y nacer de una Virgen me sentí de tal modo transportada de amor a él que mi mente estaba siempre ocupada en los excesos de su bondad y mi voluntad solo adherida a la suya.

“Para entretenerme más con mi creador me alejaba cuanto podía del trato con las criaturas e incluso del de mis padres y amigos. Para desprenderme de todo, daba a los pobres cuanto podía y conservaba solo lo que me fuera absolutamente necesario para vivir y vestir. Solo en Dios podía disfrutar de algo del mundo. Mi Corazón estaba lleno del gran deseo de vivir hasta el tiempo en que el Hijo de Dios debía nacer en la tierra y ser la esclava de la que sería



su Madre aunque yo me supiera bien indigna de ello. Hice voto en mi corazón de guardar virginidad perpetua y de no poseer nada en este mundo, todo bajo el beneplácito de su divina voluntad. Nada deseaba fuera de que su divina voluntad fuera cumplida en todo y no la mía. Como creía firmemente que nada le era imposible y que era tan bondadoso que solo quería lo que fuera de mi provecho, yo anonadaba todas mis voluntades y deseos a sus pies no queriendo otros que los suyos y dejándole desear para mí lo que le fuera más agradable.

“Cuando llegó el tiempo en que las vírgenes eran ofrecidas en el templo, fui presentada por mis padres y permanecí allí en perfecta confianza en Dios todopoderoso; sabía que yo no quería ni deseaba nada distinto de agradarle, y que él conservaría mi virginidad si el voto que le había hecho fuera de su agrado, si no que dispusiera lo que más le agradara”.

Estas son las palabras de la bienaventurada Virgen a santa Brígida. Muestran la perfecta atención de su Corazón a todos sus compromisos.

¡Oh Corazón admirable de nuestra divina Madre, dichosos los corazones que se esfuerzan por imitar tu santa vigilancia! *Dichoso el que vela* (Prov 8, 34), dice a menudo la boca de Dios. *Estén atentos porque no saben ni el día la hora* (Mt 25, 13) en que tengan que morir y dar cuenta a Dios hasta de una palabra ociosa. Y repite: *Estén alertas pues no saben cuando vendrá el Señor. Que no los encuentre dormidos en su pecado, la pereza y el descuido. Lo que digo a ustedes lo repito a todos: estén atentos* (Mc 13, 35-37). Y



su apóstol añade: *Hermanos míos, sean sobrios y atentos porque su enemigo el diablo, como león rugiente, no cesa de rondar en torno para buscar su presa y devorarla* (1 Pe 5, 8). Infeliz quien caiga entre las garras de ese monstruo infernal.

¿Quieres evitar esta desgracia, hermano querido? Graba en tu corazón y expresa en tus acciones estas tres divinas palabras salidas del Corazón y de los labios de Nuestro Señor: *Miren, velen y oren* (Mc 13, 33).

*Miren*: o sea, abran los ojos de la fe para ver las santas e importantes verdades que el autor y consumidor de la fe sacó del seno de su Padre para traértelas a la tierra y ponerlas ante tus ojos; que sirvan de antorcha que disipe las tinieblas que te rodean en este mundo y marches por los caminos de la luz.

*Miren* la majestad suprema, la grandeza sin límite, las perfecciones infinitas de Dios; que te lleven a adorarlo, amarlo y servirle con temor reverencial.

Considera las cosas maravillosas e innumerables que su sabia y omnipotente bondad hizo y hace diariamente a favor del hombre en el estado de naturaleza, de gracia y de gloria, para darte cuenta por cuántos títulos le perteneces y por cuantas razones estás obligado a consagrarte por entero a su gloria y a su amor.

Medita los misterios inefables que el Hijo de Dios obró por ti en la tierra y las acciones que hizo, los sufrimientos que soportó, las virtudes que practicó para rendirle adoraciones y reconocimientos y para obtener luces y



gracias de que tienes necesidad para agradar a Dios y trabajar en tu salvación.

Contempla las grandezas que hizo a su dignísima Madre, las excelencias maravillosas de que la adornó y las virtudes muy eminentes con que la enriqueció para animarte a agradecer a su divina Majestad, a honrar a esta Virgen sin par y a imprimir en ti, mediante cuidadosa imitación, una imagen de su santidad.

Ten la santa Iglesia como el cuerpo místico de Jesús, de la que él es la cabeza, conducida y guiada por su Espíritu, y por tanto mira y reverencia los sacramentos, ceremonias y leyes de la Iglesia y cuanto hay en ella como cosas santas y sagradas de las que el Santo de los santos es autor, y de las que el divino Espíritu es director y santificador.

Sean para ti los lugares santos y los templos sagrados como casas de Dios, cielos y paraísos en la tierra en los que debes comportarte con tanta reverencia y santidad como te sean posibles, como si estuvieras en el cielo empíreo, pues allí estás ante la faz de Dios como los ángeles y los santos lo están en el paraíso.

Mira el pecado como abismo inmenso de infinidad de males y como fuente única de las desgracias incontables que ha habido, hay y habrá siempre en la tierra y en el infierno; para animarte a temerlo y detestarlo, a hacer penitencia de los que hayas cometido y a preferir sufrir toda clase de suplicios antes que cometer alguno en el futuro.

Ten en cuenta por una parte las bondades, cuidados, protecciones, bendiciones y favores inconcebibles de Dios con los que le sirven, y los bienes inenarrables que les



prepara en el cielo; y por otra parte, considera las maldiciones espantosas que fulmina y los terribles castigos que ejerce en este mundo sobre los que lo menosprecian, y los tormentos temibles que les esperan en el infierno, a fin de que sepas la diferencia que hay entre los servidores del rey de la gloria y los esclavos del príncipe de las tinieblas.

Considera las gracias, sin cuento ni número, que la divina liberalidad te ha concedido desde que entraste en el mundo, y además las ofensas innumerables que has cometido contra Dios tan lleno de bondad; ten horror de tu monstruosa ingratitud y de verte en las filas de los que él dice: *Solo les he hecho toda suerte de bienes pero ellos me han devuelto males inimaginables; solo he tenido amor a ellos y me han pagado con odio y enemistad* (Sal 109, 3).

Mira a tu prójimo como a criatura y obra de las manos de Dios, imagen viviente de la santísima Trinidad, hijo del Padre celestial, hermano del Hijo de Dios, miembro y reliquia de Jesucristo, hermano y miembro de una misma cabeza y de un mismo cuerpo contigo, con el que por consiguiente no debes tener sino un corazón y un alma.

Que los pobres sean para ti como Cristos visibles en la tierra; debes prestarles, según te sea posible, los mismos servicios que a Jesucristo, pues él ha dicho que lo que se hizo al más pequeño de los suyos le fue hecho a él.

Mira a cuantos te contrarían y afligen, como varas de que tu Padre Dios se sirve para corregirte y hacerte digno de ser su heredero; son bienhechores insignes que te ayudan a vencer a los enemigos de tu salvación, como son tu amor propio, tu propia voluntad, tu orgullo y demás



pasiones; te dan la ocasión de practicar las virtudes más excelentes, esto es, la humildad, la paciencia, la resignación, la confianza en Dios y la caridad hacia los que te detestan.

Medita los grandes tesoros ocultos en las cruces y aflicciones; considéralas como soberano bien de un cristiano en la tierra, según estas divinas palabras: *Sepan, hermanos que las diversas pruebas y tribulaciones que les acaecen deben ser objeto de toda clase de gozo* (Sant 1, 2). Recibe las penalidades que Dios te envíe no solo con sumisión a su divina voluntad, sino con acción de gracias por ser don precioso de su infinita bondad.

Considera los honores, bienes y placeres de este mundo, y lo que él estima y ama, como humo, barro, veneno, tonterías, pamplinas que encantan a los hombres. *Fascinación sin sentido* (Sab 4, 12) para menospreciarla y desprender de ella tu mente y tu corazón.

Piensa que por ti mismo eres solo nada, flaqueza, impotencia, tinieblas, ignorancia, pecado, verdadero infierno y abismo de toda suerte de males para humillarte, detestarte y renunciar a ti mismo.

Recuerda esta palabra del Hijo de Dios: *Vean*, miren con atención, consideren, mediten, rumien cuidadosamente todo aquello.

No basta ver todas esas divinas verdades y ser iluminados por estas luces celestiales. Por eso añade: *Vigilen* para ponerlas en práctica y cuídense de todo cuanto se opone a ellas.

Estén alerta para no dejarse sorprender por las tentaciones del espíritu maligno, por los engaños del



mundo, por los atractivos de la carne, por las ilusiones del propio espíritu, por las astucias de tu amor propio y por los artificios de tu propia voluntad.

Estén atentos a sus pasiones, en especial las que los esclavizan, para someterlas a la soberana razón que es Dios.

Cuiden sus sentidos interiores y exteriores para mortificarlos y no usarlos sino para la gloria del que se los ha concedido.

De manera muy especial pongan especial atención en precaverse de las sorpresas de la maldita vanidad, en particular en las buenas acciones, pues a menudo ella se desliza insensiblemente en el corazón y hace allí estrago considerable.

Estén atentos y cuidadosos en descubrir en todo la adorable voluntad de Dios para seguirla fielmente en todo.

Tengan presentes las obligaciones de su condición para cumplirlas exactamente como algo que Dios les pide expresamente.

Finalmente preocúpense de los que dependen de ustedes para darles, u ordenar que se les den, las instrucciones necesarias y convenientes para su salvación y para impedir, en cuanto posible, que ofendan a Dios y se aparten del camino del cielo.

Y puesto que no pueden hacer el menor de estos compromisos sin el auxilio de la gracia divina, según las palabras del Señor: *Vean y vigilen*, el Señor añade: *oren*. Como si dijera: sé bien que sin mí, sin mi gracia, nada pueden hacer. Oren y se les ayudará, pidan y recibirán, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá, con tal que



oren, pidan y busquen con humildad, confianza y perseverancia.

Si obedecen este mandato del Hijo de Dios: *Vean, vigilen, oren; él cumplirá lo prometido en sus palabras: Dichoso el siervo que sea encontrado velando ante la venida de su señor; les aseguro que le dará la posesión de todos sus bienes* (Mt 24, 46-47).

Si cierran sus oídos a la voz de Dios, si no abren sus ojos de la fe para contemplar las verdades que les enseña, si no se aplican a practicar todo esto, serán del número de los que habla el Espíritu Santo por boca del profeta Daniel al decir que cuando los muertos resuciten en el último día, unos resucitarán para una vida inmortal y dichosa, otros para sufrir oprobio eterno y para que van a ver por siempre. ¿Qué será lo que verán eternamente? ¿No sabes bien, querido hermano, si ahora cierras los ojos a la luz del cielo lo que verás entonces?

Verás infinidad de ocasiones, por cierto infinitas, que tuviste de servir a Dios y de obedecer a sus divinas bondades; que en lugar de hacerlo lo deshonraste de muchas maneras y pusiste bajo tus pies sus santos mandamientos.

Verás número incontable de pecados cometidos. Los verás en todo su horror espantoso; los verás como monstruos horribles, como serpientes que te devorarán las entrañas, como torturas que te harán sufrir penas inexplicables.

Verás los grandes bienes que perdiste por tu culpa y cómo hubiera sido fácil gozar de ellos eternamente.



Verás los grandes males que te hiciste y cómo hubiera sido de fácil evitarlos.

Verás que perdiste un imperio eterno, lleno de inmensidad de gozos, de glorias de toda clase, de bienes inconcebibles, y que, en cambio, te habrás ganado para siempre tormentos inimaginables.

Verás que te perdiste esos bienes inenarrables y te embarcaste en males grandes. ¿Por qué? Por un placer brutal; por un placer momentáneo, por un honor efímero, por un interés mezquino, por una verdadera nada.

Verás, tendrás siempre ante los ojos de tu espíritu, a varias personas que conociste en este mundo, tus padres, hermanos y hermanas, vecinos y otros, llenos de las felicidades de los ángeles, mientras tú sufres los suplicios del fuego eterno, preparado para los demonios. Y te darás cuenta de que no te era difícil obtener la misma salvación, que ellos, pues estabas en la misma Iglesia que ellos, gozabas de los mismos sacramentos y además, eran hombres como tú, débiles y frágiles como tú, y expuestos a las mismas tentaciones que tú.

Verás, tendrás siempre ante los ojos de tu memoria, los confesores que tantas veces te advirtieron; los predicadores que te anunciaron la palabra de vida; todos cuantos te dieron alguna instrucción o buen ejemplo de los que no hiciste caso, todos te reprocharán haberte perdido miserablemente a pesar de todo lo que hicieron para impedirlo.

Pero lo que es incomparablemente más temible es que verás la ira de Dios terriblemente encendida contra ti.



Será tormento mayor que los demás. *Estos sufrirán condena perpetua lejos de la presencia del Señor* (2 Tes 1, 9). Verás igualmente todas las criaturas de Dios, de la más grande a la más pequeña, inflamadas en cólera contra ti, dispuestas a vengar las injurias que hiciste a su creador: *Armarán a la criatura para venganza de los enemigos* (Sab 5, 18).

Verás a los demonios y a los condenados como monstruos espantosos. Su vista te infundirá temor singular. Los verás consumidos de ira contra ti; te será imposible entrar en sociedad o consuelo con ellos. Por el contrario los verás como verdugos crueles y despiadados, llenos de furor contra ti, y te harán sufrir suplicios inimaginables.

Te verás a ti mismo en estado deplorable, feo y horrible. Esa vista te será más insoportable que la de los demás monstruos infernales.

Es lo que verás con visión sempiterna. Tu memoria estará siempre llena de esos objetos espantosos; tu mente estará invadida por ellos; tu imaginación estará por siempre apegada a ellos; tus sentidos interiores y exteriores se ocuparán de ellos sin descanso. Los ojos de tu alma y de tu cuerpo estarán siempre abiertos para mirarlos.

Te obstinas en no estar atento en este mundo según lo que te pide el Hijo de Dios. Eternamente lo harás. Adiós a todo reposo y consuelo. *No tendrán reposo ni de día ni de noche* (Ap 14, 11). ¡Qué lástima! Si pasas una noche desvelado te parecerá penible y doloroso. Qué será entonces pasar siempre así en la terrible y eterna noche de los infiernos, en tantos tormentos y sin hallar reposo.



Pero qué desespero y qué rabia de tu parte cuando te des cuenta de que no hay término a tus males; ni puerta para escapar; ningún refugio ni remedio. ¿Qué harás en estado tan funesto y deplorable? Gemirás, llorarás, rechinarás los dientes; gritarás, aullarás, *Clamarás de dolor en el corazón, aullarás con el corazón desgarrado* (Is 65, 14). Maldecirás, blasfemarás, rabiarás con mil y mil rabias que solo servirán para redoblar tus suplicios.

¡Oh Dios, gran Dios, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, apiádate de nosotros. No permitas que lleguemos a contarnos en el número de los desdichados, que blasfemarán contra ti eternamente! ¡Oh Madre de Dios, llena de toda caridad, haz por tus poderosas intercesiones imitemos en este mundo la santa vigilancia de tu sagrado Corazón, para que nos encontremos en el grupo de los que tendrán el honor de ver la faz de Dios en la bienaventurada eternidad, de contemplar la gloria del Hombre-Dios, de gozar de las grandezas de la Madre de Dios! Estar entre los que no cesarán jamás de alabarte, amarte y glorificarte con Jesús y María, y con todos los ángeles y santos a la santísima Trinidad a quien se dé honor, gloria e imperio eterno por siempre jamás.



## Oráculo X

*El amor incompresible de Dios a la bienaventurada Virgen  
y el amor ardiente del Corazón de esta amable Virgen a su  
Dios*

*Mi bienamado es para mí y yo para él (Cantar 2, 16). Yo  
soy para mi bienamado y mi bienamado es para mí (Cantar  
6, 2). Soy para mi bienamado y él se ha vuelto hacia mí  
(Cantar 7, 10).*

No es misterio que la bienaventurada Virgen pronuncie por tres veces las palabras que preceden. El Espíritu Santo la hace hablar así en el libro del Cantar de los Cantares, lleno de palabras misteriosas y colmado de verdades. Las palabras de estos versículos encierran nueve explicaciones que nos manifiestan el amor incomprensible de Dios hacia esta agraciada Virgen y el amor ardentísimo de su Corazón virginal hacia Dios.

### *Primera explicación de los textos precedentes*

El amor incomprensible de Dios a la divina María hace que él sea todo para ella. *Mi amado es para mí*, por sus pensamientos, palabras y obras. Por sus pensamientos pues como él es desde toda la eternidad el primer objeto de su amor, ella es también, después de la humanidad santa de su Verbo, el primero y más digno objeto de sus pensamientos y designios: *Comienzo de los caminos del Señor*. Por sus palabras, porque toda la Sagrada Escritura, dice san



Bernardo *fue hecha de María, a causa de María y para María*<sup>305</sup>. Por sus obras porque todo lo que hizo Dios en el mundo de la gloria y todo cuanto ha obrado en el Hombre-Dios y por el Hombre-Dios es más para esta Virgen admirable que por todas las criaturas juntas, pues él la ama más que a todas ellas.

Recíprocamente el amor ardentísimo del sagrado Corazón de esta divina María la obliga a ser toda para Dios: *Yo soy para mi amado* por pensamientos, palabras y acciones.

Por sus pensamientos pues nunca tuvo pensamiento alguno que no fuera el de Dios y para Dios; todos sus pensamientos eran tan santos y encendidos de su divino amor que eran flechas inflamadas que herían el Corazón de su divina Majestad según explican varios autores estas palabras: *Heriste mi Corazón don un cabello de tu cabeza* (Cantar 4, 9), como ya dijimos.

Por sus palabras pues cumplió muy perfectamente lo que dice el príncipe de los apóstoles, y mucho antes que él lo hubiera dicho: *Si alguien habla que sean palabras de Dios* (1 Pe 4, 11).

Por sus acciones porque ella jamás hizo cosa alguna que no fuera para la gloria de Dios obediente a esta voz del cielo; *Sea que coman, sea que beban o cualquier cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios* (1 Cor 10, 31).

### *Segunda explicación*

---

<sup>305</sup> Sermón 1 sobre la *Salve*



El amor inefable de Dios a María hace que él sea todo para ella: *Mi bienamado para mí*, por su poder, sabiduría y bondad; es todo para ella de manera más provechosa y más gloriosa que para todas las puras criaturas juntas. Porque el Padre le comunica su poder con tanta ventaja que tiene más poder ella sola que todos los poderes del universo.

El Hijo la hace participante de su divina sabiduría con tan gran plenitud que, después de su divina humanidad, ella posee todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios más excelentemente que todas las inteligencias humanas y angélicas.

El Espíritu Santo derrama prodigiosamente su amor y caridad en su Corazón virginal que hace de él abismo sin límites ni fondo de misericordia, liberalidad y benignidad que inunda el cielo, la tierra y el infierno mismo, en cierto modo, es decir, el purgatorio, con torrentes de sus gracias, dulzuras y consuelos.

Recíprocamente el amor inconcebible de que el Corazón de María está inflamado hacia Dios, la consagra por entero a su divina Majestad por el santo uso que él le permite hacer de su memoria, entendimiento y voluntad. En efecto, desde el primer momento de su vida ella ha dado y consagrado por entero su memoria a la divina persona del Padre; su entendimiento a la persona del Hijo; y su voluntad a la amabilísima persona del Espíritu Santo. Desde el primer instante de su vida hasta el último, jamás hizo uso alguno de estas tres facultades de su alma que no fuera para servicio y honor de su creador.



### *Tercera explicación*

María es para Jesús, *Yo para mi amado*, como para su creador, conservador y redentor, que la rescató, no liberándola del pecado pues jamás cometió alguno, sino preservándola de todo pecado original y actual.

Jesús es para María, *mi amado es para mí*, pues lo formó en sus benditas entrañas, con su sangre purísima, lo protegió, alimentó y dirigió; lo salvó y libró del furor de Herodes cuando lo buscó para perderlo.

### *Cuarta explicación*

El Hijo de Dios y el Hijo de María, desde toda la eternidad, en la plenitud de los tiempos, y para toda la eternidad, es *mi amado para mí*. Desde toda la eternidad porque la miró como la escogida desde antes de todos los siglos para ser su Madre. En la plenitud de los tiempos, por el cumplimiento del misterio inefable de la encarnación. Para toda la eternidad porque la tendrá siempre, la honrará y la amará como a su dignísima Madre. María es la Madre de su Hijo bienamado desde toda la eternidad, de la manera que acabamos de decir, en la plenitud de los tiempos y para toda la eternidad: *Yo para mi amado*.

### *Quinta explicación*



María es para Jesús, *Yo para mi amado*, según la naturaleza, la gracia y la gloria pues su Hijo le ha dado todos los bienes que ella posee en la naturaleza, la gracia y la gloria.

Y Jesús es para María, *Mi amado para mí*, según la naturaleza, la gracia y la gloria, pues ella le dio el ser natural, en cuanto hombre, por la encarnación. Ella le dio y le da todos los días el ser y la vida de la gracia en sus miembros. Es *Madre de la gracia, vida dada por intercesión de María*. Ella le ha dado también, en sus miembros, el ser y la vida de la gloria pues, después de él, es la fuente de todas las gracias de la tierra y de todas las glorias del cielo.

### *Sexta explicación*

El Padre eterno es para María, *Mi amado es para mí*, como la única entre todas las criaturas a la que ha comunicado su divina paternidad para hacerla Madre del mismo Hijo del que él es el Padre. El Hijo es para María como la única a la que se dio en calidad de Hijo. El Espíritu Santo es para María, a la que se dio en calidad de esposo, para obrar en ella su más admirable obra maestra.

Recíprocamente María es para el Padre eterno, *Yo para mi amado*, como para aquel con quien ella es uno, si se permite hablar así, de manera admirable. Ella comparte con él su divino poder y su adorable fecundidad para ser Madre con él del mismo Hijo del que él es el Padre. Ella le da su Corazón y su voluntad, su sangre purísima y su sustancia virginal, para producir un Hombre-Dios del cual se dice con



verdad que es engendrado de la sustancia de su Padre antes de todos los siglos y que nació de la sustancia de su Madre en la plenitud de los siglos.

María es para el Hijo de Dios como la única al que se dio para ser su Madre cuando ella pronunció estas palabras: *Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí según tu Palabra* (Lc 1, 38).

María es para el Espíritu Santo como al que ella se ha dado en calidad de esposa para ser Madre sin dejar de ser virgen, y ser Madre de un Hombre-Dios, luego de escuchar estas divinas palabras: *El Espíritu Santo te cubrirá con su sombra*.

### *Séptima explicación*

El entendimiento del Padre es para María: *Mi amado es para mí*. Si él produce un Verbo y le da nacimiento en su seno adorable es para darlo a María y hacerlo nacer en sus entrañas benditas de modo que sea flor y fruto de su seno virginal y de su Corazón divino.

La voluntad del Hijo único de Dios es para María. Si produce un Espíritu Santo con su Padre es para darlo a María para que sea su Espíritu y su Corazón de manera especial, y que en cierto modo sea un solo Espíritu y un solo Corazón con el Padre y con el Hijo.

La caridad del Espíritu Santo es para María. Solo de ella, con ella y por ella se produce el más prodigioso milagro de su amor y el amor de los amores que es Jesús.



Recíprocamente, como el Padre dio el primer y único fruto de su divino entendimiento y de su seno adorable a la incomparable María tan pronto como ella formó este fruto inefable en su seno virginal, ella lo ofrece, lo da, lo sacrifica a aquel que se lo dio: *Yo soy para mi amado*.

Como el Hijo le da el fruto de su voluntad, que es el Espíritu Santo, ella le entrega también todas las inclinaciones y deseos de su voluntad, tan entera y perfectamente que él dispone de él siempre absolutamente y de la manera que le es más agradable, pues esta divina Madre nunca tuvo otra voluntad que la de su Hijo.

Y como el Espíritu Santo obra en ella sola la más grande maravilla de su amor, que es Jesús, igualmente este Espíritu de amor y caridad ha establecido tan perfectamente el imperio de su santo amor y de su divina caridad en su Corazón que ellos han reinado siempre y reinarán en ella por siempre más absolutamente que en todos los corazones de la tierra y del cielo.

### *Octava explicación*

El cuerpo místico de Jesús es para María: *Mi amado es para mí*. Es la Iglesia militante, triunfante y sufriente, mejor dicho, Jesús que batalla en la tierra contra el infierno, Jesús que triunfa en el cielo, y Jesús que sufre en sus miembros en el purgatorio, pues cuando Jesús se dio a su divina Madre, se dio a ella con todo.

Y María pertenece a la Iglesia militante, triunfante y sufriente: *Yo soy para mi amado*, pues su Hijo Jesús le dio la



Iglesia militante para ser generala de sus ejércitos. Le dio la Iglesia triunfante como sol que brilla y llena todos los corazones del cielo de gozo increíble y sin par, después del aquel de que están colmados por la visión bienaventurada del rostro adorable del gran Dios. Le da la Iglesia sufriente en calidad de Madre de misericordia y consoladora de los afligidos que derrama consuelos y alivios continuos en medio de las llamas quemantes de la divina justicia. Ella aseguró a santa Brígida que no existe pena en el purgatorio que no sea mitigada por su intercesión.

### *Novena explicación*

El Corazón del Padre divino es para María como el corazón del más amante de todos los padres para la más amable de todas las hijas: *Mi amado es para mí.*

El Corazón del Hijo es para María como el Corazón del más cordial de todos los hijos para la más digna de todas las madres.

El Corazón del Espíritu Santo es para María como el Corazón del más divino de todos los esposos para la más amada de todas las esposas.

Recíprocamente, el Corazón de María es para el Padre de las bondades, *Yo soy para mi amado*, como el Corazón de la mejor hija para el mejor de todos los padres.

El Corazón de María es para el Hijo de Dios como el Corazón de una madre que jamás ha tenido igual, para un hijo incomparable.



Finalmente el Corazón de María es para el Espíritu Santo como el Corazón de una esposa, que es hoguera del más santo y ardiente amor que jamás ha existido, para un esposo que es el amor mismo increado y esencial, y Amor-Dios infinito, inmenso y eterno.

Así pues, el bienamado de María es todo para ella y en todo, y María es toda para su bienamado. Gracias infinitas e inmensas se te rindan, Dios mío, por todas las maravillas de tu amor hacia tu muy amada Hija, juntamente Madre y Esposa. Alabanzas eternas se tributen a ti, Hija amadísima del Padre, dignísima Madre del Hijo, muy amada Esposa del Espíritu Santo, por todo el amor y la gloria que tu Corazón admirable ha dado y dará eternamente a la santísima Trinidad.

¡Oh Madre de amor, haz, te lo ruego, por tu santa oración, que como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se dieron a nosotros en exceso de bondad inconcebible, tomen asimismo, plena e irrevocable posesión de nuestros cuerpos, corazones, almas, y de todo cuanto somos, a fin de que no haya nada en nosotros que no esté totalmente consagrado a su puro amor y a su sola gloria por siempre jamás!



## Oráculo XI

### *Explicación de las siguientes palabras*

*Grábame como un sello en tu Corazón, grábame como un sello en tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, la pasión más fuerte que el abismo. Sus dardos son dardos de fuego, llamadas divinas* (Cant 8, 6).

Entre la infinidad de gracias que la Bondad divina ha hecho al hombre, destaco tres principales muy considerables. La primera es esta:

Cuando Dios creó al hombre en el comienzo del mundo, no se contentó con sacarlo del abismo de la nada; de hacerlo partícipe de su ser y de su vida; de darle una mente y una voluntad capaces de conocerlo y amarlo; y de establecerlo con autoridad y poder de rey sobre cuanto hay en la tierra: *Todo lo sometiste bajo sus pies* (8, 8), sino que, por maravilloso exceso de su bondad, quiso hacerlo *a su imagen y semejanza* (Gn 1, 26). ¡Oh qué gloria la del hombre: ser imagen de Dios, llevar en sí la representación, la forma, el carácter del divino rostro: *En nosotros se imprimió la luz de tu rostro, Señor!* (Sal 4, 7). Pero no fue todo. Escucha otro favor infinitamente mayor que el precedente.

Luego de que el hombre recibiera tantas muestras de la bondad inmensa de su creador, en lugar de postrarse ante su faz para reconocerlo como su Dios y soberano Señor, en vez de darle gracias por los efectos de su bondad y entregarse y consagrarse por entero a su servicio, se



rebeló contra él y se declaró su enemigo mortal, asumiendo el partido de Satán y del infierno en contra de su divina Majestad. Como consecuencia, todos los hijos del primer hombre nacen en la rebelión y con las armas empuñadas, para hacer guerra sangrienta al soberano monarca del universo.

¿Pero qué haces tú gran Dios? Hubieras podido despojar a ese rebelde del ser y de la vida que le diste; hubieras podido devolverlo a la nada de que lo habías sacado y precipitarlo a lo profundo del infierno. Pero lejos de hacerle sentir los rigores de tu justicia, como lo hiciste con los ángeles en el momento de su primer pecado, tuviste para ese monstruo de ingratitud solo excesos de misericordia y benignidad. En lugar de abismarlo en la nada le enviaste a tu Hijo único al mundo, *-se anonado a sí mismo-* (Fp 2, 7) para sacar a ese rebelde de la vorágine del infierno. No lo despojaste de los dones y gracias de que lo habías revestido sino que tomaste el designio de revestirlo de un vestido infinitamente rico y precioso, revistiéndolo de tu divinidad. No lo maldijiste rechazándolo y separándolo de ti sino que concebiste el plan de sellar una alianza entre él y tu divina Majestad, la más noble y estrecha, la más gloriosa que puede existir. Finalmente, quisiste que tu Hijo se hiciera hombre a fin de que el hombre se hiciera Dios. ¡Oh bondad incomprensible! ¡Oh amor inenarrable! *Gracias se den a Dios por sus dones inenarrables* (2 Cor 9, 15).

La bondad divina no se detuvo allí. No contenta con haber honrado la naturaleza humana con todos estos favores en general, quiso extenderlos a todo hombre en



particular. Para ello, el Hijo de Dios, saliendo del seno adorable de su Padre, descendió del cielo y vino a la tierra en búsqueda de este desdichado que se había perdido, para devolverle la posesión no solo de todos los bienes perdidos por su pecado sino para darle otros mayores sin comparación, y elevarlo a un estado tan rico y sublime que se le escuchará proclamar estas palabras en toda la tierra: *¡Oh feliz culpa que mereció tener tal y tan grande redentor!*

Ha sido tan desgraciado el hombre que, por sus crímenes, ha llegado a alistarse entre los esclavos de Satán. No solo el Hijo de Dios nos quiere liberar de este estado miserable sino que quiere ser nuestra cabeza y que nosotros seamos sus miembros a fin de que, no siendo sino uno con él, como lo son los miembros con su cabeza, tengamos un mismo Padre y una misma Madre con él, y seamos así herederos de su Padre, y sus coherederos.

¡Oh bondad admirable! El hombre se despoja de la inocencia y de la santidad de que Dios lo había enriquecido al crearlo y se reviste de la malicia, la fealdad y el horror del príncipe de las tinieblas. Pero nuestro benigno redentor no se contentó con liberarnos de tan espantosa miseria. Quiso ser él mismo nuestro vestido y revestirnos de sí mismo: *Los que han sido bautizados se han revestido de Cristo* (Ga 3, 27). Destruimos en nosotros la imagen de nuestro creador y la reemplazamos por semejanza de Satán. Pero nuestro buen redentor no solo quiere borrar en nosotros esa imagen horrorosa sino que quiere transformarse en nosotros: *Siendo de condición divina, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo* (Fp 2, 6-7) para



transformarnos en él: *Somos transformados en su misma imagen* (2 Cor 3, 18). *Que Cristo sea formado en ustedes* (Gal 4, 19). Su bondad fue más allá. Quiso asociarnos con él y hacernos sus cooperadores en la gran obra de esta maravillosa transformación.

Por esta razón pide a los cristianos: *Grábame como un sello en tu Corazón, grábame como un sello en tu brazo.* Imprímeme en tu interior y en tu exterior como una imagen viviente de mi vida interior y de mi vida exterior, *porque el amor es fuerte como la muerte, la pasión más fuerte que el abismo.* Quiere decir que como el amor que tengo por ti me hizo morir con muerte cruelísima, si tú me amas, tú también debes morir al pecado, a ti mismo, al mundo, a todo, para vivir en mí y para mí. Como el amor infinito que te tengo me hubiera hecho sufrir los mayores suplicios que es posible imaginar, si hubiera sido necesario, para preservarte del infierno, si me amas, debes estar dispuesto a preferir padecer todos los tormentos del infierno antes que ofenderme. Esta es la consigna del Hijo de Dios a todo fiel. Fuera de la bienaventurada Virgen nadie la ha cumplido cabalmente.

¿Quieres conocer de qué manera cumplió todo? Observa que nuestro redentor no le dice: Pon mi sello en tu Corazón y en tu brazo, sino ponme a mí mismo como un sello en tu Corazón y en tu brazo. Pues soy la imagen perfecta de mi Padre y la impronta divina de su sustancia; haz igualmente que tu Corazón sea imagen viva de mí mismo, que viva de mi vida, que esté animado de mi espíritu, colmado de mis sentimientos, encendido de mi



amor y mi caridad; que esté adornado de todas mis virtudes. Y ponme también como un sello en tu brazo, es decir, que tu exterior sea figura y semejanza de mi exterior, de mi modestia y humildad, de mi bondad y afabilidad, de la mortificación de mis sentidos y de la santidad de todos mis comportamientos exteriores.

Todo esto lo hizo María de manera excelente y con amor inconcebible. *El amor es fuerte como la muerte*, y más fuerte que la muerte pues venció al Todopoderoso e hizo morir al Inmortal, que está por encima del alcance de la muerte. La gloriosa Virgen tuvo siempre un Corazón lleno de amor a su Dios; hubiera preferido sufrir todos los tormentos y muertes imaginables antes que hacer o decir o pensar algo que fuera desagradable a su divina Majestad.

*El amor es duro como el infierno*, testigo de ello el amor infinito que nuestro salvador tiene por nosotros, tan admirable que un día dijo a santa Brígida: *Yo soy la caridad misma y, si fuera posible que muriese tantas veces como hay de almas en los infiernos lo haría de corazón, con perfecta caridad. Estoy del todo dispuesto a sufrir por una sola alma la misma muerte y la misma pasión que sufrí por todas ellas juntas*<sup>306</sup> Leí también en un excelente autor<sup>307</sup> que cuando este benignísimo redentor se ve obligado por su justicia a castigar a los pecadores, si fuera capaz de padecer, el amor infinito que tiene por sus criaturas le haría sufrir dolores comparables a los del infierno.

---

<sup>306</sup> *Revelaciones*, lib. 1; cap. 48

<sup>307</sup> *Ghisler*, coment. Al Cantar, exposición 2 del verso sexto.



Así, la sacratísima Virgen estaba tan llena de amor por su creador y de caridad por las almas que de todo corazón hubiera sufrido mil infiernos antes que consentir al mínimo pecado del mundo y hubiera padecido gustosa todos los suplicios que es posible sufrir en este mundo y en el otro para cooperar a la salvación de una sola alma, como muchos santos lo han deseado, según vimos antes.

Con sobrada razón el Espíritu santo, al hablar del amor y la caridad de esta Madre de bondad, pronuncia estas palabras: *Sus dardos son dardos de fuego, llamadas divinas* (Cantar 8, 6), pues todos sus pensamientos y palabras al igual que todas sus acciones eran otros tantos fuegos y llamas, brotados de la hoguera ardiente de su Corazón, que se elevan hasta el cielo, e inflaman más y más los corazones de los mismos serafines.

Vuelvo a estas divinas palabras del Hijo único de María a su divina Madre: *Grábame como un sello*, etc. Ellas nos enseñan un privilegio muy glorioso y de mucho provecho de su Madre admirable.

Qué favor más grande podría hacer un rey a uno de sus súbditos que encomendarle su sello diciéndole: este es mi sello, lo pongo en tus manos con todo mi poder real, para sellar toda clase de documentos de cualquier clase que sea.

Con ese favor el rey de reyes honra a su gloriosa Madre cuando le dice: *Grábame como un sello en tu Corazón, como un sello en tu brazo*. Equivale a decirle: tuviste grandísima parte en los dolores e ignominias de mi pasión; quiero hacerte partícipe de mi dignidad y mi poder real.



Con ese fin me doy a ti, no como un sello muerto e inanimado, sino como sello viviente y divino: *Grábame como un sello*, grábame a mí mismo como un sello en tu Corazón y en tu brazo a fin de que todos los pensamientos, designios, deseos y afectos que broten de tu Corazón tengan la misma eficacia y el mismo efecto que si manaran de mi propio Corazón; asimismo, para que tu mano y tu brazo tengan en cierto modo tanta fuerza y vigor para sostener, defender, proteger, asistir y favorecer a tus hijos y a cuantos imploren tu socorro, como si vinieran de mi mano y de mi brazo. Finalmente, pongo mi sello y mi poder de rey en tus manos, a fin de que dispongas de ellos como juzgues bien y como si yo mismo dispusiera, para ratificar las súplicas, para hacer dádivas y liberalidades, para conceder gracias y para cuanto te plazca. Yo mismo haré lo que hagas, y pondré mi sello donde tú lo pongas.

No te extrañes, pues, querido lector, si los santos Padres nos declaran que la Madre de nuestro salvador goza de todo poder en cielo y tierra, que nada le es imposible ante Dios: *Le ha sido dado todo poder en cielo y tierra* dice el santo cardenal Pedro Damián<sup>308</sup>. Y san Anselmo añade: *De esta manera te exaltó el santo y omnipotente Dios*. ¡Oh divina Virgen, cómo eres de poderosa con él! Gracias infinitas y eternas te sean dadas, amadísimo Jesús, por haber dado tal poder a tu santa Madre. Cómo debemos estar agradecidos a tu infinita bondad como si lo hubieras hecho con cada uno de nosotros en particular, pues la confiaste a ella a fin de que ella nos pueda socorrer,

---

<sup>308</sup> *De Excel. Virg.* Cap. 12.



defender y asistir en todas las necesidades corporales y espirituales.

Antes de terminar este oráculo, recuerda, mi querido lector, lo que dije al comienzo, que el mandato contenido en estas palabras se dirige principalmente a la Madre del salvador; pero que está también dirigido a cada alma cristiana. Escucha esta voz como la voz de tu amable redentor: *Grábame como un sello en tu corazón y como un sello en tu brazo*; y a fin de obedecerlo puntualmente concibe gran deseo de trabajar en el cumplimiento de estas palabras de san Pablo: *Así como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevemos ahora la imagen del hombre celeste* (1 Cor 15, 49). Para alcanzar este objetivo pasa seria y cuidadosa revista de tu interior y tu exterior para descubrir lo que puede aportar algún obstáculo y destrúyelo. Toma fuerte resolución de grabar en tu corazón los sentimientos, inclinaciones y virtudes que reinan en el Corazón adorable de Jesús en especial su humildad, obediencia, amor y caridad; y en tu brazo, es decir, en tu exterior, su modestia, mortificación, dulzura y afabilidad. Pídele gracia para ello y ruega a la Madre de amor que inflame de tal modo tu corazón en amor de su Hijo que estés dispuesto a sufrir mil muertes e infiernos antes que ofenderlo en cualquier cosa que sea, y que toda tu vida sea en adelante lámpara de fuego y de llamas, lengua ardiente y brillante; ardiente ante Dios, brillante ante los hombres; ardiente en lo interior, brillante en lo exterior; ardiente en la oración, brillante en la acción; ardiente por el ejemplo de



una vida santa, y brillante por tus palabras y santas enseñanzas.

¡Oh Madre de amor! Mira mi pobre corazón y los corazones de mis hermanos y hermanas: aprópiate plena y enteramente de ellos; destruye en ellos cuanto te desagrada; únelos con el tuyo de modo que sean lámparas de fuego y de llamas a imitación del tuyo.

## Oráculo XII

*El santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen  
es sagrado depositario y fiel guardián  
de los misterios maravillosos y los tesoros inestimables  
contenidos en la vida admirable de nuestro salvador*

*María conservaba todas estas palabras meditándolas en su Corazón* (Lc 2, 19). La devoción al divino Corazón de la sacratísima Virgen no es una novedad. Como lo vimos ya, toma su origen en el Corazón adorable de la santísima Trinidad y es tan antigua como la religión cristiana y el Evangelio, según el testimonio del bienaventurado evangelista Lucas que hace honrosa mención de este santo Corazón por dos veces en el capítulo inicial de su evangelio. Lo hace en el verso 19: *María conservaba todas estas palabras meditándolas en su Corazón*; y en el versículo 51: *Y la Madre de Jesús conservaba todo esto en su Corazón*.

Así pues esta devoción nace y se funda en el santo evangelio. Como el Espíritu Santo inspiró a los santos



evangelistas todo lo que escribieron, quiso que uno de ellos hablara tan digna y honorablemente del Corazón virginal de la Madre del salvador; vio en él el depositario sagrado y el fiel guardián de los misterios inefables y los tesoros inestimables que se contienen en la vida admirable de este divino redentor, y se propuso sin duda, que siguiendo su ejemplo, honráramos este Corazón augusto y digno de honor eterno.

Para alcanzarlo consideremos estas divinas palabras: *María conservaba todas estas palabras meditándolas en su Corazón*. Para entenderlo mejor recordemos que, según el lenguaje de Dios, *Verba* no significa solamente palabras sino también hechos como puede verse en estos pasajes: *¿Qué pasó? Verbum quod factum est* (2 Sm 1, 4); *Yo haré una cosa (Verbum) en Israel* (1 Sm 3, 11); *Porque pediste esto (verbum)* (1 Re 3, 11); *Veamos qué aconteció (verbum)* (Lc 2, 15), Así debemos entender estas palabras: *Conservaba todas estas palabras (verba: acontecimiento)*.

Conservaba todas estas palabras, estos hechos. Hay gran diferencia entre las palabras de los hombres y las de Dios. Las palabras de los hombres se las lleva el viento y de ordinario son sin efecto: *Dicen pero no hacen* (Mt 23, 3). Pero las palabras de Dios son eficaces: *Dijo y existieron* (Sal 33, 9).

Digamos, además de lo ya dicho en el libro primero, capítulo segundo, que María conservaba en su Corazón todos estos hechos, es decir, todas las maravillas que pasaban en la vida de nuestro Salvador. San Ambrosio comenta: *Esta santa Virgen llevó siempre en su Corazón los*



*misterios de Dios y los misterios de la pasión de su Hijo y de todo cuanto hizo*<sup>309</sup>.

Conservaba todo en su Corazón como si fueran reliquias sagradas, dignas de especial veneración.

Conservaba todos estos hechos como efectos admirables del amor de su Hijo a su Padre y a nosotros.

Los conservaba como leño sagrado que quería poner en este fuego divino que su Hijo Jesús vino a traer a la tierra para encender nuestros corazones.

Los conservaba como piedras de fundamento sobre el cual este adorable salvador quería edificar su Iglesia.

Los conservaba como milagros y obras incomprensibles de la omnipotente bondad de Dios que debían llenar la historia evangélica.

Los conservaba como misterios inefables y divinos secretos del Nuevo Testamento y de la nueva alianza de Dios con los hombres.

Los conservaba como rica herencia y precioso legado de los herederos de Dios y de los coherederos del Hijo de Dios.

Los conservaba como manantial y fuente de las gracias divinas que debían irrigarse por todo el universo y de las glorias inmortales que debían brillar por siempre en el cielo.

Los conservaba como tesoros inmensos de la divina misericordia con la que quería enriquecer a todos los habitantes del cielo y de la tierra.

---

<sup>309</sup> Comentario: *A tu alma...*



Los conservaba como el pan y el vino que debían ser puestos en la mesa del Padre celestial para alimento de sus hijos.

Los conservaba como maná que su Hijo muy amado había traído del cielo para hacer vivir a los hombres de la tierra con vida de ángeles.

Los conservaba en calidad de Generala de los ejércitos del gran Rey, como armas celestes que quería poner en manos de sus soldados para combatir y derrotar a los enemigos de Dios y de la salvación.

Los conservaba como antorchas sagradas para iluminar a los que están sepultados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Los conservaba como remedios muy saludables para curar nuestras almas de toda suerte de males y como medios muy poderosos para colmarnos de toda clase de bienes.

Los conservaba como fuente inagotable de la divina sabiduría en la que podemos beber con gozo las divinas aguas de la ciencia de los santos.

Los conservaba como el Corazón de su Hijo Jesús, y por tanto como su propio Corazón, pues como el corazón del hombre es principio de su vida y depositario de sus designios y secretos, así la Sagrada Escritura que contiene la palabra de Dios es origen de la vida que nuestro salvador quiere tener en sus miembros, y ser la guardiana de sus designios y secretos. Por ello es llamada por san Agustín y por san Gregorio el Corazón de Dios<sup>310</sup>.

---

<sup>310</sup> Comentario a 1 de Samuel



Los conservaba no solo en su memoria y en su entendimiento sino en su Corazón, digno santuario de todas las virtudes; océano de gracia y santidad; hoguera de amor y caridad; paraíso de la santísima Trinidad. Allí guardaba todos los misterios, maravillas y acontecimientos que sucedían en la vida de nuestro redentor; eran objeto de su amor y de todos los sentimientos, inclinaciones y afectos de su alma.

Los conservaba no solo parcial sino totalmente. Conocía que no había nada insignificante en nuestro salvador, que todo era notable, todo divino y admirable; y que uno solo de sus pasos, un guiño de sus ojos el menor de sus pensamientos merecía adoraciones eternas de parte de los hombres y de los ángeles. En segundo lugar, sabía que su Hijo Jesús tiene tanto amor a los hombres que cuenta cada uno de sus cabellos; todos sus pensamientos y sus pasos son contados y todas las acciones, hasta las más pequeñas que se hacen por su amor reciben gloria eterna.

Los conservaba en su Corazón como precioso tesoro y como la niña de sus ojos, según está escrito: *Así como el que posee una bolsa llena de diamantes la guarda cuidadosamente como la niña de sus ojos, así Dios conserva con todo amor la limosna o la gracia hecha al pobre*” (Sir 17, 18), así sea solo un vaso de agua.

Así la sagrada Virgen tenía siempre los ojos fijos en su Hijo muy querido y permanecía vigilante y atenta de continuo a cuanto se pasaba en él, hasta en los mínimos detalles; no quería dejar perder esas perlas celestiales y esos divinos diamantes de precio infinito, que son por



siempre causa de felicidad, de alabanzas y adoraciones de todos los habitantes de la Jerusalén celestial.

Los depositaba, ocultaba y guardaba en su Corazón virginal, donde, después del Corazón adorable del Padre celestial, estaban digna, santa y gloriosamente mejor que en los corazones de los serafines, y donde obraban efectos de luz, amor y santificación más admirables que en el mismo empíreo. Allí esos tesoros inestimables permanecerán eternamente; todos los ángeles y santos los contemplarán, adorarán y glorificarán por siempre jamás.

¿Cuál era el motivo para que la gloriosa Virgen conservara tan digna y santamente estos misterios en su Corazón? A causa de su amor ardentísimo a su Hijo y a nosotros. Los conservaba en su Corazón para adorarlos y glorificarlos continuamente en nombre de todos los hombres por los que se habían realizado y que sin embargo no los disfrutaban. Los conservaba para hacerlos adorar y glorificar un día en toda la tierra y para que fuesen fuentes inagotables de gracia y bendición para los moradores de la casa de Dios.

Los conservaba para ponerlos en manos de los sagrados evangelistas y los escribieran en el santo evangelio para ser objeto de la fe y de la devoción de los cristianos. Los conservaba finalmente para contarlos a los santos apóstoles para que los hicieran conocer y reverenciar por toda la tierra.

Veamos ahora lo que significan las palabras: *meditándolas en su Corazón*. San Juan Crisóstomo y varios otros santos Padres dicen que la bienaventurada Virgen



había leído en los profetas lo que habían predicho sobre el salvador. Ella confrontaba esas promesas con lo que pasaba ante sus ojos, admirando y honrando la relación maravillosa que encontraba entre lo uno y lo otro. San Bernardo opina que esto comprende el saludo del ángel, la concepción del Hijo de Dios en sus benditas entrañas, su alumbramiento sin dolores, la adoración de los pastores y de los reyes magos, la huida a Egipto y todos los misterios del redentor que se obraron en presencia de su divina Madre, entre los cuales consideraba y admiraba un vínculo y conformidad muy perfectos.

La divina María conservaba, pues, y confrontaba en su corazón todo lo que veía en su Hijo muy amado y lo que aprendía de su divinos labios en la conversación familiar que mantenía con él. Fue revelado a santa Brígida que durante la convivencia con su adorable Hijo Jesús, él le había manifestado varios divinos secretos no solo para hacerla más conocedora y enterada sino también para capacitarla para ilustrar y enseñar a otros<sup>311</sup>. Y san Ignacio mártir, en la carta que le escribió la llama *maestra de los apóstoles*<sup>312</sup>. Otros escritores que tratan de su Corazón dicen que era la biblioteca de los apóstoles, a la que habían recurrido para conocer, dice san Jerónimo, datos que desconocían<sup>313</sup>.

Conocido todo esto, cuánta gratitud debemos al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre por habernos guardado tan grandes tesoros. Reverenciémosla como a la

---

<sup>311</sup> *Sermón angélico, cap. 19*

<sup>312</sup> Migne. *Summa aurea*, tomo II, col 694 y tomo X, col 928

<sup>313</sup> *Sermón de la Asunción.*



depositaria sagrada y fiel guardiana de estas riquezas infinitas que nuestro salvador nos adquirió con su sangre. Honrémosla como evangelio viviente y eterno en el que el Espíritu Santo escribió, con letras de oro, la vida admirable de nuestro redentor. Venerémosla por tener en ella el arca santa del Nuevo Testamento, que contiene el maná celestial que estaba oculto a los hijos del mundo y que nos es dado conocer y gustar a nosotros, como corazones consagrados al amor de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre de Jesús.

¿Qué hay de más santo que esta Arca,  
que guarda los misterios de Dios,  
que el Cielo nos regala,  
tesoro precioso del universo.  
¿Es posible encontrar algo más santo,  
que esta arca misteriosa,  
a los ojos de Dios preciosa,  
por las maravillas que encierra?



## LIBRO SEPTIMO

### PRESENTACIÓN

Pongo en manos de mis hermanos eudistas la traducción del libro séptimo de esta obra de san Juan Eudes

Creo que en el conjunto de su estudio san Juan Eudes va siguiendo un esquema escolástico conocido. Una primera parte se dedica a escribir sobre el Qué. Qué se entiende por Corazón de María. Luego pasa a las fuentes bíblicas. Va rastreando la presencia de la doctrina en la Biblia. Insiste en los textos claros como el muy conocido: María conservaba en su Corazón, de san Lucas. También, y muy apoyado en Padres de la Iglesia y otros escritores, con buena dosis de alegorismo, acude a textos traídos sobre todo del Cantar. En tercer lugar se apoya en lo que se llama las autoridades. Cita numerosos escritores eclesiásticos que han hablado del Corazón. En este libro cita 28 autores en una distribución bien balanceada: doce Padres y doctores; luego cuatro, un tanto desconocidos, a quienes llama evangelistas del Corazón; y finalmente doce jesuitas, conocidos unos, menos conocidos otros. Su amor y aprecio a la Compañía aparece bien en esta selección.



En la biblioteca de Valmaría están, en 4º, las obras completas de Suárez y de Cornelio a Lápide, salvadas quizás milagrosamente. Cabe hacerse unas cuantas preguntas. ¿Cómo encontraba tiempo san Juan Eudes para, en medio de misiones, seminarios y múltiples asuntos, dedicarse a escribir? ¿Qué biblioteca personal tenía? ¿Acudía a bibliotecas, tal vez, a las de las casas de los jesuitas? ¿Recurría a alguien, de la congregación u otros, que le ayudara, leyendo textos, tomando notas, investigando? El Padre Milcent se lo pregunta en su vida de san Juan Eudes.

Es claro que conoce bien textos antiguos, como los de los Padres, pero también autores contemporáneos suyos. Se dan las fechas de ellos en notas. Se diría que vivía inquieto por lo que iba apareciendo.

Me encontré un caso especial. Cuatro páginas de traducción al francés de un texto de Fray Luis de Granada, teólogo y escritor apreciado del siglo de oro de la literatura española. ¿Cómo citar ese texto? ¿Traduciéndolo al español de un texto francés que el editor de las Obras Completas considera deficiente y “falto de elegancia”? Con la colaboración valiosa del Padre Emilio Jiménez, que encontró el original en la biblioteca de la universidad de Quito, cito el texto original. Qué bueno darse una lectura de ese agradable texto.



Espero que esta traducción de un texto hasta ahora no leído en español haga conocer más a san Juan Eudes, sus inquietudes, su amor a María, su incansable búsqueda de cómo entrar en el misterio del Señor Jesús llevado de la mano de la Madre admirable, y cómo predicarlo a los cristianos.

Valmaría, enero 29 de 2014

*Álvaro Torres Fajardo, eudista*



## **LIBRO SÉPTIMO**

### **Oráculos del Espíritu Santo que nos predicán la devoción al santísimo Corazón de la santa Virgen**

#### **CAPÍTULO I**

##### **El Espíritu Santo nos predica esta devoción mediante los escritos de doce santos Padres**

El Espíritu Santo, cuyo Corazón es el tercer fundamento de la devoción al sagrado Corazón de la Madre de Dios, nos impartió en el libro precedente su enseñanza sobre varias verdades maravillosas de ese Corazón admirable. Nos invitó a honrarlo y a alabarlo debidamente. Oigamos ahora en este libro séptimo su enseñanza mediante los escritos de doce santos Padres; de cuatro piadosos y sabios autores; y de doce santos religiosos de la ilustre Compañía de Jesús, llenos de piedad y veneración hacia este Corazón sagrado, inspirados en el corazón de su glorioso Padre san Ignacio de Loyola.



Los siguientes son los doce santos Padres que nos anuncian las perfecciones maravillosas de este divino Corazón y por este medio nos mueven a honrarlo.

## **Sección I**

### **San Agustín**

No sin motivo se pinta ordinariamente a san Agustín con un corazón ardiente en su mano. Este gran santo tenía un corazón inflamado hacia nuestro amabilísimo salvador y de consiguiente hacia su digna Madre. En efecto, ¿cómo sería posible amar a Jesús sin amar a María que con su sangre virginal lo formó en sus benditas entrañas, que lo alimentó, lo amamantó, gobernó y conservó a fin de dárnoslo para que fuera nuestro redentor? ¿Cómo podría amarse al Hijo de María sin amar a la que él quiere más que a cuanto se encierra en cielo y tierra, y a la que lo ama con amor más grande que el que profesa a todas los hombres y ángeles juntos? Es cierto que el corazón de san Agustín estuvo colmado de veneración muy singular y devoción muy cordial a la santísima Virgen. De ella nos dejó en sus escritos varios testimonios muy notables. Voy a consignar dos, dignos de ser tenidos en cuenta, relativos al santísimo Corazón de nuestra gloriosa Madre.



Tomo el primero de un sermón que pronunció en la fiesta de la Anunciación de la santísima Virgen. Según el parecer de varios autores muy ponderados es muy auténtico.

“Nos ha llegado, queridísimos hermanos, el anhelado día de la bienaventurada y venerable María, la siempre Virgen<sup>314</sup>. Nuestra tierra debe alegrarse en gran manera, iluminada con la solemnidad de tan noble y excelente Virgen. Ella es la flor del campo de la que brotó el lirio precioso de los valles. Por su sagrado alumbramiento la condición desdichada de nuestros primeros padres cambió y su culpa fue borrada”.

Luego explica el misterio de la Anunciación y las palabras de san Gabriel a la santa Virgen. El ángel se dirige a ella y le dice<sup>315</sup>:

“Has escuchado cómo debe realizarse este misterio y cómo el Espíritu Santo vendrá sobre ti para hacerte fecunda sin perjuicio de tu virginidad.

“Oh bienaventurada María, toda la naturaleza que gime bajo la carga de triste cautividad está ahora a tus pies. Implora tu misericordia y te suplica dar tu consentimiento a esta propuesta tan anhelada”, etc.

Justamente este santo doctor suplica a la bienaventurada Virgen que dé su asentimiento al misterio inefable que Dios

---

<sup>314</sup> Sermón 2 de la Anunciación

<sup>315</sup> *Ibidem*



quiere obrar en ella. Si no hubiera consentido, la encarnación del Hijo no se hubiera dado en ella; no tendríamos al salvador y todo el mundo hubiera permanecido en la perdición a la que el pecado lo había reducido. Juzga cómo debemos estar agradecidos al amabilísimo Corazón de la Madre de Jesús por haber dado su asentimiento a la palabra del ángel. Dice Ricardo de San-Lorenzo que “de este divino Corazón proceden las dos primeras cosas que han dado comienzo a nuestra salvación, a saber, la fe y el consentimiento que la bienaventurada Virgen dio a este misterio de la encarnación”<sup>316</sup>.

Démosle gracia y digámosle con san Agustín: “Oh dichosa María, ¿quién podrá reconocer y agradecerte debidamente el auxilio que has proporcionado con tu consentimiento a todo el mundo que estaba en perdición? ¿Qué alabanzas te pueden ser tributadas de parte de nuestra débil naturaleza, pues estando perdida, encontró por tu mediación, el comienzo de su liberación? Recibe, te rogamos, estas humildes acciones de gracias, si bien pobres e indignas de tus méritos. Acepta nuestros votos; por tus oraciones nuestras culpas sean borradas. Recibe lo que te ofrecemos; alcánzanos lo que te pedimos; aleja lo que tememos, pues tú eres la única esperanza de los pecadores. Por ti esperamos el perdón de nuestras faltas y en ti se cifra la

---

<sup>316</sup> *De laudibus Be. M.* Lib2, part. 2



esperanza de nuestra felicidad. Santa María, socorre a los desdichados, ayuda a los cobardes, fortalece a los débiles, ruega por el pueblo, interviene por el clero, intercede por el devoto sexo femenino. Que cuantos celebran tu memoria sientan los efectos de tu asistencia. Sé favorable a los votos de los que acuden a tu clemencia y otórgales el cumplimiento de sus deseos. Complácete en orar incesantemente por el pueblo fiel, tú, oh Virgen bendita, que mereciste llevar al redentor del mundo que vive y reina por todos los siglos. Amén<sup>317</sup>”.

El segundo testimonio de la devoción especial de san Agustín a la Madre de Dios y en el que hace mención honrosa de su sagrado Corazón se encuentra en las palabras tomados del libro que hizo sobre la santa Virgen: “la divina maternidad de nada hubiera servido a María si ella no lo hubiera llevado más dichosa y ventajosamente en su Corazón que en sus entrañas<sup>318</sup>”.

Es este uno de los más dignos elogios que pueden predicarse del Corazón muy augusto de la reina del cielo pues fue preferido, según estas palabras de san Agustín, a las benditas entrañas de esta divina Madre. Y no sin razón, pues, primero, porque esta Virgen incomparable concibió al Hijo de Dios en su Corazón virginal antes de concebirlo en

---

<sup>317</sup> Sermón 2 de la Anunciación.

<sup>318</sup> Capítulo 3



su vientre sagrado. En segundo lugar, porque lo concibió en su vientre porque se hizo digna de hacerlo por haberlo concebido primero en su Corazón. En tercer lugar, porque en el vientre lo llevó solo por nueve meses, pero lo llevó en su Corazón desde el primer momento de su vida y lo llevará en él eternamente. En cuarto lugar, porque lo llevó más digna, santa y honrosamente en su Corazón que en sus entrañas. En efecto, este divino Corazón vive en el cielo, donde el rey de cielo y tierra es amado más ardientemente y glorificado más perfectamente que en el cielo empíreo. En quinto lugar, la Madre del salvador no lo llevó en sus entrañas sino cuando estaba todavía en esta vida mortal y pasible, en medio de las pequeñeces y debilidades de su infancia, pero lo llevará por toda la eternidad en su Corazón glorioso impasible e inmortal. Por ello tiene mucha razón san Agustín en decir que lo llevó más dichosamente en su Corazón que en su carne.

¡Oh Corazón admirable de la Madre del Salvador! ¿Quién podrá concebir las maravillas incomparables y los tesoros inestimables que encierras en ti? ¡De cuánto honor y alabanza eres merecedora! Tú eres el más augusto palacio del rey de reyes; eres el más digno templo del soberano pontífice Jesús; eres paraíso de delicias del nuevo Adán. Que todos los espíritus te honren y todas las lenguas te bendigan; que todos los corazones te amen; y que todas las



criaturas del universo alaben y glorifiquen sin cesar al soberano Monarca de los corazones. Él que te hizo tan noble, santo y admirable.

## **Sección II**

### **San León, papa**

El gran san León, papa, contemporáneo de san Agustín, habló asimismo muy dignamente del Corazón de la Madre de Dios y la pregonó altamente en la ciudad de Roma como lo testimonian las siguientes palabras tomadas de una predicación que hizo en el nacimiento de nuestro salvador: Virgen de estirpe real, de la raza David, escogida para ser la Madre de un Niño-Dios y para concebirlo en su Corazón antes de llevarlo en sus entrañas.

Estas palabras nos hablan más de la dignidad, santidad y excelencia del Corazón incomparable de la gloriosa Virgen, de sus privilegios sublimes y fecundos que de sus entrañas virginales. Si la santa Iglesia hace resonar a diario por todo el universos estas divinas palabras en alabanza de sus muy venerables entrañas: Afortunadas las entrañas de María siempre Virgen que llevaron al Hijo del Padre eterno, no



podemos dudar de que los habitantes del cielo canten muy hermosamente en el paraíso:

*Maravillosos los pechos  
y las entrañas maternas  
que llevaron al redentor  
pero más prodigioso aún su Corazón.*

Esta música celeste deber llenar de gozo nuestro corazón. Pero hay dos motivos que deben darnos todavía mayor consuelo.

El primero nos lo ofrece san Bernardino cuando nos asegura que cuando la bienaventurada Virgen dio su consentimiento a la encarnación del Hijo de Dios en ella, contribuyó a la salvación de todos los elegidos; y que a partir de ese gozoso momento, los ha llevado siempre en sus entrañas como muy buena Madre, es decir, en lo más íntimo de su Corazón. Y es muy verdadero pues el Hijo de Dios es cabeza de todos los elegidos que no forman sino uno con él, como los miembros con su cabeza. Por tanto, como ella ha llevado siempre y llevará eternamente a esta adorable Cabeza en su



Corazón maternal llevará asimismo eternamente en él a todos sus verdaderos miembros.

El segundo, la vida que tenemos en Nuestro Señor Jesucristo es vida de nuestra divina Cabeza y nos fue dada por esta Madre admirable; ella misma nos da el pan del cielo y la carne angelical en la santa Eucaristía para ser aliento y viático de esta vida que ella nos ha dado. Así ejerce respecto de nosotros oficio de Madre y nutricia al mismo tiempo. Por ende, san Germán, patriarca de Constantinopla, se expresa de esa manera: “Sepan que los pechos virginales de la Madre de Dios son copas sagradas, llenas de la preciosa sangre de Jesucristo<sup>319</sup>. Son cálices de salvación y gozo, que sostienen, conservan y fortalecen todo el género humano.

Nos lo quiere dar a entender el Espíritu Santo cuando hace hablar a esta divina Madre con estas palabras: Comí mi pan y mi miel, bebí el vino con mi leche; coman, amigos míos, y beban, embriáguese mis queridos hijos” (Cantar 5, 1). El que se llega a esta mesa del cielo puede decir muy bien con san Agustín: Me siento alimentado por la herida de Cristo, amamantado por la Virgen María, mi buena Madre. Él me apacienta con su sangre preciosa, ella me nutre con su divina leche. Esto es conforme con otras palabras del mismo san Agustín: la carne de Cristo es la carne de María, y

---

<sup>319</sup> *In teoría rerum sacrarum*



aunque fue glorificada por su resurrección permanece sin embargo la misma carne que tomó de su Madre<sup>320</sup>. Y continúa: Jesús tomó la carne de María; con esa carne se manifestó, con ella caminó en la tierra y nos la dio a comer<sup>321</sup>.

Es dable afirmar que nuestro caritativo Padre y nuestra amabilísima Madre pastorean y nutren a sus hijos con su propia carne y su propia sangre. Deduzcamos entonces que estando alimentados con la carne y la sangre de Jesús y de María contraemos estrechísima y gloriosa alianza con el Hijo y con la Madre. Para usar el lenguaje de un santo doctor: Por la Eucaristía nos hacemos concorpóreos y consanguíneos de Jesús y María. La divina Eucaristía nos hace ser príncipes de sangre del rey y de la reina del cielo: Gracias se den a Jesús y María por su don inefable.

¡Qué condición dichosa y gloriosa vivimos por ser hijos de tal Padre y de tal Madre! ¡Oh Jesús, mi Señor, qué obligados estamos por tan infinita bondad! ¡Nos diste a tu amable Madre para ser también nuestra Madre! ¡Oh Madre incomparable, cuánta gratitud te debemos por tu indecible caridad! Nos llevas continuamente en tu Corazón maternal y nos nutres con la carne y la sangre de tu Hijo Jesús, que es porción de tu sagrada carne y de tu sangre virginal! ¡Oh,

---

<sup>320</sup> Sermón de la Asunción, 5

<sup>321</sup> Comentario al salmo 99, en las palabras: *Adoren el escabel de sus pies*.



cómo debería ser nuestra vida, sustentada y mantenida con tal alimento! ¡Cómo debe ser de pura y celestial! ¡Oh, qué vergüenza la nuestra al vernos tan alejados de la santidad que debería brillar en nuestras acciones! ¡Oh Madre de gracia y de amor, quebranta en nosotros cuanto desagrada a tu Hijo amadísimo y a ti misma, y haz que seamos dignos de ser verdaderos hijos de tu Corazón.

### **Sección III**

San Juan Crisóstomo

Todos saben que san Crisóstomo albergaba afecto muy particular por el gran apóstol san Pablo y que le tenía gran devoción. Hizo en su honor una predicación que llenó y llenará de gozo todo el universo por los elogios que hace de la boca y la lengua, de los ojos, manos y pies de este divino apóstol, pero sobre todo de su corazón del que dijo palabras maravillosas<sup>322</sup>.

Declara que es un mar por su extensión y profundidad; un cielo por su pureza y santidad; que es el corazón de todo el mundo por el principio de vida que se dio por este santo apóstol a los que se habían convertido a Dios por su medio;

---

<sup>322</sup> *In Act. XXII, homilía 55 y in Rom. XVI, homilía 32, al fin*



que es el comienzo de nuestra salvación; hostia viviente y muy del agrado de Dios; que estuvo lleno de caridad inmensa que en cierto modo abrazaba a todos los pueblos y naciones de la tierra; era más brillante que el sol, más ardiente que el fuego, más sólido que el diamante; que era las tablas de la ley escrita por mano del Espíritu Santo; que vio la esencia de Dios desde este mundo; que era fuente de agua viva que derrama sus aguas celestiales por doquier; que amó a Dios más que los corazones de los demás santos; que es el corazón de Jesucristo, que vive de la vida de Jesucristo, corazón de Cristo corazón de Pablo; finalmente que este corazón apostólico es fuente de bienes incontables.

Estas son las palabras de san Crisóstomo. Si este gran santo tuvo tanto aprecio y afecto por el corazón del bienaventurado apóstol, ¿quién puede encontrar desatinado que cristianos, que son hijos de la Madre de Dios, tengan devoción al Corazón maternal de la muy venerada Madre que tiene más amor por sus hijos que todos los corazones de los apóstoles y de los serafines, y posee todas las perfecciones señaladas en las palabras de san Crisóstomo en grado sin parangón más eminente que el corazón no solo de san Pablo sino de todos los santos juntos?



Ciertamente el Corazón admirable de la Madre de Dios es mar sin riberas y sin fondo de gracias y bendiciones, océano sin playas de grandezas y maravillas.

Es cielo más elevado que los cielos que comprende en sí todo cuanto hay de grande y maravilloso en el cielo empíreo.

Es el Corazón de todo el mundo cristiano pues por él la verdadera vida se dio a los fieles: Vida dada por la Virgen; vida, dulzura y esperanza nuestra.

Es fuente de nuestra salvación. Nadie se salva sino por ti, dice san Germán, patriarca de Constantinopla.

Es sol más brillante mil veces que el sol que alumbra a todos los espíritus y que enciende los corazones de los hijos de la luz.

Es tabla de la ley, en la que el Espíritu Santo escribe en letras de oro la ley del divino amor y de la sana caridad.

Es fuente de agua viva que derrama con abundancia las aguas de la divina misericordia en el cielo, en la tierra y en cierto modo en el infierno, como se dijo antes.

Es Corazón más elevado en contemplación que los corazones de todos los santos. Corazón, que según el sentir de varios santos doctores, vio la faz de Dios desde este



mundo. Corazón que amó a Dios y lo amará eternamente más que todos los corazones humanos y angélicos.

Es el Corazón de Jesús, que vive de la vida de Jesús pues como Jesús y María son uno, como el hijo y la madre son uno, en cierto modo no tienen sino un Corazón, un espíritu y una vida.

Finalmente es fuente inagotable de incontables bienes.

Si san Crisóstomo hizo una bella predicación en alabanza del corazón de san Pablo, ¿se puede tachar de injusto que los hijos, si bien indignos, del Corazón amabilísimo de la muy buena Virgen se esfuercen en predicar y publicar encarecidamente, por escrito u oralmente, y de todos modos, las grandezas inefables y las bondades admirables del muy amable Corazón de su Madre?

¡Quién me diera que todos mis pensamientos y palabras, todas mis acciones y respiraciones, mis pasos y latidos de mi corazón y de mis venas, todos los usos de las facultades mi alma y de mis sentidos exteriores e interiores sean otras tantas voces que publiquen sin cesar las alabanzas de este Corazón incomparable! Es lo que quiero y deseo ardientemente y de todo corazón, oh mi amadísimo Jesús. Si así lo quieres, haz, por tu inmensa bondad y por el amor infinito que profesas a tu gloriosa Madre, que así se cumpla por siempre. Pero esto es nada. Deseo que todas las



estrellas del cielo, los átomos que hay en el aire, las briznas de yerba de la tierra, los granos de arena y todas las gotas de agua del mar y de los ríos, sean otras tantas lenguas que no paren de predicar sin descanso las excelencias de este Corazón amabilísimo, y que tantos cuantos corazones hay lo amen eternamente.

Sin embargo me parece todavía poco. Solo tu Corazón inmenso, oh salvador mío, puede alabar y amar el Corazón inefable de tu gloriosa Madre como él lo merece. Ámalo, pues, oh mi Dios, y glorifícalo por nosotros y por todos aquellos que no lo aman. Asóciarnos contigo en el amor y la gloria que tú le tributas eternamente; igualmente asóciarnos con ella en el amor y las alabanzas que su Corazón maternal te rinden por siempre.

#### **Sección IV**

##### **San Anselmo**

El glorioso arzobispo de Cantorbery, san Anselmo, uno de los más ilustres hijos del gran patriarca san Benito, ha puesto de manifiesto cómo su corazón estaba lleno de veneración y amor hacia la bienaventurada Virgen, en los libros que compuso en su alabanza, en particular en aquel



que llamó Excelencia de la bienaventurada Virgen María. De él he sacado lo que sigue. Allí se hace mención honorable del santísimo Corazón de la divina María. Luego de haber hablado largamente sobre la asunción de esta gran princesa del paraíso, añade lo siguiente: “¿Qué puede decirse todavía de ti, mi soberana dama? No hay inteligencia que alcance, ni lengua que no se quede muda, a la vista y consideración de la inmensidad de tu gracia, de tu gloria, de tu felicidad. Como las alegrías y los esplendores de los ciudadanos celestiales han recibido crecimientos inestimables por tu entrada en el cielo, así todo cuantos seres hay en la tierra han sido elevados y ennoblecidos de manera inefable y benéfica cuando por tu dichosa y muy inmaculada virginidad se hicieron dignos de conocer, servir y amar a su Señor y su Dios, que hasta entonces desconocían”<sup>323</sup>.

Un poco después proclama vivamente: “¿Sin embargo qué alabanzas y qué acciones de gracias, no solo la naturaleza humana sino también todas las criaturas deben tributar a esta santa Virgen? Por la muy pura santidad y la santa pureza de su bondadoso Corazón, que sobrepasa incomparablemente la pureza y santidad de toda criatura,

---

<sup>323</sup> De Excell. Mariae, cap. 8



mereció ser escogida para ser la reparadora de todo el mundo que se hallaba en perdición<sup>324</sup>.

“Por ti, mi reina, dice el mismo Anselmo en otro pasaje, el cielo, los astros, la tierra, los ríos, el día, la noche y todo demás han sido resucitados en cierto modo y recibieron nueva e inefable excelencia”<sup>325</sup>.

No solo san Anselmo habla así de la Madre de Dios. San Agustín dice: Trajo redención al hombre perdido<sup>326</sup>. Y san Bernardo añade: Por ti, Virgen santa, el infierno ha sido despojado y las ruinas de la Jerusalén celeste han sido reparadas<sup>327</sup>.

Esta Virgen sagrada, dice san Irineo, es la causa de la salvación de todo el género humano<sup>328</sup>. El santo cardenal Pedro Damián anota: Por ella, y en ella, y de ella, y con ella el Hijo de Dios quiso reparar y salvar al hombre a fin de que, como nada se hizo sin el Hijo de María, nada fuera rehecho y restaurado sin la Madre de Jesús<sup>329</sup>.

Varios otros santos Padres usan el mismo lenguaje. San Anselmo tiene mucha razón cuando afirma que esta resurrección y restauración del hombre y de todos los seres,

---

<sup>324</sup> *Ibidem*, cap. 9

<sup>325</sup> De las *Orationibus quindecim*, oración 7

<sup>326</sup> Sermón 94 y también Sermón 4 de la Asunción

<sup>327</sup> Sermón 4 de la Asunción

<sup>328</sup> *Contra haereses*, lib. 3, cap. 38

<sup>329</sup> Sermón de la Anunciación.



son debidas al muy puro y muy santo Corazón de la Madre del soberano Reparador, puesto que por la pureza y santidad de su Corazón ella atrajo al Hijo de Dios a sus santas entrañas a fin de dárnoslo y para ser nuestro redentor. Alabanzas eternas te sean dadas, oh Madre de Jesús; que todos los ángeles y los hombres, y todas las criaturas contemplen y honren tu divino Corazón como la primera fuente, después de Dios, de su renovación y reparación.

## **Sección V**

San Pedro Crisólogo, obispo de Ravena

Entre los medios que este santo prelado empleó para consolar y fortalecer a su pueblo en medio de los desastres y calamidades que lo afligían a causa de las guerras que en su época devastaban a Italia, uno de los principales fue grabar en el corazón de sus fieles la devoción a la santísima Virgen y exhortarlos a recurrir a su misericordia. Le suplicó fuera su asilo y refugio en medio de las desdichas que lo rodeaban por doquier. Quienes siguieron sus exhortaciones encontraron bienestar y sintieron pronto los efectos de la bondad inconcebible del amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre. Este buen obispo y santo predicador dice algo digno de consideración en un sermón que predicó



sobre el misterio de la encarnación. Nos lo dejó por escrito y estas son sus palabras:

“Quien ignore cómo es de grande y admirable Dios, no puede no admirarse cuando considera las excelencias y perfecciones del alma de esta incomparable Virgen. El cielo es presa de temor a la vista de la majestad de Dios; los ángeles tiemblan de respeto y toda la naturaleza confiesa su debilidad al no poder soportar el resplandor de un poder tan temeroso; una Virgen recibe, aloja y contiene a este Dios de grandeza infinita en su Corazón, en el que le da hospedaje y morada tan santa y digna; por pago, si me es permitido hablar así, y por recompensa, de hospedaje tan agradable, quiere con vehemencia que ella exija de su bondad la paz para la tierra, la gloria para los cielos, la vida para los muertos y la salvación para todos lo que estaban perdidos”

¿Es posible decir algo más grande de este Corazón augusto de la Madre del Salvador? Es el sagrado palacio del soberano monarca del universo; la casa santa de la sabiduría eterna que el Espíritu Santo pone ante nuestros ojos con estas divinas palabras: La sabiduría se construyó una casa apoyada en siete columnas. Inmoló víctimas; mezcló su vino y preparó la mesa; envió a sus siervos para invitar a los pequeños y a los que no son sabios a su festín



diciendo: Vengan, coman el pan y beban el vino que les he preparado (Prov 9, 1-5).

¿Quién es esta casa que la sabiduría eterna, que es el Hijo de Dios, ha construido para alojarse en ella? Es el Corazón sagrado de su divina Madre.

¿Qué son las siete columnas? Son los siete dones del Espíritu Santo que sostienen y apoyan fuertemente este Corazón muy constante, lo hacen inmovible frente a todos los ataques del infierno.

¿Cuáles son las víctimas que este Corazón inmola a su Dios? Son sus pensamientos, afectos, inclinaciones, deseos y voluntades; los sacrificó siempre por entero a su divina Majestad. Pero la primera y principal víctima que inmoló a Dios fue su Jesús; lo sacrificó mil y mil veces con amor inefable y con dolores inconcebibles por la salvación de todos los hombres.

¿Qué vino mezcló la divina Sabiduría con el agua sino la divinidad del Hijo de Dios y su humanidad! Esta mezcla y unión se realizó en el seno de la Virgen María por medio de la santidad de su Corazón que atrajo al Verbo divino del seno adorable de su Padre a sus benditas entrañas.

¿Cuál es la mesa que la divina sabiduría ha preparado? Es el Corazón de la divina María, figurado por la mesa de los



panes de proposición pues esa mesa santa nos dio el pan bajado del cielo.

¿Quiénes son esas servidoras que la divina sabiduría envía por doquier para invitar a venir al festín que preparó en esa sagrada mesa? San Buenaventura dice que son las almas especialmente consagradas al servicio y a la honra de la bienaventurada Virgen y de su santísimo Corazón, pues mediante su ejemplo y sus palabras atraen a los demás a participar del pan divino y de los demás manjares servidos en la mesa del cielo, por la cuidadosa imitación de las virtudes del amable Corazón de Jesús y benigno Corazón de María.

¿Quiénes son esos pequeños, que no son sabios, invitados particularmente a este maravilloso festín? Son aquellos de que habló Nuestro Señor a su Padre cuando dijo: Te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas, o sea, los misterios del cielo, a los sabios y prudentes y, en cambio, las has revelado a los pequeños, o sea, a los humildes (Mt 11, 25).

## **Sección VI**

San Juan Damasceno

Entre infinidad de milagros que la muy poderosa y buena Madre de Dios ha hecho a favor de los que le sirven y acuden a ella en sus necesidades con humildad y confianza,



uno de los más señalados, referido en la vida de san Juan Damasceno escrita por Surio, y por otros varios autores serios es el que sigue. Se lee en ellos que el furor del impío emperador León, perseguidor de los católicos por causa de las santas imágenes, hizo vacilar a varios en su fe. San Juan Damasceno, entonces, echó mano a su pluma, y en defensa de las imágenes escribió varias cartas que envió a varios lugares, para animar a los tímidos y afirmar la fe de los que dudaban. Esto llegó a oídos del emperador quien entró en furia tal contra él, que decidió acabarlo a cualquier precio. Sabiendo que era muy amado por el príncipe de Damasco, a quien había nombrado director de su consejo, falsificó cartas como escritas por Juan Damasceno imitando su caligrafía. En ellas le solicitaba tomar las riendas de la ciudad de Damasco como su príncipe, y le envió al príncipe. Éste, dando fe a esta calumnia, ordenó de inmediato, llevado por la cólera, que la mano derecha del santo fuera cortada, como castigo de esta perfidia que creía haber cometido contra el estado.

San Juan Damasceno sufrió este tormento con gran confianza y se retiró a su casa y a su oratorio. Allí postrado ante una imagen de la bienaventurada Virgen, sosteniendo su mano tronchada, que luego de haber sido expuesta al público, le fue devuelta, la presentó a la Madre de Dios y se quejó ante ella de la injusticia que se le había hecho, al



privarlo de esa parte que le era tan necesaria, para defender el honor de su Hijo y el suyo contra los enemigos. Movido de gran confianza le suplicó, que tuviera a bien que su mano le fuera restituida pues, siendo Madre de Dios, podía cuanto fuera de su complacencia.

Entonces, entrando en un ligero sueño, le pareció, mientras dormía, escuchar la voz de la reina del cielo que le aseguró que su petición había sido escuchada. Al despertar encontró su mano cortada unida de nuevo a su brazo y completamente sana la herida, menos una pequeña línea roja como señal de este milagro.

Ese gran santo, habiendo recibido tal favor, renunció por entero a la corte del príncipe de Damasco y a todas las vanidades del mundo y se retiró a un monasterio donde empleó el resto de sus días en la oración y el servicio de Dios y en componer varias obras de piedad y varios excelentes tratados en honor de la Madre de Dios. Extraigo de ellos lo que escribió en alabanza de su Corazón augusto y de todas las otras facultades de su cuerpo virginal y de su alma santa.

“No es de maravillar si tú, María, sobrepasas todo lo que hay de extraordinario en la naturaleza pues no fuiste hecha para ti misma sino para el Hijo de Dios, a fin de cooperar con él en la salvación del hombre, y para que el designio de



la divina Bondad respecto de la encarnación del Verbo eterno y de nuestra deificación se realizara por tu intermedio. Tu Corazón y tus sentidos se colmaron de la sustancia de las divinas palabras que leías de continuo en las Escrituras santas; en su meditación tu alma se nutrió divinamente y se robusteció como árbol plantado al borde de las aguas. Tú eres el verdadero árbol que a su tiempo dio su fruto, es decir, un Hombre-Dios que es la vida de todos los hombres. Tu espíritu solo tuvo pensamientos buenos. Tus ojos no contemplaron objeto distinto del Sol eterno. Tus oídos, por los que el Verbo eterno hizo su entrada en tus entrañas para encarnarse en ellas, solo se abrieron para escuchar la divina palabra y la música del Espíritu Santo. Tu nariz se hizo solo para aspirar la suavidad de los perfumes del celeste Esposo cuyo nombre es bálsamo derramado, bálsamo que tomó del seno del Padre eterno con el que ungió su humanidad santa de manera inefable. Tus labios solo se hicieron para alabar a tu Jesús y para estar pendientes de los suyos. Tu boca y tu lengua solo pueden gustar el pan y el vino celestiales de las palabras de Dios cuya suavidad llena y embriaga santamente. Tu Corazón purísimo e inmaculado está siempre vuelto hacia el bien amado y solo se ocupa en contemplarlo, desearlo, buscarlo y amarlo con todas sus fuerzas; no respira sino a Dios, solo aspira a Dios, solo suspira por Dios.



Tu vientre virginal albergó en sí al que es infinito e inmenso. Tus pechos son fuentes de leche y miel, que amamantaron al Padre de todos los siglos. Tus manos son el carro triunfal del rey de reyes. Tus rodillas son trono más elevado y santo que los querubines sobre los que su divina Majestad tomó su reposo. Tus pies estuvieron siempre iluminados por la luz divina y jamás se detuvieron en las vías de Dios hasta que encontraste al bienamado de tu alma y lo trajiste del Corazón de su Padre a tu seno maternal. Finalmente tú eres el tálamo nupcial del Espíritu Santo; eres mar de gracias; eres toda bella y cercana de Dios pues estás elevada por encima de los querubines y serafines, y entre las puras criaturas ninguna se acerca tanto a la Divinidad como tú. ¡Oh maravilla de maravillas! ¡Oh milagro que supera todos los milagros"! Hasta aquí las palabras de este gran servidor de nuestra reina.

Es lo que decía san Juan Damasceno en honor de todos los miembros del santísimo cuerpo de la reina de los ángeles. Es conforme con las alabanzas y bendiciones maravillosas que le son dadas por el Espíritu Santo en el Cantar de los Cantares. También por nuestro Señor Jesucristo en los libros de santa Brígida; por ella misma en una oración que le fue inspirada divinamente y por el beato Herman de la Orden de santo Domingo así como lo veremos más adelante y también en seguida.



Con mucha razón los santos, e incluso el Santo de los santos, dan tantas alabanzas a todas las facultades del cuerpo y del alma de la reina del cielo. No hay nada en ella que no merezca veneración muy particular, visto que empleó todas sus facultades interiores y exteriores en el servicio del Verbo divino, encarnado en ella para nuestra salvación.

Usó de todo su cuerpo, de su alma, su entendimiento, su voluntad, su memoria, su santa boca, por la que pronunció estas palabras: Soy la sierva del Señor, para dar asentimiento al misterio de la encarnación. Su vientre sagrado, que acogió a nuestro divino redentor; su mano derecha con que abrazaba y vestía al niño Jesús; su mano izquierda con la que lo cargaba; sus pechos benditos con los que lo alimentó.

Lo sirvió y honró también con su santa cabeza, pues a menudo la inclinaba para adorar a este Niño-Dios; por sus bienaventurados oídos que escucharon el saludo del ángel y recibieron con gran atención las sagradas palabras que salían de la boca adorable de su Jesús; por sus ojos de paloma siempre dirigidos al único amor de su Corazón y que derramaron tantas lágrimas a la vista de sus sufrimientos; por su lengua, cuando oraba y bendecía a Dios; por sus labios virginales que besaban muy santamente a su divino Hijo; por su dentadura al comer su alimento a fin



de llenar sus sagrados pechos con la leche necesaria para la vida de este amable Niño; por su cuerpo cuando lo abrazaba tiernamente; por sus hombros y brazos para llevarlo a Jerusalén, a Egipto y por doquier; por sus manos trabajando para ganar el alimento para su divino Hijo, y cuando le tejió su túnica inconsútil; por sus pies, por sus tantos viajes con él y por causa de él; por su regazo virginal en el cual descansó tantas veces y tan dulcemente; pero sobre todo por su Corazón maternal que era horno ardiente de amor a él.

No podremos venerar como debiéramos todas las facultades interiores y exteriores de esta admirable Madre de Jesús. Digámosle con todas las veras del corazón con un santo autor<sup>330</sup> en cuyo libro encontré las bendiciones siguientes; que los ángeles, los santos y las criaturas todas se unan a nosotros para decir:

“¡Oh Virgen muy sagrada, bendita seas eternamente!

“¡Bendita sea tu santo entendimiento, colmado de la sabiduría celestial!

“¡Bendita sea tu hermosa cabellera que representan los muy castos pensamientos de tu mente!

---

<sup>330</sup> San Juan Eudes de un librito llamado *Fascículo de oraciones católicas*, impreso Dilingen, en 1622.



“¡Bendita sea tu mirada llena de gracia y dulzura pues tus ojos fueron los primeros que merecieron contemplar al Hijo de Dios!

“Benditas sean tus santas mejillas que solo besaron muy suavemente el Niño Jesús incontables veces!

“¡Benditos sean tus santos labios que tantas besaron al Hijo de Dios!”¡Benditos sean tus santos oídos, los primeros en escuchar pronunciar el santo Nombre de Jesús de labios del arcángel Gabriel!”¡Bendita sea tu santa lengua, la primera después de san Gabriel que mereció pronunciar ese santo Nombre!”¡Bendito tu santo cuello que muchas veces fue abrazado tiernamente por tu amado Hijo!

“¡Benditos sean tus brazos santos que sostuvieron a Jesús con tanto amor!

“¡Bendito sea tu regazo sagrado en el que reposó a menudo amorosamente!

“¡Benditos sean tus pechos virginales que lo alimentaron afectuosamente y merecieron ser santificados y consagrados por sus divinos labios!

“¡Benditas sean tus bienaventuradas entrañas que acogieron a Jesús, el Hijo del Padre eterno por espacio de nueve meses!



“¡Bendito sea tu purísimo seno en el que el Niño Jesús se durmió muy dulcemente!

“¡Benditos sean sus santos pies que dieron innumerables pasos en la tierra para su servicio y su gloria!”

Sobre todo añadamos: ¡Sea eternamente bendecido por todas las lenguas que hay y habrá en todo el universo, tu Corazón maternal que amó a este amable salvador, y por toda la eternidad lo alabará, más que todos los corazones angélicos y humanos.

Vuelvo a san Juan Damasceno para añadir a lo ya dicho dos puntos maravillosos sobre el Corazón de la Madre del salvador. El primero, que estuvo siempre lleno de pureza tan perfecta y de luz tan brillante que contemplaba a Dios directamente con sus ojos purísimos y diáfanos en contemplación sublime. El segundo, que es hoguera de amor y caridad cuyas llamas queman y refrescan simultáneamente como lo explicamos antes. ¡Oh quién me diera que mi corazón y todos los corazones de mis hermanos y hermanas, aun más, todos los corazones del universo sean sumergidos en esta hoguera para ser allí quemados, consumidos y transformados en una purísima llama de amor al Dios de amor, y a la Madre de amor, Jesús y María!



*Abierta está la hoguera,  
Traigan a sus fuegos sagrados  
Traigan corazones. Se alimenta  
De corazones esta hoguera de amor.  
Está abierta esta hoguera del Corazón,  
Vamos corriendo a estos amados fuegos.  
Traigamos, arrojemos en ella nuestros corazones,  
Este Corazón vive de corazones inflamados.*

## **Sección VII**

### **San Bernardo**

Los favores innumerables con que la Madre de Dios ha honrado a todas las Órdenes religiosas que hay en la santa Iglesia, en particular a las que le están consagradas de manera especial, son otras tantas voces que nos predicán las afectuosas bondades de su Corazón maternal para sus hijos.

Entre esas Órdenes, la de los cistercienses le pertenece de modo especial. El beato Alberico, que con los santos Esteban y Roberto, comenzó la fundación de esta Orden fue el primero que con voto público y solemne la dedicó y



consagró a la bienaventurada Virgen, con todas las iglesias que se construirían. Esta santa Orden tuvo así el honor de ser la primera entre las Órdenes de occidente que fue consagrada especialmente a la Madre de Dios. Es igualmente cierto que la santa Virgen lo agració con varios privilegios muy generosos.

El primero, ella dictó al beato Alberico las constituciones que dio a la Orden.

El segundo, le prometió que esta Orden estaría bajo su especial protección y que tendría por siempre particular cuidado de ella.

El tercero, le dio el hábito de la Orden de la manera siguiente, según refiere Juan, general de dicha Orden. Un día, mientras los religiosos cantaban maitines, la gloriosa Virgen se apareció visiblemente, acompañada de gran multitud de bienaventurados. Dos ángeles iban delante de ella, con profundo respeto, y llevaban un hábito más blanco que la nieve. Al acercarse a Alberico, transportado de gozo a la vista de tan maravilloso espectáculo, ella misma tomó con su bendita mano este hábito celeste y lo puso en la cabeza de Alberico. Al tiempo los hábitos negros que vestían los monjes se volvieron blancos. Por esto esta bondadosa Virgen es reconocida y honrada como la



patrona, abogada, protectora, directora y madre de toda esta santa Orden.

El cuarto, la Virgen le hizo don inestimable cuando le dio a su favorito, su amado hijo, su querido niño de pecho, san Bernardo, para ser tesoro, gloria, ornamento y antorcha ardiente y brillante de esa Orden. Lo llamo su niño de pecho pues quiso ser su nodriza alimentándolo con su leche virginal en tres ocasiones diferentes. Primero cuando fue a Chatillon, como se refiere en los anales de la Orden, donde san Bernardo mientras estaba en oración ante una imagen de la reina de los ángeles, ella le presentó a su Hijo bienamado y le dijo: Bernardo, toma a mi querido Hijo como tu hermano y a mi como a tu Madre. Te adopto y escojo como mi hijo. Y al tiempo, tomando uno de sus senos benditos le destiló tres gotas de su leche sagrada para confirmar esta alianza. Todo pasó mientras san Bernardo cantaba la antífona: Monstra te esse Matrem (Muestra que eres Madre). El estaba completamente solo en la iglesia. Mientras contemplaba la imagen hermosa de esta divina Madre, entonó con sumo fervor: Ave, maris stella (Salve, estrella del mar). Al tiempo, sesenta voces angélicas continuaron el canto. La iglesia estaba del todo iluminada con resplandores celestiales, más brillantes que el sol, a pesar de que todo pasaba de noche. Pero cuando llegaron a la estrofa Muestra que eres Madre todos esos cantores del



paraíso se detuvieron respetuosos para que san Bernardo la cantara solo. Entonces este muy querido hijo de María, hermano de leche de Jesús, repitió con ardor indecible Muestra que eres Madre. Fue entonces cuando María le dispensó la gracia que acabo de narrar.

A esta imagen de la divina María se tributa gran veneración. En tiempos de calamidades públicas es llevada con gran ceremonia. Se escoge a cuatro vírgenes para llevarla. Se preparan para esta santa acción con ayuno de tres días y con la santa comunión. Las mujeres que sufren enfermedades del seno acuden a ella. Chatillon de Langres, autor digno de fe, escribe que todas las veces que es sacada en procesión derrama algunas gotas de leche. Dos sacerdotes de santa vida, llamados Edmundo y Clemente, aseguran que un día, al bajarla, sintieron sus manos empapadas en un licor celestial, blanco como la leche, que exhalaba grato perfume.

Por segunda vez san Bernardo recibió la misma gracia en la iglesia de Spira. Cuando escuchó cantar allí la Salve Regina, añadió estas palabras que enriquecieron esa oración y fueron acogidas en toda la Iglesia: ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Y entonces la dulce María humedeció sus labios con su divina leche.



En Claraval por tercera vez recibió esa misma gracia. Se ocupaba entonces en escribir sobre sus misterios. Habiendo entrado de noche en la iglesia y puesto en oración ante su imagen, cayó en éxtasis. Vio entonces a esta reina de los ángeles, acompañada de gran número de santos y de espíritus celestiales, más brillante que el sol. Ella se le acercó y humedeció sus labios con su leche virginal. Luego Bernardo continuó escribiendo sus alabanzas con mayor elocuencia, dulzura y bendición.

San Bernardo no es el único que recibió esas divinas caricias de la Madre de Dios. San Fulberto, obispo de Chartres, y algunos otros también lo experimentaron.

¿Qué representan estos favores extraordinarios de la Madre de Dios a la santa Orden del Císter, a su muy querido hijo san Bernardo, a varias otras santas Órdenes de la Iglesia y a otros de sus bienaventurados hijos sino otras tantas lenguas que nos revelan el amor ardentísimo y las ternuras increíbles que rebosan en su Corazón maternal reservadas a los hijos que la aman y la sirven de todo corazón según estas palabras que el Espíritu le hace repetir de continuo y que resuenan por todo el universo: Yo amo a los que me aman (Prov 8, 17)



Termino con estas hermosas palabras que le dirige san Bernardo<sup>331</sup>: “Abre, oh Madre de misericordia, abre la puerta de tu Corazón benignísimo a las súplicas que te hacemos con gemidos y suspiros. No rechazas ni desdeñas al pecador así esté sumido en los mayores crímenes si suspira a ti e implora tu intercesión con corazón contrito y penitente. No es de maravillar, mi reina, si el santuario de tu Corazón rebosa de misericordia abundante pues la obra incomparable de misericordia, ordenada por Dios antes de todos los siglos para nuestra redención se cumplió en tus sagradas entrañas. En ellas quiso Dios hacer su morada pues se construyó allí una casa con la sustancia inmaculada de su carne virginal. Apoyó esta casa en siete columnas de plata, en las que puso un reclinatorio dorado, tu divino Corazón, en el cual encuentra su divino reposo. Las siete columnas de plata son los siete dones del Espíritu Santo. Tú eres la sola y única mujer en la que encontró perfecto y agradable descanso. En tu seno purísimo y en tu amabilísimo Corazón derramó plenamente y sin medida todos los tesoros de su amor poderoso. El Espíritu Santo puso su maravillosa complacencia en ti, oh admirable María, cuando tuvo a bien consagrar tus entrañas con estos divinos misterios. Este adorable Espíritu es fuego que consume, inflama y abrasa

---

<sup>331</sup> Meditación sobre la Salve



en sí mismo tu alma santa. Por tanto tu divino Corazón ha sido colmado de los esplendores de la divina Majestad”.

Todas estas palabras de san Bernardo revelan los sentimientos de su corazón hacia el ardentísimo Corazón de su queridísima Madre. En verdad ella embelesó y raptó su corazón según las sentidas palabras que le dirige: ¿“Oh divina María, que robas corazones; me sustrajiste el mío, cuándo me lo devolverás”? ¿Qué estás diciendo, gran santo? Deja tu corazón, déjalo entre sus benditas manos. ¿No están mejor en ellas que en las tuyas? ¡Oh Madre de bondad, si mi corazón, aunque muy indigno, es muy feliz de estar entre tus manos, guárdalo, te suplico, y aplástalo si quiere salir de allí.

## **Sección VIII**

### **San Buenaventura**

El primer milagro de la omnipotencia de Dios a favor del sacratísimo Corazón de la bienaventurada Virgen fue el de preservarla del pecado del primer hombre y revestirla de la justicia original. Es posible decir, entonces, que este amable Corazón fue siempre del todo puro, santo e inmaculado desde el primer instante de su existencia. Este primer privilegio de la bondad divina fue seguido de otros varios.



Siendo que el pecado original es fuente de otros muchos cuando Dios cerró la puerta del Corazón de la santa Virgen a ese monstruo infernal la cerró igualmente a todos los pecados que hubiera sido capaz de cometer como los demás hijos de Adán.

En segundo lugar, siendo la justicia original la raíz de las demás gracias santificantes del alma, cuando Dios la derramó en el Corazón de la Madre de gracia, abrió en ella la fuente de las demás gracias y bendiciones celestes de que este Corazón virginal estuvo colmado durante todo el curso de su vida.

En tercer lugar, puesto que el Hijo del Hombre es el Santo de los santos y la santidad infinita, que tiene horror de toda clase de iniquidades, es justo creer que estando la naturaleza humana del todo corrompida, tanto por el crimen del primer hombre como por infinidad de otros pecados de sus hijos, el Verbo eterno jamás hubiera contraído alianza eterna tan maravillosa con ella como la hecha por el misterio de la encarnación si no hubiera encontrado una Madre en la raza de Adán tan pura, santa e inmaculada, como la sacrosanta Virgen para cumplir en ella esta inefable maravilla. ¿Cómo explicarse que, si al nacer de una hija de Adán manchada con el pecado original, hubiera dado ventaja al demonio de poder reprocharle que era Hijo de una Madre perteneciente al rango de los esclavos?



Hay cuatro grandes privilegios muy gloriosos de la Inmaculada Concepción de la Madre del Salvador. Quienes se interesan en la defensa de la purísima Concepción deben afectuoso respeto a la venerable Orden de san Francisco. Sus hijos se han destacado en sus escritos y predicaciones en sostener la verdad de este misterio.

Y no es de admirar pues esta Orden seráfica nació en la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, consagrada especialmente a la Madre de Dios por su glorioso patriarca. Él la escogió como patrona y abogada. En su honor comprometió a sus hijos a ayunar desde la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo hasta el día de la su gloriosa Asunción.

La devoción particular a esta divina Virgen es herencia preciada que este santo padre dejó a sus religiosos. Ellos la han conservado cuidadosamente y han demostrado celo ardentísimo por el honor de esta gloriosa princesa y especialmente por su Inmaculada Concepción.

Entre los hijos de san Francisco san Buenaventura es uno de los principales. Se ha distinguido por su devoción a la reina del cielo. Lo ha testimoniado en el Salterio que compuso sobre el modelo del de David. En uno de sus salmos ha dicho que el Corazón de María es la fuente de



nuestra salvación: Omnis salus de Corde Mariae scaturizat<sup>332</sup>.

Nos dejó varios otros tratados en honor de esta divina Virgen. No olvidó en ellos su Corazón muy augusto. Comentando el capítulo segundo de san Lucas nos dice que estaba figurado por el Arca de la alianza de Moisés. Pues, primero, esa arca estaba elaborada de madera incorruptible. Así el Corazón inmaculado de la reina de los ángeles jamás se vio manchado de pecado alguno. Segundo, el arca estaba íntegramente cubierta de oro por dentro y por fuera, y el Corazón de la Madre del amor hermoso estaba del todo transformado en amor y caridad a Dios y a nosotros. Tercero, el arca contenía las tablas de la ley. Y el Espíritu Santo escribió en el Corazón de su divina Madre todas las leyes de nuestra redención traídas del cielo por su amado Hijo Jesús. Cuarto, el arca guardaba una porción del maná que Dios hizo caer del cielo para alimento de su pueblo durante el paso por del desierto. Así el Corazón de la Madre de Jesús nos conservó en su interior todos los misterios que su Hijo obró por nosotros en la tierra, con las palabras de vida y las verdades divinas que aportó del cielo como dulce y preciso maná para alimento de nuestra vida.

---

<sup>332</sup> *Psalt. B. V. No. 79*



En este libro encuentras otras enseñanzas sobre la manera como el arca de la alianza es excelente figura del sagrado Corazón de la Madre de Dios.

¡Oh bienaventurado san Francisco, oh bienaventurado san Buenaventura, oh santos hijos de este glorioso patriarca, hágannos partícipes del amor ardentísimo que ustedes tuvieron a la dignísima Madre de nuestro Salvador y de la ferviente devoción a su corazón maternal, y hágannos el favor, les rogamos, de asociarnos a ustedes en las alabanzas que eternamente le tributan!

## **Sección IX**

### **San Bernardino de Siena**

Es otro hijo del padre seráfico san Francisco. Rebosó su corazón de devoción tierna y ardiente a la Madre de Dios y a su amabilísimo Corazón. Difícil parangonarlo con alguien.

Nos ofrece tres maravillas de este Corazón admirable que son objeto eterno del asombro de todos los habitantes del cielo.

La primera, nos representa el Corazón ardiente de la Madre del redentor como el centro de un espejo cálido donde se funden, venidos de todos lados, los rayos del sol. Son fuego tan ardiente que enciende cuanto se acerca a él.



Dice el santo: “Todos los deseos vehementes de los corazones de los patriarcas, profetas y demás santos de la antigua ley respecto de la venida del redentor, reunidos en el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen como en su centro, encendieron en él deseos tan ardientes de esta venida que no existe entendimiento que pueda concebirlos, ni palabras capaces de expresarlos. Dado que su Corazón ardía de un amor en cierto modo infinito hacia este amabilísimo salvador, amor que sobresalía casi infinitamente el amor de todos los corazones que le habían precedido, sus propios deseos igualmente respecto de esa venida eran casi infinitamente más ardientes que todos los deseos de los santos que precedieron la encarnación<sup>333</sup>”.

De donde se deriva que varios autores muy ponderados no temen decir que esa Virgen incomparable mereció adelantar este misterio por la vehemencia de sus deseos, por el fervor de su oración y por el mérito de sus santas acciones.

Contemplemos en ese hermoso espejo y veamos cómo los sentimientos y deseos de nuestros corazones se diferencian de los sentimientos y deseos del sagrado Corazón de nuestra divina Madre; sintamos desagrado a la vista de esta diferencia. Formulemos la resolución de conformar en adelante las inclinaciones de nuestros

---

<sup>333</sup> *Sermón de la Concepción de la Virgen*, art. 1, cap.



corazones con las inclinaciones del amable Corazón de la Madre de amor a fin de no desear nada distinto de lo que ella desea, de aspirar solo por la gloria de su Hijo y de suspirar sin cesar por la venida de este adorable salvador a nuestro corazón y al corazón de todos los hombres.

La segunda maravilla que nos presenta san Bernardino en el Corazón sagrado de la Madre de Dios es el asentimiento que este divino Corazón dio al misterio de la encarnación, consentimiento tan admirable que este gran santo asegura que este Corazón virginal mereció más, y por tanto glorificó más a Dios, con este solo acto como nunca lo hicieron todos los ángeles y los hombres con todos sus pensamientos, palabras y acciones. Ellos no pudieron merecer más que la gloria eterna. Pero el Corazón divino de esta gloriosa Virgen mereció por este consentimiento el dominio y el principado de todo el universo, la plenitud de las gracias, virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo y de todas las beatitudes angélicas. Mereció la virginidad unida a la maternidad. Mereció llevar el nombre de Estrella del mar, Puerta del cielo y Reina de la misericordia.

Si este consentimiento del Corazón virginal, que solo duró un momento, contiene semejantes maravillas, ¿qué decir de tantos millones de actos de amor purísimo y muy ardiente que este Corazón produjo durante todo el curso de la vida de esta dignísima Madre del salvador? ¡Oh Madre



del amor hermoso, te entregamos nuestros corazones, ofrécelos, te lo rogamus, a tu Hijo, y suplícale que más bien los reduzca a polvo que permitir que consientan hacer, decir o pensar algo que no sea conforme a la divina voluntad.

La tercera maravilla que san Bernardino pone ante nuestros ojos en el Corazón incomparable de la Madre de Dios es una hoguera ardentísima de amor divino. Primero, una llama de amor que separa, la segunda de amor transformante, la tercera de amor comunicante, la cuarta de amor jubilante, la quinta de amor regocijante, que hace gustar las cosas divinas y eternas, la sexta de amor que compadece, y la séptima de amor que consume<sup>334</sup>.

En el libro tercero, capítulo quinto, explicamos ya todo esto.

## **Sección X**

### **San Lorenzo Justiniano**

Este santo patriarca de Venecia nos dejó pruebas muy evidentes de su devoción muy particular a la Madre de Dios en sus santas obras, en las que no pasó por alto al Corazón de la bienaventurada Virgen. En su libro Triunfal combate de Cristo nos presenta este Corazón muy doloroso como un clarísimo espejo de la pasión de nuestro salvador y como

---

<sup>334</sup> *Sermón 9 de la Visitación*



imagen perfecta de su muerte. Quien hubiera podido ver el Corazón maternal de esta Madre afligida como la contemplan los ángeles hubiera podido distinguir en él los azotes, las espinas, los clavos, la lanza, la esponja, las palmadas, los salivazos, las ignominias, las torturas, las heridas, los dolores y todos los tormentos que su Hijo amadísimo sufría en su cuerpo y en su alma. Todo lo que pasó en el tiempo de la pasión de su muy querido Hijo ante la mirada del amabilísimo Corazón de su divina Madre se cumplió también en los demás misterios de su vida mortal y pasible en la tierra como también en su vida resucitada y gloriosa.

Para entenderlo pon ante tus ojos, de una parte, al Hijo único de María como un divino sol, y de otra parte al Corazón santo de su gloriosa Madre como espejo hermosísimo, de continuo expuesto a los rayos y las miradas de ese adorable sol, que se refleja e se imprime sin cesar todos sus misterios en este admirable espejo de forma inefable y excelente.

Mientras este divino salvador vivía el tiempo de su infancia grababa en el Corazón de su bienaventurada Madre una imagen perfecta de la humildad, sencillez, caridad, obediencia, dulzura y demás virtudes del misterio de su infancia. Hizo otro tanto en el tiempo de su vida pública y de convivencia con los hombres; durante el tiempo de su



vida solitaria y penitente en el desierto; y durante el tiempo de sus sufrimientos; e incluso en su muerte, que imprimía hasta tal punto muriendo en su desolada Madre que hubiera muerto con él si no hubiera suspendido y detenido por algún tiempo el efecto de su muerte para que permaneciera algún tiempo todavía en la tierra para consuelo de su Iglesia naciente.

Pero cuando llegó el tiempo en que quiso llevársela consigo, hizo cesar esa suspensión y dio paso a la muerte, si es posible hablar así, y entonces, la Madre de vida murió, sin morir sin embargo, por llevar impresa la muerte de su Hijo y por una muerte que fue imagen perfecta de la muerte de su Hijo. De donde san Bernardo afirma que el amor de la bienaventurada Virgen fue más fuerte que la muerte porque de la muerte del Hijo hizo la muerte de la Madre: Quia Christi mortem suam fecit<sup>335</sup>. Murieron ambos con muerte semejante pues como Jesús murió en el amor, por el amor y para el amor, la Madre de Jesús igualmente murió en el amor, para el amor y por el amor.

Lo que el Hijo adorable de María hizo en ella y en su Corazón en el tiempo de su pasión y su muerte, lo realiza asimismo en el estado de su vida gloriosa y celestial, al que entró por su resurrección y su ascensión, habiendo dibujado en su Corazón virginal, en forma sublime, un retrato

---

<sup>335</sup> *Sermón in Signum magnum*



viviente y brillantísimo de su vida del todo celeste y divina. Así pues, mientras esta Virgen maravillosa permanecía en la tierra a partir de la resurrección y ascensión de su Hijo, solo estaba allí corporalmente, pues su Corazón y su mente estaban con su queridísimo Hijo en el cielo. De modo que podía decir con san Pablo, y mejor aún que él, permanezco y convivo con mi Hijo amadísimo en el cielo: *Conversatio nostra in caelis est* (Fp 3, 20).

La Madre de nuestro redentor llevó siempre en su Corazón la bellísima y perfecta imagen de su vida y sus misterios. Se pudo hacer por el concurso de dos causas principales: una de parte del Hijo y la otra de parte de la Madre. La primera, el amor del Hijo a su Madre; y la segunda, el amor de la Madre a su Hijo.

El amor infinito de Jesús a su queridísima Madre lo impulsa a grabarse en ella, para hacerla semejante a él, y asociarla en la obra de la salvación del mundo. Nos invita a mirarla y honrarla como la cooperadora de nuestra salvación con su Hijo. El amor ardentísimo de María a su Jesús, la lleva a hacerse conforme a él por la práctica de todas las virtudes que resplandecen en él. Ella se esfuerza por imitarlas muy perfectamente a fin de corresponder a los grandes designios que tiene sobre ella.



San Buenaventura refiere que la bienaventurada Virgen dijo un día estas palabras a una persona a quien amaba mucho, y él cree que fue a santa Isabel<sup>336</sup>: “Te aseguro, hija mía, que desde la primera gracia que por su pura bondad Dios me concedió en el momento de mi concepción, no he recibido de él ningún don, ni gracia, ni virtud sino con mucho trabajo, continua oración, profunda devoción, deseos ardentísimos, muchas lágrimas y aflicciones, esforzándome perpetuamente a no hacer nada, ni decir, ni pensar que no fuera del agrado de su divina Majestad. Haz de saber que ciertamente la gracia divina no descende a un alma sino mediante la oración y mortificación”. Santa Brígida afirma lo mismo como algo que le fue revelado.

Aprendamos que aunque nuestro benignísimo salvador es fuente inagotable de gracias y tiene deseos grandes de otorgárnoslas, es necesario sin embargo, que por nuestra parte nos preparemos a recibirlas, que hagamos buen uso de ellas cuando las recibamos y que usemos de la mortificación, la oración y toda la cooperación que podamos aportar, para formar en nosotros una imagen viviente de su vida santa y de sus divinas virtudes.

---

<sup>336</sup> Meditaciones de la vida de Cristo, cap. 3



## Sección XI

*Ricardo de san Lorenzo,  
Penitenciario de la Iglesia de Ruan,  
que vivió hace más de cuatrocientos años*

El amor apostólico por el honor de la Madre de Dios que encendió el corazón de este muy sabio doctor se revela muy bien en los doce libros que escribió con el título de Alabanzas de la gloriosa Virgen. En ellos habla muy dignamente de su Corazón augusto del que proclama seis puntos dignos de consideración.

1. Que este Corazón muy sagrado es fuente y origen de nuestra salvación.
2. Que es el primero de todos los corazones que fue digno de recibir en sí al Hijo único de Dios que sale del seno adorable de su Padre para venir a este mundo.
3. Que en este Corazón pacífico la misericordia y la justicia se dieron el beso de paz.
4. Que recibió en sí las mismas heridas que Nuestro Señor sufrió en su cuerpo.
5. Que es el cofre y el tesoro de las divinas Escrituras y biblioteca viviente del Antiguo y del Nuevo Testamento.



6. Que, finalmente, es el libro de vida de Jesús escrito en letras de oro por el dedo de Dios que es el Espíritu Santo.

Dichosos los que tienen sus nombres escritos en este libro del cielo pues sus corazones son del número de los que dice el salvador: Dichosos los limpios de corazón porque verán a Dios. Son de corazón limpio y puro pues contemplarán a Dios. ¿Quieres, hermano querido, pertenecer a ese grupo? Esfuérzate en practicar tres cosas:

-La primera, cerrar bien la puerta de tu corazón al pecado en especial al mortal. Que jamás entre allí, y expulsarlo de inmediato si por desgracia entra.

-La segunda, desapegarlo de todo apego mundano y terrenal.

-La tercera, consagrarlo por entero a la reina de los corazones con la súplica instantánea de unirlo al suyo y darlo a su Hijo a fin de que destruya en él todo cuanto le desagrada, y establezca en él el reino de su amor por siempre.

## **Sección XII**

Luis de Granada

Basta echar una mirada al hábito blanco de los religiosos de la gran Orden de santo Domingo para quedar persuadidos de su devoción especial a la reina de los



ángeles y del celo que los anima por cuanto se refiere a su honor y servicio. Después del fin principal de esta santa Orden que es la gloria de Dios ciertamente el glorioso patriarca santo Domingo la fundó para predicar por doquier el poder incomparable de esta gloriosa Virgen y su bondad inefable hacia los que le sirven. Impulsó a todos los fieles a tributarle los honores y servicios que le son debidos y anunciar este medio muy eficaz de alcanzar la salvación eterna.

Por este motivo este gran santo predicó la devoción al santo rosario del que fue su iniciador, según testimonian los papas Pío V y Gregorio XIII en la bula de canonización.

Los verdaderos hijos de santo Domingo han heredado los sentimientos de su Padre. Él les pidió que predicaran por todas partes, tanto de viva voz como por escrito, la veneración y devoción de la Madre de Dios. Entre ellos destaco algo de las obras del venerable Luis de Granada sobre el tema que vengo tratando. Cito las palabras de este santo e ilustre autor contenidas en su tratado sobre El Amor de Dios, en la tercera meditación sobre el misterio del nacimiento de nuestro salvador, en el párrafo tercero:

“Acaba el evangelista la historia dulcísima de este misterio con una cosa en gran manera suave, que es representarnos el Corazón de la sacratísima Virgen



diciendo: María guardaba todas estas palabras y misterios tratándolos y confiriéndolos en su Corazón. Toda la historia de este evangelio es un banquete real y una mesa que pone Dios a todos sus escogidos, llena de mil diferencias de manjares: el niño, la madre, el parto, el nacimiento, el pesebre, los ángeles, los pastores, todo está lleno de milagros, todo está destilando gotas de miel. Cada uno tome la parte que cupiere, y, de lo que le supiere mejor. Mas yo confieso que esta fruta de postre (quiero decir, esta postrera cláusula del evangelio, donde se pone delante el Corazón de la Virgen y lo que pasaría dentro de aquel pecho celestial) es una cosa de inestimable suavidad. ¡Oh quién fuese tan dichoso que con alguna experiencia y gusto de este misterio pudiese dar nuevas de esto, rastreando por algo de lo que sintiese, lo mucho que allí se sentiría!

“Preguntó una vez un hombre noble a un filósofo qué provecho sacaría su hijo si aprendiese filosofía. Respondió el filósofo: entre otras cosas, a lo menos sacará esta, que cuando estuviere asentado en el teatro no estará asentada una piedra sobre otra. Dando a entender que la filosofía le abrirá los ojos y le haría discreto y avisado para que cuando se hallase en la plaza de los negocios del mundo, supiese mirar y sentir las cosas y sacar de ellas el fruto que le conviniese. Pues si estos ojos da la filosofía al filósofo, ¿qué ojos habría dado el Espíritu Santo a esta Virgen, qué tan



llena de su gracia estaba y de sus dones, en los cuales entra el don del entendimiento, que sirve para penetrar los secretos y maravillas de las obras de Dios? Pues habiendo él dado por una parte tales ojos a esta Señora, y por otra habiéndola puesto en medio de este maravilloso teatro (quiero decir, en medio de tantas grandezas y maravillas) y sabiendo ella tan profundamente penetrar y considerar cada cosa de estas, ¿cuáles serían los pensamientos y sentimientos de su Corazón? Un solo milagro que vean los hombres, basta para dejarlos atónitos y asombrados, que por eso se llama milagro, porque arrebató los corazones y los suspende en una grande admiración, como acaeció a aquellos que vieron en la sinagoga un enfermo miraculosamente curado, que como dice un evangelista fueron llenos de estupor y éxtasis (Lc 5, 26): quiere decir que quedaron como atónitos y fuera de sí cuando vieron aquel tan claro y evidente milagro.

“Pues si esta admiración y espanto causó la vista de un solo milagro, y tan bajo milagro como es la cura de un enfermo, ¿qué causaría en el ánimo de esta sacratísima Virgen la vista y la memoria y la conferencia de tantos y tan espantosos milagros? Porque un milagro era la anunciación del ángel, otro la visitación de santa Isabel, otro el gozo del niño en el vientre de su Madre, otro la profecía de Zacarías, su padre, otro el haber enmudecido y después cobrado el



habla cuando nació, otro la revelación hecha al santo José, otro su concepción del Espíritu Santo, otro su parto sin dolor y sin corrupción, otro el cantar de los ángeles, otro la venida de los pastores. Todos estos milagros, y grandísimos milagros, y todos los comparaba la Virgen entre sí, y entendía la consonancia y la correspondencia maravillosa de ellos.

“¿Pues qué sentirían los oídos de su ánima bendita con la música y consonancia de todas estas voces celestiales? ¿Qué sentiría andando nadando en un piélago de tantas grandezas, saliendo de unas y entrando en otras, sin acabar de hallar suelo a tan grandes maravillas? ¿Qué sentiría entre tantas lámparas y resplandores con que el Espíritu Santo alumbraba y esclarecía aquel templo virginal? Porque claro está que cuales eran los resplandores de su entendimiento, tales eran los ardores de su voluntad, porque lo contrario sería poner imperfección en aquella ánima bendita si no se correspondiesen estas dos tan principales potencias del ánima entre sí, sintiendo tanto la voluntad, cuanto alcanzaba el entendimiento.

“Pues siendo esto así ¿qué lengua podría explicar los gozos, las alegrías, los ardores de aquella sacratísima Virgen, viéndose por todas partes cercada de tantas maravillas, viéndose en un piélago de tan profundos misterios, viéndose anegada debajo de las olas de tantos y



tan grandes sentimientos como allí la cercaban? Porque doquiera que pusiese los ojos, todo era resplandores y beneficios, todo misterios sobre misterios y maravillas sobre maravillas. Lo pasado, lo presente y lo venidero, todo alegraba su Corazón, y sobre todo la presencia del niño y la asistencia del Espíritu Santo que le traía todas estas cosas a la memoria, y se las declaraba y encarecía y daba el sentimiento de ellas, para que dando ella leche al niño, estuviese buscando la dulcedumbre de los misterios del cielo, el cual gusto era tan grande, que si el mismo que se lo daba no la confortara, no fuera mucho rompersele el Corazón en el cuerpo, no pudiendo sufrir tan grandes alegrías. Porque si muchas veces acaece morir una mujer de alegría después de haber parido, si tuvo algún próspero y dichoso parto ¿cómo pudiera vivir esta sacratísima Virgen habiendo tenido tanto más próspero parto, cuanto era aquel mejor Hijo que toda otra criatura?

“Pues, oh reina del cielo, puerta del paraíso, señora del mundo, sagrario del Espíritu Santo, silla de la sabiduría, templo del Dios vivo, secretaria de Cristo y testigo de todas sus obras, ¿qué sentía tu piadoso Corazón entre todos estos misterios y sacramentos? ¿Qué sentías viendo colgado de tus brazos al que sostiene los cielos, viendo mamar a tus pechos al que mantiene los ángeles, viendo llorar y temblar de frío al que truena y relampaguea en el cielo? ¿Qué



sentías cuando considerabas aquella singular gracia que hallaste en los ojos de Dios, pues entre todas las mujeres criadas y por criar tú sola fuiste escogida para Madre suya y qué ojos mirabas al que así te miró? ¿Qué gracias le dabas? ¿Qué cantares le cantabas? ¿Con qué amor le respondías? ¿Qué palabras le decías y con cuánta devoción te ofrecías y resignabas en sus manos y le hacías sacrificio de ti? Dicen, y es verdad, que los humildes son muy agradecidos, porque como ellos se tengan por tan pequeños, cualquier bien que les hagan, tienen por grande. Pues díganme ahora todas las criaturas, si esta Virgen era la más humilde de los humildes, y este beneficio el mayor de los beneficios, ¿quién podrá estimar hasta donde llegaría el agradecimiento de tan grande beneficio en Corazón tan humilde? Creo cierto que no hay entendimiento humano que esto sepa tantear.

“Pues ¿quién podrá explicar qué tal estaría el Corazón de la Virgen entre todas estas grandezas y maravillas? Maravillábase de ver la palabra de Dios enmudecida, y de ver al poderoso liado, de ver estrechado en un pesebre al que no cabe en todo el mundo. Maravillábase de ver en Dios tanta bondad, tanta misericordia, tanta largueza, tanta humildad y tan extraña piedad. Maravillábase de ver qué tanto amase los hombres, tanto los preciase, tanto los honrase, tanto desease su salud, y tanto los ennobleciese y honrase con el misterio de su sagrada humanidad”.







## CAPÍTULO II

***El Espíritu Santo nos evangeliza la devoción  
al santísimo Corazón de la Madre de Dios  
mediante las obras de cuatro piadosos y sabios autores  
que son como cuatro evangelistas***

I

José de la Cerda<sup>337</sup>

*Religioso benedictino, doctor y profesor en Salamanca*

No es posible ignorar que el gran patriarca san Benito tuvo devoción muy particular a la muy sagrada Madre de Dios pues los autores que escribieron su historia atestiguan que desde su infancia tuvo amor y celo extraordinarios por esta amable princesa y que pasaba buena parte de su tiempo rindiéndole sus deberes y orando ante sus imágenes las que veneraba con culto especial en la ciudad de Roma. Todos los verdaderos hijos de este santo patriarca han hecho siempre profesión de honrar y servir a la Madre de Dios con respeto y piedad singulares.

---

<sup>337</sup> Nota del editor: nació en Madrid en 1580. Fue obispo de Almería y Badajoz.



Acabo de nombrar a uno que se distinguió en este punto en un libro compuesto en honor de esta Virgen titulado: María imagen de la Trinidad. En él emplea tres grandes capítulos o secciones para elogios de su sagrado Corazón acerca del cual anticipa puntos maravillosos dignos de consideración.

Primero, describe el intercambio inefable que aconteció entre el Corazón admirable del Padre de Jesús y el Corazón venerable de su digna Madre en el misterio de la encarnación.

Segundo, declara altamente que el santo Corazón de esta gloriosa Madre es imagen viviente y excelentísima del Corazón adorable de este Padre celestial pues como ese Padre forma y hace nacer su Verbo eterno en su divino Corazón, de la misma manera esta sagrada Madre concibió y formó ese mismo Verbo en su Corazón virginal. Así explica las palabras del salmo 45: Mi Corazón brotó un Verbo bueno. Y anota: El Corazón de María, con la fuerza de su amor, atrajo y recibió el Verbo divino que salía del Corazón de su Padre en exceso de su amor. Y en seguida comenta que de tal modo lo recibió y poseyó que permaneció en él para siempre, incluso después de que salió de sus benditas entrañas, como permaneció por siempre en el Corazón del Padre, después de que salió de él para venir a este mundo. Cuando este santo Padre explica estas palabras del



evangelio: María conservaba todos estos acontecimientos meditándolos en su Corazón, razona así: ¿Con quién los compartía? Solo hay conferencia entre dos personas. ¿Y entonces quién habita en el Corazón de la bienaventurada Virgen, con quien ella pueda dialogar, puesto que el Verbo divino que se alojaba en su vientre virginal salió de él al nacer? Es ese mismo Verbo que habiendo salido del vientre virginal de María permaneció siempre en su Corazón maternal. Con él dialogaba y compartía.

Este docto y sabio prelado va más allá. Afirma que no solo el dignísimo Corazón de la gloriosa Virgen es imagen perfecta del Corazón adorable del Padre eterno sino que esos dos Corazones no son sino un solo Corazón. Es cierto que Jesús tiene un Padre en el cielo y una Madre en la tierra y que tiene dos generaciones. Una generación eterna en el seno de su Padre y una generación temporal en el seno de su Madre. Que esta Madre admirable no tiene sino un solo Corazón con su amabilísimo Padre por la unión muy íntima que el divino amor obra en esos dos Corazones. Escuchemos a ese gran obispo: “Puesto que el amor no tolera dos corazones en dos amantes, atribuimos un solo Corazón al Padre y a la Madre de Jesús a fin de que reconozcamos dos generaciones en el Hijo de Dios, y un Corazón único en dos amantes, el Padre y la Madre de este Hijo único y únicamente amado: Corazón único en esos dos



divinos amantes por el vínculo muy estrecho de un único y divino amor”.

Esto es lo que el primero de estos cuatro evangelistas del Corazón incomparable de la Madre del salvador nos anuncia en este punto. Debe causar en nosotros muy especial veneración hacia este Corazón admirable. Pasemos a escuchar lo que nos dice el segundo, el sabio y docto Gerson.

## II

Juan Gerson

Canciller de la universidad de París<sup>338</sup>

Este santo doctor, uno de las más ilustres lumbreras de la célebre universidad de París nos dejó grandes testimonios de su devoción muy singular a la Madre de Dios en diversos pasajes de sus libros, en especial en los eruditos y piadosos tratados que escribió sobre el Magnificat. Allí habla muy ricamente del sagrado Corazón de esta divina Virgen.

En la primera nos presenta la zarza ardiente que Dios hizo ver a Moisés en la montaña de Horeb como figura de ese mismo Corazón. En el capítulo tercero del primer libro

---

<sup>338</sup> Juan Charlier, conocido como Gerson por el lugar donde nació en 1363. Fue embajador de Francia en el concilio de Constanza. Luego se retiró a un monasterio de Lyon y fundó una escuela para niños. Murió en 1429.



vimos las relaciones maravillosas que se dan entre esta zarza asombrosa y este Corazón admirable.

“Aquí digo que admiro dos cosas en esta zarza como representaciones de las grandes maravillas que debemos honrar en la reina del cielo y en su divino Corazón, que son su origen y fundamento. La primera, la divina maternidad y la segunda, su purísima virginidad.

Su maternidad que no solo interesa a su virginidad sino que la consagra, la ennoblece y la hace más gloriosa. Está representada por el fuego que quema la zarza sin consumirla<sup>339</sup>.

Su virginidad está representada por las espinas de la zarza pues por ellas se nos da a conocer su mortificación que la fortalece y conserva.

Esas dos maravillas, maternidad y virginidad, toman su origen en el Corazón de nuestra Virgen pues por el amor y la humildad de su Corazón se hizo digna de ser, a la vez, Virgen y Madre de nuestro redentor”.

Lo segundo que Juan Gerson escribió acerca del Corazón virginal de la Madre de Dios trata de cómo es el verdadero altar de los holocaustos, en el que el fuego sagrado del amor divino arde continuamente, día y noche,

---

<sup>339</sup> *Tract. 9 super Magnif*, parte 1



sin cesar. Es la enseñanza del segundo evangelista del santo Corazón de la Madre de Dios. Paso ahora al tercero.

### III

#### Un santo abad de la Orden cisterciense<sup>340</sup>

El tercer evangelista del sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen es un santo y venerable abad de la Orden del Císter, llamado Nicolas de Saussay. Nos ofrece comentarios sobre varios hermosos y sublimes títulos de ese divino Corazón en una plegaria muy sentida que hace a este Corazón que citaré enseguida. Escucha lo que dice:

- Es espejo de la claridad y de la gloria de los ángeles.
- Es santuario de la divinidad consagrado por Dios mismo a la divina Majestad por el Espíritu Santo.
- Es el Santo de los santos, consagrado por el soberano pontífice de los cielos por su entrada inefable y maravillosa en él.
- Es arca de santificación que contiene los libros sagrados escritos por la mano de Dios.
- Es vaso de oro que contiene el maná del cielo, lleno de las delicias de los ángeles; encierra grato y magnífico festín, no

---

<sup>340</sup> Nicolás Salicet o du Sausset de la primera mitad del siglo XVI.



solo para la reina de los ángeles sino también para todos los habitantes del paraíso.

-Es sagrario inviolable de la santísima Trinidad y la celeste alcoba en el que la divinidad se unió a la humanidad por un santo beso de amor divino.

-Es copa preciosísima, colmada del dulce néctar de una fe viva y perfecta, de la que el Rey eterno, devorado por la sed de nuestra salvación, se ha embriagado santamente, cuando, luego del saludo del ángel, este Corazón virginal pronunció estas palabras: Yo soy la esclava del Señor; que se cumpla en mí tu Palabra, palabras que son fuente de nuestra salvación.

-Es hoguera ardiente del divino amor.

—Finalmente es paraíso de delicias del nuevo Adán.

Estos son los divinos elogios que tributa este santo abad al Corazón augustísimo de la reina del cielo. Te gustará de seguro escucharlo. Aquí tienes sus palabras:

Saludo al santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen



“Me dirijo a ti, María, espejo de claridad angélica. Le hablo a tu Corazón purísimo, Señora del mundo. Me prosterno ante ti, templo santo, con todos mis anhelos. Saludo desde lo más profundo de mi corazón tu inmaculado Corazón que fue el primero, bajo el sol, en recibir al Primogénito de Dios cuando salió del seno del Padre.

“Salve, singular santuario, que Dios mismo se consagró por obra del Espíritu Santo.

“Salve, Santo de los santos, consagrado por el pontífice supremo, cuando inefable y admirablemente hizo su entrada en él.

“Salve, arca santísima, que encierra la Escritura del dedo de Dios.

“Salve, urna dorada, que contiene el maná celestial, pleno de delicias angelicales. En ti hay banquete divino, en ti se concentran todas las delicias, en ti se sirven manjares medicinales y el sabor de todas las gracias.

“Salve, Corazón virginal, sagrario inviolable de la santa Trinidad, nobilísima alcoba en la que la divinidad se unió a la humanidad por ósculo de amo. Cólmate de gozo sempiterno.

“Tú, copa esmeraldina, cuyo resplandor nunca palidece, que diste a beber el néctar de una fe sin vacilaciones al supremo



Rey, sediento por nuestra salvación, en aquella misma hora en que recibiste el saludo del ángel hiciste escuchar aquella palabra buena: Yo soy la esclava del Señor; que se cumpla en mí tu Palabra. Te bendiga por siempre toda alma, María Madre dulcísima, y toda lengua alabe el gozo de tu sacratísimo Corazón, de donde brotó nuestra salvación, por siempre jamás.

“¡Oh hoguera donde arden los serafines! ¡Oh Paraíso de delicias! “¡Oh Corazón golpeado por tantos ímpetus de amor, Virgen bienaventurada, cuando el Espíritu vivificante de Dios como viento ardiente sopló sobre ti y atrajo hacia sí todo tu espíritu.

“Que sea bendito por siempre, oh María, tu Corazón nobilísimo, adornado con toda la sabiduría celestial, e inflamado con el ardor de la caridad, en el que, diligente y fidelísimamente, conservaste, meditándolos sin cesar, los sagrados misterios de nuestra redención que a su tiempo debían ser revelados.

“A ti alabanza, a ti amor, oh Corazón amantísimo, a ti honor, a ti gloria de parte de toda criatura por siempre jamás. Amén”.

#### IV

Bartolomé de los Ríos



El cuarto evangelista del sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen es un santo doctor de la Orden de San Agustín. Se llama Bartolomé de los Ríos. Nos enseña grandes temas sobre el santísimo Corazón de la Madre de Dios en diversos pasajes de los libros que escribió llamados Hierarchia mariana .

En el capítulo 26 del primer libro dice que nuestro salvador es una parte del divino Corazón de su dignísima Madre. En efecto, quien albergara pensamientos demasiado humanos sobre el amor incomparable de la dichosa Madre de Dios es señal de que no está persuadido de que la unión santa que el divino amor ha puesto entre su Hijo bienamado y ella es, sin comparación, más estrecha que la que une el corazón con el cuerpo y el alma con el corazón.

Además, en el capítulo 39 del libro quinto, afirma que el adorabilísimo Corazón de Jesús y el amabilísimo Corazón de María son dos fuentes inagotables, dos tesoros inestimables, de toda suerte de gracias para quienes los honren y acudan a ellos en sus necesidades. Enseña varios modos de honrar el Corazón venerable de nuestra divina Madre y de darle y consagrarle nuestro corazón.

En el capítulo 35 del libro quinto dice textualmente: “Debemos tener gran veneración y afecto muy particular al santísimo Corazón de la reina del cielo pues de ese Corazón



proceden los dos primeros hechos que dieron origen a nuestra salvación y por los que el misterio admirable de la encarnación se realizó”. El primero es la fe que esta bienaventurada Virgen dio a las palabras del ángel que le anunciaba lo más grande y difícil que ha acontecido jamás. El segundo es el asentimiento que ella dio a la encarnación maravillosa del Hijo de Dios en sus benditas entrañas.

Pone también ante nuestros ojos este dulce Corazón agobiado de una amargura y de una angustia inconcebible en el tiempo de la pasión de su Hijo, y del todo lacerado de las sangrientas heridas que este Hijo muy amado padeció en su cuerpo y en su alma. Nos presenta además el amor inexplicable con el que este muy buen Corazón de nuestro muy caritativa Madre ofreció y sacrificó este Hijo único, fruto bendito de su vientre, por nuestros crímenes y por la salvación de nuestras almas.

Luego nos presenta este Corazón admirable de la Madre de nuestro Redentor como celestial depósito en el que su maravillosa caridad nos ha preparado armas para defendernos de las cóleras de la ira de Dios. ¿Qué armas? Son sus muy ardientes oraciones que hizo y hace de continuo por nosotros. Ellas desvían la mano vengadora de la justicia divina, a menudo extendida para castigar nuestras ofensas.



Estas enseñanzas, con las que nos anunciaron los otros tres evangelistas precedentes, nos reclaman tener gran veneración y devoción muy especial al amabilísimo Corazón de nuestra divina Madre.



## CAPÍTULO III

***Doce apóstoles del divino Corazón  
de la gloriosa Virgen,  
iluminados por el Espíritu Santo,  
nos enseñan el celo y la devoción  
a este Corazón admirable***

Entre las Órdenes religiosas que hay en la santa Iglesia, no hay ninguna que se empeñe con mayor celo y ardor en el servicio y honor de la reina del cielo que la ilustre Compañía de Jesús. Ella trabaja de continuo en esta tarea con tres medios principales

Primero, sirviéndose de la congregaciones de Nuestra Señora, establecidas en sus colegios. Son academias de virtud y santidad y escuelas celestes en las que se aprende la ciencia de la salvación eterna, infaltable a quien profesa devoción sincera a la Madre de Dios.

Segundo, por el trabajo de sus predicadores apostólicos que proclaman las grandezas y alabanzas de esta Madre admirable en las extremidades de la tierra.

Tercero, por la pluma y los libros de gran número de sus hijos. Entre ellos se cuentan más de trescientos autores



ilustres que han consagrado sus plumas a las alabanzas de esta divina Madre.

Entre esos autores encuentro doce principales que son como doce apóstoles que nos anuncian las perfecciones admirables de este Corazón incomparable. Son ellos:

Empiezo por el muy piadoso y docto Francisco Suárez; el segundo, Osorio, uno de los primeros hijos de san Ignacio; el tercero, Canisio; el cuarto, Barradio; el quinto, el reverendo Padre Saint-Jure; el sexto, el reverendo Padre Binet; el séptimo, el reverendo Padre Poiré; el octavo, el reverendo Padre Barry; el noveno, Cristóbal de Vega; el décimo, Cornelio a Lápile; el undécimo, el Reverendo Padre Honorato Nicquet; el duodécimo, el reverendo Padre Juan Eusebio Nieremberg.

No pretendo citar todo lo que esos grandes teólogos escribieron sobre el Corazón augusto de la reina del cielo. Solo consigno algunos puntos principales para no aumentar el tamaño de esta obra.

I

Suárez<sup>341</sup>

Puedo afirmar sin hipérbole que este ilustre teólogo era un abismo de ciencia y un prodigio de piedad. De su ciencia

---

<sup>341</sup> Nació en Grenoble en 1548, murió en Lisboa en 1647. Profesor en Roma y Salamanca



nadie puede dudar. Su piedad era sobresaliente. La oración es fuente de la verdadera piedad. Pues bien, este santo doctor tenía tal afecto por la oración que prefería una hora de meditación que toda la ciencia del mundo. Para él su hora de meditación era más valiosa que toda su ciencia.

¿Qué nos dice este santo y sabio teólogo? Tres puntos dignos de consideración:

Primero, no temía decir que el amor a Dios de que este divino Corazón ardía, desde el primer momento de su vida, era más ardiente que el que ardía en el corazón del primero de los serafines, considerado incluso en su máxima perfección. De ahí es posible concluir que este Corazón, más que seráfico, de la reina de los ángeles tenía más amor a Dios, desde el primer momento de su vida, que todos los espíritus angélicos, puesto que el amor del primer serafín es más eminente y ardiente que el de todos los ángeles.

Segundo, este ilustre doctor escribe que toda la vida de la reina del cielo fue un ejercicio continuo de amor desde el primer momento hasta el último. Como amaba siempre a Dios con todo el vigor de su alma y de su Corazón, en toda la extensión de su gracia y animada por divino movimiento del Espíritu de Dios, su amor se duplicaba en cada hora. De modo que si en la primera hora tenía diez grados de amor,



en la segunda alcanzaba veinte, en la tercera cuarenta, etc.

Piensas, si es posible hacerlo, ¿qué hoguera de amor ardía en su santo Corazón en el último instante de su vida? Ciertamente, es incomprensible a toda mente humana.

Tercero, este santo teólogo nos enseña además en sus escritos que la bienaventurada Virgen, habiendo amado a Dios continuamente y sin interrupción durante todo el curso de su vida, sus actos de amor son incontables y que amó a la divina Majestad en cada momento de su vida y por cada acto de amor más que todos los santos lo amaron en su vida. Declara entonces que esta doctrina no es exclusiva suya sino que es conforme al sentir de los santos Padres, y que la compartió con varios y señalados teólogos de la universidad de Salamanca, que estuvieron de acuerdo con él.

¡Qué respeto y amor debemos tener a este Corazón incomparable que tuvo siempre tanto amor a Dios, y lo tendrá eternamente, mayor que el de todos los corazones de las puras criaturas!



## II

### Osorio<sup>342</sup>

Es uno de los primeros discípulos de san Ignacio. Nos hace ver tres clases de amor muy ardiente en el Corazón maternal de la bienaventurada Virgen hacia su amabilísimo Hijo.

El primero es su amor natural de madre. Es tan grande que cuando Dios nos quiere dar a entender la inmensidad de su amor a nosotros, nos lo presenta semejante al amor de una madre para su hijo. Nos asegura que hay más amor en su Corazón hacia nosotros que el que hay en el corazón de una madre al hijo que lleva en sus entrañas. ¿Es posible que se dé, dice a su pueblo, una madre que olvide al hijo que llevó en su vientre y que su corazón carezca de amor a él? Por mi parte nunca pasará, dice el Señor. Incluso si una madre pierde el recuerdo y el amor de su hijo, yo no te olvidaré jamás.

Es ciertamente grande el amor maternal si Dios lo compara con el amor infinito que él nos tiene. Pero este amor es mucho más ardiente en el Corazón de la Madre de Jesús hacia su Hijo. Jamás lo hubo semejante ni lo habrá en los corazones de todas las madres que ha habido y habrá en el mundo. Aquí hay un Corazón y un amor de padre y de

---

<sup>342</sup> Juan Osorio, de Burgos, nació en 1542, murió en Medina en 1594



madre a su Hijo. Es la Madre de un Hijo único, de un Hijo más santo, noble, sabio, perfecto y amable que todos los hijos de los hombres. Es la Madre de un Hijo que es todo corazón y todo amor para su Madre. Es una Madre que no teme excederse en el amor que profesa a su Hijo pues es su Dios, su creador, su redentor, su Hijo, su Padre, su soberano bien a quien nunca amará lo bastante.

El segundo amor de esta dignísima Madre a su amadísimo Hijo es un amor sobrenatural. Ese amor procede de la gracia y de la caridad que el Espíritu Santo ha infundido en su Corazón. Es conforme a su dignidad infinita de Madre de Dios y es en cierto modo infinito. Si el amor del apóstol san Pablo a su divino Maestro es tan ardiente que le hace pronunciar estas palabras: Vivo yo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí (Ga 2, 20) con cuanta mayor razón la Madre de este amabilísimo salvador puede decir: No tengo ni ser, ni vida, ni espíritu, ni corazón, ni alma en mí pues estoy del todo sumergida, absorbida y perdida en mi Hijo amadísimo que es mi ser, mi vida, mi espíritu, mi corazón, mi alma, mi todo por la virtud admirable de su amor divino que me ha transformado del todo en él.

El tercer amor de la Madre del amor hermoso a su muy querido Jesús; es un amor adquirido por la permanencia y la convivencia familiar que ella tuvo con él durante treinta y cuatro años de su vida en la tierra. Pues si la muy amable



presencia del redentor atraía tantas personas a su amor; si la mirada de su rostro benignísimo y muy amable llenaba los corazones de consuelo; si las palabras de vida que salían de su divina boca encendía un fuego tan grande en el corazón de santa Magdalena y de sus bienhadados apóstoles, ¿qué llamas de amor abrasarían el Corazón maternal de su queridísima Madre que le seguía por doquier; que jamás lo perdía de vista; que escuchaba todas sus predicaciones; que era testigo de todas sus acciones y que recibía de continuo de él nuevas muestras de su amor? Eran braseros ardientes que inflamaban siempre y en crecimiento continuo los fuegos celestiales que ardían en su divino Corazón.

¡Oh quién podría imaginarse, los incendios, los ardores, los fuegos de esta hoguera! Vengan, acudan, serafines; desciendan a esta hoguera del Corazón de María para alimentar en él, cada vez más, las llamas de su amor. Ven, san Lorenzo, vengan todos los mártires, para aprender a amar a quien tanto los ha favorecido al ponerlos en la primera fila de los muy amados de su Corazón. Podrán ver que la amable María amó más tierna y ardientemente a su querido hijo Jesús, cuando lo envolvía en pañales, cuando lo alimentaba con su seno, que lo que ustedes lo hicieron al derramar su sangre y al sufrir la muerte por él, pues ella hacía esas acciones con un amor por él que sobrepasa el de ustedes en mucho.



Osorio, maestro excelente, dice más cosas sobre el amor inconcebible del santísimo Corazón de la gloriosa Virgen a su muy amado Hijo. Pero cedamos el paso a otro de sus compañeros

### III

Canisio<sup>343</sup>

El doctor y piadoso Canisio nos dejó muestras claras de su celo y piedad a la Madre de Dios en sus preciados libros que escribió en su honor. En ellos dice mucho sobre ella en diversos pasajes. Alaba su amabilísimo Corazón. En su primer libro, capítulo 13, dice: “Si se trata del Corazón virginal de María, diré que es un Corazón purísimo y santo pues la primera que hizo voto de virginidad. Es un Corazón muy humilde pues por su humildad mereció muy especialmente concebir a nuestro adorable Emmanuel. Es un Corazón muy fervoroso pues estuvo muy abrasado de un amor increíble a Dios al prójimo. Es un Corazón muy atento y fiel en observar todo lo asombroso que pasó en la vida de nuestro amabilísimo Salvador”.

“¡Oh hermoso ejemplo de un corazón evangélico, proclama este ilustre autor, que guarda en sí, con sumo afecto y cuidado, los tesoros inestimables de la divina bondad, y los guarda para prodigarlos generosamente a todos los fieles!

---

<sup>343</sup> Pedro Canisius, nació en Nimega (Holanda) en 1521, murió en Friburgo de Suiza en 1597



¡Oh qué fuegos y llamas abrasaban este pecho virginal! ¡Oh qué alegrías, qué arrebatos transportaban este Corazón maternal cuando esta divina Madre llevaba este Hijo bienamado en sus brazos, lo contemplaba y amaba como a su Dios, su creador y redentor, su esposo, su Padre, su Hijo, su todo” .

“Si el santo anciano Simeón se colma de júbilo inexplicable cuando recibió en sus brazos a este amable redentor que hizo resonar el templo de Jerusalén con este divino cántico: Ahora puedes dejar a tu siervo, Señor, irse en paz según tu palabra, qué sentimientos, afectos, ternuras, éxtasis, júbilos, calideces sentiría el Corazón de la divina Madre! ¡Qué alabanzas, cánticos, acciones de gracias brotarían de sus labios angélicos! ¡Con qué amor y ardor abrazaría y apretaría a este Dios de amor, este Niño amadísimo de su Corazón contra su santo pecho! ”

Estos son los sentimientos de nuestro santo teólogo Canisio. Que ellos enciendan en nuestro corazón fuegos santos y gran celo y amor al Corazón admirable de la muy buena Madre.



## IV

Barradio<sup>344</sup>

Barradio, doctor y profesor de teología y uno de los primeros hijos de san Ignacio, al igual que Canisio de quien acabamos de hablar, nos proclama los divinos ardores y las llamas celestes del amor incomparable del Corazón maravilloso de la Madre de Dios.

Dice: “¿Quién podría explicar los esplendores, llamas y ardores del Corazón y de la voluntad de esta gloriosa Virgen? Escuchamos decir a san Juan que Dios es todo caridad y amor. Podemos decir igualmente que la Madre de Dios es todo amor y caridad. Cuando leemos en el Cantar: No despierten a mi muy amado, el texto hebreo y los Setenta dicen: No despierten la caridad o el amor. Y no es de admirar si esta bienaventurada Virgen, que ama a Dios tan ardientemente, es, en cierto modo, lo que Dios es, pues san Agustín nos advierte que el amor nos transforma en lo que amamos. Si amas lo terreno, eres terreno; si amas a Dios, eres Dios.

“Mientras los serafines ardían en el cielo, dice este excelente autor, el Corazón de la Virgen Madre ardía en la tierra con un fuego mucho más ardiente que el de los serafines. Sus llamaradas son llamaradas de fuego

---

<sup>344</sup> Sebastián Barradius, de Barradas, apóstol de Portugal /1542-1615)



crepitante, o según el hebreo, sus llamaradas son llamaradas de fuegos inflamantes: la llamarada de Dios. La caridad que ardía en el Corazón de la Madre del amor era caridad ardentísima en un Corazón extremadamente encendido en el fuego celeste del divino amor.

“Es fuego tan ardiente, continúa este santo doctor, que todas su llamas son rayos, centellas que infunden terror a los poderes infernales, los pone en derrota y los arroja lejos. Sí, dice san Bernardino de Siena, la caridad ardentísima del divino Corazón de María era terrible para los demonios y los arrojaba tan lejos que ni se atrevían a mirarlo.

“Con razón nuestra gloriosa Virgen está revestida del sol, es decir, de las llamas y los ardores de la caridad. No hay en ella nada oscuro ni tenebroso ni tibio, rodeada, impregnada y rebosante de luces y favores del amor celestial.

“La caridad tiene sus flechas, dice san Agustín. Tiene también sus heridas no mortales, tiene vida y dulcísima vida. Flechas que no matan sino que resucitan los muertos. Estoy herida de amor, así habla la bienaventurada Virgen. En su Corazón el amor divino agotó y disparó todas sus flechas. Nada dejó en su pecho virginal que no fuera lacerado con esas divinas heridas, dice san Bernardo.

“Dice san Agustín: la vida de cada uno es tal cual es su amor. Y san Dionisio, el Areopagita, pone a los divinos amantes en



éxtasis continuo. No tolera que perduren en sí mismos sino que sean transformados en su muy amado. Viven de su vida de modo que pueden decir con san Pablo: Vivo, no yo, sino que Jesucristo vive en mí. Los verdaderos amantes no se pertenecen, no viven en ellos ni para ellos sino que viven en Jesús, para Jesús, de la vida de Jesús. ¿Qué decir entonces de la Madre de Jesús, qué pensar, pues su Corazón estaba encendido en su amor más que los corazones de los ángeles y los santos?

Este apóstol del Corazón virginal de María nos anuncia estas verdades. Esforcémonos por obtener el fruto que debemos sacar, mediante cuidadosa imitación del amor y de la Caridad de nuestra Madre amabilísima.

## V

Juan Eusebio Nieremberg<sup>345</sup>

Es el quinto apóstol del amabilísimo Corazón de nuestra muy buena Madre. Nos enseña con ardor sin igual su amor inconcebible a nosotros y el celo ardiente que debemos tener en honrarla. Leamos sus palabras en el capítulo 14 de su libro La amable Madre de Jesús.

---

<sup>345</sup> Juan Eusebio de Nieremberg, de familia alemana, nació en Madrid en 1590 y murió allí en 1658



“Aunque por un imposible la bienaventurada Virgen no nos tuviera ningún amor y no estuviéramos obligados a responder al amor y ternura de su Corazón, hay infinidad de otras razones que nos comprometen a amarla con todas nuestras fuerzas. Sin hablar de todas las gracias recibidas de su bondad y de los bienes que nos hace a cada momento, nos bastaría saber que nuestro salvador le ha asignado en cierto modo todas nuestras deudas y las ha puesto en su lugar para que los hombres le rindan el honor, respeto y gratitud que el exceso de su caridad le ha inspirado. Sería muy estúpido y tener demasiada insensibilidad si no nos moviera motivo tan poderoso. ¿Será posible que haya alguien tan duro para rehusar a este amable redentor la satisfacción que espera de nosotros al amar a su dignísima Madre? Es, pues, evidente que nuestros corazones pertenecen a la Madre de Jesús, después de su Hijo, y que ella tiene derecho a todo el afecto de que somos capaces. Debemos amarla, pero amarla ardientemente, incluso si, por un imposible, no nos hubiera hecho bien alguno y aunque nada esperáramos de ella, simplemente porque su Hijo quiere que la amemos.

“Añadamos otra muy poderosa consideración. Su Corazón maternal tiene para nosotros ternuras indecibles. Busca toda ocasión para colmarnos de favores. Lo que en nuestro medio hace que se nos dé un presente digno de estima es el



afecto que encontramos. ¿Cuál es la causa de todo el bien que nos ofrece la bienaventurada Virgen sino su Corazón maternal, del todo encendido en amor a nosotros? ¡Tu bondad, oh Virgen sacratísima, y el amor a nosotros de que rebosa tu Corazón marcha al compás de tu maternidad! Podemos decir que el gran provecho que sacas de ser Madre de Dios es que no conoces límites al amor que profesas a la humanidad, y que no usas del crédito que tienes ante tu Hijo y el poder que te ha dado sobre sus tesoros sino para enriquecernos”.

Saquemos unas consecuencias: La bienaventurada Virgen es casi infinitamente elevada por encima de todas las criaturas y sobrepasa en santidad a todos los habitantes del cielo; ama también a los pecadores con mayor ardor y ternura que el que les tienen todos los bienaventurados juntos. ¡Oh gracia incomprensible, oh favor que nunca podremos estimar lo bastante! ¡Oh cómo es de grato pensar que estamos bien adentro en el Corazón sagrado de la Madre de Jesús! ¡Qué gozo y consuelo estar seguros de que la reina del cielo, la Madre de Dios y la soberana de los ángeles y de los hombres nos mira como a sus hijos; que su amor no tiene límite ni medida, y que todas las madres del mundo nunca han tenido ternura semejante a la que nos tiene en su Corazón.



Es seguro que la Madre de Dios es por su naturaleza bienhechora y que su santísimo Corazón rebosa de dulzuras y ternura. Pero hay que añadir que la bondad que Dios ha querido distribuir en sus criaturas, para que cada una tenga lo que le es conveniente, se encuentra felizmente reunida en el Corazón incomparable de esta divina Virgen; no es de admirar entonces que produzca efectos tan admirables. La inclinación maravillosa que tiene de distribuir generosamente sus tesoros nos hace encontrar acceso fácil y seguro a ella aunque no fuéramos lo que en realidad somos para ella y que su Hijo no hubiera sufrido la muerte para redimirnos. Pero cuando nos mira como a sus hijos y recuerda el compromiso que tiene de amar todo lo que su Hijo ama, no puede fijar límites a su amor; su Corazón, lleno de amor, se ve como forzado por suave violencia a prodigar profusamente su amor. Como ama únicamente a su Hijo Jesús y todo lo que él amó le es en extremo precioso, no puede impedirse amarnos ardientemente cuando nos contempla en el Corazón de este Hijo amadísimo y considera que derramó su sangre para lavar nuestros crímenes. En una palabra, nos ama tanto cuanto ama la sangre y la vida de su Jesús.

Existe otro motivo de este amor de la bienaventurada Virgen a nosotros. Sabe bien que somos la ocasión de su gloria y de su devoción. En efecto, nuestra desgracia fue la



fuentes de su bienandanza. Una santa religiosa de nombre Elisabeth, luego de suplicar a Nuestro Señor que le hiciera conocer cuales eran las ocupaciones ordinarias de su divina Madre durante el tiempo de su infancia, le reveló que siendo ella todavía niña, aunque aún no conocía el gran designio que la haría su Madre, no cesaba de ofrecer de continuo sus oraciones por toda la humanidad, rogando a Dios de todo corazón, que se apiadara de todo el género humano y viniera pronto a la tierra para realizar la obra de la redención.

Cuánta gratitud debemos a esta muy buena Virgen por haber comenzado tan temprano a hacernos bien. Pues se ocupó con tanto ahínco por nosotros, en un tiempo en que al parecer nuestros intereses no debían motivarla mucho, ¿qué pensamos que hubiera hecho cuando se vio Madre de Dios? ¿Con cuánta redoblada caridad no trabajó por nuestra salvación cuando vio a su Hijo amadísimo sufrir tormentos tan despiadados y muerte tan cruel por nuestra salvación? No cabe dudar que, pues nuestra salvación le era más querida que su propia vida, no hubiera entrado en los sentimientos de su amor a nosotros.

No es posible imaginar nada más extraordinario que la bondad prodigiosa del Padre eterno por nosotros, al sacrificar por sus enemigos a su propio Hijo, que era su gozo y sus delicias. Es necesario admitir que la caridad de la



bienaventurada Virgen a nosotros resplandeció de manera admirable cuando ofreció tan valerosamente a este mismo Hijo a la muerte, y a muerte de cruz, para abrirnos el camino del cielo. ¡Qué bondad! ¡Qué excesiva caridad al amar tanto a los pecadores que consintió la muerte de su propio Hijo pues se trataba de su salvación!

Ciertamente María nos dio a su Hijo único al traerlo al mundo; nos lo dio cuando lo expuso al rigor de la circuncisión; nos lo dio al presentarlo en el templo cuarenta días después de su nacimiento; nos lo dio cuando lo libró de las manos del cruel Herodes que intentaba masacrarlo; nos lo dio cuando asintió a su resolución de sufrir por nosotros la más cruel de las muertes; finalmente nos lo dio cuando, viéndolo en manos de sus enemigos, atado como un bandido, arrastrado ignominiosamente por la calles de Jerusalén, acusado injustamente, burlado, despreciado, abofeteado, cubierto de inmundicias, magullado de golpes, azotado con crueldad inaudita, coronado de espinas, cargado con pesada cruz, amarrado a esa cruz, y ella no profirió palabra alguna ni mostró la menor queja contra los verdugos y los pecadores.

¡Virgen santa, cómo es de maravillosa tu bondad! Nos descubres la ternura y el amor que colma tu Corazón. Por nosotros sacrificaste al que te es infinitamente más querido que tus entrañas. Imposible comprender perfectamente el



exceso de tu amor y con qué ardor tu Corazón muy benigno y generoso trabajó por nosotros en esa ocasión. ¡Qué bondad sin igual! ¡Qué amor incomprensible! ¿Cómo encontrar bajo el cielo, e incluso en el cielo, una criatura tan llena de caridad como esta preciosa Virgen? Como lo atestigua san Anselmo, la divina María tenía deseo tan ardiente de que los hombres fueran redimidos que si no hubiera habido verdugos, ella misma hubiera atado a su propio Hijo a la cruz para demostrar al Padre eterno que tenía sumisión total a sus voluntades y amor inefable por los pecadores. Imposible dudar de que su obediencia a la divina voluntad era más perfecta que la de Abrahán cuando al recibir la orden de sacrificar a su querido Isaac se dispuso al punto a ejecutar ese mandato y levantó el brazo para darle el golpe mortal. Si ese santo patriarca estuvo presto a degollar a su hijo para obedecer a Dios, la Madre del salvador, al inmolar por nosotros a un Hijo infinitamente más digno y precioso que el de Abrahán nos testimonió amor más fuerte y ardiente que el que Abrahán mostró ante la mirada de Dios.

Estas son las palabras del quinto apóstol del Corazón de nuestra divina Madre. Nos enseñan las obligaciones indecibles que tenemos de honrar este santísimo Corazón tan lleno de bondad y amor a nosotros.



## VI

Reverendo Padre Juan Bautista Saint-Jure<sup>346</sup>

Muy piadoso y santo autor que trata del amor inconcebible que la Madre del salvador tenía a su Hijo bienamado en el libro que escribió sobre el Conocimiento y el amor de Nuestro Señor. En él habla así:

A todo lo largo de los siglos jamás se ha encontrado padre o madre que hayan tenido tanto amor por su Hijo como el que tuvo por Nuestro Señor la bienaventurada Virgen. Lo amaba como a verdadero Hijo y como a Hijo único. Si el amor de un padre y una madre a su hijo, aunque sea compartido, es sin embargo excesivo, a qué grado de ardor podrá subir el amor de una Madre que hace de padre y madre para su hijo.

En verdad esta divina Madre no podía no tener amores inefables a su Hijo a causa de las perfecciones admirables que observaba en él. Cada una de ellas podía incendiar con fuegos grandes los corazones más fríos. Lo contemplaba no con la pasión de una madre ciega sino con las luces de la más pura razón. Era el más hermoso de los hijos de los hombres, dulcísimo, gracioso, juicioso, discreto, respetuoso,

---

<sup>346</sup> El padre Juan Bautista de Saint-Jure, nació en Metz en 1588 y murió en París en 1657



obediente y dotado de todas las calidades que pueden hacer amable a un hijo. Sabía además que era el creador del cielo y de la tierra, el reparador del género humano y el Dios viviente. ¡Qué vigorosos puntos para fundar el amor! Si vemos madres, encantadas y ufanas por el amor que tienen a sus hijos, a los que aman apasionadamente aunque sean jorobados, cojos, maltrechos y cubiertos de defectos, ¿qué amor no sentiría el divino Corazón de la Madre de Jesús, a su Hijo que sobresalía en todas las perfecciones posibles? Añadamos el conocimiento que tenía de las gracias y favores muy particulares de los que su Hijo la había colmado al escogerla entre todas las mujeres para que fuera su Madre, y Madre Virgen, y Madre de Dios. La elevó así por encima de todas las criaturas; la estableció como reina de todos sus estados y la convirtió en la más admirada obra maestra de cuantas salieron de su mano omnipotente.

Además, lo que encendía el amor del sagrado Corazón de la gloriosa Virgen a su Hijo, era el trato que tenía con él de continuo durante todo el curso de su vida; la maravillosa conformidad de sus temperamentos y de sus maneras de actuar; la complacencia mutua de sus voluntades; las divinas palabras que brotaban de los labios adorables de su Hijo bienamado; la perfecta semejanza que tenía con su santísima Madre pues había sido formado de ella enteramente y no tenía nada de cuanto respecta a las



cuatro calidades y a los cuatro temperamentos en lo que concierne a lo material que no hubiera salido de sus purísimas entrañas.

Todo esto es poco si se considera lo que expreso en seguida. Puesto que la sagrada Virgen gozó del uso de razón y del conocimiento del Mesías que debía venir, desde el momento de su concepción, el Espíritu Santo llenó su Corazón de un amor tan ardiente hacia su divina Majestad, amor que fue creciendo prodigiosamente a cada momento de su vida. No existen palabras para expresarlo ni pensamiento capaz de concebirlo, pues esta Virgen incomparable, habiendo tenido acá abajo más gracias ella sola, según el parecer de varios grandes teólogos, que las de los ángeles y los hombres juntos, es necesario concluir que ella sola tuvo más amor que todos ellos y que si los fuegos de ellos fueron fuegos de calor, los suyos deben ser considerados incendios y abrasamientos.

Luego de todo esto ¿es posible agregar algo del amor inexplicable del Corazón admirable de la Madre de Jesús hacia su Hijo amadísimo y consiguientemente hacia nosotros? Ya que este divino salvador nos asegura que nos ama como su Padre lo ama, ella nos puede decir igualmente, y de hecho nos lo dice, dados todos los efectos de su bondad a nosotros, como mi Hijo me amó así los amo yo.



## VII

Reverendo Padre Esteban Binet<sup>347</sup>

Es el séptimo apóstol del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Demostró el gran celo que tenía por el servicio de la Madre de Dios en el excelente libro que escribió para su alabanza y que tituló Las soberanas perfecciones de la santa Virgen, Madre de Dios. Apunta en él varios temas muy favorables a la gloria de su divino Corazón. Veamos cómo lo hace en el capítulo 20 de su libro.

¿Quieres saber con verdad, por qué soy feliz? Porque el amor todopoderoso de mi Dios se complació en ejercer su poder en mi Corazón y puso en él su imperio con obras grandes y soberanas. Derramó en él un diluvio de gracias y liberalidades, y todo, no por mí sino para gloria de su santo nombre. Nada tuve que decir sino dejar que su voluntad se cumpliera.

Estos serán los sentimientos que esta Virgen sacratísima albergaba en su Corazón en todo lo cuanto le acontecía. Cuando el arcángel san Gabriel le anunció que concebiría al Hijo de Dios le respondió: Soy la esclava del Señor; que se cumpla en mí su palabra. Sin embargo, en ese momento sufrió uno de los mayores martirios que soportó en su vida, según opina san Bernardino, pues hubiera preferido morir

---

<sup>347</sup> El padre Esteban Binet nació en Dijon en 1568 y murió en París en 1639



mil veces antes que dar a san José ocasión para sospechar algo en contra de su felicidad; con todo no pronunció palabra alguna y dejó que siguiera el curso de la divina Providencia. Es cierto, entonces, que una Virgen, y tal Virgen, esposa de tal esposo, verse encinta, saber que su esposo la conocía, que padecía en su alma una pena increíble, sin saber qué decir al respecto, y que tenía motivos, no conociendo todo, para terribles sospechas, ella que vivía todo esto y que era en extremo sensible al pudor virginal, que podía sanar todo esto con una palabra y librar a san José y librarse ella misma de esta experiencia picante; sin embargo jamás dijo algo sino que prefirió sufrir en silencio esta confusión que le era más dolorosa que la muerte. ¡Qué conformidad total a la voluntad divina! ¡Qué suplicio intolerable! ¡Que abandono total a los caminos de Dios! Fue necesario que san Gabriel de nuevo viniera desde el cielo para advertir a san José, abrirle el arcano del acontecimiento y sacarlo de su pena!

Pasó lo mismo en la pasión de nuestro salvador. Todo el mundo estaba confabulado en su contra. El mismo Padre eterno lo tenía abandonado. Ella no abrió sus labios para decirle alguna palabra de consuelo, ni para darle un adiós en el momento de morir, ni para agradecerle a Juan, a quien le daba para que ocupara su puesto en su ausencia. ¡Oh qué terrible suplicio para esta Madre, guardar silencio en



semejante ocasión! No dijo palabra porque la santa voluntad de Dios y el divino amor que habían establecido su imperio en su Corazón le cerraban sus labios y la reducían al silencio.

Este es el sentir de nuestro sabio y piadoso autor. Luego de decir en el capítulo 26 que este Corazón virginal es el libro de vida en el que los nombres de los predestinados están escritos, añade:

Quien quiera ver, dice Cardan, lo que acontece en el cielo debe poner en tierra un espejo dirigido en línea recta a otro espejo dirigido hacia el cielo. La relación de los rayos enviados hace ver en la tierra lo que pasa en el cielo y en el cielo lo que sucede en la tierra. El Corazón de nuestra Dama es un espejo límpido y un cristal todo de fuego, espejo tan ardiente y hermoso y que contiene todo el cuanto es posible decir al Corazón de Dios. Por ello Es cierto, por ende, que es posible ver claramente en el Corazón de la bienaventurada Virgen gran parte de cuanto se verá un día en el Corazón de Dios, libro de vida en su original, del que el Corazón sagrado de la divina María es compendio y extracto auténtico. ¡Oh qué gran consuelo para los verdaderos servidores de esta soberana Señora estar inscritos en ese libro celeste, es decir, en el su amabilísimo Corazón!



Añado otro punto del mismo autor sobre el santísimo Corazón de la gloriosa Virgen del que habla en el capítulo 21 de su libro, al explicar estas palabras: María conservaba todos estos acontecimientos considerándolos en su Corazón.

Ella se regocijaba en su alma, dice, al rememorar las palabras de su Hijo y de los misterios de su vida divina. De ellos disertaba en su interior ejercitando todas sus potencias dentro de su Corazón. Preciosamente recogía todo lo vivido en su corazón. De ello también hacía santas y tiernas comunicaciones. Su memoria le proporcionaba lo que debía decir, el entendimiento discurría propósito, la voluntad se enardecía y todos sus afectos ardían de un amor increíble hacia su Jesús. El alma, el Corazón, el cuerpo contribuían plenamente a todo. El paraíso se alojaba en su Corazón cuando lo rumiaba todo deliciosamente. Se entiende que todo el consuelo que existe en este mundo y el más sólido, está en meditar la santa Palabra de Dios, gustarla y saborearla tranquilamente, pasándola y repasándola mil veces en el alma para sacar de ella el secreto de la verdadera devoción. Nada hay de más poderoso como la Palabra viviente y penetrante del Dios viviente. Las palabras humanas no hacen más que halagar el oído. Las de Dios atraviesan el corazón, lo abrasan y lo encienden. San Ambrosio nos asegura que la



bienaventurada Viren meditaba perpetuamente las palabras de su Hijo y los misterios de su vida, que incluso continuaba su meditación mientras dormía, repasando lo que meditaba mientras velaba.

## VIII

Reverendo Padre Francisco Poiré<sup>348</sup>

Si nuestro adorable salvador puso una preciosa corona de oro en la cabeza de santa Teresa mientras estaba todavía en este mundo, por el servicio notable que había prestado a su santa Madre, no hay que dudar que haya coronado gloriosamente en el cielo al reverendo Padre Francisco Poiré, de la santa Compañía de Jesús, por el servicio muy considerable que prestó a su divina Madre al publicar el hermoso libro que hizo en su elogio y que tituló La triple corona de la bienaventurada Virgen. En él, entre los medios y recursos que enseña para honrarla, amarla y servirla, propone uno muy atractivo y fácil. Tener afecto cordial a su sagrado Corazón. Así lo expresa:

No encuentro nada más santo y útil para un alma que ama en verdad a Nuestro Señor y a su santa Madre que la llamativa y bella lección que dio a santa Matilde. Le descubrió los tesoros de bondades y gracias ocultos en dos Corazones, los más santos que jamás hayan existido. Los

---

<sup>348</sup> El padre Francisco Poiré nació en Vesoul en 1584 y murió en Dôle en 1637



podemos llamar justamente dos fuentes vivas de todos los bienes, y le enseñó además el medio para recurrir a ellos.

El primero es el Corazón inflamado del gran rey Jesús, príncipe único de amor, al que aprendió a saludar de muchas maneras y a tener con él los más dulces encuentros. Sacó tal provecho de ello que decía un día, muy ingenuamente como sucede con las almas santas, que si las gracias que había recibido practicando este ejercicio estuvieran escritas habría tema para un grueso volumen.

El segundo es el Corazón de la Madre de amor. Le fue entregada llave un día y con ella el poder de entrar cuantas veces quisiera. Como durante el adviento deseaba hacer algo agradable a la santa Virgen, este divino salvador se le apareció y le dio la novedosa y más excelente práctica de amor a que un corazón se pueda habituar, y fue saludar al amabilísimo Corazón de su bienaventurada Madre de la manera como dijimos en el capítulo primero del libro cuarto. Luego este ilustre autor habla así:

“¡Oh quien hubiera encontrado esta rica mina para extraer la verdadera semilla del oro celestial! ¡Cómo se haría de rico bien pronto de todas las gracias! El profeta rey dijo un día una palabra llena de increíble bondad. Considerando los favores incontables que Dios le había hecho, y aun más, los que recibiría en adelante, de tal manera se conmovió que la



abundancia de su afecto le sugirió un lenguaje totalmente nuevo. Dijo: Señor mío, ahora tu servidor ha encontrado su corazón para presentarte esta oración (2 Sm 7, 27). Por lo que a mí toca, luego de haber encontrado estas tiernas y amables palabras, iba hablando conmigo mismo. ¿Qué, no encontraremos jamás el nuestro para amar Corazón tan amable que no sea el de la Madre de Dios? ¡Estará por siempre perdido en los cuidados espinosos de lo terrenal y temporal, en los atractivos engañosos de los placeres del mundo y en las pretensiones imaginarias de la vanidad? ¿Se dejará llevar siempre del vaivén de los afanes del mundo? ¿Estará siempre ahogado en la preocupación angustiosa de esta vida? ¿Se mantendrá siempre alejado de sí mismo y del verdadero reposo que le sea imposible detenerse? ¿Hasta cuando se entretendrá en menudos afanes y en juegos de niños? ¿Llegará el día en que pueda gustar las delicias de las almas escogidas y encontrar su gozo en lo que le da verdadero contento? ¿Se resolverá a unirse por afecto a este sagrado Corazón donde beberá bienes y dichas infinitas? Santa Madre de amor, este es mi único anhelo. Pero ¿cuál es el medio para llegar a tu Corazón sin ser atraído a él por sí mismo? Rompe tú los lazos que me tienen amarrado; despégame de mí mismo y de cuanto me impide llegar a ti; para ti quiero ser, después de Dios; confío que me darás el medio de realizarlo.



Estas son las palabras del autor de la Triple Corona de la bienaventurada Virgen, y el invento santo que nos da para servirla y honrarla: afecto cordial a su santísimo Corazón.

No es el único que nos propone este medio. El reverendo Padre Juan Suffren, jesuita, uno de los más elocuentes predicadores de este siglo y que fue ejemplar extraordinario de virtud y santidad en nuestros días, al hablar de los deberes que hay que tributar a la bienaventurada Virgen indica éste en primer término: amar y honrar su sagrado Corazón como Nuestro Señor lo enseñó a santa Matilde.

## IX

El reverendo Padre Pablo Barry<sup>349</sup>

Es el noveno apóstol del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. En su libro *El Paraíso abierto a Filagia*<sup>350</sup>. Escribió una octava de devociones para la fiesta de este divino Corazón, y en su libro de Meditaciones presenta ocho, para el día de la fiesta y para la octava de este mismo Corazón. Dice así:

-Que es un Corazón real, es decir, noble, generoso, magnífico y digno de la realeza de todos los corazones.

---

<sup>349</sup> El Padre de Barry murió de 74 años en 1661 en Avignon

<sup>350</sup> Colección de cien devociones a María. Pascal ataca esa obra en las Provinciales



-Que es un Corazón del todo santo, y el más santo de los corazones santos.

-Que es el Corazón de la santa Iglesia y que incluso lo llama su Corazón con estas palabras: Yo duermo pero mi Corazón está en vela (Cantar 5, 2), y que Dios es más admirable en el solo Corazón de María, su Madre, que en el de todos los santos.

-Que es un Corazón generoso y magnífico, dispuesto siempre a hacer el bien a todos y semejante al de su Hijo, que da cuanto se le pide y más de lo que se le pide, como lo hizo en las bodas de Caná; dio una gracia que no le había sido pedida. Al respecto afirma san Bernardo, ¿si hizo esto sin ser invitada qué no haría si hubiera sido invocada?

-Que es un Corazón muy perfecto pues es Corazón según el Corazón de Dios, que hace todas sus voluntades constante, santa y fielmente.

-Que el Corazón de María mereció ser el lecho de reposo de la santísima Trinidad como dice san Buenaventura.

-Que es un Corazón tan lleno de bondad y caridad hacia nosotros que está perpetuamente atento a trabajar en nuestra salvación eterna y piensa sin cesar en hacernos el bien. Hay buenos autores que afirman que la bienaventurada Virgen tuvo tanta bondad con los hombres



que hizo voto a Dios de hacer todas sus acciones por su gran gloria y por la salvación de las almas. Con sobrada razón su Corazón merece este elogio de san Buenaventura: Tesoro de bondad.

-Que es el más humilde de todos los corazones después del Corazón de Jesús, y, que por la humildad de su Corazón, atrajo al rey del cielo a la tierra, según dice Ricardo de San Lorenzo.

-Que finalmente el Corazón de la Madre de Dios es un Corazón que es todo corazón y todo amor. El santo cardenal Pedro Damián llama a san Pablo, por la excelencia de su amor, el hijo del sol y el corazón del amor. Puede decirse que si el amor tuviera un corazón, María sería ese corazón. De suerte que, mucho más que san Pablo, ella es no el hijo o la hija sino la Madre del Sol y el Corazón del amor.

Convenía que María tuviera un Corazón que fuera todo corazón y todo amor. Era necesario que la esposa fuera semejante al esposo. Por ello el Espíritu Santo la llama amor: Hijas de Jerusalén, cuiden de no despertar a mi bienamado. Otro texto trae: despertar el amor, como si quisiera decir: Mi esposa es todo amor y más amable que todas las criaturas juntas, dignas de ser amadas, pero no iguales a esta que es amable como el amor, y es el amor mismo.



María debía ser la Madre del totalmente amable, es decir de Jesús, el todo corazón y el totalmente amable. Era necesaria tal Madre para tal Hijo, y que sus corazones fueran semejantes. Sin embargo algunos nos dicen que el elogio de Madre admirable, Mater admirabilis, que decimos en las letanías, según el sentido de la palabra latina, no significa solo la Madre amable sino más aún la Madre del Amable, pues esa palabra puede entenderse como caso genitivo: Madre amable porque Madre del Amable.

## X

Cristóbal de Vega<sup>351</sup>

Este gran teólogo nos dejó pruebas valiosas de su celo ardiente en el servicio y honor de la reina del cielo. En su hermoso libro Teología mariana, trata santa y doctamente todas las materias teológicas que conciernen la vida, misterios, virtudes y excelentes privilegios de la Madre de Dios. No pasa por alto su Corazón admirable del que habla maravillas entre las que solo citaré dos principales.

La primera es que esta gloriosa Virgen no tiene sino un Corazón con el Padre eterno pues le raptó su Hijo único y bienamado, que es su Corazón. Lo sacó de su seno paternal para traerlo a su seno virginal. Entró a lo más íntimo de las entrañas de misericordia del Padre, dice san Alberto el

---

<sup>351</sup> Cristóbal de Vega nació en 1595 en Tafalla, Pamplona de Navarra, murió en 167



Grande, y extrajo del Corazón al Hijo único y unigénito. Podría decirse: raptó el Corazón y las entrañas de este Padre adorable (es decir a su Hijo) para dárnoslos. En efecto, el Hijo, el Corazón y las entrañas del divino Padre son una misma realidad y por tanto cuando esta Virgen incomparable raptó a su Hijo para dárnoslo, raptó por consiguiente su Corazón y sus entrañas para dárnoslos, según dice san Zacarías: Nuestro Dios nos ha visitado por las entrañas de misericordia, es decir: por su Hijo.

La segunda enseñanza de nuestro ilustre teólogo acerca del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen es que raptó el Corazón y las entrañas del Padre santo por la fuerza admirable de tres virtudes principales que este Corazón virginal posee en grado soberano. Primero, su humildad muy profunda según su palabra: Soy la esclava del Señor. Comenta san Bernardo: Concibió por humildad. Segundo, su fe muy viva y perfecta: Dichosa tú que creíste. Tercero, su amor purísimo y ardoroso que tomó, según algunos como vimos antes, del Corazón de la divina María una pequeña porción de su purísima sangre para emplearla en la concepción y formación del fruto adorable de su vientre virginal.

Este es el discurso de nuestro gran teólogo, décimo apóstol del santísimo Corazón de la Madre de nuestro redentor.



## XI

El reverendo Padre Honorato Nicquet<sup>352</sup>

Este muy digno hijo de san Ignacio de Loyola merece ocupar puesto entre los apóstoles del amable Corazón de la Madre de Dios. Compuso tres excelentes libros en alabanza de esta gloriosa Virgen. El primero se llama Elenco Mariano. Contiene los principales elogios que la santa Iglesia y los santos Padres le atribuyen. Fue impreso en Ruan por Lorenzo Maurry. El segundo es la Iconografía Mariana. Se honra con las sagradas imágenes de la reina del cielo. Igualmente impreso en Ruan por Juan Tieucelin. El tercero es El Siervo de María, también impreso en Ruan por Ricardo l'Allemand. En la segunda edición de este libro este santo religioso predica con entusiasmo la veneración del Corazón incomparable de la Madre del salvador y asegura de esta devoción:

-que se funda en una antigua devoción a este santo Corazón, de la que hablan varios autores;

-que fue objeto de especial recomendación al beato Herman, religioso dominico, y a santa Gertrudis, religiosa de san Benito, y que incluso Nuestro Señor la recomendó a santa Matilde, religiosa de la misma Orden;

---

<sup>352</sup> Padre Honorato Nicquet, nació en Avignon y murió en 1667



-que este Corazón maravilloso de la bienaventurada Virgen nunca se ocupó en cosa distinta de pensar en Dios, y de amarlo, no respirando de continuo en todo y toda suerte de encuentros, sino su mayor honor;

-que el sueño corporal de la misma Virgen no impedía los diálogos amorosos de su Corazón con Dios;

-que este admirable Corazón, al decir del devoto y sabio canciller de la universidad de Paris, era una zarza ardiente que ardía sin pausa con el fuego divino de ardiente caridad sin consumirse;

-que es el más alto trono del amor divino que jamás se levantó la santa Trinidad sea en el cielo sea acá abajo en la tierra.

Todo esto lo pronuncian los labios de un auténtico hijo de la Madre de Dios a quien profesaba afecto singular y de quien puedo afirmar que vivió y murió en olor de santidad. Ojalá encienda este testimonio en nuestros corazones un ardor extraordinario al sagrado Corazón de nuestra muy buena Madre.



## XII

Cornelio a Lápide<sup>353</sup>

Es el duodécimo apóstol del divino Corazón de la Madre de Jesús. Se distinguió maravillosamente por sus comentarios, plenos de ciencia y piedad sobre la casi totalidad de los libros de la Sagrada Escritura. En ellos se complace en publicar las excelencias de la gloriosa Virgen y nos anuncia en varios pasajes las maravillas del amor incomparable de su Corazón. Copio su explicación de la palabras del capítulo octavo del Cantar: Es fuerte como la muerte el amor. Dura como el infierno la emulación.

“El amor es fuerte como la muerte, primero, porque hace que los divinos amantes mueran por entero al pecado, al mundo, a sí mismos y a todas las cosas para que vivan en aquel y para aquel que aman más que a sí mismos en todas las cosas.

“Segundo, el amor es fuerte como la muerte porque los que aman a Dios con todo su corazón desean ardientemente derramar su sangre y sacrificar su vida por su amor como lo han hecho tantos millones de mártires.

“Tercero, el amor es fuerte como la muerte y como el infierno. Pues, como nadie resiste a la muerte y al infierno,

---

<sup>353</sup> Corneille de La Pierre nació en Bélgica y murió en Roma a la edad de 71 años en 1637



nada hay tampoco que pueda vencer al amor. Y como el infierno no libera jamás a los que están bajo su posesión así el perfecto amor no abandona jamás las almas que posee enteramente. Dice san Pablo: ¿Quién me separará del amor de Jesucristo? ¿Será la tribulación? ¿Será la angustia? ¿Será el hambre? ¿Será la desnudez? ¿Será el peligro? ¿Será la persecución? ¿Será la espada? Etc. Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los Principados, ni las cosas presentes, ni las cosas por venir, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios que está en Jesucristo Nuestro Señor (Ro 8, 35-39).

“Cuarto, el amor es fuerte como el infierno, porque como el infierno no perdona a los que están sumergidos en sus llamas devorantes, así los que arden en los fuegos sagrados del amor divino no ahorran ni sus bienes, ni su cuerpo, ni su salud, ni su reposo, ni su tiempo, ni sus satisfacciones particulares, ni nada de cuanto poseen cuando está en juego el servicio y la gloria de su bienamado.

“Finalmente el amor es fuerte como el infierno, porque enciende de tal manera algunas almas cristianas con sus divinos ardores que las pone en disposición, y más aun en deseo, de sufrir todos los tormentos del infierno a cambio de la salvación de las almas que han costado la preciosa sangre del Hijo de Dios.



“Santa Catalina de Siena deseaba que la puerta del infierno fuera taponada con su cuerpo, y que permaneciera totalmente cerrada en adelante para todas las almas.

“El beato hermano Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, se ofreció a Dios con ardiente caridad para sufrir por toda la eternidad todos los tormentos del infierno a fin de contribuir a la salvación de algunas almas. En compensación Dios le hizo ver en un éxtasis a todos los hombres y mujeres de la tierra, que le declararon que había hecho algo muy agradable a Dios con el celo ardentísimo que tenía por la salvación, como si los hubiera convertido.

“El beato Jacopon, en tiempos de Bonifacio VIII, que de célebre abogado que era se hizo hermano en la Orden de san Francisco, estaba tan encendido en amor de Dios y en celo de la salvación de las almas, que deseaba, si así hubiera sido el deseo de su divina Majestad, sufrir primero todos los suplicios de la tierra, y en seguida, todos los tormentos del infierno a fin de librar a todos los condenados y procurarles la salvación eterna, a condición de ser el último en el cielo y que ningún bienaventurado se lo agradeciera.

“Esa caridad impele a Moisés a pedir a Dios ser borrado del libro de vida con tal de que su pueblo fuera perdonado de sus pecados; y la misma hacía desear a san Pablo ser



anatema, es decir, separado de Jesucristo, a cambio de sus hermanos los judíos.

Esta es la explicación que Cornelio a Lapide da de las palabras: Fuerte es como la muerte el amor; dura como el infierno la emulación. En seguida añade que esta fuerza admirable del amor divino debe atribuirse al amor que posee el santísimo Corazón de la Madre del salvador, mayor que el de todos los corazones del cielo y de la tierra, porque su Corazón está lleno de caridad casi infinita, mayor que la que anima todos los corazones de los hombres y los ángeles.

Ciertamente esta fuerza del amor divino es mayor y más maravillosa en el sacrificio doloroso que la bienaventurada Virgen hizo de su Hijo amadísimo en el Calvario, que en todos los suplicios de los santos mártires. Si la divina voluntad le hubiera dado a escoger entre ver a este queridísimo Hijo sumergido en el abismo de dolores como de hecho lo vio, o sufrir ella misma todos los tormentos de la tierra y del infierno, ¿quién podrá dudar que ella hubiese preferido esta última opción a la primera?

¡Oh amor admirable del sagrado Corazón de la divina María!  
¡Oh caridad incomparable! ¡Oh amor más fuerte que la muerte!  
¡Oh caridad más poderosa que el infierno! ¡Qué honores, qué alabanzas se deben a este muy buen Corazón!



¡Anatema, anatema sea quien no ame este amabilísimo Corazón! Si lo amamos, amemos lo que él ama; detestemos lo que él aborrece. Amemos la caridad y abominemos de todo lo que le es contrario. Amemos a las almas que él ama tanto y no descartemos nada de cuanto puede ayudar a salvarlas.



## **LIBRO OCTAVO**

### **PRESENTACIÓN**

De los doce libros de la obra de san Juan Eudes es el más corto. Recoge en primer lugar las aprobaciones que la fiesta y la devoción al Corazón de María ha recibido de parte de las altas instancias de la Iglesia: Papas y obispos. Luego presenta también la opinión favorable de algunos doctores de teología. Finalmente acude a diversas congregaciones que de una manera u otra han acogido esta devoción y estas fiestas. Subraya en especial el papel que los santos fundadores de estas congregaciones han desempeñado para infundir en sus congregaciones estas prácticas.

Para resaltar un detalle: cita en dos ocasiones dos obras cuyos originales están en lengua italiana y que el Padre Eudes tuvo en sus manos. La curiosidad nos mueve a interrogarnos si san Juan Eudes conocía esa lengua lo bastante para leer esos libros en dicho idioma. O si se sirvió de algún traductor, perteneciente a su congregación o a otra. Quizás recurrió a algún sacerdote o laico amigo, conocedor de esa lengua. Es interesante que abra esta lista de autoridades con el Papa Julio ¡!, muy conocido en la historia del renacimiento y quizás no muy conocido por sus devociones o preferencias de piedad.



Lo pongo en manos de mis hermanos eudistas. Espero que lo disfruten con amor de hijos y con edificación religiosa.

## **LIBRO OCTAVO**

*El Espíritu Santo aprueba y autoriza  
la devoción al santo Corazón  
de la bienaventurada Virgen  
por ministerio de dos soberanos Pontífices,  
de una legado a latere de la santa Sede,  
de un cardenal, de quince arzobispos y obispos  
y de siete doctores de La Sorbona,  
y por el ejemplo de varios santos y santas  
que han tenido esta afectuosa devoción*



## CAPÍTULO I

### ***Dos papas, un legado a latere y un santo cardenal autorizan la devoción al sagrado de la Madre de Dios***

#### I

#### *Julio II, papa<sup>354</sup>*

El reverendo padre Turselin, jesuita, escribe en el segundo libro de su *Historia de Nuestra Señora de Loreto*, en el capítulo 12, que hacia 1508, el papa Julio II, luego de haber rendido sus homenajes y celebrado solemnemente la santa misa en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto y haberse puesto bajo su protección, se dirigió a la ciudad de La Mirande, sometida entonces a asedio. Estando refugiado en una carpa con algunos cardenales y otros señores, un cañonazo fue lanzado desde la ciudad hacia la tienda donde estaba el papa. La carpa fue alcanzada sin que su santidad sufriera mal alguno al igual que ninguno de sus acompañantes. Todos vieron en el hecho un verdadero milagro de la santísima Virgen. En memoria de lo ocurrido el papa ordenó que la bala de cañón, del tamaño de la cabeza de un hombre adulto, sería llevada a la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. El padre Turselin asegura que en su tiempo

---

<sup>354</sup> Papa del Renacimiento. Más monarca que papa. Se le debe la Sixtina, el Moisés de Miguel Angel y otras obras. Fue papa de 1503 a 1513



estaba expuesta allí, suspendida de la bóveda, de lado de la epístola. El papa le hizo ricos presentes y la adornó con varios privilegios e inmunidades.

Refiero esto para hacer ver que la Madre de Dios había puesto bajo a su protección a este santo Padre. Lo que demuestra igualmente que tenía devoción singular a esta gran princesa, pues ella ama a los que la aman y protege a quienes le sirven. También tenía ese papa afecto especial a su amabilísimo Corazón. Prueba de ello es un documento auténtico que cito de un libro llamado *Antidotarium animae*, impreso en París en 1495. Su autor es el venerable y piadoso abad de la Orden cisterciense, Nicolas de Sausset. En este libro hay tres saluciones que se aconseja decir cuando suena el *Ave María*<sup>355</sup>, atribuidas al soberano pontífice Julio II. La primera es en honor de las sagradas entrañas de la Virgen María. La segunda para saludar y honrar su santo Corazón. La tercera para saludar y reverenciar su alma bendita. Transcribo los términos exactos del libro mencionado.

#### TESTAMENTO DE JULIO II, PAPA

*Contiene lo que debe decirse al sonido de la campana  
para el saludo a la Virgen María*



Oh gloriosísima reina de misericordia, saludo el templo venerable de tu sagrado vientre en el que mi Señor y mi Dios reposó, *Ave María*.

Oh gloriosísima reina de misericordia, saludo tu Corazón virginal, tu perfecta pureza jamás se vio empañada por ningún pecado, *Ave María*.

Oh gloriosísima reina de misericordia, saludo tu alma nobilísima, adornada de los más preciados dones de gracias y de virtudes muy excelentes, *Ave María*.

## II

### *Clemente X*<sup>356</sup>

Clemente décimo, este soberano pontífice autoriza y aprueba clara y solemnemente la devoción del Corazón sacratísimo de la bienaventurada Virgen en seis bulas concedidas a nuestra congregación para todas nuestras iglesias y capillas. En ellas dio a cada una de ellas el glorioso título de *iglesia o capilla del santo Corazón de Jesús y María*. Nos confirió poder para fundar en ellas cofradías o sociedades bajo la *advocación de este mismo Corazón de*

---

<sup>356</sup> Papa de 1670 a 176. Aprobó las cofradías de los sagrados Corazones de Jesús y María



*Jesús y María.* Añadió la concesión de varias grandes indulgencias a perpetuidad, especificadas en dichas bulas.

### III

*Luis, cardenal de Vendôme*<sup>357</sup>

El eminentísimo cardenal de Vendôme, cuando desempeñaba en París en 1668 el cargo de legado *a latere* de nuestro santo padre el papa Clemente IX, aprobó y autorizó la devoción y el oficio del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen en dos ocasiones diferentes. Primero, bajo petición del reverendo padre Bernardo Chancerel, provincial de los Frailes Menores de la gran provincia de Francia, como aparece al final de sus oficios propios. Como consecuencia se celebra esta fiesta y este oficio por todas partes en la dicha provincia.

Luego, por petición nuestra, la aprobó y quedó establecida y respondida de esta manera<sup>358</sup>

*“Eminentísimo y Reverendísimo Señor.*

*Señor,*

Humildemente se expone ante su Eminencia, de parte del devoto peticionario, Juan Eudes, presbítero, superior de

---

<sup>357</sup> Nació en 1612. Brillante militar. Enviudó y fue creado cardenal de 1667. Murió en 1669

<sup>358</sup> Texto latino en el original



los seminarios de Normandía, que hace un tiempo el peticionario escribió un texto que contiene el oficio divino sobre el santo Corazón de la santa María Virgen, y fue publicado con la aprobación de varios arzobispos y obispos.

Eminentísimo y reverendísimo Señor, dicho peticionario, con el deseo de dar al dicho libro mayor autoridad, solicita que sea aprobado por su eminencia. Dicho peticionario suplica humildemente a su eminencia, como favor muy especial que le sea hecho, se digne proveer, con las cláusulas oportunas, como gracia especial, a la aprobación y confirmación de dicho escrito, que contiene el mencionado oficio, lo mismo que las aprobaciones de los doctores, arzobispos y obispos adjuntas, y lo demás que se contiene en él.

Luis, cardenal diácono de la santa romana Iglesia, bajo el título de Santa María in Portico, de Vendôme, nombrado legado *a latere* de la santa Sede apostólica y del santísimo señor nuestro papa Clemente, Nos, revisado el libro que lleva por título Oficio del Corazón de la santísima y beatísima Virgen María, aprobado por arzobispos, obispos y doctores, con la autoridad apostólica con que obramos en el caso, alabamos, aprobamos y confirmamos esta laudable y beneficiosa devoción al santísimo corazón y al gloriosísimo Nombre de la Virgen María.

Dado en París, el día dos de junio de 1668.



Firmado,

Luis, cardenal de Vendôme.

*Y más abajo:*

De Bonfils, auditor y secretario del legado.

*Hay un sello.*

Observa, en primer término, que dicha petición suplica a su eminencia aprobar no solo el Oficio del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen, sino también autorizar y confirmar todo lo que contienen las aprobaciones de los señores arzobispos y obispos. Hecho esto, autorizó también por consiguiente la fiesta con su octava, como la celebramos el ocho de febrero pues dichas aprobaciones de los señores prelados nos facultan hacerlo.

Observa además que los actos cumplidos durante la legación de monseñor el cardenal de Vendôme fueron confirmados por la Santa Sede apostólica y por nuestro santo Padre el papa Clemente IX. Y entonces la devoción y la fiesta del divino Corazón de la Madre de Dios están autorizadas y confirmadas no solo por un legado a latere sino todavía más por dos soberanos pontífices, Clemente IX y Clemente X, a los cuales se puede agregar Julio II, por lo que respecta a esta santa devoción. Y así en virtud de esta aprobación esta fiesta se celebra en la Orden san Francisco.



## IV

### *El santo cardenal de Bérulle*

El grande y santo cardenal, institutor y fundador de la célebre congregación del Oratorio de Jesús en Francia, estaba encendido de amor y celo ardentísimo por el honor y la gloria de nuestro divino salvador. Lo demuestra en su maravilloso libro de *Las Grandezas de Jesús*. Estaba colmado igualmente de singular y muy ferviente devoción a la bienaventurada Virgen. Se esforzó siempre por imprimir estos sentimientos en los corazones de sus verdaderos hijos, entre ellos en el reverendo padre Guillermo Gibieuf, doctor de la ilustre casa de La Sorbona, donde ocupaba uno de los primeros puestos. Nos dejó un excelente libro sobre las *Grandezas de la Madre de Dios*, pleno de gran número de verdades muy sublimes, sólidas y provechosas para la gloria de esta divina Madre.

En lo que toca al tema que trato encontré en las obras de este santo cardenal varios aportes maravillosos que son elogio magnífico del Corazón admirable de la Madre del salvador.

En el tercer discurso de su libro sobre las *Grandezas de Jesús*, en el artículo séptimo, dice que Jesús quiso comenzar su nueva vida en la tierra, su vida divinamente humana y



humanamente divina, en la alcoba secreta, en el oratorio sagrado y en el templo del divino Corazón que son el seno y las entrañas de la bienaventurada Virgen; que en ese lugar íntimo y augusto, hecho santo y sagrado por la operación del Espíritu Santo, por la presencia del Verbo por la virtud del Altísimo, Jesús, nuevamente concebido, entra de inmediato en su primera ocupación, su coloquio más secreto, su más alta elevación y la aplicación más viva y poderosa de su espíritu, dedicada a la vista, el homenaje y el amor de las unidades divinas, etc.

En el undécimo discurso, al final del artículo undécimo, escucho a este incomparable cardenal que habla así a la Madre de Dios:

“¿Qué diré de ti, Virgen santa, y de los arcanos que acontecieron en ti? ¿Qué diré de ti, y del resplandor feliz y permanente por toda la eternidad en el que entras por el humilde nacimiento de Jesús; de Jesús, repito, que nace en ti, que nace de ti? Llevas en ti a quien lleva en sí cuanto existe, contiene a quien lo contiene todo, y has encerrado en ti al Incomprensible. El que lo es todo habita en ti y hace parte de ti misma; porque el niño cautivo en el vientre de la madre hace parte de la madre y vive de la sustancia de la madre. ¡Oh maravilla! ¡Oh abismo! El que reside en el Padre eterno reside también en ti; el que vive en el Padre y vive de la sustancia del Padre, vive en ti y vive de tu sustancia; el



que está en su Padre sin hacer parte del Padre, está en ti y hace parte de ti; y tú, como cooparticipante con el Padre eterno, tienes parte indivisa con él, y tienes como Hijo al que tiene a Dios como Padre.

¡Oh grandeza suprema! ¡Oh dignidad infinita! ¡Oh amor incomparable! ¡Oh sociedad amabilísima! ¡Oh inefable familiaridad excesiva! ¡Cómo te acercas, oh Virgen santa, cuán próxima estás de la divinidad! ¡Cómo te aproximas a ella tan honorable, familiar, amorosa y divinamente! ¿Pues qué puede imaginarse de más íntimo, de más unido al hijo que la madre, y al Hijo de Dios que la Madre de Dios, que lo concibe en sí misma, que lo lleva en sus entrañas, que lo encierra y comprende en sí como parte, y parte tan noble de sí, aún más, la parte más noble de sí misma? Pues ser madre tiene este privilegio natural, tener y llevar doble espíritu, doble corazón, doble vida en su mismo cuerpo; y ser Madre de Dios otorga este privilegio a la bienaventurada Virgen, por naturaleza, por gracia. ¡Tener a Jesús en sí, tenerlo como parte la más noble de sí, y tener el espíritu, el Corazón y la vida de Jesús tan íntimos y unidos a su espíritu, a su Corazón y a su vida, de modo que es el espíritu de su espíritu, el Corazón de su Corazón, la vida de su vida! ¡Oh exceso! ¡Oh abismo! ¡Oh exceso de grandezas! ¡Oh abismo de maravillas! ¿Estás dando vida a Jesús y recibes vida de Jesús. Das vida a Jesús y recibes vida de Jesús. Das vida a



Jesús, animando con tu corazón y tu espíritu el Corazón y el espíritu de Jesús; recibes del Corazón y del cuerpo de Jesús, que vive y reside en ti, vida en tu Corazón, en tu cuerpo, en tu espíritu, todo juntamente”

Encuentro además en las *Obras de piedad* de este santo cardenal, en el número 45, en el artículo noveno, estas palabras dignas de toda consideración sobre la hora y el momento en que el misterio de la encarnación se realizó.

“Esta hora, dice, este momento de la unión del hombre con Dios, en el que Dios se aloja en el seno de la bienaventurada Virgen, y el hombre en el seno de Dios, no puede jamás ser olvidada. ¡Oh residencia admirable de este Niño en el seno del Padre por filiación divina! ¡Oh residencia deliciosa de este Niño en el seno de su Madre por su filiación humana! Adoro y admiro esta residencia de Jesús en el seno del Padre y en el seno de su Madre; y dejando a los ángeles que lo contemplen en primer término, quiero contemplarlo en segundo lugar; quiero detener mi espíritu en la residencia de Jesús en la bienaventurada Virgen y de la bienaventurada Virgen en Jesús. Residencia de nueve meses enteros, residencia que es la primera residencia y la primera morada del Hijo de Dios hecho hombre entre los hombres.

“Este hecho es tan tierno y tan sensible que es más para ser celebrado con el corazón que con la lengua. Es también un misterio del corazón, y la lengua es incapaz de



expresar tales afectos y ternuras. Misterio de dos Corazones, los más nobles y unidos que habrá siempre en el cielo y en la tierra. En ese instante Jesús vive en María y hace parte de ella misma, y el Corazón de Jesús está muy cercano del Corazón de María. En ese momento, María está viviente en Jesús y Jesús es su todo, y el Corazón de María está del todo cerca del Corazón de Jesús y le infunde la vida. Entonces, Jesús y María no hacen, al parecer, sino un solo viviente en la tierra. El Corazón del uno no vive y respira sino para el Corazón del otro. ¿Esos dos Corazones, tan cercanos y divinos, viven al unísono una vida tan elevada que no son sino el uno para el otro? ¿Y qué no hacen el uno al otro? El solo amor lo puede pensar, el solo amor divino y celestial; solo el amor de Jesús, y solo él, lo puede comprender. Es arcano para adorar, misterio que debemos reverenciar en la tierra pero que nos está reservado para el cielo.

“¡Oh Corazón de Jesús que vive en María y por María! ¡Oh Corazón de María que vive en Jesús y para Jesús! ¡Oh vínculo delicioso de estos dos Corazones! ¡Bendito sea el Dios de amor y de unidad que los une inseparablemente! Que ellos unan nuestros corazones a estos dos Corazones y que haga que estos Corazones vivan en unidad, para honor de la unidad sagrada que existe entre las divinas Persona”.



Añado otras palabras del venerable cardinal sobre el mismo argumento.

“Debemos buscar siempre al Hijo de Dios, y encontrarlo siempre pues quien lo *busca lo encuentra*. Hay tres moradas principales donde debemos buscarlo y donde debemos encontrarlo. La primera es el seno del Padre. ¡Oh qué morada! ¡Qué residencia! La segunda es su santa humanidad. La tercera es el Corazón y las entrañas de la bienaventurada Virgen”.

Si se me permite añadir algo a las palabras del santo cardenal me atrevo a decir que esas tres moradas del Hijo de Dios son muy diferentes. En la primera, o sea, en el seno y en el Corazón de su Padre, está como quien recibe y da. En el seno de su Padre está recibiendo de su Padre el ser divino, la vida y todas las grandezas de su divinidad. Está en el Corazón de su Padre, dando con él al Espíritu Santo todo cuanto hay de grande y admirable en la esencia divina.

En su humanidad santa da y recibe. Esta allí dándole su adorable Persona con todas las perfecciones de su ser divino. Está allí recibiendo de esta humanidad divinizada, alabanzas, glorias y adoraciones dignas de su grandeza infinita. Son tales que no puede ni recibirá jamás otras semejantes de parte de todas las criaturas juntamente

Está en el Corazón sagrado de su dignísima Madre, derramando con abundancia y sin medida ni reserva los



tesoros de su bondad y colmándolo de la plenitud de sus gracias. Según palabras de san Bernardo: *Derrama en su seno y sin medida todos sus tesoros*<sup>359</sup>. Y está allí recibiendo de ese divino Corazón, más honor, gloria y amor que todos los corazones juntos de los hombres y los ángeles. Oigamos al abad Guerry, discípulo de san Bernardo, *para un Dios inmenso, las entrañas de una Virgen. Pero si contemplas la grandeza y amplitud del Corazón real de la reina de las vírgenes, verás que es un trono de gloria y de amor, digno de la majestad del rey de reyes.*

Leí en muy buen autor<sup>360</sup> que el amor inconcebible y cuasi infinito que el Hijo de Dios recibió del Corazón maternal de su dignísima Madre, durante los nueve meses que permaneció en sus benditas entrañas, le fue tan dulce y agradable que la llevó a idear un medio para permanecer en ella y en su amable Corazón mientras permaneciera en la tierra después de la ascensión de su Hijo. Sabía muy bien que ella lo recibiría todos los días de su vida. En efecto, como consta que este adorable salvador tiene más amor a su divina Madre que todo el resto del mundo, es cierto también que instituyó este sacramento de amor más para ella que para todo el resto de los cristianos en total. De modo que debemos estar agradecidos al Corazón y al amor

---

<sup>359</sup> *In deprecatione ad B-V. M*

<sup>360</sup> El jesuita Pablo de barry en la *Meditación* para el 8 de junio



de María, después de su Hijo, por este tesoro infinito que poseemos en la santísima Eucaristía.

## CAPÍTULO II

***Quince ilustrísimos arzobispos y obispos  
aprueban y autorizan la devoción, el Oficio,  
y la fiesta del dignísimo Corazón de María***

### **Aprobaciones y permisos**

#### **I**

*De monseñor el arzobispo de Bourges<sup>361</sup>*

El Corazón y el Nombre de María son el objeto de esta devoción y la hacen amable y encantadora. Su Oficio que ha sido compuesto en este espíritu para cantar sus alabanzas a Dios y saborear sus dulzuras, llena las lenguas de los fieles de miel y leche de la santa Esposa, y el corazón con la ternura de los más santos afectos. Además es una colección y como una recuento de todas las dulzuras que las Santas Letras y los santos Padres han dejado en la Iglesia, citados

---

<sup>361</sup> Pedro de Hardivilliers, doctor de la Sorbona,, consagrado en 1643 murió en 1649, de 70 años



con tanta pureza que las verdades de nuestra fe y las prácticas de las costumbres no corren ningún peligro; por el contrario pueden ser recitados con fruto y ser gustados en su fuente, que es el Corazón y el Nombre de María. Una vez visto este proyecto de piedad, y habiendo leído y considerado este Oficio concebí el sentimiento y creí ser deber mío no denegar este testimonio al público. Hecho el 22 de agosto de 1648.

Pedro P. P. Arzobispo de Borges

## II

*De monseñor el arzobispo de Ruan*<sup>362</sup>

Francisco, por permisión divina arzobispo de Ruan, primado de Normandía, a todos los que vean las presentes letras, salud y bendición.

Conforme a la humildísima súplica, que nos ha sido hecha por los sacerdotes y clérigos de nuestro seminario arzobispal, de concederles celebrar la fiesta del sagrado Corazón de la santísima Virgen María, Madre de Dios, como ellos la celebran en otras casas de su Congregación, siguiendo los permisos que les han sido otorgados por

---

<sup>362</sup> Francisco de Harlay de Champvallon, consagrado en 1651, transferido a París en 1671. Falleció en 1695



nuestros muy venerables hermanos los obispos sufragáneos de nuestra metrópoli, Nos, deseando contribuir en cuanto nos es posible al aumento de la devoción y de las alabanzas de este bienaventurada Virgen, gloriosa patrona de nuestra iglesia arzobispal; y considerando que el Espíritu Santo hace muy expresa y honorable mención de este divino Corazón en varios pasajes de las Escrituras Santas, y que siendo sede del amor y de la caridad, es por tanto origen de toda a santidad de que esta Madre del amor hermoso ha sido colmada en la tierra y de toda la gloria de que es coronada en el cielo, siguiendo estas divinas palabras: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene de su interior*; y que estuvo siempre lleno de celo, de cuidado, de vigilancia y de un amor verdaderamente maternal a nosotros, y que por nuestra causa fue traspasado por una espada de dolor; como también en vista de la aprobación de doce ilustrísimos prelados y de cuatro doctores de la Sorbona del Oficio y de la Misa compuestos para la celebración de dicha fiesta; y de otros varios testimonios por los que Nos hemos comprobado que se hace en otras provincias y diócesis de este reino; por todos esos motivos Nos hemos permitido y permitimos por las presentes, a los dichos padres de nuestro seminario, celebrar la dicha fiesta del santísimo Corazón de la Madre de Dios, y decir el Oficio y la Misa propios como lo hacen en las otras casas de su



Congregación. En fe lo cual hemos firmado estas presentes con nuestra mano, y la hemos hecho contrafirmar por nuestro secretario, y poner el sello de nuestras armas. Dado en París, el seis de mayo del año de 1661.

Francisco, arzobispo de Ruan  
*Y más abajo,* Por monseñor,  
Morange  
*Hay un sello.*

### III

#### *De monseñor el obispo de Autun<sup>363</sup>*

Vistos por Nos, Claudio de la Madeleine de Ragny, por permisión divina obispo de Autun, los presentes Oficios de la solemnidad del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen que se celebra el 8 del mes de febrero y de la fiesta de su santísimo Nombre de María que se hace el 22 de septiembre, y adjunto el testimonio de los doctores en teología por el que nos ha parecido no haber nada en estos oficios que no esté conforme con la fe y la piedad de la Iglesia católica, apostólica y romana, y para la edificación de los fieles, Nos hemos permitido y permitimos que sean

---

<sup>363</sup> Claudio de la Magdalena de Ragny, obispo de 1621 a 1652.



impresos para uso de los que tengan devoción de recitarlos en honor de este santísimo Corazón y de su Nombre sacratísimo; exhortamos a todos y cada uno de nuestra diócesis, tanto seculares como regulares, a servirse de ellos para tributar el honor y la veneración debidos a dos cosas tan sagradas y venerables como son el Corazón divinísimo y el Nombre benditísimo de la Madre de Dios, de los que se hace honorable mención en el santo evangelio, y para celebrar su memoria y fiesta en los días susodichos. En testimonio de lo cual hemos firmado la presente y hemos hecho poner nuestro sello. En Autun, el 20 de enero de 1648.

Claude de la Madeleine, obispo de Autun

#### IV

*De monseñor el obispo de Soissons<sup>364</sup>*

Simón, por gracia de Dios, obispo de Soissons, damos a conocer a todos, que vimos y leímos muy atentamente, y de gran corazón aprobamos el libro que lleva por título: *La Devoción al santísimo Corazón y al sacratísimo Nombre de la bienaventurada Virgen María que contiene dos Oficios*

---

<sup>364</sup> Simon Le Gras, doctor de la Sorbona nació en París en 1589 y murió en 1656. Texto en latín.



*compuestos* etc. No solo no encontramos en él algo que sea contrario a la fe o a las buenas costumbres sino que es todo santo y tomado de las Sagradas Escrituras y de los santos Padres, y conducente sobre todo a implantar la devoción del santísimo Corazón y del sacratísimo Nombre de María, beatísima Madre de Dios, cuya fiesta, como es celebrada por los ángeles en el cielo con continua solemnidad, así en la tierra la puedan celebrar los cristianos con gran veneración, ya sea por los innumerables beneficios que por la misma Virgen recibimos de Dios, ya sea por la eminentísima y en cierto modo infinita dignidad de esta Madre de Dios, por cuya causa cuanto hay en ella merece eternas alabanzas de los hombres y de los ángeles y solemnidades festivas de la Iglesia militante, sobre todo su amantísimo Corazón, principio de todas sus virtudes y santidad, como igualmente el augustísimo Nombre de María, merecen justamente toda alabanza y veneración. Por todo ello, muy gustosamente aprobamos este libro y exhortamos a todos cuantos están encomendados a nuestra caridad pastoral que abracen esta laudable y provechosa devoción al santísimo Corazón y al gloriosísimo Nombre de la Virgen María; que por su mediación se hagan conformes con el Corazón del Hijo y gocen de que sus nombres estén escritos en el cielo. Dato en Fara del Tardano, el año de la salvación de 1648, el día veintiséis de julio.



Simón, obispo de Soissons.

*Y abajo.* Por mandato del mismo Señor, mi obispo, de Soissons, Nourry.

*Hay un sello.*

## V

*De monseñor el obispo de Noyon*<sup>365</sup>

Enrique de Baradat, por gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, obispo y... damos testimonio de que leímos atentamente el libro titulado: *La Devoción al santísimo Corazón y al sacratísimo Nombre de la bienaventurada Virgen María, que contiene dos Oficios, etc.* No encontramos en él nada que repugne a la fe ortodoxa y a las buenas costumbres, por el contrario todo es piadoso y santo, sacado de las Sagradas Escrituras y de los santos Padres. En fe de lo cual con nuestra propia mano firmamos. Dado en Fara del Tardano, en el año del Señor de 1648, el día 8 de agosto.

Enrique, obispo de Noyon

---

<sup>365</sup> Enrique de Baradat, nombrado obispo en 1627, murió en 1659. Texto original en latín



*Y abajo.* Por mandato del Ilustrísimo Señor mi obispo,  
Faugère

## VI

*De monseñor Léonor de Matignon, obispo  
y conde de Lisieux<sup>366</sup>*

Léonor de Matignon, por permisión divina obispo y conde de Lisieux, a todos los que vean las presentes letras, salud. Nos han presentado un libro intitulado *La Devoción al santísimo Corazón y al santísimo Nombre de la bienaventurada María, que contiene dos Oficios dirigidos al honor de este Corazón divino y de este Nombre augustísimo*, y habiendo visto las aprobaciones y permisos de varios de nuestros señores los hermanos obispos, sobre el uso y la celebración de los susodichos Oficios en sus diócesis, y deseando Nos contribuir de todo nuestro corazón al incremento de la gloria de esta misma Virgen, en la que no hay nada que no sea grande y admirable y que merece honores muy singulares, no solo hemos permitido y permitimos a todos los de nuestra diócesis, sino que incluso los exhortamos a servirse de dichos Oficios para honrar al

---

<sup>366</sup> LéonorGoyon de Matignon, obispo de Coutances en 1633, uego Lisieux en 1646, murió en París en 1680



amabilísimo Corazón y muy venerable Nombre de la Madre de Dios, y para celebrar su memoria y la fiesta en los días contenidos en dichos Oficios. En fe lo cual hemos firmado las presentes y les hemos puesto nuestro sello. Dado en Lisieux, el último día de noviembre de 1649.

Léonor, obispo y conde de Lisieux

*Y más abajo.* Por mandato de monseñor,  
Picouot,  
*Hay un sello*

## VII

*De monseñor Jacques du Perron, obispo de Evreux*<sup>367</sup>

Jacobo du Perron, por divina misericordia obispo, primero de Angulema y nombrado para el episcopado de Evreux, a todos los que han de ver las presentes letras, les deseamos salud en el Señor. Les testimoniamos que Nos leímos el libro titulado *La devoción al santísimo Corazón y al sacratísimo Nombre de la bienaventurada Virgen María que contiene dos oficios, etc. con, etc.* En todo él encontramos que respira la fe ortodoxa, las Sagradas Escrituras y los

---

<sup>367</sup> Jacques Le Noel adoptó el apellido de la mamá Perron. Consagrado en 1637 y murió en 1649. Texto latino



santos Padres. Por ello exhortamos a todos y cada uno que los reciten atentamente, que busquen remedio para sus enfermedades y descubran el camino que fácilmente, con toda seguridad, los lleve a Dios. Dado en nuestra casa abacial de santo Taurino en Evreux, el día 14 del mes de septiembre del año de 1648, con nuestra firma manual, con el sello de nuestra oficina, y la firma de nuestro secretario.

Jacobo de Perron, primero obispo de Angulema y nombrado para Evreux.

*Y abajo.* Por mandato del dicho Señor, mi obispo,

P. Cezdo, secretario

*Hay un sello.*

## VIII

*De monseñor Claudio Auvry, obispo de Coutances*<sup>368</sup>

Claudio Auvry, por permisión divina y de la Santa Sede apostólica, obispo de Coutances, consejero del rey en sus consejos de estado y privado, a todos los que vean estas presentes salud y bendición. Los favores muy particulares que hemos recibido de la bienaventurada Virgen María,

---

<sup>368</sup> Claudio Auvry, consagrado obispo en 1647 y murió en 1687



Madre de Dios, además de los generales que nos son comunes con todos los demás hombres, nos obligan a aprovechar gustosamente todas las ocasiones que se presenten de procurar el progreso de su honor y el incremento de la devoción que todos los fieles le deben profesar. Por ello, habiendo leído un libro titulado *La devoción al santísimo Corazón y al sacratísimo Nombre de la bienaventurada Virgen María, que contiene Oficios dirigidos al honor de este Corazón y de este Nombre augustísimo*, y comprobado el consentimiento de varios monseñores obispos, hermanos nuestros, referente al uso y la celebración de los susodichos Oficios en sus diócesis, Nos, deseando contribuir con todo nuestro poder a una devoción tan santa y loable, fundada en la autoridad del santo Evangelio y de los santos Padres, y habida cuenta además de que el soberano Pastor nos ha dado el gobierno de una Iglesia consagrada al honor de esta misma Virgen, su santísima Madre, no solo hemos aprobado y aprobamos sino que también hemos exhortado y exhortamos a todos los de nuestra mencionada diócesis a servirse de dichos Oficios para honrar el santísimo Corazón y el dignísimo Nombre de la Madre del amor hermoso, y para celebrar su memoria y la fiesta en los días contenidos en dichos oficios. En testimonio de lo cual hemos firmado las presentes. Dado en Coutances, el doce de noviembre de 1649.



Claudio, obispo de Coutances

*Y más abajo.* Por mandato de mi Señor,

Du Mont

*Hay un sello*

## IX

*De monseñor Francisco Servien, obispo de Bayeux*<sup>369</sup>

Francisco Servien, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Bayeux, a todos los que vean las presentes letras, salud. Hacemos saber que en muy humilde solicitud del Padre Juan Eudes, superior de la casa del seminario de nuestra diócesis, establecido en Caen, y por los otros sacerdotes de dicho seminario, piden de nuestra parte contribuir en cuanto nos sea posible al incremento de la devoción a la santísima Virgen y llevar a los pueblos que nos han sido encomendados a honrar perfectamente esta santa Madre del amor hermoso, Nos hemos permitido y permitimos por estas presentes, a los susodichos sacerdotes de nuestro seminario, celebrar anualmente, el ocho de febrero en la iglesia de nuestro dicho seminario, una fiesta

---

<sup>369</sup> Francisco Servien, primero obispo de Carcasona en 1653, pasó a Bayeux en 1654. Murió en 1659 a los 61 años



particular en honor del santo Corazón de la santísima Virgen; para ello dirán el Oficio y la santa Misa propios, con solemnidad, de la forma como han sido compuestos con este fin, y con toda la más grande solemnidad que la Iglesia ordena a las fiestas de primera clase, queriendo que puedan ese día exponer el santísimo sacramento en dicha iglesia y hacer pregonar las alabanzas de la santísima Virgen en la manera acostumbrada y recibida en la Iglesia. Por eso exhortamos a todos los fieles de nuestra diócesis a concurrir con celo a esta solemnidad y rendir allí las expresiones de una muy tierna y sincera devoción a la Madre de Dios. Hecho en Bayeux, en nuestro palacio episcopal, el 17 de enero de 1659.

Francisco, obispo de Bayeux

*Y más abajo.* Por mandato de monseñor el ilustrísimo y reverendísimo obispo de Bayeux,

Larderat,

*Hay un sello*



## X

*De monseñor Enrique de Maupas, obispo de Puy*<sup>370</sup>

¿Hay una devoción más sólida que la de honrar dignamente el casto Corazón de la Madre de Dios? ¿Si una de sus miradas, si uno de los cabellos que flotan en su cuello, han herido el Corazón de su divino Esposo, cuáles serían las conquistas de este Corazón inocente de la santísima Virgen para hacer a su Hijo bienamado, en cierto modo, tributario de sus voluntades, en el común designio que tienen de procurar la salvación de las almas? El Corazón del Hijo está del todo lleno de celo para salvar a los pecadores, y el de la Madre está del todo colmado de amor para impedir que se pierdan.

Hemos adorado a este amable salvador en la sumisión que rendía a su Madre: *Les estaba sometido*. Y podemos afirmar que el Corazón de la Madre se reservó una especie de soberana autoridad sobre el de su Hijo cuando se trataba del interés de los hombres por los que este Dios de amor se hizo hombre.

San Ambrosio dice que el salvador manifestó pesar al rehusar a la madre de los zebedeos asociar a sus dos hijos en su trono. ¿Qué podría él rehusar a su propia Madre? ¿Si

---

<sup>370</sup> Enrique Cauchon de Maupas du Tour, consagrado obispo de Puy en 1643, transferido a Evreux en 1661. Murió en 1680, de 80 años.



manifiesta respeto por una madre extranjera, qué sentimientos de amor no tendrá por la suya?

Abigaíl pudo aplacar la cólera de David airado contra Nabal (1Sm 25, 3ss). Este mismo rey, enojado con Absalón no sintió más resentimientos por todas sus injurias desde que la tecuita se encargó de serenar su espíritu (2Sm 14, 1 ss). Una de sus dos mujeres calma a Nabal mediante dones sin mayor valor; la otra mediante algunas lágrimas muy fingidas. ¿Y tú, oh Corazón amabilísimo de la Madre de Dios, no eres más capaz, compasivo, de aplacar la cólera del cielo, irritado por nuestras faltas y contra nuestra malicia, y extinguir los fuegos de la venganza de Dios con presentes más dignos y por las verdaderas lágrimas que otrora derramaste por nosotros?

¿Pueden darse ofrendas más valiosas a la Divinidad que las que parten del sagrado Corazón de María? ¿Qué piedad más elevada? ¿Qué fe más viva? ¿Qué esperanza mas firme? ¿Qué caridad más pura y ardiente? ¿Qué Corazón más fuerte y poderosamente ligado al Corazón de Jesús como el de María?

¿Pueden existir lágrimas más eficaces para limpiar nuestras faltas que las que brotan de la fuente de este Corazón afligido, traspasado por espada de dolor, al ver a su Hijo que muere en la cruz por los pecados de los hombres?



En el orden de lo meramente natural el Corazón de María concibió los deseos más santos, ardientes y eficaces de la encarnación del Verbo y como consecuencia necesaria conspiró, cuanto es posible hacerlo a una pura criatura, para formar el Corazón de Jesús, el primer nacido de los predestinados, principio de la redención y de todos los deseos de los santos.

Acerquémonos pues al Corazón de María para acercarnos al de Jesús. Escucha lo que dice san Bernardo<sup>371</sup> sobre la dureza de un corazón que resiste a los designios de Dios y cuestiona en cambio la bellezas inocentes del Corazón de María, el más humilde y complaciente de todos los corazones al de Jesús. Jesús se ve el Hijo de María y viendo en María, la más santa de las vírgenes, su calidad de Madre, le estaba sumiso. María, a través de los velos de a carne, de la cual había revestido a su Hijo, ve en su Hijo la majestad de Dios, y al mismo tiempo se abaja en los deberes de una profunda piedad, para reconocerse la más humilde de todas las esclavas de aquel de quien era la Madre.

Este es el intercambio admirable del Verbo y la carne, del cielo y la tierra, de Dios y del hombre, del Corazón de Jesús y del Corazón de María, para elevar a la criatura al soberano ápice de la religión y para establecer la economía

---

<sup>371</sup> *De consider ad Eugen. Papa. Lib. I*



de la gracia y de las coronas de la gloria y del favor de los amigos de Dios.

San Jerónimo, al explicar estas palabras del salmo 64: *Se acercará el hombre al corazón alto y Dios será exaltado*, dice que las intrigas del corazón humano que se sumergen en el torrente de sus pasiones, no podrían resistir a la profundidad de los consejos de Dios y que la malicia del hombre no impedirá que Dios obtenga su gloria en medio de todos sus designios. Pero digamos de otra manera, que el que se acerca al Corazón profundísimo de María da gloria a Dios de manera más legítima que lo hará digno de las caricias del cielo.

Si el corazón del hombre es el centro de la vida, el primero y el último de los que mueren, podemos afirmar que, en la vida cristiana, la devoción al Corazón de María debe comenzar y terminar nuestras acciones para hacerlas dignas de ser ofrecidas al Corazón de su Hijo.

Así apruebo esta obra como obispo, como doctor en teología y como el más obligado de todos los hombres al sagrado Corazón de la Madre de Dios. Dado en París el 12 de marzo de 1661

Enrique, obispo de Puy

*Y más abajo.* Por mandato de monseñor,

Blondeau

*Hay un sello*



## XI

*De monseñor el obispo de Toul,  
príncipe del santo imperio,  
consejero del rey en sus consejos, etc.*

El Corazón de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios es el primero y principal órgano que el Espíritu Santo ha escogido para obrar el misterio de nuestra redención, y es igualmente el tesoro de sus dones y de sus gracias, el sello y la marca de sus secretos, de los que hablaba a su esposa en el Cantar: *Ponme, amada, como sello divino, en tu Corazón*. Lo hizo al conservar en su memoria todos los misterios, las palabras, acciones y sufrimientos de ese Hijo único de Dios Padre y de ella. Su última huella se imprimió en el monte Calvario, cuando, al verlo morir, la espada de dolor traspasó su alma y su Corazón. Este sagrado Corazón es por tanto, después del de Jesucristo, el centro de nuestra bendición, al que por consiguiente debemos devoción muy singular. Los santos Oficios que encierra este pequeño libro son muy piadosos y aptos para estos ejercicios devotos. Por tanto Nos recomendamos a todos los fieles su frecuente uso y su ferviente práctica y concedemos, para este efecto, a todos



los de nuestra diócesis que los practiquen piadosamente, cuarenta días de indulgencias en la forma ordinaria de la Iglesia, a perpetuidad, con nuestra bendición episcopal. En testimonio de lo cual firmamos con nuestra mano las presentes y las hemos hecho contrafirmar por nuestro secretario ordinario. Hecho en París, el 21 de marzo de 1661.

Andrés, obispo y conde de Toul, etc.

*Y más abajo.* Por mandato de monseñor, de S. George

## **XII y XIII**

*De los monseñores obispos de Heliópolis  
y de Mettellopolis, vicarios apostólicos en China*<sup>372</sup>

Aunque la devoción al amabilísimo Corazón de la Madre del amor hermoso sea lo bastante aprobada y recomendada por sí misma para necesitar nuestras aprobaciones y recomendaciones, pues este dignísimo Corazón está en cierto modo infinitamente por encima de todos los elogios de los hombres y los ángeles, sin embargo, de todo corazón y con gran gozo, queremos añadir nuestra aprobación del Oficio dedicado al honor de este santísimo

---

<sup>372</sup> Francisco de la Pallu (1625-1684) e Ignaio Gotolendi (1630-1662)



Corazón a las que preceden, dadas por varios ilustrísimos prelados. Lo hacemos tanto más gustosamente cuanto que está en nuestro designio de partir pronto por orden de nuestro santo Padre el Papa Alejandro VII, en calidad de sus vicarios apostólicos a los reinos de China, Cochinchina y Tonkín, para anunciar allí el Evangelio y hacer conocer los misterios adorables que nuestro Salvador obró para la salvación de todos los hombres, y establecer allí la fe y la religión cristiana en los corazones de los infieles, y siendo este Corazón el primero de todos los corazones que recibió en sí mismo esta misma fe y que la ha conservado invioladamente, y habiendo sido el depositario y guardián fidelísimo de todos los misterios de nuestra redención, y como un Evangelio vivo y eterno, escrito por la mano del Espíritu Santo, Nos esperamos asistencia, protección y bendiciones especiales de la divina bondad por intermedio de la caridad incomparable y del celo ardentísimo por la salvación de las almas de los que este Corazón maternal de nuestra Madre admirable está encendido. Por todo ello, habiendo leído el libro intitulado *La devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen* que contiene un Oficio y una Misa propios en honor de este mismo Corazón, y varias otras oraciones y ejercicios de piedad sobre este tema, Nos hemos aprobado y aprobamos gustosamente todo lo que se contiene en él como que está recogido de las



Sagradas Escrituras y de los escritos de los santos Padres, y del todo perfumado de una piedad y veneración singulares al Corazón incomparable de la preciosísima Madre de Dios. En testimonio de lo cual Nos hemos firmado las presente con nuestra mano y hemos hecho que sean selladas y contrafirmadas por nuestros secretarios. En París, el 30 de septiembre de 1660.

Francisco, obispo de Heliópolis

*Más abajo.* Por mandato de monseñor,

Lucas Fermanel

*Hay un sello*

Ignacio, obispo de Metellópolis,

*Y más abajo.* Por mandato de monseñor,

Luis Chjevreul

*Hay y un sello*

#### XIV

*De monseñor Francisco de Nesmond,  
obispo de Bayeux*

Como el gran Pastor de las almas, Jesucristo, nos ha establecido, aunque indigno, en la sede episcopal de la Iglesia de Bayeux, dedicada a su santísima Madre, Nos acogemos con gozo y muy de corazón todas las ocasiones



que se presentan de contribuir a la gloria de esta divina Virgen. Por tanto, habiendo encontrado que, con permiso de nuestros ilustres predecesores, de feliz memoria, se hace el ocho de febrero, en nuestro seminario de Caen una fiesta en honor del Corazón sacratísimo de la Madre de nuestro adorable salvador, y deseando inspirar a todos nuestros diocesanos la devoción a esta reina del cielo y de la tierra, Nos hemos permitido que se continúe la celebración de esta fiesta en el mismo día y hemos aprobado el libro intitulado *La devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen*, que contiene un Oficio y una Misa propios para este fiesta, con varios otros ejercicios de piedad. Hecho en Caen, el 15 del mes de diciembre de 1662.

Francisco, obispo de Bayeux

*Hay un sello*

## XV

*De monseñor el obispo de Pétrée,  
vicario apostólico en todo Canadá<sup>373</sup>*

---

<sup>373</sup> Francisco de Montmorency Laval, consagrado en 1658, murió en 1708. Es beato.



Francisco, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, obispo de Petrée, vicario apostólico en todo el Canadá, llamado Nueva Francia. El Espíritu Santo, habiendo hecho conocer por las divinas Escrituras y por boca de los santos Padres las excelencias del sagrado Corazón de su dignísima esposa, la bienaventurada Virgen, y habiendo por este medio exhortado vehementemente a todos los fieles a una devoción y veneración singular a este mismo Corazón, este libro compuesto para iluminar y encender más y más esta devoción del divino Corazón con la del santo Nombre de María, en los corazones de sus lectores no necesita aprobación puesto que es conforme a los designios e intenciones del Espíritu de Dios. Nuestra intención, al escribir esto, no es solo la de aprobarlo sino sobre todo dar testimonio público de la estima muy particular que de él nos hemos hecho, luego de una lectura cuidadosa y del deseo que tenemos de que la devoción que enseña sea profundamente grabada en los corazones de los cristianos; que el amabilísimo Corazón de la Madre de Dios, que está por entero encendido en el amor a su divina Majestad, y en caridad a todos los hombres, y su muy augusto Nombre, sean alabados y honrados por todo el mundo; y que las fiestas, con los Oficios y Misas contenidos en este libro sean celebradas con la solemnidad y piedad que les son convenientes. Son estos los sentimientos que Nos tenemos



de este libro, al que por consiguiente juzgamos muy digno de ser dado al público. En fe de lo cual Nos hemos querido dar este testimonio escrito de nuestro puño y letra, y sellado con nuestro escudo.

París, 23 de diciembre de 1662

Francisco, obispo de Pétrée

*Hay un sello*

## **XVI**

### *De los señores doctores*

Todos los verdaderos hijos de la santísima Madre de Dios deben estar persuadidos de que su Corazón sacratísimo jamás fue manchado de ninguna suerte de pecado; que estuvo siempre lleno de la gracia divina; que estuvo siempre animado, poseído y conducido por el Espíritu Santo; que nunca dejó pasar un momento sin amar a Dios; que lo amó más que todos los corazones de los ángeles y de los hombres; que fue siempre colmado de caridad, celo, preocupación y vigilancia por nuestra



salvación como también de misericordia y compasión por todos nuestras flaquezas y que estuvo embriagado cientos y cientos de veces de hiel y absintio y traspasado por mil heridas dolorosas por causa nuestra; nos hemos visto impulsados a dar muy gustosamente nuestra aprobación a este libro intitulado *La Devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen María*, que contiene un Oficio y una Misa propios en honor de ese mismo Corazón y varias otras oraciones y ejercicios de piedad sobre el mismo tema; lo hemos firmado todos nosotros doctores de la sagrada facultad de Teología de París; lo hemos leído y en él nada hemos encontrado que no sea conforme a la Sagrada Escritura y a los sentimientos de la Iglesia y de los santos Padres, y capaz de animar a los que lo han de leer a honrar e imitar este muy santo y digno Corazón. Hecho en París, el 31 de enero de 1661.

M. Grandin, C. Gobinet, Ant. Raguier de Poussé, J. Desgardies de Parlages, Saussoy, Blouet de Than, L'Amy.



## CAPÍTULO III

***Santos y santas que han tenido devoción particular  
al sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen.***

***Por su medio el Espíritu Santo  
nos inculca esta devoción***

Si deseamos amar y honrar el divino Corazón de la Madre de Dios debemos tener respeto y afecto particular por los santos que le han pertenecido especialmente.

Todos los santos pertenecen a la reina de los santos por cuatro razones: 1. Porque siendo la Hija única del Padre eterno, en la manera como lo vimos antes, es su heredera universal. 2. Porque cuando el Hijo de Dios le fue dado, se le dio todo lo que es de él. 3. Porque siendo la esposa del Espíritu Santo, está en comunión de bienes con su esposo. 4. Pues siendo reina y soberana del cielo y de la tierra todo lo hay en la tierra y en el cielo le pertenece.

Por esta razón todos los corazones de los hombres y de los ángeles le pertenecen pues su Corazón, siendo el rey de los corazones, su imperio y su poder se extienden a todos los corazones y en especial a todos los corazones del paraíso, que por siempre reconocerán y honrarán el Corazón de su emperatriz como el de su soberana.



Entre todos los santos que hay en el cielo hay varios que tienen relación especial con este Corazón real de la Madre de Dios, el primero de ellos san José.

Ciertamente, después de Dios, san José es el primer objeto del amor de su santísima esposa y ocupa el primer puesto en su Corazón. Siendo María toda ella de san José como la esposa lo es de su esposo, el Corazón de María era de José. No solo le pertenecía, pues, si se dice de los primeros cristianos que tenían un corazón y un alma, cuanto más puede decirse de la bienaventurada Virgen y de su santo esposo, pues ellos no tenían sino un alma y un Corazón por un vínculo sagrado de amor y caridad.

Es claro que José no tiene sino un Corazón con María, y por tanto podemos decir que María, no teniendo sino un Corazón con Jesús, José por consiguiente no tiene sino un Corazón con Jesús y María. De suerte que como en la Trinidad adorable del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hay tres personas que no tienen sino un Corazón, así en la Trinidad de Jesús, María y José hay tres corazones que no hacen sino un solo Corazón.

¡Bendito seas, Padre eterno, por haber unido tan estrechamente a este gran santo con tu Hijo Jesús y con su dignísima Madre! ¡Bendito seas Tú, oh buen Jesús, por haberle dado tu Corazón y el Corazón de tu santa Madre para que fuera su Corazón! ¡Bendito seas Tú, oh



amabilísimo Corazón de María, por todo el cariño que profesas a este gran santo! ¡Bendito sea eternamente tu noble Corazón, oh san José, por todo el amor que ha tenido y tendrá eternamente a Jesús y a María, por todos los cuidados que tuvo al atender a las necesidades del Hijo y a la Madre, y por todos los dolores y angustias que sufrió en medio de los sufrimientos, desprecios y malos tratos que le vio soportar de parte de los hombres ingratos! ¡Oh gran santo, te ofrecemos nuestros corazones; únelos con el tuyo y con el de Jesús y María, y ruégales hacer esta unión inviolable y eterna. Este es el primer santo del Corazón admirable de la reina de los santos.

¿San Joaquín y santa Ana le disputarán este lugar? No, pues se la entregaron de todo corazón, sabiendo bien que la esposa por ser más de su esposo que de su padre y de su madre, su corazón también le pertenece más a él que a ellos. San José es el esposo y es amado como esposo en el Corazón de la Madre del salvador. Pero san Joaquín y santa Ana tienen igualmente puesto en él y son amados como padre y madre. San Zacarías los sigue, y también santa Isabel y san Juan Bautista, precursor del Hijo de Dios, e hijo mayor del Corazón de su divina Madre en la vida de la gracia.

San Gabriel es el ángel de la guarda de este Corazón más que seráfico. ¡Oh santo arcángel, qué favor te hizo Dios



al confiarte su gran tesoro! Eres el custodio del más rico tesoro del universo. No solo lo has guardado sino que has contribuido por tus santas inspiraciones y por todos los medios que te han sido posibles, al incremento de las riquezas inestimables que se encierran en este precioso tesoro. ¿Oh, quién puede pensar cuánta gratitud te rinde este corazón generoso por todos los cuidados que tuviste de él? ¡Oh, cuántos amores y ternuras te tuvo siempre este Corazón bueno, y te tendrá eternamente! Te conjuro, oh bienaventurado serafín, por todos los favores que recibiste del muy buen Corazón de la Madre de Dios, que preserves nuestros corazones de toda suerte de pecados, y de cuanto pueda desagradar al santísimo Corazón de Jesús y María, y conserva y haz crecer en él sin cesar el amor del Hijo y de la Madre, y la devoción a su amabilísimo Corazón.

¿Y qué decir del discípulo bienamado de Jesús? ¿No es acaso el hijo bienamado de María? En esta calidad se la entregó Jesús. Y cuando le concedió ocupar su puesto, ¿no le dio también su amor a su queridísima Madre y a su Corazón maternal? ¿Quién puede dudar entonces de que el apóstol del amor y de la caridad no sea el hijo amadísimo y favorito del Corazón de la Madre del amor hermoso? ¿Dónde bebió ese sentimiento de amor y caridad de que estaba tan colmado si no, primero, en la divina hoguera del pecho sagrado de Jesús en el que reposó, y luego en el



Corazón maternal de la que Jesús le dio como Madre y con la que permaneció largo tiempo en la tierra como buen hijo con su muy buena Madre? Al decir de Orígenes<sup>374</sup> esta calidad de hijo de María lo hizo digno de revelaciones particulares, que el Hijo de Dios le dio, de los misterios más sublimes de su divinidad.

¡Oh divino apóstol, contigo nos regocijamos por los maravillosos beneficios con que la divina bondad te honró y por ellos damos gracias a Jesús y a María. Asóciarnos contigo, te rogamos, aunque infinitamente indignos, a la calidad de hijos del divino Corazón de la Madre de Jesús; haz que participemos de la devoción singular que profesas a este amado Corazón y por tus ruegos haz que cantemos por siempre, contigo y con todos los ángeles y todos los santos, las alabanzas de este dignísimo Corazón.

Otro santo que pertenece muy estrechamente al Corazón sagrado de la reina de los santos es el evangelista san Lucas. Es uno de los primeros oficiales de la corona de este rey de los corazones. Es su secretario, su evangelista, su predicador y su apóstol. Fue el único entre los santos evangelistas que hizo especial y honorable mención de su Corazón en su evangelio, haciendo resonar estas divinas palabras por todo el universo: *María conservaba todas estas palabras meditándolas en su Corazón*. ¡Oh bienaventurado

---

<sup>374</sup> Tom. 5, praef. In Joannem



san Lucas, escribe y graba en nuestros corazones la veneración y el amor que debemos tener a este dignísimo Corazón; predica y anuncia a todo el mundo sus excelencias maravillosas; obtén de Dios que suscite predicadores evangélicos que prediquen las perfecciones y las virtudes de este santo Corazón y que lleven a todos los habitantes de la tierra a honrarlo e imitarlo.

¿Es imposible dudar que la Madre de Jesús no haya tenido Corazón y ternura especial de Madre a todos los santos apóstoles y discípulos de su Hijo amadísimo, particularmente a san Lázaro, a santa Marta y a santa Madalena, y que ellos recíprocamente no hayan tenido afecto cordial y filial a su Corazón de Madre?

San Buenaventura dice que cuando nuestro salvador llamaba a sus apóstoles a seguirlo, los llevaba a la casa de su divina Madre<sup>375</sup> para que ella los alojara en su Corazón como a hijos, y ellos comenzaran a amarla como a Madre.

Presento otros varios santos y santas que han continuado el afecto particular de esos primeros santos al amable Corazón de la Madre de Jesús.

---

<sup>375</sup> *Meditación de la vida de Cristo, cap. 19*



## Sección I

### *Los santos esposos de la reina de los ángeles*

Entre los santos hay unos que esta Virgen Madre quiso honrar, por exceso de bondad inconcebible, con el nombre y la calidad de sus esposos. En efecto, así como su Hijo bienamado, que es infinitamente superior a ella, quiere tratar y amar a las almas de verdad cristianas como sus esposas, no hay por qué admirarse si su divina Madre, a imitación de su indecible bondad, quiere llevar el nombre y tener un Corazón de esposa respecto de esos santos, entre los cuales se cuentan , Edmundo, obispo de Cantorbery, san Roberto, san Esteban y san Albarico, fundadores de los cistercienses, san Bernardo, santo Domingo y el beato Alain, uno de sus hijos, el beato Herman de la orden premostratense, san Francisco de Asís, san Bernardino de Siena y otros que tienen escritos sus nombres en el libro de la vida.

¡Oh bondad incomparable de la reina del cielo que quiere que un minúsculo gusano de tierra sea mirado por los querubines y serafines como el esposo de la reina de los ángeles! ¡Oh humildad sin par! ¡Oh caridad admirable de la Madre de un Dios que no desdeña que un miserable pecador tenga alianza tan gloriosa con ella! ¡Oh, que todos



los ángeles, todos los santos y todas las criaturas la bendigan por ello eternamente!

## Sección II

### *Santa Matilde*<sup>376</sup>

A esta santa de la Orden de san Benito, el mismo Hijo de Dios le recomendó la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Madre y le enseñó una manera excelente de saludarla que ya citamos<sup>377</sup>.

Añado que un día, durante la misa, fue otorgado a esta santa un don del cielo. Se le concedió saludar al Corazón de la bienaventurada Virgen como al que, entre todos los santos corazones que, después del Corazón adorable de Jesús, ha sido para nosotros el más útil y el de mayor provecho especialmente en siete puntos<sup>378</sup>.

Primero, en los grandísimos deseos de que estuvo encendido mucho más que los demás corazones de los santos patriaras y profetas en lo concerniente a la encarnación del Hijo de Dios. Segundo, en su amor ardentísimo y en su humildad muy profunda que elevaron a esta divina Virgen a la dignidad de Madre de Dios. Tercero,

---

<sup>376</sup> Santa Matilde (1241-1298), religiosa benedictina, hermana de santa Gertrudis

<sup>377</sup> En el libro 4, cap. 1

<sup>378</sup> *Liber specialis gratiae*, part. 1ª, caP. 39.



en la piedad, dulzura y ternura de que su Corazón virginal estaba colmado, cuando esta sagrada Virgen alimentaba con su leche y nutría al divino niño Jesús. Cuarto, en la fiel y cuidadosa conservación que mantuvo sobre las palabras y misterios del salvador. Quinto, en su paciencia admirable para sufrir extremos dolores que la traspasaron en la pasión del redentor. Sexto, en el amor y el celo que la llevaba a orar incesantemente por la Iglesia naciente. Séptimo, en el ardor inconcebible con el que presenta sin cesar, en el cielo, nuestros deseos y oraciones a la santísima Trinidad.

Además, en la fiesta de la asunción gloriosa de la Madre de Dios, como santa Matilde oraba por una persona que se había encomendado a sus oraciones y que tenía veneración singular a la Madre de Dios y por los santos goces de su Corazón, esta divina Virgen le habló así<sup>379</sup>:

“Cuando aquella por quien me pides se acuerde de mis gozos le pido añada otros cinco que te voy a comunicar.

“Primero, que me salude en el gozo inefable de que mi Corazón fue colmado en el primer momento en que comencé a ver, a mi entrada en el cielo, la luz inaccesible de la dichosísima y santa Trinidad, en la que, como en muy nítido espejo, vi y conocí muy claramente el amor eterno e incomparable con que Dios me animó desde toda la eternidad, por encima de todas las criaturas, y con el que

---

<sup>379</sup> *Libro de gracias especiales*, parte 1, cap. 26



me escogió para ser su Madre y Esposa; como también la divina complacencia y el soberano contento que tuvo de mí antes de todos los siglos y de todo lo que hacía en la tierra para su servicio, todo muy de su agrado.

“Segundo, que me salude en la plenitud de la felicidad muy abundante de que mi Corazón fue colmado cuando mis oídos escucharon el dulcísimo saludo que me fue dado por mi Hijo, por mi Padre y mi Espíritu, cuando me recibieron en el cielo con ternuras inconcebibles, dignas de su poder infinito, según los detalles admirables de su incomprensible sabiduría y de acuerdo a la inmensidad de su amor inexplicable, y cuando sus voces melodiosas y encantadoras hicieron resonar en mis oídos un cántico de amor, el más dulce y cautivador que pueda escucharse.

“Tercero, que me salude en la abundancia del gozo de que mi alma fue embriagado cuando la divinidad me dio el dulcísimo y santo beso, por el que derramó en mi Corazón la suavidad de sus divinas dulzuras, con tanta plenitud que no solo rebosaron en todos los corazones de los habitantes del cielo sino incluso que no habría habido hombre tan perverso en la tierra que no pudiera participar de ellas si hubiera querido hacerse digno de disfrutarlas.

“Cuarto, que me salude en la dicha que sentí cuando mi alma se vio encendida en los fuegos sagrados del divino amor, y mi Corazón se disolvió y se deshizo por las inefables dulzuras del Corazón adorable de mi Dios del que el mío fue



del todo embriagado cuando su divina Majestad derramó la plenitud de ese mismo amor, cuanto una pura criatura puede ser capaz; de forma que todos los santos del cielo se encendieron en nuevo ardor por los fuegos y las llamas que salían de mi Corazón.

“Quinto, que me salude en el gozo de que mi corazón fue arrebatado cuando el esplendor de la divinidad penetró en todas las facultades de mi cuerpo y de mi alma, por los celestes rayos de su divina luz, en forma tan admirable que por el destello de mi gloria el cielo se vio iluminado con nuevos resplandores, y por mi presencia la felicidad de los santos se vio acrecentada.

Añado algo maravilloso que Dios hizo ver a santa Matilde referente al Corazón admirable de la Madre de Dios.

En la noche sagrada de la asunción de esta bienaventurada Virgen, estando santa Matilde en el coro, le pareció estar junto a la santa Madre de Dios, que estaba en el lecho, cercana a su salida de este mundo para ir al cielo. Y Dios hizo ver a esta santa en visión intelectual cómo la grandeza de su Majestad infinita se abajó a un santo y profundo abismo, que era el muy humilde Corazón de la Virgen Madre, y lo colmó de tal manera con torrentes de delicias divinas que su santísima alma fue sumergida y como absorbida en Dios. Esta bienaventurada alma de María, saliendo de su cuerpo, sin causar ningún dolor sino con gozo inefable, voló dichosamente entre los brazos de su queridísimo Hijo, y reposando amorosa y deliciosamente en su Corazón adorable, fue llevada, entre maravillosos



aplausos e increíble júbilo de todos los santos, al trono de la augusta Trinidad.

“Es imposible a toda criatura decir de qué manera Dios, el Padre, la recibió en su Corazón paternal con todo el amor y las ternuras dignas de tal Padre y de tal Hija. Imaginar con qué honor y qué reverencia la Sabiduría eterna, que es el Hijo único de Dios y el Hijo único de tal Hija, recibió a su amadísima Madre y la hizo sentar a su derecha en el trono de su gloria, sobrepasa toda imaginación humana y angélica. El Espíritu Santo la colmó de su benignidad, de su dulzura y de toda suerte de bienes en tal abundancia que todos los santos del cielo fueron enriquecidos con su plenitud.

“Los serafines, que desde el comienzo de su creación arden en la hoguera del amor divino fueron todavía más encendidos por los fuegos sagrados que inflaman el Corazón de esta Madre de amor. Los querubines que brillan con las luces de la divinidad recibieron incremento de su brillantez con los celestes rayos de esta divina Mujer revestida del sol. Todos los órdenes de los ángeles y de los santos adquirieron aumento de gozo y claridad por el resplandor de la gloria de tan admirable princesa”.

Finalmente se hizo ver a santa Matilde que la altísima e incomprensible Trinidad derramó en la divina María la inmensidad de su divina felicidad, la llenó y la penetró de tal modo de la plenitud de su divinidad, que estando colmada de Dios, era Dios quien hacía en ella y por ella todo lo que ella hacía; era Dios quien veía por sus ojos, escuchaba por sus oídos y hablaba por su boca; y se le tributaban por ella



alabanzas perfectísimas y agradables, y finalmente tomaba su complacencia y delicias *en su Corazón como en su propio Corazón*.

Observa sin embargo que incluso si se habla aquí del Corazón de la bienaventurada Virgen como si fuera el Corazón de Dios, eso no quiere decir que el Corazón de la criatura sea igual al del creador, pero se hizo ver a santa Matilde que su divina majestad ponía su complacencia y sus delicias en el santísimo Corazón de esa gloriosa Virgen, como en su propio Corazón, tanto porque el Corazón de la divina María estaba del todo transformado en el Corazón de Dios por virtud del divino amor, como porque el Hijo de Dios, que es el Corazón de su Padre y objeto de su complacencia, al hacer su morada en el Corazón de su amabilísima Madre, no es de maravillar que el Padre eterno ponga en él sus complacencias y delicias. En efecto, es como si dijera que pone su complacencia y sus delicias en su Hijo único y bienamado.

Esto es lo que saqué de santa Matilde cuyos libros están apreados por innumerables santos doctores.

### **Sección III**

#### *Santa Gertrudis*<sup>380</sup>

Es otra santa muy célebre de la Orden de san Benito, hermana de santa Matilde, que vivió en el año 1300, en un

---

<sup>380</sup> Sabta Gertrudis (1234-1303), benedictina de Helfta.



monasterio con su hermana. Esta santa religiosa tenía asimismo devoción muy especial al amable Corazón de la Madre del salvador. Por ello Dios le otorgó varios favores de los que usaré algunos consignados en su libro: *Insinuaciones de la divina piedad*, aprobado también por varios santos y distinguidos doctores.

En la fiesta de la Anunciación de la bienaventurada Virgen, santa Gertrudis, mientras se recitaban los maitines, cuando se llegó al canto del *Ave María*, fue arrebatada a Dios y vio, con visión de la mente, tres arroyuelos que brotaban del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y venían a fundirse, con ímpetu suave, en el Corazón de la Madre de Dios. En seguida, por reflujo maravilloso, volvían a su origen, es decir, al seno de la divinidad. El efecto que producían estos tres arroyuelos en el Corazón de la Madre del salvador era el de transformarla en la persona más poderosa del universo, después del Padre, la más sabia después del Hijo, y la más tierna después del Espíritu Santo, por comunicación muy particular de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la bondad del Espíritu Santo.

El mismo día de la Anunciación, al cantar las palabras del evangelio: *Soy la sierva del Señor*, santa Gertrudis, habiendo ofrecido a la bienaventurada Virgen, con mucho afecto, la alegría inefable de que su Corazón estaba colmado, cuando al pronunciar las dichas palabras se entregó y se abandonó por entero con inmensa confianza entre las manos de la divina voluntad, a fin de que dispusiera absolutamente de ella y de todo lo que le



concernía, de la manera que le fuera más agradable, esta muy buena Virgen le habló de esta manera con grandísima bondad: “Quienquiera practique esta misma devoción, ofreciéndome con el gozo inconcebible de que mi Corazón estuvo pleno al pronunciar estas palabras: *Soy la sierva del Señor*, en el momento de la encarnación de mi Hijo, le haré sentir el efecto de la oración que me dirija con estas palabras del himno que se canta en esta fiesta: *Muestra que eres Madre*. Le haré ver el poder de Madre que tengo ante el rey de la gloria que es mi Hijo y la bondad de mi Corazón maternal para los que me invoquen”.

En la fiesta del nacimiento de nuestro salvador, santa Gertrudis vio al Hijo único del Padre eterno que salía del seno adorable de su Padre y descendía, con dicha incomprensible, al Corazón amabilísimo de su divina Madre. Dios le hizo conocer entonces cómo la humanidad santa del Niño Jesús se había alimentado, con singular felicidad, con su leche virginal. Su misma divinidad encontraba sus delicias en la pureza de su Corazón inocente y del todo penetrado de amor a él.

## Sección IV

*Santo Tomás, obispo de Cantorbery*<sup>381</sup>

Este santo prelado tuvo devoción particular a los siete gozos que Dios infundió en el sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen mientras estuvo en este mundo.

---

<sup>381</sup> Santo Tomás Becket (1117-1170) mártir de la defensa de los derechos de la Iglesia



El primero fue cuando san Gabriel la saludó como llena de gracia y le anunció que estaba escogida por la santísima Trinidad para ser Madre del salvador del mundo.

El segundo cuando visitó a su prima santa Isabel y pronunció el divino cántico *Glorifica mi alma al Señor*.

El tercero cuando dio a luz a su Hijo bienamado en el establo de Belén.

El cuarto cuando vio a los reyes magos venir del oriente para adorarlo.

El quinto, cuando después de haberlo perdido y buscado con dolor durante tres días lo encontró en el templo en medio de los doctores.

El sexto cuando después de haberlo visto morir en la cruz, lo vio lleno de vida, de gloria y de inmortalidad luego de su resurrección y en el triunfo su ascensión.

El séptimo cuando habiendo resucitado fue gloriosamente transportada en cuerpo y alma al cielo, entronizada a la derecha de su Hijo y coronada como la soberana emperatriz del cielo y de la tierra.

Estos son los siete gozos principales que regocijaron el amabilísimo Corazón de la Madre de Dios a su paso por la tierra, y cuya consideración llenaba de gozo y devoción al santo arzobispo de Cantorbery. Habiéndosele aparecido esta divina Madre lo exhortó a añadir los siete gozos principales de que su Corazón disfruta en el cielo y le manifestó que asistiría en la hora de la muerte a quienes se regocijaron con ella, los llenaría de gozo y consuelo y cuidaría bien de presentar sus almas a su Hijo.



El primero es que ella está elevada en gloria, superior a todos los ángeles y todos los santos. Solo Dios la sobrepasa y ella ve bajo sus pies todo cuanto no es Dios.

El segundo es que, sin hablar de las demás coronas que posee por sus demás virtudes, Dios le ha concedido una por el amor que él tiene a la pureza virginal, que es la más rica, brillante y gloriosa de todas las coronas de los ángeles y los santos.

El tercero radica en que, como el sol material que nos ilumina acá abajo regocija con su presencia a todos los habitantes de la tierra, la gloriosa Virgen es también, después de su Hijo Jesús, el Sol del Paraíso, que llena todos los corazones de los ciudadanos del cielo con felicidad y júbilo increíble.

El cuarto viene de que todos los habitantes de la Jerusalén celestial honran y honrarán eternamente a esta gloriosa princesa como la dignísima Madre de su Dios y de su salvador, como su reina y como su emperatriz del universo.

El quinto proviene que ella tiene todo poder sobre las voluntades de su Hijo y sobre todas las criaturas.

El sexto nace de que Dios le ha dado privilegio y poder especial de asistir, proteger, favorecer y colmar de gracias y bendiciones a los que le tienen verdadera y cordial devoción.

El séptimo se origina en que todas sus alegrías y grandezas irán creciendo siempre hasta el final de los siglos, y son inmutables y eternas.



Estos son los gozos principales del bendito Corazón de la Madre de Dios en la tierra y en el cielo. Han sido motivo de la devoción de santo Tomás de Cantorbery. Él merece por tanto ser contado entre los santos que pertenecen especialmente a su amabilísimo Corazón. Oh Madre de Jesús, pide, por favor, a tu querido Hijo que imprima en nuestros corazones gran desprecio de todos los falsos placeres y engañosas alegrías de este mundo y nos otorgue la gracia de poner toda nuestra delicia en amarlo y glorificarlo, y en servirte y honrarte en todas las maneras que nos sean posibles.

Se conoce un efecto maravilloso de esta promesa hecha a santo Tomás por la bienaventurada Virgen. San Anselmo y otros buenos autores refieren que un religioso que acostumbraba recitar cada día siete *Ave Marías* para ofrecer a la Madre de Dios los siete gozos principales que su Corazón sagrado experimentó mientras estuvo en la tierra, y además los siete gozos particulares de que está colmada en el cielo, encontrándose en peligro de muerte y temiendo mucho este paso temible, esta Madre de bondad se le apareció y le dijo: ¿por qué temes, hijo mío, si me has regocijado tantas veces al recordar los grandes gozos que recibí en el mundo y de los que mi Corazón se regocija en el cielo? Ten valor y rechaza lejos de ti todos esos vanos temores. Te aseguro que pronto participarás de las alegrías y contentos que tantas veces me anunciaste. *Me anunciaste alegrías, y alegrías te serán anunciadas.* Al escuchar este buen religioso palabras tan consoladoras salidas de labios de la gloriosa princesa del cielo, permaneció de tal manera



extasiado y transportado de alegría que creyendo estar del todo curado quiso hacer el esfuerzo de levantarse y arrojarse a sus pies para agradecerle favor tan extraordinario. Pero en ese esfuerzo entregó su alma entre las manos de su muy buena Madre. Ella lo alojó en su Corazón y se lo llevó al cielo en ese instante, donde ella posee eternamente los efectos maravillosos de las promesas de la reina de los ángeles.

## **Sección V**

### *Los santos de la Orden cisterciense*

Ya vimos el puesto destacado que los verdaderos hijos de la santa Orden del Císter dan al Corazón de la que es la fundadora y Madre de la misma Orden. Añado ahora una prueba muy notable.

Un santo religioso del Císter, muy devoto de la santa Virgen contempló en éxtasis todo el paraíso. Admiraba los coros de los ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes, todos con marcas diferentes para distinguirlos entre sí. Veía canónigos regulares de San Agustín, religiosos premostratenses, de Cluny y de las demás órdenes y congregaciones. Lanzaba su mirada a todos los lados para tratar de ver algunos religiosos de su Orden y no vio a ninguno. Lleno de confusión y dolor exclamó: *¿Qué pasa, santísima Virgen, que no veo en este lugar de felicidad ningún religioso de mi Orden? Si todos*



*eran fervorosos y admirables servidores que encanecieron en el ejercicio de las virtudes más heroicas por qué están excluidos?* Viéndolo acongojado la caritativa Madre le dijo: *Profeso amor particular a los religiosos del Císter y los tengo encerrados en mi seno.* Al decirlo, abre su amplísimo manto real y le mostró un número cuantioso de religiosos y religiosas de la Orden del Císter, en particular hermanos conversos, que tenía bajo su protección. Habiendo despertado fue lleno de felicidad a ver a su abad a quien contó lo que había visto, como lo cuenta Henríquez en la vida de san Albarico, abad del Císter<sup>382</sup>.

## Sección VI

### *Santa Teresa con todo el Monte Carmelo*

Esta gran santa y todos sus santos hijos e hijas de la Orden de carmelitas descalzos, con otros religiosos y religiosas de Nuestra Señora del Monte Carmelo, pertenecen de manera muy especial al sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen por cuatro razones:

1. Porque esta santa Orden está de tal forma consagrada a la Madre de Dios que Nuestro Señor, hablando a santa Teresa, la llama la Orden de su divina Madre<sup>383</sup>.
2. Porque esta divina Virgen hizo ver en varios encuentros que su Corazón está lleno de amor y ternura a esta Orden.

---

<sup>382</sup> Crisóstomo Henríquez, *Vida de san Alberico*

<sup>383</sup> *Vida*, cap. 40g



3. Porque en ella se hace profesión de celo ardentísimo y devoción singular para el servicio y el honor de esta Madre admirable.

4. Tanto más que encuentro, en el capítulo 36 de la *Vida de santa Teresa escrita por ella misma*, por mandato de sus superiores, que un día, haciendo oración en el monasterio de su reforma, y estando como extasiada, vio a Nuestro Señor Jesucristo que le testimonió gran amor y que le puso una corona en la cabeza, agradeciéndole lo que ella había hecho para el servicio de su santísima Madre; no encontramos que nuestro salvador haya hecho esta gracia a ningún santo ni santa sino a santa Teresa quien refiere además que ella vio a Nuestra Señora, rodeada de grandísima gloria y revestida de un manto blanco, con el que le parecía cubrirlas a todas, manifestando así la parte singularísima que ellas tenían en el amor de su Corazón.

Ha sido puesto entre mis manos un libro impreso en Milán, escrito en italiano, por uno de los hijos de santa Teresa, el venerable padre Juan de San José, carmelita descalzo de la Congregación de San Elías. Contiene varios ejercicios espirituales y gran número de meditaciones, llenas de rica doctrina y piedad sobre la santísima Madre de Dios. Escojo una de entre ellas donde él introduce y representa a la misma Virgen que habla a un alma cristiana y le hace ver algunos destellos del amor ardentísimo que quemaba el Corazón de su Hijo Jesús hacia ella, y el divino fuego que consumía su Corazón virginal a este bienamado Hijo. Escucha cómo la hace hablar:



“Hoy abro, hija amadísima, la hoguera ardiente de mi amor al proponerte una consideración muy tierna y eficaz para moverte a que me ames. Se trata de considerar que yo amamanté largo tiempo al Hijo de Dios. Considera por el menú, con el ojo purificado de tu espíritu, lo que pasaba en mi cuerpo, en mi corazón, en mi alma, cuando yo daba el seno al Hijo único del Padre eterno, lo que le daba, lo que yo recibía de él, y las demás circunstancias y encontrarás por doquier abundante materia de amor.

“Empecemos por el cuerpo. Era como una cocina en la que se preparaba de comer para el Hijo de Dios. Mira qué humildad, qué amor y qué bondad la del Altísimo, y qué favor para mí se descubre en ello. Mi comer no era tanto para mí sino para mi Hijo. ¡Oh qué alegría era para mí cuando comía. Consideraba que este alimento, por virtud de mi calor natural, se debía convertir en leche y ser alimento del Hijo de Dios que era igualmente mi Hijo! Te aseguro que mi corazón se volvía hoguera de amor, al desear se convirtiera en alimento de mi Hijo.

“Cuando llegaba el momento tomaba entre mis brazos al que todo lo contiene. Lo apretaba contra mi pecho al ofrecerle la leche. Todo me daba gozo y amor indecible. ¿Qué piensas que sentía yo cuando el Hijo de Dios, abriendo su boca que llena todo de bendición, sorbía mi leche? Que lo piense el que pueda pues yo no puedo expresarlo. Con la leche me robaba el Corazón, absorbía el amor con el alimento, y me atraía hacia sí tan fuertemente que mi alma habría abandonado mi cuerpo, para unirse a él perfectamente si su omnipotencia no lo hubiera impedido.



Solo él conoce lo que me devolvía en cambio de la leche que yo le daba. Solo te digo que todo esto sobrepasa toda lengua humana. Me daba, como un Dios grande a una Madre muy amada. Que lo piense el que sea capaz. Te aseguro que no me dejaba vacía y que el pecho que se vaciaba de leche se llenaba de amor, de dones, de gracias, y del autor mismo de dones y gracias. Derramaba en mi interior todos esos bienes, mientras continuaba a libar mi leche.

“Añade a esto la gracia y la virtud que tenía en sus divinos ojos. El amor que me comunicaba cuando me miraba con un rostro tan lleno de dulzura, y de mi parte yo lo miraba también con todo el respeto y el cariño posible. Esto encendía en mi corazón un incendio de amor inexplicable. Mientras mi hijo querido tenía los ojos fijos en mí y sorbía mi leche con su boca divina, yo me sumergía en consuelos inconcebibles. Lo poseía y amaba más de lo que es posible expresar. De su parte me comunicaba el ardor de su Corazón aplicando su santísima boca a mi seno virginal, donde esos dos Corazones se comunicaban el fuego del amor, se diluían, se unían y se transformaban mutuamente.

“Toda esa suavidad, ese amor y comunicación no eran por una sola vez sino muchas veces al día, ni por un día, ni solo por un mes sino por varios, mientras duró la infancia de mi Jesús. Si, pues, en una sola ocasión pasaban cosas tan admirables, tiernas y agradables que apenas puedo esbozar, qué piensas que sucedía tantas veces y durante todo un mes? Que hable el que pueda. Pero se agotaría primero antes de poder llegar al corazón de lo que pasaba. Piense lo



que quiera sin alcanzar jamás la realidad. Esta fiesta duró hasta que mi amable hijo estuvo en capacidad de tomar por sí mismo otro alimento.

“Hasta aquí, amada hija, te he compartido en parte lo que se pasaba al exterior y ocasionalmente lo que pasaba en mi interior. ¿Pero quién podrá explicar lo que pasaba en las almas y en los Corazones de mi Hijo y del mío? Confieso que no alcanzo a decirlo. Si los servidores de Dios reciben a veces en sus almas dones y favores tan grandes que no puede explicarlos con palabras, pues la obra divina desborda con mucho la capacidad de la lengua, se ven obligados a confesar que experimentan en sí mismos lo que no pueden declarar, ¿qué podrá decirse entonces de lo que Dios mismo obraba en mi alma cuando al hacerse niño yo lo llevaba en mi regazo? Se sustentaba con mi leche y él me sustentaba con lo que él sabe. Te digo con toda verdad que mi alma estaba plena; mi voluntad ardía en un brasero ardiente de amor divino; mi mente era iluminada con la claridad de Dios y todas mis demás potencias estaban extasiadas. ¿Pero de qué sirve hablar de cosas indecibles, que no son medibles con el rasero de los demás santos, ni comprendidas por las mentes de los mortales? ¿Qué inteligencia podrá comprender lo que pasaba en el Corazón y el alma de mi querido hijo Jesús aferrado a mi pecho? ¡Cómo me amaba y cómo me agradecía, cómo se comunicaba conmigo! Levanta los ojos a lo alto y contempla lo que hacía un Dios humanado y feliz entre mis brazos y bebiendo mi leche: *Felices los pechos que amamantaron a Cristo Señor.*



## Sección VIII

### *San Felipe de Neri<sup>384</sup> con sus santos hijos*

Este gran santo, fundador de la congregación del Oratorio de Roma tenía celo y amor muy singular a la amabilísima Madre de Dios. Supo imprimir estos sentimientos en sus santos hijos como aparece muy claro en el excelente libro publicado por uno de ellos, el reverendo padre Dom Francisco Marchese<sup>385</sup>, bajo el título *Jornada sagrada de devoción para honrar cada día a la bienaventurada Virgen*.

Entre estos numerosos ejercicios hay ocho para la octava de la fiesta de su divino Corazón, llenos de extraordinaria piedad.

Hago un compendio de estos ejercicios y de la manera de usarlos santamente en honor de este dignísimo Corazón.

### *Primer día*

Procura saludar de lo más profundo de tu corazón y con gozo al amabilísimo Corazón de la Virgen a imitación del beato Herman, de la Orden de Santo Domingo, quien diariamente decía un *Ave María* con particular devoción en honor de este divino Corazón. Cuida de saludarlo como

---

<sup>384</sup> Felipe de Neri nació en Florencia en 1515 y murió en Roma en 1595

<sup>385</sup> Francisco Marchese nació en Milán a comienzos del siglo XVII. Se le consideró un segundo Felipe Neri. Es posible que haya conocido los escritos de san Juan Eudes y se haya inspirado en ellos.



Templo de la augustísima Trinidad y Sagrario del Espíritu Santo, escogido por la suprema Majestad para hacer en él su morada y para derramar abundantes e incomparables dones y los tesoros inestimables de su divino amor.

### *Segundo día*

Da gracias, con todo el amor de tu corazón al muy caritativo Corazón de la divina María, por todo cuanto hizo y sufrió con tu divino salvador, para cooperar cuidadosa y diligentemente en la obra de tu salvación eterna.

### *Tercer día*

Dedícate hoy a contemplar al dulcísimo Corazón de la Madre del salvador, traspasado por dolorosa espada en el tiempo de la pasión de su Hijo. Pídele perdón por los dolores que le hiciste padecer y ruégale que en castigo de las heridas que le has causado, imprima en tu corazón las heridas de su Jesús crucificado, y repítele con esta intención: *Santa Madre, haz que las heridas del Crucificado se impriman fuertemente en mi corazón.*

### *Cuarto día*

Ofrece tu corazón a la reina de los corazones, es decir, a la santísima Virgen. Ella desea tenerlo para darlo a su Hijo para que le sirva y lo ame fielmente. La fidelidad del corazón consiste en emplear las potencias del alma en el



servicio de aquel que nos las ha dado. Toma fuerte resolución de emplear por entero tu memoria, tu entendimiento y voluntad en servir, amar glorificar al soberano Monarca de los corazones que es Jesús.

### *Quinto día*

Cuida de ofrecer tu corazón al divino Corazón del Hijo de Dios, y de ofrecer los dos juntos al sagrado Corazón de la bienaventurada Madre para suplir todas las ingratitudes, negligencias e infidelidades que has cometido contra ella; así harás algo que le es muy de su agrado. En efecto, se refiere en la vida de santa Gertrudis que en las vísperas de la Navidad, mientras se desarrollaba la procesión por el claustro donde se llevaban las reliquias de los santos y la imagen de la reina de los santos, santa Gertrudis, afectada por el dolor de sentir que su enfermedad le impedía recitar durante el adviento algunas oraciones particulares en su honor, el Espíritu Santo le inspiró ofrecerle, en reparación de sus omisiones, el nobilísimo y dulce Corazón de su Hijo Jesús. Lo aceptó con gran contento como presente de infinito valor y que pues contenía en sí cuanto hay de grande, rico y agradable en el universo, era más capaz de satisfacerla que toda otra cosa.

### *Sexto día*

Reúne juntos todos los corazones de los hombres y de los ángeles, especialmente los de los devotos de la santa



Virgen, y de los serafines y en especial los de san José, de san Joaquín, de santa Ana, de san Juan Bautista y de san Juan evangelista, y ofrece al dignísimo Corazón de la Madre del salvador todo el amor y las alabanzas que le han sido tributadas por esos corazones para, en su lugar, suplir las frialdades y negligencias de tu corazón.

### *Séptimo día*

Ofrece el Corazón de nuestro salvador al de su santa Madre suplicándole, por el amor infinito que le profesa y del que el Corazón de su Hijo está colmado, ponga en tu corazón todos los dones y gracias que te son necesarios y convenientes a fin de que te hagas digno de su amor.

Un día santa Gertrudis, ya al final de su vida, suplicó a nuestro Señor que supliera todos los defectos y faltas que había cometido en el servicio de su santísima Madre. Vio entonces que, puesto en pie, le ofreció su divino Corazón con estas palabras: “Este es mi Corazón; te lo presento, oh mi amabilísima Madre, como fuente abundantísima de la soberana felicidad, y en este Corazón te ofrezco todo el amor por el que yo te he escogido y predestinado desde toda la eternidad, entre todas las criaturas y con preferencia a todas ellas para ser mi gloriosísima Madre; igualmente todo el amor por el que yo te di el ser y la vida en tu creación; todo el amor por el que te he santificado y llenado de mis divinas gracias en el momento de tu inmaculada Concepción; todo el amor y todas las ternuras que te testimonié en mi infancia cuando me llevabas en tu seno



virginal; todo el afecto filial que te manifesté mientras permanecí contigo; y en general todos los favores de que te colmé durante el curso de tu vida, en especial cuando en el día glorioso de tu asunción te elevé por encima de los coros de los ángeles, y te hice sentar a mi derecha y te establecí como reina y señora soberana de cielo y tierra; y te ofrezco todo esto por amor de mi querida y amorosa Gertrudis, como reparación de todas las negligencias que ella cometió en tu servicio a fin de que vayas por delante de esta esposa mía en la hora de su muerte para recibirla con amor maternal en tu seno virginal”,

Benignamente la Virgen aceptó todo esto muy de corazón; y con gran gozo santa Gertrudis salió de este mundo del todo llena y embriagada de las delicias del paraíso; su alma fue recibida con júbilo inexplicable en el corazón amabilísimo de Jesús y de María.

Todo esto revela que es algo muy del agrado de la Madre del salvador el ofrecerle el divino Corazón de su Hijo para suplir nuestras falas; que por tanto es muy agradable al Hijo de Dios ofrecerle su propio Corazón, con el su santa Madre, como reparación de nuestras ofensas; y la devoción al Corazón del Hijo y de la Madre es muy provechoso a quienes lo practican con afecto.

### *Octavo día*

Concibe gran deseo y toma fuerte resolución de ser y vivir según el Corazón de la bienaventurada Virgen, mediante la cuidadosa imitación de las virtudes que reinan



en este santísimo corazón, en especial de su amor, caridad, humildad, obediencia, pureza, paciencia, y de su aversión al pecado, a fin de que pueda decirte: *Encontré a un hombre según mi corazón*. Santa Catalina de Siena experimentó personalmente este cambio de corazón cuando Nuestro Señor le sacó su corazón y puso el suyo en su lugar. ¡Oh mi divina Madre, quítame mi corazón y pon el tuyo en su lugar!

## Sección VIII

*El santo doctor Taulero, el santo abad Blosio  
y el beato Lanspergio, abad cisterciense*<sup>386</sup>

Estos tres santos personajes merecen ser considerados y honrados como íntimos amigos del sagrado Corazón de la Madre de Dios. Tuvieron, en efecto, gran veneración a esta divina Virgen y afecto singular a su divino Corazón.

El doctor Taulero, de la Orden de santo Domingo, expuso dos temas de mucho beneficio.

El primero consiste en que, apenas la bienaventurada Virgen pronunció las palabras: *Soy la esclava del Señor; que se haga en mí según tu palabra*, el Espíritu Santo tomó purísima sangre de su Corazón virginal, encendido en el fuego ardentísimo del amor divino, y con ella formó el santísimo cuerpo de nuestro salvador, no en su Corazón sino en las entrañas sagradas de su divina Madre<sup>387</sup>, y a la

---

<sup>386</sup> Juan Pablo Tauler, alsaciano (1297-1361), dominico; Luis de Blois –Blosiius- (1506-1566, benedictino; Juan Justo Lansperg, Lanspergius, bávaro 1490-1539), cartujo

<sup>387</sup> *Sermón único de la Anunciación*



manera como explica Cartagena, según vimos en el libro primero, capítulo tercero, sección quinta.

En el segundo tema este santo doctor expone que ese Corazón virginal es Corazón deiforme: *Su interior*, o sea, su Corazón, *era del todo deiforme*<sup>388</sup>. ¿Qué quiere decir deiforme? Que estaba transformado en Dios y que llevaba en sí la imagen y la semejanza de sus divinas perfecciones, en especial, de su amor, su caridad y clemencia, su benignidad y misericordia, su paciencia y santidad. Dice este doctor muy ilustre que *Si alguien hubiese contemplado su Corazón, allí hubiera visto a Dios con toda su claridad, hubiera visto incluso la procesión del Hijo y del Espíritu Santo*. En efecto, esta Virgen incomparable no abría jamás la puerta de su Corazón al amor de lo terrenal y temporal; estaba siempre dedicada a contemplar, amar y alabar a Dios en su divina esencia, en sus adorables Personas, en sus infinitas perfecciones y en sus inefables misterios, como son las procesiones admirables del Hijo y del Espíritu Santo. Por ello su Corazón estaba totalmente lleno, penetrado y poseído por estas maravillas.

El santo abad Blosio, cuya extraordinaria piedad brilla maravillosamente en sus obras, escribe lo mismo que el doctor Taulero sobre el sagrado Corazón de la Madre de Dios en lo referente a su deiformidad, o sea, su transformación en Dios<sup>389</sup>.

El venerable Juan Lanspergio, religioso de la Cartuja de Colonia, cuyos libros no es posible leer sin sentir el ardor del

---

<sup>388</sup> Sermón de la Purificación de la Virgen

<sup>389</sup> *Instit. spirit.* Apéndice, capi. 2



fuego divino que ardía en su corazón, dice tres enseñanzas muy considerables del Corazón augusto de la reina del cielo<sup>390</sup>.

En primer lugar, que el Hijo único de Dios es el Hijo único del Corazón virginal de María. Lo que es muy verdadero pues, según san Agustín y san León, lo concibió en su Corazón antes de concebirlo en su vientre, como ya dijimos.

En segundo lugar, que Jesús es el dulcísimo Esposo del Corazón, mejor dicho, de la voluntad de María, que es el Corazón espiritual de su alma. De donde se siguen varios privilegios para el Corazón espiritual de la reina del cielo. Como el esposo no es sino uno con su esposa, así el Corazón de Jesús no es sino uno con la voluntad de María. Como la esposa debe ser semejante a su esposo hay igualmente semejanza perfectísima entre la voluntad de María y el Corazón de Jesús; como hay comunidad de bienes entre esposo y esposa todo es común entre esos dos Corazones. De suerte que todo lo que pertenece al Corazón de Jesús pertenece al Corazón de María; lo que el Corazón de Jesús ama, el Corazón de María lo ama; lo que el Corazón de Jesús detesta, el Corazón de María lo aborrece; los gozos y los dolores del Corazón de Jesús son los gozos y dolores del Corazón de María.

Lo tercero que este santo cartujo escribe sobre el precioso Corazón de la Madre de amor es que el rey del cielo es el íntimo y fidelísimo amigo de este amabilísimo Corazón. Ese amor es constante pues él es el primer objeto

---

<sup>390</sup> *In Pharetra divini amoris*, 94



del amor de Jesús después de su Padre eterno. Jamás hubo amistad tan tierna y ardiente, tan estrecha y fiel, como la que existe entre los Corazones de tal Hijo y de tal Madre.

¡Oh muy buen Corazón de Jesús y de María, dichosos los que tienen alguna parte en tu dulcísima amistad: *Felices los que se han agraciado de tu amistad!* (Sir 48, 11, Vulgata). Quien ha encontrado un amigo fiel ha encontrado un tesoro, dice el Espíritu Santo. ¿Será posible encontrar un amigo tan fiel como el Corazón incomparable de Jesús y María?

¿Quieres tener amigo semejante? ¿Quieres poseer el muy sincero y poderoso amor del divino Corazón de Jesús y María? Entrégale tu corazón y todos los afectos de tu corazón, y él te dará los suyos. Ámalo solo a él y te amará únicamente, es decir, como si no hubiera otra persona para amar fuera de ti. La verdad eterna te dice: *Amo a los que me aman* (Prov 8, 17), y los amo como ellos me aman.

Para alcanzar esta gracia puedes servirte de la salutación siguiente que fue divinamente inspirada a santa Matilde: “Te saludo, María, en el nombre del Padre todopoderoso; te saludo en nombre de la Sabiduría eterna que es el Hijo de Dios; te saludo en nombre de la muy dulce benignidad del Espíritu Santo. Te saludo, María, que iluminas el cielo y la tierra, llena de gracia; con ella llenas a todos los que te aman. El Señor está contigo, él que es el Hijo único de Dios el Padre y que es igualmente el Hijo único, el amigo fidelísimo y el muy tierno Esposo de tu Corazón virginal. Hazme, te ruego, según su Corazón y según el tuyo. Amén”.



## Sección IX

### *La venerable madre María Villani*

Esta santa religiosa de la Orden de Santo Domingo, fundadora de un monasterio en la ciudad de Nápoles, bajo el título de Santa María del divino Amor, fallecida en el mismo monasterio en olor de santidad, el 26 de marzo de 1670, a los 86 años de edad, tenía devoción muy especial al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. Lo que sigue es prueba señalada de ello. Lo tomo de su vida impresa en Nápoles, en lengua italiana.

El Espíritu Santo le inspiró decir, cada día, tres *Ave Marías*. En la primera saludaba el Corazón adorable de Jesús, amadísimo Hijo de María. Al hacerlo le ofrecía el Corazón purísimo de la bienaventurada Virgen, su Madre, con todo el amor, la devoción, y los servicios que le prestó durante su vida. Le agradecía al mismo tiempo todas las gracias y privilegios con que había enriquecido ese Corazón virginal.

En la segunda *Ave María*, saludaba el dulcísimo corazón de la bienaventurada Virgen y le ofrecía el Corazón de su Hijo. Le daba gracias por todos los servicios que ella le había prestado y bendecía a este Hijo adorable por las abundantísimas gracias con que había enriquecido el Corazón sagrado de su dignísima Madre.

En la tercera *Ave María*, ofrecía su propio corazón a Jesús y María, en unión de los amables Corazones del Hijo y de la Madre.



Mientras practicaba esta devoción en un día de la Asunción de la gloriosa Virgen, la vio a su lado, totalmente rodeada de gloria. Al agradecerle las devotas saluciones que le presentaba, le ofreció obtenerle de su Hijo todas las gracias que pedía. Entonces, ella que, al practicar este piadoso ejercicio, experimentaba devoción extraordinaria a estos divinos Corazones de Jesús y María, y profunda ternura de caridad al prójimo, le pidió que todos los que hicieran este ejercicio tuvieran los mismos sentimientos. La muy buena Virgen le prometió no solo pedir esta gracia a su Hijo sino que añadió estas palabras: “No solo te prometo lo que me has pedido sino todavía más, ser especial protectora, en la vida y en la muerte, de quienes la digan estas saluciones; además librarlos de todo peligro interior, y al exterior hacerles experimentar su asistencia, siempre dispuesta a favorecerlos”. Esto trajo gran consuelo a esa joven.

No hay quien dude de que estas santas saluciones son muy del agrado de los Corazones sacratísimos de Jesús y de María. Si se practican con devoción atraerán grandes bendiciones a los corazones y los cuerpos de quienes las digan.

## **Sección X**

*San Francisco de Sales, con sus santas hijas,  
y varias otras personas religiosas*



Está fuera de duda que este gran santo, que era todo fuego y llama de amor a Dios y a la Madre de Dios, ocupa puesto privilegiado en el Corazón caritativo de esta Madre de amor. ¿Qué podrá decirse de más grande en alabanza de ese Corazón virginal que lo dicho por este ilustrísimo prelado en su *Teótimo*?

“Si de los primeros cristianos se dijo que no tenían sino un solo corazón y una sola alma, por su perfecto y mutuo amor fraterno; si san Pablo no vivía ya él sino que Jesucristo vivía en él a causa de la extrema unión de su corazón con el de su Maestro, y por esa unión su alma estaba como muerta en su corazón que ella animaba a vivir en el Corazón del salvador al que amaba: ¡oh gran Dios, cómo es de cierto que la sagrada Virgen no tenía sino un alma, un Corazón y una vida con su Hijo; esta sagrada Madre viviendo no vivía en ella sino en su Hijo y su Hijo vivía en ella! Madre, amante y amada como ninguna jamás ha podido existir. Amante y amada con un amor sin comparación más eminente que el de todos los órdenes de los ángeles y de los hombres, pues los nombres de madre única y de hijo único son nombres por encima de todos los demás nombres cuando se trata de amor”.

Un poco después añade: “¿Cuál de los serafines ha tenido el derecho de decir al salvador: *Tú eres mi verdadero Hijo y te amo como a mi verdadero Hijo*? Y a cuál criatura dijo alguna vez el salvador: *Tú eres mi verdadera Madre y te amo como a mi auténtica madre*? ¡*Tú eres mi verdadera Madre, totalmente mía, y soy tu Hijo, totalmente tuyo*. Si un servidor, lleno de amor, se atreviera a decir, y lo dijera con



verdad, que no tenía vida distinta de la su maestro, cuán osada y ardientemente esta Madre debía exclamar: No tengo vida distinta de la de mi Hijo; mi vida es por entero suya; y la suya enteramente mía. Porque no era unión sino unidad de Corazón, de alma y de vida entre esta Madre y este Hijo<sup>391</sup>.

¿Qué mayor felicidad podría dar este santo obispo al Corazón sagrado de la Madre del redentor, que la de sacar tantos miles de herejes de los caminos de la perdición para ponerlos en las vías del cielo? En efecto ella por tener más amor por las almas que todos los ángeles del paraíso recibe también más gloria en la conversión de un pecador que todos los ciudadanos del cielo. ¿Qué podía hacer de más agradable a este muy bondadoso Corazón de la reina de los ángeles que darle una congregación de santas jóvenes que aman a su Hijo Jesús con todo su corazón como a su divino esposo y que sirven y honran a su dignísima Madre como a su verdadera y queridísima Madre?

Finamente ¿qué mayor muestra de su devoción singular al sagrado Corazón de Jesús podría darnos este santo prelado que el de consagrar su principal obra, es decir, su excelente libro sobre *El Amor de Dios*, a este amabilísimo Corazón?

Digamos entonces con cierto atrevimiento que el glorioso san Francisco de Sales es uno de los favoritos del Corazón real de la reina del cielo y que sus santas hijas, las religiosas de la Visitación de Nuestra Señora tienen mucha parte en el amor de su divino Corazón.

---

<sup>391</sup> *Tratado del amor de Dios*, libro 5, cap. 13



Si pasamos ahora a las religiosas ursulinas y a las de la Congregación de Nuestra Señora comprobamos que llevan la impronta de la caridad ardentísima que reina en el Corazón de la Madre del amor hermoso. ¿No fue la caridad la que hizo nacer esas dos santas congregaciones en la Iglesia de Dios? ¿No es la caridad la finalidad de su santo instituto pues fueron fundadas para ejercer un oficio de caridad de máximas consecuencias en bien de las niñas cristianas? En el corazón de ellas se empeñan e imprimir el temor y el amor de Dios y todas las virtudes del cristianismo. ¿Puede darse mayor alegría al Corazón de la Madre del salvador que la de emplearse a hacerlo nacer y vivir en las almas de esas pequeñas novicias de la religión cristiana? No temamos afirmar que las santas religiosas de esas dos célebres congregaciones que se dedican por entero y fielmente a las santas funciones de su celeste instituto son las muy amadas del bondadosísimo Corazón de la Madre de Jesús.

¿Y qué decir de muchas otras personas religiosas y cristianas que tienen tanta veneración y afecto al amabilísimo Corazón de la Madre de Dios, que celebran su fiesta cada año, unas el ocho de febrero y otras el primero de junio? En todos los conventos de los religiosos y religiosas de San Francisco, en la gran provincia de Francia, esta solemnidad tiene lugar el primero de junio con piedad singular con permiso y aprobación de la Santa Sede apostólica. Se celebra también el ocho de febrero en varias abadías de las religiosas de San Benito, e incluso en varias iglesias parroquiales en especial en la ciudad de Evreux y en



la de Vernon. Ciertamente podemos afirmar con mucho encarecimiento que el Corazón de la reina del cielo, siendo el más digno de gratitud, el más generoso y magnífico de todos los corazones, derramará abundantemente en este mundo y en el otro bendiciones y favores particulares sobre los que perseveren en su amor y honra.

## Sección XI

### *La santa abadía de Montmartre y las religiosas benedictinas del Santísimo Sacramento*

Esta santa e ilustre abadía pertenece particularmente al santísimo Corazón de la Madre de Dios por cinco razones principales. Primero, porque está consagrada especialmente a la reina de los corazones cuyo nombre lleva pues se llama Nuestra Señora de Montmartre. Segundo, pues siendo la Montaña de los Mártires, *Mons Martyrum*, es por tanto la montaña de la reina de los mártires. Tercero, porque el amor incomparable del Corazón de la Madre de bondad, fuente inagotable de gracias, ha derramado gracias y favores sin cuento sobre las santas religiosas que viven en esa abadía. Cuarto, porque la dignísima y muy ilustre abadesa de esa real abadía, señora Francisca Renata de Lorraine, fundó en ella, con la autorización de los superiores, la fiesta del santísimo Corazón de la gloriosa Virgen. Ella la hace celebrar todos los años el 8 de febrero



con devoción extraordinaria. Quinto, pues mi mencionada señora Francisca Renata Lorraine, abadesa de la dicha abadía de Montmartre y todas sus religiosas, habiendo sabido que la Congregación de Jesús y María, establecida en la ciudad de Caen y en otros lugares para trabajar en la salvación de las almas, mediante los ejercicios de los seminarios y de las misiones, está especialmente consagrada a este divino Corazón, decidieron por ese motivo entrar en santa unión y celestial alianza con la dicha Congregación. Esto fue firmado por las dos Congregaciones el 25 de marzo de 1661.

Sin lugar a dudas, mientras las santas hijas de Nuestra Señora de Montmartre conserven la devoción que profesan al benignísimo Corazón de su amabilísima Madre, ella las considerará, amará, bendecirá y conservará en su regazo durante su vida, en su muerte, y después de su muerte, como hijas muy amadas de su Corazón y les hará sentir los dulcísimos efectos del amor inconcebible de su Corazón maternal.

Las religiosas benedictinas de la Congregación del Santísimo Sacramento deben esperar los mismos favores de la Madre de bondad pues celebran también la fiesta de este Corazón con devoción extraordinaria.

## **Sección XII**

*La Congregación de Jesús y María  
y la de las religiosas*



## *de Nuestra Señora de la Caridad*

Todos los eclesiásticos de la Congregación de Jesús María gozan de motivo grande de consuelo y están muy obligados a dar gracias a Nuestro Señor y a su santa Madre por haberlos llamado y haber sido admitidos en una Congregación que pertenece de manera muy especial a su amabilísimo Corazón, por cinco razones principales.

La primera, porque esta Congregación está totalmente dedicada y consagrada a este divino Corazón, y porque uno de los principales fines por los que fue fundada es el de honrar especialmente este Corazón muy augusto, al que contempla y venera como a su primer y principal Patrono. El es la regla y el modelo que propone a sus hijos a fin de que se esmeren por conformarse a los sentimientos y afectos de su corazón.

La segunda, porque todas las iglesias y capillas de esta Congregación están dedicadas y consagradas al honor de ese santísimo Corazón. Nuestro santo Padre el papa Clemente X, en la bula que nos otorgó, las llama *iglesias y capillas del Corazón de Jesús y María*.

La tercera, porque en esta Congregación fue donde se comenzó a celebrar solemnemente las fiestas del Corazón admirable de Jesús y de María.

Y no debe repararse en la extrema e infinita indignidad del que Dios se sirvió para establecerlas. Es, en efecto, el último de todos los hombres, el primero de todos los pecadores y el más indigno de todos los sacerdotes. Pero el gran Dios, que sacó el mundo de la nada, y que lo redimió



sin que hubiera contribuido en nada a esta redención, acostumbra escoger lo más vil y bajo, y lo que no cuenta, para hacer lo que le place (1 Cor 7, 27-28). ¿Acaso no se sirvió de santa Juliana, humilde religiosa de la Orden del Císter, para llevar al papa Urbano IV a establecer la solemnidad del Santísimo Sacramento del altar?

La cuarta, desde que nuestro salvador y su divina Madre hicieron nacer esta Congregación en la santa Iglesia le han hecho sentir tantos efectos extraordinarios del amor muy singular de su amabilísimo Corazón que los que han tenido la felicidad de hacer parte de ella deben tener santa confianza de que la muy buena Virgen los lleva y los conserva en su Corazón maternal como ella lo hizo ver varias veces. Y si no ponen obstáculo con sus pecados e infidelidades, en la vida del mundo futuro, tendrán buen puesto en ese Corazón lleno de caridad, que es un cielo más amplio y dilatado que todos los cielos pues es la morada del que los cielos de los cielos no pueden contener.

Si san Pablo asegura a todos sus hijos espirituales que ni la vida ni la muerte los separará jamás de su corazón (2 Cor 7, 3), cuanto más nuestra divina Madre da esta seguridad a sus verdaderos hijos pues ella tiene, sin comparación, más amor por ellos que san Pablo no lo tuvo por los suyos. Nos corresponde empeñarnos en vivir de tal manera que cada uno de nosotros pueda decir, a imitación de san Pablo: ¿Quién podrá separarnos del amable Corazón de mi adorable Padre, que es Jesús, y de mi divina Madre que es María? ¿Será la tribulación, la angustia, o el hambre; o la desnudez o los peligros, las persecuciones o la espada?



No y No. Estoy cierto de que, mediante su gracia, ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá jamás separar mi corazón del amabilísimo Corazón de mi Jesús, y del de su sacratísima Madre que es también la mía.

Me dirijo ahora a las religiosas de Nuestra Señora de la Caridad. Deben estar muy agradecidas al santísimo Corazón de la gloriosa Virgen pues él no les permite dejarse superar por quien quiera sea, en el amor que deben tener a este Corazón, el más amable, el más amante y el más amado de sus corazones después del de Jesús. Pertenecen a una congregación que nació al mismo tiempo que la Congregación de Jesús y María, igualmente consagrada por entero al caritativo Corazón de la Madre del amor hermoso. Como señal de esa pertenencia llevan en su pecho la figura de un corazón de plata en el que la imagen de la Madre del salvador está representada. Además llevan el nombre de religiosas de Nuestra Señora de la Caridad porque fueron fundadas para trabajar en la salvación de las almas perdidas. Esta obra es el mayor efecto de la caridad que posee la Corazón de la Madre del Salvador. Esto las obliga a tomar conciencia de su profesión y las lleva a abrazar con todo amor los ejercicios de su divino instituto. Deben considerar a menudo el ardentísimo amor que enciende el Corazón virginal de su gloriosa Madre hacia las almas que costaron la preciosísima sangre de su Hijo, a fin de inflamar sus corazones, por este medio, en el fuego sagrado de la caridad con la que deben dedicarse a la salvación de las



personas que la divina providencia ha puesto entre sus manos.

Aquí tienes un número grande de santos que este capítulo, hasta la sección duodécima, ha puesto ante nuestros ojos. Son santos muy notables, que tienen una pertenencia especial al Corazón muy augusto de la reina de los santos. Por su ejemplo el Espíritu Santo nos predica con vehemencia la veneración que debemos tener a este divino Corazón. Ofrezcámosle todo el honor que estos santos le han tributado. Encendamos en nosotros gran deseo de imitar su celo y su piedad y roguémosles que nos hagan partícipes de ellos. Que nos asocien a la gloria y las alabanzas que tributarán eternamente a este rey benignísimo y poderoso de todos los corazones que aman a Dios.



## **LIBRO NOVENO**

### ***Doce excelencias maravillosas del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen Cuarto fundamento de esta devoción***

Una vez vistos los tres primeros fundamentos de la devoción al sagrado Corazón de la Madre de Dios, el Corazón adorable del Padre eterno, el Corazón admirable del Hijo de Dios y el Corazón muy amable y todo amor del Espíritu Santo, vamos a ver ahora su cuarto fundamento. Comprende trece<sup>392</sup> excelencias maravillosas de este Corazón incomparable que nos comprometen a rendirle el respeto, la veneración y el amor de que es merecedor el más noble, digno, santo y amable de todos los corazones, aparte el divino Corazón de Jesús.

---

<sup>392</sup> San Juan Eudes, en la introducción habla de *doce* Excelencias pero luego trata de 13. Dejamos el texto tal cual sin analizar esa diferencia. Nota de Traductor.



## CAPÍTULO I

### ***El santísimo Corazón de la gloriosa Virgen se mantuvo siempre puro y limpio de todo pecado, primera excelencia***

Con toda razón las divinas Escrituras asignan la cualidad de Mujer fuerte a la sacratísima Madre de Dios. Es la General de los ejércitos del gran Dios, en orden de batalla, y la enemiga capital de la serpiente infernal; es más temible para todas las tropas del infierno que grande y poderoso ejército enfrentado a escaso y débil enemigo (Cantar 6, 3). Ella ha aplastado por entero la cabeza de la serpiente (Gn 3, 15). Quiero decir que venció perfectamente toda clase de pecado, mortal, venial y actual; en especial el original que es designado por esa horrible cabeza del dragón infernal.

El pecado mortal: hubiera preferido sufrir todos los tormentos de la tierra y del infierno antes que consentir un mínimo pecado venial y mucho menos un pecado mortal. De este modo salió victoriosa de todo pecado actual.

Por lo que mira al pecado original, un sin número de Padres, de célebres doctores, de teólogos eminentes, de santos concilios salen en defensa del honor de su Concepción inmaculada y sostienen que Dios la preservó



enteramente del pecado original. No alcanzo a comprender cómo es posible que se den hoy personas católicas, que incluso hacen profesión de piedad, que quieran contar a esta dignísima Virgen en el rango de los hijos de Adán, armados desde el vientre de su madre para hacer la guerra a su Creador, al sostener que esta santísima Madre de Dios, más pura que el sol, haya sido mancillada, en su concepción por la corrupción del pecado original.

Acusan de falsedad a la palabra de la Verdad eterna que llama a la sacratísima Virgen *La Paloma sin hiel, es decir sin pecado, la muy bella, pura, santa e inmaculada*.

Se oponen a los decretos de los divinos oráculos del Espíritu Santo, que son los concilios de la Iglesia, en especial del sagrado concilio de Trento, que declara que no se propone comprender a la bienaventurada Virgen en el decreto del pecado original.

Prefieren su sentir al de los santos apóstoles, en particular de san Andrés y de Santiago el Mayor y de Santiago el Menor.

Se dice de san Andrés, cercano a la muerte, pronunció estas palabras: *Como el primer Adán fue formado de la tierra, antes de que fuera maldecida, así el segundo Adán fue formado de la tierra virginal que jamás conoció lo que es la maldición*<sup>393</sup>.

---

<sup>393</sup> Abdias Babylonius. Gestis sancti Andreae. Libro 3.



De Santiago el Mayor se dice que san Tesifón, su discípulo, dejó por escrito que conoció de la boca de este gran apóstol que la gracia de Dios hizo que esta amable María fuera eximida del pecado original como doctrina enseñada por los apóstoles en estos términos: *Esta Virgen, esta María, esta santa fue preservada del pecado original en el primer instante de su concepción*<sup>394</sup>.

Santiago el Menor hizo una célebre mención en su liturgia de la Madre de su divino maestro como de la que es *santísima, inmaculada, bendita por encima de todas las criaturas, más honorable que los querubines y más gloriosa que los serafines y que fue siempre bienaventurada e irrepreensible en todo*<sup>395</sup>.

Negar lo es falta de respeto y sumisión a los soberanos pontífices de la Iglesia, Alejandro V, Sixto IV, Alejandro VI, Julio II, León X y Gregorio XV que autorizaron la purísima Concepción, y recomendaron celebrar su fiesta, luego de aprobar el oficio respectivo; algunos de ellos prohibieron bajo pena de excomunión decir algo en contra de esa doctrina y de esa fiesta, no oralmente ni por escrito, ni en público ni en privado.

Equivale a considerarse más sabio que innumerables santos Padres, entre otros el gran san Agustín, la luminaria más esplendente de la Iglesia, quien afirma que cuando

---

<sup>394</sup> Texto conocido por Salazar en Granada. Luego esos escritos se consideraron apócrifos.

<sup>395</sup> Liturgia de Santiago tomo I.



habla de pecado, no pretende en ningún momento referirse a la santísima Virgen. Sabemos, dice, que como mereció concebir y dar a luz al que jamás conoció pecado, recibió gracia abundantísima para vencer enteramente el pecado<sup>396</sup>.

Es creer que se tienen más luces que cantidad de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de todas las partes de la cristiandad que han sostenido el partido de esta santísima Concepción.

Es ponerse por encima de todas las santas órdenes religiosas de san Antonio, san Basilio, san Benito, los cistercienses, premostratenses, cartujos, camaldulenses, de san Francisco de Asís, de san Francisco de Paula, de santo Domingo, de la Compañía de Jesús, de los barnabitas, teatinos y otros que han testimoniado su celo ardiente en defender a la sacratísima Madre de Dios contra la injuria que se le ha querido hacer al decir que estuvo en el rango de los hijos de ira y maldición.

Es condenar la famosa universidad de París, la de Colonia, de Cracovia, de Maguncia, de Valencia, de Salamanca, de Coimbra, de Barcelona, de Sevilla y la casi totalidad de universidades de la cristiandad. Todas ellas han manifestado mediante decretos que no serán recibidos para grado de doctor en la sagrada facultad de teología quienes

---

<sup>396</sup> Libro K De Natura et Gratica, cap. 42



no se obliguen mediante juramento a sostener la inocencia e la concepción de esta divina María.

Es dar un mentís a más de quinientos célebres doctores de Francia, Italia, España, Alemania, Inglaterra, Escocia, Polonia, Portugal y Flandes que han apoyado y corroborado la verdad de esta purísima Concepción mediante muy hermosos y eruditos libros. Solamente la Compañía de Jesús ha dedicado a más de sesenta de sus miembros para defender vigorosamente el honor de la reina del cielo en este punto, mediante escritos piadosos y doctos, entre otros el sabio y piadoso Suárez, quien por doce poderosos argumentos prueba la inocencia de esa Concepción.

Es tener en nada cinco generales de la orden del glorioso patriarca santo Domingo, y gran número de otros muy santos doctores de la misma familia, que han seguido el mismo camino que sus predecesores y autorizaron por decreto lo que se lee en un manual de la misma orden, impreso en Sevilla en 1524. En él se observa que varios sabios religiosos, reunidos en capítulo provincial, aprobaron este decreto en los siguientes términos: *Considerando que santo Tomás dijo que es mejor seguir la autoridad de la Iglesia que la opinión de san Jerónimo o de algún otro doctor que pueda darse, y reconociendo que la que hemos tenido hasta el presente contra la Concepción inmaculada de la Madre de Dios, solo servía para causar perturbaciones*



*y escándalos, hemos decidido seguir en adelante en esto la conducta de la Iglesia que es el sentir que fue preservada del pecado original*<sup>397</sup>. Este es el tenor del decreto hecho en la capítulo provincial y que fue confirmado el año siguiente, 1525, por otro capítulo de la misma orden celebrado en el convento de Valladolid.

Además es burlarse de los milagros que Dios ha obrado para sustentar la gracia extraordinaria que hizo a la dignísima Madre de su Hijo, en el primer momento de su vida. San Anselmo refiere algunos.

Es no tener ningún temor de los terribles castigos que la divina justicia ha ejercido sobre algunos de los que se han hecho opositores de este misterio. Es posible leer algunos en el libro que al respecto escribió Juan Cartagena, de la orden d San Francisco<sup>398</sup>.

Es alinearse en la impiedad detestable de Calvino y demás herejes, sus secuaces, llenos de aversión contra la sagrada Madre de Dios, y no adherir a la veneración que todo el mundo cristiano tiene por la santidad de su Concepción.

Es dar ventajas grandes a los demonios, creados sin embargo en gracia y ponerlos por encima de la reina de los ángeles.

---

<sup>397</sup> Vega. *Teolog. Mar.* No. 237

<sup>398</sup> Homil. 19, 4



Es poner a Adán, el pecador, y a Eva, la pecadora, causantes de la perdición de infinidad de almas, por encima de la que fue la inventora de la gracia, la mediadora de la salvación y la restauradora de los siglos.

Es condenar la sabia conducta de la Iglesia al instituir la fiesta de esta santa Concepción, que todos los fieles solemnizan con tanto fervor por doquier en la tierra.

Es ponerse en la fila de los que son marcados en las palabras de san Agustín: *Combatir y disputar algo que se hace en todo el universo, por orden y recomendación de la Iglesia, es la más insolente locura que pueda pensarse*<sup>399</sup>.

## Sección I

### *Desventura de Juan de Monson*

En el capítulo octavo del libro sobre *La Infancia admirable de la bienaventurada Virgen*, que por gracia de Dios pude publicar, escribí algunos puntos dignos de consideración que manifiestan que jamás pecado alguno tuvo que ver con su santísimo Corazón y que estuvo siempre lleno de gracia desde el momento de su purísima Concepción. Pero para dar mayor solidez a esta verdad y afirmarla vigorosamente añadiré lo que el Reverendo Padre Luis Maimbourg, de la Compañía de Jesús narra en su

---

<sup>399</sup> Epístola 118



*Historia del gran cisma de occidente*, en el libro tercero. Aquí están sus palabras.

Juan de Monson, doctor y profesor de teología de la orden de Santo Domingo, había expuesto públicamente, en la sala de Santo Tomás, unas tesis en las que había catorce proposiciones muy peligrosas, y entre ellas cuatro o cinco contra la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. No solo sostenía que había sido concebida en pecado original sino también que es error contra la fe afirmar que no lo hubiera tenido. En ese mismo tiempo algunos de sus hermanos predicaron en París y en otras partes la misma doctrina e incluso otras tesis perniciosas para el honor de la santa Virgen.

Esto causó furioso escándalo en toda la ciudad, sobre todo en la universidad que defendió siempre con calor la gloria de la Madre de Dios. Como el decano de la facultad, a quien se había recurrido para reprimir este escandaloso intento, dio informe a la facultad sobre estas proposiciones sin nombrar a su autor, éste, que estaba presente, lejos de retractarse o pedir disculpas, afirmó que no había hecho nada que no fuera según el parecer de los principales de su orden e incluso por su mandato, y que estaba resuelto a sostener su doctrina hasta la muerte. Como se vio que persistía en su contumacia y que luego de haber prometido retractarse se negó a hacerlo; sin embargo, la facultad en



primer lugar, y luego toda la universidad por unanimidad censuró y condenó sus tesis como falsas, temerarias, escandalosas y contrarias a la piedad de los fieles.

El obispo de París, Pedro d'Orgemont, a quien se había dirigido este célebre cuerpo como al juez de la doctrina en su diócesis, después de haber implorado la asistencia del Espíritu Santo en procesión general, y una vez hecho un nuevo examen muy exacto de estas proposiciones, confirmó la censura hecha y la condenó solemnemente mediante sentencia jurídica que pronunció durante la ceremonia, revestido de sus vestiduras pontificales, en el atrio de Nuestra Señora, cuya plaza y alrededores estaban llenos de infinidad de personas de todas las condiciones, venidas de todo París a este espectáculo como al triunfo de la santa Virgen.

Juan de Monson que preveía su condena, se retiró a la corte de Avignon, donde los de su orden gozaban de crédito y apeló la sentencia al Papa. Manifestó, al igual que sus hermanos de orden, que se trataba en el caso de la doctrina de santo Tomás, aprobada por la Iglesia, y que tampoco había sido condenada ni por la universidad ni por el obispo de París.

La universidad, un poco sorprendida por haber sido citada en las quejas de un particular que la había acusado de mil falsedades ante la instancia del Papa, nombró cuatro



de sus más famosos doctores, Pedro de Ailley, ceremoniero mayor de Navarra, obispo luego de Cambrai, Gil des Champs y Juan de Neuville, bernarditas, y Pedro de Allainville, doctor y profesor de derecho canónico. Al mismo tiempo hizo circular una excelente carta entre todos los fieles para justificar su conducta contra los jacobinos que abusaban del nombre y de la doctrina de santo Tomás, a quien jamás se pretendió condenar y al que hacían decir, a su amaño, doctrinas en que nunca había pensado.

Los cuatro diputados fueron recibidos por el Papa con toda suerte de honores. Tuvieron audiencia particular y luego ante el consistorio en pleno. Durante tres días hablaron con tanta fuerza y solidez, para justificar su censura y la sentencia del obispo de París, que se atraieron la admiración de toda esa augusta asamblea y el Papa no pudo impedirse de hacer alto elogio de esta ilustre y sabia universidad capaz de producir tan grandes hombres.

Finalmente, luego de que Juan de Monson pudo comunicar todo lo que quería decir de viva voz en pleno consistorio, y por los escritos que distribuyó para su defensa; y que los diputados, y sobre todo, Pedro d'Ailly, lo hubieron confundido en la controversia, y mediante un excelente tratado en el que hicieron ver claramente, entre otras cosas, que lo que se había condenado no era en forma alguna doctrina de santo Tomás, que él nada decía de lo



que pretendía ese jacobino; el Papa, habiendo hecho examinar el asunto ante sí en diversas ocasiones, durante cerca de un año confirmó la sentencia del obispo de París y la censura de la universidad. Envió a ella a Juan de Monson con la orden de someterse enteramente a su corrección. Lo amenazó para seguridad con las prisiones del Papa, pero la noche siguiente huyó y se puso a salvo en su país de Aragón.

Los diputados regresaron triunfadores a París. Fueron recibidos con grandes ovaciones de todas las órdenes por haber mantenido magníficamente la gloria de la santa Virgen. Y pues los jacobinos se creían bien apoyados por Guillermo de Valen, su hermano de orden, que era obispo de Evreux y confesor del rey, quien no dejaba de sostener todavía las proposiciones condenadas tres veces, se levantó contra ellos la más terrible tempestad que jamás se había visto.

La universidad los eliminó a todos de su nómina. El obispo de París les prohibió predicar y confesar. Varios fueron llevados a prisión. Cesaron para ellos las limosnas. Y los que se arriesgaban a salir del convento eran perseguidos por el pueblo e injuriados en las calles como enemigos declarados de la santa Virgen. Y todavía hubo más. Una vez que el Papa se enteró de la fuga de Monson y de la contumacia de sus secuaces, los excomulgó por bula que



fue enviada a Avignon para ser fulminada en Francia. Ferry Cassinel, obispo de Auxerre, fue escogido para presentarla al rey y para conseguir su ejecución. Lo hizo con tanto brío y vigor, siendo como era uno de los más reputados doctores de París, que el rey ordenó no solo que fuera publicada sino que se arrestara en prisión a todos los que hablaran o escribieran contra la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y que fueran llevados a París para ser sometidos a la corrección de la universidad. Finalmente la tempestad no cesó sino cuando los jacobinos se hubieron retractado públicamente y hubieran prometido celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción y nunca más decir algo en contra.

Lo más sobresaliente fue la universidad, no tolerando que el obispo de Evreux, jacobino, y confesor del rey, se burlara de la victoria alcanzada y se ufanara de que mantendría siempre la doctrina de Juan de Monson, hizo fuertes reconvenciones al rey sobre el asunto. Fue necesario que este prelado se retractara y condenara esta doctrina por acto público en presencia del rey, de los príncipes, del condestable de Clisson, de los señores de la corte y del consejo, y del rector de la universidad acompañado de los diputados de las cuatro facultades. El asunto fue más lejos, el rey no quiso servirse más de él; y no obstante esta retractación su orden no fue restablecida en la universidad sino varios años después. La devoción sólida



que toda Francia testimoniaba a la santa Virgen inmaculada en su Concepción, había echado desde aquellos tiempos raíces profundas en los corazones de nuestros antepasados y sobre todo en nuestros reyes.

Esto es lo relatado por el Padre Maimbourg y por varios otros serios doctores muy dignos de fe. Nos muestra cómo es de pernicioso adherir al propio sentir y resistir al espíritu de Dios que habla por boca de la Iglesia.

Ciertamente debemos desconfiar más de nuestro propio espíritu que de todos los espíritus malignos del infierno. Está tan lleno de tinieblas que en ocasiones nos hace tomar lo negro por blanco y lo blanco por negro, lo amargo por dulce y lo dulce por amargo, la virtud por el vicio y el vicio por la virtud. Aunque los espíritus del mal puedan sugerirnos pensamientos y sentimientos contra la pureza de la fe y de las buenas costumbres, como dichos espíritus no están dentro nosotros, no pueden derramar tan fácilmente en nosotros el veneno de su orgullo y de su rebeldía contra Dios y contra su Iglesia. Pero nuestro espíritu propio, permaneciendo siempre en nosotros y con nosotros puede fácilmente derramar el veneno de la soberbia y de la terquedad en el fondo de nuestros corazones y de nuestras almas. Con mucha razón debemos a menudo elevar esta oración a Dios: *Dios y Padre mío, no me dejes caer en la soberbia de ese juicio que no tiene respeto ni sumisión a las*



*órdenes de tu Iglesia, ni de los que nos gobiernan sino que está lleno de presunción y de arrogancia y se enfrenta impúdica e insolentemente a las órdenes y decretos de los soberanos prelados de la misma Iglesia. ¡Oh Dios, danos la verdadera humildad que aplaste por entero en nosotros el execrable orgullo del príncipe de la soberbia.*

## **Sección II**

### *Más argumentos a favor de la Inmaculada Concepción*

Lo anterior nos muestra muy claramente que jamás ningún pecado, ni actual, ni original, tuvo cabida en el divino Corazón de la Madre del Salvador sino que fue concebida en gracia y que su Concepción fue perfectamente santa y totalmente inocente.

Podría citar todavía teólogos muy sabios y numerosos que han sostenido y defendido altamente esta doctrina en todos los siglos. No quiero repetir lo dicho en el capítulo octavo del libro de la *Infancia admirable de la sacratísima Virgen*.

Conozco lo que se alega ordinariamente de san Bernardo y de santo Tomás y las objeciones que se aducen en esta materia. Respondí ampliamente en el mismo libro en las secciones primera y segunda del mismo capítulo.



Para concluir me gustaría pedir a los que tienen tan poca estima de la santísima Madre de Dios si quieren que ella sea considerada, en su concepción, en el mismo rango de los hijos de Adán, que desde el primer momento de su vida son esclavos del demonio e hijos de ira y maldición. Si tienen el valor de sufrir que todos los verdaderos hijos de esta Madre admirable les reprochen en el día del juicio, ante el cielo y la tierra, que el más impío de todos los hombres y el mayor enemigo del rey y de la reina del cielo, el execrable Mahoma, tendría mayor veneración que ellos por esta gran princesa pues dijo en su Corán que Satán ni a ella ni su Hijo los vulneró en su nacimiento, ni tuvo poder ni atentó contra ella ni contra su Hijo adorable.

Para ellos sería más ventajoso, más llevadero, fácil y honorable someterse a la autoridad de los soberanos Pontífices y seguir el sentir de gran número de santos Padres, sagrados concilios, celebres universidades, sabios teólogos y de toda la Iglesia, que adherir a la soberbia y contumacia de Juan de Monson, considerado y tratado como enemigo declarado de la sacratísima Madre de Dios y como un excomulgado, cargado de oprobio y vergüenza en las calles de París, y estar sepultado todavía en vida en el abismo de un olvido eterno (pues desde que escapó de Roma no se volvió a saber de él). Finalmente fue puesto en el rango de los que llevan en sus frentes la marca de la más



insolente locura del mundo, según estas palabras de san Agustín: *Poner en duda y disputar contra algo que se hace en todo el mundo por orden y recomendación de la Iglesia es locura muy insolente*<sup>400</sup>. Todo esto debe confundir esos espíritus inquietos y testarudos que tuvieron la audacia, hace poco, de combatir la santísima e Inmaculada Concepción de la reina del cielo, mediante pobres y escandalosos libelos, que fueron justamente desechados como solo dignos del fuego.

Oh divina Virgen, te suplico muy humildemente, por tu purísima Concepción, y por tu santísimo Corazón, jamás mancillado por un pecado, que tomes plena y soberana posesión de mi corazón y lo entregues enteramente a tu Hijo; ruégale que borre en él totalmente el pecado y establezca perfectamente en él el reino de su divino amor.

## **CAPÍTULO II**

### ***Océano de gracia, segunda excelencia del santísimo Corazón de la gloriosa Virgen***

Con sobrada razón y fundamento avanzo la tesis que lleva por título este capítulo. Antes de presentar las pruebas es necesario que sepas, mi querido lector, que según

---

<sup>400</sup> Epist. 118.



opinión de varios grandes teólogos en el corazón, es decir, en el fondo y en lo más íntimo de la sustancia del alma cristiana, la gracia santificante tiene su morada y ejerce su poder. Allí ejerce su dominio sobre las tres potencias del alma: la memoria, el entendimiento y la voluntad, y sobre todas las facultades de la parte superior e inferior, y sobre los sentidos interiores y exteriores.

Una vez recordado esto digo ahora que el divino Corazón de la Madre de Dios es un océano de gracia. No soy yo quien lo dice. Es un arcángel, enviado por Dios y bajado del cielo para anunciar a la reina de los ángeles que ha sido escogida por su divina Majestad como Madre de su Hijo. Le anuncia primeramente que es LLENA DE GRACIA. No dice que será sino que es llena de gracia.

¿Quieres saber cómo es llena de gracia antes de la encarnación del Hijo de Dios en ella? Considera dos verdades enseñadas por varios ilustres doctores.

La primera es que está llena de gracia tan eminente, en el momento de su Concepción Inmaculada, que, según el sentir de varios teólogos muy señalados, sobrepasa desde entonces la gracia del primero de los serafines y del más eminente de todos los santos, considerada incluso en su última perfección.

La segunda verdad es que esta divina Virgen jamás permanecía ociosa. Estaba siempre dedicada a Dios y en



ejercicio continuo de amor a su divina Majestad. Y porque lo amaba con todo su Corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y según toda la extensión de la gracia que había en ella, esa gracia se duplicaba en su alma, si no de instante en instante, al menos de hora en hora, y quizás más a menudo. De modo que había llegado a un grado de gracia inconcebible e indecible, cuando el arcángel san Gabriel la saludó como llena de gracia.

Si, pues, esta Virgen muy bendita fue llena de gracia antes de concebir en sí al Hijo de Dios, ¿cuál fue la abundancia y la plenitud de gracias que el Espíritu Santo derramó en su Corazón y en su seno virginal para hacerla digna de que naciera en ella aquel que el Padre eterno produce antes de todos los siglos en su seno admirable? Es la gracia de ser la verdadera Madre del mismo Hijo del cual él es el Padre. Ciertamente la dignidad de Madre de Dios, por ser infinita, la gracia otorgada a esta Virgen divina para hacerla digna de disponerse a dar el ser y la vida a un Dios, debe ser debe ser también, en cierto modo, infinita. Santo Tomás asegura que es proporcionada a esa dignidad muy sublime.

Si es portento grande ser Madre de Dios y formar, de su propia sustancia, al Hijo de Dios en las entrañas, ¿será posible imaginar en una pura criatura algo mayor que llevarlo, conservarlo y hacerlo vivir con su sangre virginal,



por espacio de nueve meses, en esas mismas entrañas? ¿Y qué abundancia de gracias derrama el Espíritu Santo en su Corazón para hacerla digna de continuar así el oficio de Madre, de tal Madre, y para tal Hijo? ¿Quién podrá comprender lo que este adorable Hijo, infinitamente rico, infinitamente generoso e infinitamente agradecido devuelve a aquella de quien recibe continuamente, durante nueve meses, un nuevo ser y una nueva vida, vida infinitamente más preciosa, que todas las vidas de los hombres y de los ángeles? Y además todas las adoraciones, todo el amor y todas las alabanzas que ella le tributa sin cesar mientras que él permanece en sus benditas entrañas. ¿Si tú das un reino, Jesús mío, a quien dé un vaso de agua a un pobre por amor tuyo, qué dones y tesoros, qué gracias derramas de continuo en el Corazón de tu divina Madre, tú que eres fuente inagotable de bendiciones? No tienes deseo mayor que comunicarlas y tanto más que no encuentras nada en ese Corazón purísimo que te oponga algún impedimento.

La divina María cumplió el oficio de Madre con su Hijo Jesús, no solo cuando lo concibió en su vientre sagrado, cuando lo llevó, conservó e hizo vivir con su sustancia durante meses, y cuando lo dio a luz en Belén, sino también cuando lo alimentó con su leche virginal, cuando lo tuvo entre sus brazos y en su regazo, cuando lo vistió y lo libró



del furor de Herodes, cuando lo condujo o mejor lo llevó en brazos al templo de Jerusalén y luego a Egipto, cuando lo trajo a Nazaret y cuando hizo todo lo demás que una buena madre suele hacer con su hijo.

Si según san Bernardino<sup>401</sup> mereció más por el consentimiento que dio y por el cumplimiento de la encarnación del Hijo Dios que lo que han merecido todos los ángeles y los santos por todas las acciones de virtud que practicaron, qué gracias y merecimientos esta dignísima Madre del Salvador obtuvo en todas esas ocasiones pero especialmente cuando tan a menudo lo llevó en su seno virginal, cuando tantas veces le dio la santa leche de su purísimo seno. También se colmó de gracias en la convivencia familiar que sostuvo con él durante el tiempo que lo acompañó en la tierra, y cuando escuchaba sus divinas predicaciones, pero sobre todo cuando lo ofreció al Padre eterno por la salvación del género humano tanto en el templo en el día de la presentación como en el Calvario en el día de su muerte.

Si el Espíritu Santo derramó en el Corazón de esta Madre admirable torrentes de una gracia en cierto modo infinita para que fuera digna de hacer nacer a Jesús en sus benditas entrañas ¿qué hizo cuando la dispuso a sacrificar este queridísimo Hijo y sacrificarlo con tanto dolor y tanto amor?

---

<sup>401</sup> Sermón 5 de beata...



Ciertamente se puede decir que como en esa ocasión su Corazón fue cambiado en océano inmenso de dolores fue también hecho mar de gracias y santidad sin fondo ni riveras.

¿Quién podrá concebir la abundancia cuasi infinita de gracias de que el sagrado Corazón de la Madre del Salvador se vio colmado en la visita que le hizo ya resucitado? Comprende, si puedes, los extremos suplicios que esta Madre desolada sufrió al ver que se le arrancaba el alma a fuerza de tormentos, y comprenderás la inmensidad, si me atrevo a decir, de gracias que mereció por este medio, y que su Hijo Jesús le dio después de su resurrección y en el día de su ascensión.

Y además, de cuántos tesoros de gracia este santísimo Corazón de la Madre de Dios fue enriquecido por el divino Sacrificio del altar al cual asistía todos los días con devoción indecible y por todas las santas comuniones que hacía también todos los días con un amor increíble durante los quince años que permaneció en la tierra después de la ascensión de su Hijo.

Aunque varios autores escriben que esta bienaventurada Virgen permaneció veinticuatro años en la tierra después de la ascensión de su Hijo y que por tanto vivió setenta y dos años, otros sin embargo aseguran que permaneció solo quince años a partir de la muerte de su Hijo y que por tanto



vivió sesenta y tres años. Sea lo que sea, es cierto que empleó muy santamente todos los momentos de su morada en la tierra. ¿Cuántas obras excelentes hizo durante ese tiempo? ¿Cuántos actos de virtud muy heroicos practicó? ¿A cuántos apóstoles y varones apostólicos animó a abrazar generosamente las funciones del apostolado? ¿Cuántas cosas enseñó a los evangelistas, aprendidas de su Hijo? ¿A cuántos mártires infundió valor? ¿A cuántos confesores llevó a confesar públicamente la fe y la religión cristiana? ¿A cuántas personas atrajo a la recepción del santo bautismo? ¿A cuántos pecadores hizo entrar en los dolores de la penitencia? ¿A cuántos arrancó de los abismos de la desesperanza? ¿A cuántas almas desdichadas arrancó de las garras y los dientes del león infernal? ¿Cuántas personas han sido iluminadas por su intercesión con la luz del cielo e inflamadas en celo por la gloria de Dios? ¿Cuántos lugares no han sido colmados por ella del conocimiento de la santísima Trinidad? ¿Por su medio cuántas Iglesias han sido fundadas? ¿Cuántas veces ha estado dispuesta a sacrificarse por los intereses de Dios y a sufrir todos los tormentos y muertes imaginables por su honor y por la salvación de las almas? ¿Cuántas lágrimas ha derramado al ver que Dios no solo es poco conocido y poco amado en la tierra sino que es ofendido y ultrajado? ¿Cuántos actos de amor, de amor purísimo y lleno de ardor, dirigía su Corazón virginal hacia el



cielo a toda hora y en todo momento? ¿Con qué fervor y perfección practicaba todas las virtudes y hacía todas sus acciones, incluso las más pequeñas por amor de su Creador? ¡Oh Virgen santa, muy justamente Dios mismo contemplaba tus pasos por los caminos de la gracia y decía: *Qué hermosos son tus pasos!* (Cantar 7, 1).

Si es cierto, y no lo dudo, lo que santos y célebres doctores enseñan que estabas en ejercicio continuo de amor de Dios, que lo amabas siempre de todo tu Corazón y con toda la extensión de la gracia que había en tu alma. Esa gracia se duplicaba y acrecentaba en ti, al menos cada hora, o quizás más a menudo. ¿Qué matemático, hombre o ángel, podría enumerar, no digo los grados sino los abismos, mares y océanos, los diluvios de gracia y santidad que habías adquirido y conseguido al final de tu vida, y que la amplitud y extensión casi infinitas de tu Corazón admirable podían poseer y contener en ti misma?

No te admires, querido lector, de que concluya que la bienaventurada Virgen es océano de gracia. Los oráculos del Espíritu Santo nos anuncian que la gracia de esta gloriosa Virgen es inmensa como es inmensa la capacidad de su Corazón que la contiene. San Epifanio afirma que *es corta la capacidad y fatigante para la lengua del que desee, oh Virgen, medir la inmensidad de tu gracia y de tu gloria*<sup>402</sup>. Y

---

<sup>402</sup> Sermón de Alabanza de la Virgen.



san Anselmo anota: *Cuando deseo considerar la inmensidad de tu gracia y de tu gloria, oh Virgen bienaventurada mi espíritu se pierde y me lengua queda muda*<sup>403</sup>. San Juan Damasceno añade: *La muy sagrada Virgen es tesoro de vida y abismo inmenso de gracia*<sup>404</sup>. Y de san Buenaventura son estas palabras: *Es verdad que la gracia de que fue colmada María es gracia inmensa. María es navío inmenso pues pudo contener a aquel que es más grande que los cielos. Si lo albergó dentro de sus entrañas cuánto más lo tuvo en su Corazón. Y si la capacidad inmensa de su Corazón fue colmada de gracia es necesario concluir que la gracia que pudo colmar tal capacidad es sin medida.*

Gracias infinitas, inmensas y eternas al soberano autor de la gracia que dotó de un Corazón tan grande y espacioso a su divina Madre; que la llenó de gracia prodigiosa, que es océano y mar de bendiciones para todos los verdaderos hijos de su muy dulce y amable Corazón. Oh Corazón admirable, cerrado siempre a toda clase de pecados y colmado de la más alta santidad de que es posible un corazón humano. Te ofrezco mi corazón. Tómallo, te lo ruego, con plena y eterna posesión. No permitas que entre en él algo que desagrade a mi Dios, pero ruega a su divina Majestad que establezca en él por entero el reino de su gracia y de su amor.

---

<sup>403</sup> Libro de las Excelencias de la Virgen

<sup>404</sup> Sermón en la Dormición de María



## Sección única

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
contiene todas las gracias de la tierra y del cielo,  
las sobrepasa y es fuente de ellas*

Recojamos tres verdades de todo lo dicho en el capítulo precedente. Manifiestan igualmente que el Corazón de la Madre del Salvador es océano de gracia.

Veamos la primera de estas verdades. Puesto que la gracia santificante reside en el corazón y en lo más íntimo del alma el soberano autor de la gracia derramó continuamente durante todo el curso de su vida, en el Corazón sagrado e la gloriosa Virgen gracias tantas y tantas, abundantes y eminentes. Lo hizo especialmente en su Concepción Inmaculada, en el momento en que se encarnó en ella, en su nacimiento en Belén, en el tiempo de su pasión, de su muerte, de su resurrección y de su ascensión. Todas estas gracias se duplicaban en cada hora de la vida de esta divina Virgen. Por consiguiente su Corazón es un océano casi inmenso de gracias que encierra en sí todas las gracias de todos los ángeles y de todos los santos. *En mí está toda la gracia del camino y de la verdad*” del cielo y de la tierra (Sirá 24, 25). Quien así habla es la bienaventurada Virgen, o por mejor decir, el Espíritu la hace hablar así. Al explicar las palabras de la Sabiduría: *Todos los ríos*



*desembocan en el mar (Sirá 1, 7) san Buenaventura dice: Este mar es la bienaventurada Virgen que contiene en sí todos los ríos de gracias de los ángeles, de los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y todos los demás santos<sup>405</sup>. Es santísimo tesoro de toda santidad, opina san Andrés de Candia<sup>406</sup>. Y san Anselmo añade: Después de la santidad del Santo de los santos no existe, ni es posible concebir que exista otra mayor que de la de María<sup>407</sup>.*

No solo la gracia de la bienaventurada Virgen comprende todas las gracias de los hombres y los ángeles; las sobrepasa a todas hasta tal punto que según el parecer de ilustres teólogos, la gracia de que fue colmada desde el momento de su Concepción Inmaculada sobrepasaba todas las gracias de toso los ángeles y de todos los santos juntamente. La razón es que Dios desde ese momento la había escogido para ser la Madre de su Hijo y por tanto le concedió una gracia proporcionada a su calidad de Madre de Dios. Y esta gracia muy sublime era infinitamente más elevada que todas las demás dignidades y excelencias de las puras criaturas y era conforme, según santo Tomás, a semejante dignidad y por tanto era en cierto modo infinita y sobresalía

---

<sup>405</sup> *Speculum B. Virg. Lect. 3.*

<sup>406</sup> *Irat, de Assump*



por encima de todas las gracias de los ángeles y los santos en conjunto.

San Anselmo no teme decir que solo Dios está por encima de la reina del cielo y que todo lo que no es Dios está por debajo de ella: *Sobre ti solo Dios, y debajo de ti cuanto no es Dios*<sup>408</sup>. *Nada te es igual*, dice el sabio Idiota, hablando de la Madre de Dios; *nada hay en cielo y tierra mayor que tú, fuera de Dios*<sup>409</sup>. Y san Epifanio anota: *Fuera de Dios, estás por encima de toda criatura*<sup>410</sup>. En la Liturgia de Santiago se lee que *esta reina de los ángeles es más digna de honor que los querubines y los más gloriosos de los serafines*. San Basilio de Seleucia escribe que *esta reina de los mártires resplandece tanto por encima de todos los mártires juntos como el sol por encima de todas las estrellas*. Al explicar san Buenaventura estas palabras: *Muchas jóvenes aglomeraron riquezas* (Prov 21, 29), *proclama que esta hija única del Padre eterno obtuvo tantas gracias en la tierra y en la gloria del cielo como no la tuvieron en conjunto los ángeles y los santos y santas*.

San Juan Damasceno va más allá. Afirmó que *entre los más altos tronos de los primeros ángeles y los primeros santos, y el trono de la Madre de Dios hay una distancia infinita*<sup>411</sup>. Finalmente san Jerónimo, o si prefieres san

---

<sup>408</sup> *Lib. De Exord. Humanae vitae*, c. 7

<sup>409</sup> *De contemplat. Virg.*

<sup>410</sup> *In oratione de laud. Virg.*

<sup>411</sup> *Oratio I de Dormitione B.V.*



Sofronio, declara que la gracia y las virtudes de la bienaventurada Virgen sobresalen de tal manera sobre las gracias de todos los santos, que, como se dice tratándose de Dios que *Nadie es bueno fuera de Dios* (Mc 10, 18), es posible también decir de la Madre de Dios que no existe virtud ni perfección comparable a la suya. Así como las estrellas palidecen en presencia del sol también todas las gracias y todas las santidades del cielo y de la tierra se eclipsan y desaparecen ante la gracia y santidad de la Madre del Santo de los santos.

Hay algo más. La tercera verdad que debemos guardar del capítulo precedente es que no solo el sagrado Corazón de la Madre del Salvador es océano de gracias que comprende todas las gracias de la Iglesia triunfante y militante y las sobrepasa a todas infinitamente, además es fuente y origen de ellas. Como el Padre eterno la escogió desde toda eternidad para darnos mediante ella al que es el primer autor y el principio de todas las gracias, la escogió también para darnos por su mediación todas las gracias que proceden de esta primera fuente. Como no quiso darnos un Salvador sino con el consentimiento de esta divina Virgen; decretó igualmente, en su consejo eterno, no otorgar ningún don ni gracia alguna a nadie que no pase por manos de María, según dice san Bernardo.



*Nadie es salvado sino por ti, dice san Germán, patriarca de Constantinopla, nadie es liberado de los males sino por ti; nadie recibe don o gracia alguna de Dios sino por ti*<sup>412</sup>. Por ello la santa Iglesia la saluda e invoca como la *Madre de gracia*. No es de maravillar, dice san Buenaventura<sup>413</sup>, que las gracias de todos los santos se desbordan en María como las aguas de todos los ríos entran en el mar, dado que la gracia de las gracias debía ser comunicada a toda la Iglesia por ella según el decir de san Agustín: *Eres llena de aquella gracia, o María, que encontraste en el seno de Dios, y mereciste difundirla en todo el mundo*.

Finalmente en lenguaje de san Bernardo, san Fulgencio, san Buenaventura y de varios otros santos Padres fue necesario que la Madre del Salvador contuviera en ella todas las gracias pues todas ellas debían ser comunicadas por ella a todos.

¡Oh Dios mío, cómo son de admirables tus bondades con los hijos de los hombres! ¡Qué obligaciones tenemos de servirte, alabarte y amarte por todas las gracias abundantísimas y excelentes que has hecho a esta gloriosa Virgen! Ciertamente, estamos tan obligados a agradecerlas como si las hubieras dado a cada uno de nosotros en particular, pues se las diste no solo para ella sino para cada uno de nosotros a fin de hacerla digna de ser Madre de tu

---

<sup>412</sup> *Orario de Zona Deiparae.*

<sup>413</sup> *Speculum B.M.V. Lectio 3.*



Hijo y de dárnoslo para ser nuestro Salvador, nuestro hermano, nuestro padre, nuestra cabeza, nuestra alma, nuestro corazón, nuestra vida y nuestro todo. ¡Que el cielo y la tierra, y todas las criaturas de la tierra y del cielo te bendigan por ello, te alaben y glorifiquen eternamente!

¡Oh Madre de gracia, tú encontraste la gracia que todo el género humano había perdido por desgracia! Por ti el Dios de gracia y bondad nos ha devuelto lo que habíamos perdido. A ti, después de tu Hijo, debemos recurrir a fin de encontrar todas las gracias que necesitamos para servirlo y ser salvos. Tu Corazón maternal es el tesoro y el tesorero de todas estas gracias. En este Corazón muy benigno y caritativo las encontraremos. Por ello nos atrevemos a decirte con san Bernardo, muy amado de tu corazón: *Abre, oh Madre de misericordia, sí, abre la puerta de tu Corazón benignísimo a las plegarias y sollozos de los hijos de Adán. Tú no desdeñas ni menosprecias al pecador, en cualquier estado que se encuentre, si suspira hacia ti y si implora tu socorro con corazón penitente*<sup>414</sup>.

### **CAPÍTULO III**

#### ***Milagro de amor***

#### ***Tercera excelencia del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen***

---

<sup>414</sup> Deprecatuo B.V.M.



La gracia santificante es una gran reina que jamás va sola. La sigue un cortejo magnífico que la acompaña siempre doquiera esté. Son las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza, la caridad; las cuatro virtudes cardinales: la justicia, la prudencia, la fortaleza, la temperancia; los siete dones del Espíritu Santo: la sabiduría, el don de inteligencia, el don de consejo, el don de fortaleza, el don de ciencia, el don de piedad y el don del temor de Dios; los doce frutos del Espíritu Santo: la caridad, la felicidad, la paz, la paciencia, la longanimidad, la bondad, la mansedumbre, la benignidad, la fe, la modestia, la continencia y la castidad; y las bienaventuranzas evangélicas.

Todas estas virtudes y gracias están contenidas en el Corazón muy augusto de la Madre de Dios. Por ser la morada de la gracia santificante, como acabamos de decir, es también el palacio de estas princesas del cielo, inseparables de su reina.

Siendo este Corazón un mar de gracias, que encierra en sí todas las gracias que nuestro Salvador nos adquirió con su sangre, contiene también todas las virtudes que acompañan a la gracia santificante; esta gracia eleva la santidad de este divino Corazón por encima de todas las santidades de la tierra y del cielo; y también todas las virtudes que reinan en este mismo Corazón resplandecen mucho más que en todos



los corazones de la Iglesia, triunfante y militante; y esto por tres razones.

La primera, Alberto Magno escribe<sup>415</sup> que durante la permanencia de la santísima Virgen en la tierra sus virtudes no conocieron falta ni imperfección alguna. Mantuvieron firmeza y vigor tales que siempre produjeron actos con igual perfección.

La segunda, estas mismas virtudes de la Madre de Dios jamás estuvieron inactivas, dice Ricardo de San Víctor<sup>416</sup> Estuvieron en ejercicio continuo sin dejar escapar ocasión alguna de producir sus actos. De inmediato actuó sin diferir nunca su acción.

La tercera, si el deseo que tuvo santa Teresa de agradar siempre a Dios la condujo a obligarse por voto a practicar lo que supiera ser lo más perfecto y más provechoso para su gloria, ¿quién podrá dudar que la Madre de Jesús, que lo amaba incomparablemente más que esta santa no practicó siempre lo que juzgó ser más de su agrado? No ignoraba ella que lo que se hace por voto da más gloria a su divina Majestad que lo que se hace sin voto. Es muy probable por tanto que estuviera comprometida por voto a la práctica de todas las virtudes, y notables autores dicen incluso que hizo voto de virginidad desde el momento de su Concepción

---

<sup>415</sup> *Super missus est*

<sup>416</sup> *In Cant. cantic. Cap. 26.*



Inmaculada<sup>417</sup>. Otros sostienen que desde ese momento hizo lo mismo respecto de las demás virtudes.

Esto es un poco rápida lo referente a las virtudes muy eminentes que reinan en el Corazón de la reina del cielo. Me sentiría muy satisfecho si pudiera entretenerme con ustedes, queridos lectores, en lo tocante a las perfecciones maravillosas de cada una en particular. Pero para no dar demasiado tamaño a esta obra hablaré solamente de su amor ardentísimo a Dios, de su caridad muy excelente con nosotros, de su humildad profundísima, de su misericordia incomparable y de su sumisión muy perfecta a la divina voluntad.

Comencemos por el amor y digamos atrevidamente que el sagrado Corazón de la Madre del Salvador es un milagro de amor. Ya dije varios puntos al respecto que no voy a repetir aquí. Me propongo demostrar: 1) el principio y el origen del amor a Dios de que el Corazón de la bienaventurada Virgen está encendido. 2) Las cualidades y perfecciones de este amor. 3) Los privilegios de que está adornado. 4) Sus efectos maravillosos.

¿Quieres conocer el origen y el principio de este amor incomparable? Levanta los ojos de tu fe hacia el Corazón adorable del Padre de las bondades; hacia el Corazón inefable del Hijo del amor de este divino Padre, y hacia el

---

<sup>417</sup> Drexelium, *De virtut. Virg. Part 1, cap. 10, 1*



Corazón amable del Espíritu Santo, que es el amor increado y esencial, y verás la fuente primitiva y eterna del más grande amor que ha existido jamás y que nunca habrá semejante en el corazón de una pura criatura.

En primer lugar, el Padre eterno, al escoger a la santísima Virgen para comunicarle su divina paternidad y al hacerla así la Madre del mismo Hijo del que él es el Padre, y al obligarla por tanto a amar a su queridísimo Hijo con el mismo amor con que él lo ama, es decir, un amor conforme y proporcionado a su calidad de Madre y de Madre de tal Hijo, la hizo con este fin partícipe de su amor de Padre para este mismo Hijo.

En segundo lugar, el Hijo de Dios, habiendo unido a sí a su sagrada Madre tan íntimamente, que después de la unión hipostática no ha existido jamás ni habrá nunca unión tan estrecha como la que hay entre tal Hijo y tal Madre, no puede dudarse de que le haya comunicado el amor infinito que él tiene a su Padre, a fin de disponerla a cooperar con él en el cumplimiento de las voluntades de este divino Padre respecto de la gran obra que puso entre sus manos, la obra de la redención del mundo.

En tercer lugar, el Espíritu Santo, al escoger a esa Virgen de las vírgenes para ser su esposa, es natural que haya puesto en su Corazón virginal un amor apropiado a tal calidad, es decir, el amor que la esposa de un Dios debe



tener a tal Esposo, que por ser todo amor, la transformó completamente en amor, a fin de que la Esposa sea semejante a su Esposo.

Este es el principio y la fuente del divino amor que arde en el Corazón de la Reina del cielo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Que estas divinas Personas sean alabadas, amadas y glorificadas por siempre.

## **Sección I**

### *Doce cualidades y perfecciones del amor inconcebible a Dios*

#### *que arde en el Corazón de la bienaventurada Virgen*

Luego de haber considerado el origen de este amor incomparable que reina en el Corazón de la reina de los ángeles, veamos ahora las extraordinarias perfecciones de que está enriquecido. Son doce principales. Es amor muy santo, sabio, prudente, fuerte, ardiente, apasionado, constante, vigilante, paciente, fiel, gozoso y puro.

Es amor muy santo que aleja infinitamente a esta Virgen sacratísima de toda clase de pecados; la reviste y la



engalana con todas las virtudes en soberano grado; la desapega y separa por entero de sí misma, del mundo y de todo lo que no es Dios, y la une y adhiere perfecta e inviolablemente a solo Dios.

Es amor lleno de sabiduría y de luz que consagra a esta gloriosa Virgen a contemplar si cesar las bellezas inconcebibles, las bondades inefables y las grandezas inmensas de la divina Majestad, y enciende su Corazón de más en más por este medio con divinas llamas y lo anima a imprimir en ella una imagen perfecta de sus adorables perfecciones.

Es amor prudentísimo que le hace distinguir muy bien lo que agrada a Dios de lo que le desagrada, a fin de huir de esto y de abrazar aquello. Le permite además conocer los medios más apropiados y eficaces para la conservación y acrecentamiento de su amor.

Es amor fortísimo que le hace triunfar generosamente de todos los obstáculos que los Herodes, Pilatos, judíos, verdugos de su Hijo, y de todos los poderes infernales se esfuerzan por poner en la senda por donde avanza para llegar al altísimo grado de santidad al que Dios la llamaba.

Es amor ardentísimo que la compromete a observar muy exactamente no solo todos los mandamientos de Dios sino también todos sus consejos.



Es amor muy apasionado por el honor de su Dios que le hace experimentar vivamente y con muy grande dolor las injurias y ofensas que se hacen contra su divina Majestad y la hace entrar en la disposición de sufrir todos los suplicios imaginables para repararlas.

Es amor muy constante que no tolera ninguna mengua ni disminución y que no solo permanece siempre en su fuerza y su vigor sino que se acrecienta de continuo.

Es amor muy atento que obliga a la Madre del Salvador a velar incesantemente sobre sus pensamientos, palabras y acciones, sobre todas las facultades de su alma, sobre todos sus sentidos interiores y exteriores y sobre todos sus deberes y obligaciones para estar atenta a que nada se dé que desagrade a Dios y para hacer de manera que todo cuanto hay en su cuerpo y en su alma se emplee en buscar u gloria.

Es amor muy paciente. No solo le hace abrazar de todo su corazón por amor de Dios todos los trabajos y tribulaciones que le llegan, vengan de donde vengan, sino que la dispone a sufrir por su gloria todos los tormentos de la tierra y del infierno si así fuera su beneplácito.

Es amor muy fiel. Le hace mostrar gran fidelidad no solo en las grandes cosas sino aun en las mínimas, en lo que mira al servicio y al honor de Dios. Es lo que significan estas palabras: *Heriste y cautivaste mi corazón con un cabello de*



*tu cabeza*, es decir, con la fidelidad con que te empeñas en hacer por amor de mí hasta lo más pequeño.

Es amor lleno de felicidad. Hace que esta dignísima Virgen ponga su gozo y todas sus delicias en pensar en Dios, en hablar a Dios, en hablar de Dios, en escuchar hablar de Dios, en seguir todas sus voluntades, en hacer todo por Dios, en dejarlo todo por Dios, en dar todo a Dios, en sufrir todo por Dios, en sacrificarse por Dios y en inmolarle a su queridísimo Hijo Jesús, a quien ama infinitamente más que a sí misma.

Finalmente es amor muy puro. Con él esta sacratísima Virgen ama y sirve a su Dios de todo su corazón y con todas sus fuerzas, no buscando los tesoros inestimables, ni las felicidades incomprensibles, ni las gloriosas coronas que él le prepara en el cielo sino por puro amor de él mismo, y de tal manera que si aunque no hubiera paraíso ni infierno, ni consuelos, ni gracia, ni recompensa alguna para quienes le sirven, ella no dejaría de emplear toda su vida y todas las potencias de su alma y de su cuerpo, en servirlo, amarlo y glorificarlo de todas las formas posibles por amor de él.

Estas son doce perfecciones del amor muy sublime de nuestra divina Madre. Son admirables pero no por eso dejan de ser dignas de imitación. Tomemos por tanto decidida resolución de imitarlas en cuanto nos sea posibles,



mediante la gracia de su Hijo, y roguémosle con mucha instancia nos la obtenga.

## **Sección II**

### *El Corazón de la reina de los serafines posee doce privilegios*

Además de las doce cualidades precedentes del amor sagrado del santísimo Corazón de la Madre de Dios, que le dan maravilloso esplendor, hay doce privilegios que lo hacen del todo admirable. Ya hablé de paso de algunos de esos privilegios en varios lugares de esta obra. Pero ahora los reúno y recojo aquí para hacer con ellos una corona para el Corazón real de la Madre del Rey de los reyes.

El primero de estos privilegios consiste en que la sacratísima Virgen comenzó a amar a Dios desde el primer instante de su vida, algo que le es exclusivo en toda la descendencia de Adán.

El segundo privilegio consiste en que, según el sentir de varios grandes teólogos, el amor que ella manifestó a Dios en ese primer instante, considerado en su nacimiento y en su comienzo, sobrepasa sin parangón posible el amor del primer serafín y del mayor de todos los santos considerado aun en su más alta perfección y en su más alto grado.



El tercer privilegio del santo amor de la divina María consiste en que por gracia especial realizó perfectamente el primer mandamiento: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (Dt 6, 5). Digo que por gracia especial pues aunque la fe nos enseña que Dios no ordena nada que sea imposible y que por tanto podemos fácilmente, con una gracia común, cumplir este mandamiento considerado en su sustancia, sin embargo, el sentimiento común de los teólogos<sup>418</sup> es que es difícil cumplirlo en esta vida en todas las circunstancias y con la más alta perfección. San Bernardo<sup>419</sup> asegura que *no podemos observar perfectamente el mandamiento que nos obliga a amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas sino cuando nuestro corazón esté completamente desprendido de los obstáculos que la vida de la tierra le presenta*. En efecto, para observar este mandamiento en perfección sería preciso no cometer jamás ningún pecado, incluso venial. Ahora bien, todos los teólogos están de acuerdo en que no es posible estar del todo exentos de pecado venial sino por privilegio especial. En realidad nada impidió a la bienaventurada Virgen amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas pues jamás fue mancillada con la mínima mancha de pecado. Según el

---

<sup>418</sup> Vega. *Theol. Mar.* No. 1212

<sup>419</sup> *Tract. De diligendo Deo, cap. 10*



lenguaje de los santos Padres ella se dedicaba perpetuamente a estudiar y seguir en todo la divina voluntad. Así opina san Bernardo<sup>420</sup>: *el Corazón de la Madre del Salvador estuvo de tal formar atravesado por la flecha del divino amor que no hubo parte en él por mínima que fuera que no pudiera estar enteramente dedicada y totalmente empleada en amar a Dios con todo su corazón, toda su alma y con todas sus fuerzas.*

El cuarto privilegio de este amor inefable de la Madre de Dios es que jamás estuvo, durante todo el transcurso de su vida, sin amarlo. Según san Bernardino y arios otros doctores, estuvo, día y noche, en continua contemplación y en perpetuo e ininterrumpido ejercicio de amor.

El quinto privilegio de este amor es que como esta Virgen incomparable amaba siempre a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y según toda la extensión de su gracia, su amor cada hora se duplicaba, según el sentir de varios teólogos, lo que jamás se dice de ningún otro santo.

El sexto privilegio consiste en que, puesto que esta divina Viren amaba a Dios continuamente con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas y que su amor se duplicaba cada hora de su vida, acertadamente varios santos ilustres escriben que, en cada momento de su vida,

---

<sup>420</sup> Sermón 29 sobre el Cantar.



en especial desde la encarnación del Hijo de Dios, ella amaba a Dios más que todos los ángeles y todos los santos juntos.

El séptimo privilegio consiste en que haciendo de Padre y de Madre con su Hijo Jesús, lo amaba con amor de padre y de madre al tiempo. Esto no sucede sino con esta Madre admirable que es madre sin padre del Salvador en la tierra como el Padre eterno es para él padre sin madre en el cielo.

El octavo privilegio está en que siendo la Madre, la Hija, la Esposa de este mismo Jesús, ella lo ama con Corazón de madre, de hija y de esposa. Tres amores de tres especies diferentes que jamás se han encontrado juntos en ningún corazón distinto del de la Madre de Jesús.

El noveno privilegio consiste en que por el amor inexplicable que esta divina Madre ha tenido a su Hijo se hizo digna de una gracia muy especial que él le ha concedido, la de hacerla partícipe de su pasión y de sus sufrimientos a fin de asociarla con él en la gran obra de la salvación del universo, según lo dicen algunos santos Padres que la llaman Reparadora del mundo, Liberadora de los perdidos, Restauradora de los siglos, etc. Así se expresan san Lorenzo Justiniano, san Bernardo<sup>421</sup>, san Buenaventura y varios otros.<sup>422</sup>

---

<sup>421</sup> *Restauratrix saeculorum*, In Psalt. Maj.

<sup>422</sup> *Reparatrix saeculi*, Sermón del Nacim. De María Virgen



El décimo privilegio es que por este amor inconcebible de María hacia Jesús, él le concedió una prerrogativa muy provechosa y llena de consuelo para nosotros. Es el poder extraordinario que ella tiene de proteger, bendecir, asistir, dirigir, fortalecer, consolar y colmar de toda suerte de bienes corporales y espirituales en la vida, en la muerte y después de la muerte a todos los que la sirven y honran con devoción particular.

El undécimo privilegio consiste en que este amor ardentísimo del Corazón de María la une con su Hijo Jesús con vínculo fuerte y tan maravilloso que la muerte, que disolvió la unión muy estrecha del alma santa del cuerpo adorable de Jesús, no pudo atentar contra la unión inviolable que existe entre este divino Salvador y su amadísima Madre. Cuando la cruel lanza del soldado inhumano penetró en el costado del Corazón de Jesús que pendía en la cruz, no causó ningún dolor a su alma porque no estaba ya en su Corazón, ni en su cuerpo, pues ya la muerte la había separado de él. Atravesó en cambio el alma de su bienaventurada Madre y la hirió con llaga muy cruenta y dolorosa, pues su amor la mantenía todavía unida al cuerpo y al Corazón de Jesús. ¡Oh, cómo es de cierto que el amor es más fuerte que la muerte; ésta puede separar el alma de Jesús de su cuerpo, pero el amor une tan



íntimamente el Corazón y alma de María con Jesús que la más cruel de todas las muertes no puede separarla de él!

El duodécimo privilegio consiste en que este amor, que pudo separar de su cuerpo el alma de Jesús en la cruz, no pudo separar de él el alma de María. La liberó de la cautividad al separar su alma de su cuerpo a fin de unir uno y otro a Jesús, para hacerla vivir de la vida gloriosa e inmortal de Jesús y para reinar con él eternamente en calidad de soberana Emperatriz del cielo y de la tierra. Ciertamente el amor de la Madre del Salvador hacia su Jesús es tan ardiente y poderoso que cautiva y arrebató su alma primeramente y luego su cuerpo, y los reúne juntos llevando uno y otro al seno y al Corazón de su amadísima Hijo, o sea a una hoguera inmensa de amor, a un abismo incomprensible de gloria, de felicidades y grandezas inenarrables. Y en verdad era muy conveniente que la Madre de amor, que no vivió sino de amor durante su paso por la tierra, y cuya vida solo fue un ejercicio continuo de amor, muriera de muerte de amor. Así lo piensan Alberto el Grande<sup>423</sup>, Dionisio el Cartujo<sup>424</sup> y el muy docto Suárez<sup>425</sup>.

Esta divina Virgen dijo de sí misma a este respecto a santa Brígida<sup>426</sup> y a santa Matilde: *“Algunos años después de la ascensión de mi Hijo, encontrándome urgida de un deseo*

---

<sup>423</sup> In Mariali, c. 171.

<sup>424</sup> Lib. 4, de laud. Virg. a. 3

<sup>425</sup> In 3 parte disputat. 21, sec. 1

<sup>426</sup> Revelat, lib. 6, cap. 62



*ardentísimo de ir a él, me envió un ángel para anunciarme que había llegado el tiempo en que quería llamarme a él y darme la corona que me había preparado en el cielo. Al conocerlo, para prepararme a este acontecimiento, fui a visitar, según era mi costumbre, todos los lugares donde mi Hijo había sufrido y derramado su sangre en su pasión. En seguida, mi espíritu, encontrándose un día extasiado y transportado en la contemplación de las maravillas de la divina caridad, mi alma se llenó de un gozo tan excesivo y encantador que no pudiendo permanecer más en mi cuerpo, fue separada de él. Quisiera decirte los portentos que contempló entonces y con cuánto amor fue recibida y glorificada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por la multitud innumerable de ángeles que la acompañaban al irse al cielo pero sería inútil pues no podrías comprenderlo". Así hablaba la dichosa Virgen a santa Brígida.*

*Y ahora sus palabras a santa Matilde en vísperas de la fiesta de la Asunción<sup>427</sup>. "Estando en oración y considerando los favores innumerables que había recibido de la divina bondad, con el deseo vehemente de darle gracias me vi abrasada de nuevo ardor del amor divino. Me causaba deseos inconcebibles de ver a mi Hijo amadísimo y de estar con él. Ese amor seráfico que encendía mi corazón se hizo tan fuerte y ardoroso que consumía las fuerzas de mi cuerpo*

---

<sup>427</sup> Lib. Spec. Gratiae. Lib. 1, cap. 26



*y me obligó a reposar en el lecho. Entonces, todos los órdenes de los ángeles me rodearon por doquier y se esforzaban quién más quién menos por ofrecerme toda clase de servicios. Los serafines atizaban más y más el fuego del divino amor en mi Corazón. Los querubines llenaban mi mente de divinas luces mediante las cuales yo veía claramente todas las cosas grandes y maravillosas que mi Hijo amadísimo haría en el porvenir para hacerme gloriosa en la tierra y en el cielo. Los tronos alejaban de mí cuanto pudiera perturbar la paz profunda y el divino reposo que mi alma poseía. Las dominaciones me miraban como a su reina y como a la Madre de su Rey y me manifestaba singular veneración. Los principados aportaban toda su diligencia posible para impedir a las personas que venían a verme de no hacer ni decir algo que pudiera en lo más mínimo disipar mi Corazón de la unión perpetua que tenía con Dios. Las potestades cuidaban de que los demonios no se acercasen a mí en forma alguna. Las virtudes se revestían del brillo y del esplendor de mis virtudes para darme honor por ese medio y se adornaban con los coloridos y libreas de su reina. Los ángeles y los arcángeles animaban a las personas que estaban presentes a servirme con respeto y devoción particular”.*

Estas son las palabras de la bienaventurada Virgen a santa Matilde. Ella, habiéndose percatado de la presencia



de san Juan Evangelista junto a esta gloriosa Virgen se encomendó a sus oraciones y él le dijo: *“Todas las palabras que salían de la boca sagrada de la Madre de mi divino Maestro me daban tanto consuelo que jamás escuché alguna que no me inundara de dicha especial”*<sup>428</sup>.

Estos son los doce privilegios del amor que posee el Corazón de la bienaventurada Virgen. Ellos deben incentivar a todos sus verdaderos hijos a celebrar devotamente las alabanzas de este Corazón divino y a dar gracias a Dios por haberla colmado de tantos favores.

### **Sección III**

#### *Efectos del divino amor que arde en el Corazón de la bienaventurada Virgen*

Sería más fácil contar las estrellas del firmamento que enumerar los efectos maravillosos del amor que reinan en el Corazón de la reina del cielo. Cuenta si puedes todos los momentos del tiempo que ella pasó en la tierra y podrás contar otros tantos efectos de este amor de la divina Madre a Dios pues no pasó un solo momento durante todo el transcurso de su vida sin amarlo. Cuenta todos sus pensamientos, palabras y acciones, todo el uso que hizo de las facultades de su alma y de todos sus sentidos exteriores

---

<sup>428</sup> Ib.



e interiores y habrás contado otros tantos efectos de su amor. Obedeció perfectamente este mandamiento de su divino Esposo: *Ponme como un sello en tu corazón y como un sello en tu brazo* (Cantar 8, 6). Todo cuanto pasó en su interior y en su exterior estaba marcado del sello del divino amor. Cuenta todos los actos de fe, de esperanza, de caridad, de justicia, de prudencia, de fortaleza, de templanza, de humildad, de obediencia, de paciencia y de todas las demás virtudes morales que practicó durante los sesenta o setenta y dos años de su vida, y habrás contado otros tantos efectos de su amor, pues este amor los originaba, y era el alma y la vida de todas las virtudes que practicaba. Cuenta los servicios que con tanto amor prestó a su amadísimo Hijo en su nacimiento, su infancia y en todo el curso de su vida. Todos los pasos que dio con él y por él en la tierra, en todos sus viajes; todos los trabajos, sufrimientos y angustias que soportó por su causa, y por el amor increíble que tenía a él; añade también los torrentes de lágrimas que ese mismo amor le hizo derramar; habrás contado entonces otros tantos efectos de este amor sin parangón posible.

Para decir mucho en pocas palabras, haz de saber que este amor indecible poseía, llenaba y penetraba de tal modo el Corazón y el alma y todas las facultades de esta Virgen Madre que era en verdad el alma de su alma, la vida



de su vida, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. De modo que el amor lo era todo y hacía todo en ella y por ella. Si oraba, el amor oraba en ella y por ella; si adoraba y alababa a Dios el amor lo adoraba y lo alababa en ella y por ella.; si hablaba el amor hablaba en ella y por ella; si callaba el amor la mantenía en el silencio; si trabajaba el amor la entregaba al trabajo; si reposaba el amor la hacía reposar; si comía o bebía, lo hacía en obediencia a estas palabras del Espíritu Santo: *Sea que coman o que beban, o cualquier otra cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10, 31); si se mortificaba en algo, lo hacía por moción y y bajo la guía de este amor que la mantenía de continuo en la mortificación. Francisco de Jiménez, patriarca de Jerusalén, refiere<sup>429</sup> que leyó en los manuscritos de san Gregorio de Tours que desde que la santa Virgen inició su retiro en el templo de Jerusalén, a la edad de dos o tres años, llevó de continuo un áspero cilicio en su cuerpo de niña; que sus vestidos eran de lana burda de su color natural; que su lecho era la tierra o unas tablas de madera; que ayunaba de continuo y solo comía pan, y que los alimentos que los sirvientes del Templo le daban los distribuía diariamente entre los pobres; y que san Gregorio de Tours declara que conocía todo esto por revelación divina.

---

<sup>429</sup> Lib. 2 de Vita christiana, cap. 47



Finalmente este Corazón virginal era transformado e tal modo en amor que Suárez dice que los actos y efectos de su amor son sin cuento<sup>430</sup>. Si san Bernardo afirma que las siete palabras que la bienaventurada Virgen profirió mientras estaba en ese mundo, que son consignadas en el santo evangelio, son siete llamas de amor, qué diríamos entonces de todos los actos y efectos de amor que salieron de esta divina hoguera; que son otros tantos fuegos y llamas del divino amor, capaces de encender todos los corazones del universo si el hielo del pecado no lo impidiera.

Añade a esto estas palabras de san Bernardino: *Esta bendita Virgen tenía tanto amor a su Hijo que hubiera muerto por él no una vez, ni cien veces, ni mil veces, ni cien mil veces sino infinitas veces si fuera posible*. Aún más, es cierto que su amor no conocía límites ni medida. Por ello no es posible temer decir que hubiera estado dispuesta a sufrir tantas muertes y tantos infiernos por amor de su Hijo como hay de átomos en el aire, de granos de arena en el mar. Cuenta pues todos esos actos de amor de que hablan Suárez y san Bernardino, cuenta todas esas muertes e infiernos, y habrás contado todos los efectos del amor que encendía el Corazón maravilloso de la Madre del amor hermoso.

---

<sup>430</sup> En la 4ª parte; disputatio 18; sección 4, 5



Pero esto no es todo. Cuenta además todos los actos y todos los efectos del amor divino que ha habido y habrá en adelante, producidos en el cielo y en la tierra por los corazones de todos los serafines, de todos los otros espíritus angélicos, de todos los santos patriarcas, de todos los santos profetas, de todos los santos apóstoles, de todos los santos mártires, de todos los santos sacerdotes y levitas, de todo los santos confesores, de todas las santas vírgenes y de todos los bienaventurados, y habrás contado los efectos del amor inefable que arde en el Corazón de la Madre del Salvador. Dime, te ruego, ¿no es cierto que *lo que es causa de una causa es causa de lo causado*, o sea, que todos los efectos que proceden de una causa deben ser atribuidos al principio y al origen de la causa? ¿No es verdad de fe que la divina María es la causa, el origen y la Madre del Dios de amor? Concluye, pues, que todos los amores que hay en los corazones de todos os ángeles y de todos los santos, y todos los actos y efectos que han producido y producirán luego, por proceder del Corazón adorable de este Dios de amor, deben contarse entre los efectos del Corazón admirable de su divina Madre. Nos lo da a entender san Bernardo cuando dice: *Es voluntad de Dios que poseamos por la divina Madre, todo cuanto nos ha dado, o sea, todos los bienes de la*



*naturaleza, de la gracia y de la gloria*<sup>431</sup>. Y nada baja del cielo sino por intermedio e intercesión de María.

Lo dice también el sabio Idiota: *Todo cuanto el mundo posee de bueno y de precioso viene por María, en María y con María*<sup>432</sup>. No hemos escuchado acaso a san Ireneo decir que la razón por la que Dios no cumplió el misterio de la encarnación sino luego del consentimiento de esta gloriosa Virgen fue porque *quiso que ella fuera el principio de toda suerte de bienes*<sup>433</sup>.

¡Oh Jesús, Dios de amor, que todos los corazones y todas las lenguas de los ángeles y de los hombres te amen y te glorifiquen infinita y eternamente por haber encendido tal hoguera de amor en el divino Corazón de tu incomparable Madre! ¡Oh Dios de mi corazón, te ofrezco todo este amor para suplir y reparar todos los hielos de mi miserable corazón! ¡Oh Madre de amor, envía a nuestros corazones algunas chispas de esos divinos fuegos que arden en tu Corazón virginal y acepta con agrado asociar a tus indignos hijos contigo, en todo el amor y la gloria que das eternamente a la muy adorable y santa Trinidad.

---

<sup>431</sup> *Sermón de la natividad de la Virgen*

<sup>432</sup> *Prólogo de la Contempl.B. Virg.g*

<sup>433</sup> Citado por Salazar en cap. 31 de Prov. Versp 29, numero 179.



**CAPÍTULO IV**  
***El santo Corazón de la bienaventurada Virgen***  
***es el espejo de la caridad***  
***Cuarta excelencia***

Entre los favores sin cuento que hemos recibido de la mano generosa de nuestro Padre celestial hay tres muy considerables que no han merecido de parte de los hombres la debida reflexión. Son tres gracias particulares con las que su inmensa bondad nos ha honrado cuando nos dio este doble mandamiento: Amarás a Dios con todo tu corazón, etc. Y a tu prójimo como a ti mismo.

El primero de estos favores consiste en que Dios ha querido mandarnos que lo amemos. ¡Qué bondad! ¡Cuánta gracia! Para comprenderlo mejor habría que medir la distancia infinita que hay entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, entre el todo y la nada, entre el Santo de los santos y un miserable pecador, entre el que es el soberano bien y la fuente de todo bien y el que es un abismo de males y miserias. En verdad si conociéramos bien lo que Dios es y lo que somos quedaríamos en extremo sorprendidos por el precepto que su divina Majestad nos ha hecho de amarlo. Ya nos haría gran favor si solo nos permitiera pensar en él, y gran honor nos haría si nos diera el permiso de adorarlo como a nuestro Creador y soberano



Señor. Pero no siendo suficiente para la divina bondad nos dio el mandato de amarlo como a nuestro Padre.

El segundo favor que nos hizo es que no se contenta de amarnos como a sus hijos sino que proclama un precepto expreso a todos los hombres que hay en la tierra, cualquiera sea su condición, por el que les ordena, so pena de incurrir en su ira e indignación eterna, amarnos como a nosotros mismos. Y les prohíbe, so pena de ser arrojados a los fuegos devoradores del infierno, hacernos mal sea por hechos o palabras, ni de voluntad ni siquiera por pensamiento, con perjuicio de nuestro cuerpo o de nuestra alma, sea en nuestra reputación, sea en cualquier cosa que nos pertenezca. ¡Qué bondad inefable, qué amor admirable!

El tercer favor, mayor que los dos anteriores, es que Dios ordena a todos los hombres no solo amarnos como a sí mismos, sino amarnos con el mismo amor con el que él los ama. San Agustín y santo Tomás y todo los demás teólogos nos enseñan que el amor o la caridad con que debemos amar a Dios y a nuestro prójimo es la tercera virtud teologal. De ahí se concluye que nuestro Salvador nos declara en su santo Evangelio que el segundo mandamiento, que nos obliga a amar a nuestro prójimo, es semejante al primero que nos prescribe amar a Dios. La razón estriba en que para amar a nuestro prójimo como Dios quiere que lo amemos es preciso que lo amemos en



Dios y por Dios, o sea, que es preciso amarlo con el amor con que Dios lo ama y amarlo no por nuestro interés y satisfacción sino amarlo por amor de Dios y porque Dios quiere que lo amemos. Amar al prójimo de esta manera es amar a Dios en nuestro prójimo y amar al prójimo con el mismo amor con que se ama a Dios. Por eso el segundo mandamiento es semejante al primero.

De este modo la bienaventurada Virgen nos ama. Nos ama con amor grande y ardiente. Primero, nos ama con el mismo amor con que ama al Hombre-Dios, que es su Hijo Jesús. Ella sabe que es nuestra cabeza y que nosotros somos sus miembros y por consiguiente que somos uno con él como los miembros son uno con su cabeza. Por ende nos mira y nos ama como a su Hijo y como a sus propios hijos que llevan esta gloriosa calidad por dos razones. La primera, porque siendo Madre de la cabeza es Madre por tanto de los miembros. Y la segunda porque nuestro benigno Salvador, estando en la cruz, nos dio a su divina madre en calidad de hijos por favor de su bondad inconcebible. Somos nosotros quienes lo clavamos en la cruz por nuestros pecados, que lo cubrimos de heridas, de sangre y de dolores increíbles. Somos nosotros quienes lo hicimos sufrir una muerte la más atroz e ignominiosa que jamás ha habido. Y en la misma hora en que así lo tratábamos, indigna y cruelmente, nos hizo la gracia muy señalada que puede



existir: nos dio a su dignísima Madre y nos la da no solo en calidad de reina y soberana sino en la calidad más honorable y ventajosa que podemos imaginar, es decir en calidad de Madre al decir a cada uno de nosotros lo que dijo al discípulo amado: *Esta es tu Madre* (Jn 19,26). Y nos entrega a ella no solo en calidad de servidores o esclavos, lo que sería gran honor para nosotros, sino en calidad de hijos: *Aquí tienes a tu hijo*, le dijo hablando de cada uno de nosotros, en la persona de san Juan. Es como si le dijese: Estos son todos mis miembros. Yo te los doy. Míralos como a mí mismo, ámalos con el mismo amor con que tú me amaste; con el mismo amor con que con que tú me amas. Ves, por los horribles tormentos y por la crucifixión que soporto por ellos, cuánto los amo. Ámalos como yo los amo.

¡Oh Madre de Jesús, sabes bien lo que tu Hijo quiso decir con estas palabras; *Mujer, aquí tienes a tu hijo*. No solo las escuchaste con tus oídos sino que penetraron a lo hondo de tu Corazón, y ahí quedaron grabadas para toda la eternidad. Por ellas tú nos miras y amas como a tus hijos, e incluso como a hermanos de tu Hijo Jesús. Tú nos amas y nos amarás por siempre con el mismo amor de Madre con el que tú lo amas. Él puede decirte, hablando de nosotros, las mismas palabras que dirigió a su Padre: *Tú los amaste como tú me amaste* (Jn 17, 23). Benignísimo Jesús, María bondadosísima, ¿por tan extraordinarios favores qué



podemos darles? Que te agrade, Jesús, que te ofrezcamos el Corazón y el amor maternal de nuestra Madre común en reconocimiento del tesoro inestimable con que nos enriqueciste al dárnosla como Madre. Y tú, Madre de amor, recibe por favor el Corazón muy adorable y amable de tu Hijo Jesús, nuestro divino hermano; te lo ofrecemos como acción de gracias por el amor inefable que nos tienes.

Mi querido lector, ¿quieres conocer además, la magnitud del amor que hay en el Corazón de la divina Madre a nosotros? Considera que el amor que hay en el corazón se mide por la gracia santificante que hay en ese corazón. Vimos ya que este Corazón admirable de la Madre del Salvador es un mar casi inmenso de gracias, que comprende todas las gracias del cielo y de la tierra, que las sobrepasa incomparablemente, e incluso es su fuente de la manera como ya se dijo. Podemos afirmar entonces que el amor que inflama el Corazón virginal de la Madre de nuestro redentor a nosotros es inconcebible y comprende y supera todas las caridades y todos los afectos que hay en todos los corazones de los ángeles y de los santos a nosotros, y que incluso es su fuente. Todos esos afectos no son solo briznas del amor infinito que arde por nosotros en el Corazón de nuestro Salvador, y que este mismo Salvador es el fruto del vientre y del Corazón de su divina Madre como se dijo arriba. Así, pues, al Corazón de María, luego del de Jesús, es



a quien debemos gratitud por todas las caridades que hay para nosotros en todos los corazones de los ángeles y de los santos.

Añado una consideración que nos muestra cómo el Corazón virginal de esta muy buena Madre está lleno de amor a nosotros. Si algo se acerca al fuego participa de sus cualidades, Pues bien, entre todas las puras criaturas no existe alguna tan cercana a la Divinidad como esta gloriosa Virgen. Como ella participa en grado más alto que ninguna otra criatura de la bondad de Dios, de su amor y su caridad, de su generosidad y benignidad goza asimismo de una bondad, piedad, dulzura y caridad para nosotros como ningún otro espíritu las puede concebir. Dice san Bernardo: *Por ti, Virgen bienaventurada, tenemos acceso fácil a la divina Majestad; tú nos has encontrado la gracia que nos une a Dios; tú eres la Madre de la vida y de la salvación eterna; por mediación de tu caridad la multitud de nuestros pecados quedan borrados. ¿Quién podría decir cómo están de abrasadas de caridad tus entrañas maternas a partir de la permanencia que el Dios de amor y de caridad tuvo en ellas por espacio de nueve meses?*<sup>434</sup>

---

<sup>434</sup> Sermón 2 de adviento



## Sección I

### *Cualidades y perfecciones que colman el Corazón de la Virgen bienaventurada*

Con el fin de conocer la magnitud del amor que arde por nosotros en el Corazón de nuestra divina Madre consideremos las cualidades y perfecciones de que está adornado. Son doce principales.

1. Es una hoguera ardiente que envía sus llamas por doquier y en la que hay más fuegos y ardores por nosotros como no los ha habido jamás, ni lo habrá nunca. Son mayores que los que albergan los corazones de los padres y las madres para su hijos; de los hermanos por sus hermanos; de los amigos para sus amigos; en una palabra en todos los corazones del cielo y d la tierra.

2. Este amor es sol resplandeciente que envía su luz por doquier; que ilumina las tinieblas de quienes se acercan a él; que nos hace ver nuestras debilidades y faltas para que las detestemos; que nos da a conocer nuestra nada y nuestras miserias a fin de que nos humillemos; que nos descubre las malicias y engaños de los enemigos de nuestra salvación a fin de que los precavamos; que nos manifiesta la ilusión y mentiras de las vanidades y frivolidades del mundo a fin de que las menospreciemos; y que nos pone



ante los ojos las maravillas de las grandezas y bondades de Dios a fin de que las sirvamos con temor y amor.

3. Es amor muy atento que tiene siempre los ojos abiertos hacia nosotros, que vigila nuestros comportamientos a fin de asistirnos, protegernos y conducirnos en todo.

4. Este amor santísimo, o mejor, este santísimo Corazón de la Madre de amor es oráculo del cielo para cuantos recurren a él en sus angustias y perplejidades. Oráculo divino de bondad increíble que resuelve siempre nuestras dificultades, nos ilumina en las dudas, nos da respuestas saludables y apropiadas a nuestras necesidades si lo consultamos con humildad y confianza.

5. De este amor puede decirse en verdad que es torre firmísima y fortaleza inexpugnable, seguridad de todos los verdaderos amigos de Dios; que preferiría morir antes que ofenderlo con intención y deliberación; en especial lo es para los humildes; para las personas puras y castas, pues cada uno ama lo que le es semejante, y para quienes hacen profesión especial de servir y honrar a la amadísima de Dios, es decir, a la amabilísima María, Madre de Jesús pues ella ama a quienes la aman.

6. Es amor dispuesto siempre a socorrer a quienes lo invocan. *Acuérdate*, dice san Agustín, *piadosísima Virgen, que desde que el mundo es mundo, nunca se oyó decir, que ninguno de cuantos se acogieron a tu protección y han*



*implorado la ayuda de tus plegarias se haya visto abandonado*<sup>435</sup>. Y san Bernardo añade: *Es imposible pronunciar tu nombre sin recibir consuelo; no es posible invocarte sin ser escuchado y sin experimentar los efectos de tu auxilio*<sup>436</sup>.

7. Es amor muy benigno y bondadoso. Conoce bien lo que es la severidad y el amedrentamiento. Dice san Bernardo: *No hay en ella lo terrible ni lo severo. Toda suavidad, a todos ofrece leche.*<sup>437</sup> *Toda colmada de dulzura; en su Corazón y en sus labios solo hay leche y miel*<sup>438</sup>. *Es maná que contiene en sí todas las dulzuras del paraíso*, dice san Ambrosio<sup>439</sup>; y san Agustín anota: Es la tierra prometida, llena de leche y miel<sup>440</sup>.

Ese amor del sagrado Corazón de nuestra muy buena Madre nos alimenta y nos nutre en la santa Eucaristía con tres viandas preciosas que son su santísima carne, su sangre inmaculada y su leche virginal<sup>441</sup>. En este sacramento admirable recibimos una porción de su sustancia, unida hipostáticamente al Verbo divino e incorpóreo en la del cuerpo adorable de su Hijo, sagrado fruto de sus entrañas, formado con su sangre y que sus pechos alimentaron. Así

---

<sup>435</sup> San Juan Eudes atribuye el *Memorare*, a san Agustín quizás equivocadamente

<sup>436</sup> *Sermón 10º en la Témporas*

<sup>437</sup> *Sermón de la Asunción*

<sup>438</sup> Cantar 4, 11

<sup>439</sup> Coment. Al Salmo 35

<sup>440</sup> *Sermón 100 de las Témporas*

<sup>441</sup> Luis Bail, en su *Teología afectiva*, part. 3 medita 20



esta Madre admirable nos alimenta en la santa comunión con su purísima sangre y con la sagrada leche de sus benditos pechos (en cuanto nos da allí una sustancia en la que su sangre y su leche se convirtieron), y con su carne virginal, contenida realmente en la carne adorable de su Hijo Jesús. Al respecto san Agustín escribe que *el Verbo divino tomó su carne de la carne de María y que nos la dio a comer para nuestra salvación*<sup>442</sup> pues nunca perdió por entero la porción de la sustancia del cuerpo que tomó de su divina Madre al nacer. No es preciso pensar que dicha sustancia haya se haya disuelto y disipado por la actividad del calor natural; porque todo el tiempo de su vida mortal fue un tiempo de crecimiento en el que la radical húmeda se disminuye muy poco; y en caso de que esa porción se haya disipado por el calor natural lo retomó en su resurrección según opinión de célebres teólogos que dicen que el cuerpo de la resurrección toma de nuevo la misma sustancia de que fue formado.

Es por tanto posible asegurar que como Eva fue causa de la muerte en el mundo, por el alimento que dio al primer hombre, así María es causa de nuestra vida, por el manjar eucarístico que proviene de ella. Se deduce por tanto que los que lo reciben contraen alianza y afinidad maravillosa con ella, incluso una consanguinidad según opinión de

---

<sup>442</sup> *Tratado de la Asunción*, cap. 5



grandes teólogos<sup>443</sup> que aseguran que esta alianza y consanguinidad es más noble y perfecta que la que procede del sacramento del matrimonio. Y que por este medio somos hechos *concorpóreos y consanguíneos de Cristo y de María*.

¡Oh amor inefable d la reina del cielo a sus hijos! ¿Oh Madre de amor, qué podemos darte por estos tres inestimables tesoros que nos das todos los días? ¡Que admirable alianza tenemos contigo! ¡Cómo debe ser la santidad de nuestros cuerpos, de nuestras almas y de toda nuestra vida al ser alimentados por la santa carne, por la sangre muy inmaculada y por la leche preciosísima de la reina de las Vírgenes! Si el hijo amadísimo de tu Corazón, san Bernardo, toda su vida tuvo sentimientos de devoción muy tiernos y ardientes hacia ti por las gotas de leche que depositaste en sus labios en una aparición, ¿qué fuegos y qué llamas de amor deben enardecer nuestros corazones hacia una Madre y una nodriza que alimenta sus hijos con la propia sustancia de su sangre inmaculada y de su leche virginal? Nos das continuamente, Virgen santa, la misma lección que tu Hijo Jesús nos dio en estas palabras: *Aprendan de mí que mi Corazón está lleno de amor, de suavidad y humildad” Ojalá la divina bondad nos haga la gracia de aprender bien esta ciencia*.

---

<sup>443</sup> Luis Bail, *Teolog. Afectiv a, parte 3ª. Medt.2º*. Pedro Damián, Serm. 2 de la natividad.



8. Digamos que este amor del divino Corazón de la Madre de Dios es un paraíso de delicias inconcebibles para todos los corazones que, bien desprendidos de todo lo terrestre, se dedican fuerte y únicamente a servir, honrar y amar al Rey y a la Reina del cielo, Jesús y María.

9. Es amor muy generoso que nos dio un tesoro inmenso e infinito, que contiene en sí todas las riquezas de la divinidad y todo cuanto hay de extraordinario, precioso, deseable y amable en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad. ¿No es acaso este amor del Corazón virginal el que atrajo al Hijo de Dios del seno adorable de su Padre y, para dárnoslo, lo hizo descender a las sagradas entrañas de la divina María?

10. Es un amor ardoroso en deseos de la salvación de las almas. Esa ardiente caridad encendió un deseo ardentísimo en la bienaventurada Virgen, desde el comienzo de su vida, de la venida del Hijo de Dios a este mundo para librar a los hombres de la perdición general en la que estaban comprometidos por el pecado. Esta caridad le hizo elevar muchas plegarias, practicar sin número de mortificaciones y derramar muchas lágrimas para obtener del Padre eterno que enviara a su Hijo a la tierra para liberarnos de la esclavitud del infierno. Esta caridad la llevó a dar con todo su corazón el consentimiento al misterio de la encarnación. Esa caridad la llevó a darnos y conservarnos, a alimentar e



iniciar al Salvador con cuidados y cariños inimaginables. Esa caridad la obligó a ofrecerlo en el templo de Jerusalén al Padre eterno y a sacrificarlo en el Calvario entre ignominias y suplicios atroces.

11. Es amor perfectísimo, tan perfecto que no puede darse otro más perfecto ni más excelente según estas palabras del Hijo de Dios: *Nadie tiene amor más grande que el de entregar su vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Esto hizo el amor de María de dos formas. Primero porque sacrificó la vida de su Hijo que le era infinitamente más amada que la suya propia, y que incluso era su propia vida, puesto que ella se la había dado. Segundo porque cuando vio que su Hijo sacrificaba por nosotros una vida infinitamente más preciosa que todas las vidas imaginables, ella hubiera estado dispuesta a sacrificar por la misma causa todas las vidas de los hombres y de los ángeles si las hubiera poseído.

Es posible además afirmar que de hecho dio su vida por nosotros cuando en el momento de la muerte de su Hijo su alma fue traspasada por dura espada de dolor, que de seguro le hubiera causado la muerte, si, por milagro del divino poder, no hubiera sido conservada en vida. A no ser por tal milagro la muerte del Hijo hubiera sido la muerte de la Madre. Así que el muy buen Corazón de la divina Virgen está tan colmado de amor por nosotros que la condujo de



diversas maneras a entregar su vida por nosotros junto con su Hijo amadísimo.

Podemos decir aún más que este Corazón virginal nos ama tan ardorosamente que las heridas incontables que recibió en la pasión del Salvador le fueron menos sensibles y dolorosas que el martirio cruento que padeció a la vista de tantos millones de almas que se perdían entonces y que debían perderse hasta el fin del mundo, a pesar de todo lo grande y extraordinario que el Hijo de Dios hacía y sufría para ahorrarles la condenación eterna.

12. Es amor muy firme y constante. Esta Madre del amor hermoso nos ama con *amor invencible* como afirma el santo cardenal Pedro Damián. Todas nuestras ingratitudes, infidelidades, negligencias y descuidos en su servicio, todas nuestras imperfecciones y ofensas sin cuento no pudieron extinguir este amor que es más fuerte que la muerte y que el infierno. Es amor que prolonga sus cuidados y bondades hasta el último suspiro de nuestra vida y que entonces emplea todos los esfuerzos de su poder, de su sabiduría y benignidad para precavernos de las maldades y asechanzas de los enemigos de nuestra salvación.

Al respecto quiero referir algo cuya práctica es muy útil para obtener asistencia particular de la bienaventurada Virgen en la hora de la muerte. Ella misma dio esta



instrucción a santa Matilde<sup>444</sup>. Habiendo rogado esta santa a la Virgen que la asistiera en la hora de la muerte le respondió: *“Sí, lo haré seguramente. Pero que no se te pase dirigirme todo los días tres veces el Ave María. En la primera, ruega al Padre eterno que, por la magnificencia de su omnipotencia que me otorgó un poder admirable que poseo, el más grande que después del suyo existe en el cielo y en la tierra, te asisto en la hora de tu muerte para fortificarte y alejar de ti los poderes contrarios a tu salvación.*

*“En la segunda Ave María ruega al Hijo de Dios que, como por la sublimidad de su impenetrable sabiduría me llenó de tal manera de su divina luz, que sobrepasa sin comparación todas los conocimientos de los santos y que como un sol brillante yo lleno todo el cielo de maravillosa claridad, así en la hora de tu muerte él quiere que yo inunde tu espíritu con una luz celestial que disipe las sugerencias malignas con que los príncipes de las tinieblas puedan menoscabar tu fe.*

*“En la tercera Ave María pide al Espíritu Santo que así como él se dignó colmar mi Corazón con las suavidades de su divino amor, que, aparte de Dios no existen dulzuras ni benignidad semejantes a las mías, así yo esté presente en tu muerte para llenar de tal modo tu alma con las suavidades de este mismo amor que todas las aflicciones y amarguras*

---

<sup>444</sup> Lib. Spec. Grat. Lib. 1, cap. 47



*que se encuentran en esta ocasión sean cambiadas en dulzuras y consuelos”.*

Estas palabras y promesas de la sacratísima Madre de Dios no se dirigen solo a santa Matilde sino que son para todos los que tengan cuidado de recitar diariamente tres Ave Marías para las mencionadas intenciones, aunque no siempre estén presentes en su memoria. Basta tener la voluntad de decirlas en la manera y con los fines señalados con tal que sean pronunciadas con amor y devoción.

Qué felicidad estar asociado, fortalecido, iluminado y consolado por la poderosísima, sabia y muy dulce Madre de Dios en hora tan terrible y formidable como es la hora de la muerte. No necesito añadir más.

## **Sección II**

*Ejemplos del gran amor que arde  
en el Corazón divino de la bienaventurada Virgen  
a los que lo aman*

Leemos en la vida de san Enrique, emperador primero de ese nombre, que guardó virginidad perpetua con su esposa santa Cunegunda. Era un príncipe adornado de toda suerte de virtudes pero especialmente recomendado por su especial devoción a la Madre de Dios. Todas las veces que



venía a Roma tenía costumbre de pasar en oración la noche de su llegada en la iglesia de Nuestra Señora la Grande.

Una vez entre otras, la noche de la Purificación de la bienaventurada Virgen, mientras oraba fervientemente como de costumbre, vio entrar a nuestro Salvador en la iglesia, revestido de hábitos sacerdotales; lo acompañaban a sus lados san Lorenzo y san Vicente, que hacían oficio de diácono y subdiácono. Inmediatamente atrás venía la reina del cielo con un ejército de santas vírgenes, En seguida san Juan Bautista encabezaba el grupo de santos patriarcas y profetas; san Pedro y san Pablo estaban a la cabeza de los santos apóstoles; san Esteban presidía el grupo de los santos mártires y san Martín a los santos sacerdotes y confesores.

Todos tomaron asiento con gran admiración de san Enrique, solo espectador entre todos los mortales de esta solemnidad. Los ángeles entonaron el introito de la santa misa: *Recibimos, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo.* Al llegar a estas palabras: *Tu derecha está llena de justicia*, el Salvador, en primer lugar, y luego su santa Madre, y después todos los demás se volvieron hacia san Enrique y lo señalaban con el dedo, testimoniando así el gozo que el cielo recibía por la justicia con que gobernaba a sus súbditos. Cantado el evangelio, un ángel presentó el libro al Salvador para besarlo; luego a la santa Virgen y a los



demás asistentes; y la Madre de bondad, no queriendo que el emperador fuera privado de este consuelo, recomendó al ángel que le llevara el libro y le añadió: *Da de mi parte le beso de paz a Enrique, fiel servidor mío, cuya virginidad me place únicamente.* Pero como la ternura de esa acción tuviera en éxtasis su corazón y no le permitía estar atento a lo que pasaba, el ángel le golpeó el nervio ciático fuertemente y le dijo: esto te servirá de testimonio del amor que el Hijo de Dios y su divina Madre te tienen a causa de tu castidad y de la justicia que practicas. Finalmente, cuando el nervio se restableció el pie quedó más corto que el otro. Por eso se siguió llamando Enrique el Cojo.

Su devoción a la reina del cielo era tan grande que no dejaba escapar ninguna ocasión de manifestarla de diversas maneras, especialmente con la construcción de iglesias, fundadas y dotadas en su honor.

Así lo han practicado también varios de nuestros reyes muy cristianos, entre ellos Felipe II, llamado Augusto, el Conquistador, quien por el ardiente celo que tenía por el honor de la Madre de Dios hizo construir a diez leguas de París, cerca de Senlis-en-Valois, la hermosa iglesia de Nuestra Señora de las Victorias. Hizo también concluir la bella y grande iglesia de Nuestra Señora de París, que se sostiene en ciento veinte pilares y tiene ciento setenta y cuatro pasos de largo, sesenta de ancho y ciento de altura;



en su derredor hay cuarenta y cinco capillas, once puertas y veintiocho estatuas de los reyes de Francia. En ella construyó seis capillas y les designó capellanes para celebrar todos los días la santa misa por sus parientes difuntos.

Otra prueba conozco de las ternuras del Corazón maternal de la bienaventurada Virgen hacia sus hijos. No hace mucho tiempo, en la ciudad México, se encontró una pobre mujer cuyo marido estaba ausente desde hacía doce años sin que sus allegados tuvieran conocimiento de ello ni le brindaran ninguna ayuda. Un día, con su corazón angustiado, se dirigió a la consoladora de los afligidos y le dijo: *“Santa Virgen, tú extiendes la mano a todo el que te suplica; ¿me dejarías abandonada y sin socorro? He oído decir, y lo creo, que tienes sin igual afecto y ternura con tus hijos como ninguna madre lo tiene con los suyos. Estoy segura que si la que me trajo a este mundo me viera en el lamentable estado en que me encuentro, tendría compasión de mí y no me dejaría sin ayuda. Con cuanta más razón debo esperar que tu Corazón maternal me dará algún consuelo en mi necesidad”*.

Apenas terminadas estas palabras escuchó una voz que la llamaba por su nombre y que le entraba tan hondo en su alma que desterró de ella toda tristeza y premura. Este cambio inesperado la admiró. Pero su sorpresa fue mayor



cuando escuchó de nuevo la misma voz que la llamaba y le decía: *“Hija mía, ten ánimo, no te abandonaré nunca; el estado en que te encuentras ahora pasará y será seguido de mucha alegría; te haré conocer que el cuidado y el cariño de todas las madres del mundo son nada en comparación con los que yo te tengo”*. A partir de ese momento la tristeza abandonó de inmediato el corazón de esta pobre mujer para dar paso a un gozo del todo celestial y extraordinario que la acompañó hasta el fin de su vida.

Santa Brígida que tenía amor increíble a la bienaventurada Virgen, prosternada un día a sus pies, le habló así: *“Pongo a mi amado Jesús por testigo. El conoce cuanto pasa en mi corazón. Que atestigüe si no es cierto que amo sin comparación más a María, hija de Joaquín, que a mis propios hijos; y que preferiría no haber existido nunca si María, hija de Joaquín, no fuera lo que ella es, la Madre de Dios reina del Universo”*. Y esta fue la respuesta que le dio esta Madre de bondad: *“Hija mía, ten por cierto que María, hija de Joaquín, a quien tanto amas, querrá mil veces más a Brígida, hija de Birger, como Brígida jamás lo haría consigo misma; y que la misma María será un millón de veces mejor para los hijos de Brígida que la misma Brígida, así ella sea para ellos buena madre”*<sup>445</sup>.

---

<sup>445</sup> Revelt.eExtraevang. Ca'. 63



Aprendamos entonces que si amamos a esta Madre de amor, ella nos amará sin parangón más de lo que nos amamos a nosotros mismos; que nuestros intereses le son más queridos que lo que nos son para nosotros mismos. Desprendamos por tanto por entero todo nuestro corazón, nuestros apegos y confianzas de las criaturas, que solo son engaños y mentiras, para darlos totalmente a Jesús y María. Ellos son todo corazón y todo amor para nosotros. La experiencia nos hará ver que Jesús y María nos querrán mejor un millón de veces que cien millones de mundos.

### **Sección III**

#### *Imitación de la caridad de la bienaventurada Virgen*

La suprema devoción consiste, en opinión de san Agustín, en *imitar lo que honramos*. Por tanto, si lo que acabamos de decir respecto del amor y de la caridad incomparables que arden en el Corazón maternal de nuestra divina Madre ha encendido en tu corazón devoción a su amor y caridad admirables, entra en gran deseo de imprimir su imagen en tu alma mediante cuidadosa y fiel imitación.

En primer lugar ten cuidado de desterrar completamente de tu espíritu y de tu corazón, de tus labios y tus oídos, de tus manos y de todas las facultades de tu alma y de tu



cuerpo cuanto es contrario a la santa caridad. No te permitas juzgar ni condenar a nadie. No abrigues en ti ninguna animosidad, ni aversión, ni frialdad respecto de tu prójimo. Cuando percibas en ti algo de esto, de inmediato renuncia prontamente y formula en tu interior actos de caridad opuestos a esto. Cuídate del impulso de decir palabras ásperas o agrias, sarcásticas o injuriosas. Detesta la maledicencia y haz que no vayas nunca a decir algo desventajoso para tu prójimo y cierra tus oídos a todo o que pueda herir la caridad. Da orden a tu alma de mortificar la pasión de la cólera; que jamás tenga que ver contigo. No te embarques jamás en discusiones u debates sino renuncia gustosamente a tu sentir para ceder al de los demás.

Sobre todo ten horror del detestable pecado de Lucifer y de Caín que es la maldita envidia. Cuando te sientas atacado por él humíllate mucho y muérete de vergüenza al saberte en compañía de los cainistas. Renuncia fuertemente a ese sentimiento pernicioso; regocíjate de todo lo bueno que Dios da a los demás tanto en lo material como en lo espiritual; da gracias a la divina bondad por ello y ruégale que lo aumente de más en más.

No te contentes con no hacer mal al prójimo. La caridad te obliga a hacerle todo el bien que te sea posible. Incluso el Señor te pide amarlo como a él te ha amado, y a procurarle todo el bien que puedas. Esmérate por hacerlo no para tu



propia complacencia ni por tu interés ni por intención de recibir recompensa sino solo por agradar a Dios.

Soporta con paciencia y bondad los defectos del prójimo en cuanto puedas sin herir la caridad. Responde sin impaciencia cuando te hable con dureza. Esfuérzate por contentarlo en cuanto sea razonablemente posible. Moléstate para no molestarlo y prívate de algo para que esté contento.

Pon bien dentro de tu corazón el mandato del Señor: *Amen a sus enemigos; hagan el bien a quienes los odian; oren por los que los calumnian y persiguen; bendigan a quienes los maldigan para que sea hijos del Padre celestial que hace salir su sol para los malos y también para los buenos* (Mt 5, 44-45). Traten de imitarlo con todo el corazón en la bondad, benignidad, paciencia y mansedumbre con que obra de continuo con ustedes.

Entre todas las obras de caridad da preferencia a las que pueden contribuir a la salvación de las almas. Empléate, en cuanto puedas, en enseñar a los que ignoran lo necesario para la salvación, en aconsejar a quienes lo necesitan en lo que respecta a sus alma, en corregir y amonestar con caritativa bondad a los que ofenden a Dios, y en procurar por todos los medios la conversión de los pecadores, por tu testimonio, tus oraciones y enseñanzas.



¡Oh Madre de amor, haz que participemos de tu gran caridad y alcánzanos de tu Hijo amadísimo la gracia de practicar todo esto por su amor y para su gloria.

**CAPÍTULO V**  
***Abismo de humildad,***  
***quinta excelencia del santísimo Corazón***  
***de la bienaventurada Virgen***

A este abismo pueden aplicarse estas palabras del Espíritu Santo: *Un abismo llama a otro abismo* (Sal 42, 8). ¿Qué significa? El Espíritu Santo nos pone ante la vista dos abismos.

El primero es el corazón humilde que se hunde en el abismo de su nada por humildad profunda. Ella lo encierra en ese abismo y no le permite ver en sí mismo nada más que su propia nada, y le hace amar la bajeza y abyección de su nada.

El segundo abismo es un abismo de gracias y bendiciones celestiales que siguen y acompañan por doquier el corazón de veras humilde.

El primer abismo llama al segundo pues la oración de un corazón humilde es tan poderosa ante Dios que siempre es escuchada pues la divina bondad nada le puede rehusar. Es



abismo que invoca, que llama, que atrae hacia sí todas las gracias del cielo. Dios las derrama en él a mano llena y sin reservas. Siendo la humildad la Guardiana de todas las demás gracias y virtudes ellas están seguras donde ella está según el decir de san Basilio: *La humildad es el tesoro de todas las virtudes*<sup>446</sup> que no corre ningún riesgo de ser robado.

Esto pasa en la profundísima humildad del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen. No cesó desde el primer momento de su vida hasta el último de llamar y atraer hacia ella gracias y más gracias, perfecciones y más perfecciones, santidades y más santidades hasta conducirla a la mayor altura posible de la gracia y santidad que haya habido o que jamás exista. Así lo expresa san Bernardo: *Con todo derecho, la que es la primera de todas las criaturas sea honrada como la más digna y la más santa pues se miraba y se trataba por su humildad como si fuera la última*<sup>447</sup>.

¿Quieres conocer los efectos admirables de esta prodigiosa humildad en el Corazón de la reina de los humildes? Obsérvala en todo el curso de su vida y verás que así como toda la vida de Jesús fue un ejercicio continuo de humildad, toda la vida de la Madre de Jesús fue una práctica perpetua de humildad. La humildad se hizo la virtud propia y particular de nuestro Salvador. Nos la

---

<sup>446</sup> *In Constitut. Cap. 12*

<sup>447</sup> Sermón sobre el Signo grande.



predicó incesantemente por su ejemplo y nos la recomendó instantemente con estas palabras: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29). Es la proclamación incesante de todos los efectos maravillosos de su humildad. Señalo doce principales.

El primero, el anonadamiento en el cual se abismó ante Dios desde el primer momento de su vida para adorarlo como a su Creador y su soberano Señor. Santa Matilde, luego de haber orado al Señor que le diera a conocer cuál había sido la primera virtud que ella había practicado en el comienzo de su vida, le respondió que la humildad, y la obediencia, y el amor de Dios. Que jamás se había antepuesto a nadie y que había manifestado tanto respeto y obediencia a sus padres que jamás los había contristado ni en lo más mínimo. Que habiendo sido colmada del Espíritu Santo desde el vientre materno tenía gran inclinación a todo lo que agrada a Dios; que gustaba como especial satisfacción amarlo con la práctica de todas las virtudes<sup>448</sup>. Y san Buenaventura anota que fue revelado a santa Isabel que esta misma Virgen sacratísima pedía todos los días a Dios, con gran insistencia, que le diera todas las virtudes pero en especial la humildad<sup>449</sup>.

El segundo efecto de la humildad del santísimo Corazón de la gloriosa Virgen es la turbación que ella experimentó

---

<sup>448</sup> *Lib. Spec. grati. I, cap. 29*

<sup>449</sup> *Medit. Vitae Christi, cap. 3*



cuando escuchó el saludo del ángel. ¿Qué originaba esta turbación? ¿Sería la vista del ángel? No, dice el doctor Angélico, pues estaba acostumbrada a la presencia de los ángeles que la visitaban a menudo. Además el evangelio no dice que la perturbara el aspecto del ángel sino sus palabras: *Se turbó al oír estas palabras* (Lc 1, 29), cuando la saludó como llena de gracia, como la que tenía al Señor con ella de manera especial y como la bendita entre todas las mujeres. Ahí estuvo la causa de la turbación en su Corazón, lleno de humildad que no podía escuchar cosas tan ventajosas para ella. San Gregorio de Nisa afirma, en la vida de san Efrén, que no podía soportar algo que redundara en alabanza suya, sin gemir, sin suspirar, sin derramar lágrimas, sin testimoniar la turbación y el dolor que sentía en su corazón. ¿Qué pensar entonces de la bienaventurada Virgen, que era sin comparación más humilde y más enemiga de las alabanzas que san Efrén y que todos los santos del paraíso?

El tercer efecto de la humildad del sagrado Corazón de la Madre de Dios es que luego de escuchar al embajador san Gabriel que le anunciaba que Dios la había escogido para ser la Madre de su Hijo y por consiguiente reina de los ángeles y de los hombres, y Señora soberana del universo, ella respondió: *Soy la esclava del Señor; que se cumpla en mí tu palabra* (Lc 1, 38). A esto clama san Buenaventura:



*¡Oh profunda y maravillosa humildad de María! Un ángel la saluda, la llama llena de gracia y le promete que el Espíritu Santo vendrá sobre ella: María es hecha Madre de Dios; es elevada por encima todas las criaturas; es constituida Señora y Soberana del cielo y de la tierra. Pero todo eso no le infunde ninguna vanidad de espíritu sino que se humilla profundamente y dice: Soy la esclava del Señor<sup>450</sup>.*

Qué humildad es esta, dice san Bernardo<sup>451</sup>: permanece firme e inmovible en medio de los mayores honores. María es escogida para ser Madre de Dios y se atribuye la calidad de esclava. Es elevada a la altísima dignidad de Madre del soberano Monarca del universo y se da el nombre y el oficio de esclava. ¡Oh humildad muy sublime! ¡Qué incomparable virtud! ¡La perfección más sublime! ¡La fuente inagotable de toda clase de bienes! No es gran cosa ser humilde en la abyección, pero serlo en medio de los honores, es grande y rarísima virtud.

El cuarto efecto de la humildad del dignísimo Corazón de esta divina Virgen consiste en que luego de concebir al Hijo único de Dios en sus benditas entrañas, no manifiesta a nadie, ni siquiera a su esposo san José este misterio, que la ensalza tan alto y le da puesto por encima de los serafines. De haber sido hecha Madre de Dios y por consiguiente tener todo el mundo a sus pies, nada dijo a alguien. Si santa

---

<sup>450</sup> *In speculo B.M.V. cap. 4*

<sup>451</sup> *Homilia 4 sobre Missus est.*



Isabel no lo hubiera conocido por revelación del Espíritu Santo no se hubiera sabido. Sobre este prodigioso silencio, santo Tomás de Villanueva, presa de emoción, dice: *¡Oh modestia maravillosa, oh humildad sin par! ¿Qué reserva, qué prudencia, qué constancia admirable! ¿Qué diré de ti, Virgen sagrada? Estás constituida Madre de Dios, Señora del universo, reina del cielo y de la tierra. Es el más grande misterio, incomparable maravilla jamás acontecida, presente por virtud divina en tus benditas entrañas; a nadie lo compartes; nadie lo sabe. Te reservas este gran secreto; permaneces en profundo silencio hasta cuando, estando donde tu prima Isabel, te das cuenta de que Dios ha dado a conocer este milagro de los milagros. Solo entonces rompiste el silencio e hiciste resonar hasta la altura del cielo este divino Cántico para alabanza y gloria de quien es autor de tantas maravillas: Magnificat, engrandece mi alma al Señor (Lc 1, 46).*

El quinto efecto de la humildad del Corazón virginal de la reina de los ángeles es el que practicó en su visita a su prima santa Isabel. ¡Portento admirable! El primer pensamiento que el Hijo de Dios, cautivo en las entrañas de su Madre, inspira a esa divina Madre es un pensamiento de anonadamiento; la primera impresión que dejó en su Corazón es huella de humildad. La inspiró y la impulsó a ponerse en camino para ir a visitar a santa Isabel, de quien



ella más bien debía ser visitada. ¡Maravillosa humildad! La que es mayor se rebaja ante la inferior; y la inferior es preferida a la superior. La majestad de la reina de los cielos, de la Madre de Dios, de la soberana de los ángeles, se rebaja por debajo de quien es sin comparación menos que ella. La Madre del Monarca del universo deja su casa, emprende un camino de tres largas jornadas, por senderos ásperos y difíciles, a pie, por montañas y valles, con mucho trabajo e incomodidades, para ejercer la humildad y la caridad. Como el admirable Niño que lleva tomó forma de servidor y vino a este mundo para servir y no para ser servido (Mt 20, 26), así su humilde Madre no fue a la casa de santa Isabel para ser servida sino para prestar servicios en todo lo que podía. *Hizo, dice san Buenaventura<sup>452</sup>, durante los tres meses que permaneció allí, llena de cariño y humildad, todo que le fue posible, sin prevalerse de que era la Madre de Dios y la reina de todo el mundo.*

El sexto efecto de la humildad del Corazón augusto de la Madre de Dios consiste en su trato con san José a quien consideraba su esposo. *Es algo maravilloso, dice santo Tomás de Villanueva. Es la reina de las Vírgenes, la Señora del mundo, la Madre de Dios, que no desdeña servir a un pobre carpintero, que le ofrece de comer, a quien obedece como a su esposo. Pero lo que más es de admirar es que*

---

<sup>452</sup> *Medit. Vitae christi, cap. 5*



*prefiere sufrir la humillación sin parangón posible antes que hacerle conocer el misterio admirable que Dios ha obrado en ella, y su calidad de Madre de Dios a la cual la elevó. ¡Humildad prodigiosa! No ha tenido ni tendrá nunca otra semejante.*

El séptimo efecto de la humildad del Corazón regio de la Madre del Salvador está en lo vivido durante el nacimiento de su Hijo en la ciudad y en el establo de Belén. Es la soberana Emperatriz que se dirige a esa ciudad para dar nacimiento al Rey de los hombres y de los ángeles, y para entregar un redentor a toda la humanidad. Sin embargo no encuentra lugar para alojarse. Rechazada de todos se ve obligada a retirarse a una cueva que sirve de refugio a los animales. Allí da a luz al Hijo único del Padre eterno, al rey de la gloria, al creador y soberano Señor de todo. Vive estas humillaciones con humildad inconcebible sin quejarse de nadie.

El octavo efecto de la humildad del divino Corazón de la Madre de Dios consiste en haberse sometido a la ley de la Purificación. ¿Qué estás haciendo, Virgen purísima? Esta ley no se hizo para ti pues concebiste a tu divino Hijo por obra del Espíritu Santo y sin menoscabo de tu virginidad. ¿Por qué entonces eres contada en el rango de las demás mujeres que no son como tú madres y vírgenes? ¿Qué necesidad tienes de ser purificada, tú que eres más pura



que el sol y que los ángeles? ¿Qué tienes que hacer en el templo, tú que has dado a luz y llevas en brazos al Señor del templo? Tus entrañas son templo más augusto y más santo que el templo de Jerusalén. ¿Ese niño que alumbraste no es acaso la fuente de toda pureza? ¿Acaso no lo concebiste y dado a luz con pureza y santidad que sobrepasan las de los serafines y querubines? ¿Por qué semejante purificación? Percibo bien la razón. Es que eres Madre de un Hijo que viene al mundo para destruir el orgullo que es la fuente de todos los pecados y para establecer la humildad en nuestros corazones porque sin ella es imposible llegar al cielo. Él imprime en tu Corazón los sentimientos de humildad que hay en el suyo propio, a fin de que se dé perfecta semejanza entre el Hijo y la Madre y que el muy humilde Corazón de Jesús y de María nos proclame de continuo por su ejemplo: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón.*

El noveno efecto de la humildad del bendito Corazón de la Madre del Salvador es el que practicó durante los cuarenta días de penitencia de su Hijo en el desierto. Recuerda, querido lector, que ya dijimos que el amor incomparable de nuestro Salvador a su bienaventurada Madre, con el deseo de que fuera semejante a él, en cuanto posible, la llevó a imprimir en su Corazón una imagen perfecta de todos los estados y misterios de su santísima vida. Lo hizo mientras estaba en el desierto cuando entró en



él cargado con nuestros pecados. Se propuso satisfacer por ellos a la justicia del Padre. Quiso experimentar la humillación y la penitencia por todos los crímenes del universo en conformidad con estas divinas palabras: *Puso en él el Señor la iniquidad de todos nosotros* (Is 53, 6), y por la figura del cabro emisario de que habla el capítulo 16 del Levítico. ¿Dónde estaba en ese momento su divina Madre, qué hacía? No sabemos el lugar donde estaba pero podemos decir que estaba en un estado conforme al de su Hijo. Estaba con él en penitencia y humillación, no tanto exterior como la de su Hijo sino interior, y de manera que la tierra no es digna de conocer, pero que el cielo nos manifestará a fin de que podamos bendecir y alabar eternamente a Jesús y María por todo lo que hicieron y sufrieron en este mundo por nuestra causa.

El décimo efecto de la humildad del muy bueno Corazón de la Bienaventurada Virgen es el que desempeñó cuando las bodas de Caná en Galilea. Allí obtuvo de su Hijo amadísimo el milagro de cambiar el agua en vino. ¿De qué manera lo hace? ¿Usó de su autoridad de Madre que tenía sobre él? De ninguna manera. ¿Usando de oraciones urgentes y reiteradas para que hiciera aparecer el poder que tenía ante él por ser su Madre? De ningún modo. Incluso no se atreve a rogarle. Se contenta con presentarle, con gran humildad y modestia la necesidad y urgencia de la



apremiante falta de vino. Sin embargo dejaba plenamente a su divina voluntad que dispusiera según le pareciera.

Escuchemos al respecto a san Bernardo: *Aprende de la Madre de Dios la práctica de la modestia y a reprimir toda presunción. No habla a su Hijo con rostro adusto y elevando la voz. No le dice en público: Hijo mío, se acabó el vino; qué vergüenza para los esposos de estas nupcias. Se nota en todos la tristeza. Manifiesta el poder que tienes. Nada de eso dice. Solo musita tres palabras: No tienen vino. ¿Hay algo más humilde? ¿Más modesto?*<sup>453</sup>.

El undécimo efecto de la humildad del sagrado Corazón de la Madre de Jesús se dio cuando sufrió con su muy amado Hijo todos los desprecios e injurias que padeció durante el tiempo de sus predicaciones, de parte de infelices judíos, que lo llenaban de oprobios y afrentas de mil maneras, que querían atarlo como a un demente; que recogían piedras para lapidarlo; que querían derrumbarlo y aplastarlo, tirándolo desde una montaña alta; igualmente cuando sufrió con ese mismo Hijo humillaciones e ignominias en su pasión, cuando fue tratado como un bandido, esposado y atado como un ladrón, despedazado a fuerza de azotes, coronado de espinas, pospuesto a Barrabás, y clavado en un patíbulo entre dos ladrones. ¡Sí, amado Jesús, tu amada Madre soportó contigo todas esas

---

<sup>453</sup> De gradibus humilitatis, cap. 22



afrentas y humillaciones. Como tu gloria es su gloria, también todas tus ignominias son también tuyas. Las sobrellevó con humildad y paciencia. Jamás abrió su boca para quejarse ni ante Dios ni ante los hombres. ¡Oh prodigiosa humildad! ¡Oh humildísima María, ruega a tu querido Hijo que nos conceda la gracia de aprender de él y de ti a sufrir con paciencia y humildad las injusticias y desprecios que nos lleguen, sin quejarnos nunca.

El duodécimo efecto de la humildad del sagrado Corazón de la Madre del Redentor está consignado en el capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles. Se nos recuerda allí que luego de la ascensión del Hijo de Dios, san Pedro, san Juan y los demás apóstoles se retiraron al Cenáculo de Sion. Que allí permanecieron hasta la venida del Espíritu Santo entregados comunitariamente a la oración con las santas mujeres y con María la Madre de Jesús, nombrada en último lugar, no solo después de los santos apóstoles sino incluso después de la pecadora de la que Nuestro Señor había arrojado siete demonios. ¿Por qué la que es primera en dignidad, en méritos y en santidad se menciona en último lugar? Su profunda humildad la lleva a pedir a su secretario, san Lucas, que la mencione en el último puesto. Era el sentimiento que tenía de sí misma pues se miraba y se trataba como la menor y la más indigna de todas las criaturas. ¡Oh humildad que jamás tuvo semejante ni lo



tendrá nunca! La reina del cielo y de la tierra, la Madre del Rey de los reyes, la que cuenta catorce reyes en su genealogía, se considera y quiere ser considerada como si nada valiera.

Estos son los doce efectos de la humildad del Corazón incomparable de la Madre de Dios. Pero no es todo. Cuenta, si lo puedes, todos los momentos de su vida y habrás contado los actos y los efectos de su humildad. Toda su vida fue ejercicio continuo de esta virtud. Sin ella todas las demás no podrían ser del agrado de Dios. Dice san Bernardo<sup>454</sup>: *“Sin la humildad, me atrevo a decir, la virginidad misma de María no hubiera sido agradable a Dios. Si la humildad fue de sus complacencias, lo fue por mérito de su humildad”*. Esta virtud la eleva a la dignidad de Madre de Dios. Escucha a san Agustín<sup>455</sup>: *“Oh dichosa humildad que dio a luz a un Dios para los hombres. Que dio vida a los mortales. Que ha renovado los cielos. Que ha purificado al mundo. Que ha abierto el paraíso. Que dio libertad a las almas de los hombres. Oh humildad dichosa de María que es la puerta de la Jerusalén celestial. Escala del cielo por la que Dios bajó a la tierra”*.

Oigamos a bienaventurada Virgen que habla a santa Brígida: *“Ven, amada hija, ven a ocultarte bajo el manto de mi humildad. Es menospreciada por los que aman el mundo*

---

<sup>454</sup> Homilia 1 sobre Missus esr

<sup>455</sup> Sermón 83



*y su práctica les parece amarga. ¿Habrá algo más afrentoso que ser llamada loca y que no nos provoque resentimiento y no despierte en nosotros deseos de devolver injuria por injuria? ¿Hay algo más digno de burlas que el dejar todas las cosas y reducirse al estado de extrema indigencia? ¿Qué hay de más molesto, según el pensar de los que aman el mundo, que sufrir sin réplica las afrentas que se nos hacen y creerse y estimarse la más indigna y despreciable criatura del mundo? Todo esto es mi humildad, mi amada hija. Es mi gozo que nace del gran deseo que tenía de no agradar a nadie más que a mi Hijo. Te digo con toda verdad que mi humildad es preciado manto que calienta al que lo lleva, y que no solo lo lleva de palabra sino de hecho y en obras. Los que no se contentan con pensarlo y considerarlo sino que se esfuerzan por practicarlo en cuanto les es posible. Cuida por tanto, hija mía, en cuanto puedas, de revestirte de esta humildad. Las mujeres del mundo llevan prendas vanas y pomposas que solo sirven para llenar su corazón de soberbia. Tú debes renunciar por completo a esas vanidades del mundo. Si no desprecias el amor del mundo, si no dedicas tu mente a meditar a menudo las misericordias de Dios contigo, y tus ingratitudes con él, y a considerar las ofensas que has cometido contra él y que a diario cometes, y qué castigos has merecido por esta causa, no podrás revestir el manto de la humildad. ¿Por qué me he humillado*



*tanto y por qué razón he merecido tantas gracias sino porque consideraba a menudo y estaba bien persuadida de ello, que no tenía nada, que no era nada por mí misma? Por ese motivo ni quería ni buscaba alabanzas. Me bastaba el Creador, mi único bienhechor. Por consiguiente, hija mía, refúgiate bajo el manto de mi humildad y piensa que eres más pecadora que los demás. Porque si ves algunos que hoy parecen malvados, o que hacen lo que es perverso, no sabes lo que serán mañana, ni sabes con qué intención hacen lo que les ves hacer, si por debilidad o por intención deliberada. Por tanto jamás te prefieras a nadie ni juzgues a nadie en tu corazón”<sup>456</sup>.*

Estas son las bellas y santas instrucciones que la bienaventurada Virgen dio a santa Brígida. Hagámoslas nuestras y roguémosle que nos alcance de su Hijo las gracias de llevarlas a la práctica.

Te ofrezco además lo que ella dijo a otra santa, según relata san Buenaventura<sup>457</sup>. *“Cuando mis padres me dejaron en el templo tomé fuerte resolución de mirar y honrar a Dios como a mi Padre, y de pensar a menudo que podría hacer lo que fuera de su agrado. Me levantaba a medianoche y me dirigía al altar del templo. Allí pedía a Dios con ardentísimo afecto que me diera humildad, paciencia, benignidad, mansedumbre y todas las virtudes por las que yo fuera de su*

---

<sup>456</sup> *Revelationes, lib. 4, cap. 23*

<sup>457</sup> *Meditatio vitae Cristi, cp.3*



*agrado. Le rogué también que me diera a conocer el tiempo en que debía nacer la Virgen muy dichosa que daría a luz a su Hijo. Que me conservara los ojos para poderlo ver, y también mis manos y mis pies para servirlo, y las rodillas a fin de que pudiera adorar a su Hijo en su seno virginal”.*

Quiero terminar este capítulo con las santas palabras del muy piadoso Tomás de Kempis<sup>458</sup>: “¿Quiénes son los que se han anonadado más en la tierra y son los más exaltados en el cielo? ¿No son acaso Jesús y María? Jesús tomó la forma de servidor y María el título de esclava. Todo el universo ha sentido los efectos de su caridad; los ciudadanos del cielo proclaman y alaban su dignidad y todos los ejércitos de los ángeles los adoran. ¡Oh, ojalá se nos diera la felicidad de ser asociados a sus bienhadadas tropas y unir nuestros corazones y voces con las suyas en las alabanzas del amadísimo nombre de Jesús y del dulcísimo nombre de María! Es bueno y venturoso servir a quienes nos han servido con tanta fidelidad y humildad. Hijos de los hombres, sirvan de todo su corazón al Señor Jesús que se dignó hacerse su servidor y servirlos con tanto amor”. Y sirvan a la santísima Madre de Dios que les dio tan bellos ejemplos de la humildad con la que deben servir al Creador y a las criaturas.

---

<sup>458</sup> 3 q. serm. 3



## Sección única

### *Prácticas de humildad*

El santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen es grande y poderoso predicador que nos proclama de continuo, por su maravilloso ejemplo, todas las virtudes cristianas, pero en especial la humildad, que es raíz, guardiana y fundamento de todas las demás. Sin ellas es imposible agradar a Dios y llegar al cielo. No se trata solo de un consejo y de una gran perfección sino de un mandato y una obligación pues Nuestro Señor pronuncia este decreto formidable cuando dice a sus apóstoles: *Les digo con toda verdad que si no se convierten y si no se hacen pequeños, es decir humildes, como niños no podrán entrar en el reino de los cielos* (Mt 18, 3). Debemos por tanto esforzarnos por adquirir esa virtud. Para ello reconozcamos primeramente la necesidad infinita que tenemos de ella y que es imposible tenerla por nosotros mismos, sin la gracia de Dios. Pidamos pues a menudo e instantemente a nuestro Salvador y roguemos a su santísima Madre que nos la alcancen. Concibamos ardiente deseo y tomemos decidida resolución de emplear todos los medios que nos puedan conducir a este fin. Señalo tres muy útiles.



Adora a menudo a Nuestro Señor en su humildad y en sus humillaciones. Agradécele y entrégate a él para seguirlo e imitarlo en esta virtud.

Considera y honra la humildad de la bienaventurada Virgen y la de todos los santos y confúndete a la vista de tu soberbia. Así te animarás a imitarlos. Implora la ayuda de todos ellos con este fin.

Examínate mucho a fin de conocer tus defectos particulares y para humillarte por ellos.

Guárdate bien de preferirte a nadie sino rebájate ante todos.

Teme la estima y las alabanzas de los hombres como veneno para la humildad; ama los menosprecios, abyecciones y humillaciones como verdadero alimento de esta virtud y como medios excelentes para adquirirla.

Destierra de tu corazón y de tu espíritu la pasión y el deseo de cualidades y condiciones llamativas.

Considera que el rey del cielo quiso ser tratado en la tierra como el *último d todos los hombres* (Is 53, 3) y llevar el nombre y la calidad de siervo. Debemos entonces poner nuestra gloria en ocupar por doquier el último lugar así como nos lo ha enseñado cuando dijo: *Siéntate en el último lugar* (Lc 14, 10).

Evita empecinarte en tu propio sentir y no te embarques en contiendas y debates de palabras, que de ordinario son



efecto de nuestra soberbia: *Nada por ambición o vanagloria* (Fp 2, 3).

Acepta las advertencias y correcciones con espíritu de humildad, sumisión y acción de gracias. Toma el partido de Dios en la persona del que te hace la corrección, para acusarte y condenarte, y no el partido del amor propio y del orgullo para excusarte y justificarte.

Considera cuidadosamente que de nosotros mismos solo tenemos ignorancia, tinieblas, ceguera, debilidad, fragilidad, incapacidad e indignidad para todo bien; y disposición e inclinación para todo mal, pecado, perdición; que caemos en el abismo de toda suerte de miserias. Por consiguiente que tenemos necesidad infinita e indecible de ser iluminados y conducidos por la gracia y el socorro divinos en todo acto y ocasión. Sin ellos nada podemos sino precipitarnos en un abismo de infinidad de desdichas. Por eso debemos estar muy atentos para no apoyarnos por poco que sea ni confiar de ningún modo ni en nuestro espíritu, ni en nuestros pensamientos, luces, ciencia o conocimientos; ni sobre nuestra experiencia ni en nuestras resoluciones y buenas voluntades; ni en nuestras fuerzas y nuestro trabajo o habilidad, ni en ninguna cosa que haya en nosotros o fuera de nosotros, ni en ninguna criatura del mundo, por poderosa, buena y aplomada que parezca. Apoyémonos del todo y confiemos totalmente en la bondad



infinita de nuestro Salvador y en la caridad increíble de su santísima Madre.

No desees aparecer ni hacer cosa alguna que tienda a ello; desea en cambio verte anonadado en el espíritu del mundo según esta divina enseñanza: *Gusta de ser ignorado y tenido por nada.*

Al comienzo y al final de todas nuestras acciones humillémonos a la vista de nuestra indignidad e incapacidad, y por las faltas innumerables que hayamos hecho según esta advertencia del cielo: *Humíllate en todo y encontrarás gracia ante Dios porque es honrado por los humildes* (Sirá 3, 20).

No aceptes nunca alabanzas de los hombres. Dirígelas de inmediato a Dios: *Solo a Dios honor y gloria* (1 Tm 1, 17). Por tu parte, abísmate en tu nada.

Apenas adviertas en ti algún pensamiento de vanagloria o estima, tómallo como ocasión de ruborizarte a la vista de tu orgullo y llama en tu socorro al rey de los humildes.

No repares en las faltas e imperfecciones de los demás; mira más bien las tuyas.

Cuando veas o escuches hablar de las faltas del prójimo, humíllate a la vista de esta verdad: que no se comete ningún crimen en el mundo que no seamos capaces de hacerlo, si Dios no nos preserva, y di con san Agustín: *Señor, que te vea en todo lo bueno: que me vea en todo lo malo.*



Sé fácil para reconocer tus faltas cuando seas advertido de ellas, aunque tú no las veas. Atribúyelo a tu ceguera y a tu orgullo que te las esconde. Ama ser corregido no solo por los superiores sino por quien quiera sea. No te excuses. Ponte de parte de quienes te advierten o reprenden.

Cuando alguien presente una queja contra nosotros o que hemos tenido alguna diferencia o choque contra otros, en lugar de justificarnos o acusarlos, tomemos el partido de la humildad y de la caridad en contra nuestra para reprocharnos y confesar nuestro error.

Sobre todo pongámonos de parte de Dios contra nosotros en la confesión sacramental. No acudamos a ella sino para acusarnos, condenarnos y avergonzarnos ante la divina Majestad, y para tratarnos como criminales que han merecido la vergüenza eterna del infierno.

Recibamos las humillaciones y tribulaciones no como pruebas enviadas por Dios para ejercitarnos y santificarnos sino como escarmientos que su justicia nos da tanto para castigar nuestras pecados como para abatir nuestro orgullo.

No dáselas nunca de maestros, ni de eruditos ni de entendidos sobre todo lo que atañe a Dios.

No hablar de nosotros ni de nuestros actos, sea en bien sea en mal; ni de nuestros familiares, ni de nada que nos pertenezca si el interés de Dios o la caridad del prójimo no nos obliga a ello.



No controlar el obrar del prójimo, ni decir nada desventajoso de alguien sino aprobar y alabar el bien dondequiera se encuentre.

Regocijarnos humildemente si se desaprueba lo hacemos y desaprobarlo en ocasiones ante los demás.

Amar y apropiarse de corazón la abyección y la humillación provenientes de nuestras faltas que debiéramos detestar.

No perturbarnos ni desalentarnos por nuestras faltas. El desánimo proviene a menudo de nuestra soberbia. Tratar más bien de recuperar, mediante un espíritu contrito y humillado, lo que perdimos por nuestra dejadez e infidelidad.

Huir como de ponzoña de la humildad, el hablar altanero y airoso propio de la galantería; el hablar demasiado grave y magistral; el hablar exquisito y refinado; el hablar que te atraiga renombre de hombre santo y sabio, o de cortesano, o de buena cuna, o que ha sido honrado en el mundo, lenguajes empleados en asuntos de importancia; familiar de los magnates, propio de la gente de bien o dotado de algún provecho.

No menospreciar ni causar tristeza a alguien, por pequeño o plebeyo que sea, ni de hecho ni de palabra ni de otra manera.



Si hemos hecho bien a alguien no esperar recompensa similar, ni que nos testimonie gratitud, sino pensar que nos debemos todo a todos y que nadie nos debe algo.

No abrir la boca para quejarnos de los males que nos llegan, o del maltrato que recibimos; consideremos que hemos merecido el mal que nos llega, o que se nos hace, y aún más.

Creer firmemente que el peor consejero que tenemos somos nosotros mismos. Tener como sospechosos nuestros pareceres y sentimientos; temamos más nuestro propio espíritu que los espíritus malignos del infierno. Por ello seamos fáciles para preferir los pareceres y sentimientos ajenos a los nuestros.

Finalmente, la cima de la perfecta humildad está en la absoluta dependencia y entera sumisión de cuanto somos a la santa voluntad de Dios y de nuestros superior; en amar cordialmente la abyección y desprecio de nosotros mismos, no desprecio rebuscado sino abandono a Dios en total indiferencia a ser amados o no, a ser honrados o menospreciados, o a que gocemos de buena o mala fama.

¡Oh reina de los humildes, ves cómo estamos de alejados de la verdadera y perfecta humildad! Ruega a tu Hijo amadísimo que perdone todas las faltas que hemos cometido contra ella; ofrécele tu corazón humildísimo como suplemento y reparación de nuestras faltas; y alcánzanos de



su bondad las gracias de que hemos menester para comenzar a imitar cuidadosa y fielmente la santísima humildad del amabilísimo Corazón de Jesús y María.

**CAPÍTULO VI**  
***Trono de la misericordia,***  
***sexta excelencia del santísimo Corazón***  
***de la bienaventurada Virgen***

En el Padre eterno adoramos dos grandes e inefables perfecciones. Le son infinitamente preciosas y gloriosas y serán por siempre el objeto de nuevas adoraciones y alabanzas en el cielo. La primera es su divina Paternidad. Por ella es el Padre de su Hijo amadísimo como también de todos los miembros de ese mismo Hijo. Ella no da un derecho infinitamente honorable y provechoso como es el poder llamarlo Padre nuestro y repetirle estas palabras llenas de consuelo indecible: *Padre nuestro que estás en el cielo*. La segunda perfección de este muy bueno y amabilísimo Padre es la que él mismo toma de las Sagradas Escrituras al hacerse llamar *Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo* (2 Cor 1, 3). Nos quiere manifestar que él lleva en su Corazón todas nuestras angustias; que lo conmueven vivamente según estás divinas palabras: *afectado de dolor en lo íntimo del corazón* (Gn 6, 6); que si



fuera capaz de sufrir padecería por ello dolores incomprensibles; y que tiene deseos infinitos de liberarnos y de hacernos partícipes de sus felicidades eternas.

Como comunicó la primera de estas dos adorables perfecciones a la bienaventurada Virgen al hacerla Madre de su Hijo Jesús y por ende de todos los miembros de su amadísimo Hijo, la hizo igualmente partícipe de la segunda al darle, por boca de su Iglesia, el nombre y la calidad de *Madre de misericordia y consoladora de los afligidos*. Así puede ella llevar también nuestras aflicciones en su Corazón y sea por tanto nuestro consuelo en la desolación. Su muy benigno Padre dijo un día estas palabras a santa Catalina de Siena como se lee en su vida, escrita por su confesor, el beato Raimundo, aprobada por varios doctores muy conocidos: *“Mi divina bondad dio a María, Madre de mi Hijo, por haberse encarnado en ella, el privilegio de que quien quiera, por gran pecador que sea, recurra a ella con devoción no caerá en la posesión eterna del demonio, pues la escogí, la preparé y la puse en el mundo para atraer a mí a los pecadores por este medio”*. Por ello Ricardo de San Lorenzo la llama *tesoro de las misericordias de Dios*, y san Cirilo de Jerusalén *tesoro de misericordia incomparable*<sup>459</sup>.

Puede decirse entonces, muy en verdad, que el Corazón muy benigno de esa bienaventurada Virgen es el trono de la

---

<sup>459</sup> *Sermón de la V. María*



misericordia. Como los efectos de la misericordia de Dios sobresalen por encima de todas sus otras obras, también la misericordia de la Madre de Dios estableció su trono en su Corazón virginal para reinar en él con mayor resplandor que todas las otras virtudes.

Dije ya bastante en este escrito, y no voy a repetirlo, sobre las misericordias incomparables de esta Madre de bondad. Pero además de los santos Padres que cité anteriormente me propongo presentar a varios que han hablado al respecto de forma muy consoladora para todos los que gimen en las miserias de esta vida.

## **Sección I**

### *San Ireneo*

Este gran santo del siglo segundo, al hablar de la bienaventurada Virgen, encierra en pocas palabras grandes enseñanzas. Dice que es *causa y origen de la salvación de todo el género humano*<sup>460</sup>. Si es causa de la salvación de todo el género humano se sigue que es el principio, después de Dios, de todas las gracias que la divina bondad ha dado a todos los hombres para obrar su salvación, y que así la misericordia de su Corazón se extiende por todo el universo y sobre todos los hijos de Adán.

---

<sup>460</sup> Lib. 3, cap. 38



## Sección II

### *San Efrén*

Este sabio y muy piadoso Padre, uno de los primeros y los más santos oráculos de la Iglesia, animado del mismo espíritu de san Ireneo, se dirige a esta Madre de misericordia<sup>461</sup> y le dice: *“Tú eres la única abogada y el poderoso auxilio de todos los pecadores y de todos los que no tienen apoyo de nadie, Tú eres el puerto seguro de los que naufragan. Tú eres el consuelo de todo el mundo. Tú eres la Madre de los huérfanos. Tú eres la redención de los cautivos. Tu eres el gozo de los enfermos y la salvación de todos”*.

## Sección III

### *San Bernardo*

Hemos escuchado ya, varias veces, a este muy amado del Corazón de la Madre de amor y de sus grandes misericordias. Añade ahora lo que antes no había dicho<sup>462</sup>: *“La causa de que muchos no se conviertan a Dios estriba en se figuran un Dios lleno de rigor y severidad, que sin*

---

<sup>461</sup> *De laudibus Virginis*

<sup>462</sup> *Serm. De Aquaeductu, seu de Nativit. B. M.*



*embargo no tiene sino bondad y benignidad. Un Dios terrible e implacable que por el contrario es todo amor y misericordia. Gente de poca fe, ¿por qué temen que no quiera perdonar sus pecados si los ha clavado con sus manos en la cruz? ¿Por qué tienen temor de presentarse ante él? Él es hermano y carne de ustedes. María se lo dio como su hermano. Es posible que su divina Majestad los amedrente, pues a pesar de ser hombre sigue siendo Dios. ¿Quieren tener un abogado ante él? Recurran a María. Ella encuentra siempre gracia ante él”.*

Son sus palabras. Pero tiene otras con las que se dirige a la Madre de bondad<sup>463</sup>: *“Todos somos pecadores. Nos estremecemos de pavor ante el rostro temible del soberano juez. Su mano terrible, armada de la espada de su ira, se cierne sobre nuestras cabezas para exterminarnos. ¿Quién la puede desviar? No existe nadie capaz de hacerlo sino tú, la muy amada de Dios. Eres la primera por quien hemos recibido en la tierra la misericordia de su divina Majestad. Eres tú, oh Señora, ante quien vertemos las lágrimas de nuestros ojos. Hacia ti gritamos desde lo profundo de nuestros corazones suplicando que apagues la ira de tu Hijo, que hemos encendido con nuestros pecados y volvamos a encontrar su gracia. Mira, Señora compasiva, contempla las llagas de nuestras almas que exponemos confiados ante los*

---

<sup>463</sup> In Deprecatione ad B.V. M.



*ojos de tu misericordia. Rendimos homenaje a tu dignidad incomparable y tu maternidad admirable. Pasaste por este mundo lleno de veneno y corrupción sin haberte manchado con ningún pecado. Por el contrario estás adornada de santidad tan maravillosa que eres la única que te has acercado muy cerca del trono del rey eterno. Sin embargo, no desdeñas ni miras con horror a ningún pecador si suspira por ti y si con corazón penitente implora tu socorro. Tu mano muy benigna lo retira del abismo de la desesperanza y empleas todos los medios para reconciliarlo con su juez”.*

Finalmente, este gran santo dice osadamente que está de acuerdo en que *no se hable jamás de la misericordia de la Madre de gracia si se llega a encontrar a alguien que haya quedado defraudado cuando la invoca en su necesidad*<sup>464</sup>.

## **Sección IV**

### *San Buenaventura*

Estas son palabras de este gran santo. Las dirige a la bienaventurada Virgen, y están muy de acuerdo con las que escuchamos de san Bernardo. *El Señor es el Dios que castiga pero por ti, oh Madre de misericordia, se convierte en el Señor de misericordia para nosotros*<sup>465</sup>.

---

<sup>464</sup> *Sermón de la Asunción*

<sup>465</sup> In Psalt. Virginis, ps.93



Todavía escuchemos a san Buenaventura. Alude a las estas palabras del profeta Isaías: *Este es mi Dios, mi salvador, confío y no temo* (Is 12, 2). Dice así: *“En cuanto a mí, para encontrar alivio a mis miserias, acudiré a la Madre de misericordia y clamaré desde los más profundo de mi corazón: Te alabaré, Soberana mía, pues me has reconciliado con mi Señor. Me has llenado de consuelo pues eres la fuente de mi salvación después de Dios. Caminaré confiadamente y no volveré a temer, pues él es mi Dios, mi salvador, confío y no temo. Sacaré gozoso las aguas de la gracia en las fuentes de la Madre de misericordia e invocaré siempre su santo NOMBRE. Que todo el género humano se regocije y dé gracias a Dios por haberle dado tal mediadora”*.

No nos cansemos de escuchar hablar a este doctor seráfico, escuchémoslo una vez más y digamos con él a la Madre de la gracia: *“Bajo tu estandarte y guiados por ti, reina mía, quiero batallar en adelante; quero someterme totalmente a tu poder a fin de que me gobiernes y dirijas por entero como bien te plazca. No me abandones porque no tengo mayor enemigo que yo mismo y soy capaz de destruir todo lo que tu Hijo quiere darme. ¿Cómo será, oh Madre de Dios, que no puedes tener el ánimo de dirigir y gobernar a un hombre mezquino como yo, que de pies a cabeza está lleno de miseria y podredumbre? Tú lo sabes hacer, reina*



*bondadosísima, pues eres la reina de misericordia y soy el más desdichado de los pecadores y por tanto el primero de tus súbditos. ¿Cómo, pues, no vas a ejercer en mí los efectos de tu compasión? Soberana mía, eres de verdad la reina de misericordia porque en esta vida, no hay nadie, por miserable y desesperado que esté, al que no llegue la salvación si se acoge a tu amparo”.*

Estas son las palabras de san Buenaventura. A ellas podemos añadir: Dirígenos, reina de misericordia. Gobiérnanos, Virgen compasiva. Alcánzanos, o tierna Madre de Dios, el perdón. Sávanos, Madre nuestra benignísima, para que podamos cantar eternamente tus misericordias.

## **Sección V**

*Ricardo de San Víctor*<sup>466</sup>

*¿Quieres saber las razones por las que la santísima Virgen fue escogida por el Padre eterno para ser la Madre de su Hijo? Te da la respuesta este santo doctor: María fue hecha Madre de Dios para ejercer la misericordia. No dudo de que ella no deja de ejercerla de continuo ante el Padre y ante el Hijo, particularmente con las almas que se presentan*

---

<sup>466</sup> Es teólogo escocés. Estudió en París donde se hizo canónigo regular en la abadía de San Víctor Murió en 1173.



*ante el tribunal de este juez temible, para recibir su último juicio”<sup>467</sup>.*

## **Sección VI**

### *San Antonino*

Dice este gran santo<sup>468</sup>: *“Si bien el amor de un padre a su hijo es fuerte y sólido, el amor de la madre es más tierno y afectuoso. De donde se sigue que un niño recurre a su madre más bien que a su padre para obtener lo que desea. ¡Oh, qué amor! ¡Oh, qué ternura! Cuántos cuidados tiene con nosotros nuestra muy buena Madre, la bienaventurada Virgen, así como con todo lo que nos atañe. Abre a todos el seno de su misericordia y no existe quien no haya experimentado los efectos de su bondad”.*

## **Sección VII**

### *Alberto el Grande*

Estas son las palabras de este santo doctor<sup>469</sup>: *“Lo que es causa de una causa es causa de los efectos que proceden de esta causa. Pues bien, la bienaventurada Virgen es la causa y el principio de su Hijo, y ese Hijo es la causa y el principio de todo bien y de toda misericordia. Por consiguiente, la*

---

<sup>467</sup> *In Cant. cap. 39.*

<sup>468</sup> *Summa*, part.4; título 15, cap. 2

<sup>469</sup> *Tract. Super Missus est, quaest. 75*



*bienaventurada Virgen es causa y fuente de toda misericordia. Nuestro Salvador, por ser Dios y hombre, nacido de Dios y del hombre, todas las operaciones que le son propias en virtud de su naturaleza divina, son atribuidas a su divino Padre; y todas las operaciones que le son propias, por razón de su naturaleza humana, se atribuyen a su santísima Madre. Por eso el don que nos ha hecho de su naturaleza humana, que es el más admirable efecto de su misericordia, debe ser atribuido a la bienaventurada Virgen. Por ende, todas las gracias y misericordias que hemos recibido del Hijo de María, las debemos a la bienaventurada Madre de quien las recibimos después de él pues nos lo dio y al dárnoslo nos lo ha dado todo. Por eso es llamada Madre de misericordia, mejor que Madre de poder, de justicia o de sabiduría pues al ser Madre del Hijo único de Dios, que nace de su Padre como su verdadera sabiduría, nace de su Madre por nosotros como nuestra misericordia. En ella resplandece esta misericordia como la obra de nuestra redención. Es la oración que le dirige el profeta cuando le dice: Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Lo dice san Agustín de este modo: Danos a tu Hijo Jesús pues él es tu misericordia". Estos son los sentimientos de este santo doctor.*



## Sección VIII

### *San Germán, arzobispo de Constantinopla*

Este gran santo, al considerar la bondad extraordinaria con la que la santísima Virgen se preocupa de modo muy especial de todas nuestras necesidades le habla en estos términos: *“¿Después de tu Hijo, quién, piadosísima Virgen, toma cuidado como tú de todo el género humano? ¿Quién nos protege y defiende en todas nuestras aflicciones como tú lo haces? ¿Quién nos libera de inmediato como lo haces tú de todas las tentaciones que nos sobrevienen? Quién implora ante Dios por los pecadores con súplicas tan ardientes como las que tú elevas? Tú eres el refugio de los afligidos, el auxilio de los perseguidos, el remedio infalible contra toda suerte de males<sup>470</sup>”*.

## Sección IX

### *Santo Tomás de Villanueva*

#### *Arzobispo de Valencia*

¿Quieres conocer los portentos de misericordia del muy benigno Corazón de la Madre del Salvador con los hombres? Escucha a este santo prelado<sup>471</sup>: *Dos amores*

---

<sup>470</sup> *Orat. De Zona B. Virg.*

<sup>471</sup> Conocido así por su lugar de nacimiento, cerca de Toledo. Agustino. Obispo de Valencia. Murió en 1555, a los 67 años.



*combatían uno contra otro en el Corazón maternal de la gloriosa Virgen. El amor que profesaba a su Hijo Jesús y el amor que tenía al género humano. ¿Cuál de esos dos amores salió victorioso? Su amor al género humano. Era la misma misericordia por nosotros de que rebosaba su corazón. Era la compasión frente a nuestras desdichas que alcanzó la victoria, y de qué manera. Esta Virgen muy sagrada dio su consentimiento a la muerte de su Hijo y ofreció al Padre eterno su preciosa sangre, sus sufrimientos muy dolorosos y su muerte muy cruenta por la salación del mundo.*

De acuerdo con esto, el muy docto y piadoso abad Ruperto nos recuerda a esta Virgen muy caritativa que se expresa así: *Es cierto que yo deseaba ardientemente que mi Hijo no muriera, pero yo anhelaba todavía más la salvación del género humano.*

## **Sección X**

### *El santo abad Blosio*

Este venerable y santo abad dice fuerte y audazmente que la muy tierna María no rehúsa jamás a ninguno de los que se refugian en ella con sus penas y la invocan en sus necesidades. Que acoge y protege con especial ternura y benignidad a cuantos pecadores recurren a ella con



humildad; que los reconcilia con su Hijo; que antes perecerían el cielo y la tierra que ella dejara de prestar su asistencia al que la invoca seriamente<sup>472</sup>.

*“Por ti, reina mía, todo el universo subsiste. La sola memoria de tu nombre, oh María, recrea y regocija a todas las almas fieles. Te saludo, muy benigna Madre de misericordia. Por ti nos son dados el perdón de nuestros pecados y la gracia de tu Hijo. ¿Quién te negará su amor? ¿Quién dejará de honrarte? Tú eres luz clarísima que disipa las tinieblas de nuestro espíritu; tú eres consuelo en nuestras aflicciones, sostén en nuestras angustias, socorro en los peligros, refugio en las tentaciones. Tú eres, después de tu Hijo Jesús, la salvación asegurada de los fieles. Te saludo, María, esperanza de los desesperados y defensa de los abandonados. Tu Hijo te honra tanto que te concede todo lo que tú le pidas y hace cuanto tú quieras”.*

## Sección XI

*Guillermo de Auvergne, obispo de París<sup>473</sup>*

Santo prelado, así llamado por ser de Auvergne. Fue obispo de París, dotado de extraordinaria doctrina y piedad señalada. Habla así de las misericordias del santísimo

---

<sup>472</sup> *Spec. Spirit. Cap. 12*

<sup>473</sup> Nació en Aurillac, vivió como pastor sabio y eximio en el siglo XIII



Corazón de la bienaventurada Virgen. “¿Será en vano y contra la verdad, oh sacratísima Virgen, que toda la Iglesia de los santos te llamen su abogada y el refugio de los desdichados? No, no. Jamás podrá decirse que la Madre de Dios, que dio a luz y dio a todo el mundo al que es la fuente de toda piedad, niegue la asistencia de su misericordia a quien la invoque en las angustias de esta vida, cualquiera que sea. Ante los ojos tenemos innumerables ejemplos de los efectos maravillosos de tu misericordia con los miserables pecadores. Ejemplos que nos enseñan y persuaden vigorosamente a confiarnos en tu misericordia, esperar en tu piedad, refugiarnos confiadamente en todas nuestras necesidades bajo las alas de tu protección. ¿La multitud incontable de los que gimen a tus pies e imploran tu socorro podrá considerarse demasiado onerosa para una misericordia que no tiene límites ni medida, como la tuya? ¿O bien, será difícil para la que es la llena de gracia y la Madre de la gracia impetrar de su Hijo el perdón o las gracias que pide a favor de un pecador? No, no, Madre de misericordia. Sé que hay gran gozo en emplear tus súplicas por los miserables y retirar del peligro de la perdición, mediante tu muy agradable y muy eficaz oración, a los que están en peligro de perderse. Tú sabes bien, o muy tierna Madre de Dios, que el soberano placer de tu Hijo bendito es nuestra salvación. Y es innegable que buscas la gloria de tu



*queridísimo Hijo más que todos los hombres y los ángeles. No ignoras que él recibe grandísima gloria por la conversión y salvación de los pecadores. Por eso, con júbilo sin igual la procuras, al pedirle perdón y gracia para los que están en estado de pecado.*

*Cuando te suplico que me reconcilies con tu Hijo muy misericordioso, estoy cierto de que te pido algo que es muy de tu agrado. No puedes rehusarme entonces lo que te pido. Si me rehusaras algo que te agrada, ¿quién podría esperar algo de ti, mi muy amada Señora, y que más podríamos pedirte? No existe criatura alguna, en el cielo o en la tierra, que pueda obtener de tu Hijo muy amado tantos y tan grandes favores para los miserables como tú puedes y como tú lo haces día a día. Tu Hijo quiere honrarte por este medio, como a su muy verdadera Madre. Si tú alegaras mis pecados contra mí, oh mi muy dulce Madre de Dios, yo opondría tu misericordia a mis pecados. ¿Y qué? ¿Podría decirse que mis pecados fueron más fuertes que tu misericordia? De ninguna manera. Ella es siempre más fuerte y más poderosa sin parangón posible que todos los vicios y todos los pecados del universo”<sup>474</sup>.*

## **Sección XII**

### *La Virgen bienaventurada*

---

<sup>474</sup> De rhetorica divina, cap. 15



Luego de estos doce santos Padres la bienaventurada Virgen toma la palabra. Habla a santa Brígida de la gran misericordia con nosotros con la que Dios colmó su Corazón.

*“Soy la reina del cielo. Soy la Madre de la misericordia. Soy el gozo de los justos y el camino para ir a Dios. Toda pena del fuego del purgatorio se hace más llevadera y soportable por mi mediación. No hay pecador, por maldito que sea, que no experimente algún efecto de mi misericordia mientras esté en este mundo, pues intervengo con mis súplicas para que sea menos tentado por el demonio. No hay hombre, por alejado que esté de Dios, si no está del todo perdido, que, si recurre a mí de corazón y con amor, no obtenga misericordia por mi intercesión. No reparo en la enormidad de sus pecados sino que pondero la intención y la voluntad con que se dirige a mí. Por eso los que se pierden son muy desdichados si se precipitan en la perdición pues Dios les ha dado un medio tan poderoso y fácil de alcanzar la salvación.*

*“Yo soy la Madre de Dios, continúa diciendo esta gloriosa Virgen a santa Brígida en otra ocasión, pues así fue su voluntad. Soy la Madre de todos los que están en el cielo. Ellos, si bien gozan de felicidad incomprensible por la visión y posesión de la divina esencia, la bondad de Dios sin*



*embargo los colma de una felicidad y de un júbilo muy particular a la vista de la hermosura deslumbradora de mis virtudes, en especial de mi pureza virginal Incluso los niños que murieron en estado de inocencia reciben aumento de gozo al ver el rostro muy tierno y benigno de su verdadera Madre.*

*“Soy también la Madre de todos los que están en el purgatorio. Las penas que deben sufrir en virtud de justicia, son mitigadas y disminuidas por mis oraciones.*

*“Soy la Madre de todos los justos que hay en la tierra. Como buena Madre estoy siempre dispuesta a interponer la mano para detener los golpes que una mano enemiga quiere asestar en el corazón de su hijo. Así estoy siempre lista para poner mi mano ante los males que pueden llegar en este mundo a los que aman a Dios y especialmente a librarlos de cuanto puede arrojar sus almas en algún peligro de su salvación.*

*“Soy además la Madre de todos los pecadores que quieren enmendarse y no ofender más a Dios. Asumo su defensa como la madre caritativa que al ver a su hijo totalmente indefenso, expuesto a las espadas enemigas que caen sobre ellos. ¿No es cierto que una madre que ve a su hijo en peligro, corre solícita hacia él para librarlo de las manos de los enemigos y para protegerlo en su seno? Es lo que hago y haré siempre a favor de todos los pecadores que*



*invocan la misericordia de mi Hijo con corazón contrito y penitente*<sup>475</sup>.

Finalmente Nuestro Señor habla a santa Brígida y le dice<sup>476</sup>: *“Se quejaba de que sus divinos mandatos fueran pisoteados y como destruidos, y que su Iglesia se hubiera alejado de él hasta el punto que sin las oraciones de su santísima Madre no hubiera quedado esperanza de misericordia”*.

Parecidas son estas palabras que la bienaventurada Virgen dice a santa Matilde<sup>477</sup>; *“Dios me ha amado por encima de todas las criaturas. Tanto me ha amado que ha perdonado varias veces al mundo por amor de mí, incluso desde antes de que hubiera nacido”*. Hace tiempo, dice san Fulgencio, *que el cielo y la tierra hubieran sido destruidos, si no hubieran sido mantenidos por las oraciones de María*<sup>478</sup>.

Esta muy benigna Virgen tiene tanta bondad que donde quiera que haya una miseria, dice Ricardo de San Víctor, *su misericordia acude presurosa para llevar su socorro*<sup>479</sup>. Ella *recorre en espíritu y de corazón toda la tierra*, dice san Buenaventura, *para asistir a los que la invocan*<sup>480</sup>. Aún más *nos asiste a menudo en nuestras necesidades antes de que*

---

<sup>475</sup> Revelat. Lib. 4, cap. 139

<sup>476</sup> Revelat. Lib 6, cap. 26

<sup>477</sup> Lib. Spec. Grat. Libr. 1, cap. 29

<sup>478</sup> Mytholog. Lib. 4

<sup>479</sup> In Cant. cap. 25

<sup>480</sup> B.V. Sal. 11.



*le pidamos que venga en nuestra ayuda*, dice Ricardo de San Víctor.

Después de todo esto cuánta gratitud debemos a nuestro muy benigno Salvador por habernos dado tal Madre. Que todos los ángeles y los hombres, que todas las criatura te bendigan por ello eternamente. Cuánto deber tenemos de honrar, amar y alabar el Corazón amabilísimo de esta bendita Madre, tan colmado de bondad, ternura y misericordia con nosotros. Que todos los corazones y todas las lenguas del universo amen y glorifiquen sin cesar este dignísimo, caritativo y amabilísimo Corazón.

Por lo demás, si quieres, mi muy querido lector, experimentar las bondades incomparables de este divino Corazón, esfuérzate por tener un corazón lleno de caridad, benignidad y misericordia a tu prójimo y practicar lo señalado ampliamente al fin el capítulo primero del libro quinto.

### **Sección XIII**

*Lo que aconteció a un eclesiástico  
que no se compadeció de los pobres*

Leo en la vida de san Simeón Salus, escrita por varios excelentes autores<sup>481</sup>, que ciertos asesinos dieron muerte

---

<sup>481</sup> Leontius, Surius, Metaphraste



violenta a un hombre y arrojaron su cuerpo por una ventana a la casa de un eclesiástico, llamado Juan, arcediano de la Iglesia de Emesa en Syria. El juez de la ciudad hizo detener al arcediano como si hubiera sido el autor de este asesinato. Éste, no habiendo podido probar su inocencia, fue condenado a muerte. Cuando era conducido al suplicio y no teniendo a nadie que defendiera su inocencia, recurrió a Dios y le dijo esta oración: *¡Oh Dios de Simeón Salus, asísteme en este momento!* Al tiempo Dios suscita un hombre que corre hacia Simeón y le da a conocer el extremo peligro en que se encontraba su buen amigo Juan el arcediano. En su casa se alojaba por entonces el mismo Simeón. Enterado de esta triste noticia se retiró a un lugar solitario donde empezó a orar a Dios con todo su corazón y con abundantes lágrimas para obtener la liberación de Juan. ¡Sucedió lo increíble! En medio de la plaza pública donde el pueblo estaba reunido para ver morir al sospechoso criminal, aparecieron dos caballeros que aseguraron que los verdaderos autores del asesinato estaban descubiertos y que el arcediano Juan era inocente. Fue liberado y enviado absuelto a su casa con honores. Allí encontró a Simeón a quien narró el extraño caso que le había acontecido y cómo fue librado milagrosamente. San Simeón le habló entonces así: *Vete y ora. Date cuenta de que esta prueba te sucedió porque rehusaste dar limosna a*



*dos pobres que te mendigaban por amor de Dios, aunque tenías con qué socorrerlos. Reconoce, querido hermano, que los bienes con que haces limosnas no son tuyos. ¿No crees al que dijo que daría cien veces más en esta vida y la gloria eterna en la otra a quien diera limosna por su amor? Por tanto, si crees, da. Pero si rehúsas dar, das la muestra de no tener fe.*

#### **Sección XIV**

*Las misericordias del muy benigno Corazón  
de la bienaventurada Virgen  
con los vivos, moribundos y muertos  
se escuchan por doquier*

Según refiere san Gregorio de Tours<sup>482</sup> había en Jerusalén un muy hermoso monasterio dedicado a la Madre de Dios que había sido fundado y ricamente enriquecido para ayudar a las necesidades de los pobres peregrinos. Aconteció sin embargo que por diversos accidentes este monasterio se vio reducido a tal pobreza que incluso lo necesario para la vida de los religiosos llevó a faltar. Sucedió incluso una vez que pasaron dos días sin tener nada con qué sustentarse. El Abad los reunió, los exhortó a no desanimarse y los invitó a recurrir a la Madre de bondad.

---

<sup>482</sup> Lib. I, de Glor. Mart. Cap. 11



Les decía que es imposible que faltara el pan en el monasterio de aquella que había dado el pan de vida al mundo. Esos santos religiosos pasaron la noche en oración y al amanecer encontraron sus despensas tan llenas de trigo que a duras penas pudieron abrir las puertas.

En otra ocasión, en circunstancia parecida y luego de oraciones similares, el sacristán, al entrar a la iglesia, para preparar el altar como de costumbre, lo encontró todo cubierto de oro y de plata, aunque no se había visto a nadie que hubiera podido traerlo, pues todas las puertas de la iglesia y del monasterio estaban cerradas. Esto respecto de los vivos.

Ahora, respecto de los moribundos: cierto hidalgo, según atestigua Cesario<sup>483</sup>, aburrido de llevar armas de guerra, recibió la inspiración de hacerse religioso cisterciense. Algún tiempo después de haber revestido el hábito de religión, cayó enfermo de gravedad. En ese momento el demonio le trajo a la memoria la multitud de pecados que había cometido en el mundo. Se los hizo ver tan terribles que entró casi en desesperanza de alcanzar la salvación. Viéndose en esta angustia se dirigió a la Madre de bondad para pedir su ayuda. Ella se le apareció de inmediato y lo consoló mucho. Purificó su imaginación de las imaginaciones que lo atormentaban y le concedió gran paz.

---

<sup>483</sup> Lib. 4, cp. 41



Su abad, admirado por ese favor, le preguntó qué devoción acostumbraba tener a esta divina Madre. Esta fue su respuesta: Padre, le he tenido siempre tanta veneración que siempre que he oído pronunciar el santo nombre de María me he arrodillado para honrarlo.

Santa Oportuna, virgen, nativa de Yesme en Normandía, diócesis de Séez, religiosa de la Orden de San Benito y abadesa de un monasterio que se llama ahora Almanesche, estando enferma en el lecho, fue visitada por santa Lucía, por vírgenes y mártires, que le anunciaron que la reina de los ángeles vendría pronto a llevársela al cielo. Poco después, como se veía que le llegaba el fin, las religiosas cantaban alrededor del lecho; repentinamente se sentó en su cama y dijo: Ahí está. Es la inmaculada Madre de Dios a quien las encomendaré a todas pues no las volveré a ver en esta vida. Dicho esto, extendió las manos como si la estuviera viendo en su lecho, y de esa forma entregó dulcemente su alma entre los brazos de su queridísima Madre quien la acogió en su Corazón y se la llevó con ella al cielo. ¿Qué muerte dichosa!

Ahora les toca el turno a los difuntos. El cardenal Pedro Damián cuenta<sup>484</sup> que un día de la fiesta de la asunción de la santa Virgen, una mujer romana, estando en una iglesia de Roma, dedicada a la bienaventurada Virgen llamada

---

<sup>484</sup> Opúsculo 34, ca. 3



Nuestra Señora del Pórtico, percibió en medio de la multitud del pueblo a otra mujer que había muerto hacía cierto tiempo. La había conocido y llamaba Morosia, Se le acercó y le preguntó si era ella. Sí, respondió, la misma. Pero usted ya murió le dijo. Es cierto, añadió Morosia, Desde mi muerte he estado en el purgatorio donde he sufrido tormentos inexplicables por los pecados de impureza que cometí cuando era muy joven; que confesé pero por los que no hice penitencia. Hoy la reina del cielo oró por nosotros y alcanzó, por su intercesión, nuestra liberación de las penas espantosas que soportamos en ese lugar de tormentos. Retiró de él numeroso grupo de almas, tantas como hay de habitantes en la ciudad de Roma. Todas esas almas están aquí conmigo y vamos a todas las iglesias consagradas a la Madre de Dios para darle gracias. Y para que sepas que es cierto lo que te digo has de saber que dentro de un año vas a morir en esta misma fecha. Dicho esto desapareció. A partir de esto (Morosia)<sup>485</sup> se preparó debidamente a la muerte durante todo el año y murió el día exacto de la asunción.

De esta manera la bienaventurada Virgen hizo sentir los efectos de la misericordia de su Corazón maternal a los vivos, los moribundos y los difuntos. Por ello sea bendecida, alabada y glorificada eternamente por todas las criaturas.

---

<sup>485</sup> San Juan Eudes tuvo falla de atención pues no se trataba de Morosia sino de la otra mujer. *Quandoque dormitat Homerus.*



Encuentro, en este mismo sentido, en el santo religioso Dionisio el Cartujo, en su sermón segundo sobre la asunción de la gloriosa Virgen, que ella desciende cada año al purgatorio, en la fiesta de navidad, para liberar las almas de los que le han sido encomendados, pues en ese día ella dio a luz al redentor de todos los hombres. ¿Oh sacratísima Madre de nuestro Salvador, ¿qué inteligencia podrá expresar la gratitud incomparable que tenemos con tu Corazón maternal, tan lleno de bondad, benignidad y misericordia con nosotros? ¡Oh, cómo es posible que todos los corazones de los hijos de Adán no se entreguen de continuo a amar, honrar y magnificar incesantemente tu muy digno y amable Corazón!

### **Adición**

Añado aquí, para más plena confirmación de la historia citada arriba, que conozco dos personajes especialmente virtuosos y muy dignos de fe, que me aseguraron haber visto en Roma, lo narrado arriba por el santo cardenal Pedro Damián, escrito en letras de oro en mármol blanco en una esquina del altar mayor de la iglesia de Nuestra Señora del Pórtico, donde aconteció lo dicho antes.



**CAPÍTULO VII**  
***El imperio de la divina Voluntad,***  
***séptima excelencia del santísimo Corazón***  
***de la bienaventurada Virgen***

Después del amabilísimo Corazón de Jesús, jamás ha existido ni existirá nunca, ni en la tierra ni en el cielo, un corazón en el que la muy adorable Voluntad de Dios haya reinado tan perfecta y gloriosamente como el sacratísimo Corazón de la bienaventurada Virgen.

En primer lugar, esta gloriosa Virgen miraba y veneraba siempre esta divina Voluntad como su origen y principio de donde había recibido el ser y la vida. A ella refería incesantemente todos los usos y funciones como a su primera causa.

En segundo lugar, la miraba y honraba como a su último fin y a su muy deseable centro pues sabía bien que ella no estaba en el mundo sino para cumplir en todo la voluntad de su Creador. Todos sus pensamientos, palabras y acciones terminaban en ella y en esto amable centro su Corazón buscaba y encontraba su único reposo y su soberana felicidad.

En tercer lugar, la miraba y respetaba como a su reina y soberana. Todas sus órdenes le eran muy amadas y tan



preciosas que hubiera preferido morir mil veces antes que alejarse de ella por nada del mundo.

En cuarto lugar, la miraba y amaba como a su verdadero paraíso. En ella encontraba delicias inconcebibles. No solo quería lo que esa voluntad quería, sino que lo quería en la manera como lo quería. Como su divina Majestad finca su felicidad infinita en querer todo lo que ella quiere esa divina Virgen ponía también toda su dicha y sus delicias en todas las voluntades de su Dios.

En quinto lugar, no solo consideraba la divina Voluntad en sí misma sino que la miraba también en los quererres de san José, su dignísimo esposo; en los edictos del emperador Augusto, aunque paganos e idólatra; en todas las leyes de Moisés; y en todas las órdenes de la divina Providencia tanto sobre su Hijo Jesús como sobre ella, y sobre todas las demás criaturas; amaba tanto esa santísima Voluntad en todo y se sometía a ella con tanto afecto que cuando la miraba inmediatamente la cumplía.

En sexto lugar, aunque esta Virgen incomparable no estuviera obligada a obedecer a otros sino a solo Dios, y que por ser la Madre de Dios y por consiguiente reina del cielo y de la tierra tuviera derecho de mandar a todas las criaturas, practicaba sin embargo muy perfectamente lo que la boca de san Pedro habría de enseñar mucho tiempo después, con estas palabras: *Sean sumisos a toda humana criatura por*



*Dios* (1 P 2, 13). Estaba siempre dispuesta a someterse no solo a sus superiores sino también a sus iguales e incluso a los inferiores y a hacer más bien la voluntad de los otros que la suya, en cuanto pudiera hacerlo sin desagradar a Dios.

¿Qué más diré? Podría decir que esta Virgen muy sagrada tenía tanto amor a la adorabilísima Voluntad de Dios que esa Voluntad era el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el corazón de su corazón. Este espíritu y este corazón la hacían vivir una vida del todo celeste; animaban todas las facultades de su alma y todos sus sentidos interiores y exteriores; eran el principio de todas sus acciones y la llevaban a abrazar con muchísimo afecto todas sus aflicciones.

Escucho a mi Salvador que me dice que *bajó del cielo no para hacer su voluntad sino la voluntad de su Padre; que su bebida y su comida, es decir, sus delicias y contento, era cumplir en todo esta adorable voluntad* (Jn 4, 14). Su divina Madre ¿no podría decir con verdad, a imitación de su Hijo: *No estoy en el mundo sino para hacer la voluntad de mi Creador y mi soberano placer es seguirla en todo?*

Leí en el libro de santa Gertrudis, que hablando un día a su divino esposo, ella le decía: *Pido, Señor mío, y deseo de todo mi corazón que su muy loable voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas, de la manera que mejor te*



*plazca*<sup>486</sup>. Si esta santa tenía tanto amor a la voluntad de su divino esposo, ¿qué podría decirse y pensarse de la reina de todos los santos? Ella sola tiene más amor a todas las voluntades del que es su Dios, su Creador, su Salvador, su Hermano, su Hijo, su Padre, su Esposo, que todos los hombres y ángeles juntos?

Ciertamente puede decirse que estaba totalmente transformada en la divina Voluntad por el amor incomparable que le profesaba. Bien podía decirle Dios mismo, primera y principalmente, lo que dice a su Iglesia por boca del profeta Isaías: *Te llamarás mi voluntad* (Is 62, 4). Es decir, eres mi Corazón, mi amor, mi Esposa, mi muy amada, en la que tengo mi complacencia y mis delicias, pues tienes tanto amor a mi divina voluntad que estás del todo transformada en ella.

Finalmente, esta adorable voluntad estaba en el santo Corazón de la bienaventurada Virgen como en su casa. Cargaba siempre la llave y era su ama absoluta. Estaba allí como en su reino donde reinaba única y magníficamente. Era su carro triunfal donde vencía gloriosamente a todos sus enemigos. Era el cielo de su gloria donde nada la contradecía, nada que no estuviera totalmente sometido a sus órdenes, nada que no le fuera muy de su agrado, nada

---

<sup>486</sup> Legat. Div. Piet. Libro 3, cap. 11



que no se empleara en adorarla y glorificarla continuamente.

## **Sección I**

### *Tres actos maravillosos de sumisión y obediencia del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen a la divina Voluntad*

Entre infinidad de actos muy excelentes de sumisión y obediencia del Corazón sagrado de la bienaventurada Virgen a la divina Voluntad presento tres muy heroicos y del todo admirables.

El primero, este santísimo Corazón hizo en el primer momento de su vida, a imitación de nuestro Salvador, lo que san Pablo nos enseña: que en el instante de su entrada en este mundo, lo primero que hizo fue entregarse y consagrarse por entero a cumplir todas las voluntades de su Padre. Dice en efecto: *Jesús al entrar al mundo afirma: vengo al mundo, como está escrito en el comienzo del libro de tus mandatos eternos, a hacer tu voluntad* (Heb 10, 7). *Es lo que quiero, Dios mío; tu ley está en mi corazón* (Sal 39, 9).

Eso mismo hizo esta divina Virgen, pues la luz de la razón y de la fe, de que estaba colmada, desde el primer instante de su vida, le hizo conocer que Dios no la había creado sino para cumplir su santísima voluntad, y que ella



tenía obligaciones infinitas de hacerlo. No es posible dudar entonces que haya empleado todas las potencias de su alma, todas las fuerzas de su Corazón, y toda la amplitud de la gracia que había en ella, para adorar y amar la voluntad de su Creador y para someterse totalmente a todas sus órdenes y a todo lo que fuera de su agrado hacer de ella en el tiempo y la eternidad. Como la gracia que poseía entonces sobrepasaba incomparablemente la gracia del primer serafín, como vimos antes, queda firme que habiendo hecho ese primer acto de sumisión y obediencia a la divina Voluntad, según todo el alcance y la fuerza de esta gracia, ella glorificó más a Dios, en ese primer acto de su vida, que no lo han hecho los serafines en el más alto grado de su amor. En efecto ella hizo este acto con mayor perfección, santidad y amor como jamás ha habido en el corazón de este primero de los serafines.

El segundo acto de obediencia a la divina Voluntad que hizo el santísimo Corazón de la gloriosa Virgen fue el consentimiento que dio al misterio de la encarnación. En él hay que considerar dos puntos muy notables procedentes maravillosamente de este acto de obediencia. En primer lugar que esta divina Virgen asintió con sumisión tan admirable que san Bernardino asegura, como ya dijimos, que ella mereció por ese solo acto más que lo que han merecido todos los ángeles y los santos en todas sus más



santas acciones. En segundo lugar, que cuando esta sacratísima Virgen se sometió a la voluntad de su Dios para la realización del misterio de la encarnación, prefirió la obediencia a la divina maternidad, pues dio su asentimiento a este misterio no para ser Madre de Dios sino para obedecer a Dios. Al decir *Soy la esclava del Señor*, es como si dijera al ángel que le hablaba para anunciarle que Dios la escogía para ser la Madre de su Hijo: Consiento muy gustosamente a lo que mi Dios desea de su sierva, no para ser honrada de la dignidad de Madre de Dios sino para obedecer a su santísima voluntad. Por eso añadió: *que se haga en mí según tu palabra*.

La obediencia a la adorable voluntad de Dios le hace pronunciar ese divino FIAT, en cierto modo más admirable que el FIAT que salió de la boca de Dios en la creación del universo. Porque, por el FIAT de Dios el mundo fue creado, pero por el FIAT de María, Dios se hizo hombre y el hombre fue hecho Dios. Por el FIAT o el FACIAMUS de Dios fuimos hechos para luego morir. Pero por el FIAT de la Madre de Dios fuimos rehechos y reparados para vivir eternamente. Así lo dice san Bernardo<sup>487</sup>: *Por la palabra sempiterna de Dios fuimos hechos todos y sin embargo morimos; en tu breve respuesta, a saber, FIAT, somos rehechos para ser llamados a la vida*. Y san Anselmo añade: *Me atrevo a decir*

---

<sup>487</sup> Homilía 4, super Missus est



*hablando de la santísima Virgen lo que san Juan dijo del Verbo eterno: que sin él nada fue hecho, pero nada fue rehecho sin ella. El gran Dios da más fuerza al FIAT de la bienaventurada Virgen que al suyo. ¿Esto por qué? Porque el FIAT de Dios es un FIAT de mandato, pero el FIAT de la sagrada Virgen es un FIAT de obediencia*<sup>488</sup>.

El tercer acto de sumisión y obediencia a la divina Voluntad que brotó del Corazón maternal de la divina María es el asentimiento que dio a esta adorable Voluntad en cuanto a la pasión y muerte de su Hijo amadísimo. Asentimiento que dio con obediencia tan maravillosa que si hubiera sido la voluntad del Padre eterno ella no hubiera estado menos dispuesta a crucificarlo y sacrificarlo con sus propias manos que como lo hizo el patriarca Abrahán al disponerse a inmolar a su hijo único Isaac. Aun más, lo hubiera cumplido con obediencia incomparablemente más perfecta que la de Abrahán pues es muy cierto que el amor de que su Corazón estaba encendido a la amabilísima Voluntad de su Dios sobrepasaba casi infinitamente al que ardía en el corazón de Abrahán.

Esta divina Voluntad reinó siempre y reinará por siempre en Corazón sacratísimo de la reina del cielo. Se puede afirmar entonces con verdad que esta adorable Voluntad tiene un imperio en este Corazón admirable, más

---

<sup>488</sup> San Juan Eudes da como referencia *De excel. Virg. cap. 11*. El editor de las Obras Completas afirma no haber encontrado esa cita.



poderoso, magnífico y glorioso que en todos los corazón que hay, que ha habido y que habrá en la tierra y el cielo. ¿Sería atrevido decir que reina más gloriosamente, en cierto modo, en este Corazón virginal que en la santísima Trinidad? Pues si esta divina Voluntad posee glorias y grandezas infinitas en la divinidad, pero no hay en ella ninguna superioridad, ni autoridad, ni reino, ni imperio, ni homenaje, ni adoración para ella; pero esta divina Voluntad tiene autoridad y poder absoluto sobre el Corazón de María en el que ha establecido reino e imperio eterno, y allí recibirá por siempre las veneraciones, homenajes y adoraciones de todos los ángeles y de todos los santos.

¡Bendición y gloria infinita y eterna a esta adorable Voluntad por todas las maravillas que ha obrado y obrará siempre en el divino Corazón de la Madre de Dios! ¡Alabanzas y acciones de gracias inmortales se den a este amabilísimo Corazón por todos los amores y honores que ha tributado y tributará eternamente a esta adorable Voluntad, por su perfectísima sumisión y obediencia!

## **Sección II**

*Imitación de la obediencia del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen a la divina Voluntad*



¿Habrá virtud más admirable que la obediencia? Ella cambia el plomo en oro purísimo y las piedras comunes en diamantes preciosos. En efecto, las mínimas y más bajas acciones, hechas por obediencia, llegan a ser muy grandes y agradables a su divina Majestad. Por el contrario, las obras más dignas y nobles por su naturaleza, hechas por voluntad propia, se convierten en insignificantes ante los ojos de Dios. La palabra de Dios nos lo da entender al decirnos: *Es mejor la obediencia que las víctimas* (1 Sm 15, 22).

Obediencia vale más que sacrificio, es decir, que un mínimo acto de obediencia en lo más pequeño es más agradable a Dios y le da más gloria que los sacrificios y que el más grande acto de religión que se pueda hacer. La obediencia y la paciencia están por encima de todo, y la más gloriosa victoria que podamos alcanzar es vencer nuestra propia voluntad para obedecer la de Dios y la de todos los que ocupan su puesto: *El hombre obediente cantará victorias* (Prov. 21, 28).

Las demás virtudes, dice san Gregorio, batallan contra los demonios, pero la obediencia los vence. Y no es de maravillar pues el verdadero obediente vence a Dios mismo. De él se puede decir lo que dijo el ángel a Jacob: *Si fuiste fuerte contra Dios, con mayor razón vencerás a los hombres* (Gn 32, 28). Solo la obediencia reporta la palma, dice san Agustín, y solo la desobediencia es el verdugo del corazón



humano y lo somete a tortura. La santa Iglesia no cesa de decirnos y cantarnos: *Paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14). Solo hay paz verdadera para los hombres de buena voluntad, es decir, para los que han renunciado del todo a su propia voluntad que es voluntad muy perniciosa y fuente de todo mal para no tener otra que la de Dios que es la sola buena voluntad que podemos seguir en la tierra como los ángeles y santos la siguen en el cielo. Es lo que debemos pedir a Dios sin cesar al decirle esta santa plegaria que nos pidió hacerle: *Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra* (Mt 6, 19).

Es lo que la bienaventurada Virgen hizo mejor que todas las criaturas del universo. Jamás tuvo otra voluntad que la de Dios. La amó tanto en la tierra como la ama en el cielo.

Esforcémonos entonces por imitar a nuestra santísima Madre si queremos contarnos entre sus verdaderos hijos. Trabajemos primeramente en hacer la guerra a nuestra propia voluntad para destruirla y aniquilarla en cuanto nos sea posible. Mirémosla y tratémosla como nuestra mortal enemiga, como la única fuente del pecado y como la única causa de todas las miserias y desgracias de la tierra y del infierno.

En segundo lugar, volvamos todos nuestros afectos hacia la amabilísima voluntad de Dios. Mirémosla y



amémosla como nuestro principio y origen. De ella hemos salido y a ella tendemos como a nuestro fin último, y como el único centro de nuestras almas y de nuestros corazones. En él encontraremos la verdadera paz y la perfecta dicha. Considerémosla y honrémosla como a nuestra reina y soberana. Supliquémosle a menudo y sin tregua que establezca perfectamente su reino en nuestra alma y en nuestros corazones, en nuestros cuerpos y en todos nuestros sentidos interiores y exteriores. Que destruya en ellos por entero lo que le ponga obstáculo. Veámosla y amémosla como a nuestra muy buena madre. De ella recibimos el ser y la vida. Roguémosle que nos gobierne y nos conduzca en todo y por doquier en la forma que mejor le agrade. Mirémosla y querámosla como nuestro verdadero paraíso en la tierra. En él encontraremos la verdadera felicidad si nos esforzamos por seguirla fielmente. Por el contrario solo encontraremos infierno, maldición y desdicha en nuestra propia voluntad.

Consideremos a menudo que pertenece a nuestra fe que nuestros superiores ocupan ante nosotros el puesto de Nuestro Señor y nos representan su persona. Que al obedecerles, a él obedecemos. Y que al contrario, al desobedecerles le estamos desobedeciendo. Que al contristarlos lo entristecemos; que al ofenderlos lo ofendemos, y estamos hiriendo la niña de sus ojos según lo



dice la Palabra: *Quien a ustedes oye, a mí me oye; quien a ustedes desprecia, a mí me desprecia; quien a ustedes toca, toca la pupila de mi ojo* (Lc 0, 16; Zac 2, 8).

Hagamos alta estima de la santa obediencia y formulemos gran deseo de practicarla generosa, alegre, pronta, puntual, exacta y fielmente por amor de nuestro amabilísimo Salvador y para obedecer a su adorable voluntad que nos es manifestada por sus divinos mandamientos, por las leyes de su Iglesia, por las reglas de nuestra profesión y por todas las personas que ocupan su puesto.

Antes de rechazar esta norma, quiero decirles un secreto. Por su medio en cierto modo se harán todopoderosos. ¿De qué se trata? Es esto. Renuncien por entero a su voluntad y no tengan otra que la de Dios. Así su voluntad será todopoderosa y podrán todo lo que quieran. Aprendí este secreto de san Anselmo: él afirma que todos los bienaventurados que hay en el cielo tienen una voluntad todopoderosa como la de Dios. Como Dios puede todo lo que quiere por sí mismo, pueden ustedes también en Dios todo lo que quieran pues no quieren nada distinto de lo que Dios quiere; y Dios quiere también todo lo que quieran y lo que Dios quiere no falla nunca y se cumple. Sí, les digo, y es cierto, si ustedes no tienen una voluntad distinta de la de Dios, al querer lo que él quiere, y no queriendo nada que él



no quiera, podrán todo lo que quieran. Serán todo lo que quieran ser; tendrán todo lo que quieran tener; harán todo lo que quieren hacer; gozarán del tiempo tal como lo desean; serán tan ricos, poderosos y grandes que quieran ser; tendrán toda la salud que deseen tener; vivirán todo el tiempo que les plazca; no morirán cuando quieran sino en el lugar, tiempo y manera que desean morir. Porque no querrán todo eso sino como Dios lo quiere, y Dios puede todo lo que quiere y así ustedes podrán en él y con él todo lo que ustedes quieran.

¡Oh Madre de Jesús, te ofrecemos y damos nuestra propia voluntad! Entrégala, por favor, a tu Hijo Jesús. Rúgale que la destruya por entero; que establezca en su lugar la suya; que nos conceda la gracia de poner todo nuestro gozo y todas nuestras delicias en seguirla perfectamente.

### **Sección III**

*Ejemplo maravilloso de perfecta sumisión  
a la divina Voluntad, fruto de la devoción  
a la sacratísima Virgen  
y de amor a su bondadoso Corazón*

Presento una bella confirmación de lo que dijimos en la sección precedente, Un religioso de la santa Orden del



Císter, según refiere Cesario, autor muy renombrado, vivía en comunidad sin más cuidado que observar exactamente sus reglas. Sin embargo tenía el don de hacer milagros con tanta facilidad que bastaba haber tocado el borde de su vestido para ser sanado de toda suerte de enfermedades. El abad, que veía su monasterio invadido por mucha gente venida de todos los lados para encomendarse a las oraciones de ese buen religioso, lo llamó en particular a su habitación y le hizo cantidad de preguntas para indagar la causa de sus milagros. No pudo obtener nada más que saber que ni ayunaba, ni velaba, ni practicada más mortificaciones que las de los demás. Pero que Dios le había hecho la gracia de aferrarse fuertemente a la divina voluntad, y a todas sus órdenes, y a poner en ello toda su felicidad y todo su gozo. Así, recibiendo de su mano tanto el bien como el mal, jamás ningún accidente, por molesto que fuera, lo inquietaba. Y no encontraba más consuelo en lo próspero que en lo adverso. No sabía hacer sino una oración, y la ponía en la manos de su muy buena Madre, para ser presentada a su Hijo, y era ésta: *Te pido, Dios mío, y deseo de todo mi corazón que tu divina voluntad se cumpla en mí y en todo de la manera que te sea más agradable.*

El abad le dijo: ¿Hermano, cuando en días pasados un hombre malvado prendió fuego a nuestro granero y quemó



todo nuestro trigo, no sentiste algún disgusto? No, Padre, pues al mirar la divina voluntad en este caso y recordando que Dios pone su contento infinito en querer todo lo que él quiere y todo lo que permite, yo ponía también mi alegría y mi contento en el suyo. Porque finalmente, Padre, yo quiero lo que mi Dios quiere, y no quiero nada que no sea lo que él quiere. Solo en esto pongo toda mi devoción, mis delicias y mi paraíso, De allí viene que yo me esfuerce por ser lo más exacto que me sea posible en la obediencia que debo a usted y en la observancia de mis reglas, pues sé que su divina voluntad me es manifestada por usted y por ellas. Y para revelar todo mi corazón, le diré, Padre, que ofrezco todos los días, por las manos de la sacratísima Virgen, mi cuerpo, mi alma, mi vida, todo mi corazón y todo mi ser. Le suplico que haga de mí lo que a bien tenga, sin ninguna reserva ni excepción. Hecho eso, me encuentro en tal disposición que si fuera de su agrado enviarme al infierno, me sometería de todo mi corazón; y si se me dijera que para ser liberado de él, rezara solo un *Pater noster*, no abriría la boca para pronunciar la primera sílaba.

Y voy más allá. Me atrevo a decir, Padre, que si me viera en medio de esos fuegos eternos, pediría a Dios me concediera la gracia, de que jamás, por toda la eternidad, me viniera un solo pensamiento de contravenir un mandato de su divina voluntad, ni de querer pedirle que me librara



de ellos. Esta es, Padre, mi pequeña devoción y eso es todo lo que sé decir o hacer en este mundo.

El abad se quedó atónito. Al ver ante sus ojos a un hombre de tan eminente santidad y tan poco conocido, le dijo, retírese, hermano querido, siga por el camino ordinario y continúe a servir a Dios y a la bienaventurada Virgen lo más fielmente que pueda. Ha encontrado el cielo fuera del cielo, el paraíso en la tierra.

Al conocer eso de boca de su Abad los religiosos quedaron extremadamente sorprendidos y admiraron la santidad oculta de su buen hermano. Rogaron a la sagrada Virgen les alcanzara de su Hijo el don de perfecta sumisión a la divina voluntad, que creyeron fue dado a este santo hombre por su mediación.

#### **Sección IV**

##### *Enseñanza muy importante de la bienaventurada Virgen sobre la obediencia*

Un conocido autor<sup>489</sup> refiere que el beato Clemente Caponi, hermano laico de la orden de Santo Domingo, se encontró un día tan ocupado que no encontró tiempo para hacer sus oraciones a la Madre de Dios, a quien profesaba

---

<sup>489</sup> Marcus Ulissipon. *Histor. Seraph. P. 3, 1.*



especial devoción. Cuando llegó el momento de la comida en comunidad se dirigió a una imagen de la bienaventurada Virgen, donde los hermanos solían a menudo decir sus oraciones. Pero la Madre de bondad le advirtió, por labios de la misma imagen, que la obediencia valía más que las oraciones que iba a dirigirle; que pasada la comida podría haber cumplido sus obligaciones y que no podía hacer nada más agradable en el servicio a su Hijo y a ella que seguir en todo y por doquier las órdenes de la comunidad y de la obediencia.

## **CAPÍTULO VIII**

### ***Sagrario de gracias gratuitas, octava excelencia del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen***

Luego de ver cómo el sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen es mar de gracias, milagro de amor, espejo de la caridad, abismo de humildad, trono de la misericordia e imperio de la divina voluntad vamos a considerar ahora que es sagrario de gracias gratuitas otorgadas por el Espíritu Santo no tanto para la santificación



de los que las reciben sino para la instrucción, consuelo y utilidad de los demás.

San Pablo enumera nueve de estas gracias, a saber: 1. El don de hablar con sabiduría; 2. El don de hablar con ciencia; 3. El don de la fe; 4. La gracia de sanar a los enfermos; 5. El don de hacer milagros; 6. El don de la profecía; 7. El discernimiento de espíritus; 8. El don de hablar en diversas lenguas; 9. El don de interpretar las Escrituras (1 Cor 12, 8-10).

¿Qué es hablar con sabiduría? Es una gracia del Espíritu Santo que da la facilidad de explicar claramente las verdades de la fe.

¿Qué es hablar con ciencia? Es una gracia del Espíritu Santo que da la facilidad de explicar con claridad todo lo referente a las costumbres.

¿Qué es el don de la fe? Según san Crisóstomo, es la confianza particular, necesaria para hacer milagros. O según san Ambrosio, es una gracia del Espíritu Santo que da la fuerza de predicar audazmente y sin temor las verdades evangélicas. O bien, según otros, es la luz celestial que debe iluminar de modo especial las mentes de los que predicán el Evangelio.

¿Qué es la gracia de sanar a enfermos y el don de hacer milagros? Son dos gracias que es posible reducir a una. La gracia de sanar enfermos tiene por efecto la sanación del



cuerpo mediante milagros; y la gracia de hacer milagros tiene por efecto manifestar el poder de Dios mediante obras milagrosas.

¿Qué es el don de profecía? Es una gracia del Espíritu Santo por la cual se conoce lo que está por venir, y arcanos que no pueden conocerse naturalmente. Este don comprende la gracia de las revelaciones.

¿Qué es el don de discernimiento de los espíritus? Es una luz del Espíritu Santo mediante la cual se conoce si los pensamientos, deseos, mociones y afectos interiores proceden de un principio bueno o malo.

¿Qué es el don de hablar diversas lenguas? Es el don del Espíritu Santo concedido a los santos apóstoles el día de Pentecostés, y la facilidad para hacer entender las verdades del cielo a quienes son enseñadas.

¿Qué es el don de interpretar las Sagradas Escrituras? Es una gracia del Espíritu Santo que ilumina el entendimiento para conocer fácilmente el sentido de la Sagradas Escrituras, y que anima la voluntad para hacerlas comprensibles a los demás.

¿La bienaventurada Virgen gozaba de todas estas gracias? Si, seguramente. Así lo piensan Alberto el Grande, el docto y piadoso Suárez y varios otros grandes teólogos. Aportan estas pruebas. Primero, porque siendo llena de gracia, según las palabras del arcángel san Gabriel, debía



poseer todas las gracias. En segundo lugar, porque la dignidad, en cierto modo infinita, de Madre de Dios, debía estar adornada con los dones más excelentes del Espíritu Santo. En tercer lugar, porque por ser, en la santa Iglesia, después de su Hijo, la dispensadora universal de todas las gracias, era necesario que poseyera en sí lo que debía dar a los otros.

Escuchemos al respecto a san Antonino, al doctor angélico y a san Alberto el Grande.

*Dice san Antonino: Porque la bienaventurada Virgen estaba con los apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo, es indudable que recibió con ellos este precioso don. Pues si bien, no fue enviada al mundo entero a predicar como lo fueron los apóstoles, convenía que no se viera privada de él a fin de que nada le faltara de todas las gracias y favores espirituales que podía poseer. Más aún, si bien no se empleara en predicar hay sobrados motivos para creer, aunque no conste por escrito, que personas de diversas naciones y de lenguas diferentes venían a entrevistarla para tributarle honor y respeto, y para escuchar las santas palabras que salían de sus labios sagrados, pues estando llena de caridad les hablaba en diversas lenguas para responder a sus preguntas y para instruirlos y consolarlos”<sup>490</sup>.*

---

<sup>490</sup> Part. 4, tit, 15, cap 19, Nos. 5 y 6



Y Santo Tomás añade, que *no debe dudarse que la bienaventurada Virgen haya recibido el don de sabiduría, la gracia de los milagros y el don de profecía de forma sobresaliente. No recibió estos dones para emplearlos en la forma como su Hijo Jesús lo hizo, sino según lo que convenía a su condición. Hizo uso del don de sabiduría en el ejercicio de la contemplación y no para predicar pues eso no convenía a su condición de mujer*<sup>491</sup>.

*“Es seguro que la santísima Virgen, dice Alberto el Grande, poseyó todas las gracias gratuitas. Si estas gracias se dan de ordinario a los que las reciben para utilidad de los otros, fueron dadas a la dichosísima Virgen aunque no ejerciera el ministerio de los apóstoles, como ornamento debido a su dignidad de Madre de Dios que debía poseer todas las perfecciones y riquezas espirituales contenidas en los tesoros de su Hijo*<sup>492</sup>.

Podemos decir entonces, en primer lugar, que el Espíritu Santo dio a la bienaventurada Virgen clara inteligencia de las Sagradas Escrituras e igualmente la facilidad de explicar las verdades de la fe que están contenidas en ellas y además las que miran a las costumbres.

En segundo lugar, que tuvo altísimo grado de confianza, necesaria para hacer milagros.

---

<sup>491</sup> 3ª. Pars. Q. 27, art. 5

<sup>492</sup> Citado por Vega en Teología Mariana, No. 1342



En tercer lugar, tuvo con mayor perfección que los demás santos el don de hacer milagros. Sin hablar del milagro de los milagros que hizo al cooperar con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el misterio inefable de la encarnación; hay sobrados motivos para creer que hizo varios otros aunque no consten por escrito.

En cuarto lugar, tuvo el don de profecía. Es posible aportar varias pruebas. Pero la que se contiene en estas palabras de su divino Cántico: *Todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (Lc 1, 48) es más que suficiente pues encierra todos los honores y alabanzas que serán tributadas a esta gloriosa Virgen en el cielo y en a tierra hasta el fin de los siglos y por toda la eternidad.

En quinto lugar, puesto que la sagrada Virgen gozó del don de profecía tuvo también el de revelaciones, de manera más amplia que todos los demás santos<sup>493</sup>. Ciertamente durante toda su vida, dice san Andrés de Candia<sup>494</sup>, fue ilustrada con infinidad de revelaciones divinas. ¿Cuántos misterios el Espíritu Santo le manifestó, desde el momento de su Concepción Inmaculada? ¿Cuántas maravillas escuchó de la boca misma de su Hijo Jesús durante los muchos años que permaneció con él? ¿Cuántos secretos conoció en la conversación familiar que sostenía con los ángeles?

---

<sup>493</sup> Suárez, 3ª pars, disp. 19, sect 4

<sup>494</sup> Sermón de la Asunción



Finalmente san Ambrosio<sup>495</sup> y otros varios doctores escriben que la cercanía especial que san Juan Evangelista mantuvo con esta gloriosa Virgen y los servicios que le prestó, le atrajeron la gracia de los altos conocimientos que tuvo de la divinidad del Hijo de Dios y de todas las visiones y revelaciones que narró en su Apocalipsis.

En sexto lugar, esta misma Virgen poseyó el don de discernimiento de los espíritus con mayor perfección que los más grandes santos, pues este don está comprendido en el de profecía.

En séptimo lugar, recibió el don de hablar diversas lenguas en el día de Pentecostés, junto con los apóstoles. Alberto el Grande, san Antonino y san Atanasio aseguran que ella lo recibió con mayor plenitud que los mismos apóstoles. Esto le era en cierto modo necesario para la instrucción y el consuelo de numerosos fieles que acudían a ella venidos de todas las partes del mundo y para consultarla como a un oráculo del Espíritu Santo.

En octavo lugar, pues poseyó el don de sabiduría, de la fe y del espíritu de profecía, tuvo por tanto la gracia de la interpretación de las Sagradas Escrituras de manera más perfecta que todos los que han tenido esta misma gracia. Te preguntarás si esta digna Madre del Salvador tuvo éxtasis y arrobamientos. Te respondo que el sentir de los doctores

---

<sup>495</sup> *De institut. Virginis, cap. 7*



está dividido en ese punto. Unos optan por la negativa pues dicen que los éxtasis conllevan la privación de los sentidos, lo que es señal de debilidad, y por consiguiente no convienen a la reina del cielo.

Otros disienten, pues hay personas fuertes y robustas que tienen arrobamientos. Dicen que es gracia particular de Dios con la que ha honrado a sus más grandes santos, como al príncipe de los apóstoles, san Pedro (Hech 10, 11), a san Pablo (2 Cor 12, 1-2) quien fue arrebatado al tercer cielo y a varios otros. Que no debe negarse tal gracia a la Madre de un Dios.

Es difícil decidir cuál de estas dos opiniones es la mejor fundada. Sea lo que sea, puede decirse con verdad, siguiendo la doctrina de san Dionisio Areopagita, que toda la vida de la Virgen bienaventurada fue un éxtasis continuo. Ese gran santo nos enseña que los éxtasis son efectos del amor divino. Es propio de este amor atraer al amante hacia sí y transportarlo al objeto amado. De este modo los divinos amantes ya no se pertenecen sino que pertenecen al único objeto de su amor. Viven más en él que en sí mismos pues el alma está más en el que ama que en su propio cuerpo. Podemos decir entonces seguramente que la bienaventurada Virgen, cuyo espíritu estaba sin cesar entregado a Dios por continua contemplación y cuyo Corazón estaba perpetuamente transportado en Dios por



un amor ardentísimo no salía jamás del éxtasis y el arrobamiento sino que estaba siempre cautivado y transportado en su Dios al que amaba más infinitamente que a sí misma. Estos son los éxtasis y las gracias gratuitas de la Madre de Dios.

¿Qué relación tienen estas gracias con el santísimo Corazón de la divina Madre? Se relacionan como efecto con su causa, como los arroyos con su fuente, como los rayos al sol. ¿No es cierto que el amor y la humildad de este amable Corazón, al atraer hacia sí al Espíritu Santo, consiguientemente atraía a sí todos sus dones y sus gracias? Con muchísima razón este Corazón virginal es llamado sagrario de las gracias de este divino Espíritu. ¿No es justo que el cielo y la tierra, los hombres y los ángeles, y todas las criaturas se empleen en bendecir, alabar y glorificar al tres veces Santo que depositó tantas gracias, tanta santidad y tantas maravillas en este Corazón incomparable? Loores, honor y gloria inmensa, infinita y eterna al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.



**CAPÍTULO IX**  
***Fruto que debe alcanzarse***  
***de lo estudiado en el capítulo precedente***

Te exhorto, mi querido lector, a la imitación de las gracias tratadas en el capítulo precedente. Son más admirables que imitables. Te ruego que tengas cuidado de dejarte llevar a los sentimientos impíos y detestables de Lutero y Calvino y sus secuaces, que quieren arrebatarse a la santa Iglesia algunas de las más preciosas y relucientes joyas con que su Esposo la ha adornado. La quieren despojar principalmente de la gracia de las revelaciones y del don de los milagros. Son favores con que, luego de prometidos por sus profetas (Joel 2, 28), comenzó a enriquecerla desde su nacimiento. Ha permanecido siempre y permanecerá por todo el tiempo en posesión de ellos hasta el fin de los siglos. Es verdad muy segura que ha habido y habrá siempre verdaderos milagros y verdades reveladas en la Iglesia de Dios. Solo la herejía, la impiedad y el libertinaje se esfuerzan por combatir esta verdad que desagrada mucho al príncipe de las tinieblas. Pero permanecerá firme e inmovible porque está fundada y establecida en las divinas Escrituras, en los oráculos de los santos Padres y en la doctrina de los teólogos, y en incontables experiencias palpables y visibles en todo el



universo. ¿No hemos escuchado a san Pablo que nos declara (1 Cor 12, 8), que el Espíritu Santo ha comunicado a su Iglesia, su Esposa, varios dones y diferentes gracias, entre otras el don de los milagros y la gracia de la profecía la cual comprende manifiesta y necesariamente la gracia de las revelaciones. Es evidente que nadie puede conocer las cosas secretas y las que están por venir, cuyo conocimiento no puede darse naturalmente en el espíritu humano, sino por revelación que Dios concede.

Todos los libros de los santos Padres, de los teólogos, de los analistas de tradiciones y de vidas de santos, escritas en número incontable, a lo largo de los siglos del primero al presente, ¿no están llenos de infinidad de milagros que la divina providencia ha obrado en toda la tierra, y de revelaciones que su bondad inefable ha comunicado a personas eminentes en santidad? Milagros y revelaciones en número grande, examinados por la autoridad de la Iglesia con el todo rigor y la diligencia posibles, aprobados y reconocidos como verdaderos. Podría aducir número incalculable de célebres doctores e ilustres teólogos que han escrito tratados enteros para sostener la verdad y la creencia en los milagros y en las revelaciones y para mostrar que la Iglesia jamás ha estado sin revelaciones y sin milagros.



No quiero decir que todo lo que parece ser milagro o revelación deba ser creído y reconocido como tal. El apóstol y evangelista san Juan nos lo advierte muy saludablemente cuando nos dice: *No crean a todo espíritu: discernan los espíritus para ver si vienen de Dios* (1 Jn 4, 1). Lo que dice san Pablo es muy verdadero y sucede a menudo, que Satán se transfigura en ángel de luz para engañar a quienes no saben discernir lo falso de lo verdadero.

El espíritu de luz obra portentos extraordinarios en algunas almas que escoge según le place y que le son fieles. Pero el espíritu de tinieblas es el simio de Dios, se esfuerza por imitar sus obras a fin de descreditarlas haciendo creer que son como las suyas, es decir, llenas de falsedad y engaño.

La tierra produce sin comparación más espinas que rosas; lo falso es mucho más común que lo verdadero; los diamantes falsos se reconocen mucho más fácilmente que las joyas verdaderas. En la corte del impío Acab, rey de Israel, el espíritu de la mentira hablaba por la boca de cuatrocientos falsos profetas, mientras el Espíritu de la verdad no hablaba sino por un solo hombre, el profeta Miqueas. Mientras estamos aquí, habitamos en la región de sombras de muerte, en país de tinieblas, en tierra del todo cubierta de trampas, en medio de un ejército incontable de enemigos que solo piensan noche y día en sorprendernos y



perdernos. Incluso llevamos dentro de nosotros mismos nuestros más peligrosos y crueles enemigos, como son nuestro amor propio, nuestra propia voluntad, nuestro orgullo y nuestro propio espíritu. A ellos debemos temer más que a la peor turba que haya en el mundo, y que a todos los espíritus malignos del infierno. Nuestro interior es la primera parte del hombre en que el pecado ha derramado su veneno, su corrupción, su malignidad y sus tinieblas. Es loco el que piensa ser muy avisado; es ciego quien se imagina ver claro, y por consiguiente quien siga su conducta caerá infaliblemente en muchos precipicios.

Por eso con mucha razón el discípulo amado proclama: *No crean a todo espíritu sino discernan los espíritus para ver si son de Dios.* Felices quienes siguen esta sabia advertencia. Dichosos los que marchan con temor y circunspección por los caminos de Dios; los que no se dejan llevar de ligerezas y credulidades inconsideradas. Felices igualmente quienes ponen límites a su temor y no caen en el otro extremo, que no es menos peligroso, es decir, en incredulidad generalizada ante todo lo que es extraordinario en las vías de la gracia. El mismo Espíritu Santo que nos advierte por san Juan que no debe creerse en todo espíritu nos dice asimismo por boca de san Pablo que la *caridad lo cree todo*. Quiere decir, lo que no va contra la fe y las buenas costumbres y de lo que se puede obtener



buen fruto y edificación, Y el mismo san Juan no dice: *No crean en ningún espíritu, sino no crean en todo espíritu*, Y cuando añade: *Disciernan los espíritus para conocer si vienen de Dios*, nos deja pensar que hay espíritus que vienen de Dios, a los que por tanto hay que dar asentimiento.

Hay personas demasiado inclinadas a creer y hay otras más reticentes. Ambos extremos son peligrosos: los espíritus avisados evitan lo uno y lo otro.

Creer precipitadamente es ligereza de corazón dice la santa Palabra (Sirá 19, 4); ser tardo para creer es locura dice el Hijo de Dios (Lc 24, 25). Aprobar todo es imprudencia peligrosa; condenar todo es temeridad perniciosa. Aceptar todas las revelaciones, visiones y todo lo que aparenta ser milagroso es señal de tener mente demasiado débil; rechazar y menospreciar todo es testimonio de un espíritu poco razonable. Dime, te ruego, ¿será razonable querer botar todo el oro y la plata del mundo porque algunos son falsos? ¿Es razonable no admitir ninguna verdad por temor a ser engañado por la mentira? ¿O no aceptar el testimonio de alguien porque hay cantidad de testigos falsos? ¿Habría razón en cerrar los oídos a la voz del profeta Miqueas porque hablaba en medio de cuatrocientos falsos profetas? Si Acab le hubiera creído le habría ido bien. Lástima grande la suya haber sido demasiado crédulo a los profetas del



diablo. Su desgracia fue haber sido incrédulo al profeta de Dios. Hay menor peligro en rechazar todas las profecías, y por consiguientes las visiones y revelaciones que son su fuente, que en admitirlas demasiado fácilmente.

Satanás tuvo siempre sus pitonisas y sus falsos profetas. Por ellos habló. Pero Dios tuvo siempre también, y tendrá por siempre, sus oráculos y videntes, es decir, profetas como los llama la Escritura. Por ellos nos anuncia sus secretos y sus misterios. Entre las gracias que promete dar a su Iglesia, cuando derrame en ella su divino Espíritu, los dones de profecía, de visión y de revelación están anunciados como primeros según estas divinas palabras: *En aquel día derramaré mi espíritu sobre toda carne; los hijos e hijas de ustedes profetizarán y yo hablaré en sueños a sus ancianos, y sus jóvenes tendrán visiones santas y celestiales (Joel 2, 28).*

Sé muy bien que las comunicaciones de sus favores que Dios hace a su Iglesia no son frecuentes ahora como lo fueron en su nacimiento. Ella durará todo el tiempo que su Esposo esté con ella y que el Espíritu Santo la gobierne. No, jamás la Iglesia ha carecido de visiones y revelaciones, como tampoco de milagros. Como deben ser repudiadas y detestadas las que han sido forjadas por el espíritu de tinieblas y de error, así deben estimarse y respetarse las que vienen del Espíritu de luz y de verdad.



Dios tiene infinidad de caminos para conducir las almas al cielo. Siendo su dueño obra según su beneplácito. A unas las lleva por un camino a otras por otro. No nos toca darle normas ni señalarle la manera como debe conducir cada alma en particular. Tiene caminos ordinarios y extraordinarios. Hace caminar a unos por aquellos a otros por estos.

El camino de la fe es el camino ordinario, gran camino trillado, que lleva a la vida eterna. ¿Acaso la fe no se funda en la revelación y de ella recibimos los misterios de nuestra creencia?

¿Quién dijo a Moisés todo lo que escribió sino la revelación que le vino de lo alto? ¿De dónde sacaron los profetas todo lo que anunciaron sobre la Encarnación, la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor sino de las visiones y revelaciones que Dios le dio? ¿No declara san Pablo vivamente que aprendió el Evangelio que predica, no de los hombres ni de los apóstoles sino por revelación de Jesucristo? ¿No debe la Iglesia a las visiones y revelaciones del discípulo amado de Jesús tantas maravillas que nos dejó por escrito en su Apocalipsis? ¿Y casi todas las vidas de los santos que han existido en todos los siglos hasta el presente no están llenas de revelaciones y visiones?

Es cierto que las revelaciones sobre las que se funda nuestra fe son aprobadas y autorizadas por la Iglesia, lo que



no sucede con otras. Por ello hay gran diferencia entre aquellas y estas, entre los artículos de la fe cuya creencia es necesaria para la salvación y éstas que nadie está obligado a creer. Pero, aunque no sea obligatorio creer en ellas, sin embargo la piedad y la prudencia piden que no sean condenadas demasiado rápidamente. Es propio de la piedad tratar con respeto todo cuanto tenga alguna referencia a Dios mientras no aparezca clara su falsedad. Es propio de la prudencia no precipitar jamás un juicio, especialmente en lo que es de importancia. Es riesgoso atribuir al diablo lo que puede ser de Dios y dar un mentís al Espíritu de la verdad. No sería pequeño mal para quien comete tal atentado.

Los más prudentes suspenden su juicio en estas ocasiones. Si por su oficio o por orden de los superiores o por cualquier otra razón están obligados a estudiar el caso, que se humillen primeramente ante Dios no haciéndose pasar por sabios ni apoyándose en sus luces ni en su experiencia. Reconozcan que son tinieblas e incapacidad; renuncien a su propio espíritu y entréguense al espíritu de Dios cuya asistencia invoquen de todo corazón. Recurren también a la Madre de la verdad y de la luz eterna; imploren el socorro de los ángeles y los santos; consulten libros que tratan estas materias y a personas ilustradas en esta teología. Luego de esto examinen todo cuidadosamente; estúdienlo con ponderación sagrada; considérenlo de cerca



y dense espacio de tiempo; examinen atentamente si lleva las señales del Espíritu de Dios o el carácter del espíritu maligno. De este modo cumplan las palabras del discípulo amado: *Examinen los espíritus para saber si son de Dios; o estas palabras del apóstol Pablo: examínenlo todo y quédense con lo bueno* (1 Ts 5, 21).

## **CAPÍTULO X**

### ***Tesoro inestimable de las verdaderas riquezas de la tierra y del cielo, novena excelencia del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen***

La liberalidad inmensa de la divina bondad nos ha dado cuatro grandes tesoros que poseemos en la tierra.

El primero es la santísima Eucaristía. Ella encierra en sí todo cuanto hay de rico, de precioso y admirable en el tiempo y en la eternidad, en todos los ángeles y los santos, en la Reina de los ángeles y de los santos, en la humanidad sagrada del Hijo de Dios y en su divinidad, en la divina esencia y en las tres Personas eternas.

El segundo tesoro es la Sagrada Escritura. Ella contiene todas las verdades, oráculos, misterios y secretos de la



divinidad. Con razón san Agustín<sup>496</sup> y san Gregorio<sup>497</sup> dicen que ella es el Corazón de Dios.

El tercer tesoro son las reliquias de los santos que la Iglesia posee, conserva y honra como precioso tesoro. Son tesoro de su divino Esposo. Nuestro amable Salvador, hablando a santa Brígida sobre las reliquias de los santos, las llama su tesoro. En tres ocasiones diferentes, especialmente en el capítulo 114 del cuarto libro y en el capítulo cuarto del libro séptimo de sus Revelaciones, la santa nos refiere sus palabras: *“Voy a hablarte de un tesoro que no está todavía en el cielo sino que ustedes tienen todavía en la tierra. Este tesoro son las reliquias y los cuerpos de mis amigos. Que se conserven enteros o no. Que estén reducidos a cenizas y a polvo o no. Digo claramente que son mi tesoro, y que donde está mi tesoro está también mi Corazón”*. Juzga entonces cuánto respeto y qué devoción son debidos a las santas reliquias.

El cuarto tesoro es el Corazón admirable de la gloriosa Virgen que contiene riquezas inexplicables.

Porque, primeramente, es el tesoro del amor del Padre eterno. *Tesoro del amor de Dios Padre*, dice el santo obispo y mártir Metodio<sup>498</sup>. En él el Padre adorable ha depositado su amor, es decir, su Hijo único y muy amado, cuando, al

---

<sup>496</sup> Coment. Del Salmo 22

<sup>497</sup> Coment. A 1 Sm, cap. 2

<sup>498</sup> Orat. De Hypapante. Texto que explica san Juan Eudes en la Infancia admirable, cap. 20



enviarlo a este mundo para obrar la salvación del género humano, lo puso en el seno virginal y en el Corazón maternal de la divina María. Ese Hijo amadísimo, que es el Corazón el tesoro de su muy amable Padre, estuvo oculto por espacio de nueve meses en las sagradas entrañas de esta purísima Virgen y estuvo y estará eternamente alojado en su Corazón maternal. Con razón este Corazón virginal debe ser honrado como el precioso tesoro del amor del Padre de las bondades.

Segundo, el Corazón muy augusto de la reina del cielo es el tesoro del Hijo único de Dios. En ese Corazón maravilloso ocultó y conservó todos los misterios y portentos que acaecieron durante su permanencia en la tierra. Es lo que afirman estas divinas palabras: *María conservaba todas estas palabras en su Corazón* (Lc 2, 51).

Escucho al divino apóstol san Pablo que nos anuncia que *todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia están ocultos en este divino Salvador* (Col 2, 3). No se los reserva solo para él. Los comunica a sus santos, primera y principalmente a su santísima Madre. En su Corazón él ha depositado todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia con mayor abundancia y plenitud que en los santos profetas, que en los santos apóstoles y en todos los santos del paraíso, e incluso en todos los ángeles. Leo en varios



teólogos notables<sup>499</sup> que no temen decir que desde el momento de su Concepción Inmaculada tuvo conocimiento sobrenatural e infuso de todos los divinos misterios y que fue colmada en general de todas las ciencias, y en mayor grado que todos los ángeles y los hombres. Esta mujer admirable no solo fue revestida del sol sino que lleva al sol en sus brazos. San Epifanio<sup>500</sup> escribe: *¡Oh santísima Virgen, tú haces que todos los ejércitos celeste caigan en éxtasis y en admiración ante tus maravillas. Gran milagro es ver a una mujer en el cielo revestida del sol y prodigio maravilloso ver a una mujer en la tierra que lleva al Sol en sus brazos y en su regazo. ¿Qué significa todo esto? Que María es la divina Mujer que, por ser la Madre del Sol, lo llevó en sus entrañas y entre sus brazos. Está del todo rodeada, colmada y penetrada de sus divinas luces que no permiten que ignore algo. Llenan su espíritu y su Corazón, por infusión y privilegio especial de la divina bondad, con todas las ciencias divinas y humanas, naturales y sobrenaturales, que puedan darse en una simple criatura.*

Con sobrada razón dice san Bernardo<sup>501</sup> que *María está revestida del Sol porque penetró el profundísimo abismo de la Sabiduría divina en forma inconcebible, y que, después de la humanidad santa del Hijo de Dios, ella fue sumergida y*

---

<sup>499</sup> Suárez, 3 part. Q. 36, art. 4, disp.. 19, sec. 3. Vega Nos. 957, 1134, 1139.

<sup>500</sup> Serm. De laudibus Deiparae

<sup>501</sup> Sermón in signum magnumi



*abismada en esta luz inaccesible más profunda y ventajosamente que todas las criaturas humanas y angélicas. Y el mismo santo añade: Como la luz del sol resplandece por encima de todas las claridades de las estrellas, así la reina del cielo sobrepasa, después de su Hijo, todas las criaturas razonables por el esplendor de su santidad y de su ciencia.*

Dice san Eusebio Emisenio al respecto: *Esta reina de los ángeles tuvo más conocimiento, no solo de los misterios de la humanidad de su Hijo, sino también de su divinidad, que todos los hombres y los ángeles.*

San Bernardino escribe<sup>502</sup>: Desde el primer momento de su Concepción Inmaculada estuvo llena de gran iluminación de la sabiduría y conoció muy bien al Creador y a las criaturas.

Suárez y otros ilustres doctores van más allá. Dicen que vio claramente la divina esencia en el momento de su Concepción Inmaculada, en el momento de la encarnación del Hijo de Dios en ella y en otras varias ocasiones<sup>503</sup>.

¿Quién puede comprender y expresar entonces la profundidad, la altura y la extensión de las divinas luces de que la Virgen sagrada estuvo colmada?

San Anselmo anota: *Finalmente Jesús es la sabiduría de Dios y todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de*

---

<sup>502</sup> Tratado de Bata. Ser 4, art.1, cap. 4

<sup>503</sup> Syuárez in 3 part. Q. 28, art. 4, secc. 4



*Dios están en Jesús y Jesús está en María, y por consiguiente todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios están en María.*

De este modo su Hijo amadísimo derramó en su Corazón los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que están ocultos en el suyo. Pero además, puso todos los tesoros de gracias y misericordias que nos adquirió por su sangre y por su muerte y le dio el poder de distribuirlos *a quien quiere, dice san Bernardo, cuando quiere y como quiere*, a quien le place, cuando le place y de la manera que le place. Y el sabio Dionisio el Cartujo añade: *En tus manos están todos los tesoros de as misericordias de Dios*<sup>504</sup>.

Este Corazón muy augusto de la Reina de los ángeles no es solo el tesoro del amor del Padre y de la bondad del Hijo sino igualmente el tesoro de la caridad del Espíritu Santo. En este tesoro depositó un océano de gracias: todas las gracias de los santos apóstoles y evangelistas, todas las gracias de los santos mártires y de los santos sacerdotes y levitas, todas las gracias de los santos confesores y de las santas vírgenes, todas las gracias de los demás santos, y todas las gracias gratuitas. En este tesoro ese Espíritu divino puso todas las virtudes teologales, cardinales y morales en más alto grado sin comparación que en los corazones de todos los ángeles y los santos. En este tesoro este Espíritu

---

<sup>504</sup> Opúsculo de Laud. Vitae solitariae.



adorable depositó todos sus dones que son siete principales; todos sus frutos que son doce, y las ocho bienaventuranzas evangélicas como lo veremos más adelante. Por ello es posible afirmar con san Andrés de Candia que *este Corazón sacratísimo es el santísimo tesoro de toda santidad*<sup>505</sup>.

Digamos también con san Epifanio: *Este santísimo Corazón es tesoro admirable de la santa Iglesia*<sup>506</sup>. *Es tesoro de gloria, de felicidad, de júbilo para la Iglesia triunfante. Y san Bernardo anota: Por ti, Virgen santa, el cielo está lleno, el infierno es despojado, y las ruinas de la Jerusalén celestial son restauradas.*

Es tesoro de gracias y misericordia para la Iglesia militante, pues, al decir de san Germán, patriarca de Constantinopla, nadie es liberado ni preservado de las asechanzas de Satanás, de que la tierra está cubierta, sino por María. *Nadie hay a quien este don se conceda que no sea por ti, oh Purísima*<sup>507</sup>.

Es tesoro de alivio y consuelo para la Iglesia sufriente, pues, como ya dijimos, todas las penas del purgatorio son abreviadas y mitigadas, a cada hora, por medio de la caridad maravillosa del muy benigno corazón de la Madre de bondad.

---

<sup>505</sup> Orat. De la Asunción

<sup>506</sup> Ort. De laud. Deiparae, serm. 94

<sup>507</sup> De zona B.V.



Finalmente ninguna gracia brota ni desciende, ningún favor viene del trono de Dios, sea para la Iglesia triunfante, militante o sufriente, dice Ricardo de San Víctor, que no pase por las caritativas manos de la divina Madre<sup>508</sup>.

Saludemos, pues, con san Cirilo, patriarca de Alejandría, a esta amabilísima María. Saludémosla con todo el corazón y digámosle: *Te saludo, santa Madre de Dios. Tú eres el máspreciado tesoro de todo el universo.*

¡Oh tesoro incomparable! ¡Oh Corazón admirable! ¡Oh bondad inefable de la amabilísima Trinidad, que nos ha dado este Corazón maravilloso y este tesoro inestimable, o digamos más bien, estos santísimos Corazones y estos riquísimos tesoros! Son cuatro Corazones y cuatro tesoros que poseemos: el Corazón adorable del Padre eterno, que es su Hijo Jesús; lo tenemos en la santa Eucaristía; el amable Corazón de este mismo Jesús que tenemos en las santas reliquias; el Corazón del Espíritu Santo que tenemos en las Sagradas Escrituras; y el benignísimo Corazón de la Madre de Dios. ¡Cuánto amor debemos tener al Sacramento de amor! ¡Qué respeto a las sagradas reliquias! ¡Cuánta veneración a las Sagradas Escrituras! ¡Qué devoción y cuánta ternura al muy bondadoso Corazón de nuestra amadísima Madre!

---

<sup>508</sup> Homil. 3 contra Nest.



¡Oh, de cuánta riqueza disfrutamos por la posesión de esos cuatro grandes tesoros, especialmente del primero y del último, o sea del divino Corazón de Jesús y del santísimo Corazón de María! Ciertamente tenemos con qué pagar nuestras deudas y con qué satisfacer a todas nuestras obligaciones. Cargamos, en efecto, con cuatro valiosas deudas y con cuatro grandes obligaciones.

En primer lugar, debemos adorar y glorificar a la santísima Trinidad en todas sus grandezas y en todo lo que es, tanto en ella misma cuanto en las criaturas. Para satisfacer a esta obligación, ofrezcámosle todas las adoraciones, honores, y glorias que le fueron, le son y le serán dadas por el muy digno Corazón de Jesús y María.

En segundo lugar, debemos dar gracias a la divina bondad por infinidad de beneficios que hemos recibimos y recibimos de su generosa mano. Para pagar esta deuda ofrezcámosle todas las alabanzas y acciones de gracias que ha recibido y recibirá por siempre del Corazón agradecido de Jesús y María.

En tercer lugar, tenemos obligaciones infinitas de amar a Dios de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma, de todas nuestras fuerzas, tanto por ser él todo amor en sí mismo y respecto de sí mismo, como por ser todo corazón y todo amor a nosotros. Sin embargo no hemos comenzado aún a amarlo como es debido. Para pagar esta deuda y para



satisfacer esta falta, ofrezcamos al Padre eterno el divino Corazón de su Hijo que es todo amor a él y del todo encendido de amor digno de él. Ofrezcamos a Jesús el santísimo Corazón de su divina Madre que está transformado por entero en amor a él y que tiene más amor por él que todos los corazones de los ángeles y de los santos juntos.

En cuarto lugar, tenemos obligación de satisfacer a la justicia divina por nuestros incontables pecados, ofensas y negligencias. Para quedar a paz y salvo de esta obligación ofrezcámosle los sufrimientos, angustias y padecimientos que el muy buen Corazón de Jesús y María soportó en este mundo por amor nuestro. Ofrezcámonos también para sufrir todo lo que le plazca por su amor.

Cuando nos encontremos en alguna necesidad o aprieto, sea corporal o espiritual, roguemos al Padre eterno, con profunda humildad y plena confianza, por intercesión del amabilísimo Corazón de su divina Madre, que nos conceda lo que pedimos, de la forma que les sea más de su agrado. Sin duda obtendremos lo que deseamos.

Cuando caigamos en tristeza o desolación, a fin de recuperar el gozo y el consuelo, pensemos que tenemos un tesoro que contiene riquezas inestimables; que ese tesoro es el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen, y que en ese Corazón hay más amor y afecto por nosotros como



no lo hay en los corazones de los padres y madres que ha habido, hay y habrá; incluso más que en los corazones de los ángeles y de los santos. ¡Oh qué motivo de gozo y consuelo tenemos! Ciertamente si conociéramos bien el amor, las riquezas y ternuras que se dan por nosotros en este amabilísimo Corazón de nuestra muy buena Madre moriríamos de felicidad.

## **CAPÍTULO XI**

***Santuario, víctima, sacerdote, incensario,  
altar del divino amor:  
décima excelencia del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen***

Todos los corazones de los ángeles y de los santos que hay en el cielo son otros tantos santuarios del amor divino. En ellos Dios es adorado, glorificado y amado sin cesar y diversamente, según la diferencia de grados de amor que poseen esos mismos corazones.

El divino Corazón de nuestro amabilísimo Salvador es el santuario de los santuarios y el amor de los amores, que siempre ha adorado, glorificado y amado a Dios, y que lo adorará, lo glorificará y lo amará siempre de manera digna de sus grandezas y bondades infinitas.



El santísimo Corazón de la Madre de este adorable Salvador es el segundo santuario del amor divino. Santuario fabricado por el amor increado y esencial que es el Espíritu Santo. Santuario jamás profanado por pecado alguno, adornado de santidad sin igual y de bondad resplandeciente de todas las virtudes en soberano grado. Santuario que siempre ha sido y será eternamente gloriosa morada del Santo de los santos. Santuario en el que ha habido siempre y habrá por siempre más honor, gloria y amor a la santísima Trinidad que en todos los santuarios materiales y espirituales que ha habido, hay y habrá en la tierra y en el cielo.

Este santuario encierra cuatro elementos principales que vamos a considerar.

El primero es el sacrificio perpetuo que allí se ofrece eternamente a Dios. Sacrificio de amor y de alabanza. Sacrificio de amor, pues este Corazón virginal estuvo siempre, durante la permanencia de la bienaventurada Virgen en la tierra y mucho más desde que está en el cielo, en ejercicio y sacrificio perpetuo de amor a Dios, pero de amor como no ha habido ni habrá nunca que le sea semejante, después del amor incomparable del Corazón deificado de Jesús.

Sacrificio de alabanza, pues ese mismo Corazón es hostia perpetua de alabanza, adoración, bendición,



glorificación y acción de gracias a la santísima Trinidad. Ella es alabada más dignamente, adorada más perfectamente, y glorificada más altamente por este Corazón que por todos los corazones de los espíritus humanos y angélicos de la tierra y del cielo. Este Corazón está representado por el incensario de oro que está en la mano de un ángel de que se habla en el capítulo octavo del Apocalipsis.

Es incensario de oro, signo de que el sagrado Corazón de María es todo oro y todo amor. Este incensario está en la mano de un ángel que pertenece al gran consejo, es decir, en la mano de nuestro Salvador. Muestra así que el Corazón sagrado de nuestra divina Virgen ha pertenecido siempre a Dios y a nadie más; que estuvo siempre en posesión y dirección del Ángel del gran consejo. ¿Si el corazón de un rey de la tierra está en la mano del Señor para dirigirlo, como le place, cuánto más el Corazón de la reina del cielo? Ese Ángel del gran consejo *llena este incensario con el fuego del altar, y en cantidad grande de incienso*, es decir, con *las oraciones de los santos*, para significar que fue el Hijo de Dios quien llenó el Corazón de su santísima Madre con el fuego sagrado que él aportó a la tierra. Y que todas las adoraciones, alabanzas, glorificaciones y plegarias que salen de este Corazón virginal proceden al Corazón adorable de Jesús.



Las oraciones de los santos son depositadas en el Corazón de María, representado por el incensario de oro. Se nos da a entender así que los santos depositan sus oraciones, alabanzas y adoraciones que tributan a Dios en el Corazón sagrado de su muy buena Madre y de la muy querida Madre de su Salvador, para que, unidas a las suyas, sean más agradables y eficaces ante su divina Majestad.

Este es el sacrificio que se hace en el santuario de amor que es el Corazón muy augusto de la Madre de Dios, y es el primer elemento que observamos en este amable santuario.

El segundo elemento son las víctimas de amor que allí son sacrificadas ¿De qué víctimas se trata? Las hay de tres especies principales.

La primera es esta víctima adorable que la bienaventurada Virgen ofreció a Dios con todo su corazón y con amor inconcebible, en el templo de Jerusalén y en el Calvario, y que ofrece todavía de continuo en el cielo y en todos los divinos sacrificios que se hacen diariamente y a toda hora por la tierra entera. Si todos los cristianos gozan del derecho de ofrecer a su divina Majestad el mismo sacrificio que le es ofrecido por los que tienen el carácter sacerdotal, cuanto más la Madre del soberano sacerdote debe gozar de este derecho y de este poder. No digo que esté presente en esos sacrificios que se hacen en la tierra



con presencia corporal y sensible. Está en ellos de espíritu, de corazón y de afecto. Y puesto que no tiene sino un Corazón, un espíritu y una voluntad con su Hijo, quiere todo lo que él quiere. Ella lo acompaña de espíritu y afecto por doquier esté, para hacer con él, en cierta manera, todo lo que él hace. Si las santas vírgenes siguen al Cordero a donde vaya, ¿podría esta reina de las vírgenes estar separada de su divino Cordero?

Si María, en opinión del sabio y muy piadoso Gerson<sup>509</sup>, no recibió el carácter del oficio sacerdotal en la tarde de la Cena del Señor, no ha dejado de tener, entonces y en adelante y después, la unción interior de la gracia del sacerdocio real, de manera más excelente que todos los demás fieles. Y esto no por consagración sino para sacrificar una hostia pura, santa y perfecta en el altar de su Corazón, allí donde arde el fuego divino en el que ella ofrece su holocausto continuamente.

De allí viene que los santos le atribuyen el nombre y la calidad de sacerdocio. San Epifanio<sup>510</sup> dice: *Llamo a la Virgen sacerdote y altar*. Y no hay de qué admirarse pues el Espíritu Santo honra a todos los cristiano con el título de *sacerdocio real* (1 Pe 2, 9). *Nos hiciste reyes y sacerdotes* (Ap 5, 10).

---

<sup>509</sup> Tratado del Magn. 49, letra B.

<sup>510</sup> Serm. De laudib. Virginis.



Esta es la primera víctima ofrecida a Dios en el santuario del santísimo Corazón de la reina de los ángeles.

La segunda víctima sacrificada en ese mismo santuario es la Madre del Salvador. Como este adorable redentor se inmoló a sí mismo para la gloria de su Padre y para nuestra salvación, su santísima Madre, queriendo imitarlo en todo lo que fuera posible, se sacrificó también ella misma a la gloria de su Dios, y se sacrificó con un Corazón del todo enardecido de amor a su divina Majestad. Vivió en la tierra en sacrificio continuo de su ser, de su vida, su cuerpo, de sus pensamientos, palabras y acciones, y de todas sus facultades y de sus sentidos exteriores e interiores, de todas sus pasiones, inclinaciones y satisfacciones, y en general de todo lo que era, tenía y podía.

La tercera víctima comprende infinitud de víctimas que han sido inmoladas a Dios en el maravilloso santuario del Corazón virginal. Para entenderlo, has de saber que si el Padre eterno nos dio todas las cosas al darnos a su Hijo, según estas divinas palabras: *Con él nos lo dio todo* (Ro 8, 32), con mayor razón hizo esa donación a la que eligió para ser Madre de su propio Hijo. Por ello esta reina del cielo y de la tierra, sabiendo muy bien que todo cuanto había en el universo le pertenecía y deseando hacer el mejor uso posible de ello para la gloria del que todo le había dado, ofrecía y sacrificaba a su divina Majestad todas las criaturas



que hay en el mundo, como otras tantas víctimas. Sabía que no era posible tributar mayor honor a Dios que con ese sacrificio, y que por consiguiente no sería posible hacer uso santo de todo cuanto hay en nosotros sino ofreciéndolo, dándolo y sacrificándolo al soberano Señor de todo, es decir, en la manera como puede y debe ser sacrificado según su santísima voluntad.

Estas son las tres víctimas ofrecidas a Dios en el santuario del Corazón inmaculado de la Madre del soberano Sacrificador. Ella continúa, y lo hará eternamente, esta oblación en el cielo a la manera como allí su Hijo Jesús se ofrecerá eternamente con todos los seres del universo que su Padre le ha dado.

Entreguémonos de todo corazón, con todo lo que nos pertenece, al Hijo y a La Madre para unirnos a ellos en todos sus sacrificios y en el amor ardentísimo con el que los ofrecen.

Querido lector, ahora puedes ver qué clase de sacerdote ofrece a Dios todos estos sacrificios en el santuario del Corazón virginal. No es otro que este mismo Corazón. Por tanto este Corazón incomparable es el santuario del amor divino de que hablamos aquí. Hace parte de las víctimas de amor que son inmoladas en este santuario. Es el sacerdote y el sacrificador que hace de continuo el sacrificio con amor que no tiene igual.



¡Oh santísimo sacerdote, con todo el corazón consentimos en el sacrificio perpetuo que haces de nosotros y de todo cuanto nos pertenece a la gloria de nuestro Creador y Salvador, por todos los fines e intenciones por los que haces este sacrificio!

Nos queda por ver el cuarto elemento que forma este admirable santuario. Es el altar del divino amor. En él todos los sacrificios precedentes han sido hechos, se hacen de continuo y se harán eternamente de la manera como dijimos. ¿De qué altar se trata? Es el amabilísimo Corazón de la madre de amor. Escuchemos nuevamente al santo e ilustre doctor Juan Gerson, lumbrera brillante de la universidad de París: *Después del divino sacrificio que Nuestro Señor ofreció de sí mismo en el altar de la cruz, el más agradable a Dios y más provechoso al género humano, es el que fue ofrecido a su divina Majestad por la santísima Virgen en el altar de su Corazón cuando tantas y tantas veces y con tanto amor ofreció a su Hijo único y amadísimo como hostia viva. Es el verdadero altar de los holocaustos en el que el fuego sagrado del divino amor ardía continuamente, noche y día, sin interrupción alguna. Es el altar de oro que san Juan vio en el cielo ante el trono de Dios*<sup>511</sup>.

---

<sup>511</sup> Tratado 9 sobre el Magnificat. Part. 1



Cuando cada día decimos: *Entraré al altar de Dios*, nos referimos a este altar del Sagrado Corazón de la gloriosa Virgen y con él al divino Corazón de su Hijo Jesús que no forma sino uno con el de su amadísima Madre. No siendo sino uno estos dos Corazones, según hemos dicho varias veces, estos dos altares, en cierto modo, no forman sino un solo altar. Y en ese altar vamos a ofrecer el sacrificio que mil y mil veces es ofrecido por la Madre. Por esta razón la santa Iglesia repite por tres veces, al comienzo de la Misa, estas palabras por boca del sacerdote y del acólito, que no hace sino uno con el sacerdote: *Entraré al altar de Dios*. Nos quiere indicar así que debemos ofrecer este mismo sacrificio en el ese divino altar y no solo en el altar visible y material que está ante nuestros ojos y que no es sino la sombra de aquel. Al ofrecer este sacrificio en un altar tan santo y divino, hagámoslo diciendo todo, en unión del amor, la caridad, la humildad y la santidad de esos dos Corazones admirables que no hacen sino un mismo Corazón en un mismo altar. Llamamos igualmente este altar con la expresión el Santo de los santos cuando al acercarnos al altar pedimos Dios que no desprenda de nuestras iniquidades: *A fin de que merezcamos entrar en el Santo de los santos con el alma pura y santa*.

La santa Iglesia pone en los labios de este Corazón amable estas palabras para hablar de ese maravilloso



sacrificio: *Te rogamos, Dios omnipotente, ordenar que estas cosas, es decir, esta hostia adorable aquí presente, sea llevada, y por tanto inmolada, por manos de tu santo ángel, o sea el Ángel del gran consejo, en tu grande y sublime altar, ante la faz de tu divina Majestad, a fin de que siendo partícipes de este altar por la recepción del sacrosanto cuerpo y sangre de tu Hijo seamos colmados de todas las gracias y bendiciones celestiales.*

Observa que el sacerdote celebrante, una vez pronunciadas estas palabras: *Al participar aquí de este altar*, besa el altar material, figura del verdadero altar, místico y espiritual, que es el Corazón de Jesús y María. Demuestra así la unión muy íntima que nuestro corazón debe tener con este Corazón amabilísimo, en todo tiempo y lugar, pero especialmente durante la oblación de este divino sacrificio.

Ya hemos hablado, (libro 3º, capítulo 4, sección 5), de este altar, figura del Corazón sagrado de la bienaventurada Virgen.

Por lo ya dicho, ves, querido lector, que el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen es el primer santuario del divino amor, después del Corazón adorable de Jesús.

Que el sacrificio que en este santuario ha sido, es y será ofrecido eternamente a Dios es sacrificio de amor más agradable a su divina Majestad que todo el amor que arde en los corazones de los ángeles y de los santos.



Que las tres primeras víctimas inmoladas a Dios en este santuario son las víctimas más encendidas en el divino amor, que ha habido, hay, y habrá por siempre. Se trata, en efecto, del divino Corazón de Jesús y del santísimo Corazón de María.

Que todos los seres creados que han existido, existen y existirán son otras tantas víctimas que son sacrificadas en este santuario, en el amor y por el amor incomparable de esos dos amables Corazones, y por el amor y la gloria del Rey de los corazones.

Que todas las oraciones que elevan a Dios, todas las alabanzas y adoraciones que le son tributadas, pasen por el incensario de oro del purísimo Corazón de Jesús y María para que sean del agrado de su divina Majestad.

Que el sacerdote y el sacrificador por cuyas manos son ofrecidos todos los sacrificios que se hacen en este santuario a la santísima Trinidad es el divino Corazón de Jesús y María, transformado en amor al Dios de amor y en amor inconcebible.

Que el altar en el que todos esos sacrificios son ofrecidos a Dios es un altar totalmente de oro, o sea, que es todo amor y amor sin igual, porque es el Corazón sacratísimo de Jesús y María.

¡Oh Corazón divinísimo, oh Corazón muy admirable, oh Corazón infinitamente amable, eres el primer santuario del



divino amor! Eres la más santa víctima del amor divino. Eres el incensario de oro del amor divino. Eres el altar de oro del divino amor. Eres el altísimo y muy sublime altar el divino amor, presente ante el trono del Dios de amor. Eres el Santo de los santos consagrado totalmente al amor del tres veces santo. Eres, finalmente, el sumo sacerdote y el soberano sacrificador del amor eterno. ¡Oh, qué grandes maravillas se dan en este divino santuario! ¡Oh Sacerdote que a diario ofreces a Dios el mismo sacrificio que se le ofrece en ese augusto santuario, con cuánta santidad, pureza, fervor y amor lo debes ofrecer! En el nombre de Dios, presta atención a estas palabras que dices al comienzo de la Misa: *Entraré al altar de Dios*. Considera que entras en calidad de sacerdote para ofrecer el sacrificio. En calidad de hostia para ser allí sacrificado. Entrégate de todo corazón a Jesús y María para entrar con el amor y las santas disposiciones de su amabilísimo Corazón, con los que ellos ofrecen de continuo este sacrificio de amor para la gloria de la santísima Trinidad y por tu amor.

Y al subir al altar pídele a Dios que te purifique de todos tus pecados para que puedas merecer entrar en el Santo de los santos con alma del todo pura y santa. Entrégate una vez más a Jesús y a María para unirte a la pureza inmaculada y a la santidad más que seráfica de su amabilísimo Corazón.



Tú que no eres sacerdote, al entrar a una iglesia para asistir al este divino sacrificio o para orar escucha esta voz del cielo que hiere tus oídos y que debe penetrar a tu corazón: *Tiembla ante la faz de mi santuario* (Lv 26,12). Tiembla a la vista de mi santuario. Tiembla porque los poderes del cielo tiemblan ante mi faz. *Tiembla porque incluso los demonios tiemblan* (Sant 2, 19), pues eres pecador y lleno de pecado. Tiembla porque estás ante tu temible juez, ante el tribunal al que te presentarás pronto para dar cuenta hasta de una palabra ociosa, y para escuchar la sentencia última y decisiva de tu eternidad. Y por tanto humíllate ante él. Pídele perdón y ruégale que te dé la gracia de perfecta conversión.

¡Oh Madre de misericordia, compadécete de nosotros  
¡Oh Madre de gracia y de amor, ocúltanos en tu  
benignísimo Corazón. Arrójanos en los sacrificios que haces  
de continuo en ese altar e inmola por entero todos nuestros  
corazones a tu gloria y al amor de tu Hijo muy amado:  
*Alójanos en tu Corazón y que se deje venir cualquier poder  
adverso.*



## **CAPÍTULO XII**

***Centro de la Cruz y Rey de los mártires,  
aureolado con la corona del martirio,  
gloria de los santos doctores y santas Vírgenes,  
undécima excelencia del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen***

El primer objeto del amor de nuestro Salvador, después de su Padre eterno, es la cruz. Por ella rindió gloria infinita a su Padre y reparó el deshonor infinito que el pecado le causó. Por ella elevó a su bienaventurada Madre a la santidad, dignidad y gloria muy sublime que posee. Por la cruz santificó a todos los santos en la tierra y los glorificó en el cielo. Por ella estableció su Iglesia y la enriqueció con los sacramentos que posee y con todas las gracias, misterios y maravillas que la adornan y son tesoros inestimables. Finalmente por la cruz destruyó todo el mal e hizo todos los bienes. Por todo ello tiene tanto amor a la cruz. El Espíritu santo hablando del día en que fue crucificado lo llama *el día del gozo de su Corazón* (Cantar 3, 11). Todos los santos que han caminado tras las huellas de este adorable redentor y han sido animados por su espíritu amaron tanto la cruz que por su amor pusieron su gloria y sus delicias en los sufrimientos por amor de su amadísimo Crucificado.



Pero la bienaventurada Virgen, por estar llena del espíritu, de los sentimientos y del amor de su Hijo, ella sola lo amó más que todos los santos juntos. Lo amó tanto que puede decirse con verdad que, mientras estuvo en la tierra, su Corazón era el centro de la cruz. La cruz venía numerosa de todas partes a ocupar su Corazón como en su centro. Venía de la parte de Dios, de parte de los hombres, de los judíos que perseguían a su Hijo, de parte de los gentiles que lo crucificaban, de parte de Herodes, de Pilatos, de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, de parte incluso de sus amigos, los apóstoles y discípulos de su Hijo; de parte de Judas, de san Pedro que renegaba de él; de parte de los demás que lo abandonaron; de parte incluso de las criaturas insensibles e inanimadas, quiero decir, de parte del sol que iluminaba a los que atormentaban a su Hijo; de parte de la tierra que los sostenía en lugar de devorarlos; de parte del aire que les daba respiración en lugar de ahogarlos; de parte de las cuerdas y cadenas con que fue atado; de parte de las varas y azotes que lo desgarraron; de parte de las espinas que punzaron su santa cabeza; de parte de los clavos que traspasaron sus pies y sus manos; de parte de la hiel que llenó su boca de amargura; de parte de la lanza que penetró en su santo costado y en su divino Corazón; de parte de cuanto ha contribuido a hacerlo sufrir. Además,



este Corazón virginal padeció infinidad de otros dolores de que ya hablamos<sup>512</sup>.

Todas estas cruces eran bienvenidas en este Corazón que las recibía como enviadas por la mano de Dios, aún más, de su Corazón paternal y de su adorable voluntad. Fueron sobrellevadas con sumisión, paciencia, serenidad y amor admirable.

Con sobrada razón puede decirse entonces que este santísimo Corazón es el centro de la cruz.

Esto no impide que todas esas cruces fueran muy sensibles y dolorosas para la Madre de nuestro redentor. Le traían tantos dolores que el docto Alberto el Grande<sup>513</sup>, san Bernardino y varios otros santos<sup>514</sup> afirman que hubiera muerto si la divina omnipotencia no la hubiera fortalecido extraordinariamente. Según el sentir común de los santos Padres ella es mártir y más que mártir. Algunos afirman con énfasis que sufrió más que todos los mártires juntos, por diversas razones.

La primera, porque las almas sufren más que los cuerpos, pues son de naturaleza más noble y excelente. Pues bien, todos los mártires sufrieron en sus cuerpos pero la bienaventurada Virgen sufrió en su alma, traspasada por dolorosa espada.

---

<sup>512</sup> Enb el libro I, cap. VI, Orác. 2

<sup>513</sup> *Super Missus est*

<sup>514</sup> *Sermón sobre los Nombres de María*



La segunda, porque los demás mártires dieron su vida y su sangre por la gloria de Dios pero la sacratísima Virgen sacrificó a su divina Majestad una vida más excelente y una sangre más preciosa infinitamente que todas las vidas de los hombres y los ángeles y que toda la sangre de todos los hijos de Adán. Quiero decir, la dignísima vida y la preciosísima sangre de su Hijo amadísimo. Eran su propia vida y sangre pues una y otra salieron de sus entrañas virginales. Ella se las había dado. Vida santísima y sangre muy adorable que amaba más infinitamente que su propia vida y su propia sangre. La amaba mucho más que todos los santos mártires amaron su vida y su sangre, inmoladas en honor de su Creador.

La tercera, porque los suplicios de los otros santos mártires duraron poco tiempo. Pero el martirio de la Madre del Salvador duró tanto tiempo cuanto fue su vida. Ella comenzó a sufrir desde que empezó a amar a este amabilísimo redentor, por el conocimiento que el Espíritu Santo y la lectura de los santos Libros le brindaron sobre los sufrimientos que debía padecer por la salvación de los hombres.

La cuarta muestra que la reina del cielo sufrió más que todos los mártires juntos. Es posible contar las heridas y los tormentos que cada mártir sufrió pero las heridas y los dolores del sacratísimo Corazón de la Madre de Dios son



incontables. Cuenta, si puedes, todos los trabajos que su Hijo Jesús hizo en toda su vida, todas las injurias, ignominias y blasfemias con que los judíos lo ultrajaron; todas las llagas que recibió en su santo cuerpo; todos los tormentos padecidos en su santo cuerpo; todos los tormentos sufridos en su pasión, y habrás contado las heridas muy dolorosas en el Corazón desolado de su santísima Madre. Enumera todos los ultrajes y crueldades que los pérfidos judíos irrogaron contra los apóstoles y discípulos de su Hijo Jesús después de su Ascensión y habrás enumerado otros tantos suplicios que hicieron sufrir el Corazón maternal de su dignísima Madre. Cuenta todas las miserias, calamidades y aflicciones que vio en infinidad de personas mientras permaneció en la tierra y habrás contado otros tantos dolores de su caridad extraordinaria y su gran compasión hacia los miserables que llenaba su Corazón muy benigno. Cuenta todas las idolatrías, las impiedades y los crímenes incontables que se cometían contra Dios en toda la tierra, mientras ella moraba aquí y habrás contado otros tantos martirios muy sangrientos para su santísimo Corazón; martirios tanto más dolorosos para este Corazón virginal dado el amor a su Creador y el celo que tenía por su gloria. Como este amor era en cierto modo infinito, los dolores también que el Corazón de María sufría a la vista de las injurias muy atroces que se hacían al que ella amaba infinitamente más que a sí



misma son imposibles de expresar por palabras ni comprender por ninguna inteligencia.

La quinta razón que muestra que el martirio de la Madre de nuestro redentor es más doloroso que todos los demás es el hecho de haber sufrido el martirio de su Hijo que es infinitamente más cruento que todos los otros. Ciertamente el martirio de Jesús es el martirio de María. Primeramente porque este amable Salvador, al querer comunicar a su santísima Madre el mayor de los dones que recibió de su Padre y el que amó como a ninguno, imprimió en su Corazón una imagen perfecta de su cruz y de su pasión. Y esta divina Madre, al ver a su Hijo amadísimo sumergido en un abismo de dolores y suplicios muy atroces, sufría en su Corazón todos los tormentos que él padecía en su cuerpo, y los sufría con tanto dolor como amor tenía a él, y por consiguiente con un dolor en cierto modo infinito. De modo que el amor que consolaba a los otros mártires crucificaba a la bienaventurada Virgen y hacía que los tormentos de su Hijo le fueran más sensibles como si ella misma los estuviera padeciendo. Hubiera preferido sufrir todos los suplicios de todos los mártires e incluso los tormentos todos de la tierra y del infierno que ver a su queridísimo Hijo, presa del furor de los judíos y de todas las crueldades que su rabia le hacía padecer.



El martirio de Jesús era entonces el martirio de María. Dice san Jerónimo: *Cuantas heridas en el cuerpo del Hijo eran otras tantas en el Corazón de la Madre*<sup>515</sup>. Y por su parte san Bernardo anota: *Todos los sufrimientos de Cristo que muere eran dolores de su dignísima Madre que con él sufría*. Quien hubiera podido ver el Corazón de la Madre del Salvador al pie de la cruz hubiera visto una imagen exacta de Jesús crucificado. Dice san Lorenzo Justiniano: *El Hijo de María estaba crucificado en su cuerpo y la Madre de Jesús lo estaba en su Corazón*<sup>516</sup>.

Fue lo que predijo el profeta Joel con estas palabras: *El Sol se convertirá en tinieblas, y la Luna en sangre* (Jl 2, 31). Alberto el Grande lo explica así: *La bienaventurada Virgen está representada por la luna y fue convertida en sangre cuando conoció que su amadísimo Hijo era entregado al martirio de la cruz; entonces esta divina luna fue del todo convertida en sangre, o sea en dolor y tribulación, cuando vio a su queridísimo Hijo todo cubierto de heridas y bañado en sangre*<sup>517</sup>. Añado a este propósito lo que dice Del Río<sup>518</sup>, de la Compañía de Jesús, que vio a una mujer que en la muerte de su hermana derramó cantidad de lágrimas de sangre. Y Drexelio<sup>519</sup>, de la misma Compañía, dice que los

---

<sup>515</sup> *De Assumptione B. Virg.*

<sup>516</sup> *Lib. De Trium. Agone Christi, cap. 2*

<sup>517</sup> Sermón del segundo domingo de adviento

<sup>518</sup> *In opere Mariae, polémica 2*

<sup>519</sup> Tomo 3 de *Christo moriente*. Part. 2, No 2.



ojos de la Madre del Salvador fueron cambiados en dos fuentes de lágrimas de sangre en los funerales de su Hijo. Y añade que Juan Bautista Signio, autor no menos piadoso que sabio, dice<sup>520</sup>: *Encuentro en las obras del bienaventurado Germán, patriarca de Constantinopla, que la bienaventurada Virgen lloró tan amargamente en la pasión de su Hijo que luego de haber derramado gran abundancia de lágrimas ordinarias, derramó varias lágrimas de sangre.*

Escuchémosla cuando se dirige a santa Brígida<sup>521</sup>: *En el tiempo de la pasión de mi Hijo, los ángeles reunidos, al ver al Dios del cielo sufrir en la tierra en su humanidad, estaban consternados y afligidos a la vista de sus dolores. Todos los elementos estaban también perturbados. Ante la muerte de mi Hijo, el sol y la luna se despojaron de su esplendor, la tierra tembló, las piedras se hendieron, los sepulcros se abrieron. Todos los gentiles, donde quieran estaban, sintieron una punzada de dolor en su corazón, sin saber de donde procedía. Los mismos que lo crucificaban estaban llenos de conmoción y de angustia en la misma hora en que cometían este horrible crimen. Los que estaban en el seno de Abrahán fueron presa de un dolor tan penetrante que hubieran preferido permanecer eternamente en el infierno que ver a su Creador y a su Salvador sufrir penas tan*

---

<sup>520</sup> Lib. De Sanctis Lipsanis

<sup>521</sup> Revelat. Lib. 6, cap. 11



*terribles por su causa. Para mí, su Madre, presente en su suplicio y en su muerte no existe nadie en el mundo que pueda comprender los dolores extremos de mi Corazón.*

Oh Madre de mi Salvador, con mucha razón la santa Iglesia te hace hablar así a todos los habitantes de la tierra: *Ustedes todos los que pasan por las vías de esta vida mortal, consideren y piensen si ha existido alguna vez dolor semejante a mi dolor.* No, santísima Virgen, jamás ha existido dolor semejante al tuyo. Tu martirio muy sangriento excede casi infinitamente todos los martirios. También tu Hijo amadísimo te ha dado una aureola y una corona casi infinitamente más gloriosa y brillante que las aureolas y coronas de todos los mártires.

No solo tú has sufrido más que todos los mártires. Tú eres más gloriosa que todos ellos que te miran y honran como a su reina y Madre. Saben que por tu intercesión tu Hijo amadísimo los ha honrado con la gracia, la gloria y la corona del martirio. Por eso ponen sus coronas a tus pies y reconocen que de ti, después de Dios, tienen toda su felicidad y toda su alegría. Por ello seas alabada, bendecida y glorificada eternamente, después de tu Hijo Jesús, el soberano Monarca de todos los mártires y de todos los santos.



## Sección I

*Tres señalados mártires que deben  
a la caridad del Corazón  
de la bienaventurada Virgen  
la corona del martirio de que gozan en el cielo*

El primero es un doctor distinguido, de nombre Juan Traversis, teólogo. Luego de ser capturado por los esbirros de Enrique VIII, rey de Inglaterra, fue metido en prisión por sostener la autoridad de la Iglesia romana. En ella permaneció largo tiempo. Como tenía horror a los suplicios, recurrió a la bienaventurada Virgen y le suplicó repetidamente que le obtuviera la gracia de sufrir valerosamente las penas del martirio. Un día, cuando elevaba esa plegaria con gran fervor, escuchó una voz que, llamándolo por su nombre, lo exhortó a sufrir con constancia la muerte para defender la verdad y le aseguró que el cielo le sería favorable. Fortalecido por esta promesa, ni las promesas ni las amenazas, ni los halagos, ni el rigor fueron capaces de hacerlo vacilar, ni le quitaron su creencia en el primado de la Iglesia romana. Al ser interrogado por los jueces si había escrito un libro a favor de la potestad espiritual de san Pedro y de sus sucesores, respondió con voz firme que sí, y mostrando su mano dijo: *Estos son los tres dedos con los que lo escribí. No me he arrepentido de*



*haberlo hecho ni jamás me arrepentiré. Apenas hubo pronunciado esta palabra corajuda ante los jueces, fue condenado a la hoguera en la que su cuerpo fue consumido excepto esos tres dedos que permanecieron íntegros y no fue posible quemarlos aunque de hora en hora el fuego fue cada vez más encendido. Su martirio sucedió en el año de 1537 y está narrado por Sanders en el primer libro del Cisma de Inglaterra.*

## **Sección II**

### *Segundo mártir*

El segundo mártir está atestiguado por Gregorio Trebizonte en su vida. Surio lo menciona el 29 de mayo. Es el beato mártir Andrés de Sio, griego, que murió el 29 de mayo de 1463. Había nacido en la ciudad de Sio, en la isla del mismo nombre. Desde niño se había consagrado a la reina del cielo. Bajo su protección había puesto su virginidad, a la cual se había comprometido por voto expreso a Dios. Fue hecho cautivo por los mahometanos y ante su rechazo de abandonar su fe fue llevado a Constantinopla y atormentado en diversas formas por espacio de nueve días consecutivos. Durante ellos mostró constancia maravillosa a pesar de las torturas con que esos bárbaros se hacían conocer. El primer día fue golpeado con



varas tan bárbaramente que lo hizo convulsionar de pies a cabeza. Pero cruzando los brazos en el pecho, apenas pronunció estas palabras: *Virgen santa, socórreme*, al instante se sintió de tal manera tranquilizado que permaneció con los pies juntos en una misma postura hasta la puesta del sol. El día siguiente fue destrozado con garfios de hierro. El tercer día todos sus miembros fueron dislocados. El cuarto día sus hombros fueron descarnados. Finalmente, hasta el noveno día se vieron sus huesos en todas las partes de su cuerpo. En varias ocasiones llamó a la santísima Virgen que viniera en su ayuda y durante su martirio prolongado y cruel la tenía siempre en sus labios y en su corazón. Después de todo, fue curado milagrosamente por ella de todas sus heridas en la noche del noveno día. Al día siguiente fue decapitado y entregó su espíritu entre las manos de su muy bondadosa Madre que le había inspirado tanto valor y firmeza. Los cristianos se llevaron su cuerpo con permiso del gran señor y lo enterraron con honores. Al cabo de algunos meses su sepulcro fue abierto y sus santas reliquias se encontraron frescas y rosadas como si estuviera vivo y en goce de plena salud.



### Sección III

#### *Tercer mártir*

El tercer mártir es san Jacobo l'Itercis. Era un hidalgo persa. El rey de Persia Isdegardo lo condenó a ser cortado su cuerpo en trozos para infundir terror a los cristianos de su estado. Al ser conducido al lugar del suplicio, el verdugo le cortó el pulgar de la mano derecha y el santo levantó los ojos al cielo y dijo: *Jesús de Nazaret, liberador mío, recibe esta rama del árbol que me diste por tu misericordia. La viña da mejores frutos cuando es podada.*

Cuando el verdugo le cortó el segundo dedo añadió: *Señor, recibe estas dos ramas del árbol que plantaste.*

Cuando se le cortó el tercer dedo, dijo: *me han librado de tres tentaciones. Bendigo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Te alabo Dios mío, con los tres jóvenes del horno de Babilonia. Oh mi Señor Jesús, te bendigo en la compañía de los mártires.*

Luego del cuarto dedo, exclamó: *Señor mío, verdadero Hijo de Judá, que bendecido en cuarto lugar por su padre Jacob, acepta esta cuarta alabanza que te presento.*

Cuando le arrancaron el quinto dedo dijo: *Mi gozo está completo.*

Entonces los verdugos, movidos de compasión, trataron de persuadirlo que huyera de suplicio tan largo y



cruel, pero esta alma, animada de verdadera nobleza de corazón replicó de inmediato: *Pobres maltratados, cuando una oveja es despojada de su lana, se contenta porque por una parte es aliviada. ¿No ofrece su vellón entero que le incomoda? Mi razón y me fe con mayor motivo desean darlo todo a su Señor y su Dios.*

Los bárbaros irritados le toman la mano izquierda y le cortan el dedo meñique. El mártir dice: *Oh Señor Jesús, siendo muy grande e inmenso te hiciste pequeño por mi amor. Por esta caritativa humildad, te entrego mi cuerpo y mi alma, rescatados a precio de tu sangre preciosa.*

Le cortan el séptimo dedo y exclama: *Siete veces te bendeciré cada día, mi Señor y mi Soberano.*

Cuando perdió el octavo dedo, dijo: *Mi amado Jesús sufrió cruenta circuncisión el octavo día de su vida. Ese mismo día los hebreos eran circuncidados. Por esa ceremonia eran estimados verdaderos hijos de Abrahán e incorporados al pueblo de Dios. Espero que esta octava ofrenda me dará sitio entre tus hijos y me dará la herencia celestial de tu vista y posesión en el paraíso, Señor mío y Dios mío.*

Cuando cayó el dedo noveno lanzó al cielo esta invocación: *Jesús entregó su espíritu al eterno Padre a la hora de nona. Y yo te glorificaré y confesaré mediante esta*



*nueva oblación, mi buen Maestro. Mil veces te doy gracias por la fortaleza que me das en los sufrimientos.*

Mostró la misma constancia al perder su dedo décimo. Dijo entonces: *Hay diez mandamientos divinos y mi deseo es cumplirlos todos.* Fue urgido entonces, con violentas instancias, a cambiar su resolución y conservar su vida. Pero él respondió con vigorosa voz: *No quiera Dios que yo haga el menor amago de abandonar a mi Salvador y su doctrina. No es apto para el paraíso el que empuña el arado y vuelve atrás la espalda y por un temor cobarde para el trabajo mira hacia atrás.*

Los verdugos redoblando entonces su cólera y su rabia le agarraron el pie derecho y le cortaron el pulgar. El valiente soldado de Cristo dijo: *Mi Salvador tuvo el pie perforado por grueso clavo y por él derramó sangre abundante.*

Tomaron el segundo dedo del mismo pie derecho y el mártir exclamó con voz gozosa: *Este es el día más grande y feliz de mi vida. Hoy iré a mi Dios que es muy fuerte y poderosísimo.*

Al cortarle el tercer dedo lo arrojaron ante él. Sonrió y dijo: *Ve, tercer dedo mío, reúnete con tus compañeros. Un grano de trigo sembrado en buena tierra rinde varios. Tú me darás buena cosecha con los otros en el día del juicio.*



Al quitarle el cuarto añadió: *¿Por qué estás triste alma mía? ¿Por qué te acongojas? Arroja en Dios tu esperanza porque yo lo confesaré y glorificaré.*

Cortado el quinto dedo exclamó: *Dios mío, hazme compañero de tus siervos.*

Esos salvajes tomaron el pie izquierdo del santo mártir y le cortaron el dedo meñique. Dijo entonces jubiloso: *Dedito mío, anímate. Los pequeños resucitarán también para la gloria como los grandes. La Verdad misma nos prometió que un cabello de nuestra cabeza no va a perecer. Con mayor razón, no serás separado de tus compañeros.*

Cuando le arrancaron el segundo dedo, añadió: *Destruyan esta casa vieja. Se nos prepara un palacio más magnífico.*

Al ser cortado el tercero, dijo el mártir: *A fuerza de golpes de martillo se hace un yunque muy fuerte.*

Luego de la incisión del cuarto, rogó así: *Dios de verdad, concédeme las fuerzas necesarias para sufrir hasta el fin, pues en ti está toda mi esperanza.*

Finalmente, perdido el quinto dedo, dijo: *Señor, ante ti está estos la vigésima víctima; te la presento.*

Entonces esos tigres se encarnizaron más y le cortaron en trozos el pie derecho. San Jacobo dijo: *Ahora, ofrezco mi presente a mi Rey celestial por cuyo amor sufro estos padecimientos.*



Le cortaron luego el pie izquierdo y san Jacobo exclamó: *Señor, solo tú haces maravillas; escúchame y sálvame.*

Cortaron su mano derecha. El santo lanzó un suspiro lleno de amor al cielo y dijo: *Padre misericordioso, por tu santa misericordia ayúdame.*

Cortada su mano izquierda añadió: *Tú eres un Dios obrador de portentos y nada puede hacerse sin tu particular asistencia.*

Luego de la incisión del brazo derecho, dijo: *Alma mía, alaba a tu Señor. Te alabaré, Dios mío, toda mi vida y te cantaré himnos y cánticos mientras esté en esta tierra.*

Le hicieron pedazos el brazo izquierdo. Lanzó entonces un profundo suspiro y exclamó: *Los dolores de la muerte me han rodeado; pero seré liberado de sus manos por el poder de mi Dios.*

Esos desalmados le tomaron el muslo del pie derecho y se lo cortaron con extrema crueldad. El santo mártir, agobiado de increíble dolor, gritó: *¡Ah, Señor mío Jesucristo, ayuda a tu pobre servidor.* Se volvió hacia el lo verdugo y le dijo: *Dios me dará una carne nueva que tus heridas jamás podrán desfigurar.*

Aquellos desventurados estaban cansados y sin fuerzas. El corazón les faltó. Habían trabajado en este



horrible y prodigioso sacrificio desde el amanecer hasta las tres de la tarde.

Agarraron entonces el muslo izquierdo y lo cortaron. San Jacobo exclamó: *Señor del cielo y de la tierra, escúchame. Estoy medio muerto y tú eres el Dios de los que viven y de los muertos. Dios mío, ya no tengo dedos para tenderlos hacia ti. No tengo ni manos ni brazos que pueda levantar al cielo. Mis pies y mis rodillas están despedazados ya no me puedo inclinar hacia ti. Soy una casa que se derrumba y que mira sus columnas derribadas. Escúchame, Salvador Jesucristo, retira mi alma de esta cárcel.*

Apenas terminó estas palabras uno de los verdugos le cortó la cabeza. Los cristianos se llevaron su cuerpo y lo enterraron con todo el honor de que fueron capaces.

Este fue el martirio muy cruel y sangriento de san Jacobo l'Intercis. Sucedió el 27 de noviembre, en tiempos del emperador Teodosio el Joven, en la ciudad de Etapa. Fue reportado ampliamente en el tomo sexto de Surio. Figura en el Martirologio romano y en todos los demás.

¡Oh gloriosa reina de todos los santos mártires! Todas estas sagradas víctimas del amor divino de tu Hijo son deudoras, después de él, del amor maternal de tu muy buen Corazón. Por su intercesión obtuvieron de su infinita bondad las gracias y las fuerzas necesarias para sufrir tormentos tan atroces. Te tributen, después de Dios,



alabanzas inmortales. Tú sabes, sacratísima Virgen, que esta vida mortal es martirio continuo. Haz, si lo tienes a bien, por tus santas oraciones, que suframos tan cristianamente que seamos dignos de glorificar eternamente a tu Hijo, amadísimo contigo y con todos los santos mártires.

#### Sección IV

*La bienaventurada Virgen está adornada  
con la aureola de los santos doctores*

Aunque la bienaventurada Virgen no haya desempeñado públicamente el oficio de los santos apóstoles ni de los doctores y predicadores, no cesa de ser llamada por el Espíritu Santo la Madre de la ciencia y del conocimiento: *Madre del conocimiento* (Sirá 24, 24). San Crisóstomo la llama *Señora de la piedad y de la verdad*<sup>522</sup>; san Agustín la designa como *Madre de los pueblos*<sup>523</sup>; san Buenaventura la proclama: *Enseñante de los apóstoles*<sup>524</sup>; por un ángel en santa Brígida: *Maestra de los apóstoles*<sup>525</sup>; san Gregoria la llama *Maestra de los muy sabios doctores*<sup>526</sup>;

---

<sup>522</sup> In *Hor, ani*

<sup>523</sup> *Serm. 6 de Temp.*

<sup>524</sup> In *hymn*

<sup>525</sup> KIn *Serm. Angel. Cap. 19*

<sup>526</sup> *Homil. In Evangel.*



y el piadoso abad Ruperto: *Maestra de la religión y de la fe*<sup>527</sup>.

Mientras permaneció en la tierra, el grandísimo amor que profesaba a Dios y su celo ardentísimo por la salvación de las almas, la llevaba a procurarla de todos los modos posibles y en toda ocasión que la divina providencia le presentaba.

¿Quién puede dudar que los santos Reyes Magos, venidos de tan lejos para adorar a su Hijo amadísimo en el establo de Belén, no hayan recibido de su divina Madre las instrucciones que les serían necesarias para conocer los misterios de la fe, el misterio de la santa Trinidad, el misterio de la encarnación y los demás? ¿Dado que importaba mucho que los santos Reyes, escogidos por Dios para llevar la antorcha de la fe a los gentiles, tuvieran esos conocimientos, de quién podrían conocerlos más fácil y claramente que de la que estaba más iluminada sobre esto que todos los ángeles y todos los querubines? Por esa razón san Cirilo, arzobispo de Alejandría, la llama *fundadora de la Iglesia*<sup>528</sup>. Y san Gregorio Taumaturgo se dirige a ella así: *Por ti, Virgen bienaventurada, Madre de Dios, el misterio de la santísima Trinidad ha sido manifestado y hecho conocer al mundo*<sup>529</sup>.

---

<sup>527</sup> *In Cant. lib. 1*

<sup>528</sup> *Homilía 6 contra Nestorio*

<sup>529</sup> *Homilí 2 de la Asunción*



Durante su permanencia en Egipto, con su divino Niño y con san José, en medio de pueblos idólatras que no conocían a Dios sino que adoraban diablos y bajaban por miles al infierno ¿podía ella impedirse exhortarlos a abandonar el partido de los esclavos de Satán para contarse entre los hijos de Dios?

Luego de la Ascensión de su Hijo, mientras permanecía en la tierra, cuando los nuevos cristianos venían a buscarla de todas partes para tener la felicidad de verla y de escuchar las palabras de vida que salían de su boca sagrada, ¿de qué les hablaba ella sino de los misterios maravillosos de la religión cristiana y de las verdades celestes que había conocido de los labios adorables de su Hijo?

Además ¿no es esta Virgen admirable, la que revistió con su humanidad santa, al Verbo y a la Palabra increada del Padre divino? ¿Y no fue ella la que nos dio al Doctor de los doctores y al Predicador de los predicadores, y por consiguiente a todos los demás santos doctores, predicadores y apóstoles, por cuya boca él nos predicó y enseñó la doctrina del cielo y la ciencia de la salvación?

Por esta razón san Buenaventura la llama *Enseñadora de los apóstoles*<sup>530</sup>; el santo abad Blosio la denomina *Maestra de los evangelistas*<sup>531</sup>; san Gregorio la declara *Maestra de los doctores*. Si bien los santos apóstoles y

---

<sup>530</sup> In Psal. Min.

<sup>531</sup> In Prec.



evangelistas estuvieron llenos del Espíritu Santo no dejaron sin embargo de consultarla en diversas ocasiones como el primer y principal oráculo del Espíritu Santo y como la que lo poseía con mayor plenitud que toda la Iglesia junta.

El santo abad Ruperto<sup>532</sup> anota: *Era necesario, oh bienaventurada Virgen, que permanecieras todavía en la tierra después de la Ascensión de tu Hijo para dar testimonio de las verdades cristianas contra los blasfemos judíos y contra las impiedades de los herejes. En las dudas y dificultades que sobrevinieran se podía ir a golpear a la puerta de la verdad, para consultar el oráculo del Espíritu Santo, es decir, el sagrario de tu Corazón virginal a fin de que, de viva voz y con el testimonio de las Sagradas Escrituras, hicieras ver las normas que debían seguirse en materias de la fe.*

Un ángel habla así al respecto en las obras de santa Brígida<sup>533</sup>: *Al subir al cielo el Hijo de Dios, la Virgen María permaneció todavía algún tiempo en la tierra para ser consultada por los buenos y para corrección de los que se apartaban de la senda de la salvación. Ella era la maestra de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la luz de los confesores, el clarísimo espejo de la vírgenes, el consuelo de la viudas, la que daba consejos muy saludables a las personas comprometidas en el estado del matrimonio y la*

---

<sup>532</sup> In illud Cant. 5, 9

<sup>533</sup> In Serm. Angel. Cap. 19



*que fortificaba y animaba maravillosamente a los que abrazaban la fe católica.*

En toda la vida de la Madre del Salvador y en todos los ejemplos admirables de virtud y de santidad de que estaba colmada, fue, mientras permaneció en la tierra, y todavía hoy, y será hasta el final de los siglos, una exhortación continua y mucho más poderosa que todas las predicaciones e instrucciones de todos los predicadores y de todos los doctores que ha habido y habrá jamás. Podemos deducir que la reina del cielo posee y poseerá eternamente una aureola y una corona mucho más rica y preciosa que la de todos os santos doctores.

## **Sección V**

*La bienaventurada Virgen tiene  
muy excelentemente la aureola de la virginidad*

Tiene razón san Bernardo<sup>534</sup> al decir que si el Hijo de Dios debía nacer en la tierra, convenía que naciera de una Virgen. Que si una virgen debía dar a luz, permaneciendo siempre virgen, debía dar nacimiento a un Dios. Como el Hijo de Dios nació en la eternidad de un Padre virgen convenía también que tomara nacimiento en la plenitud de los tiempos de una virgen. Y como el Padre eterno,

---

<sup>534</sup> *Serm. 4 in Assump.*



permaneciendo siempre virgen, produjo un Hijo que es Dios como él, era muy a propósito también que la divina María, conservando siempre su pureza virginal, diera a luz a un Hijo que es Dios como su Padre, y que no es sino un Dios con su Padre.

Como este Hijo único de Dios es el Rey de las vírgenes quiso tener también una Madre que fuera reina de las Vírgenes. Como él es la pureza esencial y la fuente de toda pureza, quiso también nacer de una Madre virgen, tan pura y tan santa que mientras permaneció en la tierra, imprimía el amor a la pureza, al decir de san Anselmo<sup>535</sup>, en el corazón de los que la miraban o la escuchaban hablar.

Fue la primera que hizo voto de virginidad, Por eso san Buenaventura la llama *Virgen primitiva*<sup>536</sup>, la primera virgen, y *Virgen del nuevo voto*. Autores muy señalados sostienen que hizo este voto desde el momento de su Concepción inmaculada, según dijimos ya. Esta divina Virgen, dice Alberto el Grande<sup>537</sup> liberó la virginidad de la maldición y de la esclavitud de la ley mosaica; le dio libertad y la hizo digna de honor y gloriosa pues esa ley la calificaba de oprobio e ignominia. Por ese medio liberó a las vírgenes de la misma cautividad y las puso bajo su autoridad y su omnipotencia por ello es llamada con justa razón reina de las vírgenes.

---

<sup>535</sup> *In alloquio coelesti*

<sup>536</sup> *In Psalt. Min.*

<sup>537</sup> *Super Missus est 144, 145*



De aquí proceden varios hermosos elogios que los santos Padres le dan con motivo de su virginidad. En su liturgia es llamada por san Jacobo *Virgen santísima e inmaculada*<sup>538</sup>; por san Gregorio Taumaturgo es señalada como *sola Virgen, santa de cuerpo y de espíritu*<sup>539</sup>; San Juan Damasceno la nombra *Tesoro de la virginidad*<sup>540</sup>; san Cirilo y san Efrén la llaman *La corona de la virginidad*<sup>541</sup>; el mismo san Juan Damasceno *Amadora y defensora de las vírgenes*<sup>542</sup>; por san Ildefonso *Eternidad de la virginidad*<sup>543</sup> por haber sido virgen antes, durante y después del parto y que su virginidad, dice san Fulgencio, recibió mayor perfección en el parto que antes<sup>544</sup>.

*Contempla la maravilla de la Madre de Dios*, dice san Agustín. *Es virgen al concebirlo, Virgen durante su espera, virgen mientras lo lleva en sus entrañas, virgen después de haberlo dado a luz*<sup>545</sup>. Su virginidad fue mucho más esplendorosa por haber llevado al Hijo de Dios en su seno inmaculado como no lo era antes. *No hay que maravillarse*, asegura santo Tomás, arzobispo de Cantorbery, *que por su sola virginidad, sin hablar de las demás virtudes, Dios le*

---

<sup>538</sup> *Liturgia S. Jacobi*

<sup>539</sup> *Homilia 1 de Anunciatione*

<sup>540</sup> *Orat. De Nativitate V.*

<sup>541</sup> *De Laudibus Mariae*

<sup>542</sup> *Orat. De Dormitione*

<sup>543</sup> *Lib. De Virginitate*

<sup>544</sup> *Serml de Laudibus Virg.*

<sup>545</sup> *Serm. 6 de Natal. Domini*



*había dado una corona más rica y gloriosa que todas coronas de todos santos que pueblan en cielo.*

Esta Virgen incomparable está adornada de pureza tan admirable y elevada por encima de la pureza de todas las santas vírgenes que san Juan Damasceno la llama *la sola virgen*<sup>546</sup>. Quiere darnos a entender que toda otra pureza es como nada en comparación con la pureza más que angélica y de la Virginidad divina de la sacratísima Madre de Dios.

Queda claro que esta reina de las vírgenes posee la aureola de la virginidad de manera mucho más excelente que todo cuanto pueda decirse o pensarse. Por ello el rey de las vírgenes sea alabado y glorificado eternamente.

Estas son las tres aureolas y coronas de mártires, doctores y vírgenes que la reina de los ángeles posee y poseerá por siempre en la feliz eternidad.

¿Quién puso estas tres aureolas en su cabeza? Su santísimo Corazón. ¿No es acaso el amor de su divino Corazón a su Hijo Jesús el que la hizo sufrir el martirio de ese mismo Jesús? ¿No es la caridad de su muy buen Corazón la que la llevó a dar a muchos la ciencia de la salvación por sus santas instrucciones? ¿No es el amor de ese Corazón virginal a su Dios el que la condujo a abrazar la virginidad pues sabía muy bien que esa virtud es muy del agrado de su divina Majestad? Varios Padres aseguran que

---

<sup>546</sup> Orat.2 de Assumpt Deip.



es la más amada de su divina maternidad, es decir, que si se le hubiera pedido escoger una habría preferido la virginidad. El Corazón admirable de María mereció esas tres aureolas. Es posible afirmar entonces que esas aureolas son efectos y frutos del amor y caridad de ese corazón admirable. Forman parte de su corona y de su gloria. *El Dios de mi corazón*, sea por ello alabado, bendecido, glorificado y amado por todos los corazones por los siglos infinitos.

Si quieres sacar algún provecho de lo precedente, considera primero que el Corazón sagrado de la bienaventurada Virgen, por ser el centro de la cruz y el rey de los mártires, no es posible dudar que tenga gran amor por los que están crucificados en este mundo, cuyo número es casi incontable. Su Corazón rebosa de compasión por todos los que gimen en las miserias y calamidades de este valle de lágrimas. Harás algo que le agrade si le encomiendas todas las personas afligidas de cualquier manera que sea, en especial, los que son cautivos de los mahometanos, y más aún los que estén en la mayor de todas las tribulaciones que los cristianos sufrirán de parte del anticristo en el fin de los siglos. Ruega a esta Madre de misericordia que sea consuelo de todos esos afligidos y que les obtenga de su Hijo la gracia de hacer santo uso de sus aflicciones.



Ofrécele también todas las penas de cuerpo y de alma que te lleguen. Suplícale que las ofrezca a su Hijo. Que una tus pequeñas cruces a sus muy grandes cruces. Que las bendiga y santifique por las suyas y que puedas hacer santo uso de ellas como él lo hizo de las suyas para gloria de su Padre.

En segundo lugar, considera que la bienaventurada Virgen, por ser la maestra de los doctores y la estrella del mar que nos dio al Sol eterno, tiene privilegio y poder particular para iluminar a los están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Ofrécele infinidad de almas que se encuentran sepultadas en las tinieblas del paganismo, de la herejía y del pecado. Ruégale que se apiade de ellas y que las haga participantes de sus luces. Acude a ella en tus dudas y perplejidades. Que te conduzca seguramente en medio de las tinieblas de este mundo. Que te guarde de los engaños del error que cubren toda la tierra y de las ilusiones del espíritu humano que debemos temer más que a los espíritus malignos del infierno.

En tercer lugar, considera que esta divina virgen, por haber amado tanto la pureza virginal, mereció ser la reina de las vírgenes y ser juntamente Virgen y Madre de un Dios, y de llevar en el cielo una corona más brillante, por su virginidad, que por todas la coronas de los ángeles y de los santos. Es indudable que tiene amor extraordinario a esa



virtud angélica y a todas las almas castas y horror increíble a cuanto es contrario a la pureza. Ten cuidado de encomendarle a todos los que sufren cualquier tentación contra esa virtud. Ruégale también que imprima en tu corazón una participación del amor indecible que tiene por la castidad y de su aversión inconcebible contra el vicio opuesto.

### CAPÍTULO XIII

***Ser el primer objeto, entre las puras criaturas,  
del amor de la santísima Trinidad:  
duodécima excelencia del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen***

Entre los más bellos elogios que los santos doctores tributan a la bienaventurada Virgen hay uno que regocija el corazón de sus verdaderos hijos. Se contiene en pocas palabras: *La amadísima entre los amados*. Así la llama el santo abad Ruperto<sup>547</sup>: *La amadísima de Dios y entre los muy amados la más amada*. En efecto, es cierto que Dios la ama más a ella sola que a todo lo creado, aparte de la humanidad adorable de su Hijo. ¿Y por qué Dios la ama tanto? Él mismo nos da la razón: *Amo a los que me aman*.

---

<sup>547</sup> Lib. 4, In Cant.



Pues bien, hay más amor a Dios en el Corazón de la bienaventurada Virgen que en todos los corazones del universo. Es cierto por tanto que este Corazón tan amable y tan amante es el primer objeto del amor de la santísima Trinidad. Lo voy a demostrar en seguida. Para ello voy a poner ante tus ojos algunos destellos del amor indecible del Padre, del Hijo del Espíritu Santo a la dignísima María y por tanto a su santísimo Corazón, que es su parte más noble y amable, causa principal del amor que Dios le profesa.

Comencemos por el amor del Padre. ¿Quieres conocer de qué manera este Padre de bondades ama a la Madre del amor hermoso? La ama como a su hija única y únicamente amable. Si, hija única y bajo cierto modo hija muy única. En ella el pecado original jamás tuvo parte. Hija única que vino al mundo toda bella pura e inmaculada. Hija única en quien jamás hubo, durante todo el curso de su vida, algo que le hubiera sido desagradable. Hija única que empezó a amar a su Padre desde el momento en que empezó a existir. Hija única que en quien no existió jamás en su vida un momento en que no estuviera amándolo más ardientemente que todos los ángeles y los santos. Hija única que por amor de su Padre hizo voto de virginidad desde el primero momento de su vida. Hija única a quien este Padre divino encontró digna, entre todas las hijas, de ser Madre de su Hijo único y amadísimo. Hija única que mereció ser Virgen y Madre al



tiempo; finalmente hija única tan santa y perfecta que todas las demás hijas y mujeres, incluidas las de mayor eminente santidad, no son más que siervas muy pequeñas en comparación de la admirable María. Por todo ello el Padre muy amable la ama muy únicamente.

Anoto otras pruebas de su amor. La ama tanto que la hace partícipe en forma maravillosa de su primera y más sublime perfección que es su divina paternidad, al hacerla Madre del mismo Hijo de quien él es Padre. Puede decirse entonces con verdad que la divina María no tiene sino un solo Hijo con su divino Padre.

La ama tanto que le dio su divino Corazón, que es su Hijo único, para ser su Hijo, su Corazón, su amor, tesoro, gloria y vida, sus delicias y su todo.

La ama tanto que le dio todas las obras de sus manos al hacerla Señora soberana de todos los seres creados. Hizo todo ese mundo para Adán y todos sus hijos. Pero como ama más a su queridísima Hija María que a Adán y a todos sus hijos puede decirse que lo hizo más para ella que para todos los mortales e inmortales. Por esta razón es llamada por un excelente autor<sup>548</sup> *Virgen más digna y más excelente y por consiguiente más amable que todos los mortales e inmortales.*

---

<sup>548</sup> Canisio, De María



No es de maravillar que ese Padre santo haya dado todo a su Hija única pues san Pablo nos declara que *al darnos a su Hijo, nos lo dio todo con él* (Ro 8, 32). Añade que por ser su Hija única, todos los bienes de su Padre le pertenecen de modo particular. De allí viene que san Buenaventura la *Señora del mundo, gran Señora*<sup>549</sup>. Y el venerable Pedro de Cluny *Emperatriz de los cielos*<sup>550</sup>. Otro santo doctor la proclama *Emperatriz universal de los hombres y de los ángeles*<sup>551</sup>; Y san Pedro Damián dice: *Dios le dio todo poder en el cielo y en la tierra*<sup>552</sup>.

Esto es algo del amor inefable del Padre eterno a su Hija única María, pero es solo una pequeña centella de la hoguera ardiente que arde en su divino Corazón para esta bienaventurada Virgen.

Pasemos ahora al amor del Hijo a su dignísima Madre. La ama como a su verdadera Madre. De ella recibió nuevo ser y nueva vida. La ama como a la que ocupa para él lugar de padre y de madre. La ama como a la que lo alimentó y nutrió en su seno virginal. La ama tanto que se entregó a ella en calidad de Hijo y de Hijo único, sometido a su autoridad y poder (Lc 2, 51). La ama como a su Madre, su Hermana, su Hija y su Esposa juntamente. La ama tanto que le dio su mayor tesoro, es decir, su Iglesia, que adquirió con

---

<sup>549</sup> *In speculo B.V. cap. 8*

<sup>550</sup> Prosa en honor de la B.V.

<sup>551</sup> Godofredo abad, *Serm. In omni festiv. B.V.*

<sup>552</sup> Sermón 16



el precio de su sangre. La ama tanto que se encarnó, se hizo niño, nació en un establo, comenzó a derramar su sangre ocho días después de su nacimiento, sufrió todos los tomentos de su pasión, murió en la cruz, resucitó y subió al cielo, instituyó el santísimo Sacramento, y obró todos estos misterios más por amor de ella que por todos los demás hombres juntamente, pues tiene mayor amor por ella que por todo el universo.

Veamos el amor del Espíritu Santo. ¡Oh divino Espíritu, tú tienes tanta bondad que miras y amas a todas las almas cristianas como a esposas. Sin embargo, ella es tu Esposa, la que se ha hecho digna de esta gloriosa calidad. La esposa debe ser semejante a su esposo: esta divina Virgen es la única entre todas las vírgenes que se te asemeja perfectamente. Tú eres santo y la santidad misma. Ella es toda santa y la reina de todos los santos. Tú eres todo espíritu y ella es totalmente espiritual. San Buenaventura<sup>553</sup> la llama *Cielo espiritual*. *Vaso espiritual* la proclama la santa Iglesia. Tú eres la fuente de todas las gracias y ella es la Madre de gracia. Tú eres la luz increada y la hontanar de todas las luces creadas; y ella es Estrella del mar, la que da a luz al Sol. Por ella la noche del pecado ha sido desterrada de la tierra, y se ha dado paso al día de la gracia: *De ella nació la luz*. Tú eres el amor personal y la caridad eterna. Ella es

---

<sup>553</sup> In *Psal. Min.*



la Madre del amor hermoso y el espejo claro de la caridad divina. Por esta causa tienes tanto amor a ella, Espíritu admirable, que la has escogido para tu santísima y digna Esposa. En su comparación todas las demás almas cristianas se sienten honradas al llamarse tus siervas.

Este amabilísimo Espíritu tiene tanto amor a esta divina María que la escogió para obrar en ella, con ella, por ella y para ella su admirable obra maestra, el Hombre-Dios. Tiene tanto amor a ella que la hizo Dueña absoluta de todos sus bienes. Puso entre sus manos las llaves de todos los tesoros de sus gracias y la ha constituido su dispensadora. Un santo autor<sup>554</sup> la llama *dispensadora de la gracia y la misericordia*; y san Bernardo la proclama<sup>555</sup>: *La dispensadora de los dones de Dios*. Es la mano del Espíritu Santo por la que él nos depara todos sus favores.

Estos son algunos destellos del amor ardentísimo de las tres Personas eternas a la gloriosa Virgen. Pero van más allá. Además de todos estos favores tan especiales, le comunican las adorables perfecciones de su divina esencia de que hablamos ya<sup>556</sup>. Son su omnipotencia, sabiduría, bondad, misericordia y las otras. Pero de manera tan excelente y tan admirable que san Crisóstomo asegura que esta Virgen sacratísima es *abismo de las inmensas*

---

<sup>554</sup> Pelberto, in *Stellario*, lib. 6.

<sup>555</sup> *Super Salve*

<sup>556</sup> Libro cuarto



*perfecciones de Dios*<sup>557</sup>. Y san Andrés de Candia añade que es *compendio de las incomprensibles perfecciones de la divinidad*<sup>558</sup>; y el santo abad Blossio afirma soberanamente que está *revestida y adornada de hermosuras y perfecciones divinas*<sup>559</sup>.

Eso no es todo. Pon ante tus ojos todas las iglesias que Dios ha hecho construir por toda la tierra a lo largo de los siglos, a partir del tiempo de los santos apóstoles, en honor de la Virgen incomparable. En ellas se cantan sus alabanzas noche y día y sus grandezas y virtudes son predicadas jubilosamente. Son sesenta de esas iglesias en la ciudad de Roma y setenta en la de Nápoles; ochenta mil hay en España y son incontables en Francia. En la ciudad de Avignon no solo el altar mayor está dedicado a la Madre de Dios sino también todos los demás altares de esa iglesia que son numerosos también le están dedicados.

Imagina todas las fiestas que la santa Iglesia celebra en todo el mundo. Son siete principales. Se celebran en todo el mundo, y otras cincuenta y tres en diversas iglesias locales. Añade todos los sábados del año, consagrados en la Iglesia a la Madre de Dios. Y además gran número de congregaciones y cofradías. Cuenta las piadosas procesiones y peregrinaciones que practican los fieles en honor de la

---

<sup>557</sup> In or, ani.

<sup>558</sup> Oral 2 de Assumpt.

<sup>559</sup> In Prec.



misma Virgen en todos los lugares donde la religión cristiana está establecida. Son aprobadas por la Iglesia y por tanto por el Espíritu divino que la gobierna.

Representate la veneración que se tributa en todo el mundo a sus santas reliquias. Dios las autoriza pues hace muchos milagros por su medio. Imagina el número incontable de sus santas imágenes, veneradas en todo el universo, con honor aprobado por el cielo, pues el Rey celestial hace milagros señalados en grandísimo número por esas imágenes; e incluso en mayor número que por las suyas propias, para verificar lo que dijo que quien crea en él hará cosas más maravillosas que las que él mismo hizo (Jn 14, 12).

Ten presente todos los libros que se han escrito en alabanza de la reina de los ángeles en tan gran cantidad que un excelente autor<sup>560</sup> reporta más de cinco mil, sin contar los que no alcanzó a conocer. Buen número fueron compuestos por personas muy notables, es decir, por papas, cardenales, patriarcas, obispos, teólogos sabios, emperadores, reyes, príncipes, nobles, canónigos regulares de san Agustín, benedictinos, carmelitas, cartujos, religiosos de San Francisco, de Santo Domingo y de varias otras órdenes.

---

<sup>560</sup> Hipólito Marracci, en *Biblioteca Mariana*.



Casi no hay país donde no se hayan escrito libros de estos. Entre sus escritores los hay de Etiopía, África, Arabia, Dalmacia, Cerdeña, Siria, Hungría, Escitia, de la India oriental y occidental. Otros son irlandeses, escoceses, polacos, portugueses, sicilianos, ingleses, flamencos, franceses, alemanes, griegos, españoles, italianos.

Papas que hayan escrito libros sobre la Madre de Dios hay cuarenta seis; cardenales, cincuenta y siete; patriarcas, treinta y cuatro; obispos doscientos cincuenta y nueve; emperadores, doce; reyes y reinas, dieciséis; príncipes y nobles, veintiocho; canónigos regulares de San Agustín, ciento sesenta y siete; benedictinos, ciento tres; carmelitas ciento uno; cartujos, veintiocho; franciscanos, doscientos sesenta y cuatro; dominicos, trescientos cuarenta y cinco; jesuitas, otros tantos.

Vienen de diversas naciones; los hay ingleses, ciento treinta y cinco; flamencos trescientos cuarenta y uno; franceses, trescientos diez; alemanes doscientos noventa y cuatro; griegos, noventa y siete; españoles, cuatrocientos; italianos, novecientos treinta y cuatro.

Represéntate los elogios incontables que se han dado a la Madre del Salvador por todos los santos Padres que ha habido en todos los siglos y en todas las partes del universo.

Ten presentes todas las glorias, delicias y grandezas del paraíso. La bienaventurada Virgen las posee entera y



perfectamente, con todos los honores, respetos y alabanzas que todos los ciudadanos del cielo le brindan continuamente y por siempre le tributarán.

No es de maravillar que los habitantes del cielo reconozcan y honren como a su reina a la Madre de su Rey. El mismo infierno y todos los príncipes del infierno deben rendirle homenaje como a soberana Princesa de todo el universo. Deben obedecer sus mandatos y abandonar a menudo la presa que tienen entre sus garras. La pronunciación del nombre de María los hace estremecer y huir a sus cavernas infernales.

Finalmente ten ante tus ojos todos los honores, respetos, veneraciones, alabanzas y servicios que la santísima Trinidad ha hecho tributar a la reina del cielo, de mil y mil formas, en todo el universo y por toda suerte de pueblos. Se los hará rendir eternamente por un ejército incontable de ángeles y santos, moradores del cielo. Todos ellos arrojan sus coronas a sus pies y la miran, honran y bendicen por siempre como a la Madre de su Creador y de su Salvador, como a su gloriosa Emperatriz, su venerada y amadísima Madre.

Qué representa todo esto sino otras tantas voces salidas de los labios adorables del gran Dios que proclama solemne y fuertemente: así ama Dios a la divina Madre, la más amable de todas las criaturas. Así ama el Padre a su



queridísima y única Hija. Así el Hijo de Dios ama a su dignísima Madre. Así el Espíritu Santo ama a su santísima Esposa. El amabilísimo Corazón de María es por tanto el primer objeto del amor de la santísima Trinidad, porque, después de Dios, este divino Corazón es, por su amor, humildad y santidad la fuente primera de cuanto hay de grande, venerable y amable en esta Madre admirable, según estas divinas palabras: *Toda la gloria del Hija del Rey viene de su interior* (Sal 45, 14). Sí, toda la gloria y todas las maravillas de la Hija única del gran Rey toman origen en su interior y en su Corazón.

¡Oh Madre de amor, mi corazón se inunda de gozo al verte tan amable, perfecta y admirable pues has merecido ser el primer objeto del amor de mi Dios. Me regocijo por ello infinitamente y le doy gracias infinitas. Conjuro a todas las criaturas del universo que lo bendigan, alaben y glorifiquen por siempre. Pero deseo también ardientemente que después de mi Creador y Salvador, seas el primer y único objeto de todos los afectos de mi corazón, de la manera que se más agradable a mi Salvador y a su queridísima Madre que es también mía.



## CAPÍTULO XIV

### ***Mundo de maravillas, décima tercer excelencia del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen***

Si según san Crisóstomo la sagrada Virgen es el *gran milagro del mundo*<sup>561</sup>, y al decir de san Efrén es *prestantísimo milagro del orbe de la tierra*<sup>562</sup>, y al decir de san Epifanio es *milagro estupendo en los cielos*<sup>563</sup>, *si es abismo de milagros*, en palabras de san Juan Damasceno<sup>564</sup>, bien puedo añadir yo que su Corazón augustísimo es mundo de maravillas pues es el principio de todo lo que hay de grande y admirable en esta Virgen incomparable.

Llena de gozo sin igual escuchar las sagradas bocas de la Iglesia, los santos Padres, hablar así de esta divina Madre. Cuando tratan otros temas sus discursos están llenos de ciencia, de piedad y de elocuencia, pero en este tema se sobrepasan a sí mismos. Compiten en quién dirá mayores bellezas, en quien abundará en mayores elogios. Parecen no encontrar términos más elevados para expresar sus profundos sentimientos. Por eso recurren a exclamaciones como: ¡Oh la grande, la santa, la admirable, la incomparable! Hablan como hombres llevados de embeleso y arrobamiento. Son bocas de oro, o mejor, bocas

---

<sup>561</sup> *Orat. De Hypap.*

<sup>562</sup> *In laud. B.V.M.*

<sup>563</sup> *Orat. 1 de la Nativ.*

<sup>564</sup> *In laud. Deiparae*



del Espíritu Santo. Se ve bien, en efecto, que es el Espíritu divino quien habla por su medio y que se inunda de soberano placer al predicar y publicar, por su medio, las grandezas y maravillas de su dignísima Esposa.

Hemos escuchado a lo largo de estas páginas esos oráculos celestiales. Abramos todavía los oídos del corazón para escucharlos a fin de inflamar más y más en nuestros corazones el amor ardiente que debemos tener por el honor y la veneración del santísimo Corazón de esta divina Virgen, causa y principio de todos los portentos, excelencias y privilegios que se dan en ella.

## **Sección I**

### *Voces de santos Padres*

*de los doce primeros siglos de la Iglesia.*

*Hablan de las excelencias maravillosas*

*de la Madre de Dios nacidas de su Corazón*

Es imposible imaginar que los santos apóstoles, que ardían en amor de su buen Maestro, no hayan profesado afecto extraordinario a su queridísima Madre. ¿Quieres pruebas fehacientes? Has de saber en primer lugar que según el testimonio de buenos autores<sup>565</sup>, cuando

---

<sup>565</sup> Eusebio Nierember, en *Mar. Amabil.* Cap 9.



estuvieron a punto de separarse para ir a predicar el evangelio a toda la tierra, convirtieron la pequeña casa de Nazaret, donde habitaba cuando concibió al Hijo de Dios en sus benditas entrañas en iglesia que dedicaron a esta Virgen Madre. En seguida, una vez que se hubieron propagado por todo el universo, doquiera predicaban el misterio inefable de la encarnación que se había cumplido en ella, y luego el nacimiento del Salvador, su huida a Egipto, su obediencia a su divina Madre, su pasión, su crucifixión, su muerte y las últimas palabras que dirigió desde la cruz a esta Madre inconsolable, nunca faltaron de hablar muy digna y útilmente de aquella en quien, con quien y por quien la omnipotente bondad de Dios había obrado tantas maravillas. Hablaron de sus virtudes admirables, de su santidad prodigiosa, de las perfecciones extraordinarias con que había estado adornada para hacerla digna Madre del redentor del universo, Madre de todos los cristianos y soberana Emperatriz de cielo y tierra.

Algunos autores escriben<sup>566</sup> que los apóstoles escribieron la oración que comienza por estas palabras *Salve Regina*, otros la atribuyen a Herman, religioso de la orden de San Benito.

---

<sup>566</sup> Nieremberg id. Cap. 11



Esos mismos apóstoles nos enseñaron a invocar a la bienaventurada Virgen con la oración que añadieron al saludo del ángel: *Santa María, Madre de Dios, ruega, etc.*<sup>567</sup>.

Algunos refieren que san Pedro, venido de la ciudad de Antioquía a España, llevó consigo cuarenta imágenes de la bienaventurada Virgen, para sembrar e incrementar en esa región, la devoción que el apóstol Santiago había comenzado a difundir allí en el corazón de los primeros cristianos.

Santiago, conocido como el hermano del Señor, ha demostrado la veneración y devoción singular que tenía a su sacratísima Madre. Primero, porque, según atestiguan varios grandes autores, hizo construir en Zaragoza, en España, la primera iglesia que le fue dedicada, estando todavía en vida en la tierra. Segundo, por la mención, muy digna de honor, que hizo de esta gloriosa Virgen en su Liturgia. En ella el sacerdote la saluda en primer lugar de esta manera: *Te saludo, María, llena de gracia. El Señor está contigo. Eres bendita ente todas las mujeres y es bendito el fruto de tu vientre, pues nos diste a luz al Salvador de nuestras almas*<sup>568</sup>. Acto continuo la llama: *María, gloriosa Señora nuestra, Madre de Dios y siempre Virgen, santísima, inmaculada, bendita por encima de todas las criaturas*<sup>569</sup>.

---

<sup>567</sup> Ib. Cap. 9

<sup>568</sup> *Divina Missa S. Jacobi. Bibliot. Veterum Patr. To, 2, al comienzo*

<sup>569</sup> Ibid.



En seguida, quienes cantan la misa, entonan así: *Es justo, Virgen santa, que te reconozcamos y honremos como a quien es en verdad la bienaventurada Madre de Dios. Eres siempre bienaventurada y en todas las maneras inmaculada, Madre de nuestro Dios. Eres más digna de honor que los querubines, más gloriosa que los serafines, tú que has dado a luz al Verbo de Dios sin corrupción alguna. Por ello te ensalzamos como a verdadera Madre de Dios. Todos los ángeles y los hombres, y todas las criaturas se regocijan, oh llena de gracia, porque eres el templo de la santidad, el paraíso de delicias de la santísima Trinidad; de nosotros y en nosotros Dios se volvió carne nuestra y el que existe antes de todos los siglos se hizo niño sin despojarse de su divinidad. De tu vientre virginal hizo su trono. Lo volvió más espacioso y extendido que los cielos. Por ello todas las criaturas se regocijan, oh llena de gracia; gloria inmortal y eterna te sean dadas por todos los hombres y los ángeles.*



## Sección II

### *Siglo segundo*

#### *San Ireneo*

San Ireneo, quien vino poco después de los apóstoles, se dirige a la bienaventurada Virgen en forma tan elevada que es difícil decir más. La llama la causa de la salvación de todo el género humano. Estas son sus palabras<sup>570</sup>: *Como Eva fue seducida por las palabras de un ángel de tinieblas y por su desobediencia se separó de Dios, María obediente a la palabra divina, fue a su vez evangelizada por la palabra de un ángel de luz para prepararse a ser portadora de un Dios. Así como el diablo sugirió a aquella volver la espalda a Dios, ésta fue persuadida a obedecerle a fin de que María Virgen fuera hecha abogada de la virgen Eva. Y como todo el género humano había sido sometido a la muerte por una virgen, fue reparado por la obediencia de una Virgen. Como también a fin de que el pecado del primer hombre, fuera corregido y reparado por los sufrimientos del Hijo de Dios, la prudencia de la serpiente fue vencida por la sencillez de la paloma.*

En otro lugar habla así<sup>571</sup>: *Como la primera de las mujeres, Eva, se causó la muerte a sí misma y a todo el género humano, por su desobediencia, así María Virgen fue*

---

<sup>570</sup> Contra haereses, lib. 5, cap. 19

<sup>571</sup> Ib. Lib 3, cap. 33



*hecha causa de salvación para sí misma y para todo el género humano por su obediencia.*

### *San Ignacio, mártir*

Este santo discípulo de san Juan Evangelista escribe lo siguiente: *varios cristianos le testimoniaron que la Madre del Salvador estaba llena de la abundancia de las gracias celestiales y que poseía el tesoro de todas las virtudes; que por esa razón estaba urgido por el deseo ardentísimo de ver, si le es dado, este sagrado espectáculo y ese prodigio celestial*<sup>572</sup>.

### *San Justino, mártir*

Este gran santo, al comentar las palabras que Nuestro Señor dijo a su santa Madre en las bodas de Caná, dice: *no tuvo intención de reprochar o reprender a su divina Madre. En efecto siempre la honró muy singularmente por sus acciones*<sup>573</sup>. Y en otro pasaje al comentar las palabras del Señor: *Todo el que hace la voluntad de mi Padre es mi hermano, mi hermana y mi madre*, afirma que Dios no quiso escoger una mujer del común para ser la Madre de su Hijo

---

<sup>572</sup> Migne, *Summa aurea*, tomo X, col. 540-541

<sup>573</sup> *Quaest.* 36



sino que escogió a una que sobrepasaba incomparablemente todas las virtudes de la condición de mujer. Que por eso el Hijo de Dios habla así para darnos a conocer que esta Virgen sin par era bienaventurada y digna de todas las alabanzas no solo por su ser su Madre sino que la encontró digna por sus virtudes de ser su Madre permaneciendo Virgen<sup>574</sup>.

### **Sección III**

*Siglo tercero*

*San Gregorio Nacianceno*

En un sermón en la fiesta de la anunciación este ilustre Taumaturgo habla así de la bienaventurada Virgen<sup>575</sup>: *Hoy alabanzas divinas se cantan por todos los coros angélicos y el esplendor de la llegada del Hijo de Dios ilumina a todos los fieles. Hoy ha comenzado una agradable primavera y el Salvador del mundo, verdadero Sol de justicia ha lanzado sus primeros rayos en nuestras almas. Hoy toda la tierra se inunda de gracia y consuelo a causa de la efusión del Espíritu de Dios a los hombres. Hoy la gracia divina difunde su luz en nuestros corazones para elevarnos a la esperanza*

---

<sup>574</sup> La cita que san Juan Eudes aduce: *Panar. Lib. 1, cap. 46*. Se refiere a san Epifanio. En Migne no se encuentra.

<sup>575</sup> Homilía in Annun. SS. V. M.



*de lo invisible y para darnos a conocer un misterio escondido hasta entonces en el secreto de la eternidad y unos milagros que sobrepasan toda inteligencia y toda capacidad de la mente. Hoy Gabriel, uno de los asistentes al trono de Dios, enviado a una Virgen muy casta, le dirige este agradable saludo: Te saludo, llena de gracia. Y como ella pensaba en sí misma qué significaba este saludo, el ángel de inmediato añadió: el Señor está contigo; no temas María, pues has encontrado gracia ante Dios y por ello concebirás y darás a luz un Hijo que llevará el nombre de Jesús, etc.*

*Vas a conocer, oh Virgen purísima, lo que estuvo oculto a los patriarcas y profetas. Sabes lo que hasta ahora los ángeles ignoraron. Escuchas lo que Dios no reveló a los que había llenado de su espíritu. Moisés, David, Isaías, Daniel y todos los profetas hablaron de este misterio pero ignoraron el modo y la razón. Tú sola, oh Virgen santa, conoces ahora su causa y contemplas su cumplimiento en ti, etc.*

*Se dirige luego a sus oyentes: Además, mis queridos y amadísimos, tributemos nuestros deberes con toda nuestra fuerza, a esta incomparable Virgen y presentémosle estas mismas alabanzas angélicas y digámosle el mismo saludo: Gozo y bendición a ti, oh llena de gracia. El Señor está contigo. Te pertenece sentir felicidad y consolación, pues la gracia divina escogió en ti una morada de su agrado. En ti el Rey de gloria habita con su humilde esclava. El más hermoso*



*de los hombres con la más bella de las criaturas. Y quien todo ha santificado con la que ha sido muy pura e inmaculada.*

*Dios está contigo y de ti quiere nacer el Verbo hecho carne, en quien habita toda la plenitud de la divinidad. Que por siempre la felicidad te colme, oh llena de gracia, fuente de toda luz que iluminas todos los que creen en ese Salvador. Seas bendita, oh llena de gracia, oriente del sol de justicia, flor incomparable de este valle de lágrimas, jardín rico de aromas, viña siempre florecida, que consuelas todas las almas de los que te glorifican.*

Al predicar una segunda vez sobre el mismo misterio, parafraseando las palabras del ángel san Gabriel, hace que ese bienaventurado espíritu hable a la santísima Virgen de esta manera: *No temas, María, pues has encontrado gracia ante Dios. No solo él no tiene motivo alguno de temor frente a ti, sino confianza y consolación. Todos los poderes celestiales, oh santísima Virgen, me han encargado que te presente humildísimo saludo. El que es el Monarca del cielo te ha escogido entre todas las criaturas, como la más llena de gracia y ha resuelto que esta brillante y preciosísima perla, que debe ser empleada en el saludo a todo el mundo, sea concebida y formada en tus purísimas, castísimas y muy santas entrañas, pues por su gracia fuiste hecha más pura, santa y gloriosa que toda la raza humana.*



Y luego añade: *¿Con qué palabras podríamos expresar la excelencia de esta santísima Virgen? ¿Qué alabanzas emplearíamos para engrandecer su incomparable belleza? ¿De qué cánticos espirituales nos serviríamos para glorificar a la que es muy gloriosa entre los ángeles? Fue plantada en la casa de Dios como bello olivo, fertilizada por el Espíritu Santo con la sombra de su gracia. Por ella hemos sido llamados para ser hijos y herederos del reino de Dios. Ella es el paraíso florido de la inmortalidad, en el cual el árbol de la vida ha sido plantado cuyos frutos nos preservan de la muerte. Es gloria y honor de las vírgenes, alegría y consuelo de las madres, apoyo y fortaleza de los fieles, ejemplar perfecto de los santos. Es el domicilio de la virtud y en él se aloja la verdad. Es la fuente viva que ha dado a luz ese Señor del cual brota el agua que da la vida. Todos cuantos honren con devoción sincera a esta Virgen santísima y amen su incomparable pureza y santidad disfrutarán de gracia angélica.*

Finamente concluye esta predicación con estas palabras: *La alabanza que te debemos, oh muy santa Virgen, por haber sido escogida por el Hijo de Dios para ser su Madre está por encima de toda alabanza. Todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y debajo de ella, deben rendirte honor y servicio debidos a la Madre de Dios, pues eres el trono de la divina Majestad. Eres toda luminosa*



*inundada de una luz admirable que difundes en todas las regiones del empíreo celestial, donde es glorificado el Padre que no procede de ningún principio. Su poder te ha cubierto con su sombra. Allí es adorado el Hijo que diste a luz según su humanidad. Y allí es magnificado el Espíritu Santo que obró en ti la encarnación de este de Rey de gloria. Por ti, oh llena de gracia, la santísima y consustancial Trinidad es conocida en el mundo. Dígnate, si así te place, hacernos partícipes de tu gracia y de la perfección de tus virtudes.*

#### **Sección IV**

*Siglo cuarto*

*san Atanasio, patriarca de Alejandría*

Ese incomparable defensor de la fe cristiana contra los enemigos del Hijo de Dios y de su santísima Madre habla así<sup>576</sup>:

*Puesto que el nacido de la santa Virgen es Rey, Señor soberano y el Dios del universo, es justo que reconozcamos la Madre que lo concibió y dio a luz como la reina y Señora soberana de todo el mundo. Que le rindamos los homenajes como a la que es verdadera y propiamente la Madre de Dios. Cuando elevamos lo ojos hacia ella y hacia su adorable Hijo nos es permitido emplear estas palabras del profeta:*

---

<sup>576</sup> Sermón de la anunciación de la Madre de Dios



*Allí está la reina, a su derecha, con vestido brillante de oro, adornada de maravillosa variedad de adornos preciosísimos. Entre todas las mujeres la calidad de Señora, Reina y Madre de Dios le pertenece por privilegio especial. Como reina, está a la derecha de su Hijo, soberano Monarca del universo. Su vestido de oro, que le atribuyen las sagradas palabras, debe entenderse no solo de la gloria incomparable de que está dotada su alma, sino también de su santo cuerpo revestido de las excelentes cualidades de la incorrupción y de la inmortalidad.*

*Enseguida añade estas palabras que dirige a la bienaventurada Virgen: Ahora, pues, dichosa Hija de David y de Abrahán, escucha nuestras oraciones y sé propicia a nuestras peticiones. No te olvides de tu pueblo. Es deber nuestro reconocer y llamarte nuestra Madre, Señora y soberana Princesa, pues de ti nació el que adoramos como nuestro Dios y nuestro soberano Señor.*

*Y poco después: Recurrimos a ti para que te dignes acordarte de nosotros, oh santísima Virgen, que has permanecido perfectamente Virgen incluso después de tu divino alumbramiento. Y puesto que eres llena de gracia, haz generosamente que seamos partícipes de los tesoros que posees apreciando estas pobres alabanzas que nos esforzarnos por darte. Un ángel por primera vez pronunció el panegírico de tus alabanzas al darte este honorable*



*saludo: Te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo. Que todas las jerarquías de los ángeles te bendigan y te declaren bienaventurada y digan que eres bendita ente todas las mujeres y que es bendito el fruto de tu vientre, etc. De tales jerarquías celestes, nosotros, habitantes de la tierra, aprendimos a alabarte y exaltarte. De esos bienaventurados Espíritus tomamos estas palabras: Seas por siempre bendita, oh llena de gracia, el Señor está contigo. Intercede por nosotros, oh amadísima Señora, Dama nuestra, nuestra reina y dignísima Madre de Dios. Naciste en medio de nosotros y el que se revistió de nuestra débil naturaleza en tus castas entrañas es nuestro verdadero Dios. A él se debe toda gloria, alabanza y honor.*

### *San Efrén*

Este santo Padre de la Iglesia de oriente perfumó el mundo con el olor de sus extraordinarias virtudes, con la luz de sus santos libros, llenos de especial piedad. Descubrimos en ellos el amor ardentísimo que profesaba a la bienaventurada Virgen. Leamos las expresiones muy



sentidas que dejó en la siguiente oración dirigida a la santísima Virgen<sup>577</sup>.

*Oh santísima, purísima e inmaculada Virgen María, Madre de Dios, reina de los hombres y de los ángeles, esperanza de los desesperados, nuestra muy buena y poderosa Señora, más elevada que todos los ciudadanos del cielo, más pura que los rayos del sol, más gloriosa que los querubines, más esplendorosa que todos los espíritus angélicos, más santa que los serafines y más luciente sin comparación que todos los habitantes del empíreo; único deseo de los antiguos padres, gloria de los profetas, alabanza de los apóstoles, honor de los mártires, gozo de todos los santos, luz de los santos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; esplendor de Moisés y Aarón, vellón de Gedeón, incensario de oro, lámpara clarísima y luminosa; vaso preciosísimo, que contiene el maná del cielo; divina tabla de la ley, escrita por la mano de Dios; verdadera arca de la alianza; gran Princesa, llena de sabiduría y prudencia celestiales; Virgen revestida del sol; santísima consoladora y muy sagrada guía de todos los que están en las desgracias y sombras en esta valle de lágrimas; zarza ardiente, que arde siempre sin consumirse, vara de Aarón, siempre verde y floreciente; Virgen que diste a luz a un Hombre-Dios; Virgen antes del parto, en el parto y después del parto, por ti*

---

<sup>577</sup> Serm. De SS. Gen. Dei M. Laudibus.



*fuimos reconciliados con nuestro Dios y nuestro Salvador, tu Hijo benignísimo.*

*Tú eres la única abogada y el presto socorro de todos los pecadores; tú eres el puerto seguro para los náufragos; eres el máximo consuelo de todo el mundo; eres la Madre de los huérfanos, redención de los cautivos, alivio de los enfermos, fortaleza de los desolados y la salvación de todos; eres apoyo y confianza de los religiosos y de los solitarios; esperanza de los seglares; eres la gloria, la corona y la dicha de las vírgenes; eres el gozo de todo el mundo. Oh Virgen venerable, pura y castísima, oh Dama soberana, Princesa de las princesas, Reina muy poderosa, llenas el corazón de quienes te aman con felicidad inconcebible. Oh santísima Madre de Dios, cobíjanos bajo tu protección; recíbenos y ampáranos bajo las alas de tu compasión y tu misericordia. En ti depositamos toda nuestra confianza, Virgen muy sagrada; nos tienes prosternados a tus pies; te suplicamos muy humildemente que nos asistas ante tu Hijo para que no nos haga sentir el rigor de su cólera que hemos merecido por nuestros pecados.*

*Ilumina mi mente, oh llena de gracia; llena mi paladar con las dulzuras de tus alabanzas; sé guía para mi lengua y mis labios a fin de cantar adecuadamente tus perfecciones con gozo y felicidad. Permíteme Virgen sacratísima, que te salude con el arcángel san Gabriel y decirte: Te saludo,*



*María, llena de gracia. Te saludo la más dichosa de todas las mujeres. Te saludo, estrella brillantísima que diste a luz al Salvador. Te saludo, luz brillantísima, Virgen y Madre a la vez. Te saludo Madre del soberano Monarca del cielo y de la tierra. Te saludo, gran princesa, elevada por encima de todo lo que no es Dios. Te saludo, cántico de los serafines y querubines, himno de los ángeles. Te saludo, paz, consuelo y salvación del género humano. Te saludo, ornamento de los antiguos Padres, expectativa de los profetas, belleza de los mártires y corona de todos los santos. Te saludo gloria de las almas piadosas, devoción de los anacoretas, adorno magnífico de las jerarquías celestiales. Te saludo, dignísimo objeto de la alabanzas y panegíricos de todos los oradores. Te saludo, portento inigualable, jamás visto en la vasta extensión del mundo. Te saludo, felicidad de los que están aún en la tierra. Te saludo, paraíso deleitoso e inmortal; Te saludo, árbol de vida, de dicha, de gozo y de santidad. Te saludo, lirio de los valles, muralla de los fieles y salvación del mundo.*

*Te saludo, puerto tranquilo, donde se está a cubierto de las tempestades del mar de este mundo. Te saludo, mano poderosísima que retiras del abismo de los pecados a los que imploran tu auxilio. Te saludo, seguridad y protección de las almas que están en peligro de perderse. Te saludo, Madre de nuestro primer padre, a quien diste la vida al*



*librarlo de la muerte eterna. Sí, gran Reina, Adán, famoso criminal, te debe su resurrección espiritual. Fue el primero de tus milagros. Te saludo, dulce y verdadera libertad de los hijos de Dios. Te saludo, Madre de todos los hombres. Te saludo, fuente de los verdaderos consuelos y hontanar de todas las gracias, que tienes poder de inundar con ellas el cielo y la tierra. Te saludo, refugio de los pecadores. Te saludo, Madre muy compasiva que alivias con inmensa bondad a los que se sienten fatigados. Te saludo, única esperanza, única confianza, y único consuelo de todos tus servidores. Te saludo, trono glorioso. Te saludo, apoyo y defensa de los que se convierten a Dios. Te saludo, gloria y gozo de todos los sacerdotes. Te saludo, llave del reino celestial. Te saludo, salvación segura de todos los cristianos que recurren a ti de corazón y con afecto.*

Este gran santo lleva su devoción más lejos con palabras llenas de afecto y ternura a la bienaventurada Virgen. Es difícil imaginar algo más tierno. Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, haz que seamos partícipes del amor muy sincero y ardentísimo con que enriqueciste el corazón de este santo hacia tu muy amable Madre.



**Sección V**  
*Siglo quinto*  
*San Agustín*

El corazón de este gran santo se mantuvo encendido en amor a nuestro amabilísimo Salvador, y estuvo también animado de celo muy singular por el honor de su dignísima Madre. Esto le hace decir que cuando se habla de pecado no hay que hacer mención de la santísima Virgen. En cambio es preciso reconocer que ella conservó siempre una inocencia perfectísima como convenía la que mereció dar a luz al que es el justo e inocente por excelencia.

*Que la muerte entró al mundo por una mujer y que la vida nos fue devuelta por una mujer; que Eva fue causa de nuestra ruina y María causa de nuestra salvación; que aquella, corrupta, siguió al seductor, que ésta, conservando su integridad, dio a luz al Salvador, etc.*<sup>578</sup>

*Que la santísima Virgen, siendo en verdad la Madre del Salvador, según el cuerpo, es también la Madre de todos sus miembros, es decir, de todos los cristianos tanto más que contribuyó de manera más excelente por su caridad incomparable a su nacimiento en la Iglesia*<sup>579</sup>.

---

<sup>578</sup> Lib. De Natura et Gratia, cap. 36 ; Serm. 2 de Annunt.

<sup>579</sup> Serm. De Assumpt.



*¿Es posible decir algo más grande sobre esta divina Virgen? ¿Y qué pensar entonces de su Corazón admirable, fuente de todas esas maravillosas cualidades pues: Toda la gloria de la Hija proviene de su interior? ¿No podríamos decir con mucha razón lo que san Juan Crisóstomo dice respecto del corazón de san Pablo que es fuente inagotable de infinidad de bienes? ¿No es verdad que incluso si todas las criaturas del universo se transformaran en lenguas y corazones, no bastarían para alabar y honrar dignamente a este amable Corazón?*

Escuchemos de nuevo a este divino doctor que nos va a decir algo muy extraordinario y ventajoso en honor de nuestra soberana princesa que algunos atribuyen a san Fulberto, obispo de Chartres, y otros a san Ildefonso, arzobispo de Toledo: *¿Qué diría yo, mezquino de espíritu, que no esté incomparablemente por debajo de tu suprema dignidad y de tus méritos inconcebibles? ¿Diría que eres un cielo? Sí, pero un cielo que está por encima de todos los cielos. ¿Diría que eres la Madre, y por consiguiente la Señora de todas las naciones? Sería decir algo pero no sería suficiente. ¿Y entonces qué? No temo decir que eres la forma de Dios porque eres digna de llevar esta cualidad: Si dijera que eres la forma de Dios, eres digna de serlo. Este es un elogio maravilloso que san Agustín, u otro de los santos*



Padres citados, da a la Madre de Dios: *Eres la forma, y digna forma, de Dios*<sup>580</sup>.

¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo puede ser esta sagrada Virgen la forma de Dios? Es la forma de Dios porque es la viva semejanza de la dignísima imagen del soberano Monarca del cielo: *Eres digna*. Es la forma de Dios porque es la hermosura cautivadora, la gloria y el esplendor luminoso del Sol eterno. Es la forma de Dios porque es expresión maravillosa, *compendio* incomparable, dice san Andrés de Candia, y *declaración* inefable, dice el mismo santo, de las perfecciones incompresibles de la divinidad<sup>581</sup>.

Cuanto es digno de la persona de la Madre del Salvador puede decirse igualmente de su nobilísimo Corazón. Sí, ese divino Corazón de la Madre de nuestro redentor es la digna forma y la imagen viviente del Corazón adorable de su Hijo Jesús. Es la hermosura, la gloria y el esplendor de este Corazón regio, Rey de todos los corazones. Es la expresión y la declaración de todas las perfecciones que constituyen las galas y la gloria del Corazón del Hombre-Dios.

Oh Madre de Jesús, dado que tu Hijo nos ha dado su Madre para ser nuestra Madre, haz, te ruego, que como tu Corazón es la digna forma y el más claro espejo de su Corazón, nuestros corazones lleven también en sí mismos

---

<sup>580</sup> *Serm 35, de Sanctis*. La expresión *forma de Dios*, se encuentra en san Agustín, en el sermón de la Asunción, en san Jerónimo, en san Ildefonso. Cfr. Marracci, *Polyanthea mariana*, lib. 6

<sup>581</sup> *Orat. 3 de Dormit. B.V.*



una viva expresión y una perfecta semejanza de la vida santa y de las virtudes celestiales que reinan en el Corazón adorable del Hijo único de María y en el de la Madre muy amable de Jesús.

*San Eucario, arzobispo de Lyon*

Estas son las palabras de este santo arzobispo<sup>582</sup>: ¿A cuál criatura se dio jamás gracia tan grande y admirable como la de la santísima Virgen María? A las demás se ha conferido la gracia con medida; a ella se le dio plenitud: Llena de gracia. Considera ahora cuántas mujeres, cuantas excelentes Vírgenes ha habido después de ella. Y sin embargo no hay una sola que haya llegado a tan alto punto de perfección como el de merecer ser la Madre de Dios. Prerrogativa grande y admirable que solo ella, entre tantos millares de santas criaturas, haya sido escogida para semejante dignidad. Que si, antes de concebir al Hijo de Dios ella estaba ya llena de gracia quién podrá comprender qué abundancia de gracias extraordinarias habrá acumulado luego de haberlo concebido, etc. Con justo derecho es llamada bendita entre todas las mujeres pues por ella la bendición se dio a las mujeres y el mundo es librado de toda maldición.

---

<sup>582</sup> Apud Judoc. Cocci. Tom. I, lib. 3 de Deipare, art. 1



**Sección VI**  
*Siglo sexto*  
*San Fulgencio,*  
*Obispo de Ruspe en África*

Este santo Padre defendió generosamente la divinidad de nuestro Salvador contra los arrianos y se distinguió también por la alabanzas que dio a su divina Madre en el sermón que predicó el día de Navidad. De él tomo una parte que debe aumentar en nosotros la devoción que debemos tener a esta divina Madre<sup>583</sup>.

*María fue constituida escala del cielo. Por ella Dios descendió a la tierra para que por ella los hombres merezcan subir al cielo. Le entrada a esa feliz mansión es fácil a los que con firme fe crean que el Hijo de Dios, por esta santísima Virgen, descendió a la tierra. María llegó a ser la restauradora de las mujeres pues por ella han sido liberadas de la primera maldición en que habían caído. Debemos reconocer que los tres males en que incurrió Eva fueron reparados por tres clases de bienes conferidos a María. Se dijo a Eva: darás a luz con dolor y tristeza, y estarás atada y sometida a un marido que será tu dueño. Ellas por tanto participan de las desdichas de Eva y sienten las punzadas de*

---

<sup>583</sup> Serm. De Nat. Dom.



*la tristeza, del dolor y de la servidumbre si no quieren seguir a María. Ella ha sido favorecida con tres clases de bienes excelentes, a saber, de un consuelo del todo celestial causado por el saludo del ángel, y de una plenitud de gracia. Leemos que el ángel la salud: Te saludo María, llena de gracia, eres bendita entre todas las mujeres. Le dio con este saludo una alegría del todo celestial. Cuando añadió: Llena de gracia, le hizo saber que por privilegio muy especial era ejemplo de que con ella empezaba a cesar la maldición dada a los hombres y felizmente se anticipaban en ella las gracias de la primera bendición. Y cuando la llamó bendita entre todas las mujeres le expresó la felicidad y el fruto de la virginidad. Que todas aquellas que a su imitación tengan el valor de perseverar en ese feliz estado, serán también benditas ente todas las demás mujeres. Si nuestra primera madre, Eva, fue maldecida, podemos afirmar hoy que, por mediación de María, encontró de nuevo la bendición de la gloria. Acudan, vírgenes cristianas, con júbilo santo, a la reina de las vírgenes. Arrojen lejos la maldición de la desobediencia y reciban de su mano la bendición de la redención. Eviten los dolores de Eva, causados por sugerencia de la serpiente, y háganse dignas de participar de los honores que María recibió por el ministerio del ángel, etc.*



**Sección VII**  
*Siglo séptimo*  
*San Gregorio el Grande*

Este santo papa habla de la bienaventurada Virgen en su comentario del primer libro de Samuel en los siguientes términos:

*Podemos también entender por esta montaña la santísima Virgen María, Madre de Dios. Ella fue en verdad una montaña que sobrepasó en altura a todas las criaturas por la dignidad de su elección. ¿No era una montaña muy sublime esta incomparable Virgen, pues para alcanzar la excelente prerrogativa de Madre de Dios, ella levantó sus méritos por encima de todas las jerarquías celestes ante el trono de la divinidad?*<sup>584</sup>

*San Ildefonso*  
*arzobispo de Toledo*

Este santo Padre cuando combate contra el detestable Helvidio y contra otros herejes que blasfemaban contra la virginidad perpetua de la Madre de Dios se dirige en primer término a ella y le habla así:<sup>585</sup>

---

<sup>584</sup> *Exposit, in I Reg. Lib.I, ca' - 1, Nos. 4 y 5*

<sup>585</sup> *De virginitate perpetua, cap. 1*



*Señora mía muy honorable, Madre de mi soberano Señor, muy fiel sierva de tu Hijo, dignísima Madre del Creador del universo, te suplico y conjuro muy humildemente que por tu intercesión yo alcance el espíritu de tu Hijo, mi redentor, a fin de que conciba en mi pensamiento y exprese por mi pluma lo que es conforme a la verdad y digno de su Majestad. Que nada omita de lo que conviene que diga.*

Luego, en el siguiente capítulo, dirigiéndose a Helvidio, con justa indignación a causa de su impiedad, le enrostra: *Escucha, desvergonzado, escucha, impío, escucha impúdico. Cómo te has atrevido y te has mostrado temerario para atentar contra el honor de la más pura de todas las vírgenes? ¿Cómo has tenido la audacia de difamar el trono de su pudor? ¿Qué furor se ha apoderado de ti para querer ennegrecer la blancura de una virginidad consagrada a la divinidad misma? Has de saber que el Dios de las virtudes se reservó para sí solo el dominio de esta preciosa herencia; que el Rey de los cielos ha sido único dueño; que el omnipotente que se ha edificado este templo y es su guardián; que solo él ha entrado en ese santuario.*

Y luego proclama dura execración contra los errores de este desdichado, movido por el horror de sus blasfemias: *¡Ah! Cómo deseo que esa lengua sacrílega sea, por justo juicio de Dios, atormentada con lo más agudos dolores; que*



*su boca infame sea por siempre cerrada; que sus labios abominables nunca más se puedan abrir para que la fetidez de sus palabras no contamine el aire y que los vapores pestilentes de esas impurezas no emponzoñen los espíritus.*

### **Sección VIII**

*Siglo octavo*

*san Germán,*

*patriarca de Constantinopla*

Entre varias bellas y santas predicaciones que este santo patriarca hizo en honor de la reina del cielo escojo una parte de la que pronunció en la fiesta de la Presentación<sup>586</sup>. En ella dice que esta gloriosa Virgen “*es la perfección de los designios de Dios, el sello de su testamento, la finalidad de sus consejos, la declaración de sus más sagrados misterios, el espejo purísimo de los santos profetas*”. La llama: “*firmeza y apoyo de los que están en peligro de caer a tierra, luz de los que están en tinieblas, don excelentísimo que Dios hizo a los hombres, la Señora soberana del universo, etc.*”

Contemplando a esta sagrada Virgen, cuando va presentarse a Dios en el templo, le habla así:

---

<sup>586</sup> Orat. 2 de Praesent. B.V.



*Entra, nobilísima Virgen, destinada a ser la Madre de Dios, entra temprano en tu heredad. Entra con gozo en la casa del Señor, para esperar en ese santo lugar el dichoso día en que el Espíritu vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra para hacerte la Madre de su Hijo; que elevada a estado tan sublime seas el socorro, la protección y el amparo de los que celebren la memoria de esta solemnidad. Que por tu intercesión los libere de sus necesidades, enfermedades, peligros y de toda suerte de calamidades y miserias. Que los protejas de la ira de tu Hijo, su soberano juez; que les obtengas como Madre de este soberano Señor, la entrada a ese lugar de delicias donde se encuentra la luz, la paz y la realización de todos nuestros deseos; y que las lenguas perversas que se atreven a hablar en contra de ti con soberbia y menosprecio, enmudezcan. Que su imagen sea reducida a la nada en la ciudad de Dios. Que sean confundidos, que perezcan y que el justo castigo que experimenten los obligue a reconocer que te pertenece la calidad de soberana Dama, que eres la Madre de Dios, etc.*

*Y añade en seguida: Dichoso tu padre entre todos los hombres; dichosa tu madre entre todas las mujeres; feliz tu santa familia; afortunados todos los que tuvieron el honor de tener algún parentesco contigo; felices los que te vieron y te trataron; dichosos los que te sirvieron: dichosos los*



*lugares donde moraste; dichoso el templo donde fuiste presentada; feliz el venerable padre Zacarías (sic) que te recibió en sus brazos; dichoso el casto José que fue considerado digno de ser tu esposo, etc.*

*Y poco después: Única Señora mía, solamente tú eres el más seguro solaz y la más dulce consolación que he recibido de Dios en todas mis penas. Del seno de tu misericordia mi corazón recibe saludable rocío en sus arideces. Eres luz para mi alma en las tinieblas; mi guía seguro en mis extravíos; mi fortaleza y apoyo en mis flaquezas. Eres medicina para las heridas nocivas que recibo de mis enemigos, y mi salvación. Tú reparas mis pérdidas, alivias mis dolores, rompes mis cadenas y reanimas mis esperanzas. Escucha, pues, por favor, mis pobres oraciones. Apiádate de mis suspiros. Siente que tu Corazón compasivo se conmueve por el sentimiento de mis miserias, como es propio de la Madre de un Dios que ama tanto a los hombres.*

## **Sección IX**

*Siglo noveno*

*Raimundo Jourdain, abad de Celles*

Este santo religioso de la orden de San Agustín quiso ocultarnos su nombre por su extraordinaria humildad, y



tomó para sí el nombre de Idiota. Pero el Dios que exalta a los que se humillan, lo hizo conocer por su verdadero nombre, Raimundo Jourdain, abad de la orden de San Agustín.

Sabemos por sus escritos que tenía extraordinario afecto por el servicio de la Madre de Dios. Al explicar el pasaje del Cantar: *Toda hermosa eres, paloma mía y en ti no hay mancha alguna*, dice: *Eres muy hermosa en tu alma por todas las gracias y virtudes de que estás adornada. Eres muy hermosa en tu Concepción pues recibiste el ser y la vida para servir de templo al Dios todopoderoso. Eres muy hermosa pues concebiste en tus castas entrañas al Verbo Divino que es el esplendor de la gloria del Padre. Tu alma gloriosa jamás sufrió mancha alguna de pecado y jamás fue privada de alguna belleza, gracia o virtud, pues tuviste tantas bellezas como tenías de virtudes. Las poseíste todas, después de tu hijo que es bendito soberanamente, en grado excelente sin parangón, que no ha sido ni nunca será concedido a otra criatura. En esto nunca tuviste y jamás tendrás alguien que te sea comparable.*

*En ti se reunieron todas las virtudes tanto de la vida activa como de la contemplativa. Ellas te hicieron admirable por encima de todas las demás criaturas. Las virtudes propias de la vida activa santificaron tu Corazón y las de la vida contemplativa colmaron tu espíritu con luz del todo*



*celestial. En ti se encuentra en grado soberano la pureza de los ángeles, la fe de los patriarcas, el celo de los apóstoles, la paciencia de los mártires, la sobriedad de los confesores, la inocencia y humildad de las vírgenes, etc.*

*Y en otro pasaje del mismo tratado leemos: Dios te hizo, oh Virgen santísima, para que por tu fruto bendito, la naturaleza angélica fuera reparada, la humana renovada, y la que es inferior a estas dos fuera liberada de la esclavitud. Por ti, Virgen muy bendita, la inocencia es reparada, la santidad de vida es restaurada y Dios pacifica y une al hombre; el diablo es derrotado y aplastado, pues de ti está escrito: Ella aplastará la cabeza de la serpiente, etc.*

*Y añade: Tú eres seguridad en esta vida para los buenos y para los malos. Ayudas a los justos y a los pecadores: a los justos los conservas en estado de gracia; por eso la Iglesia te llama en sus himnos, María, Madre de gracias; acercas a los pecadores a la divina misericordia y por ello la Iglesia te proclama: Madre de misericordia. Auxilias a unos y otros en la hora de la muerte y los proteges de toda acechanza y ataque del diablo, y así la Iglesia te pide: defiéndenos del enemigo. Y después de la muerte los socorres al recibir sus almas entre los brazos de tu caridad para y conducirlos al cielo. Por ello la Iglesia te ruega: recíbenos en la hora de la muerte<sup>587</sup>.*

---

<sup>587</sup> *De contemplat. B. V, part. 2, cont. 3*



## Sección X

*Varios otros santos Padres de los siglos siguientes*

*San Anselmo, arzobispo de Cantorbery*

No es posible albergar mayores sentimientos de amor, ternura y veneración a la bienaventurada Virgen que los que relucen en los escritos de este gran santo, en especial en el libro que escribió sobre la Excelencia de la gloriosa Virgen María y en varias de sus meditaciones que él llama *Alocuciones celestiales*. Aquí tienes una capaz de enardecer los corazones más fríos en el amor de la Madre del amor hermoso. Es la vigésima séptima. En ella se expresa así:

*Oh María, eres grande e incomparable. Eres la más grande y más admirable de las bienaventuradas Marías. Eres la primera, la más noble y digna de todas las mujeres. Mi grande y mi muy grande Señora, mi corazón quiere amarte, mis labios desean alabarte. Mi espíritu anhela honrarte, mi alma tiene gran deseo de rogarte para que todo mi ser y toda mi sustancia estén bajo tu protección. Por encima de todo, que todas las entrañas de mi alma se esfuercen, en cuanto es posible, por alabar los méritos y excelencias de esta divina María y que se regocijen a la vista de sus increíbles perfecciones. Admiren sus grandezas e*



*imploren su benignidad pues tienen extrema necesidad de su socorro.*

*Oh reina de los ángeles, Señora del mundo, Madre del que creó y redimió el mundo. Mi corazón no es puro, lo confieso. Por eso tengo gran vergüenza de pensar en una persona tan pura y santa como eres tú. Oh Madre de la luz de mi corazón, y nutricia de la salvación de mi alma. Escucha, por favor, las muy humildes súplicas que te dirijo desde lo más hondo de mi corazón para que las suciedades de mi corazón sean purificadas, las tinieblas de mi espíritu sean iluminadas, mis frialdades sean inflamadas y que yo te honre y de ame cuanto alguien que fue creado, salvado y redimido por tu Hijo está obligado a hacerlo.*

*Oh Madre de mi vida, nutricia de mi Redentor, que alimentaste a mi muy buen Salvador, ¿qué puedo decirte? No tengo ni lengua, ni palabra, ni espíritu, Señora mía, Dama mía soberana. Todas mis entrañas desean testimoniarte mi reconocimiento por los beneficios incontables que he recibido de tu bondad. Pero tengo vergüenza de ofrecerte acciones de gracias que no sean dignas de ti y no encuentro las que sean dignas de ti. Pues ¿quién podrá decir que sea digno de ser escuchado por la Madre de su Creador y Salvador, por cuya santidad soy purificado de mis pecados, por cuya integridad la incorrupción me ha sido dada, por cuya virginidad mi alma*



*es amada por su Señor? ¿Qué gratitud puedo tributar a la Madre de mi Dios y mi Señor, por cuya fecundidad he sido rescatado de la cautividad del infierno, por cuyo alumbramiento he sido preservado de la muerte eterna, por cuyo Hijo he sido liberado de la perdición, sacado del exilio infortunado y deplorable de los hijos de maldición y restablecido en la patria bienaventurada de los hijos de Dios? Oh bendita entre todas las mujeres, por el bendito fruto de tu vientre poseo todos estos favores. Si por mi culpa llego a perderlos ¿no sería ingrato y desagradecido con la que Dios me ha dado tan grandes tesoros?*

*Me libre Dios de añadir iniquidad a iniquidad. Señora mía, que eres la puerta de la vida y de la salvación, y la vía de la reconciliación, te suplico por esta divina fecundidad que nos ha dado un Salvador que me obtengas el perdón de mis pecados y la gracia de vivir cristianamente a fin de que tu indigno siervo permanezca siempre bajo tu santa protección.*

*Oh Madre de misericordia, que eres la causa primera, después de tu Hijo, de la reconciliación del género humano con su Dios, y la fuente de la vida y de la salvación de todos los hombres, causo daño a tus méritos cuando encierro y retengo dentro de mí los efectos de tus bondades que se difunden por todo el universo y que regocijan a todos los habitantes de la tierra. Oh gran princesa, tú eres admirable*



*por tu singular virginidad, amable por tu saludable fecundidad, venerable por tu inestimable santidad.*

*Tú hiciste que el mundo viera a su Señor y su Dios, a quien no conocía. Tú hiciste visible a los hombres a su Creador a quien no habían visto antes. Eres tú quien les ha dado un Restaurador para sacarlos de la perdición. Eres tú la que les diste a luz un Reconciliador al que mucho necesitaban. Por tu virginal fecundidad, oh reina del cielo, y por el bendito fruto de tu vientre el mundo entero ha sido justificado, el mundo condenado ha sido salvado, el mundo desterrado del paraíso ha sido readmitido, el mundo cautivo ha sido liberado, el mundo enfermo ha sido sanado y el mundo muerto ha sido resucitado.*

*El cielo, los astros, la tierra, las flores, el día, la noche y todos los seres creados se regocijan, oh mi gran princesa, de que por ti se ven engalanados de la belleza que Dios les había dado al crearlos; y que en cierto modo fueron resucitados y adornados de nuevo lustre y de cierta gracia inefable. En efecto, todo parecía muerto, porque en lugar de estar al servicio de los adoradores del verdadero Dios, fin para el que fueron creados por Dios, eran forzados a servir a los adoradores de los ídolos. Pero se regocijan ahora al verse en cierto modo resucitados y empleados al servicio de los que conocen y adoran a su creador. Todos esos grandes*



*bienes proceden del fruto de las benditas entrañas de la bendita María.*

*No solo todo el mundo está lleno de tus favores, oh muy dadivosa María. Ellos también se dan en el infierno y sobrepasan los cielos. Los cautivos en el infierno se regocijan por haber sido liberados y los ángeles del cielo exultan de gozo al ver que sus ruinas fueron reparadas. Oh Mujer admirablemente singular y singularmente admirable, por quien los elementos son renovados y, las puertas del infierno abiertas a las santas almas que estaban allí prisioneras, los hombres son salvados, los ángeles son repoblados. Oh Mujer, llena y rebosante de gracia, de cuya plenitud toda la creación reflorece. Oh Virgen bendita, y bendita por encima de toda criatura, por ti todos los seres son bendecidos tan maravillosamente que no solo lo creado es bendecido por su Creador sino que también el Creador es bendecido, alabado y glorificado por sus criaturas. Oh Virgen muy sublime, tu gloria y tu grandeza es tan encumbrada que los afectos de mi alma se pasan al esforzarse por seguirte.*

*¡Cómo es cautivante tu belleza para los ojos que tienen la dicha de verte! ¡Tus perfecciones son amables para los que te contemplan! ¡Oh cuánta dicha invade a los que te aman! ¡Oh quién me diera un corazón capaz de amarte como me es debido!*



*¡Oh cómo es de admirable la exaltación de María! ¡Oh cómo es de incomprensible la grandeza de su divina maternidad! Todo cuanto encierra el orden de la naturaleza fue creado por Dios y todo cuanto se encierra en el Verbo eterno, que es Dios, nació de María; Dios creó todas las cosas y María dio nacimiento a un Dios, al Dios que hizo todo cuanto fue hecho, y que lo ha hecho de nuevo y lo ha reparado por María. El que pudo hacerlo todo de la nada no ha querido rehacerlo sin María. Dios es el Padre de todo lo creado y María es la Madre de todos los seres creados; Dios es el autor de todo lo creado, y María es la Madre que lo restablece todo. Dios engendró a aquel por quien todo hecho, y María ha dado a luz a aquel por el que todos han sido salvados. Dios engendró a aquel sin el cual no existe otro ser, y María dio a luz a aquel sin el cual nada puede existir bien. ¡Oh Virgen incomparable! De veras Dios está contigo de manera maravillosa pues él te ha hecho tan grande y rica pues te debe todo lo que es según el nuevo ser y la nueva vida recibidos de ti, y todas las cosas creadas también te deben todo lo son pues no son nada sino en él y por él.*

*Oh divina María, como Dios quiso darte la gracia de estar siempre contigo y que estuvieras siempre con él, concédeme también, te ruego, este favor: que tu amor esté siempre en mi corazón y que tú me lleves siempre en tu*



*Corazón; que el clamor de mis miserias y necesidades toque siempre en la puerta de tus misericordias y que los ojos de tu piedad estén de continuo vueltos hacia mí; que el gran gozo que experimento de tus perfecciones permanezca siempre en mi espíritu y que la compasión de mi miseria esté siempre en tu Corazón.*

*Como la perdición, dichosísima Virgen, de quien fuera relegado o tenido en menos por ti, es inevitable es imposible también que perezca quien te ama y es amado por ti. Pues como Dios produjo aquel en quien todo vive, así, Señora mía, tú que eres la flor de la virginidad, has hecho nacer a aquel por el que las cosas muertas resucitan. Y como Dios preservó por su Hijo a los bienaventurados ángeles del pecado, así tú, que eres el honor de la pureza, preservarás por tu Hijo a los miserables hombres del pecado. Como el Hijo de Dios es la felicidad de los justos, así el Hijo de María es el reconocimiento de los pecadores. Pues no hay reconciliación sino la que tú concebiste en tus entrañas. Y no hay justificación sino la que tú has llevado en tu vientre virginal. No hay otra salvación sino la que tú diste a luz, permaneciendo siempre Virgen. Sí, Señora mía, tú eres la Madre de la justificación y de los justificados; tú eres la Madre de la reconciliación y de los reconciliados; tú eres la Madre de la salvación y de los salvados. Cuántos motivos de confianza para nosotros. Qué felicidad tener refugio tan*



*seguro. La Madre de Dios es nuestra Madre. La Madre del que es el único apoyo de nuestra esperanza y de nuestro temor es nuestra Madre. La Madre de aquel que solo nos puede salvar y que solo nos puede perder, es nuestra Madre.*

*Oh bendita y gloriosa Madre, ¿qué representa para nosotros el que es tu Hijo? Veo algo grande y admirable que nos fue dado por ti. No puedo no verlo sino con gran regocijo. Es tan grande y extraordinario que apenas me atrevo a pronunciarlo. Porque, oh reina mía, si tú eres Madre del Hijo de Dios, ¿no tienes además otros hijos que son sus hermanos? ¿Quiénes son esos hermanos? ¿Y quién es aquel de quien son hermanos? ¿Me atrevo a hablar o prefiero guardar silencio? ¿Diré lo que colma de gozo mi corazón o prefiero callarme, por temor de que se me enorgullezca? ¿Pero cómo no reconocer con acción de gracias lo que yo creo con todos los afectos de mi alma? Lo proclamaré no levantándome con soberbia sino con corazón humilde y agradecido. Porque el que quiso revestirse de nuestra naturaleza por el nacimiento que vivió de su Madre, que al devolvernos la vida que habíamos perdido por el pecado, nos hizo hijos de esta divina Madre. Ese mismo es el que nos invita a confesar que somos sus hermanos. Sí, nuestro juez es nuestro hermano; el Salvador del mundo es nuestro hermano; finalmente por María nuestro Dios fue hecho nuestro hermano. Con cuánta certidumbre debemos*



*esperar, pues nuestra salvación está en las muy buenas manos de tan buen hermano y de tan compasiva Madre. Con cuánto afecto debemos amar a tal hermano y a tal madre. Con cuánta confianza debemos abandonarnos a su guía. Con qué seguridad debemos cobijarnos bajo sus alas protectoras. Con qué ternura y bondad ellos nos recibirán.*

*Que por tanto nuestro buen hermano perdone nuestras ofensas. Que no nos castigue como merecen nuestros desméritos. Pero que nos conceda la gracia que le pedimos con corazón contrito y humillado. Que nuestra buena Madre ruegue por nosotros y nos obtenga lo que ella sabe necesitamos y nos es conveniente. Que ella ruegue a su Hijo por sus hijos, su único por sus adoptivos, el Señor por sus servidores. Que el buen Hijo de María escuche nuestras plegarias que su buena Madre le dirige a favor de sus hermanos que él liberó de la esclavitud del infierno y a quienes señaló puesto en el rango de los hijos de Dios. Oh María, soberana Señora mía, cómo debe ser inmensa nuestra gratitud contigo por habernos dado tal hermano. ¿Qué acciones de gracias te daremos?*

*Oh mi soberano Señor, tú eres nuestro hermano mayor. Reina mía, tú eres nuestra buena Madre. Infunde en mi corazón el respeto con el que debe pensar en ti. Jesús, tú eres bueno. María, tú eres buena. Jesús tú eres solo ternura. María, tú solo eres ternura. Enseña a mi alma cómo debe*



*poner todo su contento y sus delicias en ti. Enciéndela en el fuego de tu santo amor y haz que mi corazón desfallezca continuamente de amor a ti. Quién me diera que las entrañas de mi alma estén enteramente inflamadas en el suave ardor de tu santo amor. Oh Rey mío, es cierto que no soy digno de amarte, pero tú eres infinitamente digno de ser amado. Concédeme por la incomparable benignidad de tu santo Corazón la gracia de que soy muy indigno a fin de que tú no estés privado del amor de que eres infinitamente digno*

*Una cosa es cierta, oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María; oh María, Madre de Jesús, ustedes quieren, y es muy justo, que amemos todo lo que aman. Por consiguiente, te suplico, Hijo amadísimo de María, por el amor infinito que tienes a tu queridísima Madre, que me concedas la gracia eamarlo de veras, como tú lo amas y con tú quieres que yo lo ame. Te suplico también, oh la Madre amadísima de Jesús, por el amor inconcebible que tienes a tu Hijo y por el deseo ardentísimo que tienes de que él sea amado, que me alcances la gracia de amarlo cuanto debo. Sé que está en tu poder acordarme lo que te pido. ¿Podrán mis pecados poner obstáculo? Oh Jesús, lleno de amor y de misericordia a los pecadores, mi incontables pecados no han podido impedir que me ames. ¿Podrías rehusarme el favor que instantemente te pido de amarte y de amar a tu*



*amabilísima Madre? Que mi espíritu te honre y te venero todo cuanto debo. Que mi alma te ame tanto cuanto lo esperas de mí. Que mi corazón te quiera únicamente y por encima de todo. Que toda mi vida se emplee y gaste en tu servicio y en tu amor, a fin de que todo mi ser, toda mi sustancia y todas las facultades de mi cuerpo y de mi alma canten eternamente: Jesús sea bendito, María sea bendita, benditos sean por siempre jamás. Amen, amen. Fiat, fiat.*

## **Sección XI**

*Santos Bernardo, buenaventura y Alberto el Grande  
y bienaventurado Tomás de Kempis*

Al explicar san Bernardo estas palabras del Apocalipsis: *En su cabeza una corona de doce estrellas* (12, 1) dice que representan doce excelencias y prerrogativas de la bienaventurada Virgen. La primera está contenida en la santa y admirable *generación de esta divina María*, La segunda en la visita y saludo del ángel. La tercera en la venida del Espíritu Santo sobre ella para realizar el misterio inefable de la encarnación. La cuarta en la concepción inenarrable del Hijo de Dios. La quinta en su purísima virginidad. La sexta en su divina fecundidad. La séptima en haber llevado en sus entrañas al Hijo de Dios sin sufrir incomodidad alguna. La octava en su alumbramiento sin



ningún dolor. La novena en su mansedumbre dulcísima. La décima en su muy profunda humildad. La undécima en la grandeza de su fe. La duodécima en el martirio de su Corazón<sup>588</sup>.

San Buenaventura pone ante nuestros ojos siete privilegios principales de la Madre de Dios<sup>589</sup>: El primero consiste en que, después de su Hijo, solo ella, entre todos los hijos de Adán, jamás fue manchada por ningún pecado. El segundo que fue colmada de gracias más que todos los hombres. El tercero, el ser Madre y Virgen conjuntamente. El cuarto que es la única en ser Madre de Dios y única Madre de un Hijo que no tiene Padre distinto de Dios. El quinto que está en sociedad y alianza con Dios más estrecha e íntima que todas las puras criaturas. El sexto que goza de más poder ante Dios que todos los hombres y ángeles juntos. El séptimo, que sobrepasa incomparablemente en gloria y grandeza a todos los habitantes del paraíso.

Alberto el Grande escribe que las doce estrellas del capítulo doce del Apocalipsis significan doce prerrogativas que coronan a la reina del cielo<sup>590</sup>. La primera, su excepción total de pecado. La segunda, la incapacidad, o para usar sus términos, la imposibilidad de pecar. La tercera, que jamás hizo acción alguna ni ningún uso de su interior o su exterior

---

<sup>588</sup> *Serm. In signum magnum*

<sup>589</sup> *In Spec. B. M. lect. 6*

<sup>590</sup> *Biblia Mar. Ex cap. 12 Apoc.*



sin acrecentar un grado en gracia y mérito. La cuarta que fue dotada, en su alma y en su cuerpo, de la pureza más perfecta que se pueda imaginar. La quinta que es Madre de Dios, La sexta que es Madre y Virgen juntamente. La séptima ser la Virgen de las vírgenes. La octava, ser Madre de todos los hombres al dar a luz un hombre en quien y por el cual dio nuevo nacimiento a todos los demás hombres La novena, ser Estrella del mar. La décima ser la puerta del cielo. La undécima que su Hijo le comunicó su santa pasión. La duodécima, ser elevada por encima de todas las criaturas.

El bienaventurado Tomás de Kempis dice<sup>591</sup> que las doce estrellas significan doce prerrogativas de la reina de los ángeles. Refiere cuatro a la Iglesia militante, cuatro a la Iglesia triunfante y las otras cuatro a la Santísima Trinidad.

Los cuatro que miran a la Iglesia militante son: 1 Ella escucha las oraciones de los que la invocan con más benignidad que todos los santos del paraíso. 2. Ella se apiada con mayor bondad e indulgencia de nuestra debilidad, 3. Ella nos auxilia más eficazmente en nuestras necesidades y carencias. 4. Ella nos hace experimentar más frecuentemente el socorro de su poder y de su caridad como lo hemos vivido en mil y mil de ocasiones.

---

<sup>591</sup> *Sermón 25 a los novicios*



Las cuatro prerrogativas que conciernen a la Iglesia triunfante son: 1. Su trono es incomparablemente más elevado en el cielo que los tronos de los ángeles y de los santos. 2. Ella es más brillante y reluciente que todos los ciudadanos del paraíso. 3. Solo ella es más amada que todos los que son los muy amados de Dios. 4. Ella es más dignamente honrada y eminentemente más alabada que todos los habitantes del empíreo.

Las cuatro prerrogativas que tienen relación con la santísima Trinidad son: 1. Ella contempla con mayor claridad las maravillas inefables de este incomprensible misterio que todos los que lo contemplan en la bienaventurada eternidad. 2. Su Corazón está abrasado de un amor más ardiente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que todos los corazones del paraíso. 3. Ella contempla más perfectamente y penetra más íntimamente las grandezas de las tres divinas Personas que todas las jerarquías celestiales. 4. Ella posee más excelentemente todos los tesoros, glorias y felicidades de la divinidad que cuantos hay de ángeles y santos en el cielo.

Hay otros santos doctores que entienden por estas doce estrellas las doce principales virtudes que brillan en la vida de la Madre del Salvador, a saber: la fe, la esperanza, la caridad, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la justicia,



la castidad, la humildad, la pobreza, la piedad y la perseverancia.

Otros afirman que estas doce estrellas representan las glorias de los diversos órdenes de santos del paraíso. La reina del cielo las posee todas soberanamente. Son: 1. La gloria de los santos patriarcas. 2. La gloria de los santos profetas. 3. La gloria de los santos apóstoles. 4. La gloria de los santos mártires. 5. La gloria de los santos doctores. 6. La gloria de los santos confesores. 7. La gloria de los santos sacerdotes y levitas. 8. La gloria de los santos anacoretas. 9. La gloria de los santos religiosos. 10. La gloria de las santas vírgenes. 11. Las glorias de las santas viudas. La gloria de los santos que vivieron en el estado conyugal.

Otros son de parecer que estas mismas estrellas denotan las doce más excelentes cualidades de la Madre de Dios que son: Ser la Hija mayor y muy amada del Padre eterno. Ser la amadísima Madre del Hijo de Dios. Ser la digna esposa del Espíritu santo. Ser el templo augustísimo de la santísima Trinidad. Ser la reina de los cielos. Ser la Señora de los ángeles. Ser la Madre de los cristianos. Ser la soberana emperatriz del universo. Ser la puerta del cielo por la que el Rey del cielo vino a la tierra y por la que los hombres de la tierra entran en el cielo. Ser el refugio de los pecadores. Ser el consuelo de los afligidos. Ser nuestra abogada y mediadora ante su Hijo.



Podemos decir además que esas doce estrellas designan los doce principales misterios de la vida de nuestra divina Madre, a saber, su Inmaculada Concepción, su Nacimiento maravilloso, su Presentación en el templo, su divino Matrimonio con san José, la Concepción admirable del Hijo de Dios, la Visita que hizo a su prima santa Isabel, su divino Alumbramiento, su Purificación, su divina permanencia y trato con su Hijo hasta el tiempo de su pasión, sus dolores y sufrimientos en ese mismo tiempo, su gozo en la resurrección y ascensión de su Hijo, su admirable Asunción y su gloriosa Coronación a la derecha de su Hijo, en calidad de Reina y Señora soberana de los hombres y los ángeles, del cielo y de la tierra y de todo el universo.

## **Sección XII**

*Santo Tomás de Villanueva,  
arzobispo de Valencia*

Este santo arzobispo estuvo tan enardecido en el celo y el afecto por el honor de la bienaventurada Virgen que no puede no hablar de ella sino con devoción extraordinaria. Dice: *Basta saber que es Madre de Dios. ¡Qué hermosura, díganme, qué virtud y perfección, qué gracia y santidad, cuánta gloria convienen a la Madre de Dios! Dejen crecer sus pensamientos. Dilaten cuanto les sea posible la*



*capacidad de su espíritu para que se representen en sí mismos a una Virgen purísima, sensata, y muy prudente, bellísima, colmada de toda suerte de gracias, revestida de toda la gloria y esplendor imaginables, adornada de todas las virtudes, engalanada con todos los dones y aderezos del Espíritu Santo, en una palabra que sea muy del agrado de los ojos de Dios. Añadan todas las excelencias que puedan imaginar y sepan que la divina Virgen de que hablamos está elevada casi infinitamente por encima de todo lo que el espíritu humano se puede figurar,. Ella posee todas las gracias, perfecciones, glorias y grandezas que pueden existir en una pura criatura. Aún más, que es sin comparación posible más digna, noble, santa y gloriosa que todo lo que es posible decir y pensar.*

### **Sección XIII**

*Santo abad Arnoldo de Bonneval  
que vivía en 1160*

Dice así: Aunque tuviera todas las lenguas de los hombres y de los ángeles no podría jamás decir nada que fuera digno de la gloria y del mérito de la santísima y purísima Virgen María, Madre de nuestro Salvador. Porque su dignidad y su excelencia de Madre de Dios deben ser



medidas por la grandeza de aquel de quien es Madre, de cuya plenitud recibió todo lo que hay de perfecto y admirable en ella. Es manifiesto que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, como la gloria de la Madre es la gloria del hijo. La alabanza que compete al Hijo pertenece también en cierto modo a la Madre. Y el honor que es debido a la Madre de Jesús está más allá de lo que el entendimiento humano puede concebir. Estas son sus palabras: *Queda manifiesto que la gloria de la Madre y del Hijo son una sola. La alabanza de cada uno de ellos les es común. Definirlo supera toda capacidad intelectual*<sup>592</sup>.

## **Sección XIV**

### *Santa Brígida*

Las revelaciones de santa Brígida están aprobadas por la Iglesia, según ya vimos. Si amas a la que Dios ama tanto te sentirás bien al ver el estado en el que su divina Madre la hizo parecer un día a santa Brígida<sup>593</sup>. Vio a esta Madre admirable del Salvador, vestida con vestidura de oro, más reluciente que el sol. Sobre ella llevaba un manto de color azul celeste más brillante que el firmamento. Su cabeza estaba adornada con una corona imperial de siete lirios

---

<sup>592</sup> Tratado *De laudibus B.M.V.*

<sup>593</sup> *Revelatione*, lib. 1, cap. 31



entremezclados con piedras preciosas. Sus cabellos de extraordinaria belleza se esparcían sobre sus hombros. Al lado de santa Brígida, del todo embelesada a la vista de estas maravillas, apareció san Juan Bautista y le dio esta explicación: el vestido de oro significa la caridad ardentísima de la Madre de Dios. Su manto azul de color celeste significa la altísima estima que ella tenía de lo celestial y el gran menosprecio que hacía de lo terrestre y perecedero. Sus hermosos cabellos desplegados designaban su purísima e inmaculada virginidad. La corona preciosa e inestimable que llevaba en la cabeza mostraba que es la Madre del Rey de los ángeles, la Reina del cielo y de la tierra, la Señora soberana del universo. Esta corona está acompañada de siete lirios entremezclados con siete piedras preciosas.

El primer lirio es su humildad; el segundo su temor filial; el tercero su obediencia; el cuarto su paciencia; el quinto su constancia; el sexto y el séptimo su bondad y su misericordia por las que está siempre dispuesta a asistirnos en las necesidades si la invocamos con todo nuestro corazón.

La primera piedra preciosa es el poder muy singular que Dios le ha conferido, superior a las posibilidades de todas las criaturas. La segunda es su perfectísima pureza de cuerpo y alma. Es tal que jamás fue manchada por ningún pecado, desde el primer instante de su vida hasta el final de



su existencia. Convenía en efecto que el Rey de la gloria, por haberla escogido para ser su Madre y para morar en ella de manera tan admirable, fuera Hijo de la más pura y santa de todos los santos y todos los ángeles. La tercera piedra preciosa es su incomparable belleza por la cual Dios era sin cesar glorificado en el cielo, y que inundaba a todos los ángeles y los santos con gozo indecible. La cuarta piedra preciosa es su maravillosa sabiduría que se comunica con abundancia a todos los habitantes del cielo. La quinta es su fortaleza sin par que puede abatir en un momento a todo lo que se opone a sus designios y elevar lo que juzgue digno de ser honrado. La sexta su gran claridad, semejante a un sol que acrecienta la luz de todos los espíritus bienaventurados e infunde gran temor a los malignos espíritus que se atreven a mirarla. La séptima es la plenitud de su felicidad y de su gozo de que está de tal modo colmada que rebosa hacia todos los amigos de Dios.

Si se quisiera reportar aquí todo lo que los santos doctores han escrito o todo lo que Dios ha dado a conocer a varios santos y santas respecto de los privilegios, excelencias y maravillas de esta divina Virgen se podría llenar un número casi incontable de gruesos volúmenes.

¡Oh Madre admirable, cuántas cosas grandes y gloriosas se han dicho y pensado de ti y de tu amable Corazón! Si los oráculos del Espíritu Santo proclaman que



eres abismo de milagros<sup>594</sup>, ciertamente quien afirmara que tu Corazón es un mundo de portentos no se engañaría. ¿No fue la humildad de tu Corazón la que te ha elevado al más alto trono de gloria y grandeza que pueda ser ocupado por una simple criatura? ¿No es la profunda humildad de tu Corazón que luego de haberte rebajado por debajo de todas las cosas te ha exaltado por encima de todo lo que no es Dios? ¿No es la humildad, pureza y amor de tu Corazón que te ha hecho digna de ser la Madre de Dios y por consiguiente poseer todas las perfecciones, prerrogativas y grandezas que pertenecen a esta muy sublime dignidad? Por ello contemplo, saludo y honro tu Corazón virginal como mar de gracia, como milagro de amor, como espejo de la caridad, como abismo de humildad, como el trono de la misericordia, como el imperio de la divina voluntad, como el sagrario de las gracias gratuitas, como tesoro inestimable que contiene todas las riquezas de la tierra y del cielo, como santuario del divino amor, como el centro de la cruz y el rey de los mártires, como el primer objeto del amor de la santísima Trinidad entre las puras criaturas y como mundo de maravillas.

Alabanzas infinitas y eternas al rey de los corazones por haber encerrado tantas maravillas en tu bienaventurado Corazón. Que ángeles y santos, y todas las criaturas lo

---

<sup>594</sup> *Abyssus miraculorum*. San Damasceno, Orat. 1 de Nat. B.V. M.



bendigan y glorifiquen eternamente. ¡Oh la Reina de mi Corazón, te lo he dicho varias veces, pero lo quiero repetir ahora, infinitas veces y sin descanso, desde lo más profundo de mi corazón, y ruego a todos los ciudadanos del cielo lo digan conmigo y por mí, si por imposible no tuvieras todas esas prerrogativas y excelencias y que yo las tuviese, quisiera despojarme de ellas para dártelas. Aún más, si estuvieras privada de algunos de estos privilegios o de la menor de estas perfecciones, y que para que tú la poseyeras fuera necesario verme anonadado lo consentiría de todo corazón.

## **Sección XV**

### *Dos grandes maravillas de la bondad y del poder del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen*

Luego de escuchar a todos los santos que han hablado en el capítulo precedente para poner ante nuestros ojos el Corazón augusto de la Reina del cielo como un mundo de maravillas, veamos ahora dos milagros muy señalados de la bondad y del poder inefable de este Corazón admirable.

El primero se encuentra en la Historia de los Hombres ilustres de la Orden de Santo Domingo. Cuenta que el rey de los abisinios, habiendo hecho venir al beato Elsa, indígena de origen y religioso de esta santa Orden, para combatir a



un hereje que sostenía tercamente el error del impío Nestorio. Éste se esforzaba por despojar a la bienaventurada Virgen de su título máspreciado, el de Madre de Dios. Elsa lo abatió y echó por tierra con la fuerza de sus razones y por la virtud del Espíritu de Dios que hablaba por su boca. Lo llenó de confusión en presencia del rey y de gran número de asistentes. Pero ese desdichado en lugar de reconocer su falta se puso a denigrar peor que antes. Esto ofendió hasta tal punto al rey que habiéndolo hecho atar de pies y manos, lo arrojó a cuatro leones que lo devoraron al punto.

Los partidarios del hereje vinieron numerosos donde el rey y le pedían a grandes voces que como prueba indudable de lo que el indio enseñaba, lo expusiera a esos mismos leones y que si salía sano y salvo ellos confesarían la verdad que enseñaba. El rey se encontró en gran aprieto viendo a esa gente amotinada que amenazaba con sedición. Se dirigió entonces al beato Elsa para pedirle su opinión al respecto. Este corazón, lleno de confianza en Dios y en la bienaventurada Virgen respondió más bien por hechos que con palabras. Se santiguó y habiéndose encomendado a la Madre de Dios, cuyo honor había defendido, se lanzó valeroso en medio de los leones hambrientos. Esos carnívoros, menos crueles que los herejes, se echaron a sus pies, se los lamían y acariciaban. El rey, lleno de indecible



dicha dio gracias a Dios y a la santísima Virgen, que lo honró con varios grandes favores durante su vida. Y no fue el menor de ellos el que ella lo hiciera salir de este mundo el mismo día de su ascensión para hacerlo participar de la gloria de su triunfo.

¿No es cierto que fue gran milagro de la bondad y del poder del divino Corazón de la Reina del cielo a favor de su fiel servidor Elsa? No se queda atrás del milagro que el primer autor de todas las maravillas hizo para librar al profeta Daniel del foso de los leones. Además muestra bien de qué manera ella ama los que la aman y cómo conserva y protege a los apasionados por el honor de su divina maternidad. Oh Madre admirable, de toda eternidad el Hijo de Dios te ha escogido para ser su Madre. Y a pesar de todas las rabias del infierno serás reconocida y honrada por todas las almas cristiana que hay y que habrá en la tierra hasta el fin de los siglos y por todos los ciudadanos del cielo por siempre como la verdadera Madre del soberano Monarca del universo.

Ojalá tuviera todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Las sacrificaría gustosamente para defender esta verdad. Aún más, me gustaría no haber existido nunca si tú no fueses lo que eres, es decir, Madre de Dios y soberana Emperatriz del cielo y de la tierra. Oh muy buena Madre, mira que el león rugiente del infierno anda sin cesar



rondando de todos los lados para devorar las almas que costaron la preciosa sangre de tu Hijo. Toma en tus manos a los nuestros bajo tu protección y escóndelos en tu Corazón maternal para protegerlos del furor rabioso de este cruel enemigo.

El segundo milagro de la bondad y del poder soberano del Corazón admirable de la Reina del cielo está referido por el reverendo Padre Turselin, de la Compañía de Jesús, en su Historia de nuestra Señora de Loreto<sup>595</sup>. Es el siguiente.

Bajo el pontificado del Papa León X, un sacerdote ejemplar de Eslavonia que profesaba muy singular devoción a la bienaventurada Virgen, cuando venía de Nuestra Señora de Loreto, fue hecho prisionero de los turcos que lo presionaron cuanto más pudieron para que renunciara a la religión cristiana. Inconmovible en su fe, invocó sin cesar, en medio de los ultrajes que recibían los santos Nombres de Jesús y de María. Aquellos bárbaros, admirados de su constancia y deseosos de saber por qué tenía esos Nombres tan a menudo en sus labios le preguntaron la causa. Dijo: Porque los llevo grabados en mis entrañas. Entonces los inhumanos turcos lo amenazaron con arrancárselas ahí mismo si no renegaba de Jesús y María. Les respondió: no temo sus amenazas. Pueden arrancarme las entrañas pero no podrán arrancar a Jesús y María del

---

<sup>595</sup> *Lib. 2, cap. 8*



fondo de mi alma. Enceguecidos de rabia se lanzaron sobre ese santo sacerdote con sus cuchillos. Él, invocando a Nuestra Señora de Loreto, hizo voto de ir a visitar su santa casa si escapaba de sus manos. Esto los irritó todavía más. Habiéndole abierto el pecho y el vientre le arrancaron las entrañas y poniéndolas entre sus brazos, como consideraban que estaba moribundo, le dijeron por burla: Va, camina ahora con las entrañas, en las que dices que la Virgen de Loreto está grabada. Llévaselas como se lo has prometido.

Sucedió lo portentoso. Este pobre hombre, moribundo, llevando en sus manos sus entrañas se encamina en ese estado hacia Nuestra Señora de Loreto donde llega pocos días después. Estando allí muestra a los encargados de la iglesia su pecho abierto y del todo vacío mientras sostenía sus entrañas y sus intestinos entre sus manos y les cuenta en pocas palabras lo sucedido. Todos quedaron pasmados de admiración. Finalmente este santo sacerdote, luego de haberse confesado y comulgado y haber ofrecido su acción de gracias a Dios y a la gloriosa Virgen entregó su alma entre los brazos de esta divina Madre, que acogiéndolo en su Corazón lo llevó al cielo. Esas entrañas fueron expuestas cierto tiempo ante la santa y sirvieron mucho tiempo de espectáculo a los visitantes. Consumidas finalmente fueron representadas en madera y fijadas en el lugar para servir de



memorial de tan gran milagro. Pero el Papa Paulo III, al querer reforzar los pilares que sostenían las bóvedas, aprovechó la ocasión para quitar la madera donde esas entrañas estaban adheridas y preservar así el recuerdo de tal milagro. Un cuadro se hizo hacer expresamente para representar un sacerdote con sus entrañas en sus manos fue expuesto a la vista de todos. Es posible verlo todavía hoy con un breve relato de lo acontecido.

¿Qué dices de este milagro? ¿Se ha visto alguna vez algo mayor? ¡Qué milagro vivir sin corazón y sin entrañas que son principio de la vida! ¡Portentoso vivir sin vida, vivir en la muerte! ¿No es cierto que el amor es más fuerte que la muerte? Sí, muy cierto. El amor del divino Corazón de Jesús y de María a este sacerdote ejemplar es más fuerte que la muerte y que el infierno, pues, a pesar de todos los esfuerzos de la muerte y toda la rabia del infierno, este divino amor lo hace vivir sin vida y lo enciende en un amor tan ardiente a Jesús y María que pueden arrancarle el corazón y las entrañas pero no el amor de Jesús y de María. Sus santos Nombres son más inseparables de lo más íntimo de su alma, que su corazón y sus entrañas lo son de su cuerpo e incluso de su alma.

Dichoso quien pueda decir con san Pablo y con este santo sacerdote: ¿Quién podrá separarme del amor de mi Jesús? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o la espada? De



ningún modo. Estoy seguro, con su gracia, que ni la muerte, ni el infierno, ni todas las crueldades de los mahometanos, ni todos los furores del infierno podrán arrancarme nunca de mi corazón el amor de mi queridísimo Jesús y de mi dulcísima María. Oh Padre adorable de mi Jesús, tanto me amas que preferirías que este amor te privara de tu corazón y de tus entrañas, es decir, de tu Hijo queridísimo, sustancia de tu sustancia, Corazón de tu Corazón, si es posible hablar así, y vida de tu vida, que tolerar que la muerte del pecado me separe de ti. Y este divino Hijo, mi amable Jesús, me ama tanto también que tolera más bien que se le saque la sangre de sus venas y que se le arranque el alma de su cuerpo, a fuerza de tormentos, que permitir que el infierno me arranque de su Corazón por la crueldad del pecado. Y después de todo esto ¿no amaría yo a Padre tan bueno y a tan amable Salvador? Vengan, vengan tribulaciones, vengan angustias, vengan todas las espadas, todas las muertes, vengan todos los poderes infernales, vengan todos los tormentos del infierno, vengan y caigan sobre mí. Arránquenme el corazón y las entrañas, el alma del cuerpo, pero no podrán jamás arrancar del fondo de mi alma los santos Nombres ni el divino amor de Jesús y de María.

¡Oh admirable María, que consentiste que la muerte, y muerte en cruz, arrancara de tu seno maternal al Hijo único



y muy amado que amabas más infinitamente que a tu propio Corazón y tus propias entrañas, te ruego, por todas las bondades de este mismo Corazón me obtengas de su divina Majestad que estos sentimientos permanezcan grabados tan profundamente en mi alma que nada sea capaz de borrarlos de ella!



## LIBRO DÉCIMO

Explicación del sagrado cántico del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen

### PRESENTACIÓN

*San Juan Eudes dedica este libro de su obra sobre el Corazón admirable de la Madre de Dios a una meditación piadosa del cántico de María conocido como el MAGNIFICAT. Sigue el texto latino conocido como la versión Vulgata. No podemos esperar de él un estudio crítico, apoyado en el texto griego. Su propósito es ofrecer a los cristianos una lectura meditativa del texto. Notable acierto tuvo el Padre Carlos Triana al publicar este comentario dividido en 31 partes como para animar un mes de mayo, reservando una lectura para cada día. (San Juan Eudes, El Magnificat o el Cántico del Corazón de María. Centro carismático Minuto de Dios. No. 68. Bogotá 1987. Pp.96).*

*Según su costumbre san Juan Eudes acude a comentarios preciosos que los Padres de la Iglesia y otros autores espirituales anteriores a él dejaron sobre el Magnificat, entre los que sobresalen san Agustín y san Bernardo. Es digno de apreciar las muchas lecturas que de esos textos hizo san Juan Eudes, en medio de las muchas actividades de su vida apostólica. Conocemos algo de su*



*biblioteca y de la biblioteca de sus casas. Igualmente podemos pensar en la colaboración que algunos de sus hermanos le prestaron tomando nota de las fuentes de que disponían. Bien puede servirnos esta lectura para un uso personal orante de este texto fecundo, digno también de ser compartido comunitariamente y con los fieles en las parroquias.*

*Álvaro Torres Fajardo CJM*

*Es útil tener presente el texto de la Vulgata que usó san Juan Eudes para su comentario. Se ofrece la traducción del obispo Felipe Scio publicada en Barcelona en 1864.*

*Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum.*

Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor.

*Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

*Quia respexit humilitatem ancillae suae;*



*Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*  
Porque miró la bajeza de su esclava, pues ya desde ahora  
me dirán bienaventurada todas las generaciones.

*Quia fecit mihi magna qui potens est,*  
*Et sanctum nomen ejus.*  
Porque me ha hecho grandes cosas  
el que es poderoso y santo el nombre de él.

*Et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum.*  
Y su misericordia de generación en generación  
sobre los que le temen.

*Fecit potentiam in brachio suo,*  
*Dispersit superbos mente cordis sui.*  
Hizo valentía con su brazo,  
esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón.

*Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.*  
Destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes.

*Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes.*  
Hinchó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos.

*Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiae suae.*



Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

*Sicut locutus est ad patres nostros,*

*Abraham et semini ejus in saecula.*

Así como habló a nuestros padres,  
a Abraham y a su descendencia por los siglos.

## **CAPÍTULO I**

### **Excelencia de este cántico**

Las divinas Escrituras contienen varios venerables cánticos, hechos por santas mujeres: el de María, la hermana de Moisés y Aarón, el de Débora, el de Judit y el de Ana, la madre de Samuel. En ellos dieron gracias a Dios por diversos favores extraordinario de su divina bondad. Pero el más santo y digno de todos esos cánticos es el *Magnificat* de la sagrada Madre de Dios, tanto por la dignidad y santidad de la que lo hace, como por los grandes y admirables misterios que se encierran en él. Añádase a estos los milagros que Dios ha obrado por este cántico. No conocemos que haya hecho alguno por los otros cánticos. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia,



observa<sup>596</sup>, que por la pronunciación de este cántico el Espíritu Santo obró varios portentos en el santo precursor del Hijo de Dios, lo mismo que en su padre y su madre; añade que la experiencia ha mostrado que es excelente medio para expulsar al demonio del cuerpo de los posesos. Varios otros autores muy serios refieren diversos milagros que han ocurrido por la recitación de este cántico.

San Anselmo cuenta una experiencia personal<sup>597</sup>. Padeciendo de varias dolencias que lo hacían sufrir dolores muy agudos fue curado enteramente al recitar el *Magnificat*.

Cesario refiere de un santo religioso que tenía devoción particular a la bienaventurada Virgen y en especial a la recitación del *Magnificat*, que hallándose próximo a su fin, la Virgen se le apareció y le dijo que pasados siete días saldría de este mundo; en seguida le dio su bendición. El día séptimo siguiente, este buen religioso, estando en el momento final, ella se le apareció de nuevo en presencia del prior del monasterio, acompañada de gran número de ángeles y santos. Y estuvo presente hasta que este santo hombre rindió su espíritu a Dios con alegría inconcebible.

El cardenal Jacques de Vitry cuenta en la *Vida de santa María de Ognies*, que hallándose próximo a morir y cantando este cántico de la Madre de Dios, ella se le

---

<sup>596</sup> *Cancio de Visit. B. Virginis*

<sup>597</sup> *In lib. Miracul.*



apareció y le advirtió que recibiera el sacramento de la extremaunción. Luego, se hizo presente en su final con varios santos e incluso con el santo de los santos, su Hijo Jesús.

Esto nos demuestra que es muy del agrado de nuestro salvador y de su divina Madre que se recite este divino cántico con devoción.

No sabemos si la bienaventurada Virgen lo haya cantado o pronunciado públicamente más de una vez, mientras estuvo en este mundo. Pero no es posible dudar que lo haya recitado y quizás cantado varias veces en particular. Algunos autores refieren que se le vio varias veces, en algunas iglesias, durante la celebración de vísperas, rodeada de gran número de ángeles y se le escuchó cantar este maravilloso cántico con ellos y con los sacerdotes, de manera melodiosa y encantadora, y que no hay palabras que lo puedan expresar.

Cuando lo cantes o recites recuerda que debes darte al Espíritu Santo para unirte a la devoción y a las santas disposiciones con las que fue cantado y recitado por la bienaventurada Virgen y por número incontable de santos y santas que lo han cantado y recitado muy santamente.



## CAPÍTULO II

### **Motivos para llamar al *Magnificat* el cántico del Corazón de la santísima Virgen**

Llamo al *Magnificat* el cántico sagrado del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen por varias razones.

Primero, porque nació en este divino Corazón y brotó de él antes de ser recitado con sus labios.

Segundo, porque sus labios no lo pronunciaron sino movidos por su Corazón, de su Corazón corporal, espiritual y divino. Habiéndose llenado el Corazón corporal de esta divina Virgen de un gozo sensible extraordinario llevó sus santos labios a cantar el *Magnificat* con fervor y júbilo incomparable. Su Corazón espiritual, cautivado y transportado por entero en Dios, hizo salir de su boca sagrada estas palabras extáticas: *Y exultó mi espíritu en Dios mi salvador* (Lc 1, 47). Su Corazón divino, o sea su divino Niño, alojado en sus entrañas benditas y habitante de su Corazón, alma de su alma, espíritu de su espíritu y Corazón de su Corazón, es el primer autor de este cántico. Él infunde en la mente de su divina Madre los pensamientos y verdades contenidos en el cántico. Él pronuncia por sus labios los oráculos de que está colmado.

Tercero, el *Magnificat* es el cántico del Corazón de la Madre de amor, es decir, el cántico del Espíritu Santo. Él es



el Espíritu y el Corazón del Padre, y del Hijo, y es también el Corazón y el Espíritu de esta virgen Madre. Él la colma y posee. La presencia y la voz de este Espíritu animan a san Zacarías y santa Isabel, y el niño que ella lleva en su vientre, es movido por ese mismo Espíritu.

Finalmente es el cántico del Corazón y del amor de esta Virgen amabilísima. El divino amor de que está abrasada le hace pronunciar las palabras de ese maravilloso cántico, que según san Bernardino, son llamas de amor que brotan de la ardiente hoguera del divino amor que arde en el Corazón sagrado de esta Virgen incomparable.

¡Oh cántico de amor, oh cántico virginal del Corazón de la Madre amor! Tienes tu primer origen en el Corazón mismo del Dios de amor, que es Jesús, y en el Corazón del amor personal e increado, que es el Espíritu Santo. Solo los dignísimos labios de la Madre del amor hermoso pueden cantarlo y pronunciarlo debidamente. Incluso los serafines se consideran indignos de hacerlo. ¿Cómo es posible que miserables pecadores, como somos todos nosotros, se atrevan a pronunciar las divinas palabras de que está compuesto y a pasar por sus labios inmundos los misterios inefables que contiene? ¿Con qué respeto y veneración debe ser proclamado y cantado este santísimo cántico. Cuál debe ser la pureza de la lengua y la santidad de los labios que lo recitan. Qué fuegos, qué llamas de amor debe



encender en los cuerpos de los eclesiásticos y de las personas religiosas que lo entonan y lo cantan tan a menudo. Ciertamente sería necesario ser todo corazón y todo amor para cantar y para pronunciar debidamente este cántico de amor.

¡Oh madre del amor hermoso, haz que seamos partícipes de la santidad, del fervor y del amor con que cantaste en la tierra este cántico admirable, y que eternamente cantas en el cielo con los ángeles y los santos. Alcánzanos de tu Hijo la gracia de ser del número de los que lo canten eternamente contigo para dar gracias inmortales a la adorable Trinidad por todos los portentos que ha obrado en ti y por ti, y por las gracias incontables que, por su medio, ha hecho a todo el género humano.

### **CAPÍTULO III**

#### ***Engrandece mi alma al Señor***

Este primer versículo contiene solo cinco palabras, llenas de varios grandes misterios. Ponderémoslas con cuidado, con la medida del santuario, o sea, considerémoslas atentamente y con espíritu de humildad, respeto y piedad, para animarnos a magnificar a Dios, en unión de la bienaventurada Virgen por las maravillas grandes que ha obrado en ella, por ella y para ella, y para nosotros también.



*Magnificat*, engrandece, es la primera palabra. ¿Qué significa? ¿Qué es engrandecer a Dios? Es posible engrandecer a quien es la grandeza y la magnificencia inmensa, infinita, incomprensible? De ninguna manera. Es imposible incluso para el mismo Dios. No es posible que se haga mayor de lo que él es. No podemos magnificar, es decir, hacer a Dios más grande en sí mismo pues sus divinas perfecciones, por ser infinitas, no pueden recibir ningún incremento en sí mismas. Pero podemos engrandecerlas en nosotros. *Toda alma*, dice san Agustín<sup>598</sup>, *puede concebir al Verbo eterno en sí misma mediante la fe; puede darlo a luz en las otras almas por la predicación de la divina palabra; puede engrandecerlo amando de verdad a fin de que pueda decir: mi alma engrandece al Señor*. Engrandecer al Señor, dice el mismo san Agustín, es adorar, alabar, exaltar su grandeza inmensa, su majestad suprema, sus excelencias y perfecciones infinitas.

Podemos engrandecer a Dios de varias formas. 1. Con nuestros pensamientos si tenemos altísima idea de Dios. 2. Con nuestros afectos si lo amamos con todo nuestro corazón por encima de todo. 3. Con nuestras palabras, si hablamos siempre de él y de todo lo que le atañe con profundísimo respeto, y si lo adoramos, y ensalzamos su poder infinito, su sabiduría incomprensible, su bondad

---

<sup>598</sup> *Sermón de la Asunción*



ilímite y sus demás perfecciones. 4. Con nuestros actos si los hacemos siempre por la sola gloria de Dios, 5. Al poner en práctica lo que el Espíritu Santo nos enseña con estas palabras: *Humíllense en todo y encontrarán gracia ante Dios pues su soberano poder le pertenece a él solo y es honrado por los humildes* (Sirá 3, 20-21). 6. Si llevamos, muy de corazón y por su amor, las cruces que Dios nos envía. Nada hay que le honre tanto como los sufrimientos pues nuestro Salvador no encontró medio más excelente de glorificar a su Padre que los sufrimientos y la muerte en la cruz. Finalmente, magnificar a Dios es preferirlo y exaltarlo por encima de todo, de pensamiento, afecto, palabras y obras, y por nuestras humillaciones y mortificaciones.

Por desgracia hacemos a menudo todo lo contrario. En lugar de ensalzarlo, lo rebajamos; en vez de preferirlo a todo, preferimos las criaturas al Creador; en lugar de preferir sus voluntades, sus intereses, su gloria y su contento, anteponemos nuestras voluntades, nuestros intereses, nuestro honor y nuestras satisfacciones. Hacemos todo lo contrario pues posponemos a Jesús y elegimos a Barrabás. ¿No es lo que hacen a diario los pecadores? Cosa espantosa: Dios ha elevado al hombre al más alto trono de gloria y grandeza por su encarnación, y el hombre, ingrato y detestable, rebaja y humilla a su Dios hasta lo más profundo de la nada. Si, hasta lo más profundo de la nada pues quien



peca mortalmente prefiere un mezquino interés temporal, el infame placer del momento y el poco humo de un honor pasajero a su Dios y a su Creador. E incluso lo anonada en cuanto le es posible según estas palabras de san Bernardo: *en cuanto le es posible hacerlo destruye a Dios*, por no querer un Dios distinto de sí mismo, y de sus pasiones desarregladas.

No actúas así, Virgen santa. Ensalzaste siempre a Dios eminente y perfectamente, del primero al último momento de tu vida. Lo engrandeciste sin tregua de excelente manera con tus pensamientos, afectos, palabras y obras, por tu profunda humildad, con tus padecimientos, con la práctica en grado soberano de todas las virtudes, y con el uso santo que hiciste de todas las facultades de tu alma y de tus sentidos exteriores e interiores. En una palabra, solo tú lo has glorificado más digna y excelsamente que todas las criaturas juntas.

Vengamos a la segunda palabra de nuestro cántico: *alma*: *Engrandece mi alma al Señor*. Observa que la bienaventurada Virgen no dice *Yo engrandezco* sino *mi alma engrandece al Señor*. Quiere decir que lo engrandece desde lo más íntimo de su Corazón y con toda la extensión de sus facultades interiores. Lo engrandece no solo con sus labios, su lengua, sus manos, sus pies; hace uso de todas las facultades de su alma, su entendimiento, su memoria, su



voluntad y todas las facultades de la parte superior e inferior de su alma. Ella agota todas las fuerzas interiores y exteriores para amar, glorificar, magnificar a su Dios. Lo engrandece no solo en nombre propio, ni solo por cumplir las obligaciones infinitas que tiene de hacerlo a razón de los favores inconcebibles que recibió de su divina bondad. Ella lo engrandece en nombre de todas las criaturas, y por todas las gracias que hizo a todos los hombres al hacerse hombre para hacerlos dioses, y para salvación de todos, si quieren corresponder a los designios del amor inconcebible que les tiene.

La tercera palabra es *mi, mi alma*. ¿De qué alma se trata cuando la bienaventurada Virgen la llama su alma?

Respondo en primer lugar con las palabras de un gran autor<sup>599</sup> que afirma que esta alma de la bienaventurada Virgen es su Hijo Jesús, que es el alma de su alma. En segundo término respondo que la expresión *mi alma* comprende en primer lugar el alma propia y natural que anima el cuerpo de la sagrada Virgen; en segundo lugar, el alma del divino Niño que lleva en sus entrañas, unido tan estrechamente a la suya, que esas dos almas no hacen en cierto modo sino una sola alma pues todo niño que está en las entrañas maternas es uno con su madre, En tercer lugar, estas palabras *mi alma* señalan y comprenden todas las

---

<sup>599</sup> El cardenal Vigier de la orden de los frailes menores en su obra *Decachordum christianum*



almas que ha habido, hay y habrá en todo el universo, creadas a imagen y semejanza de Dios. Si san Pablo nos asegura que el Padre eterno nos ha dado todas las cosas al darnos a su Hijo: *Con él nos lo dio todo* (Ro 8, 3) está fuera de toda duda que al darlo a su divina Madre le dio asimismo todas las cosas. Por tanto, todas las almas le pertenecen. Ella no ignora esto y sabe bien que debe emplear todo lo que Dios le dio para su honor y su gloria. Cuando pronunció por tanto estas palabras *Mi alma engrandece al Señor*, tuvo presentes a todas las almas que ha habido hay y habrá como almas que le pertenecen. Las reúne todas para unir las al alma de su Hijo y a la suya propia, y para emplearlas en alabar, exaltar y magnificar al que descendió del cielo y se encarnó en su seno virginal para dar cumplimiento a la gran obra de la redención.

Nos queda la última palabra del primer versículo: *Señor, Engrandece mi alma al Señor*. ¿Quién es ese *Señor* a quien engrandece la bienaventurada Virgen? Es el Señor de los señores, Señor soberano y universal del cielo y de la tierra. Ese Señor es el Padre eterno, ese Señor es el Hijo, ese Señor es el Espíritu Santo, tres personas divinas que son un solo Dios y un solo Señor. Tienen la misma esencia, el mismo poder y la misma sabiduría, igual bondad y majestad. La sacratísima Virgen alaba y magnifica al Padre eterno por haberla asociado a él en su divina paternidad al hacerla



Madre del mismo Hijo del que él es el Padre. Magnifica al Hijo de Dios por haberla escogido para ser su Madre y que fuera su verdadero Hijo. Ella magnifica al Espíritu Santo por haber realizado en ella el misterio de la encarnación, la mayor de sus obras. Ella engrandece al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por las gracias infinitas que concedieron y que tienen designio de conceder a todo el género humano.

Aprendamos que uno de los principales deberes que Dios nos pide y una de nuestras mayores obligaciones es agradecer a la divina majestad sus beneficios. De todo corazón debemos reconocerlos con especial afecto. Imitemos a la gloriosa Virgen María y digamos con ella: *Engrandece mi alma al Señor*. Así manifestaremos a la santísima Trinidad no solo nuestra gratitud por las gracias recibidas sino también por todos los favores que ha hecho a todas sus criaturas. Al decir estas palabras: *mi alma*, recordemos que el Padre eterno, al darnos a su Hijo, con él nos lo dio todo. Por consiguiente las almas santas de Jesús y de su divina Madre, y todas las demás almas son nuestras. Podemos por tanto hacer uso de ellas para la gloria del que nos las ha dado, con gran deseo de alabar y glorificar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, comprendiendo en esas palabras todos los corazones y las almas del universo que son nuestros. Los unimos en un solo haz de modo que no



formen sino un corazón y un alma para hacer que alaben a nuestro creador y salvador.

## **CAPÍTULO IV**

### ***Mi espíritu se llena de gozo en Dios mi salvador***

Estas divinas palabras, pronunciadas por los labios sagrados de la Madre del Salvador, nos revelan el gozo inefable e incomprensible del que su Corazón, su espíritu y su alma, con todas sus facultades, se colmaron y se embriagaron santamente, en el momento de la encarnación del Hijo de Dios. Gozo que se mantuvo mientras lo llevó en sus benditas entrañas, e incluso durante toda la vida, según el sentir de san Alberto el Grande, y algunos otros doctores, gozo excesivo, sobre todo en el momento de la encarnación.

Gozo inmenso como el que tuvo su alma santa, al separarse de su cuerpo en el último instante de su vida, por la fuerza del amor a Dios, y por la abundancia de la alegría que sentía, al verse en el momento de irse con su Hijo al cielo. Hubiera muerto de dicha a la vista de las bondades inenarrables de Dios para ella y para todo el género humano si no hubiera sido preservada milagrosamente. Si la historia nos cuenta que el gozo ha hecho morir a varias personas a la vista de sucesos felices que les ocurrieron en su tiempo, es muy digno de creerse que esta divina Virgen hubiera muerto también si no hubiera sido sostenida por el poder del divino Niño que llevaba en sus entrañas virginales, pues



experimentaba mayores motivos de felicidad como los que jamás ha habido ni habrá después. Pues ella:

1. Se regocijaba *en Dios* por ser infinitamente poderoso, sabio, bueno, justo y misericordioso; por mostrar prodigiosamente, de forma admirable, su poder, su bondad y todos sus demás atributos en el misterio de la encarnación y de la redención del mundo.

2. Se regocijaba en Dios, su Salvador, por su venida al mundo para salvarla y rescatarla primero y principalmente del pecado original y colmarla de gracias y favores con tanta plenitud que la hizo mediadora y cooperadora con él de la salvación de todos los hombres.

3. Su Corazón estaba colmado de alegría porque Dios la había mirado con ojos benignos cuando amó y valoró la humildad de su sierva. Puso en ella su contento muy singular. Esta es, dice san Agustín, la causa del gozo de María porque miró la humildad de su sierva como ella dijese: me regocijo por la gracia Dios me ha hecho pues de él recibí los motivos de mi felicidad. Me regocijo en él porque amo los dones de su amor.

4. Se regocijaba por las maravillas que su omnipotente bondad obró en ella. Jamás hizo portentos iguales en los siglos pasados ni los hará en los tiempos por venir, como lo veremos al explicar el versículo cuarto.



5. Se regocijaba no solo por los favores que recibió de Dios sino también por las gracias y misericordias que concede a los hombres que quieren disponerse a recibirlos.

6. Se regocijaba no solo por la bondad de Dios con los que no ponen obstáculo sino también por los efectos de su justicia con los soberbios que menosprecian su generosidad.

Además la bienaventurada Virgen se regocijaba de algo muy particular, muy digno de su bondad incomparable. San Agustín asigna a esto el primer lugar. Me refiero a ello en este momento para movernos a amar y servir a la que tiene tanto amor a nosotros. Nos lo explica san Antonino con estas palabras: *Se regocijó mi espíritu* debe entenderse como lo que dijo nuestro Salvador en la cruz: *Padre mío, en tus manos entrego mi espíritu*. Te entrego a todos los que estarán unidos a mí por la fe y la caridad. Quien adhiere a Dios hace una sola cosa con él: *Quien adhiere a Dios es un espíritu con él* (1 Cor 6, 17). De la misma manera la Madre del salvador, continúa san Antonino, arrebatada, extasiada y transportada en Dios cuando pronuncia estas palabras: *Se regocijó mi espíritu*, etc. contempla en espíritu la multitud casi incontable de los que le tendrán devoción y especial afecto. Serán del número de los predestinados y de ellos ella recibe gozo inconcebible.

¿habrá alguien entonces que no ame a esta Madre del todo buena y amable? Ella ama y quiere a todos los que la



aman, y los mira y como a su espíritu, su alma y su Corazón. Escuchemos lo que el bienaventurado Lanspergio dice a cada uno de nosotros para invitarnos a amarla.

“Te exhorto, querido hijo, a que ames a nuestra muy santa dama y divina señora. Si deseas prevenirte de infinidad de peligros y tentaciones de que esta vida está llena, si deseas encontrar consuelo y no verte agobiado de tristeza en tus adversidades, si, en fin, deseas ser uno, inseparable, con nuestro Salvador, ten veneración y afecto singular a su purísima, amabilísima, muy dulce y fiel, rica y generosa Madre. Si la amas de verdad y tratas de imitarla cuidadosamente la experimentarás como Madre llena de dulzura y ternura, plena de bondad y misericordia, que no desdeña a nadie y no abandona a ninguno de los que la invocan. No tiene mayor deseo que el de ampliar los tesoros de gracias que su Hijo ha puesto entre sus manos, para todos los pecadores. Todos los que aman a esta Virgen inmaculada son castos; quien la honra es piadoso; todo el que la imita es santo. Nadie la ama sin sentir los efectos de su amor recíproco; nadie que la ame de veras puede perecer; ninguno de los que se esmeran por imitarla dejará de alcanzar la salvación eterna. ¿A cuántos ha recibido en el seno de su misericordia, pecadores desdichados, sumidos ya en la desesperación y el abandono, dados a toda clase de vicios y que tenían ya, si es posible decirlo, un pie en el



infierno? A ninguno de ellos ha rechazado cuando han recurrido a su compasión; los ha arrancando de las fauces del dragón infernal, los ha reconciliado con su Hijo y los ha devuelto al camino del paraíso. Su Hijo le ha dado gracia, privilegio y poder de traer a la penitencia a los la aman; llevar a la gracia a quienes le tienen devoción, a la gloria del cielo a los que se esfuerzan por imitarla<sup>600</sup>”.

Si deseas conocer lo que es preciso hacer para amar y alabar al Hijo y a la Madre y para dar gracias a Dios con ella por todas las alegrías que le ha dado, escucha lo que ella misma dijo un día a santa Brígida<sup>601</sup>:

“Soy la reina del cielo. Ten cuidado de conocer de qué manera debes alabarme. Ten por cierto que todas las alabanzas que se dan a mi Hijo son mis alabanzas y quien lo deshonorra me deshonorra a mí, pues lo he amado tan dulcemente y él me ha amado tan tiernamente que él y yo somos un solo y mismo Corazón. Me honró a mí que no era más que un minúsculo navío de tierra y me exaltó por encima de todos los ángeles. La manera como debe alabarme es bendiciendo a mi Hijo. ¡Bendito seas, oh mi Dios, Creador de todo, que te has dignado descender a las sagradas entrañas de la Virgen María! ¡Bendito seas, oh mi Dios, que te has dignado tomar la carne inmaculada y sin pecado de la Virgen María, y que has permanecido en ella

---

<sup>600</sup> Epíst. 23.

<sup>601</sup> Revel..Lib. 1, cap. 9



durante nueve meses sin causarle la mínima incomodidad! ¡Bendito seas, oh mi Dios, que habiendo venido a María por tu admirable encarnación y saliendo de ella por tu nacimiento inefable, la has colmado interior y exteriormente de gozo incomprensible! ¡Bendito seas, oh mi Dios, que luego de tu ascensión llenaste a menudo a esta divina María, Madre tuya, con tus celestiales consuelos, y la visitaste y consolaste a menudo personalmente! ¡Bendito seas, oh mi Dios, que llevaste al cielo el cuerpo y el alma de esta gloriosa Virgen y la estableciste por encima de todos los ángeles en un trono sublime cerca de tu divinidad Por sus oraciones y por el amor de ella compadécete de mí”.

Te presento otra de las alegrías de la reina del cielo, contenida en sus palabras: *Mi espíritu se regocijó*, etc. Sobrepasa infinitamente las demás. Varios santos Padres y muy serios doctores escriben que esta Virgen Madre, estuvo extasiada y transportada en Dios, en el momento de la encarnación de su Hijo en ella; que fue llena de las alegrías inconcebibles que los bienaventurados poseen en el cielo; que fue arrebatada hasta el tercer cielo, donde tuvo la felicidad de ver a Dios cara a cara y muy claramente. La prueba que aducen estos santos Padres es que, sin ningún lugar a duda, todos los privilegios con que el Hijo de Dios ha honrado a otros santos, los ha comunicado a su divina Madre. Pues bien, san Agustín, san Crisóstomo, san



Ambrosio, san Basilio, san Anselmo, santo Tomás y otros, no tienen dificultad en admitir que san Pablo, estando todavía en la tierra, vio la esencia de Dios cuando fue arrebatado al tercer cielo. ¿Quién puede dudar de que la Madre de Dios, quien vivió siempre en perfecta inocencia, y que amó a Dios más que todos los santos juntos, haya gozado de este mismo favor, y no solamente una vez sino varias, especialmente en el momento feliz de la concepción de su Hijo? Así piensan san Bernardo, san Alberto Magno, san Antonio y muchos otros. El santo abad Ruperto proclama: “un diluvio de gozo, una hoguera de amor y un torrente de delicias celestiales vino a derramarse sobre ti, y tú, totalmente absorta y embriagada, sentiste lo que nunca ojo vio, ni oído escuchó, ni corazón humano comprendió<sup>602</sup>”.

Concluyamos que los mundanos están en pernicioso error y se engañan pesadamente al imaginar que no existe alegría ni contento en este mundo y que en él solo hay tristeza, amargura y aflicción para los que sirven a Dios. ¡Qué engaño más insoportable! ¡Qué mentira detestable! Solo puede proceder del que es el padre de todos los errores y falsedades. Escuchemos la voz de la verdad eterna que clama: *Tribulación y angustia a todo hombre que hace el mal; gloria, honor y paz a los que hacen el bien* (Ro 2, 9). El corazón del impío se asemeja a un mar siempre agitado,

---

<sup>602</sup> Cmentario al Canar I



turbado y estremecido. *El corazón del impío es un mar agitado* (Is 57, 20). El temor de Dios cambia los corazones de los que lo aman en paraíso de gozo, alegría y paz, de contento y delicias inexplicables: *El temor de Dios deleita el corazón del hombre y lo inunda de gozo y felicidad* (Sirá 1, 12). Los verdaderos servidores de Dios poseen una felicidad más sólida, verdadera, e intensa, incluso en medio de las tribulaciones, que todos los placeres de los que siguen el partido de Satanás. Escucha a san Pablo que asegura estar *colmado de consuelo y que rebosa de alegría en medio de las tribulaciones* (2 Cor 7, 4).

¿Quieres conocer por experiencia estas verdades? *Gusten y vean qué bueno es el Señor* (Sal 34, 9), lleno de bondad, amor, dulzura para sus verdaderos amigos. Si quieres hacer esta experiencia es necesario renunciar a los falsos placeres y a las delicias engañosas del mundo, es decir, al menos a los placeres ilícitos que desagradan a Dios y son incompatibles con la salvación eterna. El Espíritu Santo nos declara que *no podemos beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios; que es imposible comer en la mesa de Dios y en la de los demonios* (1 Cor 10, 20-21). Por consiguiente, si quieres comer en la mesa del rey del cielo y beber en su copa renuncia del todo a la mesa del infierno y a la copa de los demonios, y entonces sabrás por experiencia cómo estas divinas palabras son verdaderas: Se



*saciarán de la abundancia de su casa y beben en el río de sus delicias* (Sal 36, 9). Así es, Señor. Tú abrevarás, saciarás y embriagarás a tus hijos con los abundantes bienes de tu casa y con los torrentes de tus delicias.

Virgen santa, imprime en nuestros corazones una participación del desprecio y aversión, del desapego que tu Corazón virginal tuvo siempre frente a los falsos placeres de la tierra y alcánzanos de tu Hijo la gracia de poner todo nuestro contento, nuestra alegría y nuestras delicias en amarlo y glorificarlo, y en servirte y honrarte de todo corazón, con toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas.

## **CAPÍTULO V**

***Porque miró la humildad  
de su sierva y desde ahora todas las generaciones  
me dirán bienaventurada***

Para comprender correctamente este versículo es preciso unirlo al precedente del que es continuación: mi espíritu está arrebatado y del todo lleno de transportes de gozo en Dios mi salvador porque se fijó en la humildad de su sierva, pues en adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada.



Este versículo contiene dos puntos principales. El primero es expresado por estas palabras: *Se fijó en la humildad de su sierva*. ¿De qué humildad habla aquí la bienaventurada Virgen? Las opiniones de los santos doctores no son concordes al respecto. Algunos piensan que entre todas las virtudes, la humildad es la única que no se contempla y no se reconoce a sí misma. El que se cree humilde es soberbio. Por tanto cuando la bienaventurada Virgen dice que Dios se fijó en su humildad habla no de la virtud de humildad sino de su bajeza y abyección.

Otros piensan que la humildad de un alma consiste no en ignorar las gracias que Dios le ha hecho y las virtudes que le ha dado, sino en devolverle sus dones y en no reservar para sí sino la nada y el pecado. Que el Espíritu Santo hablando por boca de esta divina Virgen da a entender que entre todas estas virtudes miró, amó y aprobó principalmente su humildad, pues habiéndose puesto por debajo de todo, esta humildad llevó a su divina majestad a elevarla por encima de todas las criaturas al hacerla Madre del creador.

*San Agustín exclama: “¡Oh verdadera humildad, que dio a luz a Dios para los hombres, y que dio vida a los mortales! La humildad de María es la escala del cielo por donde Dios descendió a la tierra. Qué significa ese “miró”, fijó sus ojos, sino que aprobó. Hay muchos que parecen humildes ante los hombres pero Dios no mira su humildad. Porque si fueran de*



*verdad humildes no se complacerían en las alabanzas de los hombres y su espíritu no se regocijaría de los aplausos del mundo sino en Dios”.*

Y san Bernardo escribe: “Hay dos clases de humildad. La primera es hija de la verdad, y es fría y sin calor. La segunda es hija de la caridad y nos enardece. La primera consiste en el conocimiento y la segunda en el afecto. Por la primera conocemos que somos nada. Lo aprendemos por nosotros mismos conscientes de nuestra miseria y flaqueza. Por la segunda, pisoteamos la gloria del mundo, y la aprendemos enseñados por aquel que se anonadó a sí mismo y que escapó cuando quisieron buscarlo para elevarlo a la gloria de la realeza; pero que en lugar de huir se ofreció voluntariamente cuando fue buscado para crucificarlo y hundirlo en el abismo de oprobios e ignominias”.

La bienaventurada Virgen poseyó en altísimo grado estas dos clases de humildad, en especial la segunda. Los santos Agustín, Bernardo, Alberto el Grande, Buenaventura, Tomás y varios otros, aseguran que estas palabras pronunciadas por el Espíritu Santo en labios de esta muy humilde Virgen: *Puso sus ojos en la humildad*, deben entenderse de la verdadera humildad.

Si te preguntas por qué Dios prefirió la humildad de la sacratísima Virgen a su pureza y a sus demás virtudes, dado que estaban en ella en altísimo grado, san Alberto el Grande



te responde, con san Agustín, que miró más bien su humildad pues era más de su agrado que su pureza. “La virginidad merece bien ser alabada, dice san Bernardo, pero la humildad es necesaria. Aquella es un consejo, ésta es un mandato. Puedes ser salvo sin la virginidad pero no es posible salvarse sin humildad. Sin humildad, me atrevo a decirlo, la virginidad de María no hubiera sido agradable a Dios. Si María no fuera humilde el Espíritu Santo no habría venido a ella. Y si no hubiera venido a ella, ella no sería Madre de Dios. Agradó a Dios por su virginidad pero concibió al Hijo de Dios por su humildad”<sup>603</sup>. Concluye entonces que su humildad hizo que su virginidad fuera del agrado de su divina majestad.

¡Oh santa humildad! Nos diste a un Hombre-Dios y a una Madre de Dios. Tú nos has dado todas las gracias, favores, bendiciones, privilegios y tesoros que poseemos en la tierra y que esperamos poseer un día en el cielo. Tú destruyes todos los males y eres fuente de todos los bienes. ¡Cómo debemos estimar, amar y desear esta santa virtud! ¡Con cuánto fervor debemos pedirla a Dios! ¡Con cuánto ardor debemos buscarla y usar todos los medios necesarios para adquirirla! Quien no tiene humildad nada tiene. Quien tiene la humildad posee todas las demás virtudes. Al escuchar al Espíritu Santo que habla por boca de la Iglesia, parece

---

<sup>603</sup> Homilía sobre *Missus est*



seguirse que el Padre eterno no envió a su Hijo a este mundo para encarnarse y para ser crucificado sino para enseñarnos la humildad por su ejemplo. Es lo que la santa Iglesia dice a Dios en la oración del domingo de Ramos: *Omnipotente y sempiterno Dios, que hiciste que nuestro Salvador se encarnara y padeciera en la cruz para imitar su ejemplo de humildad ...* Y dice un santo Padre: *lo que el diablo destruyó, Cristo por su humildad lo recuperó*<sup>604</sup>.

Démonos cuenta de cómo la soberbia es temible y detestable, y de cómo la humildad es fuente de todos los bienes. El orgullo es el principio de todos los males. Dice la Escritura: *la soberbia es principio de todo pecado*, o como dice la versión siríaca, *la soberbia es fuente del pecado* (Sirá 10, 14). *Comienzo y principio del pecado y de todo pecado es la soberbia*. El Espíritu Santo la llama *apostasía ante Dios*. Por tanto, siendo el pecado la fuente de todos los males y todas las desgracias de la tierra y del infierno es necesario atribuirle la soberbia. Represéntate una multitud innumerable de ángeles, creados por Dios al comienzo de los tiempos, más bellos y brillantes que el sol, cambiados en diablos horribles, arrojados del paraíso y condenados a suplicios eternos. ¿Cuál es la causa de esa desgracia? La soberbia de esos espíritus apóstatas. Ten en cuenta las blasfemias que esas criaturas, rebeldes contra su creador,

---

<sup>604</sup> Caesarius Arelat. Homilía 18



vomitarán eternamente contra él en el infierno, y las miríadas y miríadas de pecados que han hecho cometer y harán cometer a los hombres en todo el universo hasta e fin del mundo mediante las tentaciones. ¿Cuál es la causa? La soberbia. Pon ante tus ojos tantos millones de almas que se han perdido por la impiedad de Mahoma, por la herejía de Arrio que duró trescientos años, la de Nestorio, de Pelagio, de Lutero, de Calvino y de otros herejes. ¿Quién perdió todas esas almas? La soberbia, *madre de todas las herejías*, dice san Agustín. Finalmente, imagina los millones de almas que arden y arderán eternamente en las llamas devorantes del infierno. ¿Por qué tan espantoso desastre? Por la soberbia del primer ángel y la soberbia del primer hombre. Han sido la fuente de innumerables crímenes y por consiguiente de todas las desgracias que de ella proceden. Jamás ha sido posible, dice san Próspero, ni lo es ni lo será en el futuro, cometer un pecado sin soberbia pues es imposible cometer alguno que no encierre desprecio de Dios<sup>605</sup>.

*Los demás pecados, asegura san Gregorio el Grande, combaten solo las virtudes que les son contrarias; pero la soberbia es la raíz de todos los vicios; no se contenta con destruir una virtud. Es peste general que da muerte a todas*<sup>606</sup>. “La ambición, dice el mismo santo, es mal sutil,

---

<sup>605</sup> *De vita contemp.* Lib. 1; caps. 3 y 4

<sup>606</sup> *Moral.* Lib. 34; cap. 18



*veneno secreto, peste oculta, obrera del engaño, fuente de la hipocresía, madre de la envidia, origen de los vicios, hogar de crímenes, herrumbre de las virtudes, polilla de la santidad, enceguecimiento de los corazones; cambia los remedios en males, la medicina en veneno. ¿Cuántas almas han sido ahogadas por esta peste? ¿A cuántos cristianos ha despojado de su vestidura nupcial para arrojarlos en las tinieblas exteriores?*<sup>607</sup>

San Gregorio el Grande añade que cuando la soberbia se apodera de un corazón lo entrega de inmediato al furor y al pillaje de siete vicios principales que son los capitanes de su ejército<sup>608</sup>. Sobre todo la esclaviza a la tiranía del impudor pues el Espíritu Santo dice que la soberbia ha sido la causa de las abominaciones y de la perdición de los sodomitas: La soberbia fue la iniquidad de los sodomitas (Ez 10, 19).

*El soberbio está lleno del demonio*, dice un santo Padre<sup>609</sup>. *Y añade: Solo por la humildad y la soberbia se disciernen los hijos de Dios y los hijos del diablo. Si ves a un soberbio no dudes de que es hijo de Satanás. Pero cuando ves a un hombre humilde, cree con certeza que es hijo de Dios.*

Si, por consiguiente, nos asusta ser contados entre los esclavos de Satanás pero deseamos ser del número de los

---

<sup>607</sup> Sermón 6, sobre los salmos

<sup>608</sup> Moral. Lib. 31,, cap. 31

<sup>609</sup> Cesario Arelantense, Homil. 23



hijos de Dios tengamos horror a la ambición, al orgullo, a la soberbia, a la presunción y a la vanidad. Declaremos guerra mortal a esos monstruos del infierno y no toleremos que ocupen nuestros pensamientos, sentimientos, palabras y obras. Esforcémonos en cambio, cuanto nos sea posible con la gracia de Dios, por establecer en nosotros el reino de la santísima humildad de Jesús y de María.

¡Oh Jesús, rey de los humildes, concédenos por favor la gracia de quebrantar la cabeza de la serpiente que es el orgullo y la soberbia! Aplástalos enteramente en nuestros corazones y haz que seamos partícipes de tu santa humildad a fin de que podamos cantar eternamente contigo: *Fijó sus ojos en la humildad de su esclava*, para agradecer a la santísima Trinidad por haberse complacido en tu humildad y haberte hecho digna de ser la Madre del salvador del universo y de cooperar con él en la salvación de los hombres!

## CAPÍTULO VI

***Desde ahora bienaventurada me dirán todas las generaciones***

Hemos llegado a la segunda parte del versículo precedente: *Desde ahora bienaventurada me dirán todas*



*las generaciones.* No nos extrañemos si la santa Virgen dice algo que está muy en su provecho y se vuelve hacia su gloria y alabanza. No olvidemos que es el Espíritu Santo quien habla por sus labios. Proclama una de las mayores y más célebres profecías digna de toda consideración. No hizo antes cosa igual ni lo hará después. Nos anuncia verdades infinitamente admirables. Algo que Dios hará en toda la tierra y por los siglos sin fin, en el cielo y por siempre, a favor de la Madre del Redentor, para que sea conocida, amada, servida y honrada por todo el universo.

Esta gran profecía, que nos declara que todas las generaciones deben reconocer y celebrar a la Madre del Salvador como bienaventurada, se extiende a todo el universo desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo del infierno.

1. En efecto, además de que la santísima Trinidad le envió a uno de los primeros príncipes de su imperio en calidad de embajador para anunciarle que es llena de gracia, que el Señor está con ella para obrar en ella las más grandes maravillas que han existido y existirán jamás, que es bendita entre todas las mujeres y por encima de todas las criaturas, esta misma Trinidad la exalta sobre todos los ángeles, en el día de su asunción y la establece en el más alto trono de la gloria.



2. El Padre eterno la honra como a la más dichosa de todas las mujeres al hacerla Madre por toda la eternidad del mismo Hijo del que él es el Padre, y al concederle un poder que sobrepasa todas las potencias de la tierra y del cielo.
3. El Hijo de Dios la proclama bienaventurada en todas las naciones a donde hace predicar su evangelio, donde se narran las grandezas que le ha dado al escogerla para ser su Madre.
4. El Espíritu Santo la hace muy dichosa y gloriosa al hacerla su digna esposa y al comunicarle su santidad en tan alto grado que es la reina de todos los ángeles y santos.
5. Todas las jerarquías de los ángeles la reconocen bienaventurada pues al contemplarla el día de su triunfo y de su gloriosa asunción la encuentran tan llena de maravillas que no pueden menos de hablar de ella con admiración, embelesados y admirados. *¿Quién es esta?* Repiten sin descanso. Y después de las adoraciones que rinden a Dios de continuo en el cielo, su primera ocupación consiste en hacer resonar sin tregua alabanzas a su soberana Emperatriz.
6. Escuchemos la santa Iglesia peregrina que canta perpetuamente en toda la tierra: *Benditas las entrañas de la Virgen María que llevaron al Hijo del Padre eterno y bienaventurados sus senos que lo alimentaron.*



7. ¿No escuchamos ya a esta piadosa Virgen que dijo un día a santa Brígida que no hay padecimiento en el purgatorio que no haya sido mitigado por su mediación? ¿No oímos antes la voz de la santa Iglesia que ruega a Dios la liberación de las almas que sufren en las prisiones de la justicia divina, por intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María? Nos hace pensar que no solo son aliviadas en sus penas sino también liberadas por su mediación.

8. ¿No es cierto también que todas las almas que estaban en el limbo, desde el comienzo del mundo hasta la muerte del Hijo de Dios fueron liberadas por intercesión de esta Virgen incomparable, pues ella les dio un Redentor para liberarlas de su cautividad?

9. Descendamos más y vayamos a lo más profundo del infierno. Si es cierto lo que afirma el doctor angélico que los desdichados condenados son castigados *citra condignum*, lo que quiere decir, que, por obra de la divina misericordia, no sufren todos los tormentos que habrían merecido por sus pecados. Y es cierto también que no ha salido jamás ni saldrá nunca ningún efecto de gracia y misericordia del seno adorable de la divina bondad que no pase por las manos de la Madre de misericordia. Y así todas las almas que hay en el infierno la deberían reconocer y reverenciar como la muy benigna y dulce Madre de misericordia. Si ellos no lo hacen



por sí mismos, hagámoslo nosotros en su lugar, y pidamos que los ciudadanos del cielo lo hagan con nosotros.

10. ¿Qué diremos de los desdichados demonios? ¿No es cierto que, a pesar de toda la rabia de que están animados contra esta muy buena Virgen por causa de las almas que ella les arrebató de sus garras, se ven obligados a proclamar la caridad inconcebible que ella tiene por ellas, al verse obligados a abandonar su presa por fuerza de sus intercesiones? Y a la pronunciación del santo nombre de María se ven forzados a abandonar los cuerpos que tenían en su posesión y huir a sus madrigueras infernales. De este modo todas las generaciones del cielo, de los ángeles, de los santos, de la Iglesia triunfante, de la Iglesia militante, de la Iglesia sufriente, e incluso del infierno, cumplen esta profecía de la gloriosa Virgen: *Bienaventurada me dirán todas las generaciones.*

Puedo todavía demostrar que esta misma Virgen es reconocida públicamente como bienaventurada, no solo por los fieles, sino también por los infieles en especial por las sibilas, jóvenes vírgenes del paganismo, por la cuales Dios se ha complacido en anunciar a los hombres los principales misterios de la vida de nuestro Salvador y de su santísima Madre.

También esta Madre admirable ha sido reconocida y predicada bienaventurada aún por mahometanos, por



herejes y por algunos malos cristianos que recurren a su bondad en varias ocasiones y experimentan a menudo los efectos de su protección.

Finalmente, no hay rincón del universo, ni nación alguna bajo el sol, ni grandes, ni pequeños, ni pobres ni ricos, ni religiosos ni sacerdotes, hombres o mujeres, que no se sientan obligados de confesar y publicar que la Madre del Salvador, está colmada de felicidad, de poder, y bondad, de generosidad y amabilidad por sobre todas las criaturas. Parece estar en el mundo y preocuparse solo por hacer bien a todos los que la aman y la invocan, y quiere hacerlos partícipes de la felicidad y dicha que ella posee.

*“¡Oh tres y cuatro veces bienaventurada, clama el santo doctor Juan Gerson<sup>610</sup>, bienaventurada primero porque creíste; bienaventurada en segundo lugar porque eres llena de gracia; bienaventurada, en tercer lugar, porque eres bendita entre todas las mujeres y es bendito el fruto de tu vientre; bienaventurada en cuarto lugar porque el Todopoderoso ha hecho en ti maravillas; bienaventurada en quinto lugar porque eres la Madre del Salvador; bienaventurada en sexto lugar porque unes la gloria de la maternidad con la gloria de la virginidad; bienaventurada en séptimo lugar porque eres incomparable, y no has tenido igual ni lo tendrás nunca jamás”.*

---

<sup>610</sup> *Super Magnificat*, Tract. 4, notula 1



Escuchemos ahora a san Germán, arzobispo de Constantinopla: “¿Quién no te admirará, quién no te amará, oh Virgen buena? Tú eres nuestra firme esperanza, nuestra protección segura, refugio inexpugnable, guardiana siempre vigilante, protectora perpetua, socorro poderoso, alcázar fuerte, torre inexpugnable, el tesoro de nuestro gozo, el jardín de nuestras delicias, fortaleza invencible, muralla inaccesible, puerto de los que están en peligro de naufragio, garantía de los pecadores, asilo de los abandonados, reconciliación de los criminales, salvación de los perdidos, bendición de los malditos, procuradora general y pública de toda suerte de bienes. ¿Finalmente, quién podría comprender los efectos de tus misericordias? ¡Oh cielo! ¡Oh reina del cielo! Seas bendita en todas las generaciones de las generaciones. No existe lugar en el mundo donde tus alabanzas no sean proclamadas; no existe pueblo ni tribu de la que Dios no reciba algún fruto y servicio por tu mediación”<sup>611</sup>.

Demos la palabra ahora al santo cardenal Hugo: “Todas las generaciones ensalzan a la Madre de Dios bienaventurada; todas las naciones de judíos y gentiles, hombres y mujeres, ricos y pobres, ángeles y hombres porque todos han recibido por ella favores saludables. Los hombres, su reconciliación con Dios; los ángeles, la

---

<sup>611</sup> Sermón 2 de la *Dorm. B. V.*



reparación de la pérdida que el pecado de Lucifer les causó. El Hijo de Dios ha obrado la salvación en medio de la tierra, es decir, en el vientre sagrado de María, que por admirable propiedad es llamado el medio de la tierra. Es contemplado desde todos los lados, como dice san Bernardo, por los que habitan en el cielo y por los que están en el infierno, es decir, en el purgatorio, y por todos aquellos que viven en el mundo. Los primeros para ser liberados, los segundos para alcanzar libertad, los terceros para ser reconciliados.

“Por eso todas las naciones te llamarán bienaventurada, oh santísima Virgen, pues has dado a luz la vida, la gracia, la gloria. Vida para los muertos, gracia para los pecadores, gloria para los desdichados. Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y el honor de nuestra raza pues te has comportado generosamente. La voz de los ángeles pregona lo primero porque por ti sus ruinas fueron reparadas. La voz de los hombres proclama lo segundo porque por ti su tristeza se cambió en gozo. La voz de las mujeres dicen lo tercero porque por ti su infamia ha sido borrada. La voz de los muertos pronuncia lo cuarto pues por ti han sido liberados de su cautividad”<sup>612</sup>.

¡Oh Virgen santa, mi corazón rebosa de alegría al ver que todas las generaciones pasadas, presentes y futuras te proclaman así; bienaventurada te dicen y te dirán por

---

<sup>612</sup> Comentario de Lucas I,



siempre. De todo corazón ruego a la santísima Trinidad hacer que esta profecía se cumpla siempre más y más por todos el universo! ¡Oh, quien me diera que todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón y de mis venas, que todo el ejercicio de las facultades de mi alma y de mis sentidos interiores y exteriores fueran otras tantas voces que canten continuamente con todos los ángeles y los santos, con toda la Iglesia y con todas las criaturas; *Dichosas las entrañas de la Virgen María que han llevado al Hijo del Padre eterno y bienaventurado su seno que lo alimentó!* ¡Oh bienaventurada María, Madre de Dios, Virgen perpetua, templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo, que has agradado a Nuestro Señor Jesucristo con inigualado ejemplo, ruega por el pueblo, suplica por el clero, intercede por las almas devotas del sexo femenino, y por cuantos te honran; que todos experimenten el auxilio de tu bondad incomparable.

## **CAPÍTULO VI**

***El Todopoderoso hizo en mí maravillas  
y santo es su nombre***



La Virgen bienaventurada, una vez que dijo que todas las generaciones la proclamarán dichosa, señala ahora las causas por las que Dios le haya hecho maravillas.

¿De qué maravillas se trata? Nos lo dice san Agustín<sup>613</sup>: “Es maravilloso que una virgen sea Madre sin padre. Es maravilloso que haya llevado en sus entrañas al Verbo de Dios el Padre, revestido de su carne. Es maravilloso que la que a sí misma se llama esclava se constituya en Madre del Creador”.

“Es maravilloso, dice san Antonino<sup>614</sup>, haber creado de la nada el cielo y la tierra. Es maravilloso haber liberado al pueblo de Israel con tantos prodigios. Es maravilloso haber hecho bajar maná del cielo para alimentarlo en el desierto durante cuarenta años. Es maravilloso haberlo llevado a tomar posesión de la tierra prometida luego de exterminar los reyes y los pueblos que la habitaban. Todos los milagros que nuestro Salvador hizo en Judea al dar vista a los ciegos, y curar a los enfermos, al resucitar muertos son hechos grandes y maravillosos. Pero el misterio de la encarnación, operado por el poder infinito de Dios en la sagrada Virgen sobrepasa incomparablemente todo esto. Por esto ella dice: *Hizo en mí maravillas el que es poderoso*”.

Santo Tomás de Villanueva anota: “Estas son las maravillas que Dios hizo en la santísima Virgen: él la elevó al

---

<sup>613</sup> *In Magnificat*

<sup>614</sup> KSumma theolog. Parte 4, título 15, cap. 22



sublime rango de una grandeza inalcanzable para todas las miradas de los ángeles y de los hombres; de pequeña hija de Adán que era la constituyó Madre de su Creador, Dama del mundo, Reina del cielo, Emperatriz de todas las criaturas. Un prodigio nuevo se dio en el mundo, para admiración del cielo y de la tierra: un Dios-Hombre, un Hombre-Dios; Dios revestido de hombre y el hombre inserto en Dios. ¡Prodigio de prodigios, milagro de milagros; después de esto nada hay en la tierra digno de ser admirado”<sup>615</sup>!

“Es muy cierto que todas las maravillas hechas en la tierra son como nada en comparación de esta. Admiramos el milagro que Dios obró cuando hizo pasar a su pueblo a pie enjuto a través del mar Rojo; sin embargo es poca cosa; hay algo mayor: el océano inmenso de la divinidad se encierra en la pequeñez del cuerpo de una Virgen. Admiramos la zarza que arde sin consumirse; es poca cosa, frente a la virgen que da a luz permaneciendo siempre Virgen. Admiramos al profeta Moisés encerrado en una minúscula cuna; es poca cosa; contemplemos mejor al rey del cielo que yace en un pesebre. Admiramos una columna de fuego y una nube que conducen al pueblo de Dios en los desiertos; es nada ante el fuego esencial de la divinidad que se encierra en una nubecita para conducir y gobernar todo

---

<sup>615</sup> *Concio 2 in Annunt. B.V.*



el mundo. Admiramos el maná que desciende del cielo; es poca cosa. Admiramos al Verbo del Padre que desciende del cielo al seno de una Virgen Madre. Admiramos el sol que se detiene a la voz de Josué, que vuelve atrás por la oración de Ezequías; no es gran cosa; admiremos a un Dios que se anonada a sí mismo. Admiramos al profeta Elías que resucita a un niño; es poca cosa; admiremos al Hijo de Dios, igual al Padre y coeterno como él, que muerto en cruz se resucita a sí mismo. Admiramos al mismo Elías que asciende al cielo; no es gran cosa; admiremos al hombre que sube al trono de la divinidad y que llega a ser Dios. Es lo que san Cipriano admira cuando proclama: ¡Oh Señor, cómo es de admirable tu nombre! En verdad eres un Dios que hace maravillas. Admiro todavía la hechura maravillosa de este mundo, la estabilidad de la tierra, el orden y marcha de los días, el curso y la claridad del sol, etc. Pero admiro más a un Dios hecho niño en las entrañas de una Virgen. Admiro al Todopoderoso que se encierra en la pequeñez de una cuna; admiro a Verbo de Dios unido personalmente al cuerpo pasible y mortal del hombre”<sup>616</sup>.

Y el santo cardenal Hugues dice: “Es algo maravilloso que la primera mujer haya sido hecha del hombre solo; pero es más admirable aún que un hombre haya sido hecho de una mujer sola. *Algo nuevo hizo Dios en la tierra: que la mujer*

---

<sup>616</sup> Cipriano, Sermón del nacimiento de Cristo



*rodee al varón* (Jr 31, 22). Es maravilloso que Dios haya hecho al hombre a su imagen y semejanza, pero más maravilloso aún que se haya hecho a sí mismo a imagen y semejanza del hombre. Es maravilloso que la vara de Aarón, seca, haya producido flores y frutos; pero es más maravilloso que una Virgen haya dado a luz un Hijo permaneciendo siempre virgen. Es maravilloso ver que una serpiente de bronce, colgada de un madero, sane a todos los que la miren luego de ser mordidos por las serpientes; maravilloso que el profeta Elías haya resucitado al hijo de una viuda que estaba muerto, pero más maravilloso aún que Dios Padre devuelva la vida a su Hijo muerto en una cruz. Es maravilloso que Sansón al momento de morir derrote y haga morir a los filisteos, pero más maravilloso aún, que nuestro Salvador, al morir, haga morir a la misma muerte y triunfe sobre el demonio y el infierno. Es maravilloso que Jonás salga del vientre de la ballena que se lo había tragado, pero más maravilloso que nuestro Señor salga del sepulcro y del infierno mismo. Por todo ello la bienaventurada Virgen puede cantar: *Hizo en mí maravillas el que es todopoderoso*.

Finalmente, Dios hizo maravillas tan grandes en esta divina Virgen que no las pudo hacer mayores. Puede hacer un mundo más grande del que hizo; uno más dilatado; un sol más brillante, pero no puede hacer, dice san



Buenaventura, una Madre más grande y más noble que una Madre de Dios. Si le fuera posible hacer una más grande tendría que darle un Hijo más excelente. ¿Pero será posible un Hijo más digno que el Hijo de Dios de quien la bienaventurada Virgen es la Madre?

¿Qué más podría añadir? Encuentro en un gran prelado, lleno de ciencia y piedad, Rutilio Benzonio, obispo de Loreto, que no teme decir que Dios exaltó tan alto a esta Virgen incomparable, y le dio privilegios tan extraordinarios que es posible afirmar que le dio, si es posible hablar así, portentos, en cierto modo mayores que su divina Majestad, pues los que recibió, cuanto recibió, es finito y limitado y no excede las fronteras de lo creado. Pero la Reina del cielo, al dar a luz al Hijo de Dios, engendró un hombre y también engendró un Dios, Creador y soberano Señor, Salvador y Redentor del mundo. Ella recibió de Dios ser su criatura, serle agradable, llena de gracia, bendita sobre todas las mujeres, etc. Pero ella dio a Dios ser nuestro Emmanuel, es decir, Dios con nosotros; ser Dios y hombre; ser Redentor de los hombres por la preciosa sangre que recibió de ella; tener todo poder en el cielo y en la tierra, en cuanto hombre; ser juez universal de todo el mundo en cuanto hombre; estar sentado a la derecha de su Padre, en cuanto hombre; ser cabeza de los ángeles en cuanto hombre y perdonar los pecados en cuanto hombre.



Si nuestro Salvador dio poder a sus apóstoles de hacer milagros más grandes que los que él mismo hizo, (según testimonio de Juan 14, 12), no hay por qué extrañarse de que haya dado poder a su santa Madre de darle portentos mayores que los que ella recibió de él. De este poder canta cuando dice: *Hizo en mí obras grandes*.

Escuchemos ahora al santo cardenal de Bérulle, fundador de la Congregación del Oratorio en Francia. A este respecto escribe en su libro *Grandezas de Jesús*, aprobado por numerosos prelados y doctores, en el discurso undécimo, en el artículo duodécimo. Luego de haber dicho que la bienaventurada Virgen da vida a Jesús y recibe vida de Jesús, escribe: "Digamos que este flujo y reflujo admirable de vida y de amor que existe entre Jesús y María, entre esas dos personas tan nobles y unidas, las más nobles y unidas después de las personas divinas y eternas, y unidas divinamente en el estado del humilde y secreto nacimiento de Jesús, en la bienaventurada Virgen, esta Virgen, digo, como Madre da vida a Jesús, y al engendrarlo y concebirlo, le da una vida recibida y fundada en la existencia y subsistencia increada. Vida incomparablemente más alta y divina, que la que recibe de Jesús mismo. Ella interviene en la unión de la divinidad con la humanidad; ella da una vida humanamente divina a Jesús; ella da vida nueva a Dios; ella hace que Dios sea hombre y el hombre sea Dios; ella



produce al mundo la vida de un Hombre-Dios, y de su sustancia la concibe y alimenta; ella da a luz a Dios en sí misma y en el universo y así su operación se termina en un Hombre-Dios por ser Madre de Dios. En lugar de que Jesús, viviendo y obrando en María, le dé una vida, altísima y sublime en verdad pero vida de gracia, que es calidad y no sustancia, vida de una persona santa y divina e increada como es su Hijo único. Y esta presencia y operación de Jesús en María se termina en ella para formar el estado de Madre de Dios, que es un estado muy inferior y subordinado al estado del Hombre-Dios, que la bienaventurada Virgen, elevada por obra del Espíritu Santo establece y forma por este nacimiento. Y por consiguiente Jesús da a María una vida menor en la gracia y en la gloria, que esta vida grande y admirable que María produjo cuando concibió, encarnó y dio a luz al Hijo de Dios en el mundo”.

¿Quién no admirará entonces los portentos y maravillas que Dios hizo a la gloriosa Virgen? ¿Y quién podrá dejar de reconocer que el Espíritu Santo le hizo proclamar estas palabras: *Hizo en mí maravillas el todopoderoso?* Cuántos prodigios y milagros encierran. Es maravilla ser Virgen y Madre al tiempo; ser Virgen y Madre de Dios. Oh qué prodigio ser asociada con el Padre eterno a la divina paternidad, para ser Madre sin padre, en la plenitud de los tiempos, del mismo Hijo del cual es Padre sin madre en la



eternidad! ¡Qué prodigio ser revestida del poder del Altísimo y ser partícipe de su adorable fecundidad para producir un Dios, consustancial, igual y eterno con su Padre! ¡Qué prodigio dar nacimiento temporal en su seno virginal al que nace antes de todos los siglos en el seno del Padre de las misericordias! ¡Qué prodigio para una criatura mortal dar la vida al mismo de quien la recibió! ¡Qué prodigio ser la Hija y la Madre de su Padre, de su Creador, y su Dios! ¡Qué prodigio, ser la digna esposa del Espíritu Santo y estar asociada con él en la producción adorable de esa obra maestra que es el Hombre-Dios! ¡Qué prodigio, albergar en sí al que los cielos de los cielos no pueden contener! ¡Qué prodigio, llevar en las entrañas y entre sus brazos al que lleva todas las cosas por su divina palabra! ¡Qué prodigio, tener poder y autoridad de madre sobre el que es soberano monarca del universo! ¡Qué prodigio, ser la nodriza, guardiana y gobernante del que conserva y gobierna todo el mundo por su inmensa providencia! ¡Qué prodigio, ser la Madre de tantos hijos que ha habido y habrá por los siglos como hay de cristianos en la tierra y en el cielo! ¡Qué prodigio, ser la Reina de los ángeles, de los arcángeles, de los principados, de las potestades, de las virtudes, de las dominaciones, de los tronos, de los querubines, de los serafines y de todos los santos patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados



que hay en el paraíso! ¡Qué prodigio, el de una hija de Adán, colmada de santidad desde el primer momento de su vida hasta el último, pues jamás pecado alguno, ni original ni actual, tuvo cabida en ella!

¡Qué prodigio ser transportada y elevada en cuerpo y alma a lo más alto del cielo y estar sentada a la diestra del rey de reyes!

¡Qué prodigio ser la soberana, la administradora y la gobernante de todos los estados del soberano monarca del cielo y de la tierra!

¡Qué prodigio gozar de poder absoluto y soberano sobre el cielo y la tierra, sobre el infierno, sobre los ángeles, sobre los hombres y sobre todas las criaturas!

¡Oh, estas dos palabras *llena de gratia*, salidas del Corazón adorable de la santísima Trinidad y pronunciadas por la boca de un Dios que habla por la boca de un serafín, encierran también portentos gloriosos para ti, sacratísima Madre del Salvador! Es soberano prodigio ser llena de gracia, y de la gracia de las gracias que es la gracia de Madre de Dios, gracia que comprende y supera todas las gracias, e incluso está en su fuente, pues te fue dada para hacerte digna de ser la Madre del autor de las gracias!

¡Oh llena de gracia, colmada de todas las gracias, de los dones y frutos del Espíritu Santo! ¡Oh llena de gracia que posees perfectamente las gracias de las virtudes cristianas y



de las bienaventuranzas evangélicas! ¡Oh llena de gracia, todas tus facultades espirituales y corporales están llenas de gracias de santidad! ¡Oh llena de gracia, en ti se encuentran reunidas en perfección, todas las gracias de los santos patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, sacerdotes, confesores, Vírgenes y demás santos! ¡Oh llena de gracia, estás plena de gloria y felicidad, de poder y majestad, y de todas las grandezas que acompañan tu altísima dignidad de Madre de Dios!

Estos son los prodigios y maravillas que Dios hizo a la Reina del cielo. Pero el milagro máximo consiste en que siendo tan grande, tan santa y admirable como eres, Virgen Madre, te has mirado siempre, te has tratado y rebajado como si fueras la última de todas las criaturas. *Grande porque Virgen, dice el venerable Beda, grande porque Madre, pero mayor porque eres juntamente ambas cosas; más grande porque Madre de Dios, y mayor porque siendo tan grande piensas que eres nada.*

Y aún más, usa estos grandes poderes y privilegios, todas sus grandes misericordias para asistir a los pequeños, a los desdichados e incluso a los que se pierden si recurren a ella con humildad y confianza. El cardenal Pedro Damián afirma que todo poder le fue dado en el cielo y en la tierra de modo que nada le es imposible, pues tiene el poder de restablecer en la esperanza a los más desesperados de la



salvación<sup>617</sup>. Y san Buenaventura añade: porque el Señor todopoderoso es poderosísimo contigo, por él eres muy poderosa, y en él muy poderosa<sup>618</sup>.

Virgen poderosa y benigna, de todo corazón doy gracias infinitas al Todopoderoso por haberte hecho tan grande, poderosa y admirable. Asimismo, de todo corazón me doy, me entrego y me abandono entera e irrevocablemente al gran poder que Dios te ha dado, y te suplico muy humildemente que lo emplees en mí para destruir totalmente cuanto desagrada a él y a ti, y para establecer perfectamente en él el reino de su gloria y de su amor.

### **Sección única**

#### *Y santo es su nombre*

Una vez que la bienaventurada Virgen ha dicho que el Todopoderoso ha hecho en ella maravillas añade inmediato: *Y santo es su nombre*. Grandes misterios se encierran en estas palabras.

El primero consiste en que siendo el misterio de la encarnación un misterio de amor se atribuye al Espíritu Santo que es el amor personal. Es su obra maestra, obra de

---

<sup>617</sup> Sermón I de la Natividad de la Virgen

<sup>618</sup> In spec. Virg. Cap. 8



amor y de bondad, conforme a las palabras del ángel: *El Espíritu santo vendrá sobre ti* (Lc 1, 35).

El segundo misterio está señalado por estas palabras: *Y santo es su nombre*. Consiste en que la humanidad santa del divino niño, concebido en las entrañas de la bienaventurada Virgen, es santificado por la unión muy íntima en la que entró con la santidad esencial que es la divinidad. Estas palabras de san Gabriel lo subrayan: *Lo que va a nacer de ti será llamado santo* (Lc 1, 35).

El tercer misterio consiste en que este Dios-niño es santificado y hecho el Santo de los santos, a fin de santificar y glorificar el Nombre del tres veces santo como merece serlo. También para hacerlo santificar y glorificar en la tierra, en el cielo y por todo el universo y cumplir por este medio lo que se dice en estas palabras: *Santificado sea tu nombre* (Mt 6, 9).

El cuarto misterio de estas palabras: *Y santo es tu nombre*, consiste en que el Salvador del mundo que la santísima Virgen lleva en su vientre sagrado, es ungido divinamente con la unción de la divinidad, es decir, es santificado y consagrado en calidad de salvador para ejercer el oficio de Jesús y de salvador, y de santificador respecto de todos los hombres. Lo comenzó a hacer con su precursor y con Zacarías e Isabel, sus padres.



El quinto misterio consiste en que el Espíritu Santo, al venir a María, para realzar en ella la más santa obra que se haya hecho y que nunca más se hará, y el que es el Santo de los santos, la santidad misma, y la fuente de toda santidad, concebido en ella, la llenaron y colmaron de un mar de gracia y de santidad inconcebible.

El sexto misterio señalado con estas palabras: *y santo es su nombre*, consiste en que este misterio inefable de la encarnación es fuente inagotable de cuantas gracias y santidades ha habido o habrá jamás en cielo y tierra.

Contempla y admira cuántas maravillas se encierran en esas pocas palabras pronunciadas por la boca sagrada de la Madre del Santo de los santos. ¡Sea su nombre alabado, santificado y glorificado por los siglos eternos!

Con los serafines, con todo el paraíso, con toda la santa Iglesia digamos con esta intención: Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de su gloria.

## **CAPÍTULO VIII**

***Y su misericordia de generación en generación  
para todos los que le temen***



Hemos llegado a la segunda parte de nuestro divino cántico que es en verdad el cántico de santísimo Corazón de la Madre del amor hermoso y preciosísima reliquia de su Corazón sacratísimo.

María ha proclamado la grandeza de Dios por los favores infinitos con que la ha enriquecido; luego ha hecho esta profecía admirable: *dichosa me llamarán todas las generaciones*, profecía que encierra un mundo maravillas; las que el Todopoderoso ha obrado y obrará en todos los siglos y por toda la eternidad para hacer gloriosa y venerable a esta Virgen en todo el universo. Estamos ahora ante otra profecía, llena de consuelo para el género humano, en particular para aquellos que temen a Dios. En ella esta divina María nos declara que la misericordia de Dios se extiende de generación en generación sobre los que le temen: *Y su misericordia de generación en generación para los que le temen.*

¿De qué misericordia se trata? Es nuestro buen Salvador, dice san Agustín<sup>619</sup>. El Padre eterno es llamado el Padre de las misericordias porque es el Padre del Verbo encarnado que es la misericordia misma. Misericordia cuya venida a este mundo, por el misterio de la encarnación, pide a Dios el profeta rey en nombre de todo el género humano cuando le dice: *Muéstranos tu misericordia y danos tu*

---

<sup>619</sup> *Expositio super Magnificat*



*salvación* (Sal 85, 8). Como el Verbo encarnado es todo amor y todo caridad es también todo misericordia. Dios es todo misericordia natural y esencialmente, dice san Jerónimo, siempre dispuesto a salvar por su clemencia a los que no pueden salvarse por su justicia. Pero nosotros somos tan infortunados y tan enemistados con nosotros mismos que cuando la misericordia se presenta para salvarnos, le volvemos la espalda y lo menospreciamos.

Por su encarnación el Hijo de Dios ha obrado su misericordia con nosotros, su gran misericordia, según las palabras del príncipe de los apóstoles: *Por su gran misericordia nos redimió* (1 Pe 1, 3). Todos los efectos de misericordia que nuestro Salvador ha obrado en los hombres desde el principio del mundo hasta el presente, y que seguirá obrando por toda la eternidad, se han originado y se originarán en el misterio adorable de la encarnación, como de su fuente y de su principio. Cuando David pide perdón a Dios por sus pecados ora así: *Ten misericordia de mí, Dios, según tu gran misericordia* (Sal 51, 3).

Tres cosas se requieren en la misericordia. La primera es tener compasión de la miseria del prójimo pues es misericordioso el que lleva en su corazón, por compasión, las angustias de los desdichados. La segunda tener gran voluntad de socorrerlos en sus necesidades. La tercera pasar de la voluntad a la obra. Pues bien, nuestro muy



bondadoso redentor se encarnó para practicar así con nosotros su gran misericordia. En primer lugar, al hacerse hombre y al haber tomado un cuerpo y un Corazón como el nuestro, capaz de sufrimiento y de dolor, se llenó de tal compasión por nuestras miserias y las experimentó en su Corazón con tanto dolor que no hay palabras que puedan expresarlo. De una parte, teniendo amor infinito a nosotros como de padre bondadoso con sus hijos; y, teniendo, de otra parte, ante los ojos, todos los males del cuerpo y del alma, todas las angustias, las tribulaciones, los martirios y tormentos que soportarían sus hijos hasta el fin del mundo, su muy bondadoso Corazón fue traspasado de mil y mil dolores muy sensibles y lacerantes que le hubieran causado mil veces la muerte si su amor, más fuerte que la muerte, no le hubiera conservado la vida a fin d sacrificarla por nosotros en la cruz.

La segunda, como todas nuestras necesidades han estado presentes a este muy misericordioso Salvador, desde el primer instante de su vida, tomó la fuerte decisión, ardiente y constante, de socorrernos y liberarnos de ellas. Conservó siempre esta decisión en su Corazón, desde el primer hasta el último momento. Todas las crueldades y suplicios muy atroces que hombres malévolos le hicieron sufrir mientras pasó por la tierra, no pudieron enfriar en nada el ardor y la fuerza de esta voluntad. Sin embargo



siguió teniendo innumerables bondades con ellos a pesar de prever las ingratitudes, ultrajes y ofensas con que respondemos a sus misericordias.

La tercera, ¿qué no ha hecho, qué no ha padecido para librarnos de tantas desdichas temporales y eternas en las que nuestros pecados nos han sumergido? Todas las acciones de su vida, vida de treinta y cuatro años, vida divinamente humana y humanamente divina; todas las virtudes que practicó, los pasos que dio y los viajes que hizo; todos los trabajos emprendidos; todas las humillaciones, privaciones y mortificaciones que experimentó; sus ayunos, sus vigias, oraciones y predicaciones; todos sus sufrimientos, heridas, dolores su muerte cruel y vergonzosa; su preciosa sangre derramada hasta la última gota; todo esto, digo, no solo fue realizado para librarnos de toda clase de males sino también para darnos la posesión de un imperio eterno, lleno de inmensidad de glorias, grandezas, alegrías, felicidades y bienes inconcebibles. ¡Oh bondad, oh amor, oh exceso de misericordia, incomprensible e inexplicable! ¡Oh salvador mío, con cuanta razón eres llamado el Dios de las misericordias! ¡Oh corazón humano, tu dureza y estupidez son espantosas si no amas a este Dios de amor! ¿Oh a quién amarás si no amas al que ha tenido tanta bondad y amor por ti?



No es todo. Consideremos las cualidades de la misericordia de nuestro s

salvador. Alberto el Grande destaca cinco principales: es grande, continua, de efectos numerosos, benigna y suave, discreta. Grande porque perdona grandes pecados, porque no tiene límites. Sus efectos son numerosos pues perdona infinidad de pecados a número incontable de pecadores. Es suave y benigna pues trata a los pecadores con bondad y gmaravillosa suavidad. Es discreta pues si se ve obligada a castigar al pecador en este mundo es para no hacerlo en el otro.

Podemos añadir que la misericordia de Dios es grande y más grande en cierto modo que los demás atributos, pues los efectos de la misericordia superan los del poder, la sabiduría, la justicia, y todas las demás divinas perfecciones que podemos conocer de él en este mundo. San Buenaventura, en su explicación de las palabras del salmo 51, *según tu gran misericordia*, dice que Dios es misericordioso al perdonar, más misericordioso al perdonar varias veces y muy misericordioso al glorificar. Maravilla grande es el perdón del pecado. Grande, en primer lugar, de parte de Dios, pues perdona *gratis* el deshonor infinito que el pecado infiere a su divina majestad. Grande, en segundo lugar, de parte del penitente, que por estar inmerso en su pecado, en un abismo infinitamente profundo de



desgracias, y es retirado de allí por la tierna mano de la misericordia de su Dios. Grande, en tercer lugar, de parte del don inestimable que es hecho al pecador por la divina bondad, que no se contenta con perdonar sus crímenes sino que lo eleva al rango de los amigos y de los hijos de Dios. Grande, en cuarto lugar, vista la manera como se hace nuestra reconciliación con Dios. El se anticipa a amarnos, luego nos invita, nos exhorta y nos apremia a buscarlo y a convertirnos a él. Este Dios de amor y de misericordia *corre tras de nosotros*, dice san Dionisio Areopagita, *cuando nos apartamos de él; nos persigue con amor indecible y nos ruega que no nos separemos de él que nos busca con tanto apremio*<sup>620</sup>. Grande, en quinto lugar, por otros efectos de esta gran misericordia pues libera a los pecadores de la pena de daño, de la pena eterna del sentido, de la culpa del pecado y de los males que la acompañan, y lo encamina al cielo para que reine allí eternamente con Dios.

Escuchemos ahora a san Bernardo: “Veo en mí, dice este gran santo, siete misericordias del Señor que fácilmente puedes descubrir en ti mismo.

“La primera, me ha preservado de varios pecados cuando yo estaba en el mundo. ¿Quién no ve que, puesto que he cometido allí muchos pecados, hubiera cometido otros muchos si su omnipotente misericordia no me hubiera

---

<sup>620</sup> Epístola a Demófilo.



preservado? Lo reconozco ahora y lo reconoceré siempre que si mi Dios no me hubiera sostenido mi alma se habría abismado en toda clase de pecados. ¡Oh qué exceso de la divina bondad al preservar a un ingrato que no tenía más que menosprecio de sus gracias.

“La segunda misericordia de mi Señor conmigo es tan excesiva que me faltan palabras para explicarla. Te he ofendido, Creador mío, y disimulas mis ofensas. Nada me detenía en mis crímenes y tú me ahorrabas los castigos que merecía por ellos. Yo prolongaba mis iniquidades durante largo tiempo, y tú prolongabas tu paciencia y tu compasión. ¿De qué me hubiera servido esa paciencia si mi penitencia no la hubiera seguido? Solo hubiera llenado la medida de mi condenación.

“La tercera misericordia de mi Salvador consiste en que se ha dignado visitar mi corazón. Lo ha cambiado de tal manera que lo que antes me era apetecible ahora me resulta amargo. Y en lugar de que yo siguiera haciendo de la maldad mi gozo, los años de mi vida en que pasé en el desorden son ahora la amargura de mi alma. Y ahora, Señor, tú has removido la tierra de mi corazón y se ha perturbado; cura mis llagas y sus dolores, pues varios son conmovidos a penitencia pero su penitencia es infructuosa y reprobada.

“Tu cuarta misericordia, en mi caso, consiste en que tú has acogido benigneamente mi penitencia para que yo fuera



del grupo de los que dice el salmista: *Dichosos aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas.*

“La quinta misericordia consiste en haberme dado la gracia de separarme en adelante del pecado, y llevar una vida mejor, sin recaer en mis pecados y en el deplorable estado anterior. Ha sido obra, oh Salvador mío, no de la debilidad humana sino de tu divino poder por el que me arrancas de la tiranía del pecado pues quien peca cae en esclavitud del mal y no puede ser liberado de él sino por un brazo tan fuerte como el tuyo.

“La sexta y la séptima misericordia consisten en que luego de haberme librado del mayor de todos los males, que es el pecado, me diste la gracia de una conversión cristiana, y la esperanza de llegar al goce de los bienes que has preparado para los que te aman”.

Jamás sería posible contar todas las demás misericordias de nuestro amabilísimo Salvador hacia nosotros, señaladas en esta palabra de su divina Madre: *Y su misericordia...*

¿Qué quieren decir las palabras siguientes: *Su misericordia se extiende generación en generación sobre los que le temen?*

Según explican los santos doctores, quieren decir que como nuestro Salvador se encarnó y murió por todos los hombres, derrama los tesoros de sus misericordias sobre los que no le ponen obstáculo sino que le temen. Como él es



fuelle inagotable de gracia y misericordia experimenta gran gozo en comunicarlas a sus hijos de continuo en todo lugar y en todo tiempo. Aunque, como dice san Bernardo, la divina misericordia pertenece por igual a las tres Personas divinas, así como los demás atributos, se atribuye sin embargo de manera especial a la persona del Hijo, como el poder al Padre y la bondad al Espíritu Santo. En efecto, el Verbo encarnado es quien, especialmente, por su gran misericordia, nos ha liberado de la tiranía del pecado, del poder del demonio, de la muerte eterna, de los tormentos del infierno y de infinidad de males y desdichas. Y nos adquirió, por su sangre y su muerte, el mismo imperio que su Padre le dio.

No ha querido, sin embargo, hacer solo esta gran obra. Además de que todo lo hace con su Padre y con su divino Espíritu, quiso asociar a su santísima Madre con él en las brandes obras de su misericordia. *No es bueno que el hombre esté solo*, dijo Dios, cuando dio la primera mujer al primer hombre. *Hagámosle una ayuda que le sea semejante* (Ge 2, 18). Así el nuevo hombre, que es Jesús, quiere contar con una ayuda, que es María, y su Padre eterno se la da para ser su coadjutora y cooperadora en la gran obra de la salvación del mundo, que es la obra de su gran misericordia.



Escuchemos lo que nos dice al respecto san Atanasio Sinaíta<sup>621</sup>: “Exhorto a los judíos, a los griegos y a los gentiles que recurran a esta bienaventurada Virgen. Dios la ha señalado para ser ayuda y socorro de todo el género humano. Es ayuda para la salvación pues conserva, protege, ilumina a quien solo sabe lo que es pecar; ella no arroja a los hombres del paraíso como hizo la primera mujer sino que los introduce en el reino de Dios. Es ayuda, pues es la Madre de los hijos de la vida y de los herederos de la vida eterna. Es ayuda pues de magos hace apóstoles, de publicanos hace evangelistas y de mujeres pecadoras hace ejemplares de pureza y honestidad”. En efecto, todas las conversiones que se hacen por la misericordia del Hijo de la Virgen se atribuyen a la intercesión de su divina Madre.

Entre varios santos elogios que santa Catalina de Siena, pronunció en la fiesta de la anunciación, movida por inspiración particular del Espíritu Santo en honor de la Madre de Dios, estando en Roma en el año de 1379, te ofrezco cuatro dignos de consideración: *¡Oh María, portadora de fuego; oh María, mar pacífico, oh María, carro de fuego; oh María administradora de la misericordia!*

María es llamada *portadora de fuego*, pues llevó en sus entrañas virginales al que es todo fuego de amor y caridad a nosotros, y que dijo *vine a la tierra a traer fuego, y mi*

---

<sup>621</sup> In Exameron, lib. 9



*mayor deseo es que encienda a todos los corazones (Lc 12, 49).*

Es llamada *mar pacífico*, pues es abismo inmenso de toda suerte de gracias, virtudes y perfecciones. Mar siempre tranquilo y pacífico; por su medio se llega al puerto de la salvación eterna sin contratiempo ni dificultad.

Es llamada *carro de fuego*, encendido del todo en amor, caridad, bondad, dulzura para los verdaderos israelitas. *Carro de Israel*, es decir para los hijos, pero igualmente tan terrible contra los demonios como es bondadosa y benigna con los hombres. Todo el que honre, ame, sirva e invoque a María con humildad y confianza sube al paraíso en carro de fuego.

Es llamada la *administradora de la misericordia* porque Dios la colmó de bondad, dulzura, liberalidad y benignidad extraordinarias y de poder incomparable, a fin de que quiera y pueda asistir, proteger, sostener y consolar a todos los afligidos y desdichados, y a cuantos recurran a ella en sus necesidades y premuras.

Lo hace siempre solícita en los individuos, los reinos, las provincias, las ciudades, las naciones e incluso en todo el mundo, según estas palabras de uno de los más santos y sabios Padres de la Iglesia, san Fulgencio, que vivía hace unos mil doscientos años: *el cielo y la tierra hacen tiempos que hubieran sido reducidos a la nada de donde fueron*



*sacados si las plegarias de María no los hubieran sostenido*<sup>622</sup>. Se entiende no del cielo empíreo sino de los otros cielos donde se mueven el sol, las estrellas y la luna.

¿A cuántos reinos, provincias, ciudades, casas y personas particulares pueden dirigirse estas palabras? ¡Oh patria mía, ha mucho tiempo que ya no existirías, por causas de las maldades, ateísmos, blasfemias, herejías y toda suerte de abominaciones de que estás repleto, si las oraciones de María no te hubieran conservado! ¿Oh provincia, de qué crímenes no te has contagiado? Ha tiempo que los fuegos del cielo te hubieran reducido a cenizas si María no hubiera intercedido sin cesar por ti! ¿Oh ciudad, oh metrópoli, cuántas lanzas envenenadas arrojas contra el cielo y contra el Dios del cielo con tus crímenes innumerables? Hace largo tiempo que la tierra se hubiera abierto y te hubiera tragado, si las grandes misericordias de María no te hubieran protegido. ¡Oh casa, oh familia, cuántas injusticias, rapiñas, usuras, robos, odios, venganzas, maledicencias, perjurios, impurezas y otros delitos se cometen en ti! Hace mucho tiempo que hubieras sido totalmente exterminada si las oraciones de María no se hubieran opuesto. ¿Oh hombres, oh mujeres, cuántas veces habrían merecido por sus pecados enormes que el cielo lanzara rayos sobre sus cabezas? Hace largo tiempo que

---

<sup>622</sup> *Mythologia, lib. 4*



hubieran sido quemados en el infierno si las intercesiones de María no los hubiera mantenido en la tierra para hacer penitencia de su vida pecaminosa y detestable.

Reconozcamos y veneremos a la Madre el Salvador como a la Madre de misericordia. A ella su Hijo muy amado ha querido comunicarle su gran misericordia a fin de asociarla con él en las obras de su clemencia y de su benignidad. ¡Gracias infinitas y eternas te sean dadas, oh Salvador mío! ¡Oh Madre de misericordia, que todos los ángeles, los santos y todas las criaturas canten por siempre las misericordias de tu Hijo Jesús y de su divina Madre! *Cantaré eternamente las misericordias del Señor*, de mi rey y de mi reina. “Que todas las misericordias del Hijo único de María y de la santísima Madre de Jesús, y todos los milagros de bondad y clemencia que han hecho en favor de los hijos de los hombres los bendigan y glorifiquen eternamente”.

## **CAPÍTULO IX**

***Él hace proezas con su brazo,  
dispersa a los soberbios de corazón***

Una vez que la bienaventurada Virgen ha alabado y glorificado, los efectos de la divina misericordia que brotan de la encarnación del Salvador y que alcanzan de generación en generación a los que temen a Dios, ella



engrandece y exalta en este versículo los prodigios y el divino poder que resplandecen en este misterio de manera admirable.

*El Dios grande*, dice ella, *ha desplegado el poder de su brazo*. ¿De qué brazo habla? San Agustín, san Fulgencio, san Buenaventura dicen que es el Verbo encarnado, según las palabras de Isaías: *¿Y el brazo del Señor a quién se reveló?* (Is 53, 1). San Juan aplica este pasaje al Hijo de Dios (Jn 12, 38). Así como el hombre hace sus obras con su brazo, así, por su Hijo, Dios hace grandes cosas. Como el brazo del hombre, dice Alberto el Grande, toma su origen en el cuerpo, y la mano procede del cuerpo y del brazo, así el Hijo de Dios toma su nacimiento de su Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Qué quieren decir estas palabras: *Hizo proezas*? Que Dios ha obrado poderosamente y que produce efectos admirables de su poder, por *su brazo*, por su Hijo único, y por su Verbo encarnado, que es su brazo. Por él, el Padre creó todo; por él rescató todo el mundo, por él venció al diablo; por él ha triunfado del infierno; por él nos ha abierto el cielo y por él ha hecho infinidad de otros milagros. *No hago nada por mí mismo*, dice el Hijo de Dios, *sino que el Padre que habita en mí hace todo lo que yo hago* (Jn 14, 19), ¡Cuántos prodigios ha obrado la divina providencia mediante el misterio inefable de la encarnación! ¡Qué



milagro contemplar naturalezas infinitamente distantes una de otra, la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas entre sí tan estrechamente que se hacen una sola persona! ¡Qué milagro ver al Verbo encarnado salir de las entrañas de una Virgen sin menoscabar su integridad! ¡Cuántos milagros en la institución del Santísimo Sacramento del altar! ¡Qué milagro finalmente del divino poder haber elevado a una pequeña hija de Adán a la dignidad infinita de Madre de Dios, y haberla establecido como Reina de todos los ángeles y de todo el universo!

Entre las obras de Dios, algunas se atribuyen a sus manos y a sus dedos como los cielos: *Los cielos son obra de tus manos* (Sal 102, 26); *Contemplantaré los cielos, obra de tus dedos* (Sal 8, 4). Algunas a uno de sus dedos: *El dedo de Dios está aquí* (Ex 8, 19), como los prodigios que obró por Moisés en el Egipto. Pero la obra incomparable de la encarnación no es atribuida a las manos de Dios, ni a sus dedos, sino que es propia del brazo de su divino poder, pues sobrepasa sin paragón todas las demás obras de su adorable majestad.

San Juan Damasceno apunta: “Prodigio admirable, quien era Dios perfecto se hace hombre perfecto. Este Hombre-Dios es lo más nuevo de todo lo nuevo, aún más, es lo único nuevo que pueda darse bajo el sol y en lo que el poder infinito de Dios se manifiesta mucho más que en todo lo que se encierra en el universo. ¿Qué puede haber, en



efecto, de más grande y admirable que ver a Dios hecho hombre?”.

San Bernardo anota: “La majestad omnipotente de Dios ha hecho tres obras tan excelentemente admirables y tan admirablemente excelentes que nada semejante se ha hecho ni se hará en el futuro en la tierra. Dios y hombre, ser Madre y Virgen, la fe y corazón humano se unen y se vinculan con la más íntima unión que pueda darse; unión admirable que supera todo otro milagro. ¿Cómo es posible que cosas tan diferentes y apartadas las unas de las obras puedan unirse tan estrechamente?

“La divina Majestad se ha reducido a fin de unir lo que tenía de más noble con el barro y el fango de nuestra naturaleza; que Dios y el barro de la naturaleza humana se unan juntos en una sola persona; la majestad y la debilidad; lo bajo y lo sublime; la nada y el todo. No hay nada más sublime que Dios y nada más vil que el barro; y sin embargo Dios ha descendido con tanta bondad al barro y el barro se ha elevado hasta Dios tan sublimemente que cuanto Dios ha hecho en el barro es atribuido al barro; y todo lo que el barro ha hecho y producido se atribuye a Dios, por un secreto inefable e incomprensible.

“Considera además que así como en la divinidad hay trinidad en tres personas y unidad en sustancia, de igual manera en este misterio maravilloso hay trinidad y tres



sustancias y unidad en una sola persona. Y como en la misma divinidad las tres personas no alteran la unidad y la unidad no disminuye la trinidad, asimismo en este misterio de la encarnación, la unidad de la persona no confunde la pluralidad de las sustancias, y la pluralidad de sustancias no destruye la unidad de la persona. La soberana y eterna Trinidad nos da esta otra maravillosa trinidad; obra admirable, obra singular, entre todas y por encima de todas las obras de la divina omnipotencia. Porque el Verbo, el alma y la carne no hacen sino una sola persona, y las tres son uno y este uno son tres no por confusión de la sustancia sino por la unidad de la persona”. Hasta aquí las palabras de san Bernardo.

Y ahora oigamos a Ricardo de San-Víctor; nos explica las palabras del profeta rey: *Bajará como lluvia al vellón*, etc. ¡Oh gloria de la bienaventurada Virgen, oh gracia maravillosa! ¡Bondad admirable del Niño de María! ¡Admirable dignidad de la Madre de este divino Niño! ¡Oh qué bondad de este adorable Niño que siendo Hijo de Dios quiere ser Hijo del hombre, que siendo rey de gloria, quiere ser Hijo de María! ¡Oh qué dignidad de la Madre de Jesús: poseer el fruto de la fecundidad con la flor de la virginidad! ¡Qué maravilla, ver a una Virgen que tiene a un Hijo, pero no un hijo cualquiera, sino el Hijo de Dios! En verdad es gloria muy singular la gloria de María. *Bajará como lluvia*



sobre el vellón. ¿Quién bajará? El Hijo único de Dios. ¿De dónde bajará? Del seno adorable del divino Padre al seno virginal de su Madre”. Así habló Ricardo de San-Víctor<sup>623</sup>.

Y escucha ahora al piadoso y santo cardenal Hugues; explica estas palabras del salmista: *Canten al Señor un cántico nuevo porque hizo maravillas* (Sal 98, 1). “¿De qué maravillas se trata? Hizo hombre a Dios; Madre a una Virgen; y creyente el corazón que cree ambas cosas. Prodigio admirable, que Dios haya entregado a su propio Hijo para liberar esclavos; su Amadísimo a enemigos; al juez soberano por criminales y condenados; al primero por los últimos (pues el hombre fue la última de las criaturas); al inocente por los impíos”<sup>624</sup>.

Repasa ahora dos puntos admirables. El primero, nada hay en que la divina omnipotencia se muestre más que en el perdón y la destrucción del pecado. Es lo que piensa la santa Iglesia según estas palabras: *Oh Dios que sobre todo manifiestas tu omnipotencia perdonando nuestros pecados y haciéndonos misericordia*. En efecto, la injuria que se hace a Dios con el pecado es tan grande que solo la omnipotencia infinita de una bondad sin límites la puede perdonar, pues el pecado es un monstruo temible que solamente lo puede aplastar el brazo del Todopoderoso.

---

<sup>623</sup> Adnot. al Salmo 72

<sup>624</sup> Coment. Salmo 98



El segundo, el divino poder brilla maravillosamente en la virtud y la fortaleza que infunde en los santos mártires y en cuantos sufren penas extraordinarias, para sostenerlos generosa y cristianamente por amor del que sufrió por ellos tormentos y muerte de cruz.

Este es un compendio sucinto de los milagros incontables que el brazo todopoderoso del Verbo encarnado ha obrado y obra todos los días para gloria de su divino Padre, para honor de su sacratísima Madre, para la salvación y santificación de los hombres y para animarlos a servir y a amar de todo corazón al que los ama con todo su corazón.

## **CAPÍTULO X**

### ***Dispersó a los soberbios de corazón***

Además de los efectos de la omnipotencia divina ya señalados, presento ahora uno muy digno de consideración. Lo declaran estas palabras de la bienaventurada Virgen: *Dispersó a los soberbios de corazón*. Ha disipado y destruido los designios que los soberbios meditaban en su corazón. ¿Qué quiere decir con esto y quiénes son esos soberbios? Los santos Padres lo explican de diversas maneras. Algunos opinan que esos soberbios son los ángeles rebeldes que



Dios expulsó del cielo y precipitó al infierno a causa de su soberbia.

Otros lo aplican a faraón, a Senaquerib, Nabucodonosor, Antíoco y otros enemigos del pueblo de Israel. San Cirilo y san Agustín lo refieren a los demonios que Nuestro Señor expulsó de los cuerpos y de las almas de los hombres cuando vino a este mundo.

El mismo san Agustín escribe que esos soberbios son los judíos que menospreciaron la humilde venida de nuestro Salvador, por lo que fueron reprobados.

Hugo de San-Víctor y Dionisio el Cartujo, afirman que estas palabras designan todos los hombres en los que la soberbia reina en forma especial. El cardenal Hugo dice que esos soberbios son los herejes cuyas mentes están fraccionadas y divididas por sus opiniones y errores.

Otros aseguran que esos soberbios son en general todos los pecadores que se rebelan contra las divinas voluntades.

Finalmente, algunos santos doctores escriben que estas palabras deben aplicarse a los emperadores, reyes, príncipes, filósofos, tiranos que se opusieron a la proclamación del santo Evangelio y que Dios exterminó y envió a las llamas eternas. Y deben entenderse asimismo de los perseguidores de la Iglesia hasta los tiempos del anticristo, pues la mayor parte de las palabras de este



divino cántico son profecías que se expresan en tiempo pasado, *dispersó a los soberbios*, como si esto ya hubiera acontecido, para demostrar que se volverán a dar ciertamente como ya ocurrieron en el pasado.

Veamos ahora lo que quieren decir estas palabras: *los pensamientos de su corazón*. San Agustín los explica así: “Destruyó a los soberbios por una decisión secreta y profunda de su divina voluntad. Pues por una decisión profunda Dios se hizo hombre, y el inocente sufrió para redimir al culpable: propósito muy secreto que el demonio no pudo conocer”<sup>625</sup>.

Pero, dado que el griego dice: *por los pensamientos de su corazón*, da pie a otros doctores para adelantar esta explicación: destruyó y exterminó a los que tenían el corazón lleno de alta estima de sí mismos, o también, disipó los pensamientos y los designios que los soberbios meditaban en su corazón conforme a estas palabras del profeta Isaías: *hagan planes y fracasarán* (Is 8, 10).

Hay otro designio muy digno de consideración que la bienaventurada Virgen nos revela con estas palabras: *Dispersó a los soberbios por los pensamientos de su corazón*. Lo que quiere decir, según el parecer de varios autores muy serios, que no solo Dios disipa y reduce a nada los pensamientos malévolos y los designios perniciosos con

---

<sup>625</sup> *In Magnificat*



los que los malos maquinan contra él y contra sus amigos, sino que además hace que todas esas pretensiones se dirijan, para vergüenza suya, a la gloria de su divina Majestad y al acrecentamiento de la santidad y felicidad eternas de los que le sirven. Y lo que es más todavía, los derrota con sus propias armas: *con los designios de su corazón*. Es necesario en efecto, que las flechas que su malicia dispara contra él y contra sus hijos se vuelvan contra ellos mismos. *Las flechas de los soberbios se convirtieron en su perdición* (Sal 64, 9). Hace servir esos designios para la realización de los suyos propios. Hace que las iniciativas perversas de su impiedad sean perdición de sus autores y se conviertan en provecho de sus servidores. Cambia las trabas que aportan a las obras de su gloria en medios muy poderosos de los que se sirve para darles mayor firmeza, perfección y resplandor.

La malicia de Satán contra el primer hombre se convirtió en vergüenza para sí mismo y en beneficio no solo de este hombre sino para toda su posteridad pues le atrajo tal cúmulo de grandes bienes derivados del mal en el que la tentación del demonio lo hizo caer. La santa Iglesia canta: *Oh feliz culpa*.

La maldita envidia y la mala voluntad de los hermanos de José contra él ¿no sirvió de medio a la divina providencia



para elevarlo hasta participar del trono real de Egipto y para darle el glorioso título de dios de faraón?

¿De qué sirvió a los sucesores de ese mismo faraón la dureza y la crueldad que ejerció contra el pueblo de Dios sino para sumergirlo a él y a todo su ejército en el fondo del mar Rojo, y para hacer resplandecer más la protección de Dios sobre los suyos?

¿Qué pretendían los pérfidos judíos y los malignos espíritus al tratar al Hijo de Dios tan ignominiosa y cruelmente como lo hicieron sino hacer que su nombre se tuviera por infame y odioso a todo el mundo? Querían que *su nombre no se pronuncie más* (Jer 11, 19). Se proponían acabar y aniquilar la gran obra que Jesús había emprendido para la redención del mundo. ¿Acaso no se sirvió Dios de su impiedad abominable para cumplir su propósito de infinita bondad respecto del género humano?

¿Qué intención tenían los tiranos que han masacrado millones de santos mártires sino arruinar y exterminar enteramente la religión cristiana? Y sin embargo la omnipotencia divina ¿no ha empleado ese medio para hacer más firme, santa, difundida y gloriosa la Iglesia?

Finalmente podemos afirmar seguramente que los que persiguen y se atraviesan a los servidores de Dios, como dice san Agustín del impío Herodes cuando hizo morir a tantos inocentes para dar muerte al que había venido para



salvar a todo el mundo: *¡Qué prodigio, el odio y la crueldad de este impío enemigo de Dios y de los hombres fueron mucho más ventajosos para estos dichosos niños que todo el afecto que les hubiera podido tener y que todos los favores que hubiera podido hacerles!*

De este modo el brazo omnipotente del Verbo encarnado derriba las empresas de los soberbios por los mismos designios de su corazón: *Dispersó a los soberbios de corazón.*

Por la humildad de tu corazón virginal, oh reina del cielo, todos esos portentos se cumplieron porque esa maravillosa humildad atrajo al Verbo encarnado del seno del Padre y lo encarnó en tu seno virginal. A ti corresponde aplastar la cabeza de la serpiente, es decir, humillar su orgullo y su soberbia. Por eso es posible decirte. *Tú eres la gloria de Jerusalén, el gozo de Israel, el honor de nuestro pueblo porque obraste valientemente* (Jt 15, 10). Combatiste generosamente y venciste gloriosamente a los enemigos de la salvación.

*Tú eres la gloria de Jerusalén* es la voz de los ángeles cuya ruina fue reparada por tu intercesión. *Tú eres el gozo de Israel* es la voz de los hombres cuya tristeza fue cambiada en gozo por tu mediación. *Tú eres el honor de todo el pueblo cristiano* es la voz de las mujeres cuya infamia fue borrada por el bendito fruto de tu vientre.



*Combatiste y venciste gloriosamente* es la voz de las almas santas que estaban encerradas en el limbo y liberadas de su cautividad por tu Hijo muy amado, redentor del mundo.

¡Oh santísima y deseable humildad de María, eres la fuente de todos los bienes! ¡Oh soberbia detestable, tú eres la causa de todos los males de la tierra y del infierno Dice el Espíritu Santo: *Es abominable ante Dios el arrogante* (Prov 16, 5). No solo el soberbio y el arrogante son abominables ante Dios sino que son la abominación misma. Para despertar en nosotros gran horror y detestación de este vicio execrable escuchemos y pesemos las palabras del gran san Próspero, segunda alma de san Agustín<sup>626</sup>

“No hablo de aquellos en los que la soberbia reina tan manifiestamente que ni quiere ni puede ser ocultada. Hablo solo de los que dan ejemplos perniciosos y temibles. Al parecer no se han convertido ni hacen progresos en las vías de la salvación. Están llenos y poseídos de una soberbia secreta que los enceguece y los precipita en un abismo de males. Los sumerge en él sin cesar y de más en más a fin de que no puedan salir de allí nunca. Esta soberbia diabólica prepara para el diablo una habitación en sus corazones. Le abre una puerta grande cuando se presenta para entrar y lo acoge con los brazos abiertos. La soberbia permite a los que

---

<sup>626</sup> *De vita contemplativa*, cap. 8



ha cautivado vivir como les place y abandonarse a toda las pasiones. Los desarma de todas las virtudes y hace morir en ellos cuanto se opone a ella y a todas las demás virtudes.

“Los envenenados con esta peste no tienen respeto alguno por los mandamientos de los mayores y de los superiores sino que los juzgan y los condenan; y cuando los reprenden de sus faltas solo reciben murmuraciones y rebeliones insolentes. Quieren tener el primer lugar por doquier; se prefieren impúdicamente a los que les son superiores y que valen más que ellos. Se burlan de la sencillez de sus hermanos espirituales y quieren hacer pasar descaradamente su parecer y sus sentimientos por encima de los otros. Si te ofreces a prestarles algún servicio, lo desprecian; si les rehúsan algo se apresuran con importunidad a conseguirlo. Hacen más caso de su nacimiento que de una vida ordenada. Desprecian con arrogancia a los que son más jóvenes que ellos; no toleran que nadie les pueda ser comparado y creen que se les causa daño si son igualados con los ancianos, por encima de los cuales la petulancia de su corazón los eleva. No tienen consideración ni respeto con nadie en su obrar, ni modestia en su hablar, ni disciplina en sus costumbres. Su mente está llena de la testarudez de su corazón y de su dureza, y su boca de vanagloria. Su humildad no es más que hipocresía; sus burlas son mordaces e hirientes; su odio es ilímite; la



sumisión y la obediencia les son insoportables; quieren imponerse siempre. Se hacen odiosos a todos los buenos; son perezosos y negligentes para todo lo bueno; listos a hablar incluso de lo que ignoran; siempre dispuestos a suplantar a los demás y a herir la comunidad fraternal; imprudentes, emprenden tareas que los superan; vociferantes al hablar, presuntuosos al enseñar; desdeñosos en la mirada; escandalosos en los estallidos de su risa; aprovechados y onerosos para sus amigos; incapaces de apreciar los favores recibidos; arrogantes en sus órdenes”.

Estas son señales de la maldita soberbia. Es abominable para Dios y lo obliga a abandonar los corazones que de ella están infectados. Es el pan y la comida del diablo. Lo atrae para entrar en las almas y establecer en ellas su posesión. Los eleva para aplastarlos; los adula para perderlos y hacer alarde de su caída. ¿No es muy justo que Dios use de su brazo poderoso para perder y exterminar a esos orgullosos y para arrojarlos a los fuegos infernales preparados para los príncipes de la soberbia, y que pronuncie contra ellos esta consigna espantosa: que esos soberbios sean tan castigados y atormentados tanto como se han mostrado elevados y presuntuosos? *Cuanto se glorificó, otro tanto recibió en tormentos (Ap 18, 7).*



Oh Reina de los humildes, quebranta en nuestros corazones todo cuanto es contrario a la humildad y haz reinar en ellos esta santa virtud para gloria de tu Hijo.

## CAPÍTULO XI

### ***Derribó del trono a los poderosos y enalteció a los humildes***

Llegado el tiempo en el que el Padre de las misericordias tuvo a bien dar cumplimiento al designio que tenía desde toda la eternidad de salvar al género humano, su divina sabiduría, cuyos planes son impenetrables, quiso emplear medios que a primera vista no tenían aptitud ni conformidad alguna con la altura de esta gran obra. ¿De qué medios se trata? Los siguientes: envía a su Hijo único al mundo, en estado pasible y mortal, y en tal abyección y bajeza que dice de sí mismo; *Soy un gusano y no un hombre* (Sal 22, 7), y además en las Escrituras es llamado *último de todos los hombres* (Is 53, 3).

El Padre adorable quiere que su Hijo, nacido desde la eternidad en su seno, y Dios como él, nazca de una Madre, muy santa en verdad, pero humilde y pequeña a sus ojos y a los ojos del mundo. Ella misma se considera y se trata como la última de todas las criaturas.



Además, este Padre divino quiso dar a su Hijo coadjutores y cooperadores para trabajar con él en esa obra grande de la redención del universo; les dio para ello doce pobres pescadores sin ciencia ni elocuencia, sin ninguna calidad que los hiciera notables ante los hombres. Él envía a esos doce pescadores por toda la tierra para destruir una religión del todo conforme con las inclinaciones humanas, arraigada por miles de años en los corazones humanos, y para implantar otra del todo nueva, a primera vista contraria a todos los sentimientos de la naturaleza.

Esos doce pobres pescadores se van por todo el mundo a predicar e implantar esta nueva religión y a destruir la anterior. ¿Cómo fueron recibidos? Todos, grandes, pequeños, ricos, pobres, hombres, mujeres, sabios, letrados, ignorantes, filósofos, sacerdotes de los falsos dioses, reyes, príncipes, se levantan contra ellos. Todos hacen uso de sus recursos para oponerse a la predicación del evangelio que esos doce pobres pescadores se esfuerzan por anunciar. Son detenidos, encarcelados, con los pies y las manos esposadas, tratados como malhechores y brujos; son azotados, se les arranca la piel vivos, se les quema; son apedreados, crucificados. En una palabra, se les hace sufrir los suplicios más atroces.

¿Pero qué pasa? Finalmente triunfan gloriosamente, victoriosos sobre grandes, poderosos, sabios, sobre todos



los monarcas de la tierra. Dan al traste con la religión, mejor la irreligión, idolatría abominable que el infierno había implantado en la tierra, y establecen la fe y la religión cristiana por todo el mundo. Finalmente llegan a dominar el universo y Dios les da el principado de la tierra. *Los constituiste príncipes sobre toda la tierra* (Sal 45, 17). Derriba los tronos de los reyes y las cátedras de los filósofos. Da el primer imperio del mundo a un pobre pescador, a quien exalta a tal grado de poder y de gloria que los reyes y los príncipes consideran gran honor besar el polvo de su sepulcro y los pies de quienes continúan su misión. ¿Qué es todo esto sino el cumplimiento de esta profecía de la bienaventurada Virgen: *Derribó a los poderosos de su trono y exaltó a los humildes*? Cayeron los poderosos; y pequeños y humildes fueron elevados.

Observa que aunque estas palabras, lo mismo que las demás contenidas en este divino cántico se expresan en tiempo pasado, *derribó*, etc. se aplican no solo al pasado sino también al presente y al futuro, pues son expresadas por un don profético. En efecto, el cumplimiento de esta profecía se ha hecho manifiesto en los siglos pasados y aparecerá cada vez más en los siglos que vendrán, hasta el fin del mundo.

En los siglos pasados, ¿la divina omnipotencia no depuso la soberbia de Saúl para instalar al humilde David en



su lugar? ¿No confundió y destruyó al arrogante Amán y a la orgullosa Vasti para poner en su lugar al humilde Mardoqueo y a la piadosa Ester? ¿Acaso Josué no exterminó a más de treinta reyes cananeos para dar sus reinos en posesión del pueblo de Israel?

¿Nuestro divino Salvador no liberó al género humano de la esclavitud de los demonios, que antes de la encarnación habían sometido a todo el mundo a su cruel tiranía? ¿No desterró del cielo al ángel rebelde por su sedición; y al hombre del paraíso por su desobediencia? ¿Y éste, al humillarse por la penitencia, no fue acaso restablecido en la gracia de su creador? ¿No despojó al impío Diocleciano de su trono para poner en su lugar al piadoso Constantino? ¿No sacó al arrogante Eugenio de su trono para darlo al humilde Teodosio? ¿No exterminó a los sumos sacerdotes de los judíos, a escribas y fariseos, para dar su autoridad a pobres pescadores y hacerlos sentar con él en el trono de su divina justicia, y comunicarles el divino poder que su Padre le dio para juzgar a hombres y ángeles?

Él humilla y destruye a los grandes y poderosos de la tierra que abusan de su poder y eleva a los pequeños y humildes que ponen en práctica estas palabras de su apóstol: *Humíllense bajo la poderosa mano de Dios y él los exaltará* (1 Pe 5, 6). Lo ha hecho siempre desde el comienzo del mundo y lo hará hasta la consumación de lo



siglos cuando el anticristo, por su abominable soberbia, quiera elevarse incluso por encima de Dios: *Se eleva sobre todo lo que se llama Dios* (2 Ts 2,4). Quien se humilló para confundir a los arrogantes y para exaltar a los humildes le dará muerte con el soplo de su boca: *Lo matará con el soplo de su boca* (2 Ts 2, 8), y lo arrojará a los más profundo de los abismos; y cuando resucite a los dos profetas, Elías y Enoc, los hará subir pública y gloriosamente al cielo a la vista y para confusión de sus enemigos.

¿Quieres conocer además otro efecto maravilloso de esta gran profecía de la reina del cielo? Escucha lo que refiere san Antonino<sup>627</sup>, con otros autores serios, sobre Juliano el Apóstata. Este impío, cuando se fue a hacer la guerra contra los persas, prometió que a su regreso exterminaría a todos los cristianos, sus mortales enemigos. Pero san Basilio, compadecido del pueblo al que veía muy amedrentado por las amenazas de este apóstata, hizo reunir al clero y a todos los fieles, con sus mujeres y sus hijos, en una iglesia dedicada a la santísima Virgen. Permanecieron allí tres días, ayunando y orando sin descanso a esta Madre de bondad para que los protegiera del furor de ese tirano. Mientras oraban fervorosamente san Basilio vio una multitud grande de ángeles, en medio de los cuales la reina del cielo estaba sentada en un trono

---

<sup>627</sup> Part. 2; tit. 9; cap. 5, n8



glorioso. Ella pidió que llamaran a Mercurio, que pocos años atrás, por confesar su fe había encontrado la corona de mártir. De inmediato, este santo mártir, habiéndose presentado ante esta gran princesa, con sus armas en la mano, oyó que le decía: “Anda y da muerte al apóstata Juliano que blasfema contra Dios y contra mi Hijo”. Al punto san Mercurio se transportó en medio del ejército de Juliano a quien golpeó con fuerte golpe de lanza, y desapareció de inmediato. Ese desdichado príncipe, lanzando grandes gritos y vomitando su alma borbollones de sangre que salían de su herida, cayó muerto en el lugar, mientras profería blasfemias execrables con nuestro salvador. San Basilio que había contemplado en visión todo esto, vino donde los cristianos que estaban todavía reunidos y les aseguró que el apóstata había muerto y que san Mercurio lo había matado por orden de la Reina del cielo. Los exhortó a dar gracias a Dios y a la bienaventurada Virgen. En seguida san Basilio, en compañía de otros, se fue al sepulcro del santo mártir donde se conservaban sus armas y encontraron su lanza, roja de la sangre del desdichado apóstata. Pocos días después, un mensajero venido del ejército contó cómo había acontecido la muerte de Juliano y de qué forma este miserable había sido herido de un golpe de lanza por un soldado desconocido.



De este modo Dios despojó de su trono a este soberbio y detestable emperador y mostró cómo hace triunfar la humildad y la piedad de san Basilio y de todos los fieles, sobre la impiedad y el furor de este horrible monstruo del infierno. Así la divina providencia abate a los soberbios y exalta a los humildes.

El santo sacerdote Blosio refiere<sup>628</sup>, respecto de santa Gertrudis, de la Orden de San Benito, que la humildad se había enseñoreado tan perfectamente de su corazón que se juzgaba muy indigna de todos los dones de Dios; que se miraba y trataba como la última de todas las criaturas; que creía que todos los demás prestaban mayores servicios y más gloria a Dios por un solo pensamiento y por la inocencia de su trato, que ella con sus trabajos y prácticas; que un día mientras caminaba por el monasterio se dirigió así a Dios; *¡Ah mi Señor, uno de los mayores milagros que haces en este mundo es permitir que la tierra sustente una miserable pecadora como yo!* Pero este buen Salvador le respondió: *Con toda razón la tierra te sostiene pues todo el cielo espera y desea ardientemente la hora dichosa en la que te acogerá y te llevará.*

Si esta santa albergaba tan bajos sentimientos de sí misma, juzga cuál ha sido la humildad de la Reina de todos los santos.

---

<sup>628</sup> En *Monit.spirit. cap18*. Juliano, emperador de Bizancio (361-363), renegó su cristianismo y se propuso acabar con la fe cristiana. Murió a los 33 años, herido en una batalla.



¡Oh Reina de los humildes, destruye enteramente en nosotros la maldita soberbia y haz reinar en nuestros corazones la humildad de tu Hijo y la tuya, a fin de que los hijos se parezcan en algo a su muy adorable Padre y a su muy amada Madre!

## CAPÍTULO XII

### ***A los hambrientos los colmó de bienes a los ricos despidió vacíos***

Son palabras de la bienaventurada Virgen proferidas con espíritu profético como las precedentes. Se entienden tanto del pasado como del presente y del futuro, como explican algunos santos doctores.

Unos las explican como referentes a los ángeles buenos o a los malos; de ángeles humildes o soberbios; de ángeles obedientes a Dios y de ángeles que le son rebeldes. Los ángeles buenos, al reconocer que Dios los sacó de la nada y que recibieron de la bondad divina todas sus perfecciones, las reenvían a Dios y por ellas le rinden homenaje, y para sí se reservan la nada. Por ello Dios les hace pasar del estado de gracia en el que están al estado de gloria, y los colma de bienes inestimables que están reservados a la feliz eternidad.



Los ángeles malos, al contemplar las excelencias de que Dios los ha adornado en su creación, se complacen en ellas, y con soberbia y arrogancia insoportables, se las apropian y de glorían de ellas como si provinieran de sí mismos. Por ello la divina justicia los despoja de todas sus claridades y perfecciones, los reduce a miseria y pobreza extrema, y los precipita al fondo de los infiernos.

Otros explican estas palabras como referentes a los gentiles convertidos a Dios por la fe cristiana y a los judíos que permanecen en su ceguera. Los gentiles, antes de la venida del Hijo de Dios a la tierra, estaban en extrema pobreza, señalada con la palabra *hambrientos*; no solo no conocían a su Creador sino que adoraban al diablo como a su dios. Cuando abrazaron la fe cristiana, Dios los enriqueció con tesoros inconcebibles de que son poseedores. Al contrario, los pérfidos judíos, por haberse negado a recibir al Salvador del mundo y preferir permanecer en su endurecimiento, fueron despojados de todos los dones, gracias y favores con que Dios los había honrado: *a los ricos los despidió vacíos*.

Otros santos Padres entienden estas palabras como referentes a los santos patriarcas, a los santos profetas y a todos los justos de la antigua Ley, que tenían hambre insaciable, sed ardiente y deseos vehementes de la venida del Redentor. Por ello fueron enriquecidos con gracia y



santidad: *a los hambrientos los llenó de bienes*. En cambio los sacerdotes arrogantes de los judíos y los soberbios fariseos, persuadidos de ser ricos en virtud y en santidad, despreciaron las gracias que el Hijo de Dios les ofrecía, y perdieron infortunadamente la Ley, la fe y la salvación eterna que Dios ponía entre sus manos.

Como la bienaventurada Virgen tenía fe mucho más perfecta y amor casi infinitamente más ardiente al Salvador que debía venir a la tierra, su hambre, su sed, sus deseos eran mucho mayores y más ardientes que los deseos de los patriarcas, profetas y santos que la habían precedido o que vivían en su tiempo. Este adorable Salvador tan esperado, deseado y pedido a Dios, Hijo único y muy amado de sus entrañas virginales, la colmó de infinidad de bienes inconcebibles, e inexplicables durante los nueve meses que lo llevó en su sagrado vientre y durante todo el tiempo en que compartió familiarmente con él en este mundo; y cuando luego de su ascensión ella lo recibió tantas veces en su santo pecho y en su Corazón maternal por medio de la santa Eucaristía, y sobre todo desde que ella lo posee perfectamente en el cielo.

San Agustín aplica estas palabras, *hambrientos*, a los humildes, y, *ricos*, a los soberbios. Los humildes, dice<sup>629</sup>, reconocen que nadan poseen de sí mismos y que tienen

---

<sup>629</sup> *In Magnificat.*



necesidad extrema del auxilio de la gracia del cielo; los soberbios en cambio se persuaden de que están llenos de gracia y virtud. Por ello Dios se complace en derramar sus dones en aquellos y retirarlas a estos.

Estas mismas palabras se entienden, según el parecer de varios santos doctores, de los pobres que tienen su corazón desprendido de las cosas terrenas, y aman y abrazan la pobreza por amor del que, a pesar de poseer todos los tesoros de la divinidad, quiso hacerse pobre por amor a nosotros, para darnos posesión de las riquezas eternas. Pero especialmente hay que entenderlas de los que se han despojado voluntariamente de todo por el santo voto de la pobreza, a fin de imitar más perfectamente a nuestro divino Salvador y a su santísima Madre en el estado de su pobreza. Era tan grande que el Hijo de Dios pudo pronunciar estas palabras: *las zorras tienen madrigueras, los pájaros del cielo tienen nidos pero el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza* (Mt 8, 20). ¡Oh, cuántos tesoros encierra esta pobreza voluntaria pues nuestro Señor ha dicho: *Bienaventurados los pobres pues de ellos es el reino de los cielos!* (Lc 6, 20). ¡Oh, cómo es de peligrosa la posesión de las riquezas terrenas pues el que es la verdad eterna ha dicho: *¡Ay de ustedes los ricos, pues tienen aquí su consuelo* (Lc 6, 24). Por boca de su apóstol pronuncia estas terribles palabras: *Los apasionados por las riquezas caen en la*



*tentación y en las trampas del diablo y en deseos inútiles y peligrosos que sumergen al hombre en la muerte y la perdición* (1 Tm 6, 9). Si amas las riquezas no pongas tu corazón en las falsas riquezas terrenas sino en las verdaderas riquezas, las del cielo, como son el temor y el amor de Dios, la caridad con el prójimo, la humildad, la obediencia, la paciencia, la pureza y las otras virtudes cristianas que te darán posesión de un imperio eterno.

Te doy otra explicación de las palabras: *A los hambrientos*, etc. que encierra gran consuelo. Es además profecía de la sacrosanta Madre de Dios que mira a una conversión extraordinaria que debe hacerse en el mundo de los infieles, los judíos, los herejes, los falsos cristianos. Fue predicha y anunciada desde tiempos antiguos por el oráculo de las Escrituras santas, por boca de la Iglesia, y por la voz de santos Padre y otras santas personas por las que habla el Espíritu de Dios.

Abre los libros sagrados y escucharás a este Espíritu divino que habla de Nuestro Señor por boca del profeta rey. Asegura que dominará y reinará por toda la tierra (Sal 72, 8); que lo adorarán todos los reyes de la tierra y todos los pueblos le servirán (Sal 72, 11); que todas las tribus serán bendecidas en él; que todas las naciones lo engrandecerán; que todo el universo se llenará de su gloria (Sal 72, 17.19); que todas las generaciones que hizo, sin distinción, vendrán



a adorarlo y glorificarlo (Sal 86, 9); que toda la redondez de la tierra se convertirá a él y todas las familias del mundo se postrarán ante su faz para adorarlo (Sal 22, 29).

¿No oyes al Padre eterno que, dirigiéndose a su Hijo en el salmo segundo le promete darle en herencia toda las naciones del mundo y hacerle poseer toda la tierra? (Sal 2, 8).

Escucha ahora a la Iglesia que eleva a menudo esta oración a Dios: *Señor, que toda la tierra te adore y cante alabanzas a tu santo nombre* (Sal 66, 4). Recuerda que en la oración solemne que la Iglesia hace el Viernes santo le hace pedir la santificación de todos sus hijos y la conversión de los herejes, los judíos y todos los paganos; que a diario ella obliga a todos los sacerdotes que celebran el santo sacrificio de a misa, ofrecerlo a Dios por todos los hombres y pedir la salvación de todo el mundo con estas palabras: *Te ofrecemos el cáliz de la salvación e imploramos tu clemencia para que como suave aroma suba ante tu divina majestad por nuestra salvación y la del todo el mundo*. Dime, te ruego, si el Espíritu Santo que anima y guía en todo a la Iglesia, le hace elevar súplicas inútiles e ineficaces.

Esa gran conversión fue revelada por el Espíritu de Dios no solo a los profetas de la antigua Ley. El gran apóstol san Pablo nos asegura que todos los judíos se convertirán y su



conversión será seguida de la conversión de todo el mundo (Ro 11, 31).

Al respecto les ruego que consideren que no hay en el mundo hombres más opuestos a Dios y más contrarios a nuestro Salvador, más enemigos de su religión, más indignos de su gracia y por tanto más alejados de la conversión que esos pérfidos. Sin embargo, a pesar de todo, Dios les hace esta misericordia; hay por tanto sobrado motivo para creer que no la rehusará a todos los demás hombres.

Santa Hildegarda lo dijo claramente, como se refiere en el segundo libro de su vida, en el capítulo segundo; sus libros de revelaciones fueron aprobados en un Concilio luego de ser leídos públicamente por mandato del papa Eugenio III, que lo presidía, ante todos los Padres del Concilio, en el que se contaba san Bernardo. Puede decirse entonces que le fue revelado de parte del Espíritu Santo.

“Vendrá el tiempo, dijo un día nuestro Señor a santa Brígida<sup>630</sup>, cuyas revelaciones fueron igualmente aprobadas por tres Papas y dos Concilios generales, en el que no habrá sino un solo rebaño, un pastor, una fe, y Dios será conocido claramente por todos.

“Haz de saber, le repitió, que los paganos tendrán tanta devoción como los cristianos. Estos les servirán en la vida

---

<sup>630</sup> Revel. Libro 6, cap. 77



espiritual. Se cumplirán entonces las Escrituras que dicen que el pueblo que no me conoce me glorificará y que los desiertos serán edificados. En ese tiempo todos cantarán: ¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y honor a todos los santos”!

Todos los santos Padres son unánimes en decir que después de la muerte del anticristo, todo el mundo se convertirá, y aunque algunos de ellos dicen que el mundo, después de esa muerte, durará solo unos días, otros que unos meses, sin embargo varios afirman que subsistirá muchos años.

Santa Catalina de Siena, san Vicente Ferrer, san Francisco de Paula y otros santos han predicho una conversión general.

Será entonces cuando esta gran profecía de la reina de los profetas se cumplirá: *A los hambrientos los colmó de bienes*. No quizás con toda la perfección que es deseable, de suerte que no quede ninguna persona en la tierra que no conozca y ame a Dios. Pero, aunque esta conversión no sea general, será sin embargo delicioso y magnífico festín para los que tienen gran hambre y sed ardiente de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Serán colmados de contento y gozo inconcebible al ver a su Creador y Salvador conocido, servido y honrado por todo el mundo y a su dignísima Madre también; y que los demonios que poseen



tantos ricos tesoros en la tierra, es decir, tantas almas de infieles, herejes, judíos y malvados católicos sean despojados de ellos según estas divinas palabras: *Y a los ricos los despidió vacíos.*

Si esta profecía no se cumpliera del todo en la tierra, lo será por entero y perfectamente en el cielo. Será allí donde el hambre insaciable y la sed abrasadora que todos los santos tienen en la tierra, mientras permanecen en ella, de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, quedará completamente saciada y satisfecha, y estas palabras se cumplirán en cada uno de ellos: *Me veré saciado cuando aparezca tu gloria* (Sal 17, 15). No hay mente que pueda comprender ni lengua capaz de expresar la mínima parte de los bienes inestimables e inenarrables de que Dios los colmará por el celo con el que procuraron su honor en la tierra, y por la salvación de las almas que liberaron de la posesión de los demonios.

Oh Madre de misericordia que por tus oraciones y méritos anticipaste el tiempo de la encarnación del Salvador del mundo, adelanta también, por favor, el tiempo anhelado de esta conversión. Es necesaria para la salvación de tantas almas que perecen todos los días. Compadécete, oh Madre de gracia, y ruega a tu Hijo que tenga compasión de la obra de sus manos, que se apiade de tantos dolores que su humanidad santa sufrió y de la preciosa sangre que



derramó para salvar las almas que descienden continuamente a los infiernos.

## CAPÍTULO XIII

### ***Acogió a Israel su siervo y su hijo, acordándose de su misericordia***

El gran Dios hizo en el comienzo del mundo dos criaturas: el ángel y el hombre, ángel en el cielo y hombre en la tierra. Ambos resultaron ingratos pues se rebelaron contra su Creador: el ángel por su soberbia, el hombre por su desobediencia al mandamiento de su Dios. El pecado del ángel, por ser pecado de soberbia, fue juzgado tan grave frente a Dios que la divina justicia se vio obligada a expulsarlo del paraíso y arrojarlo al infierno. Pero su misericordia, al ver que el hombre había caído en el pecado por la tentación y la seducción de Satán, tuvo compasión y se apiadó de él; tomó la decisión de retirarlo del estado miserable en el que se había visto reducido, e incluso se comprometió con él por la promesa que le hizo. Y los incontables y muy enormes pecados que se han cometido a partir de esta promesa, por los judíos, los gentiles y todos los hombres no han sido capaces de impedir la ejecución de



la promesa. Simplemente la retardaron durante varios siglos; durante ellos la raza de Adán, condenada y reprobada por Dios, estaba sumergida en un abismo de tinieblas y en un precipicio de males infinitos e inexplicables, del que le era imposible salir por sí misma. Entre más avanzaba más se hundía en ese precipicio y se revolcaba en el barro y en el fango de sus crímenes. *Yacía en el mal, dice san Agustín, e incluso se revolcaba en él, y de males en males se precipitaba la masa condenada de todo el género humano*<sup>631</sup>.

*Dios solo era conocido en la Judea, incluso imperfectamente y por pocas personas. El resto permanecía en las tinieblas del infierno; la tierra cundía de ídolos e idólatras. La tiranía de Satanás oprimía el universo. La Ley de Moisés señalaba el pecado pero no lo curaba. Parecía como si Dios, por juicio muy justo, se hubiera olvidado por entero el género humano en ese deplorable estado como castigo por sus crímenes. Su misericordia no se dejaba ver. Solo se veían señales de su terrible cólera que había arrojado la tercera parte de los ángeles en el infierno y había sumergido todo el mundo en un diluvio general; que se había tragado a faraón y todo su ejército en las aguas del mar rojo; que había hecho descender del cielo torrentes de*

---

<sup>631</sup> *Liber Enchiridii, cap 26 y 27*



fuego y de llamas para volver cenizas varias ciudades; que había entregado más de una vez a su pueblo al furor de sus enemigos y que había hecho sufrir a los hombres otros diversos y espantosos castigos.

Pero finalmente el Hijo de Dios, *acordándose de sus misericordias* que parecía haber olvidado por cuatro mil años, y de las promesas hechas a Adán, a Abrahán, a David y a varios profetas, de sacar de este abismo de males al género humano, desciende personalmente del cielo al seno virginal de la divina María. Une allí a su persona divina esta naturaleza miserable que había abandonado y se hace hombre para salvar a los hombres que quisieran creer en él y amarlo, y ser así del número de los verdaderos israelitas.

Es lo que la bienaventurada Virgen nos anuncia con estas palabras: *Acogió a Israel su siervo, recordando su misericordia*. Varios santos doctores las refieren al misterio de la encarnación. Es la conclusión de su divino cántico, la recapitulación de los misterios inefables contenidos en él. Es el término de la Ley y de los profetas; cesan las sombras y las figuras. Es como si dijera: Aquí está el resultado de las predicciones de los profetas; es lo que las sombras señalaban; lo que los patriarcas esperaron; la realización de las promesas cumplidas; es lo que ella canta desde lo profundo de su corazón: *Engrandece mi alma al Señor*. Es el gran motivo de mis alegrías y de mis arrobamientos: Y



*exultó mi espíritu en Dios mi salvador.* Es lo que me hará proclamar dichosa en todas las naciones. Estas son las maravillas que la omnipotencia divina me ha hecho. Es el origen y la fuente inagotable de las gracias indecibles y de las misericordias inconcebibles que Dios va a derramar por todas las generaciones sobre los que le temen. Son los mayores milagros de su omnipotencia infinita y de su bondad inmensa. Es lo que exaltará a los humildes y confundirá a los soberbios: *Acogió a Israel su siervo.*

¿De qué Israel se trata? Varios santos dicen que estas palabras se deben aplicar primeramente al pueblo de Israel dado que el Hijo de Dios quiso encarnarse y nacer en ese pueblo, a pesar de sus ingratitudes pasadas y de los ultrajes que iba a recibir de él. Dije primeramente porque el Verbo divino se unió también a toda la naturaleza humana y no solo al pueblo de Israel.

¿Por qué la bienaventurada Virgen dice: *Acogió a Israel su niño?* Por su boca habla el Espíritu Santo y nos da dos enseñanzas con esta palabra: *Niño (puerum).* En efecto, nos da a entender que el Hijo de Dios no solo se hizo hombre para hacernos dioses sino que se hizo niño, a fin de hacernos niños de Dios: *Puer natus est nobis. Un niño nos ha nacido.*

En segundo lugar, pone ante nuestros ojos al Verbo encarnado, no solo como hombre y como niño sino como



siervo: *puerum*. Nos lo declara el mismo Espíritu Santo: *Se humilló a sí mismo tomando forma de siervo* (Fp 2, 8). Oigamos a nuestro Salvador, hablándonos de sí mismo, que *no ha venido para ser servido sino para servir* (My 20, 28). ¡Qué amor incomparable! El soberano monarca del universo toma la forma de siervo para librarnos de la esclavitud de Satán, y para hacernos hijos de Dios. Salvador mío, no somos dignos de ser tus esclavos y, no contento con llamarnos tus amigos y tus hermanos, nos haces hijos del mismo Padre adorable del cual tú eres el Hijo muy amado y por consiguiente herederos y coherederos.

Y das, Señor, un paso adelante. Por otro exceso de bondad que jamás ha tenido igual, quieres ser llamado, y ser de veras, el esposo de nuestras almas, y que nuestras almas sean tus verdaderas esposas, que sean uno contigo, y que tengas comunidad de bienes con ellas.

Esto no te ha parecido suficiente para satisfacer los ardores de tu amor a nosotros. Quieres ser nuestra cabeza y que seamos tus miembros; y por consiguiente, que seamos uno contigo como los miembros no son sino uno con su cabeza, animados por el mismo espíritu; que vivamos de la misma vida; que seamos un solo corazón y una sola alma, y que finalmente seamos consumados en unidad contigo y con tu Padre, como este divino Padre y tú no son sino uno. Fue esto, queridísimo Jesús, lo que pediste al Padre en tu



oración en vísperas de morir: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, sean ellos uno en nosotros, que el mundo conozca que tú me enviaste y que tú los has amado como me has amado a mí* (Juan 17, 21-23). ¡Qué milagro de amor, qué prodigio de caridad, qué abismo de bondad!

¡Oh salvador mío, no me extraño de que nos asegures que nos vas a dar posesión del mismo reino que tu Padre te ha dado; que nos harás comer en la misma mesa contigo; que nos harás *sentar en tu trono* como tú te sientas en el trono de tu Padre. Pues si no somos sino uno contigo debemos poseer el mismo reino, comer en la misma mesa, estar sentados en el mismo trono, estar animados de tu mismo espíritu, vivir de la misma vida, no tener sino un corazón y un alma contigo. ¿Es posible imaginar mayor bondad? ¿Hubo jamás algo semejante? ¿Es posible concebirlo? ¡Oh corazón humano, cómo eres de duro, de insensible, de desnaturalizado, si tal bondad no es capaz de ablandarte! Oh monstruo de ingratitud, ¿qué amarás si no amas al que te ama tanto? ¿Al que es todo corazón y todo amor por ti?

Estas son las maravillas comprendidas en estas palabras de la Madre de Jesús: *Acogió a Israel su niño*. Ellas nos revelan el misterio de la encarnación que es la fuente de todos estos milagros de caridad y de infinitud de otros.



¿Cuál es la causa primera de este misterio inefable y por tanto de los bienes infinitos que proceden de él? Escucha a la sacratísima Virgen que nos lo pone ante los ojos con estas palabras: *Recordando su misericordia*. Sí, oh Madre de gracia, esta divina misericordia es el principio de la encarnación de tu Hijo y de los tesoros inmensos que poseemos gracias a este divino misterio. Es cierto también que después de esta incomparable misericordia quedamos en deuda con tu Corazón maternal. ¿Por qué medio has hecho salir al Verbo eterno del seno adorable de su Padre para traerlo a tu seno virginal y a tus sagradas entrañas? ¿No escuchamos al Espíritu Santo que te hace decir que mientras el rey eterno reposaba en el seno y en el Corazón de su Padre, la profundísima humildad de tu Corazón amable dejó escapar una fragancia tan deliciosa y poderosa que habiendo llegado hasta él se encantó de tal manera que lo atrajo hasta tu interior donde se encarnó para redención del universo? ¿No es lo que quieren decir estas palabras: *Mientras el rey estaba en su alcoba mi nardo dio su fragancia* (Cant 1, 11)? Así lo explican los santos al decir que el nardo es una hierba muy pequeña pero muy fragante que representa la humildad.

¿Pero además del mérito y de la fuerza de esa virtud, cuántos suspiros ardentísimos enviaste al cielo? ¿Cuántas lágrimas derramaste? ¿Cuántos ayunos y mortificaciones



practicaste? ¿Cuántas plegarias ardientes y vehementes hiciste para alcanzar del Padre de las misericordias el cumplimiento de sus promesas referentes a la encarnación de su Hijo, y para hacer resonar en los oídos de este mismo Hijo las oraciones y clamores de todos los santos patriarcas, profetas y justos que precedieron tu venida a la tierra. *Ven, Señor, ven y no te retardes más* (Ap 19, 11; ven y libéranos de tantos males que pululan en la tierra.

Después de la divina misericordia de su adorable encarnación, subrayada por estas santas palabras de tu cántico: *Acogió a Israel su niño*, somos deudores por tanto de la humildad, del amor, la caridad y del celo de tu Corazón admirable, oh Virgen santa. Oh, que todos los ángeles y los santos te canten por siempre un cántico de gratitud, de alabanzas, bendiciones y acciones de gracias inmortales en nombre de todo el género humano por tales muestras obligantes e inenarrables de que somos deudores.

## CAPÍTULO XIV

***Como hablaste a nuestros padres,  
Abrahán y a su linaje para siempre***

Este último versículo del sagrado cántico de la bienaventurada Virgen pone ante nuestros ojos la verdad



de Dios en sus palabras y su fidelidad en sus promesas. Con justa razón es llamado en las Escrituras *fiel y veraz* (Ap 19, 11). No solo es veraz en sus palabras sino que es la verdad misma. La verdad esencial, eterna e inmutable. No solo es fiel en sus promesas sino que es la fidelidad misma, infinitamente poderosa, infinitamente sabia e infinitamente buena. Infinitamente poderosa para vencer todos los obstáculos que se pueden oponer al cumplimiento sus promesas. Infinitamente sabia para cumplirlas en el tiempo, en los lugares y en la manera más conveniente. Infinitamente buena para darles cumplimiento del modo más útil y provechoso para aquellos a quienes fueron hechas.

Los hombres son locuaces y fáciles para prometer muchas cosas, pero sus palabras y sus promesas son a menudo solo mentiras y engaños. Dios habla poco: *Una sola vez habló Dios* (Sal 62, 12). En su boca solo hay una palabra: *La Palabra estaba en Dios* (Jn 1, 1); pero con esa sola palabra dio el ser a todas las criaturas: *Dijo y todo fue hecho* (Sal 148, 5). Por esa sola palabra sostiene y conserva todo: *Lo sostiene todo con la palabra de su poder* (Heb 1, 3). Con esa sola palabra hace y realiza verdadera y fielmente todas sus promesas, y realiza aún más de lo prometido. Inicialmente prometió a Abrahán darle un hijo que se llamaría Isaac pero le dio hijos incontables. Le prometió en



seguida multiplicar sus hijos como las estrellas del cielo; le da un Hijo que es el Creador y el soberano Señor de la tierra y del cielo, Hijo que es hombre y Dios juntamente. Prometió a Adán y a los patriarcas y profetas liberar al hombre de la perdición en la que el pecado lo sumergió. Pero no se contenta con retirarlos de ese estado miserable y liberarlos de la esclavitud de Satán sino que se hace hombre a fin de hacerlos dioses; se hace hombre para se hagan hijos de Dios; desciende el cielo a la tierra para hacerlos subir de la tierra al cielo.

Esas son las promesas hechas a Adán, a Abrahán y a los otros padres y patriarcas. De ellas habla la bienaventurada Virgen con estas palabras de su cántico: *Como habló a nuestros padres, a Abrahán y a su linaje por siempre.* Promesa que cumplió cuando se encarnó en sus benditas entrañas. Así lo declaró a los judíos cuando les dijo: *Abrahán, padre de ustedes, exultó para ver este día, lo vio y se llenó de gozo* (Jn 8, 56). Ese día es el de mi encarnación y de mi nacimiento, y de mi permanencia en la tierra, día esperado para la salvación de todo el mundo. *Lo vio Abrahán*, o sea, lo conoció por la fe o lo conoció por la revelación que mi Padre le hizo, *y recibió enorme gozo.*

Escuchemos a un ángel que habla en los libros de santa Brígida<sup>632</sup>:

---

<sup>632</sup> *In sermone angeli*, cap. 8



“Uno de los mayores consuelos que Dios haya dado a sus amigos de la antigua Ley, es decir, a los santos patriarcas y a los santos profetas, fue el de hacerles ver a su Hijo que nace en el mundo para la salvación del mundo, y a la Madre admirable de la que iba a hacer.

“Fue consuelo que su divina majestad dio particularmente al santo patriarca Abrahán cuando le hizo conocer que el uno y la otra, Jesús y María, saldrían de su raza. Se gozó mucho más que por el nacimiento de su hijo Isaac y de todos los demás que vendrían de él, así fueran en tan gran número, según la promesa divina, como las estrellas del cielo, pues tenía más amor por tal Hijo y tal Hija que por todos los otros hijos juntamente.

“Y el mismo Adán, habiendo hecho gran penitencia por su pecado, que le causaba dolor mucho más sensible por haber ofendido a su creador, que por el daño que se había hecho por él, quiso Dios por bondad infinita, consolarlo y le dio a conocer que su Hijo se haría hombre y que nacería de una Virgen para retirarlo, a él y a su posteridad, del profundo abismo de miserias al que se había precipitado junto con todo el género humano”.

Vemos así cómo Dios es verdadero en sus palabras y en sus promesas; esto nos debe inundar de maravilloso consuelo. Este fidelísimo cumplimiento de las promesas de Dios nos brinda seguridad infalible de que las demás



promesas que nos ha hecho tendrán perfecto cumplimiento.

¿De qué promesas se trata? Las hay de dos clases. Unas se refieren a la vida presente; otras miran a la *vida futura*.

¿Qué nos ha prometido para esta vida? Nos promete que si vivimos en su temor nos preservará de toda clase de males: *Al que teme al Señor no le caerán males* (Sirá 33, 1). En efecto, todo coopera al bien de los que lo aman: *Para los que aman al Señor todo coopera para bien* (Ro 8, 28). Nos promete que derramará sobre nosotros toda suerte de bienes corporales y espirituales, temporales y eternos, señalados en detalle en sus divinas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Nos promete que será enemigo de nuestros enemigos y afligirá a quienes nos afligen (Ex 23, 22); que contará los cabellos de nuestra cabeza y ni uno solo se perderá (Lc 21, 18); que tendrá cuenta de todos los pasos que daremos en su servicio (Job 14, 16); que sentirá los males que se nos harán como si se hiriera la niña de sus ojos: *El que los toque toca la pupila de mi ojo* (Zac 2, 8); que guardará las obras buenas que hacemos como la niña de sus ojos (Sirá 17, 18); que quien cree en él, con fe viva y animada por el amor, no morirá jamás (Jn 11, 26); que si alguno guarda su palabra no verá jamás la muerte (Jn 8, 51).



Estas son promesas de nuestro Salvador que miran a la vida presente. Aquí tienes otras que pertenecen a la vida del cielo.

Nuestro muy benigno Salvador nos promete que en el día de la resurrección general no solo él resucitará nuestros cuerpos sino que los revestirá de claridad, de impasibilidad, de inmortalidad y de la gloria de su santísimo cuerpo: *Cambiará nuestro humilde cuerpo configurándolo con su cuerpo de gloria* (Fp 3, 21); nos hará habitar con él no solo en el cielo sino en el seno y en el Corazón de su Padre: *Padre, quiero que los que me diste estén conmigo donde yo esté* (Jn 17,22); que nos hará reyes del mismo reino que su Padre le dio: *Dispongo para ustedes el reino como me lo entregó el Padre* (Lc 22, 29); que nos hará herederos de su reino y sus coherederos: *Herederos de Dios, coherederos de Cristo* (Ro 8, 17); que nos dará posesión de todos sus bienes: *Lo establecerá sobre todos sus bienes* (Mt 24, 47); que nos dará la gloria que le dio su Padre: *La gloria que me diste la doy a ellos* (Jn 17, 22); que nos asociará con los ángeles, que nos hará sentar con ellos en sus tronos; que nos hará vivir de la vida de sus ángeles y nos hará gozar de su felicidad: *Igual a sus ángeles* (Lc, 20, 36); nos hará comer en su mesa: *Para que coman y beban en mi mesa* (Lc 22, 30); que nos hará sentar en su trono: *Al vencedor le daré sentarse conmigo en mi trono* (Ap3, 21); que seremos por gracia y



participación lo que él es por esencia: *Partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1, 4); que finalmente no seremos sino uno con su Padre y con él, como ellos no son sino uno, como ya dijimos: *Que sean uno como nosotros somos uno* (Jn 17, 22).

Estas son las promesas maravillosas de nuestro muy buen Redentor. ¿Será posible que semejantes maravillas se cumplan? Sí, es tan cierto como es cierto que Dios es Dios. Lo dijo la bienaventurada Virgen: *Así como lo dijo, etc.*

¡Oh cristiano, cómo es de admirable la religión! ¡Que esta profesión es santa y elevada! ¡Que esta condición es feliz y provechosa! ¿Cómo es posible que no mueras de felicidad al meditar estas verdades cautivadoras? ¿Cómo es posible que tu corazón permanezca frío y helado en medio de las llamas ardientes del amor de tu Dios por ti? ¡Las ascuas del infierno te serán terribles, si en lugar de amar a un Dios que te ama tanto, lo menosprecias y ofendes, y pisoteas sus divinos mandamientos! ¡Dios mío, de todo mi corazón quiero amarte, no movido por el temor del infierno sino por amor a ti mismo! ¡Salvador mío, toma, te ruego, plena, entera y eterna posesión de mi corazón!

No solo nuestro adorable Salvador se llama fiel y verdadero. La santa Iglesia pregona también dichos calificativos a su divina Madre: *Virgen fiel*. Esta Madre Virgen ha declarado a algunos de sus favoritos, como se



refiere en el Tratado cuarto de su *Triple corona*, capítulo IX, 9, que entre los títulos honoríficos que le eran dados en la letanías que se cantan en su alabanza diariamente, estos le son más agradables: *Madre amable, Madre admirable, Virgen fiel*. Ella merece bien ese saludo pues es muy fiel en sus palabras y sus promesas.

Escuchémosla decir: *Vengan todos a mí*. El Espíritu Santo le hace hablar así. *Todos*, no solo algunos sino todos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, jóvenes y viejos, niños y adolescentes, sanos y enfermos, justos y pecadores, fieles e infieles, sabios e ignorantes, pues deseo auxiliarlos en sus necesidades y procurar la salvación de todos. Vengan a mí que soy la Madre de su Creador y de su Redentor; a mí que soy su Reina y Soberana; a mí que soy su Madre y Madre que es todo amor: *Madre del amor hermoso* (Sirá 24, 24). Vengan a mí llenos de confianza pues Dios me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, y tengo más amor y ternura hacia ustedes como jamás los ha habido en el corazón de todas las madres que han existido, existen o existirán. Vengan a mí, pues así como di la vida a su amada Cabeza, que es mi Hijo Jesús, puedo también darla a sus miembros: *El que me encuentra, encuentra la vida* (Prov 4, 35). Vengan a mí pues así como les di un Salvador puedo y quiero cooperar con él en su salvación eterna: *Quien me encuentra obtendrá del*



*Señor la salvación* (Prov 8, 35). Vengan a mí, yo los ayudaré en todas sus necesidades, estaré siempre con ustedes para guiarlos por doquier y en todo; los consolaré en sus aflicciones y los protegeré de todo peligro en esta vida; los defenderé de todos sus enemigos visibles e invisibles; los iluminaré en sus tinieblas; los fortaleceré en sus debilidades; los sostendré contra sus tentaciones; los asistiré a la hora de la muerte; recibiré sus almas cuando salgan de sus cuerpos y las presentaré mi Hijo; los alojaré en mi seno y en mi Corazón maternal; los tendré siempre presentes a mis ojos y les mostraré que tengo siempre para ustedes un Corazón de Madre.

Pero *escúchenme, hijos míos* (Prov 8, 32). Dichoso el que me escucha y obedece mis palabras (Prov 8, 34). ¿Qué tengo para decirles? Pongan sus ojos en la vida que llevé en la tierra y en las virtudes que Dios tuvo a bien darme la gracia de practicar. Son otras tantas voces que les hablan y les dicen: *Dichosos los que caminan por la senda que yo seguí* (Prov 8, 32). Ese camino es la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la obediencia, la pureza, la paciencia y las demás virtudes que practiqué en la tierra. Abrázalas de todo corazón y sobre todo ten gran amor a mi Hijo Jesús. Si lo aman guarden fielmente sus mandamientos: *Hagan lo que él les diga* (Jn 2, 5).



Finalmente sepan que mi Hijo y yo *amamos a los que nos aman* (Prov 8, 17). Ámennos como a su padre y su madre; nosotros los amaremos tierna y ardientemente como a nuestros hijos muy queridos. Si el amor de ustedes es verdadero, esfuércense por poner nuestro amor en los corazones de los otros y estas palabras se cumplirán: *Tendrán vida eterna quienes nos hacen conocer y amar* (Sirá 24, 31).

Estas son las palabras y promesas de nuestra muy buena Madre. Se cumplirán seguramente a favor de sus verdaderos hijos. A menudo ella va más allá de lo prometido.

¡Oj Jesús, Hijo único de Dios que quisiste ser el Hijo único de María y y contarnos en el rango de sus hijos y de tus hermanos, haz que seamos partícipes del amor que le tienes y del amor que ella te tiene, a fin de que amemos a Jesús con el Corazón de María y que amemos a María con el Corazón de Jesús, y que no tengamos sino un corazón y un amor con Jesús y María.



## **LIBRO UNDÉCIMO**

*Motivos que nos obligan a honrar  
el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen  
y medios para honrarlo y alabarlo*

### **PRESENTACIÓN**

Es el más corto de los doce libros en que san Juan Eudes dividió su obra sobre el Corazón de la Madre Admirable. Consta de dos partes. La primera nos ofrece los motivos o razones para honrar el Corazón de María, la Madre Admirable. Luego, igualmente, fiel al número doce que gustaba de usar, nos presenta los medios para cumplir este deber con el Corazón de la Madre Admirable.

Con su sentido práctico nos ofrece luego dos series de meditaciones. Es para él un ejercicio ascético diario que no puede faltar a ningún cristiano. Entre los ejercicios diarios que prescribió para sus comunidades estaba en forma muy recomendable la meditación. Quería que todos los miembros de la congregación hicieran diariamente una hora de meditación, en la mañana, antes de la Eucaristía diaria. Señaló un método, seguramente seguido en su época. Un tema central definido, conforme a los ciclos litúrgicos o a las fiestas. Ese punto se dividía en tres puntos que en ocasiones el semanero debía leer en alta voz a la comunidad reunida.



Terminaba con una oración corta, una jaculatoria, que se recomendaba guardar en la memoria y repetir con frecuencia a lo largo del día. Para los recién ingresados debía hacerse semanalmente un examen sobre la forma de estar llevando a la práctica este ejercicio.

Finalmente ofrece unos textos, algunos en versos latinos o franceses, como ayuda práctica. Gustaba de las letanías. En frases concisas, fáciles de retener, presenta su doctrina. Para el oficio divino, Liturgia de Horas hoy, redacta himnos en latín. Para la misa una larga prosa, para ser cantada antes del evangelio. Además un rosario donde advertimos la forma como se recitaba en la época. Texto histórico pero también digno de posible utilidad en seminarios o parroquias, para las fiestas eudistas. Recoge en él, en forma sucinta y diversificada, su doctrina sobre el Corazón.

*Álvaro Torres, eudista.*



## **CAPÍTULO I**

### ***Doce motivos que nos invitan a honrar este santísimo Corazón***

Además de lo ya expuesto en los diez libros precedentes donde presenté los motivos que nos piden honrar el sagrado Corazón de la Madre de Dios, encuentro infinidad de otras razones que nos comprometen a hacerlo. Aquí tienes doce principales.

La primera es que debemos honrar y amar lo que Dios honra y ama, y aquello por lo que Dios es honrado y amado. Pues bien, haciendo aparte el muy adorable Corazón de Jesús, no ha existido nunca un corazón en el cielo ni en la tierra que haya amado y honrado tanto a Dios y que le haya tributado tanta gloria y amor como el dignísimo Corazón de la Madre del Salvador.

La segunda, ¿quién podría decir en qué grado el Corazón incomparable de la Madre de Dios ardía en amor a su Hijo Jesús? Cuenta, si puedes, todos los pensamientos que tuvo, las palabras que pronunció, las acciones que realizó, todos sus trabajos, cuidados y preocupaciones para alimentar, vestir, conservar y atender a este divino Salvador; podrás entonces contar cuántas razones nos comprometen a amar y alabar este Corazón amabilísimo de la Madre de Jesús.



La tercera, cuenta además todos los pensamientos, sentimientos y afectos de que este Corazón maternal está colmado en lo que mira a nuestra salvación; contarás otras tantas obligaciones que tenemos de amarlo y honrarlo.

La cuarta, represéntate todos los medios que esta Madre de misericordia empleó en cooperar con su Hijo Jesús en la gran obra de la redención del mundo. Quiero decir sus plegarias, ayunos, mortificaciones, lágrimas, sufrimientos y sacrificios muy dolorosos de este mismo Hijo, ofrecidos al pie de la cruz, con un Corazón del todo inflamado en amor y caridad; todo esto son obligaciones nuestras de reverenciar y amar su dignísimo Corazón.

La quinta, el santo Nombre de María ha sido honrado siempre en la Iglesia. Lo atestigua el informe que Surio da a san Gerardo, obispo de Panonia, según el cual había ordenado a sus diocesanos que se postraran por tierra al pronunciar este santo Nombre; Pedro de Blois refiere que en su tiempo era costumbre universal en la Iglesia que, cuando se escuchaba pronunciar el santo Nombre de María, todo el mundo se ponía de rodillas y todos los fieles llenaban el aire de suspiros, regaban la tierra con sus lágrimas y demostraban devoción y fervor extraordinario. Esta devoción no se ha extinguido puesto que se celebra la fiesta del sagrado Nombre de María en varias Iglesias, en especial en la Orden de la Redención de los Cautivos, donde



se dice su oficio todos los sábados no ocupados de un oficio de nueve lecciones.

¿Si el venerable Nombre de María es digno de tanta veneración, cuánto más debemos honrar su divino Corazón?

La sexta, si la santa Iglesia a diario canta sin descanso, dirigiéndose al Hijo único de María: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron*, pues es imposible alabar y reverenciar lo suficiente sus sagradas entrañas que llevaron al Hijo del Padre eterno y su seno bendito que lo alimentó, ¿qué honor y que alabanzas deben tributarse a su dignísimo Corazón?

La séptima, si, según el deseo del apóstol, los corazones de los fieles son la mansión de Jesús y si el mismo Jesús nos asegura que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fijan su morada en los corazones que aman a Dios ¿quién se atreverá a dudar que la santísima Trinidad haya fijado su residencia de manera admirable e inefable en el Corazón virginal de la que es la Hija del Padre, la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo, y que ella sola ama a Dios más que todas las criaturas juntas? ¿Con cuánta devoción debe honrarse entonces este divino Corazón?

La octava, si debemos gratitud a los santos evangelistas por dejarnos por escrito en papel, la vida de nuestro redentor y los misterios de nuestra redención, ¿con cuánta mayor razón debemos ser gratos a su santísima Madre por



habernos conservado este preciosísimo tesoro en su Corazón maternal?

La novena, ¿no somos acaso pecadores desdichados que traspasamos ese Corazón inocentísimo, en el tiempo de la pasión del salvador, con mil y mil dardos de dolor con nuestros incontables pecados? ¿Cuánta obligación tenemos entonces de rendirle todo el honor que nos sea posible a fin de reparar en algo las angustias muy amargas que le causamos?

La décima, este Corazón admirable es la imagen perfecta del divino Corazón de Jesús. Es el ejemplar y el modelo de nuestros corazones, y la felicidad, perfección y gloria de nuestros corazones consiste en hacer que sean otras tantas imágenes vivas del sagrado Corazón de María, así como este santo Corazón es copia cumplida del Corazón adorable de Jesús. Es por tanto muy provechoso y bueno exhortar a los cristianos a la devoción del Corazón muy augusto de la reina del cielo. Como la soberana devoción es imitar lo que honramos, dice san Agustín, ¿quién no percibe que exhortar a los fieles a la devoción del amabilísimo Corazón de la Madre de Dios invitarlos a imitar las virtudes muy eminentes de que está adornado, grabar su imagen en sus corazones y hacerse dignos hijos de tal Madre?

Undécima, no sólo el Corazón de la Madre del Salvador es prototipo y ejemplar de nuestros corazones; además es la



soberana dama del universo y por tanto también su Corazón es el rey de todos los corazones que han sido creados para amar a Dios, después al Corazón adorable de Jesús. Por consiguiente todos los corazones deben mirar e imitar el Corazón de María como su modelo; están obligados también a tributarle, como a su soberana, todos los homenajes debidos.

Duodécima, consideren finalmente todas las calidades y perfecciones del Corazón incomparable de la Madre de amor contenidas en las letanías, himnos y cánticos de este mismo Corazón. Los encontrarán al final de este libro undécimo. Son otras tantas razones de alabar, honrar y amar a este Corazón digno de toda alabanza y amor.

## **CAPÍTULO II**

### ***Doce medios de honrar el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen***

Por todo lo dicho anteriormente se ve bien que la devoción al santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen es muy sólida y fundamentada. Que por tanto nos sentimos deudores, por infinidad de razones, de rendirle honor y veneración especiales. Hablemos ahora de los medios más



indicados y convenientes para hacerlo. Son doce principales.

Primero. Si deseas dar gran contento a este Corazón virginal, muy preocupado por tu salvación, escucha y haz lo que Nuestro Señor te dice: *Hijo, dame tu corazón* (Prov. 23, 26). Y también: Conviértete a mí de todo tu corazón (Joel 2, 12). Toma, pues, fuerte y verdadera decisión de cumplir la promesa que hiciste a Dios en tu bautismo, a saber, renunciar por entero a Satán y a sus obras que son el pecado, y a las vanidades de Satán, es decir el mundo, y de seguir a Nuestro Señor en su doctrina, costumbres y virtudes. Y con el fin de convertirte a Dios no solo de corazón sino de todo tu corazón, concibe gran deseo (y pide la gracia de cumplirlo), de convertir y dirigir todas las pasiones de tu corazón a su divina Majestad, poniéndolas al servicio de su gloria. Por ejemplo, la pasión del amor amando solo a Dios y a tu prójimo en Dios y para Dios; la pasión del odio aborreciendo sólo el pecado y cuanto lleva a él; la pasión del temor no temiendo más en este mundo que desagradar a Dios; la pasión de la tristeza, no acongojándote sino por las ofensas que has hecho a Dios; la pasión del gozo, poniendo toda tu alegría en el servicio y el amor de Dios y en seguir su santísima voluntad en todo y por todo. Y así de las demás pasiones.



Segundo. Para que nuestro salvador sea el dueño único de tu corazón escucha y practica estas santas palabras: *Ten en tu corazón los mismos sentimientos del Corazón de María* (Cf Fp 2, 5). Son cinco principales

1. Gran sentimiento de horror y abominación a toda clase de pecado.
2. Gran sentimiento de odio y desprecio del mundo corrupto y de cuanto le pertenece.
3. Profundo sentimiento de bajísima estima, e incluso desprecio y aborrecimiento, de ti mismo.
4. Profundo sentimiento de aprecio, respeto y amor de lo que es de Dios y de la Iglesia.
5. Gran sentimiento de veneración y afecto a la cruz, es decir, a las privaciones, humillaciones, mortificaciones y sufrimientos. Son ricos tesoros del cristiano en este mundo según el oráculo del cielo: *Experimenta gozo grande cuando te sobrevengan las diversas tentaciones*, para decir con san Pablo: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (Sant 1, 12; Ga 6, 14).

Tercero. Una de las más benéficas e importantes maneras de honrar el dignísimo Corazón de la reina de las virtudes es empeñarse en imitar e imprimir en el corazón una imagen viviente de su santidad, bondad, mansedumbre, humildad, pureza, devoción, sabiduría, prudencia, paciencia,



obediencia, vigilancia, fidelidad, amor y de sus demás virtudes.

Cuarto. Entrega a menudo tu corazón a esta reina de los corazones consagrados a Jesús, y suplícale que tome entera posesión de él para entregarlo totalmente a su Hijo y que grave en él los sentimientos precedentes, lo adorne con las virtudes mencionadas, y lo haga según el Corazón del Hijo y de la Madre.

Quinto. Asistir a los pobres, a las viudas, huérfanos y extranjeros, proteger a los indefensos, consolar a los afligidos, visitar a los enfermos y prisioneros y practicar otras obras parecidas de misericordia: todo esto es del agrado del Corazón muy misericordioso de la Madre de gracia.

Sexto. La mayor felicidad que se pueda dar al Corazón sagrado de María, del todo encendido de amor a las almas que costaron la preciosa sangre de su Hijo, es trabajar con entusiasmo y amor en su salvación. Pues si los corazones de los ángeles y de los santos que hay en el cielo se regocijan cuando un pecador se convierte en la tierra, el Corazón de la reina de los ángeles y de los santos recibe por ello más gozo que todos los habitantes del cielo juntos, pues tiene más amor y caridad que todos los ángeles y los hombres.

Séptimo. Tener especial devoción a los santos que tienen particular relación con el muy amable Corazón de la Madre de Dios. De ellos hicimos mención en el libro octavo, en el capítulo tercero.



Octavo. Recuerda que ya dijimos que nuestro Salvador nos dio su divino Corazón junto con el santísimo Corazón de su bienaventurada Madre como ejemplar y norma de nuestra vida. Estudia cuidadosamente esta norma divina para seguirla fielmente.

Noveno. No sólo nuestro salvador nos dio su divino Corazón, con el santo Corazón de su bienaventurada Madre, como norma sino también para ser nuestro Corazón. Como miembros de Jesús e hijos de María no solo tenemos un solo Corazón con nuestra adorable cabeza y nuestra divina Madre sino que hacemos todas nuestras acciones con el Corazón de Jesús y de María, es decir, unidos a las santas intenciones y disposiciones con las que Jesús y María hicieran las suyas. Para ello, pon sumo cuidado, al menos al comenzar tus acciones principales, en renunciar por entero a ti mismo y entrégate a Jesús para unirte a su divino Corazón que es uno solo con el de su santa Madre, y para entrar en el amor, la caridad, humildad y santidad de ese mismo Corazón y hacer así todas tus cosas con las disposiciones de que estuvo lleno.

Décimo. Rendir cada día algún honor especial a este Corazón real de la soberana Dama del universo mediante alguna acción de piedad o alguna oración hecha con esta intención, a imitación del beato Herman, de la Orden de Santo Domingo, de quien ya hablamos. Decía él todos los



días un *Ave María* para saludar este Corazón amabilísimo. Puedes servirte también con este propósito de una Salutación a este mismo Corazón que encuentras al final de este libro undécimo, junto con varios himnos, cánticos, letanías y un rosario en honor y alabanza de este Corazón virginal, que puede recitar algunas veces según tu sentir.

Pero cuando, a ejemplo de este santo religioso, digas cada día sino un *Ave María* en honor del Sagrado Corazón de la Madre de Dios, harás algo muy del agrado de este Corazón sagrado, y al tiempo muy benéfico para ti, pues según decía el gran Suárez, ese milagro de ciencia y piedad, que preferiría perder toda su ciencia a perder el mérito de una sola *Ave María*.

Undécimo. En todas tus ocupaciones, necesidades, perplejidades, y aflicciones recurre a este Corazón muy benigno, como a tu refugio en tus apremios. Es asilo, fortaleza y salvaguardia que Dios te ha dado para ponerte al abrigo en medio de todas las desdichas de que estamos rodeados en este valle de lágrimas, lugar triste de nuestro destierro. Ciertamente, este Corazón muy bueno y bondadoso es en verdad *Consuelo y solaz de nuestro destierro*. Todo el que recurra a él respetuoso y confiado sentirá los efectos maravillosos de su bondad incomparable.

Hay más amor por nosotros en el Corazón maternal de nuestra muy caritativa Madre que en todos los corazones



de los padres y madres que han existido, existen y existirán. Está atento siempre por nosotros hasta en los mínimos detalles que nos incumben. Es Corazón lleno de benignidad, dulzura, misericordia y largueza. Jamás nadie que haya invocado a esta Madre de bondad, con humildad y confianza se ha marchado sin consuelo.

Es Corazón lleno de sabiduría y luces. Conoce muy bien cuanto necesitamos, y lo que nos es conveniente. Es Corazón muy generoso, fuerte y poderoso para combatir a nuestros enemigos, rechazar y destruir cuanto nos es contrario. Alcanza de Dios cuanto se le pide y nos colma de toda clase de bienes.

Finalmente, es el Corazón de nuestra gran reina, de nuestra muy buena hermana, de nuestra Madre amabilísima. A ella se ha dado todo poder en cielo y tierra y tiene entre sus manos todos los tesoros de su Hijo muy amado para distribuirlos, *a quien quiere, cuando quiere y como quiere*, como dice san Bernardo.

Duodécimo. Honrar el divino Corazón de la Madre del Salvador y celebrar su fiesta, mejor, sus fiestas, con especial devoción. Digo sus *fiestas* porque existen varias fiestas de este Corazón muy augusto de nuestra reina.

La primera es la que se celebra en la Congregación de Jesús y María y en varios otros lugares el ocho de febrero, y en otras varias comunidades e iglesias el primero de junio.



La segunda es la fiesta de los deseos muy ardiente de este Corazón virginal referentes al nacimiento de nuestro Salvador. Se llama la fiesta de la Expectación y se celebra en muchos lugares el 18 de diciembre.

La tercera es la fiesta de Los Dolores del sagrado Corazón de la Madre de Jesús que se celebra el viernes de la pasión de este mismo salvador.

La cuarta es la fiesta de la resurrección de este mismo Corazón de la Madre del redentor, que resucitó en la resurrección de su Hijo: *Revivió su espíritu*. Fue entonces colmado de la mayor alegría que pueda imaginarse cuando su Hijo muy amado la visitó después de su resurrección. Esta fiesta se celebra con el nombre de la *Aparición de Jesús resucitado a su santísima Madre*, y tiene lugar el primer día libre después de la octava de Pascua.

La quinta es la fiesta de los Gozos de este mismo corazón el 8 de julio.

00Ahí tienes cinco fiestas de este amable corazón. Hay sin embargo varias otras pues todas las fiestas de la bienaventurada Virgen otras tantas fiestas de su sagrado Corazón.

La fiesta de su Concepción inmaculada celebra la creación y formación de su santísimo Corazón, formado por la omnipotente mano de Dios, colmado de gracia y amor desde el primer instante de su formación.



La fiesta de su Natividad es la fiesta del nacimiento de su Corazón. En ese día comenzó a vivir de una vida más santa que todas las vidas que había entonces el en cielo.

La fiesta de la Presentación es la dedicación solemne y pública de su Corazón al amor eterno que es Dios mismo.

La fiesta de su matrimonio angélico con san José es la fiesta del divino matrimonio de los dos más santos Corazones entre todas las puras criaturas, de dos Corazones vírgenes, unidos tan estrechamente que no forman sino un corazón, del cual Dios recibe más amor que de todos los corazones de los serafines juntos.

La fiesta de su Anunciación es la fiesta de los grandes milagros del Corazón maravilloso de esta Madre admirable. En ese día se convierte en abismo de maravillas. Suceden acontecimientos grandes y maravillosos por encima de todos cuantos han acontecido y acontecerán luego; es el mayor y más digno de admiración en los siglos pasados y en los que vendrán.

La fiesta de la Visitación es la fiesta de los oráculos de su Corazón. Están contenidos en su cántico del *Magnificat*. Brotaron en ese día de su Corazón bienaventurado lleno del Espíritu Santo.

La fiesta de su divino y virginal alumbramiento es la fiesta de los éxtasis de su Corazón, del todo fascinado y embelesado de gozo y amor a su amable niño. Lo tenía ante



sus ojos, lo sostenía en sus brazos, lo abrazaba tiernamente, lo besaba amorosamente, lo apretaba en su purísimo seno y le daba la sagrada leche de sus pechos virginales.

La fiesta de su Asunción es la fiesta de los triunfos de su Corazón. Fiesta de la perfectísima e íntima unión de su Corazón con el Corazón de la santísima Trinidad; la fiesta de la glorificación y coronación de su Corazón en calidad de rey de todos los corazones.

Todas estas fiestas y las demás son fiestas del santísimo Corazón de la reina de los corazones, pues es, como lo hemos dicho repetidamente, fuente y origen de todo cuanto hay de grande, santo y admirable en cada una de estas fiestas. Por consiguiente, la fiesta del divino Corazón de la Madre de Dios, la del 8 de febrero, encierra las otras fiestas de esta divina Madre, pues es la fiesta de su Corazón. Hablando en términos radicales esta fiesta es el principio de toda su santidad, de sus santas virtudes, de todos sus misterios, glorias y grandezas que posee eternamente en el cielo; *Toda la gloria de la hija del rey viene de su interior* (Salmo 45, 14).

Concluye entonces cuán grandes y maravillosas cosas se encierran en esta santa solemnidad del Corazón admirable de la reina de los ángeles y con cuánta piedad debe ser celebrada.



Añade además a estos medios la meditación de las virtudes, de las excelencias, de las maravillas contenidas en el Corazón admirable de la Madre del Salvador. Es magnífico medio para estimularte a amarlo y honrarlo.

Enseguida encuentras buen número de meditaciones. Puedes usarlas en la fiesta y la octava de este divino Corazón y en otras ocasiones.

## MEDITACIONES

*Para la fiesta del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen*

*Preparación en la víspera*

*Primer punto*

Consideremos que todas las fiestas que se celebran en la Iglesia son fuentes de gracias, especialmente las de nuestro Señor y las de su bienaventurada Madre. Entre las fiestas de esta Madre admirable la de su muy sagrado Corazón es como el corazón y la reina de las demás. Porque el corazón es la sede del amor y la caridad, y esta es la reina de todas las otras virtudes y la fuente de todas las gracias. Por esto esta solemnidad es océano de gracias y de bendiciones no



para toda clase de personas sino solo para las que se disponen a recibirlas. Porque nuestro Señor habiéndolas adquirido a precio de su sangre con infinitad de tormentos hizo de ella algo que le es infinitamente querido y precioso. Por esta razón quiere que tengamos también gran estimación y veneración muy singular a estas gracias y por tanto aportemos atención y diligencia particular a prepararnos a recibir las que el Señor nos quiere dar en esta gran solemnidad para hacer buen uso de ellas y celebrarla debidamente. Con este fin hagamos lo que sigue.

Primero, humillémonos infinitamente reconociendo que somos del todo indignos de participar en esta santa fiesta. Primeramente porque es fiesta de un Corazón del todo encendido en el fuego del divino amor que pertenece más a los serafines que a hombres pecadores como nosotros; esta condición de pecadores nos debe abismar en profunda humillación. Segundo, somos además infinitamente indignos de participar en las bendiciones y gracias de esta fiesta por el mal uso que hemos hecho de las que Dios nos ha dado en ella y por los obstáculos que hemos aportado a las que nos hubiera dispensado; humillémonos, pues, ante Dios muy profundamente a la vista de verdades tan evidentes.

*Segundo punto*



Preparémonos para esta solemnidad entrando con el deseo intenso de celebrarla santamente y apartemos de nosotros todo cuanto desagrada a nuestro Señor y a su santísima Madre. Para este fin pongamos gran cuidado de hacer un serio examen sobre todas las faltas de pensamiento, afecto, palabra y obra de las facultades de nuestras almas y de todos los sentidos interiores y exteriores para humillarnos por ellas, pedir el perdón a Dios, confesarlas fielmente y corregirnos de ellas.

### *Tercer punto*

Para celebrar debidamente esta fiesta del Corazón sagrado de la Madre del amor hermoso, es poco o mejor nada, si empleamos solamente todos los afectos de nuestro corazón. Apliquemos a ella todos los corazones del cielo y la tierra, en cuanto es posible. En efecto, el Espíritu Santo por boca de san Pablo nos asegura que todo nos pertenece: *todo es de ustedes* (1 Cor 3, 21), y nuestro Padre celestial nos dio todo al darnos a su Hijo: *con él nos lo dio todo* (Ro 8, 32). Tenemos derecho por tanto de hacer uso de todos estos corazones como de algo nuestro, para celebrar las alabanzas del bienaventurado Corazón de nuestra divina Madre.



Debemos en especial pedir a nuestros ángeles de la guarda y a todos los demás ángeles especialmente a los serafines, que, junto con los santos patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y todos los santos, en especial a los santos sacerdotes y levitas y a todos los santos que han tenido devoción especial al Corazón sagrado de la reina del cielo, unan nuestros corazones con los suyos y nos hagan partícipes de su devoción a esta gran princesa; que empleen todas sus fuerzas para ayudarnos a celebrar dignamente esta amable solemnidad, en cuanto es posible a la humana flaqueza. Sobre todo ofrezcamos y entreguemos nuestros corazones, nuestros cuerpos y almas, y cuanto somos, al amor infinito del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, al amor de la Madre del Salvador; y supliquémosles que nos asocien con ellos a este divino amor y nos preparen para celebrar esta fiesta de la manera que les sea más agradable.

*Jaculatoria.* Dispuesto esta mi corazón, Dios de mi corazón, dispuesto esta mi corazón



## **MEDITACIÓN**

*Para el día de la fiesta  
del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen*

*Contenido de esta fiesta*

*Primer punto*

Consideremos atentamente cual es el contenido de esta solemnidad. Es el Corazón sagrado de la reina del cielo y de la tierra; el Corazón de la soberana emperatriz del universo; el Corazón de la hija única del amadísimo Padre eterno; el Corazón de la Madre de Dios; el Corazón de la esposa del Espíritu santo; el Corazón de la bondadosa madre de todos los fieles. Es el Corazón más digno y noble, augusto y generoso, magnifico y caritativo, el más amable, amado y amante de los corazones de las puras criaturas. Es un Corazón encendido en amor a Dios y del todo inflamado en caridad a nosotros, merecedor de tantas fiestas como ha producido de actos de amor a Dios y de caridad a nosotros. Añade a esto también el divino Corazón de Jesús que no tiene sino un Corazón con su amadísima Madre en unidad de espíritu, de afecto y de voluntad. Añade además los corazones de los ángeles y de los santos que no tienen sino un solo corazón entre sí, y con su Padre y su Madre.



Este es el contenido de esta fiesta muy grande y admirable que merece veneraciones y alabanzas infinitas. Abriga gran deseo de celebrarla con toda la devoción que te sea posible.

### *Segundo punto*

Considera que esta fiesta es día de gozo extraordinario para nosotros pues el Corazón de nuestra divina Madre nos pertenece por cuatro títulos:

1. Nos pertenece porque el Padre eterno nos lo ha dado.
2. Nos pertenece porque el Hijo de Dios nos lo ha dado.
3. Nos pertenece porque el Espíritu santo nos lo ha dado.
4. Nos pertenece porque ella misma nos lo ha dado.

Consiguientemente el Corazón de Jesús y los corazones de los ángeles y los santos nos pertenecen porque todos esos corazones hacen uno solo corazón que es del todo nuestro.

¡Oh, que tesoro! ¡Qué dicha y qué provecho para nosotros! ¡Oh cuán ricos somos! ¡Qué motivo de gozo y de arrobamiento para nosotros!

Querido Jesús mío, ¿qué te voy a dar por tantos favores como recibo de continuo de tu infinita bondad y de la



caridad incomparable de tu sacratísima Madre? Te ofrezco mi corazón. Él te pertenece por infinidad de títulos. Pero ¿qué es ofrecerte el corazón de una nada? Te ofrezco los corazones de todos los ángeles y de todos los santos. Pero todavía es muy poco comparado con el tesoro inmenso que me has dado al darme el Corazón de tu santa Madre. Te ofrezco ese mismo Corazón. Él te es más agradable que todos los corazones del universo. Pero esto no es suficiente para cumplir enteramente mis obligaciones. Te ofrezco tu Corazón adorable del todo encendido en amor inmenso e infinito a ti y a tu divino Padre.

Reina de mi corazón, te ofrezco también el corazón muy amable y todo el amor de tu Hijo en acción de gracias por el tesoro inestimable que me has dado al darme tu Corazón maternal.

### *Tercer punto*

¿Qué pasaría si un gran rey nos ofreciera sus tesoros llenos de oro y piedras preciosas y nos diera el poder de tomar cuanto quisiéramos? Esto sería nada comparado con el don infinitamente rico que el Rey de reyes nos ha hecho al darnos el muy amable Corazón de su gloriosa madre. ¿Qué pasaría si un santo Papa nos diera a escoger entre todas las preciosas reliquias que hay en la ciudad de Roma?



Sería favor muy considerable. Pero poca cosa comparado con la gracia indecible con que nuestro Salvador nos ha honrado al darnos el Corazón de la reina de todos los santos. ¿Qué pasaría si nuestro Salvador nos quitara este corazón de carne que palpita en nuestro pecho y en su lugar nos diera a cada uno un corazón seráfico? Sería mucho pero el don que nos ha hecho al darnos el Corazón admirable de su bienaventurada Madre es infinitamente más noble y precioso.

Salvador mío, que todos los corazones de los hombres y de los ángeles se dediquen a alabarte y amarte eternamente por este favor incomprensible. Madre de mi Dios, que todas las criaturas del universo se conviertan en lenguas y corazones que te bendigan y te amen incesantemente. ¡Oh madre de amor, ya que me has dado tu Corazón toma entera posesión del mío para sacrificarlo por entero al puro amor y a la sola gloria de tu Hijo bienamado!

*Jaculatoria.* Gracias infinitas se den a Jesús y María por el don inerrable de sí mismos



## MEDITACIÓN

*Para el segundo día de la octava*

*El santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen  
es imagen viviente del corazón adorable del padre eterno*

*Primer punto.*

Considera y honra el Corazón sacratísimo la bienaventurada Virgen como vivo retrato e imagen perfecta del Corazón adorable del Padre eterno. Porque como el Corazón divino del Padre de Jesús es la primera fuente de la encarnación y del nacimiento de su hijo en la tierra, también el santísimo corazón de la Madre de Jesús es su segundo principio; pues como el amor del Padre de las misericordias lo impulsó a enviar a su Hijo a este mundo y a hacer que naciera en la tierra para salvación de los hombres, así el amor muy puro y ardiente del que el Corazón virginal de la Madre de gracia, inflamado en amor a Dios y así nuestras almas, arrebató al hijo de Dios del seno de su Padre y lo hizo descender a sus benditas entrañas para que naciera en este mundo para la obra de nuestra salvación.

Como Jesús es el primer fruto del corazón adorable de su Padre, es también el primer fruto del Corazón muy amable de su Madre. Pues María, como dice san Agustín, lo



concibió en su corazón antes de concebirlo en su vientre; en efecto se hizo digna de concebirlo en sus entrañas, por haberlo concebido antes en su corazón, por la humildad, la pureza, el amor y la caridad de este mismo corazón. Esta Madre admirable formó y llevó a su hijo Jesús en su corazón más santamente y por más tiempo antes que en su vientre, pues la santidad de sus benditas entrañas se origina en la caridad de su Corazón. Ella lo llevó en su vientre por espacio de nueve meses solamente, pero lo llevó siempre y lo llevará eternamente en su Corazón; el Salvador en cierto modo es por tanto más fruto de su Corazón que fruto de su vientre.

¡Oh prodigio maravilloso! Este Corazón sin igual es, entre las puras criaturas, la más excelente obra de la omnipotente bondad de Jesús; y por milagro incomprensible este mismo Jesús es la obra maestra del Corazón de María; ella, con su humildad y su amor lo sacó del seno adorable de su Padre, donde había nacido desde toda eternidad, para hacerlo nacer en el seno virginal de su Madre en la plenitud de los tiempos. Resulta por consiguiente que como el Hijo único de Dios ha sido siempre y será eternamente el único objeto del amor y de la complacencia de su Padre así el hijo único de María ha sido y será siempre el centro de todos los afectos de su Corazón maternal.

¡Oh Corazón admirable, como entre todos los corazones, fuiste el primero en atraer al Verbo eterno del seno adorable de su Padre al seno virginal de su Madre, eres también el primero que has sido digno de recibirlo, al



salir del seno de su Padre al venir a este mundo para la obra de nuestra salvación! ¡Oh, cuanta obligación tenemos de alabarte y honrarte! ¡Alabanzas eternas te sean dadas por todas las criaturas!

### *Segundo punto*

Considera además que el Corazón santo de la bienaventurada Virgen es la imagen viviente del Corazón adorable del Padre eterno. El Hijo de Dios habitará para siempre y vivirá eternamente en el Corazón de su Padre, así permanecerá y vivirá siempre en el Corazón de su Madre. El Corazón de su Padre es paraíso de delicias, de amor y gloria para él; el Corazón de su Madre es un cielo, y el cielo del cielo, en el que, en cierto modo, es infinitamente más amado y más glorificado como nunca lo ha sido ni será en el cielo empíreo.

Además como el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo nos dio a su Hijo muy amado en la encarnación, y nos lo da cada día en el Santísimo Sacramento en exceso de su amor paternal, así la Madre de las misericordias y de todos los consuelos nos dio a su amado Jesús como consecuencia de su nacimiento y nos lo da continuamente por la santa eucaristía por la abundancia de la caridad de su Corazón maternal. Digo que ella nos lo da en la santa eucaristía porque siendo solo uno con él, por



la unidad de la mente, de amor y voluntad, ella quiere todo lo que él quiere y hace todo lo que él hace.

Finalmente este Padre divino hace en el Corazón sagrado de su amadísima Hija, la Virgen gloriosa, lo que él ordena hacer a todas las almas fieles con estas palabras: *Ponme como un sello en tu corazón* (Cantar 8, 6). Él imprime con su propia mano una semejanza perfecta de las divinas cualidades de su Corazón en el Corazón de esta misma Virgen. Por ello este Corazón virginal es imagen perfecta de la santidad, sabiduría, fortaleza, bondad, misericordia, benignidad, amor, caridad y todas las demás perfecciones del Corazón adorable del Padre celestial.

¡Oh Corazón admirable del rey de los corazones, que todos los corazones de los hombres y de los ángeles te bendigan, alaben, y amen eternamente por haber impreso esta semejanza en el Corazón de la reina de mi corazón! ¡Oh Corazón admirable de mi divina Madre, cuánto gozo al verte tan noble, regio, santo, perfecto y semejante al soberano de todos los corazones! ¿Oh sacratísima Madre de Dios, no eres tú mi verdadera Madre y no soy yo tu pobre hijo, aunque infinitamente indigno, y el corazón del hijo no debe ser semejante al de la madre? Sin embargo tú ves la falta de semejanza del tuyo y del mío. ¡Oh madre de misericordia, apiádate de mí desdichado! Te ofrezco y te doy por entero mi pobre corazón. Te suplico por todas las



bondades de tu Corazón maternal que destruyas totalmente en el corazón de tu indigno hijo cuanto te desagrade, y graba en él una imagen perfecta de las santas cualidades del sagrado Corazón de su muy venerada Madre.

*Jaculatoria.* Jesús, fruto del corazón de María, ten compasión de nosotros.

## **MEDITACIÓN**

*Para el tercer día de la octava*

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es un Corazón con el Corazón del Padre eterno;  
y espejo del Corazón de Jesús  
y con él es también un solo Corazón*

### *Primer punto*

Considera que no solamente el Corazón sagrado de la gloriosa Virgen es vivo retrato del Corazón del Padre eterno sino que además el Corazón de esta preciosa Virgen es un Corazón con el del Padre de las vírgenes; uno, digo, no por unidad de naturaleza o esencia sino por unidad de espíritu, voluntad, amor y afecto. El Corazón de la Madre de Jesús



jamás tuvo otro espíritu ni otra voluntad, ni otros afectos que el Corazón del Padre de Jesús. Llegó a esta unión, o mejor a esta unidad, por tres medios: 1. Por entera separación de todo pecado. 2. Por perfecto desprendimiento del mundo, del amor propio y de todas las cosas. 3. Por amor muy ardiente a la divina voluntad, y por pronta y cordial sumisión y abandono a todos sus designios y todas sus órdenes.

¡Oh mi muy buena Madre, me regocijo infinitamente al contemplar tu dichoso Corazón, unido y transformado al Corazón adorable del Padre celestial. Le doy gracias infinitas. ¡Oh mi poderosa reina, yo te doy mi corazón; imprime en él una participación del odio infinito que tienes al pecado; rompe los lazos y destroza las cadenas de este pobre esclavo; desátalo enteramente del mundo, de su propia voluntad y de todo lo que disgusta a Dios; entrégalo a la divina voluntad y ruégale que establezca en él su reino, del todo y para siempre, a fin de que a tu imitación, yo no tenga sino un espíritu, una voluntad y un corazón con mi amabilísimo Padre.

### *Segundo punto*

Considera que el Corazón del Madre del Salvador es como un divino espejo en el que su Hijo muy amado ha



reproducido y representado de manera muy excelente todas las virtudes que reinan en su divino Corazón. De manera que quien pueda ver el Corazón de la reina de los ángeles, como lo ven ellos, descubriría en él una imagen viva y perfecta del amor, la caridad, la humildad, la obediencia, la paciencia, la pureza, del desprecio del mundo, del odio al pecado y de todas las demás virtudes del muy adorable Corazón de Jesús.

Dale gracias con todo lo que eres; ofrécelo a la bienaventurada Virgen y ruégale instantemente que haga que, como su Corazón es un retrato vivo del Corazón de su Hijo Jesús, el tuyo sea también imagen del suyo. Por tu parte concibe gran deseo de mirar este Corazón virginal como un hermoso espejo en el que puedas poner los ojos para ver los defectos de tu alma a fin de borrarlos, e imprimir en tu corazón, mediante cuidadosa imitación todas las virtudes que relucen en el Corazón precioso de tu divina Madre, en especial la humildad, la obediencia y la caridad. Todo el honor, la perfección y la gloria de nuestros corazones consisten en hacer que sean imágenes vivas del santísimo Corazón de Jesús y de María.

*Tercer punto*



Si bien el Corazón de Jesús es diferente del de María y lo sobrepasa infinitamente en excelencia y santidad, Dios ha unido tan estrechamente esos dos Corazones que se puede decir con verdad que no son sino un solo Corazón: porque están siempre animados de un mismo espíritu y llenos de los mismos sentimientos y afectos. Si san Bernardo dice que él no tiene sino un corazón con Jesús, y si añade que los primeros cristianos no tenían sino un corazón y un alma por la muy íntima unión que existía entre ellos, cuanto más puede decirse que Jesús y María no tienen sino un alma y un Corazón, habida cuenta de la perfectísima unión y conformidad de espíritu, voluntad y sentimiento que hay entre tal Hijo y tal Madre. Añade a esto que Jesús de tal manera vive y reina en María que es el alma de su alma, el espíritu de su espíritu y el Corazón de su Corazón. Puede pues decirse que el Corazón de María es Jesús; y así honrar y glorificar el Corazón de María es honrar y glorificar a Jesús.

¡Oh Jesús, Corazón de María, sé el Corazón de mi corazón! ¡Oh María, Madre de Jesús, haz, te ruego, que por tu intercesión yo no tenga sino un corazón con tu Hijo amadísimo y contigo.

*Jaculatoria.* ¡Quién me diera que mi corazón con el Corazón de Jesús y de María fueran para siempre un solo Corazón!



## **MEDITACIÓN**

*Para el cuarto día de la octava*

*Razones que nos deben animar a honrar*

*El santísimo corazón la bienaventurada virgen*

### *Primer punto*

Consideremos que Dios nos ha dado la fiesta del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen a fin de que le rindamos en este día todos los homenajes de respeto, honor, y alabanza que nos sea posible. Para enfervorizarnos en este deseo consideremos las razones que nos mueven hacerlo.

La primera es que debemos honrar y amar lo que Dios ama y honra, y todo aquello por lo que es amado y glorificado. Después del Corazón adorable de Jesús no ha habido nunca y no habrá jamás un Corazón, en el cielo y en la tierra, que haya sido amado y honrado por Dios y que le haya dado tanta gloria y amor, como el Corazón dignísimo de María, Madre del Salvador. Es el más alto trono del amor divino que haya jamás existido y que haya de existir jamás. En este Corazón sagrado el divino amor tiene perfecto imperio, pues ha reinado siempre en él sin interrupción ni



impedimento y ha hecho reinar en él, con todas las leyes de Dios, las máximas del evangelio y las virtudes cristianas.

Este Corazón incomparable de la Madre del redentor es un cielo de gloria y un paraíso de delicias para la santísima Trinidad. Si, según el deseo del apóstol, los corazones de los fieles son morada de Nuestro Señor Jesucristo, y si este mismo Jesús nos asegura que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran en los corazones de los que aman a Dios, ¿quién puede dudar que la santísima Trinidad haya hecho siempre su morada en él, y haya establecido el reino de su gloria, de manera admirable e inefable, en el Corazón virginal de la que es la Hija del Padre, la Madre del Hijo, y la Esposa del Espíritu Santo, y que haya amado más a Dios ella sola que todas las criaturas juntas. Qué obligados estamos por tanto de honrar y amar este dignísimo y muy amable Corazón.

### *Segundo punto*

Tenemos una segunda razón que nos obliga muy particularmente. Está indicada en estas palabras del Espíritu Santo: *toda la gloria de la Hija del rey está en su interior* (Sal 45,14). Toda la gloria, la gracia, la santidad y todo cuanto hay de grande y honorable en la reina del cielo tiene origen en su interior y en su Corazón, pues por su humildad



muy profunda, por su pureza incomparable, y por el amor ardentísimo de su Corazón virginal esta Virgen de las vírgenes cautivó el Corazón del Padre eterno, que es su Hijo único. Lo atrajo a su Corazón y a sus entrañas; y por consiguiente Dios la elevó a la dignidad muy sublime de Hija mayor del Padre, de Madre del Hijo y de Esposa del Espíritu Santo, de santuario de la santísima Trinidad y de soberana Señora del universo, y nos la dio para ser nuestra Madre y soberana.

Por esta razón debemos honrar a esta sacrosanta Virgen no solo en alguno de sus misterios o alguna de sus acciones o cualquiera de sus cualidades, ni siquiera en su dignísima persona, sino que tenemos que honrar primera y principalmente en ella la fuente y el origen de la dignidad y de la santidad de todos sus misterios, de sus acciones y cualidades, y de su persona misma, es decir, de su amor y caridad, porque el amor y la caridad son la medida del mérito y el principio de toda santidad.

El amor y la caridad de este Corazón, lleno de amor y caridad, santificó todos los pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos de la santísima Madre del Salvador; santificó también su memoria, su entendimiento, su voluntad y todas las facultades de la parte superior e inferior de su alma; adornó toda su vida interior y exterior con maravillosa santidad; la colmó en grado soberano de



todas las virtudes, dones y frutos del Espíritu Santo; hizo sagradas sus entrañas y sus pechos benditos para llevar y alimentar al que lleva todo el mundo y es la vida de todos los vivientes; la exaltó en el cielo por encima de todos los serafines, y la estableció en un trono de gloria, grandeza, felicidad y poder incomparable y proporcionado a su dignidad infinita de Madre de Dios. Añade a esto que este Corazón muy benigno es fuente inagotable de dones, gracias, favores y beneficios para quienes aman a esta Madre del amor hermoso y honran con devoción su amabilísimo Corazón. Finalmente con este Corazón maternal de nuestra gran reina y muy buena Madre tenemos obligaciones infinitas en calidad y en cantidad, y no podremos jamás tributarle suficiente honor, alabanza y gloria.

*Jaculatoria.* Gracias infinitas inmensas y eternas al amantísimo Corazón de María.



## MEDITACION

*Para el quinto día de la octava*

*Otros motivos que nos obligan a honrar  
el santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen*

### *Primer punto*

Considera que este Corazón virginal de la Madre de Dios es el fiel depositario de todos los misterios y todas las maravillas que hay en la vida de nuestro Salvador, según testimonio de San Lucas: *Y su Madre conservaba todas estas palabras en su Corazón.* (Lc 2, 52) Es un libro viviente y un evangelio eterno. En él el Espíritu Santo escribió con letras de oro esta vida admirable. Debemos estudiar este libro de vida sin cesar, para aprender a conocer perfectamente y a amar ardientemente la belleza encantadora de todas las virtudes cristianas cuya práctica da la vida verdadera. Pero sobretodo debemos estudiar en él las excelencias maravillosas de la santa humildad, con los medios de practicarla, y de aplastar enteramente en nuestros corazones la maldita serpiente del orgullo y de la vanidad que hace estrago espantoso no solamente en las almas de los hijos de perdición sino aún en los corazones de los hijos de Dios.



Oh Madre de bondad, estamos muy obligados a horrar tu amabilísimo Corazón. En él nos conservas tesoros preciosos. Seas por ello bendita eternamente. Haz, por favor, que nuestros nombres estén escritos en este libro de vida, y que estudiemos en él cuidadosamente las hermosas verdades y las santas máximas que contiene.

### *Segundo punto*

¿Quién podría decir de qué manera este Corazón incomparable de la Madre de Dios estaba encendido de amor a su Hijo Jesús? ¿Y cómo estaba atento y vigilante para alimentarlo, vestirlo, conservarlo, y educarlo, a fin de dárnoslo como nuestro Salvador. Por esto le debemos incontables homenajes.

### *Tercer punto*

¿Quién podría contar los dolores muy violentos y las llagas muy sangrientas de que el Corazón de la Madre de Jesús fue lacerado durante toda su vida pero especialmente en el tiempo de la pasión de su Hijo, sobre todo cuando estuvo al pie de la cruz y allí fue atravesado por espada de dolor? Dice san Lorenzo Justiniano: *el Corazón de la Virgen*



*fue hecho espejo clarísimo de la pasión de Cristo e imagen perfecta de su muerte*<sup>633</sup>.

Entonces, dice Ricardo de San Lorenzo, Penitenciario de Ruan que vivió hace más de cuatrocientos años, que estas palabras se cumplieron respecto de este corazón virginal: *Toda llaga, tristeza de su Corazón*<sup>634</sup> (Sirá 25, 17); es decir que no quedó ninguna parte en el corazón de esta Madre afligida que no estuviera herida y traspasada por mil dardos de dolor. Nosotros hemos sido causa de todos los dolores por nuestros pecados. Por tanto deber nuestro es darle todo el honor y toda la gloria que nos sea posible a fin de reparar las angustias y suplicios que le causamos.

*Jaculatoria.* Por el Corazón amantísimo de tu santísima Madre, atravesado por dura espada de dolor, compadécete, Jesús, de nosotros.

## **MEDITACIÓN**

*Para el sexto día de la octava*

*Otras razones que nos obligan a tener especial veneración  
al bienaventurado Corazón de la Madre de Dios*

---

<sup>633</sup> Libde de triumphali agone Christi, cap. 21.

<sup>634</sup> De laudibus B. virginis. Lib.2. Partit. 2



### *Primer punto*

Considera que, según el muy devoto y sabio Gerson, el Corazón de la Madre del Salvador es como la zarza de Moisés, siempre ardiente por el fuego de una encendida caridad, que no se consume jamás; que es el verdadero altar de los holocaustos en el que el fuego sagrado del amor divino ha estado siempre encendido día y noche; y que el sacrificio más agradable a Dios y más provechoso al género humano, después del que nuestro Salvador ofreció de sí mismo en la cruz, es el divino holocausto que la sacratísima Virgen ofreció al Padre eterno en el altar de su Corazón, cuando sin número de veces y con tanto amor, le ofreció y sacrificó a este mismo Jesús, su Hijo único y amadísimo. Añadamos que fue sacrificado solo una vez en la cruz, pero que fue inmolado mil y mil veces en el Corazón de su santísima Madre, vale decir tantas veces como ella lo ofreció por nosotros al Padre eterno.

Oh altar divino, cuánta veneración mereces y cuántas alabanzas se te deben dar por todas la criaturas. Oh Madre de amor toma nuestros corazones y haz solo un holocausto y un sacrificio al Padre celeste, unido al de tu hijo único y amadísimo.

### *Segundo punto*



Cuánta veneración es debida a este Corazón de la Madre de Dios, principio de la vida humanamente divina y divinamente humana del Niño Jesús, mientras reposaba en sus sagradas entrañas. Durante el tiempo en que el niño está en el vientre de la madre, el corazón de la madre es la fuente de la vida del niño como de su propia vida, hasta el punto de que la vida del niño y la de la madre dependen de él. Qué respeto pues y cuantas alabanzas pertenecen a este Corazón sagrado de María, del que el niño Jesús quiso que su vida hubiera dependido por espacio de nueve meses. Alabanzas se den a este Corazón, principio de dos vidas nobles y preciosas, principio de la vida santísima de la Madre de Jesús y principio de la vida muy preciosa del Hijo de María; alabanzas, pues, a este Corazón que no solamente es principio de la vida del Niño Jesús sino también origen de la sangre virginal de que su humanidad sagrada fue formada en las entrañas de su Madre; a este Corazón, que por su calor natural formó y produjo la purísima leche de que se alimentó; a este Corazón, la parte más noble y venerable de ese cuerpo virginal, que dio un cuerpo al Verbo eterno, cuerpo que será eternamente objeto de las adoraciones y de las alabanzas de todos los espíritus celestes y bienaventurados; y a este Corazón finalmente, principio de nuestra cabeza y por consiguiente



principio de la vida de sus miembros, que siendo principio de la vida de nuestro Padre y de nuestra Madre es también principio de la vida de sus hijos. *Pueblos redimidos, alabad la vida dada por la Virgen.*

Oh Madre de bondad, que todos los corazones de los fieles bendigan y amen incesantemente tu corazón maternal. Oh Corazón muy amable de mi muy buena madre sé el Corazón de mi corazón, el alma de mi alma, y la vida de mi vida.

*Jaculatoria.* Oh María, vida, dulzura y esperanza mía carísima.

## **MEDITACIÓN**

*Para el séptimo día de la octava*

*Tres razones que nos obligan a honrar  
el sagrado Corazón de nuestra divina Madre*

*Primer punto*

Considera que este Corazón admirable es el templo muy augusto de la divinidad; templo construido por la mano del Todopoderoso; templo consagrado por la morada



continua del soberano Pontífice; templo dedicado al Amor eterno; templo que jamás fue profanado ni por ningún pecado, ni por la depravación del espíritu del mundo, ni por el amor desordenado de sí mismo o de cualquier otra cosa creada; templo adornado con las más resplandecientes virtudes y con las gracias más eminentes del Espíritu Santo; templo en el que, después del divino Corazón de Jesús, la Santísima Trinidad es más sublimemente adorada, glorificada y amada que en los demás templos materiales y espirituales que hay en el cielo y en la tierra; templo en que tu alma santa, oh Virgen gloriosa, estaba siempre retirada y recogida para ofrecer en él a Dios un sacrificio continuo de alabanzas, de honor y de amor muy excelente.

En este templo sagrado quiero adorar, bendecir y amar incesantemente contigo, unido a tu amor, a aquel que lo edificó y santificó para su gloria y que en él será eternamente glorificado más dignamente que en el cielo empíreo.

### *Segundo punto*

Considera que este Corazón maravilloso es el paraíso de delicias del nuevo Adán que es Jesús, y que es el verdadero árbol de vida plantado en medio de este paraíso en el que ni la serpiente, ni el pecado han entrado jamás, y



cuya puerta siempre ha estado fielmente vigilada no solo por un querubín sino por el Rey de los querubines y serafines. Oh, qué delicias hay para el Hijo único de María en este Corazón maternal que él amaba muy ardientemente como nunca las hay ni las habrá jamás en todos los corazones del paraíso; delicias cuando tu divino Hijo, oh Virgen bienaventurada residía en tus benditas entrañas y cuando al salir de ellas reposaba en tu regazo virginal, y tú estabas tan llena, penetrada y poseída de su Espíritu Santo y de su divino amor que embelesaba y absorbía en sí mismo todo tu espíritu, tu alma y tu Corazón.

Oh Madre de amor haz que no exista otro paraíso ni haya otras delicias en la tierra que no sean sino servir, honrar y amar a mi muy buen Jesús, Hijo de María, y a mi muy amable María, Madre de Jesús.

### *Tercer punto*

Considera que después del Corazón adorable de Jesús, soberano monarca del cielo y de la tierra, el Corazón augusta de la Madre del rey de los reyes es el rey eterno de todos los corazones que han sido creados para amar a Dios.



Están por tanto obligados a rendir los homenajes que le deben como a su soberano.

Oh Corazón real de mi divina reina, quiero reverenciarte y honrarte como al verdadero rey de mi corazón. Ejerce, pues, si te place, sobre este corazón muy indigno, tu poder soberano para destruir en él todo lo que te desagrada y para establecer en él perfectamente el reino de tu divino amor y de todas las demás virtudes que posees.

*Jaculatoria.* Viva y reine el Corazón de Jesús y María en mi corazón por siempre jamás.

## **MEDITACIÓN**

*Para el día de la octava*

*El Corazón de la Madre del amor hermoso  
es hoguera de amor y caridad*

*Primer punto*

Considera y honra al muy amable Corazón de la Madre del Salvador como una hoguera de amor a Dios.

Es hoguera de amor porque el pecado, el amor del mundo y el amor propio jamás tuvieron cabida en él y



siempre estuvo lleno e inflamado con los fuegos sagrados del amor divino.

Es hoguera de amor porque este santo Corazón jamás amó a nadie distinto de Dios, y lo que Dios quería que amara en él y por él.

Es hoguera de amor porque la bienaventurada Virgen amó siempre a Dios con todo su Corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Jamás hizo algo que no fuera por amor a Dios y con puro amor, pues nunca tuvo otra intención en todo lo que pensaba, decía y sufría que agradar a Dios. Hizo todo *con gran Corazón y ánimo ardiente*, con toda la perfección que le era posible para agradar a su divina majestad.

Es hoguera de amor porque quiso siempre lo que Dios quería y jamás quiso lo que él no quería; además porque siempre puso todas sus delicias y alegrías en la amabilísima voluntad de Dios.

Es hoguera de amor de tal manera ardiente, que todos los torrentes y diluvios de aguas de todos los sufrimientos indecibles que soportó no fueron capaces de apagar, ni de apaciguar el ardor de sus llamas muy ardientes.

Es hoguera de amor en la que el Espíritu Santo, que es todo fuego y todo amor, encendió su fuego divino desde el primer instante en que este Corazón virginal empezó a vivir, y nunca dejó de inflamarlo y de abrasarlo; lo hizo crecer sin



cesar, hasta el último suspiro de la vida de esta Madre de amor. Oh fuegos y llamas de esta santa hoguera, vengan a consumir nuestros corazones.

### *Segundo punto*

Considera que este Corazón de la Madre del amor hermoso es hoguera de amor en la que el Hijo único de Dios y el Hijo único de María, que es el fuego y el amor esencial, llamado en las Escrituras *fuego devorador* (Dt 4, 24), hizo siempre su morada y la hará eternamente. Juzga qué fuegos, qué llamas, qué ardores tuvo en el Corazón de su divina Madre en el cual nunca encontró obstáculo a sus designios. Ciertamente este Hijo amadísimo de María es en el Corazón de su dignísima Madre como hoguera inmensa de amor divino dentro de otra hoguera del todo abrasada del mismo amor; hoguera que lanza sus llamas a los corazones de los serafines para inflamarlos de más en más; e incluso al Corazón del Padre celestial, que es su Hijo amadísimo. Ella se lo arrebató, lo sacó de su seno paternal y lo atrajo a su seno virginal.

Oh santa hoguera, bienaventurados los que se acercan a tus sagrados fuegos. Más dichosos los que son devorados por tus celestes llamas. Muy dichosos los que se sumergen y se pierden en ella consumidos en sus divinas ascuas. Oh



hoguera de amor, difunde tus llamas por todo el universo a fin de se cumplan que lo deseos de mi Salvador cuando dijo *que vino a la tierra para encender fuego y que solo deseaba que ese fuego quemara los corazones de todos los hombres* (Lc 12,49); quien quiera, pues, quemarse en este fuego que se esfuerce por apagar en sí el fuego del amor del mundo y de sí mismo, que se afane por amar solo a Dios, amarlo con todo su corazón; hacer todas sus acciones y hacerlas muy bien por su amor, sin otra intención en todo que agradarle y poner todo su gozo en amarlo en su divina voluntad y en todo cuanto le suceda. Oh Madre de amor, haz por tus oraciones que todo esto se cumpla en nosotros.

### *Tercer punto*

Considera y honra el sagrado Corazón de la Madre de Jesús como una hoguera de caridad a los hombres.

Es hoguera de caridad en la que no entró jamás ningún pensamiento ni sentimiento contrario a la caridad. Es hoguera de caridad ardiente incluso a sus grandes enemigos. Por ellos ella sacrificó a su Hijo único y amadísimo, en el momento mismo en que lo masacraban cruelmente y que atravesaban su Corazón maternal con mil espadas de dolor. Es hoguera de caridad hacia sus hijos amadísimos. Los ama tan ardientemente que si el amor de



todos los padres y madres que hay y habrá se juntaran reunidos en un solo corazón apenas sería una chispa de esta ardiente hoguera de amor que enciende el Corazón de nuestra divina Madre.

Es hoguera tan ardiente de caridad y celo por la salvación de todos que de buen corazón hubiera sufrido todos los tormentos del infierno, mientras estuvo en este mundo para ayudar a salvar una sola alma. Si Moisés, san Pablo, santa Catalina de Siena y varios otros santos han tenido esta disposición cuanto más la tuvo la reina de todos los santos. Ella sola ha tenido más caridad a las almas que todos los santos juntos.

Demos gracias al Hijo de María por haber encendido en tal forma su Corazón con el fuego de la divina caridad hacia nosotros que arde en el suyo. Agradecemos a esta caritativa Virgen por todos los efectos de su caridad al género humano. Formulemos el deseo de imitar en cuanto nos sea posible la caridad de su muy buena Madre. Examinémonos sobre las faltas cometidas en el pasado para humillarnos y pedir a Dios perdón; ofrezcámosle el amabilísimo Corazón de la bienaventurada Virgen en reparación. Ofrezcamos también nuestro corazón a esta misma Virgen y supliquémosle que destruya en él todo lo que es contrario a la caridad, y que grabe en él una imagen perfecta de su caridad con sus amigos y con todas las almas.



*Jaculatoria.* Oh Corazón de Jesús y de María, hoguera de amor, en ti se sumerja para siempre nuestro corazón.

## OTRAS MEDITACIONES

*Sobre varias cualidades del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen*

### PRIMERA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es nuestro sol, nuestro tesoro y nuestro asilo*

#### *Primer punto*

Considera que nuestro buenísimo Salvador nos ha dado el Corazón muy benigno de su divina Madre como un divino sol para alumbrarnos en las tinieblas de la tierra, para calentarnos en las frialdades del invierno de esta vida mortal, para regocijarnos y consolarnos en las tristezas y dolores de las desdichas de este mundo, y para vivificarnos y fortificarnos en las flaquezas y debilidades de la fragilidad humana. ¡Gracias infinitas al Sol adorable de la eternidad que es Jesús por habernos dado este amable sol!



Oh Madre amorosa, ya que tu Hijo amadísimo nos ha dado tu Corazón maternal para ser nuestro sol, ilumina nuestras mentes con tus celestes resplandores, a fin de que conociendo perfectamente a este mismo Jesús le prestemos el servicio, el honor y el amor que le debemos; que conscientes del horror del pecado lo tengamos en abominación; que conociendo el mundo nos desapeguemos de él; y que conociéndonos a nosotros mismos nos tengamos en menos. Haz que seamos partícipes de los celestes fuegos de tu santa caridad para que amemos a Dios por encima de todo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Consuélanos en nuestras desolaciones; confórtanos en nuestras debilidades y que tu santo Corazón sea el verdadero sol de nuestros corazones.

### *Segundo punto*

Considera que nuestro muy benigno Salvador nos ha dado el sagrado Corazón de su bienaventurada Madre como un tesoro inestimable de infinitud de bienes. Si san Juan Crisóstomo, al referirse al corazón muy caritativo de san Pablo, dice que es fuente de un número cuantioso de bienes: *Fuente de bienes innumerables* para los cristianos



que invocan a este divino apóstol ¿qué no diríamos del Corazón incomparable de la reina de los apóstoles?

Es tesoro que encierra en sí riquezas inmensas. En efecto, la bienaventurada Virgen conservó en su Corazón, mientras estuvo en la tierra, y conservará en él eternamente en el cielo, todos los misterios de la vida del redentor: misterios que son el precio de nuestra redención y que son fuentes de la santificación de la Iglesia peregrina, de la glorificación de la Iglesia triunfante y el consuelo de la Iglesia sufriente.

Es tesoro en sí de todas las gracias que nuestro Salvador nos mereció y adquirió por todos los trabajos y sufrimientos de su vida mortal y pasible en la tierra. Por ese motivo es llamado por los santos<sup>635</sup> el *tesoro admirable de la Iglesia*, la *Tesorera de las gracias de Dios*; *tesoro santísimo de toda santidad*; *tesoro de la salvación*. Nuestro Salvador depositó en su seno y en su Corazón todos los tesoros de sus gracias para dárnoslas por su mediación. Esto hace decir a san Bernardo: *No otorga a nadie ninguna gracia que no pase por sus manos*.

¡Oh cuánto motivo de alegría tenemos al poseer tan rico tesoro! ¡Oh cuánta gratitud debemos a nuestro benigno redentor! Si queremos disfrutar de los bienes inconcebibles que hay para nosotros en este precioso tesoro, cuidemos de

---

<sup>635</sup> Epifanio, *Oración de alabanza de la Madre de Dios*; Raimundo Jordan, *En el prólogo* Andrés de Creta, *Oración segunda de la asunción*; Teostericas en el *Canon conciliatorio*.



tributarle las alabanzas y honores que le debemos y de recurrir a él con respeto y confianza en nuestras necesidades. Allí encontramos con qué pagar nuestras deudas, con qué satisfacer a todas nuestras obligaciones, cómo practicar todas las virtudes cristianas, cómo hacer santamente todas nuestras acciones y cómo honrar y amar a Dios dignamente.

### *Tercer punto*

Considera que nuestro muy amable Jesús nos dio el divino Corazón de su gloriosa Madre como una torre inexpugnable, como una fortaleza invencible y un fortísimo asilo en el que podemos refugiarnos para ponernos a salvo de todos los enemigos de nuestra salvación. Recurramos a él en todos los ataques de las tentaciones del mundo, de la carne y del demonio. Es un Corazón tan lleno de bondad para toda clase de personas que jamás ha rechazado a alguno que haya implorado su auxilio en sus necesidades. No temas; no serás el primero; alérgate confiadamente en este amable asilo y sentirás los efectos de su protección.

*Jaculatoria.* ¡Oh Corazón de María, torre inexpugnable, protégenos siempre!



## SEGUNDA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es nuestra norma y nuestro Corazón;  
fuente de vino, leche y miel;  
y nuestro oráculo*

### *Primer punto*

Considera que nuestro soberano legislador nos ha dado el Corazón augusto de su gloriosa Madre como una santa norma que te hará santo si la cumples fielmente. Norma de la vida celeste que debes llevar; norma de las costumbres y cualidades santas de que debes estar revestido; norma de todas las máximas evangélicas que debes seguir; norma de las santas disposiciones con las que debes hacer todas tus acciones; norma de los sentimientos y afectos que deben anidar en tu corazón; norma de todos tus pensamientos, palabras y obras; en una palabra, regla y norma de tu vida interior y exterior.

Da gracias a este adorable legislador por haberte dado norma tan santa, amable y dulce, fácil de cumplir pues ella es todo amor. Pon todas tus delicias y gozo en guardarla, pues esta regla no es otra cosa que el Corazón muy amable



y todo amor de tu buena Madre. No dejará de obtenerte de Dios todas las gracias necesarias para cumplirla fielmente. Pero de tu parte debes fijar la mirada de tu mente en esta norma divina; estúdiala cuidadosamente, para darle exacto cumplimiento.

### *Segundo punto*

Consideremos que el Hijo de Dios nos ha dado el santísimo Corazón de su amadísima Madre, que no es otro que el suyo propio, para ser nuestro Corazón verdadero, a fin de que los hijos no tengan sino un corazón con su Padre y su Madre; y que los miembros no tengan otro corazón que el de su Cabeza adorable; y para que sirvamos, adoremos y amemos a Dios con un Corazón que sea digno de su infinita grandeza: *Con Corazón grande y ánimo decidido*; con un corazón purísimo y muy santo; y que cantemos sus divinas alabanzas y hagamos todas nuestras acciones con el espíritu, el amor, la humildad y demás santas disposiciones de este mismo Corazón.

Para cumplirlo es necesario que al comenzar nuestras acciones renunciemos por entero a nuestro propio corazón, es decir, a nuestro propio espíritu, a nuestro amor propio y a nuestra propia voluntad, y que nos entreguemos a Nuestro Señor para unirnos al amor de su Corazón y del



Corazón de santísima Madre. Trabajemos, pues, en deshacernos de nuestro corazón terreno, maligno y depravado para adquirir un Corazón del todo celeste, santo y divino.

### *Tercer punto*

Consideremos que nuestro muy bondadoso Jesús nos ha dado el benignísimo Corazón de su preciosa Madre, como una fuente de vino, de leche y de miel. En ella podemos beber la caridad, dulzura y mansedumbre que nos permitan llevar debidamente nuestra convivencia con el prójimo; y nos lo dio igualmente como un divino oráculo que podemos consultar en nuestras dudas y perplejidades para conocer sus adorables voluntades y seguirlas de todo nuestro corazón.

¡Oh Madre de amor, une nuestros corazones con tu Corazón maternal tan íntimamente que no puedan separarse jamás; y que los corazones de los hijos no tengan otros sentimientos que los del sagrado Corazón de su muy buena Madre!

*Jaculatoria.* ¡Reina de nuestro corazón, dirige por siempre nuestro corazón!



## TERCERA MEDITACIÓN

*El sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el santuario de las pasiones humanas*

### *Primer punto*

Considera que existen once pasiones que tienen su sede en el corazón humano. Son el amor y el odio, el deseo y la aversión, el gozo y la tristeza, la esperanza y la desesperación, la audacia y el temor, y además la cólera.

Adora estas pasiones en el divino Corazón de nuestro Salvador. En él, según los teólogos<sup>636</sup>, estaban del todo deificadas por la unión hipostática y por la gracia santificante que en él reinaba perfectamente. Dale gracias por la gloria que tributó a su Padre por el santísimo uso que hizo de ellas. Ofrece a este Padre adorable todo el honor que su Hijo le ha tributado por ese medio. Entrega tu corazón a Jesús, con todas las pasiones que residen en él; suplícale que las una a las tuyas, que por las tuyas las bendiga y santifique, y que te conceda todas las gracias que necesitas para imitarlo en el uso santo que hizo de ellas.

### *Segundo punto*

---

<sup>636</sup> Suárez, in 3. Part. Quaest. 15, art, 4; disp.. 34, sect. 3.



Considera que esas mismas pasiones residieron en el amable Corazón de la bienaventurada Virgen. Estaban en él perfectamente sometidas a la razón y al Espíritu de Dios que la poseía enteramente. Jamás tuvieron movimiento alguno que no fuera bajo su orden y conducta. Nunca tuvo ella amor que no fuera para Dios y para todo lo que él ama. Jamás experimentó aversión sino por todo aquello que es objeto de la aversión divina. Jamás se regocijó sino por todo aquello que agrada a su divina Majestad. Nada le causó tristeza sino todo lo que puede contristar a su Hijo amadísimo. Nunca tuvo otro temor que el temor filial que tenía de pensar, decir o hacer algo que no fuera del agrado de Dios. Solo deseó cumplir en todo y por doquier su adorabilísima voluntad. Toda su esperanza estaba puesta en solo Dios. Es imposible dudar que su Corazón no haya estado animado sino de una santa audacia y una maravillosa generosidad para emprender y hacer las mayores y más difíciles obras que miran al servicio de Dios. Tuvo presente que nada podía hacer por sí sola. Esto la mantuvo en profunda humildad y en gran desconfianza de sí misma. Jamás creyó poder hacer por sus propias fuerzas algo que fuera para la gloria de su divina Majestad.

Estas son las razones que tenemos para honrar el Corazón muy augusto de la Madre de Dios, como el



santuario de todas las pasiones. En él fueron santificadas de manera muy excelente. Nunca tuvieron movimiento alguno que no viniera del Espíritu Santo que las animaba y poseía mucho más perfectamente de lo que es posible imaginar. Ofrece a Dios todo el honor que esta sagrada Viren le ha tributado por el santísimo uso que hizo de esta pasiones y ruégale que te obtenga todas las gracias necesarias y convenientes para asemejarte en esto a tu divina Madre, por fiel imitación.

### *Tercer punto*

Haz exacto y cuidadoso examen de todas tus pasiones para conocer en qué has faltado a fin de humillarte y pedir a Dios perdón. Ruega a Nuestro Señor y a su santísima Madre que reparen tus faltas y que tomen posesión de tu corazón y de todas sus pasiones a fin de emplearlas en ti y contigo de manera conveniente. Todo por el puro amor y para la sola gloria de la santísima Trinidad.

*Jaculatoria.* Engrandece mi alma al Corazón admirable de Jesús y María.



## CUARTA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el reino y el trono de todas las virtudes*

### *Primer punto*

El Espíritu Santo, habiendo mirado a la sacratísima Virgen desde el momento de su Concepción inmaculada como la que había sido escogida desde toda eternidad para ser la Madre de Dios, depositó en su Corazón la tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza; y todas las demás virtudes: la religión, la humildad, la obediencia, la paciencia la mansedumbre, la pureza, etc. Depositó todas estas virtudes en este Corazón virginal en grado proporcionado a la calidad y a la gracia de Madre de Dios. Por esta razón esta Virgen admirable poseyó todas estas virtudes desde el primer instante de su vida, en mayor perfección que las tuvieron los más grandes santos hasta el final de sus días.

Todas estas virtudes se mantuvieron siempre en el Corazón de la Madre de Dios durante el curso de su vida y a cada momento recibían nuevos acrecentamientos. No existe mente alguna capaz de comprender qué grado de



perfección alcanzaron cuando la Virgen salió de este mundo para ir al cielo.

¡Oh reina de las virtudes, cómo se regocija mi corazón al contemplar el tuyo colmado de gracia y santidad, y poseedor de todas las virtudes en grado mayor que el que poseen todos los ángeles y santos del paraíso! ¡Jesús mío, te agradezco inmensamente por haber enriquecido el Corazón bienaventurado de tu santa Madre con todo cuanto hay de extraordinario, santo y agradable en todos los corazones consagrados a tu amor!

### *Segundo punto*

No solo todas las virtudes tuvieron asiento en el Corazón divino de la Madre del Salvador. Aún más, establecieron en él su reino y su trono de manera muy sublime desde el primer momento de su vida. Esas virtudes reinaban allí en grado soberano sobre todas las facultades de su alma, sobre sus pensamientos, palabras, acciones, y sobre todos sus sentidos interiores y exteriores. Por tanto hacían reinar en él a Dios mucho más perfecta y gloriosamente que en el cielo empíreo. Reinaba en él toda la omnipotencia del Padre eterno por las cosas admirables que obraba en él continuamente: *Hizo en mí cosas grandes el que es poderoso* (Lc 1, 49). Hicieron reinar en él la sabiduría infinita



del Hijo de Dios por las luces inmensas que le comunicaban. Hacían reinar en él el amor y la bondad del Espíritu Santo por los fuegos y llamas ardentísimas de que estaban abrasadas.

Gloria inmensa e infinita al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por haber establecido en este Corazón real de la reina del cielo el trono de todas las virtudes y el reinado soberano de su gloria incomprensible. ¡Cómo es de justo rendir todos los honores y alabanzas posibles a ese Corazón incomparable! En él y por él la santísima Trinidad es en cierta manera infinitamente más glorificada que en todos los corazones del cielo y de la tierra.

### *Tercer punto*

Considera que siendo la bienaventurada Virgen nuestra Madre y teniendo nosotros el honor de ser sus hijos, aunque infinitamente indignos, debemos llevar en nosotros su parecido en cuanto nos sea posible. Debemos esforzarnos entonces por imprimir en nuestros corazones una imagen viviente de las virtudes que reinan en su Corazón.

Con este fin hagamos cuidadoso y diligente repaso del estado de nuestro corazón, a fin de reconocer cómo estamos alejados de las virtudes y de la santidad del



Corazón de nuestra divina Madre. Humillémonos y avergoncémonos por ello ante Dios y ante ella y tomemos fuerte resolución de comenzar de inmediato a grabar en nuestro corazón la semejanza de las perfecciones del divino Corazón de la reina de los ángeles.

*Jaculatoria:* Corazón de María, trono de todas las virtudes, reina por siempre en nuestro corazón.



## QUINTA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el centro de la humildad*

### *Primer punto*

Considera que la humildad está en el Corazón de la sacratísima Virgen como en su centro. En efecto, por ser el fundamento de todas las virtudes, la humildad ocupó el primer puesto en ella desde el momento de su concepción inmaculada. Además encontró ahí su reposo y complacencia pues jamás fue atacada o turbada por sus enemigos pues la humildad tenía morada en ella sobre cuatro fundamentos incommovibles. El primero es el conocimiento perfecto que esta Virgen humilísima tenía de sí misma. Sabía muy bien que Dios, por haberla sacado del abismo de la nada, al igual que a todas las criaturas, no era nada, nada tenía, y nada podía. Sabía también que, como hija de Adán, hubiera sido concebida en pecado original, si Dios no la hubiera preservado y por consiguiente hubiera sido capaz de toda suerte de pecados de los que el pecado original es fuente.

El segundo fundamento de su humildad es el conocimiento que tenía de todos los dones, gracias y privilegios incomparables de que Dios la había colmado y de



la dignidad infinita de Madre de Dios de que había sido honrada. Había aprendido muy bien la regla que el Espíritu Santo da a todos los hombres con estas palabras: *Entre más grande seas humíllate más en todo*. Esas palabras señalan, dice san Agustín, que la humildad de la criatura debe ser medida por los favores que recibe de su Creador. Por tanto la gracia infinita de Madre de Dios obligaba a esa bienaventurada Virgen a humillarse infinitamente.

El tercer fundamento consiste en que sabía muy bien que la soberana e infinita grandeza de Dios pide un rebajarse infinito de parte de la criatura: *A suma elevación se debe suma humildad*<sup>637</sup>. El celo ardentísimo que tenía por el honor de la gloria de su Dios la llevaba a humillarse infinitamente ante su divina Majestad.

El cuarto fundamento es que, al ver a su Hijo amadísimo sumergido en un abismo de desprecios, ignominias y humillaciones por el amor de los hombres, pero mucho más por amor de ella, que por el amor de todos los otros hijos de Adán, queriendo rebajarse muy por debajo de él, ella se abismaba en anonadamientos sin fondo ni medida. De este modo su Corazón era el centro de la humildad.

¡Oh Virgen muy humilde, a ti corresponde quebrantar la cabeza de la serpiente que es el orgullo; aplástala pues enteramente en mi corazón y hazme partícipe de tus divinas

---

<sup>637</sup> Agustín *De sancta Virg. Cap 31*.



luzes a fin de que conozca las razones infinitas que tengo de imitarte en tu santa humildad!

### *Segundo punto*

Considera los efectos prodigiosos que la humildad de la santa Virgen obró en su Corazón. Son cinco principales.

El primero es que habiéndola elevado Dios al punto más alto de honor al que pueda alcanzar una pura criatura, ella no concibió estima alguna de sí misma sino que siempre se rebajó en toda ocasión.

El segundo es que habiendo permanecido firme y constante en medio de las ignominias y oprobios que soportó en la pasión de su Hijo y no habiendo perdido la paz cuando fue atravesada su alma por la espada de dolor, sin embargo se perturbó cuando escuchó las alabanzas que san Gabriel le dirigió y que le fueron más insoportables que todas las humillaciones que habría de recibir.

El tercer efecto es que habiendo escuchado las alabanzas y bendiciones de que la colmó santa Isabel en la visita que le hizo, no solo no se atribuyó cosa alguna sino que dirigió toda la gloria a Dios en su divino cántico.

El cuarto es que pues sabía ocultar muy bien los favores extraordinarios que recibía de la divina bondad, fue necesario que Dios enviara un ángel a su esposo san José



para darle a conocer el misterio que ella no se resolvía a manifestarle.

El quinto es que no solo no desdeñaba sino que gustaba y buscaba la compañía de los pobres, de los pecadores y pecadoras y de otras personas que parecían no dignas de consideración, y que luego de la ascensión de su Hijo ocupaba de ordinario el último lugar en la asamblea de los fieles, poniéndose detrás de todas las mujeres.

¡Qué gloria diste a Dios, Virgen humilísima, por tu profunda humildad! Alabanzas eternas te sean dadas. Tengo gran deseo de imitarte en esta santa virtud. Alcánzame, te ruego, de tu Hijo todas las gracias que necesito para este fin.

### *Tercer punto*

Examínate cuidadosamente de todas las faltas que has cometido contra la humildad por pensamientos, apegos, palabras, acciones y en todo tu interior y exterior. Pide perdón a Dios. Toma una fuerte resolución de alejarte de todas esas faltas y ruega instantemente a la sacratísima Virgen que te obtenga esta gracia.

*Jaculatoria.* ¡Oh Corazón de María, centro de humildad, intercede por nosotros!



## SEXTA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el tesoro de los dones del Espíritu Santo*

### *Primer punto*

Luego de haber considerado y venerado el Corazón augusto de la reina del cielo como el más alto trono de todas las virtudes, contemplémoslo ahora y honrémoslo como el más rico tesoro del Espíritu Santo. En él ha encerrado riquezas inmensas e inestimables; entre otras, siete gracias incomparables que comúnmente llamamos los siete dones del Espíritu Santo: sabiduría e inteligencia, consejo y fortaleza, ciencia y piedad, y el don del temor del Señor.

Hay diferencia entre las virtudes morales y los dones del Espíritu Santo. Dichas virtudes son dadas a las potencias del alma para inclinarlas a hacerse dóciles y obedientes a las luces y a los mandamientos de la razón, prevenida por la gracia; en cambio los dones del Espíritu Santo son cualidades y perfecciones, que nos vienen con la gracia santificante. La acompañan por doquier, para disponernos a corresponder prontamente a todas las inspiraciones divinas



y a todas las mociones interiores del Espíritu Santo, y a seguirlo a donde quiera nos llame. Son hábitos santos, ordenados por Dios para elevar nuestras almas a una más alta perfección que la que procede de ordinario de las virtudes; y nos fortalece en los encuentros donde las virtudes serían débiles para superar las dificultades que se presentan.

Todos estos dones del Espíritu Santo han existido, con él mismo que es autor y fuente de ellos, en el Corazón de la bienaventurada Virgen, desde el momento de su concepción inmaculada, en un grado conforme a la dignidad de Madre de Dios, para quien estaba destinada.

Consideremos los efectos de estos dones en este Corazón virginal.

El don de *sabiduría* derramaba en su Corazón un conocimiento tan claro y grababa en él tan alta estima y amor tan ardiente a Dios, que ella ponía todo su contento y felicidad en contemplar sus adorables perfecciones y en ocuparse de las cosas divinas y eternas, cuya contemplación hacía las delicias de su alma. Por ende, ella tenía gran menosprecio de la sabiduría del mundo que no es sino locura, y de todo lo terrestre y temporal.

Por el don de *inteligencia* tenía más conocimiento de todos los secretos y misterios de las divinas Escrituras, tanto



del Antiguo como del nuevo Testamento, como nunca lo alcanzaron todos los santos doctores.

El don de *consejo* la hacía tomar resoluciones muy enérgicas y constantes para seguir las luces que el Espíritu Santo le daba por los dones de sabiduría y de inteligencia.

El don de *fortaleza* imprimía en su Corazón gran desconfianza de sí misma y la unía a Dios, en quien ponía toda su confianza y su fortaleza. Así superaba generosa, por su amor, todas las dificultades y obstáculos que encontraba en su camino y soportaba paciente las persecuciones y tribulaciones que le llegaban.

Ofrece a Dios toda la gloria que esta divina Virgen le tributado por el uso muy santo que hizo de estos cuatro dones y ruégale que te haga partícipe de él.

### *Segundo punto*

Consideremos los efectos que los dones de ciencia, piedad y temor obraron en el Corazón de la bienaventurada Virgen.

El don de *ciencia* le infundía el conocimiento de las cosas creadas y le inspiraba el uso debía darles. Por este don conocía el precio inestimable de las almas, creadas a imagen de Dios y se encendía en ardiente celo por nuestra salvación.



El don de *piedad* grababa en su Corazón el amor y las ternuras de una auténtica Madre para todos sus hijos y la llenaba de un dolor y compasión muy sensibles a causa de todas sus desdichas y aflicciones. Para aliviarlos ofrecía a su divina Majestad, con grandísimo fervor, todo lo que podía hacer y sufrir.

El don del *temor filial* llenaba su Corazón de gran cuidado de ir a hacer, decir o pesar algo que no fuera del agrado de Dios, y de gran deseo de realizar en todo y por doquier sus santas voluntades.

¡Oh Espíritu adorable, te sean dadas gracias inmortales por haber enriquecido de tal manera el Corazón de tu divina Esposa con todos los tesoros de tu infinita bondad!

### *Tercer punto*

Considera que el Espíritu Santo tiene deseo muy ardiente de infundir en tu corazón una participación de todos los dones de que colmó el Corazón de tu divina Madre. Humíllate y pídele perdón por todos los impedimentos que has aportado. Toma decidida resolución de evitar en adelante todo cuanto puede poner obstáculos a su acción. Ruega a la sacratísima Virgen que te haga partícipe de las santas disposiciones que tuvo su Corazón ante estos dones.



*Jaculatoria.* ¡Oh Corazón de María, tesoro de santidad, intercede por nosotros!

## **SÉPTIMA MEDITACIÓN**

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es sagrado jardín de los frutos del Espíritu Santo*

### *Primer punto*

Considera que el amable Corazón de la Madre de Dios es ese *Huerto cerrado* de que se hace mención en el capítulo cuarto del Cantar. Jardín cerrado para la serpiente y para todo cuanto desagrada a Dios. Solo está abierto al Espíritu Santo que produce en él frutos sin cuento. Entre ellos hay doce principales, diferentes de los dones del Espíritu Santo. Los dones son santos y virtuosos hábitos de que disponen las almas cristianas para seguir prontamente las inspiraciones del Espíritu Santo; en cambio los frutos son actos de esos mismos hábitos y acciones virtuosas que practicamos por moción del Espíritu Santo, con tanta perfección y amor a Dios que los hacemos gozosos y entusiastas.



Los frutos del Espíritu Santo son doce: caridad, alegría, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad. Meditemos los efectos de los seis primeros frutos en el Corazón de la gloriosa Virgen.

Por la *caridad* este Corazón estaba desprendido enteramente de todo lo que no es Dios y permanecía adherido muy íntima y únicamente a su divina Majestad. La *alegría* la llenaba de júbilo en todo lo que la Madre de amor hacía para el servicio y para la gloria de Dios. La *paz* mantenía su generoso Corazón en profundísima tranquilidad, en medio de todas las borrascas y tormentas de que se vio tantas veces acometida. La *paciencia* la sostenía en medio de los sufrimientos innumerables que soportó. La *longanimidad* la hacía esperar con muchísimo valor los portentos que esperaba de la divina liberalidad. La *bondad* incomparable de que estaba colmada la hacía incapaz de tener el mínimo pensamiento que pudiera perjudicar a alguien, ni siquiera a sus crueles enemigos, y la impulsaba de continuo a querer el bien de todos.

Regocíjate de ver estas perfecciones grandes y maravillosas en el Corazón de tu muy buena Madre. Da gracias al Espíritu Santo por haberlas impreso en su Corazón y ruégale que te dé parte en ellas.



## *Segundo punto*

Meditemos ahora los efectos de los seis otros frutos del Espíritu Santo en el Corazón de la reina de los ángeles.

La *benignidad* la hacía dulce y afable con todos y la disponía a hacer a cada uno todo el bien que le fuera posible. La *mansedumbre* cerraba sus puertas a todo movimiento de acritud e impaciencia y empapaba de leche y miel todo su interior. La *fe*, o mejor la fidelidad, la llenaba de verdad, de sencillez y franqueza, y la hacía muy fiel y muy exacta en el cumplimiento de las promesas. La *modestia* no permitía que se advirtiera en ella la mínima sombra de fasto y vanidad mundana; esta santa virtud se adivinaba en su rostro y en su exterior con tanta perfección que se la hubiera tomado por un ángel visible e incluso por una divinidad, según opina san Dionisio, si las normas de la fe permitieran decirlo. La *continencia* reinaba en su Corazón sobre todos sus sentidos interiores y exteriores tan absolutamente que no se dejaba llevar de ningún instinto y solo se movía por el Espíritu Santo. La *castidad* la revestía de una pureza tan admirable que la hacía digna de ser la Madre del Santo de los santos y la reina de los serafines.

¡Oh Madre de mi Dios, mi corazón se inunda de gozo al contemplar el tuyo tan refulgente por toda suerte de



perfecciones; es incomparablemente más digno de honor y de alabanzas que todos los corazones de los ángeles y de los santos. ¡Alabanzas eternas se den al Rey de todos los corazones!

### *Tercer punto*

Adora el deseo infinito que el Espíritu santo tiene de imprimir en tu corazón una imagen de todos los frutos que ha infundido en el Corazón de su divina Esposa. Pídele perdón de todos los obstáculos que has aportado a esta acción. Toma una decidida resolución de corresponder a los designios de su bondad contigo mediante cuidadosa imitación de las cualidades del amable Corazón de tu divina Madre.

*Jaculatoria.* ¡Oh Corazón de Jesús y María, norma del corazón fiel, reina por siempre en nuestro corazón!



## OCTAVA MEDITACIÓN

*El Corazón de la bienaventurada Virgen  
es el paraíso de las ocho bienaventuranzas*

### *Primer punto*

Considera que el Corazón bienaventurado de la Madre del Salvador es paraíso delicioso de las ocho bienaventuranzas evangélicas. Ellas se asemejan a los frutos del Espíritu Santo en que ambos son actos de hábitos virtuosos, infusos en nuestras almas con la gracia santificante. Se diferencian sin embargo en que las bienaventuranzas son actos perfectos y eminentes de varias virtudes por las que el Espíritu Santo eleva las almas a una más alta perfección que la de los frutos del mismo Espíritu Santo.

Todas las bienaventuranzas se encuentran en el Corazón de la Madre de Dios por infusión del Espíritu Santo desde el momento de su concepción inmaculada y en mayor grado de perfección jamás alcanzado por los más grandes santos. Considera y honra en este maravilloso Corazón las cuatro primeras bienaventuranzas, a saber:

*Primero, Bienaventurados los pobres de espíritu porque a ellos pertenece el reino de los cielos.* Esta bienaventuranza



contiene dos cosas: la humildad y el amor de la pobreza, ambos en alto grado en el Corazón de la reina del cielo. Es el Corazón más humilde de todos los corazones, después del de Jesús. Corazón que tuvo tanto amor a la pobreza que la bienaventurada Virgen reveló a santa Brígida que había hecho voto de pobreza<sup>638</sup>; como consecuencia de ese voto daba a los pobres cuanto tenía; ganaba su vida con el trabajo de sus manos; solo llevaba vestidos de lana y de una lana sin teñir según refieren Nicéforo y Cedreno; con los presentes de los santos magos hizo limosnas, según dice san Buenaventura; y declaró a santa Brígida que a menudo su Hijo amadísimo, san José y ella misma carecían de cosas necesarias. Y es fácil de creerlo a tenor de las estas palabras del Hijo de Dios: *Las zorras tienen madrigueras para guarecerse en ellas; los pájaros tienen nidos pero el Hijo del hombre no tiene cosa alguna donde pueda reposar su cabeza* (Mt 8, 20). No hubiera podido afirmarlo si su santa Madre hubiera gozado de alguna comodidad.

La segunda bienaventuranza, *Dichosos los mansos*. ¿Quién podría comprender la dulzura y la bonhomía de este Corazón benigno?

La tercera, *Dichosos los que lloran*. ¡Oh Virgen amable, ¿quién podría contar todas las huellas de dolor que han lacerado tu Corazón benigno? ¡Qué torrentes de lágrimas

---

<sup>638</sup> Revelat. Libro 1, cap. 10



brotaron de tus ojos! Incluso lágrimas de sangre al decir de algunos santos.

La cuarta bienaventuranza, *Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia*. La justicia en este pasaje se entiende de todas las virtudes cristianas y las acciones santas con que podemos servir y glorificar a Dios. Para conocer el hambre insaciable y la sed extrema que la santa Virgen tenía de todos los medios de que podía servirse para honrar a Dios, sería menester comprender el inmenso amor de que este Corazón estaba abrasado hacia su divina Majestad y del celo ardentísimo que tenía por su gloria.

¡Madre mía, toda buena y amable, te entrego mi corazón; únelo, te ruego, al tuyo, aunque es infinitamente indigno de ello, y graba en él una imagen perfecta de tu caridad, humildad y amor a la pobreza y de la sed que tuviste de todas las virtudes.

### *Segundo punto*

Contempla y honra las otras bienaventuranzas en el Corazón de la santa Virgen. La quinta, *Dichosos los misericordiosos*. Esta bienaventuranza se refiere a dos clases de personas. En primer lugar, aquellos que por el amor de Dios olvidan fácilmente las injurias que han recibido. En segundo lugar los que, llenos de compasión por



las miserias corporales y espirituales del prójimo, se esfuerzan por socorrerlo en la medida de su poder. ¡Oh Madre de misericordia, esta fue tu ocupación durante todo el curso de tu vida, con mayor perfección que la que tuvieron todos los santos! Y lo continúas haciendo pues no hay criatura en el universo que no haya experimentado los efectos de tu misericordia.

La sexta bienaventuranza, *Dichosos los limpios de corazón*. ¡Oh qué pureza la de tu santo Corazón, reina de las vírgenes! En él ningún pecado, ni original ni actual, ha tenido cabida jamás. Estuvo siempre colmado de más alta santidad, desde el momento de tu concepción inmaculada, que todos los corazones juntos de los ángeles y los santos.

La séptima bienaventuranza, *Dichosos los pacíficos*. Por ti, reina de la paz, el Dios de la paz y del amor nos fue dado. Él trajo la paz del cielo a la tierra. Por ti los cismas y herejías que desgarran la santa túnica de tu Hijo amadísimo, son derrotados. Por tu intercesión la verdadera paz es dada a los hombres de buena voluntad, es decir, los que renuncian a todo su corazón a su propia voluntad y no quieren tener otra que la de Dios.

Y la octava bienaventuranza es: *Dichosos los que sufren persecución por la justicia*. Para conocer todas las persecuciones que la Madre del Salvador sufrió en este mundo, sería necesario comprender las que su Hijo muy



amado soportó. Son innumerables e incompresibles. Por nosotros tu Hijo Jesús y tú, su dignísima Madre, fueron objeto y blanco de infinidad de desprecios, injurias oprobios, ultrajes, calumnias y crueldades inenarrables. Y también por tu amor, nosotros queremos abrazar todas las aflicciones y persecuciones que nos lleguen.

Gracias infinitas sean dadas al Espíritu Santo por haber llenado tu Corazón con estas bienaventuranzas. Si es de tu agrado, ruégale, dulcísima Virgen, que nos haga partícipes de ellas; que nos conceda la gracia de poner nuestra felicidad, gozo y paraíso doquiera tú misma los pusiste a tu paso por la tierra, es decir, en servir, amar y glorificar a su divina Majestad.

*Jaculatoria:*

. ¡Oh Corazón de Jesús y María, gozo de nuestro Corazón!



## MANERA DE HACER LA MEDITACIÓN

*Se aplica a las doce principales cualidades o virtudes del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen contenidas en la salutación que viene más adelante y que empieza por AVE COR SANCTISSIMUM*

Su santidad	Su devoción	Si vigilancia
Su bondad	Su sabiduría	Su fidelidad
Su humildad	Su paciencia	Su misericordia
Su pureza	Su obediencia	Y su amor

*Puedes hacer uso cada día de una de estas virtudes o calidades y hacer tu meditación de la siguiente forma.*

*En el primer punto*

Adora esta virtud en el muy adorable Corazón de Jesús y considera cómo la practicó, externa e internamente, en sus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, en todos sus misterios y en todos los estados y momentos de su vida; que por el ejercicio de esta virtud dio gloria infinita a su Padre; que reparó plenamente la injuria que le hicimos con nuestros pecados contra esa virtud; que nos liberó de las penas eternas, merecidas por esos pecados; que nos enseñó



con su ejemplo la manera de practicar dicha virtud; que nos mereció la gracia necesaria y conteniente para hacerlo.

Dale infinitas gracias por todo ello. Entrégate a él mediante el cumplimiento de los deseos ardientes que tiene de que seas enriquecido con esta virtud; y ruégale que te dé la gracia que necesitas para dar realidad a estos deseos.

### *En el segundo punto*

Adora al Hijo de Dios que imprime una imagen perfecta de esta virtud en el Corazón sagrado de su santísima Madre. Considera que esta gloriosa Virgen ha cooperado cuidadosamente con su Hijo para grabar en su Corazón un vivo retrato de la misma virtud; la miraba en él atentamente para expresar en sí misma perfecta semejanza mediante su fiel imitación; que para ello la practicó de forma muy excelente, interna y externamente, por sus pensamientos, palabras, acciones, en tiempos de consuelo y en los de aflicción, en todos los lugares y ocasiones, todos los momentos de su vida; que incesantemente crecía en esta virtud; que por este medio rindió mucha gloria a Dios y puso ante nuestros ojos para que lo sigamos, un modelo admirable de esta virtud

Da gracias infinitas al Hijo muy amado de María por haber impreso en su Corazón virginal maravillosa semejanza de las perfecciones de su divino Corazón. Agradece a la Madre de



Jesús por toda la gloria que ella ha tributado a Dios por la imitación de las virtudes de su Hijo en especial por la que se está meditando. Entrégate al Hijo y a la Madre para ir por el camino por el que caminaron ellos; ruega a esta divina Madre que te obtenga de su Hijo las gracias que necesitas para hacerlo.

### *En el tercer punto*

Piensa que la Madre de Dios, es madre tuya y tú eres su Hijo, aunque infinitamente indigno. Debes por tanto asemejarte a ella; que como el Corazón de María es vivo retrato del Corazón de Jesús, tu corazón debe ser imagen viviente del Corazón de esa divina María.

Analiza si tu corazón tiene alguna semejanza con el suyo en esta virtud. Examínate sobre las faltas que has cometido en toda tu vida y encontrarás infinidad de motivos para avergonzarte ante Dios, para pedirle perdón y tomar la resolución de vivir de manera distinta de cómo lo has venido haciendo; ruega a la santa Virgen que te obtenga misericordia, que supla a tus faltas y que implore las gracias que necesitas para corregirte y para ser en el futuro fiel en la práctica de la misma virtud. Finalmente ofrece tu corazón a esta reina de las virtudes y ruégale que destruya en ti cuanto le es contrario y que grave en tu corazón una imagen perfecta de todas las virtudes de su corazón, y en



especial la virtud que estás mediando, para la sola gloria de su Hijo.

De esta manera puedes meditar sobre la santidad, la dulzura, la humildad y demás virtudes del sacratísimo Corazón de la preciosísima Virgen. Están señaladas en dicha salutación. Igualmente sobre las santas cualidades y excelencias de este mismo Corazón contenidas en las letanías que vienen luego, como también en los himnos que vas a encontrar.

### **SALUDO AL SANTÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS Y DE MARÍA**

*Se dirige al sagrado Corazón de la bienaventurada Virgen;  
fue enseñado por Nuestro Señor a santa Matilde  
como se dijo al comienzo del libro cuarto.*

Salve, Corazón santísimo,  
Salve, Corazón mansísimo,  
Salve, Corazón humildísimo,  
Salve, Corazón purísimo,  
Salve, Corazón devotísimo,  
Salve, Corazón sapientísimo,  
Salve, Corazón pacientísimo,



Salve, Corazón obedientísimo,  
Salve, Corazón vigilantísimo,  
Salve, Corazón fidelísimo,  
Salve, Corazón beatísimo,  
Salve, Corazón misericordiosísimo,  
Salve, Corazón amantísimo de Jesús y María,  
Te adoramos,  
Te alabamos,  
Te glorificamos,  
Te damos gracias,  
Te amamos,  
Con todo nuestro corazón,  
Con toda nuestra alma,  
Con todas nuestras fuerzas,  
Te ofrecemos nuestro corazón,  
Te lo damos,  
Te lo consagramos,  
Te lo inmolamos, recíbelo y poséelo totalmente,  
Y purifícalo,  
E ilumínalo,  
Y santifícalo, para que en él vivas y reines, y ahora y  
siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

## HIMNOS DEL SANTÍSIMO CORAZÓN



## DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

*Para las primeras vísperas*

Presta oído a nuestros cantos  
Jesús, gloria de María.  
El corazón entona loores  
al Corazón de la Madre Virgen.

Son maravilla tus senos,  
maravilla tus entrañas,  
pero tu Corazón de reina  
supera esas maravillas.

Cortos meses llevaste a Jesús  
en tus entrañas. Primero y por siempre,  
gestas en tu Corazón sagrado  
el Corazón de tu Hijo incomparable.

Corazón, palacio del rey de reyes,  
más espléndido que los cielos,  
templo del supremo rey,  
dorado altar de la paz.

Nada más santo que este cofre  
que guarda el tesoro del mundo:



todos los misterios divinos  
que nos han sido dados.

Salve, Corazón admirable,  
encendido en amor de Jesús.  
Saboreen tus misericordias  
los que te sirven, Rey de los corazones.

Tú eres la herencia y el gozo,  
esperanza y gloria de nuestra familia.  
Amor indisoluble una a ti  
todos nuestros corazones.

Amor divino, Corazón del Padre,  
Corazón único de nuestra alma,  
Rey del Corazón de la Madre,  
sé el único rey de los corazones.

Trinidad sacrosanta,  
vida eterna de los creyentes,  
santidad del Corazón de María,  
reina en todos los corazones.  
Amén.

*Para maitines*



El Corazón del Padre soberano  
entregó su Hijo al mundo,  
y le regaló el Corazón de la Virgen,  
imagen del rey de los corazones.

Corazón de María, escuela de santidad,  
norma y guía del corazón creyente,  
sagrario digno del Dios,  
lecho florido de Jesús.

Blancos lirios, nardos y rosas  
te sostienen con su fragancias;  
dulces manzanas celestes  
por ti sufren de amor.

Corazón maternal del Cordero,  
ardes en quemante fuego de amor;  
te amen todos los corazones,  
te canten todos su amor.

Estrella rutilante de quienes aman,  
alumbra y guía nuestro espíritu.  
Hoguera de amor, enciende  
en llamas todos los corazones.



Haz que los corazones redimidos  
vivan solo para Cristo;  
dejando todo halago mundano  
se entreguen del todo a Jesús.

Concédenos quebrantar  
todo ardid infernal;  
compartir tu vida y con Cristo  
amorosamente morir.

Amor, fuente de néctar sagrado,  
embriaga y colma las almas.  
Saeta del Corazón virginal  
húndete en lo íntimo del corazón.

Trinidad sacrosanta,  
vida eterna de los creyentes,  
santidad del Corazón de María,  
reina en todos los corazones.  
Amén.

*Para laudes*

¿Hay algo más sagrado para venerar  
que el Corazón de la Madre Virgen?



¿Algo más grato al Corazón del Padre  
que este Corazón maravilloso?

Es milagro de amor,  
triunfo del Espíritu Santo,  
prodigio digno de Dios,  
esperanza feliz de los mortales.

Consuelo en las lágrimas,  
ardoroso fuego de la mente,  
corazón, vida, luz, oráculo  
dado a todos los creyentes.

¡Qué infinita bondad!  
El amor del Padre y de la Madre  
se robó nuestro corazón  
y en cambio nos dio el suyo.

Sagrado pueblo de Dios  
conoce a quien tanto te ama,  
gloria preclara de la familia;  
entrega tu corazón al Corazón.

¡Qué maravilla! Da ser hijos del Corazón  
a los hijos nacidos para muerte.



¡Pondera tantos favores!  
¡Devuelve amor al Amor!

Reproduce en tu corazón  
la vida del Corazón del Padre.  
Labra en tu propio corazón  
la imagen del Corazón maternal.

¡Oh Corazón, triclinio de Dios,  
solaz y oasis en el destierro;  
son inmensas tus maravillas,  
sean inmensos los loores.

Trinidad sacrosanta,  
vida eterna de los creyentes,  
santidad del Corazón de María,  
reina en todos los corazones.  
Amén.

*Para las segundas vísperas*

A quien en el cielo aclaman,  
al Hijo de Dios nacido en el Corazón,  
al mismo todo el orbe alaba,  
al rey de la Virgen en su Corazón.



Nada más sublime que este Corazón.  
Abismo insondable de gracia,  
de fuego carro triunfal,  
trono glorioso del rey agosto.

Eres tesoro de carismas,  
fulgurante y luciente estrella,  
del cielo gloria, sol y gozo,  
cielo más alto que los cielos.

Impronta del Padre eterno,  
compendio de la vida de Dios,  
torre llameante de salvación,  
trono ígneo del Todopoderoso.

De rodillas veneremos todos  
las grandezas de Virgen tan sublime;  
de su Corazón admirable,  
sus divinas maravillas.

Guarda en tu seno, Madre,  
nuestro corazón suplicante,  
que sufre de amor por el Hijo,  
que se quema en amor de la Madre.



Virgen, que te robas los corazones,  
da tu Corazón a quienes te aman;  
llévalos al cielo empíreo  
donde los gozos son supremos.

Antorcha de los corazones que aman,  
devóranos en tus llamas;  
haz que todos los corazones  
ardan de amor a Jesús.

Trinidad sacrosanta,  
vida eterna de los creyentes,  
santidad del Corazón de María,  
reina en todos los corazones.  
Amén.

#### OTRO HIMNO AL CORAZÓN SANTÍSIMO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

Mira tus devotos hijos, Virgen,  
Pueblo que feliz y jubiloso canta  
Y entona las honras  
de tu Corazón ínclito.



Nuestras voces proclaman  
al Corazón sagrado de la humilde María;  
en su Corazón concibió el Verbo divino.  
Cantemos gozosos su amor maternal.

El Padre contempla las entrañas divinas,  
ella en lo más íntimo concibe al Hijo.  
La lengua entusiasmada cante al Verbo  
del Padre por siempre adorable.

La Madre, semejante al Padre, recibe  
en su Corazón generoso el fruto arcano;  
es eco viviente que resuena  
los pregones que el Padre acepta.

Enciende, María, en los corazones tibios,  
llamaradas que brotan vivas  
de tu quemante pecho;  
tu divino fuego calcine nuestras almas.

Sostén los esforzados,  
anima a los consagrados,  
da valor a los decaídos, llama a los fugados,  
vuelva a todos por siempre el amor primero.



Revive la piedad en nuestra patria  
que por siempre es tuya,  
la primera en erigir altar  
al Hijo venerable.

Honor y alabanza al Rey poderoso,  
al dueño de los corazones se cante,  
también a ti, Corazón maternal,  
se den loores eternos.  
Amén.

## LETANÍAS

*En honor del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Virgen María  
Para las vísperas, el día y la octava  
de la fiesta del mismo Corazón*

*Para el 7 de febrero, primeras vísperas de la fiesta*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.



Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.  
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.  
Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.  
Corazón amantísimo,  
Corazón prudentísimo,  
Corazón fortísimo,  
Corazón justísimo,  
Corazón mansísimo,  
Corazón humildísimo,  
Corazón purísimo, Corazón obedientísimo,  
Corazón nobilísimo,  
Corazón liberalísimo,  
Corazón vigilantísimo,  
Vaso de oro, adornado con todas las piedras preciosas,  
Vaso santificado para el honor,  
Vaso admirable,  
Obra del Altísimo,  
Eco del Verbo encarnado,  
Apoteca del Espíritu Santo,  
Panal de miel,  
Enoteca del Rey,  
Fuente de néctar,  
Descanso de la Divinidad,  
Triclinio de la santísima Trinidad,  
Espejo de las divinas perfecciones,



Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón atentísimo de nuestra Madre,  
Traspassado en la pasión de Jesús por espada de dolor,  
Alegrado con la aparición de Cristo resucitado,  
Solaz de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón,  
Muéstrate propicio, perdónanos Jesús,  
Muéstrate propicio, escúchanos Jesús,  
Por tu divinísimo Corazón, escúchanos Jesús,  
Por el Corazón amantísimo de tu Madre bienaventurada,  
Por la vida santísima de este Corazón sacratísimo,  
Por su máximo odio contra el pecado,  
Por su insigne desprecio del mundo,  
Por su profundísima humildad,  
Por su meliflua benignidad,  
Por su especial amor a sus devotos,  
Por su singular amor a la Cruz,  
Por su ardentísimo amor a ti,  
Por su amor sublime al eterno Padre,  
Por sus santísimos deseos,  
Por sus suspiros amantísimos,  
Por sus sagrados padecimientos,  
Por sus dolores acerbísimos,  
Por sus gozos temporales y eternos,  
Por su eminentísima gloria,



Por sus purísimos afectos,  
Por sus santísimas motivaciones,  
Por su excelentísima unión con tu Corazón,

Oh Corazón preciosísimo de Jesús y María, tesoro de  
nuestro corazón, posee por siempre nuestro  
corazón,

Oh amantísimo Corazón de Jesús y María, vive por siempre  
en nuestro corazón,

Oh dilectísimo Corazón de Jesús y María, reina por siempre  
en nuestro corazón.

Jesús, Corazón de María, óyenos.

Jesús, Corazón de María, escúchanos.

Oremos

Omnipotente Dios, has querido que el Corazón  
amantísimo de la Virgen María sea sagrario de la Divinidad,  
trono de las virtudes, tesoro de toda santidad; concédenos,  
por los méritos y oraciones de ese mismo santísimo  
Corazón, llevar por siempre en nuestro corazón su imagen,  
para que a su imitación, hagamos siempre lo que sea de tu  
agrado y merezcamos asemejarnos por siempre a tu  
Corazón. Amén.

*Para el día de la fiesta*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.



Señor, ten piedad.  
Jesús, óyenos.  
Jesús, escúchanos.  
Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.  
Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.  
Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.  
Trinidad santa, ten piedad de nosotros.  
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.  
Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.  
Corazón que eres uno con el Corazón de Cristo, ten piedad...  
Custodio del Verbo divino,  
Llave del tesoro celestial,  
Asiento del Verbo increado,  
Carro ígneo de Jesús,  
Lecho florido de Dios,  
Jardín del esposo de las vírgenes,  
Vergel de flores celestiales,  
Huerto sellado,  
Fuente preclara,  
Manantial de los jardines,  
Pozo de aguas vivas,  
Hontanar de luz y gracia,  
Fuente de la vida eterna,  
Manantial de aceite sagrado,  
Fuente de vino deífico,



Manantial de leche y miel,  
Fuente de todo consuelo,  
Hontanar perenne de bendiciones,  
Venero de bienes innumerables,  
Centella de la Deidad eterna,  
Santuario de la divina Trinidad,  
Corazón dignísimo de la de Jesús,  
Corazón atentísimo de la Madre nuestra,  
Corazón en la pasión traspasado por espada de dolor,  
Corazón alegrado por la aparición del Resucitado,  
Solaz de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón,  
Muéstrate propicio,

*El resto como en la primera letanía incluida la oración.*

*Para el segundo día de la octava*

Señor, ten piedad.  
Cristo, ten piedad.  
Señor, ten piedad.  
Jesús, óyenos.  
Jesús, escúchanos.  
Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.  
Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.



Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.  
Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.  
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.  
Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.  
Corazón inocentísimo,  
Corazón devotísimo,  
Corazón sapientísimo,  
Corazón clementísimo,  
Verdadera imagen del Corazón de Cristo,  
Esperanza y gozo de nuestro corazón,  
Cada de fuego,  
Torre llameante de la salvación,  
Torre inexpugnable de David,  
Avanzada de los ejércitos,  
Lámpara sapientísima de las vírgenes,  
Lámpara de fuego y de llamas,  
Lámpara inextinguible,  
Lámpara llena de aceite celestial,  
Armario de las Escrituras,  
Biblioteca de os Testamentos,  
Cofre lleno de fragancias,  
Abismo de la gracia,  
Trono de la gloria,  
Triclinio dorado del verdadero Salomón,  
Volumen de caridad,



Ejemplar de todas las perfecciones,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón atentísimo de la Madre nuestra,  
Corazón en la pasión traspasado por espada de dolor,  
Corazón alegrado por la aparición del Resucitado,  
Solaz de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón,  
Muéstrate propicio,

*El resto como en la primera letanía incluida la oración.*

*Para el tercer día de la octava*

Señor, ten piedad.  
Cristo, ten piedad.  
Señor, ten piedad.  
Jesús, óyenos.  
Jesús, escúchanos.  
Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.  
Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.  
Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.  
Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.  
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.  
Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.  
Sacratísimo Corazón de María, **Ruega por nosotros.**  
Compendio de las perfecciones divinas,



Corazón amado por el Padre, el Hijo y Espíritu Santo,  
Guardián del Verbo encarnado,  
Un solo corazón con el Corazón de Cristo,  
Trono de la divina voluntad.  
Esperanza nuestra,  
Tesoro de la Iglesia,  
Norma de la ley divina,  
Trono de la divina voluntad,  
Consuelo y refugio nuestros.  
Hoguera del divino amor.  
Milagro de caridad,  
Modelo de mansedumbre,  
Abismo de humildad.  
Trono de la misericordia,  
Cielo de los cielos,  
Santo de los santos,  
Libro de la vida.  
Alivio de nuestro destierro,  
Paraíso y júbilo de nuestras vidas,  
Soberano de nuestro corazón.  
Por el Corazón amante  
de tu santa Madre, escúchanos, Jesús,  
Por su odio al pecado,  
Por su desprecio del mundo.  
Por su estrecha unión con tu amabilísimo Corazón.



Por su profunda humildad.

*Oremos*

Dios todopoderoso,  
que hiciste del Corazón de María Virgen tu digna mansión y  
el trono de todas las virtudes; concédenos, por su  
intercesión, llevar en nosotros su semejanza, para que,  
cumpliendo siempre tus designios, seamos conformes a tu  
propio Corazón. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

*Para el cuarto día de la octava*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.

Corazón herido por el amor de Dios,

Rey de todos los mártires,



Gloria de la castidad,  
Honor de la virginidad,  
Escuela de las ciencias divinas,  
Almacén de las gracias divinas,  
Depósito de todos los bienes,  
Paraíso de delicias,  
Adorno hermosísimo del cielo,  
Rosa fulgente de celestial encanto,  
Blanco lirio de la santa Trinidad,  
Aula regia del sumo Emperador,  
Basílica sagrada del Salvador del mundo,  
Sagrario del Espíritu Santo,  
Altar dorado ante el trono de Dios,  
Incensario de oro,  
Vaso dorado de aromas celestiales,  
Cítara armoniosa de Dios,  
Eco del eterno Padre,  
Címbalo jubiloso de Cristo,  
Órgano del Espíritu Santo,  
Salterio gozoso del doro celestial,  
Corazón según el Corazón de Dios,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón muy obsequioso de nuestra Madre,  
Corazón traspasado de dolor en la pasión de Jesús,  
Corazón alegrado con la resurrección de Cristo resucitado,



Consuelo de nuestro destierro,  
Rey de nuestro Corazón,

*El resto como en la primera letanía.*

*Para el quinto día de la octava*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.

Zarza ardiente e incombusta,

Trono ígneo del amor,

Perla preciosa,

Ciudad gloriosa de Dios,

Casa áurea del Omnipotente,

Palacio del Rey eterno,

Fortaleza inexpugnable del Príncipe de los reyes,

Alcázar de la religión cristiana,



Alcoba sacratísima del divino amor,  
Templo del sumo Pontífice,  
Monte en la cumbre de los montes,  
Cielo de los cielos,  
Santo de los santos,  
Candelero de oro,  
Verdadero altar de los holocaustos,  
Arca de la alianza,  
Arca de la propiciación,  
Arca de santificación,  
Tabla de la ley escrita por el dedo de Dios,  
Vaso de oro lleno de maná,  
Habitáculo digno de Dios,  
Santuario de los celestes sacramentos,  
Abismo de milagros,  
Corazón dispuesto para todo lo que agrada a Dios,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón muy obsequioso de nuestra Madre,  
Corazón traspasado por espada de dolor en la pasión de  
Jesús,  
Corazón alegrado con la resurrección de Cristo,  
Consuelo de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón,

*El resto como en la primera letanía*



*Para el sexto día de la octava*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.

Sol del mundo,

Esplendor del firmamento,

Tabernáculo del Creador,

Reposo del Salvador,

Digna sede del Altísimo,

Gozo del Padre eterno,

Delicias del Hijo de Dios,

Sello del Espíritu Santo,

Reino de la santa Trinidad,

Sagrario de la plenitud de la divinidad,

Armario de los secretos divinos,



Síntesis de los misterios de Dios,  
Libro viviente de las obras de Cristo,  
Libro ilímite del divino Verbo,  
Memorial de los Evangelistas,  
Evangelio eterno,  
Biblioteca de los apóstoles,  
Tesoro de los sacerdotes,  
Oráculo de la Iglesia naciente,  
Espero clarísimo de la vida del Redentor,  
Imagen perfecta de su pasión y muerte,  
Origen de toda la santidad de la sacratísima Virgen,  
Principio de toda su gloria y grandeza,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón muy obsequioso de nuestra Madre,  
  
Corazón traspasado por espada de dolor en la pasión de  
Jesús,  
Corazón alegrado con la resurrección de Cristo,  
Consuelo de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón.

*Lo demás como en la primera letanía*

*Para el séptimo día de la octava*

Señor, ten piedad.



Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.

Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.

Encendido en amor a la divina Voluntad,

Diligente en la salvación de las almas,

Sede de la misericordia,

Propiciatorio de la justicia,

Modelo de inocencia,

Norma de paciencia,

Solio de la verdad,

Corona de la fidelidad,

Hoguera del amor divino,

Triunfo del amor materno,

Milagro de caridad,

Gloria de la sana cruz,

Centro de toda santidad,

Trono de todas las virtudes,

Paraíso de las bienaventuranzas evangélicas,



Guardián fiel de los dones del Espíritu Santo,  
Compendio de las inefables perfecciones de Dios,  
Suma de los oráculos divinos,  
Astro de los amantes,  
Gozo de nuestra comunidad,  
Norma de los corazones de los fieles,  
Alcázar de nuestro corazón,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón muy obsequioso de nuestra Madre,  
Corazón traspasado por espada de dolor en la pasión de  
Jesús,  
Corazón alegrado con la resurrección de Cristo,  
Consuelo de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón.

*Lo demás como en la primera letanía*

*Para el día de la octava*

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Jesús, óyenos.

Jesús, escúchanos.

Dios Padre de los cielos, ten piedad de nosotros.

Dios Hijo Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.



Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.  
Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros.  
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.  
Corazón santísimo de María, ruega por nosotros.  
Espejo del divino Corazón,  
Gozo de la santa Trinidad,  
Tesoro del eterno Padre,  
Trono del Hijo de Dios,  
Triunfo del Espíritu Santo,  
Sagrario del Evangelio,  
Libro de la vida,  
Oráculo de la misericordia,  
Templo de la paz,  
Gloria de la hija del Rey,  
Principio de la salvación,  
Semillero de piedad,  
Claustro de las virtudes,  
Tesoro de carismas,  
Cielo de esplendor,  
Firmamento de la contemplación,  
Paraíso de mansedumbre,  
Abismo de humildad,  
Claridad de la fe,  
Columna de la esperanza,  
Espero de la caridad,



Sello del amor,  
Oráculo del amor,  
Estandarte del amor,  
Guía de los amantes,  
Corazón dignísimo de la Madre de Jesús,  
Corazón muy obsequioso de nuestra Madre,  
Corazón traspasado por espada de dolor en la pasión de  
Jesús,  
Corazón alegrado con la resurrección de Cristo,  
Consuelo de nuestro destierro,  
Rey de nuestro corazón.

*Lo demás como en la primera letanía*

PROSA DE LA MISA  
del santísimo Corazón de la bienaventurada Virgen

Todos los corazones  
canten gozosos y devotos  
al Corazón de María.  
Todo corazón  
ame este Corazón;  
toda mente  
alabe este Corazón.

El Corazón del Dios eterno,



se hizo Corazón eterno  
de la santa Virgen.  
Esta es la Virgen prudente,  
la Virgen que cautiva  
el Corazón divino.  
El Hijo de la diestra del Padre,  
se hace Corazón e Hijo  
de la divina Madre.  
Flor del Corazón del Altísimo,  
Flor del Corazón virginal  
Flor y fruto.

Corazón de María,  
gozo de nuestro Corazón,  
solaz en el destierro,

Oráculo de amor,  
bandera e insignia,  
libro de la vida.

Espejo de caridad,  
tesoro de carismas,  
trono de Cristo.

Zarza fulgurante  
que incombusta permaneces,  
hoguera celestial.



Hoguera maravillosa.  
en ti se unen  
el rocío y la llama.  
Rocío prodigioso y vivificante,  
llamarada que alegra  
los corazones puros.

Todos los corazones  
se inunden de este rocío;  
todos los pechos se enciendan  
en esta llama sagrada.  
Oh Jesús, Corazón de María,  
rocío, fuego, fuente de gracia,  
quema, purifica, posee  
todos los corazones.

Oh amor, apresúrate,  
reina por doquier,  
en la tierra y sobre los astros.

Sean nuevos los corazones,  
todo se renueve,  
para alabar a Jesús con María.

Amén, Aleluya.



CÁNTICO  
*en honor del santísimo Corazón  
de la bienaventurada Viren María*

Cantemos al Señor con todo nuestro corazón,  
pues se mostró grande y glorioso en el Corazón de María.  
Vengan, vamos al Corazón sublime de la Madre de Dios, Y  
Dios será ensalzado en nuestros corazones.

Lleguémonos a la hoguera sagrada del amor, que nos  
devoren las llamas de su caridad.

Bendigamos este Corazón amable, alabemos, ensalcemos  
este muy humilde Corazón.

La multitud de los ángeles bendigan este Corazón purísimo,  
todos los santos alaben este Corazón santísimo.

Los cielos y la tierra bendigan este Corazón amantísimo,  
alaben y exalten este Corazón fidelísimo.

Toda la gloria de la hija del Rey viene de su interior, la  
plenitud de la caridad inunda su Corazón.

Dispuesto está su Corazón para esperar en el Señor,  
fortalecido está su Corazón, no vacila pues Dios habita en su  
interior.

Con gran Corazón y ánimo decidido hizo la voluntad de Dios,  
y concibió al Hijo en el Corazón antes que en el vientre.



Feliz el Corazón de la Virgen Madre, animada por el eco de la voz del eterno Padre.

Brotó del Corazón del Padre la Palabra buena,  
Brotó del Corazón de la Madre la Palabra buena.

Dichoso el Corazón de la Reina de los cielos, trono imperial del Verbo encarnado.

En este trono excelso contemplé al Hombre, a quien canta unánime la multitud de los ángeles.

Aquí reside el poder de su Nombre,  
Para siempre jamás.

Cante jubiloso tu Corazón, Virgen santa,  
para Dios, tu salvador.  
Porque miró su humildad,  
e hizo para ella grandes maravillas.

Por la multitud de los dolores de su Corazón  
los consuelos divinos la alegraron.  
Sea eternamente bendito tu Corazón,  
pues amas a los que te aman,  
y colmas sus tesoros con tus favores.

Nos bendiga Jesús, Corazón de María,  
nos bendiga María, Corazón de Jesús.  
Y todos los corazones amen a Jesús y María.



Bendigamos al Padre y al Hijo, con el Espíritu Santo,  
Alabémoslo y ensalcémoslo como al Rey del Corazón de  
Jesús María.

Dispuesto está nuestro corazón, Dios nuestro,  
dispuesto está nuestro corazón,  
para, con Jesús y María, hacer todas sus voluntades,  
con gran corazón y ánimo decidido.  
Gloria al Padre...

## HIMNO

*al Corazón santísimo de la Madre de Dios*

Corazón hermoso, motivo de mi alabanza,  
Corazón hermoso, centro del amor bello,  
recibe los honores y respetos,  
de los hombres y de los ángeles.

Santuario del Espíritu Santo,  
Padre del que te hizo,  
dame alcances para entender  
cómo te portaste en divino estado,  
formando de cenizas un trono para Dios  
y me transformaré de hombre en serafín.



Dame conocer tus maravillas,  
hoguera ardiente de amor,  
cielo hermoso desde donde el Padre del día,  
lanza dardos de sin iguales llamas,  
fuego siempre incandescente,  
corazón a la par amante y amado,  
trono del Hijo, trono del Padre,  
conclave de oráculos divinos  
que hizo mortal a un Dios y en gran misterio,  
hizo de un ser limitado, grandeza infinita.

Por encima del sol y la luna,  
más alto que los más encumbrados espíritus,  
los amores del Padre y del Hijo,  
hacen de ti su esfera común;  
ellos encienden dentro de tu seno,  
el fuego de que ambos rebosan,  
y de manera inefable,  
uno y otro fijan en ti su dulce morada,  
imprimen en ti imagen admirable  
de su Corazón divino y de su santo amor.

Como se ve en una nube  
que con sus rayos el sol,  
para copiar allí su semejanza



se esmera en pintar su imagen;  
así la divinidad,  
grabando en ti su hermosura,  
hace copia fiel  
donde reluce el objeto eterno de los santos,  
para que como en el cielo, en el Corazón de María  
Dios sea el que fabrica y Dios mismo sea producido.

Corazón hermoso de la casta Paloma,  
en el que jamás la garra del buitre  
ha herido el amor,  
bajo quien todo poder se anonada,  
en ti, con maravilloso esfuerzo,  
por un Corazón viviente, un corazón muerto  
tomó de nuevo su fuerza y su vida,  
y aquel que dio muerte al primer criminal  
encontró su muerte en el Corazón de María,  
contemplando en él a un Dios que se hizo mortal.

Cuando para borrar nuestros crímenes  
fue preciso que el Rey de reyes,  
se echara encima la pesada carga  
que nos hundía en el abismo,  
tú fuiste el fuego y el altar,  
donde este Dios hecho mortal



consumó su gran sacrificio.

La sangre que derramó era sangre común,  
y ese Corazón enrojecido mostraba que en este suplicio,  
sacerdote, víctima y altar eran uno solo.

Así esta Madre admirable,  
en el horror de una noche triste,  
abrió el tesoro de donde brotó  
nuestra dicha incomparable.  
Su Corazón inundó de sus favores  
nuestras almas y nuestros corazones,  
con extraordinaria profusión,  
y devolviendo a sí, sin perder nada de lo suyo,  
el hombre elevado a trono angelical,  
y este Corazón, dándolo todo, conservó íntegro su bien.

Oh Corazón sin límite bueno y amable,  
trono del amor eterno,  
palacio real del Inmortal,  
imagen de su Corazón adorable,  
rey de nuestros cuerpos y corazones,  
modelo perfecto de nuestros actos,  
reverentes ante ti nos prosternamos,  
te entregamos nuestros cuerpos y corazones imperfectos,  
que nunca se vean manchados con ofensa alguna,



sino que el santo amor reine en ellos por siempre jamás.

## ROSARIO

*En honor del santísimo Corazón  
de la Virgen bienaventurada*

En la cruz del rosario se dice el *Credo*, para adorar todos los misterios de la religión cristiana vividos en el Corazón sagrado de la gloriosa Virgen y celebrar la fe de que ese mismo Corazón siempre estuvo animada y de todas las adoraciones y alabanzas que rindió y rendirá eternamente a esos mismos misterios.

En las tres primeras cuentas, se dicen, en unión de las tres Personas divinas, las palabras siguientes referentes a este muy amable Corazón:

*Salve Corazón santísimo  
de la bienaventurada Virgen María*

En cada una de las cuentas grandes se dice *Gloria Patri*, etc. para agradecer a la santísima Trinidad por las gracias que derramó abundantemente en este abismo de gracias; y de todos los favores que ella ha hecho por su mediación a todo el género humano y a nosotros en particular.



En las dos primeras decenas se dice:

*Salve Corazón santísimo  
de la bienaventurada Virgen María*

De esta forma rendimos nuestros homenajes y respetos a este dignísimo Corazón, en unión de la devoción y de las alabanzas que se han dado y se darán por todos los corazones de los ángeles y de los santos. En el primer Ave nos unimos a la devoción de los serafines; en el segundo a la de los querubines, y así de los demás coros angélicos; de allí se pasa a los corazones de los santos patriarcas, de los santos profetas, de los santos apóstoles, etc.

Al recitar la tercera y la cuarta decena se dice:

*Salve Corazón amantísimo de tu santa Madre,  
que nuestro corazón, buen Jesús,  
sea conforme a tu Corazón*

Así pedimos a Nuestro Señor, mediante el Corazón encendido en amor de su santísimo Madre, que nuestros corazones sean según su Corazón, por perfecta imitación del amor, de la caridad, de la humildad, de la sumisión, de la obediencia, de la paciencia, de la inocencia, de la pureza, del odio al pecado, del desprecio de todo lo que hay en el



mundo, del desprendimiento total de todo que no es Dios, y de todas las demás virtudes de este adorabilísimo Corazón.

En la quinta y sexta decena se dice:

*Por el Corazón amantísimo  
de tu santísima Madre, escúchanos, Jesús*

Suplicamos así a Nuestro Señor, mediante el Corazón de su santísima Madre, que lo ama más que todos los corazones unidos de los hombres y de los ángeles, que escuche las plegarias que le dirigimos y que nos conceda los favores especiales que le pedimos, sea para nosotros, sea para nuestro prójimo. Él no puede rehusar nada de lo que se le pide con humildad y confianza por intercesión de este Corazón amantísimo, amabilísimo y muy amado.

Al final se dice el saludo: *Ave, Cor sanctissimum, Ave, Cor mitissimum, etc.* como aparece arriba.

En seguida se pide la bendición a Nuestro Señor y a su santísima Madre con estas palabras:

*Bendito sea el Corazón amantísimo y el dulcísimo Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y de la gloriosísima Virgen María, su Madre, por siempre jamás.*

*Nos cum Prole pia benedicat Virgo María, amen.*



## HIMNO

*En honor de la santísima Madre de la misericordia  
y de su Corazón muy misericordioso*

Alabanzas cantemos de todo corazón,  
al Padre del Rey de la gloria,  
y a la Madre de la misericordia,  
en unión a todos los santos.

Ella es aurora de la gracia,  
sanadora de toda miseria,  
consuelo de los que sufren,  
refugio de los pecadores.

El Dios de toda clemencia,  
te dio, Madre de los desdichados,  
el tesoro sagrado  
de la divina misericordia.

Encierras en tu seno  
todos los tesoros de la gracia,  
de celestiales favores  
colmas a los desdichados terrenales.



Vuelve tus ojos maternos  
a tus siervos fieles devotos,  
mira las lágrimas y los sollozos,  
escucha las voces suplicantes.

No desdeñes a los pecadores,  
míralos con ojos benignos,  
no los dejes desamparados,  
oh Madre del Hijo del Altísimo.

Estrella de los mares, Madre bondadosa,  
por tu Corazón compasivo,  
vuelve propicio hacia los necesitados  
el Corazón clemente de Jesús.

Contempla la familia humana,  
agobiada de inmensos crímenes,  
Fíjate en el demonio cruel,  
que tiraniza este pobre mundo.

¿A cuántas almas desdichadas,  
redimidas con la sangre de Cristo  
y selladas por el sagrado Espíritu,  
arrastran a las tinieblas infernales?



Sabes cuántas tormentas  
soportó el Hijo;  
que no sean inútiles  
sino remedio de tantos males.

Te sientan todos,  
consuelo de los míseros;  
cesen por tu fuerza compasiva  
los torrentes malignos que nos agobian.

Jesús, gozo de María,  
por las entrañas sagradas de la Madre,  
por su seno generoso,  
muéstrate propicio con los pecadores.

Honor, alabanza y gloria,  
al Padre clementísimo;  
a la Madre de la misericordia  
alabanza por los siglos eternos.  
Amén.



## **LIBRO DOCE**

### **EL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS**

#### **PRESENTACIÓN**

Pensó san Juan Eudes que su obra sobre el Corazón Admirable de María debía culminar con una meditación teológica y espiritual sobre el que prefería llamar EL DIVINIO CORAZÓN DE JESÚS.

Dedicó a este tema el libro doce de su obra. Es quizás el texto más rico que existe sobre el Corazón de Jesús, estudiado no solo desde la teología sino también desde la experiencia espiritual de un santo. Su concepto del término *corazón* se acerca mucho al lenguaje bíblico correspondiente. Es la interioridad de la persona en su dimensión de pensamiento, voluntad, sentimiento, amor, responsabilidad, decisión. Y tratándose de Jesús, Verbo encarnado, no puede no hablar de un corazón divino pero también de un corazón humano en la unidad de una persona.

Se adentra en el misterio de Dios, Trinidad de personas. El Corazón de Jesús es el Corazón del Padre y del Espíritu Santo. Toda la obra divina de la creación y de la salvación, su intervención en la historia, tiempo y espacio, en el



misterio de la encarnación y la redención, son expresamente vistos desde la riqueza del contenido del corazón. Vive ese misterio, divino y humano, de manera muy sentida en su larga meditación sobre la pasión de Cristo, seguida y padecida por Jesús y María, cada uno en su corazón, dos corazones que son una sola realidad.

Ofrece esta doctrina en textos de meditación espiritual, en fórmulas de himnos para la liturgia y de letanías para el uso personal piadoso. Concluye su obra con una hermosa elevación a María, donde repasa momentos de su vida y ora apasionadamente por su pequeña comunidad. Es un texto para leer y meditar.

## **CAPITULO I**

### ***El divino Corazón de Jesús, corona y gloria del santísimo Corazón de María***

No es justo separar dos cosas que Dios ha unido tan íntimamente por los vínculos más fuertes y por los nudos más estrechos de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Me refiero al divino Corazón de Jesús, Hijo único de María,



y al Corazón virginal de María, Madre de Jesús. Es el Corazón del mejor Padre que pueda existir y de la mejor Hija que haya existido o pueda existir jamás. Es el Corazón del más divino de todos los esposos, y de la más santa de todas las esposas. Es el Corazón del más amante de todos los Hijos y de la más amante de todas las Madres. Son dos Corazones, reunidos por el mismo espíritu y por el mismo amor que une al Padre de Jesús con su Hijo muy amado, para no formar sino un solo corazón, no en unidad de esencia, como es la unidad del Padre y del Hijo, sino en unidad de sentimiento, afecto y voluntad.

Estos dos Corazones de Jesús y de María están unidos tan íntimamente, que el Corazón de Jesús es el principio del Corazón de María, como el creador es el principio de su criatura; y el Corazón de María es el origen del Corazón de Jesús, como la madre es el origen del corazón de su hijo.

¡Qué portento! El Corazón de Jesús es el Corazón, el alma, el espíritu y la vida del Corazón de María, que no tiene ni movimiento, ni sentimiento, sino por el Corazón de Jesús; y el Corazón de María es la fuente de vida del Corazón de Jesús, que residió en sus benditas entrañas, como el corazón de la madre es el principio de la vida del corazón de su hijo.

Finalmente el Corazón adorable de Jesús es la corona y la gloria del amable Corazón de la reina de los santos, puesto que es gloria y corona de todos los santos. De la misma manera el Corazón de María es la gloria y la corona



del Corazón de Jesús, porque le da más honor y gloria que todos los corazones del paraíso reunidos.

Después de haber hablado tan extensamente del Corazón augusto de María, es, por tanto, muy razonable no terminar esta obra sin decir algo del Corazón admirable de Jesús. Pero, ¿qué es posible decir acerca de tema tan inefable, inmenso, incomprensible, e infinitamente elevado por encima de todas las luces de los querubines? Ciertamente todas las lenguas de los serafines serían demasiado débiles para hablar dignamente de la menor chispa de ese horno abrasado del divino amor. ¿Cómo un miserable pecador, lleno de tinieblas e iniquidades, osará acercarse a este abismo de santidad? ¿Cómo se atreverá a mirar este temible santuario, oyendo resonar en sus oídos aquellas tremendas palabras: *tiemblen a la vista de mi santuario* (Lev 26, 2).

Oh, mi Señor Jesús, *borra en mí todas mis iniquidades, a fin de que merezca entrar en el Santo de los santos, con espíritu puro*, con pensamientos santos, y con palabras inflamadas en el fuego del cielo que trajiste a la tierra; que ese fuego inflame los corazones de los lectores.

## **CAPÍTULO II**

### ***El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor ardentísimo a su eterno Padre***



Infinitas razones nos obligan a tributar al divino Corazón de Jesús nuestras adoraciones y homenajes, con devoción y respeto extraordinarios. Estas razones se señalan en tres palabras de san Bernardino: *Horno de ardentísima caridad para inflamar e incendiar todo el universo. (Sermón 114).*

Ciertamente este admirable Corazón de Jesús es horno de amor a su divino Padre, a su santísima Madre, a su Iglesia triunfante, militante y purgante y a cada uno de nosotros en particular, según veremos en los capítulos siguientes.

Pero consideremos primero las ardientes llamas de esta hoguera de amor al Padre celestial.

Mas, ¿qué inteligencia podría concebir y qué lengua podría expresar la mínima centella del amor infinito a su Padre en que se abrasa el Corazón del Hijo? ¡Es amor digno de tal Padre y de tal Hijo! ¡Es amor que iguala maravillosamente las perfecciones inefables de su objeto amado! ¡Es Hijo infinitamente amante que ama a un Padre infinitamente amable! ¡Dios que ama a otro Dios! ¡Amor esencial, que ama al amor eterno; amor inmenso, incomprensible, infinitas veces infinito, que ama a un amor inmenso, incomprensible, infinitas veces infinito! Si lo miramos como hombre o como Dios, el Corazón de Jesús arde en amor a su Padre y lo ama infinitamente más en



cada momento que los ángeles y los santos todos juntos, por toda la eternidad.

Y, como no hay mayor amor que dar la vida por el amado, el Hijo de Dios ama tanto a su Padre que por El sacrificaría aún la suya, como lo hizo en la cruz, y con los mismos tormentos, por amor a su Padre, (si tal fuera el divino beneplácito). Y siendo tan inmenso este amor, en medio de dolores entregaría su vida por el mundo, como ya la entregó en el Calvario; y siendo amor eterno, la sacrificaría eternamente y con eternos dolores; y siendo amor infinito, estaría dispuesto a hacer este sacrificio infinitas veces, si posible fuera, y con infinitos sufrimientos.

¡Oh Padre divino, creador y conservador del universo, nadie tan amable como tú! Tus infinitas perfecciones y las bondades que abrigas en tu Corazón, imponen a todos los seres que creaste, la obligación de servirte, honrarte y amarte con todas las fuerzas. Y sin embargo nadie en el mundo es tan poco amado como tú, nadie tan ultrajado y despreciado de gran parte de vuestras criaturas: *Me han odiado a mí y a mi Padre*, dijo vuestro Hijo Jesús; y *me odian sin motivo*, (Jo 15, 24-25), a mí que nunca les he hecho mal alguno, sino, al contrario, los he colmado de bienes. Veo el infierno lleno de innumerables demonios y condenados que te lanzan sin cesar millones de blasfemias,



y veo la tierra repleta de infieles, herejes, y falsos cristianos que te tratan como a su mayor enemigo.

Mas sin embargo, dos motivos me llenan de consuelo y alegría. El primero, que tus perfecciones y grandezas, oh Dios mío, sean tan admirables, y sean de tu complacencia infinita el amor eterno de tu Hijo y todas las obras que con este amor hizo y sufrió, para reparar las ofensas de tus enemigos, ultrajes que no son ni serán nunca capaces de menoscabar en lo más mínimo tu gloria y felicidad.

El segundo, me regocija que, queriendo este Hijo eterno, muy amado, en exceso de su incomparable bondad, ser nuestra cabeza y nosotros sus miembros, nos ha asociado a él en el amor que te profesa, y por consiguiente nos ha dado el poder de amarte con este mismo amor, es decir, con amor, en cierto modo, eterno, inmenso, infinito.

Para entender esto, mi querido lector, advierte tres puntos: primero, que siendo eterno este amor de Jesús por su Padre, no pasa, sino que eternamente subsiste y es siempre estable y permanente. Segundo, que, como este amor llena todas las cosas por su inmensidad, está en nosotros y en nuestro corazón: *Intimo meo intimior*, más adentro de mi propia intimidad, dice san Agustín. Tercero, que, habiéndonos dado todo el Padre de Jesús al damos a su Hijo: *En él nos lo dio todo* (Ro 8, 32) este amor del Hijo



de Dios a su Padre es nuestro, y podemos y debemos usarlo como algo propio.

Con mi Salvador, puedo, por tanto, amar a su divino Padre y Padre mío, con el mismo amor con que él lo ama, es decir con amor eterno, inmenso e infinito. Puedo practicarlo así:

¡Oh mi Salvador, me doy a ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre! ¡Oh Padre adorable, te ofrezco todo este amor eterno, infinito, inmenso de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío! Y así como este Salvador nos dijo: *Los amo como mi Padre me ama* (Jn 15, 9), puedo yo también decirles: *¡Oh Padre divino, te amo como tu Hijo te ama!*

Y como el amor del Padre a su Hijo no es menos mío que el amor del Hijo a su Padre, puedo usar, como de algo mío, este amor del Padre al Hijo, diciendo por ejemplo:

*¡Oh Padre de Jesús, me doy a ti, para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu amado Hijo! ¡Oh Jesús mío, te ofrezco todo el amor eterno, inmenso e infinito que tu Padre te tiene y te lo ofrezco como amor que me pertenece!* De esta manera, como Jesús me dijo: *te amo como mi Padre me ama*, puedo recíprocamente decirle: *¡Oh Salvador mío, te amo como tu Padre te ama!*

¡Oh bondad inefable, oh amor admirable! ¡Oh dicha indecible! Que el Padre eterno nos dé su Hijo, y con él nos dé todo, y nos lo dé no sólo para que sea nuestro redentor, nuestro hermano, nuestro Padre, sino también para que



sea nuestra Cabeza. ¡Oh, qué ganancia ser miembros del Hijo de Dios y no ser sino uno con él, como los miembros son uno con la cabeza; y por consiguiente no tener sino un espíritu, un corazón y un amor con él y poder amar a su divino Padre y Padre nuestro con un mismo corazón y un mismo amor con él!

No hay que extrañarse, pues, si hablando de nosotros al Padre celestial, le dice: «*Los amaste como a mí mismo* (Jn 15, 23); y si le ruega que nos ame siempre así: *El amor con que me amaste esté en ellos* (Jn 17,26). Ahora bien, si amamos a este Padre tan amable como lo ama su Hijo, no debemos sorprendernos si nos ama con el mismo amor con que ama a su Hijo, ya que mirando a nosotros en él, como a miembros suyos, que no formamos sino uno con él, encuentra que lo amamos con su Hijo con un mismo corazón y un mismo amor. No nos extrañemos, pues, si nos ama con el mismo corazón y el mismo amor con que ama a su Hijo.

¡Oh, que el Cielo, la tierra y todo lo creado se transforme en puro amor a este Padre de bondades y al Unigénito de su divino amor, como dice san Pablo: *Nos trasladó al reino del Hijo de su amor* (Col 1, 13).



### **CAPÍTULO III**

***El divino Corazón de Jesús,  
hoguera ardentísimo de amor a su santísima Madre,  
y sus llamas resplandecen en los privilegios maravillosos  
de que la enriqueció***

Verdad evidente ésta: las soberanas e inconcebibles gracias con que nuestro salvador colmó a su bienaventurada Madre ponen de manifiesto su amor sin límites ni medida. Ella es el primero y más digno objeto, después de su divino Padre, de su amor, puesto que la ama infinitamente más que a todos sus ángeles, santos y criaturas juntas. Los extraordinarios favores con que la honró y los maravillosos privilegios con que la distinguió de todas las criaturas, son pruebas de esta verdad.

Veamos estos privilegios. El primero es la elección que de ella hizo el Hijo de Dios, desde toda la eternidad, para elevarla sobre toda criatura, para establecerla en el más alto trono de gloria y de grandeza y para darle la más admirable de todas las dignidades cual es la de ser Madre de Dios.

Vengamos de la eternidad a la plenitud de los tiempos y veremos que esta sagrada Virgen es la única entre las hijas de Adán, preservada, por privilegio especialísimo de



Dios, del pecado original. En testimonio de lo cual la Iglesia celebra cada año la fiesta de su Inmaculada Concepción.

El amor del Hijo de Dios a su dignísima Madre, no sólo la preservó del pecado original, sino que la colmó, desde su concepción, de gracia tan eminente, que según muchos teólogos, sobrepasó la gracia del primero de los serafines y la del mayor de los santos. Entre todos los hijos de Adán, sólo ella disfruta de este privilegio. También es la única privilegiada desde el primer momento de su vida, con la luz de la razón y de la fe, por la cual comenzó a conocer desde entonces a Dios, a adorarlo y a entregarse a él..

Por otro privilegio, comenzó desde el primer momento de su vida a amar a Dios y con mayor ardor que los mismos serafines. Sólo ella lo amó sin interrupción alguna durante todo el tiempo de su vida. Se dice con razón que no hizo sino un sólo acto de amor desde el primero hasta el último momento de su vida. Acto que jamás fue interrumpido.

Sólo ella cumplió siempre perfectamente el primero de los mandamientos divinos: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»*. De aquí que muchos doctores de la Iglesia aseguren que su amor aumentaba cada hora; cada



momento según algunos, pues cuando un alma, dicen ellos, hace un acto de amor con todo su corazón y con toda la gracia que en sí tiene, su amor crece. De suerte que como esta sagrada Virgen amaba a Dios continuamente con todo su corazón y con todas sus fuerzas, si tuvo diez grados de amor en el primer instante de su vida, en el segundo tendría veinte, cuarenta en el tercero y así iba creciendo su amor, duplicándose cada momento o por lo menos cada hora durante toda su vida. Juzga, entonces, qué incendio de amor divino abrasaría a este corazón virginal en los últimos días de su vida en la tierra.

Sigamos considerando los privilegios singulares con que el Unigénito enriqueció a su divina Madre. Solamente ella pudo merecer con sus oraciones y lágrimas, según algunos doctores, anticipar la encarnación de su Hijo.

Nada más que ella hizo nacer de su propia substancia, al nacido desde toda la eternidad en el seno de Dios. En efecto, dio parte de su substancia virginal y de su purísima sangre para formar la humanidad santa del Hijo de Dios. Cooperó además con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a la unión que se hizo de su substancia con la persona del Hijo de Dios; cooperando así a la realización del misterio de la encarnación, que es el mayor milagro que Dios hizo, ha- rá y pueda hacer.



Hay otro privilegio maravilloso de esta divina Virgen: su sangre purísima y su carne virginal, quedaron unidas para siempre, por la unión hipostática, a la persona del Verbo encarnado. Por esta razón la carne y sangre virginales de María son adorables en la humanidad del Hijo de Dios, con la misma adoración debida a esta humanidad y serán objeto de las adoraciones de los ángeles y los santos. ¡Oh privilegio incomparable! ¡Oh inefable amor de Jesús a su santísima Madre!

Aún más. Esta Madre admirable proporcionó también la carne y la sangre de que fue formado el corazón admirable del niño Jesús; y este corazón recibió alimento y crecimiento de esa sangre durante los nueve meses que vivió en las purísimas entrañas de la bienaventurada Virgen y después, durante unos tres años, fue alimentado de su leche virginal.

Esta incomparable Virgen es la única que ocupa el lugar de Padre y Madre respecto a Dios y por consiguiente la única que tiene sobre él autoridad de tales; es obedecida por el monarca del universo, teniendo por ello derecho a los honores de todo cuanto Dios ha creado.

Solo ella es a la vez Madre y Virgen, y según algunos doctores, hizo voto de virginidad desde el momento de su Inmaculada Concepción. Sólo ella llevó en



sus benditas entrañas durante nueve meses, al que el Padre eterno lleva en su seno durante toda la eternidad.

Sólo ella alimentó y dio vida al que es la vida eterna y da vida a todo viviente. Solamente ella, en compañía de san José, vivió de continuo por espacio de treinta y cuatro años con el adorable Salvador. ¡Prodigio admirable! El divino redentor vino a la tierra para salvar a los hombres y sin embargo, no les concedió sino tres años y tres meses de su vida para instruirlos y predicarles; en cambio empleó más de treinta años con su santa Madre, para santificarla más y más. ¡Oh! qué torrentes de gracias y bendiciones derramaría incesantemente, durante aquel tiempo, en el alma de su bienaventurada Madre, que tan bien dispuesta estaba a recibirlas. Con qué incendios y celestiales llamaradas el divino Corazón de Jesús, horno de amor ardentísimo, abrasaría el corazón virginal de su dignísima Madre! Recordemos la unión estrechísima de uno y otro cuando lo llevó en sus entrañas y cuando lo alimentaba con su sagrada leche; cuando lo llevaba en sus brazos y cuando lo estrechaba contra su pecho; cuando vivió en íntima familiaridad con él, bebiendo, comiendo y orando a Dios con él, y cuando escuchaba sus divinas palabras que como carbones encendidos, inflamaban más y más su santísimo corazón en el fuego sagrado del amor divino.



¿Quién sería capaz de explicar el amor a Dios en que estaría abrasado el corazón de la Madre del salvador? En verdad, suficiente motivo hay para creer que si su Hijo no la hubiera conservado milagrosamente hasta el momento en que fue trasladada al cielo, hubiera muerto de amor, no solo una vez, como santa Teresa, sino mil y mil veces, pues su amor era casi infinitamente más ardiente que el de santa Teresa, y ya, desde su infancia, tenía lo bastante para morir de tal muerte de la que efectivamente murió, cuando su Hijo lo tuvo a bien, para hacerla vivir con él la más dichosa y feliz vida que pueda haber después de la suya.

Digamos también de esta maravillosa Virgen, que sólo ella, fuera de su Hijo, fue subida en cuerpo y alma al cielo, conforme a la tradición y al sentir de la Iglesia que celebra esta festividad por todo el mundo.

Sólo ella ha sido elevada por encima de todos los coros de los ángeles y de los santos, colocada a la diestra de su Hijo, coronada como Reina de cielos y tierra.

Sólo ella tiene todo poder en la Iglesia triunfante, militante y purgante: *Mi poder está en Jerusalén* (Sirá2 4, 15). Tiene ella más poder ante su Hijo Jesús, que todos los moradores del cielo juntos. Dice de ella el Cardenal Pedro Damián: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra.*



San Anselmo señala otro privilegio particular, cuando dice: *Señora mía, si tú no pides nadie lo hará, pero cuando pides, todos los santos oran contigo.*

¿No resulta de lo dicho que es inmenso el número de privilegios con que nuestro Salvador honró a su santísima Madre? ¿Quién lo obligó a hacerlo? El amor ardentísimo que abrasaba su corazón filial. ¿Por qué tanto amor?

- 1, Porque es su Madre, de quien recibió nuevo ser y nueva vida en la tierra.
2. Porque ella le ama más que todas las criaturas juntas.
3. Porque cooperó con él en la redención del mundo, su gran obra.

En efecto, le dio un cuerpo mortal y pasible para que soportara todos los sufrimientos de su pasión; le proveyó de la sangre preciosa que derramó por nosotros; le dio la vida que inmoló por nuestra salvación y ofreció ella misma su sangre y su vida.

Siendo esto así, ¿no estaremos nosotros obligados a amarla, servirla y honrarla de todas las maneras posibles? Amémosla, pues, juntamente con su Hijo Jesús; y si los amamos, odiemos lo que odian y amemos lo que aman. Tengamos con ellos un sólo corazón que deteste lo que detestan, esto es, el pecado, en particular contra la caridad, la humildad y la pureza; que ame lo que aman, en



especial a los pobres, las cruces y las virtudes cristianas. Oh! Madre de bondad, alcánzame de tu Hijo estas gracias.

## **CAPÍTULO IV**

### ***Otro privilegio con que nuestro Salvador honra a su santísima Madre***

Agreguemos otro privilegio con que el Hijo de Dios glorifica a su santísima Madre; privilegio superior a todos los precedentes. Y es el de, no sólo ser asociada eternamente a la paternidad adorable del eterno Padre, sino, además, el conservar en el cielo la autoridad de Madre que poseía en la tierra: *Les estaba sumiso* (Lc 2,51). Le da más gloria este privilegio que el imperio de cien millones de mundos. Porque, aunque su Hijo la supera infinitamente en gloria, poder y majestad, sin embargo la mirará y honrará eternamente como a su verdadera Madre. El ser Hijo de Dios, dice san Ambrosio, no le eximía en la tierra, de la obligación divina y natural de la obediencia a su Madre: *Les estaba sumiso*. Sujeción de ninguna manera vergonzosa sino honorable y gloriosa, pues era voluntaria y piadosa: *no ciertamente era debilidad esta sumisión sino amor filial* dice este santo Padre.

En fin, muchos santos doctores afirman que la Madre del Salvador tenía sobre la persona de su Hijo



verdadero dominio, sea por derecho natural, sea por bondad y humildad de su Hijo. El mayor de todos los nombres de esta divina Virgen, dice Gerson, es el de Madre de Dios, porque esta cualidad le da autoridad y dominio natural sobre el Señor de todo el mundo. No cabe imaginar que su Hijo le haya dado este poder en la tierra y se lo haya quitado en el cielo, pues la respeta y ama en el cielo tanto como en la tierra.

Siendo eso así, ¿no hay que creer que es tan poderosa en el cielo como en la tierra y que conserva cierta autoridad sobre su Hijo? *Igual poder tienen la Madre y el Hijo*, dice Amoldo de Chartres; y Ricardo de San Lorenzo: *Fue constituida omnipotente por el Hijo todopoderoso*.

Teniendo Hijo y Madre una misma carne, un mismo corazón y una misma voluntad, tienen en cierta manera el mismo poder. «Nada resiste a tu poder, dice a la Virgen Jorge, Arzobispo de Nicomedia; todo cede a tu fuerza y a tus mandatos, todo obedece a tu imperio; el que de ti nació, te elevó sobre toda criatura; tu creador hace de tu gloria la suya, y se considera honrado por los mismos que a ti te honran; se alegra tu Hijo al ver el honor que te tributamos y como si cumpliese deberes contigo, te concede gustoso cuanto le pides.



De veras sabemos, agrega san Anselmo, que la Virgen bendita está tan llena de gracia y de méritos, que obtiene siempre el efecto de todos sus deseos. Imposible, dice

san Germán arzobispo de Constantinopla, que no sea escuchada en todo y por todo, puesto que su Hijo está siempre sumiso a su voluntad.

*De dos cosas me asombro dice san Bernardo, ambas portentosas: que Dios obedezca a una mujer es humildad sin igual, y que una mujer tenga poder sobre un Dios es sublimidad sin par.* De aquí que no teme decir el cardenal Pedro Damián que esta bondadosísima Virgen se presenta en el cielo, no sólo como esclava, sino como madre que ordena. *Suplica al Padre; manda al Hijo; con derecho de Madre ejerce su autoridad.* Así canta la Iglesia de París en una secuencia: *cuando tienes algo que pedir al eterno Padre, divina Virgen, oras y suplicas; pero si es al Hijo, la autoridad de Madre te da derecho de usar del mandato.*

Dirás: es poner a la criatura por encima del creador. Respondo preguntando si la divina Escritura eleva a Josué por encima de Dios al decir que se detuvo el sol y que Dios obedeció a la voz de un hombre (Jos 10, 14) no es poner a la criatura por encima de su creador, sino que el Hijo de Dios tiene tanto amor y respeto a su divina Madre que su oración es para él un mandato.



La Virgen, apunta Alberto el Grande, puede, no sólo suplicar a su Hijo la salvación de sus fieles, sino hasta mandarle con autoridad de Madre; esto es, añade, lo que le pedimos por estas palabras: *Monstra te esse Matrem*, Muestra que eres Madre. Es una oración muy frecuente en la Iglesia, muy grata a ella y muy útil a nuestras almas. Es como si le dijéramos: Santa Madre de Dios, haz que experimentemos la bondad incomparable de que está repleto tu corazón maternal; que veamos el inmenso poder que él tiene sobre el Corazón muy misericordioso de tu amado Hijo: *Muestra que eres Madre; por tu intercesión acoja las súplicas el que, nacido por nosotros, quiso ser tuyo.*

## **CAPÍTULO V**

***El amor infinito de Jesús a su santa Madre llenó su Corazón de muy acerbos dolores al considerar los padecimientos que sufrió su Corazón virginal durante la pasión***

Los dolores que el Corazón adorable de nuestro Salvador soportó al ver a su santísima Madre sumergida en un mar de tribulaciones en el tiempo de su pasión, son inexplicables e inconcebibles. Una vez que la bienaventurada Virgen fue Madre de nuestro redentor, soportó incesantemente un combate de amor en su Corazón. Porque conociendo que era la voluntad de Dios



que su amado Hijo sufriera y muriera por la salvación de las almas, el amor muy ardiente que tenía a esta divina voluntad y a las almas la ponía en entera sumisión al querer de Dios; y el amor inconcebible de Madre a su queridísimo Hijo, le causaba dolores indecibles a vista de los tormentos que había de sufrir para rescatar el mundo.

Llegado el día de su pasión, creen los santos, que a juzgar por el amor y obediencia con que siempre se conducía con su santísima Madre y conforme a la bondad que tiene de consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de dar comienzo, a sus sufrimientos, se despidió de su Madre queridísima. A fin de hacerlo por obediencia tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, que era la misma voluntad, le pidió licencia para ejecutar la orden de su Padre. Le dijo que era voluntad de su Padre que le acompañase al pie de la cruz y envolviese su cuerpo, cuando muriera, en un lienzo, para depositarlo en el sepulcro; le dio orden de lo que tenía qué hacer y dónde había de estar hasta su resurrección.

Es igualmente creíble que le dio a conocer lo que él iba a sufrir para prepararla y disponerla a que lo acompañara espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y como los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declararon solo con palabras. Sus ojos y sus corazones se comprendían y comunicaban recíprocamente. Pero el



perfectísimo amor recíproco y la entera conformidad que tenían a la voluntad divina, no permitían que hubiese imperfección alguna en sus sentimientos naturales. Siendo el Salvador el Hijo único de María, sentía mucho sus dolores, pero como era su Dios, la fortificaba en la mayor desolación que jamás ha habido. La consolaba con divinas palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su Corazón, y con nuevas gracias que continuamente derramaba en su alma, a fin de que pudiese soportar y vencer los violentísimos dolores que le estaban preparados. Eran tan grandes estos dolores, que si le hubiera sido posible y conveniente sufrir en lugar de su Hijo, le hubiera sido más soportable que el verlo padecer, y le hubiera sido más dulce dar su vida por él, que verlo soportar suplicios tan atroces. Pero, no habiendo dispuesto Dios de otra manera, ella ofreció su Corazón, y Jesús dio su cuerpo, a fin de que cada uno sufriese lo que Dios había ordenado. María había de sufrir todos los tormentos de su Hijo en la parte más sensible que es su Corazón, y Jesús había de soportar en su cuerpo sufrimientos inexplicables, y en su Corazón los de su santa Madre que eran inconcebibles.

Despidiose el Salvador de su santísima Madre y fue a sumergirse en el océano inmenso de sus dolores; y su desolada Madre, en continua oración, lo acompañó interiormente, de suerte que en este triste día comenzaron



para ella las plegarias, las lágrimas, las agonías interiores y, con perfectísima sumisión a la divina voluntad, repetía con su Hijo, en el fondo de su Corazón: *«Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra.*

La noche en que los judíos prendieron a nuestro redentor en el Huerto de los Olivos, le condujeron atado a casa de Anás y luego a la de Caifás, donde se hartaron de burlarse de él y de ultrajarle de mil maneras. Hasta el amanecer quedó Jesús en aquella prisión, después de que todos se hubieron ido a casa. También san Juan Evangelista marchó de allí sea por orden de Nuestro Señor, sea por divina inspiración y fue a dar cuenta a la santísima Virgen de lo ocurrido. ¡Oh Dios mío, qué lamentos, tristezas y dolores se cruzaron entre la Madre de Jesús y el discípulo amado, mientras este contaba y ella escuchaba los acontecimientos! En verdad, los sentimientos y angustias de ambos fueron tales, que cuanto se diga es nada en comparación de la realidad. Más decían con el corazón que con los labios, más con sus lágrimas que con discursos, en especial la bendita Virgen, puesto que su grandísima modestia, impidiéndole palabra alguna inconsiderada, hacía sufrir su Corazón lo que nadie puede imaginar.

A llegar el tiempo de buscar y acompañar a su Hijo en los tormentos, sale de su casa al despuntar el



día, silenciosa como el Cordero divino, muda como oveja; va regando el camino con sus lágrimas y de su Corazón se elevan al cielo ardientes suspiros. Acompáñenla en adelante en sus dolores sus devotos, caminando por la vía del dolor.

En medio de ultrajes e ignominias los judíos conducen al salvador a casa de Pilatos y de Herodes. A causa de la multitud y del alboroto del pueblo, su Madre no logra verlo hasta que es mostrado a la muchedumbre flagelado y coronado de espinas. Entonces su Corazón sufrió dolores inmensos, y *sus ojos derramaron torrentes de lágrimas* (Lm 2, 18) al oír las voces del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias que los judíos vomitaban contra su Hijo, las afrentas que le hacían, las blasfemias que proferían contra él. Mas como había puesto todo su amor en él, aunque su presencia fuese lo que más la debía afligir, era no obstante, lo que deseaba por encima de todo. El amor llega a estos extremos. Soporta menos la ausencia del amado que el dolor, por grande que sea, que su presencia le hace sufrir. Entre tales amarguras e inimaginables angustias, esta santa oveja suspira por la vista del divino Cordero. Al fin lo vio todo desgarrado por los azotes, su cabeza atravesada por crueles espinas, su adorable rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y de salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de



caña en la mano y vestido con túnica de burla. Sabe él que allí está su Madre dolorosa; conoce ella que su divina Majestad ve los sentimientos de su Corazón traspasado por dolores no menores a los soportados por él en su cuerpo. Oye los falsos testimonios contra él y cómo es pospuesto a Barrabás, ladrón y homicida. Oye miles de voces que clamaban llenas de furor: *Quítalo, quítalo, crucifícalo, crucifícalo* (Jn 19, 15). Escucha la cruel e injusta sentencia de muerte contra el autor de la vida. Ve la cruz en la que se lo van a crucificar y cómo marcha hacia el calvario cargándola sobre sus espaldas. Siguiendo las huellas de su Jesús, lava con lágrimas el camino ensangrentado por su Hijo. También soportaba en su Corazón cruz tan dolorosa como la que llevaba él en sus hombros.

En el calvario las santas mujeres se esfuerzan por consolarla. A imitación de su dulce Cordero, enmudece y sufre inconcebibles dolores. Oye los martillazos que los verdugos descargan sobre los clavos con los cuales sujetan a su Hijo en la cruz. Al ver al que amaba infinitamente más que a sí misma, pendiente de la cruz entre tantos y tan crueles dolores, sin poder prestarle el menor alivio, cae en brazos de los que la acompañaban. Era tanta su debilidad después de velar toda la noche, de haber llorado tanto y sin tomar alimento alguno que pudiera sostenerla. Entonces, sécanse las lágrimas, pierde el color, estremecida



de dolor; no tiene más reactivo que las lágrimas de sus compañeros, hasta que su Hijo le da de nuevo fuerzas para que le acompañe hasta la muerte.

De nuevo bañada por ríos de lágrimas, sufre martirios de dolores a la vista de su Hijo y su Dios pendiente de la cruz. Sin embargo, en su alma, hace ante Dios oficio de medianera por los pecadores, coopera con el redentor a su salvación y ofrece por ellos al eterno Padre, su sangre, sufrimientos y muerte, con deseo ardentísimo de su eterna felicidad. El indecible amor que tiene a su querido Hijo, le hace temer verle expirar y morir, pero a la vez la llena de dolor el que sus tormentos duren tanto que sólo con la muerte vayan a terminar. Desea que el eterno Padre mitigue el rigor de sus tormentos, pero quiere conformarse enteramente a todo su querer. Y así, el amor divino hace nacer en su Corazón contrarios deseos y sentimientos, que le hacen sufrir inexplicables dolores.

La bendita Oveja y el divino Cordero, se miran y entienden y comunican sus dolores solamente comprendidos por estos dos Corazones de Hijo y Madre, que amándose mutuamente en perfección, sufren a una estos crueles tormentos. Y siendo el mutuo amor la medida de sus dolores, los que los consideran están tan lejos de poder comprenderlos cuanto de entender el amor de tal Hijo a tal Madre y recíprocamente.



Los dolores de la Santísima Virgen aumentan y se renuevan continuamente con los ultrajes y tormentos que los judíos ocasionan a su Hijo.

Qué dolor, al oírle decir: «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*»? (Mt 27, 46)<sup>1</sup>). Qué dolor al ver que le dan hiel y vinagre en su ardiente sed. Sobre todo, qué dolor al verlo morir en un patíbulo entre dos malhechores. Qué dolor al ver traspasar su Corazón con una lanza. Qué dolor, cuando le recibe en sus brazos. Con qué dolor se retira a su casa a esperar su resurrección. Oh, de cuán buena gana hubiera sufrido esta divina Virgen todos los dolores de su Hijo, antes que vérselos sufrir a él!

Al acompañar los corazones de quienes se esfuerzan por imitar a su divino Padre y a su bondadosísima Madre, es obra de perfecta caridad hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las de los demás, de suerte que les es más fácil soportarlas que verlas padecer por los demás.

Es lo que el salvador hizo durante su vida terrena y especialmente en su pasión. En efecto, sabiendo que Judas le había vendido, demostró mayor sentimiento por su condenación que por los tormentos que por su traición tenía que sufrir, al decir *mejor le hubiera sido no haber nacido, si había de condenarse*.



De igual manera, a las mujeres que lloraban en pos de él camino del calvario, les hizo ver cuánto más sensibles le eran las tribulaciones de ellas y las de la ciudad de Jerusalén, que lo que estaba padeciendo con la cruz auestas. *Hijas de Jerusalén, les dice, no lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos; porque tiempo vendrá en que se diga: dichosas las que son estériles y dichosos los senos que no han dado a luz y los pechos que no han alimentado* (Lc 23, 28-29).

Clavado en la cruz, olvidándose de sus propios tormentos, hace ver que las necesidades de los pecadores le son más sensibles que sus dolores, al decir a su Padre que les perdone. Es que el amor a sus criaturas le hace sentir más los males de ellas que los propios.

De aquí que uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que los dolores corporales, es ver a su Madre sumergida en un mar de sufrimientos. A la que amaba más que a todas las criaturas juntas; a la mejor de todas las madres, compañera fidelísima de sus correrías y trabajos, y la que, inocentísima como era, no merecía sufrir en absoluto lo que padecía, por falta alguna que hubiese cometido. Madre tan amante de su Hijo como no han sido ni serán jamás los corazones todos de los ángeles y santos, sufre tormentos sin igual. ¡Oh, qué aflicción para tal Madre ver a tal Hijo tan



injustamente atormentado y abismado en un océano de dolores, sin poderlo aliviar lo más mínimo! Ciertamente, tan grande y tan pesada es esta cruz, que no hay inteligencia capaz de comprenderla. Cruz que estaba reservada a la gracia, al amor y virtudes heroicas de la Madre de Dios.

De nada le valía ser inocentísima y Madre de Dios para librarse de tan terrible tormento. Al contrario, deseando su Hijo asemejarla a él, quiso que el amor —causa primera y principal de sus sufrimientos y de su muerte— que como a su Madre le tenía, y el que ella le profesaba como a su Hijo, fuese la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida, como había sido al principio el origen de sus gozos y satisfacciones.

Desde la cruz veía el Hijo de Dios las angustias y desolaciones del sagrado Corazón de su santísima Madre, oía sus suspiros y veía las lágrimas y el abandono en que estaba y en el que había de quedar después de su muerte. Todo esto era un nuevo tormento y martirio para el divino Corazón de Jesús. No faltaba, pues, nada de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre.

Piensan algunos que la causa por la que el salvador no quiso darle el nombre de Madre cuando le habló desde la cruz fue precisamente por no afligirla y desolarla más. Sólo



le dice palabras que le muestran que no la había olvidado y que, cumpliendo la voluntad de su Padre, la socorría en su abandono dándole por hijo al discípulo amado. En consecuencia, san Juan quedó obligado al servicio de la reina del cielo, la honró como a Madre suya y la sirvió como a su señora, juzgando el servicio que le hacía como el mayor favor que podía recibir en este mundo de su amabilísimo maestro.

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de san Juan. A todos los representa al pie de la cruz y nuestro salvador los mira a todos en su persona, a todos y cada uno dice: *Esta es tu madre*. Les doy mi Madre por Madre y los doy a ella para que sean sus hijos. ¡Oh precioso don!

¡Oh tesoro inestimable! ¡Oh gracia incomparable! ¡Cuán obligados estamos con la bondad inefable de nuestro salvador! ¡Qué acciones de gracias debemos tributarle! Nos ha dado su divino Padre por Padre nuestro y su santísima Madre por Madre nuestra, a fin de que no tengamos más que un Padre y una misma Madre con él. No somos dignos de ser esclavos de esta gran reina y nos hace hijos suyos.

¡Qué respeto y sumisión debemos tener a tal Madre, qué celo e interés por su servicio y qué cuidado en imitar sus santas virtudes, a fin de que haya alguna semejanza entre la Madre y los hijos!



Esta bondadosísima Madre recibió gran consuelo al oír la voz de su querido Hijo en la última hora. Una palabra cualquiera de los hijos y de verdaderos amigos conforta y es singular consuelo. Como los sagrados Corazones de tal Hijo y de tal Madre se entendían tan bien entre sí, la bendita Virgen aceptó gustosa a san Juan por hijo suyo y en él a todos los pecadores, sabiendo que tal era la voluntad de su Jesús.

En efecto, muriendo Jesús por los pecadores y sabiendo que sus culpas eran la causa de su muerte, quiso, en la última hora, quitarles toda desconfianza que pudieran tener al ver los grandes tormentos, fruto de sus pecados, y por esto les dio lo que más estimaba y lo que más poder tenía sobre él, a saber, su santísima Madre, a fin de que por su protección y mediación, confiáramos ser acogidos y bien recibidos por su divina Majestad. No cabe duda del amor inconcebible de esta bondadosa Madre a los pecadores, ya que en el alumbramiento espiritual junto a la cruz, sufrió increíbles dolores, los que no tuvo en el alumbramiento virginal de su Hijo y Dios.

Se ve entonces claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracias y bendiciones, y en inmensos favores a los pecadores. Cuán obligados estamos, pues, de honrar, amar y alabar los amabilísimos Corazones de Jesús y María; de



emplear toda nuestra vida, y más si tuviéramos, en servirles y glorificarlos; de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus eminentísimas virtudes. Es imposible agradecerles andando por caminos diferentes a los suyos.

## **CAPÍTULO V**

### ***El amor infinito de Jesús a su santa Madre llenó su Corazón de muy acerbos dolores al considerar los padecimientos que sufrió su Corazón virginal durante la pasión***

Los dolores que el Corazón adorable de nuestro Salvador soportó al ver a su santísima Madre sumergida en un mar de tribulaciones en el tiempo de su pasión, son inexplicables e inconcebibles. Una vez que la bienaventurada Virgen fue Madre de nuestro redentor, soportó incesantemente un combate de amor en su Corazón. Porque conociendo que era la voluntad de Dios que su amado Hijo sufriera y muriera por la salvación de las almas, el amor muy ardiente que tenía a esta divina voluntad y a las almas la ponía en entera sumisión al querer de Dios; y el amor inconcebible de Madre a su queridísimo Hijo, le causaba dolores indecibles a vista de los tormentos que había de sufrir para rescatar el mundo.

Llegado el día de su pasión, creen los santos, que a juzgar por el amor y obediencia con que siempre se



conducía con su santísima Madre y conforme a la bondad que tiene de consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de dar comienzo, a sus sufrimientos, se despidió de su Madre queridísima. A fin de hacerlo por obediencia tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, que era la misma voluntad, le pidió licencia para ejecutar la orden de su Padre. Le dijo que era voluntad de su Padre que le acompañase al pie de la cruz y envolviese su cuerpo, cuando muriera, en un lienzo, para depositarlo en el sepulcro; le dio orden de lo que tenía qué hacer y dónde había de estar hasta su resurrección.

Es igualmente creíble que le dio a conocer lo que él iba a sufrir para prepararla y disponerla a que lo acompañara espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y como los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declararon solo con palabras. Sus ojos y sus corazones se comprendían y comunicaban recíprocamente. Pero el perfectísimo amor recíproco y la entera conformidad que tenían a la voluntad divina, no permitían que hubiese imperfección alguna en sus sentimientos naturales. Siendo el Salvador el Hijo único de María, sentía mucho sus dolores, pero como era su Dios, la fortificaba en la mayor desolación que jamás ha habido. La consolaba con divinas palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su Corazón, y con nuevas gracias que continuamente



derramaba en su alma, a fin de que pudiese soportar y vencer los violentísimos dolores que le estaban preparados. Eran tan grandes estos dolores, que si le hubiera sido posible y conveniente sufrir en lugar de su Hijo, le hubiera sido más soportable que el verlo padecer, y le hubiera sido más dulce dar su vida por él, que verlo soportar suplicios tan atroces. Pero, no habiendo dispuesto Dios de otra manera, ella ofreció su Corazón, y Jesús dio su cuerpo, a fin de que cada uno sufriese lo que Dios había ordenado. María había de sufrir todos los tormentos de su Hijo en la parte más sensible que es su Corazón, y Jesús había de soportar en su cuerpo sufrimientos inexplicables, y en su Corazón los de su santa Madre que eran inconcebibles.

Despidiose el Salvador de su santísima Madre y fue a sumergirse en el océano inmenso de sus dolores; y su desolada Madre, en continua oración, lo acompañó interiormente, de suerte que en este triste día comenzaron para ella las plegarias, las lágrimas, las agonías interiores y, con perfectísima sumisión a la divina voluntad, repetía con su Hijo, en el fondo de su Corazón: *«Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra»*.

La noche en que los judíos prendieron a nuestro redentor en el Huerto de los Olivos, le condujeron atado a casa de Anás y luego a la de Caifás, donde se hartaron de burlarse de él y de ultrajarle de mil maneras. Hasta el



amanecer quedó Jesús en aquella prisión, después de que todos se hubieron ido a casa. También san Juan Evangelista marchó de allí sea por orden de Nuestro Señor, sea por divina inspiración y fue a dar cuenta a la santísima Virgen de lo ocurrido. ¡Oh Dios mío, qué lamentos, tristezas y dolores se cruzaron entre la Madre de Jesús y el discípulo amado, mientras este contaba y ella escuchaba los acontecimientos! En verdad, los sentimientos y angustias de ambos fueron tales, que cuanto se diga es nada en comparación de la realidad. Más decían con el corazón que con los labios, más con sus lágrimas que con discursos, en especial la bendita Virgen, puesto que su grandísima modestia, impidiéndole palabra alguna inconsiderada, hacía sufrir su Corazón lo que nadie puede imaginar.

A llegar el tiempo de buscar y acompañar a su Hijo en los tormentos, sale de su casa al despuntar el día, silenciosa como el Cordero divino, muda como oveja; va regando el camino con sus lágrimas y de su Corazón se elevan al cielo ardientes suspiros. Acompáñenla en adelante en sus dolores sus devotos, caminando por la vía del dolor.

En medio de ultrajes e ignominias los judíos conducen al salvador a casa de Pilatos y de Herodes. A causa de la multitud y del alboroto del pueblo, su Madre no logra verlo



hasta que es mostrado a la muchedumbre flagelado y coronado de espinas. Entonces su Corazón sufrió dolores inmensos, y *sus ojos derramaron torrentes de lágrimas* (Lm 2, 18) al oír las voces del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias que los judíos vomitaban contra su Hijo, las afrentas que le hacían, las blasfemias que proferían contra él. Mas como había puesto todo su amor en él, aunque su presencia fuese lo que más la debía afligir, era no obstante, lo que deseaba por encima de todo. El amor llega a estos extremos. Soporta menos la ausencia del amado que el dolor, por grande que sea, que su presencia le hace sufrir. Entre tales amarguras e inimaginables angustias, esta santa oveja suspira por la vista del divino Cordero. Al fin lo vio todo desgarrado por los azotes, su cabeza atravesada por crueles espinas, su adorable rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y de salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con túnica de burla. Sabe él que allí está su Madre dolorosa; conoce ella que su divina Majestad ve los sentimientos de su Corazón traspasado por dolores no menores a los soportados por él en su cuerpo. Oye los falsos testimonios contra él y cómo es pospuesto a Barrabás, ladrón y homicida. Oye miles de voces que clamaban llenas de furor: *Quítalo, quítalo, crucifícalo, crucifícalo* (Jn 19, 15). Escucha la cruel e injusta sentencia



de muerte contra el autor de la vida. Ve la cruz en la que se lo van a crucificar y cómo marcha hacia el calvario cargándola sobre sus espaldas. Siguiendo las huellas de su Jesús, lava con lágrimas el camino ensangrentado por su Hijo. También soportaba en su Corazón cruz tan dolorosa como la que llevaba él en sus hombros.

En el calvario las santas mujeres se esfuerzan por consolarla. A imitación de su dulce Cordero, enmudece y sufre inconcebibles dolores. Oye los martillazos que los verdugos descargan sobre los clavos con los cuales sujetan a su Hijo en la cruz. Al ver al que amaba infinitamente más que a sí misma, pendiente de la cruz entre tantos y tan crueles dolores, sin poder prestarle el menor alivio, cae en brazos de los que la acompañaban. Era tanta su debilidad después de velar toda la noche, de haber llorado tanto y sin tomar alimento alguno que pudiera sostenerla. Entonces, sécanse las lágrimas, pierde el color, estremecida de dolor; no tiene más reactivo que las lágrimas de sus compañeros, hasta que su Hijo le da de nuevo fuerzas para que le acompañe hasta la muerte.

De nuevo bañada por ríos de lágrimas, sufre martirios de dolores a la vista de su Hijo y su Dios pendiente de la cruz. Sin embargo, en su alma, hace ante Dios oficio de medianera por los pecadores, coopera con el redentor a su salvación y ofrece por ellos al eterno Padre,



su sangre, sufrimientos y muerte, con deseo ardentísimo de su eterna felicidad. El indecible amor que tiene a su querido Hijo, le hace temer verle expirar y morir, pero a la vez la llena de dolor el que sus tormentos duren tanto que sólo con la muerte vayan a terminar. Desea que el eterno Padre mitigue el rigor de sus tormentos, pero quiere conformarse enteramente a todo su querer. Y así, el amor divino hace nacer en su Corazón contrarios deseos y sentimientos, que le hacen sufrir inexplicables dolores.

La bendita Oveja y el divino Cordero, se miran y entienden y comunican sus dolores solamente comprendidos por estos dos Corazones de Hijo y Madre, que amándose mutuamente en perfección, sufren a una estos crueles tormentos. Y siendo el mutuo amor la medida de sus dolores, los que los consideran están tan lejos de poder comprenderlos cuanto de entender el amor de tal Hijo a tal Madre y recíprocamente.

Los dolores de la Santísima Virgen aumentan y se renuevan continuamente con los ultrajes y tormentos que los judíos ocasionan a su Hijo.

Qué dolor, al oírle decir: «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*»? (Mt 27, 46)<sup>1</sup>). Qué dolor al ver que le dan hiel y vinagre en su ardiente sed. Sobre todo, qué dolor al verlo morir en un patíbulo entre dos malhechores. Qué dolor al ver traspasar su Corazón con



una lanza. Qué dolor, cuando le recibe en sus brazos. Con qué dolor se retira a su casa a esperar su resurrección. Oh, de cuán buena gana hubiera sufrido esta divina Virgen todos los dolores de su Hijo, antes que vérselos sufrir a él!

Al acompañar los corazones de quienes se esfuerzan por imitar a su divino Padre y a su bondadosísima Madre, es obra de perfecta caridad hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las de los demás, de suerte que les es más fácil soportarlas que verlas padecer por los demás.

Es lo que el salvador hizo durante su vida terrena y especialmente en su pasión. En efecto, sabiendo que Judas le había vendido, demostró mayor sentimiento por su condenación que por los tormentos que por su traición tenía que sufrir, al decir *mejor le hubiera sido no haber nacido, si había de condenarse*.

De igual manera, a las mujeres que lloraban en pos de él camino del calvario, les hizo ver cuánto más sensibles le eran las tribulaciones de ellas y las de la ciudad de Jerusalén, que lo que estaba padeciendo con la cruz auestas. *Hijas de Jerusalén, les dice, no lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos; porque tiempo vendrá en que se diga: dichosas las que son estériles y dichosos los senos que no han dado a luz y los pechos que no han alimentado* (Lc 23, 28-29).



Clavado en la cruz, olvidándose de sus propios tormentos, hace ver que las necesidades de los pecadores le son más sensibles que sus dolores, al decir a su Padre que les perdone. Es que el amor a sus criaturas le hace sentir más los males de ellas que los propios.

De aquí que uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que los dolores corporales, es ver a su Madre sumergida en un mar de sufrimientos. A la que amaba más que a todas las criaturas juntas; a la mejor de todas las madres, compañera fidelísima de sus correrías y trabajos, y la que, inocentísima como era, no merecía sufrir en absoluto lo que padecía, por falta alguna que hubiese cometido. Madre tan amante de su Hijo como no han sido ni serán jamás los corazones todos de los ángeles y santos, sufre tormentos sin igual. ¡Oh, qué aflicción para tal Madre ver a tal Hijo tan injustamente atormentado y abismado en un océano de dolores, sin poderlo aliviar lo más mínimo! Ciertamente, tan grande y tan pesada es esta cruz, que no hay inteligencia capaz de comprenderla. Cruz que estaba reservada a la gracia, al amor y virtudes heroicas de la Madre de Dios.

De nada le valía ser inocentísima y Madre de Dios para librarse de tan terrible tormento. Al contrario, deseando su Hijo asemejarla a él, quiso que el amor —causa primera y



principal de sus sufrimientos y de su muerte— que como a su Madre le tenía, y el que ella le profesaba como a su Hijo, fuese la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida, como había sido al principio el origen de sus gozos y satisfacciones.

Desde la cruz veía el Hijo de Dios las angustias y desolaciones del sagrado Corazón de su santísima Madre, oía sus suspiros y veía las lágrimas y el abandono en que estaba y en el que había de quedar después de su muerte. Todo esto era un nuevo tormento y martirio para el divino Corazón de Jesús. No faltaba, pues, nada de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre.

Piensan algunos que la causa por la que el salvador no quiso darle el nombre de Madre cuando le habló desde la cruz fue precisamente por no afligirla y desolarla más. Sólo le dice palabras que le muestran que no la había olvidado y que, cumpliendo la voluntad de su Padre, la socorría en su abandono dándole por hijo al discípulo amado. En consecuencia, san Juan quedó obligado al servicio de la reina del cielo, la honró como a Madre suya y la sirvió como a su señora, juzgando el servicio que le hacía como el mayor favor que podía recibir en este mundo de su amabilísimo maestro.



Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de san Juan. A todos los representa al pie de la cruz y nuestro salvador los mira a todos en su persona, a todos y cada uno dice: *Esta es tu madre*. Les doy mi Madre por Madre y los doy a ella para que sean sus hijos. ¡Oh precioso don!

¡Oh tesoro inestimable! ¡Oh gracia incomparable! ¡Cuán obligados estamos con la bondad inefable de nuestro salvador! ¡Qué acciones de gracias debemos tributarle! Nos ha dado su divino Padre por Padre nuestro y su santísima Madre por Madre nuestra, a fin de que no tengamos más que un Padre y una misma Madre con él. No somos dignos de ser esclavos de esta gran reina y nos hace hijos suyos.

¡Qué respeto y sumisión debemos tener a tal Madre, qué celo e interés por su servicio y qué cuidado en imitar sus santas virtudes, a fin de que haya alguna semejanza entre la Madre y los hijos!

Esta bondadosísima Madre recibió gran consuelo al oír la voz de su querido Hijo en la última hora. Una palabra cualquiera de los hijos y de verdaderos amigos conforta y es singular consuelo. Como los sagrados Corazones de tal Hijo y de tal Madre se entendían tan bien entre sí, la bendita Virgen aceptó gustosa a san Juan por hijo suyo y en él a todos los pecadores, sabiendo que tal era la voluntad de su Jesús.



En efecto, muriendo Jesús por los pecadores y sabiendo que sus culpas eran la causa de su muerte, quiso, en la última hora, quitarles toda desconfianza que pudieran tener al ver los grandes tormentos, fruto de sus pecados, y por esto les dio lo que más estimaba y lo que más poder tenía sobre él, a saber, su santísima Madre, a fin de que por su protección y mediación, confiáramos ser acogidos y bien recibidos por su divina Majestad. No cabe duda del amor inconcebible de esta bondadosa Madre a los pecadores, ya que en el alumbramiento espiritual junto a la cruz, sufrió increíbles dolores, los que no tuvo en el alumbramiento virginal de su Hijo y Dios.

Se ve entonces claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracias y bendiciones, y en inmensos favores a los pecadores. Cuán obligados estamos, pues, de honrar, amar y alabar los amabilísimos Corazones de Jesús y María; de emplear toda nuestra vida, y más si tuviéramos, en servirles y glorificarlos; de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus eminentísimas virtudes. Es imposible agradecerles andando por caminos diferentes a los suyos.



## **CAPÍTULO V**

### ***El amor infinito de Jesús a su santa Madre llenó su Corazón de muy acerbos dolores al considerar los padecimientos que sufrió su Corazón virginal durante la pasión***

Los dolores que el Corazón adorable de nuestro Salvador soportó al ver a su santísima Madre sumergida en un mar de tribulaciones en el tiempo de su pasión, son inexplicables e inconcebibles. Una vez que la bienaventurada Virgen fue Madre de nuestro redentor, soportó incesantemente un combate de amor en su Corazón. Porque conociendo que era la voluntad de Dios que su amado Hijo sufriera y muriera por la salvación de las almas, el amor muy ardiente que tenía a esta divina voluntad y a las almas la ponía en entera sumisión al querer de Dios; y el amor inconcebible de Madre a su queridísimo Hijo, le causaba dolores indecibles a vista de los tormentos que había de sufrir para rescatar el mundo.

Llegado el día de su pasión, creen los santos, que a juzgar por el amor y obediencia con que siempre se conducía con su santísima Madre y conforme a la bondad que tiene de consolar a sus amigos en las aflicciones, antes de dar comienzo, a sus sufrimientos, se despidió de su Madre queridísima. A fin de hacerlo por obediencia tanto a la voluntad de su Padre como a la de su Madre, que era la



misma voluntad, le pidió licencia para ejecutar la orden de su Padre. Le dijo que era voluntad de su Padre que le acompañase al pie de la cruz y envolviese su cuerpo, cuando muriera, en un lienzo, para depositarlo en el sepulcro; le dio orden de lo que tenía qué hacer y dónde había de estar hasta su resurrección.

Es igualmente creíble que le dio a conocer lo que él iba a sufrir para prepararla y disponerla a que lo acompañara espiritual y corporalmente en sus sufrimientos. Y como los dolores interiores de ambos eran indecibles, no se los declararon solo con palabras. Sus ojos y sus corazones se comprendían y comunicaban recíprocamente. Pero el perfectísimo amor recíproco y la entera conformidad que tenían a la voluntad divina, no permitían que hubiese imperfección alguna en sus sentimientos naturales. Siendo el Salvador el Hijo único de María, sentía mucho sus dolores, pero como era su Dios, la fortificaba en la mayor desolación que jamás ha habido. La consolaba con divinas palabras que ella escuchaba y conservaba cuidadosamente en su Corazón, y con nuevas gracias que continuamente derramaba en su alma, a fin de que pudiese soportar y vencer los violentísimos dolores que le estaban preparados. Eran tan grandes estos dolores, que si le hubiera sido posible y conveniente sufrir en lugar de su Hijo, le hubiera sido más soportable que el verlo padecer, y le hubiera sido



más dulce dar su vida por él, que verlo soportar suplicios tan atroces. Pero, no habiendo dispuesto Dios de otra manera, ella ofreció su Corazón, y Jesús dio su cuerpo, a fin de que cada uno sufriese lo que Dios había ordenado. María había de sufrir todos los tormentos de su Hijo en la parte más sensible que es su Corazón, y Jesús había de soportar en su cuerpo sufrimientos inexplicables, y en su Corazón los de su santa Madre que eran inconcebibles.

Despidiose el Salvador de su santísima Madre y fue a sumergirse en el océano inmenso de sus dolores; y su desolada Madre, en continua oración, lo acompañó interiormente, de suerte que en este triste día comenzaron para ella las plegarias, las lágrimas, las agonías interiores y, con perfectísima sumisión a la divina voluntad, repetía con su Hijo, en el fondo de su Corazón: *«Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra»*.

La noche en que los judíos prendieron a nuestro redentor en el Huerto de los Olivos, le condujeron atado a casa de Anás y luego a la de Caifás, donde se hartaron de burlarse de él y de ultrajarle de mil maneras. Hasta el amanecer quedó Jesús en aquella prisión, después de que todos se hubieron ido a casa. También san Juan Evangelista marchó de allí sea por orden de Nuestro Señor, sea por divina inspiración y fue a dar cuenta a la santísima Virgen de lo ocurrido. ¡Oh Dios mío, qué lamentos, tristezas



y dolores se cruzaron entre la Madre de Jesús y el discípulo amado, mientras este contaba y ella escuchaba los acontecimientos! En verdad, los sentimientos y angustias de ambos fueron tales, que cuanto se diga es nada en comparación de la realidad. Más decían con el corazón que con los labios, más con sus lágrimas que con discursos, en especial la bendita Virgen, puesto que su grandísima modestia, impidiéndole palabra alguna inconsiderada, hacía sufrir su Corazón lo que nadie puede imaginar.

A llegar el tiempo de buscar y acompañar a su Hijo en los tormentos, sale de su casa al despuntar el día, silenciosa como el Cordero divino, muda como oveja; va regando el camino con sus lágrimas y de su Corazón se elevan al cielo ardientes suspiros. Acompáñenla en adelante en sus dolores sus devotos, caminando por la vía del dolor.

En medio de ultrajes e ignominias los judíos conducen al salvador a casa de Pilatos y de Herodes. A causa de la multitud y del alboroto del pueblo, su Madre no logra verlo hasta que es mostrado a la muchedumbre flagelado y coronado de espinas. Entonces su Corazón sufrió dolores inmensos, y *sus ojos derramaron torrentes de lágrimas* (Lm 2, 18) al oír las voces del populacho, el tumulto de la ciudad, las injurias que los judíos vomitaban contra su Hijo,



las afrentas que le hacían, las blasfemias que proferían contra él. Mas como había puesto todo su amor en él, aunque su presencia fuese lo que más la debía afligir, era no obstante, lo que deseaba por encima de todo. El amor llega a estos extremos. Soporta menos la ausencia del amado que el dolor, por grande que sea, que su presencia le hace sufrir. Entre tales amarguras e inimaginables angustias, esta santa oveja suspira por la vista del divino Cordero. Al fin lo vio todo desgarrado por los azotes, su cabeza atravesada por crueles espinas, su adorable rostro amoratado, hinchado, cubierto de sangre y de salivazos, con una cuerda al cuello, las manos atadas, un cetro de caña en la mano y vestido con túnica de burla. Sabe él que allí está su Madre dolorosa; conoce ella que su divina Majestad ve los sentimientos de su Corazón traspasado por dolores no menores a los soportados por él en su cuerpo. Oye los falsos testimonios contra él y cómo es pospuesto a Barrabás, ladrón y homicida. Oye miles de voces que clamaban llenas de furor: *Quítalo, quítalo, crucifícalo, crucifícalo* (Jn 19, 15). Escucha la cruel e injusta sentencia de muerte contra el autor de la vida. Ve la cruz en la que se lo van a crucificar y cómo marcha hacia el calvario cargándola sobre sus espaldas. Siguiendo las huellas de su Jesús, lava con lágrimas el camino ensangrentado por



su Hijo. También soportaba en su Corazón cruz tan dolorosa como la que llevaba él en sus hombros.

En el calvario las santas mujeres se esfuerzan por consolarla. A imitación de su dulce Cordero, enmudece y sufre inconcebibles dolores. Oye los martillazos que los verdugos descargan sobre los clavos con los cuales sujetan a su Hijo en la cruz. Al ver al que amaba infinitamente más que a sí misma, pendiente de la cruz entre tantos y tan crueles dolores, sin poder prestarle el menor alivio, cae en brazos de los que la acompañaban. Era tanta su debilidad después de velar toda la noche, de haber llorado tanto y sin tomar alimento alguno que pudiera sostenerla. Entonces, sécanse las lágrimas, pierde el color, estremecida de dolor; no tiene más reactivo que las lágrimas de sus compañeros, hasta que su Hijo le da de nuevo fuerzas para que le acompañe hasta la muerte.

De nuevo bañada por ríos de lágrimas, sufre martirios de dolores a la vista de su Hijo y su Dios pendiente de la cruz. Sin embargo, en su alma, hace ante Dios oficio de medianera por los pecadores, coopera con el redentor a su salvación y ofrece por ellos al eterno Padre, su sangre, sufrimientos y muerte, con deseo ardentísimo de su eterna felicidad. El indecible amor que tiene a su querido Hijo, le hace temer verle expirar y morir, pero a la vez la llena de dolor el que sus tormentos duren tanto que



sólo con la muerte vayan a terminar. Desea que el eterno Padre mitigue el rigor de sus tormentos, pero quiere conformarse enteramente a todo su querer. Y así, el amor divino hace nacer en su Corazón contrarios deseos y sentimientos, que le hacen sufrir inexplicables dolores.

La bendita Oveja y el divino Cordero, se miran y entienden y comunican sus dolores solamente comprendidos por estos dos Corazones de Hijo y Madre, que amándose mutuamente en perfección, sufren a una estos crueles tormentos. Y siendo el mutuo amor la medida de sus dolores, los que los consideran están tan lejos de poder comprenderlos cuanto de entender el amor de tal Hijo a tal Madre y recíprocamente.

Los dolores de la Santísima Virgen aumentan y se renuevan continuamente con los ultrajes y tormentos que los judíos ocasionan a su Hijo.

Qué dolor, al oírle decir: «*Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado*»? (Mt 27, 46)<sup>1</sup>). Qué dolor al ver que le dan hiel y vinagre en su ardiente sed. Sobre todo, qué dolor al verlo morir en un patíbulo entre dos malhechores. Qué dolor al ver traspasar su Corazón con una lanza. Qué dolor, cuando le recibe en sus brazos. Con qué dolor se retira a su casa a esperar su resurrección. Oh, de cuán buena gana hubiera sufrido esta divina Virgen todos los dolores de su Hijo, antes que vérselos sufrir a él!



Al acompañar los corazones de quienes se esfuerzan por imitar a su divino Padre y a su bondadosísima Madre, es obra de perfecta caridad hacerles soportar con gusto sus propias aflicciones y sentir vivamente las de los demás, de suerte que les es más fácil soportarlas que verlas padecer por los demás.

Es lo que el salvador hizo durante su vida terrena y especialmente en su pasión. En efecto, sabiendo que Judas le había vendido, demostró mayor sentimiento por su condenación que por los tormentos que por su traición tenía que sufrir, al decir *mejor le hubiera sido no haber nacido, si había de condenarse*.

De igual manera, a las mujeres que lloraban en pos de él camino del calvario, les hizo ver cuánto más sensibles le eran las tribulaciones de ellas y las de la ciudad de Jerusalén, que lo que estaba padeciendo con la cruz a cuestas. *Hijas de Jerusalén, les dice, no lloren por mí, lloren más bien por ustedes y por sus hijos; porque tiempo vendrá en que se diga: dichosas las que son estériles y dichosos los senos que no han dado a luz y los pechos que no han alimentado* (Lc 23, 28-29).

Clavado en la cruz, olvidándose de sus propios tormentos, hace ver que las necesidades de los pecadores le son más sensibles que sus dolores, al decir a su Padre



que les perdone. Es que el amor a sus criaturas le hace sentir más los males de ellas que los propios.

De aquí que uno de los mayores tormentos de nuestro Salvador en la cruz, más sensible que los dolores corporales, es ver a su Madre sumergida en un mar de sufrimientos. A la que amaba más que a todas las criaturas juntas; a la mejor de todas las madres, compañera fidelísima de sus correrías y trabajos, y la que, inocentísima como era, no merecía sufrir en absoluto lo que padecía, por falta alguna que hubiese cometido. Madre tan amante de su Hijo como no han sido ni serán jamás los corazones todos de los ángeles y santos, sufre tormentos sin igual. ¡Oh, qué aflicción para tal Madre ver a tal Hijo tan injustamente atormentado y abismado en un océano de dolores, sin poderlo aliviar lo más mínimo! Ciertamente, tan grande y tan pesada es esta cruz, que no hay inteligencia capaz de comprenderla. Cruz que estaba reservada a la gracia, al amor y virtudes heroicas de la Madre de Dios.

De nada le valía ser inocentísima y Madre de Dios para librarse de tan terrible tormento. Al contrario, deseando su Hijo asemejarla a él, quiso que el amor —causa primera y principal de sus sufrimientos y de su muerte— que como a su Madre le tenía, y el que ella le profesaba como a su Hijo, fuese la causa del martirio de su Corazón al fin de su vida,



como había sido al principio el origen de sus gozos y satisfacciones.

Desde la cruz veía el Hijo de Dios las angustias y desolaciones del sagrado Corazón de su santísima Madre, oía sus suspiros y veía las lágrimas y el abandono en que estaba y en el que había de quedar después de su muerte. Todo esto era un nuevo tormento y martirio para el divino Corazón de Jesús. No faltaba, pues, nada de cuanto podía afligir y crucificar los amabilísimos Corazones del Hijo y de la Madre.

Piensan algunos que la causa por la que el salvador no quiso darle el nombre de Madre cuando le habló desde la cruz fue precisamente por no afligirla y desolarla más. Sólo le dice palabras que le muestran que no la había olvidado y que, cumpliendo la voluntad de su Padre, la socorría en su abandono dándole por hijo al discípulo amado. En consecuencia, san Juan quedó obligado al servicio de la reina del cielo, la honró como a Madre suya y la sirvió como a su señora, juzgando el servicio que le hacía como el mayor favor que podía recibir en este mundo de su amabilísimo maestro.

Todos los pecadores tienen parte en esta gracia de san Juan. A todos los representa al pie de la cruz y nuestro salvador los mira a todos en su persona, a todos y cada



uno dice: *Esta es tu madre*. Les doy mi Madre por Madre y los doy a ella para que sean sus hijos. ¡Oh precioso don!

¡Oh tesoro inestimable! ¡Oh gracia incomparable! ¡Cuán obligados estamos con la bondad inefable de nuestro salvador! ¡Qué acciones de gracias debemos tributarle! Nos ha dado su divino Padre por Padre nuestro y su santísima Madre por Madre nuestra, a fin de que no tengamos más que un Padre y una misma Madre con él. No somos dignos de ser esclavos de esta gran reina y nos hace hijos suyos.

¡Qué respeto y sumisión debemos tener a tal Madre, qué celo e interés por su servicio y qué cuidado en imitar sus santas virtudes, a fin de que haya alguna semejanza entre la Madre y los hijos!

Esta bondadosísima Madre recibió gran consuelo al oír la voz de su querido Hijo en la última hora. Una palabra cualquiera de los hijos y de verdaderos amigos conforta y es singular consuelo. Como los sagrados Corazones de tal Hijo y de tal Madre se entendían tan bien entre sí, la bendita Virgen aceptó gustosa a san Juan por hijo suyo y en él a todos los pecadores, sabiendo que tal era la voluntad de su Jesús.

En efecto, muriendo Jesús por los pecadores y sabiendo que sus culpas eran la causa de su muerte, quiso, en la última hora, quitarles toda desconfianza que pudieran tener al ver los grandes tormentos, fruto de sus pecados, y



por esto les dio lo que más estimaba y lo que más poder tenía sobre él, a saber, su santísima Madre, a fin de que por su protección y mediación, confiáramos ser acogidos y bien recibidos por su divina Majestad. No cabe duda del amor inconcebible de esta bondadosa Madre a los pecadores, ya que en el alumbramiento espiritual junto a la cruz, sufrió increíbles dolores, los que no tuvo en el alumbramiento virginal de su Hijo y Dios.

Se ve entonces claramente que los dolores de la Madre y los tormentos del Hijo terminaron en gracias y bendiciones, y en inmensos favores a los pecadores. Cuán obligados estamos, pues, de honrar, amar y alabar los amabilísimos Corazones de Jesús y María; de emplear toda nuestra vida, y más si tuviéramos, en servirles y glorificarlos; de esforzarnos por imprimir en nuestros corazones una imagen perfecta de sus eminentísimas virtudes. Es imposible agradecerles andando por caminos diferentes a los suyos.



## CAPÍTULO VI

### ***Ejercicios de amor y piedad sobre los dolores del divino***

#### ***Corazón de Jesús y del sagrado Corazón de María***

Jesús, bueno e inocentísimo Cordero, que sufriste tantos tormentos en la cruz, que viste el Corazón virginal de tu querida Madre abismado en un océano de dolores, dignate enseñarme a acompañarte en tus sufrimientos y a sentir tus aflicciones.

¡Oh, qué doloroso espectáculo ver estos Corazones de Jesús y María, tan santos e inocentes, tan llenos de gracias y perfecciones, tan colmados del divino amor, tan estrechamente unidos y afligidos el uno por el otro! El Corazón sagrado de la Madre de Jesús sentía vivamente los inmensos tormentos de su Hijo y el Hijo único de María estaba plenamente penetrado de los dolores incomparables de su Madre. La hermosa oveja y el inocentísimo Cordero se llaman uno a otro. El uno llora por el otro, sufre y siente las angustias del otro sin alivio alguno, y cuanto más puro y ardiente es el amor mutuo más sensibles y agudos son los dolores.

¡Oh corazón endurecido, cómo no te derrites en dolores y lágrimas al ver que eres la causa de los inenarrables dolores de esta santa oveja y del dulcísimo Cordero! ¿Qué han hecho para sufrir tantas aflicciones? Tú, desdichado pecador, tus abominables pecados son los



verdugos de estos inocentísimos y santísimos Corazones. Perdónenme, Corazones benignísimos; tómense la venganza que merezco; ordenen a las criaturas que obedientes descarguen sobre mí los castigos de que soy digno. Envíenme sus dolores y sufrimientos, a fin de que, como he sido su causa, les ayude a llorar y sentir lo que les he hecho sufrir. Oh Jesús, amor de mi corazón; oh María, consuelo de mi alma, tan semejante a tu Hijo, impriman en mi corazón gran desprecio y aversión a los placeres de esta vida que pasaron ustedes entre tormentos. Puesto que pertenezco a su casa y soy su indignísimo siervo, no permitan que acepte placer alguno en este mundo, sino en lo que ustedes lo tomaron y hagan que lleve siempre sus dolores en mi alma, que ponga mi gloria y mis delicias en estar crucificado con Jesús y María.

Virgen santísima, ¿cómo tus goces se han cambiado en dolores? Si hubieran sido semejantes a los del mundo, justo hubiera sido este cambio; pero, oh Reina de los ángeles, jamás te complaciste en algo distinto de lo divino. Sólo Dios poseía tu Corazón y nada te contentaba fuera de lo que procedía de él y a él te llevaba. Tuviste el gozo de verte Madre de Dios, de llevarlo en tus benditas entrañas, de verlo nacido y adorado por ángeles, pastores y reyes, de verlo descansar en tu sagrado pecho y de alimentarlo con tu leche virginal; de servirle con tus purísimas manos, de



ofrecerlo en el templo a su eterno Padre, de verlo conocido y adorado por el justo Simeón y por la profetisa Ana. Todos tus gozos durante los treinta años que con él moraste eran divinos, interiores y espirituales. De él mismo los recibías. Eran júbilos, elevaciones, de espíritu y arrobamientos del alma, que inflamada en el amor de este amabilísimo Jesús se elevaba y transportaba en su divina Majestad. Y así unida y transformada siempre en él, recibía mayores favores que todas las jerarquías del cielo, puesto que tu amor sobrepasaba el de los serafines.

Oh, Señora y reina de los ángeles, ¿qué puede pasar que goces tan puros y santos, tan espirituales y celestiales satisfacciones, se conviertan en dolores? ¿Tuvo que llegar hasta ti la miseria y tributo de los pobres hijos de Eva, desterrados del paraíso, en cuyo pecado no tuviste la menor parte? ¿No fue posible que este destierro dejara de ser para ti tierra de aflicciones y valle de lágrimas?

Oh, pobre pecador, que crees encontrar placer en esta vida, que no los tiene sino engañosos y falsos, mira los sufrimientos del rey y de la reina del cielo. Muere de vergüenza a la vista de los desórdenes de tu vida y de la aversión que tienes a la cruz. Toda la vida de Jesús, la inocencia misma, es continuo sufrimiento. Toda la vida de María, santa e inmaculada, es perpetua cruz. Y tú,



miserable pecador, que has merecido mil veces el infierno, tú ambicionas placeres y consuelos.

Oh, Reina de los ángeles, durante todo el tiempo que viviste con tu Hijo Jesús, te viste oprimida por los dolores que de seguro te vendrían, puesto que habían sido profetizados por el anciano Simeón; dolores sin igual, porque la medida de ellos era la grandeza de tu amor.

Llegado el momento de la pasión, el divino salvador se despidió de ti para ir a sufrir; te hizo saber que era la voluntad de su Padre que lo acompañases al pie de la cruz y que tu Corazón fuera traspasado por la espada del dolor. Avisada por san Juan en el momento en que iba a ser inmolado el divino Cordero, regaste las calles de Jerusalén con tus lágrimas. Encontraste a tu Hijo en medio de una muchedumbre de lobos y leones que aullaban y rugían contra él: *Quítalo, quítalo; crucifícalo, crucifícalo* (Jn 19,15). Le viste, no adorado por ángeles ni reyes, sino mostrado al pueblo como falso rey, blasfemado, deshonrado, condenado a muerte, cargado con su cruz, conducido al calvario, a donde lo seguiste bañada en lágrimas en medio de inmensos dolores.

Cuando fue crucificado escuchaste los martillazos que partían tu Corazón. Sufriste indecibles tormentos aguardando la hora dolorosa en la que lo habías de ver crucificado. Le contemplaste levantado en alto, entre



gritos y blasfemias que vomitaban contra él las bocas infernales de los judíos y que helaban tu sangre. Estuviste aquellas doloridas horas junto a la cruz oyendo las atroces injurias que aquellos pérfidos proferían contra tu Cordero; contemplaste los terribles tormentos que le hicieron sufrir hasta que expiró entre tantos oprobios y suplicios.

Después lo pusieron muerto en tus brazos para que envolvieses su cuerpo en un lienzo y le dieses sepultura, de manera que como en su nacimiento le prestaste los primeros servicios, le ofrendases también los últimos obsequios en tan apremiantes dolores y crueles angustias. Tan penetrante era la desolación de tu corazón maternal, que para comprenderla en algo, sería preciso entender el exceso de tu casi infinito amor a tu Hijo. Todo te afligía. En todo no veías sino motivos de desolación y lágrimas; tu maternal Corazón tan lleno estaba de sangrantes llagas, como tu querido Jesús padecía en su cuerpo y en su Corazón. Aunque en nada disminuía tu fe y la obediencia mantenía tu Corazón perfectamente resignado a la voluntad divina, no por eso dejabas de sufrir inconcebibles dolores, como los que experimentaba tu Hijo a pesar de su perfectísima sumisión a todas las órdenes de su divino Padre. No hay, en fin, corazón capaz de comprender lo que entonces sufriste.



Tus fieles devotos y verdaderos amigos se deshacen en lágrimas y se llenan de dolor al ver tus divinos goces cambiados en tan crueles tormentos y al considerar que tu santísima inocencia sufre dolores tan inhumanos. Gustosos se consumirían y harían pedazos para darte consuelo, si lo pudieran. ¡Oh, qué sangriento martirio para el corazón de tu divino Hijo, unigénito de Dios y tuyo, ver tan claro todos los dolores que traspasaban tu Corazón, el abandono en que quedabas, las angustias que su ausencia había de ocasionarte. Saber que no le hablabas, ni él te hablaba, pues no hay palabras capaces de mitigar tan atroces dolores!

Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, ¿qué Corazones son los que así tienes crucificados? Cómo no prestas tu asistencia a tu único Hijo y a tu amada Hija y humildísima sierva? ¿Cómo quebrantas con ellos la ley que estableciste de que en tu altar no se sacrifique el mismo día al cordero y a su madre? Porque en el mismo día, a la misma hora, en la misma cruz y con los mismos clavos tienes clavado al único Hijo de ldesolada María y su Corazón virginal de inocentísima Madre.

¿Te preocupas más de las ovejas, bestias irracionales, al no querer que sean sacrificadas cuando se



encuentran dolidas por la pérdida de sus corderos, que de esta purísima Virgen afligida por los dolores y muerte de su divino Cordero? ¿Quieres que tenga por verdugo de su martirio el amor que tiene a tu Unigénito; que en tan crueles tormentos, no falte a este bondadosísimo Hijo, la vista de los sufrimientos de esta dignísima Madre para más afligirle y atormentarle? Alabanzas y bendiciones inmortales sean dadas, oh Dios mío, al amor incomprensible que tienes a los pecadores. Gracias infinitas y eternas por todas las obras de este divino amor!

Oh Jesús, Unigénito de Dios, Hijo único de María, luz de mi alma, te suplico, por el infinito amor que me tienes, que ilumines mi mente con tus santas verdades, que arrojes de mi corazón el deseo de los consuelos de esta vida y que pongas en él deseos de sufrir por tu amor, causa de tus tormentos, fuente de las tribulaciones de tu santa Madre. Qué ciego soy cuando creo poder agradarte por camino distinto del señalado. ¿Hasta cuándo, oh amor, seré tan ciego y viviré tan engañado? ¿Hasta cuándo huiré de ti?

¿Hasta cuándo este hombre de tierra se negará a tener tus divinos sentimientos? ¿Para qué quiero la vida si no la empleo en dártela como tú y tu santísima Madre la diste por mí en la cruz? Qué mayor esclarecimiento de mis



faltas quiero yo que este? ¡Oh divina sabiduría, tu luz celestial me guíe por doquier, que la fuerza de tu amor me posea totalmente y que obre en mi alma los cambios que produce en los corazones dóciles. Me ofrezco y me doy del todo a ti; haz, Señor, que lo haga con puro y total corazón. Quítame el placer de todas las cosas; que únicamente lo tenga en amarte y en sufrir contigo.

Oh Dios de mi corazón, te adoro y te doy infinitas gracias porque haces que redunden en mi provecho los dolores que sufres al ver los de tu santa Madre. Me la diste por Señora y Madre. Gracias por amarme hasta desear que ella me ame en tu lugar como a su Hijo, y como tal tenga compasión de mí y de mis necesidades; que me asista, favorezca, proteja, guarde y gobierne como a hijo suyo. Quizá, redentor mío, no has encontrado mayor consuelo para tu santísima Madre, que darle hijos perversos y pecadores para que emplee su poder y caridad en procurar su conversión y salvación. Bendito y alabado seas eternamente, porque has querido que nada se pierda, sino que todo se emplee en remedio de mis males y para colmarme de verdaderos bienes. No permitas, pues, oh mi caritativo médico, que muera entre tantos remedios. Recíbeme y hazme digno siervo y verdadero hijo de esta gran reina y buenísima Madre.



Santísima Madre de Dios, recuerda que los dolores que nosufriste en el alumbramiento virginal de tu único Hijo se multiplicaron al pie de la cruz, en el alumbramiento espiritual de los pecadores cuando los recibiste a todos por hijos tuyos. Ya que tanto te he costado, recíbeme, aunque indignísimo, en calidad de tal. Haz conmigo, oh santísima Virgen, el oficio de Madre; protégeme, asísteme, guíame en todo y alcánzame de tu Hijo la gracia de mi salvación.

Oh moradores del cielo, benditos y sagrados frutos de las entrañas espirituales del maternal Corazón de esta purísima Virgen, pídanle que sea siempre para mí Madre benignísima y que me alcance de su querido Hijo Jesús servirlos y amarlos fielmente en este mundo para ser del número de los que lo bendecirán y amarán eternamente en el otro. Amén.

## **CAPÍTULO VII**

### ***El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor de la Iglesia triunfante, militante y purgante***

Este adorable Corazón es hoguera ardiente de amor divino, que esparce sus fuegos y llamas por doquier: en la Iglesia triunfante en el cielo, en la militante en la tierra, en la purgante en el purgatorio y hasta en cierta manera en los infiernos.



Si elevamos los ojos y el corazón al cielo, a la Iglesia triunfante, ¿qué vemos? Un ejército innumerable de santos: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y bienaventurados. ¿Qué son todos estos santos? Llamas de la inmensa hoguera del Corazón divino del Santo de los santos. La bondad y el amor de este Corazón amabilísimo les hizo nacer en la tierra, los iluminó con la luz de la fe, los hizo cristianos, vencedores del diablo, del mundo y de la carne, los adornó de todas las virtudes, los santificó en el mundo y los glorificó en el cielo, encendió en sus corazones el amor a Dios, puso en sus labios las divinas alabanzas, y es fuente de cuanto grande, santo y admirable hay en ellos. De aquí que si durante el año se celebran tantas fiestas en honor de los santos, ¿qué solemnidad no merecerá el divino Corazón, principio de lo noble y glorioso de los santos?

Vengamos a la tierra y veamos lo más digno y grande de la Iglesia militante. El sacramento del bautismo nos hace hijos de Dios; la confirmación nos da el Espíritu Santo; la penitencia: borra los pecados y nos pone en gracia con Dios; la eucaristía alimenta el alma con la carne y sangre del Hijo de Dios para hacernos vivir su vida; el matrimonio da hijos a Dios para servirle y honrarlo en la tierra y amarlo y glorificarlo por siempre en los cielos; el orden da sacerdotes a la Iglesia para perpetuar las funciones sacerdotales del divino sacerdote y así cooperar con él en la salvación del mundo, la gran



obra. De ahí que lleven el nombre y la condición de salvadores: *suben los salvadores al monte Sión* (Ab 21). El sacramento de la extrema unción, finalmente, nos fortifica a la salida de este mundo contra los enemigos de nuestra salvación que luchan con gran esfuerzo en aquel último momento.

Todos estos sacramentos son fuentes inexhaustas de gracia y santidad, originadas en el océano inmenso del sagrado Corazón de nuestro Salvador; todas sus gracias son llamas de la hoguera divina de su Corazón. La más ardiente de estas llamas es la santísima eucaristía. En efecto, este gran sacramento es compendio del poder, maravillas, sabiduría y bondad de Dios; ciertamente es fruto del Corazón incomparable de Jesús y llama de esta divina hoguera.

Por tanto, si con tanta solemnidad celebra la Iglesia este divino sacramento, con qué solemnidad deberá celebrar la fiesta del sacratísimo Corazón, origen de todo lo grande, extraordinario y precioso que hay en el augusto sacramento?

Hablemos del purgatorio, de la Iglesia purgante. ¿Qué es el purgatorio? El temible trono de la divina justicia que despliega aquí castigos tales que santo Tomás dice que *la menor pena que en él se sufre, supera todos los sufrimientos de este mundo* (3a, q. 46, a. 6, ad 3). San Agustín exclama: *más grave es ese fuego que cuanto puede un hombre padecer en esta vida* (Sermón 4, de



difuntos). Sin embargo esta terrible justicia no excluye la misericordia, al contrario, ella junto con la justicia hizo el purgatorio para abrirnos el paraíso, de otra manera estaría cerrado a la mayoría de los hombres, pues es verdad de fe que nada manchado entra en el cielo (Ap 21, 27). Aunque un alma, al dejar su cuerpo, sólo tuviera un pecado venial, jamás entraría en el paraíso, si la misericordia del Salvador no hubiera establecido el purgatorio para purificarla. Por tanto, el purgatorio es efecto de la bondad y caridad del Corazón benignísimo de nuestro redentor.

Descendamos más. Vayamos, de espíritu y pensamiento, al infierno. San Crisóstomo nos declara que ni uno solo de los que así bajaron durante la vida a ese lugar, para animarse a obrar su salvación con temor y temblor, bajará a él después de su muerte.

¿Qué es el infierno? Según el santo Evangelio es *un lugar de tormentos* (Lc 16, 28); *tortura de fuego, suplicio eterno*; en una palabra es el lugar de las venganzas y de la cólera de Dios nuestro Señor. Sin embargo, ¿cabe aquí la infinita bondad del misericordioso Corazón de nuestro amable redentor? ¿Qué hace aquí tal bondad? En primer lugar hace que los miserables condenados no sean castigados tanto como lo merecen, pues el pecado es ofensa contra Dios, que merece infinitamente ser servido y obedecido y con quien estamos infinitamente obligados.



Ese pecador merece por tanto castigos infinitos no sólo extensivamente, en cuanto a la cantidad, sino también intensivamente, en cuanto al grado y calidad de la pena. Ahora bien, aunque las penas de los réprobos sean infinitas, extensas en su duración, son limitadas intensivamente en su grado, pues nuestro Señor podría muy justamente aumentarlas más y más, lo que no hace por la bondad inefable de su benignísimo Corazón.

En segundo lugar, aunque la justicia hizo el infierno para castigar a los malvados que mueren en pecado, lo hizo también la misericordia, dice san Crisóstomo, para infundir el temor de Dios en los corazones de los buenos, e inducirlos a obrar su salvación *con temor y temblor* (Ef 6, 5).

En tercer lugar, la bondad sin par de Nuestro Señor se sirve del fuego del infierno para encender en nuestros corazones el divino amor. ¿Cómo? Siendo merecedores del fuego del infierno, ¿cómo no amar al que nos libra de tal suplicio? Cuán pocas son las personas en el mundo que no hayan cometido algún pecado mortal. Cuantas ofendieron a Dios mortalmente una sola vez en la vida y merecieron el infierno. Mas sólo irán a él los que no se libraron del pecado; pero los que lograron el perdón ¿a qué no estarán obligados para con la inmensa caridad del Corazón benignísimo de nuestro redentor? Estarán infinitamente



obligados a servirle y amarlo. Reconoce pues que las bondades del amable Corazón del divino Salvador son tan admirables que echa mano hasta del fuego del infierno para obligarnos a amarlo y por lo tanto a ser del número de los que le poseerán eternamente.

Así, la hoguera divina del adorable Corazón de Jesús

esparce sus llamas y fuegos en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno. ¡Oh bondad inefable! ¡Oh amor admirable! ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Quién tuviera los corazones todos que ha habido, hay y habrá en el cielo, en la tierra y en el infierno para con ellos amarte, alabarte y glorificarte incesantemente! ¡Oh Jesús, unigénito de Dios, Hijo único de María, te ofrezco el amabilísimo Corazón de tu divina Madre, que vale más y te es más grato que todos ellos. ¡Oh María, Madre de Jesús, te ofrezco el Corazón adorabilísimo de tu Hijo amadísimo, que es la vida, el amor y el gozo de tu Corazón!



**CAPÍTULO VIII**  
***El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor***  
***para cada uno de nosotros***

Para entender esta verdad, consideremos los admirables efectos de la bondad incomprensible y del amor indecible de este amabilísimo Corazón para nosotros. Dos principales entre otros muchos.

El primero es habernos librado del abismo de males en que el pecado nos había sumergido. Por el pecado fuimos hechos enemigos de Dios, objeto de su ira y su maldición, excomulgados de la santísima Trinidad, anatematizados del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, separados de la compañía de los ángeles, desterrados de la casa de nuestro Padre celestial, arrojados del paraíso, precipitados al infierno, sumergidos en las llamas devoradoras del fuego eterno, esclavizados bajo la horrible tiranía de Satanás, hechos esclavos de los demonios, abandonados a su rabia y su furor; en una palabra, condenados a los espantosos suplicios del infierno. Y todo eso para siempre y sin esperanza alguna de socorro ni alivio.

Enumero males infinitamente espantosos. Mas hay uno que los supera a todos, mal de males, causa única de todos los males de la tierra y del infierno, el pecado! ¡Oh, qué mal es el pecado! Para entender algo acerca de



él, imaginémonos que están en la tierra todos los hombres que ha habido, hay y habrá y que cada uno de ellos es tan santo como san Juan Bautista; que unidos a ellos están todos los ángeles del cielo en carne humana, hechos pasibles y mortales.

Si todos estos hombres y ángeles derramasen hasta la última gota de su sangre, si muriesen mil veces, si posible fuera, si sufriesen por toda la eternidad todos los tormentos del infierno, no podrían sin embargo librarnos del menor pecado venial, ni satisfacer digna y perfectamente a Dios por la ofensa que recibe por dicho pecado venial, ni por lo tanto librarnos del menor mal que por este pecado hubiéramos merecido ni darnos la gota de agua que hace tanto tiempo pide el mal rico, si el Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por nosotros.

Si un pecado venial es un mal tan grande, ¿qué será el pecado mortal, que es constituirse uno en esclavo de monstruo infernal, más abominable y espantoso que todos los monstruos y dragones de la tierra y del infierno?

En ese abismo de males hubiéramos sido precipitados sin esperanza alguna de poder salir de él. Pues todas las fuerzas humanas y todos los poderes de tierra y cielo no hubieran sido capaces de sacarnos de allí. Con todo, para dicha nuestra, hemos sido librados de él. ¿A quién se lo debemos? Al Corazón amabilísimo de nuestro



adorable redentor. La inmensa bondad, la infinita misericordia y el amor incomprensible de este divino Corazón, nos libró de tantos males. ¿Qué servicio le hemos prestado, qué le hemos hecho que a cosa tal le obligue? Nada, nada, absolutamente nada. Su amor purísimo fue el que nos honró con semejante favor. ¿Qué ha hecho él para procurarnos un bien tan grande? Ha hecho y sufrido cuanto se puede hacer y sufrir. Bien caro le hemos costado: su sangre, su vida, mil tormentos y una muerte cruelísima y muy ignominiosa. ¡Por tanto, cuán obligados estamos a honrar, alabar y amar este benignísimo Corazón!

Imagínate a un hombre que asalta y roba a un mercader en un bosque. Es apresado y llevado a la cárcel; se le sigue proceso y se le condena a muerte. Contéplalo en manos de los verdugos que están a punto de aplicarle el vil garrote. En esto llega el mercader y a fuerza de dinero, súplicas y amigos y hasta ofreciéndose a morir por él, logra librarlo y ponerlo en libertad. ¡Cuán obligado está ese tal con el mercader! Apliquemos. Por nuestros crímenes estábamos condenados a los suplicios del infierno, el unigénito de Dios, en exceso inconcebible de bondad de su divino Corazón, para librarnos, sufre muerte muy atroz e ignominiosa. ¡Juzga cuán obligados estaremos con este admirable Corazón!



Un elefante se da enteramente toda su vida, al servicio de un hombre que le ha sacado de una fosa en donde había caído. Salvador mío, ¿qué te daré yo, qué haré por ti que me has sacado del abismo espantoso del infierno donde caí tantas veces por mis pecados o hubiera caído si no me hubiera preservado de él la caridad de tu benignísimo Corazón? ¡Oh, que los irracionales me dan una lección y me enseñan la gratitud por tus inenarrables misericordias!

He aquí los efectos infinitos e innumerables del amor inmenso que el divino Corazón de nuestro redentor nos patentizó al librarnos de infinidad de males.

No le bastó librarnos de esos males. Quiere además hacernos bienes inconcebibles. ¿Qué bienes? Escucha. Qué bien y qué dicha no sólo ser librado del infierno, sino ser elevado al cielo, ser ciudadano del paraíso, donde hay exención de todo mal y posesión plena, entera, invariable y eterna de toda clase de bienes! ¡Qué dicha y qué bien ser asociado a los ángeles, ser su compañero, estar sentado en su trono, vivir de su vida, ser revestido de su gloria, gozar de su felicidad, en una palabra, ser semejante a los ángeles.

Qué bien y dicha es estar en el rango de los hijos de Dios, ser sus herederos y coherederos de su Hijo: *Mira qué caridad nos tuvo el Padre al llamarnos hijos de Dios y*



*lo somos (1 Jn 3, 1). Qué bien y qué dicha ser reyes de un reino eterno y poseer el mismo reino que el Padre dio a su Hijo Jesús: Como el Padre me dio el reino yo también lo doy a ustedes (Lc 22, 23); Qué dicha y qué bien comer a la mesa del rey del cielo: Para que coman y beban en mi mesa (Lc 22, 30); ser revestidos de la vestidura real y gloriosa del rey de los reyes: La gloria que me diste la doy a ellos (Jn 17, 22); sentarse con el soberano Monarca del Universo: Al vencedor le daré sentarse conmigo en mi trono (Ap 3, 21). ¡Qué bien y qué dicha morar y reposar con nuestro Salvador en el seno y en el Corazón adorable de su divino Padre: Padre, quiero que los que me diste estén conmigo donde esté (Jn 17, 24); ¿y donde está tú? En el seno del Padre (Jn 1, 18).*

Qué bien y qué dicha poseer todos los bienes que Dios posee. Porque el que tenga a Dios gozará de toda la gloria, felicidad y riqueza que Dios posee: «*Les aseguro que los constituirá sobre todos sus bienes (Mt 24, 48).* Finalmente, qué bien ser del todo transformados en Dios, revestidos, henchidos y penetrados de todas las perfecciones de Dios, y mejor que el hierro, de las cualidades del fuego. Ser una misma cosa con Dios: *Como tú, Padre, en mí y yo en ti, así ellos en nosotros sean uno (Jn 17, 21); Partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1, 4).* Ser, por gracia y por participación, lo que Dios es por naturaleza y por esencia.



Dime ¿qué bienes son éstos? ¿Qué inteligencia creada los puede comprender? Todas las lenguas de los hombres y de los ángeles ¿pueden acaso expresar una partecita de ellos? Ciertamente es lo que dice san Pablo, que son tan grandes todos estos bienes, que: *Jamás ha visto el ojo, ni oído el oído, ni puede el corazón humano comprender los bienes inexplicables y los inestimables tesoros que Dios tiene preparados a los que le aman* (1 Cor 2, 9).

¿A quién debemos todos estos bienes? A la liberalidad inmensa y al amor infinito del Corazón buenísimo de nuestro amable salvador. Por lo tanto, qué honores, qué alabanzas, qué acciones de gracias, debemos tributarle, y con qué devoción debemos celebrar la solemnidad de este muy augusto Corazón! Si el mercader que fue robado, no sólo librase a su asaltador de las manos del verdugo y de la vergonzosa muerte que estaba a punto de sufrir, sino que le diese además la mitad de sus bienes ¿podría este criminal agradecer jamás lo bastante semejante bondad?

Pues bien, en nuestro caso hay más que todo eso. Nuestro salvador, no sólo nos ha librado de la muerte eterna con todos los tormentos que la acompañan, sino que además nos ha colmado de una inmensidad de bienes inenarrables, nos ha dado todos sus bienes. ¿Cómo se lo pagaremos? *¿Cómo devolveré al Señor todo lo que me ha*



*dado?* (Sal 116, 12). ¿No es cierto que aunque tuviésemos tantos corazones de serafines como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, granos de arena y gotas de agua en el mar, y no los empleásemos sino en amarlo y glorificarlo, nada sería todo esto en comparación del amor que nos tiene y de la obligación que tenemos de consagrarle nuestros corazones?

Sin embargo, ¿qué hacemos y qué hace la mayor parte de los hombres? ¿No es cierto que tratan a este adorable Salvador con tanta ingratitud como si nunca hubieran recibido de él bien alguno? ¿No es cierto que lo tratan como si les hubiera hecho todos los males del mundo? ¿No es cierto que él nada ha omitido de cuanto podía hacer para testimoniarles su amor, y que, aun cuando se tratara de toda su gloria y de su propia salvación, no hubiera podido hacer más que lo que hizo por amor a ellos? *¿Qué pude hacer que no hiciera?*

Si fuera posible, dijo Jesús a santa Brígida, que volviera a sufrir tantas veces los tormentos de mi pasión como almas hay en el infierno, los sufriría de buena gana pues la caridad de mi Corazón es hoy tan ardiente como entonces.

Después de todo esto ¿no es asimismo cierto que la mayor parte de los hombres que hay en la tierra trata diariamente a este amable Salvador como a su mayor



enemigo? ¿Qué injurias, qué crímenes, qué ultrajes, qué crueldades pueden desplegar contra él, que no hagan? En una palabra, ¿qué más execrable pueden hacer que crucificarle todos los días? Sí, crucificarle, porque el que peca mortalmente lo crucifica: *De nuevo crucifican a Cristo (Heb 6, 6)*; es crimen mayor que el de los judíos, porque ellos no le conocían.

Aborrezcamos tamaña ingratitud, semejante impiedad y tan abominable cosa. Abramos los oídos a la voz de nuestro Salvador; digo *a la voz*, porque todos los males de que nos libró y los innumerables bienes que nos hizo son otras tantas voces que nos gritan: *Hasta tal punto nos amó Dios; así nos ha amado Jesús*. Amemos, pues al que tanto nos ha amado. Si un hombre cualquiera, el más vil y el último de todos los hombres, nos demuestra alguna amistad, no podemos menos de amarlo. Más, si un irracional, una bestia, si un miserable perro se aficiona a nosotros y nos hace algún pequeño servicio, lo amamos.

¡Ay! ¿Por qué no amaremos a Dios, que es nuestro creador? Nos conserva y nos gobierna; es nuestro rey y amigo fidelísimo, nuestro buenísimo hermano, nuestro Padre amabilísimo, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro soberano bien, nuestra vida, nuestro Corazón, nuestro todo, y es todo corazón y amor a nosotros.



¡Oh Salvador mío, no sé si aún he comenzado a amarte como debo. *Dije, ahora empiezo.* Quiero amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Renuncio para siempre a todo lo que es contrario a tu santo amor. Haz que muera mil muertes antes que ofenderte. Te doy mi corazón. Toma plena y entera posesión de él; aniquila cuanto en él desagrada, aniquílalo más bien que consentir que no te ame *O amar a mi Jesús, o morir.* ¿Pero acaso es darte algo, darte el corazón de una nada? Oh Señor mío, si tuviera tantos corazones de serafines como tu omnipotencia podría crear, con qué gozo te los consagraría a tu amor. Te ofrezco el de tu dignísima Madre, que te ama más que todos los corazones que han sido, son y serán y puedan ser. ¡Oh Madre de Jesús, ama por mí a tu adorable Hijo. ¡Oh buen Jesús, ama por mí a tu amable Madre! ¡Oh ciudadanos todos de la Jerusalén celestial, amen por mí a Jesús y a María, y asóciénme a ustedes en el amor que le tienen y eternamente le tendrán.



## CAPÍTULO IX

### ***El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor para nosotros en el santísimo Sacramento***

Con razón san Bernardo llama al divino sacramento de la Sagrada Eucaristía, *el Amor de los amores*. Porque si abrimos los ojos de la fe para contemplar los prodigiosos efectos de la bondad inefable de nuestro Salvador con nosotros en este adorable misterio, veremos ocho llamas de amor que de continuo salen de este admirable horno.

La primera llama consiste en que el amor inconcebible del divino Corazón de Jesús, que le llevó a encerrarse en este sacramento, le obliga a morar en él continuamente, día y noche, sin salir jamás de él, para estar siempre con nosotros, a fin de realizar la promesa que nos hizo por estas palabras: *Estaré todos los días con ustedes hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 20). Es el buen pastor que quiere estar siempre con sus ovejas. Es el médico divino que quiere estar siempre a la cabecera de sus enfermos. Es el padre lleno de ternura que jamás abandona a sus hijos. Es el amigo fidelísimo y afectuoso que cifra sus delicias en estar con sus amigos (Prov 7, 31).

La segunda llama de esta ardiente hoguera es el amor del Corazón adorable de nuestro salvador que en este



sacramento asume muchas, muy grandes e importantes ocupaciones por nosotros. Está aquí adorando, alabando y glorificando incesantemente a su Padre por nosotros, es decir, para dar cumplimiento a las infinitas obligaciones que nosotros tenemos de adorarlo, alabarlo y glorificarlo.

Y está ahí dando gracias continuas a su Padre, por todos los favores corporales y espirituales, naturales y sobrenaturales, temporales y eternos que nos ha hecho, a cada momento nos hace, y seguirá haciéndonos, si nosotros no se lo estorbamos.

Está ahí amando por nosotros a su Padre, es decir, cumpliendo nuestros deberes por las infinitas obligaciones que tenemos de amarlo.

Está ahí ofreciendo sus méritos a la justicia de su Padre, para pagarle por nosotros lo que le debemos por nuestros pecados.

Está ahí rogando de continuo a su Padre por nosotros, y por todas nuestras necesidades: *Vive siempre para interceder por nosotros* (Heb 7, 25).

La tercera llama de nuestro horno, es el amor infinito de nuestro amable redentor que impulsa a su omnipotencia a hacer por nosotros muchos prodigios en este adorable sacramento, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, y obrando muchos otros



milagros que sobre- pasan incomparablemente todos los que hicieron Moisés, los profetas, los apóstoles y hasta nuestro Salvador mientras estaba en la tierra. Porque todos estos milagros se hicieron únicamente en Judea y éstos se realizan en todo el universo. Aquellos fueron pasajeros y de poca duración; éstos son continuos y durarán hasta el fin del mundo. Aquellos se hicieron en cuerpos separados de sus almas, que resucitaron; en enfermos que fueron curados; y en otras criaturas semejantes; éstos se obran en el cuerpo adorable de un Dios, en su preciosa sangre y hasta en la gloria y grandezas de su divinidad, que está en este sacramento como aniquilada, sin que por ningún lado aparezca, como si en realidad no existiese.

La cuarta llama está señalada en estas divinas palabras del príncipe de las apóstoles, o mejor del Espíritu Santo que habla por su boca: *Dios envió a su Hijo para bendecirlos* (Hch 3, 26); y vino este Hijo adorable todo lleno de amor a nosotros, y con un deseo ardentísimo de derramar incesantemente sus santas bendiciones sobre los que le honran y le aman como a Padre suyo. Principalmente por este divino sacramento colma de bendiciones a los que no se lo estorban.

La quinta llama es su amor inmenso a nosotros, que le obliga a tener consigo todos los tesoros de gracia y de



santidad que adquirió en la tierra para dárnoslos. Y, en efecto, en la santa Eucaristía nos da bienes inmensos e infinitos, y gracias abundantísimas y muy particulares, si aportamos las disposiciones requeridas para recibirlas.

La sexta llama es el amor ardentísimo que lo dispone todos los días no sólo a enriquecernos con los dones y gracias que con su sangre nos adquirió, sino también a dárse nos a sí mismo enteramente por la santa comunión; es decir, a darnos su divinidad, su humanidad, su persona divina, su cuerpo adorable, su sangre preciosa, su santa alma, en una palabra todo lo que tiene y es, en cuanto Dios y en cuanto hombre ; y consiguientemente a darnos su eterno Padre y su Espíritu Santo, inseparables de él; como también a inspirarnos la devoción a su santísima Madre, que sigue por doquier a su divino Cordero, mucho más que las santas vírgenes, de las que se ha dicho: *Siguen al Cordero donde quiera que vaya* (14, 4).

La séptima llama, es el amor increíble que lleva a este buenísimo Salvador a sacrificarse aquí continuamente por nosotros; amor que en cierta manera supera al amor con que se inmoló en el altar de la cruz. Porque allá se inmoló sólo en el calvario, y aquí se sacrifica en todos los lugares en que está presente por la santa Eucaristía. Allá se inmoló sólo una vez; aquí se sacrifica miles de veces todos los días. Es cierto que el sacrificio de la cruz se realizó en mar



de dolores, y que aquí se hace en océano de gozo y de felicidad; pero estando el Corazón de nuestro salvador tan abrasado en amor a nosotros ahora como entonces, si fuera posible y necesario para nuestra salvación, estaría dispuesto a sufrir los mismos dolores que soportó al inmolarse en el calvario, tantas veces como a diario se sacrifica en todos los altares del mundo; y ello por el amor infinito e inmenso que nos tiene.

La octava llama de nuestro amable horno consiste en el amor que nuestro benignísimo redentor nos demuestra cuando da a los hombres todos estos testimonios de su bondad, en un tiempo en que no recibe de parte de ellos sino demostraciones del más furioso odio que pueda imaginarse.

¿En qué tiempo nos hace patente tanto amor? El último de sus días y la víspera de su muerte, cuando instituye este divino sacramento, cuando los hombres despliegan contra él más rabia y furor que los mismos demonios, según éstas sus palabras: *Es la hora de ustedes y de la potestad de las tinieblas* (Lc 22, 53).

¡Oh Salvador mío, no tienes sino pensamientos de paz, de caridad y bondad hacia los hombres; y ellos no tienen sino pensamientos de malicia y de crueldad contra ti. Tú no piensas sino en encontrar medios de salvarlos; y ellos no piensan sino en encontrar medios de perderte.



Todo tu Corazón y todo tu Espíritu se dedican a romper las cadenas que los tienen cautivos y esclavos de los demonios; y ellos te venden, te traicionan y te entregan en manos de tus crueles enemigos. Tú te ocupas en instituir un sacramento admirable, para estar siempre con ellos; pero ellos no quieren nada de ti; se esfuerzan por arrojarte del mundo, por desterrarte de la tierra, y, si pudieran, hasta aniquilarte. Tú les preparas infinitud de gracias, de dones y de favores para la tierra, y tronos magníficos y coronas gloriosas para el cielo, si no quieren hacerse indignos de ellas; y ellos te preparan cordeles, azotes, espinas, clavos, lanzas, cruces, salivazos, oprobios, blasfemias, y toda suerte de ignominias, de ultrajes y de crueldades. Tú les haces un festín delicioso con tu propia carne y tu propia sangre; y ellos te abrevan con hiel y vinagre. Tú les das tu cuerpo santísimo, inocente e inmaculado; y ellos lo magullan a golpes, lo desgarran a fuerza de azotes, lo traspasan con clavos y con espinas, lo cubren de llagas desde los pies hasta la cabeza, lo descoyuntan en la cruz, y le hacen sufrir los más atroces suplicios. En fin, Señor mío, tú los amas más que a tu sangre y tu vida, pues por ellos los sacrificaste, y ellos te arrancan el alma del cuerpo a fuerza de tormentos.

¡Oh qué bondad! ¡qué caridad! ¡Oh qué amor el de tu



Corazón adorable! ¡Oh Salvador mío, qué ingratitud, qué impiedad, qué crueldad la del corazón humano contigo.

Lo que entonces pasó, pasa también ahora. Porque tu amabilísimo Corazón, Jesús mío, está en este sacramento del todo abrasado en amor a nosotros; y obra para nuestro bien mil y mil efectos de su bondad Pero ¿qué es lo que te devolvemos, Señor mío? Ingratitudes y ofensas de mil modos y maneras, de pensamiento, palabra y obra, pisoteando tus divinos mandamientos y los de tu Iglesia. Ah! qué ingratos somos! Nuestro benignísimo Salvador nos ha amado tanto que hubiera muerto de amor a nosotros mil veces mientras estuvo en la tierra, si no hubiera conservado él mismo su vida milagrosamente; y a ser posible, y si necesario fuera para nuestra salvación, estaría aún dispuesto a morir mil veces por nosotros. Muramos, de dolor a vista de nuestros pecados; muramos de vergüenza, al ver que tan poco amor le tenemos; muramos con mil muertes antes que ofenderlo en lo venidero. Oh Salvador mío, concédenos esta gracia! ¡Oh Madre de Jesús, alcánzanos de tu amado Hijo este favor!



## **CAPÍTULO X**

### ***El divino Corazón de Jesús, hoguera de amor a nosotros en su santa pasión***

Toda la vida pasible y mortal de nuestro muy adorable Salvador en la tierra fue continuo ejercicio de caridad y de bondad con nosotros. Pero fue en su pasión donde nos dio los mayores testimonios de su amor. Porque, en este tiempo, en exceso de su bondad, sufre tormentos espantosos para librarnos de los suplicios terribles del infierno, y para adquirírnos la felicidad inmortal del cielo. Se ve entonces su cuerpo adorable cubierto de llagas y bañado en su sangre. Su cabeza sagrada es taladrada por agudas espinas; sus pies y manos traspasados por gruesos clavos; sus oídos escuchan solo blasfemias y maldiciones; su boca abrevada con hiel y vinagre, y la crueldad de los judíos le arranca el alma a fuerza de tormentos. Principalmente su divino Corazón se ve afligido con infinidad de llagas sangrientas y dolorosas cuyo número es casi infinito. Se pueden contar, sí, las llagas de su cuerpo, pero las de su Corazón son incontables.

¿Qué llagas son las del Corazón adorable de Jesús? Las hay de dos clases que proceden de dos diferentes causas:

La primera causa de las llagas dolorosísimas del divino Corazón de nuestro redentor son todos nuestros pecados.



Leo en la vida de santa Catalina de Génova que un día le hizo Dios ver el horror del menor pecado venial; y asegura ella que, por más que esta visión no duró más que un momento, lo vio sin embargo tan espantoso, que se le heló la sangre en las venas, entró en agonía y hubiera muerto si Dios milagrosamente no la hubiera conservado para contar a los demás lo que había visto. Añadió que si se hallara en lo más profundo de un mar de fuego y de llamas, y estuviera en su poder salir de él a condición de volver a ver cosa tan espantosa, preferiría seguir en él a salir con esta condición. Pues si la vista del menor pecado venial puso a esta santa en tal estado ¿qué hemos de pensar del estado a que nuestro Salvador se vio reducido a la vista de todos los pecados del universo? Porque todos los tenía de continuo delante de sus ojos, y siendo su luz infinitamente mayor que la de esta santa, veía en el pecado infinitamente más horror que el que ella podía ver.

Veía la injuria y el infinito deshonor que todos los pecados dan a su Padre; veía la condenación de cantidad innumerable de almas, causada por tales pecados; y como tenía un amor infinito a su Padre y a sus criaturas, todos estos pecados y su vista inundaban su Corazón de infinitas llagas.



Cuenta si puedes todos los pecados de los hombres que son más que las gotas del mar, y habrás contado las llagas del Corazón amable de Jesús.

La segunda causa de estas llagas, es el amor infinito a todos sus hijos en que se abrasaba este Corazón, y la visión que tenía de todas las penas y aflicciones que habían de sobrevenirles, especialmente de los tormentos que todos sus santos mártires habían de sufrir. Cuando una madre que ama mucho a su hijo, lo ve sufrir, sus dolores le son más sensibles que al propio hijo. Nuestro Salvador nos ama tanto, que si se reuniese en un solo corazón el amor de todos los padres y todas las madres, todo ello no sería sino una mínima centella del que arde en el suyo hacia nosotros. Por eso, como todas nuestras penas y dolores estaban siempre presentes a sus ojos, y los veía clara y distintamente; eran para su Corazón paternal otras tantas sangrientas llagas: *En verdad cargó nuestros sufrimientos y llevó nuestros dolores* (Is 53, 4); llagas tan dolorosas y penetrantes, que le hubieran causado mil veces la muerte durante el curso de su vida, incluso desde su nacimiento, si no le hubiera sido conservada por milagro, puesto que desde su nacimiento hasta la muerte su Corazón estuvo sin tregua traspasado con llagas mortales.

Siendo esto así, ¡cuán obligados estamos con este muy buen Corazón, que tantas llagas soportó por nuestro amor!



¡Qué motivo tenemos para temer incurrir en nuevos pecados, que le dan sobrada ocasión para quejarse de nosotros! *Me han añadido llagas sobre llagas y dolores sobre dolores* (Sal 69, 27). Cómo debemos temer ser del número de los que san Pablo dice que *le crucifican de nuevo* (Heb 6, 6). Con qué afecto debemos abrazar y sufrir todas las aflicciones que nos sobrevengan por amor a nuestro Señor, puesto que él las soportó primero por nuestro amor! ¿No deben parecernos muy dulces, puesto que pasaron por su dulcísimo y amabilísimo Corazón? Y ¡qué horror hemos de tener a nuestros pecados que tantas llagas hicieron y tantos dolores causaron al Corazón divino de nuestro redentor!

Leemos en la vida de san Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús, que hablando un día delante de un crucifijo a un gran pecador al que exhortaba a convertirse, y siguiendo este desgraciado endurecido en su crimen, el crucifijo, o más bien el Crucificado, en exceso de admirable bondad, le habló, exhortándole a que hiciera lo que su siervo le decía; y al mismo tiempo salió sangre de sus llagas, dándole a entender con esto nuestro bondadosísimo Salvador que estaba dispuesto a derramar de nuevo su sangre y a morir por su salvación, si fuera necesario. Pero, a pesar de esta indecible bondad, este desdichado permaneció en su endurecimiento. Salió entonces una ola



de sangre de la llaga del costado, que, lanzada sobre él, le dio allí mismo la muerte. ¿Qué fue de su alma? Lo dejo a tu consideración. ¡Oh, Dios mío, qué terrífico espectáculo!

Aprendamos de aquí que si no nos salvamos no es por nuestro redentor. Pero hay corazones tan duros, que, aun cuando bajare él mismo del cielo para predicarles, y aun cuando lo vieran cubierto de llagas y bañado en su sangre!, no se convertirían. Oh Dios mío, no permitas que seamos de este número, sino concédenos la gracia de abrir los oídos a la voz de las sagradas llagas de tu Cuerpo y de tu Corazón, que son otras tantas bocas por las que clamas sin cesar: *Vuelvan, pecadores, vuelvan a su corazón*», es decir, a mi Corazón, que es todo suyo, pues te lo he dado todo. Regresen al benignísimo Corazón de su Padre, lleno de amor y misericordia para ustedes. Él los recibirá y los alojará en sus entrañas, y los colmará de toda clase de bienes. Pero vuelvan pronto y enteramente y con todos sus afectos. Dejen el pecado; renuncien al partido del infierno; huyan de todas las ocasiones del mal, y abracen la práctica de todas las santas virtudes. Afortunados los que se rindan a esta voz; desgraciados los que le cierran los oídos y endurezcan sus corazones como ese infortunado de que acabamos de hablar. *¡Ay del corazón duro, porque su fin será el del réprobo!* (Sirá 3, 27). ¡Ay del corazón duro, porque perecerá eternamente, rabiará eternamente, y



sufrirá eternamente tormentos indecibles e incomprensibles!

¡Oh Salvador mío, te doy mi corazón: guárdalo de semejante desgracia! ¡Oh Madre de misericordia, te doy este mismo corazón; entrégalo a tu Hijo, y suplícale que lo ponga junto a los corazones santos que amarán a Hijo y Madre por toda la eternidad.

## **CAPÍTULO XI**

***El Corazón de Jesús es uno con el Corazón  
del Padre y del Espíritu Santo.***

***El Corazón adorable de las tres divinas personas es  
hoguera de amor a nosotros***

Todo el mundo sabe que la fe cristiana nos enseña que en el misterio adorable de la santísima Trinidad hay tres Personas: tres Personas que no son sino una misma divinidad, un mismo poder, una misma sabiduría, una misma bondad, una misma inteligencia, una misma voluntad y un mismo corazón. Por eso, nuestro Salvador, en cuanto Dios, no tiene sino un mismo Corazón con el Padre y el Espíritu Santo; y en cuanto hombre, su Corazón humanamente divino y divinamente humano no es más



que una misma cosa con el Corazón del Padre y del Espíritu Santo, en unidad de espíritu, de amor y voluntad.

De aquí que adorar al Corazón de Jesús, sea adorar al Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es adorar a un Corazón que es hoguera de amor ardentísimo a nosotros. Es preciso ahora que nos sumerjamos en esta hoguera, a fin de arder en ella eternamente. Desgraciados los que han de ser arrojados en el horrible horno del fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; pero felices los que serán arrojados en la hoguera eterna del divino amor que abrasa el adorable Corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Para animarnos a sumergirnos en él de todo corazón, veamos qué fuego y qué amor es éste. ¿Quieres ver cómo es el amor del Corazón paternal de nuestro divino Padre, que es el Padre de Jesús? Escucha a san Pablo: *No perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Ro 8, 32). Lo envió a este mundo y nos lo dio para testimoniarnos su amor de manera admirable. Porque, antes de enviarlo sabía muy bien de qué manera le habíamos de tratar. Sabía que al nacer en la tierra para que los hombres nacieran para el cielo, su divina Madre buscó un lugar donde dárnoslo nacido y no lo encontró: *No hubo lugar para ellos en la posada* (Lc 2, 7); que así que hubiera nacido, lo buscarían para matarlo; que



se vería obligado a huir y a ocultarse en un país extranjero y de bárbaros; que cuando comenzara a predicarles e instruirlos, lo tratarían como a un insensato y quisieron atarlo como si hubiera perdido el juicio; que cuando predicara la palabra de su Padre, muchas veces alzarían piedras para apedrearlo, y que le llevarían a lo alto de un monte para precipitarlo y matarlo; que lo atarían y lo agarrotarían como a un ladrón; que lo arrastrarían por las calles de Jerusalén como a un criminal; que le harían sufrir infinidad de ultrajes y de tormentos; que lo harían morir con la más infame y cruel de todas las muertes; que una vez resucitado, ahogarían la creencia de su resurrección, a fin de aniquilarla por completo; que establecida la Iglesia y los sacramentos para aplicar a las almas los frutos de su pasión y de su muerte, la mayor parte de los cristianos abusarían de ellos, los profanarían, y los usarían para su mayor condenación; que en fin, después de todos sus trabajos, sus sufrimientos y su muerte, la mayor parte de los hombres pisotearían su preciosa sangre y harían vano e inútil todo lo que por su salvación hubiera hecho y se perderían miserablemente.

Veías, Padre adorable, todo esto y sin embargo, no dejaste de enviarnos a tu amado Hijo. ¿Qué te obligó a esto? El amor incomprensible de tu Corazón paternal a nosotros. Se diría, oh Padre de las misericordias, que nos



amas más que a tu Hijo y más que a ti mismo, pues tu Hijo no es sino una cosa contigo. Pareciera que, por amor a nosotros menosprecias a tu Hijo, y por tanto a ti mismo, no siendo sino una cosa con él. ¡Oh exceso y bondad inconcebibles! ¡Oh amor admirable! Esto es algo del infinito amor del Corazón amable del Padre eterno hacia nosotros. ¿Quieres ver ahora el amor incomprensible del divino Corazón del Hijo de Dios a nosotros? Escúchalo: *te he amado como mi Padre me ha amado* (Jn 15, 9). Mi Padre te ama tanto que, por amor tuyo, me entregó a la muerte, y a la muerte de cruz; y yo te amo tanto que, por amor a ti me abandoné al poder de las tinieblas y a la rabia de los judíos, mis mortales enemigos: *Es la hora de ustedes y de la potestad de las tinieblas* (Lc 22, 53). ¡Oh Salvador mío, puedo en verdad decirte con tu fiel siervo san Buenaventura que me amas tanto, que parece que por mí te aborrecieras.

Vengamos al amor del Espíritu Santo, que es el Corazón del Padre y del Hijo. Cuando este divino Espíritu formó al Hombre-Dios en las sagradas entrañas de la bienaventurada Virgen, para dárnoslo, ¿sabía lo que habíamos de hacer de él? ¿Sabía todas las indignidades y crueldades que los hombres habían de cometer contra él? ¿Sabía que harían todos sus esfuerzos para destruir su admirable obra maestra, que es el Hombre-Dios? Sí, lo



sabía perfectísimamente; y sin embargo no dejó de formarlo en el seno virginal; de hacerlo nacer en el mundo para nosotros; de mostrarse en figura de paloma sobre su cabeza, en el río Jordán, a fin de dárnoslo a conocer; de guiarlo al desierto para que allí hiciera penitencia por nuestros pecados; de animarlo a predicarnos su santo Evangelio y anunciarnos las verdades del cielo: *El Espíritu del Señor está sobre mí* etc. (Lc 4, 18); y de llevarlo a sacrificarse a sí mismo en la cruz, por nuestra redención. *Por el Espíritu Santo se ofreció a sí mismo* (Heb 9 14). ¡Oh amor sin igual! ¡Oh Espíritu de amor y de caridad! Permíteme que te diga que amas más al hombre pecador y criminal que al Hombre-Dios que es el Santo de los santos; a un esclavo de Satanás que al Hijo único de Dios; a un tizón del infierno que al rey del cielo. ¡Oh prodigio sin par! ¿Qué es lo que así te ha seducido? Perdóname, oh Espíritu adorable, si así hablo; pero ¿no es cierto que parece que el amor excesivo que nos tienes te ha seducido a ti, al divino Padre y a su Hijo único? ¡Oh cuán cierto es lo que se dice que: *Amar y saber solo a Dios se concede.*

Así es como nos aman el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: *De tal manera amó Dios al mundo* (Jn 3, 16); así el divino Corazón es una hoguera de amor a nosotros.

Después de esto, ¿qué haremos para ser reconocidos a tanta bondad? ¿Qué pides, Dios mío, de nosotros? No oyes



su voz que hace mucho tiempo nos dice *¿Hijo mío, dame tu corazón?* (Prov 23, 26).

Un gran prelado llamado Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, en una carta que escribió a los Padres de su Orden reunidos en Tolosa el año 1532, según nos lo refiere Drexelius, de la Compañía de Jesús, atestigua que antes de que los habitantes de dicha ciudad de México se convirtiesen a la fe, el diablo, a quien adoraban en sus ídolos, ejercía sobre ellos tiranía tan cruel, que les obligaba a degollar todos los años más de veinte mil niños de ambos sexos, y a abrirles las entrañas para extraerles el corazón, a fin de hacer con ellos un sacrificio, quemándolos sobre carbones encendidos a guisa de incienso. Si sólo en la ciudad de México se inmolaban todos los años a Satanás más de veinte mil corazones de niños, dejo a tu consideración cuántos se le sacrificarían cada año en todo el reino de México.

Adoramos a un Dios que no exige cosas tan extrañas. Pide ciertamente nuestro corazón; pero no quiere que lo saquemos del pecho para ofrecérselo. Se contenta con que le demos sus afectos, especialmente los de amor y de odio: el amor para amarlo con todas nuestras fuerzas y sobre todas las cosas; el odio, para no odiar más que el pecado.



¿Hay nada más dulce que amar a una bondad infinita, de la que no hemos recibido jamás sino toda clase de bienes?

¿Hay nada más fácil que odiar la cosa más horrible del mundo, única causa de todos los males? Si negamos nuestro corazón al que hace tanto tiempo nos lo pide de manera tan dulce y encantadora, y un corazón que por infinidad de títulos le pertenece, todos esos paganos que sacrificaron al diablo los corazones de sus hijos se levantarán contra nosotros y nos condenarán el día del juicio. ¡Oh, qué confusión para nosotros, cuando el verdadero y legítimo rey de nuestros corazones nos muestre a estos pobres idólatras, y nos diga: Miren, ha habido gentes que arrancaron el corazón del pecho de sus propios hijos para inmolarlos a Satanás, y ustedes me han negado los afectos del suyo. No consintamos que se nos eche en cara tan vergonzoso reproche; demos de una vez entera e irrevocablemente nuestro corazón al que lo creó, lo rescató, y al que tantas veces nos dio el suyo.

La historia de las Cruzadas, escrita por un Padre de la Compañía de Jesús, refiere que el año 1098, Godofredo de la Tour, natural de Limoges, Francia, uno de los más valientes militantes del ejército cristiano, habiendo oído el rugido de un león que parecía quejarse de algún gran mal que padecía, entró en el bosque próximo, y corriendo hacia



el lugar donde se oía el rugido, vio que una horrible serpiente de descomunal tamaño, enroscada en las patas y el cuerpo del león, le había dejado indefenso, y le lanzaba redobladas porciones de su veneno para matarlo. Conmovido Godofredo ante el peligro del león, dio con su sable contra la serpiente sin herir al león. Al verse libre este pobre animal, reconociendo al autor de su libertad, le daba las gracias de la mejor manera posible halagándolo y lamiéndole los pies; se apegó y aficionó después a él como a quien debía la vida; no quiso abandonarlo jamás y le siguió por todas partes como un perro fiel a su dueño, sin hacer nunca mal a nadie, sino a los que ofendían a su señor. Con él iba siempre al combate y a la caza, proveyéndole siempre de abundantes piezas. Pero lo más admirable es, que, al volver á Francia, después de las Cruzadas, no queriendo consentir el patrón de la embarcación que entrase en ella el león que le acompañaba, esta pobre bestia, desesperada al verse alejada de su bienhechor, se lanzó al mar, hasta que, faltándole las fuerzas pereció ahogada, prefiriendo morir a verse separada de su amo.

Después de esto ¿no es cierto que debiéramos morir de confusión, viendo que una bestia tan feroz como un león nos dé esta lección de agradecimiento a nuestro soberano bienhechor? ¿Habría que enviar a los cristianos a



la escuela de las fieras para aprender lo que deben a Dios? ¡Oh Salvador mío, tú me arrancaste de las garras del dragón infernal; me diste tu vida para librarme de la muerte eterna del infierno y hacerme vivir de una vida inmortal y bienaventurada en el cielo. Sea yo todo tuyo y no viva sino para ti. Haz que te siga por doquier; y que las facultades de mi alma se adhieran inviolablemente a tu divina voluntad; que no tenga otros sentimientos que los tuyos; que no odie jamás sino al pecado, tu enemigo; que sólo ame a ti en todas las cosas; y muera antes mil veces que separarme de mi amabilísimo Jesús.

## **CAPÍTULO XII**

### ***El divino Corazón de Jesús, nuestro inmenso tesoro***

Después de haber considerado al Corazón adorable de nuestro salvador como hoguera de amor a nosotros, digamos ahora, en primer lugar, que es inmenso tesoro que contiene riquezas infinitas y luego, que este tesoro es nuestro y cual santo uso que hemos de hacer de él.

Sí, el divino Corazón de Jesús es un tesoro inestimable, que encierra en sí todas las riquezas



maravillosas del cielo y de la tierra, de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; todas las riquezas que hay en todos los ángeles y santos, en la Virgen bienaventurada, en la Divinidad, en la santísima Trinidad, en todas las perfecciones divinas. Porque, si San Crisóstomo dice que la santísima Virgen es abismo de inmensas perfecciones de la Divinidad. Tratándose del Corazón adorable de Jesús es innegable.

Además, este Corazón es un tesoro preciosísimo que contiene todos los méritos de la vida del salvador, todos los frutos de sus divinos misterios, todas las gracias que con sus trabajos y sufrimientos nos adquirió, todas las virtudes que en un grado infinitamente elevado practicó, todos los dones del Espíritu Santo de que fue colmado .

Ahora bien, ¿para quién es tan maravilloso tesoro? Para nosotros, para cada uno de nosotros en particular, porque sólo a nosotros interesa tomar posesión de él. ¿Por qué títulos, y con qué derecho es nuestro este tesoro? Nos lo dio el Padre de Jesús al darnos a su Hijo; y nos lo da continuamente, porque su donación no es pasajera: *Los dones de Dios son sin arrepentimiento* (Ro 11, 29). El Hijo de Dios nos da este tesoro además infinitas veces dándose a nosotros y nos lo da continuamente en la sagrada Eucaristía. El Espíritu



Santo nos lo da también sin cesar. La Virgen santa de igual manera, porque no teniendo sino un Corazón y una voluntad con su Hijo, quiere todo lo que El quiere, y nos da con él todo lo que él nos da.

Queda, pues, asentado que el Corazón amable de Jesús es todo nuestro, y que es nuestro Corazón. Cada uno de nosotros puede decir con san Bernardo: *El Corazón de Jesús es mi corazón, lo diré con atrevimiento, porque si Jesús es mi cabeza ¿lo que es de mi cabeza, no es mío? Como los ojos de mi cabeza corporal son verdaderamente míos, así el Corazón de mi cabeza espiritual es verdaderamente mi Corazón. ¡Oh, qué dicha, pues es cierto que no tengo con Jesús sino un solo Corazón!*

Pero ¿de qué serviría a un hombre poseer un rico tesoro sise dejase morir de hambre, de sed y de frío junto a su tesoro; y si, por no pagar sus deudas se dejase llevar a una cárcel y podrirse en ella? Así, ¿de qué nos servirá este gran tesoro si no hacemos uso de él? Porque Dios para este fin nos lo ha dado, para que al servirnos de él, cumplamos todas nuestras obligaciones y paguemos todas nuestras deudas.

¿Qué deudas son éstas? Infinitas, porque debemos a Dios y a los hombres, al Creador y a todas las criaturas. Con el creador tenemos cinco deberes: 1.



Adoración, honor, gloria y alabanza; 2. Amor; 3. Acción de gracias;

4. Satisfacción por nuestros pecados; 5. Entrega de nosotros mismos, pues le pertenecemos por infinidad de títulos. Añadamos a esto la oración, cuya obligación se funda en dos principios: en nuestra pobreza e indigencia infinitas, no siendo nada, ni teniendo nada de nosotros mismos; y en que Dios es el soberano bien y la fuente de todo bien, y su bondad infinita pone en él una infinita inclinación a colmarnos de sus bienes; pero quiere, y es justo, que se lo pidamos en nuestras oraciones.

Para pagar todas estas deudas hay que hacer lo siguiente: En primer lugar, es necesario estar en gracia de Dios. Después, al celebrar la santa Misa, si eres sacerdote, o al asistir a ella, si no lo eres, y principalmente después de haber comulgado, acuérdate de que tienes al Corazón divino de Jesús en tu pecho, donde están también las tres Personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y dirigiéndote en primer lugar al Padre, háblale así, pero con todo el respeto y la humildad posibles:

«Padre santo, te rindo honor, gloria, amor, alabanzas, adoraciones, acciones de gracias y satisfacciones infinitas; y me doy a ti por infinidad de



razones. No tengo de mí mismo con qué pagar todas estas deudas, no teniendo ni siendo nada. Pero te ofrezco el Corazón divino de tu muy amado Hijo, que tú me has dado para satisfacer la obligación que tengo de adorarte, honrarte, alabarte, glorificarte, amarte, darte gracias, satisfacerte por mis pecados, darme a ti y rogarte por este mismo Corazón que me concedas todas las gracias que necesito. Este es mi tesoro. Me lo diste en exceso de bondad; dígnate recibirlo, oh Padre de las misericordias, tomando de este sagrado tesoro con qué dar plena satisfacción a todas mis deudas.

Después di otro tanto al Hijo de Dios. Ofrécele este tesoro, es decir su propio Corazón, como también el de su santísima Madre, que en cierta manera es una misma cosa con él suyo, y que le es más grato que todos los corazones del paraíso. Y harás lo mismo con el Espíritu Santo.

A continuación, ten presentes las infinitas obligaciones para con la Madre de Dios, que te dio un salvador, con todos los infinitos dones que de este maravilloso don proceden. Ofrécele el amable Corazón de su amado Hijo, en acción de gracias por todos los favores que de esta divina Madre has recibido. Ofrécele también este Corazón, en reparación y suplemento de todas tus negligencias, ingraticudes e infidelidades que has tenido con ella. Ella misma dio a Santa Matilde esta



enseñanza, cuando apenada por las negligencias cometidas en su servicio, la santísima Virgen le advirtió que le ofreciera el santísimo Corazón de su queridísimo Hijo, asegurándole que esto le sería más grato que todas *las devociones y ejercicios de piedad que para con ella pudiera practicar.*

Considerando además que también eres deudor con el ángel de tu guarda, con todos los demás ángeles, con tus patronos y demás santos, por las oraciones que por tí hacen, y por la mucha asistencia que te han prodigado, ofréceles a todos en general, y a cada uno en particular, tu gran tesoro, en acción de gracias, en suplemento de tus faltas para con ellos, y para aumento de su gloria accidental.

Piensa que aún eres deudor con tu prójimo. A todos debes caridad, incluso a tus enemigos; a los pobres, tu asistencia según tus posibilidades; a tus superiores, respeto y obediencia. Para cumplir todos estos deberes, ofrece a nuestro salvador su divino Corazón, en reparación de las faltas que en esto has podido cometer; pídele que las repare en tu lugar y que te dé las gracias que necesitas para en adelante cumplir perfectamente tus obligaciones con el prójimo.

Encuentro en las obras de santa Matilde, que habiéndole suplicado cierta persona rogara por ella a



nuestro Señor que le diese un corazón humilde, puro y caritativo, y habiéndolo así hecho, nuestro Señor dio a la santa esta respuesta: «Que busque en mi Corazón cuanto desea necesita; y que me pida ella que se lo conceda, como un niño pide confiadamente a su padre todo lo que desea. Cuando desee la pureza de corazón, que recurra a mi inocencia; cuando desee la humildad, que la saque de mi humilísimo Corazón; que tome también de aquí mi amor con toda mi santa vida y se apropie confiadamente todo lo bueno y *santo que hay en este Corazón, puesto que todo lo he dado a mis hijos.*

Este es el tesoro inmenso e inagotable que nuestro buenísimo Jesús nos ha dado, del que podemos tomar con confianza todo lo que nos falta, mientras lo poseemos. Pero

¡ay! si llegamos a perderlo por el pecado. Dios mío, ¡qué espantosa pérdida! Estoy seguro de que si lo conociésemos bien, aun cuando viviéramos hasta el día del juicio, y no dejáramos de llorar hasta formar un mar de lágrimas, y lágrimas de sangre, nada sería bastante para deplorar dignamente tan inmensa desgracia. Y aun cuando todos los ángeles y santos descendieran del cielo para consolarnos, jamás podrían enjugar nuestras lágrimas. Clama san Agustín: *Ay ¿cuánto ha perdido el que ha perdido a su Dios?* ¡Ay qué pérdida inmensa



para el que perdió el Co- razón de su Jesús! ¿Quién será capaz de comprender la inmensidad de esta pérdida? ¿Quién la podría expresar? ¿Quién podría deplorarla dignamente?

Y sin embargo, después de haber perdido este tesoro infinito tantas y tantas veces, te ves, hombre insensato, tan poco conmovido, como si nada hubieras perdido. ¡Oh, qué dolor debiera ser el tuyo! ¡Qué lágrimas de sangre debieras derramar! ¡Qué horror debieras concebir de tus pecados, que tan espantoso desastre te han causado! ¡Oh, qué temor de venir a caer en él!

¡Qué necesidad de dar con todos los medios posibles para guardarte de él! Oh, ¿Qué no habrá que perder antes que perder él Corazón amabilísimo de nuestro redentor? Perdido él, todo está perdido. ¡Oh, perdámoslo todo, todos los bienes de la tierra, perdamos los amigos, nuestra salud, todos los bienes imaginables, perdamos antes cien mil millones de mundos.

¡Oh salvador mío, concédeme esta gracia! ¡Oh Madre de Jesús, alcánzame de tu amadísimo Hijo!



## CAPÍTULO XIII

***Jesús nos ama como su Padre lo ama.***

***Cómo debemos amarlo***

Hemos visto numerosos y admirables efectos del ardentísimo amor del Corazón sagrado de nuestro Salvador a nosotros. Pero hay uno que aventaja a todos los demás, y está contenido en estas maravillosas palabras salidas de su divino Corazón, brotadas de sus adorables labios: *Los amo como mi Padre me ama* (Jn 15, 9).

Detengámonos aquí un momento. Ponderemos bien estas palabras: *Los amo*, ¡Oh dulce palabra salida de labios del soberano Monarca del universo! ¡Oh, encantadora palabra! ¡Ventajosa y consoladora palabra! *Los amo*, dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o un rey de la tierra se tomase la pena de trasladarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: Vengo aquí expresamente para darte la seguridad de que te amo, y para hacerte sentir los efectos de mi afecto, ¡qué alegría para este pobre hombre! Y si un ángel del cielo, o un santo, o la reina de los santos se apareciesen en medio de una iglesia llena de numerosos cristianos, para decir pública y claramente a alguno de ellos: Te amo, mi corazón es tuyo, ese tal qué transportes, qué arrobamientos experimentaría. ¿No moriría de gozo? Pues



es infinitamente más que el Rey de los reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de María baje de los cielos y venga expresamente acá abajo para decirte: *Yo te amo*. Yo que soy el creador de todo, yo que gobierno el universo entero; yo que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, yo que hago cuanto quiero, a cuya voluntad nadie puede resistirse, yo te digo: *te amo*. ¡Oh Salvador mío, qué gloriosa es esta palabra para mí! No sería bastante favor si me dijeras: Pienso algunas veces en ti; una vez al año pongo mis ojos en ti; tengo buenos designios sobre ti. Pero no te basta esto: quieres asegurarme que me amas, y que tu Corazón está lleno de ternura para conmigo; para conmigo, digo, que no soy nada; para conmigo, miserable pecador, gusano de la tierra que tanto te ha ofendido; conmigo que tantas veces merecí el infierno: *Yo te amo*.

Pero ¿de qué manera nos ama este adorable Salvador? Escucha: *te amo como mi Padre me ama*; te amo con el mismo corazón y el mismo amor con que soy amado por mi Padre? ¿Con qué amor el divino Padre ama a su Hijo? Es un amor que tiene cuatro cualidades, que, por consiguiente, se encuentran en el amor del Corazón de Jesús a nosotros.

En primer lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor infinito, es decir sin límites ni medida; amor incomprensible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del



Padre eterno. Mide, si puedes, la extensión y grandeza de la divina esencia y habrás medido la grandeza del amor de del Padre a su Hijo; y, al mismo tiempo, habrás medido la grandeza y extensión del amor del Hijo de Dios a nosotros, puesto que nos ama con el mismo amor con que es amado por su Padre.

En segundo lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor eterno, que llena todos los espacios de la eternidad. Este divino Padre ama a su Hijo desde toda la eternidad y nunca ha estado sin amarle; lo ama continuamente y sin intermisión, y lo amará eternamente. ¡Oh Salvador mí qué gozo al verte amado como lo mereces! Los pérfidos judíos, los infieles demonios y los condenados te odian; pero, no por eso eres menos amable; y tu adorable Padre te ama en cada momento más que todos esos desdichados pueden odiarte por mil eternidades.

Pues bien, como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también con amor eterno, o sea, que todos los espacios de la eternidad están llenos del amor que nos tiene. ¿No es cierto entonces, que si hubiéramos existido desde toda la eternidad, desde toda la eternidad hubiéramos debido amar a este buenísimo Salvador? Si tuviéramos que vivir en la tierra mil años, diez mil, cien mil, una eternidad ¿no deberíamos emplearlos en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo, no



contamos más que contados días en este mundo, y los empleamos en amar la tierra, la suciedad, las bagatelas. ¡Oh, qué condenable es nuestra ingratitud.

En tercer lugar, el amor del divino Padre a su Hijo, es amor inmenso, que llena el cielo y la tierra, y hasta el infierno. El cielo, porque lo ama con el corazón de todos los ángeles y los santos. La tierra, porque lo ama con todos los corazones que en la tierra son suyos. El infierno, porque le ama dondequiera que está; y las tres divinas Personas están presentes en el infierno como en la tierra y en el cielo, y hacen allí lo mismo que hacen en el cielo.

De igual manera, nuestro Salvador nos ama con amor inmenso, que llena el cielo, la tierra y el infierno. El cielo, porque anima a todos sus ciudadanos a amarnos como a ellos mismos; los hace partícipes del amor que él nos tiene, y nos ama por ellos. La tierra, de tres maneras:

1. Porque nos ama dondequiera que está en la tierra.
2. Porque por nuestro amor creó, conserva y gobierna cuanto hay en el universo. Lo que hace decir a san Agustín estas hermosas palabras: *El cielo y la tierra, y cuanto hay en el cielo y en la tierra no dejan de decirme que ame a mi Dios.*
3. Porque prohíbe a todos los moradores de la tierra, bajo pena de eterna condenación, que nos hagan mal alguno, ni en nuestra reputación, ni en nuestras personas, ni en cosa



alguna que nos pertenezca, y les manda que nos amen como a sí mismos.

Este amor inmenso de nuestro redentor llena no sólo el cielo y la tierra, sino también el infierno; pues ha encendido los fuegos devoradores del infierno, de la manera que se dijo, es decir, a fin de que, considerando que con nuestros pecados hemos merecido los fuegos eternos y que nuestro Salvador nos libró de ellos sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos veamos obligados a amarle. ¡Oh Dios mío me amas en todas partes, pero, ingrato como soy, en todas partes te ofendo! ¡Ah, no lo permitas ya más, sino haz que por doquier te amemos y bendigamos: *Alma mía, bendice a mi Señor por todo el universo* (Sal 103, 22).

En cuarto lugar, podría hacerte ver que, como el amor del Padre eterno a su Hijo es amor esencial, porque le ama con todo lo que es, siendo así que es todo corazón y todo amor a él, de igual manera el del Hijo de Dios a nosotros es amor esencial, porque es todo corazón y todo amor a nosotros, y nos ama con todo lo que es, es decir con todo lo que hay en él, con su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, en fin, con todo lo que es y tiene, con todo lo que puede emplear en amarnos.



Pero hay otro efecto de su amor que excede a todos los demás. Nos lo refiere Luis Bail, doctor en teología, en su docto y piadoso libro sobre la *Teología afectiva*. Se ve también en cuatro lugares de los libros de santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos Concilios generales. Revelaron el divino Salvador y su santísima Madre a esta santa, que estando en la cruz, sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, tan violentos y terribles, que su Corazón adorable se rompió, se desgarró y estalló: *Mi Corazón se rompió por la violencia de la pasión*. “Mi Corazón, dijo este adorable Salvador a santa Brígida, estaba lleno de dolor y tanto más cuanto que era de naturaleza excelentísima y delicadísima; mi dolor iba del Corazón a los nervios, y de los nervios volvía al Corazón; y de esta manera aumentaba él dolor y se prolongaba la muerte. Estando tan sumergido en dolores, abrí los ojos y vi a mi queridísima Madre abismada en un mar de angustias y lágrimas. Esto me afligió más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos agotados de aflicción. Estando en tal suplicio, mi Corazón estalló por la violencia y fuerza del dolor; y entonces salió mi alma y se separó de mi cuerpo”.

Así habló nuestro divino Salvador a santa Brígida. En otra ocasión le habló de la siguiente manera. “Piensen con cuánto dolor fui clavado y estuve en la cruz, cuando



estalló mi Corazón por la violencia de los dolores”. Oigamos a la bienaventurada Virgen que dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo, *su Corazón se rompió por la violencia de los dolores*. Y en otro lugar le dijo lo mismo: *Al acercarse la muerte, con dolor intolerable se rompió el Corazón*.

Algo semejante encontramos en el ejercicio décimo de las *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, donde habla así a nuestro redentor: Tu Corazón divino fue desgarrado y roto en tu muerte, por el exceso de tu amor a mí, que te hizo sufrir tormentos tan violentos por mi amor, por mi este Corazón adorable se rompió y desgarró por el esfuerzo de los dolores; de suerte que se puede decir que moriste de amor y de dolor por mí». Y cada uno de nosotros puede decir lo mismo con toda verdad.

Oh gran Dios, ¿quién ha oído jamás cosa semejante? Oh hombre, oh pecador, ¿no abrirás los ojos para ver el amor que tu Salvador te tiene? Oh corazón humano ¿no te conmovirá tan ardiente amor? ¿No te convertirás? ¿No acabarás amando a quien tanto te ama?

¿Hijo de hombres, hasta cuándo seguirá tu corazón sepultado en el barro y fango de la tierra, en el humo y en las vanidades de este mundo? ¿No quieres amar al que es para ti todo corazón y todo amor y que promete darte un imperio eterno? Escucha lo que quiere de ti:



*Permanece en mi amor. Si guardas mis mandamientos,, permanecerás en mi amor, como yo he guardado los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15, 10). Después de lo cual nos dice: Les he dicho esto a fin de que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea cumplido y perfecto (Jn 15,11).*

¿Quieres por tanto dar gran gozo a tu Salvador y hacer que tu corazón esté siempre alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu amabilísimo Salvador sobre todas las cosas, y ama a tu prójimo como a ti mismo. Es todo. ¡Oh Jesús, te doy todo mi corazón! Oh Madre de Jesús, a ti también lo doy enteramente con los corazones de todos mis hermanos. Dígnate ofrecerlos a tu Hijo y pídele que tome de ellos plena, entera y eterna posesión.

¡Creador mío!, te doy mi corazón y mi alma, porque me has dado tu cuerpo y tu alma, tu vida y a ti mismo. ¿Qué te daré en cambio? Si tuviera millones de vidas, y te las diese cada hora millones de veces, nada sería. Pero puesto que estoy tan obligado que con nada puedo pagarte, ven tú mismo a tomar de mí todo lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas. Lo sacrifico todo a tu adorable voluntad, a fin de que haga de mí cuanto le agrade. No quiero ojos sino para mirar lo



que quieres que mire; ni oídos, sino para oír tu divina palabra y para obedecerte. Que mi lengua sea arrancada de mi boca si no me sirvo de ella para bendecirte; que mi corazón se haga pedazos en mi pecho, si no te ama; que pierda la memoria si no es para acordarme de ti; y que me falte para todo la razón, si no es para conocerte y admirarte. Que se me corten las manos, si no las empleo en tu servicio. No quiero pies sino para buscarte y seguirte. No quiero querer ni no querer sino de la manera como tú quieres que quiera o no quiera. Lo único que deseo es tu divino beneplácito. Haz de mí lo que quieras, puesto que por mí has hecho de ti más de lo que yo me hubiera atrevido a querer, y hubiera podido desear. Me pongo enteramente en las manos de mi Dios, que más que yo mismo quiere mi bien, y es el único que sabe conocerlo y que me lo puede procurar

### **CAPÍTULO XIII**

***Jesús nos ama como su Padre lo ama.***

***Cómo debemos amarlo***

Hemos visto numerosos y admirables efectos del ardentísimo amor del Corazón sagrado de nuestro Salvador a nosotros. Pero hay uno que aventaja a todos los demás, y está contenido en estas maravillosas palabras salidas de



su divino Corazón, brotadas de sus adorables labios: *Los amo como mi Padre me ama* (Jn 15, 9).

Detengámonos aquí un momento. Ponderemos bien estas palabras: *Los amo*, ¡Oh dulce palabra salida de labios del soberano Monarca del universo! ¡Oh, encantadora palabra! ¡Ventajosa y consoladora palabra! *Los amo*, dice nuestro buen Jesús. Si un príncipe o un rey de la tierra se tomase la pena de trasladarse a la casa del último de sus súbditos para decirle: Vengo aquí expresamente para darte la seguridad de que te amo, y para hacerte sentir los efectos de mi afecto, ¡qué alegría para este pobre hombre! Y si un ángel del cielo, o un santo, o la reina de los santos se apareciesen en medio de una iglesia llena de numerosos cristianos, para decir pública y claramente a alguno de ellos: Te amo, mi corazón es tuyo, ese tal qué transportes, qué arrobamientos experimentaría. ¿No moriría de gozo? Pues es infinitamente más que el Rey de los reyes, el Santo de los santos, el Hijo único de María baje de los cielos y venga expresamente acá abajo para decirte: *Yo te amo*. Yo que soy el creador de todo, yo que gobierno el universo entero; yo que poseo todos los tesoros del cielo y de la tierra, yo que hago cuanto quiero, a cuya voluntad nadie puede resistirse, yo te digo: *te amo*. ¡Oh Salvador mío, qué gloriosa es esta palabra para mí! No sería bastante favor si



me dijeras: Pienso algunas veces en ti; una vez al año pongo mis ojos en ti; tengo buenos designios sobre ti. Pero no te basta esto: quieres asegurarme que me amas, y que tu Corazón está lleno de ternura para conmigo; para conmigo, digo, que no soy nada; para conmigo, miserable pecador, gusano de la tierra que tanto te ha ofendido; conmigo que tantas veces merecí el infierno: *Yo te amo*.

Pero ¿de qué manera nos ama este adorable Salvador? Escucha: *te amo como mi Padre me ama*; te amo con el mismo corazón y el mismo amor con que soy amado por mi Padre? ¿Con qué amor el divino Padre ama a su Hijo? Es un amor que tiene cuatro cualidades, que, por consiguiente, se encuentran en el amor del Corazón de Jesús a nosotros.

En primer lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor infinito, es decir sin límites ni medida; amor incomprensible e inexplicable; amor tan grande como la esencia misma del Padre eterno. Mide, si puedes, la extensión y grandeza de la divina esencia y habrás medido la grandeza del amor de del Padre a su Hijo; y, al mismo tiempo, habrás medido la grandeza y extensión del amor del Hijo de Dios a nosotros, puesto que nos ama con el mismo amor con que es amado por su Padre.

En segundo lugar, el amor del Padre a su Hijo es amor eterno, que llena todos los espacios de la eternidad. Este



divino Padre ama a su Hijo desde toda la eternidad y nunca ha estado sin amarlo; lo ama continuamente y sin intermisión, y lo amará eternamente. ¡Oh Salvador mí qué gozo al verte amado como lo mereces! Los pérfidos judíos, los infieles demonios y los condenados te odian; pero, no por eso eres menos amable; y tu adorable Padre te ama en cada momento más que todos esos desdichados pueden odiarte por mil eternidades.

Pues bien, como el Padre ama a su Hijo con amor eterno, el Hijo de Dios nos ama también con amor eterno, o sea, que todos los espacios de la eternidad están llenos del amor que nos tiene. ¿No es cierto entonces, que si hubiéramos existido desde toda la eternidad, desde toda la eternidad hubiéramos debido amar a este buenísimo Salvador? Si tuviéramos que vivir en la tierra mil años, diez mil, cien mil, una eternidad ¿no deberíamos emplearlos en amar al que nos ama con amor eterno? Sin embargo, no contamos más que contados días en este mundo, y los empleamos en amar la tierra, la suciedad, las bagatelas. ¡Oh, qué condenable es nuestra ingratitud.

En tercer lugar, el amor del divino Padre a su Hijo, es amor inmenso, que llena el cielo y la tierra, y hasta el infierno. El cielo, porque lo ama con el corazón de todos los ángeles y los santos. La tierra, porque lo ama con todos los corazones que en la tierra son suyos. El infierno, porque le



ama dondequiera que está; y las tres divinas Personas están presentes en el infierno como en la tierra y en el cielo, y hacen allí lo mismo que hacen en el cielo.

De igual manera, nuestro Salvador nos ama con amor inmenso, que llena el cielo, la tierra y el infierno. El cielo, porque anima a todos sus ciudadanos a amarnos como a ellos mismos; los hace partícipes del amor que él nos tiene, y nos ama por ellos. La tierra, de tres maneras:

1. Porque nos ama dondequiera que está en la tierra.
2. Porque por nuestro amor creó, conserva y gobierna cuanto hay en el universo. Lo que hace decir a san Agustín estas hermosas palabras: *El cielo y la tierra, y cuanto hay en el cielo y en la tierra no dejan de decirme que ame a mi Dios.*
3. Porque prohíbe a todos los moradores de la tierra, bajo pena de eterna condenación, que nos hagan mal alguno, ni en nuestra reputación, ni en nuestras personas, ni en cosa alguna que nos pertenezca, y les manda que nos amen como a sí mismos.

Este amor inmenso de nuestro redentor llena no sólo el cielo y la tierra, sino también el infierno; pues ha encendido los fuegos devoradores del infierno, de la manera que se dijo, es decir, a fin de que, considerando que con nuestros pecados hemos merecido los fuegos eternos y que nuestro Salvador nos libró de ellos sufriendo por nosotros los tormentos de la cruz, nos



veamos obligados a amarle. ¡Oh Dios mío me amas en todas partes, pero, ingrato como soy, en todas partes te ofendo! ¡Ah, no lo permitas ya más, sino haz que por doquier te amemos y bendigamos: *Alma mía, bendice a mi Señor por todo el universo* (Sal 103, 22).

En cuarto lugar, podría hacerte ver que, como el amor del Padre eterno a su Hijo es amor esencial, porque le ama con todo lo que es, siendo así que es todo corazón y todo amor a él, de igual manera el del Hijo de Dios a nosotros es amor esencial, porque es todo corazón y todo amor a nosotros, y nos ama con todo lo que es, es decir con todo lo que hay en él, con su divinidad, su humanidad, su alma, su cuerpo, su sangre, todos sus pensamientos, palabras, acciones, privaciones, humillaciones, sufrimientos, en fin, con todo lo que es y tiene, con todo lo que puede emplear en amarnos.

Pero hay otro efecto de su amor que excede a todos los demás. Nos lo refiere Luis Bail, doctor en teología, en su docto y piadoso libro sobre la *Teología afectiva*. Se ve también en cuatro lugares de los libros de santa Brígida, aprobados por tres Papas y dos Concilios generales. Revelaron el divino Salvador y su santísima Madre a esta santa, que estando en la cruz, sufrió por amor a nosotros dolores tan vivos, tan penetrantes, tan violentos y terribles, que su Corazón adorable se rompió, se desgarró y estalló:



*Mi Corazón se rompió por la violencia de la pasión.* “Mi Corazón, dijo este adorable Salvador a santa Brígida, estaba lleno de dolor y tanto más cuanto que era de naturaleza excelentísima y delicadísima; mi dolor iba del Corazón a los nervios, y de los nervios volvía al Corazón; y de esta manera aumentaba él dolor y se prolongaba la muerte. Estando tan sumergido en dolores, abrí los ojos y vi a mi queridísima Madre abismada en un mar de angustias y lágrimas. Esto me afligió más que mis propios sufrimientos; vi también a mis amigos agotados de aflicción. Estando en tal suplicio, mi Corazón estalló por la violencia y fuerza del dolor; y entonces salió mi alma y se separó de mi cuerpo”.

Así habló nuestro divino Salvador a santa Brígida. En otra ocasión le habló de la siguiente manera. “Piensen con cuánto dolor fui clavado y estuve en la cruz, cuando estalló mi Corazón por la violencia de los dolores”. Oigamos a la bienaventurada Virgen que dijo a la misma santa que al acercarse la muerte de su Hijo, *su Corazón se rompió por la violencia de los dolores*. Y en otro lugar le dijo lo mismo: *Al acercarse la muerte, con dolor intolerable se rompió el Corazón*.

Algo semejante encontramos en el ejercicio décimo de las *Insinuaciones de la divina piedad* de santa Gertrudis, donde habla así a nuestro redentor: Tu Corazón divino fue



desgarrado y roto en tu muerte, por el exceso de tu amor a mí, que te hizo sufrir tormentos tan violentos por mi amor, por mi este Corazón adorable se rompió y desgarró por el esfuerzo de los dolores; de suerte que se puede decir que moriste de amor y de dolor por mí». Y cada uno de nosotros puede decir lo mismo con toda verdad.

Oh gran Dios, ¿quién ha oído jamás cosa semejante? Oh hombre, oh pecador, ¿no abrirás los ojos para ver el amor que tu Salvador te tiene? Oh corazón humano ¿no te conmoverá tan ardiente amor? ¿No te convertirás? ¿No acabarás amando a quien tanto te ama?

¿Hijo de hombres, hasta cuándo seguirá tu corazón sepultado en el barro y fango de la tierra, en el humo y en las vanidades de este mundo? ¿No quieres amar al que es para ti todo corazón y todo amor y que promete darte un imperio eterno? Escucha lo que quiere de ti: *Permanece en mi amor. Si guardas mis mandamientos,, permanecerás en mi amor, como yo he guardado los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15, 10).* Después de lo cual nos dice: *Les he dicho esto a fin de que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea cumplido y perfecto (Jn 15,11).*

¿Quieres por tanto dar gran gozo a tu Salvador y hacer que tu corazón esté siempre alegre y contento, y que comiences tu paraíso en la tierra? Ama a tu amabilísimo



Salvador sobre todas las cosas, y ama a tu prójimo como a ti mismo. Es todo. ¡Oh Jesús, te doy todo mi corazón! Oh Madre de Jesús, a ti también lo doy enteramente con los corazones de todos mis hermanos. Dígnate ofrecerlos a tu Hijo y pídele que tome de ellos plena, entera y eterna posesión.

¡Creador mío!, te doy mi corazón y mi alma, porque me has dado tu cuerpo y tu alma, tu vida y a ti mismo. ¿Qué te daré en cambio? Si tuviera millones de vidas, y te las diese cada hora millones de veces, nada sería. Pero puesto que estoy tan obligado que con nada puedo pagarte, ven tú mismo a tomar de mí todo lo que tengo. Te ofrezco las potencias de mi alma, los sentidos de mi cuerpo, todos mis miembros, mi corazón y mis entrañas. Lo sacrifico todo a tu adorable voluntad, a fin de que haga de mí cuanto le agrade. No quiero ojos sino para mirar lo que quieres que mire; ni oídos, sino para oír tu divina palabra y para obedecerte. Que mi lengua sea arrancada de mi boca si no me sirvo de ella para bendecirte; que mi corazón se haga pedazos en mi pecho, si no te ama; que pierda la memoria si no es para acordarme de ti; y que me falte para todo la razón, si no es para conocerte y admirarte. Que se me corten las manos, si no las empleo en tu servicio. No quiero pies sino para buscarte y seguirte. No quiero querer ni no querer sino de la manera como tú



quieres que quiera o no quiera. Lo único que deseo es tu divino beneplácito. Haz de mí lo que quieras, puesto que por mí has hecho de ti más de lo que yo me hubiera atrevido a querer, y hubiera podido desear. Me pongo enteramente en las manos de mi Dios, que más que yo mismo quiere mi bien, y es el único que sabe conocerlo y que me lo puede procurar.

## **CAPÍTULO XIV**

### ***Hermosas palabras de Lanspergio, santo doctor cartujo, sobre el divino Corazón de nuestro Salvador***

“Los que han escrito sobre la devoción al Verbo Encarnado, que vive y muere por la salvación de los hombres, consideran esta devoción superior a las demás, y no sin razón. Porque, por mucho que se haya dicho o pueda decirse para hacer ver la excelencia y la santidad de esta devoción, jamás se dirá lo bastante en alabanza suya, Por eso, si quieres verte perfectamente lavado de tus pecados, libre de todos los vicios y lleno de toda clase de virtudes, sé devoto de la persona de este adorable Salvador. Además con toda la frecuencia posible, eleva tu corazón y tu espíritu, y sumérgelos en el Corazón amable de Jesús, Corazón verdaderamente divino, puesto que, según el apóstol, *habita en él corporalmente la plenitud*



*de la Divinidad* (Col 2, 9), y por él podemos todos tener acceso al Padre celestial.

«Adquiere la costumbre de recoger interiormente tu espíritu, para al mismo tiempo llevarlo al Corazón del que dijo: *Vengan a mí todos los que andan agobiados con trabajos y cargas, que yo los aliviaré* (Mt 3, 28).

«En efecto, en el Corazón de Jesús se encuentran en su más alto grado todas las virtudes: la misericordia, la justicia, la paz, la gracia, la salvación eterna, la fuente de la vida, el perfecto consuelo y la verdadera luz, que ilumina a todos los hombres, particularmente al que, en sus necesidades y aflicciones, acude en busca de ayuda.

«En fin, de este Corazón se saca todo lo que se puede desear, y jamás recibimos nada que tenga razón de gracia y de salvación, sino de él. Es hoguera del divino amor, del todo ardiente por el fuego del Espíritu Santo que purifica, abrasa y transforma en él a todos los que desean unirse a este amabilísimo Corazón. Y para decirlo todo en una palabra, en este Corazón adorable *están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina* (Col 2, 31). Por eso, mantente adherido a él, sin que ni los lugares, ni las compañías, ni las ocasiones puedan impedirte acudir a él como a tu refugio. Allí no encontrarás sino amor y fidelidad; siendo cosa cierta que aun cuando todos los hombres te engañen, aun cuando te abandonen y no



entiendan de correspondencia, el buenísimo Corazón de Jesús jamás te engañará ni abandonará. Es demasiado fiel para realizar un acto de cobardía; te ama inmensamente para echar en olvido tu recuerdo; y los dolores que por ti sufrió no le permiten olvidarse de nada para llevar a cabo tu salvación.

«Si quieres andar con seguridad por el camino del cielo y entrar por la verdadera puerta, nada busques fuera de este amable Salvador; y puedes estar seguro de que jamás llegarás al conocimiento de su divinidad, sino por el camino de su santa humanidad, sirviéndote de su cruz como de báculo para sostener tus pasos y apoyar en él tu flaqueza.

«Si además quieres adquirir mayores bienes, sin que tecuesten mucho, entrégate enteramente a él, y él se dará enteramente a ti. Ofrécele todas tus obras, y únelas a las suyas. Entra en sociedad con amorosa confianza, y lo regocijarás; y, poniendo tus méritos junto a los suyos, entre los dos todo será común, y te hará partícipe de sus inmensos tesoros. ¡Oh ventajoso intercambio! ¡Oh comercio sin igual! ¡Oh, ¿quién no daría gustoso un trocito de cobre por una montaña de oro? ¿Quién no cambiaría un guijarro por una piedra preciosa? Tú puedes realizar este intercambio espiritual, si unes todas tus palabras, tus acciones, pensamientos y sufrimientos a los de Jesús.



Puedes, por ejemplo, decirle: ¡Oh adorable Salvador mío, te ofrezco el sueño a que me voy a entregar en unión del que tuviste cuando estabas en la tierra! Cuando se te diga alguna injuria, di: Adorable Salvador mío, te ofrezco este sufrimiento y desprecio que acabo de recibir, y lo uno de todo corazón, a las injurias que sufriste por mí

«De esta suerte tus méritos, aunque en sí pequeños, unidos a los infinitos de tu redentor, serán ennoblecidos más de cuanto te lo puedas imaginar, y se encontrarán absorbidos en los suyos, y como cambiados en ellos, como se cambia una gota de agua vertida en el vino».

## **CAPÍTULO XIV**

### ***Hermosas palabras de Lanspergio, santo doctor cartujo, sobre el divino Corazón de nuestro Salvador***

“Los que han escrito sobre la devoción al Verbo Encarnado, que vive y muere por la salvación de los hombres, consideran esta devoción superior a las demás, y no sin razón. Porque, por mucho que se haya dicho o pueda decirse para hacer ver la excelencia y la santidad de esta devoción, jamás se dirá lo bastante en alabanza suya, Por eso, si quieres verte perfectamente lavado de tus pecados, libre de todos los vicios y lleno de toda clase de virtudes, sé devoto de la persona de este adorable Salvador. Además con toda la frecuencia posible, eleva tu



corazón y tu espíritu, y sumérgelos en el Corazón amable de Jesús, Corazón verdaderamente divino, puesto que, según el apóstol, *habita en él corporalmente la plenitud de la Divinidad* (Col 2, 9), y por él podemos todos tener acceso al Padre celestial.

«Adquiere la costumbre de recoger interiormente tu espíritu, para al mismo tiempo llevarlo al Corazón del que dijo: *Vengan a mí todos los que andan agobiados con trabajos y cargas, que yo los aliviare* (Mt 3, 28).

«En efecto, en el Corazón de Jesús se encuentran en su más alto grado todas las virtudes: la misericordia, la justicia, la paz, la gracia, la salvación eterna, la fuente de la vida, el perfecto consuelo y la verdadera luz, que ilumina a todos los hombres, particularmente al que, en sus necesidades y aflicciones, acude en busca de ayuda.

«En fin, de este Corazón se saca todo lo que se puede desear, y jamás recibimos nada que tenga razón de gracia y de salvación, sino de él. Es hoguera del divino amor, del todo ardiente por el fuego del Espíritu Santo que purifica, abrasa y transforma en él a todos los que desean unirse a este amabilísimo Corazón. Y para decirlo todo en una palabra, en este Corazón adorable *están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divina* (Col 2, 31). Por eso, mantente adherido a él, sin que ni los lugares, ni las compañías, ni las ocasiones puedan impedirte acudir a



él como a tu refugio. Allí no encontrarás sino amor y fidelidad; siendo cosa cierta que aun cuando todos los hombres te engañen, aun cuando te abandonen y no entiendan de correspondencia, el buenísimo Corazón de Jesús jamás te engañará ni abandonará. Es demasiado fiel para realizar un acto de cobardía; te ama inmensamente para echar en olvido tu recuerdo; y los dolores que por ti sufrió no le permiten olvidarse de nada para llevar a cabo tu salvación.

«Si quieres andar con seguridad por el camino del cielo y entrar por la verdadera puerta, nada busques fuera de este amable Salvador; y puedes estar seguro de que jamás llegarás al conocimiento de su divinidad, sino por el camino de su santa humanidad, sirviéndote de su cruz como de báculo para sostener tus pasos y apoyar en él tu flaqueza.

«Si además quieres adquirir mayores bienes, sin que tecuesten mucho, entrégate enteramente a él, y él se dará enteramente a ti. Ofrécele todas tus obras, y únelas a las suyas. Entra en sociedad con amorosa confianza, y lo regocijarás; y, poniendo tus méritos junto a los suyos, entre los dos todo será común, y te hará partícipe de sus inmensos tesoros. ¡Oh ventajoso intercambio! ¡Oh comercio sin igual! ¡Oh, ¿quién no daría gustoso un trocito de cobre por una montaña de oro? ¿Quién no cambiaría un



guijarro por una piedra preciosa? Tú puedes realizar este intercambio espiritual, si unes todas tus palabras, tus acciones, pensamientos y sufrimientos a los de Jesús. Puedes, por ejemplo, decirle: ¡Oh adorable Salvador mío, te ofrezco el sueño a que me voy a entregar en unión del que tuviste cuando estabas en la tierra! Cuando se te diga alguna injuria, di: Adorable Salvador mío, te ofrezco este sufrimiento y desprecio que acabo de recibir, y lo uno de todo corazón, a las injurias que sufriste por mí  
«De esta suerte tus méritos, aunque en sí pequeños, unidos a los infinitos de tu redentor, serán ennoblecidos más de cuanto te lo puedas imaginar, y se encontrarán absorbidos en los suyos, y como cambiados en ellos, como se cambia una gota de agua vertida en el vino».

## **CAPÍTULO XV**

### ***Palabras del seráfico san Buenaventura sobre el divino Corazón de Jesús***

Este incomparable doctor, abrasado en amor al Salvador, después de haber asegurar que su divino Corazón es la puerta del paraíso, la felicidad de los ángeles, el tesoro de la divina sabiduría y de la caridad eterna; y que el amor excesivo de este amable redentor abrió su divino costado para darnos su Corazón y para hacer que moremos en este augusto santuario, protesta que allí quiere fijar su



morada para siempre, y poner sus delicias y descanso. Y luego exclama:

«Ciertamente, mi Señor Jesús, aun cuando me aborrecieras, debería amarte, porque eres mi Dios. Cuánto más obligado estaré a hacerlo, si me amas tanto y sin descanso corres tras de mí, para colmarme de tus beneficios. Porque me amas tanto, que parece que, en consideración a mí, te odieras.

«¿No has querido, juez universal, ser juzgado y sufrir

muerte infame y cruelísima por amor a mí? Oh Dios mío, ¿qué más pudiste hacer por mí? Ciertamente, quieres que sea todo tuyo, puesto que te has dado todo a mí. Y Señor mío, ¿qué te ha obligado a esto? Solo tu inmensa bondad y tu inmensa caridad, a fin de enardecernos en tu divino amor. ¡Oh único deseo de mi corazón! ¡Oh dulzura y suavidad de mi espíritu! ¡Oh brasero y llama de mi pecho!

¡Oh luz y claridad de mis ojos! ¡Oh alma mía, oh vida mía! ¡Oh entrañas de mi Corazón! ¡Oh gozo y júbilo mío! ¿Por qué no me transformo todo en amor? ¿Por qué hay en mí otra cosa que amor? Tu amor, oh Salvador mío, me rodea por doquier y no sé lo que es amor.

«Oh dulcísimo Jesús, qué admirable es tu amor al hombre, pues no te consiente separarte de él! ¿No es este amor el que, antes de subir a los cielos, nos dio poder de



retenerte en nuestros altares todo el tiempo que queramos? Nos diste este poder antes de ir a la muerte a fin de que no temamos perderte. Pero ¿por qué lo has querido así, teniendo el proyecto de enviarnos tu Espíritu Santo? ¿Por qué quieres morar siempre con el hombre? Quisiste incorporarnos a ti, y abrevarnos con tu sangre, a fin de que, embriagados de tu amor, no fuésemos un solo corazón y un alma contigo. Porque ¿qué es beber tu sangre, sino unir inseparablemente tu alma a la nuestra?

«¡Oh maravillosa e inestimable fuerza del amor, que hace bajar a Dios a la tierra y eleva al hombre al cielo; une a Dios y al hombre tan estrechamente, que hace que Dios sea hombre y el hombre sea Dios, que lo temporal venga a ser eterno, y que el inmortal venga a ser mortal y el mortal inmortal, que el enemigo de Dios venga a ser su amigo, y de su esclavo hace un hijo suyo!

«Oh amor, ¿qué te daré pues me haces todo divino? Vivo, pero no yo, vive en mí Cristo. Oh amor, tu virtud es inenarrable, transfigura el barro en Dios. ¿Hay algo más poderoso que tú? ¿Hay algo más dulce, más agradable, más noble? ¡Oh amor excelente, que cambias la tierra en cielo, y haces que no sea yo sino una cosa con mi amado! ¡Oh codiciable amor, que embriagas a los amantes celestiales en soberanas delicias! Oh alma mía, si la voz de tu amado hace que te derritas en su amor ¿cómo



no estás del todo abrasada y consumida, cuando, por la llaga sagrada de su costado, entras en el horno ardiente de su amable Corazón?»

## **CAPITULO XVI**

### ***Ejercicios de amor y piedad al Corazón amable de Jesús, tomados de La Aljaba del divino amor, de Lanspergio, el cartujo***

«Procuren estimularse y animarse a la veneración del Corazón bondadosísimo de Jesús, colmado de amor y misericordia hacia ustedes. Visítenlo frecuentemente con devoción y amor, bésenlo en espíritu, con respeto y afecto y hagan en él su morada.

«Pidan por su mediación a Dios cuanto tengan que pedirle; y ofrezcan por su medio a la divina Majestad todos los ejercicios de piedad que practiquen, porque en él están encerradas todas las gracias y todos los dones del cielo. El es la puerta por donde vamos a Dios, y por la que Dios viene a nosotros. A fin de recordar este ejercicio, y por él encenderse en amor de Dios, pongan en algún lugar de su casa, por donde pasen a menudo, alguna imagen o cuadro de este divino Corazón de Jesús; y al mirarla, acuérdense de su destierro, de su miseria y de sus pecados.

«Eleven su corazón a Dios con ardiente devoción; suspiren y giman junto a él. Clámenle interiormente, sin



proferir palabras, o hasta con palabras, si estas les ayudan, deseando que su corazón sea purificado y que su voluntad esté perfectamente unida al divino Corazón de Jesús y al divino beneplácito. Pueden asimismo, en el fervor de su devoción, tomar la imagen del Corazón de Jesús y besarla tiernamente, poniendo su intención en el verdadero Corazón; y, como si lo tuviesen en sus manos, deseen ardientemente imprimirlo en su corazón; que su espíritu se pierda y se abisme en él, y su corazón atraiga a sí el espíritu, la gracia, las virtudes y en general todo lo que de santo y de saludable hay en este amable Corazón, que es abismo de virtud y santidad. Es bueno y grato a Dios honrar este Corazón adorable con especial devoción.

«Recurran al buenísimo Corazón de Jesús en sus necesidades y recibirán de él los consuelos y asistencia de que tengan necesidad, pues aun cuando los corazones de todos los hombres los hubieren abandonado y engañado, estén tranquilos; este Corazón muy bueno y fiel jamás los abandonará».

### *ORACIÓN*

«Oh Corazón noble y misericordioso, bondadoso y siempre fiel amante, de mi Dios y de mi Señor Jesús, te suplico que atraigas mi corazón y lo absorbas en ti, así como todos mis pensamientos y afectos, mis potencias



de alma y cuerpo, cuanto hay en mí, lo que soy y puedo; sepúltalo y sumérgelo todo en ti, para tu gloria y para el cumplimiento de tu santísima voluntad.

«Oh Jesús, misericordioso Señor mío, me encomiendo a tu divino Corazón; me abandono enteramente en tus manos. Te suplico también, benignísimo Señor, que me quites este corazón de carne, impío e ingrato, y me des tu deífico Corazón; o mejor, haz que mi corazón sea conforme al tuyo y siga tu divino beneplácito.

«Oh Señor, Salvador y redentor mío, quítame todos mis pecados, y destruye en mí cuanto te desagrade. Vuelca de tu Corazón en el mío todo lo que te es grato. Conviérteme del todo, y toma plena posesión de cuanto hay en mí para hacer de ello lo que sea más grato a tu amor. Une mi corazón al tuyo, mi voluntad a la tuya, a fin de que jamás quiera otra cosa, ni pueda nunca querer algo distinto de lo que quieres, y como lo quieres. Buen Jesús, mi Dios, haz que te ame con todo mi corazón, en todo y sobre todo».

#### *Otra oración del mismo Lanspergio al divino Corazón*

“Oh amabilísimo Jesús, queridísimo esposo de mi alma, te conjuro por tu sagrado Corazón traspasado por una lanza y embriagado de amor: hiere, traspasa, desgarras, inflama y abrasa mi corazón con el incendio que arde en el tuyo, a fin de que te ame con todo mi corazón, es decir, en



toda la extensión de mis deseos y con voluntad perfecta; que mire solo a ti, que te busque solo a ti, aspire únicamente a ti, y que te ame en todo y sobre todo».

*Oración a la sagrada llaga del costado de Jesús, de  
Lanspergio, tomada del Rosario de la Pasión de Nuestro  
Señor,*

«Oh amabilísimo y dulcísimo Jesús, deseo, con todo el afecto de mi corazón, que todos los seres creados e increados te alaben, honren y glorifiquen eternamente, por la sagrada llaga que se abrió en tu divino costado. Deposito, encierro, oculto en esta llaga y en esta abertura de tu Corazón, mi corazón con todos sus afectos, pensamientos, deseos, intenciones, y todas las potencias de mi alma; te suplico, por la preciosa sangre y el agua santa que corrió de tu amabilísimo Corazón, que tomes entera posesión de mí, que me guíes en todo, y me consumas en el fuego ardentísimo de tu santo amor, para que esté de tal suerte absorto y transformado en ti, que no sea sino una misma cosa contigo.

«Oh Padre amable y muy bueno, te ofrezco en satisfacción de todos mis pecados y de los de todo el mundo, y en reparación de mi pereza, mi tibieza, mi



negligencia y mi amor desordenado, te ofrezco, digo, esta sagrada llaga del Corazón de tu Hijo, la sangre y el agua que de él brotaron, y el amor inmenso con que él te amó; te suplico que de esta santa llaga derrame en mi alma un amor purísimo, ardentísimo, perfectísimo y eterno, con el que te ame de todo corazón, y en todo y sobre todo te bendiga, que no piense sino en ti, que no desee sino a ti, que sólo te busque a ti, que a ti sólo me aficione, que sólo a ti trate de agradar, y emplee por entero las facultades de mi cuerpo y de mi alma en amarte y glorificarte».

## **CAPÍTULO XVII**

### ***Otro ejercicio de amor al divino Corazón de Jesús***

«¡Oh Amor, el divino fuego en que ardes, me ha dado entrada en el Corazón buenísimo de mi Jesús! ¡Oh Corazón que mana dulzura! ¡Oh Corazón lleno de piedad! ¡Oh Corazón del que rebosa caridad! ¡Oh Corazón que destila la misma suavidad! ¡Oh Corazón todo lleno de misericordia, haz que muera de amor a ti! ¡Oh mi amadísimo Corazón de Jesús, absorbe y abisma mi pobre corazón en el tuyo! ¡Oh perla preciosa de mi corazón, invítame a tus festines que dan vida a las almas, y aunque indignísimo, haz que beba del vino de tus consuelos, a fin de que tu divina caridad llene todo el vacío que en mí encuentre, y el exceso de tu amor supla mi tibieza y mi negligencia!



«Oh querido amor, cómo ansío que ofrezcas por mí este divino Corazón, este dulce perfume, este incienso de excelente olor, este augusto sacrificio, en el altar de oro donde se realiza el misterio de la reconciliación del género humano, que ofrécelo en pago de todos los días de mi vida que he dejado pasar sin haber hecho por ti lo que debía.

«Oh amor, sumerge mi espíritu en este sagrado Corazón como en un río; sepulta todas mis negligencias y pecados en el abismo de tus divinas misericordias. Haz que en el Corazón de Jesús encuentre una mente llena de claridad, y muy purificados afectos, y que por tu medio posea un corazón libre, desprendido y exento de toda imperfección; a fin de que, a la hora de mi muerte, cuando el amor separe al alma de mi cuerpo, pueda encontrarla, sin mancha en las manos de Dios.

«Oh Corazón amabilísimo, que te ame sobre todas las cosas; es lo que con todos sus afectos implora mi pobre corazón. Dígnate acordarte de mí, y que la dulzura de tu caridad reanime y fortifique las debilidades de mi corazón»

«Oh dulzura eterna de mi alma, único amado de mi corazón; tu santa faz está llena de atractivos y de encantos, y tu Corazón está lleno de dulzuras que te hacen infinitamente amable. ¡Ay, ay, ay, cuán lejos está de ti mi pensamiento! Oh Dios de mi corazón, recoge en ti todos los extravíos de mi espíritu. ¡Oh amadísimo mío, lava y



purifica, por la pureza y santidad de tus divinos afectos, y por el amor ardentísimo de tu traspasado Corazón, todas las manchas de mi criminal corazón, y todos los desarreglos de mi imaginación, a fin de que tu amarguísima pasión me sirva de sombra a la hora de la muerte, y este dulce Corazón, rasgado de amor a mí, sea mi eterna morada, puesto que te amo a ti solo, más que todas las criaturas que hay en el mundo». (Santa Gertrudis).

## **CAPÍTULO XVIII**

### ***Coloquio de un alma santa con el divino Corazón de Jesús***

¡Oh Señor, qué grato es el olor de tus perfumes! Espero que en adelante la dulce satisfacción que de ellos recibo me hará olvidar enteramente los falsos placeres y las vanas delicias del mundo, y que su suavidad me atraerá junto a ti, de suerte que abandonado todo lo que me ata a la tierra, marche junto a ti, corra hacia ti, a ti dirija el vuelo de mi alma y haga mi morada en tu amable Corazón.

Este divino Corazón es puerto seguro, donde puedo estar a cubierto y a salvo de los vientos y tempestades del mar de este mundo. En este Corazón hay una calma que no teme los rayos ni las tempestades.



En este Corazón se gustan las delicias sin amargura alguna. En este Corazón hay una paz que no sufre jamás la menor turbación ni división alguna. En este Corazón se encuentra un gozo que no sabe lo que es tristeza. En este Corazón se posee felicidad perfecta, dulzura suavísima, serenidad sin nubes y beatitud inconcebible. Este Corazón es el primer principio de todo bien y la fuente primigenia de todos los goces y delicias del paraíso.

De ahí, oh dulcísimo Jesús, de tu divino Corazón, como de fuente primera, principal e inagotable, corre al corazón de los hijos de Dios, toda felicidad, toda dulzura y serenidad, toda seguridad y descanso, toda paz, todo gozo, todo contento y suavidad, toda dicha y todo bien. Porque ¿qué bien podría haber, cómo podría haber algo bueno que no proceda de ti. Jesús mío, eres el bien por esencia, el verdadero bien, el soberano bien, el único bien.

¡Oh, qué provecho sacar de esta divina fuente toda clase de bienes! ¡Qué dicha beber y ser embriagado de las aguas celestiales de esta fuente de santidad, que lanza fuera de sí como un torrente de dulzuras y de dichas! ¡Oh, mil y mil veces afortunado el perfume embalsamado de tus divinas acciones, es decir, de tus celestiales virtudes, cuyo olor es tan grato, que invita a los que lo aspiran a acercarse a tu amable Corazón! No sólo los invita sino que los atrae fuertemente y los conduce hasta el santuario



de este divino Corazón. No permite que queden frustrados en sus esperanzas; por el contrario, los fortifica y consolida de tal suerte que jamás se apartan de él una vez que han encontrado en este benignísimo Corazón, como en un lecho de reposo, el fin de todos sus trabajos.

Haz, pues, correr en abundancia, oh Dios de amor, el buen olor de tus divinos perfumes, que son las virtudes admirables de tu santísimo Corazón. ¡Haz que penetre las potencias de mi alma, a fin de que, engolosinada por las dulzuras que tú le harás sentir, oh fuente única de toda dicha y de todo contentamiento, se desprenda de sí misma y se una a ti, establezca su morada en tu amable Corazón, muera a sí misma y no viva sino en ti y para ti!

## **CAPÍTULO XIX**

### ***Otras maravillas del divino Corazón de Jesús***

«Si el Hijo de Dios nos enseña que sus miembros moran en él, y que él mora en ellos, y si es el verdadero Aarón que no sólo lleva a su pueblo grabado en piedras preciosas en su seno, sino que le lleva en el fondo de su Corazón por la abundancia de su amor: no debemos encontrar extraño que haya manifestado a sor Margarita que la había alojado en su santuario, donde recibe universalmente a todos sus elegidos; y que, para elevarla más y más en su gracia, la retirara al lugar donde sin cesar han de morar todos los que le aman. El descanso del



discípulo amado sobre su Corazón en la última cena, y el de los justos en el seno de Abraham, no eran sino una figura de la caridad infinita que con las almas ejerce. Es, dice el Profeta, pastor, que lleva a sus corderos en sus brazos y en su propio seno. Nadie debe sorprenderse entonces del favor que hizo a sor Margarita, de introducirla en su Corazón, cuando, arrebatándola en espíritu por encima de sus sentidos, quiso hacerla participante de sus celestiales delicias.

«Hemos visto que Dios la hizo entrar en trato con los ángeles y con los santos y que luego la elevó hasta su trono en el cielo. Vamos a ver ahora cómo la hizo subir a un grado más sublime, y cómo la unió a él más estrechamente, al abrirle su propio Corazón, y la ocultó en el Santo de los santos.

«Hízole contemplar su Corazón como vasta e inmensa hoguera de amor. La encerró día y noche, durante el espacio de tres semanas o un mes. Sacó de él, como de fuente, muchas gracias, y llegó a tal santidad, que sus progresos parecieron más grandes en un solo día, que lo habían sido antes en años enteros. Este divino Corazón, la quemaba como un fuego vivísimo, que consumía sus imperfecciones; la sumergía como en un abismo de caridad que la abrasaba de tal manera



que el calor pasaba y se dejaba sentir fuera; el amor de Jesús la embargaba con tanto ímpetu, que se la veía levantada del suelo, hermosa e inflamada como un serafín; el amor de Jesús la purificaba como en una fuente de santidad; teñida en la misma inocencia se la veía inundada de pureza.

“Sentía la doble moción de elevación presión del Corazón de Jesús, que han experimentado otros santos. Y comprendió que el sagrado Corazón se estrechaba como para llenarse del divino espíritu, para amar a su divino Padre en su propio nombre, para ofrecerse a él en sacrificio, para anonadarse ante su majestad, para entrar en su vida divina, para unirse a todas sus adorables perfecciones, para tributarle todos sus propios deberes; y que se dilataba a fin de derramar su Espíritu en todos sus miembros, y de comunicar a su Iglesia, que es su Cuerpo, el calor vital que en sí mismo tenía.

«Contempló en este amable Corazón un océano sin fondo ni ribera de amor a Dios su Padre, una posesión y un gozo de su divina bondad, un descanso en su infinita beatitud, una calma y paz que superaba toda inteligencia, un tesoro incomprensible de todas las virtudes que brillaban con una dicha, profundidad, extensión y



esplendor tan grandes, e inexplicables, que habría sobrado con qué llenar infinidad de mundos más vastos que éste.

«Sin embargo, entre tanta riqueza y tanta dicha, vio que este divino Corazón estaba como ahogado en profundos abismos de dolores y amarguras; que hallaba abatido y embargado de tristeza, por los pecados de los hombres, cuya hiel y veneno se veía obligado a digerir; y que de no ser sostenido por el Verbo Increado, hubiera sucumbido bajo el peso de nuestros crímenes.

«Pero no obstante las palpitaciones a que el horror de nuestros pecados le había reducido todos los días de su vida, con todos los combates que había sostenido contra los dolores de la muerte, contempló en este Corazón benignísimo un transporte de amor tan admirable por los que tanto mal le habían causado, que no admite explicación. La fuerza y la generosidad de este amor fue lo que dio impulsos a los espíritus y humores que se habían retirado hacia el centro, cuando luchó contra el temor de la muerte, causándole sudor de sangre por todo el cuerpo.

«Vio a este Corazón admirable como un palacio sagrado donde habían nacido y habían sido alimentados todos los afectos del salvador, todos sus deseos, sus sacrificios, sus gozos y tristezas. Pero entre estos inagotables tesoros de virtud y santidad, fue hecha



partícipe, sobre todo, del amor, de la pureza y de la inocencia.

«La posesión que de día en día tomaba Dios de ella de tal manera había consumido sus facultades naturales que casi apenas tomaba alimento. Pero en este Corazón sagrado de Jesús encontraba suplemento sobrenatural que la sostenía sin comer, y que restablecía todas sus fuerzas., mejor que lo hubiera hecho el alimento. Parecía a veces que de este Corazón divino corría a todo su cuerpo un sa- grado licor, ya en forma de aceite dulcísimo, ya como una leche purísima, ya como un baño lleno de un perfume celestial, ya como un maná agradable que no sólo fortificaba su cuerpo, sino que producía también en su alma efectos maravillosos .

«Las gentes del siglo, cuyo espíritu está sumergido en la vida de los sentidos, están muy lejos de comprender cómo una joven, viviendo en la tierra, podía estar oculta en el Corazón del salvador.

«Pero los hijos de la luz, que se alimentan de la vida del espíritu, aciertan a concebir que no se trata aquí de un transporte del cuerpo, sino solamente del alma; y que esta entrada que él le dio en su Corazón era una amorosa invención para asociarla más estrechamente a su inocencia y demás disposiciones suyas.



«Por más que el Hijo de Dios no hace gracias tan particulares a todas las almas, es sin embargo creíble que hay muchos que, en la oscuridad de la fe, entran en el Corazón de Jesús y en todos sus afectos con tanta verdad como muchos santos a quienes se ha dado la entrada luminosa y sensible en su espíritu. Cada uno de nosotros debe elevarse humildemente por este camino común de la Iglesia, que es el camino de la fe; y cuando queremos amar o adorar a Dios, concebir verdadero dolor de nuestros pecados, sacrificarnos al Padre eterno, no tenemos mejor medio que entrar en espíritu en el Corazón del Hijo de Dios, y revestirnos de sus santas disposiciones, amando a Dios en él y con él detestando el pecado como él lo detesta, y uniéndonos por la fe al sacrificio que él mismo ofrece de sí».

El autor que escribió la vida de esta santa religiosa, y que refiere todas las cosas precedentes, añade muchas otras que yo omito; me contento con haber puesto las que miran principalmente al Corazón adorable de nuestro salvador, al que sean dados honor, alabanza y gloria infinitos por los siglos de los siglos, por todas las gracias, favores, y bendiciones que este Corazón buenísimo y muy generoso ha derramado y derramará en la tierra y en el cielo, en todos los corazones que le aman y le amarán eternamente.



*Nota. Este texto se refiere a la Vida de sor Margarita del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita del monasterio de Baume. El autor de la obra, aparecida el año 1655, es el Padre Amelotte, sacerdote del Oratorio. San Juan Eudes la visitó en su monasterio en 1648. A ella, como devota de la infancia de Jesús, se refiere la novena tradicional de Navidad en uso en Colombia.*

## **CAPITULO XX**

### ***Cuarenta llamas o aspiraciones de amor al amable Corazón de Jesús***

1. ¡Oh Corazón admirable de mi Jesús, qué gozo al ver en ti todas las grandezas, tesoros y maravillas que existen en todos los seres creados e increados!
2. ¡Oh divino Corazón, eres el primer objeto del amor del Padre eterno, quien es a la vez el primer objeto de tu amor. Me doy a ti para ser sumergido y abismado para siempre en este amor!
3. Oh Corazón adorable del Hijo único de María, mi corazón rebosa de gozo al ver que tienes más amor a esta amable Virgen que a todas las criaturas; y que ella te ama



más que todas ellas juntas. ¡Yo hago entrega de todo mi corazón a este amor mutuo del Hijo y de la Madre!

4. ¡Oh amabilísimo Corazón de mi Salvador, te ofrezco todo el amor que por ti arde en los corazones de todos los divinos amantes; les ruego que unan mi corazón a ellos en este amor!

5. ¡Oh Jesús, rey legítimo y soberano de todos los corazones, sé el rey de mi corazón, y sea yo todo corazón y amor para ti, como tú eres todo corazón y amor hacia mí!

6. ¡Oh buen Jesús, ¿a dónde huiré de tu justicia, si no me oculto en tu Corazón ?

7. ¡Oh Corazón admirable, principio de mi vida, no viva yo sino en ti y por ti!

8. ¡Oh amabilísimo Corazón, muy caro te he costado, pues me has rescatado al precio de la última gota de tu sangre!

¡Oh, qué inmenso gozo sería el de mi corazón si te diera la última gota de la suya!

9. ¡Oh benignísimo Corazón, me has colmado de tus gracias y favores; que todos los latidos de mi corazón sean otros tantos actos de amor y de alabanza a ti!

10. ¡Oh Corazón benignísimo, jamás has estado sin amarme; que mi corazón no respire sino para amarte!



11. ¡Oh Corazón lleno de caridad, que moriste por darme la vida; viva yo de tu vida, y muera con tu muerte, y por tu amor!

12. ¡Oh Jesús, tu Corazón está del todo abrasado en purísimo amor a mí; que yo te ame, no por interés alguno, ni temporal, ni eterno, sino pura y únicamente por tu amor!

13. ¡Oh Jesús mío, tu divino Padre lo ha puesto todo en tus manos, y tu amor las tiene siempre abiertas para dármelas; que todo lo que tengo y cuanto soy sea enteramente tuyo y para siempre!

14. ¡Oh Dios de mi corazón, que tu amor que te hizo morir por mí me haga morir por ti!

15. ¡Oh Corazón inmenso, ¿hay algo más grande que tú?

¿Puede alguien decirme que en la tierra o en el cielo hay algo mayor que tú a quien he dado mi corazón?

16. ¡Oh Corazón de Jesús, me has dado a mi Jesús para que sea mi tesoro, mi gloria, mi vida y mi todo, haz que yo sea todo de él!

17. ¡Oh Hijo único de Dios, ¿cómo es posible que siendo Hijo de Padre tan bueno hayas querido tener un hermano tan malo como yo que tanto ofendió a este adorable Padre?



18. ¡Oh Corazón lleno de sabiduría y de luz, que piensas siempre en mí y en lo mínimo que conmigo se relaciona; que mi espíritu y mi corazón estén siempre adheridos a ti, y que te sirva fielmente lo mismo en lo más pequeño cosas que en lo grande!

19. ¡Oh Corazón poderosísimo, emplea tu divino poder en destruir en mi corazón todo lo que te desagrade!

20. ¡Oh Corazón inmenso, que por doquier me amas; que yo ame en todas partes y en todas las cosas!

21. ¡Oh Corazón fidelísimo en tu amor, que amas más a tus amigos en la adversidad que en la prosperidad, haz que te ame más en las aflicciones que en los consuelos!

22. ¡Oh Corazón del rey de los humildes, abismo de humildad, destruye en mí todo lo que sea contrario a esta santa virtud, y haz que reine del todo en mi corazón!

23. ¡Oh Corazón obedientísimo, que preferiste perder la vida antes que desobedecer, haz que ame tiernamente esta santa virtud, sin la que es imposible agradar a mi Dios!

24. ¡Oh Corazón infinitamente más puro que todos los coros angélicos, y que eres fuente de toda pureza, imprime en mi corazón amor muy particular a la pureza, y horror infinito a todo lo que le es contrario!



25. ¡Oh Corazón, hoguera ardiente de caridad, destruye y consume en nosotros todo lo que se opone a esta divina virtud, y haz que reine en los corazones de los hijos de Dios!

26. ¡Oh divino Corazón, ¿quién podrá comprender la aversión infinita que tienes al pecado? Imprímelo en nuestros corazones y haz que aborrezcamos en el mundo a este monstruo infernal, objeto único de tus odios!

27. ¡Oh Padre de Jesús, ama por mí a tu Hijo Jesús, y hazme partícipe del amor que le tienes!

28. ¡Oh Jesús, ama a tu divino Padre por mí y enciende mi corazón en el a-mor que le tienes!

29. ¡Oh adorable Espíritu, eres todo amor y todo caridad; ama a mi benignísimo Padre y a mi amabilísimo Jesús por mí, y transforma mi corazón en amor a ellos!

30. ¡Oh Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, ama por mí a tu divina Madre e inflama mi corazón en el amor que te tienen!

31. ¡Oh Madre de amor, ama a tu Jesús y al mío, por mí, y hazme partícipe del amor que le tienes!

32. ¡Oh bienaventurado san José, san Gabriel, san Joaquín, santa Ana, san Juan Bautista, san Juan evangelista, san Lázaro, santa Magdalena, santa Marta,



santos apóstoles y discípulos de Jesús, santos mártires, santos sacerdotes y levitas, santas vírgenes y todos los santos y santas, especialmente los más amados del Corazón de Jesús y de María, amen a Jesús y a María por mí y pídanle que me hagan según su corazón, que me pongan en él número de los hijos de su Corazón, y me asocien al amor que eternamente les tendrán!

33. ¡Oh Jesús mío, ya que tu Padre me lo dio todo al darte a mí, los corazones todos del universo me pertenecen; tomo, pues, todos esos corazones, y quiero amarte con todo el amor de que eran capaces cuando los creaste para amarte!

34. ¡Oh Jesús mío, has dicho que viniste a la tierra para poner en ella fuego y que no tienes otro deseo sino el de que ardan en él todos los corazones. ¿Por qué entonces toda la tierra está llena de corazones helados respecto de ti? La única causa es el pecado. ¡Oh execrable pecado! De buena gana consentiría ser reducido a la nada, a fin de que fueses destruido en todas las almas!

35. ¡Oh Corazón de mi Jesús, hoguera inmensa de amor, lanza tus llamas sagradas a todos los corazones del universo, para iluminarlas con tus divinas luces y para abrasarlas en tus celestiales ardores!



36. ¡Oh, Buen Jesús, que por mi amor has amado tanto la cruz, y que llamaste por boca del Espíritu Santo *día de la alegría de tu Corazón*, al día de tus sufrimientos, haz que ame y abrace con toda voluntad y por amor de mi amable Crucificado, todas las cruces que me quieras enviar!

37. ¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús y de María, eres uno solo en unidad de espíritu, de voluntad y de afecto; haz que este indignísimo hijo no tenga sino un solo corazón contigo y con todos los corazones que te pertenecen!

38. ¡Oh Corazón de Jesús, ya que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo te ha dado a mí cuando me dio a mi Jesús, y que por esto en verdad eres mi corazón, ama por mí todo cuanto yo debo amar y en la forma y medida que Dios exige de mí!

39. ¡Oh Corazón de Jesús y de María, tesoro inestimable de toda suerte de bienes, sé mi único tesoro, mi refugio y mi salvaguardia. A ti quiero recurrir en todas mis necesidades; cuando me engañan y abandonan los corazones humanos se enciende mi confianza en este bondadosísimo Corazón de Jesús y de María, que no me engañará ni me dejará nunca!

40. ¡Escucha, escucha, oh gran hoguera de amor! Una brizna te suplica con humildad e insistencia que la



sumerjas, la absorbas, la consumas en tus sagradas llamas por toda la eternidad!

## MEDITACIONES SOBRE EL DIVINO CORAZON DE JESUS

### PRIMERA SERIE

#### **PRIMERA MEDITACIÓN**

Para la víspera de la fiesta

*Disposiciones necesarias para prepararnos a  
celebrar bien esta fiesta*

*Primer punto:* Primera disposición: Gran deseo de celebrarla santamente.

Considera que el adorable Corazón de Jesús es él principio y fuente de su encarnación, de su nacimiento, de su circuncisión, de su presentación en el templo; de todos los demás estados y misterios de su vida; de todo cuanto pensó, dijo, hizo y padeció en la tierra por nuestra salvación. Pues fue su Corazón, abrasado de amor a



nosotros, el que lo movió a hacer todo esto en favor nuestro. Por eso estamos inmensamente obligados a honrar y a amar a ese amabilísimo Corazón y a celebrar su fiesta con todo el amor que podamos.

Ofrezcamos, pues, nuestro corazón al Espíritu Santo pidiéndole con grande instancia que encienda en nosotros gran deseo de solemnizar esta fiesta con tanta devoción como si sólo esta vez hubiéramos de celebrarla en la tierra. Este gran deseo es la primera disposición requerida para prepararnos a la fiesta.

*Segundo punto:* Segunda disposición: la humildad.

La segunda disposición es un sentimiento de profunda humildad. Somos, en efecto, indignos de participar en tan santa solemnidad. Primero, porque esta fiesta es más del cielo que de la tierra. Segundo, porque las bendiciones que Dios nos ha concedido cuantas veces en lo pasado hemos celebrado esta fiesta, no las hemos aprovechado como debíamos. Tercero, porque, las gracias que del cielo hemos recibido durante nuestra vida y que tienen su fuente en ese divino Corazón, por nuestra ingratitud e infidelidad han sido para nosotros vanas e inútiles.

Humillémonos profundamente por todo esto y entremos por fin en un espíritu de sincera penitencia que nos inspirará horror de nuestros pecados y un profundo



dolor, y nos incitará a hacer una buena confesión para purificar nuestra alma y nuestro corazón y nos preparará para recibir las luces y gracias necesarias para celebrar santamente esta fiesta.

*Tercer punto:* tercera disposición: Unirnos a los ángeles, los santos y las tres divinas Personas.

La tercera disposición consiste en entregarnos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, a todos los ángeles y a todos los santos, en especial a nuestros ángeles custodios y a nuestros santos protectores. Supliquémosles que nos preparen para esta solemnidad, la celebren con nosotros, nos admitan en su compañía y nos comuniquen algo del amor que profesan al amabilísimo Corazón de nuestro adorabilísimo Jesús.

*Jaculatoria:* Gracias, oh Jesús, por el don inefable de tu Corazón.

## **SEGUNDA MEDITACIÓN**

Para el día de la fiesta

*Cómo Jesús nos ha dado su Corazón*

*Primer punto:* Jesús nos ha dado su Corazón.



Adoremos y contemplemos a nuestro amabilísimo salvador en su bondad inmensa para con nosotros y en los generosos dones de su amor.

¿Qué dones? Los siguientes: El ser y la vida con todos los bienes inherentes; este espacioso mundo lleno de tantas y tan variadas cosas, todas para nuestra utilidad y recreo. Todos sus ángeles que son nuestros protectores; todos sus santos que son nuestros defensores e interceden ante de él por nosotros. Su Madre santísima que es nuestra bondadosísima Madre; todos los sacramentos y misterios de la Iglesia que nos salvan y santifican. Su eterno Padre que es nuestro verdadero Padre; su Espíritu Santo, nuestra luz y nuestro guía.

Sus pensamientos, palabras, acciones, y misterios; todos sus padecimientos y toda su vida, dedicada toda a nuestro bien e inmolada hasta la última gota de su sangre. Además, nos da también Jesús su amabilísimo Corazón, principio y fuente de todos sus demás favores. Porque su divino Corazón lo hizo salir del seno adorable de su Padre y lo hizo venir a la tierra para concedernos todas estas gracias; y su Corazón humano-divino y divino- humano mereció y conquistó para nosotros esos favores, mediante los muchos dolores y congojas que hubo de sufrir cuando se hallaba en este mundo.

*Segundo punto:* debemos dar a Jesús nuestro corazón.



Siendo esto así, ¿qué daremos a nuestro benignísimo redentor? Paguémosle amor con amor y corazón con corazón. Ofrezcámosle y démosle nuestro corazón como él nos dio el suyo. Nos dio el suyo íntegramente; démosle el nuestro íntegramente y sin reservas. Nos dio el suyo para siempre; démosle el nuestro para siempre e irrevocablemente. Con amor infinito nos dio el suyo; démosle el nuestro con ese mismo amor infinito.

Y no se contenta Jesús con darnos su Corazón; nos da también el de su eterno Padre, el de su santísima Madre, el corazón de todos sus ángeles y sus santos, y hasta el corazón de todos los hombres que hay en la tierra, pues les manda, so pena de eterna condenación, que nos amen como se aman a sí mismos, y aún que nos amen como él mismo nos ha amado. *Mi mandamiento es que se amen unos a otros como yo los he amado* (Jn.15, 14). Ofrezcámosle también y démosle en acción de gracias el Corazón de su eterno Padre, el Corazón de su santísima Madre, los corazones de todos los santos y de todos los ángeles y de todos los hombres. Tenemos derecho a disponer de ellos como de cosa propia, ya que el apóstol nos asegura que el eterno Padre *al darnos a su Hijo, nos dio todas las cosas* (Rom.8,32) y que *todo es nuestro* (Cor 3, 22). Mas sobre todo ofrezcámosle su mismo Corazón, porque nos lo dio y nos pertenece todo entero, y nada más



grato podríamos ofrecerle. En efecto, al ofrecerle su Corazón le ofrecemos el de su eterno Padre, con el cual no tiene sino un solo Corazón por unidad de esencia; y le ofrecemos también el Corazón de su santísima Madre con quien no tiene sino un solo corazón por unidad de voluntad y afecto.

*Jaculatoria:* Gracias infinitas por sus dones inefables.

### **TERCERA MEDITACIÓN**

*Inmenso favor de Nuestro Señor al darnos esta fiesta*

*Primer punto:* Excelencia de la fiesta del sagrado Corazón

Adoremos y admiremos la bondad incomprensible de nuestro amabilísimo salvador por habernos dado esta fiesta pues fue gracia extraordinaria nos hizo. Para conocerla bien es preciso saber que todas las fiestas que en el transcurso del año celebra la santa Iglesia, son fuente de gracia y de favores divinos.

Pero esta fiesta es mar de gracias y santidad por ser la fiesta del santísimo Corazón de Jesús, océano inmenso de incontables gracias. Esta es, en cierto modo, la fiesta de las fiestas, porque es la fiesta del amable Corazón de Jesús,



principio, como lo hemos visto en las dos meditaciones precedentes, de todos los demás misterios contenidos en las demás fiestas que se celebran en la Iglesia, y fuente de todo lo grande, santo y venerable que hay en las demás fiestas.

Debemos, pues, dar gracias a este bondadosísimo Salvador e invitar a los santos y los ángeles, a la santísima Virgen y a todas las criaturas, para que lo alaben, bendigan y glorifiquen con nosotros por este favor inconcebible. También hemos de prepararnos para recibir las gracias que nos quiere comunicar en esta admirable solemnidad formando firme resolución de no omitir nada de cuanto podamos hacer y de dedicar todo nuestro cuidado y afecto y todos los medios que estén a nuestro alcance para celebrarla digna y santamente durante los días de su octava.

*Segundo punto:* Homenajes que debemos al sagrado Corazón

¿Para qué nos ha dado el Rey de los corazones esta fiesta de su admirable Corazón? Para que cumplamos los deberes que tenemos con este corazón. ¿Qué deberes? Son cuatro principales:

El primero es adorarlo. Adorémoslo pues con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, porque siendo el Corazón de un Dios, del unigénito de Dios, del Hombre-



Dios, es infinitamente digno de adoración. Adorémosle en nombre y de parte de todas las criaturas que deberían adorarle. Adorémosle y ofrezcámosle todas las adoraciones que le han sido tributadas y le serán eternamente en la tierra y en el cielo. ¡Oh salvador mío! que el universo se convierta en adoración a tu divino Corazón. ¡Oh, con qué gusto consentiría yo, mediante tu gracia, en ser aniquilado ahora y para siempre, a fin de que el Corazón de mi Jesús fuera adorado sin cesar por todo el universo!

El segundo deber es alabar, bendecir y glorificar a ese Corazón infinitamente generoso y darle gracias por el amor que ha tenido y eternamente tendrá a su eterno Padre, a su santísima Madre, a todos los ángeles y a todos los santos, a todas las criaturas y a nosotros especialmente; agradecerle todos los dones, favores y bendiciones que han manan de ese inmenso mar de gracias y se difunden por todo lo creado y sobre nosotros en particular.

¡Oh generoso Corazón de Jesús, te ofrezco todas las alabanzas, la gloria y los agradecimientos que te han sido y te serán tributados en la tierra y en el cielo, en el tiempo y en la eternidad! ¡Oh, que los corazones todos te alaben y bendigan eternamente!

El tercer deber es pedir a Dios perdón por todos los dolores, tristezas, congojas y martirios cruelísimos que



hubo de sufrir por nuestros pecados; y en desagravio ofrecerle todo el gozo y la alegría que le han proporcionado su eterno Padre, su santa Madre y todos los corazones que lo aman con ardor y fidelidad. Por amor a él hay que aceptar también todas las amarguras, tristezas y aflicciones que en cualquier tiempo nos sobrevengan.

El cuarto deber es amar cordial y fervorosamente a este Corazón todo amor, y amarlo por todos los que no lo aman y ofrecerle todo el amor de los corazones que le pertenecen.

¡Oh amabilísimo Corazón que eres todo amor ¿cuándo te amaré como debo? ¡Ay, incontables motivos tengo que me obligan a amarte y no puedo decir que ya empecé a amarte cuanto debo!

Por favor, haz que empiece ya a amarte. Quitá de mi corazón todo lo que te desagrada y establece en él perfectamente el reino de tu santo amor.

*Jaculatoria:* ¡Oh Jesús, Dios de mi corazón, me herencia para siempre.



## CUARTA MEDITACIÓN

*El santísimo Corazón de Jesús es nuestro refugio, oráculo y tesoro*

*Primer punto:* El Corazón de Jesús, refugio y asilo nuestro.

Nuestro muy bondadoso salvador nos dio su Corazón no solo para que sea objeto de nuestro culto y adoración en la fiesta que le celebramos, sino también como refugio y asilo en todas nuestras necesidades.

Recurramos, pues, a él en todos nuestros asuntos. Busquemos en él consuelo en nuestras tristezas y aflicciones. Pongámonos bajo su protección contra la malicia del mundo, contra nuestras pasiones y contras las asechanzas de los demonios.

Refugiémonos en ese asilo de bondad y misericordia para estar a cubierto de los peligros y miserias de que está llena la presente vida. Busquemos protección en esta ciudad de refugio para librarnos del castigo de la justicia divina provocada por nuestros pecados que mataron al autor de la vida. En fin, que este Corazón benigno y generoso sea nuestro asilo y refugio en todas nuestras necesidades.

*Segundo punto:* El Corazón de Jesús, oráculo nuestro.



Nuestro muy amado Jesús nos dio también su Corazón para que sea nuestro divino oráculo, mucho más excelente que el del tabernáculo de la alianza de Moisés y después en el templo de Salomón.

En efecto, el primer oráculo se encontraba en un solo lugar, en cambio el nuestro se halla doquiera esté presente nuestro salvador. Aquel no duró mucho tiempo, éste empero permanecerá hasta la consumación de los siglos.

Un ángel hablaba en aquel; en éste, eres tú mismo, oh Jesús mío, el que nos habla y nos habla cara a cara, corazón a corazón, y nos hace conocer tus voluntades, aclaras nuestras dudas, resuelves nuestras dificultades, cuando recurrimos a tu amable Corazón, con fe, humildad y confianza.

Cuando deseemos conocer lo que Dios nos pide en diversas circunstancias, cuando emprendamos alguna obra para su servicio o cuando estemos en alguna duda o perplejidad, recurramos a este muy bondadoso Corazón diciendo la misa en su honor, si somos sacerdotes, o comulgando si no lo somos, y experimentaremos los efectos de su bondad.

*Tercer punto:* El Corazón de Jesús, nuestro tesoro



Nuestro amabilísimo salvador nos ha dado además su amabilísimo Corazón para que sea nuestro tesoro. Es tesoro inmenso e inagotable que enriquece el cielo y la tierra con infinitud de bienes.

Saquemos de ese tesoro con qué pagar a la justicia divina lo que le debemos por todas nuestras faltas; ofrezcámosle ese sacratísimo Corazón en satisfacción por nuestros innumerables pecados, ofensas y negligencias. Si tenemos necesidad de alguna virtud, saquémosla de nuestro tesoro que contiene en grado eminente todas las virtudes, y supliquemos a nuestro Señor, que por la profundísima humildad de su Corazón, nos dé humildad verdadera; que por la ardentísima caridad de su Corazón, nos dé caridad perfecta; y así en cuanto a las demás virtudes.

Cuando en las diversas coyunturas tengamos necesidad de alguna gracia particular saquémosla de nuestro tesoro pidiéndole a nuestro Señor que por su benignísimo Corazón nos la conceda. Si deseamos ayudar a las almas del purgatorio para que paguen sus deudas a la justicia divina, y ofrezcámosle nuestro precioso tesoro para que saque de él con qué pagarse. Cuando los pobres nos pidan limosna saquemos de nuestro tesoro con qué socorrerlos, diciendo ésta u otra oración: Benignísimo y generoso Corazón de Jesús, ten piedad de todos los necesitados.



Cuando alguien se encomiende a nuestras oraciones o nos pida algo, levantemos nuestro corazón hacia nuestro tesoro y digamos humilde y confiadamente: Oh Corazón amable de mi salvador, haz sentir los efectos de tu caridad a todos los que recurran a mí.

Finalmente, ya que nuestro corazón está unido a su tesoro, procuremos que los afectos y ternuras de nuestro corazón estén u Graba en mi corazón el odio que tienes al mundo, al que quiero detestar como a verdadero anticristo. Es siempre tu enemigo y te ha crucificado cruelmente.

¡Oh Dios de mi corazón!, concédeme que conserve siempre en mi alma, por amor a ti, íntegra caridad con mi prójimo. Esta es la norma suprema. *Venga la paz sobre todos los sigan esta norma* (Ga 6, 16).

*Jaculatoria:* ¡Oh Corazón de Jesús, ley y norma de nuestro corazón.

## QUINTA MEDITACION

*El Divino Corazón de Jesús, modelo y norma de nuestra vida.*

*Primer punto:* El Corazón de Jesús es nuestra regla

Jamás podremos comprender y estimar suficientemente la gracia inconcebible que nos dio Nuestro



Señor al darnos su divino Corazón. Imagina un hombre tan amado de su soberano que pueda decir con verdad: *El Corazón del rey es mío; yo poseo el Corazón de mi soberano.* ¡Qué dicha para él! ¡Qué gran motivo de alegría! Pero para nosotros hay algo infinitamente más. Es una verdad incontestable que el rey de los reyes nos ama tan ardientemente que cada uno puede decir con verdad: *El Corazón de mi Jesús, es mío; yo poseo el Corazón de mi salvador.*

Sí, este admirable Corazón es mío; y por varios títulos: Es mío, porque su Padre eterno me lo dio; es mío, porque la santísima Virgen me lo dio; es mío, porque el Espíritu Santo me lo dio; es mío, porque mi Salvador me lo dio mil y mil veces.

Me lo dio no solamente para que fuera mi refugio y mi asilo en todas mis necesidades, para que fuera mi oráculo y mi tesoro; me lo dio también para que fuera el modelo y la regla de mi vida y de mis acciones.

Esta norma es la que quiero mirar y estudiar continuamente para seguirla con fidelidad. Quiero estudiar cuidadosamente lo que el Corazón de mi Jesús aborrece y lo que ama; para no odiar yo sino lo que él odia, y no amar sino lo que él ama. Y encuentro que él no ha odiado ni odiará jamás sino una cosa: el pecado. ¿Por ventura tuvo algún odio contra los desdichados judíos que lo



persiguieron tanto, o contra los verdugos que lo trataron con tanta crueldad? De ninguna manera; por el contrario, disculpó ante su Padre el más horrible de los crímenes y pidió que les fuera perdonado. Esta es la regla que quiero seguir por amor a ti, salvador mío. No quiero odiar sino el pecado y quiero amar todo lo que tú amas, incluso a los que me aborrezcan y con tu gracia quiero hacer el bien que me sea posible a los que me hagan mal.

*Segundo punto:* Sentimientos que deben animarnos a ejemplo del Corazón de Jesús.

Oigo también mi norma que me dice: *Tened en sus corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo»* (Fp 2, 5). ¿Qué sentimientos son esos? Encuentro que son seis:

1. Los sentimientos de amor que Jesús tiene a su Padre y a su amabilísima voluntad. Ama tanto a su Padre que se sacrificó por su gloria y está listo todavía a sacrificarse millares de veces.

Tiene tanto amor a su divina voluntad que durante su vida no hizo nunca la propia, ni siquiera una sola vez, sino cifró la dicha en cumplir la de su Padre: *Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado* (Jn 4, 34).

2. Los sentimientos de repulsión y de odio al pecado, al que aborrece tanto que se abandonó a la rabia de sus



enemigos y al suplicio de la cruz para aplastar a este monstruo infernal.

3. Los sentimientos de aprecio y de afecto a la cruz y a los sufrimientos. Los ama tan apasionadamente, que el Espíritu Santo hablando del día de su pasión, lo llama el día de la alegría de su Corazón. (Cant. 3, 11).

4. Los sentimientos de amor a su queridísima Madre, a quien ama muy por encima de sus ángeles y sus santos juntos.

5. Los sentimientos de caridad que tiene con nosotros, a quienes ama tan tiernamente que parece, dice san Buenaventura, que se odiara a sí mismo por nosotros: *Tanto me amas que parece que te aborrecieras*, dice este santo.

Estas son las normas divinas que quiero guardar por amor a ti, salvador mío.

Quiero amar a mi Dios con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y quiero cifrar toda mi dicha en seguir siempre y en todo su adorabilísima voluntad. .

Quiero odiar y abominar en tal grado toda clase de iniquidades, que con la ayuda de tu santa gracia moriré antes que consentir alguna vez en ellas.

Concédeme, Jesús mío, que ame tanto las cruces y aflicciones, que por amor a ti encuentre en ellas toda mi



dicha, y pueda decir con tu santo apóstol: *Estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en todas mis tribulaciones* (2 Cor 7, 4).

Haz que comparta el grandísimo amor que tienes a tu divina Madre, para que, después de ti, ella sea el primer objeto de mi culto y de mi devoción ferviente.

Graba en mi corazón el odio que tienes al mundo, al que quiero detestar como a verdadero anticristo. Es siempre tu enemigo y te ha crucificado cruelmente.

¡Oh Dios de mi corazón!, concédeme que conserve siempre en mi alma, por amor a ti, íntegra caridad con mi prójimo. Esta es la norma suprema. *Venga la paz sobre todos los sigan esta norma* (Ga 6, 16).

*Jaculatoria:* ¡Oh Corazón de Jesús, ley y norma de nuestro corazón.



## SEXTA MEDITACIÓN

*Jesús nos da su Corazón para sea nuestro corazón*

*Primer punto:* El Corazón de Jesús nos es dado para que sea nuestro corazón.

El Hijo de Dios nos ha dado su Corazón no solamente para que sea modelo y norma de nuestra vida, sino también nuestro corazón. Quiere que con este Corazón, inmenso, infinito y eterno podamos tributar a Dios todos los homenajes que le debemos, y cumplir las obligaciones que tenemos con su divina Majestad, de manera digna de sus infinitas perfecciones.

Cinco motivos muy grandes nos obligan con Dios:

1. Adorarlo en su grandeza divina. 2. Darle gracias por los inenarrables favores que hemos recibido y recibiremos siempre de su inefable bondad.
3. Satisfacer a su divina justicia por nuestros innumerables pecados y negligencias. 4. Amarlo por su incomprensible bondad. 5. Rogarle a fin de alcanzar de su divina liberalidad todo lo que nos es necesario, para el alma y para el cuerpo.

¿Pero cómo cumplir estos deberes de manera digna de Dios? Es imposible. Aunque fuesen nuestros todos los espíritus, los corazones y todo el poder de los ángeles y de los hombres, y los empleásemos en adorar a Dios, en darle gracias, en amarlo dignamente y en satisfacer con



perfección a su divina Justicia, esto nada sería al lado de nuestras infinitas deudas.

Pero tenemos una manera infinitamente infinita hacia nuestro bondadosísimo salvador. Es el habernos dado él un medio admirable de cumplir íntegra y perfectamente todas estas deudas. Nos dio su adorable Corazón, para que dispusiésemos de él como de un corazón nuestro, para adorar a Dios cuanto es adorable, para amarlo cuanto merece ser amado, y para cumplir todas nuestras obligaciones de manera digna de la majestad suprema.

Gracias eternas e infinitas, oh mi bondadosísimo Jesús, por el don infinitamente precioso de tu Corazón. Que los ángeles todos, que los santos todos, que las criaturas todas te bendigan eternamente por ese don.

*Segundo punto:* Uso que del Corazón divino hemos de hacer.

¡Qué dicha, qué gloria la nuestra tener tal

Corazón! ¡Cuán ricos somos!

¡Qué tesoro poseemos! ¡Qué deudas con tu incomprensible bondad, salvador mío! Pides a tu Padre que no seamos sino una sola cosa con él y contigo, como él y tú no son sino un solo Dios, y quieres que tengamos con tu Padre adorable y contigo un solo corazón.



Quieres ser nuestra cabeza y que seamos tus miembros, que no tengamos contigo sino un solo corazón y un solo espíritu. Nos hiciste hijos de un mismo Padre cuyo hijo eres tú mismo; para eso nos has dado tu Corazón, de modo que en tu compañía amemos a tu Padre con un solo Corazón.

Nos aseguras que este mismo Padre nos ama con el mismo amor que te tiene (Jn 17, 23), y que tú nos amas con el mismo Corazón con que te ama tu Padre (Jn 15, 9). Nos das tu Corazón para que amemos a tu Padre y a ti con el mismo Corazón y el mismo amor con que tu Padre y tú nos aman, y para que nos sirvamos de ese gran Corazón, con el fin de tributarles nuestras adoraciones, alabanzas, y acciones de gracias y demás homenajes que les debemos, de manera digna de su grandeza divina.

Y ¿qué hemos de hacer para servirnos de este gran Corazón que Dios nos ha dado, y cumplir así todas nuestras obligaciones?

Primero, cuando se trata de adorar a Dios, de alabarlo, darle gracias y amarlo, de practicar alguna virtud o hacer alguna obra para el divino servicio, ante todo hay que renunciar a nosotros mismos, a nuestro propio Corazón todo envenenado por el pecado y el amor propio. Segundo, darnos a Jesús para que nos una en lo que vamos a hacer a su divino Corazón, al amor, la caridad, la humildad y todas



las santas disposiciones de ese mismo Corazón, para adorar, amar, glorificar y servir a Dios con el Corazón de un Dios.

¡Oh Salvador mío! Sírrete del poder de tu brazo para separarme de mí mismo y unirme a ti; para arrancarme este mezquino corazón y en su lugar poner el tuyo a fin de que pueda decir: *Oh Señor mío, te alabaré y amaré con todo mi corazón* (Sal11, 1), es decir, con todo el gran Corazón de Jesús, que es mi propio Corazón. ¡Oh, Corazón de mi salvador, amabilísimo y todo amor! Sé el corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida, y el principio único de mis pensamientos, palabras y obras, de todo el uso de las facultades de mi alma y de todos mis sentidos interiores y exteriores.

*Jaculatoria:* ¡Oh Corazón mío, mi único Corazón, se encierra todo para mí!

## SEPTIMA MEDITACION

*Humildad profundísima del divino Corazón de Jesús-*

*Primer punto:* Baja estima que el Corazón de Jesús tenía de sí mismo.

Tener gran estima y bajo aprecio de sí mismo, menospreciar y odiar el honor y la gloria del mundo y amar la abyección y la humillación, son los tres efectos de la



verdadera humildad. Es ésta una virtud en la que hay infinidad de grados, porque tenemos infinitos motivos para humillarnos; entre los cuales he aquí tres principales:

El primero es nuestra nada que es abismo sin fondo de abyección y humillación.

El segundo es la grandeza infinita de Dios; porque toda grandeza lleva consigo inferioridad en los que le son de inferior condición; y cuanto más se eleva, más y mayor humillación reclama de los que se encuentran por debajo de ella.

El tercer motivo de humillación son los pecados. el menor de ellos es abismo infinito de rebajamiento, pues Dios nos puede convertir justamente en la nada por el menor de nuestros pecados.

Nota bien el primer efecto que la humillación debe obrar en nuestro corazón y que obró de manera prodigiosa en el Corazón de nuestro salvador: la baja estima de sí mismo. Porque en primer lugar su humanidad santa veía con toda claridad que habiendo salido de la nada, nada era y no tenía de sí misma sino nada. Segundo, la idea clarísima que continuamente tenía de la grandeza de Dios, la mantenía siempre en incomprensible abatimiento.

En tercer lugar, sabía muy bien que era hija de Adán, y que el pecado original es océano inmenso de pecados, toda vez que es el primer manantial de todos los



pecados que han sido, serán y podrían ser cometidos en todo el mundo, aunque durase más de cien mil años. No ignoraba tampoco la humanidad santa de Jesús que de haber nacido de otro seno que no fuera el de la santísima e Inmaculada Virgen, y si no hubiera estado personalmente unida al Verbo eterno, o si no hubiera sido preservada por algún otro milagro del pecado original en el momento de su concepción, hubiera sido capaz, como los demás hijos de Adán, de todos los crímenes imaginables; esto la mantenía en indecible humillación. Además, se veía cargada con todos los pecados del mundo, como si hubieran sido sus propios pecados; *hizo suyos todos nuestros pecados*, nos dice san Agustín, y por consiguiente se veía obligada a soportar ante Dios la confusión de un número de crímenes mayor que las gotas de agua y los granos de arena en el mar.

Oh, Jesús, ¿quién me diera a conocer las humillaciones que has soportado para destruir mi orgullo? ¿Cómo es posible que mi corazón pueda soportar un solo momento este monstruo espantoso?

*Segundo punto:* Menosprecio del Corazón de Jesús de la gloria y estima del mundo.

Para conocer el segundo efecto de la humildad en el Corazón de nuestro redentor, veamos el apreciable menosprecio que hizo de la estima y de la gloria del



mundo durante todo el curso de su vida en la tierra. Es el Hijo único de Dios, Dios como su Padre; es el rey de la gloria; es el monarca soberano de los cielos y la tierra que merece los homenajes y adoraciones de todas las criaturas. Si quisiera hacer brillar el menor rayo de su majestad, se prosternaría a sus pies todo el universo para adorarle. No hace ostentación de sus grandezas, ni en su nacimiento, ni en todo el curso de su vida, ni siquiera después de su resurrección, ni en el santísimo Sacramento donde se encuentra glorioso e inmortal. Cuando los judíos quisieron aclamarlo por rey, huye y se esconde, y declara que su reino no es de este mundo. Hasta tal punto desprecia cuanto la tierra tiene de glorioso y deslumbrante.

¡Oh Jesús, imprime estos sentimientos en mi corazón y haz que juzgue la estimación y las alabanzas humanas como veneno del infierno.

*Tercer punto:* Amor del Corazón de Jesús a las humillaciones.

Pon ante tus ojos todas las humillaciones, desprecios, anonadamientos, oprobios e ignominias que nuestro adorabilísimo salvador soportó en su encarnación, en su nacimiento, en su circuncisión, en su huida a Egipto y en todos los misterios de su pasión. Considera que todo eso es festín magnífico que su divino amor le ha preparado,



que todas estas ignominias son exquisitos platos con que ha saciado y satisfecho el hambre que le devoraba, pues de dónde procedía esa hambre insaciable sino del infinito amor que tenía a su Padre y nosotros? Amor que encendía en él deseo increíble de ser humillado y anonadado para reparar la infinita injuria y el deshonor inconcebible que el pecador hace a Dios, pues en cuanto le es posible lo arranca de su trono y lo pone bajo sus pies; lo anonada, para ponerse él en su lugar, prefiriendo sus intereses a los intereses de Dios, sus satisfacciones a las satisfacciones de Dios, su honor a su gloria, sus voluntades a la suya; injuria infinitamente enorme y ultrajante que no puede ser reparada sino por los abatimientos de un Dios anonadado. He aquí por qué el amor incomprensible del Hijo de Dios a su Padre no sólo le obligó a sufrir tantas humillaciones, sino que además le llevó a abismarse en las ignominias, y a poner en ellas su gozo y sus delicias, para reparar con la mayor perfección el deshonor hecho a su Padre; y también para librarnos de las confusiones eternas del infierno, adquirirnos las glorias inmortales del cielo, destruir en nosotros el orgullo que es la fuente de todo pecado y fundarnos en la humildad que es el fundamento de todas las virtudes.



Gracias infinitas, Jesús mío, a tu santísima humildad y alabanzas inmortales a tu Padre eterno que te ha exaltado tanto como has sido humillado, y que te ha dado *el nombre sobre todo nombre*. Ah! Que se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno para adorar y glorificar a mi Jesús y confiesen todas las lenguas que mi salvador está gozando de la gloria inmensa y eterna de su Padre.

*Jaculatoria:* Jesús, manso y humilde de Corazón, compadécete de nosotros.

## OCTAVA MEDITACION

### *El Corazón de Jesús es el Rey de los mártires*

*Primer punto:* Dolores causados al Corazón de Jesús por nuestros pecados.

Todos los sufrimientos de los santos mártires son poca cosa, o mejor, son nada, en comparación con los dolores infinitos del adorable Corazón del rey de los mártires. Cuenta si puedes todos los pecados del universo, cuyo número es incalculable, y habrás contado las agudísimas saetas que afligieron al divino Corazón del salvador con infinidad de heridas, tanto más dolorosas cuanto más amor tenía ese corazón sacratísimo a su eterno Padre, a



quien veía infinitamente e infinitas veces ultrajado y deshonrado por ese ejército incontable de crímenes.

¡Oh salvador mío, detesto y aborrezco todos mis pecados. Son detestables verdugos que martirizaron tu benignísimo Corazón!

Además, pon ante tus ojos el número casi infinito de miserables almas a quienes nuestro bondadosísimo salvador tenía un amor increíble y cuya pérdida desgraciada, por solo culpa de ellas, preveía, no obstante lo que sufría por salvarlas. Esto causaba dolores increíbles a su Corazón infinitamente caritativo.

¡Oh almas desventuradas! ¿Por qué no tuvieron corazón para amar al que en cierto modo las amó más que a sí mismo, pues dio su vida y su sangre por su salvación?

¡Oh queridísimo Jesús mío, quién me diera todos los corazones de esos infortunados para amarte y alabarte por ellos eternamente!

*Segundo punto:* Dolores causados al Corazón de Jesús por los sufrimientos reservados a los mártires y a los cristianos.

Trae a la mente todos los dolores, aflicciones, congojas, tribulaciones y suplicios de tantos millones de mártires y de todos los verdaderos cristianos que ha habido y habrá en la tierra, y sabrás que todos esos males han sido otras



tantas heridas muy sangrientas para el Corazón de Jesús. Porque este benignísimo salvador, cuyo Corazón es tan sensible al dolor como los corazones más tiernos que se pueda imaginar, estuvo lleno de infinito amor a sus queridos hijos y vio todas sus cruces y aflicciones. Como todas esas penas venían a dar en el bondadosísimo Corazón de Jesús como en su centro no hay mente que pueda comprender los dolorosísimos martirios que por este motivo hubo de padecer este paternal Corazón. Lo expresó así el profeta Isaías: *En verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias* (Is 53, 4), y lo dijo san Mateo: *El mismo cargó con nuestras dolencias y tomó sobre sí nuestras enfermedades»* (Mt 8, 17).

Oh, con cuánta razón se puede llamar a este Corazón el rey de los mártires y el centro de la cruz! ¡Oh, qué consuelo para los afligidos saber que todas sus penas pasaron por el benignísimo Corazón de Jesús y que él fue el primero que por amor a ellos las soportó! Démonos a él para sufrir todos nuestros contratiempos en unión del amor con que Cristo los sufrió primero.

*Tercer punto: Dolores del Corazón de Jesús en la Cruz.*

Todos estos sufrimientos del Corazón de Jesús son nada al lado de los que el divino Corazón del Señor padeció en la cruz. Fueron tan violentos que su Corazón se



rompió de dolor y fue entonces cuando Jesús entregó su alma en las manos de su Padre. ¡Oh salvador mío!

¿Quién te hizo sufrir tantos tormentos que por ellos tu Corazón se rompió de dolor, sino el amor infinito que tienes a tu Padre y a nosotros? Puede decirse que moriste de amor y de dolor y que tu Corazón se rompió, y fue magullado y despedazado por el dolor y el amor de la gloria de tu Padre y el de nuestra redención. ¡Oh, ojalá tuviera todos los corazones del cielo y de la tierra para sacrificarlos en las llamas de vuestro amor! ¡Oh Padre santo! No puedes negar nada de cuanto se te pide por el amable Corazón de tu Hijo muerto de amor y de dolor por amor a nosotros y a ti. Es imposible. Antes se acabarían los cielos y la tierra. Así, pues, Padre adorable, por ese divino Corazón muerto de amor y de dolor por mí, te suplico que tomes plena y absoluta posesión de mi corazón y que establezcas en él perfectamente y para siempre el reino del santísimo amor de Jesús y de María.

*Jaculatoria:* Víctima augusta del Calvario santo, rey de los mártires y centro de la cruz; que ella sea amor, triunfo y dicha sempiterna.

## NOVENA MEDITACION



## *El Corazón de Jesús es el Corazón de María*

*Primer punto:* Amor mutuo de los sagrados Corazones de Jesús y de María.

Así como el Corazón virginal de la santísima Virgen Madre de Jesús tiene más amor que todos los ángeles y todos los santos juntos a su queridísimo Hijo, así también el Corazón divino del Hijo único de María está tan abrasado de amor a su amabilísima Madre y la ama más que a todas las criaturas juntas.

Ofrezcamos a Jesús el Corazón de su Santa Madre en reparación de todas las faltas que en su amor y servicio hemos cometido; y ofrezcamos a su dignísima Madre, que es también nuestra, el Corazón y el amor de su Hijo en reparación de todas nuestras ingratitudes e infidelidades con ella.

*Segundo punto:* Las tres divinas Personas han dado el Corazón de Jesús a María y por intercesión de ella nos lo han dado a nosotros.

Después de Dios, la sacratísima Virgen es el primer objeto del ardentísimo amor del Corazón de Jesús. Pero también el Corazón de Jesús es el Corazón de María por cinco razones principales:



Primero, porque el eterno Padre le ha dado a María el Corazón de Jesús. Segundo, porque el Hijo se lo ha dado también. Tercero, porque el Espíritu Santo se lo ha dado igualmente. Y las tres divinas Personas se lo han dado continua y eternamente, y se lo han dado para, por su mediación, dárnoslo a nosotros.

Alabanzas infinitas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por el don infinitamente precioso que hicieron a nuestra divina Madre, y por ella a nosotros.

¡Oh Santísima Trinidad, te ofrezco y te doy el Corazón de mi Jesús y el Corazón de la santísima Madre de Jesús como acción de gracias por tu infinita bondad conmigo!

Te ofrezco también en unión de esos dos amables Corazones, mi muy indigno corazón y todos los corazones de mis hermanos y de mis hermanas con la súplica humildísima de que tomen plena y absoluta y eterna posesión de ellos.

*Tercer punto:* Otras razones por las cuales el Corazón de Jesús es el Corazón de María.

La cuarta razón, por la cual el Corazón de Jesús es el Corazón de María, es que el eterno Padre, desde el momento de la Inmaculada Concepción de la santísima



Virgen, la consideró como la que él había escogido para asociarla a su divina paternidad y constituirla Madre de su Hijo; y así, le comunicó, desde ese momento, el amor que él tiene a ese mismo Hijo, y en grado tan alto, que según varios teólogos, ella, desde ese instante, tuvo más amor a Jesús que el que eternamente le tendrán los más encumbrados serafines. Por eso este amor incomparable al Hijo de Dios atrajo desde entonces el amor y el Corazón de Jesús al seno y al Corazón virginal de María, donde ha permanecido siempre y donde permanecerá eternamente como el Corazón de su Corazón y como sol divino que derramó en su espíritu torrentes de luces celestiales y abrasó su Corazón de inefable manera con ardores divinos. Por esto hay que alabar y bendecir al Corazón de Jesús eternamente.

La quinta razón por la cual el Corazón de Jesús es el Corazón de María; es porque ella, en el momento de la encarnación, cooperó con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la formación del Corazón humano de ese mismo Jesús.

Jesús fue formado de la sangre purísima de María. De esa sangre que pasó por el corazón virginal de nuestra Señora. Allí esa sangre recibió la perfección requerida para formar el Corazón de un Hombre Dios. Y ese corazón humano- divino y divino-humano permaneció nueve meses



en las entrañas sagradas de esa Virgen incomparable, a la manera de un horno de amor divino.

Ese horno sagrado encendió otro de amor a Jesús en el Corazón de su santísima Madre. Horno tan ardiente que transformó el Corazón de María en el Corazón de Jesús, e hizo de esos dos corazones uno solo, por unidad de espíritu, de afecto y voluntad. De suerte que el Corazón de la Madre siempre estuvo íntimamente unido al Corazón del Hijo, para querer todo lo que él quiso, para dar su asentimiento a todo lo que él hizo y a todo lo que sufrió para salvarnos. Por eso dicen los santos Padres que la Madre del Salvador cooperó con él en forma particularísima en la gran obra de nuestra redención.

El adorable redentor, hablando a santa Brígida, cuyas revelaciones están aprobadas por la Iglesia, le dijo que él y su santísima Madre habían trabajado unánimemente con un solo corazón, en la salvación del género humano.

Así, pues, el Corazón de Jesús es el Corazón de María, y ambos Corazones no son sino uno solo; y por donación que nos hicieron el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y nuestra divina Madre, ese único Corazón también es nuestro para que como hijos de Jesús y de María tengamos el mismo Corazón que su Padre y su Madre, y para que amemos y glorifiquemos a Dios con ellos, con un mismo



Corazón, Corazón digno de la grandeza infinita de la majestad divina.

*Jaculatoria:* ¡Oh Corazón de Jesús y de María, Corazón mío amantísimo!

## SEGUNDA SERIE

### PRIMERA MEDITACION

*La Santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús.*

*Primer punto:* El Padre eterno vive en el Corazón de Jesús.

Considera que el Padre eterno está en este Corazón admirable, haciendo nacer en él a su Hijo amadísimo y haciéndolo en él vivir de la misma vida santísima y divina de que goza en el cielo en su seno adorable por toda la eternidad. Imprime en él sin cesar una imagen cada día más exacta de su divina paternidad para que este Corazón humanamente divino y divinamente humano sea el Padre de todos los corazones de los hijos de Dios. Por tanto nuestros corazones lo han de mirar, honrar y amar como a Padre amabilísimo y han de esforzarse por grabar en ellos una perfecta semejanza de su vida y de sus virtudes.

¡Oh, buen Jesús!, graba tú mismo en nuestros corazones la imagen del tuyo, y haz que no vivan sino por amor a tu



Padre y que muramos de amor a ti, así como tú has muerto por amor a tu Padre celestial.

*Segundo punto:* El Verbo Divino vive y reina en el Corazón de Jesús.

Considera que el Verbo eterno está en este Corazón divino y lo une a sí mismo con el vínculo más íntimo que es posible imaginar como es, el de la unión hipostática. Ella hace a este mismo Corazón adorable con el mismo género de adoración que se debe a Dios; está en él, si se nos permite la palabra, de un modo casi más ventajoso que el que tiene en el seno y en el Corazón de su Padre, porque en el Corazón y en el seno del Padre Eterno está vivo, mas no reina, y en cambio, vive y reina en el Corazón del Hombre-Dios, en el que ejerce su reinado absoluto sobre todas las pasiones humanas, (que tienen su sede en dicho órgano), y tan absoluto es su dominio que sin su licencia o mandato no pueden ejercer actividad alguna.

Considera que el Espíritu Santo también vive y reina de una manera inefable en el Corazón de Jesús; en él guarda los tesoros infinitos de la ciencia y de la sabiduría de Dios; y lo colma en grado sumo de todos los dones de



su largueza, según estas divinas palabras: *Y sobre él descansó el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y lo llenó el Espíritu del temor de Dios* (Is 11, 2-3).

Considera que el Verbo eterno está en este Corazón divino y lo une a sí mismo con el vínculo más íntimo que es posible imaginar como es, el de la unión hipostática. Ella hace a este mismo Corazón adorable con el mismo género de adoración que se debe a Dios; está en él, si se nos permite la palabra, de un modo casi más ventajoso que el que tiene en el seno y en el Corazón de su Padre, porque en el Corazón y en el seno del Padre Eterno está vivo, mas no reina, y en cambio, vive y reina en el Corazón del Hombre-Dios, en el que ejerce su reinado absoluto sobre todas las pasiones humanas, (que tienen su sede en dicho órgano), y tan absoluto es su dominio que sin su licencia o mandato no pueden ejercer actividad alguna.

¡Oh Jesús, rey de mi corazón, vive y reina en mis pasiones; únelas a las tuyas y no permitas que haga uso alguno de ellas sino conforme a tus mandatos y deseos y por los intereses de tu gloria.

*Segundo punto:* El Espíritu Santo vive y reina en el Corazón de Jesús.



Considera que el Espíritu Santo también vive y reina de una manera inefable en el Corazón de Jesús; en él guarda los tesoros infinitos de la ciencia y de la sabiduría de Dios; y lo colma en grado sumo de todos los dones de su largueza, según estas divinas palabras: *Y sobre él descansó el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y lo llenó el Espíritu del temor de Dios* (Is 11, 2-3),

Considera que estas tres divinas Personas viven y reinan en el Corazón del salvador, como en el más sublime trono de su amor, en el primer cielo de su gloria, en el paraíso de sus gratas delicias; y derraman en él, con profusión y abundancia inexplicables, claridades admirables y océanos vastísimos de gracia, torrentes de fuego y hogueras inextinguibles de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad! Alabanzas infinitas te sean dadas eternamente por todos los milagros de amor que obras en el Corazón de mi Jesús. Te ofrezco el mío, con el de todos mis hermanos, y te suplico rendidamente que tomes entera posesión de ellos, que aniquiles en ellos cuanto te desagrade y establezcas en todos el reino de tu amor soberano.

*Jaculatoria:* ¡Oh Trinidad sacrosanta, vida eterna de los corazones, reina en el corazón de todos os hombres!



## SEGUNDA MEDITACION

*El Corazón de Jesús es el Santuario y la imagen de las perfecciones divinas.*

*Primer punto:* Las perfecciones de Dios viven y reinan en el Corazón de Jesús.

Adoremos y contemplemos todas las perfecciones de la esencia divina, que viven y reinan en el Corazón de Jesús. Son la eternidad, la inmensidad, el amor, la caridad, la justicia, la misericordia, la omnipotencia, la fuerza, la inmortalidad, la sabiduría, la bondad, la gloria, la felicidad, la paciencia, la santidad y en suma, los atributos todos de Dios.

Adoremos estas divinas perfecciones en los efectos admirables de toda índole que operan en este Corazón maravilloso; de corazón demosle gracias, ofreciéndole todas las adoraciones, gloria y amor que le han sido y que le serán tributados por este mismo Corazón por toda la eternidad.

*Segundo punto:* Las perfecciones divinas imprimen su imagen en el Corazón de Jesús.

Consideremos que estas adorables perfecciones han grabado su imagen y semejanza en este Corazón



divino de modo infinitamente más excelente que lo expresado o imaginado por todos los espíritus humanos y angélicos. En sí lleva impresa la imagen de la eternidad, por el desprendimiento perfecto que ha sentido siempre por lo temporal y caduco y por su afecto infinito por todo lo divino y eterno; profundamente impresa tiene la imagen de la inmortalidad por el amor infinito que siente por su Padre, cuya inmensidad llena los cielos, la tierra y el infierno mismo. Si queremos atentamente contemplar este Corazón incomparable notaremos con facilidad que lleva en sí viva semejanza de todas las perfecciones divinas.

¡Oh Corazón admirable de Jesús!, te ofrecemos nuestros corazones participación de esta divina semejanza, a fin de que se cumpla en nosotros esta orden del divino Maestro: *Sean perfectos, como lo es su Padre Celestial* (Mt 5, 48).

*Punto tercero:* Devoción especial a la divina misericordia.

Entre las divinas perfecciones cuya semejanza lleva en sí el divino Corazón de nuestro salvador, debemos sentir especial devoción hacia la misericordia divina y esforzarnos por grabar su imagen en nuestro corazón. Para lograrlo hay que dar tres pasos:

El primero, perdonar de todo corazón y olvidar prontamente las ofensas recibidas de nuestro prójimo. El



segundo, compadecer las miserias corporales de nuestros semejantes y tratar de aliviarlas consolando al que sufre. El tercero, compartir las miserias espirituales de nuestros hermanos. Esto es más importante que lo anterior; para ello hemos de apiadarnos de las almas desgraciadas que no tienen piedad de sí mismas, y valernos de nuestras oraciones, buenos consejos y ejemplos para preservarlas de las penas del infierno.

¡Oh benignísimo Corazón de Jesús, imprime en nuestros corazones una imagen perfecta de tus grandes misericordias, a fin de que demos cumplimiento a tu divino mandato: *Sean misericordiosos a imitación de su Padre celestial* (Lc 6, 36).

*Jaculatoria: ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, apiádate de nosotros!*

### **TERCERA MEDITACIÓN**

*El Corazón de Jesús es el templo, el altar y el incensario  
del amor divino*

*Primer punto:* El Corazón de Jesús es templo del amor divino.

El amor increado y eterno, el Espíritu Santo, fabricó este templo magnífico, construyéndolo con la sangre virginal de María, la Madre del amor. Fue consagrado y



santificado por el soberano pontífice y por la unción de la divinidad; está dedicado al amor eterno; es infinitamente más santo que todos los templos materiales y espirituales habidos y por haber en el cielo y en la tierra, y es también mil veces más digno y venerable que ellos. En este templo Dios recibe adoraciones, alabanzas y glorificación dignas de su grandeza infinita. En este templo el soberano predicador nos anuncia la verdad sin cesar. Es templo eterno, que nunca se acabará. Es el centro de la santidad, que no puede ser profanado; está adornado de todas las virtudes cristianas en el más perfecto grado y de todas las perfecciones divinas.

Regocijémonos a la vista de todas las bellezas de este templo maravilloso y de todas las alabanzas que en él se tributan a la divina majestad.

*Segundo punto:* El Corazón de Jesús es el altar del amor Divino.

El Corazón de Jesús no es sólo el templo sino también el altar del amor divino. Sobre este altar, noche y día brilla el fuego sagrado de este mismo amor; sobre este altar el soberano sacerdote Jesús ofrece sin cesar varias clases de sacrificios a la santísima Trinidad.

En efecto, primeramente, se ofrece y se sacrifica a sí mismo como víctima de amor, como la más santa y más



preciosa víctima habida y por haber; se sacrifica enteramente, inmolando su cuerpo, su alma, su sangre, toda su vida, todos sus pensamientos, palabras y acciones; hace este sacrificio total a perpetuidad con amor infinito.

Segundo, sacrifica cuanto su Padre le ha dado, es decir todas las criaturas racionales e irracionales, sensibles è insensibles, animadas e inanimadas. Las inmola en sacrificio de alabanzas a. su Padre; mas sacrifica también a los hombres, tanto buenos como malos, así réprobos como predestinados. A los buenos los sacrifica, como víctimas de amor a la divina bondad; sacrifica a los perversos, como víctimas de la ira de Dios a su terrible justicia. Así este soberano sacerdote sacrifica a la gloria de su Padre todo cuanto existe en el altar de su Corazón. Por esto con toda verdad puede decir: *Alegre lo sacrificué todo* (1 Cro 19, 17).

Ofrezcámonos a El, y supliquémosle nos inscriba en la lista de las víctimas de su amor, que nos consuma enteramente en los fuegos divinos que sin cesar arden sobre el altar de su Corazón.

*Tercer punto:* El Corazón de Jesús es el incensario del amor divino.

El divino Corazón de Jesús no es sólo el templo y el altar, sino también el incensario del divino amor. De este



incensario de oro se habla en el capítulo octavo del Apocalipsis, que san Agustín aplica al amable Corazón de Jesús. En este incensario todas las adoraciones, alabanzas, oraciones, deseos y afectos de todos los santos son puestos para ser ofrecidos a Dios en el Corazón de su amadísimo Hijo, como perfume de grato olor a su divina Majestad. Procuremos depositar también en él todos nuestros ruegos, nuestros deseos y nuestras devociones; los piadosos afectos del corazón, nuestros corazones mismos con todo cuanto hacemos y somos, suplicando al rey de los corazones que purifique y santifique todo, y que como incienso de suave olor lo ofrezca a su Padre.

Así el Corazón sagrado de nuestro Jesús es el templo, el altar, el incensario, el sacerdote y la víctima del divino amor. Y es todo esto por nosotros y por nosotros ejerce las funciones de estas divinas calidades. ¡Oh amor! ¡Oh salvador mío! Cuán excesivas y asombrosas son tus bondades conmigo!

¡Qué respeto y alabanza debo rendir a tu amabilísimo Corazón! ¡Oh benignísimo Corazón de Jesús, sea yo todo corazón y todo amor para ti! Que los corazones todos del cielo y de la tierra sean inmolados a tu alabanza y gloria.



*Jaculatoria:* Gloria ti, sacerdote de los corazones; gloria a ti, víctima igual a Dios, templo de Dios dignísimo y ara sacratísima.

## **CUARTA MEDITACIÓN**

*Con amor inmenso y eterno nos ama  
el Corazón de Jesús*

*Primer punto:* Con amor eterno nos ama el Corazón de Jesús.

El divino Corazón de Jesús está lleno de amor eterno a nosotros. Para comprenderlo bien, hemos de saber que hay dos elementos constitutivos de la eternidad.

En primer término, no tiene principio ni tendrá fin; y en segundo lugar, comprende todo tiempo pasado, presente y futuro en forma estable y permanente. Reúne todos estos tiempos en un solo espacio y punto indivisible e inmóvil.

Precisamente en esto radica su diferencia con el tiempo, que corre sin descanso, de suerte que, el momento que llega empuja al que le precedió y así sucesivamente, sin que jamás puedan dos instantes fundirse en uno solo. Por el contrario, en la eternidad todo es permanente, estable, inmóvil, inmutable.



Esta es la razón de que el amor eterno del Corazón de Jesús comprenda dos puntos. El primer radica en que este Corazón incomparable nos ha amado desde toda la eternidad, antes de que existiéramos y de que hubiéramos podido conocerlo y amarlo; no obstante, y aun sabiendo que lo habríamos de ofender, pues tenía presentes nuestros pecados aun antes de cometidos por su ciencia infinita, nos amó con eterno amor: *Me amó con amor eterno*. El segundo es que en cada instante nos ama con todo el amor con que nos ha amado y nos amará en todos los instantes que pudiéramos suponer en la eternidad. Y en esto estriba la gran diferencia que existe entre nuestro amor y el divino. En efecto, el amor nuestro es una acción pasajera, en cambio, el de Dios no es de la misma naturaleza, ya que el amor que nos ha tenido, supongamos desde hace cien mil años, permanece aún en su Corazón acrecentado con el que nos profesará dentro de otros cien mil años, pues la eternidad hace que en Dios no haya ni pasado ni porvenir, sino que todo sea presente y actual. De tal suerte, Dios nos ama ahora con todo el amor que nos ha tenido desde toda su eternidad y con el que por toda la eternidad nos ha de seguir amando.

¡Oh eternidad! ¡Oh eternidad de amor! ¡Oh amor eterno! Si yo hubiera existido desde toda la eternidad, desde entonces hubiera debido amarte; no sé, empero, si



aun ahora he principiado a amarte en debida forma. Al menos que comience a hacerlo desde ahora, ¡oh salvador mío! Y que principie a hacerlo como tú me lo pides. ¡Oh Dios de mi corazón!, me doy a ti para unirme al amor que me profesas desde toda la eternidad, a fin de amarte con el mismo amor. Me entrego igualmente a ti para unirme al amor con que tu Padre te ama, y al amor con el cual tú lo amas desde antes del principio del tiempo, a fin de amar al Padre y al Hijo con amor eterno, como lo mereces.

*Segundo punto:* El Corazón de Jesús nos ama con amor inmenso

El amable Corazón de nuestro Jesús nos ama inmensamente, pues el amor divino e increado que tiene, no siendo otra cosa que Dios mismo, y Dios siendo inmenso, tal amor es por lo mismo inmenso. Dios está en todas partes, en todo lugar y en toda cosa y su amor, por tanto, participa de los mismos caracteres; de suerte que, el Corazón de Jesús no nos ama sólo en el cielo o en cualquier otro lugar, sino que nos ama en el cielo y en la tierra, en el sol y las estrellas, y en todo lo creado. Nos ama en los corazones de todos los habitantes del cielo y de cuantos, sientan por nosotros algo de caridad en la tierra, pues toda caridad que hay en los corazones del cielo y de la tierra no



es sino una participación del amor del Corazón de Jesús a nosotros. Y voy más lejos, pues no temo afirmar que nos ama aun en el corazón de nuestros enemigos, a pesar del odio que por nosotros puedan experimentar; más aún, me atrevería a asegurar que nos ama en el infierno mismo con el corazón de los demonios y de los réprobos, no obstante la rabia que abriguen contra nosotros, pues este divino amor está por doquier y llena, como el mismo Dios, la tierra y los cielos y hasta los infiernos.

¡Oh amor inmenso!, me pierdo y me abismo en las llamas y ardores que llenan todo ser creado, para amar a mi Dios y a mi salvador en todo lugar y en toda criatura. ¡Oh Jesús! te ofrezco todo el amor inmenso de tu Corazón adorable, y el del Corazón de tu Padre junto con el del Corazón de tu amantísima Madre, y con el de todos los corazones que te aman en el cielo y en la tierra; y deseo ardientemente que todas las criaturas del universo se conviertan en una sola hoguera gigantesca de amor a ti

*Jaculatoria: ¡Tarde te amé, oh bondad tan antigua y tan nueva, tarde te amé!*



## QUINTA MEDITACIÓN

El Corazón de Jesús es el principio de la vida del Hombre-Dios,  
de la vida de la Madre de Dios y de la de los hijos de Dios

*Primer punto:* El Corazón de Jesús, principio de la vida del Hombre-Dios.

El Corazón adorable de nuestro salvador es el principio de la vida del Hombre-Dios, y por tanto lo es de todos los pensamientos y afectos que el Hijo de Dios ha tenido en este mundo por nuestra salvación, de todas las palabras que ha dicho y de todas las acciones que ejecutó, de cuantos sufrimientos soportó y del amor incomparable con que lo realizó todo. A tu amable Corazón, pues, ¡oh Jesús! Te estamos infinitamente obligados. ¿Qué podremos hacer por ti para demostrarte nuestra gratitud? Nada más grato que ofrecerte este divino Corazón. Te lo ofrezco ¡oh salvador! en unión del amor infinito con que ejecutaste tan grandes maravillas por nuestra redención.

*Segundo punto:* El Corazón de Jesús, principio de la vida de la Madre de Dios.

Consideremos que el Corazón de Jesús es el principio de la vida de la Madre de Dios, pues mientras esta Madre admirable llevaba a su Hijo amantísimo en sus benditas



entrañas, siendo su Corazón virginal el principio de la vida corporal de su niño, el Corazón de este adorable infante era a su vez el principio de la vida espiritual de su Madre dignísima; por lo tanto, el Corazón deífico del Hijo único de María era el principio de todo piadoso pensamiento y afecto de su querida Madre, de todas las palabras que ella decía, de cuantas buenas acciones ejecutaba, de todas las virtudes que la adornaban y de cuantas penas y dolores generosamente sufría para cooperar con su Hijo a la obra de nuestra salvación.

Alabanzas eternas, Jesús mío, sean dadas a tu divino Corazón. ¡Oh! te ofrezco también, redentor mío, en gratitud por las grandezas que tu Corazón de Hijo ha obrado en tu gloriosa Madre, te ofrezco, repito, su Corazón maternal totalmente abrasado de amor a ti.

*Tercer punto:* El Corazón de Jesús, principio de la vida de los hijos de Dios.

Consideremos que el Corazón de Jesús es el principio de la vida de todos los hijos de Dios, pues siendo el principio de la vida de la cabeza, lo es también de la de sus miembros, ya que es el principio de la vida del Padre y de la Madre, y por lo mismo es el principio de la vida de los hijos. Es la razón por la que hemos de mirar y honrar este Corazón bondadoso como principio y origen de todos



los buenos pensamientos de todo cristiano, de toda palabra santa que profieran sus labios, de toda acción piadosa que ejecute, de toda virtud que practique y de todos los trabajos que cristiana y santamente sufra por amor a Dios.

¡Oh Salvador mío! que todo esto se convierta en un himno de alabanza inmortal a tu divino Corazón. ¡Oh Jesús, puesto que me has dado este mismo corazón para ser el principio de mi vida, haz, te lo ruego, que sea también el principio único de todos mis sentimientos y afectos, de todas las funciones de las facultades de mi alma, de mi espíritu, y el corazón de mi corazón!

*Jaculatoria:* ¡Oh Corazón de Jesús, principio de todo bien, a ti alabanza, a ti gloria por toda la eternidad

## SEXTA MEDITACION

*Tres son los Corazones de Jesús,  
que sin embargo no forman sino uno solo*

*Primer punto:* Debemos adorar tres Corazones en nuestro Salvador, los cuales, con todo, no constituyen sino uno solo, por la estrecha relación que los une.



El primero es su Corazón Divino que desde toda eternidad ha tenido en el seno de su Padre, y que no es sino el Corazón y el amor de su propio Padre y que juntos, constituyen el principio del Espíritu Santo. Por esta razón, cuando nos dio su Corazón, nos dio al mismo tiempo el de su Padre y el de su Divino Espíritu. De donde, aquellas palabras maravillosas: *Os amo con el mismo amor y con el mismo Corazón con que mi Padre me ama a mí mismo* (Jn 15, 9).

Mi Padre me ama con un amor eterno, inmenso e infinito, y del mismo modo os amo yo; mi Padre me hace ser lo que soy, es decir, Dios, como él, e Hijo de Dios, y así yo los hago a ustedes, por gracia y participación, ser lo mismo que yo, por naturaleza y esencia, es decir, Dioses e hijos de Dios, y que, por consiguiente, no tengan sino el mismo Padre que tengo yo, y un Padre que os ama con el mismo amor y con el mismo Corazón con que a mí me ama: *Los amaste como me amaste a mí*. Mi Padre me ha constituido heredero universal de todos sus bienes»: *Lo hizo su heredero universal*, y yo los constituyo, a mi vez, coherederos míos: *Herederos y coherederos de Cristo*; yo les prometo hacerlos entrar en posesión de todos mis tesoros: *Lo pondrá sobre todo lo suyo*; mi Padre finca en mí todas sus delicias y complacencias, y yo en vosotros pongo mis delicias y mi cabal felicidad: *Mis delicias*



*consisten en estar con los hijos de los hombres* (Jn 17, 23; Heb 1, 2; Rom. 8, 17; Mt 24,47 y Prov. 8,319).

¡Oh bondad!, ¡Oh amor!, ¡Oh Dios de amor!,  
¿Cómo será posible que los corazones de los hombres permanezcan fríos y helados frente a ti, que eres todo amor y fuego hacia ellos?

¡Oh! que todo mi gozo y mis delicias todas consistan en pensar en ti, en hablar de ti, en servirte y amarte! ¡Oh mi todo! Que yo sea enteramente para ti y que tú seas el único dueño de todo cuanto en mí o fuera de mí me pertenezca.

*Segundo punto: El Corazón espiritual de Jesús.*

El segundo Corazón de Jesús es su Corazón espiritual, que es la voluntad de su alma santa, la cual es una facultad puramente espiritual, cuyo objeto es amar lo que es amable y aborrecer lo que es aborrecible. Mas este divino Salvador de tal manera sacrificó su voluntad humana a su Padre, que jamás se gobernó por ella mientras vivió en la tierra, jamás ciertamente la seguirá tampoco en el cielo, sino que siempre cumplirá estas palabras tuyas: *No busco mi voluntad, sino la de quien me ha enviado; he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad sino la del me mandó* (Jn 5, 30; 6,38).



Ahora bien, precisamente por amor a nosotros este amable Jesús renunció a su voluntad propia, para llevar a cabo la obra de nuestra salvación, de acuerdo con la voluntad de su Padre, especialmente cuando habló con El en el Monte de los Olivos en esta forma: *¡Oh Padre mío!, que no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

¡Oh Dios de mi corazón!, si por mi amor sacrificaste una voluntad tan santa y divina, cuánto más he de renunciar yo a la mía tan depravada y corrompida! ¡Oh! haz que de todo corazón y para siempre renuncie a ella; humildemente te suplico, oh mi adorable redentor! que aplastes en mí esa serpiente llena de veneno que es mi propio querer, para que la reemplaces con tu voluntad santa y adorable.

*Tercer punto:* El Corazón corporal de Jesús.

El tercer Corazón de Jesús es el santísimo Corazón de su cuerpo deificado, que es hoguera de amor divino y de amor indecible hacia nosotros. Porque este Corazón sagrado, hipostáticamente unido a la persona del Verbo, está abrasado en las llamas de su amor infinito a nosotros; amor tan ardiente que le impele a llevarnos siempre en su propio Corazón y a tener de continuo sus ojos fijos en nosotros, para preocuparse en tal forma de nosotros y de nuestras necesidades que llega, según él mismo nos lo asegura, hasta contar los cabellos de nuestra



cabeza, para no permitir que perdamos uno solo; amor que lo obliga a pedir a su Padre que nos dé su propio regazo por morada: *Padre mío, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo esté* (Jn 17, 24); amor que lo mueve a asegurarnos que, si vencemos los enemigos de su gloria y de nuestra salvación, nos hará sentar en su compañía y en su propio trono, dándonos la posesión del mismo reino y de la misma gloria que su Padre le ha dado.

¡Oh, qué excesos de amor estos de Jesús por hombres tan ingratos y pérfidos como nosotros! ¡Oh Jesús! amor de mi corazón, o que no viva yo más, o que viva sólo para amarte, alabarte y glorificarte sin descanso; muera yo mil veces antes que hacer algo que te disguste.

Tienes, Jesús, tres corazones que no forman sino uno y lo empleas en amarme sin cesar. ¡Oh, ojalá tuviera yo todos los corazones del mundo para consumirlos en tu santo amor!

*Jaculatoria: Te amo, oh amantísimo Jesús!, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón y más y más te quiero amar.*

## **SÉPTIMA MEDITACIÓN**

### *Los milagros del Corazón de Jesús*

*Primer punto:* Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la naturaleza.



Contempla el mundo natural, este gran universo que encierra tantas maravillas: los cielos, el sol, la luna, los astros en general; los cuatro elementos de los que el aire está poblado de tan gran variedad de aves; la tierra cubierta de tantas especies de animales, de árboles, de plantas, de flores, de frutos, de metales y de piedras preciosas; y el mar repleto de multitud tan prodigiosa de peces. A esto añadamos las criaturas racionales, los hombres y los ángeles; considerémoslos en el estado natural de su creación. ¡Qué milagro tan maravilloso haber hecho todo esto de la nada! No es solamente un milagro sino un mundo infinito de milagros: cuenta todas las criaturas que Dios ha hecho, y enumerarás otros tantos milagros realizados por la divinidad al sacarlas del abismo de la nada; cuenta todos los momentos transcurridos desde la creación del mundo; en cada uno de ellos han sido creados, puesto que la conservación es una creación prolongada; y contarás también otros tantos milagros, sin hablar de otra infinidad de maravillas que han sido, son y serán constantemente realizadas en el gobierno del universo.

Ahora bien, ¿quién es el autor de tan incontables prodigios? Es la bondad inconcebible y el amor inefable del divino Corazón de este Verbo adorado, de quien san Juan Evangelista nos habla en estas primeras palabras de su evangelio: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era*



*Dios, y todo fue hecho por él.* Por amor al hombre hizo todos los seres, a pesar de haber previsto todas las ingratitudes, ofensas y ultrajes infinitos que de él habría de recibir.

Todas las criaturas son otras tantas lenguas y voces que nos predicán sin cesar la caridad inefable de su benignísimo Corazón, y nos exhortan a adorar, amar y glorificar según nuestra capacidad a tan insigne bienhechor. *El cielo y la tierra, dice san Agustín, y todo cuanto encierran, no se cansan de gritarme que ame a Dios.*

*Segundo punto:* Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la gracia.

Figúrate el mundo de la gracia que encierra infinidad de maravillas que sobrepujan sin parangón las del mundo de la naturaleza, pues contiene! todos los portentos de santidad que han sido operados en la tierra por el Santo de los santos; todas las maravillas realizadas en la Madre de la Gracia, en María santísima; toda la santa Iglesia militante; todos los Sacramentos, tesoros de gracia inefable con todos los efectos maravillosos que de ellos se derivan; todos los prodigios de la divina gracia realizados y por realizar en la existencia de todos los santos que han sido y que serán hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, ¿cuál es la fuente de todas estas maravillas? ¿No es



acaso la caridad inenarrable del bondadosísimo Corazón de Jesús, que ha establecido y que conserva este mundo prodigioso de la gracia en la tierra por amor a los hombres? ¡Oh mi buen Jesús!, que todos estos portentos de vuestro Corazón amabilísimo, y que todas las potencias de vuestra divinidad y de vuestra humanidad no se cansen de bendeciros por siempre. (Dn 3, 61).

*Tercer punto:* Milagros del Corazón de Jesús en el mundo de la gloria.

Eleva tu espíritu y tu corazón al cielo, para contemplar el mundo de la gloria, es decir, esta bella, inmensa y gloriosa ciudad en la que todos sus moradores están libres de penas y colmados de infinitud de bienes. Mira esta falange innumerable de bienaventurados, *que nadie puede contar*, más resplandecientes que el sol, llenos de riquezas inestimables, de gozos indecibles y de gloria imponderable.

Considera los goces inefables que te esperan en la Jerusalén celestial, pues el Espíritu Santo nos declara que *jamás ojo humano vio, ni oído alguno oyó, ni corazón de hombre comprendió, ni comprender podrá jamás, los tesoros infinitos que Dios reserva a los que lo aman*. Ahora bien, ¿quién ha hecho el cielo, y quién es el autor de cuantas maravillas encierra, sino el amor ardentísimo del amable Corazón del Hijo de Dios, que lo creó con su



potencia infinita, que nos lo mereció con su sangre y que lo colmó de un océano inmenso de delicias inenarrables, para dárnoslo por toda la eternidad como morada segura e imperecedera?

¡Oh, mi Salvador!, acepta, te suplico, que te ofrezca en acción de gracias todas las glorias, todas las grandezas y todas las maravillas del paraíso.

¡Oh, si yo poseyera cien mil paraísos, gustosísimo, mediante vuestra gracia, me despojaría de ellos, para sacrificároslos en eterno holocausto de adoración y alabanza!

*Jaculatoria:* Celebren al Señor sus misericordias y sus maravillas con los hombres».

## OCTAVA MEDITACION

*El Corazón de Jesús es hoguera de amor que purifica, ilumina, santifica, transforma y deifica los corazones*

*Primer punto:* El Corazón de Jesús es hoguera de amor a los hombres.

El amabilísimo Corazón de Jesús es hoguera de amor ardentísimo hacia nosotros: hoguera de amor que purifica, de amor que ilumina, de amor que santifica, de amor que transforma y de amor que deifica. De amor que purifica,



porque es un horno en el que los corazones de los santos se purificaron más que el oro en el crisol ardiente. De amor que ilumina, porque disipa las tinieblas del infierno que cubren la tierra, para hacernos vislumbrar las luces esplendorosas del cielo: *Nos llamó de las tinieblas a su luz esplendorosa* (1 Pe 2, 9). De amor que santifica, que destruye el pecado en nuestras almas, para establecer en ellas el reino de la gracia. De amor que transforma, que transforma las serpientes en palomas, los lobos en corderos, las fieras en ángeles, los hijos del demonio en hijos de Dios, los hijos de cólera y de maldición en hijos de gracia y de bendición. De amor que deifica, que *hace de los hombres dioses*, haciéndolos participar de la santidad de Dios, de su misericordia, de su paciencia, de su bondad, de su amor, de su caridad y de sus demás divinas perfecciones: *Partícipes de la naturaleza divina* (2 Pe 1, 4).

¡Oh divino amor de mi Jesús!, me doy totalmente a ti. Purifícame, ilumíname, santifícame, transfórmame todo en ti, a fin de que sea todo amor para mi Dios.

*Segundo punto:* La hoguera del Corazón de Jesús extiende su acción a todos los seres.

El Corazón de Jesús es hoguera de amor que derrama sus llamas y fulgores hacia todas partes y en todas direcciones, en el cielo, en la tierra y por todo el universo;



fuegos y llamas que abrasan los corazones de los serafines y que derretirían todos los corazones de la tierra si el hielo pavoroso del pecado no lo impidiera.

Estos fuegos divinos transforman todos los corazones de los que aman en el cielo, en otras tantas hogueras de amor al que es todo amor hacia ellos.

Todas las criaturas que existen en la tierra, aún las insensibles, las inanimadas y las irracionales, resienten los efectos de las bondades inefables de este Corazón magnánimo y magnífico, pues *él ama todo lo que existe y no aborrece nada de cuanto ha hecho* (Sab 11, 25) y por lo mismo no odia sino el pecado que ciertamente no es obra suya.

Profesa, con todo, amor especial y extraordinario a los hombres, tanto buenos como malos, amigos como enemigos. Precisamente por los malos, los perversos, los pecadores abriga caridad tan ardiente que todos los torrentes y diluvios de las aguas de sus pecados sin cuento no pueden extinguir (Cant 8, 7. Prueba de ello es que no pasa un momento sin que deje de hacerles toda clase de favores y de beneficios, naturales y sobrenaturales, corporales y espirituales, aún en el punto y hora en que estos no piensan sino en ofenderle y ultrajarle con nuevos y más graves pecados.



Estas divinas llamas del bondadosísimo Corazón de Jesús alcanzan aún las tenebrosas profundidades del infierno, derramándose incluso sobre los demonios y los réprobos, al conservarles su existencia, la vida y las perfecciones naturales con que los adornó en el momento de su creación. Se abstiene de castigarlos según la gravedad de las ofensas que le irrogaron con sus pecados; por ellos ciertamente la divina Justicia bien pudiera castigarlos con un rigor mayor del que con ellos emplea: *Y no hay quién pueda escapar al influjo de sus ardores* (Sal 19, 7).

¡Oh fuegos y llamas sagradas del Corazón adorable de mi Salvador! Derrámate sobre mí y sobre mi corazón y sobre los corazones de todos mis hermanos, transformándolos en otras tantas hogueras de amor a mi amabilísimo Jesús.

*Tercer punto:* Ardor admirable del amor del Corazón de Jesús.

Imagínate que toda la caridad, todos los afectos, ternuras y delicadezas que ha habido, hay y habrá, y que pudieran existir en todos los corazones que la omnipotente mano de Dios pudiera formar, llegaran a fundirse en un solo corazón suficientemente grande como para poderlos contener, ¿todo ello no sería capaz de constituir una hoguera inimaginable? Pues bien, haz de saber que todos los fuegos y llamas de esta hoguera no alcanzarían a ser



sino una chispita insignificante del inmenso amor a nosotros que devora al amabilísimo Corazón de Jesús,

¡Oh hoguera incomparable! ¿Quién me diera la gracia de sumergirme en esta hoguera ardiente e inextinguible? ¡Oh Madre de Jesús! ¡Oh ángeles, oh santos y santas de Jesús!, me entrego a todos y a cada uno de ustedes en particular; y entrego también a todos mis hermanos y hermanas, y a todos los habitantes de toda la tierra, a fin que nos arrojen en lo más ardiente y hondo de esta hoguera celestial! ¡Auxilio, auxilio, auxilio! ¡Oh hoguera inmensa y anhelada! Es una brizna insignificante que te pide muy humildemente y con muchísima urgencia el favor de ser sumergida, abismada, consumida, devorada y aniquilada por los ardores de tu todopoderosa acción devoradora!

*Jaculatoria:* ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te extingues; oh amor que siempre hierves y nunca te enfrías, enciéndeme enteramente para que enteramente te ame!

## CONCLUSIÓN DE ESTA OBRA

*Elevación a la santísima Virgen para agradecerle, encomendarle la Congregación de Jesús y María y pedirle buena y santa muerte*



Oh excelsa y admirable María, emperatriz augusta del universo, muy santa y digna Madre de mi Dios, aquí me tienes prostrado a tus pies para pedirte muy humildemente perdón por haber tenido la audacia de escribir esta pequeña obra sobre las perfecciones inefables y excelencias incompresibles de tu Corazón admirable. ¿Qué es, en efecto, este divino Corazón sino un abismo impenetrable de gracia y santidad, cúmulo inmenso de maravillas incomparables? ¿Y quién soy yo sino un minúsculo átomo, abismo de pequeñez y tinieblas, y la nada de las nada? ¿No es asombrosa temeridad de un gusanillo de tierra como soy, tener la osadía de levantar mis ojos al cielo para contemplar el primerísimo, muy digno y esplendoroso objeto del amor infinito de las tres Personas adorables de la santa Trinidad?

¿Pero cómo cerrar los oídos a tantos millones de voces que me gritan de continuo que sería monstruosa ingratitud no rendir el homenaje que debo a mi soberana princesa por tantos favores que he recibido y recibo sin cesar de las bondades inconcebibles de que su Corazón generoso está colmado para el último de todos los hombres?

Y primeramente, ¿no es cierto, oh divina virgen, que después de Dios te debo respetar y honrar como a mi verdadera Madre, a la que debo mi nacimiento, mi ser y



mi vida? Sin ti estaría todavía en la nada de donde jamás habría de salir. Estoy por tanto tan obligado contigo como hay de deberes y ventajas vinculados al ser y a la vida de una criatura razonable y cristiana.

En segundo lugar, oh Madre de bondad, te debo el haberme hecho nacer de un padre y una madre que se esmeraron tanto en educarme en el temor de Dios y en el espíritu del cristianismo, por el buen ejemplo de su vida y de sus santas enseñanzas.

Cómo debo agradecerte el haberles inspirado ponerme bajo la disciplina y guía de la santa Compañía de Jesús, en la ciudad de Caen, y de haberme admitido en tu santa congregación, verdadera escuela de virtud y piedad, bajo la dirección de la misma Compañía. Es este, oh Madre de gracia, uno de los mayores favores que Dios me ha concedido por tu mediación.

Consigno otro favor muy particular. Para librarme de un peligro evidente en que estaba de perderme, me comprometiste en la Congregación de Jesús y María, que tú y tu Hijo amadísimo han establecido en la santa Iglesia para dos grandes fines, muy importantes y muy útiles a la misma Iglesia: dedicarse a las funciones de los seminarios eclesiásticos y a los ejercicios de las misiones. Por este medio, Dios me concedió la gracia, oh Madre de misericordia, de trabajar sin descanso durante cerca de



cuarenta años en las funciones de los mismos seminarios, y cerca de sesenta años en los ejercicios de las misiones con bendiciones muy abundantes que la divina bondad derramó sobre mi modesto trabajo por tus manos sagradas, pues los santos nos aseguran que no descende ninguna gracia del cielo a la tierra que no pase por esas benditas manos.

Me faltan las palabras que puedan expresar la excelencia infinita del favor incompresible que me hiciste al darnos a mis hermanos y a mí el Corazón adorable de tu amadísimo Hijo, con el tuyo amabilísimo, para ser el Corazón, la vida y la regla viviente de nuestra Congregación.

No me es posible omitir el grandísimo favor con que el soberano sacerdote, tu Hijo único y mi salvador, quiso honrarme por tu mediación, cuando me asoció a su divino sacerdocio. Esta es una gracia en cierto modo infinita que encierra infinidad de otras, como el poder consagrar en el santo altar su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa; el poder de ofrecerlos a Dios en sacrificio como él mismo se ofreció en el calvario; el poder de conculcar todos los pecados de la tierra y del infierno si existen en un alma: el poder de atar y desatar, de absolver y condenar, y de reconciliar a los pecadores con Dios, de abrir el cielo y cerrar el infierno; el poder de anunciar el santo evangelio y de predicar la divina palabra, y de llevar la luz admirable de la fe por todo el universo; el poder



finalmente de conferir a los cristianos los divinos sacramentos de la Iglesia que son fuente inagotable de las gracias que nuestro redentor nos adquirió con su sangre preciosa.

No menciono las luces que tuviste a bien concederme para dar término a esta obra, y otras que la precedieron. En ellas todo lo bueno que hay procede del Padre de las luces y de esta admirable estrella que nos alumbró al sol eterno.

Qué diré de infinidad de beneficios que he recibido de la liberalidad de mi Dios por tu intercesión, oh Madre admirable? ¿Cuántos pecados he cometido que tú me has perdonado? ¿Cuántos otros hubiera podido cometer si no me hubieras preservado?

¿Cuántas veces me he visto en el borde de los infiernos con peligro evidente de caer en ellos si tu mano bondadosísima no me hubiera rescatado?

¿En cuántas ocasiones el león rugiente del infierno, que hace ronda incansable por doquier, para devorar las almas rescatadas con la preciosa sangre de tu Hijo, se hubiera tragado y devorado la mía, si la caridad admirable de tu Corazón no se hubiera opuesto?

Sin ti, mi queridísima y buena Madre, en qué desgraciada situación no me encontraría hoy? Estaría



quizás en los hornos ardientes del infierno de donde jamás saldría.

¡Oh qué raudales de bondad! ¡Qué exceso de misericordia! ¡Oh cuánta incomprensible gratitud tengo frente a la caridad increíble de tu muy benigno Corazón! ¡Oh qué gracias inmensas, gracias infinitas, gracias eternas! ¡Oh, que todos los espíritus, todas las lenguas y todos los corazones del cielo y de la tierra te alaben, te glorifiquen, y te amen eternamente en mi lugar.

Pero la gracia suprema, el favor soberano son la gran multitud de cruces que mi muy adorable Crucificado me ha dado, con tu favor. Por ello sea alabado y glorificado eternamente.

Todas estas gracias, sin hablar de un millón de otras, son otras tantas voces que me gritan continuamente el respeto, veneración y reconocimiento que debo tener a tu Corazón augusto. Me asiste infinita razón para decir lo que san Crisóstomo dijo del corazón de san Pablo: es para mí *f fuente de número infinito de bienes*. Sí, sí, el muy bueno y bondadoso Corazón de la Madre de mi Jesús es para mí fuente inmensa de toda suerte de bienes, de gracias y de favores inconcebibles. Lo quiero proclamar en voz alta y por doquier. Esto me obliga igualmente a terminar esta modesta obra con la que me propongo entusiasmar y animar, a quienes se den la pena de



leerla, a bendecir, alabar y glorificar conmigo este dignísimo Corazón como al más santo, noble, generoso, regio, magnífico y amable de todos los corazones, después del Corazón adorable de Jesús.

Finalmente, mi muy buena Madre, he recibido tantos favores de tu Corazón maternal, que puedo afirmar con verdad que superan el número de cabellos de mi cabeza.

Tengo todavía dos favores que quiero pedirte. Serán el colmo de todos los demás. Lo hago porque tengo grandísima confianza en la caridad sin par de tu Corazón admirable, y mi indignidad infinita no impedirá que tú me concedas esos dos favores.

El primero es que sea de tu agrado que yo te dé, María, mi amadísima madre, mejor, ponga entre tus manos la pequeña Congregación de Jesús y María. Quisiste dármela por un exceso de tu inexplicable bondad. Tú sabes que te la he ofrecido, dado y consagrado, cientos de veces en mi vida. Usa del soberano poder que Jesús te ha dado para tomar plena, absoluta y eterna posesión de ella. Y tú misma entrégala por entero a tu Hijo, Jesucristo. Ruégale que destruya en ella cuanto le disgusta y que establezca en ella el reino de su santo amor y de su adorable voluntad. Que la colme de su divino Espíritu, que la haga humilde, obediente, caritativa, pura y llena de celo



por la gloria del Padre Dios. Que le infunda odio al pecado, amor a la cruz, renuncia a cuanto no es de tu agrado. Que se desapegue del mundo y lo menosprecie. Que la proteja, la sostenga y la defienda de toda adversidad. Que atraiga a ella numerosos obreros evangélicos que se entreguen a formar muchos sacerdotes santos, y pastores denodados, y a trabajar eficazmente en la salvación de las almas mediante los ejercicios de las misiones. En fin, que la haga del todo conforme a su Corazón, y que cumpla en ella todos los designios de su bondad, cueste lo que cueste, que nos anonade antes de permitir que por nuestros pecados pongamos obstáculos a su querer.

Te ofrezco igualmente, oh sacratísima adre de Dios a todos los fundadores, bienhechores y amigos de esta pequeña Congregación. Te suplico muy humildemente conservarlos, bendecirlos y santificarlos. Ponlos en el rango de los hijos de tu Corazón y hazles sentir los efectos de esta santa oración que por ellos repetimos varias veces al día: *Dígnate, Señor, retribuir con la vida eterna a todos los que, por tu nombre, nos hacen beneficios. Amén.* ¡Oh Señor, da, por favor, por el amor de tu santo nombre, la vida a todos nuestros amigos y bienhechores.

El segundo favor que te pido, oh Madre de bondad, es que me mires siempre como verdadero hijo de la bondad inefable de tu santísimo Corazón, aunque sea infinitamente



indigno de serlo. No es ilusión ni imaginación sino verdad real y constante que me diste el nacimiento y la vida por milagro seguro e indudable, como consecuencia del voto que mi padre y mi madre, que estaban sin hijos y no podían tenerlos, hicieron a Dios para obtener esta gracia por tu intercesión. Cumplido el deseo objeto de este voto, me llevaron todavía en el vientre de mi madre a un santuario dedicado a tu Nombre bajo el título de Nuestra Señora de la Recouvrance, para agradecerte el favor que les habías hecho. Me ofrecieron y consagraron a mi creador y a la que por su mediación me habían dado el ser. Mírame entonces y considérame, amabilísima Madre, como fruto e hijo de la caridad maravillosa de tu sagrado Corazón y no permitas que desdiga de tan santo y noble nacimiento. Imprime en mi corazón y en mi vida la imagen y semejanza de las santas virtudes que reinan en el Corazón y en la vida de mi divina Madre. De ellas, por desgracia, soy infinitamente indigno. Pero sobre todo te suplico, por todas las misericordias de tu benignísimo Corazón, que me obtengas de su divina clemencia perdón entero y remisión general de mis innumerables pecados ofensas y negligencias. Asísteme y protégeme con bondad extraordinaria en el último de mis días y en mi hora postrera.



Por desdicha, tú lo sabes bien, oh Madre de gracia, la debilidad y la miseria humana es tan grande que no existe hombre en el mundo que, luego de haber combatido a lo largo de ochenta y cien años contra los poderes infernales, no sea capaz finalmente de sucumbir y perderse en la última hora de su vida. Apíadate de mí, Madre bondadosa, *Tú, mi máxima confianza, tú, total fundamento de mi esperanza*, (san Bernardo), después de Dios. No toleres que los enemigos de mi salvación prevalezcan sobre tu pequeño. *Que nunca el enemigo diga: lo vencí* (Sal 13, 5). Que por tu poderosa intercesión, todo lo que me resta de vida sea total y únicamente consagrado a la gloria de mi salvador y al honor de mi divina Madre. Que todos mis pensamientos, palabras y obras, mis respiraciones y latidos de mi corazón y de mis venas, todas las funciones de las facultades de mi alma y todos los usos de mis sentidos interiores y exteriores sean ejercicio perpetuo de alabanza y amor a mi muy adorable Jesús y a su amabilísima Madre.

Oh mi muy buena Madre, alcánzame de Dios que *yo muera con la muerte de los justos y mi fin sea como el de ellos* (Nm 23, 10). Que muera, quiero decir, con la muerte del rey y de la reina de los justos que son Jesús y María. Con la muerte de los que dice el Espíritu Santo:



*Dichosos los muertos que mueren en el Señor (Ap 14, 13).*  
Que muera en las santas disposiciones interiores y exteriores en las cuales todos ellos murieron.

Que yo muera con la fe de todos los santos mártires, con entera confianza en la misericordia inmensa de mi redentor y en la bondad sin par de su divina Madre, que es también la mía: y en caridad perfecta hacia mi prójimo.

Que yo muera en el espíritu y en los sentimientos de humillación, contrición y penitencia que mi salvador tuvo por mis pecados durante su pasión y en su muerte.

Que yo muera con estas divinas palabras en el corazón y en los labios: JESÚS, MARÍA. Que las pronuncie unido a todo el amor que ha habrá, hay y habrá en los corazones que aman a Jesús y María.

Que yo muera en el amor, por el amor y para el amor de mi Jesús; que mi último suspiro sea un acto de muy puro amor, mediante el cual me ofrezco, me sacrifico a mí mismo a mi Dios, en unión del mismo amor con el que mi redentor se ofreció y se inmoló en la cruz por amor de mí.

Finalmente, con todo mi corazón, te doy mi alma, oh Madre de amor, en unión del mismo amor por el que mi salvador te dio la suya en el momento de su encarnación. Consérvala, te ruego, como algo enteramente tuyo: recíbela



en tus sagradas manos, cuando salga de mi cuerpo; alójala en tu Corazón maternal: preséntala y entrégala a tu muy amado Hijo para que le dé un puesto en el rango de las que lo bendecirán y amarán eternamente, contigo, con todos los ángeles y todos sus santos por toda la dichosa eternidad: *Oh piadosa, o dulce Virgen María, vida, dulzura y mí amadísima esperanza.*

## LETANÍAS

*En honor del muy adorable Corazón de Jesús  
para la víspera, el día y la octava y la fiesta del divino  
Corazón*

Señor, ten piedad – Cristo, ten piedad – Señor, ten piedad

Jesús, óyenos – Jesús, escúchanos

Dios Padre celestial, ten piedad de nosotros Dios Hijo

Redentor del mundo, ten piedad de nosotros

Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros

Trinidad santa, un solo Dios, ten piedad de nosotros

Corazón divinísimo de Jesús, ten piedad de nosotros,

Corazón amantísimo,

Corazón amantísimo,

Corazón pacientísimo,

Corazón humildísimo,



Corazón misericordiosísimo,  
Corazón fidelísimo,  
Corazón del eterno Padre,  
Origen del Espíritu Santo,  
Plenitud de la divinidad,  
Santuario de la Trinidad,  
Trono de la divina voluntad,  
Corazón de la Virgen Madre,  
Corazón adorable,  
Corazón amable,  
Corazón admirable,  
Corazón incomparable,  
Hoguera de amor,  
Milagro de santidad,  
Norma de la paciencia,  
Espejo de obediencia,  
Ejemplar de las virtudes,  
Fuente de todas las gracias,  
Herido de amor,  
Destrozado de dolor,  
Traspasado por la lanza,  
Templo de caridad,  
Altar de amor,  
Sacerdote de los corazones,  
Incensario de oro,



Holocausto eterno,  
Cáliz embriagante,  
Néctar deificante,  
Consuelo de los afligidos,  
Refugio de los pecadores,  
Guardián de las almas,  
Raptor de corazones,  
Paz nuestra amadísima,  
Esperanza nuestra dulcísima,  
Gozo de nuestro corazón,  
Corazón amadísimo de nuestro Corazón,  
Tesoro de nuestro corazón,  
Paraíso e nuestro corazón,  
Vida de nuestro corazón,  
Rey de nuestro corazón,  
Muéstrate propicio con nosotros, ten piedad de nosotros,  
Muéstrate propicio con nosotros, perdónanos, Jesús,  
Muéstrate propicio con nosotros, escúchanos, Jesús,  
De todo pecado, líbranos Señor  
De la soberbia de la vida,  
Del amor desordenado,  
De la ceguera del corazón  
Del descuido de tu inspiraciones,  
De la muerte eterna,  
Por su amantísimo Corazón, escúchanos, Jesús,



Por su máxima aversión al pecado, escúchanos, Jesús,  
Por su infinito amor al Padre eterno, escúchanos, Jesús,  
Por su tiernísimo amor a su Madre santísima, escúchanos  
Jesús

Por su hondo amor a la cruz, Por sus muy acerbos dolores  
Por su Corazón destrozado de dolor y de amor  
Por sus goces eternos

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,  
perdónanos Jesús

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,  
escúchanos Jesús

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo ten  
piedad de nosotros  
Jesús, óyenos – Jesús escúchanos

## OREMOS

Oh Dios, que por tu inmensa caridad, al hacernos miembros de tu Unigénito, quisiste que tuviéramos un corazón con nuestra Cabeza y nuestro Padre, concédenos, te rogamos, que, encendidos en el fuego de tu amor y en la llama de la caridad del Corazón amantísimo de Jesús, cumplamos en todo tu voluntad con decidido corazón, y anhelando lo que es recto, merezcamos recibir lo que deseamos. Por nuestro Señor...



## HIMNOS

*En honor del divino Corazón de Jesús*

*Existe en latín el texto original de san Juan Eudes. Él mismo hizo una traducción en verso que conserva fundamentalmente el contenido de los himnos latinos. Hacemos traducción del texto francés. Nota del traductor.*

*Para las primeras vísperas*

Gran Jesús, Hijo único del Padre, Corazón de su corazón y  
del Corazón virginal, que toda mente cante con corazón  
ferviente, los amores santos de tu Corazón de rey.

Corazón, todo fuego para Dios y para la Madre, todo fuego  
para nosotros, todo llama y todo ardor  
solo tú amas dignamente al Padre,  
sé tú solo nuestra alma y nuestro corazón.

Este Corazón la divina amante,  
herida en su Corazón, con dardo de amor hirió,  
Corazón que bajo dolor intenso  
estalló al morir, traspasado con hierro hiriente.

---

Corazón santísimo, víctima dolorosa, rey de los mártires,  
corazón del dolor, concédeme que la cruz, tu íntimo amor,  
sea mi amor, mi gloria y mi dicha.



Hiere los corazones con tus dardos seráficos.  
Corazón lacerado de amor y dolor, embriáganos de delicias  
angélicas y del néctar del amable salvador.

Corazón de llamas santas, holocausto adorable, Corazón,  
felicidad inmortal de los mortales, fuente inagotable de  
hontanares celestes, salvación eterna del universo.

Vengan mortales, vengan ávidamente,  
a este Corazón bueno del redentor del mundo. Es hogar  
encendido que por tierra y por mares, difunde sus llamas  
sin pausa, sin límites.

Contemplo este Corazón colmado de llamas,  
abierto a nosotros: arrojemos en él los corazones.  
Sí, lo quiero, perdamos corazones y almas, en este brasero y  
muramos consumidos en él.

Dios de amor y ternura inenarrable,  
Dios de mi corazón, todo Corazón y caridad,  
vive y reina por siempre jamás  
en nuestro corazón, Trinidad adorable. Amén.

*Himno para maitines,*

Verbo encarnado, anunciado en los oráculos,



permítenos proclamar tus grandezas;  
que en todas las lenguas se canten los portentos de tu  
Corazón, Monarca de los corazones.

Oh Corazón del Padre y del Hijo juntamente,  
hoguera fecunda del amor eternal,  
en ti es unidad total la Trinidad santa,  
en ti se juntan el cielo y la tierra.

Santo de los santos, sagrario privilegiado,  
arca viviente donde el amor eterno,  
conserva celoso sus divinos misterios,  
que son tesoros de la tierra y del cielo.

Corazón real, mi herencia y mi gloria,  
mi único sostén, mi gozo y mis delicias,  
mi divino fuego, mi dueño y mi Padre,  
mi adalid, mi todo, mi espíritu y mi corazón.

¡Cuánta bondad, Dios mío, qué maravilla!  
Nos amas con todo tu Corazón.  
Y para que te amemos de igual manera  
nos regalas ese mismo Corazón.

¡Oh cuánto amor, Jesús y María!



Los dos nos obsequian su gran Corazón. Si así lo deseo,  
puedo tener una sola vida, un espíritu, un Corazón con Jesús  
y María.

Mi anhelo, Corazón de fuego llameante,  
haz que arda en tus llamas.  
¡Oh mar de amor, por quien desfallezco de amor,  
que tus torrentes inunden todos los corazones!

¡Oh mi gran Corazón, mi salvación y mi vida, tesoro mío  
amadísimo, objeto único de mis deseos,  
Corazón de Jesús y de María, todo amor,  
en ti encuentro todo cuanto anhelo.

¡Oh Dios de amor, bondad inenarrable, Dios de mi corazón,  
todo Corazón y caridad, vive y reina por siempre  
en todos los corazones, Trinidad amable. Amén.

### *Himno para laudes*

¿A quién debemos amar y venerar que no seas tú, Corazón  
de un Dios? El Padre santo, omnipotente y sabio.  
¿No lo ama él más que a todos los corazones?



¡Oh Corazón, amor de la Madre admirable,  
paraíso del Padre todopoderoso,  
gloria incomparable del tres veces santo,  
Corazón que es todo amor, jamás vencido.

Recuerda, Salvador bondadosísimo,  
ese amor magnífico y regio,  
que sacándote del regazo de tu Padre  
te alojó para mí en el seno virginal.

Queden atrás la noche y las ilusiones mundanas,  
mi querido amor y mi soberano bien,  
solo en Jesús me encuentro seguro;  
mi gran todo, fuera de ti nada quie

Escucha, Dios mío, el gemido de los que sufren  
bajo el poder de fuerzas infernales.  
Tu sangre derramada por esas ovejas perdidas,  
rompa sus cadenas humillantes.

Terribles amarguras sufrió por todos tu Corazón santo.  
No permitas que tantos martirios  
de Corazón tan bueno queden infructuosos.



Dulcísimo salvador que cautivas las almas, Llévatelas  
contigo, arrebátalas; devora en tus divinas llamas todo  
el universo,  
y en tu Corazón sean transformadas.

Corazón amable, verdadero Corazón de María, que en ti  
nuestros corazones vivan de amor, que en tu seno,  
fuente de nuestra vida, muramos para ti y por amor.

Dios de amor, ternura inenarrable  
Dios de mi corazón, eres todo amor y caridad, en ti nuestros  
corazones, amable Trinidad, vive y reina por siempre jamás.  
Amén.

### *Himno para las segundas vísperas*

Cantemos entusiastas y alegres  
las maravillas del rey de los corazones, cantemos por  
doquier  
su bondad generosa, con gratitud recibamos sus dones.

Corazón, dignísima víctima del Altísimo, sacrificador de los  
corazones que aman, altar dorado, santo y sublime,



templo lleno de gloria y amor para Dios.

Templo divino do se inmolan las almas en altar  
que arde noche y día, toma y sumerge todo en tus llamas,  
inmola todo en el fuego de tu ardiente amor.

Corazón de fuego, hoguera dichosa, donde todos los santos  
encuentran su dicha, no permitas que en nosotros algo te  
ofenda,  
consume todo en tus santos ardores.

Está patente este Corazón, esta hoguera, vamos,  
corramos hacia esos fuegos de amor, traigamos, arrojemos  
nuestros corazones en esas ascuas,  
este Corazón vive de corazones ardientes.

Aquí tienes corazones que te adoran, divino Corazón.  
arrójalos en tus llamas, enciéndelos,  
que tus fuegos devoren corazones, cuerpos, tierra y cielo.

Admiremos tan copiosas maravillas  
de este Corazón grande, monarca celestial;  
adoremos sus bondades sin par,  
no calle nunca el canto de sus grandezas.



Jesús mío, hoguera seráfica,  
día y noche sumérgelo todo en sus llamas.  
Calcínanos, oh llama deífica,  
que seamos mártires de su santo amor.

Dios de amor, ternura inenarrable,  
Dios de mi corazón, todo Corazón y caridad, en nuestros  
corazones, Trinidad amable, vive y reina por siempre jamás.  
Amén.

## SECUENCIA

*De la misa del divino Corazón de Jesús*

Alegres y exultantes entonemos  
los encomios del Corazón de Jesús.

Este es el día sacrosanto  
En que alabamos las entrañas del Padre.

Todos los corazones amen



el Corazón amable del salvador, fuente de miel y de amor.

Toda lengua cante el Corazón dichoso del sumo rey,  
Corazón y vida de la nueva alianza.

Sea plena la alabanza,  
sea inmensa, sea perenne, ardiente en el corazón.

El universo entero lo alabe y lo cante;  
entusiasta lo adore y ame,  
con todo el vigor de su cuerpo y su alma.

Labios, manos y sentidos vigorosos, ferviente la fe y puro el  
amor, celebren este Corazón divino.

Encendidos en llamas santas, pregonen los corazones  
las palabras y las obras de este Corazón.

Corazón admirable del redentor, tú unes la tierra a los  
cielos, espejo de unidad.

Trono dignísimo de la Trinidad,  
plenitud de la Deidad, milagro de amor.  
Evangelio de amor, incendio de corazón puro,  
infinita gloria de Dios.



Néctar celestial que das vida, maná edificante del Corazón,  
amor y felicidad.

Refugio sagrado del clero, guía benigno de los corazones  
encamina nuestros afectos.

Fuente de piedad eterna, hoguera ardiente de caridad,  
devora en tus llamas los corazones.

Dorada mansión del amor, torre llameante de los que aman,  
ley luminosa de nuestra congregación,  
manantial      perenne de gracia.

Corazón, tesoro de santidad, abismo de humildad,  
trono de la divina voluntad, morada de la misericordia.

Paraíso de los santos, consuelo de los afligidos,  
Paz y salvación del pecador, Corazón hecho todo para todos.

Oh Jesús, raptor de corazones,  
Que arde en amor de las almas,  
tu Corazón seduzca mentes y corazones.

Oh Corazón, bondad suprema,



liberalidad sin límites,  
Caridad infinita,  
felicidad verdadera del corazón,  
Sé Corazón de quienes te suplican.

Haz, Jesús, que sigamos las huellas  
de la caridad ardiente de tu Corazón,  
de su divina piedad,  
y de su santidad altísima.

Trinidad beatísima,  
caridad del Corazón de Jesús,  
sea inmensa la misericordia,  
inmensas sus gracias.  
Sea para ti eterna gloria.  
Y digan todos  
Amén, Alleluia.

¡VIVA JESÚS Y MARÍA!



